

CHUCK WENDIG

# LOS SONÁMBULOS



«Épica, llena de suspense, retorcida, satisfactoria, sorprendente.»  
Harlan Coben

Rocaeditorial •

# Los sonámbulos

Chuck Wendig

Traducción de  
David Tejera Expósito

Revisión a cargo de Juan Manuel Santiago  
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia



**Rocaeditorial**

# LOS SONÁMBULOS

Chuck Wendig

«ÉPICA, LLENA DE SUSPENSE, RETORCIDA, SATISFACTORIA,  
SORPRENDENTE.»  
HARLAN COBEN

Una adolescente llamada Shana se despierta una mañana y descubre que su hermana pequeña sufre una extraña enfermedad.

Parece que se ha convertido en una sonámbula. Es incapaz de hablar y de despertarse, y se dirige con inexorable determinación a un destino que solo ella conoce. Pero Shana y su hermana no están solas. Pronto se les une una banda de sonámbulos procedente de todo Estados Unidos para realizar el mismo viaje misterioso. Como Shana, hay otros caminantes que siguen al rebaño de sonámbulos en un intento por proteger a sus amigos y familiares en el largo y oscuro camino que les espera. En su recorrido, descubrirán una América convulsionada por el terror y la violencia, donde esta nueva epidemia apocalíptica resulta menos peligrosa que el miedo a ella. A medida que el resto de la sociedad va derrumbándose a su alrededor y una milicia muy violenta amenaza con exterminarlos, el destino de los sonámbulos parece depender del hecho de desentrañar el misterio existente tras la epidemia.

Este aterrador secreto tanto puede destrozar a toda la nación como bien unir a los supervivientes en su intento por rehacer un mundo devastado.

## ACERCA DEL AUTOR

**Chuck Wendig** es novelista, guionista y diseñador de videojuegos. Considerado como el gran relevo de Stephen King, es una de las mejores nuevas voces de la literatura de terror y especulativa. *Best seller* de *The New York Times*, es autor de *Blackbirds*, *Double Dead*, *Dinocalypse Now* y de la trilogía *Star Wars: Aftermath*, así como de los *thrillers* de Miriam Black, los libros de *Atlanta Burns* y *Zer0es* e *Invasive*, junto con otros trabajos en cómics, juegos y películas. Es coguionista del cortometraje *Pandemic*, el largometraje *HiM* y fue nominado a un premio Emmy por su trabajo digital en *Collapsus*. Fue finalista del premio John W. Campbell al mejor escritor novel y fue alumno del Sundance Screenwriters Lab. También es conocido por su blog *Terribleminds*. Vive en Pensilvania. *Los sonámbulos* ha sido finalista como mejor novela a los premios Bram Stoker y los derechos cinematográficos han sido adquiridos por QC Entertainment.

[@ChuckWendig](#)

## ACERCA DE LA OBRA

«Una poderosa historia sobre la humanidad, la tecnología y la supervivencia del mundo. Wendig rompe los límites de la ficción especulativa y literaria en una saga que apelará a todos los lectores.»

*Library Journal*

«Un libro hermoso y atrevido; con una fina mezcla de corazón, giros desgarradores y sangre. Si alguna vez quisiste saber cómo sería el alma de Estados Unidos, aquí tienes su biografía.»

Rin Chupeco

«Una obra maestra, tanto en su narrativa como en su prosa. De alcance épico, pero contado con una intimidad que me enganchó desde la primera página. No se pierdan este *tour de force*. Me dejó asombrado.»

James Rollins

«Fascinante..., una mirada única a un posible Armagedón.»

*The Mary Sue*

«Una gran novela coral que homenajea a Stephen King, John Wyndham, Max Brooks o Margaret Atwood. No pude parar de leer. Ochocientas páginas de disfrute lector acompañando a los sonámbulos en su incierto destino. ¿Qué más se puede pedir?»

Antonio Torrubia

«Una obra maestra inventiva, en expansión, feroz, intransigente, aterradora. Los sonámbulos es un canto fúnebre, emocionante y conmovedor para el siglo XXI.»

Paul Tremblay

«Una exitosa novela apocalíptica, que confronta algunos de los aspectos más oscuros y decisivos de la América actual con urgencia, humanidad y esperanza. Esta epopeya se eleva fácilmente por encima de las muchas novelas recientes sobre la pandemia y el colapso social.»

*Publishers Weekly*

Para Kevin Hearne,  
que es la amabilidad y la serenidad personificadas

Un área salvaje, a diferencia de esas en las que el hombre y su obra dominan el paisaje, se define por la presente como aquella en la que la tierra y su ecosistema no han sido afectados por el hombre, y en la que el hombre no es más que un visitante que no habita el lugar.

Ley de Áreas Salvajes, 1964

## PRELUDIO

### El cometa

Yumiko Sakamoto, la mujer que descubrió el cometa, tenía veintiocho años y era una astrónoma aficionada del pueblo de Kurashiki, en la prefectura de Okayama. Lo encontró de chiripa, ya que en realidad buscaba uno del todo diferente que se esperaba que chocase contra Júpiter.

Yumiko Sakamoto afirmó que el descubrimiento le había cambiado la vida. En una entrevista al periódico *Asahi Shimbun* comentó:

Hasta ahora me he centrado demasiado en las cuestiones materiales, como conseguir un buen trabajo o encontrar un buen marido, pero he renunciado a objetivos tan mundanos como el romance o mi carrera profesional. Volveré a la universidad y aprenderé más sobre el mundo y el cosmos que lo rodea, no para obtener beneficios económicos, sino porque la búsqueda de conocimientos es un objetivo noble de por sí.

Acto seguido proclamó su intención de empezar a formar parte de la comunidad asexual y arromántica de Japón, que cada vez era mayor. Sentía que el mundo ya estaba «superpoblado» y que no tenía por qué ponerle las cosas más difíciles engendrando descendencia.

El cometa, llamado Sakamoto en su honor, pasó a 0,1 UA (unidades astronómicas) de la Tierra el 2 de junio. No era lo bastante cerca como para convertirse en un peligro, pero sí para contemplarlo a simple vista y que se uniese al grupo de grandes cometas, entre los que se encuentran los famosos Halley o Hale-Bopp.

Yumiko Sakamoto iba a comenzar sus estudios académicos el siguiente mes de octubre, pero no vivió lo suficiente para ello. Murió de un aneurisma cerebral la noche en que el cometa surcaba los cielos.

**PRIMERA PARTE**

La incubación



## El primer sonámbulo

Los astrónomos aficionados tuvieron mucha suerte anoche, ya que recibieron el paso del cometa Sakamoto con cielos despejados y luna nueva. Los últimos tres grandes cometas habían sido el Lovejoy en 2011, el McNaught en 2007 y el famoso (¿o infame?) Hale-Bopp en 1997, que por supuesto dio lugar a la secta Heaven's Gate, cuyos miembros cometieron un suicidio en masa movidos por la creencia de que sería como hacer autoestop en la nave espacial extraterrestre que iba a pasar justo detrás del cometa. Están escuchando a Tom Stonekettle en Stonekettle Radio, 970 BRG.

*El Show de Stonekettle Radio , 970AM WBRG, Pittsburgh*

### **3 de junio, Maker's Bell (Pensilvania)**

Shana estaba en pie y contemplaba la cama vacía de su hermana pequeña.

«Nessie se ha vuelto a fugar», fue lo primero que pensó.

La llamó unas cuantas veces. Después de que Nessie se hubiese quedado despierta hasta las tantas de la noche anterior para ver el cometa a través del telescopio cutre de papá, Shana supuso que la joven debía de seguir en la cama roncando como un oso. No estaba segura de dónde narices podía estar Nessie. Shana se había despertado hacía una hora para preparar los almuerzos, terminar la colada y sacar tanto la basura reciclable como la no reciclable para llevarla al día siguiente en la camioneta, por lo que sabía que Nessie no estaba en la cocina. Tal vez estuviese en el baño de arriba.

—¿Nessie? —Se quedó en silencio y esperó—. ¿Nessie? Venga ya.

Pero no oyó nada.

Volvió a pensar.

«Nessie se ha vuelto a fugar.»

En aquel momento no tenía mucho sentido, no como la primera vez que se había escapado.

Habían perdido a su madre, perdido de la manera más literal. Los cuatro habían ido a un supermercado y solo habían vuelto tres. Temían que alguien la hubiese secuestrado para hacerle daño, pero al cabo vieron gracias a las cámaras de seguridad del Giant Eagle que nadie la había secuestrado. Había salido por las puertas automáticas como si nada y desaparecido de sus vidas para siempre. Mamá se terminó por convertir en un enorme signo de interrogación que se les había clavado en la mejilla como si fuese un anzuelo.

Pero a Shana le había quedado claro que su madre ya no quería formar parte de sus

vidas. Supo desde ese momento que iba a tardar mucho en hacerse a la idea, pero ese no fue el caso de Nessie, que aún no lo había conseguido. Nessie opinaba que había sido culpa de papá. Y quizá Shana también. Por eso, hacía casi dos años exactos, después de que se acabara el curso, Nessie preparó una mochila llena de comida en lata y agua embotellada (y algunas chocolatinas) y se fugó.

Encontraron a Nessie cuatro horas después bajo la marquesina de madera de la parada que había en Granger, resguardándose de una tormenta inesperada y temblando como un perrito perdido. Se había puesto a patalear y a dar manotazos cuando papá la intentó coger. Había sido como ver a un luchador intentando detener un tornado. Al final dio el brazo a torcer y papá le dijo:

—Si quieres fugarte, fúgate, pero si pretendes ir en busca de tu madre, que sepas que no creo que quiera que la encontremos.

Fue como ver un vaso de agua derramarse a cámara lenta. Nessie se desplomó en sus brazos y comenzó a llorar con tal desconsuelo que solo era capaz de coger aire después de cada uno de esos sollozos exagerados. Le empezaron a temblar los hombros y metió las manos en las axilas, como si se abrazara a sí misma. La llevaron a casa, se pasó dos días durmiendo y luego retomó la vida cotidiana de manera lenta pero seguida.

Hacía ya dos años de aquello.

Pero ahora Shana no sabía por qué a Nessie se le ocurriría fugarse otra vez. La chica tenía quince años y no lo estaba pasando tan mal como Shana a su edad. Papá siempre decía que Shana había pasado una época de «adolescente total». Depresión, locura y hormonas, como un caballo que no parase de dar coces. Ahora Shana tenía casi dieciocho y ya estaba mejor. Más o menos.

Nessie tampoco estaba tan mal. No es que se hubiera convertido en una mujer lobo. Seguía feliz. Optimista. Los ojos le brillaban como una moneda de cinco centavos recién acuñada. Tenía un pequeño cuaderno en el que escribía todas las cosas que quería hacer (bucear con tiburones, estudiar a los murciélagos, tejerse sus propias pantuflas como hace..., como hacía mamá), todos los lugares a los que quería ir (Edimburgo, el Tíbet, San Diego) y todas las personas a las que quería conocer (la presidenta, un astronauta, a su futuro marido). Un día le había dicho a Shana:

—He oído que, si te quejas, tu cerebro se reprograma como si tuviese un virus de ordenador y empiezas a ser cada vez más infeliz, así que voy a ser positiva, porque estoy segura de que también funciona al revés.

El cuaderno estaba tirado en su cama vacía. Junto a la cama había una caja abierta: Nessie había recibido un paquete por correo, algo de ciencias que había pedido. (Shana le había pedido prestada una pequeña probeta para guardar la hierba.) Sus sábanas amarillas como narcisos estaban arrugadas como si hubiese dormido en la cama, y su almohada rosada aún tenía la marca de su cabeza.

Shana echó un vistazo al cuaderno. Nessie había empezado una nueva lista: «¿Trabajos que podrían gustarme?». En ella se leía: «Vigilante del zoo, apicultora, granjera de alpacas, fotógrafa».

¿Fotógrafa?, pensó Shana. Esa es la mía. Sintió cómo la bañaba una oleada de rabia. A Nessie se le daba bien todo. Si decidía hacer lo mismo que Shana, seguro que lo haría mejor y ella sería una torpe y se odiarían para siempre. (Bueno, no. Shana odiaría a Nessie. Nessie la querría de manera incondicional, porque su hermana era así.)

Shana volvió a gritar su nombre.

—¿Ness? ¿Nessie?

Oyó el eco de su voz, pero nadie respondió. Joder.

Papá ya estaría en lo que él llamaba la «sala de ordeño» (decía que, si iban a formar parte del movimiento del queso artesanal de Pensilvania, tenía que empezar a llamar las cosas por su nombre, coño) y estaría esperando a Ness y Shana para que ayudaran en el tenderete que montaba junto a la carretera. Luego ordenaría a una de ellas que fuese al cobertizo del queso para comprobar la cuajada del Gouda o para quitar el agua de los azules, después mezclar el forraje, alimentar a las vacas y, joder, la veterinaria iba a venir ese día para echarles un ojo a las pobres ubres hinchadas y rojas de Belinda. Después...

Quizá Nessie se hubiese fugado por eso. Las clases ya se habían acabado, y las vacaciones de verano nunca eran tales: todo era trabajo, trabajo y trabajo. (Shana se preguntó si Nessie habría hecho lo correcto. A lo mejor ella también se fugaba. Aunque solo fuese un día. Podía llamar a su amigo Zig para que acudiese a buscarla en su Honda, fumar algo de hierba, leer cómics, insultar a los estudiantes que se acababan de graduar...)

(Dios, tenía que salir de allí.)

(Si no salía de allí pronto, se quedaría en la granja para siempre. Aquel lugar era como arenas movedizas.)

Pero sabía que Nessie era demasiado niña buena como para haberse escapado otra vez, por lo que quizá se hubiera levantado antes que ella y ya estuviese en el tenderete. Menuda curranta. ¿Cómo se llamaba esa canción del viejo disco de REM que tenía papá? ¿*Shiny Happy People*? Pues esa era Nessie.

Shana ya había desayunado, por lo que fue a buscar el adaptador de objetivo macro para el móvil con el que hacía fotos de cosas que estaban muy cerca. Era como descubrir pequeños mundos, lo micro hecho macro. No tenía una cámara de verdad, pero estaba ahorrando para comprar una réflex digital algún día. Mientras, tendría que seguir usando el teléfono. Acaso encontrara algo en el establo o en la quesería que estuviese guapo para sacar fotos muy de cerca: óxido descascarillado, la aguja roja del termómetro o las burbujas y los cristales del queso.

Recordó dónde había dejado el adaptador la última vez: estaba sacándole fotos a una araña que colgaba de su ventana y la había dejado en el alféizar. Por lo que fue a buscarlo y...

Algo que había fuera le llamó la atención. Un movimiento en el aparcamiento. Lo primero que pensó fue que una de las vacas se había quedado suelta.

Shana se acercó a la ventana.

Había alguien fuera, caminando.

No. No era alguien.

Una colgada había recorrido la mitad del aparcamiento en pantalones de pijama y camiseta rosa. También descalza, al parecer. ¿Qué narices? ¿Nessie? Shana corrió a la cocina y se olvidó por completo del objetivo. Se puso las zapatillas lo más deprisa que pudo y corrió hacia la puerta del porche trasero al tiempo que trastabillaba porque una se le había quedado mal puesta, pero enseguida le dio un buen pisotón con el talón y siguió corriendo.

Pensó en gritarle a su hermana pequeña, pero decidió no hacerlo. No había razón para llamar la atención de papá. Seguro que si descubría que aún no estaba en el tenderete les

iba a largar un sermón de los suyos y el día ya había empezado con suficiente mal pie.

En lugar de eso, se limitó a correr por el aparcamiento mientras la gravilla crujía bajo sus zapatillas. Las vacas Holstein que había a la izquierda mugieron. Un joven ternero, que creía que era Moo Radley, se quedó mirándola con las patas torcidas mientras ella iba en busca de la lerdá de su hermana.

—Nessie —siseó—. ¡Oye, Nessie!

Pero Nessie no se dio la vuelta. Siguió caminando.

«Menuda gilipollas.»

Shana trotó hasta ponerse delante de ella y plantó los pies como raíces.

—Por Dios, Nessie, pero qué carajo estás...

En ese momento vio los ojos de la chica. Estaban abiertos, pero su hermana tenía la mirada perdida. Era como si mirase detrás de Shana o a través de ella.

Eran como los ojos de un muerto, como las cabezas inmóviles de unos clavos muy grandes. Ya no brillaban ni tenían esa chispa tan natural en ella.

Nessie siguió caminando descalza. Shana no sabía qué hacer. ¿Apartarse? ¿Seguir plantada como un poste telefónico? La indecisión la obligó a hacer un poco de ambas cosas, se movió unos centímetros, pero aún seguía en el camino inevitable de su hermana.

El hombro de la chica la golpeó con fuerza, y Shana se tambaleó hacia la izquierda después de recibir el golpe. La carcajada que soltó era de sorpresa. Era una risa de molestia, un ladrido de incredulidad.

—Eso ha dolido, capulla —dijo al tiempo que la agarraba por el hombro y empezaba a zarandearla.

Nada. Nessie se zafó y siguió caminando.

—Nessie. Nessie.

Shana agitó una mano delante de los ojos de su hermana. La agitó, una y otra vez. En aquel momento empezó a pensar, se le ocurrió la idea improbable pero que podía ser cierta:

«Me está gastando una broma.»

Pero Shana era la bromista, y los chistes del repertorio de Nessie eran tan malos que hasta papá torcía el gesto, y eso que los chistes malos le encantaban. Pero, por si acaso, levantó el dedo y le apretó la nariz como si fuese un botón.

—¡Bup! —dijo—. Te acabo de apagar, robotita.

Nessie no reaccionó. Ni parpadeó siquiera.

¿Había parpadeado en algún momento? A Shana le parecía que no.

Luego vio delante de ellas un gran charco de agua de lluvia y avisó a su hermana:

—Nessie, cuidado. Hay un...

Demasiado tarde. Nessie lo vadeó sin inmutarse. Plis. Plas. Metió los pies en el agua casi hasta los tobillos, pero no se detuvo ni por un instante, como si fuese un juguete al que le habían dado cuerda y solo pudiera caminar en una dirección.

Seguía mirando al frente.

Seguía avanzando.

Tenía los brazos rígidos en los costados.

Algo iba mal.

La idea impactó el corazón de Shana como si fuera un puño. Se le cerró el estómago y sintió cómo se le espesaba la sangre. Empezó a sentir miedo, pero de todas maneras

intentó razonar consigo misma:

«Quizá solo esté sonámbula. Sí, seguro que es eso.»

Vale, no. A Nessie nunca le había pasado algo así, pero quizá fuera la manera en la que su cerebro había decidido tratar con las hormonas que recorrían su cuerpo como caballos de carreras.

La cuestión era otra:

«¿Debo avisar a papá?».

Estaban a punto de llegar al final del aparcamiento, donde se encontraban la quesería y la lechería, construidas para parecer pequeños graneros rojos. El buzón también tenía la forma de un pequeño granero, pero este era azul (con la silueta de una vaca recortada en latón y colocada encima). Y después estaba la carretera.

La carretera.

Dios, si Nessie seguía caminando por la carretera y venía un coche...

Gritó para llamar a su padre. Aulló para avisarlo.

—¡Papá! ¡Papá!

Pero no recibió respuesta alguna. Puede que estuviera en la pastura o en el granero. Ir en su busca significaba dejar sola a Nessie...

Oyó cómo su cerebro simulaba el ruido de la rejilla del radiador de un camión al atropellar a su hermana y lanzarla por los aires. El crujido de sus huesos aplastados por las ruedas. Se mareó solo de pensarlo.

«No puedo ir a buscar a papá. Tengo que quedarme con ella.»

«Esto no puede durar demasiado.»

«Los sonámbulos siempre se despiertan.»

«¿O no?»

Diez minutos. Habían pasado diez minutos. Nessie llegó al final del aparcamiento, giró como si siguiera un camino invisible y luego...

Siguió caminando, como si nada.

Hacia Cassel, hacia Orchard, hacia el puente cubierto de Herkimer..., el viejo que está sobre Scheiner's Crick, el que tiene esa maldición de los amish. Nessie siguió su camino, con la boca un poco abierta, como si le sorprendiese algo que solo ella era capaz de ver.

Mientras, Shana no dejaba de hablar. Cada vez más rápido, como una bocazas imbecil.

—Nessie, que me estás asustando, joder. Déjalo ya, por favor. ¿Esto es una especie de crisis nerviosa o qué? ¿Te está dando una apoplejía? —Su abuela, la madre de mamá, había tenido una, y luego muchas más, lo que la dejó un poco rara. Se quedaba tumbada en la cama hablando, a veces en su idioma, otras en lituano, pero la mayoría del tiempo soltaba palabras incomprensibles. A veces les hablaba a ellos, pero a veces también a gente que no estaba allí. Shana llegó a la conclusión de que algo así podía dejarte la cabeza como una galleta aplastada contra el suelo—. Deja de caminar, por favor. Voy a tener que ir a buscar pronto a papá. Seguro que ya se está preguntando dónde estamos, Dios. Nos va a dar una paliza. A mí, lo más seguro, porque tú eres su favorita, como bien sabrás. Ya, ya, no finjas que no lo sabías. Te pareces más a mamá. Yo me parezco... a él, supongo.

«Y nadie se gusta a sí mismo», pensó.

—Déjate ya de gilipolleces. Ya. ¿Ahora?

El puente se abría ante ellas.

Era muy probable que no debiera caminar por ahí descalza; podría clavársele una astilla. Y después era posible que cogiese una infección y había oído poco tiempo antes que los antibióticos ya no funcionaban como antes y que el señor Schultz, el profesor de Biología, siempre decía que «estábamos entrando en la era postantibiótica».

Aquello fue lo que le hizo tomar la decisión.

Shana empezó a trotar por delante de Nessie y se giró hacia ella, caminando hacia atrás para quedar cara a cara con su hermana. Después levantó la mano e hizo un gesto parecido al del presentador de un concurso.

—Nessie, escucha, lela. Si no dejas de hacer esto ahora mismo, te juro que te arrastro y te dejo hecha unos zorros, ¿vale? Voy a ir a por ti y te daré una buena. Última oportunidad.

La amenaza no sirvió para nada. Le dio la impresión de que Nessie no la había oído.

Shana parpadeó y unas lágrimas se derramaron de los ojos.

«Que no te vea llorar.»

Era una forma muy estúpida de pensar, pero ella era la hermana mayor y Nessie no tenía por qué verla así.

«No quiero pegarle a mi hermana pequeña.»

Bueno, en realidad sí que quería pegarle, pero de manera figurada. En su mente sonaba bien, pero ¿hacerlo de verdad? La mera idea la asustaba mucho.

—Voy a hacerlo —advirtió.

Nessie pareció no inmutarse, como si no la oyese o no la viese.

Shana levantó el brazo y preparó la palma para el golpe.

Torció el rostro en un mohín de disgusto. Apretó los dientes y movió la mano.

Luego, la apartó en el último segundo con un grito de frustración.

—¡Joder, ya! ¡Nessie!

Una sombra cayó sobre ellas. Shana se dio la vuelta de repente mientras el asfalto de Orchard Road daba paso a los tablones crepitantes del puente cubierto de Herkimer. Las vigas colgaban como huesos sobre ellas. La hierba y la madera se entremezclaban con nidos de pájaros cuyos polluelos ya habían alzado el vuelo. Todo lo demás pertenecía a las arañas, telas entretejidas entre telas y moscas momificadas.

Unas lanzas de luz se proyectaban por los agujeros de la madera. Y, frente a ellas, Shana vio un nuevo peligro recortado contra la luz: el cristal brillante de una botella rota. Los jóvenes iban a ese sitio a beber a veces. Shana había ido a ese sitio a beber a veces. Corrió hacia la botella e intentó apartar a patadas los cristales, pero había muchos y Nessie estaba a punto de pisarlos...

Vale, plan B.

Matarla con amor.

No en un sentido literal, claro, pero en lugar de darle una buena tunda hasta dejarla inconsciente, Shana decidió que quizá podría abrazarla. Agarrarla con fuerza. Detenerla.

Parecía fácil. Nessie era una cosita muy pequeña y Shana era mucho más grande, más ancha, era como el marimacho de la familia. (Aunque esa era una fama que había intentado dejar atrás desde hacía más de un año. No era porque quisiese echarse novio ni nada de eso, pero... Bueno, sí, era porque quería echarse novio. Cal Polette, de hecho. Cal, a quien también le gustaba la fotografía, cuyo padre era propietario de un banco y que tenía una mandíbula muy atractiva. Cal, ese que pensaba que ella se llamaba Shawna.)

Shana dijo:

—Mira, mojoncito. Voy a agarrarte.

Una idea se abrió paso en su mente como una piedra que atraviesa una ventana:

«¿Cuándo fue la última vez que nos abrazamos?»

Abrió los brazos y agarró a su hermana.

La chica resultó tener una fuerza sorprendente. Siguió avanzando y empujó a Shana hacia atrás... Con fuerza, tanta que las zapatillas de Shana empezaron a deslizarse por la madera. Shana no quería darse por vencida sin entablar batalla, por lo que plantó los pies con fuerza y...

Y Nessie se detuvo. Pero no dejó de luchar: siguió agitándose como un ratón que intenta zafarse del agarre de una serpiente.

Empezó a mover los brazos, y Shana no pudo evitar recordar algo: a su hermana peleándose con su padre en esa vieja parada de autobús.

Empezó a emitir un sonido. Era como un quejido agudo, algo animal. Shana sintió cómo un nuevo miedo empezaba a abrirse paso por su cuerpo, como si una garrapata le escarbaba en la piel. Era el sonido de algo parecido al dolor, al miedo e incluso a la cólera.

—Nessie, tranquila. No pasa nada —le susurró. Después lo dijo más alto para que lo oyese—. He dicho que tranquila.

La chica empezó a estar cada vez más caliente, como si le hubiera subido la fiebre. Shana no la soltó, pero sí se separó de ella lo suficiente como para mirar su rostro: las mejillas de Nessie estaban rojas a causa del rubor y unas marcas rojas de rabia le cruzaban la frente. El blanco de los ojos se tornó en un rojo parecido al de las uvas aplastadas.

—Nessie, quieta. Por favor. Joder, ya está. Quieta...

Los dientes de Nessie empezaron a castañetear, y la sangre le goteó por la nariz mientras su cuerpo empezaba a sufrir espasmos y a aumentar de temperatura. Estaba caliente. Demasiado. Su piel parecía la capota de un coche negro que llevase demasiado tiempo al sol del verano. Shana pensó en redoblar esfuerzos, en agarrarla aún más, como si estuviese en un rodeo, pero el pánico empezó a apoderarse de su mente:

«Suéltala. Suéltala ya».

Shana la soltó y empezó a caminar hacia atrás.

Nessie parpadeó por primera vez desde que la viera esa mañana, y el alivio empezó a extenderse por el cuerpo de Shana.

«Lo he conseguido. Está bien.»

Pero su hermana volvió a extraviar la mirada. Sus globos oculares empezaron a rotar como bolas de lotería y luego volvieron a fijarse en el horizonte. Nessie siguió caminando hacia el frente, sin temblores, pero con la nariz y el labio superior manchados aún de sangre.

Shana se derrumbó y empezó a llorar mientras su hermana seguía su camino justo por encima de los cristales. Al parecer, no los había notado.

## Y luego fueron dos

Lo sé, lo sé, lo sé, solo soy una adolescente. Papá me lo recuerda como mil veces al día y mi hermana se encarga de que me entere de que aún soy joven. No me importa. Quiero hacer muchas cosas: hay muchos chicos a los que besar, muchos sitios a los que ir y muchas maneras de cambiar el mundo. Estoy lista para empezar. Todo y todos tenemos que empezar en algún momento, ¿no? Pues yo quiero empezar ahora. Mamá, si estás ahí y si alguna vez lees esto, siento que no hayas podido ver lo que he hecho. Quizá vuelvas con nosotros algún día. Quizá te encuentre, ¿quién sabe? Quizá todo esto sea para eso. Para encontrarte.

Del diario de Nessie Steward (quince años)

### ***3 de junio, Maker's Bell (Pensilvania)***

Las piernas le latían con fuerza a Shana; sentía los tendones como si fuesen cuerdas muy tirantes a punto de romperse. En clase de gimnasia siempre odiaba correr un kilómetro y solía ponerle alguna excusa al profesor («Lo siento, señor Orbach, estoy en esa época del mes. Ya sabe»). Pero ahora tenía que correr. No quería dejar sola a Nessie durante mucho tiempo, pero había llegado el momento de hablar con su padre.

Cuando llegó al final del aparcamiento, sintió una punzada en el costado, como si tuviera un cuchillo de carnicero clavado en las costillas y no dejase de entrar y salir para cortárselas. Resbaló un poco con la tierra y cayó cuan larga era, en mala postura y con el codo por delante. Se afanó por ponerse en pie y siguió tambaleándose a duras penas por el aparcamiento mientras trataba de recobrar el aliento.

Al menos había tenido un poco de suerte: su padre estaba en mitad de la calle y no dejaba de mirar de un lado a otro; acaso las buscaba a ambas. Cuando la vio, la saludó con la mano y corrió a su encuentro.

Gritó para llamar su atención, sin aliento. Dos minutos después, habían subido a su cutre camioneta, una vieja y herrumbrosa Chevy Silverado, y se dirigían a toda pastilla hacia Orchard Road, sacudiéndose sobre los tablones quejumbrosos del puente cubierto.

Por el camino, intentó entre tartamudeos contarle a su padre lo que había ocurrido. Pero papá no le hacía mucho caso. Tenía la mirada fija en la carretera que se abría frente a ellos, como un búho que buscara a unos polluelos que hubieran salido volando del nido antes de tiempo. Interrumpió a Shana:

—No la veo. ¡No la veo!

—Tiene que estar por aquí.

Las lágrimas se le habían metido en los ojos y tuvo que parpadear con fuerza para que



se derramasen por las mejillas.

—¿Estás segura de que fue por aquí?

—Sí, papá. Estoy segura.

—Recuérdalo bien, porque si te equivocas...

—Estoy segura. Estoy segura —respondió, pero de repente había dejado de estarlo. ¿Había ido por ahí? ¿No? Lo recordaba todo como un sueño borroso. Shana se sintió como una loca. Quizá Nessie se encontraba en la parte de atrás de la casa y todo había sido un sueño.

O peor. ¿Y si Nessie había ido por ahí pero luego cambiado de dirección? ¿Y si iba directa al arroyo? ¿Podría haberse tropezado y caído en él? ¿Y si ahora estaba ahogada? ¿Y si se internaba en el bosque y se perdía? ¿Y si alguien le salía al encuentro, la cogía para meterla en una furgoneta y se la llevaba lejos? En el colegio siempre les decían que tuvieran cuidado con eso. Shana siempre se imaginaba que era la manera que tenían los padres de controlar aún más a los hijos, una forma de meterles miedo para que no se alejaran de ellos. Pero ¿y si era cierto? Nessie no tenía la fuerza de voluntad suficiente como para evitarlo. Podría ser que le hiciesen daño. Que la tocaran. Que la mataran.

¿No se decía por ahí que, si no encontrabas a una persona desaparecida durante las primeras cuarenta y ocho horas, lo más probable era que no lo hicieses nunca? Pues ya había pasado una hora, y Shana casi había perdido para siempre a su hermana.

«No tendría que haberla dejado sola. Podría haberme quedado con ella. Joder, cuánto lo siento...»

Papá pisó el freno, y Shana se abalanzó hacia delante. Orchard Road terminaba allí mismo, en el cruce de Mine Hill Road. Se bifurcaba hacia el este y hacia el oeste. Justo enfrente había robles y arces que procuraban una oscuridad húmeda y profunda.

—¡Allí! —gritó su padre.

Señaló detrás de Shana. Ella movió la cabeza para mirar, pero cuando lo hizo papá ya había pisado el acelerador y virado el volante. La gravilla chirrió bajo las ruedas al girar. Y fue justo en ese momento cuando Shana vio a Nessie.

La chica caminaba frente a ellos, hacia la curva que rodeaba la vieja granja de los Pemberton, la que había acabado destrozada después de que se incendiara el granero hacía unos cuantos años. Papá la pasó de largo, frenó en seco y apagó el motor.

Ambos salieron del coche como almas que llevara el diablo y corrieron a su encuentro. Shana esperaba que su hermana hubiese recuperado parte de su antiguo ser...

Nada más lejos de la realidad. Seguía mirando al horizonte con ojos vidriosos que se le habían aclarado un poco: en vez de parecerse a unas frutas rojas y maduras, ahora estaban un poco inyectados en sangre.

Y a pesar de todo, Nessie siguió caminando.

Papá lo intentó. Agitó la mano frente a ella.

Silbó. Aplaudió. Chasqueó los dedos. Movido por la preocupación, comenzó a morderse los carrillos y fruncir el ceño. No, no era preocupación. Era algo diferente, más grave. Miedo. Eso fue lo que vio Shana, un miedo intenso y desvergonzado. Ver a su padre así de asustado solo sirvió para que ella sintiese más miedo aún.

Papá se apartó y Nessie siguió caminando.

Miró a Shana a los ojos.

—Voy a tratar de sujetarla.

—No lo hagas, de verdad. Le harás daño...

—Es la única manera, ¿vale? Tendré cuidado.

«No se trata de tener cuidado», pensó Shana. Lo que estaba pasando era muy raro. No tenía nada que ver con el sonambulismo. Era algo que no comprendía, al menos en aquel momento; tal vez no llegase a hacerlo nunca. A pesar de todo, bajó la mirada, hacia los pies de su hermana. ¿Se los habría cortado? ¿Estaría herida? No, hasta donde ella alcanzaba a ver. Eso tampoco era normal.

«Esto parece una pesadilla.»

—Papá, ten cuidado...

—Lo tendré —siseó a modo de respuesta.

Por lo general era tranquilo como un perezoso, pero en ese momento Shana vio que le temblaba la mano y el sudor le perlaba la frente, aunque hacía demasiado frío para tratarse de una mañana de junio.

Volvió a colocarse ante Nessie.

Abrió los brazos de par en par, como si se dispusiera a abrazarla.

Su hermana cayó de lleno en ellos y estuvo a punto de tirar a su padre al suelo, pero él hizo acopio de todas sus fuerzas y la abrazó.

«Está bien. Todo irá bien», pensó Shana por un momento.

Después Nessie empezó a convulsionarse de nuevo. El temblor se convirtió en golpes. Papá la siguió agarrando incluso cuando empezó a aullar y a llorar, un lamento que surgía de su interior como el bramido de un ciervo golpeado por un camión y tirado en la carretera. Papá también gritó:

—Shana, ayúdame a cogerla tú también.

Pero Shana no lo iba a hacer. No podía hacerlo.

—Papá, suéltala, por favor.

Él la cogió en volandas y gruñó mientras se ponía en pie. Nessie empezó a patallar y la piel se le puso muy colorada. La cabeza de la chica empezó a agitarse sin control por sus hombros, y Shana volvió a ver cómo los ojos se le ponían muy rojos y empezaban a salirse de las órbitas como si se tratase de los corchos de una botella de champán a punto de salir despedidos...

—¡Papá! —gritó Shana antes de salir corriendo hacia su padre, sujetarlo y empezar a forcejar con él.

Él se enfrentó a ella a pesar de que el sonido que surgía del cuerpo de Nessie parecía antinatural: un alarido ululante de alarma, de volumen y composición inhumanos cuya intensidad aumentó hasta conformar algo bestial y llegar al fin a la tonalidad del chillido de una vengativa y salvaje alma en pena.

Shana le dio un puñetazo a su padre en las costillas y después en la axila. El hombre gritó y abrió los brazos...

Nessie cayó al suelo hecha un ovillo.

Y luego volvió a levantarse, se sacudió y siguió caminando. Otra vez.

—Lo... siento —le dijo Shana a su padre al tiempo que se tocaba con suavidad el brazo.

Era como si no la hubiese oído. O como si ni siquiera se hubiese dado cuenta de que le acababa de pegar. La boca de su padre estaba abierta, como si acabara de pronunciar el nombre de Nessie, pero no surgió sonido alguno de sus labios cuando pareció pronunciarlo por segunda vez:

—Nessie. —En voz muy baja, como si fuese una súplica o una plegaria. Recobró la compostura al mirar a Shana—. No sé qué pasa. Esa manera de temblar... Se puso

caliente. Mucho. Como si estuviese a punto de estallar en llamas en mis brazos.

—Lo sé. Lo sé. Necesitamos ayuda.

—Ayuda. Vale. —Parpadeó y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas—. Conseguiré ayuda.

Un pensamiento esquivo se deslizó por su mente:

«Yo no debería ser quien le dice lo que tiene que hacer. Se supone que los padres saben cómo solucionar todos los problemas y hacer que todo vuelva a la normalidad».

—¿No has traído el móvil?

—Lo dejé en el establo.

Claro. No podía ser de otra manera. Era una de sus malas costumbres. Joder, papá.

—Lo mejor será ir a buscarlo para llamar —dijo ella.

—Sí, vale. Claro.

Metió la mano en el bolsillo para sacar las llaves y luego se dirigió hacia Nessie a toda prisa. Le dijo algo que Shana no fue capaz de oír y besó a su hijita en la mejilla.

Nessie continuó su viaje, impávida, mientras sus pies chapoteaban en la carretera mojada.

Shana vio a otra persona: un hombre alto y esbelto que aparecía de entre la niebla de la carretera. Tenía una nariz ganchuda sobre la que descansaban un par de anteojos redondos.

«Lo conozco», pensó.

—Papá, papá. Mira. —Agitó la mano en el aire—. Señor Blamire, eh. ¡Por aquí! —El señor Blamire era el profesor de geometría. A Shana no se le daban nada bien las matemáticas, pero Blamire siempre había sido muy paciente y hasta la había ayudado a sacar un notable bajo. Agitó las manos mientras el hombre se acercaba—. ¿Tiene un teléfono? ¿Un móvil? ¡Necesitamos ayuda!

Siguió caminando hacia ellos, pero no dijo nada. Su padre también lo llamó, y luego trotó hasta colocarse junto a él.

Nessie siguió caminando hacia delante, y Blamire ajustó su trayectoria. Había cambiado, y no se dirigía hacia ellos.

Caminaba hacia Nessie.

Un miedo muy extraño empezó a cobrar forma en el corazón y el estómago de Shana. Ya se había dado cuenta de que algo tampoco iba muy bien con ese hombre. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca, pero no zapatos. Pantuflas. ¿Por qué pantuflas?

Lo que ocurrió a continuación era algo que una parte de ella esperaba que ocurriese, no porque tuviese sentido, sino justo por todo lo contrario...

Blamire alcanzó a Nessie y giró el cuerpo para caminar junto a ella. Los dos continuaron avanzando. No al mismo paso, ni a la misma velocidad, pero siempre a unos pocos centímetros de distancia. Su padre se acercó a ellos a la carrera, y Shana lo siguió.

—Oye, tío —dijo su padre al tiempo que cogía al hombre de una manga.

—Señor Blamire —añadió Shana, con voz más baja de lo que pretendía—. Soy yo. Shana Steward.

Pero en ese momento vio que su mirada estaba igual de vacía que la de Nessie, igual de muerta. Ella aún los tenía inyectados en sangre, pero los de él eran blancos. Los dos tenían las pupilas enormes, como de monedas oscuras.

Shana vio que su padre se colocaba delante del hombre con gesto rabioso.

—Aléjate de ella —gruñó, antes de propinarle un fuerte empujón a Blamire.

Fuerte, pero no lo suficiente. El hombre siguió su camino como si no lo hubiese tocado, y su padre estuvo a punto de caer de culo. Cerró la mano en un puño y...

Shana le agarró el brazo.

—Papá, papá. —Eso lo sacó del frenesí rabioso que parecía haberse apoderado de él—. Es el señor Blamire. Es profesor del colegio. Creo... —Y luego dijo algo que no tenía mucho sentido, pero lo hizo a pesar de todo. ¿Qué otra cosa iba a ser?—. Creo que es como ella.

—¿A qué te refieres?

—Creo que es como Nessie. Vamos. Pide ayuda. ¡Por favor!

Su padre asintió. Corrió a la furgoneta, y Shana continuó detrás de su hermana.

## Cisne negro

### **El misterioso asesinato y suicidio de un hombre de Cedar Fort y su familia**

... el sheriff Peter Niebouer del condado de Utah dijo que las víctimas fueron identificadas: Brandon Sharpe, de 31 años; su madre, Johnette Sharpe, de 63 años; y su padre, Daniel Sharpe, de 64 años. Los tres cuerpos se encontraron el martes por la mañana en el salón de la casa propiedad de Daniel Sharpe. Los tres tenían heridas de bala y la policía encontró una pistola, propiedad de Brandon Sharpe, en la escena del crimen. Lo que confunde a los investigadores son los mensajes escritos en la pared con la sangre de la madre: «Fuera de mi ordenador» y «Ya viene Máscara Blanca». Los investigadores también descubrieron un disco duro externo que en el que había pornografía infantil. El disco duro era propiedad de Brandon Sharpe...

### **3 de junio, Decatur (Georgia)**

*E*l *jet lag* ya se había apoderado de Benji Ray, como si los huesos le pesaran mucho más de repente. Nunca había tenido mucha suerte durmiendo en los aviones y volar lo ponía muy nervioso, por lo que lo mejor que podía hacer era quedarse despierto con un buen libro o revista y dejarse llevar. Aquel no era uno de sus peores viajes... El de China había sido el peor. Pero este tampoco era una maravilla: volar de Kailua-Kona a Seattle y luego a Atlanta eran más de doce horas de vuelo, sumadas a las que tenía que pasar en tierra en los aeropuertos.

Cerró el maletero del sedán con gesto cansado después de meter dentro el equipaje y condujo el miserable y corto trayecto que lo separaba de su casa en la ciudad. La seductora idea de echarse una siesta empezó a abrirse paso en su mente y sabía que la mejor manera de superar el *jet lag* era quedarse despierto y dormirse a una hora normal como un humano normal, pero se sentía tan ajeno a todo que se cuestionó si realmente merecía la pena.

Alguien, una mujer, pronunció su nombre mientras arrastraba la maleta hasta la puerta delantera de su casa:

—¿El doctor Benjamin Ray? —preguntó.

Dio media vuelta y arrugó el gesto al sentir el sol del atardecer. El calor de Georgia ya le había arrebatado la poca paciencia que le quedaba.

Vio frente a él a una joven negra, de piel más clara que la suya. Supuso que tendría veintimuchos o treinta y pocos. Llevaba ropa casual: vaqueros y una camisa de manga corta y abotonada. El pelo le rodeaba la frente en unos rizos muy mullidos.

—El que viste y calza —dijo con agotamiento—. Miré, no sé si es usted amiga o enemiga, una admiradora o... lo contrario a una admiradora.

«Dios —pensó—. Quizá fuese una abogada, como si no hubiera tenido ya suficiente con los abogados.»

—Lo siento, pero no es el mejor momento...

—Me llamo Sadie Emeka —dijo la mujer con una sonrisa en el rostro. Se dio cuenta de que no era estadounidense, sino británica. Y algo más también... africana. De Etiopía o puede que de Nigeria—. Trabajo para Benex-Voyager, que es...

—Sé lo que es —replicó él con brusquedad. Demasiada, pero su paciencia era como un diente limado hasta el nervio.

—Me gustaría hablar con usted, si me permite un poco de su tiempo.

—Hoy no —la rechazó él—. Acabo de llegar de un viaje muy largo, como bien podrá ver. Tal vez a finales de semana. O la semana que viene. O nunca.

Después se volvió a girar hacia la puerta de su casa.

—Algo ha ido mal —dijo ella.

Él se dio la vuelta y arqueó una ceja. Sadie Emeka no había borrado esa sonrisa implacable de su gesto, y su voz aún tenía ese tono animado y optimista, pero Benji también detectó cierto nerviosismo.

—«Algo.»

—Un brote. —Titubeó—. A lo mejor.

—A lo mejor un brote. Mmm. Vale. ¿Dónde? ¿África? ¿China?

—Aquí. En Estados Unidos. En Pensilvania, para ser más exactos.

Se mordió un carrillo. Le dolía todo. Su alma estaba preparada para abandonar ese despojo carnosos que llamaba cuerpo y encontrar el descanso que tanto ansiaba.

«Aún no», le dijo a su alma.

—Entre —dijo—. Pondré el café al fuego.

El agua caliente se vertió generosa de la cafetera de cuello de cisne mientras él la movía en lentas espirales sobre el filtro. Empapó los granos molidos, y el vapor surgió de ellos como si fuese un fantasma que escapara de una tumba. El aroma fue más que suficiente para devolverle la vida, al menos durante un rato.

—Yo tengo una Keurig —dijo Sadie mientras lo miraba preparar el café con fría fascinación—. ¡En realidad tengo dos! Una en casa y otra en la oficina.

—Crean muchos residuos —comentó. Quizá con demasiada brusquedad, otra vez.

—Uso cápsulas ecológicas. Son reutilizables.

—Siguen siendo demasiados desperdicios, aunque no lo parezca. Esto... —Sacudió la jarra de cristal que tenía el filtro de café. «Clin, clin»—. Es mucho más sencillo. Una jarra de cristal. Un filtro de metal. Agua caliente. Y los granos molidos. Nada electrónico. Además, en las máquinas Keurig suele formarse moho y se llenan de bacterias. Algas incluso.

—Joder. Es usted la alegría de la huerta, ¿eh?

Ahí estaba. Esa sonrisa inalterable. También un destello en sus ojos y un atisbo de socarronería.

—Lo siento —se disculpó él—. No debería soltarle estos discursitos. Me gusta creer que no soy así de imbécil, pero como le he dicho antes, el viaje me ha dejado muy cansado.

—A Hawái, ¿no?

—Así es. ¿Cómo lo sabe?

—Mi trabajo consiste en saber cosas, doctor Ray.

—Llámeme Benji, por favor. —Alzó la vista para mirarla—. ¿Sabe lo que estaba haciendo allí, en Hawái?

—Sí que lo sé. Estabas en la Isla de Hawái, en el interior. De visita en la granja Kolohe, donde se crían cerdos de raza, ¿no es así? Sería de esperar que les estuvieras enseñando o al menos dándoles una charla sobre sostenibilidad y prácticas de agricultura seguras. Corrígeme si me equivoco, pero supongo que para una granja así de pequeña serás un héroe de leyenda.

—Sí que sabe mucho. —Su mirada se volvió más suspicaz—. Pero tenga clara una cosa, señorita Emeka: no soy un héroe.

—Si yo puedo llamarte Benji, tú puedes llamarme Sadie.

—Ah. Sadie. Bien. —Mientras hablaba, sacó el filtro de la jarra y tiró los posos en un cuenco vacío que usaba para tirar la basura de la encimera—. Por ser más específico: tengo claro que el CDC en particular no me considera un héroe y, de hecho, al parecer era una carga para ellos. Y supongo que hicieron bien al considerarme una carga, porque les costé mucho respeto y lealtades diversas. Eso me lleva a pensar que, a pesar de que tu empresa estará relacionada con el CDC, no creo que hayas venido en mi busca porque ellos te lo hayan pedido... A menos que Loretta haya cambiado por completo de opinión, lo que es tan probable como que los cerdos empiecen a fabricar mochilas cohete.

Loretta Shustack, la subdirectora del CDC, se había granjeado el apodo de «el Objeto Inamovible» por esa misma razón: cuando tenía una opinión, era imposible hacerla cambiar. Hacía gala de una eficiencia sin parangón y nunca se retiraba de un enfrentamiento.

—No he venido a petición del CDC —aseguró ella—. En eso tienes razón.

Vertió el café en una taza y se la pasó.

—¿Crema? ¿Azúcar?

—Por favor. Un poquito de ambas, si puede ser.

Lo hizo y después él dejó su café solo como el corazón del mismísimo diablo. La mujer le dio un sorbo e hizo un sonido de satisfacción con la boca.

—Está muy bueno.

—Es colombiano, de procesado miel, que en realidad no tiene nada que ver con la miel, igual que supongo que tu visita tampoco tenía nada que ver con el café, así que vayamos al grano. Dijiste que había un brote...

—Que a lo mejor había un brote.

—¿De qué?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabes que es un brote?

—De ahí lo de «a lo mejor» —explicó al tiempo que agitaba un dedo—. No sabemos muy bien qué es.

—¿Hablas en plural porque te refieres al CDC?

—Hablo en plural porque me refiero a Cisne Negro.

Se quedó de piedra, con la taza de camino a los labios. El silencio se abrió paso entre ellos como un abismo que se abría cada vez más.

—Vale.

«Cisne Negro...»

—Parece que te suena.

—Sí.

—Pero te veo titubear.

—Titubeo, sí. Mucho. Soy consciente de que cada vez nos fascina más reemplazar la mano de obra humana por la inteligencia artificial. Si un ordenador quiere recomendarme productos que comprar en Amazon o qué vídeos ver en YouTube, lo acepto. Pero... para este trabajo se requiere a un humano.

—Y tiene humanos. Los humanos son los que valoran las predicciones, Benji. Seguro que ya lo sabías.

«Ahí está.»

La sonrisa inalterable vaciló en su rostro. Sus facciones se pusieron tensas de repente, como si de improviso y sin venir a cuento se hubiese puesto a la defensiva. La desconfianza de Benji por Cisne Negro no era algo con lo que ella no estuviese de acuerdo y ya está, era algo que la ofendía de verdad.

Se preguntó por qué.

¿Por qué era tan importante para ella? ¿Cuál era su relación?

Esto era lo que él sabía sobre Cisne Negro:

Cisne Negro era una IAP, inteligencia artificial predictiva. El sistema lo había encargado el gobierno anterior, bajo el mandato del presidente Nolan, que para ser republicano era sorprendentemente dado a la ciencia (al menos, reconocía que el cambio climático era una realidad, y concedía importancia a cosas como la exploración espacial o los transgénicos), pero también era dado a la vigilancia, lo que en el contexto de crear una inteligencia artificial hacía que a uno le saltasen todas las alarmas. El problema era que Cisne Negro no contaba con una partida presupuestaria, por lo que el dinero salía en parte del CDC, que había recibido una cantidad nada desdeñable después de los casos de ébola en Nueva York (casos que Benji había investigado en persona). Benex-Voyager había creado Cisne Negro con la capacidad única y exclusiva de detectar brotes, pandemias y hasta saltos zoonóticos, esos casos en los que una enfermedad pasaba de los animales a los humanos.

Lo llamaron Cisne Negro por la teoría del cisne negro de Nassim Nicholas Taleb, que sugería que algunos acontecimientos eran del todo impredecibles y que solo éramos capaces de racionalizarlos *a posteriori* como algo que tendríamos que haber sido capaces de vaticinar. Para más inri, cuanto más afectaran el devenir de la historia, más predecibles deberían habernos parecido.

Así pues, los acontecimientos de Cisne Negro se veían como casos aparte y recibían ese nombre por una frase del poeta romano Juvenal:

«Rara avis in terris nigroque simillima cygno.»

Que, traducida muy deprisa, significaba:

«Un ave rara en la tierra, parecida a un cisne negro».

Dicha afirmación se afianzó pasado el tiempo con la intención de representar algo que era imposible, porque se creía que los cisnes negros no existían.

Pero sí que existían. Es algo muy humano: creer que ciertos acontecimientos o consecuencias son imposibles hasta que tienen lugar. La inteligencia artificial revisó enormes bancos de datos, buscó improbabilidades y hasta imposibilidades teóricas y, de ese modo, empezó a sacar conclusiones y, luego, predicciones. Los sucesos del 11 de septiembre, por ejemplo, se catalogaron como un cisne negro. Aun así, al echar la vista atrás, había indicios de que podría producirse un ataque de esas características, indicios que, como siempre, desdeñaron los que detentaban el poder. Se prometió que Cisne



Negro no desdeñaría esos indicios.

A Benji le habían explicado que el truco radicaba en alejarse de la teoría de la decisión. La mayor parte de los intentos de predicción usaban un modelo establecido con parámetros y márgenes bien definidos, lo que dicho de otra manera equivalía a afirmar que había cosas que los humanos no podían saber y ya está. No puedes predecir una tormenta de nieve si no sabes lo que es una tormenta de nieve o si las tormentas de nieve no habían existido hasta ese momento. Para buscar algo, tienes que saber lo que estás buscando. ¿O no? Para predecir ese tipo de desastre había que diseñar algo nuevo, algo que requiriese una estrecha conexión de todos los sistemas conectados a internet.

Con Nora Hunt, la presidenta actual, el proyecto de Cisne Negro se había puesto en primer plano. Hacía dos años, le habían encargado a Benji la tarea de traducir todo lo que hacía en el SIE (Servicio de Inteligencia Epidémica) a parámetros compatibles con Cisne Negro.

Los había mandado a tomar por culo con mucha educación.

Lo mismo que se disponía a hacer con esa mujer en unos instantes.

—Sea lo que sea esto... —empezó a decir—, me niego a ponerme al servicio de una máquina.

Entonces le tocó interrumpir a ella:

—No es un dios. Es una herramienta. Y muy lista. Cisne Negro ya nos ha ayudado muchísimo. No han hecho pública su existencia, pero ¿sabes todas las cosas que hemos conseguido gracias a ella el último año? ¿Todo lo que hemos conseguido prevenir?

«El último año.»

Traducción:

«El tiempo transcurrido desde que lo despidieron».

—No lo sé —dijo con tono adusto.

—Nos ha ayudado a predecir brotes de sarampión en varios estados al mismo tiempo, brotes que podrían haber devastado la Costa Oeste. Esa cosa vio lo que nosotros fuimos incapaces de ver, que era que las tasas de vacunación locales estaban por los suelos... Todo gracias a la información errónea que reciben los padres en lo referente a las vacunas.

Soltó un ligero «ajá» de aprobación. En la actualidad, la información errónea (o más bien la desinformación) parecía estar en todas partes, lo cubría todo, como el polen en primavera.

Sadie continuó:

—Y no solo las epidemias, los virus o las bacterias. Evitamos que un puente se derrumbara en Filadelfia. También un virus de ordenador iraní que podría haber obtenido datos de innumerables cuentas bancarias. Pillamos una célula terrorista local que actuaba en Oregón, a unos *hackers* islámicos que trataban de atacar la red eléctrica y también a un espía ruso que se había infiltrado en Blackheart, el contratista militar privado.

Benji le dio un sorbo al café y reflexionó en voz alta:

—Hace seis meses, el CDC detectó un brote en potencia de listeriosis que podría haberse originado en una granja lechera de Colorado. —Lo había leído, claro, y se había preguntado cómo lo habían conseguido. En este país uno no detectaba un brote como ese hasta que bueno, hasta que se había expandido a base de bien. En ese momento había pensado en hacer alguna que otra llamada por si alguien le podía explicar cómo lo

habían detectado, pero tenía miedo de que no quisiesen hablar con él, un miedo que aún sentía—. ¿Fue gracias a Cisne Negro?

—Así es.

Joder.

«Quizá sí que somos sustituibles.»

—¿Y para qué me necesitan? —Terminó el café y esperó a que la cafeína exorcizara los demonios de la fatiga—. Ya tienen a su programa. Debería ser capaz de decirles todo lo que necesitan saber.

—No es una aplicación del iPhone, Benji. La inteligencia artificial es igual que las personas: imperfecta. Hay que entrenarla. Nos pasamos todo un año enseñándole a analizar información y encontrar patrones, para que hiciese algo más que repetir lo que aprendía, para que también crease cosas. Títulos de canciones, colores, poesía... No sabrás lo que es haber vivido hasta que no hayas oído la poesía de una inteligencia artificial. Una puta locura, pero a medida que mejoraba empezó a sonar como poesía humana de la mala en lugar de como la de una inteligencia artificial.

—Recita poesía. Maravilloso.

—Yendo al grano: los humanos no solo son necesarios para entrenarla, sino también para interpretarla. Cisne Negro es una herramienta y tenemos que blandirla.

Benji se levantó y metió la taza en el lavavajillas. Mientras lo hacía, dijo:

—Déjame reformular la pregunta. ¿Por qué yo? Cualquiera que trabaje en el CDC te dirá que no soy de fiar. Quemé las naves. Tomé una decisión y nadie en su sano juicio me elegiría a mí.

—Te ha elegido Cisne Negro.

—¿Que Cisne Negro ha hecho qué?

—Te ha señalado a ti.

Entrecerró los ojos.

—Lo siento. No te entiendo.

—Cisne Negro quiere trabajar contigo. Por eso he venido.

## Chimpún

### **El populista Ed Creel se aferra a la candidatura republicana**

El empresario industrial Ed Creel ha conseguido hoy mismo el número mágico de delegados, mil doscientos treinta y siete, necesarios para asegurarse la candidatura republicana a la carrera presidencial, lo que lo enfrentaría a la actual presidenta en funciones Nora Hunt, cuyos resultados en las encuestas no han decaído. Creel siempre se ha considerado un candidato poco conocido, pero ha conseguido derrotar uno a uno a sus contrincantes en el partido y salir victorioso a pesar de (o gracias a) realizar una campaña electoral algo controvertida...

### ***3 de junio, cerca de Granger (Pensilvania)***

Shana estaba sentada en la parte de atrás de la ambulancia. Uno de los dos paramédicos se encontraba junto a ella, una mujer de hombros anchos con nariz aguileña y ojos amables. La mujer le dijo que se llamaba Heather Burns. El otro paramédico era Brian McGinty, un tipo larguirucho de voz apacible y barba rubia. También caucásico. El hombre estaba fuera de la ambulancia hablando con el padre de Shana, y ella no oía nada de lo que decían.

—Tu hermana —dijo la paramédica Heather—. ¿Fue la primera?

—Claro. Sí.

Shana sintió que le temblaban las manos, aunque no sabía por qué. Por encima del hombro de la paramédica vio un atisbo de la desvencijada parada de autobús de madera en la que había encontrado a su hermana hacía dos años, después de que su madre se marchase.

—¿Y los otros dos?

—El señor Blamire, el profesor de matemáticas, apareció... hummm... No lo sé, hace más o menos una hora, por Orchard. ¡No! Por... Mine Hill, sí. Y esa tercera persona, la mujer... No sé quién es. Lo siento.

—Pero ¿acaba de aparecer?

—Justo antes de que llegais, sí.

La tercera persona parecía joven, pero no tan joven como su hermana. Unos veintitantos, le calculó. Hispana. ¿O se decía latina? Joder. Estaba segura de que había alguna diferencia, pero en ese momento no se acordaba. Tenía un cabello largo que le caía por los hombros y le llegaba hasta la mitad de la espalda. La mujer no llevaba zapatos, solo calcetines. Eran rosados y ya estaban rojos por debajo debido a la humedad y la tierra.

Apareció justo cuando salieron de Mine Hill y cogieron por Granger Road. Shana la vio salir por la puerta de un pequeño apartamento y dirigirse en línea recta hacia Nessie y el señor Blamire. La mujer tenía la misma mirada perdida.

Después se había unido a los otros dos.

Y luego fueron tres.

«Sonámbulos —pensó Shana—. Tres sonámbulos.»

Fue incapaz de reprimir la extrañeza que se apoderó de ella. Se sentía como si fuese una mera espectadora de sus acciones. Como si no tuviera ni voz ni voto. Una extraña voz en su interior le advirtió:

«Esto es el principio de algo gordo, pero todavía no sabemos qué».

—¿Están enfermos? —le preguntó a la paramédica.

—No lo sé. No soy doctora.

—Ah. Vale. —Parpadeó—. Parecen como sonámbulos.

—Es una buena manera de describirlo. —Heather asintió y sonrió. La sonrisa hizo que Shana se sintiera un poco más cómoda—. Vale. Antes de que esos tres... los sonámbulos se alejen demasiado, voy a explicarte muy rápido lo que queremos que hagas. Vamos a inyectarles un sedante, uno a uno, a los tres.

—¿Para eso no hace falta pillarles una vena? No creo que se queden quietos el tiempo necesario para encontrarla ni...

—Es haloperidol. Se inyecta directo en la nalga.

—Ah, vale. ¿Y si se caen?

—No tiene por qué dejarlos inconscientes. También sirve para calmar un poco los nervios, incluso a pacientes violentos. Pero, en este caso, me encargaré de la inyección y me quedaré detrás del paciente para asegurarme de que no se cae. Brian se quedará por delante por si cae hacia el otro lado. Le está pidiendo permiso a tu padre en estos momentos.

—Bien.

Dios, vaya si Shana estaba cabreada. Todo aquello le parecía una estupidez.

—Muy bien. —Heather llamó al otro paramédico, quien asintió con tranquilidad—. Parece que tenemos permiso.

—Me gustaría estar cerca.

—Claro. Será rápido e indoloro, y quizá consigamos calmar a tu hermana y a los demás para llevarlos a urgencias. Así podremos averiguar qué es lo que ha ocurrido, si es que ha pasado algo. En mi opinión, no lo creo. Es posible que todo se deba... a que han tenido un sueño un poco extraño o algo así.

Heather ayudó a Shana a bajar de la ambulancia. Delante de ellas, los tres sonámbulos ya se encontraban a casi medio kilómetro de distancia. Caminaban con arreglo a un patrón un tanto espaciado: primero Nessie, después Blamire unos pasos por detrás en el medio, y luego la nueva caminante, que iba la última.

Los paramédicos se dirigieron hacia ellos a paso rápido para alcanzarlos. Shana miró a su padre con gesto preocupado y ceñudo.

—No pasará nada —dijo él.

—Me da mala espina.

—Saben lo que hacen.

—Lo sé.

Pero pensó sin decirlo:

«Pero algo va mal».

Shana lo sentía, de igual manera que uno siente a veces que se acerca una tormenta. Un zumbido en el aire, una tensión entre moléculas. Pero se guardó ese miedo para sí.

Los paramédicos se prepararon: Brian delante de los tres caminantes y manteniendo el ritmo mientras andaba hacia detrás, y Heather con la aguja en la mano, que clavó en una botellita de líquido transparente. La aguja tragó el líquido y salió, llena.

Heather le dedicó a Shana una última sonrisa, y luego se apresuró para colocarse detrás de su hermana...

... y, rápida como un rayo, le clavó la aguja.

O, mejor dicho, intentó clavarle la aguja.

Lo intentó y fracasó.

—No ha entrado —dijo la paramédica. Le dedicó una sonrisa incómoda y tal vez incluso avergonzada—. Vamos a intentarlo de nuevo.

Y volvió a acercarse a Nessie para efectuar una nueva tentativa de clavarle la aguja a la chica en la nalga. Y...

—Vanessa no le da a las drogas que tú sepas, ¿no?

Shana fue incapaz de no reírse.

—¿Drogas? No. Dios, Nessie es una abstemia empedernida.

Recordó una vez que había intentado que su hermana probara la cerveza: Nessie había arrugado la cara como si le acabara de ofrecer zumo de limón y no le dio siquiera un trago. Shana intentó acercarle la cerveza a los labios y, en el último momento, Nessie había soplado con fuerza para llenarle la cara de espuma a su hermana.

Nada. Otra vez. Era como si la paramédica intentara clavar un tenedor romo en un sillón de cuero. No entraba.

Shana intentó pensar en que algún día aquello sería una historia muy divertida que le contaría a su hermana:

«Pues mira, mientras estabas ahí inconsciente como un puto pasmarote, la paramédica intentó una y otra vez pincharte el culo con una aguja, pero no te entraba. Ja, ja. ¿Lo pillas? Una aguja en el culo. Venga ya, no pongas esa cara. Tienes que sentirte orgullosa. Tienes unos glúteos de acero, hermanita. Tendrían que hacer un cómic sobre ti y tu superpoder: te llamarías la Superculo Metálico, o algo así».

Heather alzó la vista, ruborizada.

—Juro que soy una profesional —dijo.

Brian, el otro paramédico, la miró y dijo en voz baja y frustrada:

—¿Quieres que pruebe yo o qué?

—Brian. Puedo hacerlo. A la tercera va la vencida, ya sabes. Quiero que la cojas por la cintura, con mucho cuidado. No dejes que se mueva, venga.

—No —gritó Shana, que se acercó a toda prisa. Su padre intentó pararla, pero ella se zafó—. Quietos. ¡No! No. Ya os he dicho lo que ocurre cuando se los sujeta. No, no, no...

—Shana, el problema es que si se mueve no vamos a poder clavarle la aguja. Vanessa se aleja cada vez que me dispongo a pincharla.

—Por favor. No.

Heather miró a Shana con mucha calma y dijo:

—Me dijiste que tenían que pasar... ¿Cuántos? ¿Cinco, seis o puede que hasta siete segundos, antes de que el ataque empezara a ser preocupante? Esto solo será un segundo. Y hasta medio. ¿No es así, Brian?

—Pues claro. Y tendré mucho cuidado.

Shana sintió a su padre detrás de ella.

—Cariño, deja que lo intenten —dijo el hombre.

—Pero papá...

—Shana. —La apartó con amabilidad—. Son profesionales médicos. Ya lo sabes.

—Se va a agitar. Y, cuando lo haga, será mucho más difícil clavársela.

—No fallaré —aseguró Heather—. Lo prometo.

Shana asintió, a regañadientes.

—Vale. Vale.

Heather y Brian se acercaron una vez más a la chica.

—Agárrala a la de tres —dijo la mujer—. Uno...

«Espero que no te pase nada, Nessie.»

—Dos...

«No sé de qué va todo esto, pero necesito que te mejores.»

—¡Tres!

Brian la agarró. Nessie empezó a agitarse. La chica gritó, un aullido sobrenatural que surgió de su garganta y le salió por la boca.

Heather avanzó con la aguja y dio una estocada con fuerza...

Y algo cayó en el asfalto, un clic, clac.

Fuera lo que fuese, relució a la luz del amanecer.

El cuerpo de Nessie se agitó cada vez más; empezó a sacudir los talones contra la carretera, con tanta fuerza que Shana estaba segura de que se iba a hacer daño en los pies. El sonido se elevó cada vez más, y Shana les gritó para que soltasen a su hermana:

«Por favor, por Dios, joder, soltadla ya...»

Mientras, los otros dos somnámbulos siguieron avanzando y pasaron junto a ellos.

—La aguja se ha roto —dijo Heather—. ¡Suéltala!

Brian abrió los brazos de repente, y la chica se zafó, le dio un empujón y aceleró el paso para llegar hasta donde se encontraban los otros dos.

Los dos paramédicos parecían abatidos. Sobre todo Brian.

—Eso ha sido muy raro.

—Solo han sido convulsiones —dijo Heather.

—Eso no han sido convulsiones.

—¿Qué pasa? —preguntó el padre de Shana.

—No he podido... —Heather respiró hondo—. No he podido clavarle la aguja. ¿No tiene nada en los bolsillos...? ¿Una cartera o... algo duro? La aguja se ha roto, y no se suelen romper a menos que...

—Lleva el pijama —espetó Shana.

Eso los sumió a todos en un silencio incómodo mientras se miraban entre sí en busca de unas respuestas y un consuelo que nunca llegaron.

—Creo que deberíamos llamar a alguien —dijo Brian.

—¿A quién? —preguntó papá.

—A la policía —respondió Heather—. Ellos sabrán qué hacer.

Tardaron una hora. Mientras tanto, ellos se dedicaron a seguir a los sonámbulos hasta Granger, que más que un pueblo era una única carretera llena de señales de stop y sin semáforos, un bar, dos gasolineras, tres tiendas de antigüedades y una vieja tienda de

pelucas que estaba cerrada desde hacía años, pero que aún tenía el cartel. Era un desfile extraño: una ambulancia yendo muy despacio detrás de tres personas que no dejaban de caminar, y Shana y su padre en la camioneta. Cada vez que un coche se acercaba de frente, tenía que ingeniárselas para evitar a los tres sonámbulos y a los dos vehículos. Los caminantes no parecían ni darse cuenta. Nada alteraba su camino ni llamaba su atención.

No se estremecían, ni se encogían de miedo, ni alteraban el paso. Nunca.

Shana conducía. Su padre y ella no intercambiaron muchas palabras por el camino. Lo que hablaron se redujo a poco más que algunos intentos de tranquilizarla por parte de él:

—Todo va a ir bien. Tu hermana está bien. Ya verás.

Shana tenía muy claro que era mentira.

El policía que apareció era de los bajitos y anchos, pero parecía uno de esos que no salían del gimnasio. No solo tenía músculos en los brazos y en las piernas, también en el cuello. Era calvo como una bombilla, y se acercó a ellos. Les preguntó a los paramédicos qué había sucedido y después se acercó a Shana y a su padre.

—Soy el agente Chris Kyle. ¿Esa joven es su hija? —preguntó.

El padre lo confirmó, y después el policía pidió más detalles: la edad de Nessie, cualquier problema de salud conocido, problemas con las drogas. Los paramédicos le contaron lo de las convulsiones. Heather le explicó:

—La causa parece ser el contacto físico.

Shana pensó:

«Pero no es solo el contacto. Ocurre cuando los intentan detener».

Los tres caminantes ya habían recorrido la mitad del pueblo. Algunos lugareños habían salido para ver qué ocurría. Unos cuantos rostros aparecieron en las ventanas de los apartamentos superiores para echar un vistazo. También unos borrachos en la puerta del bar, el Glinchey's. Una mujer que estaba en la gasolinera Mobil dejó de llenar el tanque del coche y se quedó paralizada junto al surtidor, mirando a los caminantes, el policía y la ambulancia. El policía empezó a mirar al frente y luego llamó a los paramédicos para que se acercaran.

—¿Adónde queremos llevarlos? —les preguntó.

—Al hospital —respondió Heather.

—¿Y son peligrosos?

—No —dijo Brian—. No, que sepamos.

—Parecen sonámbulos —observó Shana, aunque su diagnóstico carecía de fundamento científico. Nadie la corrigió, a pesar de todo.

—Muy bien, pues llevémoslos al hospital —dijo el policía.

El agente hizo crujir los nudillos, empezó a rotar el cuello como si estuviese a punto de levantar un tronco talado y volvió a meterse en el coche. Adelantó a los tres caminantes, y lo aparcó a unos cien metros de la gasolinera. Abrió una de las puertas traseras y luego empezó a acercarse. Cuando lo hizo, Shana fue incapaz de no fijarse en su manera de andar, en ese contoneo arrogante propio de un gallo que era como si se hubiese cagado en los pantalones pero fuese demasiado orgulloso para admitirlo y cambiarse la ropa interior. Se detuvo a unos siete metros de los caminantes y les dijo, con voz nítida y potente:

—Quietos.

Siguieron caminando.

El policía frunció el ceño.

—He dicho que quietos. Despertad. Parad el carro.

Brian, el paramédico, gritó:

—No...No te oyen.

El policía asintió con brusquedad, irritado.

Lo que ocurrió a continuación fue muy repentino. Chris extendió la mano hacia el cinturón, desenfundó una pistola y apuntó al centro del trío. A Blamire.

Todos gritaron y empezaron a correr hacia él...

Pero el policía apuntó bien y apretó el gatillo.



## La comida que va después del almuerzo y que a veces se acompaña con unas copas

### **Una red neural que inventa nuevos postres:**

Corteza dura y sospechosa  
 Nueces cerebrita caramelizadas  
 Chocolate embotellado  
 Tarta de arandasueños  
 Dientes de pescado sin pastel  
 Tarta tartosa  
*Muffin* de caramelo en *chiffonade* servido en vasito  
 Tarta de caca de unicornio

Sacado del blog las IA de Estados Unidos: US-of-AI.com

### **3 de junio, Decatur (Georgia)**

**M**aker's Bell no era un pueblo de mucho renombre.

Sadie le comentó que ese era el lugar, el que Cisne Negro había identificado como la zona cero del brote, por lo que Benji sacó el portátil del bolso, lo abrió sobre la encimera y se pusieron a buscar Maker's Bell.

«En ese lugar no hay nada de nada.»

Como solía decir siempre que no conseguía sacar nada en claro de una investigación.

Maker's Bell se encontraba al noroeste de Allentown, a unos ochenta kilómetros. Había sido una ciudad minera, pero hacía mucho tiempo que no lo era. Y no solo Maker's Bell, sino también el país entero. (Los políticos siempre decían: «Ha llegado el momento del resurgir del carbón», pero eso era como decir que era el momento del resurgir de los látigos de los carruajes. Cuando hablaban sobre el carbón, en realidad nunca se referían al carbón, siempre eran promesas vacías para el proletariado de Estados Unidos y su estilo de vida de proletariado).

Hoy en día vivían en Maker's Bell cuatro mil novecientas veinticinco personas. Se trataba en gran parte de una comunidad de inmigrantes blancos: los magnates de la mina explotaban a la población irlandesa y de europeos del Este en las minas de antracita. Había algo llamado *kielbasy* o *kielbasa* que parecía encantarles. Una especie de salchicha polaca. Y eso era lo más llamativo. No era un lugar que destacase por las noticias: resultados de los partidos de fútbol americano del equipo del instituto, una venta en el nuevo concesionario de Toyota, un robo ocasional en una tienda. Siguió

deslizando la página hacia abajo y vio que se habían producido numerosos incidentes raciales unos años atrás: la ciudad había empezado a recibir una gran cantidad de inmigrantes de color procedentes de Guatemala y eso enfadó a parte de los blancos, que les dieron una paliza a algunos. Algún que otro justiciero se puso a su altura, sobre todo una adolescente, pero la sangre no llegó al río. Al menos, no para que se leyese en las noticias.

Benji era un hombre negro que vivía en Estados Unidos y sabía por experiencia propia que el racismo nunca se había ido de allí. Le recordaba a la enfermedad de Lyme, esa que se propaga con la picadura de una garrapata. La garrapata de un ciervo podría morder a una persona y transmitirle una pequeña cabrona llamada *Borrelia burgdorferi*, la asquerosa bacteria que causaba la enfermedad. Al contraerla, podía parecer gripe, pero después se quedaba incubando durante semanas, meses y, en ocasiones, incluso años, hasta que volvía y se manifestaba unas diez veces peor que en la primera ocasión. Además, aparecía de manera diferente: afectaba a órganos diferentes, como el corazón o el cerebro, la espina dorsal o distintas extremidades. Los síntomas eran únicos y hasta llegaban a provocar parálisis facial.

El racismo era un poco así. A veces los primeros síntomas eran pequeños: microagresiones por aquí, un resentimiento que se cocía a fuego lento por allá. Si se atajaba de buenas a primeras, quizá fuera posible contenerlo, pero si no había que enfrentarse a él, porque solía regresar con mucha fuerza, como la bacteria. Mucho peor. Enconado. Tanto que, cuanto más lo dejabas pasar, más difícil era de controlar y las cosas no tardaban en venirse abajo.

Benji tenía en la mente esos dos ejes: el racismo y la enfermedad. ¿Podría ser eso lo que Cisne Negro pretendía mostrarles sobre Maker's Bell? Por eso le dijo a Sadie:

—¿Y si lo que ha identificado no es el brote de una enfermedad? ¿Cisne Negro diferencia entre eso y... digamos... el terrorismo? ¿Un tiroteo en un instituto? Porque, de ser así, no tendrías que estar hablando conmigo. Seguro que hay mentes mucho más brillantes que yo sobre esos temas.

—Cisne Negro pidió que te viniésemos a buscar. Lo siento, pero la responsabilidad sigue recayendo sobre ti, compañero.

Se rascó el espacio entre los ojos, sobre la nariz. Era un tic nervioso cuando se sumía en sus pensamientos. Quizá su teoría fuese cierta. ¿Podía ser Lyme? El cambio climático había provocado un incremento en la cantidad de garrapatas.

—Quizá lo transmitan las garrapatas. O los mosquitos. O... —Suspiró al ver que se quedaba sin opciones—. Allí comen salchichas. Habría que analizar las carnicerías. Ha pasado mucho desde que la triquinosis salió en los periódicos.

—¿La triquiqué?

—Triquinosis. Una infección parasitaria por consumir carne con larvas de una lombriz intestinal. Los casos más graves pueden llegar a ser fatales. Es muy común en la carne de cerdo y se suele dar en granjas o carnicerías con pocas medidas higiénicas.

Benji sintió cómo los ojos de la mujer se le clavaban como puñales.

«Ahí va —pensó—. Ya lo va a soltar. Ahííí va.»

Después ella dijo de repente:

—¿Cuál era esa enfermedad que... encontraste en Longacre?

La manera en la que había pronunciado la palabra «encontraste»...

—No —respondió él, quitándole hierro al asunto. Esperaba que ella supiese con pelos

y señales lo que había ocurrido en ese lugar. ¿Intentaba sonsacarle algo? ¿Por qué?—. Esto requiere un análisis más profundo. Alguien que vaya allí, y con recursos... que, como podrás comprobar, yo no tengo. No tengo nada, Sadie. Esto no es como encontrar una aguja en un pajar, es que ni siquiera sé dónde está el puto pajar.

—Vamos a cenar.

—Cenar.

—Sí. ¿Te suena? Es la comida que va después del almuerzo y que a veces se acompaña con unas copas. Podemos ir caminando a Decatur. Hay buenos restaurantes por la zona. Y también un Jeni's Ice Cream. ¿Te he convencido?

—No sé, Sadie.

La sonrisa volvió a borrarle del rostro.

—Cisne Negro no se ha equivocado nunca. Ha visto algo, pero no sabemos de qué se trata. Necesito tu ayuda. —La sonrisa volvió a dibujarse en su rostro, como un fénix jubiloso que renaciera de sus cenizas—. Han sido generosos con la cuenta de gastos, así que deja al menos que te invite.

—Muy bien. —Suspiró—. Eres incansable, ¿lo sabías?

—Lo soy. Y lo sabía.

Sadie sacó el teléfono y le hizo una foto al postre: un helado de chocolate tan negro que parecía absorber la luz que había a su alrededor.

—Lo siento —se disculpó mientras enfocaba el teléfono y sacaba la foto. Clic. Es demasiado instagrameable como para pasarlo por alto. Como esos cócteles. Dios, dios.

Los dos pasaron juntos por Decatur Square y vieron familias bajo los árboles. Estudiantes de universidad que se lanzaban frisbis de un lado a otro. Sadie rebañó los restos del helado de queso de cabra con cerezas y se relamió los labios.

—Toda la carta de ese sitio era instagrameable —dijo.

Benji se consideraba un tipo sofisticado, pero su percepción de sí mismo cambió nada más llegar al restaurante en el que acababan de estar. Su idea de la comida era que se trataba de algo nutritivo y funcional, y no tanto algo que saborear y disfrutar. No entendió ni lo que eran la mitad de las cosas de la carta. ¿Qué era el gastrique? ¿O mizuna? ¿O soubise? ¿Por qué los huevos de codorniz eran mejores que los de una gallina normal y corriente? Mirar la carta de cócteles no hizo sino aumentar su confusión. Jenever, amaro, cinchona o falerno.

—Por cierto, estoy seguro de que más de la mitad era inventada.

—En una ocasión hicimos que Cisne Negro se inventase una carta, y confieso que... sonaba más o menos así, como si perteneciese a uno de esos restaurantes elegantes de Brooklyn que presumen de que sus productos van directos de la granja a la mesa. «Caldo de pollo malherido con una reducción de beicon evaporado.» Y... Dios, ¿cómo era el otro? ¡Ya me acuerdo! «Pétalos de pato melancólico con cáscara de escap.»

—¿Qué narices es cáscara de escap?

Empezó a reír y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Y yo qué sé! Esa maldita cosa hasta se inventaba recetas. No eran recetas que pudieses comer, ¿eh? Más bien estoy segura de que serían capaces de matarte. O prenderle fuego a tu casa.

Suspiró.

—Cisne Negro es algo personal para ti, ¿verdad? —preguntó Benji.

—¿Eso crees?

—Sí. No eres una mera... intermediaria de la empresa.

Le dio un lametón al helado y se quedó mirando el horizonte.

—No. Supongo que no lo soy. Soy diseñadora neuronal. La diseñadora neuronal.

Benji dejó de caminar.

—Tú diseñaste a Cisne Negro.

Claro. Esa era la razón por la que se tomaba el más mínimo atisbo de miedo o de crítica de manera tan personal. Era su creación. No era solo un programa o un diseño, sino algo que para ella se encontraba a caballo entre una obra de arte y una entidad.

—Así es. —Se dio la vuelta para mirarlo a la cara—. No es solo cosa mía, claro. Depende de mi equipo, pero yo soy la líder y la que escribió gran parte del código.

—Y confías en esa cosa.

—Tanto como en mí misma.

—Y esa máquina confía en mí.

Le dedicó un encogimiento de hombros juguetón.

—Eso parece. Y también quiere decir que yo confío en ti.

—No creo que pueda ser de mucha ayuda.

—Creo que deberíais conoceros.

«Deberíais conoceros.»

Lo había dicho como si esa cosa estuviese viva, lo que en cierto sentido era verdad, suponía. No viva, pero sí algo consciente. Era inteligente en cierto modo. Pero uno no decía algo así cuando hablaba sobre un ordenador o una nevera, ¿no?

—Podemos concretar un día y...

—¿Estás libre esta noche? ¿Estás ocupado en este mismo momento? —Alzó la vista para mirarlo—. Diría que ya te has terminado el helado.

—Sí, pero lo cierto es que me gustaría dormir.

Ella sonrió.

—Dormir está sobrevalorado, Benjamin Ray. Venga, vamos ahora mismo. Podemos coger el metro. —La estación estaba solo a una manzana de distancia—. Y presentarte a Cisne Negro como es debido.

—¿Y luego qué?

—Luego ya veremos cómo acaba la noche.

Odiaba esa sensación: la ansiedad que se cuajaba en sus entrañas como si las tuviese llenas de leche cortada con vinagre. El tren los llevó desde Decatur hasta el campus norte de la Universidad Emory. Cuanto más se acercaban, más sentía como los nervios se apoderaban de sus rodillas. Bajaron del tren, caminaron unas pocas manzanas y terminaron en el CDC, el lugar que había sido su hogar durante casi dos décadas. Casi de manera literal, si tenía en cuenta la cantidad de noches que había pasado durmiendo en su despacho.

«Y todo para después echarlo por la borda, ¿no?»

La decepción y la vergüenza se enfrentaron con la superioridad moral en su interior.

Le hacía sentir fatal, y no estaba seguro de por qué.

Supuso que, en parte, era por lo que había hecho.

Y en parte por lo que ellos le habían hecho después.

Había momentos en los que pensaba: «Hice lo correcto y me castigaron por ello».

Pero en otros se apoderaba de él la sensación contraria, cargada de una certeza embarazosa: «Mentiste en tu provecho y mereces algo mucho peor que lo que te ocurrió».

A medida que se acercaban al edificio, y mientras la luz del atardecer se difuminaba contra el perfil urbano de Atlanta, Benji titubeó. Empezó a ir más despacio hasta detenerse. Tragó saliva.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí —mintió—. Pero no creo que me dejen entrar en el edificio.

—¿Acaso crees que hay un cartel con tu cara en todas las paredes? El forajido Benji Ray, se busca por crímenes contra las enfermedades. —Hizo un gesto desdeñoso—. Yo tengo permiso. Además, Cisne Negro está en el sótano con la torre de servidores. No nos vamos a tropezar con nadie, si es eso lo que te preocupa.

—No me preocupa —espetó con brusquedad. Se tragó alguna palabra más. Las peores—. Lo siento. Es que... este lugar me trae muchos recuerdos.

Ella se encogió de hombros y siguió caminando con gesto despreocupado, como si la inseguridad de Benji le sirviese para acelerar el paso. Quizá fuese así.

Él la siguió a regañadientes, y con cada paso notó cómo se le constreñía el estómago.

Entraron en el edificio. Sadie pidió un pase de invitados en recepción y, para sorpresa de Benji, lo dejaron entrar sin problema alguno. ¿Qué era lo que esperaba, exactamente? ¿Bocinas y alarmas? ¿Que las persianas de metal se le cerrasen en las narices? ¿Que acudieran los SWAT? Había dañado la credibilidad del centro, pero no era Satán.

Se acercaron a los ascensores y bajaron.

Sadie sonrió y lo miró mientras el ascensor los llevaba a las profundidades de los pisos subterráneos del edificio. Despedía cierta energía, un entusiasmo eléctrico parecido al de un niño que está a punto de fardar de su juguete favorito o del dibujo que acaba de hacer.

Se abrieron las puertas, y Sadie lo guio por los pisos inferiores del lugar. Se encontraba en la torre de servidores del CDC y atravesaron habitación tras habitación llena de enormes paredes de cristal que protegían infinidad de servidores blade. Unas luces parpadeaban y se agitaban entre zumbidos en la oscuridad, como si fuesen luciérnagas digitales. Hacía frío, porque era necesario que estuviesen a esa temperatura. Tanta tecnología generaba muchísimo calor.

Sadie lo llevó por otro pasillo, luego por otro más, y después hizo un gesto hacia una puerta que tenía su nombre escrito: SADIE EMEKA, DISEÑADORA NEURONAL (BENEX-VOYAGER) . Detrás de esa había otra puerta más.

Esa era de color negro mate.

No colgaba de ella cartel alguno.

Sadie se acercó y la abrió. Benji se dio cuenta de que no tenía cerradura.

—La habitación no es más que una habitación —explicó—. Cisne Negro no vive dentro. Los intrusos que podríamos esperar están ahí fuera. —Hizo un gesto que lo abarcaba todo, el mundo entero—. No son personas que vayan a entrar por esta puerta. Cisne Negro no interactúa con cualquiera.

La habitación que tenían frente a ellos era oscura y profunda, una nada consuntiva.

—¿Entramos? —preguntó él.

—Tienes que entrar en la Guarida tú solo. Yo lo veré todo desde mi despacho y me comunicaré con vosotros desde allí.

Torció el gesto.

—¿La Guarida?

—Había que ponerle nombre. Sería ideal no antropomorfizarlo, pero al mismo tiempo me gusta hacerlo. Tiene un rollito así como de Beowulf contra Grendel que valoro mucho. —Carraspeó. ¿Estaba nerviosa? Benji creyó que sí lo estaba. Verla así lo hizo relajarse un poco—. Esto es lo que vamos a hacer: entras, hablas y le haces preguntas. No te responderá con palabras, sino con latidos verdes o rojos dependiendo de si la respuesta es «sí» o «no», respectivamente. También puede responder con imágenes y datos, pero no se comunicará contigo de la misma manera en que lo haces tú.

—Pues no se puede decir que parezca una ciencia exacta.

—Benji, ni la ciencia exacta es ciencia exacta. Pero estoy segura de que ya lo sabías.

Se volvió a preguntar si lo estaba criticando y aquello había sido una referencia a Longacre. No. Seguro que era porque él estaba muy sensible. O paranoico.

—Recuerdo que dijiste que podía recitar poesía.

—Y puede. Y también es una poesía terrible. Terrible como la de los vogones. Por eso preferimos simplificar su comunicación. Hablar es muy complicado. El lenguaje es otro patrón, que suele interponerse y retorcerse dependiendo del objetivo que busquemos. No es Siri ni Alexa ni ninguna de esos otros... estúpidos asistentes digitales. Esas entidades, si es que pueden llamarse así, tienen secuencias de comandos de programación muy sencillas que se limitan a seguir ciertos patrones. Pero no piensan. Cisne Negro sí que piensa. Y... bueno... lo que no queremos es que esos pensamientos tengan que pasar por el filtro de la lengua. Es mucho más útil si lo dejamos hablar con imágenes, sonidos o datos sin más. Y, cómo no, con el sistema binario de sí-no que le hemos dado.

Benji respiró hondo y notó cómo el corazón le latía con fuerza. Se sentía un poco como si estuviese a punto de entrar a matar a un monstruo.

O tal vez a conocer a uno.

La puerta se cerró detrás de él y, cuando lo hizo, la oscuridad se volvió absoluta. Allí no se oía el zumbido ahogado de la torre de servidores, por lo que el lugar parecía una cámara que anulaba todos los sentidos. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de empezar a creer que flotaba, distante y a la deriva del mundo? Benji se quedó de pie en la oscuridad de la estancia y esperó.

La voz de Sadie hendió el silencio de repente.

—Cisne Negro conectándose.

Y en ese momento, una suave luz blanca empezó a latir en la estancia, de una forma que en cierto modo recordaba al subir y bajar del pecho al respirar.

Benji sabía que no estaba vivo. El titilar de la luz era un truco de programación. No se hacía porque fuese algo necesario, sino porque querían que creyeses que hablabas con un ser vivo.

Algo en lo que pudieses confiar.

Algo como tú.

Sería ideal no antropomorfizarlo...

Ya, claro.

—Puedes hablarle —dijo Sadie por el comunicador.

La voz no salía de un solo altavoz, sino de todas partes: era un sonido omnidireccional

que se expandía a la perfección por toda la estancia, como si surgiese del interior de su cuerpo. Benji carraspeó y dijo:

—Pues... Hola, Cisne Negro.

La habitación latió en verde una vez.

¿Eso era un sí? ¿Una afirmación? ¿Qué se suponía que significaba algo así? ¿Que era consciente de su presencia? Qué día tan especial: una máquina acababa de confirmar que Benji existía. (Eso, a pesar de todas las ocasiones en las que, por alguna extraña razón, el reconocimiento facial o los dispensadores automáticos de toallitas parecían no darse cuenta de la existencia de la gente negra y no se activaban cuando se acercaba. Supuso que tenía que tomárselo como algo bueno y continuar).

—Querías verme, ¿verdad?

Un latido verde.

Luego, un segundo latido verde.

¿Y eso a qué venía ahora? Sadie pareció leerle la mente, porque habló por el comunicador.

—Lo siento. Te explico: Cisne Negro puede llegar a latir una respuesta hasta tres veces para indicar el grado de intensidad y de certeza de la respuesta. Dos latidos verdes significan que sí, pero un sí más intenso. Más emocionado.

—¿Se emociona? —preguntó Benji a Sadie.

Pero quien respondió fue Cisne Negro, con un latido verde.

También oyó un sonido sutil: un grave retumbar, un fuuum.

—¿Por qué yo? —preguntó.

Sabía que esa no era una pregunta de sí o no.

¿Cómo iba a responderle entonces?

Empezaron a aparecer unas imágenes en la pared que tenía delante. Primero, capturas de su currículum, vistazos rápidos a artículos en los que había trabajado en el SIE, que pasaron a mucha velocidad por la pared que tenía delante y llegaron hasta las que tenía a los lados, luego quedaron detrás de él y volvió a la nada de datos de la que había salido. Después aparecieron fotografías de él, algunas tomadas de la prensa y otras de las comunicaciones internas del CDC. En las fotos aparecía en Estados Unidos, pero también por todo el mundo: en un mercado de carne ilegal de la provincia de Cantón, al lado de unas filas de pollo, patos y civetas, en un jeep mientras recorría carreteras por las junglas del Caribe, en busca de la viruela de los monos con su equipo, gente como Cassie Tran y Martin Vargas, que miraban una pared llena de mapas de Sierra Leona para ubicar un brote de ébola.

Y luego el giro inesperado:

Una fotografía de él en Longacre Farm, en Carolina del Norte.

Se encontraba entre las casetas de los cerdos, y parecían ser infinitas. Los puercos estaban tan hacinados que no había ni un centímetro de separación entre ellos. Hasta en esa foto, que era en blanco y negro, vio las escaras que tenían por los costados y tuvo que apartar la mirada.

¿Acaso Cisne Negro sabía lo que significaba ese momento?

¿O no era más que otra fotografía en una serie de su época como miembro del Servicio de Inteligencia Epidémica del CDC?

¿Era esa la razón por la que Cisne Negro se lo mostraba?

¿O tal vez fuera cosa de Sadie? ¿Estaría ella controlándolo todo y poniendo palabras

en boca de esa criatura digital para que luego las regurgitara?

—¿Por qué Maker's Bell? —preguntó—. No he visto nada excepcional por allí. ¿Qué ves tú?

Pasaron unos instantes. Y luego...

En la pared que tenía delante, el brillo blanco de la estancia se disolvió para dar paso a una serie de píxeles grandes y cuadrados, que luego se fueron refinando y rompiéndose hasta formar una imagen. Un mapa. Pensilvania. Volvió a descomponerse en píxeles y se reorganizó antes de ampliarse y mostrar un pueblo. El pueblo en cuestión era Maker's Bell.

—Sí, sí —aseguró él con frustración—. Sé dónde está. Pero ¿qué va a pasar allí? Muéstrame algo.

«Pedazo de cabrón», pensó, aunque no lo dijo.

Apareció un vídeo. Proyectado en la pared.

Empezaba de manera muy sencilla: la cámara de un móvil que grababa una calle del pueblito junto a unos surtidores de gasolina. Por allí cerca había un coche de policía y, supuestamente, el conductor del coche: un agente caucásico, calvo y rechoncho que se encontraba frente a tres personas que caminaban hacia él. Les exigió que se detuvieran, pero no lo hicieron.

Esos tres caminantes tenían algo raro. No dejaban de mirar al frente. La calidad del vídeo no era la mejor, pero incluso así era fácil distinguir esa mirada perdida. Eran una joven blanca, un hombre mayor (quizá de mediana edad) de raza indeterminada a causa de la calidad del vídeo, y una mujer, puede que latina.

El policía sacó un arma...

Detrás de los tres caminantes, unas personas empezaron a gritar y a acercarse a la carrera. Dos paramédicos, o eso parecían con esos uniformes. La cámara del teléfono se agitó y Benji vio la ambulancia en el fondo. Detrás de los paramédicos había un hombre con una gorra de béisbol y un mono, y otra chica joven, puede que su hija.

La pistola que el policía tenía en la mano en realidad no era una pistola. ¿Qué era?

Benji se dio cuenta de que era una táser.

El policía disparó hacia los caminantes, al pecho del hombre.

Las sondas atravesaron la camisa y chisporrotearon electrizantes, pero el hombre siguió caminando. En ese momento, el policía se hartó, soltó un «pero ¿qué coño?» y agarró al hombre.

El hombre, el caminante al que acababa de agarrar el policía, ese al que la táser no le había afectado en absoluto, se envaró como si estuviera teniendo convulsiones.

Los ojos se le pusieron negros, tanto que llamaban la atención a pesar de la calidad penosa del vídeo grabado con el teléfono.

(Benji supuso que esa negrura se debía a que se le habían inyectado en sangre a causa de una hemorragia subconjuntival. Sabía que no siempre tenía que traducirse en una pérdida de visión, pero sí que lo que lo provocaba era un trauma o un esfuerzo muy intenso.)

El hombre siguió agitándose y los temblores empeoraron. El agente de policía no lo soltó y empezó a arrastrarlo hacia el coche a pesar de las súplicas de los paramédicos.

La persona que grababa el vídeo debió de hacer zum, porque la imagen se acercó y se centró en el coche mientras el agente empujaba al hombre al interior. Después el vídeo se volvió más granuloso, y le resultó un poco más difícil saber qué sucedía.



En ese momento:

El coche se estremeció. Algo oscuro salpicó todas las ventanas. Algo rojo. El cristal se rompió. El policía soltó un grito dentro del coche. Los que estaban por fuera del vehículo también empezaron a gritar, presos del pánico, a correr hacia él o en dirección opuesta. El policía salió a duras penas cubierto por... algo húmedo. Rojo y negro. Se abrazaba a sí mismo por los costados.

«Es sangre —pensó Benji—. La sangre de otra persona. O puede que suya.»

Antes de que terminara el vídeo, la persona acercó la cámara una última vez.

Y la apuntó hacia las otras dos caminantes.

Una era la chica, y la otra, la joven.

Siguieron caminando como si nada hubiese ocurrido y no hubiera alboroto alguno a su alrededor. Con andares cargados de determinación. La mirada perdida, como si tuviesen botones en lugar de ojos. Y las bocas formando una línea recta.

Después, la imagen se quedó en negro.

Benji se tambaleó en la oscuridad de la Guarida de Cisne Negro en busca de la salida, pero no fue capaz de encontrar la puerta y tocó la pared fría con la mano. Poco después, la luz blanca volvió a latir despacio y de manera regular, y fue entonces cuando consiguió ver al fin la puerta.

## El fin del día

Familia, mirad este vídeo que acaba de grabar la churri. JODER ¿iese pavo acaba de explotar!? 🐔🔥🔥🔥

@steviemifflin

14 comentarios 1298 retweets 3788 me gusta

### **3 de junio, Minersville (Pensilvania)**

Se acercaba la medianoche y la vieja furgoneta estaba aparcada en un puente que cruzaba el ramal occidental del río Schuylkill. Su padre se acercó a ella, con la cabeza gacha y la barbilla apoyada en el pecho. Shana iba detrás, despacio, más que él a pesar de su parsimonia al andar. El rumoroso río borboteaba, y había unos pocos grillos por la orilla en la negrura sin luna de la noche. El ruido de las botas de su padre resonó en el puente.

Iban en dirección opuesta a los sonámbulos.

Lo sentía muy adentro, una energía magnética que la arrastraba hacia su hermana y los demás. Los «demás». Dios. Ya no eran solo Shana y la otra mujer, cuyo nombre, ahora lo sabía, era Rosie. Blamire ya no estaba entre ellos (y Shana se obligó a no pensar en cómo había muerto), pero los sonámbulos no se habían detenido. Su número no dejaba de crecer. Ahora había cuatro más. Dos hombres y dos mujeres. Shana no sabía mucho de ellos porque la policía no los dejaba acercarse, pero al menos uno de los cuatro parecía joven, un chico de su edad o quizás algo más. Dos se unieron al salir de sus casas. Otro, al salir de un restaurante. El último cruzó un prado para llegar hasta ellos. Todos llegaban hasta el rebaño y lo seguían en línea recta.

«Rebaño.» Eso era lo que parecían. Tontos como ganado, pero sin pastor que los guiase.

—Papá —gritó Shana—. Para.

Su padre se detuvo y se dio la vuelta.

—Venga ya, Shana. Es hora de volver a casa.

Ella hizo acopio de todo el valor del que fue capaz y replicó:

—No voy a ir.

Él se detuvo y se quedó en silencio unos segundos.

—Déjate de tonterías.

—No es una tontería.

Su padre se abalanzó hacia ella.

—Shana, no es el momento.

—Sí que es el puto momento.

—Tu hermana está en buenas manos. Tenemos una granja que mantener. La lechería no va a salir adelante sola. Les rogué a Will y a Essie, los que viven al otro lado de la calle, que se asegurasen de que las vacas comían algo hoy, pero no van a ayudarnos todos los días y no me puedo permitir pagarles demasiado. Tenemos que volver a casa. —Titubeó—. Nessie estará bien. La policía ya está aquí y han llamado a los médicos...

—Me voy a quedar con ella.

—Shana, por favor. Es demasiado tarde para gilipolleces.

—Me quedo.

Su padre extendió la mano y le agarró la muñeca, pero ella consiguió zafarse.

—Alguien tiene que protegerla —espetó Shana.

«Y no serás tú, sino yo», pensó, aunque no lo dijo.

—Shana, como te he dicho, ya ha llegado la policía... Y podemos confiar en la policía.

La carcajada que soltó estaba teñida de un amargo reproche.

—Tienes que estar de puta coña, ¿no? El señor Blamire ha muerto por culpa de ese policía. El pobre... acaba de... —Se afanó por evitar que las lágrimas le brotaran de los ojos y reprimió un fuerte sollozo—. Je, je, je. Acaba de explotar como una piñata de los cojones, parecía algo sacado de una película de terror. ¿Y si le hacen lo mismo a Nessie, eh? ¿Y si hoy ese puto agente orangután y paleta salido de un gimnasio decide ir a por ella en lugar de ir a por mi profesor de matemáticas? Si ocurriera algo así...

—Shana, no...

—Si ocurriera algo así, ella sería la que acabaría convertida en huesos y sangre en el asiento trasero de ese coche.

Recordaba parte de esa horrible imagen cada vez que cerraba los ojos. Una pequeña astilla de hueso se había quedado clavada en el cristal de atrás del coche patrulla del policía. Clavada. Goteando sangre. Pertenecía a Blamire. Y estaba allí porque había... explotado.

—Pero no le pasó a Nessie.

Shana dijo todo aquello con los dientes apretados. Estaba enfadada y rezumaba toda la ponzoña que había reservado para su padre. Estaba segura de que él no se merecía aquel repentino acceso de ira, albergaba esa certeza en el fondo de su mente, pero le daba igual. Estaba allí y la liberó.

—Siempre quieres trabajar, trabajar y trabajar. Lo único que has hecho desde que mamá te dejó es centrarte en el trabajo. A veces es como si ni siquiera supieras que existimos. Te limitas a pensar que tenemos que levantarnos y hacer lo mismo que tú. Dios, tal vez mamá te dejara por este motivo. ¿Lo has pensado alguna vez? Quizá no quería un futuro viviendo con un maldito... ¡quesero, y con las paletas de sus hijas! —Había empezado a gritar. Lo hacía porque eso la ayudaba a no llorar—. Y no me necesitas porque me quieras, no. Me necesitas porque... hago que todo siga su curso cuando tú no puedes hacerlo. Porque le preparo la comida a Nessie, porque me aseguro de que se toma su absurda medicación para la alergia. Es como si...

Pero no consiguió articular más palabras.

Su padre se quedó muy quieto. Incluso en medio de aquella oscuridad vio cómo abría los ojos todo lo que podía, pero no para mirarla a ella, sino al puente, a un punto que no dejaba de moverse.

—Te pones así porque quieres apartarme de ti —dijo—. Lo entiendo. Quieres lastimarme o hacer que me enfade para que me marche y ya está.

—No... No lo sé, papá.

—Lo cierto es que tienes razón. Quizá tu madre se fuera por ese motivo, no tengo ni idea. La verdad es que nunca me lo dijo. La vi un poco rara durante las semanas anteriores a su marcha, pero... nunca dijo nada. Supuse que era algo temporal, que lo superaría y que la vida seguiría su curso. —Se llevó ambas manos a la cara y arrastró las palmas por las mejillas—. Me quedé hecho polvo cuando se fue. Sé que a vosotras también os destrozó. Y ahora... Nessie no deja de caminar y se aleja de nosotros. Supongo que no es lo que quiere hacer, pero...

—Papá, Nessie no es mamá...

—Pero no puedo permitir que tú también te marches. No me dejes, Shana. Por favor.

—A quien no puedo dejar es a Nessie, papá. Está sola.

El hombre suspiró.

—Lo sé.

—Y tú no puedes irte porque tienes una granja de la que encargarte...

—Shana...

—Yo sí puedo. Iré con ella.

Adondequiera que vaya.

—No puedes hacer nada.

—Puedo estar ahí para ella cuando esto se acabe. Puedo evitar que esa gente... intente meterla en la parte trasera de un coche patrulla. ¿Quién estará ahí para velar por ella? Ni siquiera sabemos lo que ha pasado.

En ese momento les iluminaron unos faros. Dos coches de policía, un turismo y un todoterreno, pasaron junto a ellos. Sin sirenas ni luces, y al parecer sin demasiada prisa. Shana sintió cómo se le hacía un nudo en el estómago al verlos.

«Estoy perdiendo el tiempo. ¿Y si ha pasado algo? ¿Y si le ha pasado a Nessie?»

—Papá, Nessie es especial.

—Ambas sois especiales.

Otra de esas carcajadas bruscas e insensibles.

—No.

—Cariño —dijo él al tiempo que intentaba cogerla del brazo—. Lo digo en serio.

—Soy especial para ti porque soy tu hija, pero... la mayoría de los chicos de mi instituto van a ir a la universidad el año que viene. Yo no.

—Lo sé, y...

—¿Recuerdas lo que respondiste cuando te lo dije?

—Respondí que vale, que respetaba tu decisión y que...

—Eso mismo. Respondiste que vale. En plan «sí, claro, qué más da». No intentaste convencerme. Ni un poquito. No te pusiste como te acabas de poner ahora.

—Shana...

—¿Y si Nessie te dijera lo mismo? ¿Y si ella no quisiese ir a la universidad, eh? —Su padre no dijo nada. Se quedó allí en silencio y sintiéndose culpable porque ambos sabían la respuesta—. Te habrías quedado de piedra. Seguro que hasta habrías escrito la puta solicitud en su nombre porque algún día iba a ser lo que ella quisiera ser y para eso tiene que ir a la universidad. En cambio, yo no tengo nada. No tengo planes de futuro ni... sé hacer nada.

—Tus fotos son maravillosas.

—Eso es lo mismo que no saber hacer nada. Supusiste que te ayudaría con la lechería y trabajaría contigo. Durante el resto de mi vida o hasta que consiguieras que me casara.

—Shana, las cosas no son así. Tú también puedes ser lo que quieras, pero sé que la universidad no está hecha para todo el mundo. Joder, si hasta yo no fui a lo que la gente consideraría una universidad. Fui a la escuela de capacitación agraria. Pero eso no quiere decir que no seas especial ni que no puedas hacer todo lo que te propongas en la vida.

—El mes que viene cumpla dieciocho años. Y lo que quiero hacer es ir con ella. No puedes detenerme, así que lo mejor será que me ayudes.

Fue como ver algo que estaba en una estantería muy alta y que sabías que iba a caerse pero sin poder hacer nada para evitarlo. Iba a chocar contra el suelo y puede que incluso estallar en mil pedazos. Su padre se dejó caer de rodillas y la cogió de las manos. Papá lloró. Lloró como si algo acabara de romperse en su interior e intentara sacárselo de dentro.

Lloró como Nessie aquel día en la parada de autobús de Granger.

Shana nunca lo había visto llorar; al menos, no así. Cuando uno de sus animales moría, una de las vacas o de las cabras o esos gatitos que encontraba en el granero, los ojos le relucían como si estuviesen a punto de brotarle lágrimas, pero jamás lo había visto derramarlas. Tampoco lloró al marcharse mamá. Pero ahora estaba destrozado y no dejaba de sollozar ni de intentar recuperar el aliento.

Lo hizo sentir como un gilipollas, porque ella se limitó a quedarse allí de pie, y verlo llorar solo hacía que ella tuviese menos ganas de hacerlo. Se sentía mal por él. Mal en el sentido negativo del término, se sentía una crítica, como si una parte de ella no quisiese ver así a su padre, como si estuviese mal porque él solo podía ser fuerte y estoico.

Eso la convertía a ella en la mala persona, no a él. Lo sabía.

—Papá, debería irme.

—No puedes pasarte toda la vida caminando junto a ellos.

—Quizá. No sé. Ya veremos. Necesitaría... algunas cosas. Estaría bien que fueras a buscármelas.

Él se levantó y asintió. Se enjugó las mejillas con el dorso de las manos.

—Dime lo que necesitas y te lo traeré.

Se lo dijo, y él se marchó. Shana atravesó la oscuridad hacia los caminantes mientras oía tan solo los grillos y el viento. Un helicóptero rugió sobre ellos, y los rotores hendieron el aire.

Poco después, unos faros la iluminaron por completo. Era su padre con la camioneta. Había regresado con las cosas que Shana le había pedido: su iPhone, algo de comida, algo de dinero, unas cuantas botellas de agua y unas mudas de ropa. Todo metido en esa vieja y andrajosa mochila azul del instituto, a la que también había atado un saco de dormir bien enrollado. Shana le pidió una última cosa:

Que la llevara con la camioneta junto a Nessie.

Lo hizo.

## Responsabilidades

Eso es una movida de esas chungas de Al Qaeda ISIS  
Nos atacan de verdad

@patatasfritasdelalibertad11 en respuesta a @steviemifflin

### **3 de junio, CDC, Atlanta (Georgia)**

**E**staban sentados en el despacho de Sadie y volvían a reproducir el vídeo.

Benji lo pasó hacia delante y lo detuvo cuando el policía empezó a arrastrar al hombre hacia el coche. La cámara se detuvo en el cartel de una tienda:

EMPORIO DE ANTIGÜEDADES DE MAKER'S BELL

—Sea lo que sea esto, está ocurriendo de verdad.

—Cisne Negro lo sabía.

—Sabía algo, pero esto es... —Las palabras se le deshicieron como ceniza entre los labios. Se afanó por encontrarle sentido a la situación—. No tengo ni idea.

—¿Quieres un té?

—Me apetece algo mucho más fuerte que un té.

—Vaya. —Sadie se levantó de un brinco, rodeó el escritorio y abrió un cajón. Volvió con dos botellines de tequila blanco Don Julio—. Me temo que no tengo limón ni sal.

—¿Botellines de tequila? ¿Tienes un minibar ahí o qué?

Asintió.

—Sí que lo tengo. ¿Te apetece otra cosa? Siempre que la empresa me envía de viaje, tiendo a cogerlos de las habitaciones de hotel como un ladrón que roba manzanas del jardín del rey. Tengo ginebra, vodka, brandy... Whisky no, por desgracia. —Bajó la voz como si alguien pudiese oírlos—. Ya me lo bebí todo.

—Tú también tienes días muy estresantes, ¿eh?

—Claro. Esto es el CDC.

—Tenemos que hablar con Loretta.

—¿Ahora?

—Seguro que sigue por aquí. No suele volver a casa temprano. —Loretta Shustack se encerraba como un zorro en su madriguera cuando había trabajo que hacer, y en el CDC siempre había trabajo que hacer—. Seguro que no quiere verme, pero... No tengo manera de explicar algo así. Tiene que verlo.

—Pues venga. Nos vamos a ver al mago de Oz.

La mujer era bajita, pero también fornida y estoica: el Objeto Inamovible se había ganado el apodo por su cabezonería, por su ética inflexible y también porque era cinturón rojo en judo. Shustack había salido del Servicio de Inteligencia Epidémica, donde también trabajaba Benji, después había pasado un tiempo en el Programa de Infecciones Emergentes, donde se había centrado en ayudar a prevenir y curar nuevas infecciones. Ahora era subdirectora y tenía la sartén por el mango, mucho más que la directora actual: Sarah Monroe.

Sadie y Benji entraron en su despacho. La subdirectora Shustack se encontraba entre montañas de formularios y Benji vio cómo sujetaba con más fuerza el material de oficina que tenía entre manos cuando lo vio atravesar la puerta.

—Subdirectora —saludó él—. Loretta. Hola.

—Doctor Ray. —Lo miró a los ojos con fijeza. Tampoco soltó la grapadora. Los nudillos se le pusieron blancos—. Menuda sorpresa.

Lo primero que se le ocurrió pensar fue:

«Me va a matar con la grapadora».

—Supongo que sí. ¿Sabía que...?»

—Sadie Emeka —interrumpió Loretta—. Claro.

Benji tartamudeó.

—Seguro que se pregunta que para qué...

—Es por lo de Maker's Bell, ¿verdad? —preguntó Loretta.

Sadie y Benji se miraron.

—Sí... Lo es.

—Estamos al tanto de la situación, y también hemos abierto una investigación.

En su voz resonaba un mensaje nítido como el tañido de una campana:

«Gracias. Todo bajo control. Pueden marcharse».

Benji asintió un poco y luego se giró para marcharse...

Pero no tardó en volver a darse la vuelta.

—Me gustaría ir. Formar parte de la investigación. —Fuera lo que fuese lo que pasaba en aquel lugar, que podía no ser nada y no tratarse de una enfermedad (Dios, esperaba que no lo fuese), le carcomía por dentro, como un picor en una parte de su cuerpo a la que no podía llegar—. Puedo ser un recurso muy valioso para el SIE.

—Sadie —dijo Loretta, con voz firme y sin soltar aún la grapadora—. ¿Nos dejarías solos un momento?

Ella asintió.

—Claro.

Rozó a Benji de camino a la salida, un ligero toque en el hombro con la mano. Le proporcionó un repentino y sorprendente alivio.

Loretta volvió a ser la de siempre ahora que Sadie ya no estaba en el despacho.

—Ya no eres del SIE. No formas parte del CDC. Te despedimos por varias razones de las que supongo eres muy consciente. —Loretta se inclinó hacia delante y bajó un poco la voz. Soltó la grapadora sobre un montón de documentos e hizo un esfuerzo visible por recuperar la compostura—. Benji, entiendo por qué te puede interesar algo así. De verdad. Admiro tu curiosidad y tu tenacidad, y cualquier otro sentimiento que te haya obligado a venir a mi despacho. Pero quiero que entiendas que después de lo de Longacre, comprometerías la integridad de cualquier investigación. Después de las denuncias, de los medios de comunicación, de las interminables reuniones para rendir

cuentas... No puedo hacerlo. Me gustas. Eras uno de los mejores y no me cabe duda de que lo darías todo en un caso así. Pero no confío en ti.

Se sintió destrozado. Un muñeco cortado en dos con unas tijeras al que se le había empezado a salir el relleno. Perder la confianza de alguien tan digno de ella...

Pero lo entendía, por lo que se obligó a sonreír y dijo:

—Claro, Loretta. ¿Te importa si te pregunto a quién habéis enviado allí?

—Robbie Taylor está allí con el ERB, y Martin lidera la investigación del SIE.

Benji asintió. El ERB y el SIE funcionaban mejor cuando trabajaban juntos. ERB era el acrónimo de Equipo de Respuesta contra Brotes. Eso significaba que Robbie y su equipo iban a ir allí con la misión de controlar, contener y, con algo de suerte, eliminar la enfermedad. Pero Benji había formado parte del SIE, el Servicio de Inteligencia Epidémica. Lideraba un equipo, en el pasado, de supuestos inspectores de enfermedades que no solo se dedicaban a encontrarlas antes de que se extendieran por la población como un fuego descontrolado, sino que también buscaban vectores: saltos zoonóticos, actividad micótica desconocida, nuevas bacterias, nuevos virus, enfermedades producidas por priones y muchas cosas más.

Martin Vargas era su pupilo; y Robbie, un viejo amigo.

Eran buena gente. Benji se lo tomó como una señal de que las cosas iban bien, de que no lo necesitaban.

Eso fue lo que más le molestó.

Le dio las gracias a Loretta por su tiempo, pidió perdón por interrumpirla y luego salió del despacho.

La noche ya había llegado en el exterior. El aire al fin empezaba a enfriarse ahora que soplaba una brisa del norte. Las luces de la ciudad se encendieron a medida que el cielo empezaba a volverse de ese azul oscuro como los moratones.

Sadie se encontraba sentada junto a él.

—Lo siento —se disculpó—. Ya sabes. Por haberte metido en esto. Y ahí.

Señaló el edificio del CDC y puso un gesto cargado de amargura.

—Sí. Sí. Lo mismo digo. —Se frotó los ojos con los dedos de las manos—. Gracias. Tengo que acostumbrarme. Este ya no es mi trabajo. Sea lo que sea lo que ocurre en Maker's Bell..., ya no es asunto de mi incumbencia.

—Aun así, quieres saberlo.

Benji rio, con cierto atisbo de amargura.

—¡Claro que quiero! Me voy a volver loco. No sé si es porque creo que podría marcar la diferencia o... solo porque eché a perder la posibilidad de seguir trabajando en ello. — Benji soltó un gruñido gutural de frustración: el balido de un animal agotado—. Dios, qué cansado estoy.

—¿Eres de esos con suerte que pueden dormir en los aviones?

—Por desgracia, no mucho...

Bajó la vista y vio que la mujer había empezado a agitar algo frente a él. Dos pedazos de papel. Billetes de avión.

De ATL a ABE.

Del aeropuerto de Atlanta al de Allentown-Bethlehem.

—Sadie, ¿qué has hecho?

—Por la presente, te nombro empleado de Benex-Voyager. Venga, vamos a



inventarnos un puesto de trabajo... Mmm... A ver. *¿Beta-tester* de redes neurológicas e inteligencias artificiales... de nivel tres? ¡No! Nivel cuatro suena mejor, pero no tan egocéntrico como nivel cinco. Menos mal que no has deshecho el equipaje, porque nuestro vuelo sale dentro de... —Les dio la vuelta a los billetes para echar un vistazo—. Tres horas. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Benji entrecerró los ojos.

—¿Cuándo los has comprado? ¿Cuándo los imprimiste?

—Oh, no he sido yo, sino Cisne Negro. Una hora antes de que fuese a buscarte a tu casa.

—¿Y Cisne Negro sabía que iba a aceptar?

La mujer sonrió.

—¿Qué quieres que te diga? Se me da bien mi trabajo. He diseñado un motor de predicciones muy eficiente. —Entrelazó el brazo en el de Benji—. Venga. Deberíamos ir ya, ¿no? El misterio de Maker's Bell nos espera.

## Amanecer

Mirad esta foto de 11 zombis: cuatro de ellos son identificables. Son infiltrados antifas. Esto no es un ataque externo ni ningún brote. Es una conspiración de esos izquierdosos. Permaneced atentos y contádselo a todo el mundo. En dos palabras: Noticias. Falsas.

Usuario KomandntKobra en r/conspiración, respondiendo a la pregunta: «¿Qué es lo más raro que habéis visto estando solos?».

— *V*enga ya, ¿qué coño ocurre aquí? —preguntó Zig.

—Ni idea —respondió Shana mientras tamborileaba con los dedos en el sucio salpicadero de su pequeño Honda Civic.

Había llamado a su amigo Zig, lo había despertado de un sueño muy profundo para pedirle que la acompañara. Le había contado lo que estaba pasando y luego le había dicho que aquella podía ser la última vez que quedaban en mucho tiempo, que no lo sabía.

Él no perdió la oportunidad.

Porque a Zig le gustaba Shana.

Le gustaba... mucho.

Vamos, que quería tirársela.

Puede que hasta sintiese algo más profundo por ella. Qué asco.

Él no sabía que ella lo sabía, pero vaya si lo sabía. El tío tampoco es que lo ocultara mucho. Siempre la miraba con la boca abierta y hacía todo lo que ella le decía (algo de lo que a lo mejor se había aprovechado un poquito, perdón, un mucho, joder). Se mandaron un par de mensajes directos por Twitter, después al móvil directamente y luego alguna que otra foto. Él siempre estaba disponible para ella cuando quería quejarse de algo o de alguien. Puede que fuese su mejor amigo. Él la quería, pero ella no lo correspondía.

Eso nunca se dijo.

Zig se inclinó sobre el volante. Tenía las extremidades largas y fibrosas de un Slenderman despatarrado, una nariz larga como la de Adrien Brody y barbilla parecida a la del Duende Verde. Era muy probable que terminase creciendo y llegase a ser alto y guapo, pero en aquel momento era un conglomerado de partes desmañadas sin ton ni son.

Le pasó la hierba: un vapedor que llamaba «la Varita».

—¿Quieres un poco de magia? —preguntó.

Shana le había pedido algo para fumar, y él se lo había llevado. Pero ahora que lo tenía

delante no estaba muy segura.

—No debería colocarme.

—Joder. ¿En serio? Yo pensaba que querías hacer justo lo contrario.

—No sé. Dame un segundo.

El coche estaba en el arcén de la vieja ruta 443. Detrás de ellos había unos pinos vigilantes que parecían bayonetas de soldados muertos, clavados en la tierra mohosa para marcar el lugar en el que habían fallecido. Delante, la capota del coche parecía señalar la carretera vacía. Los sonámbulos no habían llegado aún. Pero se dirigían hacia allí; a menos que se desviasen, llegarían en unos diez o quince minutos. Los primeros en aparecer serían los policías. Un coche patrulla iba delante del rebaño y otro los seguía detrás. Shana se preguntó cuántos caminantes habría en esos momentos. El día anterior, después de que el señor Blamire... falleciera, los caminantes solo eran dos. A medianoche se les habían unido otros seis. Y esa mañana, otros tres.

Era muy probable que en ese momento fuesen más. No era algo tan mecánico y exacto, pero daba la impresión de que cada par de horas se unía uno más. Y tenía esa misma mirada perdida. Y el mismo ritmo constante e inflexible.

Shana bajó las manos y se masajeó las pantorrillas a través de los vaqueros. Caminar durante toda la noche la había dejado agotada. Después le preguntó a Zig:

—¿Me has traído el desayuno?

—Sí, claro —respondió él, que ya estaba un poco desconectado de la realidad.

Extendió la mano hacia la mochila y sacó una bolsa pequeña del Wawa. Shana sacó de ella tres cosas: un bagel de huevo y queso, unas croquetas de patata y un Dr. Pepper Light.

Shana se lo comió y se lo bebió todo.

—Gracias —dijo mientras le daba un buen mordisco al bagel.

—De nada. —Zig la miró mientras masticaba—. Lo siento por lo de Nessie.

—No quiero hablar del tema.

—Vale.

Al terminar, encontró una servilleta rota en el fondo de la bolsa y la usó para limpiarse la grasa de la punta de los dedos.

—¿Me has traído lo otro? —preguntó ella.

—Yo...

—Zig. ¿Lo has traído?

—Shana, de verdad que no sé.

—¿No sabes si lo has traído?

—No creo que sea buena idea.

Ella se envaró.

—Lo necesito.

—Mira, Shana. No sé a qué viene esto, pero ya has hecho bastante por tu familia. Has hecho de madre más tiempo del necesario cuando la tuya se marchó. Quizá sea el momento de... No sé, de pasar de todo. De dejar que la policía se encargue.

—No quiero que la policía se encargue.

Zig se miró el regazo.

—Tía, como mi padre se entere me mata. Es que me va a dar una patada en el culo con tanta fuerza que me llegará el sabor a ojete a la boca y se me quedará ahí durante semanas.

—No lo has traído entonces.

Suspiró.

—Sí que lo he traído.

—Vale. Bien. —Hizo un gesto de impaciencia con las manos, como polillas intranquilas que revolotearan en la hierba ante unos pasos que las espantan—. Venga, antes de que llegue la poli.

Zig volvió a extender la mano hacia el asiento de atrás y sacó otra bolsa. Esta era de papel marrón. Algo tintineó en su interior; un sonido similar al de un carillón. Shana abrió la bolsa.

El cañón del revólver era corto, como el hocico de un cerdo. Seis balas repiquetearon contra el acero azul. Shana enrolló la bolsa por la parte de arriba y luego la metió en la mochila.

—Gracias.

—Ten cuidado.

—No voy a usarla. Solo es por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—No... No lo sé.

«Por si acaso intentan hacerle a mi hermana lo mismo que al señor Blamire.»

—El señor Blamire ha muerto, ¿sabes?

—Lo sé.

—¿Qué han dicho en las noticias?

—No mucho, todavía. Solo que ha habido una especie de accidente en Granger. —Hizo una pausa—. Pero sí que hay más cosas en las redes sociales. He visto muchas movidas en Twitter...

Shana no podía preocuparse por algo así. La gente no iba a entenderlo, porque tampoco es que tuviese sentido. Ni para ella ni para nadie. Seguro que alguien acudiría pronto a ayudar. Alguien que sí lo entendiese.

Pero por ahora estaba sola.

Justo en ese momento vio las luces estroboscópicas del coche patrulla de la policía detrás de ellos. Avanzaba muy despacio. Y sabía que los caminantes lo seguían a poca distancia.

—¿Te dejan acercarte? —preguntó Zig.

—¿Acercarme? ¿Acercarme a Nessie? No. Suelo caminar detrás de ellos.

—¿Cómo piensas dormir, ir al baño y esas cosas?

—No sé —respondió ella—. Tengo un saco de dormir. Y también un poco de dinero.

—Pero si duermes, te van a adelantar y seguirán caminando. ¿Cómo los vas a coger después?

La rabia estalló de repente en su interior.

—Pues no lo sé, ¿vale? No van a seguir caminando por toda la eternidad. Tendrán que... parar o caer rendidos. —Él abrió la boca para añadir algo, una de las costumbres más fastidiosas de Zig: hacer preguntas y preguntas y preguntas como si te hiciese un puto cuestionario de BuzzFeed. Pero Shana lo interrumpió—. La que está ahí es mi hermana, ¿vale? Tengo que hacerlo. No creo que siga para siempre. Terminará pronto.

Lo dijo sin confianza alguna en sus palabras. Lo predijo por pura esperanza, y sabía que la esperanza no se basaba para nada en la realidad.

—¿Y si no?

—Pues seguiré caminando hasta que se me caigan los pies.

## La mosca en la sopa

La presidenta Hunt ha declarado que, y cito textualmente: «Es consciente de la situación en Maker's Bell (Pensilvania) y sigue con atención los acontecimientos». No es algo que inspire mucha confianza, ¿verdad, gente? Creedme que ella sí que sabe qué está pasando ahí. Quizá sea un ataque de Corea del Norte. O quizá sea algo interno. Todos sabemos que el CDC y la FEMA son organismos corruptos, ¿o no? La verdad saldrá a la luz mientras no dejemos de quejarnos. Que os sirva de recordatorio: en noviembre podremos obligar a Hunt a hacer las maletas si todos votamos a Ed Creel.

HIRAM GOLDEN , en su pódcast *La hora de Golden*

### **4 de julio, Pine Grove (Pensilvania)**

**P**ine Grove no era gran cosa: poco más que unas casas viejas desperdigadas, negocios en la ruina y estacionamientos para autocaravanas. Había pinos, eso sí. Por todas partes, altos y amenazantes como centinelas. La mañana era algo fría y el ambiente estaba un poco húmedo.

Delante de ellos se encontraba la cafetería de Pine Grove, un edificio pequeño y amarillo limón con una cenefa blanca y negra que lo rodeaba por el exterior.

Sadie se quedó quieta y se frotó los brazos.

—Tu amigo llega tarde.

—Suele llegar tarde —dijo Benji al tiempo que bostezaba—. Se le da muy bien todo lo que hace, pero... lo demás, no tanto. Es lo malo que tiene.

Robbie Taylor no era un hombre que se preocupara mucho de sí mismo. Pero bueno, qué iba a decir Benji, que no pegaba ojo desde hacía... ¿cuántas horas? ¿Veinticuatro? Consiguió dar alguna que otra cabezada en el coche alquilado y una horita en el motel, pero aún se sentía como un hombre que recorre de puntillas el borde de un acantilado.

«No debería estar aquí.»

Un coche frenó y la gravilla rebotó por las llantas. Un Dodge Crossover blanco. Dio un giro brusco y pisó los frenos con fuerza para detenerse junto a Benji.

Robbie Taylor salió de él, y a Benji le dio la impresión de que no había cambiado nada. El hombre tenía ese aspecto desgarrado, el pelo encrespado recogido en una banda elástica y patillas que bien parecían chuletas de cerdo. Estaba arrugado hasta decir basta, como si todos los días, al terminar la jornada, se enrollase y se quedara apoyado en un rincón.

Los dos hombres se estrecharon las manos y luego se dieron un abrazo.

—Mi hermano de otra madre —dijo Robbie, que luego arqueó una ceja—. Espera. ¿Eso

que he dicho es racista?

—¿El qué?

—Llamarte hermano. Es racista, ¿verdad?

—Creo que el término apropiado es «apropiación cultural», pero no te preocupes. Te permito usar un comodín de estadounidenses negros.

—¿Eso es como la carta para salir de la cárcel del Monopoly?

—Ahora sí que estás siendo racista.

—Oye, que tampoco quería ofender. —Robbie levantó ambas manos, como si se rindiese. Después se giró hacia Sadie y habló sin mover las manos—. Sadie Emeka, ¿verdad? No creo que nos conozcamos, pero... Soy Robbie Taylor, sénior del ERB.

Ella le estrechó la mano.

—Un placer. Gracias por recibirnos. —Bajó la voz—. Y por no decírselo a Loretta.

—Ya, bueno. Cuando lo descubra me va a dejar hecho papilla, pero que le den, yo qué sé. Me alegro de veros.

Benji rio. Se habían conocido en el CDC. Empezaron el mismo año y terminaron por recorrer caminos diferentes, caminos que terminaron por reunirse bajo el CNEEZI: Centro Nacional de Emergencias y Enfermedades Zoonóticas Infecciosas. Volver a ver a Robert y descubrir que en realidad no lo odiaba ayudó a rebajar la tensión. Un poco.

—Me alegro de que Loretta haya confiado en ti para esto —dijo Benji—. Esperaba que estuvieses muy ocupado de gira por todo el mundo.

—Y lo estaba. Estaba de aquí para allá en Kak. —Kakata, en Liberia—. Ébola. La OMS quería que fuésemos para confirmar.

—¿Falsa alarma?

Benji no había oído nada en las noticias.

—Gracias a Dios, joder. Nada de ébola por el mundo, amigo mío. Y esa nueva vacuna que están empezando a administrar quizá nos libre para siempre. ¿Lo echas de menos?

—¿Echar de menos el qué?

—Esto. Esta vida. El trabajo. Estar en el meollo.

—Nunca fui como tú.

—¿Eso qué quiere decir?

—Un trabajador de campo que siempre está en el meollo.

—En el meollo no sé, pero en la mierda ya te digo yo que sí.

Benji se rio. Robbie no se equivocaba. Había perdido la cuenta de las veces que había tenido que arrastrarse por un conducto cavernoso lleno de guano de murciélago o pisar mierda de cerdo, de gallinas, de monos o de humanos.

—Sí, vale. Pero al menos no me han pegado un tiro.

—Ahí tienes razón. —Robbie miró el reloj—. Vale. La reunión empieza en una hora. Entremos para chutarnos café solo en vena y obligar a todo el mundo a que empiece a mover el culo.

El interior de la cafetería era una mezcla llamativa de cromo pulido y paneles de madera. El cuero rojo y falso de los reservados tenía grietas y estaba parchado con pedazos de cinta. Se sentaron en una mesa grande para tener espacio para la reunión, y todos terminaron con una taza de café frente a ellos.

Benji la necesitaba.

Robbie soltó un informe sobre la mesa. Eran poco más que unos folios metidos a toda

prisa en una carpeta poco abultada, lo que significaba que el CDC no tenía mucha información sobre lo que ocurría allí.

Empezaron a revisar los detalles.

En un momento dado, Benji tuvo que hacer callar a Robbie para preguntar:

—Espera, espera, ¿los paramédicos no pudieron inyectar el sedante?

—Dijeron que la aguja no atravesaba la piel.

—Es un síntoma. Pero ¿de qué?

—Puede que de esclerodermia.

La esclerodermia endurecía la piel y, de manera inevitable, los órganos internos. Si no se trataba, podía derivar en complicaciones autoinmunes potencialmente mortales.

—Pues... Puede, pero no hay síntomas visibles. Nada de calcinosis, ni de esclerodactilia, ni de dilatación capilar en la piel.

Sadie interrumpió para preguntar:

—¿Y si los paramédicos la cagaron y ya está?

—Sí —convino Robbie—. Esa es mi teoría. No es que estemos en el centro de la civilización. A saber qué hay por aquí.

Benji se inclinó sobre el café y mantuvo la voz baja a pesar de que no había nadie a su alrededor desayunando. Era precavido porque no quería desatar el pánico.

—¿Qué crees tú que es, Robbie? Este informe... Al principio era una persona... ¿Caminó y contagió a los demás para que se unieran a ella? Si es contagioso... Nunca hemos visto nada parecido.

—No sé, Ben. En esto consistía tu trabajo. Yo solo vengo para contenerlo. Tú eres el que... Bueno, el SIE es el que se dedica a descubrir de dónde coño salen estas cosas. ¿Habéis dicho que... Cisne Negro lo predijo?

—Así es —aseguró Sadie.

—Y eso significa que había presagios de que algo así podía ocurrir —continuó Benji—. Una pista que no vemos. —La frustración iba en aumento. Se reclinó con los brazos cruzados detrás de la nuca—. No puede ser infeccioso. Los síntomas, el sonambulismo y las fuertes convulsiones no casan con nada contagioso. ¿Y por qué motivo iba a infectar a tan pocas personas si tenemos en cuenta todas las que se han acercado? Si se trata de trastornos del sueño, no implican componente contagioso alguno. Nadie se infecta de sonambulismo.

—Los sonámbulos tampoco son proclives a ponerse como el Vesubio cuando intentas detenerlos, Benji.

—Sí, eso es verdad. ¡Pero...! El sonambulismo puede tener ciertas causas químicas subyacentes. Por ejemplo, algunos medicamentos causan sonambulismo u otros trastornos del sueño. Imagina que los sonámbulos hubiesen bebido la misma agua o comido alimentos similares, algo contaminado con antipsicóticos o quizá con un pesticida o herbicida... Las regulaciones cada vez son menos estrictas. A saber qué hay por ahí hoy en día...

Robbie le ordenó que guardara silencio.

—Benji, estás haciendo tu trabajo anterior. Pensaba que habías venido para confirmar la predicción de esa máquina y luego te darías el piro. El zorro pierde el pelo, pero no las mañas, ¿eh?

—No puedo evitar ser curioso. —Benji miró a Sadie por si acaso—. Y mi puesto de trabajo aún... está por negociar. Pero te prometo que no me interpondré. No estoy aquí



para poneros la zancadilla ni para joder la investigación ni la reputación de...

—Que le den a todo eso. Si descubres algo, quiero que me lo digas. Tu opinión es válida; al menos, para mí. —Robbie puso la mirada perdida—. Te lo digo de verdad. En el SIE son buenos, pero no tanto como cuando estabas tú. Siempre has tenido olfato, una manera de ver las cosas diferente de la de los demás. Como en Yemen.

—¿Yemen? —preguntó Sadie.

—No fue nada —respondió Benji.

—Sí, la clase de nada que lleva a un tipo a conseguir un reconocimiento por parte de uno de los mayores jefazos del CDC. Benji descubrió el MERS-CoV.

Casi una década antes, se había identificado por primera vez el MERS-CoV, una enfermedad respiratoria parecida al SARS. Apareció de la nada en la ciudad de Ataq. Tuvo un cuarenta por ciento de tasa de mortalidad. La muerte no era de las peores (la del ébola y otras fiebres hemorrágicas se llevaban la palma en ese sentido), pero intentar respirar mientras se te colapsan los órganos no es lo que se dice una fiesta. Robbie estaba allí como parte del equipo de contención, pero Benji y su equipo se unieron a un grupo de la OMS para descubrir de dónde coño había salido. Se creía que el coronavirus SARS venía de los murciélagos, que infectaron a civetas y que luego hicieron lo propio con los humanos en la provincia de Cantón en China, en el año 2002. Eso llevó a Benji a pensar que el MERS era igual de zoonótico. Su intuición resultó ser cierta. Lo habían contagiado los camellos.

La orina de camello, para ser más específicos.

Al ver la mirada de sorpresa del rostro de Sadie, Benji trató de explicarlo, pero Robbie ya había empezado a reír con tantas ganas que le costaba respirar y habían empezado a brotarle lágrimas de los ojos. Benji rio entre dientes, pero agitó las manos para que se detuviera.

—Oye, que no tiene gracia...

—Tuvimos que decirles que no se bebieran los meados de los camellos, Benji.

—Vale, pero recordemos que se trataba de una cura de los beduinos y de los yemeníes, y que hay algo de cierto en ella. Esos investigadores de Yeda descubrieron que la orina de camello contiene PMF701, que podía ser beneficiosa para curar el cáncer y algunos problemas de piel.

Pues ese había sido el origen del MERS.

—No... —Robbie tosió y carraspeó sin dejar de reírse. Se limpió las lágrimas de los ojos—. No me estoy burlando de que bebieran meados, de verdad. Bueno..., a lo mejor un poco, porque... Joder. ¿Te imaginas? Dios, pero qué asco, ¿no? Aun así, estoy pensando en esos putos... —Y luego empezó a reír otra vez, carcajadas incontrolables de alguien que intentaba no reírse en la iglesia o en un funeral—. Estoy pensando en esos putos carteles. ¡Los carteles!

Los carteles.

Joder, los carteles.

La Organización Mundial de la Salud había llevado a cabo una campaña educativa en la que llenaron la península Arábiga con carteles en los que se indicaba a la gente las razones por las que era mala idea beber meado de camello. Robbie, que no había recuperado del todo el aliento, dijo:

—Las gotitas de meado al caer en el vaso, joder. En plan: «Voy a poner este vaso vacío debajo de la polla del camello para tirar una buena y espumosa pinta». Dios, joder. Qué

asco de vida.

Benji asintió con un gesto risueño.

—Qué vida esta, sí.

Pero era una sonrisa vacía. Los carteles eran divertidos. Robbie estaba en lo cierto. También había ciertas prácticas culturales a lo largo y ancho de este mundo que... vaya tela. Uno siempre quiere ser respetuoso y ayudar a proteger y preservar esa manera de vivir, pero cuando se convierte en un vector para una enfermedad emergente, lo mejor es cortar por lo sano.

La carne de animales salvajes en África, por ejemplo. Tanto los cazadores furtivos como los legales mataron monos del viejo mundo, elefantes e hipopótamos pigmeos, y tres cuartas partes de las enfermedades emergentes del lugar fueron zoonóticas. Un cazador torpe o un carnicero poco habilidoso podía quedar cubierto de sangre del animal, líquido cefalorraquídeo, babas, excrementos o semen. De vez en cuando, una infección del animal encontraba la manera de abrirse paso hasta el humano. Después de eso, solo había la esperanza de que esa persona no pudiese contagiar a los demás.

Lo primero que intentaba uno era evitar que ocurriese algo así.

¿Y qué se podía hacer? Las tradiciones son tradiciones, y el dinero es el dinero. Las formas de vida son difíciles de cambiar. Benji recordó una caza con un congoleño que había matado muchos macacos en un día; daba la impresión de tener toda una familia de cadáveres a la espalda. Mateso, el cazador, le había dicho:

—Si se mueve, nos lo comemos. Lo aprendimos en la guerra. Hay que comer restos, ratas o todo lo que se arrastre por la tierra o escale por los árboles.

Dijo que podía vender un cadáver de mono en el mercado por siete mil francos congoleños. Unos cinco dólares estadounidenses.

Formaba parte de su cultura, y la gente lo necesitaba para comer. Y, por eso, cada cual hacía lo que podía. Ayudabas a educarlos. Les enseñabas a los cazadores cómo hacerlo de forma limpia, a realizar pruebas con la sangre de las piezas que cazaban. Intentabas alejarlos de las especies protegidas o de ciertos vectores propensos a las infecciones. Y luego rezabas para que el resto del sistema mejorase de manera paulatina: para que la economía prosperase, para que la agricultura se asentara o para que los dictadores rabiosos y los caciques no estuviesen en el poder el año siguiente. Uno hacía lo que buenamente pudiera, con la esperanza de que las cosas fuesen a mejor. En ocasiones lo hacían, pero muchas otras no.

«Y muchas veces los sistemas se aseguran de que nadie cambie, aunque esté claro que es necesario», pensó Benji.

Volvió a pensar por unos instantes en Longacre.

Esos cerdos.

Esas porquerizas.

Escaras por todas partes...

No. Pensar en ello no iba a servir para nada.

—Quizá tenga algo que ver con Yemen —dijo Benji—. Algo cultural que pueda ayudarnos en esta situación. Algo zoonótico, a lo mejor. ¿Qué comen por aquí? ¿Cosas que no deberían? Una tradición local que... No sé. ¿Cazan mapaches o comadrejas? Podría tratarse de un vector nicho que se nos haya pasado.

—Bueno, puedes preguntar a nuestros amigos. Porque allá vamos.

Robbie señaló la ventana con el pulgar. Vio que dos coches patrulla aparcaban en el

estacionamiento de la cafetería: un Tahoe blanco y un Town Car negro.

Del mayor salió un hombre con el uniforme gris de la policía estatal: un tipo viejo y blanco con la piel demasiado estirada por el cráneo y un pequeño bigote canoso que podía llegar a confundirse con una raya de sal sobre el labio. Del Town Car salió una mujer: alta, esbelta, con tacones, pelirroja con el cabello atado en una coleta húmeda.

Los dos atravesaron la gravilla desigual del aparcamiento hacia la cafetería. Entraron y la mujer se presentó como Harriet French, de la Oficina de Enlace Público, a las órdenes del gobernador Randazzo en este caso. El hombre mayor era Doug Pett, el subcomisario de operaciones de la policía del estado de Pensilvania.

Fueron directos al grano sin muchos preámbulos.

—Vamos a intentar forzar una cuarentena y el aislamiento —expuso French.

—¿Con qué autoridad? —preguntó Benji, quien se dio cuenta de inmediato que se había pasado de la raya. Torció el gesto.

—Prevención de enfermedades, de la Ley de Control de 1955, que el gobernador Lincoln ratificó en 2011. El gobernador Randazzo tiene muy presente la seguridad de los ciudadanos de Pensilvania...

—Y una mierda —dijo Robbie—. Perdón por los tacos, señora tacones, pero Randazzo piensa más en la política que en la gente...

—No le haga caso, señora —la disculpó Benji, que se obligó a dedicarle una lánguida sonrisa. Fulminó a Robbie con la mirada y después continuó hablando con Harriet French—. Harriet, creo que lo que Robbie intenta decir es que no cree que esté justificado, ya que aún no hemos confirmado de qué se trata y para aprobar las cuarentenas se requiere dicha información.

—Perdón, pero ¿quién es usted? —preguntó Harriet—. No ha dicho que forme parte del CDC.

—Formo parte de... Pues...

Sadie interrumpió.

—Forma parte de Benex-Voyager. Somos una empresa de tecnología cuya función es predecir este tipo de brotes...

—¿Brotos? ¿Así es como lo llaman? —French frunció el ceño—. Doctor Ray, parece que se ha salido de su campo de conocimientos. Créame cuando le digo que nuestros abogados saben interpretar la ley: si se sospecha que los pacientes tienen tuberculosis contagiosa, podemos optar por declarar una cuarentena en...

—No sin su consentimiento —objetó Robbie.

—Podemos optar por declarar una cuarentena —repitió ella, que pronunció con fuerza cada una de las palabras—, y en caso de que el paciente rechace las pruebas de cualquiera de estas enfermedades, se podría forzar dicha medida...

—No pueden dar su consentimiento —interrumpió Benji con brusquedad—. Son sonámbulos...

—Precisamente. Eso nos da una justificación legal.

—Chicos, solo intentamos adelantarnos a los acontecimientos —dijo Doug Pett, que los miraba con sus ojos hundidos—. ¿No es eso lo que siempre queréis los médicos? ¿Medicina preventiva? No dejaríais que el ébola anduviera suelto por aquí, ¿no? Os abalanzaríais sobre él como lombrices sobre un cementerio.

—Esto no es ébola —replicó Benji.

—Eso —corroboró Robbie—. ¿Y saben por qué sabemos que no es el Ébola? Porque

nadie está cagando sangre por las cuencas de los ojos. He estado muy cerca de la enfermedad y es asquerosa. Encías sangrantes, tripas descontroladas, sarpullidos por todas partes. Al cabo de diez días, la hemorragia interna es tan brutal que empieza a rezumarte por todos los orificios. No, no es lo mismo.

Pett se inclinó hacia delante.

—Aun así, se parece a lo que le ha pasado a ese profesor. Ese tal Blamire.

—Eso no es... No. No se parece en nada. Lo cierto es que no sabemos bien qué le ocurrió.

—Eso no nos inspira mucha confianza —espetó French.

Benji levantó ambas manos para tranquilizarla.

—Así es como funcionan la ciencia y la medicina: se nos da bien admitir nuestra ignorancia en un primer momento y luego intentar llenar ese hueco con información y conocimientos.

—Eso ha sido muy poético —dijo Robbie.

—Es todo lo contrario a la política —contraatacó French—. A la política no le gustan los grandes interrogantes. Los votantes prefieren respuestas inmediatas, aunque no estén muy meditadas.

—¿Ven? —dijo Robbie, con desdén—. Parece que estén en campaña electoral.

—Somos responsables de los habitantes de este estado.

—Y esos caminantes son habitantes de su estado —observó Benji. Sintió que la frustración se apoderaba de él. La frustración y la rabia. Sabía que era mejor que mantuviese la boca cerrada, pero no lo hizo y las palabras no dejaron de brotar—. El problema de evitar que se muevan para respetar una cuarentena sería el mismo que tuvo el agente Kyle para detener a Mark Blamire.

—Kyle era uno de los míos —dijo Pett con el ceño fruncido—. De la estatal.

—Y me gustaría hablar con él cuando esté disponible —añadió Benji.

«No es tu trabajo —pensó, sin dejar de repetírselo como un mantra—. No es tu trabajo.»

—Imposible. —Benji lo fulminó con la mirada, y Pett añadió al momento—: Kyle murió hace dos horas en el hospital.

Benji y Robbie se miraron, y Benji negó con la cabeza.

—Lo... Lo siento mucho. No lo sabía.

La parte más práctica de su ser dejó a un lado toda aflicción o miedo y pensó:

«Ahora será más fácil comprobar si tiene agentes infecciosos».

Pero justo después sintió algo repentino que le atenazaba las entrañas. Había muchas cosas que hacer, y él carecía de la autoridad necesaria para llevarlas a cabo.

Todo sería mucho más fácil si la dolencia fuese conocida.

Pero fuera lo que fuese aquello a lo que se enfrentaban, no era comparable a nada que hubiese visto antes.

Era muy extraño encontrar algo nuevo de verdad en el mundo de la epidemiología: hasta la manifestación de una «nueva enfermedad» era algo heredado o mutado de una ya existente. La gripe era la gripe. Una fiebre hemorrágica era una fiebre hemorrágica. No tenían ni idea de qué era lo que ocurría allí, ni de dónde había empezado, ni de qué era capaz de hacer. El peligro de una pandemia del todo nueva era apabullante: si actuaban con demasiada lentitud, la enfermedad podía tomarles la delantera. Cuando descubriesen de qué se trataba, podría haberse extendido ya por toda la población. Por

otra parte, si actuaban con demasiada rapidez y de manera precipitada, aquello podría acarrear consecuencias legales. No tenían permiso para hacer lo que les viniera en gana, y por una buena razón. Tenía que haber un equilibrio entre una investigación controlada y las acciones rápidas. De lo contrario, podían acabar con una pandemia extendida por todo el planeta o con la gente encerrada en campos de concentración.

Al menos había alguna que otra buena noticia: la enfermedad, si de eso se trataba, parecía ir despacio y seguir una lógica prudente y fácil de diferenciar. Pensó otra vez que debía de tener un origen químico o parasitario.

No se lo había dicho a nadie. Parásitos. Hummm. Eso le sonaba de algo. Tenía algo de la manera en la que los parásitos controlaban a sus huéspedes y les ordenaban realizar acciones que les servían para prosperar más a ellos que a los huéspedes... Quizá debería darle más vueltas a esa idea...

Robbie verbalizó lo que Benji estaba pensando:

—No sabemos qué lo causa, por lo que esa será la primera prioridad del SIE. La prioridad de mi equipo...

—Podría ser cosa de los terroristas —aventuró Pett.

—¿Qué?

—Terroristas. No quiero llevarles la contraria, pero tengo un amigo en Seguridad Nacional. Cuando se enteren de lo que está pasando aquí...

—No. No son los putos terroristas, con todos mis respetos.

Pett soltó un gruñido.

—Siempre me ha hecho gracia la gente que dice «con todos mis respetos» después de faltarte al respeto.

—No son terroristas —insistió Benji, con la intención de que todos mantuviesen la calma.

Harriet French estaba con el móvil, y movía los dedos a toda velocidad mientras escribía algo. El teléfono no dejaba de vibrarle una y otra vez. Una mueca de aversión y consternación le retorció las facciones.

—Esperemos que no. Si resultan ser terroristas, la solución no será una cuarentena, sino un balazo para cada uno de esos caminantes.

Lo dijo como si fuesen los zombis de una película de zombis. Como si no fuesen humanos, sino objetivos. Benji no tenía estómago para hablar en esos términos.

—Pedazo de hijoputa. Son personas —empezó a decir Benji, pero Robbie lo interrumpió y, de repente, se convirtió en el apaciguador del grupo. Un giro extraño pero necesario de los acontecimientos.

—Oye, oye, mirad. Como he dicho, la prioridad de mi equipo es controlar y contener esto para que no se propague mientras en el SIE juegan a ser detectives de enfermedades. Por eso propongo un aislamiento holgado e itinerante, que no es algo muy diferente a lo que estamos haciendo ahora. Evitamos que se acerque gente nueva. Mantenemos juntos a los sonámbulos. Quienquiera que haya estado cerca de ellos debería quedarse en aislamiento hospitalario. Eso quiere decir que necesitareé trabajar con usted y con sus efectivos de manera coordinada, subcomisario Pett. ¿Qué les parece? ¿Doug? ¿Harriet? ¿Alguna opinión?

Harriet bajó el teléfono y alzó la vista. La mirada clavó a Benji en el asiento.

—Tú. Sabía que tu nombre me sonaba de algo. Longacre. Carolina del Norte. Eres el que empezó esa caza de brujas. ¿Basándote en qué? En nada. —Los ojos le relucieron

como antorchas. Y continuó—: Tenía acciones en esa empresa. Perdí dinero. Yo y muchos más.

—Lo siento —empezó a decir Benji...

French se levantó, y Pett hizo lo propio. Después dijo a Robbie:

—Le comentaré su plan al gobernador y al Departamento de Sanidad. Es un comienzo, pero una cosa le advierto: si llega a la conclusión de que es necesario un aislamiento estacionario, esto quedará en nuestras manos.

Y Benji sabía que podían hacerlo. El CDC solo tenía jurisdicción cuando se trataban de asuntos federales, y eso significaba inmiscuir a la secretaria de Salud y Asuntos Sociales. No habían llegado a ese punto, pero no les iba a temblar el pulso si era necesario meter en el ajo a la secretaria Flores. Después, la mujer se dirigió a Benji.

—¿Y usted? Es una desgracia y tengo pensado poner una queja. Su presencia aquí solo traerá problemas.

Fue lo último que dijeron antes de alejarse y salir del lugar a toda prisa.

—Pues ha ido bien.

Los dos se encontraban fuera de la cafetería. Sadie aún seguía dentro para pagar la cuenta.

—No tendría que haber venido —dijo Benji—. Ha sido un error. Me he sentido como..., como en los viejos tiempos, como si me sentase en una silla vieja a la que estaba acostumbrado. Demasiado cómodo. He estado a punto de echarlo todo a perder, y no he hecho más que llegar. Longacre. Joder.

—Si quieres saber mi opinión, lo que hiciste en Longacre fue una puta estupidez. Y no estuvo nada bien. Pero lo entiendo. No tenías razón, pero al mismo tiempo... Pues bueeeno, en parte tenías un poco de razón. No te culpo. Puede que otros lo hagan, pero yo no. No te crucificaría por un error de juicio.

—No fue solo un error de juicio.

Benji sabía que había algo premeditado. No tenía nada de conspiración, claro. Podía considerarse una conspiración pequeña de un hombre y de nadie más. Pero lo que había en Longacre aquel día...

Aún lo recordaba a la perfección. Se veía allí, de pie y oliendo ese hedor a orín, excrementos y enfermedad. El heno bajo sus pies apestando a orina, los animales hacinados porque los compartimentos eran ya pequeños para uno o dos, y había una docena en cada uno. Después esas cajas de gestación con cerdas, y las de cochinitos donde se alimentaban de sus madres antes de que los sacaran de allí para lanzarlos con sus hermanos y hermanas. No era solo que trataran mal a los animales, ya que Benji sabía que aunque matar a un animal podía ser un acto piadoso en ciertas circunstancias, seguía siendo matar, y hacerlo para alimentar a una descomunal civilización de comedores de carne podía convertirse en una matanza interminable e infatigable. Mecánico y desalmado. Era horrible.

Pero las enfermedades que podían surgir de ahí eran aún peores.

Los cerdos solían sobrealimentarse con comida que tenía antibióticos, pero seguían teniendo llagas y forúnculos. Ya había pruebas más que suficientes para relacionar el SARM con las granjas porcinas. Ya había empezado a dar como resultados ejemplares con infecciones leptospiróticas...

Y aquella era la mayor granja porcina del país.

Era una sopa de enfermedades que podía derramarse en cualquier momento.

Sabía que algo podía terminar por surgir de esa malnutrición y maltrato. Una superbacteria sin límites. Una gripe imparable. Podía alcanzar proporciones de pandemia.

Era como unir dos puntos con una línea, una predicción que hasta un niño podía hacer.

El único problema era que no había nada que denunciar. Benji podía dar algunas recomendaciones, y Longacre le haría caso o no, pero tardarían años en volver a inspeccionarlo y seguro que el grupo de presión de los ganaderos pediría ayuda a los políticos y el sistema se defendería mientras seguían criando, despacio pero sin pausa, el germen de la siguiente pandemia.

Benji había tomado una decisión.

Envió un informe. Lo filtró a la prensa.

Y el informe contenía cifras inventadas.

Contenía pruebas de que en el lugar había muchas más SARM de las que había en realidad y que había sacado de datos robados a un informe de la OMS sobre granjas porcinas canadienses hacía diez años.

En aquel momento pensó que lo hacía por un bien mayor. Obligar a la granja a actuar de una manera responsable podía derivar en un desastre aún mayor. Se dijo que esa era la única manera de que le hicieran caso. Y se lo hicieron, para su sorpresa. El precio de las acciones de la empresa se desplomó. La gente dejó de comprar sus productos porcinos en los supermercados, y también el cerdo de otras marcas. El cerdo dejó de ser «la otra carne blanca» y pasó a convertirse en «una muerte segura».

Y después la industria contrató a detectives. Y a abogados. Y juntos descubrieron lo que había hecho Benji. Descubrieron que se había inventado las cifras, así como los datos y las pruebas.

Se podría decir que, en cierto sentido, tuvo suerte de que se limitasen a despedirlo. El CDC recibió el golpe por él y, a pesar de todo, le abonaron una indemnización por el despido.

Pero su nombre se convirtió en sinónimo de una especie de extralimitación gubernamental, de que el gobierno era capaz de retorcer los números y forzar a que se pudiese sacar una información muy diferente a la verdadera para cumplir las motivaciones secretas de alguien. La culpa lo alcanzó a él, llegó al CDC y salpicó a la presidenta Hunt (que ya de por sí era un imán para los problemas que no eran culpa suya). Le dio al gobierno menos capacidad de acción en lugar de más. Hizo lo peor que podría haber hecho para su trabajo.

—Pasara lo que pasase en ese sitio de mierda —dijo Robbie—, ahora estás aquí. Saldremos de esta. Límitate a... Bueno, quédate un poco más al margen, ¿vale?

Sadie salió del restaurante en ese momento. Les dedicaba su mejor sonrisa, como si nada de lo que acababa de pasar ahí dentro le hubiera afectado lo más mínimo.

—¿Tienes idea de cómo me va a recibir el resto del equipo del SIE? —le preguntó Benji a su viejo amigo.

Robbie se encogió de hombros.

—La verdad es que no, Benji. Es una venda que tendrás que quitarte tú mismo para comprobar si la herida sigue sangrando. Hablando del tema, ¿quieres echarles un primer vistazo a los sonámbulos?

—Vamos —dijo Sadie al tiempo que hacía repiquetear las llaves.



## Un propósito secreto

Los noctámbulos, también conocidos como sonámbulos, son personas con un trastorno del sueño que suele aparecer durante la fase de sueño profundo y causar manifestaciones de habilidades motoras como pueden ser caminar, pero también otras tanto simples (sentarse en la cama y echar un vistazo alrededor) como complejas (ir al baño y usar una cuchilla seca para afeitarse la cara). El consumo de ciertos fármacos puede aumentar las probabilidades de ser afectado por el sonambulismo (el zolpidem es uno de ellos). La mayoría de los sonámbulos no recuerdan nada de lo que ocurre cuando se hallan en ese estado, ya que continúan en fase de sueño profundo. Eso también hace que sea más difícil despertarlos, pero, al contrario de lo que afirman las creencias populares, los afectados sí que deberían ser despertados cuando se encuentran en mitad de la actividad sonámbula, para así evitar posibles heridas o situaciones bochornosas.

De un panfleto del CNTS (Centro Nacional de Trastornos del Sueño)

### ***4 de junio, Pine Grove (Pensilvania)***

La ruta 443 era una carretera de dos carriles deteriorada y llena de socavones con una línea casi invisible que la recorría por el centro. Al otro lado de la calle había un terreno en barbecho y un enorme aparcamiento de gravilla en el que había una guardería y un invernadero que se habían cerrado desde que el CDC había tomado el control de la situación. Detrás de Benji, de la tienda y del laboratorio portátil orbitaba todo un conglomerado de actividad: agentes de policía, el equipo del ERB de Robbie y algunos técnicos de laboratorio. Pero eso no era lo que él estaba mirando.

No, él no le quitaba ojo a la carretera.

Porque se dirigían hacia ellos.

Sadie estaba a su lado y los miraba tanto a él como al asfalto, como si intentara calibrar la realidad en función de cómo reaccionara Benji.

Le daba igual que lo mirase.

Vio que la primera señal acababa de manifestarse en la carretera: un coche de policía que iba delante a muy poca velocidad. Sabía que la policía escoltaba a los sonámbulos, para mantenerlos a raya y evitar que la gente o el tráfico se acercaran más de la cuenta.

Los sonámbulos aparecieron detrás del coche.

A Benji no le gustaban mucho las películas ni ver la televisión, pero sí pensaba que las de zombis tenían cierto encanto, sobre todo las que daban por hecho que un apocalipsis zombi era un acontecimiento más biológico que natural. La biología entrañaba la capacidad de provocar un miedo tan brutal y descarnado que todas esas tonterías de fantasmas quedaban a la altura del betún. Las enfermedades infecciosas ya eran de por

sí tan horribles que podían alimentar de por vida los peores miedos de una persona.

Por ejemplo, la rabia le servía a Benji como ejemplo perfecto de ese horror. Un paciente infectado que no se inoculaba las inyecciones pertinentes tenía muchos números para sufrir una muerte lenta y terrible. Uno se volvía loco. Te empezaba a dar miedo el agua y alucinabas sin parar. Una semana o dos después, caías en coma cuando los lyssavirus llegaban al cerebro. Benji había conocido un caso en el que un cazador había disparado a un mapache sin saber que tenía la rabia. Le había pegado un tiro en la cabeza y luego se había deshecho del cadáver, pero el problema era que se le quedó un poco de materia gris en las manos sin darse cuenta. Nadie sabe cómo acabó en su boca. Quizá se limpiase la cara y la nariz. O quizá sacase un pedazo de carne deshidratada de la mochila y se la comiese sin lavarse las manos. Sea como fuere, se comió ese pedacito de cerebro de mapache con un poco de virus en su interior. El virus permaneció inactivo unos meses y luego surgió en su interior como un demonio alado que cubrió su mente con sombras negras y alargadas.

Murió al cabo de siete días.

Antes de entrar en coma, gritó para describir rostros que veía en las paredes, caras de personas que sabía que habían muerto e «ido al infierno».

La rabia era como una película de terror en la vida real.

Cambiaba tu manera de comportarte, te echaba a perder la mente y podías contagiarte de ella por comer cerebros. Sí, era uno de los orígenes de los mitos de hombres lobo y también de los zombis.

Ver caminar así a los sonámbulos le recordó a Benji un poco a eso. Solo un poco. Los contó rápido y se dio cuenta de que eran el número de la suerte, el trece. Era la primera vez que los miraba, y se estremeció al ver los ojos apagados e inertes que destacaban en sus rostros. Contemplaban la nada. O al menos Benji no era capaz de discernir hacia dónde miraban, ni si buscaban algo. Ellos eran los únicos que parecían saberlo.

Pero se diferenciaban de los muertos vivientes en lo más importante. Caminaban a ritmo regular: no arrastraban los pies ni se tambaleaban de un lado a otro. Permanecían erectos, con las mandíbulas apretadas, fruto de una férrea determinación. Le vino a la mente una imagen de *El pueblo de los malditos*. Esos niños espeluznantes tenían la misma mirada penetrante, ¿no?

«Soy un médico. Soy un hombre de ciencia. No debería comparar a esta gente con monstruos de película. Son personas.»

Eso era lo importante, ¿no? Eran personas. Al frente del rebaño, una adolescente, seguida de una joven, y luego: un granjero con un mono, una mujer de mediana edad con ropa de oficina, un adolescente, un hombre barrigón con un albornoz rosado, una anciana en bragas y sujetador, un joven con auriculares con el cable que le colgaba por detrás y el enchufe que rebotaba por el asfalto como un grillo... No dejaban de unirse a ellos: de edades diferentes y una relación más o menos pareja de hombres y mujeres, también una mezcla sorprendente de tonos de piel para tratarse de una zona rural de Pensilvania. Benji no tenía ni idea de qué se trataba.

Y solo acertó a llegar a la misma conclusión que antes:

Caminan con un propósito.

Pero ¿cuál? ¿Por qué? ¿Se trataba de una enfermedad?

¿O acaso era algo mayor, algo mucho más extraño?

No lo sabía.

Pero la incertidumbre no dejaba de carcomerlo por dentro.

—¿Sigues creyendo que se trata de una enfermedad? —le preguntó a Sadie.

—Yo no creo nada. Yo programo, ¿recuerdas?

—Cisne Negro parece creer que lo es.

—Cisne Negro pidió que vinieses tú, pero, más allá de eso, no tengo ni idea de qué es lo que piensa. Tiene que ser algo relacionado con este sitio. Y está dispuesto a descubrir qué es.

Sadie y él caminaron juntos por el caos hasta llegar a la tienda. Robbie preparaba a su equipo de ERB a un lado, y los ayudaba a ponerse los trajes de protección.

Reconoció las caras: eran seis y todos viajaban con Taylor y le eran leales. Habían estado juntos en las zonas más peligrosas del mundo. Y habían resultado heridos por ello. Avigail Danziger, una médica de emergencias exisraelí recibió un balazo y siguió trabajando. Remy Cordova, un antiguo ministro de Defensa, cayó por un barranco en Sierra Leona, se rompió ambos tobillos y se empaló con la rama de un árbol de la sabana marchito y quebradizo. Estaba solo. Consiguió sacarse la rama (que se le había clavado en un costado y perforado un riñón) y luego intentó salir del barranco mientras, según él, un leopardo trataba de darle caza para comérselo. Desapareció durante tres días.

No murió.

El resto de integrantes del equipo de Robbie había superado todo tipo de adversidades: huesos rotos, enfermedades raras, mordeduras de animales o infecciones parasitarias.

El equipo de Robbie tenía fama de ser un hatajo de lunáticos y de tipos duros, algo que era muy típico típico en el ERB. La mayoría de los miembros del ERB no viajaban al extranjero e investigaban la gripe y la transmisión de enfermedades por los alimentos.

El SIE, al menos cuando Benji dirigía un equipo, era diferente. Eran unos lumbreras, unos detectives de enfermedades, más del tipo Sherlock Holmes que del tipo *Arma letal*.

Ahora que se encontraba por fuera de la tienda color celeste perlado, oyó la voz familiar de su discípulo, Martín Vargas, preparando al equipo.

El equipo de Benji.

O eso era en el pasado.

Sadie y él entraron por detrás de la tienda en silencio y apartando una solapa. Había una media docena de técnicos de laboratorio y trabajadores del CDC en pie escuchando a Vargas.

Vargas tenía treinta y tantos años, mandíbula prominente y atractiva y unos ojos relucientes. Parecía mayor y más sabio de lo que era, y la belleza irradiaba de él de manera atemporal, como le ocurría a George Clooney. Cuando Benji dejó el CDC, Vargas era el típico soltero que iba de relación en relación como una abeja que poliniza todo un prado de flores. Se preguntó si el ascenso lo habría cambiado en algo. ¿Habría conseguido asentarse, o seguiría siempre de flor en flor?

Martin decía:

—... quiero información que ni siquiera sepa que necesito. Informes de sanidad, de calidad del agua, del aire, estadísticas demográficas, cualquier cosa. Tenemos que saberlo todo de este lugar. ¿Hay una fábrica que intoxica el suministro de agua con sus desechos? ¿Una nueva especie invasora en el lugar? Los animales salvajes también

pueden ser interesantes, por lo que podríamos hablar con los guardas de caza y pesca locales o rehabilitadores de vida silvestre. Lo que sea...

—No tenemos personal suficiente —objetó Cassie, con un cierto retintín en la voz.

—Nunca tenemos personal suficiente —replicó Martin, con el mismo tono.

Cassie Tran, otra inspectora del SIE que estaba en su antiguo equipo. Llevaba una camiseta andrajosa de los Beastie Boys y sus extremidades eran tan largas y delgaduchas que la hacían parecer un coyote. Era cincuenta por ciento carroñera, cincuenta por ciento embaucadora y cien por cien punk. Tenía el pelo de tonalidades azul ombré y le caía como una catarata por toda la espalda. Su rostro era muy expresivo y casi elástico. Cada vez que ponía los ojos en blanco lo hacía con tanta fuerza que podía desestabilizar satélites y sacarlos de sus órbitas. Su sonrisa sin duda era capaz de derretir glaciares.

Martin continuó:

—También me gustaría tener datos del tipo de enfermedades transmitidas por las garrapatas que se ven por aquí. Sobre todo de la enfermedad de Lyme y de la fiebre maculosa de las montañas Rocosas. Quizá podríamos llamar a algunos plaguicidas para ver qué nos pueden contar sobre las ratas de la zona. O a algún botánico y comprobar si ha habido exceso de bellotas durante el año pasado.

Benji asintió para sí. Eso era muy inteligente. Los ecologistas y los epidemiólogos habían descubierto hacía poco que la cantidad de bellotas presentes en el suelo era un indicador de la gravedad de la enfermedad de Lyme en la región al año siguiente. Había años en los que los árboles producían pocas bellotas, pero otros en los que había muchísimas. Los años más copiosos eran indicativos de un incremento de la población de ratones y, a pesar de su nombre, a la garrapata del ciervo le gustaban mucho los ratones. Un solo ratón podía tener docenas de garrapatas en la cara y en el cuerpo, y el ratón podía transmitirles la enfermedad de Lyme. Un incremento de bellotas equivalía a un incremento de ratones. Y un incremento de ratones disparaba las cifras de la enfermedad.

—Entiendo lo que dices —comentó Cassie—. La de las montañas Rocosas puede causar algunos trastornos de sueño. En los peores momentos hemos llegado a ver perros que empiezan a tener comportamientos extraños como estupor, inquietud y convulsiones, también algunos edemas.

Benji se preguntó de repente si la acumulación de fluidos podía terminar en una... explosión. Como le había ocurrido a Blamire. Parecía un poco exagerado, pero no lo bastante como para rechazarlo del todo. ¿Debería acercarse para comentarlo?

«Será mejor que no...»

Un joven a quien Benji no conocía y al que le calculó unos veintitantos años dio un paso al frente, inquieto. Tenía el pelo negro azabache peinado hacia atrás, tan brillante y perfecto que bien podría haber sido una peluca de plástico de esas que se les ponían a los Lego. Llevaba una camisa de botones a cuadros escoceses.

—Yo puedo hablar con los botánicos —se ofreció el joven.

—No, Arav —respondió Martin—. Te necesitaré de enlace con el equipo ERB de Robbie Taylor.

—Quiero hacer un buen trabajo, así que ponme donde quieras y eso haré —dijo el joven, Arav—. Pero recuerda que... aún no tengo la certificación para el equipo de protección individual de clase A y...

—Joder —dijo Martin. Se masajéo un poco las sienes con los pulgares y luego bajó los

dedos hasta la mandíbula—. Tranquilo. No vas a salir ahí fuera con ellos, pero sí que trabajarás con el resto de integrantes del ERB aquí. Ayúdalos a montar el laboratorio portátil y asegúrate de que nos informan de todos sus descubrimientos y de que nosotros hacemos lo propio con los nuestros. Pero consigue esa certificación en cuanto puedas. Ah, y también necesito que hagas una lista. Necesito saber quiénes son esos sonámbulos. Quiero... todo lo que seas capaz de recopilar, y eso incluye nombres, direcciones o números de la Seguridad Social. No será fácil, porque ya sabemos que no hablan, pero a ver qué puedes hacer. Tal vez algunos de ellos lleven encima algún tipo de identificación. Ayuda también al equipo de Robbie con eso.

Arav asintió.

—Sin problema, pero quizá no me vendrían mal unos cuantos técnicos para...

—Nosotros podemos ayudar con la recopilación de datos.

Lo dijo alguien inesperado.

Había sido Sadie.

Benji se giró hacia ella, pero ella no le devolvió la mirada.

Todas las cabezas de la habitación se volvieron hacia ellos. Todos los técnicos de laboratorio reunidos en el lugar se giraron para ver quién había hablado. A Martin, Cassie y Arav también les pudo la curiosidad.

Fue entonces cuando vieron a Benji.

Cassie parecía estar disfrutando del momento. Tenía la cara cruzada por una gran sonrisa que la hacía parecerse al comecocos y alzó una mano en la que destacaban unos cuernos propios de un concierto de heavy metal. Articuló el nombre sin pronunciarlo: «¡Benji!». Y parpadeó.

Martin no compartía su entusiasmo.

—Doctor Ray —dijo Martin—. Y... sea quien sea usted.

—Sadie Emeka —se presentó ella—. Estamos aquí en representación de Benex-Voyager, listos para ayudar con la recopilación de datos y los análisis. El módulo de Cisne Negro.

—Fuera —ordenó Martin.

—Venga —le dijo Benji a Sadie en voz baja—. Deberíamos irnos.

—No —protestó ella. Después alzó la voz y continuó—: Podemos ayudarlos. Necesitan ayuda. Esto es algo que no entienden. Algo nuevo. Necesitan toda la ayuda que esté disponible y...

—He dicho que fuera.

—Muy bien. —Se envaró—. Entendido.

Benji y ella salieron de la tienda.

Los sonámbulos ya habían pasado de largo. Benji aún era capaz de verlos a ellos y al coche patrulla de la policía que los seguía de cerca. Estaban a poco menos de quinientos metros de distancia, por la ruta 443, y empezaban a desaparecer bajo un laberinto de fresnos marchitos. Benji pensó que seguramente fuera cosa del barrenador esmeralda. Esos insectos invasores que siempre destrozaban gran cantidad de fresnos en la región nordeste.

—Pedazo de gilipollas —masculló Sadie.

—Tranquila, Sadie. —Benji esperaba sentirse rabioso, o avergonzado, o tener una virulenta mezcla de ambas sensaciones, pero todo eso desapareció de repente. Se sentía

inquietantemente solo, sí, pero también en paz—. Hice lo que hice. No soy bienvenido y ya está.

—Pues deberían darte la bienvenida, joder. Eres un experto. Más experto que cualquiera de ellos, lo más seguro. Si no quieren tu ayuda, llevaremos a cabo nuestra propia investigación. Usaremos a Cisne Negro y...

La tela de la salida de la tienda se agitó detrás de ellos. Cassie salió disparada y se dirigió en línea recta hacia Benji. Se abalanzó sobre él y lo rodeó con los brazos, como si fuese uno de esos xenomorfos bebé de *Alien*, un abrazacaras.

—Tío, cuánto me alegro de volverte a ver —dijo mientras lo soltaba al fin. Después preguntó—: ¿Qué coño haces aquí? ¿Acaso Loretta la Inquebrantable, la Inflexible, la Siempre de Mala Leche, te ha pedido ayuda?

—Pueees... —respondió al tiempo que agitaba la mano de un lado a otro—. No... no ha sido eso, no. Estamos aquí por nuestra cuenta.

Los ojos de Cassie relucieron con picardía.

—De incógnito. No podías quedarte al margen, claro. Me gusta. Me gusta. Venga.

Le cogió el brazo por el codo y empezó a arrastrarlo hacia un coche.

—Perdona, pero... ¿adónde vamos? —preguntó Benji.

—Tengo una cita con la mujer del hombre explosivo y vas a venir conmigo. Pero tú...

—Cassie se giró y señaló a Sadie con el índice y el meñique de la mano con la que había vuelto a hacer los cuernos—. Será mejor que te quedes aquí. Te lo devolveré, no te preocupes.

Sadie hizo un amago de protestar, pero Benji levantó una mano tranquilizadora.

—Sadie, no te preocupes. Cassie es un poco... territorial.

—Territorial como un puto glotón —puntualizó la mujer alta al tiempo que enseñaba los dientes.

—Yo... me pondré a recopilar datos —dijo Sadie con un atisbo de resentimiento y sospecha en la voz.

Benji articuló un «gracias», y después lo engulló el tornado que era Cassie, que lo empezó a arrastrar por el aparcamiento.

—¿Te ha dicho Martin que me lleves contigo?

—Qué va —respondió ella.

—De incógnito —repitió Benji—. Me gusta.

## La mujer del hombre explosivo

### **Los cinco mejores productos de Productos del Día a Día Nu-Rish, de la famosa actriz y emprendedora Lanie Davies:**

1. Huevos lunares vaginales Ioni de lapislázuli
2. Kit de lujosa agua de anacardos para el colon
3. *Smoothies* de moringa ayurvédicos en polvo
4. Ungüento superpurificador y antibiótico de veneno de rana kambó
5. Polvo de *Cordyceps* en spray (sabor potencia sexual)

### ***4 de junio, Maker's Bell (Pensilvania)***

**D**ecir que Cassie Tran era adicta al café era lo mismo que decir que los peces eran adictos al agua. Benji estaba sentado en el coche de alquiler y vio los restos de media docena de cafés tirados a su alrededor: tazas de Dunkin' Donuts, *draft latte* de La Colombe, una cafetera AeroPress, bolsas de granos y un pequeño molinillo de manivela. Su forma de hablar también evidenciaba su adicción: sus conversaciones eran tan dinámicas que daba la impresión de que las palabras se peleaban por salir antes de su boca.

—Creo que no es infeccioso. —Hizo el mismo gesto que hacía Vanna White para revelar un premio en *La ruleta de la fortuna* y señaló hacia la luna delantera del coche y, por ende, hacia todo el mundo que los rodeaba—. Más vale prevenir que curar, claro, pero ahora que he analizado los informes, puedo decir que esa gente... esa gente parecer haberse «contagiado» en sus casas. El patrón de transmisión parece muy errático y es algo sin precedentes. ¡Sin precedentes! Da la impresión de ser demasiado calculado y perfecto. Como bien sabrás, las enfermedades no tienen nada de perfectas. Son un caos. Un caos con reglas, pero caos al fin y al cabo.

—Aceleré el Hyundai Sonata por las calles secundarias con la misma facilidad con la que unas tijeras afiladas cortan una tela.

—Estoy de acuerdo. Diría que parece algo ambiental. Puede que sea culpa de la capa freática del lugar o quizá... A lo mejor es cosa de un producto que se ha consumido solo en ciertas casas.

—Eso es lo que tenemos que descubrir cuando entrevistes a la mujer de Blamire.

—¿Cuándo la entrevistaste yo?

—Ajá.

—Cassie, he venido a mirar y basta.

—Pero si ya me conoces. Cuando abro la boca, la cago más que hablo. El marido de

esta señora acaba de morir. Y ha muerto explotando como un puto huevo en un microondas. Estudié veterinaria, tío. Con las personas, tengo la sensibilidad de un cortacésped.

Benji tuvo que reconocer que era cierto. Aunque Martin Vargas había cursado Medicina Diagnóstica en la Universidad de Pensilvania, Cassie era una especialista veterinaria y viróloga de la región de Atlanta que, antes de unirse al SIE, había pasado un tiempo en Merck como integrante de su división de salud animal. Era buenísima en su trabajo, mientras este no consistiese en lidiar con otros seres humanos. Era bruta como un arado.

—No se lo digas a Martin —comentó Benji.

—Prometo que no se lo diré a Martin.

Benji y Cassie se sentaron frente a la mujer de Mark Blamire, Nancy. «Nance», dijo ella haciendo esa cosa que suele hacer la gente que está de luto: reír un poco, una reacción espontánea que daba la impresión de ser falsa porque era como si su mente la obligara a ser normal, como si su marido no acabase de morir en unas estrambóticas e inciertas circunstancias. Era algo que Benji siempre veía en los funerales: una esposa de luto que lava los platos, una niña que juega en un columpio en el exterior, un hermano que para un momento para ver el resultado de algún partido en la televisión. Había quien opinaba que era de mala educación y, en algunos casos, sí que lo era, gente de mierda que se comportaba como gente de mierda. Pero muchas veces solo se trataba de un mecanismo de defensa. Era como si se estuviesen agarrando a la barandilla de la escalera mientras un tornado destrozaba la casa a su alrededor.

Nancy, o Nance, lo estaba pasando muy mal.

Benji también se sorprendió al ver que estaba embarazada.

De unos seis meses, a juzgar por su aspecto. Tenía una mano apoyada en la parte superior del vientre y se sentó frente a ellos en la barra de desayuno. Unas volutas de humo que parecían espectros se elevaron de la taza de té que sostenía con la otra mano, aunque aún no le había dado ningún sorbo. Benji también tenía una taza. Una manzanilla.

—Necesitamos que nos diga qué ocurrió —arrancó Benji—. Cómo empezó todo.

—Yo... —comenzó a decir Nance.

Movía la boca sin articular palabra mientras intentaba recordar sus recuerdos y encontrar la mejor manera de describirlos. Su mirada no era muy diferente de la de los sonámbulos. Miraba detrás de ellos, a través de la pared, a través del espacio y el tiempo y toda materia, hacia el lugar que había detrás de todo eso.

—¿Se limitó a levantarse y salir por la puerta? —preguntó Benji, que intentó (icon amabilidad!) romper el hielo y que empezara a hablar de lo que recordaba del día anterior.

—Él... ¡Ah! Llevábamos despiertos unas horas. Ambos somos profesores y... y ahora mismo no hay colegio porque la semana pasada empezaron las vacaciones de verano. A estas alturas todavía estaríamos en el colegio, pero el invierno fue cálido y no... no hubo muchas nevadas. Por el calentamiento global, supongo. Estábamos despiertos, pero bueno, ya... ya sabe, pasando el rato. Mark se puso los vaqueros, pero no se había cambiado la camiseta que llevaba y ambos bajamos al salón. Empecé a preparar el desayuno mientras él revisaba el teléfono y leía las noticias... Cosas de las elecciones.



Somos muy progresistas, aunque la región no lo sea demasiado. Y... —Le brillaron los ojos, como si estuviese al borde de las lágrimas—. Oí un golpe, un ruido sordo. Había dejado caer el teléfono. Se le cayó de las manos. Le dije: «Cariño, el teléfono...». Y recuerdo que se limitó a girarse hacia mí con esa extraña mirada en la cara, como si... — La presa se desbordó y las lágrimas resbalaron por sus mejillas como riachuelos simétricos—. Como si no me reconociera. Luego se puso en pie y levantó la barbilla, como si olisqueara algo, como hace un perro cuando sigue un rastro.

—¿Fue entonces cuando salió de casa? —preguntó Cassie.

—Yo... No, no lo sé. Me sonó el teléfono, pero estaba en el piso de arriba. Le pregunté a Mark si estaba bien, pero se quedó ahí de pie. Puse los ojos en blanco, porque pensé que se estaba quedando conmigo, como hacía en ocasiones. Le dije que se dejara de tonterías y corrí al piso de arriba para coger el teléfono. Era otra profesora, Pauline Strahovsky. No quería nada importante, solo decirnos que habían cambiado el seminario de CPRP, Colaboración para Resultados Positivos, del edificio Pensky al edificio Troxell. Hablamos unos minutos y, cuando bajé... —Nancy Blamire se estremeció—. Mark había desaparecido. Y no sabía dónde estaba. Había dejado el teléfono en el suelo. —Soltó el té en la mesa sin haberle dado un sorbo—. Corrí fuera por si lo veía, pero no tenía el calzado puesto. Como dije antes, era muy temprano... y...

—¿Se puso usted los zapatos y salió de casa?

—Al principio, no. Pensé que tal vez hubiera salido a tirar la basura. Y, cuando lo hice, no sabía dónde buscar. Nuestra casa hace esquina y podría haber ido a... a cualquier parte, incluyendo el pantano que había detrás del patio trasero. Esperé un rato y después conduje hasta Maple, pero no lo vi, por lo que volví, y fue entonces cuando llamé a la policía. Pero ellos no querían hacer nada todavía...

—Los casos de personas desaparecidas no se abren hasta que pasan veinticuatro horas sin saber nada de ellas.

«A menos que la persona sea un niño», pensó Benji. Y Mark Blamire no lo era.

—Sí.

Cassie se inclinó hacia delante.

—¿Mark comía algún rollo raro? Tipo movidas de dieta que estén de moda o cosas extrañas.

Nancy pareció estremecerse a causa de la brusquedad de Cassie.

—No. Como he dicho, yo estaba preparando el desayuno, pero él aún no había comido nada. Hice huevos y salchichas, por cierto. El desayuno. Después iba a preparar una tostada, pero...

Tragó saliva a duras penas y luego se enjugó las lágrimas y se sonó la nariz.

—¿Qué me puede decir de su agua?

—¿Mi agua?

Bajó la vista hacia el vientre.

—No, no me refiero a esas «aguas». La de beber.

—Ah. Pues bien. La hemos examinado, si es a lo que se refiere. No entiendo...

—¿Sale de un pozo?

—Sí.

—¿Está filtrada, el agua?

—Tengo un filtro UV, un filtro para toda la casa y el filtro del frigorífico.

«La filtran tres veces —pensó Benji—. Debería ser suficiente.»

—De todos modos, estaría bien que se analizara el agua. También la tierra. Y lo que tienen en el frigorífico. Y tampoco vendría mal una muestra de aire, ni...

—Son del CDC, ¿no? ¿Entonces es que Mark estaba enfermo?

Benji intentó ofrecerle una sonrisa de consuelo.

—No puedo afirmarlo, señora Blamire. Es la razón por la que hemos venido. ¿Sabe si a su marido lo había picado una garrapata recientemente? Que usted sepa, al menos.

—Yo... ¿Qué? No, que yo sepa. Pero sí que solemos tener garrapatas por aquí. De las pequeñas, las garrapatas de ciervo, y también de las grandes, que no sé cómo se llaman.

—Garrapatas de perro, seguramente.

—¿Era enfermedad de Lyme? He oído que es grave, pero no así...

—Como le dije antes, no lo sé. Intento recopilar información básica, algo que nos permita abrir una vía de investigación y agotarla. —La tarea que tenía por delante le pareció abrumadora de repente, como si le hubiesen dado un cuchillo y un tenedor para comerse un elefante entero. Intentó mantener la compostura. «Poco a poco», pensó—. Señora Blamire, en el hipotético caso de que el peculiar comportamiento y el desafortunado fallecimiento estuviesen relacionados de alguna manera con una enfermedad, cabe la posibilidad de que se trate de una infecciosa. Y eso significaría que...

—Significa que tú también podrías estar enferma —dijo Cassie.

Nancy se envaró, como si le hubieran dado una patada por debajo de la silla.

—¿Enferma? Estoy embarazada. Tengo un bebé en mi interior. Una niñita que...

—Podemos llamar a una ambulancia ahora mismo —dijo Benji—. Con su permiso, podrían llevarla al hospital para hacerle unas pruebas. Nada invasivo. Seguro que no está en peligro. Con suerte, podría estar de vuelta en su cama esta misma noche, pero, mientras tanto, vamos a necesitar confinarla, por si acaso. ¿Le importaría coger unas mudas de ropa? Tenemos tiempo. Aunque lo ideal sería que se lo pidiese a un pariente...

—Yo... Puedo hacerlo yo misma. ¿Ahora?

Benji asintió.

—Si no le importa.

Nancy había dejado de esforzarse por dar la impresión de que estaba bien. Se puso en pie, sin sonreír, impasible, y se acercó a él para abrirse paso hacia las escaleras y subirlas.

Benji soltó un suspiro de alivio. La mujer no se había opuesto. Se preguntó si otra persona habría sido igual de comprensiva. Aquello podría haber ocurrido en cualquier lugar. De hecho, hasta que no descartaran que se trataba de algo contagioso, los que habían estado en contacto con los sonámbulos tendrían que hacerse pruebas y confinarse. Temió que llegara a ser necesaria la puesta en práctica del plan de cuarentena desarrollado por Harriet French y Doug Pett, pero para ello necesitarían intervención federal y... ah sí, también debía tener en cuenta que él ya no trabajaba en el CDC. Nada de aquello era asunto suyo. Ni su trabajo. Y Vargas lo había dejado claro como el agua.

Pero sintió de repente como el ego se apoderaba de él, el mismo de aquel día en Longacre. Lo necesitaban. ¿O acaso era él quien necesitaba algo así? Sea como fuere, se trataba de una amenaza que no podía despreciar y quería enfrentarse a ella a la desesperada. Aún no sabía los nombres de la mayoría de los caminantes. No sabía de dónde venían ni con quién habían hablado. Una vez al aire libre, las enfermedades lo

tenían muy fácil para expandirse como un incendio en un campo de hierba seca. Una vocecita en la cabeza de Benji le dijo:

«Si no persigues ese fuego con un extintor, si no descubres cómo empezó, será demasiado tarde».

Sonó el teléfono de Cassie, y Benji oyó cajones que se abrían y cerraban en el piso de arriba. Giró el teléfono hacia él. En la pantalla se leía MARTIN VARGAS . Lo cogió y puso el altavoz al tiempo que se encogía de hombros con gesto juguetón.

«Cassie, joder, no...»

—Cass —saludó ella—. ¿Qué pasa?

—Cassie —dijo Martin—. Tenemos problemas.

—Sí, está clarísimo que tenemos problemas. Aún no podemos descartar que se trate de una infección, así que vamos a necesitar a la pasma por aquí. A los de la zona, si no nos queda alternativa, para que empiecen a traernos gente y hacerles pruebas.

Un silencio se extendió desde el teléfono como si fuese un hilo negro.

—¿Has dicho «traernos»? ¿Por qué en plural? Cassie, dime que no estás ahí con Benji...

—No —respondió ella al tiempo que soltaba una carcajada impostada—. Benji no está aquí, tranquilo. Era un plural mayestático. Como el de «tenemos problemas».

Se oyó un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

—Bien, porque no lo necesitamos. Lo sabes, ¿verdad? Podemos con esto.

—Claro que sí. —Benji hizo una mueca, y Cassie levantó una mano y empezó a imitar una boca abriendo y cerrando la mano. Bla, bla, bla—. Dijiste que tenías problemas, ¿verdad?

—Ya te digo. Primero, el equipo de Robbie no ha podido conseguir una muestra de sangre de los caminantes.

Benji articuló un «¿Por qué no?».

Cassie preguntó:

—¿Por qué no?

—Las agujas no entran.

—No entiendo.

Martin repitió lo que acababa de decir:

—Las agujas no entran en la piel.

Benji se mareó por unos instantes. Era lo mismo que habían dicho los paramédicos. En el informe ponía que habían intentado pinchar a una de las sonámbulas, a la chica, para inyectarle un sedante. Dio por hecho que había sido por impericia, pero después el policía le había disparado el táser a Mark Blamire y tampoco había servido de nada. Y seguro que eso no se debía a la ineptitud. La gente de Robbie era lo mejor de lo mejor, no becarios ni paramédicos del quinto pino.

No tenía sentido.

—Qué locura —dijo Cassie—. ¿Esclerodermia?

—No lo parece, pero... No sé. Les recomendé que lo intentaran por la boca...

—Es más fácil clavar agujas en tejido blando —dijo Cassie—. Buena idea. Además, así también podrán tomar muestras de ADN.

Benji se inclinó hacia delante y tocó el teléfono para silenciarlo. Después dijo:

—Coméntale que busque alternativas para sacar sangre. Hay un dispositivo llamado Pronto que se coloca como una pinza en el dedo y usa ondas de luz para escanear la

sangre a través de la uña. Sirve para detectar anomalías como la anemia. Ahora mismo no recuerdo el nombre, pero hay una empresa emergente en Ventura que creó un dispositivo que usaba un láser para perforar la piel a nivel microscópico...

—¿Hola? —preguntó Martin al teléfono—. Cassie, ¿sigues ahí?

Cassie volvió a activar el micrófono.

—Sí, estamos aquí. Joder. Estoy aquí.

Cassie le explico como pudo a Martin lo que Benji le acababa de decir sobre las maneras alternativas de conseguir una muestra de sangre.

—Buena idea —dijo Martin.

—Lo sé —convino ella con una sonrisa en el rostro y un brillo en los ojos.

—Quizá puedas ayudarme a resolver el próximo problema.

—Soy toda oídos.

—El hospital ha perdido los cuerpos.

Los dos se quedaron mirando.

—¿Qué... cuerpos? —preguntó Cassie.

—El cuerpo de Mark Blamire, o lo que quedaba de él, y el del policía. Chris Kyle. Han desaparecido. Iba a acercarme al lugar para programar una autopsia, pero... no tienen los cuerpos. No tienen registro ninguno de los cuerpos. Es que, joder, a veces me da la impresión de que estamos en un país tercermundista.

—Martin, el sistema de salud del condado de Schuylkill es muy prestigioso...

—Lo que tú digas. Lo que quería decir es que, si vas a ir allí con la señora Blamire, pasa por favor por la morgue. Mira a ver si consigues aclarar el pifostio que tienen montado allí y pídeles que encuentren los dos cuerpos desaparecidos. Comprueba las grabaciones de seguridad. Recuérdales que no encontrarlos sería una cagada de proporciones bíblicas y... no, no le digas a Nancy Blamire que el cuerpo de su marido ha desaparecido. —Se hizo una pausa—. No tienes puesto el altavoz, ¿verdad?

—Qué va —mintió Cassie mientras desconectaba el altavoz a toda prisa.

Benji vio un borrón blanco que se movía en la carretera, en el exterior...

La ambulancia.

Al fin. Al menos eso sí ha salido bien. Mientras Cassie terminaba de hablar, Nancy Blamire bajó con una mochila y el rostro aún turbado por esa mirada perdida, una desconexión que sugería que en realidad creía que todo eso le estaba ocurriendo a otra persona. La llevaron juntos hasta la puerta y salieron. Mientras reflexionaba sobre por qué podrían haber desaparecido los cadáveres de dos fallecidos... y lo raro que también resultaba que los sonámbulos fueran extrañamente inmunes a las agujas como si tuviesen un caso extremo y psicossomático de tripanofobia...

Otro vehículo se detuvo detrás de la ambulancia.

Era una furgoneta. De las noticias. La WFMZ de Allentown. Joder. No estaba preparado para enfrentarse a los medios de comunicación. De hecho, en teoría no tenía ni que estar ahí. Sabía que los periodistas terminarían por aparecer, pero ¿allí? ¿En ese momento? ¿Por qué? Una reportera acababa de salir de la furgoneta, una chica de pelo caoba, con mucho maquillaje y un traje del color de los melocotones. El cámara, anodino y de rostro hinchado, se colocó la cámara al hombro, adelantó a los dos paramédicos y se acercó corriendo a la entrada.

—Esto no va bien —dijo Benji.

—Me cago en todo —murmuró Cassie.

—Hola —empezó a decir la reportera mientras se acercaba a ellos—. Me llamo Elena McClintock, de noticias de WFMZ. Estamos recopilando información sobre la misteriosa muerte de un profesor de matemáticas de la zona, Mark Blamire...

Cassie la espantó con las manos.

—No. Largo. No vamos a comentar nada. Lo siento.

Benji no estaba listo para algo así. La situación se iba a salir de madre, y él no tardaría en hacer lo propio. Sintió como si fuese un puñado de arena que empezaba a resbalarle entre los dedos. Bajó la cabeza, apoyó la barbilla en el pecho y levantó la mano mientras se dirigían a la ambulancia. La reportera insistió.

—Obran en nuestro poder unos informes con arreglo a los cuales se produjo un altercado entre Mark Blamire y un agente estatal, el señor Christopher Kyle...

—No, eso no es cierto.

Lo había dicho Nancy Blamire.

El cámara giró hacia Nancy como un tiburón que huele un delicioso cebo, y la reportera le acercó el micrófono al momento. Benji trató de interrumpir. En vano.

—Mark no le hizo daño a ese agente —continuó Nancy.

—Nancy, no hables con estos... —empezó a decir Benji.

La reportera no le prestó atención y le pidió a Nancy que le explicara lo ocurrido.

—Estas personas son del CDC —tartamudeó Nancy.

Fue la gota que colmó el vaso. Benji sabía que lo iban a descubrir tarde o temprano, ya que no podía decirse que estuviesen ocultando su presencia. Ni querían hacerlo. Pero ahora la noticia había cambiado por completo, se había convertido en algo más importante, más extraño y más terrorífico. Y a los medios les gustaban las cosas importantes, extrañas y terroríficas. El ébola nunca había sido una amenaza en Estados Unidos, pero las noticias la trataban como si quinientos millones de estadounidenses fueran a cagarse por la pata abajo hasta morir (mientras se pasaba de puntillas por el calvario que vivían a diario los africanos de Liberia o Sierra Leona).

—Por favor —le suplicó Benji a Nancy, y al parecer tanto las palabras como el gesto en su rostro fueron suficientes para convencerla. Quizá viese el pánico en sus ojos o lo oyese en su voz. Se acercó a él, quien le rodeó la cintura con el brazo y la ayudó a seguir caminando hacia la ambulancia.

La reportera los siguió sin dejar de hacer preguntas.

—¿Por qué está implicado el CDC? ¿Hay algún tipo de epidemia? —Y luego lo que todos estaban esperando, el colofón final—: ¿Hay un brote de ébola?

Benji se dio la vuelta y agitó las manos.

—No... ¡No! No es ébola.

Ayudó a Cassie y a los paramédicos a subir a Nancy en la parte de atrás de la ambulancia y luego regresó con su compañero hasta el coche de alquiler, al que subieron sin que la reportera hubiese dejado de acribillarlos a preguntas durante todo el camino.

«Joder, joder, joder.»

«Joder.»

## Temeridad en la carretera

### **¿Se ha resuelto al fin el misterio de la extinción del saiga?**

Los científicos han determinado que la muerte repentina de doscientos mil antílopes saiga en Asia Central se debió a una infección en la sangre (septicemia hemorrágica) provocada por la bacteria *Pasteurella multocida* que vive dentro de los grandes hocicos de esos animales. La bacteria está presente desde el nacimiento y coexiste inocuamente con los saigas, pero en los últimos años se ha descubierto que es en parte la causa de los fenómenos de extinción masiva que han asolado a los saigas durante la última década. Los investigadores especulan con la posibilidad de que el cambio climático sea la causa, dados los aumentos tanto de temperatura como de humedad que han tenido lugar en el hábitat natural de la especie.

### ***4 de junio, Pine Grove (Pensilvania)***

Shana caminaba de un lado a otro.

Unas moscas del venado zumbaban sobre su cabeza en busca de un poco de piel fresca en la que aterrizar para darse un buen festín. Eran persistentes, pero terminaron por centrarse en el hombre que caminaba junto a ella, un agente estatal llamado Travis. Shana no estaba segura de que se llamase o se apellidase Travis, pero se había presentado como el agente Travis y tampoco es que a ella le apeteciese pedirle más detalles.

El agente Travis era su enemigo.

No su némesis. Bueno, quizá sí que podía considerarse su némesis en ese momento, porque no la dejaba acercarse a su hermana. Y su hermana estaba en peligro.

Shana lo tenía muy claro.

Los sonámbulos avanzaban delante de ella. Y, entre ellos, caminaban hombres y mujeres con trajes de protección de color lima. Le recordaban a unos astronautas que exploraran un nuevo mundo: daban pasos lentos y muy medidos, como si no estuviesen acostumbrados a la gravedad del lugar. Se abrían paso entre los caminantes, los analizaban, tomaban notas, los apuntaban con termómetros digitales y hasta les metían las manos en el bolsillo cuando tenían la oportunidad. La mayoría trabajaba en silencio, y solo se oía el bip, bip, bip de sus trajes.

Shana apretaba los dientes cada vez que se acercaban a Nessie.

Como en ese mismo momento, sin ir más lejos.

Uno de los del CDC, que eran prácticamente iguales por la manera en la que la luz se les reflejaba en las máscaras, se acercó a su hermana y empezó a colocarle la muñequera de un tensiómetro.

Shana gritó:

—¡No le hagas daño!

Y se abalanzó hacia delante. La mantenían a unos treinta metros por detrás del rebaño, pero Travis extendió la mano para detenerla.

—Ah, ah —dijo el agente—. Atrás. —Ella se dispuso a decir algo, pero Travis frunció el ceño y retorció ese bigote con forma de herradura que tenía—. Deja que hagan su trabajo, ¿vale? —Se quitó el sombrero de ala ancha de policía estatal y lo agitó inútilmente para espantar dos moscas que no dejaban de zumbarle sobre la cabeza—. Putas moscas.

—Muerden.

—Lo sé. Ya me han mordido varias veces, las cabroncillas.

«Tú sí que eres un cabroncillo», pensó Shana. No era la mejor respuesta, así que la guardó en la parte más recóndita de su cerebro.

—Deja que me acerque a mi hermana, por favor.

—Me ordenaron que mantuviese a los demás y a ti alejados, y eso es lo que pienso hacer.

Los demás. Ahora ya no estaba sola. Los caminantes no estaban solos. No habían surgido de la nada, claro. Tenían familiares, aunque ninguno los seguía tan de cerca. La mayoría se acercaba en coche o pasaba de largo y los adelantaba para ver cómo les iba. Había un niño negro que llevaba unos auriculares Beats by Dre; su madre iba tras él. Cuando ya estaba a punto de alcanzar al rebaño, la mujer había empezado a gritarle que le hiciera caso y que cejase en el intento de escapar. Estaba medio loca, triste y muy desesperada. Consiguieron calmarla. Shana estaba segura de que la madre del chaval estaba en el primero de los coches patrulla que seguían al grupo. Había otros cerca: la mujer del tipo del albornoz, el hijo y el marido de la mujer con el traje de oficinista, la esposa de la anciana sonámbula que había aparecido por allí vestida con un jersey de cuello alto. Shana sabía que los familiares se estaban reuniendo a unos ocho kilómetros, en el Dutch Diner de Abram. Los acompañaban un coche patrulla y alguien del CDC, una asiática alta con una camiseta de los Beastie Boys que no dejaba de hacerles preguntas. Habían intentado meter allí a Shana, pero ella les había dicho que no, que ni de coña. No pensaba alejarse tanto.

Shana tenía que cuidar a su hermana.

Era su trabajo. Su único trabajo.

«Qué pena que no me paguen una mierda», pensó.

No le quitó ojo de encima al matón del CDC que le tomaba la presión arterial a su hermana.

—Como le hagan daño... —empezó a decir.

—Que sí, que sí —dijo el agente Travis.

—Nada de «sí, sí». Esto es muy serio.

—Sí, está claro que estamos seriamente jodidos.

No se equivocaba.

Shana sacó el teléfono e intentó llamar a su padre. Otra vez. Tampoco se lo cogió. Lo había intentado esa misma mañana, pero le había saltado el contestador. Y después, hacía una hora, y le había vuelto a pasar. Como ahora. Lo mismo.

La preocupación empezó a apoderarse de ella. Quizá su padre se había vuelto a dejar el puto teléfono en el establo o en el prado. Sería muy propio de él. Shana había tenido

que ocuparse de muchas cosas desde que su madre los abandonó, ya que papá no sería capaz ni de encontrarse el culo con un mapa y un detector de culos con la batería al máximo.

Hacia una media hora, esos matones con traje habían intentado tomar muestras de sangre, que por suerte no eran de su hermana. Pero, al igual que les había ocurrido antes a los paramédicos, no pudieron sacar ni una gota. Las agujas no se clavaban. Una se rompió.

Shana no tenía ni idea de cosas médicas, pero estaba bastante segura de que algo así no tenía sentido. Le daba miedo. ¿Por qué estaba pasando? Por su mente cruzaron las ideas más locas: «Tal vez sea cosa del gobierno». Papá tenía un hermano, Jeff. No lo llamaban tío Jeff porque actuaba como si ellas no existieran y a papá no le caía bien. Les había dicho a Shana y a Nessie que no tenían por qué fingir que Jeff era uno más de la familia. Las pocas veces que los había visitado, siempre acababa borracho y soltando tonterías conspiranoicas, sobre las estelas químicas o sobre que el gobierno estaba detrás del 11 de septiembre o también algo sobre un lugar llamado el Centro de Enfermedades Animales de Plum Island, fuera lo que fuese eso. A Shana le había dado la impresión de que estaba muy colgado, pero quizá tuviese parte de razón.

O quizá fuese cosa de los extraterrestres.

Como ese meme, el del tío con el pelo alborotado del canal Historia:

NO DIGO QUE FUESEN LOS ALIENS  
PERO FUERON LOS ALIENS

También había oído a uno de los policías comentar algo sobre terrorismo. ¿Sería esa la causa? ¿Cómo iba a serlo? ¿Terroristas que controlan los cuerpos y las mentes de las personas? ¿Por qué? ¿Cómo?

Un segundo matón del CDC se unió al primero junto a su hermana.

A Shana se le erizó el vello de la nuca.

¿Por qué ahora había dos? Se colocaron uno a cada lado de Nessie mientras caminaba. Al mismo ritmo. Algo relució en la mano de uno de ellos y parecían... parecían estar practicando, como si se preparasen para hacer algo.

Con su hermana.

«Le están haciendo algo.»

Bueno, o estaban a punto de hacérselo.

Shana sintió que la sangre le bombeaba en el cuello y en las muñecas, notó cómo se le secaba la boca y también que se le ponía la piel de gallina. Era ahora o nunca. Como intentaran detener a Nessie, como empezase a temblar... No tenía por qué hacer catapún como había hecho el señor Blamire por culpa de ese policía, pero a saber qué ocurría dentro de sus cuerpos cada vez que empezaba la reacción. No lo sabían. Seguro que para ellos no era más que una rata de laboratorio que intentaba escapar.

El primero agarró la mandíbula de Nessie.

«No.»

Shana le dio un codazo en la barriga al agente Travis, y el policía resopló y se dobló sobre sí mismo mientras ella empezaba a correr con una torpeza digna de una de sus vacas al intentar escapar del establo. Shana gritó, aulló y agitó las manos para llamar la atención de los del CDC. Ellos dejaron de hacerle cosas a Nessie y se giraron hacia ella.

—¡No la toquéis, gilipollas!



Empezó a frenar su carrera hasta terminar caminando rápido, con ambas manos cerradas en sendos puños. Los dos matones del CDC, un hombre y una mujer, alzaron las manos. La mujer tenía un pequeño escalpelo. El hombre, una aguja. Shana gruñó.

—No voy a dejar que rajéis a mi her...

Pum. Sintió un golpe por detrás, pero su mochila se llevó la peor parte. Aun así, Shana cayó hacia delante con los brazos extendidos, por lo que consiguió detener la caída con las manos y evitar golpearse la cabeza contra el asfalto. Sintió dolor y un latido en las palmas cuando golpearon contra la rugosa carretera, pero no tenía tiempo para algo así... El agente Travis le clavó la rodilla en la parte baja de la espalda mientras le retorció el brazo.

Oyó el tintineo de unas esposas.

«No, no, no. Tengo que estar aquí para vigilar a mi hermana.»

—¡Suéltame! Quítame tus sucias manos de encima.

Consiguió liberar una de sus manos y empezó a apoyarla con fuerza contra el suelo para tratar de levantarse. Vio una mancha de sangre. Había empezado a sangrar. Un pensamiento estúpido empezó a recorrerle la mente:

«El arma. Mete la mano en la mochila y sácala.»

No tenía por qué disparar a nadie, solo enseñarla y demostrarles que iba en serio...

Después oyó otra vez:

—¡Oye! ¡No! Quieto. Para. Suéltala.

Shana, que tenía la mejilla aplastada contra el asfalto, intentó levantar la cabeza para ver quién era.

Lo reconoció. Creía que también era del CDC. Parecía joven. No adolescente, pero sí en edad de ir a la universidad. Veintipocos años, o tal vez veintitantos, con cara de niño. Tenía el pelo largo peinado hacia atrás, la piel morena, camisa y pantalones caqui.

Agitó las manos.

—¡Se acabó! Todos quietos. Por favor. Vamos a... Vamos a calmarnos un poco, ¿vale? Bien.

Shana sintió que Travis aflojaba el agarre, aunque aún no había dejado de aplastarla contra el suelo.

Apareció otra persona, un hombre cuyo traje del CDC no conseguía ocultarle la tripa. Detrás del visor de la máscara se veía un rostro cubierto por unas patillas descuidadas que tenían forma de chuletas de cerdo.

—¿Qué coño pasa aquí?

Travis dijo:

—Esta niña ha intentado salir corriendo hacia los sonámbulos...

Ella se quejó a gritos:

—¡Matones de mierda! Ibais a rajar a mi hermana...

—No deberíais estar cerca de esa gente sin trajes de protección. Avar...

—Arav —dijo el joven.

—Sí, estás dando mal ejemplo. Agente, por favor, suelte a la chica. Solo intentaba proteger a su hermana. Esto está siendo difícil para todos.

El agente Travis, que ahora era su némesis para siempre jamás, se apresuró a levantarse y dejar de aplastarle la espalda.

—Un momento, ¿estoy infectado?

—No lo sé —respondió el patillas—. Limítese a quedarse con los caminantes.

Mientras, Shana se levantó y se miró las manos de reojo: tenía las palmas lo bastante erosionadas como para que empezaran a brotar unas cuentas de sangre roja que parecían globos. Travis la miró mal, y ella le ofreció una de sus manos ensangrentadas.

—Siento lo ocurrido. ¿Chocas esos cinco?

Pasó de mirarla mal a poner cara de asco. No solo por la sangre, sino por todo. El CDC, los trajes, la posibilidad de estar infectado. Los gérmenes. La enfermedad. Piojos y plagas. Travis sintió un repentino acceso de náuseas, y Shana se sintió muy bien al ver cómo se marchaba a toda prisa.

«Corre, cabronazo. Corre.»

Mientras, los caminantes siguieron adelante. Avanzaban como si fuesen poco más que rocas en un arroyo. Los otros dos matones del CDC estaban cerca y con los trajes aún puestos, miraban al patillas como si esperasen órdenes. El hombre se presentó a Shana, gritando para que se le oyese debajo del traje.

—Me llamo Robbie Taylor, y soy el jefe del equipo de respuesta.

—Dile a tus matones que no toquen a mi hermana.

—No van a... —El hombre suspiró—. ¿Sabes qué? Que da igual. Solo íbamos a intentar conseguir una muestra de ADN, pero podemos sacarla de cualquier otro. ¿Vale?

—Supongo.

—Genial. Oye, Avar... —le dijo al hombre a quien había interpelado antes a gritos.

—Arav. Sigo llamándome Arav.

—Podría llamarte «tipo que debería de llevar puesto un equipo de protección individual» y ya.

—No hice el curso de...

—Vale. ¿Podrías llevar a...? —Se giró hacia Shana—. ¿Cómo te llamas?

—Shana Stewart.

—¿Podrías llevar a la señorita Stewart a que le limpien las heridas y beba un poco de agua? Quizá no vendría mal que se quedase en la tienda...

Shana protestó.

—No. Ni de coña. La tienda está a casi dos kilómetros. La he visto. La vi al pasar y no pienso volver atrás, porque me voy a quedar aquí con mi hermana.

—Tengo un pequeño botiquín de primeros auxilios en la mochila —dijo Arav—. Y también H<sub>2</sub>O.

—Genial. Pues poneos a ello —zanjó Robbie, que no tardó en añadir con impaciencia—: ¿Podrías hacerlo ya mismo?

Arav le dedicó a Shana una mirada compasiva.

—¿Vienes?

—Vale.

Arav la guio y ella lo siguió, pero sin dejar de mirar de reojo llena de suspicacia. Por si acaso.

«Dejad en paz a Nessie, capullos.»

—¿Me van a poner en cuarentena? —preguntó Shana.

—No lo sé. Aún no tenemos muy claros... los protocolos que hay que seguir.

—Eso no suena nada bien.

—No es muy eficiente, pero tenemos que ponernos de acuerdo con las autoridades locales, las federales, varias agencias y también con los hospitales. Tal vez necesitemos

hacerte algunas pruebas...

—No quiero ir a ningún lado a hacerme pruebas. —No había dejado de mirar a los caminantes. A su hermana—. Nessie solo me tiene a mí.

—Lo siento.

—Ya, bueno.

Shana salió de la cuneta y se colocó bajo la sombra de un tulípero.

—Pareces joven.

Arav se encogió de hombros.

—Tengo veinticinco años.

—Pues se te ha quedado cara de niño.

—Ah. Pues supongo.

Shana estuvo a punto de decirle algo más, pero hizo una mueca e inhaló con fuerza cuando el joven le derramó un poco de agua sobre las palmas de las manos. El agua le limpió la sangre. Arav llevaba unos guantes de látex azul y la ayudó a colocarse sendas gasas con las que le cubrió cada mano. Lo hizo con precisión y delicadeza. Ella intentó hacerse la dura, pero no sabía por qué.

—Seguro que te piden identificación cuando compras priva.

—Pues no.

—Ah. Guay.

Sonrió.

—Además, no... no bebo.

—Vaya. ¿Y eso? ¿Cosas musulmanas?

—No soy musulmán. Mis padres son hindúes, y yo, pues... Yo no soy nada en realidad.

—Y entonces, ¿por qué no bebes?

Se encogió de hombros. Le había terminado de poner las vendas, pero siguió sujetándole las manos.

—No lo sé. Nunca me ha gustado demasiado. En la universidad estaba demasiado ocupado como para disfrutar de la... «experiencia universitaria», eso que hace la gente de emborracharse, mear en macetas y unirse a fraternidades.

—¿Y por qué no eres religioso como tus padres?

Le soltó las manos y se apartó de sus palmas, ahora vendadas. Había terminado y no tenía razón alguna para quedarse allí. La vergüenza le cruzó la cara como una nube que tapase el sol durante unos instantes.

—Lo cierto es que ellos tampoco son tan religiosos. A mí la religión me parece muy bonita, pero... Tengo otras cosas de las que preocuparme. Y ya. Por cierto, creo que ya hemos terminado. Tus manos.

—Gracias. —Shana las cerró. La venda era ligera y no le impedía moverlas ni le molestaba casi nada al cerrar los puños—. ¿No deberías tener puesto uno de esos trajes protectores?

—Haces muchas preguntas.

—Lo siento. Estoy nerviosa. Y cansada.

—Sí, lo entiendo. Son equipos de protección individual. Equipamiento especializado.

—Después añadió, casi avergonzado—: No he hecho el curso.

—¿Y no deberías tener puesto uno de esos si estás cerca de los caminantes? —O cerca de mí, comprendió Shana. Porque si Nessie se había infectado con lo que fuera, seguro que ella también, ¿no? Dejó de pensar en ello y cambió de tema—. Ese tal Robbie parecía

un pesado.

—Sí, claro, tendría que haber llevado uno puesto. En teoría, no debería acercarme tanto a los pacientes. Pero no parece que sea respiratorio, así que en principio intento evitar el contacto con la sangre y esas cosas.

—¿Y qué pasa con mi sangre, entonces?

Alzó las manos, que aún tenía enguantadas.

—No es un equipo de protección individual, pero algo es algo.

Contoneó los dedos.

—¿Por qué te acercaste tanto? Sin traje, quiero decir.

—Me dio la impresión de que estabas en peligro.

—No fue nada.

—Ya te digo yo que algo sí era.

Shana hizo una pausa.

—Bueno, vale. Sí que era algo.

—Tu hermana estará bien.

—Eso no lo sabes.

Bajó la vista a los pies y dijo:

—Como te comenté antes, no soy religioso, pero me gustan las historias. Y me sé una que puede que venga bien para esta situación. La de la princesa Mirabai. Me he olvidado de cuándo ocurrió exactamente..., pero ponle que fuera hace unos cuatrocientos años. No quería ser princesa, por lo que en lugar de eso se convirtió en... poetisa errante, como una poetisa santa que iba por ahí cantando y recitando poemas a los dioses y para los dioses. Hay uno de sus poemas que nunca se me olvida: «Mente mía / Venera los pies de loto del Indestructible / Todo lo que veas entre la tierra y el cielo / Perecerá».

Shana parpadeó.

—Eso ha sonado como el culo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque me acabas de decir que vamos a morir todos. Yo aquí, preocupada por mi hermana, y tú intentas consolarme diciéndome que todos vamos a... perecer.

—No. Me refería a que... —Carraspeó, tan avergonzado que a Shana le dio la impresión de que de un momento a otro iba a empezar a escalar el tulípero que tenían detrás para tratar de ocultarse entre sus hojas hasta que ella se marchase—. Vale, tienes razón. Supongo que eso ha sonado como el culo. Lo siento. Es que... me ayuda a pensar que esto es cosa de todos y que todos vamos a estar bien incluso cuando no lo estamos. Y, aunque en realidad no soy religioso, el hinduismo te acepta con independencia de que tú lo aceptes a él o no. Y ello se debe en parte a que da por hecho que esto no es el final. Que siempre volvemos, una y otra vez, y que tenemos la posibilidad de repetirlo todo.

—Sigues sonando como el culo.

—Lo siento.

—Creo que mejor me voy. La situación se está poniendo un poco rara.

—Sí, tienes razón.

—Mi hermana no va a estar bien, ¿verdad?

—Yo... Lo cierto es que no lo sé, Shana. Lo siento.

—Entonces, no deberías haber dicho que va a estar bien.

Y en ese momento, Shana se dio la vuelta y se marchó a toda prisa.

Shana volvió a colocarse detrás del rebaño, inquieta como si una colonia de hormigas le recorriese el cuerpo. El agente Travis la miraba mal a unos seis metros de distancia, y ella hizo acopio de todo su aplomo para no hacerle un corte de mangas. En vez de eso, sacó el teléfono y volvió a intentar llamar a su padre.

Ring, ring, ring.

Mientras, los matones del CDC se habían acercado al niño de los cascos. Le habían abierto la boca como si fuese uno de esos monederos que hay que estrujar para que se abran, y habían empezado a hurgar en ella, siguiéndole el ritmo al chico a duras penas para no impedirle que avanzara.

Ring, ring, ring.

Se giró para mirar a Nessie. Iba delante. Pateaba el asfalto descalza. La suave brisa agitaba el pelo largo de su hermana. Los recuerdos empezaron a brotar en la mente de Shana como si alguien pasara a toda velocidad diapositivas en un proyector. Se vio a ella y a su hermana de niñas, persiguiéndose en Jersey Shore. Después se vio intentando asustar a Nessie con una medusa muerta. Después a Nessie intentando asustarla con las pincitas de un cangrejo que había encontrado. Luego aquella vez en la que Nessie se había caído encima de un calentito montón de mierda de vaca. Esa otra en la que una mofeta había rociado a Shana con su olor y Nessie la había ayudado a bañarse en sopa de tomate para quitárselo. El día en el que su madre las había abandonado.

Ring, ring, ring.

Miró el reloj. Ya era casi mediodía. ¿Dónde estaba papá? La hora también significaba que era posible que viese pronto a otro sonámbulo. Que otro se uniese al rebaño. Otra gota de lluvia que aumentaría el caudal del río.

Suponiendo que el patrón siguiera cumpliéndose.

¿Era un patrón? ¿Un patrón de qué? ¿Y por qué?

El agente Travis giró la cabeza como si fuese un animal asustado, como si siempre estuviese alerta. Pero el sobresalto no tardó en convertirse en irritación, y luego Shana miró hacia el mismo lugar y comprobó la razón: porque detrás del rebaño se encontraba uno de esos detestables vehículos recreacionales, una autocaravana cuadrada que se bamboleaba mientras los seguía de cerca. El agente se acercó al instante y empezó a agitar los brazos. La carretera era tan estrecha, y los caminantes tan numerosos, que los policías habían tenido que desviar el tráfico unos kilómetros por detrás y por delante de ellos, para que los coches rodearan Sweet Arrow Lake.

—Dé la vuelta —gritó el agente—. Siga unos kilómetros y podrá desviarse en Salt Bridge. Si es de la zona y tiene que pasar por aquí, no le quedará otra que esperar.

La caravana disminuyó la velocidad, pero tocó la bocina unas cuantas veces. Sonaba igual de detestable que el vehículo, un estruendoso puuuuuuu puuuuuuuu. («Al menos, no la han cambiado para que suene la melodía de una canción horrible», pensó Shana). El agente Travis se cubrió las orejas, y muchos de los integrantes del CDC empezaron a fijarse también en el vehículo. El agente volvió a gritar, pero la caravana tocó de nuevo la bocina a medida que seguía frenando.

Puuuuuuu.

Puuuuuuuuuuuuuu.

Algo llamó la atención de Shana poco después.

El conductor no dejaba de agitar las manos.

Ni de agitarlas ni de mirarla a ella.

—¿Pa...? ¿Papá? —dijo.

Después vio cómo se bajaba la ventanilla del conductor de la caravana y le quedó claro que quien sacaba la cabeza por ella y gritaba su nombre era su padre. El rubor provocado por esa humillación tan típica para una adolescente le coloreó las mejillas.

Pero también sintió una oleada de felicidad al mismo tiempo.

«Papá.»

La caravana se detuvo a un lado, y su padre abrió los brazos de par en par cuando ella subió al interior, como si le estuviese enseñando el cerdo premiado en la feria anual de Grange.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Parecía muy vieja y olía como tal. A viejuna y achacosa. Tenía las paredes marrones y muebles de plástico y laminado barato.

—Papá, pero ¿qué haces aquí? ¿Qué es esto?

—Es una caravana.

—Ya, eso lo sé, pero...

—He pensado mucho en lo que me dijiste en el puente anoche. No he estado ahí para Nessie y para ti desde que se marchó vuestra madre. Ya no está, y no sé dónde se fue ni por qué, pero lo que sí sé es que no puedo abandonaros. No sé... No sé qué está pasando ni a qué viene todo esto, pero somos una familia y tenemos que permanecer unidos. Te quiero y lo siento por no haber sido...

Shana no lo dejó terminar.

Se lanzó a sus brazos mientras parpadeaba y las lágrimas le caían por las mejillas.

Él le devolvió el abrazo.

—Gracias, papá.

—Haría lo que fuese por mis niñas.

El abrazo duró un buen rato y la hizo sentir muy bien. Aun así, terminó por apartarse y arquear una ceja.

—Un momento. ¿De dónde has sacado la caravana?

—La he comprado.

«Oh, no.»

—¿Con... con qué dinero?

—No te preocupes por eso.

—La granja...

—Todo irá bien. Will y Jessie, el hijo de Essie, que ha vuelto de la universidad para pasar el verano en casa, cuidarán de ella.

—Pero Will no sabe hacer queso...

—Pero Essie sí. No te preocupes.

—Papá..., yo... —Y fue justo en ese momento cuando decidió cerrar el pico. Daba igual. La granja era de su padre, no de ella. Era la vida de su padre, no la de ella. Era su dinero, no el de ella. Además, Shana se alegraba de que estuviese allí con ella, con independencia de los problemas que eso pudiera provocar a la larga. Había momentos en los que el presente era más importante para ella que el futuro, así que a la mierda—. Vale. Confío en ti.

En realidad, no confiaba en él, pero con eso le bastaba.

Por el momento.

—Aún no me ha quedado claro por qué has comprado una caravana —dijo Shana.

—Siempre he querido comprar una para irnos de vacaciones, y quién sabe cuánto tiempo estarás en casa antes de volar del nido. Además, llegué a la conclusión de que estaría bien tenerla y... seguir a tu hermana adondequiera que vaya junto a los demás. No vas a poder caminar siempre detrás de ella. En algún momento te dolerán las piernas. Y puede que también le duelan a ella. Y, cuando eso ocurra, necesitarás una cama. La caravana tiene una, y también un sillón cama, así que...

—Me gusta. —En realidad, no le gustaba. Era fea como un culo caído y olía que apestaba por dentro, pero le gustaba la idea de tener una, y con eso le bastaba—. Supongo que tendremos que considerarla nuestro hogar de ahora en adelante.

—Me gustará mucho pasar tiempo contigo. Incluso en estas... circunstancias.

—Nessie estará bien —dijo ella, repitiéndole a su padre la mentira que había dicho Arav.

Pero tanto ella como su padre necesitaban ahora una mentira así.

Un tiempo después, su padre la llevó a la cabina (que era como llamaba al asiento del conductor) y le enseñó a arrancarla. En ese momento, vieron una figura fantasmal que caminaba en solitario por el bosque: una mujer, pálida, esbelta y casi diáfana, con un vestido sin mangas que se agitaba al viento. Tenía la mirada vacía y el rostro inexpresivo. Se colocó en fila detrás del resto del rebaño.

## Prueba de fe

### **Entrada en el foro Gabchain**

ID Anonim. Bzwwxtypol 5 de junio 14098790 respuestas: >>ID 19248

- > que le den a esta mierda, son aliens
- > que lo sé bien, que son los aliens que han venido y se están haciendo con el control, en las historias siempre creíamos que iban a invadirnos ellos mismos con sus naves, pero ¿y si en realidad nos están usando a «nosotros» para invadirnos?
- > esos zombis son sus marionetas
- > van a ALGUNA parte, quiero saber dónde
- > Tío, no son extraterrestres ni están poseídos por ellos. Son los rusos. Han pirateado todo lo demás: nuestras elecciones, nuestro suministro eléctrico, nuestras redes sociales. Ahora han empezado a piratear a la GENTE.

### ***5 de junio, Hotel Tall Cedars, Three Corners (Pensilvania)***

**E**ra poco más de medianoche en el quinto pino (Pensilvania).

Benji tenía el cuerpo agotado y la mente acelerada, y lo único que ansiaba era volver a su habitación y dormir durante ocho, diez o quizá hasta doce horas.

Pero en lugar de eso estaba allí, viendo cómo Martin Vargas caminaba de un lado a otro.

El motel no era gran cosa. Paneles de madera, manchas de humedad, una moqueta que más bien parecía una acumulación de ácaros del polvo en lugar del conglomerado de fibras y pegamento que era en realidad. El televisor era uno viejo de tubo. La cama tenía el colchón hundido por el centro, como si hubiese sido la cuna de un bebé elefante en el pasado.

Cassie y él habían ido al lugar después de intentar (y fracasar en el intento) recuperar la grabación de seguridad del hospital. No tenían nada. Los guardias les habían dicho que alguien había pirateado el sistema y borrado los vídeos. Por ese motivo, Benji decidió hacer lo que hacía siempre: confiar en su fe en los números. Los números no mentían. Sí, era cierto que uno podía mentir usándolos (algo que Benji podía atestiguar en persona), pero los números en sí eran inamovibles, imparciales y puros.

Al final del día anterior había diez sonámbulos, aunque habrían sido once de haber contado a Blamire. Y en ese momento, al final del segundo día, ya eran veintidós.

El rebaño caminaba a casi cinco kilómetros por hora.

No se habían detenido para dormir, aunque parecía como si estuviesen durmiendo. Eso significaba que viajaban algo menos de cien kilómetros cada veinticuatro horas. Ni que decir tenía que no podrían seguir ese ritmo por siempre. Sus mentes, al igual que la



de Benji en ese momento, podían estar aceleradas, pero sus cuerpos tendrían que agotarse en algún momento..., ¿verdad?

Si viajaban a algo menos de cinco kilómetros en una hora, pasarían junto al motel al cabo de unas... cinco horas, poco antes del amanecer.

Seguro que para entonces ya se habrían unido más miembros al rebaño.

Más sonámbulos. Al parecer, se les unía alguien nuevo cada dos horas.

¿Cuánto iban a estar así? ¿Cuánto tiempo iban a...? ¿Cuánto tiempo podían pasar caminando?

Mientras él se preocupaba por todo eso, Cassie se dirigió a un lado con los brazos cruzados y se dedicó también a contemplar cómo Vargas iba de un lado a otro sobre la moqueta gastada de esa habitación polvorienta y llena de humedades. Sadie estaba en... Bueno, lo cierto era que Benji no sabía dónde estaba. Lo único que sabía de ella era el último mensaje de texto que le había mandado: «He descubierto algo. D camino».

Ver caminar así a Vargas era como ver a una pantera recorrer los rincones de una jaula. No dejaba de resoplar y tenía los puños pegados a los costados. Se abría paso entre los elementos de la investigación: periódicos extendidos sobre la cómoda, sobre la cama, clavados en una superficie de corcho que había sobre un caballete. Vargas había descubierto que Benji seguía investigando el caso gracias a las noticias, las mismas que también había visto Loretta. La mujer había terminado por llamar a Martin, quien había quedado con ellos en reunirse allí. Pasaron dos minutos enteros antes de que dijese nada.

—Es que no me lo puedo creer, joder —fue lo que dijo.

—Lo siento, Martin... —empezó a decir Benji.

—No, no puedes sentirlo. Las disculpas solo sirven cuando te las crees, Benjamin. Cuando aprendes de tus errores. Pero aquí estás. Envenenando el pozo otra vez. Y tú... —Martin se quedó quieto y señaló a Cassie con dedo acusador—. Tú eres su cómplice.

Cassie se encogió de hombros.

—Quizá te venga bien relajarte un poco, tío. Benji es buena gente. Es de los nuestros.

—¿Ah, sí? ¿De los nuestros? Los nuestros son científicos. No tenemos motivaciones secretas y solo ansiamos conocer la verdad. Datos. Lo que sentimos y lo que queremos no forma parte de la puta ecuación. Lo que ha hecho este... —Martin se giró hacia Benji—. Lo que has hecho ha sido envenenarnos. Münchhausen por poder. Nos has envenenado para salirte con la tuya y llevarte la gloria. Nos has hecho daño para beneficiarte.

—No —dijo Benji con firmeza—. Vi algo en Longacre y pensé que quizá había alguna manera de adelantarse a mi predicción.

—Tu predicción, claro. ¿Es que no te oyes? Esa puta máquina, Cisne Negro, y tú habláis como unos mentalistas. Somos científicos, no videntes.

—Me la jugaba a una sola carta, es verdad. Pero no estoy aquí para obstaculizar la investigación, sino para...

—¿Por qué? ¿Por qué estás aquí? ¿Para mearte en mis cereales? ¿O quizá quieras repetir lo que hiciste en Longacre? Coger unos datos de la columna A y mezclarlos con otros de la Z para ver el daño que le haces a los demás, ¿no? Quieres comprobar si las mentiras elaboradas que...

Cassie dio un paso al frente con ambas manos extendidas.

—Creo que te estás pasando, Martin. Benji sabe que la cagó, pero esa no es la razón

por la que ha venido.

Pero Martin no le hizo caso, pasó a su lado y se colocó cara a cara con el rostro de Benji.

—Si no es para eso, ¿para qué has venido? ¿Eh? ¿Para qué?

—Para ayudar.

—Estás aquí para hacerte con el control. —Entrecerró los ojos hasta que lucieron como puntas de flecha. El calor de la sospecha irradiaba de su cuerpo. Después, dijo con voz grave y funesta—: No me crees capaz de hacerlo.

—No te pongas paranoico, Martin. Todos estamos cansados. El día ha sido muy largo y...

—Me gustaría saber una cosa —dijo Martin al tiempo que se inclinaba hacia delante—. ¿Crees que eres mejor que yo? ¿Mejor líder? ¿Que tienes la mente más despierta?

El breve titubeo fue lo que lo condenó.

Benji tendría que haber respondido rápido, tendría que haber...

Pues eso. Tendría que haber mentido.

Pam.

Ocurrió rápido. Martin gruñó y golpeó a Benji en la boca con la mano abierta, lo que lo dejó aturdido, momento que aprovechó para estamparlo contra la pared. Las estrellas relucieron en la negrura de los ojos cerrados de Benji mientras el aire salía despedido de sus pulmones. El otro lo sostuvo con fuerza, y Cassie intervino al momento e intentó que Martin soltase a Benji, quien negó con la cabeza para que no se inmiscuyera.

—Tranquila, Cass —dijo Benji, que hizo una mueca al tragar sangre. Se le había roto el labio y sentía un latido. No tardaría en hinchársele como un enorme gusano—. No te preocupes.

Ella se retiró.

Benji vio algo en el rostro de Martin, algo que trascendía la rabia. Era dolor. Traición. Puede que incluso tristeza.

—Podrías habernos dicho lo que tramabas —dijo Martin—. En Longacre, podrías habernos dicho lo que estabas haciendo y habríamos encontrado juntos una solución. Pero tuviste que ceder a ese ego tuyo y hacer esa estupidez por tu cuenta. No puedes engañar a los datos. —Pero Benji oyó algo más en esa frase, algo como «No puedes engañar a tu equipo»—. Perdí la fe en ti porque tú la perdiste en nosotros.

—No, no. Eso no es cierto. Lo juro, Martin. —Agitó la cabeza mientras la sangre le goteaba del labio y se le quedaba colgando de la barbilla—. No perdí la fe en ti. Tampoco en Dios. Ni en mí mismo siquiera. Perdí la fe... en el sistema. La predicción que hice ese día no era una relacionada con una pandemia provocada por una superbacteria o una nueva fiebre... lo que predije es que el sistema iba a fracasar en ese mismo momento y lugar. Lo advertí y mostré los datos. Los datos de verdad. Y luego, ¿qué? El sistema se protegería a sí mismo, no a las personas. Protegería el dinero y a la gente que lo produce. No cambiaría nada. No hay nadie ahí fuera investigando una vacuna universal para la gripe porque no hay dinero para ello. Tampoco hay nadie investigando nuevos antibióticos porque... Adivina: no hay dinero para crear una pastilla barata con un tratamiento tan corto. ¿Y con esto? Con esto había dinero a espaldas. El sistema podía protegerse a sí mismo. Fue entonces... fue entonces cuando tomé la decisión de hacer algo al respecto.

Martin lo soltó. Ya no tenía ganas de pelear. Ninguno de los dos.

—Por Dios, Benji. Tendrías que haber hablado con nosotros.

—Lo sé. Tendría que haberlo hecho. Solo quiero que sepas que a mí tampoco me ha resultado fácil. Después de que ocurriese, antes incluso de que me pillaran, sentía que me estaba volviendo loco. Unas veces no podía dormir, y otras dormía tanto que pensé que me moría. Empecé a preocuparme por si tenía un... extraño trastorno del sueño o una enfermedad y...

Eso era.

Una llama de compresión o puede que hasta de inspiración se avivó en ambos.

—La enfermedad del sueño —dijo Martin.

—Tripanosomiasis —dijo Benji.

Lo comentaron.

No tenía mucho sentido.

Pero... ¿se podía decir que tal vez tuviese algo de sentido?

Un protozoo como ese afectaba al comportamiento de formas extrañas. No, no era el virus de Zika, ni tularemia, ni Lyme, ni la fiebre de las montañas Rocosas. No había nada parecido a aquello, excepto tal vez... una infección parasitaria. *Toxoplasma gondii*, el parásito felino que podía llegar a alterar el comportamiento y la química del cerebro de un huésped humano. Había quien decía que hasta era una de las posibles causas de la esquizofrenia. *Naegleria fowleri*, una ameba que zampaba tejido cerebral y provocaba incoherencias en las personas hasta terminar matándolas.

Eso era, el *Trypanosoma*.

Esos pequeños monstruos unicelulares llegaban al flujo sanguíneo de las personas a través de la mordedura de un insecto, como la mosca tsé-tsé. Después los protozoos se acomodaban y se reproducían en la sangre hasta que llegaba el momento de romper la barrera hematoencefálica. Cuando eso ocurría, el comportamiento del paciente quedaba afectado de manera lo bastante sutil como para que sus amigos y familia no se llegasen a percatar: la apatía y la depresión no eran afecciones infrecuentes.

También solía causar trastornos del sueño: atosigado por la enfermedad, el portador llegaba a permanecer despierto por las noches y a dormir durante el día. Era entonces cuando se veía afectado por la confusión y la ansiedad. Después de eso, llegaban las conductas agresivas y la psicosis. Y también temblores y convulsiones en muchas ocasiones. Si el cuerpo no recibía tratamiento, quedaba en muy mal estado. Los órganos empezaban a fallar, cesaban las funciones corporales y las neurológicas disminuían. El anfitrión podía entrar en coma y morir poco después.

Y eso solo era una de las muchas variedades del *Trypanosoma*.

Los síntomas de la enfermedad del sueño africana no se correspondían exactamente con lo que veían en los sonámbulos, pero...

Había similitudes inquietantes.

¿Trastornos del sueño? ¿Convulsiones? ¿Cambios neurológicos?

¿Y si era parecido? ¿Y si esas personas iban de camino hacia su muerte? ¿Estaban perdiendo la cabeza a cada paso que daban? ¿Empezarían dentro de poco a caer al suelo a medida que otras seguían uniéndose al rebaño? ¿Estaría su sangre a rebosar de pequeños protozoos? ¿Les fallarían los órganos mientras se les apagaba el cerebro? Se estremeció al pensarlo. El *Trypanosoma* era un hijo de puta muy versátil. Evolucionaba para encontrar nueva vida en nuevos huéspedes.

Quizá fuera eso lo que había hecho en aquel lugar.

Como era de esperar, la prueba del *Trypanosoma* consistía en un hemograma. Algo que no podían hacerles a los sonámbulos.

La idea de clavarles la aguja por dentro de la mejilla, que Martin había creído muy buena, no había funcionado. Benji esperaba que, al día siguiente, esas empresas emergentes que había recomendado aceptaran enviar prototipos.

La imposibilidad de perforar la piel y de conseguir una muestra de sangre no era más que una cabeza de esa hidra misteriosa. Empezaron a inquietarlos preguntas que resultaban muy extrañas. ¿Por qué los caminantes no necesitaban comida ni agua? Ninguno de ellos se había detenido hasta el momento. Tampoco habían orinado ni defecado. No entraba ni salía nada, pero tenían que tener algo ahí dentro. Varias de las familias informaron que los pacientes habían comido antes de volverse sonámbulos. La incapacidad de evacuar la vejiga o los intestinos era, bromas aparte, mortal. Los intestinos podían llegar a estallar. Los riñones podían empezar a funcionar al revés y envenenar el cuerpo.

Los tres se encontraban alrededor de un iPad apoyado en un trípode y revisaban páginas y páginas de datos mientras las comentaban.

—La enfermedad de Chagas. No hay casos en Pensilvania, pero aquí tienen las chinches del beso, que son vectores del parásito. Es un bicho que bebe sangre de los mamíferos, los humanos entre ellos. Sobre todo de la zona de la cara, de ahí viene lo de «del beso». Después de alimentarse, cagan, y el protozoo penetra en la sangre.

—La enfermedad de Chagas no me cuadra —dijo Martin.

—Es probable que no sea la *T. cruzi*, sino la *T. brucei* ... Enfermedad del sueño.

Cassie frunció los labios, que hicieron el mismo sonido que el estallar de una pompa. Luego dijo:

—Eso sí me cuadra. Pero hay que tener en cuenta que nunca se han dado casos en Norteamérica.

—No, pero hubo un caso en Londres hace unos cuantos años. Y las enfermedades como el SARS o el virus del Nilo Occidental son propensas a saltar fronteras. Además, el protozoo siempre ha mostrado tendencia a evolucionar.

—¿Cuál es el vector?

—No lo sé.

—En África, la mosca tsé-tsé.

—Lo transmiten algunas especies, sí. Beben la sangre y transmiten el parásito. Otros lo cogen y... bueno.

—Qué bonito es compartir —dijo Cassie—. Pero eso sigue sin explicar cómo vamos a conseguir hacer un hemograma para esta mierda...

Alguien tocó a la puerta y sonó una notificación en el teléfono de Benji al mismo tiempo.

Era un mensaje de Sadie: «Soy yo».

Lo anunció a sus compañeros y se levantó para abrirle la puerta. Sadie entró, y se quedó muy extrañada al ver el reguero de sangre seca que descendía por la barbilla de Benji.

—¡Estás sangrando!

—Martin me ha dado un puñetazo.

—Fue una torta —dijo Martin—. Y te la merecías.

Benji le dedicó una ligera sonrisa y se encogió de hombros.

—Tiene razón. Venga, entra. Estamos barajando algunas posibilidades para la enfermedad. *Trypanosoma*. Un protozoo parasitario. Una jodienda, vamos.

—Yo también he descubierto algo.

Lo dijo y después sacó el teléfono.

Un momento... Benji había visto antes un móvil así. Y no era eso exactamente. Era igual que un *smartphone*, pero era todo pantalla y esquinas biseladas. Sadie tocó el dispositivo, le dio la vuelta, y Benji vio que en cada esquina había una lente pequeña y casi invisible.

No, no eran lentes. Eran proyectores.

Sus sospechas se confirmaron de inmediato cuando, en efecto, un rayo de luz se proyectó desde una de las esquinas superiores del teléfono, tan brillante que Sadie ni siquiera tuvo que apagar las luces.

Lo que se proyectó fue un vídeo corto.

La cámara estaba a cierta altura en lo que parecía ser la morgue de un hospital. Fue en ese momento cuando Benji se dio cuenta de lo que les mostraba Sadie: un vídeo de seguridad del hospital. El momento en el que habían desaparecido los dos cuerpos.

Vio los cajones de la morgue en la pared del fondo de la estancia. Delante de ellos había seis mesas, dos de ellas ocupadas. En una había un cadáver cubierto del todo por una sábana, y en la segunda también había algo cubierto por una tela, pero no se podía asegurar que fuese humano, sino más bien parecía un cúmulo de montículos y protuberancias de... algo.

En un momento dado, los cuerpos (o lo que quedaba de ellos) estaban presentes. Después aparecieron unas interferencias y el metraje en blanco y negro se convirtió en una especie de arcoíris que indicaba un problema técnico, como un equipo de vídeo roto que se afanaba por volver a mostrar la imagen. Luego, la pantalla se quedó en negro durante uno, dos, tres segundos...

Volvió a la normalidad y, con ella, también regresó la imagen de la cámara.

Pero ambas mesas estaban vacías.

—Joder —dijo Cassie.

Sadie habló:

—Espera, que hay más.

El vídeo terminó, pero después empezó otro.

La cámara se encontraba a cierta altura en un aparcamiento que parecía ser el de la parte trasera del hospital, cerca de donde se desechaban todo tipo de materiales, como agujas, material radiactivo, medicamentos de quimioterapia o restos farmacéuticos gastados o peligrosos. Y también sangre, material infeccioso y equipo contaminado. Todo estaba separado en contenedores que se dividían por colores. Se abrieron las puertas traseras del hospital. Alguien que parecía ser un hombre, alto y esbelto con el atuendo azul del hospital y una mascarilla sobre la boca, salió empujando una camilla. Los bultos de la camilla parecían pertenecer a más de un cuerpo. El único problema era que la cámara no estaba tan cerca como la de la morgue.

«Pero sí que está alta —pensó Benji—. Parece estar en una farola.»

El hombre empujó la camilla por la rampa hacia los contenedores, y Benji dirigió una plegaria a los cielos:

«Por favor, sea quien sea, espero que haya tirado los cuerpos ahí. De ser así, tal vez podamos recuperar algo. Por favor.»

Pero no fue el caso.

En lugar de ello, una ambulancia apareció en el encuadre de la cámara, marcha atrás hacia la parte inferior de la rampa. Alguien que se encontraba dentro del vehículo abrió una puerta, y lo único que se vio fue un brazo con un guante de látex en la mano.

El hombre alto empujó la camilla al interior de la ambulancia.

Después, el vehículo desapareció al salir del encuadre.

«Alguien ha robado dos cuerpos», pensó Benji.

Han robado pruebas.

Las náuseas le agitaron las entrañas, como un agua fétida al caer por un sumidero. Alguien sabía lo que ellos estaban intentando descubrir. Alguien había robado los cuerpos. Pruebas. Habían editado o pirateado las cámaras del hospital. Eso quería decir que, en ese momento, había alguien que sabía más que Benji sobre lo que estaba ocurriendo.

«Alguien oculta algo.»

«¿Quién? ¿Y por qué?»

Se le ocurrió la peor respuesta posible:

«Porque ha sido cosa de alguien.»

«Todo lo ocurrido.»

Bioterrorismo, un ataque o lo que fuese..., pero le había quedado claro que, en el peor de los casos, había intencionalidad. En el mejor, tal vez hubiera sido un accidente...

Y ahora se estaban esforzando por ocultar las pruebas.

Martin fue el primero en hablar:

—Esto cambia las cosas.

## INTERLUDIO

### Vida y muerte de Jerry Garlin

#### *Seis meses antes. En San Antonio (Texas)*

**E**l público no sabía lo que estaba a punto de pasar.

Jerry Garlin sí. O, al menos, creía saberlo. Había llegado la hora. Ese era su momento de gloria, en el que brillaría con tanta fuerza como el sol. Ya no necesitaría vivir a la sombra de su padre. Dick Garlin, en paz descansa, conocido como el arquitecto de sueños, el genio que había detrás del segundo mayor parque de atracciones del país: Jardines Garlin, en Raleigh (Carolina del Norte). Era una sombra muy alargada de la que escapar. Jerry había vivido eclipsado por ella durante cincuenta putos años.

Pero no se limitaría a salir de ella, no.

Porque estaba dispuesto a borrarla de un plumazo.

Subió al escenario improvisado, recortado contra el cielo imponente y azul de la tarde. Habían encastrado unos altavoces en unos pinos pequeños y descuidados. A su alrededor se encontraban sus amigos, su familia y, por supuesto, los medios de comunicación, quienes babearon como un perro frente a un chuletón cuando les comentó que planeaba expandir el legado de Jardines Garlin. Había cientos de personas a su alrededor. Las cámaras apuntaban al podio que habían colocado en la tarima. Su podio. Su tarima.

Vic McCaffrey, la mano derecha de Jerry y el que siempre le sacaba las castañas del fuego, se encontraba junto a él y arengaba a la multitud, los lubricaba de modo que estuvieran preparados para lo que estaba a punto de ocurrir. Después invitó a subir al alcalde de San Antonio y al gobernador de Texas, y ambos hablaron largo y tendido (demasiado largo y tendido, pensó Jerry con impaciencia) sobre el legado vital que le habían dejado a Estados Unidos tanto Dick Garlin como el parque de atracciones Jardines Garlin, y también su canal de televisión, el estudio de animación, la fábrica de juguetes, los restaurantes y, y, y...

Y luego le tocó a Jerry.

Se frotó las manos. Se abotonó el traje azul (comprendió que tenía que perder un poco de peso, y quizá lo consiguiese gracias a todos los viajes que debía afrontar. ¡Tenía mucho que hacer!). Después se puso en pie y el público aplaudió. Le sonó demasiado suave, pero se dijo que no pasaba nada. Tampoco es que se tratase de un músico pop o una estrella de cine. Eso sí, tenía claro que después de aquel día se aseguraría un puesto entre esas estrellas, y tal vez incluso se hiciera acreedor de su propia constelación. Dios estaba de su parte.

Empezó el discurso.

En ese sentido, no era como su padre. Dirk Garlin era un vendedor ambulante de la

vieja escuela. Al principio de su carrera profesional había vendido de todo, ya fuese jabón, refrescos o fusiles de caza, todo en la carretera, a puerta fría y con la única ayuda de sus palabras. El anciano era como un voceador de feria o un maestro de ceremonias de un circo, un P. T. Barnum resucitado: *Arriba, señoras y señores. Por aquí llegaremos a la gran egresión*. Pero, en este caso, el circo era el capitalismo: la compraventa de bienes.

Y luego, la compraventa de entretenimientos. Y sueños. Y puede que hasta de los mismísimos Estados Unidos.

No, Jerry no era así. Al menos no exactamente. Su padre podía llegar a venderle hielo a un esquimal (o, por emplear las palabras de su padre: «Chico, podría venderle unos prismáticos hasta a un ciego»), pero también podía ser persuasivo en caso de necesidad.

Jerry se acordó de sonreír.

Intentó de verdad no ponerse a sudar.

Y luego empezó.

Habló con voz alta, atronadora y orgullosa:

—Jardines Garlin es un lugar estadounidense, no solo por su ubicación, sino también porque forma parte del corazón y del espíritu del país. Pregúntenle a una persona de sesenta y cinco años o a una de cinco si sabe quiénes son Gary la Taltuza o Shirley la Ardilla, o la Señora Escarabajo o el Perro Pazguato o la Princesa Porimosa, y no solo les dirán quiénes son, sino también cuál es su película favorita en la que aparecen, les contarán que tenían un peluche de ellos que les encantaba o un globo de nieve... Joder, es que puede que hasta imitasen las voces de esos personajes.

Fue entonces cuando él también intentó imitar lo mejor que pudo al Perro Pazguato:

—Eso es to... Eso es to... Eso es todo, coleguitas.

La multitud no reaccionó muy bien, pero Vic ya lo había anticipado y, más importante todavía (aunque irritase un poco a Jerry), era la mejor manera de plantear el siguiente chiste. Bajó un poco la voz y dijo:

—Bueno, supongo que no podría ganarme la vida así, ¿verdad?

Era una broma un tanto simplona, pero funcionó. Rieron. Aplaudieron. Mientras preparaban el discurso, Vic le había dicho:

«Nunca subestimes el poder de un chiste malo, y menos si en él te burlas de ti mismo».

Que Dios bendijese a Vic, ese cabronazo tan listo. Conocía mejor a la gente que esta a sí misma.

Jerry continuó.

—Y no solo eso: ese anciano o ese niño también les contarán el verano que pasaron con su familia en Jardines Garlin. Y quizá no solo sea un verano, sino tres veranos, o todos los veranos o puede que viesen el jamboree navideño o los fuegos artificiales del Día de la Imaginación. Jardines Garlin había quedado grabado desde hacía mucho tiempo en las mentes de los estadounidenses, pero llega un momento en el que todo jardín se vuelve demasiado grande, en el que empieza a hacer presión en sus márgenes para intentar crecer al otro lado de sus vallas y puertas, como un sueño que es incapaz de seguir siendo un sueño. Y lo único que puedes hacer es dejarlo crecer.

Lo vio. En sus ojos. Era un atisbo de algo. Curiosidad. Esperanza. Maravilla. Sabían que estaba a punto de ocurrir algo. No solo porque él había prometido un anuncio, sino porque hacía mucho tiempo que la Garlin Company no había anunciado ninguna gran



iniciativa. Todos se echaron un poco hacia delante de una manera casi imperceptible, y Jerry casi se imaginó que lo acababa de oír: el chirrido de las suelas de los zapatos, el crujir de las rodillas, cómo cogían aire por la nariz y contenían el aliento.

—Y hoy es el día en el que vamos a dejar crecer ese jardín.

Se quedó en silencio, tal y como le había dicho Vic.

Esperó a oír algún ruido de sorpresa.

Espero que todos esperasen con ganas oír lo que estaba a punto de decir.

«Venga, jefazo, deles lo que quieren», se imaginó que decía Vic.

Y eso fue lo que hizo. Con voz estruendosa, una gran sonrisa y dos grandes pulgares levantados.

—Me gustaría anunciar que detrás de mí se encuentra la ubicación del segundo parque de atracciones Jardines Garlin: ¡Jardines Garlin San Antonio!

Un aplauso estruendoso. El alcalde y el gobernador fueron los primeros. Se pusieron en pie, se estrecharon las manos y luego empezaron a aplaudir en dirección a Jerry. (Qué bien le hizo sentir eso, joder).

Pero aún no había terminado. Ni de broma.

—Y he venido para decirles que este solo será el primero. Abriremos cinco nuevos Jardines Garlin de manera simultánea, y San Antonio será el buque insignia. —Era mentira, pero quería que se sintiesen especiales—. ¡Y los otros se ubicarán en Sacramento, California; Boston, Massachusetts; Berlín, Alemania, y por último Chengdu, China!

Ese sí que fue un aplauso estridente. Miró de reojo a Vic y vio que su ayudante tenía una sonrisilla de complicidad en su carita de niño, pero que no aplaudía, no. Solo asentía. Asentía porque lo habían conseguido. ¡Lo habían conseguido!

Y aún no había terminado.

Vic le había dicho lo siguiente:

«No esperes, no dejes que el aplauso decaiga. Vuelve a disparar. No saben lo que está a punto de ocurrir y tú no quieres darles la oportunidad de que lleguen a olérselo siquiera».

Y eso fue lo que hizo Jerry.

Empezó a hablar por encima del estruendo, más alto que el aplauso.

—Estimado público, lo primero que uno hace cuando llega a un jardín, antes incluso de que sea un jardín es... ¿Qué es? —Alzó las manos y se encogió de hombros con gesto cómico—. Claro, eso es. Coger una pala y empezar a cavar.

Jerry pasó de tener los hombros encogidos a alzar dos puños a los cielos...

Y luego...

Bum.

La pirotecnia estalló detrás de él. El suelo tembló mientras una polvareda de humo y piedra se alzaba a kilómetros detrás de él. La audiencia soltó un gemido de sorpresa y dio un paso atrás al mismo tiempo. Su expresión denotaba asombro e inquietud. Pero no pasaba nada. Su padre siempre decía que las reacciones no eran más que reacciones. Según Dirk, el mejor signo de puntuación eran las exclamaciones y las interrogaciones. No los puntos finales, ni las comas. Los signos de exclamación y de interrogación eran las mejores herramientas con las que uno podía contar. Había que usarlos para conseguir esas reacciones.

Por eso, Jerry se limitó a sonreír y extendió los brazos.

—Acabamos de cavar el suelo de los próximos Jardines Garlin. Y no me gustaría despedirme sin esta cita de mi padre, Dirk Garlin. Él siempre decía: «El mejor regalo que se le puede dar a alguien es una sorpresa, porque nunca...».

Las palabras con las que terminaba la frase eran «lo olvida».

Pero Jerry no tuvo ocasión de pronunciarlas.

Primero vio cómo las miradas del público dejaban de prestarle atención al mismo tiempo, cómo las desviaban para mirar detrás de él.

—Pero ¿qué...? —dijo por el micro. Después se dio la vuelta.

El cielo azul estaba tachonado de negro. De rayas y uves negras que se alzaban por el horizonte como pequeñas manchas de tinta. Se movían casi al unísono y formaron una gran masa negra.

«Pájaros. Tienen que ser pájaros. Parece algo sacado de una película de Hitchcock», pensó Jerry.

Deseó tener el temple necesario para creer que todo iba bien, muy bien, que no se trataba de nada grave, porque los pájaros eran pájaros y la película de Hitchcock no era más que eso: una película, ficción, una mentira inventada para asustar.

Después oyó los chillidos y los cantos.

«No son pájaros.»

«Son murciélagos.»

Se alzaron en masa, como un enjambre que oscureció el cielo y que sobrevoló los árboles para dirigirse directos hacia el escenario. Gritó y agitó los brazos cuando las criaturas le rozaron las mejillas y el pelo, cuando uno se le quedó enganchado en la ropa e intentó escapar por debajo de su brazo. Jerry aulló como un perro apaleado, se sacudió como un borracho hasta que sacó un pie del escenario sin querer, cayó un metro y aterrizó con brusquedad sobre el otro tobillo, mientras los murciélagos revoloteaban sobre él y el tobillo se le rompía como una ramita...

### ***Cinco meses antes. En el cielo sobre el océano Atlántico***

Le picaba la escayola. También los dos tornillos. Jerry Garlin se afanaba en su asiento para sentirse cómodo y no dejaba de quejarse en voz baja mientras lo hacía.

Vic estaba sentado frente a él y dijo:

—Cuatro semanas más.

Se refería al tiempo que faltaba para que le sacasen los tornillos y le quitasen la escayola.

—Cuatro semanas son muchas semanas, me cago en la puta.

Su secretario se reclinó en el asiento del jet privado y se relajó, como siempre. Si el estrés fuese una bala, Vic McCaffrey era un cristal blindado.

—No te centres en la pierna. Olvídate de ese día. La cosa va bien.

—No va tan bien. —En el retintín de la voz de Jerry se percibió ese tañido de banjo tan propio del acento de los que se habían criado en Kentucky. La mayoría de los días intentaba disimularlo, ya que nadie confiaba en un empresario que sonase como un paleta, pero cuando estaba enfadado o preocupado no era capaz de evitarlo—. No va bien. Las cosas no van como quiero que vayan, Vic.

—En Berlín fue bien.

—Pero en Chengdu no.

—El mercado chino es un hueso duro de roer. Allí somos forasteros en tierra extraña. Ya mejorará. Ahora mismo hay tensiones entre ambos países. —China decía que Estados Unidos manipulaba las divisas. Y Estados Unidos acusaba a China de hacer lo mismo. Los aranceles y las guerras comerciales—. Hay gresca, pero pasará.

—Sí, supongo. —Volvió a gruñir y se esforzó por encontrar una posición en la que no le doliese el tobillo roto. Se sentía miserable cada vez que las punzadas de dolor que se originaban en el talón le llegaban hasta la cadera—. Me gustaría pasar unos días en casa. En paz y tranquilidad.

Su hija Mary y su yerno Kenneth iban de camino a su casa de Florida para quedarse con Jerry y su mujer, Susan.

—No te pongas muy cómodo. Te he conseguido una entrevista.

Jerry hizo un mohín.

—¿Una entrevista con quién?

—Con quiénes —corrigió Vic. Jerry odiaba que le hiciera eso. Vic era un tipo que sabía muchas cosas. Era muy probable que lo supiese todo. Pero era odioso. A nadie le gustaba que le dijese que no estaba haciendo las cosas bien, ¿no? Pero lo dejaba pasar, Vic era fundamental para él y le había sacado las castañas del fuego en más de una ocasión—. Una entrevista con *Newsweek*. Enviarán a un periodista. Uno bueno, probablemente Dave Jacobs o Samantha Brower. El sábado.

—¿*Newsweek*? Venga ya. No lo necesito.

—*Newsweek* es muy respetada.

—*Newsweek* tuvo una tirada máxima de... ¿Cuánto? ¿Dos o tres millones? Dejaron la edición impresa hace unos años porque vendían menos de cien mil. Me han dicho que las revistas son un formato obsoleto, Vic.

Vic se inclinó hacia delante.

—La edición impresa está muerta, pero no la digital. La gente hace clic.

—Sácame en la Fox. Les gusto. —Como tenía que ser. Jerry donaba generosas cantidades de dinero al Partido Republicano, y en aquellos días se podía considerar que eran los republicanos quienes controlaban la Fox—. Sabes que esto de *Newsweek* va a ser un fiasco, ¿verdad? Va a ser como esa entrevista de mierda que me hicieron en el *Boston Globe*. Una de esas... a mala idea. Me preguntarán por San Antonio. Preguntarán por el vídeo.

El vídeo. Ese puto vídeo aún le escocía en el culo como unas brasas inextinguibles. Un día después de los acontecimientos de San Antonio, alguien subió a YouTube un vídeo en el que se le veía en el momento de recibir el ataque de ese enjambre de murciélagos. En las noticias lo habían cortado justo antes de la caída, pero algún palurdo había sacado el móvil. Lo había grabado todo: el discurso, la pausa dramática, la gran explosión...

Y luego los murciélagos.

Y sus aullidos.

Y la caída.

Jerry había visto el vídeo más veces de las que se atrevía a contar, aunque nunca se lo había dicho a Vic, ni a su familia siquiera. Pero sus visitas al vídeo no eran más que una gota en un enorme océano. La última vez que lo había mirado (hacia dos horas) la cuenta iba por tres millones. *Newsweek* no era el futuro. El futuro era YouTube.

Y eso era una mierda. Porque YouTube, y toda la puta internet, era la antítesis de

Jardines Garlin. No era divertido ni extravagante. Internet no era el lugar donde se creaban los sueños, sino donde se acababa con ellos. Y los perpetradores eran siempre unos mierdecillas con mala baba que querían aprovecharse de los demás.

Como cangrejos en un cubo intentando escalar unos sobre otros para escapar por el borde superior.

—No van a preguntar por el vídeo —aseguró Vic—. Me lo han prometido.

—Ese tipo del *Boston Globe* lo hizo. Después preguntó por ese remix. Y por el remix de los remixes. Ahora me llaman Batman, ¿lo sabías? Y no lo hacen en serio, sino para burlarse de mí. No está bien, Vic. No está bien.

—No preguntarán por el vídeo. —Vic se encogió de hombros. A continuación dijo algo como restándole importancia, aunque para Jerry la tenía. Muchísima—. Pero sí es posible que pregunten sobre lo que ocurrió ese día.

—No. Joder, no.

—Jerry, es algo de lo que deberías hablar. Como he dicho, conocerse a uno mismo y hacer un poco de autocrítica, reírse de este tipo de cosas, es algo potencialmente valioso. Te hace parecer más seguro de ti mismo, como si todo te diese igual.

—No soy como tú, Vic.

—Sé que no eres como yo. Eres mucho más rico.

—No te pases de la raya, Vic. Eso ha sonado un poco rencoroso.

—No soy rencoroso. Soy sincero. Heredaste una empresa, una de las mayores del mundo. Tu padre tenía una riqueza incalculable y eres unas de las cien personas más ricas del país. Tu familia tiene un legado que la mía no tendrá nunca.

—Tampoco es que tú seas pobre, ¿eh?

—No he dicho eso. Es como si yo sacase la cabeza de la multitud subiéndome a una escalera y tú estuvieses en el ático de un rascacielos, como King Kong. Aprovechalo. Disfrútalo.

Jerry se cruzó de brazos y lo miró con sospecha. No le gustaban las conversaciones como esa. Siempre le hacían pensar que no se merecía lo que tenía, como si se hubiera dormido en los laureles y el nuevo plan de Jardines Garlin no hubiese sido idea suya. Como si no se hubiese partido el lomo para conseguir lo que había conseguido. Bueno, a lo mejor hasta el momento no había sido un tipo muy creativo, pero ahora sí que había hecho algo. En parte porque quería tranquilizar a su padre... Sí, Dirk podía ser todo risas y fiestas y con los demás era como un buen amigo o el tío gracioso. Pero no con Jerry. Con él era frío y mala persona. Siempre lo miraba con un atisbo de decepción en la mirada y lo menospreciaba como si fuese menos que él. Le decía cosas como: «¿Así que tú eres el que va a heredar la Tierra cuando yo ya no esté? Pues vaya mierda».

Vic hizo caso omiso de la mirada y siguió hablando.

—Tenemos muchas cosas maravillosas de las que hablar, como los puntos fuertes del plan de Jardines Garlin. Recuérdales que, a diferencia de Disney, nosotros no tenemos atracciones repetidas. Cada parque será único, lo que le dará a la gente razones para no visitar solo uno, sino todos y cada uno de ellos. Y también tendremos ofertas para...

—¡Sé de qué hablar, Vic! —espetó—. Mira, deja que te haga una pregunta. ¿Por qué no me dijiste nada de los murciélagos?

—Te lo dijimos.

—No, no. Me dijiste que era una reserva natural y que por esa razón habíamos tenido que contratar a una empresa de seguridad para que echase a los manifestantes...

—Y también te di a firmar un documento legal en el que se indicaba con claridad meridiana que la reserva lindaba con Bracken Cave, que es una de las mayores colonias de murciélagos de todo el país. Tenemos suerte de haber molestado solo a un tipo de murciélagos, los murciélagos mexicanos se cuentan por millones, Jerry. Millones.

Mexicanos, claro. Eso lo explicaba todo.

—Esos murciélagos me pasaron por encima. Me arañaron y me mordieron.

—No iban en serio.

—Pues los pinchazos de la antirrábica sí que iban en serio. Cómo duele esa mierda, Vic. Cinco dosis de medicamentos para...

—Cuatro. Fueron cuatro pinchazos.

—Tendrías que haberme dicho lo de los putos murciélagos.

—Te lo dijimos.

—¡En una circular! A la cara. ¡Tendríaís que habérmelo dicho a la cara!

—Te lo dije, Jerry. Te dije que tenías que leer las circulares.

—Pedazo de... —Jerry se envaró—. Ve a sentarte a otro sitio.

—Como quieras, Jerry.

—Pero tráeme un... —Estuvo a punto de decir *gin-tonic*, pero estornudó con tanta fuerza que creyó que se le había salido el cerebro por la nariz. Volvió a estornudar y se le humedecieron los ojos. Se le empezaron a caer los mocos por la nariz—. Tráeme pañuelos. Y, después, un *gin-tonic*.

«Y ve a sentarte a otra parte, sabelotodo engreído.»

### ***Tres meses antes. En Raleigh (Carolina del Norte)***

Jerry se sonó la nariz.

—Maldito resfriado.

Vic estaba en pie junto a su escritorio.

—Vete al médico.

—No voy a ir a ese médico.

—No vas porque ya sabes que te va a decir lo de la revisión, el análisis, la prueba de la próstata y la colonoscopia.

«No pienso dejar que me metan cosas por el culo —pensó, aunque no lo dijo—. Ni un dedo ni un tubo. Es un orificio solo de salida.»

—Estoy bien. Solo es un resfriado.

—Un resfriado que ya dura un mes. Podría ser una alergia. Te recetará Claritin y para casa. Venga, levanta. Tienes que hacer los ejercicios de rehabilitación.

Vic extendió el brazo, y Jerry estuvo a punto de apartarlo de un manotazo, pero terminó por ceder con un gruñido.

Jerry se levantó del escritorio con ayuda de su secretario y apoyó el peso en la pierna con mucho cuidado. Le habían quitado los tornillos y la escayola hacía cinco días. Le resultaba agradable caminar sobre su pierna, pero había perdido toda la fuerza en los músculos. Le dijeron que tenía que ejercitarla, y que hasta dar alguna que otra vuelta a su escritorio unas pocas veces al día lo ayudaría.

—Cuéntame lo de Chengdu —dijo entre gruñidos y bufidos mientras cojeaba alrededor de la mesa.

—Aún no nos han dado los permisos.

—Tenemos que conseguirlos. Pronto. Ya.

—Tienes que empezar a pensar que quizá nunca los consigamos, Jerry.

—No contemplo esa posibilidad —dijo Jerry con una mueca feroz y los labios fruncidos—. China es un mercado enorme. Y necesario. Si lo conseguimos, nos dará ventaja en la industria cinematográfica. China terminará por imponerse a Hollywood en el mercado global y tenemos que hacernos con ese caramelito, Vic. Sea como sea.

—Pues no se puede. China no es un metro de un restaurante en el que está todo reservado. No puedo irles con un fajo de billetes y conseguirte una mesa sin haber hecho la reserva. Debes tener paciencia. Lo conseguiremos poco a poco. Mientras tanto, ¿qué te parece si los pones celosos? Deberías plantearte Tokio para...

—¡No! —bramó al tiempo que se detenía para apoyarse en el escritorio—. Tokio quería retrasarlo. Todos los Jardines Garlin tienen que abrir el mismo año. Ese era el trato. Es la manera que tenemos de venderlo. Es la naturaleza de los sueños, Victor. No me voy a achantar por ese puto Telón Amarillo de los chinos. Hunt, esa presidenta de mierda. Es por ella, ¿verdad? Es culpa suya. Debería facilitar el comercio en lugar de aplicar nuevos aranceles. Parece que Creel se postula para el liderazgo del Partido Republicano, y seguro que él sí que autorizaría el ATCE...

—Creel no apoya el Acuerdo Transasiático de Cooperación Económica. —Vic lo miró con cara de «¿Eres gilipollas o qué?». La misma con la que solía mirarlo Dirk—. La presidenta Hunt sí que lo autorizó, pero para meterse en la cama de China hay que llevarla a muchos bailes y seducirla muy poco a poco...

Jerry volvió a estornudar. Sentía un escozor en las cuencas oculares y tenía las fosas nasales llenas de cemento.

—Si no eres capaz de conseguirlo, encontraré a alguien que sí lo sea.

—Jerry, puedo hacer muchas cosas por ti, pero la magia no se cuenta entre mis habilidades.

Ese Vic era frío como un cubito de hielo.

Pues que le dieran.

—Estás despedido.

Vic rio.

—Voy a comprarte algo de comer...

—Que le den a la comida y que te den a ti, Vic. Estás despedido, coño.

Vic hizo una pausa, como si se tomara un momento para asimilar que aquello era de verdad y no un chiste. Llevaba con él desde hacía... Bueno, lo cierto era que Jerry no era capaz de decir desde hacía cuánto tiempo, pero ya no lo aguantaba más. Y a Jerry no le gustaba nada que Vic lo infravalorase. ¿Qué había hecho Vic en toda su vida? ¿Qué logros había conseguido? ¿Qué había hecho?

—Jerry, deberías meditarlo.

—Ya lo he meditado. No me gustas. Siempre vas de listillo, me corriges y me miras como si fuese un niño de teta.

—El resfriado se te ha subido a la cabeza. A lo mejor deberías tomarte el día libre. Jugar al golf, decirle al *caddie* que te dé una vuelta. Te sentará bien para la pierna y te servirá para despejarte un poco...

Jerry le acercó mucho la cara y lo fulminó con la mirada.

—No eres mi padre. Yo soy tu puto padre y te estoy echando de casa, chaval.

—Muy bien. —El rostro de Vic se convirtió en una máscara de ira reprimida—. Como

quieras.

—¿Sabes una cosa? Que si quieres una indemnización será mejor que hagas algo por mí antes de largarte. Llama a Kevin y dile que venga.

Vic arqueó una ceja.

—¿Qué Kevin? ¿Mahoney?

—No, no... ¿Quién cojones es Kevin Mahoney?

—Kevin Mahoney, de Lighthouse Pictures...

—No, yo no... —Jerry estaba muy enfadado. Notó cómo la lava le corría por las venas. Le dieron ganas de agarrar a Vic y asfixiarlo hasta que la lengua se le pudiese azul y los ojos le saltasen de las cuencas como canicas—. Kevin. Me refería a Kevin.

—Pero ¿a qué Kevin?

—Mi puto yerno.

Vic se quedó en silencio. Como si le hubiesen dado un tortazo.

—¿Qué? —preguntó Jerry.

—Tu yerno se llama Kenneth.

—Bueno. —Jerry se puso nervioso de repente. ¿Era verdad? No podía ser cierto. Después gritó mientras unos espumarajos salían despedidos de su boca—: ¡Pues que venga! ¡Kevin, Kenneth o como coño se llame, joder! ¡Y luego lárgate de aquí!

### ***Dos meses antes. En Raleigh (Carolina del Norte)***

Cuando llegó Vic, Jerry estaba en casa, dándole sorbos a un bourbon en la parte de atrás de su casa de estilo colonial. El sol brillaba reluciente. Soplaba la brisa. En la linde de la hacienda y alrededor del lago, los narcisos y los jacintos habían florecido y lo llenaban todo de un abanico de colores. Jerry no miró a Vic cuando se quedó detrás de él.

—¿Quién te ha dejado entrar? —preguntó con tono jocosos, como si no le importase.

—Susan me ha dejado entrar, Jerry —respondió Vic.

Susan. La esposa de Jerry.

—Mentira. Te dije que tenías que devolverme tu llave.

—Te devolví mi llave.

—Pues le hiciste una copia.

—Jerry, tu comportamiento ha sido errático.

—Viiiiic —dijo Jerry, con voz sarcástica y aguda—. Te despedí. Saca tu culo de mi propiedad antes de que llame a la policía.

—Llamas mucho a la policía de un tiempo a esta parte.

Jerry bajó la voz.

—Han entrado... intrusos.

—Ah, ¿sí? Pues los agentes no han encontrado a nadie.

—A lo mejor fuiste tú —espetó Jerry con desprecio.

—Si tú lo dices... Mira, me ha contratado la junta directiva...

¿La junta directiva se había aliado con este capullo engreído? «Por la pasta, seguro», pensó Jerry. Eran todos unos felones. Era la palabra que solía usar su padre. «Felones.» Significaba traidores.

—Diles que no se preocupen. Todo va bien, y Jardines Garlin sigue adelante.

—Así es, y no gracias a ti. No acudiste a la reunión de planificación en Somerville. No fue el caso de la de Berlín, que abandonaste a mitad porque dijiste que estabas... ¿Cómo

era? «Aburrido.» No respondes a las llamadas, pero llamas a gente en mitad de la noche. Envías por correo esa sarta de teorías conspiratorias políticas...

—No son solo teorías. Los demócratas están ocultando pederastas a plena luz del día, Vic. A plena luz del día. Tienes que oír el programa de ese Hiram Golden, ya verás...

—Y tú tienes que ir al médico. Es posible que estés experimentando una demencia prematura. O párkinson. O alzhéimer. Algo tienes.

Jerry levantó la barbilla y frunció el ceño.

—Estoy bien. A la empresa le va bien. Lárgate.

—La junta va a expulsarte.

Al oír esa última frase se dio la vuelta. Aferraba el vaso con tanta fuerza que se sorprendió de que no le estallase en la mano.

—Te voy a decir una cosa, mierdecilla. Soy el fundador de esta empresa. No pueden...

—Tu padre era el fundador de la empresa. Tú la heredaste.

—No pueden despedirme.

—Pueden. Con una votación.

—Soy el accionista mayoritario.

—Y sin duda no tendrán problema alguno para comprarte las acciones.

Jerry se puso muy furioso.

—No pueden obligarme a venderlas. Son mías y me niego.

—Sí que pueden —dijo Vic—. Dale las gracias a tu padre por ello. Una parte del trato para que pudieses heredar las acciones dejaba claro que, si la junta no te veía capaz de llevar la empresa a buen puerto, tenía la potestad de arrebatarte el control sin objeciones por tu parte.

Jerry se puso en pie. El pecho le batía como un mar embravecido.

—Vaya si van a tener problemas. Les haré mucho daño. Les haré sangrar.

—Lo que tú digas, Jerry. Quiero que sepas que no ha sido un placer. Dirk, tu padre, era un hombre siempre rebosante de ideas, pero tú solo eres alguien que se ha aprovechado de ellas, y que ni siquiera sabe muy bien qué hacer.

Una vez hubo terminado, Vic se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡Lárgate! —dijo Jerry.

—Vete al médico —gritó Vic mientras lo miraba de reojo.

Jerry le tiró el vaso de bourbon. Falló y golpeó la pared de la casa. El cristal estalló y dejó una muesca en la pared de piedra. El bourbon se dispersó por la pared, y el hielo cayó en los parterres.

Vic ya se había marchado.

### ***El mes pasado. En el parque Jardines Garlin, Raleigh (Carolina del Norte)***

Los de seguridad lo pillaron por fuera de la montaña rusa «embruja» de la Ciudad del Tesoro, en la parte del parque llamada Isla Misteriosa. Jerry llevaba puesto un traje arrugado a pesar del calor abrasador, y pataleó y se agitó ante una puerta oculta que había en la pared de la montaña falsa que sostenía la estructura de la montaña rusa mientras los esqueletos y piratas animatrónicos (sí, y también los esqueletos piratas) le dedicaban una mirada maliciosa desde las alturas agitando jarras de grog y dando palmaditas a sus loros de hueso.

Jerry no presentaba un buen aspecto. Tenía el rostro rojo y en carne viva, y alrededor



de la nariz destacaban unos surcos blancos. Unos surcos iguales en forma de media luna y húmedos de alguna manera cubrían la parte inferior de sus ojos hinchados, y unas acumulaciones blancas de esa sustancia se aglomeraban en las comisuras de sus ojos. Tenía los labios secos. La lengua blanquecina.

Ni que decir tiene que ya conocía el equipo de seguridad del parque. No en persona, ya que había pasado más de una década desde que Jerry imitase a su padre y le hiciera una visita a todo el personal del parque. Pero sabían quién era, e intentaron ser amables con la persona que había hecho su contribución para mantener vivo el legado del lugar en el que trabajaban.

Por eso lo dejaron ir sin llamar a la policía.

No obstante, sí que aconsejaron a Jerry que fuese al médico.

Jerry les dijo que se fuesen a la mierda y les gritó mientras salía:

—¡Y decidle a mi padre que se vaya a la mierda también! Decidle que la próxima vez que llame a su despacho, me abra rapidito.

Los de seguridad se miraron con gesto confuso, ya que ninguno de ellos sabía que hacía treinta años el edificio de administración de la empresa también se encontraba en el parque. Habían cambiado la ubicación de las oficinas unos años después para que hubiese más espacio para las atracciones, como la montaña rusa de la Ciudad del Tesoro, por ejemplo. Todo el mundo sabía que el despacho de Dirk Garlin se encontraba en la planta baja y era accesible para todo el mundo, para que, como decía él, todos pudiesen oír sus sueños si querían hacerlo. La puerta que llevaba a las entrañas operativas de la montaña rusa de la Ciudad del Tesoro se encontraba más o menos en el mismo lugar.

### ***Hoy. En los Everglades.***

El hombre deambulaba por los Everglades.

Tenía recuerdos esquivos de una cabaña de pesca, Chokoloskee, y una botella de bourbon. Otro recuerdo perseguía a ese: una pistola, un pie que rompía un cristal, un hombre en una bañera y luego un estallido. Mucha sangre.

Ahora, fuera quien fuese, tenía preocupaciones mucho más acuciantes.

Perseguía a su padre, quien a su vez perseguía un perro. El perro a veces era un dibujo animado: con patas enormes y torpes, una cómica nariz roja y una lengua rosada que a veces desenrollaba como si fuese una corbata. Otras veces, el perro era un perro que recordaba, uno de verdad de cuando solo era un niño. Lo llamaban Pazguato. Su padre lo dibujaba en los márgenes de sus facturas con unos pocos trazos... Ris, ras, ris.

El perro se había perdido. Y ahora le había tocado el turno a su padre.

«Voy en tu busca, papi. Te salvaré.»

Delante de él, su padre pasaba junto a un ciprés y por un manglar, tambaleándose entre corrientes de agua y tropezando con montículos de hierba. Aceleró el paso. Su padre miró por encima del hombro, y ahora llevaba una máscara: era una cara cómica y gris de Shirley la Ardilla, que tenía nariz de botón, mejillas sonrosadas y esas orejas muy peluditas. La máscara parecía real, pero dejó de parecerlo cuando, en un momento dado, se le metió en la cabeza que era de goma barata.

Se sintió mareado y tuvo que parar. Se tocó la cara, y la mano se le llenó de un blanco grasiento. Le picaba todo. Le dieron ganas de tumbarse y echarse una buena siesta para

olvidarse de esas tonterías, pero su padre seguía huyendo a la carrera. ¿Quién lo iba a coger si no era él? Luego alzó la vista y descubrió que ya no le hacía falta, porque su padre estaba frente a él. Con los brazos en jarras y gesto de desaprobación en el rostro.

—Era un hombre de ideas —dijo Dirk, suponiendo que se llamara así de verdad—. Pero tú no eres más que un hombre de mis ideas.

—Lo siento —dijo el hombre que no era capaz de recordar su nombre.

Después su padre desapareció.

Y el nombre de su padre también desapareció.

El hombre se sentó junto a un árbol. Se miró la mano y encontró un arma, una cuadrada con las letras COLT DEFENDER.<sup>45</sup> grabadas y la empuñadura de marfil. Estaba manchada de óxido. No, no era óxido. Era sangre. La misma sangre de los puntitos marrón oscuro que el hombre tenía en las manos. Recordó un nombre: Vic. Y luego la pistola desapareció. Una alucinación. ¿Había estado ahí en algún momento? ¿Y quién era Vic?

Después, como todo lo demás, el nombre también desapareció.

Estornudó. Lo que le salió por la nariz y la boca no eran mucosidades. No del todo. Era más de ese polvo blanco y grasiento, como harina de maíz con aceite. Le dio la impresión de que hasta brillaba a la luz blanca y tenue.

«Soy incandescente —pensó—. Brillo como el sol. Ay, ca... Ay, ca... Ay, caramba, coleguitas. No me... No me... No me siento bi... bien.»

Sentía los labios pegajosos y le costaba separarlos. Volvió a estornudar. De su interior salió más de lo mismo.

El perro había desaparecido. No lo veía por ninguna parte.

Su padre... también había desaparecido.

Se sentía cansado.

«Solo un minuto. Me van a esperar.»

Ya los alcanzaría cuando se sintiese mejor. Atravesaría los arbustos, los encontraría allí y los sorprendería.

«¡Bu!»

—El mejor regalo que se le puede dar a alguien es una sorpresa —balbuceó entre risas, con unas babas pegajosas que le pegaban el labio inferior al superior. Casi no podía expulsarlas y empezó a reír muy fuerte, los ojos se le anegaron en lágrimas y se le cayeron los mocos por la nariz. Las palabras eran poco más que un gorgoteo, un farfullar pastoso y chapoteante—. Porque nunca lo olvidan.

Se desmayó y cayó hacia delante.

Se quedó dormido. Y después cayó en coma.

No se despertó.

Descubrieron el cuerpo de Jerry Garlin dos semanas después. Y en ese momento ya era demasiado tarde para él... y para todo el mundo.

**SEGUNDA PARTE**

Pastores y rebaño

## La Luz de Dios

**19 de junio, Iglesia de la Luz de Dios, Burnsville (Indiana)**

La iglesia no era muy llamativa. Podrías confundirla con una vivienda, siempre que no vieras el pequeño cementerio que había detrás de una verja metálica cerrada con cadena ni la cruz que colgaba de la rudimentaria pared de ladrillo roja junto a la puerta, ni el cartel lleno de mayúsculas que rezaba SI TE CONSIDERAS CERCA DE LA SALVACIÓN ES QUE ESTÁS DEL TODO PERDIDO . Revestimiento de pizarra blanca. Aparcamiento de tierra y gravilla a un lado. Ventanas con contraventanas remendadas. Canalones colgando bajo como las ramas rotas de un árbol marchito. En la parte de atrás, la iglesia en sí tenía una torre pequeña y baja que se abría a un prado embarrado.

A Matthew Bird, pastor de la Iglesia de la Luz de Dios, no le importaba que pareciese una casa. Quería que diese la sensación de serlo. En parte, porque era una casa. Era su casa. La casa de los feligreses que a veces necesitaban un lugar donde quedarse (como los Geringer, que habían perdido la suya hacía un par de años, debido a un pequeño tornado) y, por supuesto, la casa de Dios.

«Dios vive aquí», solía decir Matthew. Pero luego se tocaba el pecho y el de su interlocutor y decía: «Y también vive aquí».

No obstante, la iglesia necesitaba cuidados. El verano estaba a punto de empezar y esperaba contar con la ayuda de algunos estudiantes de la zona.

La esperanza no bastaba para hacer el trabajo duro, y albergaba la sospecha de que al final sería el único que se encargara de ello, el soldado solitario. Puede que Dios viviese ahí y que Jesús fuese el hijo de un carpintero, pero no esperaba ver por allí a ninguno de los dos con un martillo y algunos clavos.

Era un trabajo de hombres.

Pero aquel día el trabajo era diferente. Matthew se encontraba en el porche delantero y se despedía de los que habían acudido a la reunión del programa de recuperación Cambio a Mejor, un acercamiento centrado en Dios para superar todo tipo de adicciones, desde el alcohol hasta las drogas, pasando por el sexo, el juego *online* o las apuestas.

Estrechó manos y dio abrazos a los que salían. Se despidió de David Mercer, quien se había hecho adicto a los medicamentos con opiáceos después de un accidente con el tractor. Le dio un enorme y prolongado abrazo a Colleen Hugh, quien había quedado a merced del alcohol después de trabajar como camarera en un bar durante muchos años. Le dedicó unas pocas palabras de ánimo al oído a Fred Dinsdale, un buen tipo que

estaba a punto de cumplir sesenta años y que, después de que su mujer falleciese debido a un cáncer de mama, era incapaz de dejar la pornografía y, después, las prostitutas. Todos eran buena gente. Personas de la comunidad a las que conocía y por las que se preocupaba. Tenía fe en que lograrían superar las cargas que la vida les había impuesto.

Antes de apartarse, Fred acercó su rostro de sabueso lleno de colgajos y preguntó:

—¿Podemos hablar ahora sobre el tema?

Matthew le sonrió y luego respondió:

—Como quieras, Fred. No quería que el tema nos hiciera olvidarnos de la reunión. — Aunque sabía que todos deseaban hablar sobre ello, como perros que no hacen más que tirar de la correa. Todo el mundo estaba igual aquel día—. Tenemos preocupaciones más acuciantes que lo que vemos por la televisión.

—¿Qué crees que son? —preguntó Fred, con tono casi conspiratorio.

—Personas —respondió Matthew—. No son más que personas.

—Pero tienen algo raro. Parece que tienen algo... El CDC está con ellos, pero aún no han encontrado nada. He oído que hasta han llamado a Seguridad Nacional. Ya hay más de quinientos...

Colleen se volvió a toda prisa al porche y, mientras se acercaba, dijo:

—No, no, te equivocas, Fred. No llegan ni a la mitad. Doscientos como mucho.

—Pues leí un correo según el cual hay más que los que vemos en la televisión.

—No tienes que creer todas las tonterías que llegan a tu correo. —Se inclinó hacia ellos, y las patas de gallo que le rodeaban los ojos se le hundieron aún más a medida que los entrecerraba—. Si quieres que te sea sincera, yo creo que son extraterrestres —dijo, con lo que de golpe y porrazo dejó de ser la voz de la cordura.

Como era de esperar, el rechoncho Dave Mercer se acercó escaleras arriba, con la rodilla mala renqueante.

—¿Habláis de los sonámbulos? Creo que forman parte de una especie de invasión, puede que sea extraterrestre o quizá ultraterrestre... Personas o reptilianos de otra dimensión...

—Eso no existe —dijo Matthew, pero los demás siguieron.

—Llegarán aquí mañana —comentó Colleen.

—No aquí exactamente, pero cerca —apuntilló Dave—. En las noticias han dicho que puede que acaben en Waldron, o en Milford, o incluso en Shelbyville si cambian de ruta.

Fred se puso a la defensiva.

—No quiero convertirme en uno de esos caminantes. Quiero conservar mi mente y mis facultades...

—Relajaos todos. —Era el momento de intervenir. Matthew agitó las manos y negó con la cabeza—. No sirve de nada llegar a conclusiones precipitadas antes de conocer toda la información. Tengo una cita para vosotros, que considero de lo más pertinente: «Vuestras conjeturas son vuestras ventanas al mundo. Limpiadlas bien de vez en cuando o la suciedad no dejará pasar la luz».

Coleen arrugó el rostro.

—¿En qué pasaje de la Biblia está?

—No es de la Biblia, sino de Isaac Asimov.

Todos le dedicaron una mirada inquisitiva.

—¿Qué pasa? Podéis leer otros libros que no sean la Biblia —dijo Matthew al tiempo que reía—. Leed alguna novela de vez en cuando. Venga. Ahora, a casa.

Se marcharon del porche sin dejar de hablar. Ya habían descorchado la botella y el vino empezaba a escanciarse. Hablaban y hablaban. Preocupados. Emocionados. Confusos. Él también lo sentía. Un zumbido en el aire, como si todos fuesen antenas que recibieran una señal extraña de esos caminantes. Pero Matthew no tuvo tiempo de reflexionar acerca de los sonámbulos porque los otros se habían marchado, pero uno de los feligreses se quedó por allí. DeCarlo James salió de la iglesia.

Era un chico joven, afroamericano, de dieciséis años. Llevaba el pelo rapado. Camiseta blanca, pantalones holgados. La barbilla levantada en un gesto perpetuo de indiferencia. La cruz que llevaba sobre los hombros y el alma era la adicción a la heroína.

El gesto de duda que se percibía en el rostro del chico se hacía cada vez más intenso. Mientras Matthew se acercaba para darle un abrazo o estrecharle la mano.

—Qué va —dijo DeCarlo.

—La reunión no te ha servido de mucho, ¿verdad? —preguntó Matthew.

—No, pastor Matt.

—Era la primera vez. Dale tiempo. ¿Te importaría decirme por qué?

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabes.

DeCarlo tardó un segundo en el que cogió aire entre las aletas y luego lo soltó.

—Algunas de las tonterías que dice son mentira. Lo de los doce pasos.

—¿Por qué son mentira?

—Porque no estoy indefenso.

—Vaya. —Los primeros tres pasos hablaban de estar indefenso, de quedarte en manos de Dios y de ser más insignificante que Él—. Creo que la fe está muy relacionada con confiarte a un poder superior.

—Yo confío en mí. Tengo fe en mí.

—Yo también tengo fe en ti, pero también confío en que dejarás entrar a Dios. Porque la ausencia de Dios es lo que te ha traído aquí. Por eso has... acabado así, en esta reunión, con tu adicción.

DeCarlo puso el gesto que habría puesto si le acercaran una boñiga de gato a los labios para obligarlo a darle un beso.

—No sé si lo he entendido bien. ¿Si la cago es culpa mía, pero si lo hago bien no es gracias a mí, sino a Dios?

—Si lo haces bien, es porque tomaste la decisión de dejar entrar a Dios. Lo importante es que has accedido a recibir ayuda y no dejar que todo el peso recaiga sobre tus hombros. Tienes que soltar lastre sobre los hombros de Dios.

—Sabe que eso de los doce pasos tiene una efectividad de un ocho por ciento, ¿no? Y que la terapia de ayuda a la drogadicción unida a la terapia psiquiátrica es diez veces más efectiva que la mierda que nos ha soltado en esa sala de reuniones.

Matthew dio un paso atrás y fingió que acababa de recibir un puñetazo.

—DeCarlo, no estoy nada de acuerdo con esa estadística. Es dañina. Cuéntaselo a Fred, Colleen y Dave. A todos los que han pasado por el programa de recuperación Cambio a Mejor. Sí, es cierto que algunos... fracasan, pero Dios vuelve a recogerlos cuando ellos extienden sus manos para volver a recibir ayuda. —Entrecerró los ojos—. ¿De dónde has sacado esas cifras?

—¿De dónde va a ser? De internet, tío. Voy a la biblioteca.

—No todo lo que lees en internet tiene por qué ser cierto.

—Ni todo lo que dice un predicador agradable tiene por qué ser cierto, pastor Matt. Mire, cuando vivía en Indianápolis, mi hermana Tanesha estuvo en terapia, terapia de verdad, y lleva dos años bien. Consiguió un buen trabajo, cajera en un Aldi. Tiene un pequeño apartamento. Le va bien. Después vinimos aquí, al quinto pino. —DeCarlo rascó con el pie la pintura levantada de la madera del porche debajo de él—. Quiero dejarlo, de verdad, pero su programa no me convence, tío.

—Mi programa es lo que ha evitado que te metan en el reformatorio, DeCarlo. Tienes que hacerlo. Entero. Pero... —Miró de reojo para asegurarse de que los demás se habían ido—. Conozco a alguien. Una terapeuta de Bloomington especializada en drogodependencias. Es muy buena.

—Y también cara, supongo.

—Apuesto lo que sea a que si le pregunto, vendrá hasta aquí y te ayudará en su tiempo libre sin pedir nada a cambio. *Pro bono*, que significa «gratis». ¿Cómo lo ves?

—¿En serio?

—En serio. Pero tienes que seguir viniendo aquí también. Ese es el trato.

Matthew le tendió la mano para sellarlo.

DeCarlo miró la mano que le ofrecía el pastor como si Matthew en realidad ocultase en secreto una tarántula en la palma. Pero luego se la estrechó.

—Acepto.

—Nos vemos, DeCarlo.

—Hasta luego, pastor Matt. Oiga, que sepa que en mi opinión lo de esos sonámbulos tiene que ser una de esas movidas de la Patrulla X. Puede que sean mutantes.

Matthew rio.

—Venga, DeCarlo. Saluda a tu madre de mi parte.

—Muy bien. Muy bien. Gracias, pastor Matt.

El chico se alejó del porche de camino a la carretera. Parecía caminar con más brío, y Matthew deseó que no fuera solo cosa de su imaginación. El chaval merecía un poco de felicidad y esperanza.

El pastor Matt suspiró.

Había terminado la reunión, y era el momento de otra reunión diferente.

Que, en cierto modo, también estaba relacionada con la adicción.

Adicción. Matthew sabía que no era eso en realidad. Sabía que no estaba siendo justo con ella, pero sentía lo que sentía: que las drogas no eran la respuesta, ni las ilegales ni las recetadas por el médico. No para algo así. Pero ayudar a su mujer a llegar a la misma conclusión era... complicado.

Era complicado porque la gente se volvía adicta a las ideas con la misma facilidad con la que lo hacía a las drogas. Y su mujer, pues bueno..., se había hecho adicta a la idea de que tenía un trastorno, una enfermedad mental que no podía resolverse de la manera en la que necesitaba ser resuelta.

Autumn Bird estaba sentada en la esquina de la cama y miraba por la ventana. Cuando Matthew entró en el dormitorio, las tablas del suelo debajo de la moqueta ajada y levantada chasquearon, pero su mujer no lo miró. Se limitó a decir:

—Hola, cariño.

—¿Qué tal, Autumn?

Se acercó y se sentó junto a ella. La cogió de la mano.

—No es un buen día —dijo ella.

Parecía que estaba a punto de llorar. Tenía los ojos rojos e hinchados, pero la tormenta parecía haber pasado, al menos por el momento. Se sentía fatal, pero se alegraba de habérsela perdido. Cuando su mujer se encontraba en mitad de una de esas tormentas, que era como ella lo llamaba, lo único que él podía hacer era cerrar las escotillas y esperar que pasase.

—Lo sé. Suele pasar. Todos tenemos días buenos y días malos.

Autumn lo miró con un gesto apenado que parecía decir: «Es una pena que no lo entiendas». Y eso era más o menos lo que le decía una y otra vez. Y lo que le dijo entonces:

—Mis días malos no son como tus días malos.

—Lo sé. Lo siento. No quería... —Pero las palabras languidecieron entre sus labios—. Deberíamos hablar de lo que me pediste anoche. Yo...

—No crees que deba volver a medicarme. —Una frase cargada de decepción—. Matthew, por favor.

—No tenemos dinero. Nuestro seguro médico está en los huesos... Ni eso: en el tuétano ya. El Zoloft vale más de cincuenta dólares al mes, gracias al seguro y porque compramos el genérico. Y sabes que tiene efectos secundarios. A veces pareces una zombi cuando te lo tomas, y los dolores de cabeza y... lo demás.

Sin ir más lejos, la apetencia sexual de Autumn desaparecía por completo. Y a veces aseguraba tener, además, impulsos muy oscuros y funestos. No relacionados con el suicidio, exactamente. Pero sí con las autolesiones. Matthew tenía claro que esas medicinas eran veneno.

Por si fuera poco, tenía que hacer las veces de la madre de su hijo. Y su hijo necesitaba una madre que estuviera presente y fuera estable. No alguien perdido en una selva de fármacos.

Autumn le estrechó la mano.

—Lo sé, pero el doctor dice que hay otros medicamentos y que solo tenemos que encontrar el que funcione mejor con mi química cerebral.

—El Zoloft ha estado a punto de llevarte al suicidio, Autumn.

—No, lo que hace que me den ganas de suicidarme es la depresión. El Zoloft solo... afila el cuchillo, ¿entiendes? Es posible que haya otras pastillas que sirvan para evitar eso.

—¿Y cuánto cuestan? ¿Cuántas visitas al médico necesitaremos? Siempre estamos dando vueltas de aquí para allá y... —Suspiró y le cogió con fuerza la mano—. Cariño, te han demostrado una y otra vez que pensar en Dios puede ayudarte a superar...

—No, no me han demostrado nada —espetó ella, al tiempo que se zafaba de la mano de Matthew—. Me lo han dicho, pero no me han demostrado nada. ¿Acaso te parece posible que alguien deje de ser gay rezando?

—Claro que no. No se puede dejar de ser gay con oraciones. Y hasta es peligroso. Cada uno es como es.

Se puso en pie y se cruzó de brazos. Con brusquedad.

—Y yo soy una persona con depresión, lo que significa que no se me puede curar con oraciones. Es un estado de ánimo, Matt. No estoy triste y ya está. Es como si tuviese un agujero en la cabeza y dentro de ese agujero hubiese... una voz. A veces grita y otras habla más bajo, pero siempre está ahí. Siempre. La voz me dice que no soy lo bastante



buena y que el mundo se va a la mierda y que todo da igual. Que nunca seré una artista famosa. Que el arrecife de coral se ha descolorido y ha muerto. Que nunca tendré más hijos que el que ya tenemos. Que moriré sin haber conseguido nada y que da igual pues el calentamiento global terminará por quemarnos o cocinarnos, algo que solo pasará si Corea del Norte no nos tira encima una bomba antes. O quizá me caiga encima un avión o me trague la tierra o me consuma el cáncer. Y luego enciendo la televisión y todo el mundo habla de esos caminantes, lo que me lleva a una espiral de pensamientos por completo diferentes. ¿Qué son? ¿Necesitan nuestra ayuda? ¿Necesitamos nosotros la suya? ¿Es una enfermedad, el cambio climático o... un grupo terrorista de Oriente Medio? El ciclo se repite una y otra vez. Me pongo triste, me preocupa y me siento inútil. Perdida en mitad de... la niebla. Lo único que necesito es algo que despeje esa niebla. ¿Vale?

Matthew asintió y extendió el brazo para volver a cogerle la mano. Ella no se apartó.

—Vale —dijo. Si tenía que hacerle caso, aunque solo fuese para demostrarle lo equivocada que estaba, lo haría—. Llama al médico. Pídele cita. Probaremos algo diferente. Veremos cómo te va con otro medicamento.

Autumn lo miró con gesto cauteloso.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Conseguiremos el dinero.

«De alguna manera.»

Matthew se fundió con ella en un gran abrazo. No se besaron. Llevaban meses sin besarse. Pero el abrazo le sentó muy bien, y esperó que la sensación fuera mutua.

Estaba arrodillado en el exterior, arrancando malas hierbas sin dejar de pensar en Autumn. Preocupado por ella. Era superior a él. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si ella tenía razón? Nadie podía dejar de ser gay con oraciones. Quizá tampoco sirviera de nada con la depresión, suponiendo que fuera eso lo que tenía. Pero Matthew sabía a ciencia cierta que los programas de terapia centrados en Dios cumplían lo que prometían...

Oyó el traqueteo de un camión por la carretera. El gruñido del diésel le hizo vibrar las rodillas y las manos a medida que se acercaba, hasta que hizo lo propio también con los dientes. Matthew se limpió la tierra en los vaqueros y se quitó los guantes de jardinero mientras la furgoneta negra se acercaba. Era una Chevy antigua sobre unos neumáticos enormes. La carga estaba llena de basura apilada: fardos de alambre de púas, un par de sillas de comedor muy antiguas, dos cajas de herramientas diferentes o un horno oxidado. En un lateral tenía un letrero que rezaba: BASURA Y CACHIVACHES DE STOVER .

El camión se agitó al meter una de las ruedas delanteras en la acequia y luego se detuvo.

Se abrió la puerta del pasajero, y Bo salió del vehículo saltando sobre la acequia hasta la hierba del otro lado. Era el hijo de Matthew. Tenía el pelo enmarañado y grasiento y las mejillas marcadas por una orografía volcánica de espinillas. Los quince años lo estaban poniendo a prueba. Matthew sabía que era una época difícil en la vida de cualquier joven. Bo estaba a caballo entre niño y hombre, tanto a nivel físico como mental. Tenía los anhelos y la rabia de un adulto, pero no la madurez necesaria para procesarlos. Además, el cuerpo del pobre chaval era como una lavadora llena de gasolina. Una chispa y... BUM.

Pasó junto a él. Matthew trató de despeinarlo con cariño, pero Bo se apartó con un

gruñido.

—Papá —advirtió.

Se apagó el motor de la furgoneta.

Se abrió la puerta del conductor.

«Esto es nuevo.»

Del interior salió un hombre grande, grande en todas direcciones, como un buey a rebosar de grasa y músculo. El tipo tenía una barba que le colgaba del mentón y que a Matthew le recordaba el cúmulo de raíces de un árbol derrumbado. Unos ojos oscuros lo miraban desde encima de una nariz que sin duda se había roto muchas veces. Unos brazos grandes como cañones de acorazado le colgaban de los costados mientras rodeaba la furgoneta con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Bo! —gritó con un gruñido que en muchos sentidos era más impresionante que el rugido del motor del vehículo que conducía—. No pases así de tu padre. Se merece un respeto.

Sin rechistar, el chico se dio la vuelta sobre los talones y regresó obediente hasta donde se encontraba Matthew. Alzó la vista para mirar a su padre y dijo:

—Hola, pa.

—Hola, hijo. ¿Todo bien?

—Todo bien.

—Entra y báñate antes de cenar. —Cuando Bo empezaba a alejarse de nuevo, Matthew añadió—: Y no te olvides de decirle a tu madre que estás en casa.

—Ajá —respondió con apatía antes de desaparecer.

Y Matthew se quedó solo con el grandullón.

Ozark Stover.

El pastor no era un hombre pequeño ni mucho menos. Un metro ochenta era una buena altura, pero tenía la misma complexión delgada que había heredado su hijo. Al hallarse cara a cara frente a Stover se sentía como un niño pequeño que se enfrentase a un padre enfadado.

Era la primera vez que Ozark se apeaba de la furgoneta. Siempre dejaba a Bo, pero el hombretón nunca salía del vehículo, y Bo llevaba desde enero trabajando en la chatarra de Stover durante los fines de semana, y todos los días ahora que era verano. Nunca saludaba y nunca decía nada. Y así eran las cosas. Matthew no siempre se sentía cómodo con la situación ni con el hecho de no conocerlo, pero Bo quería trabajar para él, y había llegado el momento de que le diese algo de independencia para que sintiese el peso de la responsabilidad.

—Predicador —dijo Ozark, que saludó al mismo tiempo con un gesto brusco de la cabeza.

—Señor Stover. Es un placer y todo un honor volver a verle. Y por favor, no es necesario que me llame predicador. Soy pastor, pero me vale con Matt o Matthew.

—Ajá. —El hombre cruzó los brazos que parecían troncos y los apoyó sobre su prodigiosa panza—. Mis amigos me llaman Oz. O Ozzy.

—Bien, Oz. Te agradezco que hayas traído a Bo...

—Todavía no somos amigos, predicador. Llámeme Ozark.

—Claro. Por supuesto. Mis disculpas. —Rio con discreción—. Ozark, gracias por venir. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí que puede. —Resopló—. Es usted un hombre de Dios.

—Eso dicen de mí, sí.

Stover apoyó el peso del cuerpo en un pie, apretó un dedo contra una de sus fosas nasales y soltó aire con fuerza. Un moco salió despedido de la otra. Solían llamarlo el soplido del granjero, aunque los niños de hoy en día lo conocían simplemente como el lanzamocos.

El hombre continuó como si no hubiese pasado nada.

—Me gustaría saber qué opina del estado actual del mundo, predicador.

Parpadeo. Parpadeo.

—Ah... ¿Se refiere a la política? Sé que ya ha arrancado la carrera por la presidencia, pero intento estar más pendiente del espíritu y el alma del país.

La gente siempre quería saber si Matthew era demócrata o republicano, si votaba con los evangélicos, si era progresista y, en ese caso, de qué tipo. ¿Le gustaba la presidenta actual, Nora Hunt? ¿Apoyaría al inesperado candidato del Partido Republicano, Ed Creel? Matthew prefería no hablar del tema. Lo que le acababa de decirle a Stover era cierto: prefería preocuparse de temas más morales y profundos. A pesar de lo que creían algunos, la política no tenía nada de moral ni era un reflejo de ella.

Stover suspiró.

—La política no lo es todo, aunque la verdad es que no se me ocurre por qué alguien iba a votar a esa zorra de Hunt. Creel tiene razón, la muy puta va a dejar el país hecho una mierda. Nos venderá a Wall Street, y ellos nos venderán a China. Es hora de que haya un cambio. Creel es uno de los nuestros.

Matthew no estaba seguro de que Ed Creel fuese «uno de los nuestros». Formaba parte de una de las familias más ricas de Estados Unidos. A la presidenta Hunt la habían etiquetado como una elitista que no estaba al tanto de lo que les ocurría a los ciudadanos de a pie, pero lo cierto era que había nacido en Carolina del Sur, mientras que Creel había nacido en Boston con una llave maestra dorada entre los labios. Tampoco es que Matthew se hubiese interesado mucho por Hunt, ya que estaba a favor del derecho a decidir sobre el aborto, que era lo mismo que decir antivida. No podía votar por alguien así y quedarse con la conciencia tranquila, pero estaba muy al tanto de la hipocresía de su adversario: Creel siempre decía que era provida, pero al mismo tiempo apoyaba la pena de muerte. Y se había demostrado que había pagado por tres abortos a lo largo de su vida. Cosa que no parecía importarle a nadie, dicho fuera de paso. Y tampoco es que Matthew pensase decirle nada a Ozark Stover. No se pueden cambiar las opiniones políticas de una persona a martillazos. Esas cosas solo conducían a clavar a mayor profundidad el clavo en la pared de la seguridad de esas personas.

—Pero no —continuó Stover, y Matthew supo entonces qué iba a preguntar antes siquiera de que dijese nada—. Me gustaría oír lo que opina sobre los caminantes.

—Oh. Ozark, lo cierto es que no soy un experto. Lo que ha pasado ahí es...

—Es lo que está a punto de pasar aquí. Pronto. Se dice que pasarán por Waldron mañana.

—Puede, pero estoy más preocupado por la salud espiritual de mis feligreses. Me gustaría que tomaran las decisiones adecuadas para ellos y para sus familias, siempre atendiendo a la voluntad de Dios, claro. Si les doy las herramientas necesarias, estarán preparados para lo que quiera que les ocurra durante el día a día. Como el dicho ese de «pero enseña a un hombre a pescar y...».

Stover se acercó. A una distancia incómoda. El hombre ya tenía una presencia

imponente, como un oso pardo sobre las patas traseras, pero ahora Matthew sintió que emanaba de él cierta amenaza. O quizá, cierta comodidad y camaradería, pero unas muy extrañas. Matthew esperó que ese fuese el caso.

—Puede que lo de los caminantes también sea algo espiritual.

La voz de Stover sonó grave y profunda. Tenía un aliento de olor intenso con cierto aroma mineral. Olía a lo mismo que cuando uno se muerde la lengua, a sangre y a carne.

—¿A qué se refiere? —preguntó Matthew, que después carraspeó. Dio un paso atrás, pero Stover volvió a acercarse.

—Caminan como si se tratase de una peregrinación, pero no tienen nada de espiritual ni de divino. Quiero que se lo imagine, predicador. He leído las declaraciones de las familias de los afectados, de los que han visto lo que les ha ocurrido a sus seres queridos. Un día todo iba como siempre y, de repente, tu mujer, tu hijo o puede que hasta tú mismo, desapareces. Te roban el cuerpo en un abrir y cerrar de ojos. —Ozark chasqueó los dedos. Sonó como una rama al romperse en un árbol a causa de una tormenta—. Imagínese, predicador. En un momento dado es usted y, al siguiente, se convierte en uno de ellos.

Matthew estaba de acuerdo: sonaba horrible.

—¿Y qué cree usted que son? —preguntó el pastor.

—No lo sé. Por eso le pregunto. Los chicos de la chatarra dicen que es cosa de los terroristas, movidas islamistas, alguna droga que han metido en el agua o rociado sobre la gente. Pero no me lo trago. Esos animales de Oriente Medio no son tan sofisticados. Viven en cuevas. No atacan con armas modernas, sino que atropellan a la gente con coches y camiones. Pistolas, navajas y puede que algún explosivo de vez en cuando. Esto está a otro nivel. Podrían ser los chinos. Disponen de armas que no somos capaces de concebir. Pero no tengo ni idea.

—Es toda una incógnita —convino Matthew, aunque sin saber muy bien con qué estaba de acuerdo. Asintió y dijo—: Pero está usted en lo cierto. Debería hablar con mis feligreses al respecto.

—Quizá sea cosa del cometa —aventuró Ozark, como si no hubiese hecho mucho caso.

—¿Qué cometa?

—La noche antes de que apareciesen los caminantes, pasó un cometa cerca de la Tierra.

Matthew recordó haber oído algo acerca de un cometa. ¿Podría ser que tuviera el nombre de un astrónomo japonés?

—Lo siento, pero no lo entiendo.

El comentario pareció molestar a Stover.

—Un cometa. Como en el Apocalipsis.

—¿Se refiere a Ajenjo?

—Ajenjo, eso.

Matthew reflexionó en voz alta.

—En las escrituras se habla de una estrella fugaz, y algunas traducciones ni siquiera la nombran. Ozark, tenga en cuenta que el Apocalipsis es más un documento histórico que una profecía del fin de los días. Juan de Patmos partió al exilio y lo hicieron prisionero debido a la persecución cristiana de los romanos, y escribió esas cartas en clave para prevenir a las iglesias y... —Le costaba mucho ponerlo en contexto. Llevaba mucho tiempo sin repasarlo. Desde la universidad—. Conseguir que se hiciesen una idea de la

imperecedera recompensa cósmica que conseguirían bajo la tutela del Cielo.

—Se refiere a que es falso.

—No digo que sea falso, sino una metáfora.

—Una metáfora no es verdad, predicador.

—«Es verdad, desde cierto punto de vista», como decía Obi-Wan en *El retorno del jedi*.

—Afirma que la Biblia no es verdad.

—No, digo que es una metáfora de...

—¿La Biblia al completo es una metáfora?

—¡No! No. Me refería a... —Se le atragantaron las palabras—. Me refería a ese libro en concreto.

—La Biblia es un solo libro, al menos la última vez que la tuve en la mano.

—La Biblia está formada por muchos libros.

—Ajá. —Stover se quedó en silencio y miró cómo se consumía el cigarrillo—. Le voy a dar mi opinión, predicador. Confieso que no se puede decir que sea un buen cristiano, pero algo va mal. Algo huele raro. Quizá sea ese cometa y quizá me esté inventando cosas, pero sí que sé que la palabra en griego antiguo para designar a Ajenjo, *apsínthion*, es una planta amarga. —Tuvo que haber visto la sorpresa en la cara de Matthew, porque sonrió y la hendidura de la boca que se atisbaba en el centro de esa barba negra le llegó de oreja a oreja—. Creía que no lo sabía, ¿verdad? Demasiado «académico» para los de mi calaña. Es posible que no sea un buen cristiano, pero sé leer. Y puede que algo haya envenenado el agua y convertido a la gente en... en esas cosas, esos sonámbulos desconocidos. Quizás fuese el cometa. Quizá el Diablo. Quizá sea la señal de que está a punto de ocurrir algo peor. Esos caminantes no son criaturas de Dios. Dios no les haría algo así a los estadounidenses.

—Yo... Lo tendré en cuenta, Ozark.

Acto seguido, Stover se tranquilizó un poco. Dio un paso atrás sin dejar de sonreír, y la sonrisa de su rostro tardó un poco más en borrarse.

—Lo siento, pastor. Siento haberle hecho perder el tiempo así, arrinconándolo de esta manera como una mosca aplastada bajo un matamoscas. No tiene por qué dedicarme su tiempo libre y admito que... —A Matthew le dio la impresión de que se había avergonzado por un momento—. Admito que he sido un poco brusco. Estoy preocupado. Nada más.

—Lo entiendo.

—Su tiempo libre es suyo, y tengo ganas de oír lo que comenta al respecto mañana en misa.

—Mañana —repitió Matthew, casi como si no comprendiera el significado de la palabra.

—Mañana es domingo, ¿verdad?

—Sí, es que... Es que no estoy acostumbrado a verlo por la iglesia.

La sonrisa de Ozark volvió a relucir amplia y gigantesca, como una valla publicitaria llena de dientes.

—Puede contar conmigo, predicador. Llevaré a algunos de mis chicos, para que aprendan algo de espiritualidad en estos tiempos extraños y tumultuosos.

—Así sea —dijo Matthew, que le dedicó una lánguida sonrisa. No sabía muy bien cómo sentirse. Por una parte, se alegraba de que acudiesen más feligreses y de que Stover y los

suyos estuviesen decididos a encontrarse con Dios al fin. Por otra, Stover asustaba a Matthew. No sabía por qué. Quizá fuese por su tamaño. O por su intensidad. Quizá, y para bochorno del pastor, se debiese a su clase social. Matthew había crecido en una familia de clase media, de padre banquero y madre que trabajaba en una empresa de catering, mientras que Stover vivía al margen de la sociedad. Era rural en el sentido amplio de la palabra. No era pobre, pero Bo afirmaba que se había criado siéndolo. Si ahí radicaba su problema con él, Matthew tuvo a bien centrarse en superar sus prejuicios cuanto antes—. Pues espero verlo por la mañana entonces, Ozark.

—Nos vemos, predicador. Ah, una advertencia: esta noche va a haber tormenta. Y parece que será de las grandes. Quizá se lleve por delante a esos caminantes y mañana no tengamos mucho de lo que hablar.

Después volvió a entrar en el camión y se alejó en él mientras un trueno, que asustó solo un poco a Matthew, retumbaba a lo lejos.

## La tormenta

### **Los residentes de Indiana protestan por la derogación de la reforma sanitaria**

... Clade Berman, de cuarenta y cinco años y habitante del lugar, subió a la palestra para darle su opinión al senador estatal Olly Turell. Berman, contratista local, le dijo a Turell: «Hace diez años no podía disponer de seguro sanitario porque tenía una rodilla mal y ciertas patologías previas impedían que me lo concedieran. Pero la recuperación de dichas patologías ayudó a que me devolvieran el seguro. ¿Y ahora me está diciendo que usted quiere que vuelva a enfermarme, sin tener una red de seguridad? Aquí todos vivimos con lo justo, senador, y parece que quiere hacernos sufrir por ello. A la mierda». Los que estaban reunidos en el lugar mostraron su apoyo con un fuerte aplauso a Berman...

### ***19 de junio. A dieciséis kilómetros en las afueras de Waldron (Indiana)***

**E**ran las siete de la tarde y aún quedaban unos días para el solsticio de verano, el día más largo del año, pero el cielo sobre el maizal estaba tan oscuro debido a la inminente tormenta que las nubes parecían un enjambre de moscas negras acumulándose sobre el horizonte.

Shana se encontraba allí y la miraba a través del iPhone. Sacó algunas fotos del cielo perturbador y luego les puso algún que otro filtro para que luciesen más funestas y terribles aún. Tocó el botón y las subió a Instagram en un periquete.

Había doblado el número de seguidores en la red social. Ello se debía en parte a que había empezado a sacar fotos de los caminantes, la caravana y ese tipo de cosas. El día anterior le había hecho alguna que otra foto rápida a un par de ancianos blancos que se habían apostado a un lado de la carretera con carteles que rezaban LOS CAMINANTES SON TERRORISTAS , pero saltaba a la vista que tenía una falta de ortografía y decía TERRARISTAS . Ella se había aprovechado de la errata y subido la foto con el *hashtag* #LosCaminantesSonTerrarios. Podría decirse que se volvió viral y se empezó a relacionar con todos los capullos que ponían carteles de protesta con faltas de ortografía. Cualquiera otro día le habría hecho sentir muy bien, pero en aquel momento la hacía sentir un poco desanimada.

Un relámpago rasgó el cielo a lo lejos.

Deseó haber sacado una foto de eso también, pero ya era demasiado tarde.

—No me gusta esta tormenta —dijo Shana.

Su padre estaba sentado al volante de la caravana y dijo:

—Parece de las grandes, pero hay cosas que tienen peor aspecto de lo que luego resultan ser. Además, podría pasar de largo.

—Da la impresión de que se nos viene encima el fin del mundo. No creo que el fin del mundo vaya a «pasar de largo».

—Las tormentas aquí en el Medio Oeste son diferentes de las del este. En casa tenemos unos grandes frentes costeros que barren. —Movi6 las manos como un hombre del tiempo al tiempo que soltaba un «fruuuuush»—. Y pasan sobre nosotros muy despacio. Pero aqu3... ¿Has visto alguno de esos programas en los que persiguen tornados? Son erráticos, como serpientes que se mueven sobre la hierba. Nunca se sabe d6nde van a acabar, hija. No te preocupes.

«No te preocupes.»

Era lo mismo que le dec3a todo el mundo.

—Si nos pilla un tornado, seguro que saldrán volando. Sé que no hay nada que parezca afectar a los caminantes, pero supongo que un tornado podr3a...

Su padre apretó los dientes sin perder la calma y dijo:

—He dicho que no te preocupes. —Luego aadió en voz más baja—: Ten fe.

Y esa era otra: papá había empezado a decir esa clase de tonter3as. Cosas como «Ten fe». Qué asco. También había empezado a decir que, cuando volvieran, tenían que empezar a ir a la iglesia, como si en su mente hubiese empezado a germinar la misma imagen de Dios que tendr3a cualquier niño de educación infantil: un Papá Noel de enorme barba blanca vigilando a todos los niños y niñas buenos para asegurarse de que estaban bien. Shana había ido en una ocasión a catequesis, solo una vez y porque su madre insistió. Había entrado en el aula, visto a un tipo sangrando clavado a unas vigas de la pared y salido de allí corriendo y gritando: «¡Que paren el mundo, que me bajo!».

Años después le había echado un vistazo a la Biblia porque se encontraba en una fase de su vida en la que no podía dejar de oír death metal sueco y la idea de ver a un tío clavado en una cruz le resultaba atractiva, pero lo único que había encontrado en el libro eran unos cuantos tópicos rodeados de hipocres3a, violencia y misoginia. Ni de coña iba a ir a la iglesia.

Y, para colmo, tenía otro problema adicional con su padre: él no quería hablar sobre ninguno de esos temas. No aceptaba lo que estaba pasando, y lo que estaba pasando era muy raro y propio de una novela de Stephen King. El rebaño ya constaba de más de doscientos caminantes. Y, cada pocas horas, uno más se unía al desfile.

Y no iban solos. Los acompañaban sus seres queridos, que llegaban sollozando, gritando y tratando de recuperarlos ahora que casi los habían perdido. Pero descubrían lo mismo que había descubierto Shana, que intentar rescatarlos no hacía más que condenarlos a algo peor. Convulsiones y gritos. Ojos inyectados en sangre y fiebre casi instantánea que los cocía como si de huevos se tratara. Por el momento, nadie había explotado como un petardo, tal y como le había ocurrido a Mark Blamire, ya que quienes tiraban de ellos solían detenerse antes de la explosión o eran otros pastores quienes los separaban antes de que ocurriese lo peor. (Así era como los llamaban los medios de comunicación. Pastores. Después estaban los caminantes, los sonámbulos, los durmientes, el rebaño, la horda... Les habían puesto todo tipo de nombres.)

Con cada caminante había dos o tres pastores, y ellos ya conformaban su propio desfile. Algunos iban a pie. Otros iban en furgonetas o camionetas, e incluso llevaban caravanas; vehículos que los adelantaban durante unos kilómetros y después se detenían, arrancaban y volvían a avanzar. Tenían lo que llamaban una avanzadilla y una retaguardia: delante iba media docena de vehículos que lideraba el rebaño y detrás iba



otra media docena. Algunos pasaban con ellos el tiempo que podían, uno o unos pocos días, hasta que se veían forzados a atender sus obligaciones y la vida los reclamaba. Otros llegaban y, como el padre de Shana, no se iban nunca. Después estaban los que no seguían a los caminantes, sino que los adelantaban, a la espera de que ocurriese algo.

Los pastores no estaban solos, claro. El CDC seguía allí y ahora tenía más presencia. (Habían llevado un camión con remolque cuyo interior albergaba un laboratorio portátil). Los agentes estatales se dejaban ver de vez en cuando, igual que había ocurrido en Pensilvania; cada vez que cruzaban la frontera de un estado, otros tomaban el relevo. No eran nada amistosos y mantenían las distancias, y a Shana le daba la sensación de que tenían más de carceleros que de protectores. El FBI iba y venía: unos todoterrenos negros que no los seguían, sino que aparecían aparcados en los márgenes de la supuesta ruta de los caminantes.

Y después estaban los medios de comunicación.

Shana los odiaba.

Eran unos raritos incansables de los cojones. Mirones que revoloteaban por allí como abejas antes de la primera nevada, con cámaras, micrófonos y preguntas que parecían no acabar nunca. Hasta tenían reporteros «infiltrados», uno de la CNN y otro de la BBC. Los helicópteros de las noticias también los sobrevolaban unas cuantas veces al día para sacar tomas aéreas del rebaño. Cada vez que veía a un periodista, le daban ganas de propinarle un puñetazo en la cara.

Sobre todo, cada vez que se acercaban a Nessie.

Nessie.

Nessie seguía al frente de los caminantes. A veces, Shana tenía que recordarse que su hermana pequeña había sido la primera de los caminantes (y ella, la primera pastora). Por eso su padre decidió acercar la caravana a la parte delantera de la procesión y quedarse allí delante de los demás para mirar por las ventanas traseras y comprobar que no le pasaba nada a Nessie. A veces podían acercarse, cuando el CDC no estaba realizando ninguna prueba. En esos momentos Shana le cepillaba el pelo a su hermana o le pintaba las uñas. Nessie se ensuciaba, como los demás caminantes. Por ejemplo, el polen se le adhería a la piel, y ella intentaba limpiarla con una esponja como buenamente podía. (Eso sí, eran incapaces de hacer nada con sus pies, que a estas alturas ya estaban negros como el alquitrán a causa de la suciedad). Shana hablaba con ella. Le cantaba canciones. Bromeaba.

Papá se mantenía al margen.

Y Shana lo achacaba a que era incapaz de soportarlo.

Estaba allí con ellas, sí.

Pero en realidad no estaba. No del todo.

Sabía que no tardarían en quedarse sin dinero, y eso significaba que no les alcanzaría para comer ni para gasolina, y papá tendría que tirar aún más de los ahorros para la universidad de Nessie, lo que implicaba que iba a degradar su futuro para que ellos pudiesen quedarse con ella mientras durase ese sueño extraño e interminable en el que se encontraban. Fingía que no era así, pero había oído cómo se lo contaba a algunas de las otras familias. Papá pensaba que mentirle a Shana equivalía a protegerla.

«Pues debería saber que no es así», pensó ella.

Alguien llamó a la puerta de la caravana. Le resultó muy raro que alguien llamase a la puerta de un vehículo en movimiento, pero después recordó que solo iban a ocho

kilómetros por hora para mantenerse cerca del rebaño. Su padre pisó un poco el freno y luego le pidió que «abriese la puerta», como si fuera lo más normal del mundo. Shana obedeció.

Al abrirla vio a Mia Carillo, otra de las pastoras. Era la hermana de uno de los sonámbulos, Mateo o Matty. Y no era una hermana cualquiera: eran gemelos. Tenía unos años más que Shana, pero se llevaron muy bien desde el principio y no tardaron en hacerse amigas. Mia era una máquina de hacer comentarios sarcásticos a cual más desquiciado, y vaya si a Shana le gustaba algo así. Su padre le había dicho que eran como dos gotas de agua, pero a ella le gustaba pensar que eran más bien gotas de agua empozada.

—¿Cómo va eso, familia Stewart? —dijo Mia, que saludó al entrar.

—¿Cómo va eso, chica? —saludó Shana, que le chocó el puño y gesticuló una explosión luego, antes de darle un abrazo.

Papá también la saludó con aire distraído desde el asiento del conductor. No podía dejar quieta la caravana durante mucho tiempo, o de lo contrario los caminantes empezarían a rodearla, por lo que preguntó:

—¿Dentro o fuera?

—Fuera —dijo Mia—. Vamos a jugar a los granje...

Shana le dio un puñetazo en el brazo. Mia, que era una monstruita, no usaba la palabra «pastores», porque, según ella, era preferible autodenominarse «granjera». (Porque, claro, los granjeros se encargan de las verduras y esa gente se hallaba en estado vegetal).

—Vamos a pastorear un poco —dijo Shana mientras apretaba los dientes y le dedicaba a Mia una mirada implacable.

Mia le guiñó el ojo y le hizo un disimulado corte de mangas.

—Dale un beso a Nessie de mi parte —dijo papá—. Y cuidado con el tiempo que hace.

Shana se colgó la mochila al hombro.

—¿Quieres venir, papá?

—No, seguiré conduciendo a la Bestia.

La Bestia era el nombre con el que Shana había bautizado la caravana. Al principio, papá odiaba el nombre, y tal vez siguiera odiándolo, pero se le había quedado grabado. Quiso preguntarle si estaba seguro, pero ¿de qué iba a servir? Como solía decir ella, su padre estaba con ellas, pero en realidad no estaba, no del todo. Se quedaba en el vehículo, lo que significaba que ella tenía que ser la que siempre estaba fuera. Y afuera se dirigió, con Mia.

Un trueno retumbó en la distancia, el gruñido ensordecedor de un monstruo que despertaba. Mia dijo:

—¿Crees que será una tormenta de las grandes?

—No tengo ni idea —dijo Shana mientras iban de camino hacia los caminantes y pasaban junto al remolque del CDC y un coche de policía—. Trato de no preocuparme por nada hasta que lo necesito. Francamente, ¿de qué serviría?

—A la mierda. Yo me preocupo por todo siempre.

—Eso suena terrible.

—Suena inteligente, que es lo que es.

—Si tú lo dices... —El hermano gemelo de Mia, Mateo, estaba más lejos. Nessie seguía liderando el rebaño, claro—. Nos vemos en un rato —se despidió Shana.

—Adiós, novia mía.

Mia le hizo otro corte de mangas antes de internarse por el rebaño y cruzar entre los caminantes. Lo hacían así, caminaban junto a ellos como si fuesen poco más que los árboles de un bosque.

Shana se acercó a Nessie. Dedicó un breve saludo a los otros pastores que merodeaban por allí: Lucy Chao, cuya madre Eleanor avanzaba ataviada con un albornoz; Roger y Wendy Calder, una pareja de ancianos cuyo hijo graduado en Harvard, Eldon, había perdido su genialidad para convertirse en otro sonámbulo; Aliya Jameson, cuya mejor amiga, Tasha, había tirado al suelo el granizado que le acababa de servir y salido a pie de un supermercado de Ohio para unirse a la manada. Shana sacó los auriculares..., bueno, los Beats by Dre que le había robado al chico de los auriculares, que en realidad se llamaba Darryl Sweet, los enchufó al teléfono, reprodujo algo de los Yeah Yeah Yeahs y se puso manos a la obra.

Habló con Nessie mientras la música sonaba de fondo. Sabía que hablaba más alto de lo necesario por culpa de la música, pero le daba igual.

—Oye, hermana —dijo—. No creo que te vayas a despertar hoy, ¿verdad? —Chasqueó la lengua—. Mocosa.

Sacó el cepillo y empezó a pasarlo por el pelo largo y liso de la joven. Atravesó bucles y nudos con la primera pasada. Después abrió la tapa de un protector de labios Burt's Bees y le puso un plic plic plic en la boca. Los labios de los caminantes no se cuarteaban nunca, pero a Nessie le encantaba el olor a pomelo, y Shana lo hacía de todas formas. Acto seguido, sacó una toallita húmeda del bolsillo, que le había robado a Arby unos días antes, y la usó para limpiar la tierra de las mejillas pecosas de su hermana.

Alguien le tiró de la manga y la asustó. Era Aliya. La mujer la miró con gesto avergonzado desde debajo del pañuelo que llevaba en la cabeza. Shana se apartó uno de los auriculares de la oreja.

—¿Qué pasa?

—¿Me podrías prestar una toallita húmeda? —Se inclinó hacia ella y susurró, como si le diese vergüenza—: Un pájaro acaba de cagarle en la cabeza a Tasha.

—No te la voy a prestar —dijo Shana.

—Oh. Lo siento.

Aliya hizo ademán de marcharse, pero Shana la sujetó, tiró de ella para acercarla y dijo:

—Quiero decir que no hace falta que me devuelvas una toallita con caca de pájaro. Quédatela.

Intentó arreglarlo con una sonrisa torpe, pero tenía miedo de que pareciese de listilla más que de otra cosa. A Aliya no pareció importarle y asintió.

—Gracias. ¿Cómo está Nessie?

Shana se encogió de hombros.

—Bien. Supongo... Tal y como están las cosas.

—Sí, ¿verdad? Yo... Yo aún no me he hecho a la idea de que sea real. No es posible. Nada de esto parece posible.

«Claro que es posible, tía. Es posible y está pasando ahora mismo y estamos metidas en el ajo nos guste o no», pensó Shana. Pero no dijo nada.

La conversación atrajo de repente a los demás, algo que solía ocurrir con los pastores. Eran como islas, hasta que dejaban de serlo. Nadie quería desaprovechar una

oportunidad para conectar, cualquier esperanza de comunicarse con los demás y compadecerse de la locura de la situación. Las rodearon otros tres pastores: Lucy Chao, Kenny Barnes (cuyo hermano Keith, diseñador de videojuegos, era también caminante) y Hayley Levine (quien estaba allí para cuidar a su prima, Jamie-Beth). Se acercaron hablando de la tormenta, del CDC y de que querían que la presidenta hablara más de lo que ocurría, y prosiguieron con la charla habitual en la que se preguntaban qué estaba pasando en realidad y cuál era el origen (terroristas, el gobierno, monos, plantas invasoras, Dios, el Diablo o ese cometa). Y ahora le tocaba hablar a Mia, pero Shana no había dejado de pensar:

«¿Podrías dejarme en paz cinco minutos con mi puta hermana?».

Y antes de que tuviese oportunidad de decir nada...

... Robbie Taylor, el tipo del CDC que tenía las patillas enormes, los convocó para preguntar si los pastores disponibles podían acercarse y mantener una reunión sobre la tormenta. Aquello desató un murmullo generalizado de preocupación. ¿Qué era esa tormenta? ¿Cuándo los alcanzaría? ¿Qué le haría al rebaño?

¿Estarían bien?

«No, aquí no hay nadie que esté bien, tontolaba», pensó Shana.

Se sintió un poco cínica y fría, y se alegró de no haberlo dicho en voz alta.

Pero también le preocupaba, porque era la verdad.

«No tenemos respuestas.»

Habían pasado dos semanas, y eso era lo que les había dicho Benji Ray:

Nada. La ausencia de cualquier cosa que respondiese duda alguna.

Bueno, tenían datos, claro. Tenían información. Pero no servía para contextualizar lo que les estaba pasando.

«No tenemos respuestas.»

Aún no había conseguido un análisis de sangre. Ninguna de las empresas emergentes había conseguido nada que funcionase. Tampoco tenían prueba alguna de que se tratase de tripanosomiasis, aunque no podían descartarlo, claro. La ciencia no funcionaba así. No podían inventarse respuestas y dar por hecho que eran ciertas solo porque no las habían desmentido. También le fastidiaba que, hasta el momento, no hubiese más información sobre los rateros que había robado el cuerpo de Mark Blamire, el profesor de matemáticas, y Chris Kyle, el agente estatal. Las pocas novedades que sabían al respecto eran que, dos días después, la policía de Virginia había encontrado la ambulancia. Estaba en campo abierto, quemada hasta el chasis. Sin cuerpos. Ni pruebas. Habían hecho muy buen trabajo, fueran quienes fuesen.

Era intencionado.

Una distracción.

Pero ¿por qué? ¿A qué venía todo aquello?

Benji deambuló solo por el laboratorio portátil de alta tecnología que el CDC había montado en el interior de un remolque de diez metros. El resto estaba fuera. Martin se disponía a impartir las órdenes del día y algo parecido a un discurso motivacional, o acaso ya estuviera en ello.

Benji no lo necesitaba. No se podía decir que trabajase para el CDC. Como era de esperar, Loretta había intentado librarse de él, pero Sadie había tomado las riendas y dicho que Benex-Voyager tenía autoridad en lo referente a las contrataciones y los

despidos y en cómo decidían usar a Cisne Negro en lo que denominó un «testeo de campo» de sus capacidades. (Y, de hecho, Sadie estaba en ello en esos momentos. Se encontraba en Atlanta, reunida con Loretta para informar sobre la efectividad de Cisne Negro).

Lo más sorprendente de todo era que Martin Vargas se había puesto de parte de Benji.

Después de la noche en el motel, a Martin se lo veía más tranquilo con Benji. Aún se mostraba reticente con respecto a su participación y su presencia en aquel acontecimiento, y sin duda evitaba que se relacionara con la gente o con los medios de comunicación, pero quería que siguiera junto a ellos.

Y allí estaba.

Lejos de la atención de los demás.

Orbitando en el interior del remolque.

El laboratorio portátil tenía sus cañerías y su baño, su red eléctrica (que funcionaba a base de paneles solares que alimentaban unas baterías de reserva) y una serie de ordenadores con Windows que ejecutaban todos los programas de diagnóstico de que disponían: herramientas para llevar a cabo hemocultivos automáticos, centrifugadoras de cierre hermético y rotores para evitar la aerosolización del material infectado, microscopios, tubos de ensayo de venopunción, cámaras digitales, equipos de protección individual y un largo etcétera. Casi todas daban igual. No tenían casi nada con lo que hacer pruebas. No tenían hemocultivos. Ni muestras de piel. Ni heces u orina. No tenían ni idea de por qué los caminantes no hacían sus necesidades. Ni tampoco de por qué no comían ni bebían.

Consiguieron unas pocas muestras. De saliva, por ejemplo, lo que les proporcionó algunos datos con los que trabajar. La saliva era una de las formas de hacer pruebas de hormonas, y los resultados fueron interesantes, pero no del todo reveladores. Algunas hormonas estaban demasiado bajas: los estrógenos, la testosterona, la adrenalina o el cortisol. Otras superaban con creces las cantidades normales: la dehidroepiandrosterona, la progesterona y niveles desorbitados de melatonina. La melatonina contrarrestaba el cortisol y viceversa. Se consideraba la hormona del «descanso», la que controlaba los ritmos circadianos y los patrones de sueño. Se podía tomar algo de melatonina por la noche para recordarle al cerebro que había llegado la hora de dormir.

En la saliva también encontraron niveles altos de anticuerpos y enzimas, y bajos de azúcar en sangre.

Todo ello unido creaba una de esas imágenes del ojo mágico en tres dimensiones. Benji esperaba que cobrase sentido si se quedaba mirándola el tiempo suficiente. Como ese día en el que había visto un delfín o un barco aparecer ante sus ojos después de biquear durante un buen rato.

Pero por el momento no había tenido suerte. Los altos niveles de anticuerpos indicaban por qué no habían encontrado agentes infecciosos en la saliva. Por sí mismo, eso era bueno, pero no les proporcionaba una imagen completa de lo ocurrido, ya que muchos antígenos no se aprecian en la saliva.

Lo del bajo nivel de azúcar en sangre era muy, muy raro. Los cuerpos parecían disponer de una cantidad ilimitada de energía, y la manera que tenían de expresar esa energía era con una caminata lenta y regular.

Que no tenía fin.

Querían hacer electrocardiogramas y electroencefalogramas, pero el movimiento de los cuerpos los afectaba mucho y los resultados apenas revestían el menor valor. Y tampoco podían meterlos de buenas a primeras en un escáner de resonancia magnética, a no ser que les apeteciese provocar una explosión y dejar un amasijo ensangrentado.

Benji hizo lo que hacía cada vez más estos últimos días:

Sacó el teléfono.

No el teléfono normal, no.

El de Cisne Negro. El que Sadie había usado para encontrar lo inencontrable, grabaciones de las cámaras de los servidores del hospital. (Grabaciones que resultaba que el hospital había intentado ocultar, porque eran la prueba que los incriminaba en la negligente desaparición de no uno, sino dos cuerpos en una posible epidemia).

Benji había empezado a depender del teléfono de manera regular durante esos días. Un simple *smartphone* ya era todo un avance: con una sencilla búsqueda en Google se podía acceder sin problema a gran parte de la información mundial. Pero Cisne Negro era un orden de magnitud más impresionante. En parte por lo bien conectado que estaba. Cisne Negro tenía acceso a casi todo, a datos que antes eran muy difíciles de obtener porque estaban desperdigados por la red como granos de arena en una mesa de cristal o elementos difíciles de relacionar entre ellos porque parecían faltar muchos puntos que unir para crear una silueta reconocible.

Benji sabía que en realidad era algo muy invasivo. Y en cualquier otra circunstancia, algo así no solo le habría hecho plantearse las cosas, sino mandarlo todo a freír espárragos y tirar el teléfono por la ventana. Los tentáculos de Cisne Negro que se zambullían en todo lo que podía considerarse información privada o inaccesible. Información de empresas de servicio público, compañías e instituciones. Datos de seguridad social, infraestructuras o propiedades intelectuales, y más. Mucho más. Cisne Negro tenía acceso a todo ello. Y no necesitaba permiso alguno para hacerlo.

Se decía a sí mismo que Cisne Negro no era más que un apoyo.

Pero en realidad era lo más parecido a una mochila voladora.

Lo encendió y tocó la pantalla: una ondícula digital surgió del centro en dirección a los bordes del teléfono (y también por detrás, ya que se podía decir que el teléfono era todo pantalla). El aparato funcionaba más o menos de la misma manera que Cisne Negro en su guarida de Atlanta. Emitió un latido verde a modo de saludo y luego él habló:

—Hola, Cisne Negro. Vamos a repasar las estadísticas demográficas.

Latido verde.

Sostuvo el teléfono recto sobre la palma de la mano, por la parte superior apuntando hacia la pared. Y dijo:

—Actualiza las estadísticas de los sonámbulos.

Salieron proyectadas pantallas en las tres direcciones y la pared quedó cubierta. Y lo hizo de manera adecuada, evitando llenar de datos la ventana o las cortinas y colocándolos alrededor de manera intuitiva.

La imagen que tenía frente a él mostraba la cantidad actual de sonámbulos dentro de un círculo blanco: doscientos treinta y dos.

—Sexo —dijo en voz alta.

El círculo se dividió casi a la mitad.

51 % MUJERES

49 % HOMBRES

Concordaba con las estadísticas demográficas actuales de Estados Unidos. Y también del mundo.

Recordó que, aunque el sexo era algo determinado biológicamente, el género en sí era un espectro. ¿Se le había ocurrido preguntárselo a Cisne Negro antes? Lo hizo en ese momento:

—Género.

Notó que a Cisne Negro le costaba un poco más, y latió primero en rojo y luego en verde antes de desplazar a toda velocidad los datos de un patrón digitalizado.

—Claro —dijo Benji—. No tiene información sobre la identidad de género.

Latido verde. Pero Facebook sí los tenía, ahora que ofrecía más de cincuenta elecciones para el tipo de género. Y las familias y amigos habían confirmado que algunos caminantes eran trans o intergénero.

—¿Podemos realizar alguna estimación con este corpus tan limitado?

El círculo palpitó unos momentos y luego...

97 % CISGÉNERO  
3 % IDENTIDAD DE GÉNERO ALTERNATIVA

Debajo del gráfico apareció el mensaje: +/- 2 % DE MARGEN DE ERROR.

Era más o menos la idea que tenía él sobre los sonámbulos: conocía a cinco integrantes del rebaño que se identificaban con trans o de género fluido con arreglo a sus perfiles en las redes sociales o familiares. Lo que era el uno por ciento o incluso menos de los doscientos treinta y dos caminantes actuales, pero ya era más que la población trans estimada de todo Estados Unidos, que se decía que era de menos del cero coma tres por ciento (aunque Benji sabía que, a medida que las identidades de género menos habituales se aceptaran más en la sociedad, el número sin duda se incrementaría de manera significativa cuando la gente se sintiese cómoda saliendo del armario).

—¿Orientación sexual?

Esa sí que era una pregunta que podía censarse de manera más sencilla, y aunque no sabía la de todos los caminantes, sí que tenían un noventa y cinco por ciento...

El círculo se dividió:

90 % HETEROSEXUAL  
10 % GAY, BISEXUAL, PANSEXUAL

No había ningún patrón que llamase la atención. Nada sospechoso. Excepto, quizá, que había un número un tanto mayor que en las estadísticas de los padrones municipales.

—¿Etnicidad?

El círculo se dividió:

30 % BLANCOS  
20 % NEGROS  
20 % HISPÁNICOS/LATINOS  
20 % ASIÁTICOS/ORIUNDOS DE LAS ISLAS DEL PACÍFICO  
8 % MESTIZOS  
2 % NATIVOAMERICANOS

El número había ido cambiando. A medida que salían de Pensilvania y se adentraban en Ohio, el número de sonámbulos blancos había disminuido mientras aumentaban los demás. Como si fuese resultado de... bueno, del vector de infección que fuera. Benji no podía dejar de preguntarse: «¿Será intencionado? ¿Y si de alguna manera todo es deliberado?».

Era un pensamiento absurdo y carente de fundamento.

Y aun así...

—¿Grupos etarios?

15 % ENTRE 15 Y 18 AÑOS DE EDAD

27 % ENTRE 18 Y 25 AÑOS DE EDAD

35 % ENTRE 25 Y 36 AÑOS DE EDAD

13 % ENTRE 36 Y 50 AÑOS DE EDAD

10 % ENTRE 50 Y 60 AÑOS DE EDAD

No había nadie de menos de quince años ni de más de sesenta. Era raro, pero había precedentes: ciertas cepas de la gripe eran más comunes en esa franja y evitaban a los más jóvenes y los más ancianos. (Quizá para maximizar la supervivencia viral. El virus podía matar al portador si este era muy joven o muy anciano, lo que reduciría una propagación óptima. Los virus querían vivir lo suficiente como para multiplicarse y extenderse por todo el mundo).

Benji estaba a punto de formular otra pregunta, pero en ese momento se abrieron las puertas del laboratorio y entró Arav, el joven miembro del Servicio de Inteligencia Epidémica.

—¿Doctor Ray? —saludó el joven.

No habían hablado mucho, ya que Benji no quería... contaminar las mentes de ninguno de los técnicos ni del resto del equipo. Benji era consciente de los prejuicios que entrañaba el considerar un niño a Arav cuando tenía veintitantos años, pero se escudaba en que tenía poca experiencia práctica. Y por eso tendía a tratarlo como si fuese tonto e ingenuo.

—¿Sí, Arav?

El joven miró el teléfono y luego la pared que Benji tenía a la espalda. Siempre daba esa sensación de estar impaciente, como si estuviese al borde de un trampolín emocionado por saltar pero demasiado nervioso como para hacerlo.

—¿Has encontrado algo? ¿Algún patrón que merezca la pena tener en cuenta?

—Nada... Nada útil.

Benji se masajeó el centro de la frente con el pulgar de la mano que le quedaba libre.

—¿Algún patrón en sus historiales médicos?

Benji señaló el teléfono.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Cómo?

—Pues dices «Cisne Negro» y a continuación formulas la pregunta.

Arav asintió y luego no dijo nada, como si la inseguridad volviese a apoderarse de él. «¿Vas a saltar ya o qué?» Al fin se decidió:

—Cisne Negro, ¿algún patrón médico común que se haya detectado y se dé en todos los... caminantes?

El círculo se agitó y luego emitió un latido rojo. «No.»



—¿Alguna enfermedad significativa que debamos tener en cuenta? —preguntó Arav.  
Latido rojo.

—Entonces, ¿todos están sanos?

Latido verde. Después, dos más. ¿Qué significaba eso? ¿Estaban sanos de verdad? Ese parecía ser el caso la última vez que Benji había revisado los datos.

Le dedicó a Arav un malhumorado y frustrado encogimiento de hombros. Como si dijera: «Lo siento, chico. Espero que tengas más suerte la próxima vez».

Su frustración se reflejó en el rostro de Arav. La entendía. Estar en el SIE era como estar debajo de una pirámide invertida, con la estructura al completo aplastando a todos los integrantes. Tenían a la Casa Blanca respirándoles en la nuca, cortesía del Secretario Dan Flores del Departamento de Salud y Servicios Humanos, tenían correos electrónicos de todos los gobernadores y otros escritos con rabia y con la idea de remover mierda enviados por Seguridad Nacional para arrebatarle las competencias al CDC y hacerse con el control del rebaño de sonámbulos. Y eso sin mencionar los medios de comunicación, los amigos y la familia de todos los caminantes y todos los estadounidenses que compartían una inquietante obsesión con aquella manada que no dejaba de avanzar.

—Necesitamos descubrir algo —dijo Benji.

—Lo conseguiremos. Confío en nuestros procedimientos.

Arav titubeó como si fuese a decir algo más, y Benji movió el dedo con un gesto de impaciencia...

—Suéltalo ya, Arav.

El chico habló muy rápido, tanto que hasta costaba entenderle.

—Solo quería decir que es un auténtico honor. He estudiado tu trabajo, ¿sabes? Lo que hiciste con el MERS-CoV es legendario. Y también he leído tus artículos sobre esa llamada diarrea del viajero...

—Sí, lo de estudiar la diarrea sí que es algo legendario, sí...

—¡No! No me refería a eso, pero...

—Que no pasa nada. Aprecio tus palabras.

—Y lo de Longacre...

—No quiero hablar sobre Longacre...

—Lo que hiciste en ese lugar...

—Lo que hice allí es ilegal, Arav...

—Me sorprendió. De verdad. En esta profesión solemos pensar que lo que estudiamos está por encima del bien y del mal, pero no es así. Todo sale mejor cuando lo lleva a cabo alguien con principios. Y valentía.

—Lo que hice no tuvo nada de valiente.

—Sí que lo tuvo —insistió Arav, más enfático en esta ocasión, con pasión y entusiasmo—. Lo tuvo. Quizá... quizá no fuese la mejor manera de demostrar esa valentía, pero tuviste un par de cojones. Querías marcar la diferencia.

Benji asintió con torpeza y le dedicó una sonrisa incómoda.

—Es muy amable por tu parte. La próxima vez que me sienta tan valiente espero ser capaz de tener la sabiduría necesaria para expresarlo de manera más efectiva. Ahora, si me disculpas...

Justo en ese momento, se abrió la puerta del remolque y apareció la cabeza de Cassie por el hueco.

—¿Qué tal? Os necesitan aquí fuera. Martin está a punto de decir algo.

Benji negó con la cabeza.

—No creo que quiera invitarme a ninguna de sus asambleas de indígenas.

—Esta es para todo el mundo, tío. También para los pastores. No es sobre la enfermedad, sino sobre la tormenta que se acerca. Tenemos que hacer algo.

Un trueno rugió a lo lejos como para confirmar sus palabras.

—Ya salgo —dijo Benji.

Cuando Cassie volvió a cerrar la puerta, Arav se inclinó hacia él y dijo:

—Encontraremos la manera de salir de esta. Sé que parece que estamos en un callejón sin salida porque no es tripanosomiasis, ni fiebre, ni nada, pero confío en este equipo. No tardaremos en realizar un descubrimiento, doctor Ray.

Ninguno de los dos tenía ni idea de lo ciertas que eran esas palabras.

La multitud se reunió a un lado de la carretera, en la linde de un maizal. El maíz solo se alzaba unas decenas de centímetros del suelo en hileras que se extendían hasta el horizonte. Shana y Mia estaban con el resto de pastores, con los que habían bajado de sus vehículos y tenían tiempo para alejarse de sus respectivos caminantes. Debía de haber unos cincuenta o sesenta por allí, todos ellos mostrando gestos de impaciencia. Al otro lado, como si se tratara de una especie de guerra de bandas, se encontraban los trabajadores del CDC, los de Seguridad Nacional, algunos agentes de policía y una pareja del FBI. La tercera de las «bandas», la de los medios de comunicación, estaba alejada de ambos grupos y entrevistaba a unos pastores en directo.

Mientras, el rebaño de caminantes seguía avanzando junto a ellos por la carretera, con pisadas que creaban un retumbar rítmico al andar.

—¿Por qué coño tardan tanto? —preguntó Mia.

Abrió un paquete de gominolas y le ofreció a Shana. Ella cogió unas pocas.

—Ni idea.

Vio cómo algunos de los del CDC entraban en el remolque alargado donde estaba el laboratorio, que habían aparcado a un lado. Arav era uno de ellos.

Mia se fijó en cómo la miraba.

—¿Te sigue poniendo ese paquistaní?

—Creo que es indio.

—Lo que sea. Es mono.

—Tendrá unos veinticinco años.

—Y tú tienes casi dieciocho. Me gusta salir con chicos mayores. ¿Sabes por qué?

Shana le preguntó por qué.

—Porque los tíos son unos inmaduros de mierda. ¿Sabes cómo conocer la edad emocional y mental de un tío? Dividiendo su edad real a la mitad. Lo que quiere decir que, cuanto mayores sean, más maduros son.

—Entonces, ¿tú sales con cincuentones o qué?

—Qué asco. No.

—Según tú, si sales con uno de treinta años, sería como salir con uno que tuviera la edad mental de unos quince, ¿no?

—Te las estás arreglando para que esto suene muy raro, Shana. No me ponen los adolescentes. Solo quería decir que los mayores son más sabios. Y también mejores en la cama, porque saben de qué va la vaina. —Le guiñó el ojo y después la miró con gesto

suspica—. No serás virgen, ¿verdad?

—Perdí la virginidad a los dieciséis años en el asiento de atrás de un Subaru Forester, como buena hija de estadounidense progresista y privilegiado que soy.

—Fiu, menos mal. ¿Y te gustó? Seguro que no fue muy bien, ¿verdad? La primera vez nunca va bien.

Shana se encogió de hombros.

—Sí, fue un desastre. Billy Coyne era editor de la revista de literatura. Envié un poema, una tontería sobre la muerte y guijarros blancos que parecían lápidas. Se ofreció a revisármelo, pero lo que quería en realidad era revisarme las bragas. Y me dejé llevar.

—Hizo un mohín—. Follaba como un caniche empotrando un cojín.

—¿Ves? A eso me refería. Los mayores tienen práctica. Como ese tipo del CDC, Vargas. —Se besó los dedos como un chef—. Lo montaría como a un purasangre. Lo dejaría bien sequito y después...

—Vale, que sí. Ya lo pilló.

—Por cierto, hablando de mayores. Ahí está el tuyo.

Arav salió del remolque con otros dos del CDC: Cassie Tran, la que había interrogado a Shana cuando empezó todo, y que la sorprendió porque parecía vietnamita pero tenía acento sureño y llevaba camisetas de grupos musicales. Sorprenderse por algo así la hizo sentirse un poco racista. El otro era el jefe del operativo o al menos, uno de ellos. Se llamaba Benji, aunque Shana no conseguía asociar ese nombre a nadie que estuviese a cargo de nada. Ben, a lo mejor. Benjamin, vale. Pero ¿Benji? ¿Eso no era un nombre de perro? Y de la raza basenji, además. ¿Benji no era un basenji? Mejor aún..., ¿por qué coño seguía pensando en estas mierdas? Los tres se colocaron junto al hombre a quien se suponía que Mia deseaba follarse, Martin Vargas, quien se levantó y empezó a hablar.

—Antes de que alguien lo pregunte —empezó Vargas—, no disponemos de ninguna nueva información relativa a vuestros amigos o familiares.

La rabia se apoderó de Shana.

Se suponía que esa gente estaba ahí para hallar todas las respuestas.

Se suponía que los expertos tenían que averiguar cosas, joder.

Y no sabían nada.

La rabia de su interior se derramó y extendió como un río de lava sobre rocas volcánicas que luego se convirtieron en más lava. Se suponía que los padres eran gente en la que podías confiar, y que tu hermana pequeña no iba a enfermar de repente con una plaga nueva y extraña de sonambulismo para empezar a alejarse de ti, inconsciente. Nada de aquello tendría que estar pasando. Nada de nada. Shana sabía que era típico de ella sentir rabia por las injusticias de la vida, pero las cosas estaban como estaban y no podía evitar sentirse así.

Además, se suponía que todo debía irle mucho mejor.

Seguro que quienes se congregaban a su alrededor sentían la misma rabia justificada e irrelevante porque, antes de que a Vargas le diese tiempo de añadir nada más, la multitud empezó a impacientarse. Los murmullos de decepción no tardaron en convertirse en un rugido furioso del que a veces surgía algún que otro grito.

—¡Necesitamos respuestas! —gritó Carl Hartkorn, cuyo hijo, Bradley, pasador del equipo de fútbol americano de la Universidad de Ohio, se encontraba entre los caminantes—. ¿Para qué coño os pagan? Nuestros hijos, nuestras familias...

Llegó otra voz, la de Dina Wiznewski, una madre soltera de cincuenta años cuya hija

de treinta, Elise, también era una caminante. (Dina seguía al rebaño en un antiguo Chevy Malibu, en cuyo interior dormía). Interrumpió a Carl y alzó la voz por encima de su diatriba:

—¡Pagamos impuestos!

Un pequeño rugido de aprobación.

Un disidente: Lonnie Sweet, el padre de Darryl Sweet. Lonnie alzó su voz grave y atronadora:

—¡Un momento! Tranquilos todos. —El resto de voces amenazó con ahogar la suya, por lo que la alzó aún más—. ¡Tranquilos! El doctor Vargas y las buenas gentes del CDC no son el enemigo.

Una voz que Shana no reconoció gritó desde la parte de atrás de la multitud.

—¡Terroristas!

Como si con ello intentara explicar quién era en realidad el enemigo.

Vargas habló con algo más de determinación e intentó sobreponerse a todos.

—Gente. Entiendo vuestra frustración e intentaré tenerla en cuenta, pero ahora mismo... —Estalló un trueno a lo lejos, como si estuviese preparado. Parecían los pasos estruendosos de una bestia lejana—. Ahora mismo, tenemos que preocuparnos del tiempo, ¿vale? Es una supercelda que puede traer granizo, lluvias fuertes y hasta tornados...

Una voz, quizá la de Carl Hartkorn, otra vez. Shana no estaba segura.

—¡No podemos protegerlos!

A ellos. A los caminantes.

Shana se quedó de piedra.

Hartkorn tenía razón. No podían. Un tornado sería capaz de arrasarlos y lanzar por los aires a los caminantes como si fuesen muñecos tirados en la alfombra después de que un niño de mierda y enfadado les diese una patada.

—Lo que vamos a hacer —continuó Vargas, que gritó para sobreponerse tanto a las voces como al viento que había empezado a soplar— es tratar de desviar a los caminantes. Mi compañero el doctor Robbie Taylor —Shana miró al hombre que estaba junto a Benji, uno de patillas despeinadas que la había ayudado hacía dos semanas a enfrentarse al policía— tiene un plan para que nuestro remolque laboratorio quede aparcado en perpendicular a la carretera dentro de unos tres kilómetros. Si todo sale bien, los caminantes girarán hacia la autopista del norte que lleva a Indianápolis. Si seguimos por aquí, nos toparemos con la tormenta dentro de media hora, pero si nos desviamos puede que la evitemos.

Mia se inclinó hacia ella y dijo en voz baja:

—Demasiados condicionales en el discurso, ¿no? No me gusta.

—A mí tampoco.

Pero ¿qué iban a hacer? Si intentaban detenerlos, explotarían, y si los dejaban seguir caminando, tal vez saldrían volando por los aires a lomos de un tornado.

Shana se envaró al oír otro trueno. Las náuseas se apoderaron de su estómago, como si estuviese a punto de vomitar.

«Se avecina una tormenta. Por favor, que no le pase nada a Nessie.»

El cruce se hallaba a kilómetro y medio. Benji estaba junto a Robbie Taylor y se había unido a su equipo. La israelí, Avigail Danziger, sacó el Ford F-350 de la carretera para

dejar espacio y que el laboratorio portátil del remolque bloquease el camino. Tenía que quedar en el ángulo perfecto para que los caminantes siguiesen justo por donde ellos querían: una pequeña carretera secundaria que los llevase a la autopista norte 74, hacia Indianápolis. No era el camino ideal, pero podría servirles para alejarlos de la tormenta.

El cielo ya había empezado a oscurecerse. El viento arreciaba.

Aún no había empezado a llover.

—¿Qué tal por aquí? —preguntó Robbie.

Benji se encogió de hombros.

—El rebaño no deja de crecer. No tenemos respuestas. Y Seguridad Nacional terminará por hacerse con el control, eso si no morimos antes a causa de la tormenta, que además es probable que genere uno o varios tornados.

—Me gusta tu optimismo. —Robbie le dio una palmadita en la espalda y luego se giró hacia los agentes y los técnicos de laboratorio—. Muy bien, chicos. Solo los equipos principales. Todos los demás, al hotel. —Habían alquilado habitaciones para pasar la noche en un Holiday Inn cercano—. Si no terminamos viajando a la puta tierra de Oz, nos veremos cuando haya pasado la tormenta.

Los integrantes del CDC se dispersaron.

Martin y Cassie se acercaron a él; Arav iba detrás.

—¿Me quedo? —preguntó Arav.

—Márchate si quieres —dijo Vargas—. No podrás hacer gran cosa por aquí, a menos que tengas el superpoder de cambiar el clima, Arav.

—Creo que me voy a quedar —repuso él—. Si os parece bien.

Les pareció bien.

Benji se lo tomó como una muestra de valentía. Pero la pregunta que le vino a la cabeza fue si esa valentía era una muestra de inteligencia. ¿Había sabiduría detrás de esos actos o no era más que el producto del entusiasmo de un loco con ganas de suicidarse? («Como yo», pensó). Arav le recordaba una versión más joven y optimista de sí mismo.

El viento se detuvo unos segundos, momento en el que Robbie dijo, sin preámbulo alguno:

—Y, para rematar, tengo que daros malas noticias. Loretta va a mandarnos a todos a casa.

—¿Qué? —preguntó Martin, sorprendido—. No hemos terminado aquí.

—A ti no. No quiere retirar el SIE, sino el ERB.

—Y una mierda. Mi equipo no puede controlar esto solo. No es cosa nuestra... y, a estas alturas, todo esto nos supera. Deberíamos recopilar más datos e investigar más, pero todo este trabajo de campo y estos... malabarismos... No son cosa nuestra.

Robbie alzó ambas manos.

—Oye, que yo estoy de acuerdo contigo, Marty. Y si quieres enfrentarte al Objeto Inamovible, me tendrás ahí de tu parte. Pero nos va a trasladar.

—¿Adónde? Si se puede preguntar —dijo Benji.

—A Abuya, en Nigeria.

—¿Ébola?

—Eso mismo.

—Dios.

—Sí. Nos largamos mañana, siempre que no acabe con nosotros la tormenta

supercelda que se nos viene encima. Iremos a Nigeria para prestar apoyo a la Organización Mundial de la Salud, por lo que tal vez estemos allí una semana o dos. Le pediré a Loretta que nos vuelva a trasladar aquí si el desfile sigue en marcha cuando terminemos.

—Gracias, Robbie —dijo Vargas.

Benji sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies. La ausencia de Robbie le metía más presión para el SIE, no solo para controlar la situación, sino también para descubrir sus causas. Peor aún, habría muchas menos posibilidades de que lo solucionasen y, cuando ocurriese algo, cuando se despistaran, Seguridad Nacional tendría la excusa perfecta para hacerse con el control. Un control que ansiaban. ¿Y si llegaban a la conclusión de que los caminantes eran una amenaza? Benji era incapaz de imaginarse que el país en el que vivía ejecutara a esas personas.

Pero...

Había muchos ejemplos crueles de situaciones así a lo largo de la historia. Peor aún, ¿les temblaría el pulso al hacerlo? Llegado el caso, ¿los estadounidenses mirarían hacia otro lado o se alzarían para defender al rebaño?

Temía conocer la respuesta.

Pero llegó a la conclusión de que se trataba de un problema para el Benji del futuro.

Y justo en ese momento, empezó a llover. Unas gotas frías le cayeron en el rostro y en los brazos. La ventana del camión se bajó, y Avigail sacó la cabeza y le dedicó un leve encogimiento de hombros.

—¿Así está bien?

Miraron el remolque. Bloqueaba a la perfección los dos carriles y el arcén. Junto a ellos, había una cuneta de drenaje y un trigal. A eso había que sumarle una serie de obstáculos para los caminantes que solo les dejaban la opción de tomar la carretera secundaria. Esperó que el rebaño siguiese por allí.

Robbie levantó ambos pulgares.

—No podría haber quedado mejor.

No tardarían en descubrir el resultado, porque ahí venían. Los caminantes avanzaban incansables como ganado por la carretera, a unos quinientos metros de distancia. Benji había pedido a algunos pastores que se alejasen, no solo porque también estaban en peligro por la tormenta, sino porque sus vehículos podían convertirse en armas mortales en un momento dado. Una ventana rota hubiese dejado cristales en la carretera, y levantados por el viento podrían haber creado una catástrofe. Aquello bastó para convencer a la mitad de que se alejaran y se pusieran a buen recaudo. No obstante, fueron muchos los que se quedaron. Ellos y los caminantes a los que cuidaban estaban a punto de llegar.

—No voy a ir —dijo Shana.

Su padre la señaló y luego le indicó el asiento del copiloto.

—Siéntate, Shana. Vamos.

—Me quedo. Alguien tiene que quedarse.

Quería marcharse en la Bestia a un lugar más seco y más seguro, y a ella le dieron ganas de decirle que era un puto cobarde.

—Papá...

Mia, que se encontraba detrás de Shana en la caravana, dijo en ese momento:

—Señor Stewart, yo me quedaré un poco más, lo suficiente como para ver qué pasa con el remolque. Tengo mi Bronco. Nos alejaremos en él tan pronto como comprobemos que Nessie, Mateo y los demás se desvían. ¿Vale?

—¿Prometido? —le preguntó su padre sin dejar de mirar a Shana.

—Prometido —mintió ella.

Benji subió en el remolque con Cassie y Arav. Robbie, Avigail y Martin se quedaron bajo la llovizna del exterior, a unos quince metros. Al parecer, Robbie había dado por hecho que serviría de algo intentar convencer a los caminantes de que se desviarán a grito pelado y con gestos bruscos. Hasta ese momento, el rebaño no había respondido a ningún estímulo externo, pero ¿qué tenía de malo intentarlo? Lo peor que podía pasar era que los sonámbulos hiciesen caso omiso de sus gritos.

—Ahí vienen —dijo Cassie.

Estaban a diez metros. Una muchedumbre. Los pastores que se habían quedado por la zona se encontraban detrás; algunos caminaban con el rebaño, mientras que los que iban en vehículos los detuvieron y esperaron detrás de los coches patrulla de la policía estatal. A un lado vio a Remy, uno de los chicos de Robbie, con una cámara de infrarrojos grabando con el modo de visión nocturna. También estaban los medios de comunicación a los lados de la carretera. Vio cámaras enfocadas hacia el rebaño que grababan a través de la lluvia. Al menos, mantenían las distancias. Por el momento.

Los caminantes se acercaron aún más.

Benji sintió el retumbar de los pasos bajo sus pies.

Recordó la escena de una película. *Parque Jurásico*. El momento en el que el agua del vaso se agitaba a medida que el tiranosaurio se acercaba cada vez más. Pero los caminantes no eran una criatura hambrienta e irritada. Eran una horda, que avanzaba en el anonimato y más o menos al mismo ritmo, unida como una bandada de aves o un enjambre de langostas.

Notó un cosquilleo en el cerebro.

Algo relacionado con las bandadas de pájaros y con los enjambres de langostas, con ejércitos de hormigas que avanzan por la jungla...

Se hizo una nota mental para acordarse más tarde.

Robbie y Avigail habían empezado a agitar las manos, y le vino a la cabeza otra de las escenas de *Parque Jurásico*: Jeff Goldblum interpretando a Ian Malcolm y agitando la bengala para distraer al tiranosaurio. Oyeron los gritos ahogados de dos integrantes del ERB que procedían del interior del rebaño y con los que pretendían arengar a los caminantes para que cambiasen de rumbo, porque se acercaba una tormenta y estaban en peligro.

El rebaño siguió avanzando.

—¿Crees que nos harán caso? —preguntó Arav.

—No lo sé —respondió Benji.

—No puedo negar que me resulta muy inquietante ver cómo se nos acercan así —dijo Cassie.

El *walkie-talkie* de Cassie crepitó. Lo sacó.

—Adelante.

En el exterior, vieron que Robbie hablaba por el suyo y la voz se oía dentro del remolque.

—No van a parar, chicos.

Tenía razón. Los caminantes se limitaron a pasar junto a Robbie y Avigail igual que un arroyo fluye entre las rocas.

—Joder —dijo Cassie.

Después habló Martin:

—Cassie. Pídele opinión a Benji. ¿Serviría de algo que nos interpusiéramos?

Ella lo miró, y Benji cogió la radio a regañadientes.

—No lo sé —dijo Benji por el *walkie-talkie*—. Creo que lo mejor sería no bloquearles el paso. Ya virarán, y si no lo hacen... mejor no arriesgarnos a que exploten.

Era una idea que todavía era incapaz de asimilar.

«Exploten.»

Tres metros.

—¿Y si no funciona? —preguntó Arav con tranquilidad.

—Pues esperemos que la tormenta no sea muy fuerte.

Un metro y medio.

Los caminantes no paraban.

Se encaminaban directos hacia el remolque.

«Van a atravesarlo», pensó Benji. Pero sería como si chocasen contra una pared: se quedarían ahí quietos sin poder llegar hasta el otro lado. De repente, se imaginó un incendio en una sala de conciertos o disturbios en un partido de fútbol: una multitud aplastada contra una valla, uno a uno, incapaces de moverse. Pero no solo vio aficionados de partidos de fútbol o personas que iban a un concierto, sino bombas de sangre y hueso. Sintió que el estómago le daba un vuelco.

«Los acabamos de matar a todos.»

«Y quizá también a nosotros.»

Se lo dijo a los que tenía alrededor:

—¡Fuera! ¡Fuera! —Y también por la radio—: ¡Salid de ahí! Que Avigail entre en el camión. Tenemos que mover el remolque, tenemos que...

Nessie Stewart, la joven caminante que iba al frente del rebaño, ya se acercaba a la ventana. No redujo la velocidad ni paró. El resto se encontraba detrás de ella y la empujaba hacia delante. Benji empezó a notar temblores, sudores y la boca seca.

La joven extendió los brazos hacia el remolque, con las palmas abiertas hacia delante.

Era el primer movimiento que habían visto hacer a los caminantes si no tenían en cuenta el de los pies. ¿Habían movido los brazos alguna vez? Estaba casi seguro de que no. Y ahora la joven los había extendido ambos para...

Tocó el remolque. Con suavidad. Un ruido tenue. Un pum.

Y después empezó a escalar.

Rápido. Demasiado rápido. Tanto que resultaba inquietante. Subió y, de repente, oyeron el retumbar de los pies en el techo. Los demás caminantes habían hecho lo propio, no uno a uno, sino como un rebaño. Se acercaron al vehículo, extendieron los brazos y empezaron a subir juntos. Tres, cuatro, cinco. El techo del remolque se dobló hacia dentro como una lata de refresco enorme que se aprieta con demasiada fuerza. Benji se apresuró a mirar por el otro lado del vehículo, y la ventana se quedó a oscuras unos momentos cuando la joven Nessie saltó al suelo desde lo alto y cayó con un torpe tambaleo.

Y siguió avanzando.



El remolque había empezado a agitarse de un lado a otro como un bote en el mar a medida que los caminantes empezaban a subir en masa y lo escalaban para sortear el obstáculo. Arav y Cassie estaban estupefactos, y Benji estaba seguro de que su rostro se torcía en el mismo gesto de asombro.

La radio volvió a crepitar. Robbie, otra vez.

—Chicos, ¿lo habéis visto?

—¿Que si lo hemos visto? Aún lo estamos sintiendo —respondió Benji.

—Pero tenéis que verlo también. Dios, Benji. No... no se están agarrando a nada. Tienen las palmas de las manos apoyadas sobre el remolque. Es como si fuesen el Spiderman ese. Muchos Spiderman. Joder.

El remolque se agitó de un lado a otro mientras el rebaño subía y caía por el otro lado y el techo se doblaba antes de colocarse de nuevo en su sitio. Poco después, el último de ellos subió y se lanzó por el otro lado.

Los caminantes caminaban, siempre y para siempre.

Cassie dijo:

—Supongo que ahora tenemos nuevos datos para analizar.

—Primero tenemos que encargarnos de la tormenta. Ya nos ocuparemos de los datos por la mañana.

Benji habló por el *walkie-talkie* con los del exterior y les dijo que volviesen a meter el Ford en la carretera y siguiesen al rebaño. Tenía la esperanza de que no se toparan con la tormenta.

Porque si lo hacían, no tenía ni idea de qué podía ocurrir a continuación.

## ¿Qué haría Jesús?

He aquí, la tempestad de Jehová estallará con furor; la tempestad que se prepara, sobre la cabeza de los impíos descargará.

Jeremías 30:23

### ***19 de junio, Burnsville (Indiana)***

**M**atthew tenía pensado llamar para ayudar a DeCarlo, pero en lugar de eso se quedó allí sentado con el teléfono en la mano mientras le daba vueltas a su conversación con Ozark Stover. Su mente parecía un conejo atrapado en una zarza, incapaz de salir. Habían pasado horas y aún no sabía cómo tomarse aquella conversación. Stover no iba nunca a la iglesia, ni hablaba con él. Pero ese día lo había hecho. Imponente, prehistórico tanto en tamaño como en actitud. Matthew quería juzgarlo, porque sabía que era lo que solía hacer. Sin querer, pero formaba parte de su trabajo. Dios era el juez supremo, pero Matthew tenía que hacer las veces de moderador de ese juicio, ¿verdad? Evaluaba a las personas para ver quiénes eran y quiénes podían llegar a ser; cómo se fallaban a sí mismos (y, por ende, a Dios), y también cómo tenían éxito. ¿Qué era lo que los acercaba a la luz? ¿Y a la gloria del reino de Dios? Descubrirlo era la manera que tenía de ayudar a la gente.

Pero Stover era un misterio. Era una persona indómita y descontrolada. Un salvaje. Tenía una chatarrería. No era religioso, que Matthew supiese. Pero sí un hombre de negocios con una reputación social decente, ya que no era un criminal ni tampoco un borracho. (Si lo fuese, Matthew tenía claro que lo sabría, porque la gente de ese pueblo, y de todos los pueblos, eran unos chismosos incorregibles. Sobre todo con los pastores y los reverendos. La gente no solo confesaba sus pecados, sino los pecados de todos sus conocidos).

«Pues habrá que preguntar», pensó de repente.

Se dirigió a la habitación de su hijo.

El dormitorio estaba hecho una pocilga, como siempre. Estaba medio iluminado por una lámpara de escritorio. Había ropa en el suelo. En las paredes, pósteres de pilotos de la NASCAR y grupos que no había oído jamás, torcidos o medio rotos. Al cruzar la puerta, lo recibió un hedor cenagoso. Había preguntado y al parecer era característico de los adolescentes, pero a él le olía a...

A calcetines sudados y entrepierna. Y no tenía claro qué le resultaba peor: si el olor en sí o el olor con el que Bo pretendía combatirlo: un desodorante corporal que olía casi

como un insecticida. Y se había puesto tanto que parecía que sus axilas eran nidos de avispas, por lo menos.

En el interior, el chico se encontraba tumbado en la cama con unos cascos en las orejas y oyendo lo que parecía una especie de... heavy metal.

Matthew no tenía muy claro si estaba dormido.

—Bo —llamó—. Hijo.

Nada.

Se acercó y tocó uno de los hombros del chico. Bo se despertó asustado y se quitó los auriculares al momento.

—¿Qué pasa? —preguntó, molesto.

—Lo siento, pero tengo que hacerte una pregunta.

—¿Ahora?

—Sí, claro. Ahora.

—Joder. ¿Qué?

—Quería preguntarte por tu amigo.

Bo puso un gesto muy parecido a la pila de calzoncillos arrugados que había en el suelo cerca de él.

—¿Qué amigo?

Matthew se dio cuenta de que se trataba de una pregunta muy triste, ya que, por desgracia, su hijo no tenía muchos amigos. Y le habían prohibido ver a la mayoría. Lee Bodrick era un camello hijo de puta al que habían expulsado del instituto durante el primer semestre, y al hijo de los Blevin le gustaba tirar petardos en los baños. (Matthew había tenido que explicarle a Bo que no era divertido porque podía romper la porcelana y matar a alguien con una esquirra). Y Bo no estaba en ningún equipo de nada, ni en ningún club.

—Me refiero al señor Stover.

—No es mi amigo. Es mi jefe.

—Pero te llevas bien con él.

Bo titubeó, como si lo interrogase la Inquisición.

—Sí.

—¿Y cómo es?

—¿Por qué preguntas?

—Se quedó por aquí y hablamos un rato.

—Me alegro por ti. Quizá se haga amigo tuyo.

Bo levantó las manos, dispuesto a ponerse los cascos de nuevo.

Matthew levantó ambas manos.

—Oye, me rindo. No intento atacarte ni te acuso de nada. Solo me ha parecido un hombre interesante. Eso es todo. ¿Te gusta?

Los auriculares se quedaron a unos centímetros de las orejas de Bo, y luego se apoyó en la pared. Terminó por murmurar:

—Me gusta mucho. Es bueno conmigo. Paga bien y me gusta el trabajo. A veces vamos a pescar. Disparamos contra latas con su fusil del calibre 22, ¿sabes?

—¿Disparas armas con él?

Bo debió de suponer que aquello no le había gustado nada a Matthew, porque dijo:

—No lo sé.

—Acabas de decir que...

Matthew oyó la voz de su mujer por el pasillo:

—Dios mío.

Bo y él se miraron.

Después lo volvieron a oír:

—¡Dios mío!

Matthew se dio la vuelta y salió corriendo hasta su dormitorio. Encontró a su mujer al borde de la cama mirando la pequeña televisión de pantalla plana que tenía sobre la cómoda. Él nunca había querido poner una televisión en el dormitorio, pero ella insistió y... Bueno, su nombre significaba «otoño» y Autumn se convertía en toda una fuerza de la naturaleza cuando quería algo de verdad.

Vio a una pareja de presentadores en la televisión.

«Las noticias otra vez», pensó. Le envenenaban el cerebro con la actualidad. Cuando Autumn no estaba viendo la tele, miraba las malas noticias en el teléfono como si revisase la Bolsa en versión apocalipsis.

—Cariño, yo...

—Silencio —dijo—. Mira.

La imagen pasó a un vídeo, una especie de grabación. Era una carretera lluviosa, y el rótulo rezaba: NUEVAS NOTICIAS EN EL REBAÑO DE SONÁMBULOS, A QUINCE KILÓMETROS DE WALDRON (INDIANA).

Matthew sintió un golpe y vio que su hijo se había colocado a su lado. No le gustaba nada, pero ahora todos miraban la televisión como posesos.

Vio una carretera en la pantalla. Un remolque. Cielos grises y lluvia. No había empezado a llover aún donde se encontraban, pero sabía que no tardaría, porque los cielos del exterior tenían el color de las briquetas de carbón. El remolque estaba colocado para bloquear la carretera. Se dio cuenta de que conocía el lugar: Poldark Road, situado junto a esa pequeña carretera secundaria que llevaba hasta la autopista 74. Había algunas granjas a unos kilómetros de allí, y conocía a algunos lugareños. Los Wylie, los Heacock, los Berman.

—Han bloqueado la carretera —explicó Autumn con tono alegre, como si la situación la emocionase más que inquietarla—. Querían obligar a los caminantes a cambiar de rumbo. Pero no funcionó.

—¿Por qué no? —preguntó Bo.

Mirad.

Y miraron.

Vieron cómo dos personas, un hombre y una mujer, gesticulaban para desviar a los caminantes. Y luego vieron cómo los caminantes empezaban a trepar por el remolque.

Y Matthew vio, absorto, cómo empezaban a escalarlo. Con facilidad. Con las manos apoyadas contra la superficie húmeda del vehículo mientras subían hasta el techo. Encabezaba la marcha una niña que tenía el pelo empapado y pegado a sus pálidas mejillas. Los demás la seguían como si nada.

Después, cuando hubo visto esa locura repetida una y otra vez, se dirigió a la mesa de noche y sacó la Biblia.

Bajó al porche delantero. La llamada telefónica de DeCarlo tendría que esperar. Abrió el libro por el último capítulo. El Apocalipsis de San Juan. Y lo leyó de cabo a rabo no una, sino dos veces. Después rezó a Dios todopoderoso.

## Gritos y sirenas

¡Conozco tus secretos  
 Y también tus aprietos!  
 ¡De cabeza al mar  
 Sin enfrentamientos!  
 ¡La noche es oscura  
 La noche es larga  
 Lejos y sin canción  
 Estás de casa!  
 Y a la luz del día  
 Recuperarás la armonía.

*La tormenta del siglo*, de GUMDROPPER  
 Del álbum *El mendigo y el diamante* (2000)

**19 de junio. A unos diez kilómetros de Waldron (Indiana)**

La tormenta cayó a plomo sobre la carretera y los huertos. La lluvia golpeaba el parabrisas del Bronco de Mia, que se encontraba aparcado en la gravilla del porche de una granja.

—No los veo —dijo Shana, muy asustada. Se inclinó sobre Mia y miró por la ventanilla del asiento del conductor. Los caminantes no se pararon, y Mia los adelantó con el vehículo y se detuvo a esperarlos. No debían de estar lejos, pero era difícil de averiguar. Los cielos estaban tan oscuros y la lluvia era tan implacable que mirar al exterior era como hacerlo a través de unas cortinas cerradas—. Voy a salir.

—No —espetó Mia—. Solo es una tormenta. No les pasará nada.

—Eso no lo sabes. Y tu hermano también está ahí.

—¡No hace falta que me lo recuerdes! —espetó Mia—. Ahora mismo no puedo hacer nada por él, ¿vale? —Esperó un momento y luego continuó—. Ya viste cómo escalaron ese remolque.

Shana lo había visto, sí. Había visto a su hermana dirigirse hacia el vehículo, extender las manos como si estuviese imponiéndoselas y después subir y bajar de él de alguna manera. El resto la habían seguido. Le recordó una ocasión en la que su hermana, aún pequeña, había hecho salir a Shana al patio para enseñarle un rastro de hormigas negras que llegaba hasta un saltamontes muerto que los insectos habían empezado a diseccionar. «Quietas», había dicho Nessie mientras les ponía delante una ramita. Las hormigas habían subido por la madera, y después les había puesto delante una piedra, a

la que también se habían subido.

—Lo vi —dijo Shana.

—Puede que... No sé, puede que tengan poderes o algo así.

—Poderes, claro.

—Sí, superpoderes.

—No tienen superpoderes, Mia. Solo son... sonámbulos. Y como haya una inundación, un tornado o...

¡Puc!

Algo golpeó el parabrisas, como si les hubiesen lanzado una canica.

Después llegaron más golpes:

Pac. Pac. Pic. Puc.

Era blanco y redondeado.

—Está granizando —dijo Mia.

—Si hay granizo, puede que...

Se oyó una sirena de tornado a lo lejos.

Sonaba como el aullido de un alma en pena, pero al principio Benji se imaginó que solo sería el viento. Pero no era el viento, ¿verdad? El granizo empezó a golpear el remolque, y Benji se giró hacia los demás. Cassie, Arav, Martin y Robbie. Avigail conducía el camión que tiraba del remolque, y Remy la acompañaba de copiloto.

—Es la sirena de tornados, ¿verdad?

Robbie asintió.

—Solo espero que el remolque caiga encima de la bruja mala.

—He buscado información —explicó Arav—, y al parecer hay ocasiones en las que suena aunque no haya tornados. Podría significar que existen posibilidades de que se forme uno aunque todavía no lo haya hecho.

—Aun así, tenemos que pensar —dijo Benji—. ¿Qué podemos hacer? Si se forma un tornado y viene hacia nosotros, ¿cómo los salvaremos?

Los caminantes avanzaban detrás del remolque, impertérritos, hacia el ojo de la tormenta. No veía sus rostros desde allí debido a la lluvia y ahora al granizo, pero sí que veía sus contornos, sus siluetas, silenciosas, empapadas y de colores apagados mientras seguían su camino.

Sabía la respuesta a esa pregunta, aunque no estuviese dispuesto a pronunciarla en voz alta.

No podrían salvarlos.

—No podemos detenerlos —dijo Cassie.

Robbie los interrumpió:

—¡Y está claro que tampoco podemos desviarlos!

Martin resopló.

—Tampoco tenemos tiempo de cavar una zanja, ni ninguna manera de detener el tornado. No podemos cubrirlos con nada, ni...

—¿Y si se lo pedimos por favor? —dijo Robbie.

Arav sacó el teléfono.

—No tengo cobertura. Intentaba encontrar información sobre las medidas de seguridad que se deben tomar durante un tornado, pero...

—Un momento. —Benji sacó a Cisne Negro, que latió en verde a modo de saludo.

Después colocó el proyector hacia la pared sobre los ordenadores—. Cisne Negro es un teléfono satelital. Tiene cobertura. Cisne Negro, soy Benji. Necesito que nos des consejos sobre cómo mantenernos a salvo durante un tornado en campo abierto.

El teléfono proyectó las directrices de la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias:

Si es posible, métase en un edificio.

—Qué gran ayuda —dijo Cassie—. Quizá los tornados sean como los vampiros y no entren a menos que los invitemos.

La proyección continuó:

Si no hay ningún refugio disponible o no cuenta con tiempo para ponerse a cubierto, métase en una zanja o zona baja y agáchese cerca de un edificio resistente. Cuidado con las crecidas, que también pueden inundar las zonas bajas.

Y:

Use los brazos para protegerse la cabeza y el cuello.

—¿Y ya está?

El teléfono pulsó en verde.

—Bueno —dijo Robbie—, lo cierto es que si una nube embudo descarga sobre nosotros, necesitaremos seguir esos consejos. Puede que nos veamos obligados a meternos en una zanja dentro de poco si las cosas se ponen feas.

El remolque se agitó a causa del viento. El granizo rebotaba con el estruendo de miles de canicas contra el metal, un estrépito intenso y continuado. Pero por encima de él...

Benji juraría haber oído algo.

Una voz. O voces.

—¿Se le puede preguntar el tiempo a Cisne Negro? —inquirió Arav—. Podría darnos datos en tiempo real y...

Pero Benji levantó un dedo para que se quedase en silencio. Se le quedó esa cara de cuando pones la mirada perdida e intentas concentrarte para oír algo.

—¿Habéis oído eso? —preguntó.

—Yo he oído la sirena —dijo Robbie—. Y también un apocalipsis de granizo. ¿Se puede usar la palabra «apocalipsis» en ese sentido?

—No me refiero a eso. Shhh. He oído voces.

—Creo que hablas mucho con Cisne Negro, Benji.

—Un momento —dijo Cassie—. Lo acabo de oír.

El granizo se ralentizó unos instantes y el viento dejó de soplar...

Y, de repente, volvió a oírlo entre el clamor de la tempestad.

Con claridad.

—Alguien está gritando.

Tenía razón. Alguien gritaba. Pero ¿quién? ¿Y dónde? Todas las posibilidades empezaron a desplegarse en su mente. Alguien que podía ser o bien un pastor o bien alguien de los medios de comunicación estaba encerrado o asustado y pedía ayuda a gritos. La situación era muy comprometida e impredecible. Volvió a correr hacia la ventana para mirar al exterior. Era como mirar el interior de una lavadora: la lluvia que

no dejaba de salpicar, la espuma, el movimiento...

—Pásame la cámara de Remy —le dijo a Arav.

Arav le pasó la cámara de infrarrojos, y Benji la puso en el modo de imagen térmica.

Era la manera más sencilla de ver al rebaño en mitad de la tormenta: los caminantes tenían una temperatura corporal media menor que los no caminantes, de unos treinta y cinco coma ocho grados, por lo que los colores que emitían eran algo más tenues y apagados. Pero ahora los colores destacaban mucho más, una masa amorfa que se dirigía sin parar hacia el remolque. No había nada que le llamara la atención. Vio los colores de los pastores en sus coches a los lados, y deseó con todas sus fuerzas que se estuviesen planteando marcharse y ponerse a salvo para no tener que preocuparse por ellos, pero eran adultos que sabían lo que hacían. Los caminantes, por otra parte, parecían ser esclavos de un destino que no habían elegido.

Y la masa amorfa de colores que era el rebaño siguió titilando a través de la cámara, despacio.

Un momento. Ahí estaban otra vez.

Voces.

En la lejanía. Desde el lugar al que se dirigían los caminantes.

—Voy a salir —dijo al tiempo que se ponía la chaqueta.

Cassie lo agarró por el brazo.

—Tienes que relajarte, jefe. El viento de ahí fuera...

—Puede que alguien esté herido o en peligro.

—Joder —dijo Martin, que no se había quitado el abrigo—. Yo también voy.

—Un momento. Un momento —dijo Robbie—. No seáis imbéciles. Podríais ser vosotros quienes acabéis heridos o en peligro. Intentaríamos salvaros, claro, pero no nos obliguéis a hacerlo, por favor.

—No iremos muy lejos —repuso Benji, que abrió la puerta con brusquedad y se internó en el caos, seguido muy de cerca por Martin.

—Espero que esta mierda no me rompa el parabrisas —dijo Mia mientras el granizo no dejaba de repiquetear contra la parte frontal del vehículo—. Diría que ya ha empezado a joderme la pintura, y la verdad es que no tengo dinero para reparar nada.

A Shana le dieron ganas de soltarle un:

«Me importa una mierda tu camión. Lo que me importa son los sonámbulos».

Y estaba a punto de decírselo y tenía la boca abierta para hacerlo, pero en ese momento...

Vio un movimiento por el retrovisor del asiento del copiloto. Una silueta que se movía en la tormenta. Algo blanco, como una bandera agitándose. Se encontraba detrás de ellas, cerca del acceso a una granja que había a un lado de la carretera.

Y luego oyó voces.

—Hay alguien ahí —dijo—. Oigo gritos.

—¿Qué? —preguntó Mia—. ¿Dónde?

Pero a Shana no le dio tiempo a responder.

Porque ya había abierto la puerta y empezado a correr hacia la tormenta.

El viento no dejaba de empujarlo con fuerza y desequilibrarlo. Avanzaron por la acometida de la tormenta, y Benji estuvo a punto de arrastrar a Martin al suelo y tirarlos a ambos en una zanja. Martin le gritó a pesar del vendaval, pero él fue incapaz de



entender qué decía. Se enderezaron, y Benji se puso la capucha de la chaqueta (se dio cuenta de que ya era demasiado tarde cuando le cayó encima un chorro de agua que se había acumulado dentro). Después rodeó la parte frontal del camión ante la mirada sorprendida de Remy y Avigail, sentados en la cabina. Ella tocó en la ventana y le preguntó con gestos qué coño estaba haciendo, pero él ni se molestó en responder. En lugar de eso, se llevó la cámara a los ojos mientras que unos granizos del tamaño de un guisante no dejaban de golpearlo.

Volvió a ver la imagen térmica, y en esa ocasión le dio un buen repaso a la carretera, no al lugar en el que se encontraban los caminantes, sino hacia la dirección en la que se encaminaban.

Vio un camión solitario por allí y reparó en que se trataba del de uno de los pastores, aunque Benji no estaba seguro de cuál de ellos. Vio movimiento detrás del camión: dos figuras calientes y una fría cerca de la granja de piedra blanca que se dirigían hacia él, a unos cincuenta metros.

Reconoció los andares del cuerpo frío y más apagado.

Era un sonámbulo.

Uno nuevo, que acababa de aparecer para unirse a la función.

Y en el mejor momento.

Pero los otros dos...

Eran personas que lo seguían. ¿Familia? A saber...

Los gritos provenían de ahí. Le gritaban a quienquiera que fuese ese nuevo caminante. Enfadados seguramente, porque esa persona, que era alguien a quien conocían, y tal vez alguien a quien querían, se había levantado y salido a la tormenta mientras sonaba la sirena de tornados. Seguro que no entendían por qué había hecho algo así.

Y si intentaban detenerlo, todo terminaría en una tragedia llena de sangre y huesos.

Benji no tenía tiempo de explicarles nada.

Empezó a correr con todas sus fuerzas a través de la cortina de agua.

Shana vio salir a tres figuras a través de la lluvia y del granizo que le golpeaba la cabeza y los hombros.

Tres personas.

Una de ellas era un caminante. Lo supo al momento, porque se había pasado las últimas dos semanas analizando sin querer esos andares lentos, constantes e incansables. A pesar de la oscuridad, fue capaz de ver el blanco de esos ojos inertes que se acercaban a ella.

No podía saber qué edad tenía, pero sí que era un hombre. O un adolescente. Puede que llevase una camiseta blanca. Unos pantalones con peto. Hombros anchos. Era un hombre, sin duda.

Las otras dos figuras no eran caminantes.

Una de ellas pertenecía a una mujer. La otra era más joven, un chico. Ambos le gritaban al caminante. Alzaban la voz por encima del viento y de la sirena, y Shana oyó palabras y frases sueltas: «No vayas... Vuelve... ¿Es que no ves la tormenta?».

Y luego la palabra «papá».

Una suposición rápida: el caminante era el marido de la mujer y el padre del chico. Shana se abalanzó hacia ella con torpeza y sin pensárselo, agitando las manos y gritando como loca para que diesen la vuelta y volvieran a casa. Para que lo soltaran ahora que lo

habían alcanzado y empezado a tirar de él.

Entonces oyó una voz a su derecha.

Alguien corría hacia ella. No. Dos personas.

Los reconoció: eran Benji Ray y, detrás de él, Martin Vargas. Los dos se dirigían en línea recta hacia allí desde el remolque y habían atravesado el rebaño de sonámbulos para dirigirse hacia ese caminante solitario, ese padre que se afanaba por unirse a los demás, como una bola de metal que rueda hacia un imán muy potente.

Entonces lo entendió todo. La familia de ese nuevo caminante trataba de detenerlo.

Arrastrarlo a casa.

Pero eso tendría consecuencias terribles, por sensato que pudiese parecer. El CDC ya había advertido a la población. Estaba en todas las noticias: «No intenten detener a los caminantes...».

—¡Quietos! —gritó Shana al tiempo que agitaba los brazos como si advirtiese a unos conductores de que iban directos a un precipicio—. ¡Parad!

La lluvia empezó a caer de lado a medida que se acercaba. Shana vio que la mujer tenía el pelo largo y enmarañado y la boca abierta, suplicando desesperada mientras agarraba con fuerza a su marido. El niño, que no tendría más de diez años, tenía los talones enterrados en el suelo y tiraba del brazo de su padre como si jugase al juego de la sogá pero con vidas en juego.

El padre había empezado a temblar, y ahora abría la boca lo más que le resultaba posible.

Empezó a gritar, y se oyó a pesar de la lluvia. A pesar de la sirena.

«Va a explotar», pensó Shana.

Pero no dejó de correr.

Benji empezó a frenar un poco y se volvió a llevar la cámara a los ojos. La imagen mostraba que la temperatura corporal del hombre no hacía sino aumentar. Benji también vio que alguien corría para interceptarlos, una chica, una de las pastoras que se dirigía a toda prisa hacia la familia.

Otro movimiento rápido a un lado...

Benji se dio la vuelta y lo siguió: una silueta oscura, un fantasma gris con algo rojo que atravesaba la tormenta. Detrás de él, Martin también se giró para mirarlo...

Y fuera lo que fuese, chocó contra Martin, cuya cabeza se giró con brusquedad a un lado. El hombre lanzó un alarido y luego cayó al suelo.

—¡Martin! —gritó Benji.

Pero mientras lo hacía, pisó un charco más profundo de lo que esperaba y se le torció el tobillo. El dolor se apoderó de él y le recorrió las entrañas, y después solo recordó que había caído al suelo sin aliento.

La cámara repiqueteó en las piedras que tenía delante.

El padre de la familia de tres empezó a... hincharse. Shana lo vio con claridad, porque estaba cerca, muy cerca, y corría en línea recta hacia ellos. Su mente no dejaba de gritarle a su cuerpo que parase, parase y parase, pero siguió corriendo incluso cuando los brazos del hombre explotaron como globos, como si los bíceps hubiesen hecho presión desde dentro. Su pecho y su vientre se hincharon como si su interior albergase algo que se afanara por salir. La cabeza se le inclinó hacia detrás y abrió la mandíbula cada vez más y más, hasta que los huesos empezaron a chasquear y a rechinar y la boca

se le convirtió en una caverna muy profunda. Parecía una imagen imposible, como sacada de los efectos especiales de una película.

Era la imagen que Shana recordaría luego.

Pero lo demás no sería más que un borrón en sus recuerdos.

Lo único que le vendría a la cabeza cuando recordara aquel momento sería:

Su brazo extendido.

La sensación de que agarraba algo.

Sus manos alrededor de esa cosa. No, una cosa no. Un niño.

El niño. Pesado en sus brazos.

La lluvia que caía a plomo.

El granizo que rebotaba contra sus hombros.

El viento que aullaba y silbaba.

Cayó al suelo. Algo se rompió. Un hueso partido. Crac. Ese sería el primero de los muchos sonidos que la atormentarían a partir de ese instante. Mientras cerraba los ojos, oyó cómo el padre del chico no explotaba, sino que hacía pop, el sonido de la piel al rasgarse seguido de la salpicadura húmeda de todo lo que había en su interior. El estallido inhumano del hombre terminó pronto, pero justo en ese momento comenzó el de la mujer. El ruido sordo del mugriento y chabacano chapoteo de su cuerpo contra el suelo al caer contra los restos de lo que antaño fuera su esposo.

Retumbó un trueno. Arreció la lluvia.

## El brillo

Los miembros del Congreso del Partido Republicano le han insistido a la presidenta Hunt para que haga unas declaraciones sobre los llamados «sonámbulos» que ahora pasan por el centro de Indiana. La única respuesta ha partido del secretario de prensa Wells, quien ha dicho que Hunt está segura de que «el CDC no tardará en disponer de respuestas». Mientras tanto, y a rebufo de la campaña, el candidato republicano Ed Creel ha reiterado las teorías conspiratorias sobre Hunt con arreglo a las cuales ella podría ser la mente pensante que se halla detrás del «rebaño», una argucia para distraer a la población para no verse en la obligación de responder preguntas relevantes sobre las filtraciones de la Agencia Nacional de Seguridad del año pasado. En otro orden de cosas, la eclosión de unos cien tornados devastó ayer el Medio Oeste; siete de ellos pertenecían a las categorías EF4 y EF5. Aún se desconocen los daños o el número de fallecidos...

OSCAR CASTILLO , noticias de la mañana de la CBS

### ***20 de junio. Mercy Hospital, Waldron (Indiana)***

**B**enji respiró muy hondo cuando levantó la cabeza del pecho de repente.

Parpadeó.

«¿Me he quedado dormido?»

Tragó saliva. Tenía la boca seca. Se colocó bien y se incorporó en la silla del hospital. Había una ventana frente a él. El cielo seguía oscuro y no había dejado de llover, pero en ese momento era más bien una llovizna, un repiqueteo de gotitas contra el cristal. Miró el reloj. Las cuatro y media de la mañana. Miró de reojo y vio una puerta con el cartel de MORGUE .

Los recuerdos volvieron a su mente como alguien que le da la vuelta a una mano de póquer sobre la mesa. Una a una.

Martin, golpeado por lo que parecía ser un pedazo de señal de stop que había salido volando.

El dolor en el tobillo de Benji mientras caía.

La cámara que volaba por los aires.

La chica, la hermana de Nessie, corriendo.

A pesar de la lluvia, Benji se había puesto en pie, con el tobillo dolorido y todo, y tomado una decisión: corrió hacia la familia en lugar de hacerlo hacia Martin. Pero ya era demasiado tarde en ambos casos.

Recordó la forma en que la piel del hombre se había hinchado y desgarrado, cómo se había abierto. Lo que salió de su interior no era agradable de ver: una lluvia de huesos

relucientes y sangre roja, y la mujer que lo agarraba, su esposa, siguió haciéndolo mientras explotaba entre sus brazos. Y los restos la mancharon. De arriba abajo. Mientras gritaba. Después cayó al suelo.

Y después Benji pensó en lo peor:

«Necesito sus cuerpos».

La muerte era una tragedia.

Pero la muerte también aportaba datos.

Recordó que se había acercado cojeando hasta la mujer y el marido, dos granjeros. De él quedaban poco más que una pila de restos, serpentinas de piel y pedazos de órganos tachonados con astillas blancas de los huesos. La mujer seguía viva, aunque no por mucho tiempo. Las astillas se le habían clavado por todo el cuerpo en ángulos impredecibles. De una de ellas, situada en el cuello, manaba una sangre que se confundía con la lluvia y le resbalaba por el cuerpo. Antes de que Benji fuese capaz de hacer nada, la boca de la mujer se había quedado inmóvil mientras la vida abandonaba su mirada y dejaba solo unas ventanas que daban a una casa vacía. El resplandor de un relámpago.

Y un pensamiento terrible y despiadado:

«Necesito sus cuerpos».

Y una conclusión aún peor:

«Y la tormenta va a llevárselos por delante».

Necesitaba pruebas. Los caminantes no podían sufrir cortes. No sangraban. No había cuchillo ni aguja que los perforase.

Y ahora tenía frente a él una pila con todo lo que necesitaba.

Benji recordó cómo se había quitado la chaqueta a toda prisa para meterla debajo de esa pila de restos y rodearlos con ella. Había hecho algo terrible y recordó que había gritado, como si le doliese. Sintió repugnancia, pero también la necesidad de hacerlo. Recordó haber pensado:

«Esto era una persona hace unos instantes».

Y eso era todo. Ahora se encontraba en una silla frente a la puerta de la morgue del hospital. Intentó recordar cómo había llegado allí..., pero no tuvo que pensar demasiado para encontrar la respuesta. Habían llegado. La chica, la hermana de Nessie, y detrás de ella otra pastora, una joven cuyo nombre desconocía. Ellas fueron quienes lo habían llevado hasta allí en coche. Lo habían ayudado a coger los restos del marido y el cuerpo de la mujer para meterlos en la parte de atrás del vehículo.

Y luego estaba el chico.

Solo tenía un brazo roto. Gracias a ella.

Benji se enderezó como pudo. Se llevaron un susto tremendo por aquel súbito movimiento.

—Lo salvaste —dijo Benji, y luego se dio cuenta de que lo había dicho sin contexto alguno, apenas un galimatías. La adolescente parpadeó y lo miró como si le faltara un tornillo. Él suspiró—. Me refiero al niño. Lo salvaste.

—Ah. —Ella se miró los pies—. No lo sé.

—No, no. Está claro que lo salvaste. Me acuerdo. Estaba agarrado a sus padres cuando... cuando su padre... ya sabes. Podría haber terminado igual que su madre. Pero corriste hacia él. Le salvaste la vida. ¿Cómo te llamabas?

—Shana. Shana Stewart.

Benji se puso en pie. Le dolía el tobillo y estuvo a punto de caerse, pero no lo tenía roto, por lo que hizo de tripas corazón y le tendió una mano.

—Soy el doctor Benji Ray.

La otra chica mascaba chicle, y lo miró de arriba abajo con ojos tristes.

—Nos acabamos de bañar. Tú estabas dormido.

—Da igual —dijo él al tiempo que retiraba la mano—. El niño... ¿está bien?

Fue Shana la que respondió:

—Eso creo. Solo tiene un brazo roto, que yo sepa. —Puso un gesto triste de amargura—. Pero, a decir verdad, no creo que esté bien.

—No, es posible que no.

La vida del niño sería muy diferente a partir de entonces, fuera quien fuese. Sus padres habían muerto por causas antinaturales. Benji sabía que el sistema no era nada amable con los huérfanos, pero las circunstancias tal vez le permitiesen no pasar desapercibido.

—¿Y vosotras? ¿Estáis bien?

—Sí, sí. Solo queremos volver —respondió la otra pastora.

—Perdona. ¿Cómo te llamas? —preguntó Benji.

—Mia.

—Gracias por traerme en coche, Mia. Gracias a las dos... Habéis hecho más de lo que creéis. No habíamos podido analizar a los sonámbulos como Dios manda y, aunque las circunstancias no son las más adecuadas, esto nos permitirá hacerlo. —Hizo una pausa—. Lo siento. Seguro que ha sonado muy insensible y desagradable. No era mi intención.

—Tranquilo —dijo Shana, con una sonrisa triste que en realidad le dejaba claro que, en efecto, había razones para no estar tranquilo.

—Tenemos tantas ganas como tú de saber qué está sucediendo aquí —terció Mia—. Hay miembros de nuestras familias entre esos caminantes. Su hermana. Mi hermano.

—Gracias de nuevo.

Las jóvenes asintieron y empezaron a alejarse entre murmullos. Pero después Shana echó la vista atrás y dijo:

—No sé si ese compañero tuyo sigue ahí dentro con... con los restos. Por si te lo preguntabas.

—¿Compañero?

Shana asintió.

—Uno que llegó mientras dormías.

Sintió cómo el pánico se extendía por su cuerpo, como si le hubiesen tirado encima un cubo de agua fría.

«Los cuerpos.»

La última vez que hubo cadáveres, los habían robado.

Pero ahora había sido él quien los había llevado aquí. ¿Qué había podido pasar después?

«No, no, no —pensó—. Puede que haya entrado alguien. ¿Y si se los han vuelto a llevar mientras dormía? ¡Imbécil!»

Corrió hacia la puerta de la morgue.

Y justo en ese momento se abrió con su mecanismo automático.

Un hombre se perfiló bajo el umbral, ataviado con un equipo de protección individual. La sangre del traje lucía de color púrpura en el azul de la prenda. Benji vio un rostro

familiar al otro lado de la máscara: Robbie Taylor.

—Estás hecho unos zorros, Benji.

Benji asintió, cabizbajo. Le entraron ganas de acercarse y darle un abrazo.

—Estoy hecho unos zorros, Robbie.

—No quería despertarte... Dormías como un angelito.

—Pues te equivocas.

—Ya, las cosas se han complicado, ¿verdad? Además, ya se te veía muy cansado desde que empezó todo esto. Y parece que las cosas se van a complicar aún más.

—Ya, ya lo he visto en tu mirada —dijo Benji—. Estamos de mierda hasta el cuello, ¿verdad?

—¿Hasta el cuello? Nos hemos tirado de cabeza y no hay manera de salir.

Estaban en el aparcamiento, sentadas en el viejísimo Bronco de Mia.

Mia puso en marcha el motor, pero Shana dijo:

—Espera.

Y Mia esperó.

Fuera del coche y lejos del aparcamiento, junto a los árboles, vio el resplandor de la aurora. La tormenta había pasado y no tardaría en amanecer.

—¿Qué pasa? —preguntó Mia.

Shana no respondió. Porque aunque la tormenta del exterior ya había amainado, la de su interior apenas comenzaba a arreciar. Se extendió por todo su ser y la obligó a agarrarse al salpicadero mientras las lágrimas brotaban de sus ojos y daban paso a unos sollozos bruscos y entrecortados. Se hizo un ovillo, como si se doblase sobre sí misma. Se agarró las rodillas y se las llevó al pecho. Se rodeó las espinillas con los brazos. Las lágrimas no le dejaban ver nada. Quería hablar con Mia y decirle «Estoy cansada. La noche ha sido muy dura», pero lo único que brotó de sus labios fueron una serie de balbuceos ininteligibles.

Mia le dio un pañuelo y le puso una mano en el hombro.

Un gesto insignificante, que en ese momento lo significó todo para Shana.

Y al igual que la otra tormenta, aquella pasó también. Poco a poco.

Shana respiró hondo. Parpadeó para dejar fluir las lágrimas.

—Vamos a ver a nuestras familias —dijo.

Mia arrancó.

Subieron juntos por las escaleras para visitar a Martin Vargas. Tenía puesta la bata de hospital y una venda en la cabeza. Aun así, se las ingeniaba para ofrecer un aspecto atractivo.

—Por Dios, Martin —dijo Benji mientras le miraba la cabeza—. ¿Te han puesto puntos?

—Tres. No es nada serio, pero me di un buen batacazo con esa señal de stop. —Gruñó mientras se incorporaba en la camilla—. Un traumatismo, nada más. Pásame el mando.

—Benji le tiró el mando de la televisión, y Martin la apagó—. ¿Alguna novedad? Dime que conseguimos los restos y que han empezado con la autopsia...

Robbie asintió.

—Benji hizo el trabajo sucio y yo me he encargado del fiestón *post mortem*. Y... Ay... —Cogió una silla y se derrumbó en ella—. Bueno. Solo he sacado conclusiones preliminares, claro. Aún no tenemos una prueba toxicológica completa y llevará tiempo

hasta que los técnicos tengan el resultado del hemograma, pero el análisis preliminar de las vísceras confirma algo que ya sabíamos: que el paciente, un hombre llamado Clade Berman, de cuarenta y cinco años, murió a causa de una... explosión interna. —Imitó con los labios el sonido del corcho al salir de una botella—. Dios, quedó hecho un desastre, como si una bomba hubiese estallado dentro de su cuerpo.

—¿Había algo? ¿Encontraste algo parecido a una bomba?

Era una pregunta tonta, pero tenía que hacerla. «Circunstancias antinaturales», se recordó.

—No. No encontramos cuerpos extraños en el interior. Tampoco prótesis de extremidades, ni marcapasos, ni nada en el estómago..., que yo recuerde... Ni quemaduras químicas. Nada. *Niente* . *Rien* . El historial médico confirma que gozaba de buena salud, aunque se rompió una rodilla hace unos años. No tenía seguro médico, lo cual no es ninguna sorpresa, dado lo caros que están. Nada destacable. Aunque...

—¿Aunque qué? —preguntó Benji.

—Pues que cuando analizamos las muestras con el microscopio, las cosas se pusieron... raras de cojones.

Dijo lo de «raras» como si no fuese exactamente lo que quería decir, pero no se le ocurriera otra palabra.

—¿A qué te refieres? —preguntó Benji.

—Tomé muestras de los órganos, de la piel, de los músculos, de las vértebras y del cerebro. Y vi muchos daños a nivel celular... ¿Me sigues?

—¿Daños? —preguntó Martin—. ¿Necrosis de las células?

—Eso es. Algo similar a la necrosis caseosa. —La necrosis caseosa era el tipo de muerte celular propio de las enfermedades fúngicas o causadas por micobacterias, pero también de otros agentes externos. Eran células que explotaban y esparcían sus restos—. Pero tampoco se puede afirmar que sea eso. La necrosis caseosa es un proceso lento, y esto... no lo ha sido. Tampoco se han encontrado restos. Ha sido algo muy rápido. A las células les ha pasado lo mismo que a él: han explotado un diez por ciento.

Al parecer, un diez por ciento era suficiente para que explotara todo.

Robbie le pasó el teléfono. Benji lo cogió, se lo tendió a Martin y los dos se inclinaron sobre la pantalla para mirar una serie de imágenes de microscopio.

Benji vio a qué se refería Robbie: las células habían estallado por un lado, y los orgánulos estaban rotos o esparcidos por aquí y por allá, como si los hubiese disparado una pistola de aire comprimido desde dentro de un arándano, no a través de él, sino desde el interior. Y eso le hizo recordar algo.

Sintió que lo había visto antes.

Pero ¿dónde?

Apretó los dientes mientras trataba de recordarlo.

—¿Qué podrá ser? —preguntó Martin.

—No es algo típico de un virus —dijo Benji—. ¿Un hongo, quizá?

Tenía sentido que se tratase de un hongo parásito, ¿no? Las enfermedades fúngicas podían contar con microsporidios insidiosos. Algunos fusionaban las células para que resultase más sencillo infectarlas. La fiebre del valle, causada por esporas presentes en el viento de la región sudoeste del país, era una enfermedad sistémica y oportunista que causaba necrosis caseosa en las células, pero seguía siendo más lenta. Los cambios de conducta ya eran mucho menos frecuentes y había que irse a los llamados hongos



zombi, los *Cordyceps*, que eran capaces de controlar un insecto. Una hormiga infectada sufría convulsiones mientras el hongo se abría paso por el exoesqueleto hasta que tomaba el control de los movimientos del insecto para llevarlo hasta el tallo de una planta, al que se agarraba antes de explotar. Y eso esparcía las esporas entre más hormigas que habría debajo.

¿Y si se tratara de eso? Sin duda, los *Cordyceps* podían poner patas arriba las células de las hormigas, pero lo cierto era que lo hacían despacio. Los microsporidios destruían los orgánulos de las células, mitocondria incluida. Benji le daba vueltas y más vueltas a las posibilidades. Si el hongo se extendía por la epidermis, ¿sería lo bastante fuerte como para resultar impenetrable para las agujas y los cuchillos? Parecía imposible.

—¿Se han encontrado pruebas de infección fúngica? —preguntó Benji.

—Nada. Estaba limpio.

Martin preguntó:

—¿Crees que son *Cordyceps*?

—No lo sé. —«En realidad, no sabemos nada», pensó Benji—. Es lo que tiene más sentido, pero al mismo tiempo... no tiene el sentido suficiente. Disponer de más información no nos ha ayudado a aclarar nada.

—Pues atentos, que voy a complicar las cosas aún más —dijo Martin.

—Joder —maldijo Robbie.

—A ver qué vas a decir —dijo Benji.

—No voy a decir nada. Voy a enseñaros una cosa.

Durante el camino de vuelta al rebaño, pasaron por Waldron, un pueblecito cuya calle principal no tenía semáforos ni líneas pintadas en el suelo. Shana vio un taller en una esquina y, frente a él, un pequeño aparcamiento para el autobús escolar que, en realidad, parecía un cementerio de autobuses. Pasaron junto a una cafetería, una tienda pequeña, una gasolinera y casas y adosados tan deteriorados que parecían a punto de derrumbarse y pasar a mejor vida antes de descomponerse del todo.

Pero vieron algo más mientras se dirigían hacia el sur a través del pueblo: camiones de las noticias. Y, fuera de ellos, reporteros y cámaras que se preparaban para grabar. Sin duda, sabían que los caminantes iban a pasar por allí.

—Son como buitres —dijo Shana.

Mia se encogió de hombros.

—Se limitan a hacer su trabajo.

—Sí, pero su trabajo consiste en joder el nuestro.

—Nosotras no tenemos trabajo. Nadie nos paga. De hecho, casi me he quedado sin pasta. Tendré que decirle a mi madre que me envíe algo de dinero y retirarlo en Correos o algo así. Joder.

—Por cierto, ¿a qué te dedicabas antes de que sucediera todo esto? ¿En qué trabajabas?

—¿El último trabajo que tuve? Pues era camarera. En un gastrobar terrible de Cleveland: Barn and Burger. Siempre tenía que servir a hípsteres pijos y malditos cabrones que pensaban que eran progresistas pero que no eran más que un puñado de conservadores llorones y misóginos. Bla, bla, bla cervezas artesanales. Bla, bla, bla, un candidato ajeno al bipartidismo. Bla, bla, bla, bla, Abercrombie & Fitch. Cuánto me alegro de no seguir allí. —Torció el gesto como si fuese a vomitar—. Aunque tampoco me

gusta haber dejado de cobrar, claro.

Dejaron atrás el pueblo y Mia pisó el acelerador. El Bronco se abalanzó hacia delante como si le hubiesen metido un petardo en el culo. Atravesaron campos anegados. Vieron algún que otro árbol caído. Shana miró en la parte de atrás y vio manchas rojas. También las olió. Era un olor fuerte y metálico, parecido al de un ternero muerto.

—Vas a tener que limpiar el Bronco —dijo Shana—. Por lo de anoche, ya sabes.

—Joder. No lo había pensado.

—Lo siento.

—Mejor lo quemó y ya está.

Empezaron a ver más vehículos cuando habían recorrido unos kilómetros hacia el sur. Algunos eran de los medios de comunicación locales, pero otros no les resultaban familiares: eran coches y camiones que no reconocían. Al parecer, se trataba de personas de a pie, gente que se había colocado allí a la espera para mirar.

—¿Eso que acabo de ver es una heladera en el asiento de atrás del camión de ese tío? —preguntó Mia.

—Yo vi a una señora sentada en una silla de jardín.

—Menudos cotillas, joder.

—Parecen turistas de mierda.

El Bronco dobló una esquina, y una de las ruedas de atrás tropezó con un bache. Cuando se recuperaron del bote, Shana vio que tenían el rebaño delante. Y también a algunos pastores a quienes conocía, no solo algunos coches patrulla o el remolque del CDC, sino caravanas, furgonetas y vehículos modulares. También vio a la Bestia, que cerraba la marcha. Le dio la impresión de que había más medios de comunicación: cámaras por todas partes y micrófonos ante las bocas de mucha gente.

«Lo de anoche lo ha cambiado todo», pensó Shana.

Eso significaba que los medios de comunicación sabían lo que había ocurrido, que alguien les había dicho lo del pobre diablo que había explotado como un petardo. Aunque quizá no se debiese solo a eso, quizá lo hubiesen grabado todo, a los caminantes subiendo por el remolque y a su hermana delante de todos. Quizás habían grabado a ese hombre saliendo de su casa mientras su familia se empeñaba en detenerlo. Quizá millones de estadounidenses hubiesen visto la noche anterior el vídeo de un hombre que explotaba como un globo y lo dejaba todo perdido de vísceras y sangre. Eso significaba que también la habían visto a ella, corriendo a través de la tormenta para agarrar al niño. De repente, sintió que toda esa gente a la que «tampoco le gusta haber dejado de cobrar, claro» le parecían intrusos. Obstáculos que se interponían en... ¿cómo lo llamaba Mia? Su «misión sagrada».

Lo cierto era que Shana tampoco estaba segura de que ese fuera el nombre más adecuado, pero era algo que sentía en ese espacio vacío que todos tenemos entre el corazón y el estómago.

—Para. Tengo que ver a mi hermana.

Esa era otra de las cosas que sentía en esos momentos. Sentía la necesidad de volver junto a Nessie solo para comprobar si estaba bien. Mia asintió y detuvo el coche a unos doscientos metros de los caminantes.

Shana abrió la puerta del copiloto, hizo de tripas corazón a pesar del cansancio que sentía y empezó a caminar a grandes zancadas hacia los sonámbulos.

Vio a su hermana al frente del rebaño. Con los brazos a los costados. El pelo algo

húmedo todavía, colgando en mechones junto a sus mejillas pálidas y llenas de pecas.

«Necesita champú. Tengo que pedirle un poco a papá», pensó Shana. Empezó a correr y oyó que alguien decía:

—¿Es ella?

Y luego:

—Sí que es ella.

Sin saber muy bien cómo, se vio rodeada por micrófonos de repente. Una mujer con un peinado que parecía un casco empezó a decir:

—Fuiste la que salvaste a ese niño anoche...

Un hombre con el pelo tan rapado que parecía estar a un suspiro de quedarse calvo la interrumpió:

—¿Qué se siente al ver cómo alguien explota a tu lado?

Otra palabra:

—Heroína...

Y otra:

—Salvadora...

Una tercera:

—Infectada...

Shana apartó los micrófonos y las cámaras.

—Apartaos —espetó—. Solo quiero ver a mi hermana. Quiero estar con Nessie.

No dejó de oír preguntas detrás:

—¿Tu hermana no fue la primera sonámbula?

—¿Qué opinión te merece el que os llamen pastores?

—¿Qué crees que está ocurriendo? ¿Shana? ¿Shana?

Pero no les prestó atención. Apretó los dientes, se mordió la lengua y siguió a paso firme en dirección a Nessie.

«Mi hermanita.»

La chica miraba hacia delante, con las pupilas tan dilatadas que parecían botones negros. Tenía la boca cerrada en esa delgada línea que ahora resultaba muy familiar. No sonreía, ni tampoco tenía el ceño fruncido. Shana corrió a ponerse junto a ella y empezó a caminar al ritmo de Nessie. Le acarició el pelo. Le besó la mejilla. Trató con todas sus fuerzas de no llorar, pero de todos modos derramó alguna lágrima. Después le dijo a Nessie:

—Siento haberte abandonado anoche, pero tenía cosas que hacer.

Le contó a Nessie toda la historia.

Mientras las cámaras seguían grabando.

Martin hizo que Benji le acercase el portátil de la mesilla donde lo tenía cargando. Después, cogió la mochila del suelo y desenrolló un cable que conectó a algo que Benji reconoció al momento.

La cámara de infrarrojos.

Luego la conectó al ordenador.

—Se me había caído —dijo Benji.

—Lo sé. Ya te vale, una cámara tan cara ahí en el suelo durante una tormenta.

—Estaba ocupadillo, ya sabes.

—Yo he hecho cosas peores —dijo Martin al tiempo que encendía la cámara—. Una vez

perdí un vial lleno de *Brucella* ...

—¿Qué?

—No es que me sienta orgulloso, pero es agua pasada. Era joven y... Aquí está.

Robbie se encontraba detrás de ellos y todos miraron la pantalla, que pasó del escritorio a una grabación de la cámara. La imagen era térmica: un azul oscuro moteado por manchas de color titilante, como una especie de lámpara de lava psicodélica. La gradación del color era suficiente para discernir lo que se veía en pantalla. En ese caso, la temperatura normal de madre e hijo y la cada vez mayor del padre, un caminante al que no dejaban avanzar.

Ese fue el momento en que la cámara cayó al suelo y repiqueteó hasta quedar de lado. Benji, o más bien su tobillo, recordaban muy bien ese momento.

—Siguió grabando —dijo Benji, a punto de reír. La imagen estaba torcida como la cámara, pero no dejó de grabar.

—Ya ves. Es una cámara muy resistente.

Apareció otra persona: Shana. Benji volvió a recordar el absurdo arranque de valentía de la joven. No tenía nada que ganar. Clade Berman, el hombre que explotó, estaba lejos de su hermana y no suponía un peligro para nadie, excepto para su familia. Eso convertía a Shana en alguien de un valor sin explotar (ahí estaba otra vez esa palabra, que volvía a aparecer en su mente después de su conversación con Arav) o en alguien que no se quería mucho a sí misma ni a su vida.

(«Son cosas que suelen ir de la mano, ¿no?», pensó.)

La temperatura de Clade Berman pasó del naranja al rojo hasta alcanzar el máximo que mostraba la cámara: el blanco. Justo en ese momento, la mancha térmica que era Shana Stewart pasó a toda prisa, agarró al chico y lo arrastró lejos de su padre.

Y fue justo entonces cuando esos borrones de color con la forma de Clade Berman se convirtieron en borrones de color con la forma de alguien a punto de explotar, sin interferencias de la lluvia ni de la oscuridad. Se le antojó algo sacado de unos dibujos animados, algo hinchado que se agrietaba y agrietaba hasta que se rompía. Era como si hirviese. Su silueta siguió deformándose, bolsas hinchadas, vejigas llenas de gas y sangre que crecían en su interior...

Y detonó. Sin más.

Como un globo que hacía pum.

«Un globo humano», pensó Benji.

—Ahora es cuando se pone interesante —le advirtió Martin.

Pasó el vídeo un poco hacia atrás, hasta el momento en el que Berman seguía hinchándose. Después empezó a reproducirlo fotograma a fotograma.

Clic. Clic. Clic.

Clade Berman volvió a detonar.

Clic. Clic. Clic.

Y fue entonces cuando Benji lo vio. Encima de lo que antes era Berman había señales de calor. Una especie de chorro de partículas, una nube pequeña que parecía formada por púas calientes que conformaban un mar de puntitos sobre la figura que acababa de estallar.

—¿Lo has visto? —preguntó Martin.

—Lo he visto. Pero está claro que no es más que... sangre. Tiene que haber estado hirviendo. Si el chorro estaba a la temperatura adecuada...

—¿Crees que lo que acabas de decir tiene sentido?

Se quedó de piedra.

—No, en realidad no. —Empezó a susurrar, como si reflexionase en voz alta—: La lluvia era torrencial, y el viento, huracanado. Pero...

—Eso mismo. Pero... —dijo Martin al tiempo que asentía—. Ese chorro, como lo has llamado, salió despedido hacia arriba. A pesar de la lluvia.

—A pesar del viento.

Martin volvió a reproducir el vídeo.

Clic. Clic. Clic.

La rociada no se entremezcló con el viento.

Tampoco ascendió antes de caer, golpeada por la lluvia.

Siguió subiendo. Arriba y arriba. Hasta que desapareció del encuadre.

Como un fantasma. Un espíritu libre, un alma eyectada de un cuerpo.

Benji se acercó a la cámara y cambió de la visión térmica a la normal: la cámara grababa todo el espectro y podía cambiar en cualquier momento con solo girar una rueda.

—¿Qué buscas? —preguntó Martin.

—No lo sé. Algo que le dé sentido a todo esto.

Rebobinó el vídeo hasta el momento en el que Berman había estallado. No era una imagen que quisiese reproducir de nuevo, ni mucho menos, pero tenía que hacerlo dada su condición de médico y científico. Aquella muerte podía aportar datos. La imagen que se veía en pantalla en esos momentos era turbia y carente de sentido. Se veía a la familia Berman, sí, y también al borrón que resultó ser la adolescente que había cogido al niño, pero la explosión en sí no se apreciaba bien. La lluvia la ocultaba. También la oscuridad. Benji vio el movimiento causado por la detonación entre la penumbra: el aire agitado, una decoloración repentina de un rojo oxidado y oscuro; pero los detalles quedaban velados. Todo seguía igual mientras pasaba uno a uno los fotogramas, por mucho que se concentrase en el espacio oscuro que había sobre el hombre explosivo.

Y entonces...

El más tenue de los brillos.

Golpeó la pantalla con el índice. Toc.

—¡Ahí está! ¿Lo has visto?

Martin se inclinó hacia la pantalla. Benji volvió a pasar los fotogramas hacia delante y hacia atrás, tres hacia atrás y luego tres hacia delante. Una y otra vez. Para reproducir en bucle un instante.

Un instante en el que algo casi imperceptible se agitaba sobre el cuerpo explosivo de Berman. Como el *flash* de una cámara que ilumina una nube de polvo.

—Tal vez esté relacionado con la tormenta —aventuró Martin—. Quizá sea un relámpago o... una esfera luminosa u otro fenómeno desconocido...

Pero se quedó en silencio cuando Benji cambió la imagen otra vez a la cámara térmica.

Las imágenes casaban. El brillo concordaba con los puntos de calor de ese chorro impasible que había salido del hombre. Eso sí, la luz no duraba tanto como el calor que se registraba en la imagen térmica.

Pero era innegable que brillo y calor estaban conectados.

Benji se reclinó en la silla.

Trató de asimilar lo que acababa de ver. Dejar que pasase el momento y esperar la

lucidez, una revelación repentina.

Pero no ocurrió nada. Solo sirvió para intensificar el misterio, no para resolverlo. Robbie fue el primero en poner palabras al sentimiento generalizado:

—¿Qué coño ha sido eso?

—Pues está claro que no es una respuesta, sino más preguntas —comentó Benji.

Martin titubeó. El rostro cincelado y atractivo se retorció en un gesto casi cómico.

—¿Qué? —preguntó Benji—. ¿Qué pasa?

—Una cosa más.

—Por Dios. ¿El qué?

—Quiero que te encargues de la investigación del SIE, Benji.

«Vaya.»

## Sal y luz

La serpiente de cascabel se convirtió en un símbolo del país desde la época de las trece colonias, que solían verlas por sus tierras y que las asociaron, junto con el águila, con el hecho de haberse librado de la opresión británica. La más conocida es la de la bandera de Gadsden, donde una serpiente enroscada aparece sobre la frase «No me pises». La bandera del regimiento de John Proctor en Filadelfia también tenía una serpiente de cascabel enroscada, así como la de la milicia Culpeper Minutemen de Virginia, que también usaba la frase «Libertad o muerte». Durante los últimos años, la serpiente de cascabel ha tenido un resurgimiento debido a su uso por parte de los supremacistas blancos, que la han usado junto a otros símbolos de la ideología como el martillo, el puño, la bandera confederada, la Cruz de Hierro, la espada y otros.

LIGA AMERICANA ANTIODIO (LAA). Informe anual de simbología que incita al odio,  
2017

### ***20 de junio. Iglesia de la Luz de Dios, Burnsville (Indiana)***

**D**ormir era como un sueño no cumplido y al que Matthew ya había renunciado. Se quedó despierto toda la noche y revisó no solo el Apocalipsis, sino también las obras de otros profetas como Ezequiel y Daniel. También los evangelios de san Marcos y san Juan. Llegó un momento en el que pensó que al fin podría descansar un poco y dormir antes de la misa del día siguiente, pero cuando entró en la habitación vio a Autumn sentada en la cama con la televisión encendida. Y las noticias...

Esa noche le dedicó su oración a la familia Berman.

Conocía a Clade. No demasiado bien, es verdad, pero era un buen hombre e iba a la iglesia, aunque no fuese a la de la Luz de Dios. Formaba parte de la Iglesia Metodista Unida que se encontraba al este de Waldron. Matthew había hablado con Jessa, su mujer, varias veces y solo una con Owen, su hijo. Todos eran buena gente. Gente trabajadora. Clade era contratista y había empezado a instalar aislamiento térmico. Ella era... ¿fisioterapeuta? Como solía decir el padre de Matthew: la sal de la tierra. Era una cita del santo evangelio según san Mateo: «Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no serviría más que para ser tirada y pisoteada por los hombres». Es un pasaje que hablaba de los que se aferraban a la ley y la gracia de Dios, que eran los portadores de la sal, o la sabiduría de la tierra.

Y perderla era sinónimo de perderlo todo.

El pasaje lo dejó muy afectado de repente.

¿Acaso había perdido la sal?

¿Había perdido la sabiduría?

¿Había perdido la razón?

Lo cierto era que ser pastor tenía sus altibajos. Podía decirse que se trataba de un oficio sagrado, pero también era su trabajo, y los trabajos siempre tienen detrás mucho... papeleo. Mantenimiento. Libros de cuentas. Más rigor y rutina que gracia y magnificencia. Con el tiempo, Matthew también había caído en algunos lugares comunes a la hora de interpretar la Biblia: regentaba una iglesia baptista, sí, pero también era una más progresista que otras. Por eso, algunos de sus sermones se centraban más en lo académico o en lo poético, y siempre había afirmado que era complicado tomarse la Biblia al pie de la letra, sobre todo si tenías en cuenta que había cuatro evangelios sobre Jesús. Cuatro historias enfrentadas que no casaban entre ellas, lo que dejaba claro que era imposible tomarse el libro de manera literal.

Cuando alguien se inquietaba con una de las frases del libro, Matthew solía decirle con cierto descaro:

—Léela en sentido literario, no en sentido literal.

Ahora no estaba tan seguro.

La rabia y el miedo se apoderaron de él mientras veía las noticias y la escena de la muerte de Clade Berman y su mujer. Una y otra vez. No era una muerte natural. El de los caminantes no era un fenómeno natural. Eso era algo que le quedó muy claro. ¿Cómo iba a serlo? No había ninguna enfermedad igual.

Volvió a oír las palabras de Ozark Stover para recordárselo.

Acaso algo hubiera envenenado las aguas y convertido a esas personas en esas otras... cosas, en esos sonámbulos desconocidos. Acaso hubiera sido cosa del cometa. Acaso del Diablo. O acaso se tratara de la prueba de que estaba a punto de ocurrir algo incluso peor. Los caminantes no servían a Dios. Dios no les haría algo así a los estadounidenses.

Matthew le dijo a Autumn que apagase la tele y durmiese un poco.

Pero él hizo caso omiso de su consejo. Volvió al despacho y siguió leyendo más y más. Le escocían los ojos a causa del cansancio, pero el corazón no dejaba de latirle desbocado y no podía hacer otra cosa que pensar en bucle en las imágenes de las noticias, en el pobre Clade Berman explotando como un petardo que alguien sostiene con fuerza dentro de un puño cerrado.

Matthew rezó. Rezó para mostrarle su rabia a Dios, ya que sabía que era parte de lo que tenía que hacer: desafiar y enfrentarse al de arriba cuando no comprendía algo. Y sabía que después tendría que implorar perdón por haberle desafiado. Ese era el tipo de relación que tenía con Él.

Amaneció. Matthew se encontraba sentado en el porche. El sol había empezado a rasgar el horizonte dejando una cicatriz roja y sangrante.

Entró, desayunó un plátano y les dio los buenos días a Autumn y a Bo. Les pidió a ambos que fuesen a la misa de esa mañana. Autumn solía ir, pero a Bo le costaba un poco más. Aunque aquel día iría porque Ozark se lo había pedido. Eso era algo que preocupaba a Matthew, pero se convenció de que en parte tenía que ser por la falta de sueño. Que su hijo fuese a la iglesia era una bendición, con independencia del motivo.

Después se preparó.

En verano solía llevar un atuendo menos formal. La ropa de un pastor era para algunos como una vaca sagrada, pero Matthew no tenía tiempo para vacas y sabía que a veces un matadero podía venir bien para cambiar la percepción de la gente. Quería tener



ante sus feligreses el aspecto de una persona más, con ropa normal y sin palabras rimbombantes. Quería que se sintieran más cómodos, sobre todo en lo referente a las expectativas de Dios con la humanidad. Pero aquel día no iba a hablarles de nada de eso. Quería ponerse muy serio. Se puso una camisa de botones. Unos pantalones de pinzas. Unos tirantes y una corbata.

«Ha llegado el momento del espectáculo», pensó después.

Era un espectáculo que sabía que no atraería mucho público. La iglesia tenía un número regular de feligreses: tres docenas el mejor de los días. Pero eran sus feligreses y estaba dispuesto a ayudarlos con sus problemas espirituales, fuesen trescientos o fuesen tres mil.

Salió por detrás y entró por la puerta principal de la iglesia de la Luz de Dios. Subió a la tarima, sin aliento y mientras las rodillas no dejaban de temblarle. Vio que las tres docenas de personas habían pasado a ser casi el doble. Había por allí gente que no había visto nunca y, en la parte de atrás, tal y como le había prometido, vio a Ozark Stover. La iglesia no tenía bancos, sino sillas, y alguien había colocado sillas plegables en la parte de atrás, junto a la mesita en la que Autumn ponía siempre café y pastas. Stover y los suyos estaban sentados en las dos últimas filas, hacinados como sardinas en lata. Estaban limpios, presentables y se comportaban con educación. Algunos tenían barba o el pelo muy corto, afeitado o con un rapado militar. Las mujeres eran mucho más jóvenes que los hombres y todas llevaban vestidos sin mangas y el pelo recogido en una coleta. Stover se había peinado hacia atrás el largo pelo gris y llevaba una camisa vaquera.

Tenía la mirada fija en Matthew.

Le dedicó un ligero y brusco cabeceo.

Matthew tragó saliva y después se puso al lío.

Empezó tal y como había planeado. Lo primero que dijo fue:

—Quienes soléis venir aquí sabéis que suelo decir que una profecía no es lo mismo que una predicción. Muchas veces, lo que leemos en la Biblia como predicciones de lo que va a ocurrir es en realidad algo que interpretamos a través de nuestros miedos y experiencias, a través de acontecimientos actuales y con un contexto del que carecía la gente de esa época.

Después empezó a dar algunos ejemplos de profecías que hablaban tanto de Nabucodonosor como de Alejandro Magno o los Tratados de Roma.

—No escribían para advertirnos sobre Osama bin Laden ni la Alemania nazi ni la presidenta Hunt. El principio del Apocalipsis lo deja claro: «Revelación de Jesucristo que Dios le encargó mostrar a sus siervos acerca de lo que tiene que suceder pronto».

Y estaba a punto de seguir explicando, como hacía a veces, que el Apocalipsis estaba dirigido a las personas de esa época. Esa era la clave: dejar claro que hacía referencia al momento de la historia en el que vivía esa gente.

Pero no fue capaz de articular las palabras.

Vio que lo miraban. Stover, con el ceño fruncido. Bo, con la cabeza gacha. La gente parecía inquieta, aburrida, como estudiantes en una clase.

Y después pensó en todo lo que había visto la noche anterior, en todo lo que había leído. En Clade Berman. En el cometa y en la mujer que lo había descubierto. En el rebaño de sonámbulos, que no dejaba de crecer. Recordó dos palabras en ese momento,

y fue entonces cuando el sermón que había preparado perdió todo el sentido y dijo algo diferente. Algo que luego se daría cuenta de que no era propio de él.

—Y podemos llegar a preguntarnos qué habrían dicho esos escritores de los caminantes, de esos peregrinos del Diablo.

Y dejó de lado el sermón que tenía pensado.

Improvisó uno diferente, uno que estaba inspirado por el mismísimo Dios, o eso creía él. Uno lleno de luz y que brotaba de la verdad.

«He encontrado mi sal», pensó.

Después se dejó llevar. Deambuló por la congregación como una pareja de baile mecida por el movimiento y por la música, y sintió cómo los feligreses lo llevaban de un lado a otro. Hablaba con ellos, estrechaba manos y ofrecía palabras de consuelo y esperanza en ese mundo que parecía derrumbarse alrededor. La multitud estaba embargada por cierto fervor y energía. Les acababa de contar algo funesto y disparatado, pero la gente parecía haber recuperado las fuerzas. Daban la impresión de estar felices, por muy retorcido que pareciese, después de que alguien les contase la verdad y de que Dios les ofreciese la mano para guiarlos a través de todo lo malo que los amenazaba. Uno a uno, le dedicaron sonrisas afables y cabeceos de complicidad mientras lo arrastraban por una multitud que quería abrazarlo y llorar con él.

Y cuando llegó a la parte de atrás, giró un momento la cabeza y la vio allí. Autumn. Su esposa. A un lado de la habitación. Tenía la mirada fija en él. Por unos instantes, cruzaron miradas. Él sonrió, feliz como un cerdo en un charco. Pero ella no le devolvió el gesto.

Pasó a fijarse en alguien que estaba cerca de él...

Y ese alguien lo agarró por la mano con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarlo al suelo.

Ozark Stover.

—Predicador —dijo Stover con su amplia sonrisa barbuda, que parecía una cerca de madera medio oculta detrás de unos arbustos—. Eso era justo lo que esperaba oír. Me alegra que alguien diga la verdad sobre esos... ¿cómo era?... Peregrinos del Diablo. Muy bien. Me encanta.

—Señor Stover, gracias por venir. Y por traer a sus amigos. ¿No cree que me he pasado un poco? —preguntó—. No suelo hablar con tanto... entusiasmo en mis sermones, si le soy sincero.

—Ha estado genial. No tenía ni idea de lo que dijo sobre esa astrónoma que había descubierto el cometa, ¿sabe? Y no está de más saber esas cosas. —La noche anterior, o más bien esa mañana, Matthew había buscado información sobre el cometa que Stover creía que simbolizaba a Ajenjo, la estrella del Apocalipsis. Resultó que la mujer que lo había descubierto era japonesa y que se apellidaba Sakamoto, y durante el sermón comentó que el apellido significaba algo así como «en la parte baja de la pendiente», y que él había llegado a interpretar como «el pozo del abismo». (Le preocupaba que fuese una licencia poética demasiado exagerada, pero se olvidó rápido al ver el fervor con el que había respondido la congregación. Se podría decir que se lo habían creído sin más y hasta sugerido a Matthew que se trataba de un mensaje oculto). Luego añadió que la mujer había comentado que el mundo estaba «superpoblado» y había fallecido de un aneurisma la misma noche en la que el cometa había pasado por encima de ellos—. Su

descubrimiento fue lo que la mató —añadió Stover—. Es muy significativo. Está claro que si haces tratos con el Diablo, siempre vas a acabar mal.

—Es su naturaleza —dijo Matthew.

—Está pasando algo importante. Me alegro de que se haya dado cuenta y de que lo cuente aquí. Es el único que lo ha hecho y, en momentos como estos, necesitamos que la gente abra bien los ojos. Necesitamos a gente como usted.

Matthew hizo un gesto de humildad para restarse importancia.

—No he hecho nada. Es que... anoche vi lo que había ocurrido en la carretera de Waldron y supe que tenía que decir algo. Hablé con Dios, abrí la Biblia y el Apocalipsis y descubrí que tal vez esto no era más que una advertencia. Enfermedades y dragones, la mujer, Babilonia; el cometa, la astrónoma. «Y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo.»

—Da la impresión de que esos caminantes marchan hacia una cruzada, una especie de peregrinaje, como ha dicho. Y no creo que sea sagrado.

—Descubriremos de qué se trata, señor Stover.

—Llámame Oz.

No pudo evitar sentirse orgulloso al oír esas palabras. Matthew no supo exactamente por qué y sabía que el orgullo era un peligro, pero le pareció adecuado sentirse bien por haber conseguido la aprobación de alguien que no solía darla así como así. Quizá le estuviese empezando a gustar Ozark Stover. O mejor aún, quizá él le estuviese empezando a gustar a Ozark... o, mejor dicho, a Oz.

Stover continuó:

—Algunos de los chicos y yo vamos a ir a Waldron. Los caminantes van a pasar por allí y me gustaría mucho verlos de cerca.

—Podría ir contigo...

—No, pero sí que me gustaría que hicieras otra cosa —dijo Ozark mientras le guiñaba el ojo—. Acompáñame fuera. Hay alguien con quien me gustaría que hablaras.

De camino a la salida, Matthew se asustó al ver la mesa del café y las pastas.

«Oh, no. Ha venido más gente de lo habitual y no tenemos café ni pastas suficientes para todos.»

Pero luego vio que alguien había llevado más café y rosquillas del Yum-Yum que había por la autopista. Salieron por la puerta principal y llegaron al porche, momento en el que Ozark siguió hablando:

—Nos hemos encargado nosotros. Supuse que no estarías acostumbrado a tener tanta gente si veníamos, así que me pareció buena idea traer más comida.

—Eso ha sido muy considerado por tu...

Pero no terminó la frase. Stover lo empujó hacia delante para que saludase a alguien que había cerca. Era un hombre guapo que se encontraba en el porche, con el pelo rubio engominado y escaso sobre un cuero cabelludo moreno, fundas blancas en los dientes y un traje azul celeste.

—Hola —saludó Matthew.

—Predicador, este es Hiram Golden. Si no lo conoces...

—Claro que lo conozco —interrumpió Matthew—. Es todo un placer, señor Golden.

Golden tenía un programa de esos de política y conspiranoias demasiado escorados a la ideología derechista. *La hora Golden*. Había empezado como un pódcast, pero luego había seguido en la radio, aunque todavía tenía más éxito en internet. Ahora también

era tertuliano en la Fox. Golden pelaba una manzana con una pequeña navaja que colgaba de un llavero con forma de bala. Lo sostuvo todo con la mano izquierda y extendió la derecha para darle a Matthew un vigoroso y afectuoso apretón. Sonrió de oreja a oreja.

—Pastor Bird, le juro por Dios que ha sido todo un honor oírle hablar. Somos muchos los que estamos preocupados por lo que vemos sobre esos... sonámbulos y, sobre todo, por la respuesta de la presidenta Hunt. Les ha dado demasiado margen de maniobra y, sean lo que sean, cosa del Diablo como ha dicho usted o el resultado de un experimento, necesitamos saber la verdad. Me gustaría grabar una sección con usted...

—Claro —interrumpió Matthew sin poder evitarlo. Debía admitir que no solía confiar en la gente como Golden, pero era innegable que el nombre tenía una buena base de seguidores. Como solía decir el padre de Matthew, tenía un buen «altavoz»—. Claro que me gustaría hablar con usted. Cuando pueda...

—Ahora me viene bien.

—¿Cómo ha dicho?

—Me he traído la grabadora y una cámara. En mi programa hacemos las cosas así, en plan guerrilla. No sé si lo habrá oído...

—Claro que sí—respondió Matthew, aunque era mentira. Solo había oído comentarios de la gente sobre el programa—. Sí lo he oído.

—Entonces sabrá que hacemos este tipo de cosas sobre la marcha. Si necesita volver con sus feligreses, puedo esperarle aquí fuera para grabar en el porche cuando todo el mundo se haya ido. ¿Le parece bien?

—Me... me parece fantástico.

Ozark le dio un golpe en el hombro con la manaza a Matthew, quien sintió como si le acabase de caer encima la rama de un árbol.

—Os dejo a lo vuestro, caballeros. Yo aquí no pinto nada. Predicador, me ha encantado la misa de hoy. Seguimos en contacto.

Y, sin más preámbulos, el grandullón se dirigió hacia el aparcamiento de gravilla. Justo en ese momento, la gente empezó a salir de la iglesia (o de los alrededores) y comenzó a seguirlo.

## El resplandor

En medio de los seres vivos había algo que parecía brasas incandescentes, con aspecto de antorchas que se movía entre ellos. El fuego resplandecía, y del fuego salían rayos.

Ezequiel, 1:13

### **20 de junio. Waldron (Indiana)**

**M**arcy Reyes volvía a estar en el suelo, a un metro de la cama. Le dolían los músculos, como si se los hubiesen arrancado de los huesos para luego volver a colocarlos donde no iban, como un suéter que te ciñas a la cintura. Tenía los dientes tan apretados que no podía mover la mandíbula, un regusto metálico en la boca y los ojos irritados. La cabeza era lo peor, como siempre. Sentía latidos. Todo latía a su alrededor.

«¿Esto es lo que siente un pez en una pecera? ¿Por eso te dicen que no toques el cristal?», pensó.

Alguien le estaba tocando el cristal.

Pum, pum, pam. Ris, ras.

Se incorporó despacio y se quedó de rodillas.

El mundo se fundía a su alrededor. Las luces brillaban demasiado. Después estaba muy oscuro.

Luego oyó algo: un clic, clac. Entrechocar de platos.

Gruñó y consiguió levantarse. Y en la cocina demasiado estrecha del apartamento de mierda vio al niño del vecino. Pero no era un niño, ya no: era su hijo, pero Max tenía veintitantos años. Estaba allí rebuscando en sus cosas, cogiendo sus platos y acercándose a la nevera para robarle su comida.

Después habló, mientras miraba de medio lado, con esa voz nasal suya:

—Cariño, ¿te he despertado?

Lo dijo con la cabeza enterrada en el frigorífico. No había gran cosa porque a ella le costaba hacerse la comida, pero la gente del pueblo a veces le llevaba algo, por lo que el contenido de la nevera era muy valioso para ella. Tampoco podía decirse que tuviese dinero para comprar más comida.

—Lárgate —dijo en voz más baja de lo que pretendía.

«No siempre suena así de baja. Seguro que puedo hablar mucho más alto.»

Max, ese cabrón, se giró hacia ella. Los huesos de su rostro le crujieron y la piel se le rasgó mientras se le movían las mejillas. Los dientes se le convirtieron en colmillos y abrió los ojos de par en par, demasiado, ojos que pasaron de blancos a amarillos, luego a

rojos y después desaparecieron dentro de su cabeza como un corcho que se pierde dentro de una botella de vino y solo deja tras de sí un pequeño agujero.

Su mente intentó asimilar lo que acababa de ver, como siempre.

Una parte de ella pensaba:

«No es real. Sabes que no es real.»

Pero por otra estaba segura, muy segura de que sí que era real y que solo veía cosas que muy pocos eran capaces de ver.

Parpadeó, y vio que le habían crecido tentáculos a esa cosa.

No, no eran tentáculos. Eran fideos de pasta. Espaguetis que le colgaban de la boca. Masticó y sonrió como un zorro que come indolente una gallina que acaba de robar. Alucinaba a causa del dolor. Le ocurría a veces.

—Qué bueno essshtá essshto —dijo él con una sonrisa en el rostro.

Los espaguetis. Se los hacía Regina Dolan. Regina era cajera en el banco en el que Marcy cobraba la ayuda. Marcy no tenía mucho que hacer en la vida: su familia nunca venía de visita, tenía el televisor roto y tampoco recibía cartas, por lo que tenía que centrarse en los pequeños placeres. A veces iba a ver al gato de los vecinos, que se llamaba Intrépido. O veía un maravilloso amanecer por la ventana del apartamento, la que daba a la calle principal que pasaba por detrás del Grandville Theater, que ahora estaba en ruinas. O se comía la fiambarrera de espaguetis que tenía pensado comer ese día, que llegaba a ser no solo la mejor comida del día, sino lo único que podía llevarse a la boca.

—Es mío —gruñó mientras avanzaba hacia Max.

Pero el cráneo la traicionó. Como siempre. El dolor le atravesó el cerebro como un relámpago. Frush. Se llevó la mano al momento a la parte trasera de la oreja y allí, bajo el pelo rapado, lo sintió hundido. Se rozó desde la nuca hasta la parte superior del cráneo, donde encontró una especie de tapa de alcantarilla debajo del pelo y de la piel.

—Agggh... —dijo ella.

—Silencio —le espetó Max—. Me estoy comiendo tus cosas. Acéptalo.

Ella dio otro paso. Más dolor.

—Joder, estás para el arrastre otra vez, ¿no? Menos mal que ahora no te has meado encima. Se llevó más de los espaguetis fríos a la boca. El gilipollas tenía un plato en la mano, pero había dejado la fiambarrera de espaguetis abierta encima y usaba un tenedor para pescar los fideos—. Aunque la verdad es que huele fatal. Dios. ¿Vas a ir al desfile?

—¿Desfile? ¿Qué desfile?

El hombre balbuceaba palabras que terminaron por mezclarse en los oídos de Marcy, palabras húmedas y a medio derretir: «Meado de desfile, espaguetis, paralarrastre». Después dejaron de ser palabras y se convirtieron en un rollo incomprensible, un galimatías.

Marcy hizo un mohín e intentó recuperar la compostura.

Funcionó. Por el momento.

Las palabras del hombre volvieron a adquirir sentido.

—... esos putos cabrones sonámbulos van a pasar por el pueblo, dentro de nada. Supuse que querías acercarte a saludar a tus amiguitos bichos raros.

—Mis espaguetis —dijo ella. Eran suyos, cierto.

—Mis espaguetis —repitió él, y le guiñó el ojo. Un ojo que cayó al suelo y dejó tras de sí un agujero negro por el que se retorcieron unos gusanos. El hombre rio y su risa sonó

como unos cristales al romperse.

En ese momento, Marcy cargó hacia él con la intención de enterrarle la cabeza en la salsa de tomate, pero cuando consiguió mover el cuerpo vio que había desaparecido, que se había lanzado hacia un espacio vacío. Ya no estaba allí. No había nada.

Quizá nunca hubiera estado allí.

Después oyó algo detrás de ella, un rasguñar, y notó una patada en el coxis que la tiró al suelo de la cocina. Marcy extendió los brazos para intentar agarrarse en los muebles y no caer, pero sus extremidades no respondieron tan bien como esperaba. Cayó al suelo. Sintió que la vejiga estaba a punto de rendirse e hizo fuerza con todo lo que tenía para no volver a mearse encima delante de ese cabrón drogata.

«Marcy, por favor. No lo hagas, no...»

Consiguió aguantar y mantuvo la presa cerrada.

Pero Max se rio.

—Qué pena das. —Suspiró—. Se acabó.

Lanzó el plato y la fiambrrera de espaguetis al sillón. No era un sillón muy bueno. Era áspero como una barba incipiente y más feo que pegarle a un padre, pero era suyo y estaba limpio.

Hasta ese momento.

Se tambaleó y se afaná por ponerse en pie. Tenía las piernas inamovibles como troncos y las sentía débiles y blandas como calcetines llenos de arena.

Marcy se acercó al sillón de rodillas y empezó a quitar de encima restos de salsa y espaguetis, que metió en la fiambrrera a pesar de que sentía la cabeza como si fuese un nido de avispas al que rociaran los aspersores de un jardín.

Después oyó en el exterior el aullido cercano de una sirena.

—Joder, ya casi han llegado —dijo Max. Abrió la ventana y se asomó. A ella le dieron ganas de acercarse, agarrarlo por el tobillo y tirarlo a la puta calle, pero no era lo bastante rápida ni fuerte para hacerlo—. Deberías ver esto, pedazo de mierda pinchada en un palo. Es importante. Toda la calle está llena de gente, como si fuese un desfile de verdad en un lugar de putos enfermos. Dios. Tienen coches de policía delante y hay agentes por la carretera y todo. Sí que es importante, sí. Importante en el mal sentido, supongo. He oído a gente decir que podría ser como un apocalipsis o una mierda de esas. Una enfermedad que nos va a ir contagiando de uno en uno hasta que todos seamos zombis. No de los zombis de las pelis, sino como esos cabrones, vivos pero muertos por dentro.

Marcy terminó de meter los fideos en el recipiente. Algo tan simple la había dejado agotada. En ese momento le parecían lombrices retorciéndose. Parpadeó y volvieron a ser espaguetis.

Max se sentó en el sillón y estuvo a punto de darle un rodillazo en la cara.

—Eres como ellos —dijo—. Estás viva pero muerta por dentro.

—Que te den.

Marcy intentó ponerse en pie, pero él apoyó los tobillos en sus hombros, como si fuese un reposapiés. Quizá lo fuese. Quizá fuese poco más que un mueble a estas alturas.

—Me flipa saber que puedo hacer contigo lo que me salga de los cojones. Y no me refiero a follarte ni nada de eso, porque mira que eres fea, joder. Tengo mis límites. Pero sí que podría encenderme un cigarrillo y apagártelo en el brazo como si fueses un cenicero. Podría mearte en la oreja. No puedes seguir así, Marce. —Hizo fuerza con los

tobillos, y ella sintió un fuerte dolor en la cabeza. Notó fuegos artificiales y disparos dentro del cráneo. Pum, bum, bang, kabum—. Creo que lo mejor sería que te suicidaras, pero dudo que tengas los huevos necesarios para hacerlo.

«Ya he pensado en ello, pedazo de gilipollas», pensó, aunque sin verbalizarlo.

Y luego ocurrió algo curioso. Marcy vio algo. Una luz, un resplandor procedente de la ventana por la que se acababa de asomar Max. Sabía que era otra de sus alucinaciones, que su realidad seguía derrumbándose o que su cerebro destrozado la había traicionado de nuevo.

—¿Qué coño miras? —preguntó. Después rio entre dientes.

Ella casi no lo oyó.

Solo era capaz de mirar el resplandor que cubría la estancia, cada vez más reluciente.

Era como si...

Era como sintonizar una radio y que pasase del ruido blanco de la estática a una canción.

Lo que tenía dentro desapareció de repente. El ruido y el dolor remitieron, como si ese cálido resplandor lo absorbiese todo de la misma manera que los doctores habían absorbido la sangre de su cráneo roto. Eliminó toda la inmundicia. Y desaparecieron los lamentos y la tristeza.

El lugar quedó ocupado por la lucidez y la paz.

Bueno.

No era paz exactamente. Más bien era una paz mental...

Y también algo de temperamento.

Max la miró en plan «¿Qué pasa?».

Y ella le dio un buen puñetazo en los huevos.

Él se inclinó hacia delante entre resoplidos y estertores.

Marcy se miró el puño. Lo tenía bien cerrado, con los dedos apretados contra la palma y el dorso firme como un ariete. Nunca había conseguido cerrarlo tan bien; al menos, no desde su paso por el hospital. No desde hacía un año. No desde que ese gilipollas se lo había arrebatado todo con un bate.

Max recuperó la compostura y le dio un tortazo en el hombro. Tenía el cuerpo muy sensible, como una tela de araña, y el más mínimo dolor le hacía apretar los dientes y se extendía por todo su cuerpo como arañas hambrientas y asustadas.

Pero ahora no sintió una puta mierda.

Marcy volvió a mirar hacia la ventana.

Volvió a ver el latido de ese agradable resplandor.

Agarró a Max por un mechón de su pelo grasiento, lo arrancó del sillón y lo tiró al suelo junto a ella. Marcy se subió sobre él mientras aullaba y se retorció.

—Me flipa saber que puedo hacer contigo lo que me salga de los cojones —dijo al tiempo que cogía un puñado de espaguetis y se los estampaba en la cara. Le restregó la pasta por las mejillas, la boca y la nariz. ¡Chaf, chaf! Lo cierto era que le habría gustado saborearla y comérsela, aunque fuese con manos temblorosas, pero aquello tampoco estaba nada mal, ¿no?

Marcy se apartó de su lado y se puso en pie. ¡Sin dolor! Y el hombre salió corriendo hacia la puerta mientras la salsa de tomate le goteaba por la cara. Se agarró al pomo como buenamente pudo, la abrió y salió corriendo.

Ella saboreó el momento.



«Me siento lúcida como un cielo despejado.»  
El calor seguía irradiando por la ventana. Ahora más que antes.  
Marcy se acercó y vio la razón.  
Los sonámbulos. Se acercaban.  
Y los veía resplandecer.

## A más de un kilómetro de Waldron

Maya: El cometa Sakamoto en realidad son Rahu y Ketu, ¿verdad? ¿Conoces la historia?

Blue: ¡Anda! Pues no. ¿Me la cuentas?

Maya: Pues eran un único ser, un dragón que intentó fingir que era un dios, un dragón que acabó cortado por la mitad debido a... ¿Cómo se dice?

Blue: ¿Un crimen? ¿Un pecado? ¿Una falta de respeto?

Maya: ¡Una falta de respeto! Eso. Bueno, pues Rahu y Ketu eran las dos mitades de un cometa al que se llamaba el Rey de los Cometas o el Rey de los Meteoros en los textos sagrados del... hinduismo. ¿Me sigues? Pues la cabeza del cometa es Rahu y la cola es Ketu, y cuando pasa sobre nosotros proyecta una sombra muy oscura en todo el mundo. Nos divide, supongo, ¿sabes? Nos parte por la mitad, como seguro que hacía ese dragón. Y esos caminantes...

Blue: Son los Hijos del Cometa, ¿verdad?

Maya: Eso creo. De verdad que lo creo.

*El pódcast de Maya y Blue , capítulo 204:  
Percepciones desde el Colectivo de la Diosa .*

### **20 de junio, Waldron (Indiana)**

**B**enji se sentía solo y desgraciado mientras conducía el coche de alquiler hacia Waldron. Robbie y el resto del ERB se habían marchado. Y Martin estaba en el hospital recuperándose de la herida en la cabeza que había sufrido durante la tormenta.

El rebaño estaba a punto de llegar a Waldron y él tenía que estar presente. El ERB ya no iba a encargarse de la situación, por lo que el SIE era el único equipo del que el CDC iba a disponer para controlar a las autoridades en el lugar.

Y ahora Benji estaba a cargo de la investigación del SIE.

Era toda una sorpresa, ¿verdad? Después de lo de Longacre. Después de todo lo demás.

«Necesito a alguien a quien confiar el liderazgo de la investigación», había dicho Martin.

«No confías en mí, así que llama a Cassie», le había respondido Benji.

«Ya la he llamado, y me dijo que lo dejara en tus manos.»

Después Martin le había explicado que confiaban en él a pesar de lo de Longacre. Benji era la máxima autoridad sobre lo que estaba pasando. Cassie tenía cierta idea, pero estaba más centrada en su dominio de la zoonótica. En cambio, Benji ya había liderado un equipo en el pasado. Él era el líder antes. Y no era el momento de experimentos, sino de poner al frente a la estrella del equipo, por muy venido a menos

que estuviese, porque tenían que marcar un tanto cuanto antes para no perderlo todo.

(A Martin le gustaban los símiles deportivos.)

«Loretta no te dejará hacerlo», le había advertido Benji.

«Loretta ya lo ha aceptado», había asegurado Martin con una sonrisa en los labios.

¿El Objeto Inamovible? ¿Habían conseguido mover el Objeto Inamovible?

Pero ¿cómo? Martin le había comentado que estaban presionándola mucho para conseguir resultados e información sobre los caminantes. «Le han puesto los cojones por corbata y empezado a apretarle cada vez más el nudo», había dicho Martin, para ser más exactos. Hasta estaba dispuesta a borrar los errores del expediente de Benji, tanto del oficial como del extraoficial. Querían conseguir algo. Lo que fuera. Loretta quería respuestas y, según Martin, creía que Benji Ray era la mejor baza de que disponían para conseguirlas. Benji sabía que esa afirmación era un arma de doble filo: tenía claro que si algo iba mal, sería la cabeza de Benji la que rodara, no la de Loretta.

Y sí, ahora Benji también sentía la misma presión que ella. Era como estar en el fondo del océano, en una grieta oscura, con el peso del agua aplastándote por todas partes.

«Puedes hacerlo. Ya lo has hecho antes», intentó convencerse a sí mismo.

Pero otra parte de él pensó:

«Olvídalo. Métete en el coche y vete al aeropuerto».

Que lo hubiesen echado del SIE era vergonzoso, claro, pero también le daba libertad. Ahora podía viajar por el mundo, dar charlas o asesorar a las granjas pequeñas sobre buenas prácticas. Ese tipo de gente aún lo consideraba un héroe. Y ganaba dinero. Había conseguido encontrar un nuevo propósito en la vida. Aunque volver al CDC era como... dar un paso atrás, ¿no? Como volver a encerrarse.

Pero se había topado con un misterio muy extraño y duradero, y estar al frente del equipo suponía tanto un problema como una oportunidad. Sentía que la respuesta estaba muy cerca, pero aún tenía que encontrarla. Tenía que resolver aquel enigma.

Y por eso aceptó.

«Te sustituiré. Gracias por tu confianza, Martin. Significa mucho para mí. De verdad.»

Llamó a Sadie, que seguía en Atlanta.

—Sadie —dijo con un suspiro y las manos en el volante. Una señal al otro lado de la carretera rezaba WALDRON 3 KM. —. Tengo... noticias.

—Vuelves a formar parte del SIE —dijo ella con tono animado.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Benji, estoy en Atlanta. En el edificio. Las noticias vuelan por aquí. Me alegro por ti.

—Me temo que pone en riesgo nuestro acuerdo.

Ella soltó un bufido por el teléfono.

—Bah. De eso nada, doctor Ray. Mmm... —Hizo una pausa—. ¿Te han dicho alguna vez que suena como el nombre de un superhéroe? Da igual. Mira, lo importante es que sigues ahí, sigues de supervisor y tienes a Cisne Negro en el bolsillo. Lo único que ha cambiado es tu posición en el tablero.

«Tablero.» Era una buena metáfora.

Y lo hacía sentir muy incómodo.

Vio el pueblo de Waldron frente a él.

Benji había leído informes de la policía que aseguraban que Waldron era tierra de nadie en mitad de la nada. Uno de esos pueblos que se habían quedado atrás a pesar de

los avances producidos a su alrededor, como si el lugar no tuviese ganas de crecer o mejorar y fuese a quedarse así por los siglos de los siglos.

Apenas llegaba a los mil habitantes. La mayoría eran granjeros y gente trabajadora. Al parecer, cada vez estaba más claro que los caminantes iban a atravesar el pueblo por la calle principal, y Benji esperaba que cruzasen el lugar sin pena ni gloria.

No fue así.

Aparcó a un lado de la calle y bloqueó un estrecho callejón, porque era el único hueco que había. Su intención era cruzar Waldron con el coche detrás de los caminantes.

Pero era imposible. El camino estaba bloqueado.

—Benji, tenemos que hablar —dijo Sadie por el teléfono—. Sobre lo de Pensilvania. Los Stewart. Hemos encontrado algo en...

—Tendrá que esperar —dijo él.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

Benji sabía que iba a encontrarse con los medios de comunicación, mirones y algunos curiosos, pero aquello era demasiado...

Era... Era mucho peor.

Benji se quedó mirando la multitud sin soltar el teléfono. El mar de cabezas, sombreros y rostros. También había carteles de protesta semejantes a tumbas que sobresalieran de un suelo formado por personas.

Al principio le resultó absurdo. ¿Qué motivos tenían para protestar? Pero había pasado lo mismo con el ébola en Sierra Leona, en Liberia y en los lugares por los que se extendía la enfermedad. El pueblo estaba perdido y descolocado: estos querían una respuesta mucho más amable por parte del gobierno; los otros, una más dura; y los de más allá solo querían saber lo que se estaba haciendo. Querían respuestas y estaban... estaban enfadados por no tenerlas. Algunas de esas protestas tenían sentido, claro, buscaban enviar un mensaje inequívoco contra hombres malvados o conductas horribles. Pero en otras ocasiones, las protestas eran poco más que un llamamiento insensato sin finalidad alguna, la expresión de un problema que no alcanzaban a comprender del todo. Benji sabía que era eso lo que tenía ahora frente a él. Intentó desentrañarlo:

«¿Por qué aquí? ¿Y por qué ahora?».

Y entonces se dio cuenta.

—Waldron salió anoche en todas las noticias, ¿verdad?

—Pues la verdad es que no lo sé —respondió Sadie—, pero no me sorprendería.

—Tengo que colgarte, Sadie. Esto es un polvorín. No me gusta nada.

Se le revolvió el estómago. Había perdido el apoyo del ERB en el peor momento. La experiencia de Robbie con el control de las masas y para mantener el orden era muy importante. Y ahora no podía contar con él.

Benji le colgó a Sadie y llamó a Cass.

—¿Qué tal, jefe? —saludó ella—. Te he echado de menos.

—¿Dónde estás? —preguntó Benji.

—En la parte sur del pueblo. Conduzco el camión con el laboratorio que dejaron los del ERB. Menuda mierda que se hayan ido ahora, ¿verdad?

—Sí, de las gordas.

—¿Dónde estás?

—En la parte norte. Echándole un ojo a todo... esto. —Suspiró—. Hemos salido en las

noticias, ¿verdad?

—En todas. Y no solo lo de los caminantes escalando el remolque, también...

—Lo de Clade Berman.

—Sí. —Benji esperaba que la tormenta hubiese evitado que los medios de comunicación viesan lo que había ocurrido la noche anterior, pero estaba claro que ese no era el caso. Peor aún. Cassie continuó—: Lo han grabado. No se ve muy bien, pero tienen algo. Los medios no dejan de hablar del tema. Nos ha llamado... todo el mundo y de todas partes.

—¿A qué distancia estás? —preguntó Benji.

—A menos de tres kilómetros.

«Cerca.»

—¿Se esperan altercados?

Cassie titubeó.

—Pues... La policía dice que no, que es un pueblo muy pacífico, pero he visto las imágenes en las noticias. Esa gente está muy descontenta.

—El recorrido por el interior del pueblo solo es de poco más de un kilómetro —dijo él—. Podemos hacerlo.

—Poco más de un kilómetro, jefe.

«Poco más de un kilómetro.»

Shana estaba a caballo entre una desesperación propia del cansancio y una paranoia fruto de la ansiedad. Se había convertido en una pastora que tenía que guiar al rebaño por una zona llena de lobos.

Los manifestantes agitaban los carteles a ambos lados de la calle. Cantaban y gritaban para dejar claro que querían respuestas, que la presidenta Hunt tenía que hacer algo y que el CDC era una especie de conspiración pergeñada por el gobierno. Vio a personas con mascarillas que enarbolaban carteles con textos como NO CONSIENTO LO QUE ESTÁ PASANDO, DEJAD DE ENVENENAR A NUESTROS HIJOS O PELIGRO: LAS VACUNAS SON RESIDUOS TÓXICOS . Ese último la había hecho pensar. Estaba lo bastante cansada y crispada que empezó a darle vueltas: «¿Y si todo esto se debe a las vacunas? ¿Y si lo hemos provocado nosotros?». Era una tontería y lo sabía, pero cuando estás a punto de claudicar y estás rodeada de locos, esas tonterías empiezan a tener sentido, ¿verdad?

Pero lo que más la asustaba no eran los manifestantes. Eran los otros. Los que no tenían carteles.

No se podía negar que Shana era un poco paleta. Y ella lo sabía. Su familia vivía en el quinto pino en mitad de Pensilvania y era la hija de un lechero. No le molestaba el olor a mierda de vaca y sabía cómo ordeñar una cabra. Se había pasado la vida con arañazos de hiedra venenosa y picaduras de abejas y pisando clavos oxidados del viejo granero (ya iban tres, joder). A veces la gente se burlaba de ella porque solía tener tierra debajo de las uñas, pero seguro que esos capullos no tenían ni idea de cómo sabía una judía verde recién recolectada, con tierra, bichos y todo.

Era una paleta, vale, pero no gentuza.

De hecho, conocía a gentuza de verdad. Como los hermanos Cosner de Bellberry Road, que tenían un padre borracho y a los que les encantaba lanzar flechas a los patos y a las ranas. O esos imbéciles del valle, Ronnie Peffer y su pandilla siempre cambiante de gilipollas que se sentaban en su casa unifamiliar, los que siempre disparaban esos fusiles

negros, vendían pastillas y colgaban banderas confederadas. Esa gentuza que tenía las lavadoras en el jardín y el corazón lleno de odio.

Y lo que había aquel día allí era gentuza.

Y no lo decía solo por los pantalones de camuflaje ni por las gorras de camionero. Tampoco por el pelo largo, los *mullet* o las barbas descuidadas. Eso era normal. Ella también tenía pantalones de camuflaje en casa. Y una gorra de camionero (una que decía INSPECTOR DE TETAS , de hecho, una que su padre odiaba con toda su alma pero que a ella le parecía graciosísima). Esas prendas no eran indicativo de nada y bien podrían haberlas llevado un puñado de hípsteres que después se iban a preparar un té kombucha en casa. No, la gente que estaba allí daba miedo y era mucho peor. Llevaba camisetas de HUNT ES UNA ZORRA y botas de punta metálica, gorras de béisbol blancas e impolutas con el mensaje CREED SALVARÁ ESTADOS UNIDOS . Los ojos también los delataban. Había maldad en ellos, ojos llenos de rabia en los que la sospecha brillaba como lo haría en la superficie del casquillo de una bala que se acababa de disparar.

También estaban por toda la calle, en pequeños grupos o cábalas. Miraban. No cantaban nada. No tenían carteles. A veces decían algo entre ellos, comentarios que hacían sin quitarle el ojo de encima a los sonámbulos.

Le sonó el teléfono.

Era su padre. Otra vez.

Shana, ¿dónde estás?

Le respondió.

Caminando.

Su padre:

Vuelve a la caravana, por favor.

Repitió lo que acababa de escribir, pero ahora en mayúsculas: CAMINANDO .

Y después apagó el sonido del teléfono y se lo metió en el bolsillo.

Sabía que su padre se iba a preocupar, pero tendría que acostumbrarse.

«Soy adulta. Casi.»

Se le erizó el vello de la nuca. A medida que avanzaba vio viejas fábricas textiles cerradas y la calle a rebosar de esa gentuza. Vio una esvástica tatuada, cómo no. Y también parches de la bandera confederada.

Nessie siguió avanzando junto a ella.

—Todo irá bien, Ness —le dijo—. No te harán daño.

Pero en realidad no estaba segura.

La puerta se abrió, y Marcy salió a la calle entre la multitud. Se sentía conectada con su cuerpo por primera vez en mucho tiempo, conectada pero no anclada a él. No sentía dolor. Todo cuanto lo rodeaba era mucho más nítido. Lo percibía todo más cristalino y perfecto, y ahora era capaz de centrarse en detalles más insignificantes: un diente de león que flotaba en la brisa frente a ella, una nube con la forma de un conejo, la cinta protectora que la mayoría de la gente usaba en los carteles de protesta... y algunos que usaban cinta americana, grapas o incluso cinta aislante.

Se abrió paso hasta el bordillo. Marcy no empujó a nadie, pues era una mujer grande, alta y musculada, tan alta y musculada como podía serlo un frigorífico. La gente se acomodaba a su presencia física de manera natural.

«El resplandor.»

Los sonámbulos estaban a menos de quinientos metros y notó la luz que emanaba de ellos: irradiaba y se movía como si tuviese vida. No era algo que viese con los ojos; más bien, lo sentía. Lo saboreaba. Lo respiraba. Le calentaba los oídos con una melodía casi imperceptible, como un carillón o el repiqueteo de la lluvia en las hojas.

Una mujer junto a ella alzó un cartel: QUEREMOS SABER LA VERDAD .

Marcy se inclinó hacia ella y preguntó:

—¿Usted puede ver el resplandor?

El rostro de la mujer fue respuesta suficiente. Estaba claro que no lo veía. ¡Esa mirada! Menuda zorra desagradecida.

«Bueno, pues yo sí veo el resplandor. Y me importa una mierda si tú no puedes verlo.»

Marcy llegó a la conclusión de que tenía que acercarse a los caminantes.

Así que se acercó.

—No puedo quedarme aquí de brazos cruzados. Voy a ir —le dijo Benji a Cassie por teléfono.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues no lo sé.

—Ten cuidado, Benji.

—Y tú.

Y después se internó en la multitud.

Shana percibió la presencia del hombre antes de verlo. Más que un hombre, se podría decir que era una montaña. Tenía el pelo largo recogido y una barba que bien podría haber sido el nido de un búho. Era de hombros anchos, pero el pecho rocoso destacaba aún más, y se plantó frente a ella con los brazos cruzados.

Tenía en el rostro un gesto de recelosa curiosidad.

Pero la curiosidad era un sentimiento demasiado intelectual para la gentuza que se reunía a su alrededor. Shana vio que lo que había en esos rostros era una ira contenida, como perros rabiosos atados con correas mientras rechinan los dientes y listos para abalanzarse sobre su presa. Para desgarrar, despedazar y descuartizar.

También vio otro tatuaje. No lo llevaba el grandullón, sino los que lo rodeaban. Parecían dos espadas cruzadas rodeadas por... ¿Qué era eso? ¿Una especie de serpiente? Entrecerró los ojos y vio que no eran dos espadas, sino una espada y un martillo. Algunos lo tenían tatuado en el dorso de la mano, y otros en los bíceps o en el cuello.

—¿Ves el resplandor?

La voz sobresaltó a Shana. Se giró y vio que una mujer se había colocado justo detrás de Nessie.

Ella también era grande, aunque, claro está, no tanto como ese hombre barbudo que parecía una montaña. No se podía considerar alta, pero estaba claro que tenía unos músculos muy desarrollados y poca grasa. Tenía el pelo rapado y la cabeza con forma de ladrillo, si bien parecía estar rota: el ladrillo daba la impresión de estar agrietado, como si el cráneo no tuviese del todo la forma que tenía que tener.

Repitió la pregunta:

—El resplandor. ¿Lo ves?

Shana se asustó. ¿Quién era esa loca de los cojones?

—No, no lo veo...

Miró por encima del hombro y vio a otros pastores que se acercaban: a Lonnie Sweet, al desgarrado Kenny Barnes, a Aliya y hasta a Mia, pero todos tenían la mirada fija en el rebaño o en la multitud. Shana se sintió como ocurre a veces en los sueños: como si quisiese saludarlos y llamarlos a gritos, pero por alguna extraña razón no pudiese hacerlo o supiese que no iba a servir para nada.

—Debes tener cuidado con esa gente —dijo la mujer.

—¿Qué? ¿Con qué gente?

—Con ellos.

No señaló, pero miró hacia el grupo de personas que tenían delante.

—Ah.

—Está a punto de pasar algo malo —le advirtió la mujer de la cabeza cuadrada con una voz que parecía denotar que disfrutaba del momento.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Pero alguien gritó desde atrás en ese momento. Mia.

—¿Todo bien por ahí?

Shana se giró hacia ella y luego volvió a mirar a la mujer...

... que ya había empezado a caminar hacia el grupo que se interponía delante.

—Qué raro —dijo Shana.

—¿Qué ha dicho?

—Dijo... algo sobre un resplandor. Y que estaba a punto de pasar algo malo. Deberíamos avisar a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé. ¡A alguien!

Pero ya era demasiado tarde.

Benji apretó el paso. La gente lo miraba mal debido a sus andares bruscos, pero él no tenía tiempo de preocuparse por esas cosas. Había algo en ellos que le aseguraba que no eran de fiar. Algo que se esparcía por los aires: un zumbido, una amenaza, una frecuencia trastornada. Se parecía a la tormenta de la noche anterior, pero con un clima del todo diferente.

Dobló la esquina de una ferretería que parecía estar cayéndose a cachos.

Y entonces la vio trazando un arco sobre la multitud...

Una botella de cristal.

A Marcy le dio la impresión de que transcurría a cámara lenta.

No de manera literal, claro, pero sí que se sintió muy consciente de lo que ocurría, por lo que notaba el más mínimo movimiento como si fuese una revelación divina. Su mente y sus ojos eran capaces de asimilarlos al mismo tiempo.

Se internó entre los caminantes y se bañó en ese resplandor.

Acababa de hablar con una chica, una joven, o eso creía. Pero ella tampoco veía el resplandor.

Y Marcy se lo había advertido:

Está a punto de pasar algo malo.

Y así era. Le resultó fácil verlo desde mitad de la calle. No hacía falta ser físico, tan solo una expolicía que empezaba a ver la luz después de un año con el cerebro destrozado, una expolicía y exboxeadora que tenía la impresión de estar saliendo de un



valle cubierto de niebla y llegando a una cima de lucidez.

Vio los tatuajes, las camisetas, esos blancos supremacistas cabrones con los tatuajes del 88 y sus cruces celtas y sus cruces de hierro. También vio tinta que no fue capaz de reconocer: una espada y un martillo en los que se enroscaba una serpiente. No sabía qué significaba, pero seguramente fuese más simbología nazi de mierda típica de los tipos blancos, porque siempre acababa siendo eso.

Al otro lado de la calle también había un cabronazo muy grande, un hombre que parecía una montaña horrible y helada. Marcy lo miró, y en ese momento fue cuando las cosas se pusieron interesantes. El hombre dejó de prestar atención a los caminantes y empezó a mirar hacia la multitud.

Le dio un codazo a alguien que se encontraba junto a él, un delgaducho de ropa harapienta con las fosas nasales muy estrechas y un cabello rubio y grasiento ondulado por detrás de sus orejas torcidas. El delgaducho harapiento se apartó del grandullón y empezó a dirigirse hacia el sur, en dirección contraria a los sonámbulos.

Después el grandullón miró al otro lado de la calle.

Y le dedicó a alguien un cabeceo muy sutil.

Y ese alguien, que era un hombre parecido a una boca de riego con pantalones de camuflaje, camiseta marrón y gorra militar, asintió para confirmar que lo había visto.

«Es ese», pensó Marcy. Y se dirigió hacia él.

El sonido provino de algún lugar situado detrás de ella, que miraba hacia delante. Oyó jadeos de sorpresa. Mia y ella se dieron la vuelta y vieron cómo una botella trazaba un arco por el aire a unos diez metros. Giró con un frufrú y luego estalló en la cabeza de uno de los sonámbulos, el barrigón con el albornoz rosado de su mujer. Shana creía que se llamaba Arlen o algo así. Su mujer los había acompañado durante la primera semana, pero después había terminado por rendirse.

La botella le estalló en la cabeza.

La gente dio un respingo y gritó mientras los señalaba. Shana vio que un hombre corría entre la multitud mientras dos policías rompían filas y cargaban hacia él para detenerlo.

—Dios —dijo Mia.

Mientras, el barrigón, el caminante, Arlen...

Siguió caminando sin más.

Tenía algunos cristales clavados, pero terminaron por caérsele.

No le habían desgarrado la piel ni lo habían detenido un solo segundo.

No había sangre alguna. Nada.

«¿Y si la botella no es más que una maniobra de distracción?», fue el pensamiento funesto que le vino a Shana a la mente.

«Es una maniobra de distracción.»

Benji se había dado cuenta. Él vio el arma mientras los demás miraban la botella. El hombre que desenfundó la pistola era un tipo pequeñito, ancho, con pantalones de camuflaje y gorra también de camuflaje. El arma parecía una pistola cuadrada, puede que una Glock. El atacante se la sacó de la parte de atrás de los pantalones, donde la tenía oculta debajo de la camisa y el cinturón.

«Va a intentar matarlos.»

Benji se abrió paso cojeando entre la multitud lo más rápido que pudo e intentando

olvidar el dolor. El codo de alguien se le clavó en el pecho y lo echó hacia atrás, era como caminar contracorriente.

Alguien gritó. Seguro que habían visto el arma.

Él también gritó y siguió avanzando, con miedo de que fuese tarde, demasiado tarde, de que el tipo apuntara a alguien y apretase el gatillo. ¿Quién se llevaría el balazo? ¿Uno de los caminantes? ¿Uno de los pastores? ¿Uno de los suyos?

Allí. Volvió a encontrar un hueco entre la multitud y vio que el hombre daba un paso atrás y apuntaba a los caminantes con la pistola...

Una figura salió de la nada, una persona que cargaba con el ímpetu de un toro. Era una mujer, que chocó contra el pistolero con todas sus fuerzas. No era un ataque a la desesperada, porque le dio en el punto exacto para hacerlo girar como un trompo.

Y fue justo en ese momento cuando el hombre disparó.

«Intenta apagar el resplandor.»

Ese hombre era enemigo de los ángeles. Marcy llegó a esa conclusión, como si fuese una epifanía que se acabase de abrir paso en su mente como las burbujas en una bañera. Eran ángeles...

Lo que convertía a ese tipo en alguien malvado.

Marcy cargó contra él, lo golpeó y lo hizo mecerse como si fuese un espantapájaros en un poste mal fijado en el suelo. Después lo cogió por la muñeca y le llevó el brazo hasta la espalda. El hombre intentó zafarse sin dejar de gruñir, pero Marcy era muy fuerte. Hizo acopio de toda la fuerza que creía haber perdido...

... y después acercó la mano a la del hombre.

El tipo no tenía ni idea de cómo disparar. Había desenfundado la pistola con el dedo sobre el gatillo.

Lo que resultó ser una manera muy eficiente de dispararse a sí mismo.

Marcy colocó el dedo sobre el que estaba en el gatillo y empujó.

Bang.

El hombre perdió apoyo en la pierna izquierda después de que el disparo le atravesase la nalga derecha y la bala rasgase toda la parte de atrás del muslo. Cayó al suelo, y Marcy dejó que la pistola cayese con él. Gritó. La multitud también gritó y empezó a agitarse. El pánico se apoderó de la gente, y a ella le dieron ganas de agitar los brazos y gritar: «No pasa nada, todo está bien. Ya lo he arreglado. Los ángeles están a salvo». Pero nadie le habría hecho caso, porque ninguno de esos pobres imbéciles veía el resplandor. Alguien chocó contra ella, un policía al parecer, y se dio un cabezazo contra el asfalto.

«Por favor, que no se me rompa más», pensó.

Después notó un regusto a sangre en la boca y todo se volvió oscuro.

El resplandor fue lo único que la acompañó en esa oscuridad.

## Unas preguntas de nada

Quiero ser muchas cosas. ¡Quiero hacerlo todo y verlo todo! Papá dice que tengo que decidirme por una y centrarme en ella. Shana dice que tengo suerte de poder elegir, porque ella no tiene opción (eso no es verdad y ella lo sabe y, si estás leyendo esto..., HOLA, HERMANITA, DEJA DE LEER MI DIARIO, CAPULLA. Pero yo quiero hacerlo todo. ¡Buceadora! ¡Neurocirujana! ¡Pintora con acuarelas! Quiero ser sumiller y bióloga marina y senadora y ay no puedo elegir solo una ¿por qué tengo que elegir y vivir solo una vida de resignación dedicada solo a una cosa? ESTÚPIDA ESTÚPIDA ESTÚPIDA <3

Del diario de NESSIE STEWARD (quince años)

### ***20 de junio, Waldron (Indiana)***

La comisaría no era gran cosa. Paredes de ladrillo, algunos escritorios de metal y una zona de recepción. Benji estaba a un lado con el jefe de policía Linzer, que ya tenía blanco como la nieve ese cepillo que hacía las veces de bigote.

—Entonces, ¿no es un peligro? —preguntó Benji, sin apartar la mirada de la mujer que se sentaba en la otra punta de la estancia, en uno de los escritorios de los inspectores. Ella tenía el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. A pesar de la distancia, Benji se percató de la topografía irregular de su cráneo roto bajo el pelo rapado.

—¿Un peligro? No. Para nada. Es muy probable que Marcella Reyes haya salvado a varias personas con sus actos. La pistola no era de ella, sino del tipo al que agarró. Cuenta que lo vio abrirse paso entre la multitud y que no tuvo tiempo de avisar a nadie ni de llamar su atención, por lo que actuó nada más verlo sacar la pistola. Después lo agarró por la muñeca. El hombre se llama Hal Henry y se pegó un tiro en el culo. La bala le atravesó la nalga y le llegó a la pierna. Al parecer, le seccionó la arteria femoral. Está grave.

Benji se frotó los ojos. Estaba cansado. Muy cansado.

—Ese hombre... Henry... Me han dicho que forma parte de una... milicia local.

El jefe de policía se sobresaltó.

—Afirmar eso es dar por hechas muchas cosas, señor Ray...

—Doctor.

—Doctor Ray. Los jóvenes de la milicia son patriotas. Henry actuó por su cuenta, como un lobo solitario. Un pedazo de mierda que no hace más que delirar.

—¿Me está diciendo que la botella que se tiró desde la multitud no está relacionada con el disparo?

Linzer guardó silencio unos momentos. Y luego respondió, con tono muy serio:

—Déjenos hacer nuestro trabajo y nosotros le dejaremos hacer el suyo, doctor.

De pronto, Benji se sintió cansado y receloso. Era muy consciente de las posibles consecuencias de que un hombre negro se enfrentase a un policía blanco en Estados Unidos. Siempre se decía que la raza no tenía nada que ver, pero estaba claro que sí. También se daba por hecho que quien tuviera la piel más oscura siempre era culpable. Te acosaban, te detenían y tal vez hasta te pegaban un tiro por la espalda. Puede que Linzer tuviese razón y ese tal Henry actuara por su cuenta, pero parecía haberse precipitado a la hora de descartar las demás posibilidades. Demasiado. ¿No había leído hacía poco un informe del FBI que afirmaba que los supremacistas blancos se estaban empezando a infiltrar en las fuerzas de seguridad? No le sorprendería nada que Linzer también formase parte de esa milicia local y fuese algo más que el jefe de policía de ese pueblo de Indiana dejado de la mano de Dios.

Pero ¿de qué le serviría enfrentarse a él? Benji no iba a solucionar el problema de racismo sistémico ni ese día ni ningún otro. Además, tenía cosas que hacer. El rebaño avanzaba sin él desde hacía horas, y por suerte el pánico del pueblo no había derivado en una catástrofe. El disparo provocó una estampida que se alejó del rebaño. Hubo algunos heridos mientras corrían a ponerse a cubierto, ninguno de ellos de gravedad. Los pastores se habían quedado junto a los caminantes, y solo después se había enterado de que muchos se interpusieron entre los lugareños y ellos, con la intención de protegerlos en caso de que hubiese más disparos.

«Pastores que defendían a su rebaño de los lobos...»

—¿La señorita Reyes era agente de policía de esta comisaría?

—No, no. De Indianápolis.

Le llegó un mensaje al móvil justo en ese momento. De Sadie:

Espero que estés bien. Vi lo de Waldron .

Escribió la respuesta a toda prisa:

Estoy bien. Te llamo pronto .

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Benji—. Me refiero a la herida.

—¿Lo de la cabeza? La sorprendieron. Puede que no revisara bien las esquinas ni las puertas, no lo sé. Un delincuente la atacó por detrás mientras ella se ocupaba de otro y le dio un buen golpe en la cabeza con un bate. Parece ser que el tipo, que según me han dicho iba hasta arriba de cristal, siguió golpeándola cuando cayó al suelo.

Benji hizo un mohín de dolor.

—Es terrible.

En ese momento le llegó otro mensaje de Sadie:

Necesito que visites a la familia Stewart ahora mismo. Tengo información .

«Oh, oh. ¿Ha pasado algo?»

Alzó la vista del teléfono y siguió hablando con Linzer.

—¿Podría hacerle unas preguntas a la señorita Reyes?

—Toda suya, señor Ray.

—Gracias, señor Linzer.

Si él no lo llamaba doctor, Benji tampoco lo iba a llamar jefe. El respeto tenía que ser algo recíproco.

No le dijo ni una palabra más a Linzer y se abrió paso a través de los escritorios repartidos por la estancia. Benji acercó una silla a Marcella Reyes, y ella levantó la

cabeza, enterrada entre sus brazos hasta ese momento, y lo miró con ojos agotados y soñolientos.

—¿Quién es usted? —preguntó con una voz que más bien parecía un gruñido.

—Soy el doctor Benji Ray. Del CDC.

—Ah.

—No tiene buen aspecto. Me han dicho que tiene una... placa en la cabeza. De titanio. ¿Es cierto?

—Dos placas unidas entre sí. En la parte superior del cráneo y justo por detrás de la oreja derecha. Tuve una... una hemorragia cerebral después del ataque. Mire, solo... — Abrió y cerró las fosas nasales—. Solo quiero salir de aquí.

—¿Está herida? Podría llamar a una ambulancia...

—No. Soy... —Gruñó cuando se incorporó en la silla—. Soy así.

—Pues creo que puede irse.

—Me gustaría ir con ustedes.

Benji miró alrededor.

—¿Con nosotros? ¿Adónde?

La mujer se movió, como si algo la hiciese sentir muy incómoda. Después puso un rostro muy serio, como el de un francotirador que está a punto de disparar.

—Con ustedes. Con los ángeles. Con los ángeles resplandecientes —dijo entre dientes apretados.

Benji temió que la mujer sí que fuese un peligro, a pesar de lo que le había dicho el jefe de policía. ¿Y si era esquizofrénica? ¿Y si el bate le había destrozado el cerebro?

—No entiendo.

—Brillan —dijo, con ojos muy abiertos y al borde de las lágrimas—. Siento la luz que desprenden. Es cálida y suave. Como los ángeles.

—¿Cree en Dios? ¿Es cristiana?

—No, lo cierto es que no. Soy agnóstica, supongo.

—Pero ¿de verdad cree que el rebaño de sonámbulos son ángeles de verdad?

La mujer tragó saliva.

—No le veo otra explicación.

—No son ángeles —aseguró Benji—. Solo son personas. Personas que se han visto afectadas por... algo, cuyo origen aún desconozco. No han caído del cielo, Marcella, sino que salieron de sus casas. Llegaban del trabajo, de vacaciones, del parque o de cualquier otra parte. No son criaturas celestiales. —Benji había oído algo que también los relacionaba con el Gran Cometa que había pasado junto a la Tierra hacía solo un mes, el cometa Sakamoto—. Son como usted y como yo. Intentamos ayudarlos para comprender qué les ha sucedido.

—Entonces, ¿usted no es creyente?

—Yo sí soy cristiano.

—Pero también es científico. Es médico.

—No creo que sean cosas excluyentes.

Lo miró con gesto receloso y precavido.

—Entonces no... no cree que esos caminantes... sean otra cosa. Como ángeles, por ejemplo.

—No lo creo, no.

Tampoco sabía qué eran. Sí que sabía que eran algo que desconocían por completo. Y

Benji creía en esas cosas grandiosas y extrañas que la ciencia era incapaz de explicar. Por eso creía en Dios y su fe no flaqueaba nunca.

Una vocecilla en su interior dijo:

«¿Y si esta mujer tiene razón?».

Ella se inclinó hacia delante con la misma certeza con la que un borracho en un bar diría que acaba de atropellar al Bigfoot con su furgoneta.

—Le contaré lo que sé: sé que esos caminantes brillan como oro fundido. Y también sé que cuando estoy cerca de ellos lo veo todo mucho más nítido. Y sé que alejarme de ellos equivale a sentir de nuevo ese terrible dolor, un dolor de cabeza que parece ruido blanco, como una radio sintonizada en una emisora que ha dejado de emitir y con el volumen al máximo. Tengo que quedarme con ellos, doctor Ray. Cada minuto que paso lejos es como si... como si el mar me alejase de la orilla, más y más. No tardaré en volver a alucinar y quedarme como estaba antes. Déjeme acompañarlo. Puedo ayudar. Tengo el instinto de una policía, y también buen ojo.

Benji notó fragilidad y desesperación en su voz, que era la propia de una moribunda, no la de alguien que tuviera toda la vida por delante. Era algo que lo inquietaba, porque esa mujer podía llegar a convertirse en un problema para ella misma y para los demás. Por otra parte, había salvado al rebaño y a los pastores. Además, él no tenía ni voz ni voto acerca de quién podía acompañar o dejar de acompañarles.

—Los que siguen a los caminantes se llaman pastores —dijo Benji.

—Pues entonces quiero ser pastora.

Benji titubeó.

—Muy bien —accedió al final—. Te puedo llevar en el coche.

Vio que una sonrisa se dibujaba en el rostro de la mujer a pesar del gesto de dolor. Le estrechó la mano, débil y con dedos temblorosos, y después la agitó un poco.

—Gracias, doctor Ray. No se arrepentirá.

Una hora después, dejó a Marcy con el rebaño y le maravilló cómo mejoraba su aspecto a medida que se acercaban. Se sentaba cada vez más derecha y tenía la mirada mucho más despierta. Ya no parecía alguien constreñido por un dolor persistente.

—Gracias de nuevo, Marcy. Estoy seguro de que has salvado más de una vida, así que estoy en deuda contigo. Si necesitas cualquier cosa...

La mujer lo interrumpió con una enorme sonrisa en el rostro.

—Estar aquí es más que suficiente.

Y después salió del coche de alquiler y se dirigió hacia los caminantes. Benji esperaba que empezase a correr como un cachorrito que sale al encuentro de su nueva familia, pero se les acercó con gesto reticente y cauteloso.

No entendía cómo la proximidad al rebaño podía generar un cambio tan llamativo en su condición física, por lo que llegó a la conclusión de que, más que físico, era puramente psicológico.

De todos modos, ya le daría más vueltas en otro momento.

Ahora tenía que llamar a Sadie.

Y su compañera le contó algo que confirmó sus peores sospechas.

Al terminar de hablar se puso en contacto con las autoridades para exigir a Charlie Stewart que detuviese la caravana.

La caravana era un vehículo desvencijado que estaba en las últimas. Se encontraba en

la cuneta de gravilla de la carretera por la que avanzaba el rebaño. Dos coches patrulla de la policía lo habían rodeado, como si le hubiesen tendido una trampa. No tenía escapatoria. Un trío de agentes se había bajado de los coches y parecía listo para actuar.

—¿Quieres que entre contigo? —preguntó Cassie.

—No —respondió Benji—. Y los agentes también se van a quedar aquí fuera, por ahora.

—Podría ser peligroso.

—No... no lo creo. O espero que no, al menos.

—Podría estar implicado.

—Ya lo veremos.

Y Benji se acercó a la puerta de la caravana y tocó con suavidad. Oyó que le respondía un hombre, Charlie Stewart, el padre de la caminante Nessie y de su heroica hermana, Shana. Charlie destilaba humildad por los cuatro costados, y tenía pecas en las mejillas y un pelo rubio oscuro que le asomaba por debajo de la gorra de béisbol como si fuese la paja de un espantapájaros.

—Entre —dijo Charlie, que no le quitó el ojo de encima a los policías. Después los saludó con un ligero cabeceo.

Shana estaba sentada en el interior, rodeada por un revoltijo desordenado de sábanas. Saltaba a la vista que había intentado echarse una siesta. Y Benji estaba seguro de que se la merecía, pero en aquel momento necesitaba hablar con ella.

—Cariño —dijo Charlie—, ¿por qué no te tumbas y descansas? Puedo hablar fuera con los agentes si...

—Lo haremos aquí mismo —repuso Benji—. Para tener más privacidad. Me temo que Shana debería estar presente por si puede aportar información.

Charlie se quedó en silencio como si rumiara las palabras, y una especie de energía protectora irradió de él mientras Benji se preguntaba qué le estaba pasando por la cabeza en esos momentos. Quizá no llegase a verbalizarlo, pero sin duda los culpaba de lo ocurrido y pensaba que el CDC podía hacer mucho más de lo que estaba haciendo. Quizá pensase que formaban parte de un gobierno que, de alguna manera, era responsable de la situación, que podían haberlo evitado o al menos ayudado a la familia Stewart a entender qué le pasaba a su hija Vanessa. Nessie. Ese no era el caso, pero Benji sabía que el hombre estaba molesto con ellos.

O eso, o sabía más de lo que parecía saber.

—Papá, no pasa nada —dijo Shana al tiempo que se acercaba. Tenía los brazos cruzados en postura defensiva.

Su padre le dedicó un cabeceo incierto y después se sentó a la mesilla.

—Pues venga, siéntese. Me han hecho parar aquí, pero queremos volver con mi hija cuanto antes. Sobre todo, después de lo ocurrido hoy.

—Voy a presentarles a una compañera de trabajo —dijo Benji mientras sacaba el teléfono. Marcó el número de Sadie y puso el altavoz.

Shana y su padre se miraron.

Sadie cogió la llamada, se presentó y luego le pidió a Benji que sacase el teléfono de Cisne Negro para usarlo como proyector. Él obedeció y lo apuntó hacia la puerta de la caravana. Un haz de luz hendió el aire e iluminó las motas de polvo que flotaban por el antiguo vehículo.

Se empezó a formar una imagen entre una lluvia de píxeles.

Era un portátil en una bolsa de plástico transparente que se encontraba sobre una mesa.

Sadie preguntó:

—Señor Stewart, ¿reconoce el portátil?

Pero fue Shana la que respondió.

—Es el ordenador de Nessie.

Lo dijo también con tono protector, como si le diese mala espina que ellos hubiesen conseguido esa imagen.

Benji dijo:

—Los investigadores han encontrado algo en él.

—En su portátil —repitió Charlie.

—Así es.

—La verdad es que no sé si tienen derecho a investigar el portátil de una niña de quince años. Hay que tener en cuenta la privacidad y... —empezó a decir el padre, pero Benji lo interrumpió con la mayor amabilidad que pudo.

—Encontramos una cuenta de correo electrónico secreta. Tenía un navegador independiente solo para revisarla. Instalado en una carpeta oculta. Y en ella solo se comunicaba con una persona.

—¿Con quién?

—Con Daria Prince. Cuyo nombre de casada era Daria Stewart.

Charlie abrió los ojos todo lo que pudo.

—Mamá —dijo Shana.

—No es... —empezó a decir Charlie con voz quebrada—. No es posible. Se marchó. No sabemos nada de ella desde hace...

—Su hija Vanessa sí que sabía algo de ella —continuó Sadie—. Tiene un correo de hace tres meses en la bandeja de entrada principal, que había rescatado de la papelera. Lo había respondido y después creado una cuenta secundaria a petición de Daria. Después de eso, se comunicaron otras seis veces, aunque con correos más cortos y concisos.

—Es imposible —dijo Shana.

—Daria era así a veces —repuso Charlie—. Fría.

Shana se enfureció al oírlo.

—Conmigo no era así. Y tampoco con Nessie. Solo lo era contigo, papá.

La acusación que destilaban aquellas palabras pendió sobre ellos como una espada que colgase de un hilo demasiado fino.

—Me gustaría ver esos correos —declaró su padre.

Benji asintió.

—Claro. Lo tendremos en cuenta. Podemos enviárselos en formato digital o...

—Imprímalos, por favor.

Sadie fue la que habló a continuación:

—Antes de eso, nos gustaría hablar sobre el último mensaje que intercambiaron.

—Daria le prometió a Nessie que le enviaría algo —explicó Benji.

El pánico resplandeció en los ojos de Charlie.

—¿Enviarle algo? ¿El qué?

—No lo sabemos. Solo dijo que se trataba de un... paquete.

—Un paquete humanitario —corrigió Sadie.

—¿Recuerdan algún tipo de envío...?



Benji se quedó en silencio al ver el gesto de Charlie Stewart, quien sin duda sí que recordaba algo.

Asintió como si lo recordase justo en ese momento.

—Dios. Sí, claro. Yo... recuerdo que vino un tipo a entregar un paquete. Un... un mensajero.

—¿Un mensajero? ¿Como los de UPS o FedEx?

—No, eso es lo raro. Parecía un camión de mudanzas o uno de alquiler.

Benji los interrumpió y dijo:

—FedEx alquila camiones así a veces cuando se les rompe uno de los suyos y la demanda es muy alta, sobre todo en Navidad.

—Puede, pero el tipo no llevaba el uniforme de la empresa. Ninguno, en realidad. — Charlie se quedó con la mirada perdida. Benji supuso que rebuscaba en sus recuerdos—. Llevaba un... un polo normal y corriente. Con pantalones de color caqui.

—¿Cogió usted el paquete?

—Sí... Sí que lo cogí, pero Nessie estaba justo detrás de mí. Me lo quitó de las manos, dijo: «Es para mí» y salió disparada a su habitación. Grité para preguntarle qué era, pero ella se limitó a responder entre gritos que había pedido algo.

—¿Y eso no le resultó extraño?

Shana rio, aunque no se podía decir que fuese un sonido alegre, sino más bien irónico.

—Nessie siempre pedía cosas por internet. Cosas muy raras. Huevos de mantis religiosa, rocas para pulir y... no sé, cosas de esas de ciencias. Cristales, productos químicos, placas para el microscopio. A veces también pedía cosas más artísticas, porque Nessie era incapaz de centrarse solo en una cosa...

Fue el padre quien terminó la frase.

—Quería hacer de todo...

—¿Recuerdan algo de ese paquete?

Lo que quería decir Benji con esa pregunta era otra cosa: era harto probable que su madre o alguna suplantadora de su identidad le enviara ese paquete a Nessie. Y ese paquete podría haber desencadenado la epidemia de sonámbulos, algo bacteriano, viral o fúngico. Era una manera muy discreta y barata de sembrar el caos y de desatar una guerra biológica. Se enviaba un sobre con esporas de ántrax y ya estaba. Que se infectase quien se tuviese que infectar. Si alguien había creado algo mucho más extraño y siniestro para luego enviárselo a una niña tan vulnerable como para aceptar cualquier cosa de su madre desaparecida... Era una posibilidad retorcida e inverosímil, pero tenía visos de ser factible.

—Lo que sea, Charlie. ¿Vio qué contenía?

—No.

Shana titubeó, como si fuese a decir algo.

—¿Shana? —preguntó Benji.

—Vaya.

—¿Viste lo que contenía el paquete?

—Vaaaaya.

—Sí, sí que lo viste.

—Estaba con ella cuando lo abrió. La caja no era grande, poco más que una fiambarrera. Pues la abrió y parecía algo sacado de Harry Potter, empezó a salir como una niebla y sacó dos pedazos de poliestireno que apartó, y luego...

—Y luego, ¿qué?

—Pues fue un cortarrollos. Mucho hielo seco, pero después solo sacó un... un tubo de ensayo.

Un tubo de ensayo.

—¿Y qué había dentro?

—No lo vi bien, pero no estaba lleno. Quizá solo hasta la mitad. Me parecía un polvo gris. Le pregunté lo que era, pero se puso a la defensiva y me respondió que «un experimento». Después me echó de su cuarto.

El agente infeccioso. Benji sabía que tenía que ser eso.

—¿Sabes dónde dejó el tubo de ensayo?

Charlie dijo:

—Puede que yo lo tirase. O lo dejara mezclado con sus cosas. En la habitación de Nessie suele reinar el desorden. Dicen que los genios son así, ya sabe.

—El FBI ha revisado la casa, pero no han encontrado nada —comentó Sadie.

Benji notó que se le caía el mundo a los pies.

Pero entonces:

Shana hizo un mohín.

—Pues...

«Lo sabe.»

—Shana... —empezó a decir Benji.

Y entonces ocurrió lo más sorprendente de todo. Extendió la mano y cogió la mochila que había dejado sobre la mesa. Abrió la cremallera, empezó a rebuscar y...

Sacó un tubo de ensayo.

Que parecía contener...

—¿Eso es hierba? —preguntó Charlie.

Shana se encogió de hombros, nerviosa.

—¿Perdón?

## Apofenia

Don Dayton: Última pregunta y le dejamos que siga con la campaña. ¿Cuál es su opinión sobre esos sonámbulos?

Ed Creel: ¿Mi opinión? Pues creo que son un mensaje.

DD: Un mensaje. ¿De quién?

EC: Aún no lo sabemos, pero puede que del ISIS. O de China. También podría ser algún asunto doméstico, un traidor de Hunt o de la Agencia Nacional de Seguridad. Incluso puede que sea el mismísimo Diablo. ¿Quién sabe? Pero una cosa sí que sé: sé que son un mensaje. De eso no me cabe duda.

DD: Y entonces..., ¿cuál es ese mensaje?

EC: El mensaje es que va a pasar algo. Algo muy malo. Y si no nos enfrentamos a ello, si no acabamos con estos pedazos de [piiii], no tardaremos en enterarnos por las malas.

De *El programa de Don Dayton*,  
FOX BUSINESS NETWORK.

### **21 de junio. Shelbyville (Indiana)**

— **D**eberías dormir.

—Gracias, papá —dijo Shana, pero no a su padre.  
Sino a Arav.

Estaba sentada en un tocón viendo cómo avanzaban los caminantes. De noche era una imagen muy extraña: los faros de los vehículos los iluminaban por detrás y proyectaban sus sombras hacia los que iban delante. (Era una visión que inquietaba mucho a Shana aunque no sabía decir muy bien por qué. Parecían tumbas. Sacó algunas fotos, que salieron granuladas, lo que solo sirvió para inquietarla aún más). Papá iba al frente con la Bestia. Había cogido un desvío para colocarse delante de los caminantes y vaciar las aguas negras del vehículo en un *camping* de la zona. Los caminantes, por su parte, avanzaban rodeados por los pastores, aunque a estas horas, muchos de ellos se habían marchado para pasar la noche, ya fuese en sus caravanas, en sus coches, en hoteles, moteles, *campings* o en los sillones de amigos, familia u otros buenos samaritanos.

La mayoría de los integrantes del CDC también se habían marchado. Sabía que algunos dormían en ese enorme remolque. Tenían literas en el interior, algunas incluso muy claustrofóbicas en la parte del cuello de cisne del vehículo.

Pero Arav se había quedado por los alrededores, aunque Shana no lo supo hasta que lo vio venir a su encuentro. Llevaba una taza en cada mano; unas volutas de humo revoloteaban sobre ellas. Las olió mientras se acercaba.

Un olor fuerte y umami.

Un olor íntimo y familiar que reconoció de inmediato.

—Raaaamen —dijo, con tanto ímpetu que la palabra pareció adquirir energía espiritual.

—Se te da bien —comentó él—. Deberías hacerte perro policía o algo así. —Ella puso mala cara al oírlo—. No, no. Perdona. No me refería a que fueses un perro ni nada de eso.

—Te perdono si me das uno.

—Uno era para ti. —Se lo dio y el vapor cubrió el rostro de Shana. Guau—. No es que sea gran cosa, pero te he visto aquí fuera los últimos días y... —¿Sabría lo de su madre? ¿Y lo del paquete? Joder—. Supuse que te vendría bien. Además, está empezando a refrescar por las noches. Siento que sea de microondas.

—Tío, los de microondas son mis favoritos. —Cogió la taza y le dio un sorbo. Estaba bastante caliente, pero le dio igual—. En el instituto tenía muchísima ansiedad y no quería ir a clase. Tampoco es que me fuese muy mal, pero tenía alguna que otra abusona que se burlaba de mí pelo y también de que no me depilase las piernas y... Ya sabes, cosas de instituto. Era una mierda, y por las mañanas no tenía ganas de ir. No quería ni comer. Ni huevos ni cereales ni nada, qué asco. Me hacían sentir mucho peor. Y a mi madre se le ocurrió una idea, creo que lo dijo medio en broma y porque estaba un poco frustrada: «Vale, pues si te lo comes, te preparo un ramen». Y lo hizo. Y me lo comí. Y me sentí mejor. Y eso era lo que desayuné todos los días de instituto durante los tres años. —Sorbió unos fideos—. Dios, cástate conmigo.

—¿Eso es a mí o a los fideos? —preguntó Arav.

—A los dos. Podríamos tener uno de esos matrimonios abiertos o como se llamen. —Se sentó en el tocón, que era muy grande. Parecía de un roble casi recién cortado. Se echó hacia el borde y le indicó a Arav que se sentase con ella—. ¿Quieres sentarte?

Él se encogió de hombros y se sentó. La brisa nocturna era fresca, pero Shana notó el calor de la cadera de Arav al pegarla a su cuerpo.

Se comieron el ramen entre sorbidos de fideos y tragos de caldo, y lo único que se oyó alrededor fue el anodino retumbar de los pasos del desfile de caminantes.

—Estuviste genial la otra noche —dijo Arav.

—¿Eh?

—Cuando salvaste al niño aquel.

—Ah. Sí. Eso. —Ella no creía haberlo salvado. Estaba vivo, sí, pero ¿qué vida le esperaba ahora? No se sentía muy cómoda diciendo que estaría mejor muerto, pero... el niño se había quedado sin nada. Y todo porque esa imbécil no había sido capaz de soltar a su marido ni cuando empezó a agitarse como loco en la tormenta... Shana dejó de pensar en ello. Al hacerlo mancillaría sin remedio el placer que le causaba aquel ramen, y no estaba dispuesta a tolerarlo—. No tan genial como esa fortachona que le dio una buena tunda a aquel que estaba entre la multitud. Joder, ese cabrón tenía una pistola. Oí que estaba a punto de disparar a los caminantes.

—Esa señora es la caña, sí. Creo que se ha quedado por aquí. Tiene pinta de ser buena persona y creo que era policía o algo así, ¿sabes? —Arav se limpió unas gotas de caldo de la barbilla con el dorso de la mano—. Dicen que el del arma estaba solo, pero yo no lo veo tan claro. Los tipos como ese nunca van solos. Siempre les preocupa un montón que las personas de color como yo nos radicalicemos, pero nadie se fija en que eso también

les puede pasar a los blancos. Es una locura.

—A ver, gentuza hay en todas partes, y está claro que la gentuza siempre encuentra a más gentuza para hacer sus mierdas. Internet hace que sea más fácil.

Más sorbos de fideos y de caldo. Shana se lo terminó muy rápido.

El grupo de caminantes ya casi los había adelantado. Su número había aumentado en otra docena. Cada día que pasaba había más y más caminantes. Algunos llegaban con pastores, y otros lo hacían solos. El CDC se encargaba de catalogarlos. A veces le tocaba hacerlo a Arav.

—Yo tengo la duda de qué pasaría si alguien disparase contra ellos —continuó Arav—. A ver, no es que quiera que lo hagan, pero si no podemos clavarles agujas ni navajas... ¿Qué les haría una bala?

—Pues no lo había pensado. ¿Crees que están blindados?

Arav hizo un mohín y se encogió de hombros.

—Hombre, no creo, ¿no? Pero solo porque me parece imposible que lo estén. Es... es una locura. Pero también lo es que la piel sea tan dura que no se pueda atravesar con agujas, así que... Es raro de cojones. Como todo lo que ha ocurrido. Y no hay explicación. Tenemos teorías, pero ninguna manera de confirmarlas.

Shana no había dejado de pensar en la primera parte.

—Vale, pero entonces sí que podrían estar blindados.

—O no estarlo. Esto me recuerda un poco a los fluidos no newtonianos. Digamos que tienes una masa de harina de maíz y agua, en una proporción de dos a uno. Con eso crearías una especie de pringue húmedo, algo que es líquido pero que se comporta como materia sólida en determinadas circunstancias. Si le das un golpe fuerte, es como si golpearas... no sé, el asiento de cuero de un coche o una cama elástica. Pero si te limitas a tocarlo o a presionarlo despacio es más líquido y el dedo se te hunde en el interior. Está claro que la piel de los caminantes no es así, no es lo que quería sugerir, pero pensar en ello me ha hecho cuestionarme si la bala sería lo bastante rápida como para penetrar en la piel o si a esta le resultaría más fácil repelerla. No lo sabemos. Y tampoco es algo que nos apetezca probar, claro.

—Esto es un coñazo.

—Pues a mí me pone de los nervios —dijo él muy serio—. Me reconcome por dentro.

Ella soltó un suspiro.

—Joder, y a mí también.

—Lo siento por lo de tu madre.

—Sí, me pone de muy mala leche que Nessie haya sido el principio de todo. La gente cree que es culpa nuestra y ahora nos pasamos el día diciéndoles a los reporteros que no queremos hacer declaraciones al respecto. Pero en internet ya se han puesto con las teorías conspiratorias. Paso de mirar las redes sociales. Los capullos de la Fox nos llaman terroristas. No sé. Es una mierda. Todo.

—Yo intento centrarme en el día a día. Controlar lo que depende de mí y pasar de lo demás. Y también intentar tener momentos como este.

—Es agradable, sí.

Y después Shana hizo algo que sabía que tenía que hacer.

Soltó la taza de ramen.

Tendió la mano.

Se la cogió a Arav.

Y la sostuvo.

—Soy mayor que tú —dijo él.

—Apenas me faltan unas semanas para cumplir los dieciocho. Y estamos en Indiana, donde seguro que la mayoría de edad está en veintitantos o alguna barbaridad por el estilo. —Carraspeó—. Pero que tampoco quiero que follemos ni nada de eso, ¿eh?

—Ah, vale. Bien. Porque... ya sabes. Sí, bien.

—Bien.

El silencio se alargó entre ellos como un caramelo masticable. Arav rompió el hielo.

—A ver, tampoco es que no quiera... No me refería a eso, pero bueno... Tengo veinticinco años y...

—Sí. No. Lo sé. Tranquilo.

—Vale.

—Bien.

Glups. Más silencio.

—He visto que a veces haces fotos —dijo Arav.

Como única respuesta, Shana giró el teléfono hacia él y le hizo una. Tenía el flash desactivado, le parecía demasiado estridente y llamativo, por lo que la foto mostró la silueta medio sombría de Arav. Pero por lo menos tenía su forma, y eso le gustaba. Era una silueta que le agradaba.

—Es una tontería —respondió Shana.

—¿Una tontería a la que te gustaría dedicarte?

—La verdad es que no sé a qué me gustaría dedicarme. Solo sé que me gusta sacar fotos.

—Entonces quizá sí que sea aquello a lo que te gustaría dedicarte. —Le apretó un poco la mano—. Deberías sacar más fotos. Seguro que están genial y que te hacen sentir mejor. No sé. Shana..., no tengo ni idea de a qué nos enfrentamos, pero sí sé que es algo insólito. Y está bien que haya gente documentándolo, gente que no forme parte de los medios de comunicación.

—¿Crees que debería hacerlo yo?

—Lo creo.

—Bien.

—Bien.

Menudo día. Después del sermón matutino, tuvo la entrevista en el pódcast de Hiram Golden, y resultó que el tipo editaba los programas más rápido y a las dos horas ya estaba subido a internet. A partir de ese momento, Matthew había empezado a recibir llamadas de los medios de comunicación. Querían hablar con él sobre los caminantes, sobre el cometa del Apocalipsis, sobre lo que decía la Biblia acerca de la escatología y muchas más cosas. Por la tarde acudió al estudio de Fox59 en Indianápolis, donde lo grabaron para que saliese en las noticias de la noche.

Lo curioso fue que Matthew se sintió muy cómodo mientras lo hacía, como si su entrenamiento como pastor le hubiese servido para prepararlo al respecto y manejar bien la situación. Sabía que al obrar de aquella manera estaba llegando a mucha más gente de a la que llegaría jamás en su pequeña iglesia.

«Le debo todo esto a Ozark Stover», pensó.

Y a Dios, claro.

(Se reprendió a sí mismo por no haber pensado en Dios en primer lugar, pero también se dijo que sabía que se debía a que el Todopoderoso estaba en todas partes y estaba clarísimo que era el primero al que había que agradecerse todo, aunque no se expresara.)

Volvió a quedar por la noche con Hiram Golden, quien le había ofrecido llevarlo a cenar. Fueron a uno de los mejores (y más antiguos) asadores del país: St. Elmo's. Era el lugar al que Matthew solía llevar a Autumn todos los años para celebrar el aniversario, por lo que para él la noche adquirió un aura de ocasión especial. Y vaya si lo fue.

Golden y él hablaron durante horas. Bebieron un buen vino y charlaron sobre todos los problemas a los que se enfrentaba el país. Como era de esperar, Hiram Golden era un partidario acérrimo de Ed Creel y trató de convencer a Matthew, un poco al menos. Matthew consideraba a Creel un lobo con piel de cordero, alguien que aparentaba ser un buen cristiano solo para conseguir el voto de los creyentes, pero Golden le explicó que Creel era una persona benévola. No solo fanfarroneaba al respecto, sino que además hacía muchas cosas en secreto y de tapadillo, para asegurarse de que lo que decía no se quedase en palabras.

Hiram sacó el pequeño llavero con forma de cortaplumas y perforó un pedazo de queso de una tabla que habían pedido. Después dijo:

—Creel va a misa todas las semanas en Nashville, que es donde vive ahora. Es un hombre que ama y teme a Dios a partes iguales.

Matthew dijo que le preocupaba que fuese alguien demasiado interesado por los grandes negocios, pero la respuesta de Hiram había sido:

—El único lugar en el que hay más corrupción que en el mundo de los negocios es en la política, Matthew. En mi opinión, los negocios son una actividad mucho mejor que el gobierno. Se regulan por sí mismos y permiten que Dios... meta baza para ayudar a los que ya se ayudan a sí mismos.

Unas copas de vino después, todo empezó a adquirir cierto sentido para Matthew. Al final de la noche, Matthew accedió a volver al programa en unos días y, llegado el caso, incluso a pasarse por alguna de las colectas de fondos que iba a llevar a cabo Creel cuando estuviese por el estado la semana siguiente.

Y después se marchó a casa.

Tarde. Demasiado tarde. Pero no pasaba nada. No tenía mucho que hacer los lunes por la mañana.

Se arrastró hasta la cama y se metió bajo las sábanas de la manera más silenciosa y cuidadosa que pudo, ya que no quería despertar a Autumn.

Pero resultó que su mujer ya estaba despierta.

—Tendrías que haberme llamado —dijo ella.

No tenía voz soñolienta ni aletargada. Matthew no la había despertado. Simplemente, no se había dormido. Se había quedado esperándolo.

—Lo siento. Supuse que estarías durmiendo, Autumn.

—Me he preocupado.

—Lo sé.

Autumn se incorporó y encendió la lámpara. Él se cubrió los ojos.

Lo miraba como si le apuntase a la cabeza con dos fusiles.

—Hoy no eras tú.

—¿Qué?

—El del sermón. No eras tú quien hablaba.

—Autumn, claro que era yo. —Le puso la mano en la rodilla, y ella se puso tensa—. ¿Crees que me ha poseído un demonio o algo así? ¿Que me ha obligado a pronunciar esas palabras?

Río, pero a ella no parecía hacerle gracia.

—Has bebido.

—Un poco de vino.

—¿Cuánto es un poco?

Matthew llenó los carrillos de aire mientras intentaba recordar. Pero fue incapaz. (La verdad es que se sentía un poco mareado. Llevaba mucho tiempo sin beber tanto.)

—Autumn, tampoco hace falta que te pongas en plan inquisidora. Es tarde.

—¿De verdad crees en esas cosas que dijiste esta mañana?

—¿Qué cosas?

—Dijiste que... esas personas, los caminantes, podían ser Peregrinos del Diablo, que podían ser una señal de que ha llegado al fin de los días.

—Es... retórico, pero hay algo de verdad en ello. Es una verdad metafórica que...

—¡No, no! La gente no se lo va a tomar en sentido metafórico, Matthew. Te van a creer a pies juntillas. Hay personas que no... que no distinguen entre la historia que les cuentas y la realidad.

Matthew se puso a la defensiva.

—Bueno, yo tengo algo más de esperanza en la humanidad. En la gente. Me gusta creer que son lo bastante inteligentes como para entender lo que digo y las razones por las que lo digo.

—Hoy un hombre ha disparado un arma. No muy lejos de aquí.

—Lo sé. Oí lo de Waldron por la tarde, en el estudio. Me preguntaron al respecto.

—¿Y qué dijiste?

Matthew soltó un bufido.

—¿Qué crees que dije? Condené esas acciones. La violencia nunca es la solución.

—Hay personas para las que sí lo es.

—Pues para mí no.

—Está en la Biblia.

—Autumn, venga ya. Es tarde...

—En la Biblia hay lapidaciones, batallas y desmembramientos. Dios le ordena a Saúl matar a los amalecitas, las copas de la ira de Dios en el Apocalipsis...

—Lo sé, y he tenido que aceptar la violencia que entraña, pero no es más que un libro. El cristianismo moderno no suscribe ese... comportamiento aberrante.

—Pero hay quienes sí lo hacen. Hay gente que cree que es lo correcto. La única manera de...

—Pues serán unos sociópatas.

—No todos los fanáticos son sociópatas. Algunos no ven las alternativas. Tienes una responsabilidad, Matthew. Ese hombre del arma...

Matthew la señaló con rabia.

—Ese hombre no es miembro de nuestra iglesia.

—Pero puede que sea uno de los amigos de Ozark.

—Actuaba por su cuenta. Es lo que han dicho las noticias y la policía.

—Aun así, puede que haya oído ese pódcast. O tu sermón. No tienes manera de



saberlo.

—¡Tú tampoco! No puedes probarlo, Autumn.

Matthew salió de la cama a toda prisa, cogió la almohada y una manta que estaba en la silla del rincón del dormitorio.

—¿Adónde vas?

—Lejos de esta conversación. Tengo que dormir.

Pero ella empezó a seguirlo, insistente. Cuando a Autumn se le metía algo en la cabeza, era incapaz de olvidarse de ello.

—Los caminantes, Matthew. ¿Y si te equivocas? ¿Y si son los elegidos de Dios? ¿Y si no son demonios, sino personas a las que hay que proteger de los demonios? ¿Y si Dios no está relacionado de ninguna manera con ellos?

Matthew se dio la vuelta para encararla. Odiaba la rabia que sentía en su interior y estaba convencido de que en parte era culpa del vino. El vino, claro. Intentó controlar el volumen de su voz y dijo:

—He tenido un buen día. Un buen día, Autumn. Sé que es una oportunidad para nosotros, para la iglesia, para marcar una diferencia y que nuestra voz y la palabra de Dios lleguen más lejos de lo que creía posible. Así que, por favor, no te atrevas a arrebátarmelo. —La miró con la respiración agitada—. Me voy al salón. Ya dormiré en el sillón.

Autumn no dijo nada más. No le devolvió la ira que Matthew acababa de dirigirle, sino que se quedó allí de pie y lo miró con ojos tristes, con un gesto en el rostro que parecía indicar que miraba a un desconocido.

Después volvió al dormitorio y lo dejó en paz.

Benji volvía a estar despierto a medianoche.

Volvía a meditar sobre patrones y números.

A mediodía, los caminantes habían girado hacia otra carretera: la E350. Benji no encontró ninguna denominación adicional para ella, ya que estaba rodeada por poco más que tierras de labranza. Siguieron avanzando hacia el oeste por el sur de Indianápolis. El rebaño había evitado las enormes zonas metropolitanas y rehuido las grandes autopistas durante las dos semanas que llevaba caminando. Al parecer era un patrón constante.

¿Qué otros patrones había que tener en cuenta?

Los caminantes parecían determinados a dirigirse a un lugar concreto. Benji cada vez estaba más seguro de que seguían una ruta calculada y deliberada, aunque careciese de sentido. No conocía ninguna enfermedad que diese como resultado un patrón tan preciso ni minucioso. Se sintió un loco por tenerlo en cuenta siquiera, pero al mismo tiempo rechazó descartarlo de buenas a primeras. Era frecuente ver patrones donde no los había. De hecho, era una característica de los humanos. Se llamaba apofanía. Una epifanía era una revelación útil sobre el mundo que te rodeaba, pero una apofanía era una en la que descubrían un patrón incorrecto entre cosas que no tenían relación alguna, lo que te llevaba a considerar algo incorrecto como una revelación. Los humanos éramos así, capaces de ver una verdad en una tormenta de oscuridad y ruido. Rostros en las nubes, fantasmas en las pantallas. A Jesús en una puta tostada.

(«Ángeles que brillan en una multitud de enfermos.»)

Volvió a deambular de un lado a otro. En esta ocasión, en un Holiday Inn Express que

había a unos cinco kilómetros del rebaño.

Y volvió a hacer algo que lo reconfortaba:

Sacó ambos teléfonos.

Con uno de ellos abrió Cisne Negro.

Con el otro llamó a Sadie.

Fue al grano:

—No entiendo nada —dijo—. Hay patrones que nos pasan desapercibidos. Reglas que no vemos. Hemos descubierto cosas relevantes, como que los Stewart recibieron un paquete o que desaparecieron esos cuerpos, pero me preocupa que haya un plan preconcebido detrás de todo esto y no lo descubramos a tiempo, Sadie.

—Confío en que harás todo lo necesario —respondió ella.

—¿Quién confía en mí? ¿Tú o Cisne Negro?

—Yo. Yo confío en ti. —Hizo una pausa. Benji la oyó respirar al otro lado de la línea. Se sintió reconfortado—. De un tiempo a esta parte he pensado mucho en ti. Eres inteligente y muy listo. Sería una imbécil si no confiara en ti. Me alegro de haberle hecho caso a Cisne Negro.

El teléfono de Cisne Negro proyectó de repente un latido verde en la pared. Uno, no: tres latidos verdes.

—Creo que a Cisne Negro le gusta que me hagas caso —dijo—. Acaba de latir en verde.

—Está claro que Cisne Negro tiene buen gusto. Lo que me gustaría preguntarte es cómo te sientes tú por el hecho de yo recurrir a ti por sugerencia de la IA.

—Ah, eso. Pues bien. Me parece bien.

Notó una sensación extraña que lo recorría de arriba abajo. Se sintió febril, y el corazón empezó a latirle desbocado, como si sufriera una taquicardia. Le empezaron a sudar las manos. «¿Me estaré poniendo enfermo?»

No, no tenía nada que ver con eso.

Había pasado mucho tiempo desde la última relación, desde que se había sentido atraído por alguien (o viceversa), por lo que la sensación le resultó casi extraterrestre.

¿Qué acababa de pasar? ¿Se sentía atraído por Sadie?

«No puedo ponerme a pensar en estas cosas ahora.» No es el momento. Hay cosas más importantes en juego. Pensar en el amor en un momento como aquel era una muestra de inmadurez. Y peor aún: también era una distracción. Tenía que centrarse en el problema.

No en ella.

Cambió de tema al momento.

Le dijo a Sadie lo que habían encontrado en el tubo de ensayo que le habían enviado a Nessie Stewart. Shana lo había usado para guardar su marihuana.

—No encontramos residuos microscópicos. Nada. Y de haber tenido algún agente infeccioso, lo más probable es que Shana, la hermana mayor, también se hubiese unido al rebaño y empezado a caminar junto a Nessie. Pero no ha sido el caso.

Sadie titubeó. ¿Estaba decepcionada porque Benji no había respondido su pregunta? ¿Le estaba él dando más vueltas de las que debería? Ya había empezado a darle vueltas a lo que no debía otra vez.

—¿Cisne Negro te ha ayudado? —preguntó ella.

—Un poco. —Giró el teléfono para enfocarlo hacia una de las anodinas paredes de la habitación. Benji activó el proyector—. He estado pensando en patrones. Sé que hay

uno, pero soy incapaz de verlo. Cisne Negro, ¿podrías destacar qué tienen en común los caminantes del rebaño, los patrones que soy incapaz de ver?

Un latido verde y después la pantalla se iluminó con datos. Líneas de información que pasaban a toda velocidad y, al terminar, quedó en blanco. Y en ese blanco se formaron dos círculos.

Cada uno de los círculos albergaba datos:

En el primero:

Su factor de salud es de un percentil del 89

En el segundo:

Su factor de inteligencia es de un percentil del 85

Y eso era todo.

Esos eran los dos elementos comunes.

La edad de los caminantes estaba muy repartida: ninguno era demasiado joven ni demasiado viejo. El rebaño tenía cierta diversidad también, al menos en comparación con el resto de la población del país. Los dos elementos comunes eran que se trataba de personas más inteligentes que la mayoría, y que también estaban más sanas que la mayoría. Era muy extraño.

Sadie debió quedarse sorprendida por su silencio, porque lo siguiente que dijo fue:

—¿Sigues ahí? ¿Te has vuelto a quedar ensimismado?

—Sí, estaba pensando. Lo siento. Me he olvidado de que no estabas aquí y no ves lo que hay en la pantalla. Espera, vamos a probar con una videollamada. Aunque creo que la cobertura no es muy buena por aquí.

—Da igual. Dímelo y ya está. —Una pausa—. Me gusta tu voz.

«A mí también me gusta la tuya», pensó Benji. Pero no lo dijo.

Después le explicó los datos de la proyección.

—Cisne Negro, ¿cómo has determinado el factor salud? —Los círculos desaparecieron y la pantalla se llenó de texto. Benji lo leyó en voz alta para Sadie—. Historiales médicos, certificados de educación física, exámenes locales.

Después de oír lo último, Sadie preguntó:

—¿Exámenes locales?

—Sí —confirmó Benji—. Claro. Cisne Negro los analiza.

—¿En serio?

—¿No... no sabías que podía hacerlo?

Sadie rio.

—No, no lo sabía.

—¿Eso no te inquieta?

—Claro que no. Está aprendiendo. Evolucionando. Eso es que funciona bien, que aprende cosas nuevas igual que nosotros. Ese cabrón insolente no deja de mejorar su currículo, ¿eh?

—Puf. Pensé que no teníamos que antropomorfizarlo.

Sadie rio.

—Bueno, supongo que es inevitable, ¿no crees? —Después continuó—: Lo del análisis de los exámenes es interesante. No tiene rayos X ni nada de eso, pero supongo que

además puede detectar la temperatura, el pulso y cualquier anomalía. Cisne Negro, ¿cómo calculas el factor inteligencia?

Aparecieron más datos en la pantalla. Test de inteligencia, test estandarizados, notas, rendimiento en el trabajo, análisis de las redes sociales. Se los leyó a Sadie.

—Bueno, entonces lo que nos está diciendo Cisne Negro es que los caminantes están muy sanos y son muy inteligentes.

—Eso parece. Y es algo que me inquieta, a decir verdad. Las enfermedades pueden surgir de una gran variedad de vectores, y los hay muy quisquillosos, como la hepatitis D, que solo infecta a los que ya tienen hepatitis B, por ejemplo. A veces, la región geográfica también influye... como esa enfermedad de finales del siglo XIX que solo afectó a un subconjunto de hombres de la región del lago Moosehead en Maine y causó un sinnúmero de ataques y movimientos musculares incontrolables. La llamaron la enfermedad del francés saltarín de Maine.

—Qué locura. Te la estás inventando.

—¡De verdad que no! Te lo prometo. Pues lo interesante es que eso no se repitió. La enfermedad no reapareció y nadie fue capaz de explicarla. Debemos tener en cuenta que nunca sabemos del todo cómo funcionan estas cosas. Hay enfermedades que afectan a personas de diferentes edades o de lugares diferentes. Es posible que los parásitos busquen unas condiciones específicas para multiplicarse, pero creo que es la primera vez que veo que se fijan en la salud o en la inteligencia. A menos que...

—Benji...

—A menos que la cosa vaya más allá de lo que creemos. Hay enfermedades como la porfiria, conocida como la enfermedad de los vampiros, en la que los pacientes se vuelven alérgicos a la luz y defecan heces de color púrpura...

—Benji...

—Pues en esa enfermedad hay un componente genético, una mutación. ¿Y si los caminantes tienen todos la misma mutación genética específica? Voy a tener que hablar con Cassie y Martin para que analicen otra vez la sangre de Clade Berman...

—Benji, hazme caso.

—Lo siento. Estaba desvariando ya...

—A mí me gusta llamarlo chacharear. Suena mejor.

—No es una palabra que se use mucho por aquí.

—Bueno, pues yo sí que la uso. Dime, ¿en qué habitación estás? Tengo algo que enviarte. Algo que te ayudará a relajarte.

—Anda. Pues a ver... Estoy en la doscientos cuarenta y tres.

—Bien. Perfecto.

—¿Qué me vas a enviar?

—Un regalito. Algo que te ayudará a relajarte, como te he dicho.

—Joder, Sadie, espero que no sea una botella de alcohol, porque podría nublar me el juicio y en este momento lo último que necesito es que...

Justo en ese momento, se oyó como alguien tocaba a la puerta.

—Un momento —dijo Benji al teléfono, dubitativo.

—Servicio de habitaciones —respondió alguien con voz muy grave al otro lado de la puerta.

Benji se acercó, la abrió y...

Vio a Sadie. Tenía las caderas inclinadas en pose descarada y la lengua le asomaba

entre los dientes, como un canario en boca de un gato.

Benji sintió cómo se le estiraba la piel del rostro a causa de una sonrisa incontrolable.

—No... pero si no...

Ella agitó el teléfono frente a él.

—Ya te lo dije. Un regalito. —Después terminó con la misma voz grave de antes—: Que te ayudará a relajarte.

—Sadie, yo...

—Calla y déjame entrar.

Se fundió contra él, boca con boca. Lo empujó para entrar en la estancia y cerró la puerta detrás de ella con fuerza con el tacón de la bota. Lo rodeó con los brazos y luego cayeron juntos en la cama y esparcieron a su alrededor todos los documentos que había encima.

## Estos son los vecinos de tu barrio

Así es como hacemos las cosas en Estados Unidos: identificamos un problema, después no le prestamos la menor atención hasta que empieza a pisarnos los talones, momento en el que nos damos cuenta de que ya nos ha puesto la zancadilla y es demasiado tarde. Los antibióticos, por ejemplo. Las bacterias van ganando. Han desarrollado defensas contra todos nuestros antibióticos muy rápido, y cuando eso ocurra lo perderemos todo. Y eso implica que tanto la cirugía cardiovascular, como los tatuajes o hasta los padrastrros se volverán muchísimo más peligrosos. ¿Y qué hacen las farmacéuticas al respecto? Pues se tocan la barriga. Dicen que es que no hay inversión suficiente. Estamos en un avión que cae en picado, pero conseguiremos levantar el vuelo. ¡Justo en el último momento! Inventaremos algo con transferencia genética horizontal o bacteriófagos o nanotecnología con polímeros. No vamos a chocar, pero estaremos a punto. Como siempre. Así es como hacemos las cosas en Estados Unidos.

AFZAD KERMAN , articulista científico, en su charla TED:  
*Caos y crisis: la ingenuidad accidental y el casi-apocalipsis .*

### **21 de junio, Cloverdale (Indiana)**

**E**l rebaño creció por la noche, como todas las noches. Y también crecería aquel día, como todos los días. Más caminantes significaba más pastores. Y más pastores significaba más policías. Y más medios de comunicación. Shana se sentía abrumada, como si estuviese en el interior de una olla de agua que se calentaba poco a poco. Una olla que terminaría por desollarla. Que empezaría a hervir algún día. ¿Qué pasaría entonces?

Pero eso no era lo único que la irritaba, ¿verdad? También estaba su padre, que aún no había salido de la caravana para estar con Nessie. También cabía tener en cuenta el hecho de que a Nessie la había engañado alguien que fingía ser su madre (porque estaba claro que no era su madre de verdad, ¿no? Esa mujer había desaparecido sin dejar rastro y mandado a tomar por culo a su familia). También estaba el hecho de haber perdido a Nessie. Y el de lo destrozada que había quedado su familia.

Shana se dejó llevar por la rutina para mantener la cordura. Se despertaba. Bebía un poco de café que siempre le llevaba alguien. Aquel día, por ejemplo, le había tocado a Mary Sue Trachtenberg, una de las pastoras que había comprado cafés de esos enormes de Dunkin' Donuts. Y también había llevado cajas de donuts. (Los pastores hacían una colecta de dinero: pagaban lo que podían y alguien lo usaba para comprar agua, café o tentempiés. Si querías algo más, ya tenías que separarte del rebaño e ir a comprarlo tú).

Shana se comió un donut, le dio un rato a la sinhueso con Mia y después se colocó junto a Nessie. Caminó y caminó. Le cepilló el pelo y después le limpió el polvo de la cara con un pañuelo. Le habló, por si la oía. Era algo que hacían muchos pastores. ¿Y si los caminantes seguían ahí? Como pacientes en coma que a lo mejor escuchaban. (Mia no lo creía. Para ella era como «hablar con las plantas. Esos pobres diablos no nos oyen, Shana»). Shana intentó que la conversación con su hermana fuese ligera, en plan «tía, Indiana es un coñazo, el cielo es azul, me va a venir la regla y encima me olvidé de traer los tampones, por lo que ahora voy a tener que pedirle a un tío raro de estos que me compre», pero terminó preguntándole cosas sobre los correos electrónicos, el tubo de ensayo y su madre.

—¿En qué narices estabas pensando? —preguntó entre susurros—. Esa no era mamá. Te han estafado. No, ha sido peor que una estafa. Por aquí han empezado a decir que fuiste la primera, ¿lo sabías? Que todo esto ha sucedido porque abriste ese paquete, después el tubo de ensayo y...

Gruñó. Sintió que de repente todas las miradas estaban puestas en ella, que el resto de pastores se había girado hacia donde se encontraba. No solo porque había gruñido más fuerte de lo que pretendía, sino porque quizá lo sabían. Quizá le echaban la culpa a Nessie, a esa niña tonta que había abierto la caja de Pandora y era culpable de que ellos estuviesen ahí con sus seres queridos infectados. Aunque no fuese el caso, Shana era consciente de que no tardaría mucho en ocurrir. Y luego, ¿qué? ¿Lapidarían a Shana y a Nessie? ¿Agarrarían a su hermana menor hasta hacerla explotar?

Nada de eso la ayudaba a sentirse mejor.

De hecho, cada vez estaba de peor humor, como si su ansiedad no dejase de acelerar en sentido contrario por una carretera de un solo carril.

Después recordó cómo había estado sentada con Arav la noche anterior.

Recordó lo que él le había dicho.

«Entonces quizá sí que sea aquello a lo que te gustaría dedicarte. Deberías sacar más fotos. Seguro que están genial y que te hacen sentir mejor.»

La cámara.

Sacar fotos.

Cogió el teléfono y se puso manos a la obra.

Al principio era como meterse en el agua por primera vez en las playas de Jersey Shore. Daba igual lo caluroso que fuese el día, el océano siempre estaba helado y tenías que meterte poco a poco para acostumbrarte. Shana no solía sacar fotos de personas tan a menudo. Solían ser de... cosas. Un árbol que parecía una mano. Una mantis religiosa (Shana usó la lente macro para mirar los rarísimos ojos de ese bicho). En una ocasión había encontrado un ciervo, muerto hacía demasiado tiempo. Le faltaba el torso, y las costillas no tenían nada dentro, por lo que metió la mano con la cámara («Que no se te caiga que no se te caiga que no se te caiga», no dejaba de repetirse) y sacó una foto a las entrañas podridas del animal en descomposición. La foto era una pasada y parecía una catedral carmesí, pero no se la enseñó a nadie porque era muy asquerosa y seguro que se iban a reír de ella y a insultarla. A llamarla cosas muy desagradables.

Pues eso, pero nunca le había llamado la atención sacar fotos a la gente.

Hasta ese momento...

Empezó a poner en práctica lo que sabía.

Y con las personas que conocía.

Nessie. Se acercó y apuntó la cámara al rostro impassible e inmóvil de su hermana. Tocó la pantalla del teléfono.

Clic.

Ya estaba. La cara de su hermana entre los bordes de la pantalla. La boca era una línea muy estrecha. Y vio algo más. Estaba segura de que se trataba de una ilusión, pero...

Había vida en esa foto.

Una expresión.

Ahora que la veía aislada de ese desfile de autómatas, Shana vio que su hermana parecía estar viva, consciente, despierta, aunque eso también la hacía parecer como poseída, como si mirase hacia algo muy lejano, algo terrible. Una amenaza distante o un futuro que temía que se hiciera realidad.

No tardó en ponerle un filtro a la fotografía. Era blanco y negro y tenía el contraste muy alto. Le daba a la imagen un aspecto irregular, como si estuviese formada por mercurio líquido.

No era solo Nessie la que parecía poseída.

Era toda la imagen.

—Gracias, hermanita —dijo Shana mientras le daba un ligero pellizco en la mejilla.

El rebaño pasó junto a ella, y Shana siguió con las fotos. Sacó algunas más generales en las que se veía el desfile de sonámbulos y lo que tenían detrás. Después también sacó fotos a la gente de los medios de comunicación mientras bebía café, fumaba cigarrillos o descansaba en su tiempo libre. Y a los policías con los coches patrulla, que iban muy despacio, miraban los teléfonos móviles para revisar su Facebook, jugar al *Angry Birds* y esas movidas. (Y de repente Shana deseó tener una cámara mejor. Una de verdad. Con una lente de esas que podías girar para hacer zum, y así quizá ser capaz de ver qué era lo que hacían con los móviles en realidad... Eso habría sido una pasada).

Se sentía bastante bien a nivel creativo. La emoción corría por sus venas y le insuflaba vida. Así que a la mierda, pensó, y empezó a correr para alcanzar a los sonámbulos. Después empezó a hacer lo mismo que había hecho con Nessie: acercarse, encuadrar sus rostros y sacar la foto.

Uno detrás de otro.

Darryl Sweet, el chico de los auriculares. Clic.

La joven de la marca de nacimiento, una blanca que en realidad se llamaba Jasmine y que no tenía pastor. Clic.

El señor Muchosbolsillos, que se llamaba Barney Coolridge y tenía diecisiete bolsillos en la ropa que llevaba. Clic.

Mateo, el hermano de Mia. Clic.

—¿Qué haces? —preguntó Mia.

—No sé —dijo Shana, que sonrió sin saber muy bien la razón.

Shana llegó hasta la mitad del rebaño y después se apartó a un lado de la carretera para mirar las fotos. Todas eran muy buenas. Incluso sin filtros. Tenían la misma aura que la de Nessie: era como si estuviesen vivos, de alguna manera. Lo veía en sus caras. Y, al mismo tiempo, también veía en ellos lo que producía ese fenómeno de los sonámbulos, los veía despiertos pero dormidos, sin tensión alguna en los rostros y con mirada que contemplaba la carretera infinita. Todos habían compartido algo. Tal vez incluso siguiesen haciéndolo en esos momentos. Las fotos solo eran de los rostros, por lo que no captaban las distintas formas y tamaños de los cuerpos. Las pasó rápido y le dio



la impresión de que era el mismo rostro que se transformaba en uno y en otro, que todos tenían cosas en común que pasaban entre fotografías.

Shana empezó a sentir ansias. Quería más y más y más.

Volvió a entremezclarse con el rebaño, levantó la cámara a uno de los caminantes, una joven negra a la que no conocía, de cabellos rizados y pendientes que le colgaban de los lóbulos de ambas orejas...

—Oye, apártate de mi niña, coño.

Shana se asustó. Una mujer, una de las pastoras, corría a toda prisa hacia ella. La señalaba con el dedo índice, que tenía tan levantado que parecía estar a punto de disparar un rayo por la punta.

—¿Q-qué? —preguntó Shana.

—Te he visto sacarle fotos a mi hija.

Shana siguió caminando de espaldas para seguirle el ritmo al rebaño. La mujer le mantuvo el paso.

—Solo estoy... intento hacer un registro de todos los sonámbulos. Soy una pastora como usted y...

—Ya sé quién eres y también qué estás haciendo.

—Tranquila. De verdad que no lo hago para nada raro. Además, creo que los de las noticias ya han hecho fotos...

La mujer negó con la cabeza, entrecerró los ojos y puso un gesto tan enfadado que Shana la creyó capaz de romperle el teléfono.

—Quiero mantener a mi niña lejos de ellos. Y de ti. Sé lo que vas a hacer: le sacarás una foto y la subirás a tu puta cuenta de Instagram o algo así. Pero estas personas no son juguetes ni tus proyectos de arte, ¿sabes? Guárdate eso y lárgate de aquí.

—Yo...

—Venga. Largo.

Shana se guardó el teléfono en el bolsillo con manos temblorosas y se dirigió a toda prisa hacia Nessie. Empezó a caminar al mismo ritmo que su hermana y tragó saliva. Se esforzó al máximo para fingir que no le acababan de dar ganas de llorar, y eso la hizo sentir estúpida y avergonzada porque... ¿Qué razón tenía para llorar? Tendría que haber sacado esa maldita foto y haberle dicho a la mujer que se fuese a tomar por culo porque lo iba a hacer por mucho que le dijese.

Joder.

Joder, joder.

Pero la señora tenía razón, ¿o no? Shana tampoco querría que se acercasen a su hermana para sacarle fotos.

Pensó en acercarse a ella de nuevo para disculparse, pero ¿qué iba a decirle? Ya se sentía como una imbécil de campeonato y aquello no tenía remedio. Se dio cuenta de que Mia se le había puesto al lado.

—Oye, esa señora te acaba de cantar las cuarenta, ¿no?

—Ya te digo —dijo Shana—. Pero tranquila. Todo bien.

—Es Donna Dutton, y es así. Solo habla con su hija, Maureen.

—Pues podría ser un poco más amable.

—Ya te digo. Entiendo que no es un buen momento, y tampoco es que la cosa vaya a mejorar por ser más amable. —Pero Mia pareció darse cuenta de que Shana estaba enfadada, lo que significaba que lo de ocultarlo no le había salido muy bien—. ¿Estás

bien?

—Estoy bien.

—¿Segura?

—He dicho que estoy bien —espetó.

—Joder, vale, ¿eh? Deberías aplicarte el cuento con lo de ser más amable.

Dicho lo cual, Mia volvió con su hermano.

Bzzz, bzzz.

Un descanso profundo y sin sueños...

Bzzz, bzzz.

... interrumpido de repente.

Bzzz, bzzz.

Benji se abrió paso a través de la comodidad de la profunda duermevela y atisbó la luz de la mañana. Tenía un brazo que no era el suyo sobre el pecho. Se sintió algo desconcertado cuando vio a Sadie junto a él, bocabajo sobre la almohada del hotel y respirando dormida mientras la espalda desnuda subía y bajaba.

«¿Lo de anoche pasó de verdad?», se preguntó.

Sadie estaba allí. A su lado. Sin ropa.

«Pues sí que pasó de verdad.»

Bzzz, bzzz.

Gruñó y cogió el teléfono.

No estaba iluminado ni tampoco vibraba.

Bzzz, bzzz.

Un momento.

En la cómoda, junto a la televisión.

El sonido venía del teléfono satelital de Cisne Negro.

En ese momento fue Sadie la que se abrió paso a través de su laberinto del sueño y levantó la cabeza de la almohada. Rodó hasta ponerse bocarriba.

—Ese ruido. Parece una abeja dentro de mi cabeza. ¿Hay una abeja dentro de mi cabeza? Dime que no.

—No. Es Cisne Negro.

Sadie se incorporó. Arqueó una ceja tan alto que parecía que se hubiese puesto a flotar sobre su rostro, como si fuese un dibujo animado.

—¿Qué?

La pantalla latió, ni en verde ni en rojo...

... sino en blanco.

Una y otra vez.

Vibraba cada vez que lo hacía.

—Quiere hablar —dijo ella.

—¿Significa eso?

—Creo que sí.

—¿No lo sabes?

—Es inteligencia artificial, Benji. Aún no tenemos respuesta para todos sus misterios, ni hemos conseguido registrar todos sus comportamientos.

Benji encendió el teléfono.

—Cisne Negro, soy Benji. ¿Ha ocurrido algo?

Un latido verde. Luego otro.

Después, tres más. Confirmación suficiente.

El proyector del teléfono se encendió por su cuenta, algo que a decir verdad Benji encontró un tanto desconcertante, pero ya lo había dicho Sadie: se trataba de inteligencia artificial. Hacía cosas por su cuenta. Y ahí estaba, haciéndolas.

Dirigió los proyectores del teléfono hacia la pared.

Y mostró una imagen de repente.

La imagen era un mapa.

Al principio no era más que un puñado de píxeles, pero ya se distinguía que tenía la forma de Norteamérica. La imagen empezó a ampliarse cada vez más y, a medida que lo hacía, aparecían más píxeles que iban conformando un mapa más local.

Florida. Los Everglades.

Se amplió más. Y más...

Ahora contemplaban una isla llamada Chokoloskee, situada cerca de la bahía de Chokoloskee. No muy lejos de Dismal Key y de las Diez Mil Islas.

—¿Por qué ahí? —preguntó Sadie.

—No lo sé —respondió Benji.

—Si Cisne Negro nos lo enseña es porque tiene que ser importante.

La pantalla volvió a latir en verde. Una vez. Dos. Y después una y otra vez, un resplandor estroboscópico. Una serie de afirmaciones insistentes e interminables.

—Supongo que tendré que enviar a alguien a Florida —dijo Benji.

Pero la pregunta seguía siendo la misma:

¿Por qué?

¿Qué había visto Cisne Negro en ese lugar?

## INTERLUDIO

### Jerry Garlin o el principio del fin

#### **23 de junio. Costa del Golfo (Florida)**

Cassie veía las noticias mientras aguardaba para recoger el coche de alquiler en el aeropuerto internacional del Sudoeste de Florida. La CNN. En las imágenes se veía al rebaño, que empezaba a recorrer Illinois. El número de integrantes había aumentado mientras volaba, sin cesar. El rótulo que se desplazaba por debajo de la imagen del rebaño rezaba: ED CREEL, CANDIDATO DEL PARTIDO REPUBLICANO A LA PRESIDENCIA, AFIRMA QUE LA PRESIDENTA HUNT ES «ALIADA DE CHINA Y NO DE ESTADOS UNIDOS» .

—¿Increíble, verdad? —decía el hombre detrás del mostrador. Era joven. Puede que latino. Una camisa de traje y pelo engominado repeinado hacia atrás.

Cassie se dio cuenta de que ya no había nadie delante de ella en la cola, por lo que se acercó al mostrador y dijo:

—Perdone, ¿decía...?

—Esas personas. Es por el cometa, ¿verdad?

—¿El qué? No. —Soltó un quejido—. No tiene nada que ver con el cometa.

—Puede que sí.

—No; de puede que sí, nada. Los cometas no son mágicos, ni proféticos. No vuelan sobre nosotros dejando a su paso polvo de hadas ni nada de eso.

El joven parpadeó.

—Pero la Biblia dice que...

—¿Me puede dar el coche, por favor? —pidió al tiempo que soltaba con brusquedad el carné de conducir sobre el mostrador—. Y no quiero el seguro adicional porque me parece una mierda y ya tengo el mío, así que dese prisa, si no le importa.

El hombre tragó saliva.

—Claro, señora.

#### *La noche del cometa .*

Cassie recordaba la película de los años ochenta. Le encantaban las pelis de miedo... y también las de fantasía... y las de ciencia ficción. El buen cine de género. Le daban igual esas mierdas pedantes independientes, ella prefería los hobbits, los cenobitas y los cíborgs (vaya que sí).

Empezó a recordar la película mientras conducía en dirección sur hacia los Everglades, con el aire acondicionado al máximo porque fuera hacía un calor que rajaba las piedras y estaba tan húmedo que daba la impresión de estar en la entrepierna del mismísimo Diablo.

En la película, un cometa pasaba cerca de la Tierra y, cuando el planeta atravesaba el

rastrero que había dejado, empezaba a llover un polvo rojizo que lo cubría todo. Todo el que tocaba ese polvo se convertía en un zombi, y dos hermanas, Reggie y Sam, luchaban por sobrevivir en ese apocalipsis zombi provocado por el cometa. Terminaban por encontrar a unos científicos y, como había supuesto, eran los malos de la película (un cliché que Cassie odiaba con toda su alma). Los científicos también se habían visto afectados por el polvo rojo, pero al final habían descubierto la manera de mantener a raya los efectos adversos usando la sangre de los que no eran zombis.

Más putos zombis.

Antes le gustaban mucho las pelis de zombis, pero ya no tanto.

Sabía que lo que le pasaba al rebaño no tenía nada que ver con eso. No era cosa del cometa. No eran zombis. Y punto. Se acabó. Cierra la puta boca, tipo del mostrador de la empresa de alquiler de coches.

Los zombis de la peli no eran como los sonámbulos. En realidad no eran zombis, pero Cassie veía que tenían cosas en común: era una horda de personas que no dejaba de caminar, al parecer indestructible y que no respondía a ningún estímulo. Estaba claro que el rebaño tenía similitudes con los zombis, pero no eran violentos aunque muriesen de una manera un tanto brusca. Los caminantes, y por ende la enfermedad que los afligía, tenían un objetivo. Avanzaban con una determinación de la que los zombis carecían. Cassie había dejado de pensar que eran un rebaño que necesitaba un pastor y empezado a verlos como un grupo de personas que iban de peregrinación, que se dirigían a un destino sagrado y desconocido.

(Sí, ella también había oído cómo uno de esos capullos evangélicos los llamaba los Peregrinos del Diablo en un pódcast. Y aquel nombre se había generalizado. Esa gente era lo peor. Unos hipócritas de tomo y lomo.)

¿Tenía un propósito el rebaño? No lo sabía. Pero se imaginaba que sí, en la misma medida que lo tenían la toxoplasmosis o una colonia de hormigas. Seguro que era algo básico y primigenio. Una necesidad biológica sencilla e insignificante. No un plan secreto ni algo sobrenatural. A diferencia de Benji, Cassie no creía en Dios.

Pasara lo que pasase, estaba segura de que solo se trataba de algo que aún no alcanzaban a comprender.

La pregunta ahora era por qué Cisne Negro la había enviado a ese lugar.

¿Encontraría una explicación en los Everglades...?

¿... o más preguntas?

Primero un coche de alquiler, y luego un hidrodreslizador.

El enorme ventilador del vehículo zumbaba detrás de ella y lo propulsaba a través de los manglares y meandros serpenteantes de Crooked Creek, cerca del pantano de la costa y de la ciénaga llena de cocodrilos.

Era un barco de la policía que conducía una agente de los Everglades llamada Tabes, una mujer de mucho carácter que tenía la mandíbula como la pala de una excavadora. No dijo gran cosa, lo suficiente como para hacerle saber a Cassie que no sabía qué estaban buscando. El hidrodreslizador aceleró sobre el agua y revolvió las tripas a Cassie, a quien le gustaba conducir rápido con el coche cuando lo manejaba ella. Tenía un Dodge Challenger y le gustaba usarlo siempre que podía. También le gustaba tener el control, no que la controlasen, como ahora, en ese barco en el que sentía que todo estaba fuera de su control de una manera lamentable y exagerada.

Se reunieron con dos hombres en un chickee.

Cassie no estaba familiarizada con ese tipo de cabañas, por lo que tuvieron que darle unas explicaciones. Tabes le contó que era cosa de los pieles rojas, y sí, había dicho «pieles rojas» como una puta vaquera sureña.

—Los seminolas las usaban. Son poco más que cuatro postes que sobresalen del agua con una plataforma sobre ellos y cubiertos por un techo de paja.

También le explicó que la gente como los dos hombres con los que se iban a reunir, Dave Hutchins y J. C. Perry de Gainesville, las usaban para acampar y pescar, ya que no había muchas zonas secas en las que hacerlo por la región.

Los dos hombres estaban en la plataforma del chickee, con un kayak varado a un lado y provisiones desperdigadas por el suelo. También había un par de cañas de pescar cruzadas a un lado.

Hutchins era el típico paleta regordete, con el sombrero de camuflaje y la licencia de pesca colgando de él, una barba descuidada que le cubría todo el cuello y la mandíbula y una panza apretada dentro de una camiseta con un mensaje que suponía irónico: REMA MÁS RÁPIDO, OIGO LOS BANJOS .

Perry, el otro, era un tipo más presentable y pijo que parecía que estaba jugando a disfrazarse de pescador. Llevaba un polo blanco y una gorra de béisbol negra con banderas a cuadros y un logo que decía EQUIPO DE CARRERAS DE PFIZER . Era rubio, atlético y estaba bronceado.

Resultó que los dos eran amigos desde pequeños, aunque sus vidas habían ido por derroteros muy diferentes, al parecer. Aun así, siempre sacaban tiempo una vez al año para pescar por la región. Habían llegado hacía unos días y recorrido Crooked Creek en kayak hasta encontrar suelo firme. No tuvieron mucha suerte con los peces, por lo que ya empezaban a hablar de ponerse a cazar pitones. Las serpientes eran una plaga por allí y se podían cazar sin restricciones.

Tampoco encontraron serpiente alguna.

Pero sí un cadáver.

Esto fue lo que dijeron al respecto.

HUTCHINS: Llegamos a una pequeña isla llamada Horses Key en busca de pitones, ya que no hay restricciones y se pueden cazar como quieras: con machete, con trampas...

PERRY: Pero tenemos un arma. Una escopeta del 410...

HUTCHINS: Es como un rifle de caza, pero algo más potente. Nos permite darle a la serpiente en la cabeza y conservar la piel. La gente la compra. La carne no, claro, porque las putas serpientes están llenas de mercurio...

PERRY: Y tampoco es que necesitemos el dinero.

HUTCHINS: No, claro. Yo parezco un paleta de verdad y tengo familia de campo, pero soy el propietario de una tienda de Ski-Doo...

PERRY: Y yo trabajo en el departamento de ventas de Pfizer.

HUTCHINS: Pues eso, que no encontramos nada de nada. Y hacía calor. Pero después oímos algo...

PERRY: No era el olor que estarás pensando. No era a muerto, sino más bien a masa fermentada, como a salmuera.

HUTCHINS: No deja de ser un poco asqueroso. Era muy intenso. Pensamos que quizá se tratase de un animal o de algo así. Los jabalíes a veces huelen que apestan. Y empezamos a buscar...

PERRY (después de respirar hondo): Y entonces encontramos el cadáver.

HUTCHINS: Pero no se parecía al cadáver en el que estarás pensando.

PERRY: No parecía un cadáver, de hecho. Era... un montículo blanco, un bulto enterrado entre las raíces de un ciprés. Y en ese momento pensé que, joder...

HUTCHINS: A mí me recordó a cuando era niño y teníamos cabras, porque podías alquilarles las cabras a los ricos para que se comiesen los zumaques y las hiedras venenosas de sus propiedades. Y las cabras siempre atraen a muchas moscas, ¿vale? Algunas de ellas, grandes como botones, y a veces las moscas se quedaban pegadas en el papel matamoscas que colgábamos en los establos de las cabras. Si hacía mucha humedad, las moscas del papel se enmohecían. Todo el papel, de hecho, quizá fuese por el pegamento que usaban. Pero las moscas se juntaban y el moho, el hongo, las cubría con esa sustancia pulverulenta y las consumía poco a poco. Si te fijabas bien, se les veían las patas rotas y los ojos descompuestos en esas cabecitas retorcidas. Y las alas se les caían o se mezclaban con el resto de esa sustancia mohosa.

PERRY: La diferencia en este caso era que había empezado a... crecer algo del bulto.

HUTCHINS: Como setas. De esas raras que encuentras en la tierra en mal estado.

PERRY: A mí me recordaban a... ¿Has visto alguna vez los ojos de un cangrejo? Esos con... pedúnculos, creo que los llaman.

HUTCHINS: Sí, eso mismo. Era así. Pero después... explotó. Como granos que estallan.

PERRY: Y algo salió de ellos.

Tabes y Cassie se pusieron los EPI y se dirigieron al lugar donde habían encontrado el cuerpo.

Estaba debajo de un ciprés. Una forma humana y redondeada cubierta por un montículo de hongos. Vieron ropas ahí debajo. Rasgos casi invisibles debajo de esa escharcha del moho. La pose del cuerpo parecía la de un penitente. Era un hombre o una mujer de rodillas y suplicante. El suelo húmedo y margoso de debajo tenía un patrón similar al de un brote estelar de moho blanco y estriado que intentaba escapar al exterior, como si buscase un nuevo hogar.

Un nuevo anfitrión.

Tal y como habían dicho los hombres, unos túbulos sobresalían por la parte superior del montículo en ángulos extraños, algunos a mucha altura y otros a menos. Parecían ascocarpos o esporocarpos. Sésiles, como percebes. Carnosos como dedos sin huesos. Sin duda se trataba de una manera de dispersar las esporas y propagarse. Una forma muy habitual de los hongos para llegar a nuevas zonas.

«Algo salió de ellos», había dicho Perry.

Sí, tenía toda la pinta de ser eso.

Cassie ya había empezado a reconstruir la línea temporal de los acontecimientos. Alguien había llegado hasta allí y muerto en circunstancias desconocidas. Una sobredosis, un ataque al corazón, un golpe de calor o la mordedura de una serpiente. El cadáver se encontraba en una zona cálida y húmeda, un caldo de cultivo perfecto para los hongos. Por lo que le habían crecido hongos.

Cassie no era patóloga forense, pero tenía muy claro que un cuerpo pudriéndose a la intemperie acabaría siendo consumido por los insectos, las bacterias y el moho. Pero lo que tenía frente a ella era algo diferente, una auténtica metrópolis fúngica.

«¿Podría haber muerto este tipo a causa de una infección fúngica provocada por eso que ha empezado a crecer en su cadáver?», se preguntó, absorta.

Era imposible saberlo aún. No sabía hacer autopsias. Martin sí, pero estaba en una camilla del hospital.

Y, a pesar de todo, el tipo del cadáver podría haber tenido una muerte natural.

Y se acabó, ¿no?

Entonces, ¿qué hacía ella allí?

¿Quién era esa persona y por qué razón era importante?

—Vamos a necesitar sacar el cuerpo de aquí —le dijo Cassie a Tabes—. Necesitaremos agentes entrenados con EPI, por si hay en el ambiente algo que desconozcamos. También habrá que dejar en cuarentena y echarles un vistazo a los dos que encontraron el cadáver. No creo que tengan nada, porque no tocaron el cuerpo, pero tenemos que ser muy precavidos. Y tampoco sé si hay por aquí algún sitio en el que guardar el cuerpo, pero vamos a necesitar un lugar frío...

—Tenemos una cámara frigorífica en la caseta del guarda del parque nacional —dijo Tabes.

Cassie arqueó una ceja debajo de la máscara del EPI.

—¿Para qué la usan?

Tabes se lo explicó:

—Unos cientos de instalaciones de los parques nacionales cuentan con cámaras frigoríficas para guardar cintas o fotografías. Las cintas se degradan, sobre todo en las regiones húmedas y calurosas. Pero a veces se usan para otras cosas como conservar cadáveres de animales, por ejemplo, si sospechamos que hayan contraído la rabia.

—Muy bien. Pues la vamos a necesitar. ¿Tiene gente entrenada para usar equipos de protección individual?

—Yo estoy entrenada y puedo llamar a unos tipos de Naples, que llegarían en pocas horas. ¿Le sirve?

—Sí, servirá.

Horas después, cuando el sol se encontraba en su cenit, Tabes llevó a Cassie al puesto del guarda que quedaba al norte, en Ochope. El suelo estaba seco y consiguieron usar un pequeño y desvencijado carrito de golf para acercarse desde el canal que se encontraba a un kilómetro y medio. El puesto se ubicaba debajo de musgo colgante y detrás había un aeródromo abandonado que parecía sobresalir del pantano. Unos agentes entrenados para usar EPI habían llevado el cuerpo y lo habían metido en la cámara frigorífica hasta que Cassie supiese qué hacer con él.

Cassie consiguió otro EPI desechable y entró, después de tomarse su tiempo para revisarlo por si tenía agujeros o roturas. Suponía que no necesitaba tanta seguridad, ni que fuese el ébola, joder; pero allí había algo que la inquietaba y prefería asegurarse.

La cámara frigorífica no se hallaba dentro de la caseta del guarda, sino montada en una cabaña metálica en el exterior. Tabes, que también llevaba un EPI, abrió la puerta y sintieron una ola de frío a medida que se internaban en la penumbra. El motor no dejaba de zumbar para conservar la temperatura bajo cero. (A Cassie le parecía un



enorme alivio. Nunca había tenido tantas ganas de convertirse en un polo como cuando había llegado a los Everglades, ese lugar fétido, húmedo y caluroso en el que no dejabas de sudar). Tabes encendió las luces. Y unos tubos fluorescentes chisporrotearon hasta encenderse.

Vio lo que parecía un cuerpo humano en una mesa.

Un varón, al parecer. Mayor. Quizá de cincuenta o sesenta años, aunque el estado actual del cuerpo tampoco es que lo dejase muy claro.

Estaba tumbado bocabajo. Tenía unas protuberancias que parecían los brazos y las piernas dobladas por debajo. La cabeza del hombre también estaba debajo del cuerpo, retorcida de una manera que parecía imposible. El cadáver le recordaba a una pelota de origami, a un papel convertido en una bola arrugada. Ahora que ya no se encontraba en el pantano, el cuerpo había dejado la pose de penitente y parecía poco más que un revoltijo.

Detrás del cadáver, en las estanterías de metal, Cassie vio bolsas de plástico para almacenar en congeladores. De la marca Ziploc o una parecida. (También vio dos tarrinas de helado típicas de supermercado y unas cajas de polos de hielo, lo que indicaba que los guardas habían usado el lugar para algo más que para conservar las cintas y los cadáveres). Cassie sacó unas tijeras pequeñas y empezó a cortar los hongos y a meterlos en bolsas. Tomó todo tipo de muestras.

(Y ahora se estremeció al recordar lo que había dicho Benji, que los sonámbulos habían caído presa de la infección de unos *Cordyceps*. El cadáver tenía unos síntomas que le recordaban justo a eso. Estaba envuelto en moho, con pólipos que sobresalían del cuerpo y cuyo cometido era desperdigar las esporas para seguir viviendo y encontrar nuevas víctimas. ¿Esa era la razón por la que Cisne Negro los había enviado allí? ¿Estaba relacionado de alguna manera con los sonámbulos? ¿O era algo diferente? Lo que habría sido aún más extraño. Peor aún... Pensar en los hongos le hizo recordar el tema de los zombis... Al fin y al cabo, lo llamaban el hongo zombi.)

Cassie tomó muestras de ADN y de sangre, que a esas alturas era poco más que una melaza fangosa y negra. Aquello le resultó muy extraño, cuanto menos. Mientras, Tabes se quedó junto a la puerta y lo contempló horrorizada.

—Estoy segura de que habrá visto cosas desagradables —dijo Cassie mientras trabajaba—. ¿Había visto algo así alguna vez?

—He visto cosas muy desagradables en mi trabajo. Una vez vi un cocodrilo comerse un jabalí y a una serpiente que después se comió a ese mismo cocodrilo. En una ocasión encontramos a un cervatillo, un venado de cola blanca recién nacido, clavado en un árbol, destripado y con las patas cortadas. Las hormigas lo habían encontrado antes. También he visto cadáveres, a veces. Muertes causadas por el hidrodreslizador, ataques de cocodrilos y suicidios ocasionales.

—¿Y algún cuerpo que tuviese este aspecto?

Tabes negó con la cabeza.

—Ya le digo yo que no.

Cassie estuvo por la región unos días. Volvió al lugar donde habían encontrado el cuerpo y tomó algunas muestras más.

Viajó a Everglades City para cenar mientras esperaba los resultados. Se comió como pudo un plato de cangrejo moro. Había algo satisfactorio, visceral y prehistórico en el

hecho de romper el caparazón de una criatura para llegar a la carne del interior. Le sonó el teléfono y se lo llevó a la oreja con el hombro mientras seguía partiendo pedazos de cangrejo.

—Dime.

Era Benji.

—Cass, hemos realizado algunos descubrimientos preliminares.

—Tú dirás, jefe.

—Sabemos quién es el fallecido.

«¿Es o era?», pensó. ¿Perdía uno la identidad después de morir o esta también estaba ligada al saco de carne en el que habitabas?

Era una pregunta demasiado filosófica que tendría que hacerse en otro momento.

—¿Quién? —preguntó.

—Pues Jerry Garlin.

—Garlin. —El nombre le sonaba. Un momento—. ¿El de Jardines Garlin? ¿El heredero del imperio de ese magnate del entretenimiento?

—El mismo.

—¿Cómo es que un millonario ha...?

—Milmillonario.

—¿Cómo es que un milmillonario ha muerto a la intemperie en los Everglades?

Benji suspiró.

—Tienes la misma idea que yo.

—¿Sabe algo el FBI? Seguro que pueden llegar hasta el fondo del asunto.

—Si lo saben, no nos han contado nada. Hemos descubierto algo más.

—No me gusta como suena eso de que «hemos descubierto algo más». Parece un mal presagio, Benji. Me estás asustando.

—El hongo —explicó él—. Es algo nuevo.

—¿Nuevo como la *Candida auris*? —Hacía unos años habían encontrado una cepa de *Candida* resistente a los fármacos. En el Sudeste Asiático. Era inmune a todo. Escasa pero mortífera.

—No, no es una levadura, sino... algo nuevo.

—¿Es lo que mató a ese millo... milmillonario?

—Es muy pronto para confirmarlo.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con los caminantes? —preguntó.

—No sé si está relacionado. Puede que sea algo diferente. Algo sin relación alguna. Cisne negro no tiene por qué mostrarnos las conexiones entre las cosas y no todo tiene por qué estar relacionado entre sí.

—¿Qué quieres que haga ahora?

—Vuelve con el rebaño —dijo—. Te necesito a mi lado. Si Loretta cree que es importante seguir investigándolo, ya enviará a alguien.

—Recibido —dijo Cassie.

Pero en el fondo sabía que aquello no había acabado.

Volvía a estar en un aeropuerto. Cassie se reclinó en el asiento mientras esperaba junto a la puerta de embarque, con los auriculares puestos, unos Sennheiser caros con cancelación de ruido porque, joder, vaya si la música era importante para ella. El último disco de A Tribe Called Quest sonaba, fluía y rebotaba por sus oídos.

Su mente trabajaba al ritmo de la música.

Seguía preocupándole lo que parecía estar ocurriendo. Tanto en Florida como con el rebaño. ¿Guardaba alguna relación lo que acababa de ocurrir allí con los caminantes? Benji había dicho que no tenían por qué estar relacionados. Las predicciones de Cisne Negro no tenían por qué estar conectadas. Aun así, la situación le inquietaba mucho: habían encontrado un cadáver bajo una moqueta de esporocarpos, había un rebaño cada vez mayor de sonámbulos, un hombre había abierto fuego en Indiana, una presidenta no estaba muy segura de qué hacer con los caminantes... Cassie vio en la televisión de la sala de espera que la presidenta Hunt daba otra rueda de prensa y seguía paralizada por la indecisión a pesar de ser la líder del mundo libre. ¿Decidiría protegerlos de una vez o seguiría con esa política a medio gas de «vigilancia concienzuda»?

Q-Tip empezó a cantar *Whatever Will Be* en sus oídos.

Sentía como si una cuerda empezase a deslizarse y a escapársele de las manos.

Se preguntó qué pasaría cuando se quedasen sin cuerda.

El mundo parecía seguir adelante sin problema alguno. El béisbol, la música, los cursos de verano, los robos, las disputas fronterizas, los debates presupuestarios en el Congreso.

«Lo que tenga que ser, será.»

Volvió a pensar en esa película. Cassie recordó el final de *La noche del cometa* : la lluvia limpiando ese polvo rojo y dejando al descubierto el fin del mundo, un planeta que había quedado a merced de unos pocos supervivientes y de los zombis creados por el cuerpo celeste.

**TERCERA PARTE**

La rana y el ratón

## El puto dios del rock

—Lo chungo es que al principio no nos llamábamos Gumdropper, sino Glimdropper — explicó Elvis Vil—. Nos pusimos el nombre de una estafa, de un fraude. Un Glim-Dropper es una argucia, ¿sabes? En ella, alguien pierde un ojo de cristal y pone una recompensa y todo eso, ya sabes. Tal vez te preguntes por qué le pusimos ese nombre a la banda. Pues porque la música es la mayor de las estafas. Todos los contratos discográficos son un puto fraude. Y todos nosotros, los músicos, somos estafadores. Por Dios, ¿conoces a Pete [Corley]? Te robaría sin pensárselo dos veces y luego haría una canción sobre el asunto. Y tú le darías las gracias por el privilegio. ¿Y que por qué ahora somos Gumdropper? Pues porque en el póster que hicimos para anunciar el primer bolo alguien la cagó con el... ¿cómo se llama eso? El... el interletrado, y en vez de Glimdropper parecía que ponía Gumdropper. Pete dijo que así nos íbamos a quedar, por lo que así nos quedamos. Otro fraude, otra de esas maravillosas cagadas del mundo del rock and roll.

ARGUS ROILAND , «Detrás del escenario: Gumdropper», revista *Spin* , 1994.

### **1 de julio. Chelsea (Ciudad de Nueva York)**

«**E**s una puta conspiración contra el sueño», pensó Pete Corley, tumbado y con las sábanas enmarañadas entre los tobillos. Los conspiradores eran muchos: el ruido de las noticias en la televisión, el de la ciudad en el exterior, el de un aire acondicionado en mal estado y también el del aire caliente que se sobreponía a ese aire acondicionado con su aliento de dragón. Eran cosas que lo debilitaban contra el verdadero conspirador: su mente traicionera. Porque, jo, jo, ahora hasta pensaba cosas, cosas que revoloteaban por su cabeza como perros que persiguen gatos que persiguen ratones, todos envueltos en un dulce cóctel de cocaína y de vergüenza y agitándose al ritmo de esa puta melodía revivida a causa de internet: *Never Gonna Give You Up* , de Rick Astley. La antítesis del rock and roll. La canción que había sido el principio del fin.

Pero joder, Astley no estaba nada mal para la edad que tenía, ¿no? Y Corley parecía que acabase de estamparse contra un muro a cien kilómetros por hora, con la cara llena de marcas, como si fuese un espejo roto.

Se incorporó.

—Joder, me cago en la puta —dijo con voz grave. Ya había perdido casi por completo el acento irlandés, pero aún quedaba en su deje cierto resquicio que siempre amenazaba con retorcer un poco las vocales.

—Shh —dijo Landry, que lo mandó a callar desde el borde de la cama.

Era un joven negro con hombros anchos como una valla publicitaria y una cintura que

cabía a la perfección entre los dedos largos como patas de araña de Corley. Tenía la mirada fija en la pantalla plana.

Corley hizo un mohín y vio en la televisión las formas borrosas de lo que parecían ser personas: personas que caminaban. Decenas. Se quitó las legañas de los ojos y consiguió ver con nitidez después de unos cuantos parpadeos. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta:

«No son decenas. Son más. Muchos más».

—Acaban de llegar a los trescientos —dijo Landry como si hubiese oído sus pensamientos.

—¿Kilómetros por hora?

—Calla, no —dijo Landry, que rio entre dientes—. Tonto. Trescientos caminantes. — Después añadió—: Hay gente que ahora los llama peregrinos.

—Peregrinos —repitió Corley con sorna—. Qué profundo.

Tanteó alrededor en busca del vapeador y lo encontró en la mesa de noche. Al lado del teléfono. Que, como era de esperar, tenía la pantalla llena de mensajes. La mayoría, de su mujer. Algunos, de sus hijos.

«Me cago en la hostia, joder.»

Le dio la vuelta al teléfono («No quiero ni verte ahora mismo») y luego cogió el vapeador y se lo llevó a los labios...

—No, no, no. Deja esa asquerosidad —dijo Landry al tiempo que arqueaba una ceja—. Aquí dentro, no.

—Es seguro.

—Me da igual. Aquí no se fuma.

—Huele a algodón de azúcar —dijo Corley, con voz alegre y mientras le enseñaba una amplia sonrisa llena de dientes.

—Sí, qué varonil. Lo próximo será que vengan a tocarnos unos estudiantes porque crean que tenemos montado un puto carnaval aquí dentro. Mira, pues no. Gracias.

Corley gruñó y volvió a dejar el vapeador a regañadientes en la mesa de noche. Se apoyó en el cabecero de la cama, y las costillas se le marcaron como si fuese un xilófono.

—Mira, no uses tu masculinidad tóxica para burlarte de mí, ¿eh? —dijo con algo de desfachatez.

Landry Pierce lo miró de refilón con gesto dubitativo.

—Que sí. Lo único que digo es que no quiero que te pongas a chupar pollas electrónicas en mi apartamento y lo dejes oliendo a chucherías.

—Podría chuparte la polla a ti si lo prefieres.

—Ya lo hiciste bastante anoche, ¿no? Déjame ver esto.

Corley frunció el ceño y bajó la vista. Tenía la polla dura como el palo de una tienda de campaña. Joder.

—No tienes por qué verlo. Es lo único que ponen últimamente.

—Porque a la gente le interesa. Porque es interesante.

—Peregrinos —repitió Corley—. Siempre hay que darle un trasfondo religioso a todo, como si Dios lo aprobase.

—Puede que lo sean. Quizá se dirijan a algún lugar concreto.

—A un acantilado.

«Como todos nosotros.»

—No seas tan cínico. Esto podría ser algo... profundo.

—¿Y cómo lo sabes? Ah, por ese reverendo o predicador de la radio, que dijo que eran... ¿Cómo los llamó? Ah, sí. Las marionetas del Diablo o algo así, ¿no? Que había pasado un cometa y no sé qué movidas del Apocalipsis. Ajenjo. Los siete sellos que se abren... —Empezó a ladrar como una foca y a dar palmas—. Y seguro que terminará con un castigo para todos los maricones del mundo como nosotros, ¿verdad?

—Nadie sabe que eres gay. Y no digas esa palabra. Es maleducada.

—Sí, pues soy un maleducado, qué quieres que te diga. Y sí que lo sabe alguien. Tú.

—Tu mujer no lo sabe.

Lo de siempre. El rabo se le puso flácido poco a poco. Hablar sobre Lena era como un iceberg, y la polla se le hundía como el *Titanic*.

—Mi mujer ya tiene bastantes problemas. No necesita que le haga algo así. —Chasqueó los labios. Tenían un sabor almizcleño—. Y mis hijos, coño. Los niños... Connor y Siobhan.

Landry se puso en pie, y le bastó con el lenguaje corporal. Brazos cruzados en el pecho, los dientes apretados, los tendones del cuello marcados como las cuerdas de un bajo. Landry estaba enfadado.

(Y estaba buenísimo cuando se enfadaba.)

—No. Lo que pasa aquí es que no quieres que tu carrera profesional se vea afectada.

—Sí, bueno. Es algo que hay que tener en cuenta también, ¿no crees? El mundo no estaba preparado cuando empezaron a pincharnos en la radio, y tampoco lo está ahora. ¿Es que no ves lo que pasa hoy en día?

Landry entrecerró los ojos.

—El mundo estaba preparado para Bowie.

—Puede que Bowie se follase a Jagger, pero se casó con Iman.

—Pues ¿qué me dices de Freddie Mercury?

—Freddie también era bisexual. Y, además, era un genio. Era tan bueno que podría haber dicho que se tiraba a sus plantas o a una cabra y la gente... Venga ya, tío. Que podía moverse por cuatro octavas con la voz. Hombres, mujeres y personas de todos los géneros posibles se derretían como helados un día de verano y burbujaban cachondos cuando le oían cantar.

—Pues el de Judas Priest. El tío es gay.

—Vale, sí, Rob Halford. ¿Cuándo salió del armario? ¿En 1998?

Fingió que no lo sabía, pero vaya si lo sabía. Pete recordaba muy bien esa entrevista. Halford vio la oportunidad y aprovechó el momento. Un momento de libertad, una válvula de escape. No había salido del armario, sino que había roto la puerta de una patada gritando a ritmo de *Breaking the Law* o puede que de *You've Got Another Thing Coming*. «Quizá yo también pueda hacerlo algún día», había pensado Pete. Pero no lo hizo. Se quedó en la penumbra y la comodidad de ese armario. Después se casó. Luego tuvo hijos, y menuda manera de engañar a todo el mundo, ¿no? La vida siguió y la mentira creció más y más, como un pozo de arenas movedizas que te atrapa poco a poco. Cuanto más se hundía, más complicado le resultaba salir.

Conocía a Halford; no muy bien, eso sí. Gumdropper, la banda de Corley, había empezado una década después de Judas Priest y lo cierto era que no se movían en el mismo ambiente. Los Judas eran más heavy metal clásico, y Gumdropper bailaba sobre el abismo entre el hard rock y el pop punk. Un analista de *Rolling Stone* había dicho sobre el disco de debut en 1984: «Imagínense que Led Zeppelin y los Sex Pistols montan

una orgía y que al bebé resultante lo adoptan Steven Tyler y Joey Ramone, y puede que más o menos empiecen a acercarse al sonido de Gumdripper».

Corley siempre había querido hablar con Halford al respecto. Sobre lo de ser gay, no sobre la música. Las conversaciones de los músicos sobre música eran una comida de polla autorreferencial de la hostia. Daría su reino por hablar de cualquier otra cosa con quien fuera.

—¿Ves? Halford lo hizo —dijo Landry.

—Halford también encontró a Dios y dejó la bebida, así que tampoco puede decirse que tenga muy buen criterio.

—Lo que pasa es que eres un cobarde.

Landry lo acusó con un meneo de cejas y un frucimiento de labios.

—¿Cómo dices? Psss. Venga, siéntate y ponte a ver la tele, anda.

Landry puso gesto triste, pero obedeció a Pete.

—¿Y dónde dices que están los caminantes esos? —preguntó Corley. Hizo un gesto desdeñoso hacia la televisión y la señaló con un dedo retorcido. Una cámara aérea grababa a ese rebaño de bichos raros avanzando por campo abierto. Soja a un lado y maíz al otro.

—Iowa. A unos cien kilómetros de Iowa City.

—¿Crees que podrías hacer eso?

—¿El qué? ¿Convertirme en uno de esos caminantes? Tampoco es que tengan elección, o eso dicen.

Pete chasqueó la lengua.

—No, no. Me refiero al rollo de los pastores. A acompañarlos. Dejarlo todo atrás y seguirlos como un puñado de grupis que van detrás de Dead. O peor aún, de Phish. — Hizo un mohín. Phish. Las bandas de improvisación son un virus—. ¿Podrías hacerlo?

—Lo haría si entre ellos hubiese alguno de mis seres queridos.

—¿Lo harías? Lo dejarías todo atrás para caminar y caminar y caminar.

—También tienen coches.

—Lo sé. Caravanas llenas de optimistas que son un caso perdido.

Landry resopló.

—Eso significa que tú no lo harías.

—¿Convertirme en uno de esos pastores? Qué va. Yo no necesito dejar atrás mi vida. La verdad es que no me va nada mal. Tengo una casa bonita. Una cuenta bancaria boyante. Te tengo a ti.

—Una esposa fantástica. Unos hijos maravillosos.

—No empieces, Lan.

—Podríamos casarnos. Ya es legal.

—Pues no debería. Tendrían que haberlo hecho al revés. Ilegalizar también las bodas de los heteros. Eso habría sido todo un... —Articuló el sonido de una explosión con los labios y unió las manos para hacer como si le acabara de estallar la mente—. Bum. Una utopía estadounidense.

—A lo mejor tengo que empezar a plantearme otras opciones.

—Lan, tenemos algo bonito juntos. No lo estropees.

Landry se lo quedó mirando muy serio.

—¿Algo bonito? Sí, claro. Es bonito. Muy bonito. Y también es limitado de cojones. Te piras de las casas de pijos de las afueras y te metes en la gran ciudad como si fuese



Times Square en los años setenta, pero luego le dices a tu mujer que estabas en un ensayo...

—Estamos ensayando de verdad. ¡Para el reencuentro!

—Pero en vez de eso vienes aquí y nos ponemos a follar como conejos durante una noche, puede que dos. No vamos a cenar, pero me dices que me quieres. No salimos a ver un espectáculo ni una película ni nada, pero me mientes y me dices lo maravilloso que soy para ti y para tu música...

—Venga ya, tío. Pedimos comida para llevar y vemos pelis. Y sí que eres maravilloso para mí, cabronazo. Pero me gusta hablar del presente, no del futuro.

«El futuro es un sumidero, a fin de cuentas.» El acantilado...

—Deberías irte —dijo Landry de repente.

—No quiero irme, joder. Estoy cómodo.

—Tengo que ir a comprar.

—No me mientas. Iré yo y tú te quedarás aquí y seguirás viendo... este puto desfile de tíos raros que van en manada. —La rabia se apoderó de él de repente. Sabía que era una sensación pueril, pero no pudo reprimir las ganas de lanzarle un ataque verbal a Landry —. ¿Sabes lo que es eso de los caminantes? Es una plaga. Una enfermedad. Ya verás. Es peor, va a ser alguna movida terrorista. Un arma biológica creada por mulás en los laboratorios de sus cuevas, o robada de esos laboratorios porque estoy seguro de que no los cierran bien. Sabes que es cierto, no me mires así. ¿Qué pasa cuando intentas detener a uno de esos caminantes, esos peregrinos? Pues que detonan como si fuesen una puta bomba, joder. Tienen que ser rollos de los terroristas. No es el apocalipsis, sino un atentado.

Se había excedido, y Landry se quedó pálido. Sabía lo que acababa de decir, pero se limitó a encogerse de hombros y pensó: «A la mierda». Salió de la cama y empezó a buscar los vaqueros con los pies.

—Eres un cínico de mierda —dijo Landry al tiempo que apartaba la mirada.

—Y viejo, no te olvides.

—No eres tan viejo.

—Soy lo bastante viejo.

«Lo bastante viejo para ser un puto dios del rock que debería jubilarse. Lo bastante viejo para una gira de reencuentro con un puñado de gilipollas acabados que ya ni siquiera me gustan ni reconozco.»

—¿Sabes qué? Que tienes razón. Tengo que irme. Voy a ensayar.

—No te olvides de llamar a Lena y a los niños, Pete.

Pete sabía que Landry había sido sincero al decirlo, su comentario no era producto del resentimiento ni de las ganas de joder. Quería llamar a su mujer y a sus hijos de verdad, porque era lo que tenía que hacer y Landry era un buen hombre y...

A la mierda. ¿Qué narices estaba haciendo?

«No pienses más en ello y dejarás de darle vueltas al asunto.»

«Me parece bien, cerebro. Buen trabajo.»

—Nos vemos luego, Lan.

Le dio un beso en la sien, aunque Landry se echó un poco hacia atrás con el contacto. Después se encaminó hacia su dirección favorita:

La puta calle.

—Llegas tarde.

Se lo había dicho Elvis *Vil* Lafferty, el guitarrista solista de Gumdropper. Todo el mundo decía siempre que mandaba huevos que se llamase Elvis y tocase en una banda de rock, pero sus padres lo habían llamado Elvis y ya está. (Lo de «Vil» lo había añadido él).

Elvis Vil tenía el pelo rubio decolorado que le llegaba por la mitad de la espalda («Córtate el pelo ya, tío, que estamos en el nuevo milenio y pareces un jipi viejo», le decía siempre Pete), una Gibson Les Paul roja y naranja colgada de la correa y una púa que no dejaba de mover entre los dedos y los nudillos.

—Imposible que sea tarde —dijo Pete al tiempo que levantaba ambas manos como un jugador de cartas que se levanta de la mesa—. Soy el cantante. Yo no llego tarde, sois vosotros los que llegáis muy temprano.

Detrás de Elvis se encontraba Raina Weeks, la bajista. No era integrante de la formación original, pero ya llevaba con ellos más de veinte años, después de que el bajista original, Dave Jameson, se tirase por el puente de Brooklyn unas Navidades. Era más joven, cuarentona en lugar de una cincuentona arrugada como el resto de viejas uvas pasas del grupo. Tenía buen aspecto, con el pelo largo y negro cortado como una cuchilla, pintalabios rojo cereza y una camiseta de los Misfits. El último miembro de la banda era Max Quick, el batería, quien acababa de salir del baño del estudio mientras se secaba las manos en sus pantalones cortos llenos de bolsillos.

Quick se acercó a él, más que caminar se podía decir que rodaba hacia delante como un barril de whisky, y le dio un fuerte abrazo a Corley.

—¡Cuánto me alegro de verte, hermano! —gruñó.

«Menos mal que existen los baterías», pensó Pete. Siempre era el mejor. El pegamento que mantenía unido al grupo, tanto a nivel rítmico como personal.

Raina no dijo nada. En su lugar, hizo lo que siempre hacía: no decir nada y levantar la barbilla para saludar con gesto taciturno. Corley hizo lo que siempre hacía para saludarla: le guiñó el ojo con picardía mientras sonreía.

Pero allí seguía Elvis, muy enfadado.

Elvis, que se veía mucho más fofo. Más corporativo. Gordo también, a juzgar por el flotador que parecía cubrirle el vientre.

—Se suponía que íbamos a empezar hace dos horas —dijo.

Corley se encogió de hombros.

—Y seguro que habéis empezado sin mí, a juzgar por la guitarra que llevas colgada. Y algo me dice que Max ya se ha dado un buen meneo. He visto cómo suda.

El sudoroso neandertal le dedicó una sonrisa lobuna.

—Y parece que Raina ha estado moviendo bien los dedos para tocar ese bajo suyo.

Ella se limitó a volver a levantar la barbilla para confirmarlo.

—Así que se podría decir que no llego tarde —continuó Pete—. Llego justo cuando tengo que llegar, cuando todos los músculos están a punto y vuestros instrumentos han sido lubricados con la sangre, el sudor y las lágrimas del puto rock and roll.

—Muy bien —comentó Elvis—. Vamos a ello de una vez. El *setlist* está sobre el ampli. Empezaremos por la mitad...

—Un momento —dijo Corley al tiempo que levantaba el dedo como si comprobase la dirección del viento.

—Por Dios —se lamentó Elvis, y se echó el pelo hacia atrás—. ¿Qué pasa ahora?

—Tengo que ir al baño. —El inodoro—. A sacar el dragón de mi interior, como se suele

decir. —No se lo había oído decir nunca a nadie, pero qué más daba—. Tal vez aproveche la acústica del lugar para practicar mi clásico aullido del guepardo. —Movi6 la nuez, plop, plop. El aullido del guepardo era el nombre que le había puesto a su voz, que en parte también era una referencia a la banda que había liderado en Killarney, los Guepardos Aulladores, porque era el nombre con el que el director del coro había descrito su voz en la 6poca. (Lo que le había dicho en realidad era: «Peter, cuando cantas así pareces dos guepardos gritando mientras se comen el uno al otro». A Peter le gustaba creer que el profesor lo había dicho con cierto doble sentido sexual.)

—Pues rapidito —dijo Elvis.

—Elvis, viejo, no te pongas nervioso. ¿Vale? Esto es rock and roll, no una puta reuni6n de negocios. —Frunci6 los labios y le lanz6 un beso—. No tardo.

Dej6 de sonreír cuando entr6 en el baño.

Se acerc6 al lavabo, se lav6 las manos y luego la cara. Su rostro, el jeto arrugado como una m6scara de Halloween en la que la pintura y el pl6stico quebradizos habían empezado a agrietarse y a levantarse.

«Este año he cumplido cincuenta y cinco y todo ha empezado a irse a la mierda.»

Su padre había muerto con cincuenta y nueve, por lo que Peter dio por hecho que 6l estirarí la pata antes. Era un hombre trabajador, pero no bebía ni fumaba, no como Peter, de quien no se podía decir que hubiese sido tan amable con su cuerpo, un cuerpo que había metido sin remordimientos en una picadora de cocaína, benzodiacepina, priva y cigarrillos. Había dejado los cigarrillos, la cocaína y las pastillas, pero seguía bebiendo y de un tiempo a esa parte había empezado a fumar hierba, porque la hierba estaba que te cagas, ¿no? Limaba todas las asperezas, volvía romos todos los colmillos y convertía la vida en un paseo lleno de esponjosas nubes de algod6n. Todo el mundo le decía que se pasara a los comestibles de cannabis porque eran mejor para los pulmones, pero fumar hierba, aunque fuese por el vapeador, le hacía sentir como si estuviese fumando de verdad, lo que al mismo tiempo le hacía sentir más joven.

Algo que no era.

Era algo que redescubría varias veces al día.

Que no era joven. Que iba a morir. A espicharla.

«La vida es maravillosa, joder», se repetía una y otra vez. Tenía una casa grande de cojones en Hudson Valley, dos hijos que eran listos y, en general, no eran muy capullos, y también una mujer que... bueno, a la que no sabía si 6l le gustaba mucho, pero a la que 6l quería a pesar de todas sus cagadas y comidas de cabeza. Tenía todo el dinero del mundo también. Una vida maravillosa.

«Hazme caso», pens6. Hablaba consigo mismo como si todo hubiese terminado, como si hubiese llegado la hora de hacer las maletas y dejarlo todo en la papelera que le correspondía. De hecho, la gira de reuni6n iba un poco de eso, y Elvis Vil ya había empezado a hablar de grabar un 6lbum con canciones nuevas que aseguraba haber escrito, canciones que seg6n 6l podían ser «el principio de algo», y hasta había bromeado con llamar así al disco: *El principio de algo*.

«Sí, sí, sí, suena genial, tío», había mentido Corley. La idea le daba ganas de vomitar sangre. Y ese era el mayor de sus problemas, lo que siempre lo dejaba paralizado: no quería hacerse un ovillo y esperar la muerte, pero tampoco quería salir de gira y grabar un nuevo disco. Se encontraba en una especie de limbo entre ser una vieja gloria de una

banda de rock acabada o la silenciosa condenación de la muerte.

Le gustaba llamar «el prado» a ese limbo, un lugar al que vas cuando ya no eres útil pero aún no has muerto.

Cerró la mano en un puño y lo echó hacia atrás.

Crash. El cristal se rompió cuando destrozó el espejo con los nudillos. Empezó a brotar sangre y...

No, nada de eso había pasado de verdad. Aún tenía el puño levantado, pero el cristal estaba intacto.

«Ya ni siquiera tengo ese fuego en mi interior. No tengo los cojones de romper un espejo a puñetazos.»

En el pasado habría roto el espejo, pateado el lavabo y luego se habría picado unas buenas rayas en la encimera...

Dios, qué bien le vendría ahora un pollo.

Alguien tocó en la puerta.

—Si no es para traerme coca, será mejor que no digas nada —gritó.

—Soy Elvis —dijo la voz. Esa voz infeliz.

—Perdona, Elv. Estoy plantando un buen pino.

—Sal de ahí. Sé que lo único que has hecho es mirarte en el puto espejo.

«¿Ahora sabe leer la mente o qué?»

Pete empezó a preocuparse por si Elvis tenía una cámara en el baño o algo así, el puto perverso, pero lo cierto era que Elvis lo conocía mejor que nadie. Habían creado el grupo en 1982, eran amigos del alma y siguieron siéndolo, pero también enemigos irreconciliables, porque siempre estaban a la que salta.

Abrió la puerta y salió.

Elvis lo esperaba en la oscuridad de la estancia que había fuera del baño. Detrás de él había varias tarimas y pies de micro.

—Vas a dejarnos colgados —dijo Elvis, con tono... bastante acusatorio. O eso le pareció a Pete—. Eso es lo que pasa.

—¿A qué coño viene eso?

—No sería la primera vez. ¿Te acuerdas de lo que pasó hace cinco años? No era ni una gira de reunión siquiera, era un concierto que nos había pedido Nike...

—Nike, tío. ¿Es que no te das cuenta? Venden putas zapatillas y ni siquiera están guapas, son como... como calzado de mierda para gente de clase media.

—No te importó cuando usaron una de nuestras canciones para aquel anuncio...

—Te dije que no me importaba vender canciones para los anuncios porque solo son putos anuncios... Algunos de esos directores son artistas, gente que hace videoclips y programas de televisión y también artistas de los de verdad. Y, mira, pues si quieren que suene *Monos locos* en su puto anuncio de zapatillas, pues allá ellos, me cago en la puta hostia. —Ahí estaba otra vez, ese deje irlandés en el acento—. Tampoco es que los zapatos de los cojones vayan a reproducir la canción cada vez que alguien pise con ellos, ¿no? Joder, ¿te imaginas?

—Y entonces, ¿por qué los dejaste colgados con ese concierto?

—Pero, tío, déjalo ya. Eso es agua pasada.

—Agua pasada que me cayó encima como un jarro de agua fría, ¿sabes? Pete, esta gira es muy importante para mí. Hostia puta. Son seis ciudades, tío, seis putos estadios enormes. El público enloquecido, los fuegos artificiales, esa pantalla gigantesca para que

se vea el escenario desde cualquier lugar...

Pete lo interrumpió.

—Mira, lo he pensado mejor y creo que deberíamos hacer bolos en recintos más pequeños. Más íntimos. Clubs, bares y esos putos teatros tiquismiquis.

—Vale, nos vas a dejar colgados. Cabrón.

—No he dicho eso.

Sí que lo iba a hacer.

Pero no lo sabía hasta justo ese momento.

Y tampoco iba a contárselo a ninguno de los del grupo.

Y sabía que eso no estaba nada bien, pero iba a hacerlo y ya estaba. Iba a cerrar la puta boca y desentenderse poco a poco de todo aquello, como Homer Simpson cuando camina hacia atrás para meterse tras los arbustos.

Elvis se inclinó hacia él. El aliento le olía a... Joder, ¿a ensalada? Era a vinagreta.

«¿Qué coño tiene de rock and roll la puta vinagreta, gilipollas?»

—Mira. No podemos echarnos atrás. Vamos a hacer la gira. Seis ciudades. Mucho público. Te reemplazaría si pudiese, pero es imposible. Es como cambiar a Tyler en Aerosmith o a Axl en los Guns N' Roses. Vas a venir con nosotros y después trabajaremos para sacar un nuevo disco. Saldrá a la venta, se meterá en las listas de los más vendidos e invertiremos toda esa pasta en jubilarnos.

Pete se humedeció los labios.

—No me gusta que me hables así. Y estoy seguro de que a los otros tampoco les gustaría. Creo que voy a ir a dar un paseo.

—También se lo diré a ellos.

—¿Que le dirás qué a quién? ¿A la banda? Ya saben que eres un gilipollas...

—Le diré a todo el mundo lo tuyo con el guapito ese. Landry.

Arqueó las cejas y se quedó de piedra.

—Yo... —Fue incapaz de encontrar las palabras—. No... No harías...

—Esta vez no voy a dejar que me pisotees —espetó Elvis—. Y tampoco voy a dejar que nos dejes tirados. —Suavizó un poco el tono y dijo—: He contratado a un detective privado para que remueva un poco tu mierda. Yo ya sabía que te gustaban los hombres... Y siento haber sacado el tema, pero en ocasiones necesitas un buen...

La cabeza de Elvis salió disparada hacia atrás a causa del golpe.

Se tambaleó unos pasos hacia la pared y se llevó las manos a la nariz mientras la sangre empezaba a derramársele entre los dedos como si acabaran de abrir un tapón.

Pete agitó el puño dolorido.

—Be agabas de begar —dijo Elvis.

—Sí. Te acabo de pegar. Y como vuelvas a amenazarnos a mi familia o a mí, te vas a enterar, chaval.

Pete lo empujó a un lado y entró en el estudio. Quick levantó una baqueta al verlo y dijo:

—Pero tío, ¿adónde vas?

—A la puta calle —gritó mientras volvía la cabeza.

Raina le dedicó un leve cabeceo.

Él se lo devolvió.

Y después se marchó.

## Cuidado con el propietario

¿Cómo lo sabemos? Esa es la gran pregunta, ¿no? ¿Cómo sabemos que no estamos viviendo el fin de los días? El Evangelio según san Mateo dice que en realidad nunca lo sabremos, pero que sí podemos identificar señales, señales de que va a ocurrir algo. Señales en las estrellas, como la de Lucas, 21:25: «Y entonces habrá señales en el Sol y la Luna y las estrellas, y en la Tierra la angustia de los pueblos por la perplejidad causada por el rugir de los mares y el batir de las olas, gente desmayada a causa del pavor como antesala de lo que está a punto de ocurrirle al mundo». ¿El cometa Sakamoto? ¿El calentamiento global? Claro que podrían contarse entre esas señales, sí. También hay plagas, decadencia y falsos profetas. Pero lo importante no es saber si vivimos el fin de los días, ni siquiera si este llegará en algún momento, sino tener la certeza de que podría pasar. En cualquier momento. Y que tenemos que permanecer vigilantes y blandir la luz de Dios para protegernos.

Pódcast *La Luz de Dios, con el pastor M ATTHEW B IRD* .

### **3 de julio. Iglesia de la Luz de Dios, Burnsville (Indiana)**

**E**l teléfono no dejaba de sonar.

Ring, ring, ring. Como una campanilla feliz.

Correos electrónicos, mensajes, nuevos suscriptores del pódcast. Había empezado el programa *La Luz de Dios, con el pastor Matthew Bird* hacía solo una semana y ya tenía... ¿cuántos suscriptores?

Matthew miró el teléfono para comprobarlo.

Notaba el corazón desbocado, como un delfín que persigue un barco en alta mar.

¡Veinticinco mil! En menos de una semana.

Era sorprendente. Se sentía conectado a una feligresía enorme y digital, de cuya existencia sabía pero de la que nunca se sentiría miembro. Pero se equivocaba. Hablaba con ellos y ellos lo escuchaban. La luz de Dios brillaba en la lejanía en toda su gloria, y él ayudaba a llevar esa antorcha a lugares insospechados.

Se inclinó sobre la encimera de la cocina mientras manoseaba un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada con una mano y revisaba el teléfono con la otra. Los correos electrónicos eran casi constantes e iban desde mensajes de apoyo («Nos encanta que te enfrentes al poder con la verdad, que plantes cara al gran mal que supone el Nuevo Orden Mundial») a correos de protesta («¡La religión es una droga y tú eres el camello!»), pasando por invitaciones para dar charlas o aparecer en programas de televisión, de radio u otros pódcast. Esa misma mañana le habían enviado una

invitación para hablar con un agente, alguien que le ayudase a conseguir charlas y se asegurase de que se las pagaban bien. No es que lo hiciese por el dinero, claro, no, no, no, pero viajar llevaba tiempo y eran gastos, y la iglesia necesitaba algunos arreglos por aquí y por allá...

—Cariño —gritó—. Autumn. Mira esto. —Le dio otro mordisco al sándwich y después le dio un trago a un vaso de leche muy fría antes de deambular por la casa en busca de su esposa. Tenía que enseñarle las cifras. El alcance que ahora tenían sus palabras—. Cariño, tienes que ver esto.

Miró en el piso de arriba. Nada.

Miró en el de abajo. Tampoco.

¿Habría ido a comprar? La despensa parecía estar un poco vacía. ¿Qué día era? ¿Sábado? Madre mía, los días se le habían pasado volando desde que había empezado todo esto. Sabía que era algo por lo que alegrarse. Como rezaba el dicho: «Cuando el Diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas».

Ahora él tenía al fin algo que hacer.

—Autumn —gritó una vez más. Pensó en llamar a Bo a gritos, pero sabía que lo más seguro era que estuviese con Ozark.

Oyó cómo la puerta de un coche se abría y se cerraba en el exterior.

Allí estaba su mujer. Seguro que había ido a la tienda, supuso, pero cuando salió al porche vio que no se trataba de ella. Era una furgoneta de color verde bosque y muy oxidada, con la parte de atrás cubierta. Habían salido dos hombres. Uno la rodeó y abrió la parte trasera, mientras que otro sacaba una caja de herramientas del asiento del acompañante.

—Esto... Hola, ¿qué tal? —dijo Matthew, que reía entre dientes y nervioso mientras se acercaba—. ¿Puedo ayudarles?

El hombre que estaba en la parte delantera tenía el cabello alborotado y castaño y barba de unos días. Parecía joven y fuerte. Llevaba camiseta blanca y vaqueros, y un martillo le colgaba de una de las tiras del cinturón. El otro se acercó desde atrás con un caballete de madera bajo un brazo y una sierra circular de la que colgaba el cable de corriente en el otro. El segundo era larguirucho como un poste, de nariz torcida y pelo casi rapado al cero.

—¿Qué tal, predicador? —preguntó el del pelo castaño.

Y en ese momento, Matthew los reconoció a ambos.

Eran dos de los que habían ido a la misa de la semana anterior, esa tan concurrida a la que había acudido muchísima más gente de la que esperaba. La estancia se llenó hasta los topes, como un muñeco al que se le empieza a salir el relleno. El lugar estaba hasta arriba de gente que había acudido no solo de los pueblos cercanos a Burnsville, sino también de lugares tan alejados como Indianápolis, Cincinnati o Louisville. Recordó de repente que no había programado la misa del día siguiente. Ese año, el Cuatro de Julio caía en domingo, y quería que la gente pasase el día con sus familias. Pero en ese momento se le ocurrió la idea de dar un discurso brutal sobre la libertad que Dios había dado a los hombres y empezó a ponerse nervioso por haber desperdiciado una oportunidad así. ¿Perdería fuelle y, en consecuencia, seguidores? Eso no le gustaba nada.

—¿Predicador? —dijo el del pelo castaño.

Matthew rio con discreción.

—Lo siento, se me había ido el santo al cielo por unos momentos. Estuvisteis por aquí la semana pasada, ¿verdad? Sois los chicos de Ozark.

Los dos hombres asintieron. El del pelo castaño dijo:

—Estuvimos con el señor Stover, cierto. Yo me llamo Ty Cantrell y él es Billy Gibbons. Gibbons no dijo nada. Se limitó a asentir.

—Vale, genial —dijo Matthew, que seguía confundido—. Confieso que no sé qué hacéis aquí. Disculpadme. Esta semana no hay misa...

Dedicó una mirada incómoda a la caja de herramientas y a la sierra, y comprendió que no habían ido para la misa, ni por asomo.

—El señor Stover dice que la iglesia necesita algún que otro apaño, y aquí estamos. Nos encargaremos de las tuberías, de las ventanas, de la tapicería y de las tablas, y después le daremos una manita de pintura. Toda esa mier... todas esas cosas, ya sabe.

Matthew se quedó muy sorprendido.

—Gracias, chicos. Os lo agradezco de corazón.

Se sintió muy raro por haber llamado «chico» al otro hombre, a ese tal Gibbons. A Matthew le daba la impresión de que tenía su edad o tal vez incluso unos años más que él. El hombre no dejaba de mirarlo con esos ojos negros. Se limitó a encogerse de hombros y empezó a montar el caballete y la sierra circular.

—¿Se irá pronto? —preguntó Ty.

—¿Irme?

—A la barbacoa.

La barbacoa.

Oh, no.

Era ese día. Stover iba a celebrar una barbacoa. Dijo que era una costumbre anual, algo que hacía el sábado antes de los Cuatro de Julio. Un gran pícnic, y había invitado a Matthew, Autumn y Bo...

¡Autumn tenía que estar ahí! Seguro que había llevado a Bo.

—Sí —convino Matthew, quien asintió con brusquedad—. Claro, la barbacoa. Estaré por ahí dentro de una hora, más o menos.

Miró el reloj de reojo. Aún no era ni mediodía, por lo que no iba a llegar tan tarde.

Se despidió de los dos hombres y se apresuró para prepararse.

Stover le había dicho que no se pusiera muy elegante, por lo que fue con vaqueros y una camisa, sin corbata.

Seguro que Autumn se había llevado el coche, el Honda, a la barbacoa de Stover. Matthew se sentía un poco mal. Las cosas habían empezado a irle bien, muy bien, y ella no parecía querer compartir la suerte que tenían. Sospechaba que era cosa de la depresión, de eso que él llamaba «el Diablo», pero le costaba hacerse a la idea. Lo mejor que podía hacer era esperar hasta que encontrase un nuevo fármaco (o plegaria) que la curase.

Matthew decidió coger la camioneta, una Toyota plateada y desvencijada de la última década. Usó el GPS para llegar, ya que no solía frecuentar esa zona y no había estado allí antes. La casa y la chatarrería de Stover se encontraban en la misma propiedad, en Echo Lake, a unos veinticinco kilómetros en línea recta.

Por el lugar y cuando uno se alejaba de las granjas, los caminos se volvían un poco sinuosos porque serpenteaban a través de estanques y arboledas. Todo silvestre y



exuberante. Las enredaderas cubrían el equipamiento abandonado de las granjas mientras los mapaches se escabullían por el sotobosque. Por el camino vio una gran cantidad de banderas estadounidenses, y también algunas confederadas y de Gadsden.

El GPS le dijo que su destino se encontraba justo delante.

Alzó la vista y vio un cartel solitario: dos postes de madera con una plancha de aluminio entre ellos. Alguien había usado pintura negra para escribir, con mayúsculas simples y negras, CHATARRA Y APAÑOS DE STOVER .

Frente a él se abría un sendero de gravilla que se internaba entre los árboles, que ocultaban la casa y la chatarrería.

Y también una verja cerrada.

Con cadenas.

Detuvo la camioneta y pensó:

«Vale. Y ahora, ¿qué?».

Pues ahora era cuando alguien salía de la maleza. Era un tipo con una camisa de botones lisa y una gorra de John Deere que corría hacia él mientras saludaba. Gritó:

—¿Has venido a la barbacoa?

Matthew bajó la ventana.

—Claro, si no es un problema.

—¿Eres el predicador?

—El pastor, sí.

—Pues entra.

Abrió el candado de la cadena que mantenía la verja cerrada y la apartó.

Matthew hizo un gesto de agradecimiento y aceleró. El hombre cerró la verja y el candado detrás de él entre traqueteos metálicos.

El sendero era largo, más de lo que Matthew esperaba. Atravesó bosquecillos de viejos árboles y maquinaria oxidada que parecían llevar allí eones. Vio entre la maleza remolques y semirremolques que sobresalían entre la hierba como tumbas blancas y decrépitas en un cementerio. Había senderos que cruzaban el terreno. También vio un estanque de pesca, unas cuantas plataformas de caza y muchas zonas por las que estaba prohibido pasar, en las que había carteles que rezaban A LA MIERDA EL PERRO: CUIDADO CON EL PROPIETARIO .

Después el sendero se bifurcaba. Había un cartel con una flecha que indicaba hacia el oeste y tenía escrito CHATARRA , y otro hacia el este con la palabra CASA .

Pues a la casa.

La camioneta siguió rebotando por los baches y los agujeros del camino hasta que se sorprendió al comprobar que se nivelaba...

La carretera de esa zona estaba pavimentada. No era asfalto, sino adoquines negros.

Y después vio cómo algo surgía de entre la maleza delante de él.

Era una hacienda enorme. En lo alto de una colina se alzaba una casa gigantesca que parecía hija de una mansión y una cabaña de caza. Contaba con muchísimas habitaciones y ventanas altas abiertas en la madera y una gran puerta roja justo en mitad de una estructura de chalé con forma de A. Todo rodeado por un intrincado paisaje en el que revoloteaban las mariposas. Detuvo el coche en el aparcamiento después de pasar por una glorieta de madera octogonal que se encontraba junto a un estanque y una fuente. Unos niños jugaban en la glorieta, persiguiéndose con palos que usaban como si fuesen espadas o fusiles.

Un joven de pantalones caqui y camisa roja le pidió las llaves en la rotonda que había junto a la casa.

«Un aparcacoches —pensó Matthew—. Ozark Stover tiene un aparcacoches.»

En su casa.

«Madre mía.»

Llevaba mucho tiempo pensando que Stover era pobre o vivía con muchas penurias, pero resultó que el pobre en comparación era él. No tenía una casa así. Nunca tendría una casa así.

¿O tal vez sí?

Matthew siguió su olfato. El olor a madera quemada y la carne lo guio como si fuese un pez que persigue un cebo. Por la parte de atrás, el terreno no solo se extendía a lo lejos, sino que lo vio lleno de carritos de golf reforzados y una enorme terraza de tres pisos, todo ello antes de llegar a una casa comunal llena de sillas y mesas con un horno para ahumar, una parrilla, una piscina, un balneario, un arroyo...

Y la gente.

«Madre de Dios —pensó—. Hay mucha gente.»

Era un fiestón como nunca había visto, de esos que sabía que él jamás sería capaz de organizar. Cientos de personas, todas sofisticadas pero informales. Deambulaban por el lugar con bebidas en las manos y platos de aperitivos que unos camareros y camareras colocaban y reponían con eficiencia. Le apareció un plato de comida en la mano de repente, y un botellín de cerveza en la otra. Sun King pale ale, fría y refrescante.

Pero empezó a sentir que una ansiedad que creía olvidada se apoderaba de él. Se remontaba a sus años de instituto, o puede que incluso a los de secundaria, esa sensación de entrar en una estancia abarrotada de gente y no conocer a nadie. De impotencia. De desconcierto. Todos parecían conocerse y hablaban, reían y conversaban, pero él..., bueno, era como un extraño. Un intruso, un polizón un impostor. Era un miedo estúpido, porque se podía decir que su trabajo consistía en hablar en público, pero aquello era diferente. En la iglesia era una figura de autoridad, ostentaba el poder de Dios. Pero allí no tenía nada.

Y todo cambió de repente.

Los rostros se giraron a medida que se acercaba. Abrieron los ojos de par en par.

Al poco se descubrió rodeado de gente. Le estrechaban la mano y querían que hablase con ellos. Se formó a su alrededor un círculo de personas interesadas que fueron sustituidas una a una por otras igual de interesadas.

No era lo que esperaba. No sabía quiénes iban a acudir a la barbacoa de Ozark Stover, pero estaba seguro de que no había previsto que fuesen sheriffs, senadores estatales, directores ejecutivos y financieros de empresas locales, periodistas e incluso celebridades de la zona, como pilotos de carreras y famosos. Matthew estaba encantado de conocerles, en parte porque se dio cuenta de que eran esas personas las que en realidad estaban encantadas de conocerlo a él.

Y todas esas personas querían hablar de los sonámbulos. Algunos se acercaban a Matthew con los ojos muy abiertos y llenos de curiosidad. Otros, ansiosos por saber algo de los caminantes. Los había que comentaban que tendrían que haberlos puesto en cuarentena, encerrarlos o, como dijo uno de los senadores de estado, «alguien tenía que encargarse de ellos».

Mathew consiguió salir de allí una hora después, con los dedos manchados de salsa barbacoa y el sabor amargo de la cerveza en la boca. Al fin consiguió preguntarle a alguien dónde se encontraba Ozark Stover.

Algunos no lo sabían, pero terminó por encontrar a alguien que sí: un señor amistoso llamado Roger Green que enseñaba protocolos de seguridad para la caza en el Departamento de Recursos Naturales.

—Si escuchas con atención, lo oirás —le dijo.

Matthew le dedicó una mirada inquisitiva, pero le respondió:

—Vale. Probaré.

Giró la cabeza para escuchar y...

... a lo lejos, y sobre el estruendo de la multitud...

—Lo oigo —dijo—. ¿Petardos?

—Disparos. Stover está disparando en la valla. Estaba a punto de coger un carrito para acercarme. ¿Quieres venir?

—Bueno, no sé si... No quiero ser una molestia.

—Querrá verte —dijo Roger—. Venga, acompáñame.

—¿Cómo conociste a Ozzy? —le preguntó Roger mientras iban de camino.

El carrito tenía unas ruedas enormes y abultadas que cruzaban sin problema sobre los surcos del terreno que se abrían entre los árboles y las zanjas.

—Mi hijo lleva todo el invierno trabajando aquí, en la chatarra —explicó Matthew.

—¿Eres el padre de Bo?

—El mismo.

—Es un chico agradable —dijo Roger. Matthew intentó ahondar en esas palabras. El hombre había dicho «chico agradable» en lugar de un «chico inteligente» o «buen chico».

«Ya te estás poniendo paranoico, Matt.»

Roger continuó:

—Ozzy es un tipo complicado, ¿verdad?

—Es todo un personaje, de eso no cabe duda.

Vieron frente a ellos unas codornices asustadas que pasaron a toda prisa frente al carrito y empezaron a cruzar de matorral en matorral.

—Espero que estés teniendo cuidado —dijo Roger.

—¿Perdón? No te entiendo.

Roger detuvo el carrito de repente, y el frenazo impulsó a Matthew hacia delante.

Los disparos se oían mucho más desde ese lugar. No estaban lejos. Eran estruendosos y rápidos: Pum. Pum. Pum. Pum.

—Solo digo que Ozzy no es moco de pavo. Si te mezclas con él, será mejor que vayas en serio, nada de medias tintas. Con ese hombre no se puede coquetear un poquito y luego irte de rositas. Estar con Ozzy es como el matrimonio. Puede que hasta más profundo que eso. Tiene la profundidad de una tumba. ¿Me sigues?

—Me da la impresión de que lo que acabas de decir es una advertencia. ¿Es que no es tu amigo?

—Lo es. Y de los buenos. Como aparezcamos delante de él ahora y le cuente que me has faltado al respeto, te arrancará la cabeza como si quitase un palo de las fauces a un perro. Pero a eso me refiero. Lo hará por mí, pero me pedirá que yo también lo haga por

él.

—¿Y lo harías?

—Puedes apostar tu estrecho ojete a que sí, pastor Matt —respondió mientras asentía.

—Creo que lo he entendido. Gracias.

—Eso es lo único que necesitaba oír.

Roger pisó el acelerador y el carrito de golf siguió rebotando como un conejo con un cardo metido por el culo.

La valla trasera era una montaña de basura al final de una pequeña extensión de tierra. A Matthew no se le daba bien calcular las distancias, pero creía que se hallaba a unos ciento cincuenta metros. La ladera del montículo, la que tenían frente a ellos, estaba excavada y cubierta con una pared conformada por las traviesas de una vía férrea, que a su vez estaban llenas de agujeros de bala. Había un objetivo con forma humana clavado en una de ellas.

En el extremo del terreno también había una mesa de trabajo con un soporte para armas de fuego. Parecía hecho a mano. También varias mesas largas colocadas debajo de unos toldos y, no muy lejos, un pequeño cobertizo de metal corrugado.

Al parecer, habían terminado de disparar y preparaban la siguiente tanda. Stover le pasaba una pistola a otro hombre, que era larguirucho y flaco como un coyote, con el pelo rubio y grasiento recogido detrás de unas orejas respingonas. Junto a él había otro rostro familiar: Hiram Golden. Cuando Stover soltó la pistola, su rostro fue presa de un cambio tectónico, una sonrisa se abrió paso en sus facciones como si hubiese tenido lugar un terremoto.

Se quitó un par de gafas de tiro de cristales amarillos y los saludó con un enorme guante.

—Ahí están. Bajad, chicos.

Roger detuvo el carrito y después le dedicó a Matthew una última mirada.

«Ya estás dentro, pastor Matt.»

Stover lo sacó de repente del vehículo con unas manazas enormes. Y luego el grandullón le dio un fuerte abrazo que lo dejó sin aire.

—Predicador, qué bien que hayas venido. Muchas gracias.

—Es un placer, Ozark. Un auténtico placer. —Intentó a la desesperada no resollar mientras Stover aflojaba el abrazo—. No tenía ni idea de que vivieras en un lugar tan maravilloso.

Una chispa de picardía relució en la mirada de Stover.

—Ya veo. ¿Pensabas que no era más que un pueblerino que vivía en una chabola como un paleta?

—No, no, yo...

—No pasa nada, predicador. No me importa. No soy una persona pretenciosa. Y no me importa si la gente me infravalora un poco.

Matthew sintió que el rubor se apoderaba de su rostro.

—Siento si te ha dado esa impresión. Debería ser un hombre mejor.

—Predicador, todos deberíamos ser hombres mejores.

—Llámame Matthew. O Matt...

—Qué va. Me gusta lo de predicador. Me gusta cómo suena. Es como un título y un apodo al mismo tiempo. Veo que has conocido a Roger. Y también conoces a Hiram... —

Hiram lo saludó con un cabeceo y sonrió mientras le estrechaba la mano a Matthew—. Y aquí tenemos a mi mano derecha, Danny Gibbons.

—Gibbons —repitió Matthew al tiempo que le estrechaba la mano también a él. El hombre le apretó un poco los nudillos, lo que hizo que a Matthew le doliese un poco—. ¿Eres el hermano de Billy? Acabo de conocerlo...

Danny asintió con brusquedad, pero fue Stover quien respondió.

—Danny y Billy son hermanos, así es. Me había olvidado de que Billy había ido a verte hoy.

—Gracias, por cierto. No puedo expresar cuánto...

Stover hizo un gesto para interrumpirlo.

—Venga. Déjalo ya, predicador. Tú haces el trabajo de Dios, así que deja que nosotros también hagamos cosas por ti. Bueno, pues me alegra decirte que has llegado justo a tiempo para probar las armas más potentes...

Danny se dirigió a una de las mesas, levantó una sábana y dejó al descubierto unas diez armas diferentes, fusiles, al parecer, aunque Matthew no era un experto y supuso que algunas de ellas bien podrían ser... ¿Qué? ¿Escopetas? El hermano de Gibbons levantó un fusil de aspecto amenazador. De un negro mate y de estilo militar. Matthew se puso nervioso solo de mirarlo. El corazón empezó a latirle desbocado, y notó el sudor en las palmas de las manos antes que en el resto del cuerpo. Nunca había disparado un arma de fuego.

—¿Te apuntas, predicador? Solo serán unos tiritos y unas dianas.

—Pues... No sé —dijo entre risas—. Nunca... Nunca he disparado un arma.

La sonrisa de Stover se ensanchó hasta parecerse a la de una calabaza de Halloween.

—Entonces te va a gustar. Es un fusil ligero de PFO, Patriot Ordnance Factory. Compartimentado para albergar 223 Remington. Cuenta con un freno de boca triple y un cañón estriado. El gatillo no tiene resistencia y el retroceso se podría comparar al de una palmadita en la espalda. Disparar uno de estos es un sueño hecho realidad, predicador, fácil como quitarle un caramelo a un niño. Como decía el anuncio de las patatas fritas esas, las Pringles: «Cuando haces pop, ya no hay stop».

Hiram rio de repente.

—A mi esposa anterior le gustaba ese anuncio.

—Sigo sin estar seguro —dijo Matthew al tiempo que levantaba ambas manos—. No creo que un pastor de Dios deba andar disparando armas de guerra.

Stover, que seguía a su lado, enmarcó el paisaje con los dedos como si fuese una fotografía y siguió hablando:

—Imagínatelo, predicador. El Diablo anda suelto por el mundo y sus siervos marchan hacia tu asentamiento cristiano. Van a por ti y a quitarte todo lo que es tuyo, a robarte a todas tus mujeres y a reventar los cráneos de tus hijos contra una roca. Van a desparramar sus pequeños sesos por los suelos. Se asoman por una cresta del terreno, pero tú tienes una de estas preciosidades... —Señaló el arma que Danny tenía en las manos—. Y de repente te das cuenta de que es un regalo de Dios. Dios obra a través de los hombres, y los hombres fueron los que crearon esa maravilla de acero azul oscuro, una máquina dotada de la capacidad para acabar con las huestes de Satán como si fuesen latas en una valla.

Stover se apartó de él, cogió el fusil y se lo tendió a Matthew.

—Yo... De verdad que no...

Matthew extendió las manos hacia el arma.

Y Stover la apartó.

—Aún no, predicador. Primero necesita un poco de munición y... Anda, parece que llega justo a tiempo.

Señaló otro carrito que se acercaba hacia ellos.

A Matthew se le cayó el alma a los pies.

Su hijo conducía el vehículo.

—Bo —dijo con un hilillo de voz.

El chico sacó dos cajas metálicas verdes de munición de la parte de atrás, como si estuviesen en una guerra. Bo miró a su padre con gesto avergonzado. También con un poco de rabia. El pastor lo conocía lo suficiente como para darse cuenta.

—No creo que Bo deba estar aquí para estas cosas —dijo Matthew.

Fue como si los hubiese empapado a todos con leche agria. Se giraron hacia él al mismo tiempo y lo miraron con gesto inquisitivo.

—No pasa nada —dijo Stover—. Siempre está aquí para estas cosas.

—¿Y dispara las armas? —preguntó Matthew sin que el corazón dejase de latirle con fuerza en el pecho. Una parte de él quería alejarse de todo aquello de inmediato, dejarlo estar y no despertar más acritud. Pero era su hijo. Tenía que decir algo, ¿no?

—¿Has oído lo que acabas de decir? —dijo Stover a Matthew con voz cada vez más baja hasta convertirse en casi un gruñido—. ¿«Disparar las armas»? Bo pega tiros. Da en el blanco. Y se le da muy bien. Tienes que estar orgulloso de él.

Todos se quedaron mirando a Matthew.

—Yo... —Se giró hacia su hijo—. Bo, monta en el carrito y vuelve a la casa. Se acabaron las armas.

Bo miró a Stover, como si le pidiese permiso.

El grandullón se quedó inmóvil, como un desprendimiento listo para caer por una montaña. Movía la mandíbula como si mascase algo. Después sonrió y, sin dejar de mirar a Matthew, le dijo a Bo:

—Bo, hazle caso a tu padre. Vuelve a la puta casa. No te quedes ahí embobado. Él es sangre de tu sangre.

Roger los interrumpió en ese momento.

—¿Puedo? ¿Puedo decir algo?

Stover asintió. Matthew, también.

—Pastor Matt, entiendo que no seas un cazador.

—No. Nunca lo he sido.

—Pero seguro que sí que conoces a alguno. ¿Lo hay en tu congregación?

—Sí, claro.

—Yo me crié cazando. Es una tradición venerable en el lugar del que procedo... Crecí cerca de Wabash, ¿sabes? Y siempre hemos cazado, desde muy pequeños. Mi hermano Merle, mi hermana May y yo. Y no lo hicimos por los trofeos, sino por la carne, por el cuero, por el sebo... Joder, mi abuela hacía morcilla con la sangre de ciervo. Y papá, bueno tenía la parte más fría del sótano preparada para curar la carne de venado y... Madre mía... —Se besó los dedos—. Estaba sublime. Los mejores filetes que he probado jamás. Y era un manjar por el que se pagaba el doble que por la carne de ternera.

—Parece que teníais algo especial.

—Sí, lo cierto es que sí. Pero me refiero a que entiendo por qué te has puesto así. Yo

también he visto las noticias de los tiroteos en los institutos y... vienes aquí y ves que Ozzy saca no solo un maravilloso fusil de caza, sino también algo que podría dar el pego a la perfección en las manos de un soldado de Afganistán o en cualquiera de esos países infernales. Entiendo cómo te sientes. Y también estoy de acuerdo contigo, en parte. No me gustan nada estos fusiles negros, a mí dame un buen Remington 700 y no necesitaré un cargador con cincuenta balas para matar un ciervo o destrozar un jabalí. Hay gente por ahí que parece municionsexual, y lo siento si te ofende, Ozzy. —El hombre empezó a dejarse llevar por sus palabras, lo que dejó claro que tenía mucho que decir sobre el tema—. Municionsexuales, sí, que parece que les gusta disparar doscientas balas en prácticas de tiro, como si estuviesen comiendo palomitas. Sí, entiendo que todo esto te resulte un poco extraño, pastor.

—No..., no te equivocas —dijo Matthew, que no había dejado de sentir las miradas despiadadas de Hiram, Danny y Ozark Stover, quienes se le acercaban poco a poco como una manada de lobos. Mientras, Bo se había quedado al margen con gesto confuso y enfadado.

—Esta es mi oferta. Iré con Bo y contigo de paseo y tomaremos las medidas de seguridad necesarias para un cazador. Puede incluso que os consiga una licencia y todo. Haré todo lo posible para que os sintáis más cómodos con un arma, lo que también servirá para que te sientas más seguro al verlo con un arma. Y hasta que no lo hagamos, tendrá prohibido tocar una. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —dijo Matthew. No estaba muy seguro, en realidad, pero tenía claro que el hombre se acababa de comprometer de verdad. Una vocecilla en su interior le preguntó que por qué estaba dispuesto a poner en peligro la educación de su hijo, pero al mismo tiempo le resultaba complicado negar que Roger tenía razón y obviar la oferta —. Acepto.

—Papá —dijo Bo con enfado mientras se acercaba a él—. No puedes hacerme esto. No quiero esperar a que...

—Oye —interrumpió Stover, cuya voz restalló como una explosión en una mina. Bo se quedó quieto en el sitio—. Tu padre ha tomado una decisión, y si quieres seguir viniendo y trabajando para mí vas a hacerle caso. Venga. Llévate el carrito.

El chico no dijo nada más.

—Márchate —dijo Matthew, pero su hijo ya se alejaba a lo lejos. Todos se quedaron en silencio mientras observaban al joven subir al vehículo y atravesar la línea de los árboles.

Después de que se marchara, Stover rio entre dientes y dijo con tono alegre:

—Venga, señores. A pegar tiros.

Le dieron protección para los oídos. Matthew se quedó mirando el cañón del fusil que reposaba en el soporte. No tenía mira. Dijeron que disparase a ojo. Y así lo hizo. Siguió mirando el alargado tubo de metal, parpadeó para apartar el sudor de los ojos y luego...

Apretó el gatillo, con la expectativa de sentir algo parecido a la coza de un caballo. Pero Stover tenía razón y fue poco más que un empujoncito. Cada vez que apretaba el gatillo, el arma se agitaba un poco y lanzaba una andanada de plomo hacia el objetivo. Pum, pum, pum, pum. Una bala tras otra saliendo disparada del cañón y el aroma de algo que parecían globos quemados. Stover le dijo que tenía un cargador de treinta balas y, después de cada disparo, le aplaudían más y más alto. Oyó al grandullón gritar:

—¡Sigue y vacíalo, joder!

Y Matthew siguió apretando el gatillo. Pum, pum, pum. Hasta que la trigésimo primera vez que lo hizo solo se oyó un clic.

Al terminar, Stover y Hiram estaban partidos de risa y no dejaban de aplaudir. Le quitaron el fusil de las manos y luego le acariciaron el pelo. Stover le dio unas palmadas en la espalda con tanta fuerza que le dio la impresión de que le había roto algún diente y todo. Hiram se inclinó hacia él y le dijo al oído:

—Se acabó lo de ser virgen. Es maravilloso tener un arma así en las manos, ¿verdad? ¿Sentiste ese poder? Es pura misericordia.

Ozark le dijo a Danny que fuese a coger la diana para ver cómo la había dejado.

El hombre alto se alejó a grandes zancadas, como un sabueso perezoso, y la cogió con un gesto brusco. Después se volvió a acercarse a ellos igual que se había alejado. Stover lo sermonó.

—Más rápido, Danny. Dale un poco de vidilla a esas patas largas, joder.

Al fin llegó hasta donde se encontraban los demás.

Matthew vio, ahora que la tenía cerca, que la diana no era más que una silueta oscura, pero también que en la cabeza alguien había imprimido y pegado una fotografía en blanco y negro.

Era la cara de la presidenta Nora Hunt.

La diana estaba llena de agujeros.

Unos quince.

Todos por la parte exterior de la línea que simbolizaba el cuerpo.

—Parece que no le has dado a la muy puta —dijo Stover mientras chasqueaba la lengua—. Bueno. Acabaremos con ella la próxima vez.

«No me siento nada cómodo aquí», pensó Matthew. Lo embargó una pena muy pintoresca, la sensación empeoró aún más al comprobar que no solo no había acertado ni un disparo en el objetivo, sino que la mayoría ni siquiera habían dado en la diana.

Después Hiram dijo:

—Ah, ah, ah. Mirad esto.

Levantó el papel y lo atravesó con el dedo meñique, que salió por un agujero como una lombriz que salía de la tierra...

Justo por la oreja de la presidenta Hunt.

Meneíto. Meneíto.

—Joder, predicador —dijo Stover. ¡Sí que les has dado al final! Mirad eso. Seguro que solo le destrozaría la oreja, pero puede que algo así sirviera para que hiciera un poco más caso a lo que oye con la otra —dijo mientras guiñaba el ojo.

Después, Matthew preguntó en voz baja:

—Esto es solo por diversión, ¿verdad?

—Claro que sí, predicador. Claro que sí. Venga, vamos a sacrificar al cerdo, como quien dice. Es hora de comer.



## Seguridad Nacional

Lo han intentado todo para mover a esos caminantes. Han intentado barricadas, fuego, ruidos atronadores y hasta excavar zanjas y movidas de esas

@RandomPedo88

[hilo de tuits]

Pero ¿sabéis qué es lo que no han probado aún?

A mí con un AR-15 con culata modificada y haciendo PUM, PUM, PUM como en el *Call of Duty*

Hay que acabar con esos cabrones o hacer que caminen de cabeza a un horno

@RandomPedo88

[hilo de tuits]

Matadlos o nos matarán

Así ha sido siempre y esto no es una excepción

@RandomPedo88

3127 comentarios 4298 retweets 9788 me gusta

### **3 de julio, Lone Tree (Iowa)**

**E**l rebaño avanzaba a través de campos de maíz y soja. Discurría junto a las vacas que paseaban con aire apacible y unos fardos enormes y circulares de heno que daban la impresión de poder usarse para sellar la extraña tumba de un mesías del Medio Oeste.

El rebaño de caminantes había alcanzado ya los trescientos veinticinco integrantes. Y junto a ellos marchaban los pastores, que eran más de cien. Y a su lado avanzaba la policía estatal, que cambiaba de integrantes cada vez que cruzaban una frontera del estado. Y ahora se les había unido Seguridad Nacional. Era lógico. El robo de los cadáveres y el descubrimiento del paquete que se le había enviado a Nessie Stewart dejaban claro que el problema también era en parte responsabilidad de las fuerzas y cuerpos de seguridad. El FBI llevaba a cabo su investigación al margen del rebaño, y la que se llevaba a cabo allí...

... le correspondía a Seguridad Nacional.

Hora de la reunión. Otra reunión por inercia en la que tenían que decidir cuáles serían los siguientes pasos que debían dar, siempre entorpecidos por la lucha de poder para hacerse con las riendas de la situación. En el remolque del CDC se encontraban Benji, Sadie, Cassie Tran y un iPad en un soporte Compass en cuya pantalla se veía a Loretta Shustack en una videollamada.

También se sentaba con ellos un hombre de Seguridad Nacional a quien el departamento había mandado para supervisar la comunicación con la agencia, un «intermediario» llamado Dale Weyland. Tenía aspecto de *quarterback* de mediana edad, con un cuerpo que se encontraba a medio camino de la transición entre musculoso y fofo. Lo llamaban el Alcaide, ya que trataba a todo el grupo como si fuesen sus prisioneros.

Weyland estaba sentado en la silla. Parecía como si ya se hubiera acostumbrado a su malestar, reclinado y con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando a todos los demás, que prácticamente se encontraban frente a él en la mesa. Benji lo veía como un enemigo, aunque quizá no fuese muy justo. Era una manera de pensar desleal y llena de prejuicios. No obstante, estaba seguro de que Weyland pensaba justo lo mismo sobre ellos.

—Voy a dejar las cosas claras desde el principio —dijo Weyland—. Antes de que empecemos otra de esas discusiones largas en las que nos perdemos un día sí y otro también. Se acabó. O se acabará, pronto.

Benji y los demás se miraron entre ellos.

Loretta no dijo nada, lo que fue igual de revelador que si hubiese hecho algún comentario.

—No entiendo —comentó Benji con los dientes apretados. Aunque por desgracia lo entendía muy bien—. ¿Se acabó el qué, exactamente?

Weyland suspiró como si estuviese pensando: «¿De verdad tengo que explicar las cosas como si fuesen los críos de una guardería?».

—Se acabó esto. Vosotros. El control del SIE del CDC en esta operación.

—No es una operación —espetó Cassie—. Es una enfermedad.

—Ah, ¿sí? Pues a mí no me lo parece, señora Tran. A mí me parece un ataque al pueblo estadounidense en suelo estadounidense. No hay más rebaños en todo el mundo. Solo aquí. Estas personas, personas que son como bombas. Bombas humanas.

Benji se envaró.

—Sabemos lo que piensas y lo cierto es que tu opinión importa poco, Dale. Lo que importa es la opinión de la ciencia...

—No. Lo que importa es la opinión de la gente y la opinión que todo esto les dé sobre la presidenta. Y malas noticias, Banjo... —Así era como lo llamaba Weyland a veces. Banjo. Muy atrevido, el gilipollas—. La presidenta tiene razón al dejar el control de la operación en manos de Seguridad Nacional.

Una ráfaga fría se alzó entre ellos. Sadie preguntó:

—¿Por qué?

Antes de que Weyland tuviese oportunidad de explicar nada, Benji ya sabía lo que iba a decir, por lo que se le adelantó:

—Porque la presidenta está acorralada —dijo Benji.

Weyland asintió.

—Eso mismo. Creel le está pisando los talones, políticamente hablando. Este...

rebaño, como lo llamáis, es un punto débil a nivel político. Es una puta carga, y Creel va a seguir atacando por ahí, una y otra vez. No ha dejado de subir en las encuestas.

—Ed Creel es un maniaco capitalista —dijo Benji.

—Esa es tu opinión, que no tienen por qué compartir los demás votantes. Ha empezado a convencer a los estadounidenses. ¿Has visto su último anuncio?

Benji asintió. En el anuncio, Creel aparecía ante una bandera estadounidense creada por ordenador y un tanto cutre y, entre las barras y las estrellas, alguien había animado a personas caminando en línea recta, una representación un tanto vulgar del rebaño de caminantes. Todo eso mientras él hablaba sobre los peligros a los que tiene que enfrentarse el país, «tanto internos como externos». Después, esos caminantes explotaban uno a uno y dejaban unos agujeros ajados en la tela de la bandera, hasta que no quedaban nada más que hilos. Creel nunca mencionaba a los caminantes. No hacía falta.

—Esta mañana ha estado en la CNN y no dejaba de atacar a Hunt. Sus palabras fueron, y estoy de acuerdo con ellas, que tiene unas políticas «poco entusiastas, sin cojones y de retrasada en lo relativo a los caminantes». Añadió que, si lo elegían, obligaría al rebaño a hacer una cuarentena obligatoria y que, si no funcionaba, los llevaría directos al océano, «como cerdos», en sus palabras.

«Como cerdos», un guiño nada sutil a los evangélicos, sospechó Benji. Sin duda, Creel no tenía nada de cristiano, pero fingía serlo para obtener votos y donaciones para la campaña. Parecía haber tomado ejemplo de esa historia en el evangelio de Mateo en la que Jesús exorcizaba a una legión de demonios y convertía sus cuerpos en cerdos, y luego los cerdos se zambullían en las aguas de un lago cercano hasta morir ahogados.

—Una cuarentena no funcionará —dijo Cassie.

—Y a nadie le importa —repuso Weyland—. Venga ya. A la gente le importa un pimiento que las soluciones funcionen o no. Solo quieren a alguien que tenga una respuesta. Y, en estos momentos, es Creel quien la tiene, por muy brutal e inverosímil que resulte. Hunt no parece tener ninguna, porque lo único que ha hecho es quedarse de brazos cruzados. ¿Es una decisión política? Puede. ¿Se debe a que es una decisión muy complicada que requiere una estrategia minuciosa? También puede ser. Quizá sea una mezcla de ambas cosas. ¿Acaso le importa una mierda a alguien? Pues no.

—Entonces, ¿todo esto va de política? —preguntó Benji—. Estamos a 3 de julio. Mañana es el Día de la Independencia. ¿Te vas a poner con politiqueos en vísperas de festivo?

—«Politiqueos.» ¿Te has oído, doctor Ray? No sé si te has enterado, pero la política lo permea todo. Siempre. No puedes ser tan ingenuo. La política es lo que mueve los hilos. Lo que fija nuestro rumbo, la velocidad e incluso si debemos o no atropellar a una fila de niños que cruza por la carretera. Y el hecho de que mañana sea festivo significa que las noticias de esta noche van a ser muy vistas, y que la gente podría empezar su día libre con buen sabor de boca. Podríamos darles algo de consuelo mientras comen perritos calientes y beben latas de cerveza. Ese consuelo también forma parte de la política.

«No hacer lo correcto, sino consolar al pueblo», pensó Benji. Incluso cuando no era lo más recomendable. El hombre hablaba de los estadounidenses con una desconsideración que exasperaba a Benji. Comer perritos. Beber cerveza. Los veía de verdad como una manada de animales a los que guiar de un lado a otro.

Le fe de Benji en el sistema volvió a tambalearse.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Cassie.

Weyland se incorporó y se inclinó hacia delante al fin.

—¿Qué hora es? ¿Mediodía? Supongo que oiremos alguna comparecencia de la presidenta en las noticias de la tarde. Está en una reunión con Flores y Soules ahora mismo para darle los últimos retoques. —Soules era Walter Soules, el jefe de Seguridad Nacional—. Lo que yo recomiendo, y creo que es lo más adecuado, es que el SIE se marche del lugar.

Loretta objetó.

—Nos gustaría traer de nuevo al ERB, al menos. Robbie Taylor está en África, pero podríamos traerlo de nuevo...

—El CDC ha tenido su oportunidad —dijo Weyland—. No creo que darle otra sea lo más adecuado. Tal vez haya quien sí esté de acuerdo con lo que acabas de decir, pero no será lo que yo recomiende.

Loretta parecía muy enfadada. A Benji le apetecía verla gruñir, volverse loca o perder los papeles; en resumen, verla actuar como el Objeto Inamovible que siempre había sido. Pero esa reputación no cambiaba el hecho de que su trabajo dependía por completo de sus superiores, quienes no siempre compartían con ella sus expertas opiniones.

—Lo mejor que puedo conseguir —continuó Weyland— son consultas regulares sobre los procedimientos de cuarentena. Pero, a partir de ahora, todos los acompañantes del rebaño serán militares, de la Guardia Nacional o del ejército. Se expulsará a los pastores, y se los mantendrá bien lejos. Son una presencia destabilizadora y una fuente de conflictos...

—¿Por qué militares? —preguntó Sadie—. ¿Por qué no agentes de policía? Ya tenemos por aquí a algunos de la policía estatal...

—Porque el rebaño no deja de cruzar las fronteras entre estados —respondió Benji, quien de ese modo se adelantó a Dale—. ¿No es así?

Dale asintió.

—Bingo, Banjo. Además, es mejor tener al ejército cerca. Los policías son... Mirad, nosotros trabajamos con policías, pero muchos de esos tipos tienen el gatillo fácil hoy en día. Los militares tienen una disciplina sólida como una roca. Son profesionales, gente que ha estado en Faluya y en Kandahar. Se las apañarán bien.

—Es un error —protestó Benji—. Sienta un precedente muy peligroso en la manera de gestionar futuros brotes y epidemias...

—Tenemos la suerte de que esto no parece un brote. De ser así, la laxitud de Hunt a la hora de confirmar nuestra autoridad aquí nos dejaría a todos a merced de una plaga de diarrea o de una fiebre de monos o vete a saber qué. —Weyland suspiró—. Lo entiendo. Me consideráis el malo de la película. Lo sé. A nadie le gustaría ponerse en mi pellejo ahora mismo. Nadie quiere ser el gilipollas que tiene que tomar las decisiones difíciles.

Benji no estaba muy seguro de eso. Weyland parecía demasiado cómodo en ese papel. El hombre se alegraba de ser el gilipollas que le había tocado interpretar.

Dale continuó:

—Miradlo de esta manera. Todos somos un martillo en busca de un clavo. Tenemos nuestros trabajos, nuestras organizaciones y nuestras habilidades. Vosotros encontráis e investigáis enfermedades, por lo que para vosotros esto es una enfermedad. Pero mi trabajo es proteger el país de amenazas internas y externas. ¿Y esos caminantes? Son

una amenaza. Quizá no quieran serlo o quizá sí, pero todos están en Babia. Flusssh. Como si no estuviesen ahí. —Se pasó la mano por el rostro como si borrara una pizarra, la pizarra que era la consciencia de los caminantes—. Han dejado de tener consciencia, y eso los ha convertido en algo que no entendemos. Algo que no se puede cortar, que no sangra. Algo que explota como una botella de champán en cuanto presionas un poco. ¿Qué pasaría si todos explotasen al mismo tiempo? ¿Qué tamaño podría tener el rebaño cuando ocurra algo así? Cada día se une al desfile una docena más de momias de esas. ¿Durante cuánto tiempo estaremos así? ¿Cuántos llegarán? ¿Cien? ¿Trescientos? ¿Quinientos? ¿Mil? Puede que siga sin parar hasta que haya un pueblito de caminantes que bloquee todas las carreteras, listos para explotar, como una bomba antibúnker de carne humana. La gente quiere soluciones. Y por eso parece que Hunt va a hacer algo al fin.

—No son armas —dijo Benji—. Son personas.

—Los terroristas también son personas. Y los dictadores, los tiranos y los soldados enemigos, compañero. Y siguen siendo peligrosos de cojones.

—No has entendido nada.

—Y tú te has quedado sin trabajo. O te quedarás sin él pronto.

—Loretta —dijo Benji al tiempo que se giraba para suplicar a la cámara.

—Así son las cosas —claudicó ella con voz adusta—. He hecho lo que he podido, y seguiré presionando. Pero seguimos buscando pruebas de un patógeno sin encontrar nada. Y eso compromete cada vez más nuestro papel aquí, mientras la situación se convierte poco a poco en un asunto de seguridad nacional. Puede que el origen de todo esto sea político, pero eso no cambia el hecho de nuestra ineptitud general a la hora de detener este fenómeno, o comprenderlo siquiera. Lo siento, Benjamin.

Y así eran las cosas.

Benji era un ingenuo. Lo sabía. A pesar de los años que había pasado nadando a contracorriente en el río de la política, creía en el progreso, en la ciencia y en cómo impulsaban a la sociedad. Creía en ello aunque las mejoras se produjesen centímetro a centímetro en lugar de ser una carrera de fondo. Siempre que había un patógeno transmitido por los alimentos, un posible brote o la sospecha de un inminente salto zoonótico, se veía obligado a navegar en las aguas infestadas de tiburones que eran el gobierno y los trámites burocráticos. Ninguna empresa quería exponerse a una inspección por infectar de manera accidental a sus clientes. Ningún condado ni pueblo quería tener el dudoso honor de convertirse en el lugar en el que había aparecido el primer brote de ébola. O de Zika. O de dengue. Pero la alternativa siempre era peor, por lo que la burocracia terminaba por ceder. Dejaban a un lado los impedimentos y permitían a Benji seguir haciendo su trabajo.

Pero eso había cambiado, ¿no? ¿Acaso lo de Longacre no se hizo por ese motivo, porque sabía que las cosas habían cambiado? (¿O acaso era algo que se decía a sí mismo para sentirse un poco mejor al respecto?).

Fuera cual fuese el caso, Loretta y Dale Weyland no andaban del todo desencaminados. No disponían de información, salvo la que sugería que las dimensiones de aquel fenómeno eran mayores y más siniestras de lo esperado. Tenían pocas pruebas de que hubiese un patógeno y no podían garantizar la permanencia del CDC en el lugar. No tenían nada que hacer allí.

Benji se encontraba ahora en el exterior del remolque, y fue eso lo que les dijo a Sadie y a Cassie mientras los tres contemplaban al rebaño mientras se acercaba.

—Quizá tengan razón —reconoció—. No sabemos nada.

Cassie frunció el ceño.

—Olvídate de esas mierdas, tío. Yo creo que esto que tenemos frente a nuestras narices es asunto nuestro y somos nosotros quienes debemos resolverlo. Unos hombres armados no van a solucionar nada. No solucionan nada nunca, joder.

—Díselo a los hombres armados, a ver qué opinan —dijo Benji.

—Necesitamos pruebas —comentó Sadie—. Y rápido. Algo que cambie las tornas y que demuestre a la presidenta que tenéis que seguir viajando con el rebaño. Si lo que decís es cierto, y yo también os creo, tiene que haber alguna manera de demostrarlo en la que aún no hayamos pensado.

—Por desgracia, lo hemos intentado todo. Nos hemos quedado sin herramientas.

—Pues busquemos algo fuera de la caja de herramientas.

—Si se me ocurriese otra cosa que probar, ya lo habría hecho.

—Bueno —comentó Cassie—, ¿y qué se puede hacer al margen de los cauces oficiales? ¿Alguna nueva tecnología que no hayas probado? Algo tendrá que haber. Una herramienta de diagnóstico, un genio con una campaña de Kickstarter, alguna tecnología puntera que haya salido en la *Wired* ...

—Eso es —dijo Sadie de repente—. Benex-Voyager es la empresa matriz de Firesight. Una empresa de nanotecnología, mucha palabrería, pero también han encontrado la manera de usar nanopartículas y nanodispositivos para diagnosticar algunos tipos de cáncer, trastornos neurológicos y problemas gastrointestinales. No conozco todos los detalles, pero ¿y si...?

Siguió hablando.

Pero Benji dejó de prestarle atención.

Estuvo a punto de caer de rodillas al darse cuenta. Cuando Robbie le mostró lo que sucedía dentro de las células de Clade Berman... Le quería recordar a algo, pero en ese momento no supo a qué.

Ahora lo sabía.

Interrumpió a Sadie, no sin antes excusarse, y luego les pidió permiso para regresar al remolque. Weyland ya se había ido, pero los técnicos no habían regresado aún (se habían marchado para dejarles libre el lugar para la reunión). Benji sacó el teléfono y llamó a Cisne Negro con un comando de voz.

Apuntó con el proyector a la pared y le hizo una petición a la IA:

—Cisne Negro. Me gustaría ver imágenes de los archivos de investigación de IBM. De... Veamos... 2011. O puede que 2012. Llevaron a cabo un estudio junto con el Instituto de Bioingeniería de Singapur para erradicar el SARM (*Staphylococcus aureus*).

En la década anterior, la cantidad de infecciones resistentes a los antibióticos había aumentado de manera considerable, hasta un trescientos por ciento en la actualidad. Se les estaban agotando los recursos y, lo que era peor, las farmacéuticas no consideraban que los tratamientos con antibióticos fuesen muy rentables, o al menos no tanto como los tratamientos para el cáncer, los antidepresivos o las píldoras contra la disfunción eréctil. Por eso, la investigación de nuevos antibióticos se había quedado estancada y abierto el camino para que otras empresas encontrasen las maneras de derrotar a las

bacterias que se habían «blindado» contra los medicamentos habituales.

Cisne Negro proyectó una imagen.

En la pared apareció una diapositiva ampliada a cien nanómetros. En ella, varias bacterias del SARM flotaban por el extremo, una especie de globos negros llenos de sangre. Pero los que estaban por el centro eran diferentes, estaban dañados, rotos desde el interior, y su contenido se había desparramado.

—Se parecen a las células de Clade Berman —dijo Cassie.

—Es el SARM —explicó Benji—. Destruído desde el interior por unas nanopartículas. Cada una de ellas es como una bala programada de una manera precisa para alcanzar a su enemigo. Las micromáquinas sabían dónde encontrar cada una de las bacterias gracias a su carga de electrones específica.

—Es como un misil teledirigido —comentó Sadie.

—Sí, algo así.

Cassie fue la primera que lo entendió.

—No nos estás diciendo que usemos esa tecnología para comprender mejor el fenómeno de los caminantes, ¿verdad? Lo que intentas decirnos es que...

Benji tragó saliva y agitó la cabeza.

—Sí, eso mismo.

—Lo siento. No entiendo nada —comentó Sadie.

Fue Cassie la que respondió:

—Benji no cree que esto se pueda solucionar con nanopartículas, sino que las nanopartículas son...

—... las responsables —terminó él.

—¿Te refieres a que esos caminantes están... infectados con nanotecnología?

—No es imposible. Sabemos desde hace mucho que es una tecnología capaz de ayudar a curar enfermedades, de contrarrestar los efectos del cáncer o de ayudarnos a afrontar la era postantibiótica. Pero... ¿y si se usara justo para los fines contrarios? ¿Y si alguien diseñase con ella... una nueva enfermedad?

—Un patógeno que es una máquina —dijo Cassie, que se quedó boquiabierta.

—Eso es una locura de campeonato —repuso Sadie.

—Puede que lo sea, pero es una opción que deberíamos tomar en consideración. Esas bacterias destruidas del SARM son iguales que las células destruidas de Clade Berman.

—Lo único que no me cuadra es que el objetivo de las nanopartículas era solo un tipo de bacteria, uno definido —discrepó Cassie—. En Berman y en otros caminantes, las partículas tendrían que afectar a muchos tipos diferentes de células.

—Por eso. Imagina a un millón de pequeñas nanobalas que atraviesan al mismo tiempo todos los tipos imaginables de células del cuerpo humano. —Benji unió las manos y luego las separó para imitar una explosión, como si imitase a uno de los caminantes al reventar igual que un melón—. Las células explotarían como si fuesen dinamita.

—Pero... ¿cómo explica eso los demás comportamientos extraños? El hecho de que no se les pueda hacer daño, que no se cansen, que no necesiten comer, cagar u orinar...

—No lo sé. No estoy muy versado en estas materias.

—Pues será mejor que nos versemos rapidito si queremos usarlo para recuperar el control de mano de la Seguridad Nacional —dijo Sadie.

—Por desgracia, no creo que esto nos ayude a recuperar nada.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Mirad, si esto resulta ser cierto... y juro por Dios que espero que no lo sea, significaría que no ha ocurrido por una casualidad de la naturaleza. No es una mutación de una enfermedad conocida, ni un patógeno que ha saltado desde las aves, ni otro que no conocíamos hasta ahora. Sería algo que alguien ha diseñado. Sería justo lo que dice Seguridad Nacional: un ataque del enemigo, de un intruso. Y, en cierto modo, eso también convertiría en intrusos a los caminantes. Además, tampoco es que el CDC esté capacitado para comprenderlo. Estamos atrasados en lo referente a este tipo de tecnología.

Cassie se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿se lo contamos?

Benji titubeó. Sintió cómo lo miraban. Lo responsable sería compartir la teoría con Loretta y con Weyland, por loco que sonase, para que conocieran las posibles causas del problema al que se enfrentaban. Pero también había que tener en cuenta que solo se trataba de una teoría, que podía poner en entredicho su reputación profesional. Además, tenía a Sadie de su parte y quizá, si él hablaba con Firesight, la empresa propiedad de Benex-Voyager, fuese capaz de ver algo que los demás hubieran pasado por alto. Y tampoco estaba dispuesto a etiquetar a los caminantes como lo que Weyland creía que eran: armas, enemigos, monstruos.

—No —dijo al fin—. Aún no. No hasta que tengamos pruebas. —Oyó una vocecilla que susurraba en su mente: «Pero ¿no será demasiado tarde llegado el momento?»—. No se lo diremos ni a ellos ni a nadie. Esto quedará entre nosotros tres.

—¿Y Arav? —preguntó Cassie.

—Dejémoslo al margen por el momento. Es joven y... si estamos equivocados, esto tendrá consecuencias en nuestras carreras profesionales. No me gustaría que la suya se viese afectada.

Las otras dos asintieron.

—Bien. Ahora descubramos la manera de probar esta teoría.

Le dijo a Sadie que lo pusiese en contacto con Firesight lo antes posible. No tenían tiempo que perder.



## Brillos y ninguna parte

Glory Tobin. Pronombre: ella. Edad: 32. Artista en varios medios y propietaria de una galería en Naperville (Illinois). Viaja con el pastor Brody Tobin, su hermano. Brody dijo: «Glory es una artista con mucho talento y espero que algún día descubramos que todo esto es en realidad un *flashmob* muy raro». #PersonasdelRebaño

@RastreadordelRebaño42

57 comentarios 122 retweets 147 me gusta

### **3 de julio. Lone Tree (Iowa)**

Shana sostenía el pesado teléfono con cámara.

El problema era que nunca le había pesado tanto. Siempre lo había notado ligero y sutil, como si fuese otra extremidad de su cuerpo.

Pero aquel día no era así.

Lo cierto era que hacían lo mismo de todos los días: tanto ella como los demás pastores marchaban con el rebaño. Este no hacía sino crecer día tras día. Y también los pastores. La gente había empezado a llamarlos a todos, tanto a pastores como rebaño, los «peregrinos», unas veces con malicia y otras no, pero siempre como si se hubiesen embarcado en un auténtico viaje espiritual. Aquella idea no le gustaba nada a Shana. Odiaba todas esas connotaciones religiosas. También sugería que se encaminaban hacia algún lugar concreto, cuando saltaba a la vista que no iban a ninguna parte, rodeados de campos de maíz, soja y trigo que se agitaban con la brisa.

Levantó el teléfono y empezó a encuadrar al rebaño de un extremo a otro. Llegó a la conclusión de que el peso que sentía aquel día era emocional. Sacaba unas cinco, diez o quince fotos todos los días. Más, si tenía la oportunidad. Y, después del encontronazo con Donna Dutton, no había vuelto a hacerlo desde cerca.

Era como si cada foto añadiese un peso tangible a la cámara, como si capturase algo importante, o acaso algo que se suponía que no tenía que capturar. No era que las fotos fuesen geniales ni nada por el estilo. Shana sabía que su talento estaba en la media, más o menos. Pero fotografiaba todos los rostros, todos los lugares, todas las nubes y las carreteras y los árboles. Todas las personas con carteles, los helicópteros de las noticias que a veces volaban sobre ellos.

Le daba la impresión de que todo eso era importante. Eran elementos que añadían... peso.

Pero ella no era la única que sacaba fotos. Todos habían empezado a sacar los móviles

y subían cosas a Instagram o a otras redes sociales como Twitter (siempre y cuando tuvieran cobertura). El *hashtag* #PersonasdelRebaño se usaba mucho. Así como #sonámbulos. Shana no los miraba demasiado, ya que ella estaba allí mismo. Además, en internet la gente solía ser una mierda y los *hashtags* solo servían para atraer troles, *haters* y bots: gente que quería poner a los caminantes en cuarentena, abrirlos en canal o simplemente pegarles un tiro en la cabeza y arrojarlos a una fosa común.

Le pidió a su padre que se adelantase un poco para sacar unas instantáneas desde delante, lo cual era más difícil ahora que había muchos caminantes más. Había una docena de vehículos por delante y otra por detrás. Pero consiguió llevar la Bestia hasta la parte delantera del rebaño por un lado de la carretera para que ella pudiese echarle un vistazo a los sonámbulos.

—Tal vez acabes siendo reportera gráfica —dijo papá.

—No sé —respondió ella.

—Es justo lo que estás haciendo ahora mismo.

—Puede —admitió ella.

No quería pensar demasiado en el futuro. Con ello solo conseguía que la cámara le temblase en las manos. Le daba miedo ser el centro de atención. O quizá lo que le daba miedo era ansiar esa atención. Papá empezó a decir que quizá podría convertir todas esas fotos en un libro algún día, y ella le soltó un:

—No quiero hablar del tema, así que déjame en paz y déjame hacer lo que quiera, ¿vale?

Él asintió, sonrió, volvió a entrar en la Bestia y empezó a avanzar al mismo ritmo lento que el resto de vehículos. Después no tardó en marcharse del grupo para ir a buscar comida. Solían hacerlo así: alguien cogía un vehículo y se adelantaba un poco hasta llegar al pueblo más cercano para aprovisionarse. Pero la cosa se había puesto un poco rara. A la gente de los pueblos ya no le gustaban mucho los pastores. A veces había peleas. O les tiraban cosas. El día anterior, un grupo había intentado comprar suministros y había tenido que salir corriendo de la tienda, perseguido por una anciana que enarbolaba un bate de béisbol. También había intentado golpear a uno de ellos, pero falló y tiró una estantería llena de latas de Coca-Cola, que se abrieron y empezaron a mojarlo todo mientras la mujer gritaba y gritaba.

Así pues, mientras su padre se adelantaba con la Bestia, Shana se quedó allí, en el arcén. Con los pies clavados en ese asfalto agrietado. La cámara alzada. Y el pánico a punto de apoderarse de ella.

Shana veía el mundo a través de una pantalla.

El cielo tenía una tonalidad parecida a la de unos vaqueros desteñidos. El viento agitaba el maíz y la soja. Y también el pelo de los caminantes. Hacía que se pareciesen a una pradera, casi. También tenían un toque de caos, pero no dejaban de ser un grupo que avanzaba en la misma postura, con los mismos andares regulares y la misma mirada perdida.

Por lo que Shana tenía entendido, ya había más de trescientos caminantes, cerca de trescientos cincuenta, pero el rebaño parecía mucho mayor debido a la presencia de otros pastores, que se entremezclaban por aquí y por allá para cuidar a los suyos. Y había otros que aún viajaban por fuera de la carretera. Supuso que así era más o menos como hacían los pastores de verdad para viajar con sus rebaños de ovejas o manadas de reses.

Hizo zum en la imagen de la cámara con dos dedos.

Vio que Mia peinaba el pelo de Mateo mientras un cigarrillo le colgaba de los labios a punto de caérsele, como si lo tuviese pegado en el labio inferior.

Clic.

Vio al tipo negro de piernas fuertes en una bicicleta, pedaleando junto a otros pastores a pie. Sudaba mientras repartía té helado, refrescos y sándwiches helados (que habían empezado a derretirse). Tocaba una campanilla mientras lo hacía. Ti-ling. Ti-ling. Shana solo sabía su nombre de pila. Tibor, creía que era. Tibor, o tal vez Timor. Joder.

Clic.

Vio a un par de perros que se perseguían entre sí, un springer spaniel y un pitbull. El spaniel se llamaba Chico, y el pitbull Carahuevo (porque los anillos alrededor de sus ojos parecían unas gafas de culo de botella). Los dos se perseguían entre sí muy contentos, como si Godzilla se pelease con King Kong, hacia aquí, hacia allá, pim, pam, pum. Chico pertenecía a Sandy Rosenstein, cuyo marido el ingeniero formaba parte del rebaño. Y Carahuevo era de la familia Brewer, que estaba allí para pastorear a la madre, Bella. Eran los primeros perros del rebaño, pero Shana sabía que no serían los últimos.

Clic.

Vio cómo el sol se reflejaba en el cristal delantero de un GMC Yukon que avanzaba despacio con el resto del grupo. Cuando el vehículo avanzó un poco más, el brillo de los cristales se apagó un poco y vio que en el interior había una pareja: Carl y Marie Carter, dos pastores cuya hija era Elsa, una agente de ventas farmacéutica de Indiana que tenía veintitantos años y formaba parte de los caminantes. Carl y Marie discutían en ese momento. Shana no sabía sobre qué, claro, pero los veía con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido, la boca abierta como si gritasen y haciendo gestos bruscos. Al principio no peleaban, sino que parecían estar tristes por su hija pero felices por estar allí con ella, por estar con el resto de caminantes. Pero Shana sabía que el tiempo pasaba factura. El miedo y la presión eran cosas muy serias y había gente que no podía soportarlos. Como ellos dos. Ahora no dejaban de pelearse. Estaba segura de que uno de los dos no tardaría en irse, probablemente ambos, y abandonarían a su hija porque eso era lo más fácil para ellos. Shana sabía de primera mano que la gente hacía esa clase de cosas. Los odiaba por ello. ¿Cómo eran capaces de hacer algo así? ¿Cómo vas a abandonar a tu familia?

Clic.

Y entonces vio que alguien caminaba hacia ella.

Arav.

Llevaba un té helado. Centró la cámara en la bebida, vio la condensación al acumularse y cómo le resbalaba al chico por la mano, le mojaba la palma y el meñique, que tenía extendido como si fuese uno de esos tipos sofisticados que bebían té también sofisticado. La cámara empezó a desenfocarse a medida que se acercaba...

Clic.

—¿Qué tal? —dijo al poco.

—Buenas —respondió ella cuando estaba más cerca. Se metió la cámara en el bolsillo de los vaqueros.

Él le acercó la mano y se la dio. Sus dedos se entrelazaron, meñiques con meñiques, pulgares con pulgares.

Era lo único que hacían. No habían hecho nada más. Ni un beso. Ni otras cosas.

Le dio el té helado. Lipton.

—Te he traído esto.

—Gracias —dijo ella—. ¿Quieres que lo compartamos?

—No, todo tuyo.

Tan solo se arrepintió de que tuvo que dejar de darle la mano para coger la bebida. Pero lo hizo. Resultaba reconstituyente.

—Me gusta verte con la cámara —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Intento seguir tu consejo, tío.

—También me gusta verte. Así, en general.

Un tenue rubor se le extendió a Shana por las mejillas. Trató de reprimirlo, pero fue incapaz.

—Bueno, ¿y qué haces aquí? ¿No deberías estar por ahí resolviendo misterios y cosas de esas?

—No lo sé. —Arav suspiró—. Supongo que estamos en punto muerto. Aunque creo que ha pasado algo. El doctor Ray... digo, Benji acaba de reunirse con ese tipo de Seguridad Nacional...

—Weyland.

—Ese.

—Lo odio.

—A mí tampoco es que me guste mucho.

El Weyland ese no hacía nada. Se limitaba a deambular por el rebaño como si estuviese al mando. Los miraba a todos como un gerente gruñón del Walmart. Pero también los odiaba, a todos, a pastores y a caminantes, por igual. Llevaba ese desdén como si fuese un uniforme. Shana se había enterado por Arav de que los de Seguridad Nacional albergaban la intención de hacerse con el control de los sonámbulos y echar a los investigadores del CDC.

—¿Crees que podrán hacerse con el control? —le preguntó.

—Puede. Espero que no.

Un pánico diferente empezó a abrirse paso por el interior de Shana.

—Si se da el caso, ¿qué va a ser de nosotros, de los pastores?

Arav no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros.

—Ojalá lo supiese.

—¿Y qué pasará contigo?

—Supongo que me tendré que ir. Como todos.

Ella negó con la cabeza.

—Ni de coña. No me da la gana. No me voy a ir. No voy a dejar aquí a mi hermana. No voy a dejar atrás a Nessie. Se lo prometí y pienso cumplirlo.

—Ya veremos qué pasa. Encontraremos la manera de que las cosas salgan bien.

Ni el calor del verano fue suficiente para impedir el escalofrío que sintió Shana en ese momento. Como intentaran separarla de su hermana, iba a armar un buen pollo. Sintió de repente que la cámara no era lo único que le pesaba...

... porque también notó el peso de la pistola que llevaba en la mochila. La que le había dado Zig. Aún la tenía. Cargada y lista para disparar.

—Estoy seguro de que no será hoy —dijo Arav, con un tono que a ella le sonaba como si intentara mantener una actitud positiva—. Es día de fiesta. O casi.

—¿Mañana es el Cuatro de Julio?

Él asintió.

—Sí.

—Entonces hoy es día 3.

—Sí, creo que los calendarios funcionan así.

—Repelente —dijo ella (con un atisbo de sonrisa en los labios)—. Pues si el tiempo sigue siendo lineal y funciona como tiene que funcionar, supongo que hoy cumplo otra vuelta más alrededor de esa iracunda bola de fuego que nos acompaña en el cielo.

—¿Qué me estás contando?

—Que ya tengo dieciocho años, tío. Es mi cumple.

—¡Feliz cumpleaños! —Se le iluminó la cara un momento antes de que hiciese un mohín y mirase el vaso que tenía en la mano—. El té helado no es un buen regalo.

—Es genial. Me encanta... —Algo le llamó la atención a lo lejos. Un movimiento en la parte delantera del rebaño. Su hermana—. Joder.

—¿Qué? —preguntó Arav.

Shana vio allí a esa mujer del corte de pelo que parecían cuchillas, las cicatrices de su cabeza y ese cuerpo de leñador. La que en teoría había conseguido parar a ese chiflado de la pistola en Indiana. La zorra estaba ahí junto a su hermana, pasándole un peine por el pelo mientras caminaban juntas.

—No, joder, no —dijo Shana, que se bebió el té de un solo trago, le dio el vaso a Arav y empezó a correr. Se abalanzó en dirección a su hermana y, mientras se acercaba al rebaño, empezó a gritar a la mujer—. ¡Oye! ¡Oye! ¡Que dejes a mi hermana en paz!

La mujer levantó la cabeza de repente.

Shana se detuvo a metro y medio y empezó a seguirles el ritmo en paralelo. Después le quitó el cepillo de las manos a la otra mujer.

—Que la dejes en paz.

—Solo le estaba cepillando el pelo, Shana.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijiste tú.

—Yo no te lo he dicho. —Se puso muy nerviosa de repente—. Y si lo hice, eso no significa que tengas permiso para usarlo.

—Pero es tu nombre. —La mujer levantó ambas manos—. Lo siento. Es que vi que hoy no te habías acercado a tu hermana aún. Sé que te gusta sacar fotos y estar con ese pimpollo del CDC, así que pensé que quizá podía hacer algo por ti...

—Joder, qué asco. ¿Eres una acosadora o qué? Solo estaba... ocupada. ¿Vale? Estaba ocupada sacando fotos y... y estaba a punto de venir a cepillarle el pelo y todo lo demás.

—Era cierto que no había estado con su hermana aún ese día. Era la primera vez en semanas que no formaba parte de su rutina diaria. ¿Por qué? ¿Por sacar fotos? ¡Imbécil!

—Mira, no es de tu incumbencia. Déjanos en paz.

Arav llegó a la carrera y entre jadeos. Y también Mia, seguida de unos cuantos pastores más. Sus voces se convirtieron de repente en una cacofonía que reprendía a la mujer. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Marcy. Marcy Reyes.

—Marcy, no puedes ponerte a hacerle cosas a uno de los caminantes así como así —dijo Mia—. Ni a Nessie ni a ningún otro.

—Es algo familiar —comentó Aliya—. Una especie de nexo.

Uno de los pastores de detrás, que bien podría haber sido Lucy Chao, dijo:

—¿Acaba de decir «sexo»?

—Nexo —la corrigió otro.

Marcy les dedicó una sonrisa triste. Levantó ambas manos para pedir perdón.

—Es que el brillo es más intenso aquí en la parte delantera. Tu hermana reluce como..., como una estrella a punto de explotar. La oigo, como si fuese un ángel que no deja de cantar.

—Mira, señorita te falta un tornillo —dijo Mia, que se interpuso entre Marcy y Nessie—. Es hora de que vayas a coger un poquito de aire, zorra de mierda.

—No estoy loca —repuso Marcy—. Y tampoco soy una zorra. Pero es verdad que a veces puedo llegar a ser un poco...

—Venga, venga. Fuera. Vete a molestar a otro. Aquí no eres nadie y no pintas nada.

Al oírlo, Marcy asintió y se apartó hacia el extremo de la carretera, donde se quedó quieta mientras el rebaño y los pastores pasaban junto a ella. Shana la miró alejarse.

Las cosas como son. Marcy Reyes era una tía rara.

Vale, quizá las cosas no fueran exactamente así, pero era lo que pensaba Shana. Sí, puede que la señora la hubiese salvado y conseguido que ese capullo paleta se pegase un tiro a sí mismo en el culo, pero eso no le daba derecho ninguno allí entre ellos. Los pastores no tenían ningún código de conducta, a decir verdad, pero lo cierto era que tenías que estar allí entre ellos por una razón. Y esa razón era que tenías un allegado entre los caminantes. Una hermana, una madre, un hermano menor, un mejor amigo. Joder, hasta un vecino. ¡Alguien! Cualquiera.

Pero Marcy no tenía a nadie.

Estaba sola allí.

Porque, según ella, todos resplandecían.

Y eso era raro de cojones, la verdad.

Tampoco ayudaba el que tuviese esa especie de brillo sectario en la mirada, esa veneración incómoda. Decía que los caminantes eran ángeles. Shana sabía que no lo eran. Los ángeles no existían. Su hermana y todos los demás sí, y convertirlos en ángeles equivalía a afirmar que habían dejado de ser personas. No pensaba permitirlo.

Eran personas.

No ángeles brillantes, ni armas, ni parte de una agenda política, ni víctimas de una trama terrorista. Eran personas. De acuerdo, no sabía por qué no dejaban de caminar. Ni tampoco lo que estaba pasando. Y, llegados a ese punto, tampoco podía decirse que le importara demasiado. Lo que más le importaba era su hermana. Y ya.

Que le dieran a Marcy Reyes.

Pero sí, a veces Shana también se sentía mal por ella. Porque no tenía a nadie, a nadie de verdad. La gente no la tragaba porque todos creían que estaba... un poco loca. Marcy dormía en las partes de atrás de las furgonetas por la noche o durante el día, cuando la dejaban. La gente decía que a cambio de dinero para gasolina. También corrían otros rumores, sí. Como los que decían que antes de que ocurriese todo aquello era poco más que un vegetal, alguien a quien unos pandilleros habían pegado una paliza. Le habían dejado la cabeza hecha papilla, y los médicos habían tenido que... reconstruísela.

De ahí las cicatrices.

Pero eso no explicaba por qué ahora se sentía bien.

Marcy decía que era por culpa de los caminantes. Los «ángeles relucientes» que la hacían sentir mejor. Lo que tampoco era lo más raro de la situación, a decir verdad, solo

había que mirar a los propios caminantes. Pero aun así, eso convertía a Nessie y a los demás en algo inhumano, algo que parecía propio de la magia.

No eran mágicos.

No eran nada.

Solo eran personas.

¿No?

La mayor parte de la multitud se dispersó para dejar a Shana a solas con su hermana, y también con Arav y Mia, que se quedaron con ella. Shana empezó a cepillarle el pelo a su hermana, con más brusquedad de la que le gustaba, pero no podía evitarlo.

(Y una vocecilla en su interior decía: «Tampoco es que Nessie se vaya a quejar». Justo después siempre sentía un acceso de rabia por su hermana que la hacía gritar dentro de su cabeza. «Despierta. Despierta. Despierta.» Esa rabia no venía sola, sino acompañada después de una tercera oleada, llena de culpabilidad.)

(Después pensaba: «Oye, ¿por qué no aderezarlo con un poco más de rabia?». Rabia porque su padre no saliese de esa puta caravana para cepillarle el pelo a Nessie, rabia porque Marcy no había acarreado más que problemas, rabia porque Dale Weyland la ponía muy nerviosa ante la posibilidad de tener que abandonar a su hermana. Y, para rematar, rabia por sí misma y por todo lo que la rodeaba.)

(¡Joder!)

—¿Adónde ha ido? —preguntó Arav. Se refería a Marcy.

—¿Qué más da? —respondió Mia—. Que le vaya bien bonito. Esa tipa es muy rarita.

—Quizá sea porque no puede evitarlo —dijo Shana.

—¿Ahora te vas a poner a defenderla?

—¡No! No. Por mí como si se la pica un pollo. Solo digo que... parece un poco... No sé, esto es muy raro. Se supone que los locos no lo hacen aposta.

Mia hizo un gesto desdeñoso.

—Da igual. Yo la veo muy cuerda, la verdad. Además, lo controle o no, no quiero estar cerca de ella. Y uno no puede ponerse a tocar al caminante de otro pastor.

—No son una propiedad —dijo Arav.

Mia lo fulminó con la mirada. Y Shana le dedicó otra cargada de curiosidad. «¿Cómo va a acabar esta conversación?»

—Nadie ha dicho que sean una propiedad —repuso Shana.

—Sí, Ravi —espetó Mia—. Solo digo que la familia es la familia, son personas a las que quieres. Marcy no tiene aquí a nadie y no debería... ponerse a toquetearlos así, como si fuese una grupi o una mierda de esas.

—Puede —dijo Arav—. Pero solo intenta formar parte del grupo.

Mia resopló.

—Pues que se largue a otra parte.

—Yo tampoco tengo a nadie aquí. ¿Tampoco formo parte del grupo?

Shana extendió una mano hacia Arav.

—No se refiere a eso, y lo sabes.

Ella intentó coger la mano del chico, pero él la apartó.

—Soy una persona de color en Estados Unidos, sé lo que se siente al no formar parte de nada. Quizá deberíais tratarla un poco mejor, ¿eh? —espetó de repente—. Da igual. Quién sabe cuánto tiempo nos queda de estar por aquí.

Después se dio la vuelta sobre los talones y se marchó en dirección opuesta a Marcy Reyes.

—¿A qué coño ha venido eso? —preguntó Mia.

—No sé. Da igual.

—¿Discutisteis?

—No hemos... No ha sido una discusión. Y tampoco tienes por qué meternos en el mismo saco. Él es él y yo soy yo. Y ya está.

—Psss. Venga ya, tía. Pero si haces manitas con él y todo, joder. —Parpadeó y batió las pestañas—. «Oh, Arav. Oh, Shana. Vamos a hacer manitas. ¿Deberíamos besarnos? No, no, debemos. Soy muy joven. Y tú eres muy mayor». Es como los putos Romeo y Julieta, pero en la vida real. Pero bueno, unos Romeo y Julieta que en realidad son un poco mierdas.

—Lo que tú digas.

Mia le mandó un beso volado.

Shana estaba a punto de explicarle que Arav y ella pertenecían a dos mundos muy diferentes, que él ni siquiera era pastor y que ella ya había cumplido los dieciocho años, por lo que la edad que tuviese él ya daba igual. Y también de decirle que, por una vez, podía dejar de meter las narices donde no la llamaban.

Pero no dijo nada.

La interrumpió el sonido de un motor.

Al principio era distante, como el de un dragón que rugiese a lo lejos. Gruñó a través del suelo, hasta que alcanzó sus pies y le subió hasta los dientes.

—¿Qué fue eso? —preguntó Mia alzando la voz para que se le oyese.

Shana no respondió, sino que se limitó a encoger los hombros, desconcertada.

Se oía cada vez más alto. Y entonces supieron de dónde provenía el sonido: de detrás de ellas. También se acercaba cada vez más rápido. Lo notaba en el pecho.

Y luego, de un momento a otro, vieron una motocicleta. Una Harley Fat Boy, rojo cereza con calaveras pintadas por un costado. Sobre ella iba sentado un tipo huesudo parecido a Jack Skellington, con los brazos extendidos, la cabeza echada hacia atrás y unas gafas espejadas que reflejaban el cielo desteñido. Llevaba una guitarra acústica colgada de una correa a la espalda, y había amarrado un morral de cuero negro al asiento detrás de él.

El tipo llevó la moto hasta la parte delantera del rebaño, la aparcó a un lado, colocó la pata de cabra y se apeó. Cogió el bolso y le dio una patada cargada de ira al vehículo, que cayó de lado con gran estruendo. En su rostro se distinguía un orgullo insolente, como el de un niño que acaba de coger mierda del pañal y empieza a pintar con ella las paredes.

—Ese tío me suena —dijo Shana.

—Debería —comentó Mia.

—¿Por qué?

—Porque es Pete Corley.

—¿Quién?

Mia negó con la cabeza.

—Joder, vas a conseguir que me sienta vieja.

Weyland no había dejado de rondar por el lugar. Benji estaba sentado en el interior del remolque, y Sadie estaba por fuera, hablando por teléfono con Firesight, en teoría.



Weyland parecía el controlador de un examen, daba la impresión de estar vigilando a los alumnos para que no copiasen. Eso complicaba a Benji lo de continuar investigando esa teoría de la nanotecnología. Estuvo tentado de puentear al de Seguridad Nacional y seguir haciéndolo como si no estuviese ahí, motivado por la posibilidad de que fuese poco más que un gorila que no tuviera ni idea de lo que Benji intentaba averiguar. Pero también sabía que era un error subestimarlos.

Así pues, en lugar de eso, siguió examinando los datos de Clade Berman, los desgarrones provocados por golpes o explosiones que tenía en las células.

Usó el teléfono satelital de Cisne Negro para hacerlo, no los proyectores, sino la pantalla para revisar las imágenes.

Weyland preguntó:

—¿Ese es el dispositivo?

—¿Cómo dices?

—Cisne Negro. ¿Así es como te conectas a él?

Benji titubeó.

—Sí.

—De modo que no es mentira. Funciona de verdad.

Antes de que Benji respondiese, el teléfono latió en verde y respondió la pregunta de Weyland.

—Sí que funciona, sí.

—Seguridad Nacional también debería tener acceso.

—Lo tenéis. A través del CDC. —¿Acaso el tipo no lo sabía?—. Cisne Negro ya ha ayudado al FBI y a Seguridad Nacional a resolver algunas crisis.

—Deberíamos tener acceso directo. *In situ*.

—Vale, lo que tú digas.

Weyland se acercó a él. Con el pecho hinchado, la barbilla levantada y mirándolo por encima del barril que era su nariz.

—Déjame ver —dijo al tiempo que le quitaba el teléfono de las manos a Benji. Él no se resistió. Sabía que el teléfono estaba hecho de un cristal casi irrompible, pero no tenía ganas de entablar una pelea digna de parvulitos con ese patán por si el teléfono caía al suelo o sufría algún daño.

«Que lo mire.»

—La próxima vez podrías pedírmelo —dijo Benji.

—¿Pedírtelo? Pedírtelo. Ajá, claro. Pensaba que tú eras el fundador del club Hago Lo Que Me Da La Puta Gana, señor Longacre.

—Ya veo de qué vas.

—¿Sabes qué? Voy a disfrutar dándote la patada cuando os echen de aquí. No me gustas. Y ni de coña confío en ti. ¿Quieres que te diga la verdad? Creo que eres como Hunt. Alguien que tergiversa la información y que solo piensa en su agenda política. Es su naturaleza. Dice lo que quiere y hace lo que quiere para conseguir el mayor beneficio posible. Como tú con Longacre. La verdad da igual mientras no se interponga en su objetivo. —Se inclinó hacia Benji y después puso un tono amenazador mientras bajaba la voz—. En los Estados Unidos de Creel no habrá lugar para gente como tú. Solo para los leales. Los que dicen la verdad.

Benji se encogió de hombros.

—No me sorprende nada que apoyes a Creel, la verdad. Lo que sí que me ha

sorprendido es que hayas usado la palabra «tergiversa».

Weyland extendió el brazo de repente y agarró a Benji por la mandíbula. Lo sostuvo con fuerza y el rostro del hombre se torció en un gesto de rabia.

Después gruñó:

—Pedazo de...

Y en ese momento, el teléfono de Cisne Negro proyectó un haz de luz justo hacia sus ojos. Pegó un grito, parpadeó y el teléfono se le cayó de la mano hacia el regazo de Benji.

—Pero ¿qué coño? —exclamó Weyland al tiempo que agitaba la mano frente a él, como si lo hubiesen cegado partículas en suspensión y no un potente haz de luz.

—Aún falla un poco —explicó Benji—. Lo siento.

Weyland se mantuvo firme y parpadeó. Señaló a Benji con un dedo acusador cuando sus ojos parecieron adaptarse otra vez a su entorno.

—Eres un gilipollas.

Por toda respuesta, Benji solo acertó a encogerse de hombros.

La puerta del remolque se abrió detrás de Dale Weyland, y apareció Cassie, quien le indicó con señas a Benji que la acompañase fuera. Él se puso en pie como si nada, pasó junto a Weyland y le susurró:

—Como me vuelvas a poner un dedo encima, te denuncio. Porque, gracias a Cisne Negro, tengo nuestra conversación entera grabada y a buen recaudo. Limitate a hacer tu trabajo y yo haré el mío.

No estaba muy seguro de que lo que acababa de prometerle fuese verdad, ya que no tenía pruebas de que Cisne Negro acabara de grabar lo ocurrido, pero estaba claro que sí que los había oído y era consciente de lo que pasaba alrededor del teléfono satelital. El hecho de que esa inteligencia artificial lo hubiese defendido indicaba no solo que era inteligente, sino también que tenía personalidad.

Pero ese era un problema que tendría que abordar en otra ocasión.

Ahora estaba a punto de enfrentarse a otro de naturaleza muy diferente.

Una vez en el exterior, y lejos ya del remolque, la mujer dijo:

—¿Qué estaba pasando ahí dentro? ¿Weyland te ha hecho algo?

—Weyland siempre hace algo. Venga, ¿qué pasa?

—Acabo de hablar con Temson en Florida.

Harvey Temson, el jefe forense que trabajaba en el caso de Garlin. El estado pidió un forense local para hacer la autopsia, pero Temson había terminado trabajando en el caso para el CDC. Benji lo conocía un poco, se había topado con él en alguna que otra conferencia. Era un buen tío, aunque un poco... antisocial.

—Por favor, dime que no han robado el cuerpo.

—No —respondió ella—. No, el problema es su cerebro.

—¿El cerebro de Garlin? ¿Qué le pasa?

—Ese hongo. Está... dentro. Como raíces de un árbol que sobresalen del suelo.

Benji suspiró y echó un vistazo hacia los caminantes que avanzaban hacia ellos por el horizonte.

—Supongo que era de esperar. El tejido blando accesible a través de las cavidades del exterior sirve de huésped para la colonia de hongos...

Ella abrió una imagen en el teléfono y se la enseñó.

—Esto es diferente.

Benji echó un buen vistazo. Cassie tenía razón. Tocó la pantalla para ampliar la

imagen y vio que la infección penetraba muy profundo, como las raíces de una planta, sí, como un sistema circulatorio. Señaló el tejido hinchado y turgente entre los micelios.

—Parece una inflamación.

—Sí, creó una respuesta inflamatoria muy intensa. Y hay tejido cicatrizado.

Y eso solo pasaría cuando Garlin estaba vivo. Era imposible que le ocurriese después de fallecer. Sin duda se trataba de una infección fúngica.

—Creo que Garlin estuvo infectado durante meses —explicó.

—Continúa.

Benji oyó la voz temblorosa de Cassie mientras hablaba. Ella había visto de todo, así que si estaba asustada, Benji también debería estarlo.

Soltó un hondo suspiro y dijo:

—El FBI investigó a fondo a su familia, sus contactos empresariales, todo. Resulta que mostraba un comportamiento muy raro. Tenía síntomas de demencia. Conducta errática a nivel físico, mental y emocional. También tenía síntomas de resfriado, pero uno común y corriente, no tenía por qué ser la gripe, ni una neumonía, ni nada más serio. Era más bien como un resfriado o una alergia y, si se tiene en cuenta la inflamación del cerebro y todo lo demás, parece que era cierto.

—¿Cuándo empezó?

—Poco después de un acontecimiento que tuvo lugar en San Antonio. La gran inauguración de un parque Jardines Garlin en la zona. Llevó a cabo una explosión controlada un tanto ostentosa para «dar por empezadas las obras», pero... eso afectó a un sistema de cuevas.

—Un sistema de cuevas. —A Benji le dio un vuelco el corazón. Sabía lo que venía a continuación. Y eso explicaba muy bien el miedo de Cassie, ya que Benji no se había olvidado de lo que era: una experta veterinaria que conocía los vectores zoonóticos tan bien como a su propia madre—. Murciélagos. Liberó a los murciélagos.

—Y uno lo atacó.

Cassie abrió un vídeo en el teléfono.

Duraba solo diez segundos, pero el ataque se veía muy bien. Garlin estaba en un escenario enfrente de una multitud, y miles de pequeños murciélagos se abalanzaron sobre él y todos los demás.

—Murciélagos mexicanos cola de ratón —dijo ella—. Garlin empezó a mostrar síntomas dos meses después de ese día. Hemos investigado los hongos que había en su interior. Son muy similares en biología tanto al *Pseudogymnoascus destructans* como al *Ophidiomyces ophiodiicola*.

El corazón empezó a latirle desbocado. Cassie acababa de decir, o eso creía él, que la infección que había afectado y quizá matado a Jerry Garlin mostraba un parecido alarmante con el hongo causante del síndrome de la nariz blanca en los murciélagos y otro responsable de una enfermedad fúngica de las serpientes. Ambos causaban una elevada letalidad entre los murciélagos y las serpientes de todo el país, respectivamente. Los hongos eran muy oportunistas y siempre se hacían con los cuerpos de los animales a los que infectaban. Las escamas de las serpientes empezaban a irritarse. Las alas de los murciélagos, a degradarse. Y algunos estudios sugerían que ese hongo de nariz blanca, llamado así por el polvillo blanco que se endurecía alrededor del hocico de la criatura, también afectaba a la ecolocalización del murciélago. Se volvía incapaz de encontrar comida, y los daños en las alas le impedían volar.

La tasa de mortalidad en las serpientes era del cien por cien.

En los murciélagos era un poco inferior, aunque no mucho más. Lo último que había oído era que la cifra de muertes entre los murciélagos ascendía a más de seis millones, la mayoría de ellos pertenecientes a la variedad del pequeño murciélago café.

—Lo que sugieres es que ha habido un salto zoonótico.

Una pausa.

—Sí.

—Esto no pinta nada bien, Cass.

—Es terrible, Benji. Y he de decirte que las noticias son aún peores.

—¿Qué ha pasado?

—Encontramos otros tres muertos.

—¿Tres? Muy bien. —«Respira hondo, Benji»—. ¿Estuvieron en contacto con Garlin de alguna manera?

—Solo fueron contactos indirectos. Estaban presentes el día de la ceremonia. Los tres... —Benji oyó el rumor de unos documentos al pasar páginas—. Jessie Arvax, Greg Rooney y Tim Bauer. No solo estuvieron presentes, sino que también se ha confirmado que tuvieron contacto con los murciélagos. Dos de ellos se vacunaron contra la rabia por precaución.

—Muy bien. —La cabeza le daba vueltas—. Eso podrían ser buenas noticias. Tres muertos... Bueno, cuatro si contamos a Garlin. Es terrible, pero no deja de ser una cifra muy modesta.

Esperaba que fuese más o menos como la gripe. Si era zoonótico, pues bueno, la mayoría de las enfermedades infecciosas se producían así, con un salto desde los animales a las personas, pero tampoco era alarmante.

Cuatro muertos. «Una cifra muy modesta», se consoló.

No obstante, la gripe española había empezado así también... La primavera de ese año se había producido un brote muy pequeño, pero en verano había mutado hasta convertirse en algo mucho peor. Al final, mató a cuarenta millones de personas, más muertes que las producidas por la Primera Guerra Mundial. Benji esperaba que la nueva enfermedad se mantuviera en esas cifras y no fuese mucho más allá para convertirse en un patógeno de récord.

Continuó:

—Parece que al menos no se contagia de persona a persona. En los murciélagos es muy infeccioso. Si uno de la colonia se contagia, todos acaban igual.

—Tienes razón. Es lo que tratamos de averiguar en estos momentos. Albergamos la esperanza de que no sea infecciosa después del salto, lo que sería un problema menor.

Le sorprendió considerar «problema menor» al hecho de que un salto zoonótico de una infección fúngica solo matase a cuatro personas. Era propio de un psicópata. Pero también formaba parte de la cruz con la que tanto él como otros profesionales médicos tenían que cargar. Lo complicado era consolar a los pacientes, pero por lo demás resultaba fácil ver el mundo de esa manera fría y clínica. Como números y datos. Había intentado ser menos frío con lo ocurrido en Longacre, y el resultado había sido desastroso.

Pero...

Quizá lo que había sucedido en Longacre era demasiado evidente y generalizado. Quizá se hubiera pasado un poco. Había llegado la hora de pensar en términos más

modestos.

—Esto podría ser una bendición para nosotros —dijo.

—No te entiendo.

—Ten un poco de paciencia. —Hizo un mohín. Odiaba la mera idea de sugerir algo así

—. Cassie, sabemos que Seguridad Nacional quiere darnos la patada en el culo, ¿verdad?

—Sí. ¿Por?

—Podría llevarle esta información a Loretta. Ella podría dársela a Flores, y Flores a Hunt. Si nos aprovechamos de la situación quizá podamos quedarnos por aquí un poco más.

«Al menos, hasta que descubramos si mi teoría sobre la nanotecnología es correcta», pensó.

—Pero esta infección fúngica no tiene nada que ver con el fenómeno de los caminantes. No existe la menor relación.

—Eso lo sabemos tú y yo.

—Ah, pero ellos no. Claro —dijo Cassie.

—Eso mismo. Nos servirá para ganar un poco de tiempo. Ya habíamos informado de que también buscábamos vectores fúngicos y parasitarios. Dado que Cisne Negro nos ha puesto sobre la pista de Jerry Garlin, podríamos usar este descubrimiento a nuestro favor. Y, mientras tanto, investigaremos por qué Cisne Negro nos advirtió sobre algo que no parece guardar relación con este asunto.

—Esto no va a ser tan terrible como lo de Longacre, ¿verdad?

Benji tragó saliva.

—Espero que no. Huelga decir que entendería que declinases mi oferta. Me estoy aprovechando un poco de ti. Si me dices que no, no haremos nada. ¿No querías que contase contigo en Longacre? Pues mira, esta es tu oportunidad. Estoy cansado, de los nervios y puede que mi juicio no sea el más adecuado...

—Venga, vamos a hacerlo.

—¿Estás segura?

—No, no del todo, pero, desde que comenzó este asunto de los sonámbulos, lo cierto es que estamos en territorio desconocido. Muy desconocido. A Weyland y a sus matones no les gustará, pero eso me parece bien. Que les den. Vamos a darles caña, jefe.

—Vamos allá, Cassie. Hazme saber si descubres algo más.

—Eso haré. —Otra pausa—. Oye, ¿estás bien, Benji? Lo pregunto en serio.

—No —respondió—. No lo estoy. ¿Y tú?

—Pues tampoco.

—Pues no estemos bien juntos, venga. Y deseemos que el mañana nos sorprenda con algo mejor.

—Eso merecería un brindis —dijo ella.

Sintieron un temblor. Como un motor. Venía de lejos, pero cada vez se acercaba más. Cassie y Benji se dedicaron una mirada inquisitiva.

Ambos se giraron justo a tiempo para ver a un hombre que se acercaba en una Harley-Davidson roja como la sangre y cubierta de calaveras. Era desgarrado como un espantapájaros rockero, y tiró el vehículo al suelo como si le diese igual. Después se acercó al rebaño.

Como si fuera el jefe del lugar.

—¿Ese es... Pete Corley? —se preguntó Cassie con la boca abierta.

—¿Pete... Corley? ¿El tío de Gumdropper?

—Juro que es él. He ido a algún que otro festival donde actuaba. Estaba realmente zumbado, como una estrella del rock de verdad, de las que hoy ya no hay.

Benji vio cómo los pastores se quedaban mirando al recién llegado y comprobó que los demás también se habían dado cuenta de quién era. El hombre se acercó a la multitud, que se apartó del rebaño para saludarlo. Algunos no quisieron acercarse y lo miraron desde la distancia, pero otros corrieron a su encuentro con una sonrisa de oreja a oreja y le estrecharon la mano. El famoso parecía tener una actitud lo más natural posible, dada las circunstancias, como si para él fuese algo habitual.

A Benji le daba un poco igual la música de Gumdropper. Habían sido muy famosos en los años ochenta, cuando él era niño. Eran mitad glam rock y mitad pop punk, como un híbrido entre Aerosmith y los Ramones. Pero Benji creció oyendo hip hop y R&B, cosas como Public Enemy o Boyz II Men. Como Run-DMC o Usher. Pero ahora se olvidaba con frecuencia de escuchar música, no como Cassie, que pasaba cinco minutos de cada diez oculta bajo la comodidad de sus auriculares. Pero cuando Benji escuchaba algo, siempre ponía a John Legend, a Alicia Keys y puede que algún álbum antiguo de la Motown.

Gumdropper le daban un poco igual, cierto, pero eso no obstaba para que supiese quiénes eran. No eran tan famosos como los Stones o los Beatles, pero llevaban veinte años en la cresta de la ola del rock and roll. La banda hacía giras en grandes estadios y hasta había actuado en el descanso de la Super Bowl. Volvían a salir a la palestra cada pocos años. Una aparición en un programa de televisión. Un nuevo sencillo en iTunes. Algún comentario sobre un nuevo disco que nunca terminaba de llegar.

Corley era un cuentista y un agitador. Había tenido problemas con las autoridades, destrozado habitaciones de hotel, se había puesto hasta arriba de coca y montado escándalos en los años noventa y también la había armado durante la fiesta de fin de año del 2000 en Times Square, cuando había subido al escenario en mitad de la actuación de Britney Spears. Lo curioso era que siempre parecía evitar las consecuencias de sus actos. Todo el mundo le quería. Hasta en ese incidente del año 2000, Britney Spears se quedó conmocionada al principio, pero después se adaptó y lo siguiente que recuerda el mundo es que Corley convirtió *Oops!... I Did It Again* en una mezcla pop rock con guitarreo y todo.

—Es un gilipollas de campeonato —dijo Cassie—. Me flipa.

—¿Qué hace aquí?

—Supongo que busca atención. Vio que había cámaras de televisión y decidió pasarse para salir en ellas.

Y había funcionado. Benji vio cómo los reporteros que acompañaban al rebaño se abalanzaban sobre él.

—¡Chicos! —gritó Arav, que se les acercaba con prisa—. Chicos, tenéis que ver esto.

—Ya lo hemos visto —dijo Benji—. Es Pete Corley. Lo sabemos.

—No, eso no —dijo Arav entre jadeos.

Sacó el teléfono con torpeza y abrió una retransmisión en directo de la MSNBC. La imagen se quedó congelada mientras la rueda de carga no dejaba de girar. La cobertura en el quinto pino no era una mierda, no. Más bien un mojón. Mejor, una bosta. Terrible. El vídeo terminó por volver a reproducirse.

Benji vio vehículos militares en la pantalla, transportes de tropas del Ejército de

Estados Unidos. Lo primero que pensó fue: «¿Dónde van a desplegar a las tropas?». Pero luego vio el rótulo en la parte inferior...

RIVERSIDE (IOWA)

Eso explicaba por qué Weyland se había puesto tan pavito.

«Ya ha comenzado.»

—¿Qué hora es? —preguntó Benji.

—Más o menos las tres de la tarde —respondió Arav.

Eso significaba que querían terminar con el problema sin demora. En la pantalla, el rótulo de la parte inferior se preguntaba si la presidenta Hunt había «tomado una decisión» al fin sobre el fenómeno de los sonámbulos.

En la pantalla portátil del móvil, Benji vio tres transportes de tropas con al menos una docena de soldados cada uno. Ya habían empezado a bajar de los vehículos, fusil en ristre.

Benji sintió cómo todas las células de su cuerpo se envaraban mientras su mente repasaba uno de los escenarios posibles: las tropas llegaban con armas, los pastores se resistían y los medios de comunicación grababan el enfrentamiento entre los dos bandos. Lo mejor que podía ocurrir eran fracturas craneales y sangre en el asfalto. Lo peor, que alguien abriese fuego. ¿Tendría armas de fuego alguno de los pastores? Nunca había visto ninguno, pero tampoco era su trabajo revisarlo. Eso era cosa de la policía, pero... ¿acaso lo habían hecho ellos? Supuso que no. Aquello era un polvorín a punto de explotar.

—Joder —dijo.

Tenía que llamar a Loretta.

Ya.

## Comemos lo que cazamos

Hablamos de una posible sexta extinción. Hemos tenido cinco acontecimientos parecidos en los registros históricos, cinco momentos en los que las especies han muerto de forma acelerada. Y nos enfrentamos justo a eso: vertebrados que mueren cien veces más rápido de lo normal, y no podemos ni hacernos a la idea de lo terrible que es el caso de los invertebrados. Un estudio alemán afirma que el setenta y cinco por ciento de sus insectos han desaparecido desde 1989. ¿No te has dado cuenta de que ahora conduces y hay menos bichos estampados contra el parabrisas? ¿Y que ya no ves tantas luciérnagas? Bienvenido a la sexta extinción. En este vídeo, hablaremos de lo que significa para el mundo, y para nosotros. ¡Y no te olvides de darle al me gusta y suscribirte!

CARL YONG , articulista científico y presentador del canal de YouTube Zero Hour de la CBS.

### ***3 de julio. Echo Lake (Indiana)***

**E**l pastor Matthew volvió a entrar en liza solo con un plato de comida para enfrentarse a la conversación. No se podía decir que le apeteciera, pero disfrutaba del hecho de ser el centro de atención por una vez. Le gustaba. Le parecía necesario. Dios, le parecía adecuado.

Se sintió como un hombre a flote en una balsa en mitad del océano. Iba y venía del patio de atrás al interior de la casa, donde un gentío se congregaba frente a una enorme barra de madera de cerezo que rodeaba un enorme tronco de árbol situado en el centro de la estancia. Las bebidas, un bourbon amargo con la intensidad robliza del whisky y notas de limón y naranja, fluyó como un río después de una lluvia intensa.

Matt no dejaba de echar un vistazo a su alrededor para encontrar a su hijo, o a su mujer, o incluso a Ozark. Consiguió separarse de un grupo (en el que había un astronauta de verdad) y, mientras bailaba para dirigirse al siguiente, se topó sin querer con Roger. Y dijo:

—Oye, Roger. —Y las palabras surgieron de entre sus labios con más facilidad de la que le habría gustado, más lubricadas por todo lo que había bebido—. ¿Has visto a...?

Pero Roger le indicó que guardara silencio. Alzó algo que tenía en la mano, un mando a distancia, y luego señaló una pantalla plana de televisión. El volumen estaba bajo, por lo que lo subió y no tardó mucho en alzarse sobre el estruendo y el clamor de la multitud. Se quedaron en silencio al oírla.

(Y en ese momento, Matthew echó un vistazo alrededor y pensó en lo extraño que resultaba girarse hacia una caja reluciente con tanta veneración en la mirada. Los



hipnotizaba. Él sentía lo mismo al ver cualquier televisor, y por eso odiaba comer en restaurantes que tuviesen una en un rincón. Siempre comprobaba que su hijo y él se quedaban mirándola, absortos. Era como si usasen una devoción que debería de ir dirigida a Dios para dársela a esos... esos malditos rectángulos de luz.)

(No obstante, ¿qué iba a hacer? Se giró hacia la caja y se quedó mirándola.)

Roger no tuvo que cambiar al canal Fox News, porque ya estaba puesto cuando la encendió. Vieron un vídeo de unos transportes de tropas blindados, que uno de los presentadores dijo que eran del Ejército de Estados Unidos y llevaban soldados cerca del rebaño de sonámbulos en Iowa.

Matthew volvió a mirar a quienes lo rodeaban, algo extrañado quizá, tal vez por efecto del whisky que le embotaba el cerebro. Vio los ojos que miraban la pantalla, el destello de movimientos que se reflejaban en ellos y los vasos de alcohol. Después vio que alguien se movía a un lado: Ozark Stover.

Allí, con su mujer y su hijo.

Ozark le daba algo a Autumn y ella asentía.

Por otra parte, Bo estaba quieto y miraba la televisión, como todos los demás.

Fue un instante muy corto, insignificante en apariencia y que terminó casi antes de que empezase. Pero Matthew lo vio y se le quedó grabado, como una piedrita que no puedes quitarte de entre los dientes. Ozark lo miró y le dedicó una breve sonrisa y un ligero cabeceo. Autumn no miró, se limitó a coger a Bo y a dirigirse en línea recta hacia la puerta principal mientras Ozark atravesaba la multitud en dirección a Matthew. El pastor no sabía qué hacer. ¿Hablar con Ozark? ¿Seguir a su mujer y a su hijo para comprobar adónde iban?

Se quedó quieto, indeciso.

Lo que, en cierto modo, también era una decisión.

Stover se acercó y se quedó junto a él. Cabeceó hacia la televisión con la enorme barbilla barbuda.

—Vaya una locura.

—Me parece bien —dijo Matthew—. Supongo.

—Pues a mí me parece una mierda —aseguró Ozark—. Si me permites el improperio.

—No entiendo. ¿No te parece bien lo que ha hecho Hunt?

—Sí que me parece bien. Y siempre que Hunt hace algo bien, eso es malo para nosotros. Creel la ha presionado y ella ha cedido, lo que la hace parecer débil pero también indica que al fin se ha puesto las pilas con esos raritos. —Suspiró—. Aun así, estoy seguro de que Creel la pondrá en evidencia, por hipócrita. Veremos qué le dice.

Matthew tragó saliva. La boca se le había secado de repente. ¿Por qué tenía miedo de preguntarle a Ozark sobre su mujer y su hijo?

—Te he visto hablando con Autumn. ¿Se ha...?

—¿Marchado? Sí, ya se va.

—¿Te dijo el motivo?

—Supongo que porque está cansada.

Su boca formó las palabras para preguntarle a Ozark qué le había dado a Autumn, pero no emitió sonido alguno. Decidió que ya se lo preguntaría a ella más tarde.

En ese momento, Roger apagó el televisor y les dio las gracias a todos por su paciencia. Y después la multitud prorrumpió en vítores. Matthew oyó el murmullo ensordecedor mientras hablaban de lo que acababan de ver.

Ozark bajó la vista hacia el plato que Matthew tenía entre manos, uno que antes contenía medio costillar, antes de que diese buena cuenta de él hasta dejarlo en los huesos.

El grandullón dijo:

—Me alegro de que te gusten, predicador. Son de un jabalí que maté en mi propiedad. Aquí siempre comemos lo que cazamos. Usamos todo lo que nos proporcionan los animales. Gelatina con las patas, queso de la cabeza y jabón con la grasa. —Cogió uno de los huesos del plato de Matthew y se lo metió en la boca como si de una piruleta se tratase. Lo chupó y arranchó unas pequeñas hebras de carne que tenía pegadas—. Quedaba un poco, predicador. Venga, coge un hueso y sigue comiendo.

## Bajo presión

**La policía investiga la misteriosa muerte de un profesor de Richmond**

Por ROBERTO SPIDLE , del *Richmond Times-Dispatch*

La policía intenta desentrañar la misteriosa muerte de un profesor de periodismo local llamado Greg Rooney, de cuarenta y seis años, a quien se encontró desnudo en el baño, cubierto de sangre a causa de una cuchilla de afeitarse con la que se cortó la cara y el cuello hasta seccionarse la yugular. El forense sugiere que esa es la causa del desangramiento, pero desconoce por completo por qué el hombre haría o podría haber hecho algo así. Los informes de toxicología no han encontrado drogas, pero el forense afirma que hay muchas sales de baño y drogas inteligentes que aún son indetectables, por lo que es una hipótesis que no se puede descartar. Rooney, divorciado, tardó días en ser encontrado y, para entonces, su cuerpo ya se había llenado de un hongo blanco y mullido que...

**3 de julio. Lone Tree (Iowa)**

—Creo que deberías irte —dijo Arav.

Shana miró cómo se alejaba el rebaño, ajeno a todo. Pero los pastores no eran tan ajenos. Eso sí, prestaban atención a lo que no era importante. Le olían el culo a Pete Corley, cuando no deberían haberles quitado la vista de encima a los militares que empezaban a concentrarse a unos dieciséis kilómetros.

—No voy a ninguna parte —declaró ella, con los dientes apretados.

—Las cosas podrían ponerse feas.

—Nessie está ahí. Así que yo me quedo.

—Shana, estoy preocupado...

—Haz tu trabajo, Arav. Yo haré el mío.

Él se mordió el labio.

—Estás enfadada conmigo.

—A lo mejor eres tú el que estás enfadado conmigo.

—Eso no tiene sentido.

—Mira a tu alrededor, Arav. Nada tiene sentido, joder. ¿Qué más da? Márchate. Vete con tu equipo. Tienes cosas que hacer, así que ponte a ello, tío.

Acto seguido, Shana salió corriendo para reunirse con su hermana.

—No puedo hacerlo —dijo Loretta.

Benji caminaba de un lado a otro por la parte trasera del remolque del CDC. El equipo oía la llamada por el altavoz. Arav, Cassie y Sadie eran los que estaban presentes.

—Loretta, con todos mis respetos, si lo de Garlin guarda algún tipo de relación con

esto, necesitamos tiempo. Tenemos que intentar...

—Me han dicho que la señora presidenta ya va de camino a la rueda de prensa. Los caballos ya han salido del establo y no podemos encerrarlos de nuevo. —Hizo una pausa—. Hoy no, al menos. Puedo darle prioridad a tu recomendación, y tal vez mañana o dentro de una semana el SIE vuelva a estar destinado ahí.

—¿Sin los de Seguridad Nacional? ¿Sin los soldados?

—No estoy en condiciones de confirmarte eso.

Le dieron ganas de tirar el teléfono.

—Loretta, escúchame. Seguridad Nacional es como un ladrillo... —Hasta el nombre lo irritaba. «Seguridad Nacional». Todo el mundo se había acostumbrado a él, pero daban la impresión de haber olvidado que parecían sacados de 1984. La madre patria. El padre patria. La nación. Eran ideas que para él no tenían nada de patrióticas, la antítesis de ese batiburrillo que era en realidad la ciudadanía de Estados Unidos—. Loretta, esas personas, los pastores, están muy comprometidas y no hay razón para echarlos. Ni tampoco a nosotros.

—He dicho que le daré prioridad. —Soltó un suspiro de desesperación al otro lado de la línea—. Benjamin, respeto el trabajo que has hecho hasta el momento. Te ha ido bien..., aunque sigo pensando que tendrías que haberme hecho más caso. Pero quizá sea hora de volver a Atlanta. Mi invitación para que vuelvas a formar parte del SIE sigue en pie.

—Loretta...

—Sí, la relación con ese hongo. Entiendo que quieras que exista alguna relación entre ambos sucesos, pero yo no lo tengo tan claro. Y, para serte sincera, sé que eres lo bastante listo como para sospechar que tú tampoco lo tienes claro y que solo lo haces para entorpecer nuestra labor. He recomendado a Cassie para que encabece la investigación del SIE que analiza el caso de Garlin. A Vargas le quedan varias semanas de convalecencia y luego volverá al trabajo de campo con Arav Thevar y un nuevo equipo.

—¿Y yo?

—Tú volverás a casa y trabajarás con Cisne Negro. Hemos llegado a la conclusión de que tu trabajo con él es ejemplar y necesitamos un intermediario que sea capaz de atender los esfuerzos de Benex-Voyager y, al mismo tiempo, las necesidades del CDC...

—No pienso hacerte caso, Loretta. Lo que ocurre aquí es mucho más importante que eso, tú lo sabes y yo lo sé.

—No intentes hacerme cambiar de opinión, Benjamin.

«El Objeto Inamovible ha hablado», pensó que diría después.

—Pues ponlo como prioridad. Ya veremos qué pasa.

—Sí, ya veremos.

Y colgó.

El equipo estaba sentado y se lo quedó mirando. Todos lo habían oído. Benji se mordió una uña. Lo contemplaban en silencio, a la sombra de su casi palpable frustración. Después le dijo a Sadie:

—¿Hablaste con Firesight?

—Lo hice. Tienen la intención de enviar a alguien mañana.

—No estaremos aquí mañana. —Oyó el tono de voz que acababa de usar e hizo todo lo posible por aligerarlo. Escupió un pedazo de uña y después tiró de un padraastro. Una

pequeña burbuja de sangre empezó a brotarle en el dedo y la chupó al momento—. No sé qué vamos a hacer. Estamos en un callejón sin salida.

Arav les había enseñado las noticias en el teléfono. Las tropas ya habían empezado a prepararse. ¿Cuánto tardarían en llegar? Seguro que nada.

Cassie suspiró.

—No quiero que me trasladen.

—El caso de Garlin merece nuestra atención —dijo Benji—. Loretta tiene razón. Y tú eres la persona más capacitada para dirigir esa investigación.

—Puede que tengamos que evacuar a los pastores —dijo Arav—. Y será mejor que empecemos pronto, antes de que... —Pero nadie le hacía caso. Se dio cuenta—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Y después Arav también se quedó en silencio, porque también se percató.

En el exterior, Benji oyó el murmullo de la multitud y el rasgueo de una guitarra. Era una canción familiar, uno de los primeros éxitos de Gundropper, quizá. Pero no la ubicaba. Después preguntó, con naturalidad:

—¿Qué canción es esa?

Todos se giraron para escuchar.

—¿No es de Guns N' Roses? —preguntó Arav.

—No. No son los Guns N' Roses, niño —espetó Cassie.

—Es Gundropper —terció Sadie, con seguridad—. De hecho, se llama «A toda máquina» y apareció en el álbum *Ingeniero sin forma*. Dos curiosidades al respecto: la primera es que es un álbum conceptual de 1989 basado en *El pistolero* de Stephen King, que cuenta con canciones como «Temporadas diferentes» y «El desierto de Mohaine». La segunda es que esta versión que interpreta ahora no es la del disco, sino una versión rápida que Gundropper toca en los conciertos en estadios y que también aparece en el directo de la BBC. Tienen otro disco que rinde homenaje a King y salió en el año 2000, es el último disco de estudio que grabaron, pero la verdad es que es malillo...

—Te gusta Gundropper, ¿no? —preguntó Benji.

—No sabes cuánto. —Se inclinó hacia delante—. Tengo un baúl lleno de directos pirateados del grupo. ¿De verdad está ahí fuera Pete Corley? ¿El puto mismísimo Pete Corley?

—Sí que está.

Los ojos le brillaron de la emoción.

—Me encantaría conocerlo.

—Ya, pero... —Y estuvo a punto de decir: «No es nuestra prioridad ahora mismo», pero luego se dio cuenta de que quizá sí que lo fuese. Solo quizá. Se giró hacia Arav—. Arav...

—Doctor Ray. Digo... Benji.

—Hazme un favor.

—¿Qué favor?

—Sal ahí y tráelo.

—¿A quién? ¿A Pete Corley?

—Sí, Arav. A Pete Corley.

—Pero... ¿e-estás seguro?

Lo pensó unos instantes.

—Lo estoy.

Corley se sentó en una esquina de la pequeña mesa de reuniones, y Benji Ray en la opuesta. Los demás, Cassie, Arav y Sadie, se quedaron a los lados. Tuvieron que correr las cortinas para evitar que los pastores y los medios de comunicación grabasen lo que ocurría en el interior.

La estrella del rock se reclinó en el asiento y puso los pies sobre la mesa. Después sacó algo que parecía lo que un robot tendría por una varita mágica.

—¿Puedo?

—¿Que si puedes qué? —preguntó Benji.

—Fumar. No es humo. Es vapor. —Corley agitó los dedos al ver que Benji no respondía—. Vapoor. Cieeeencia. —Se quedó mirando el gesto impasible de Benji y luego guardó el vapeador con reticencia—. Pues se ve que no puedo.

—No es sano, ¿sabes? Lo de vapear.

—Es más sano que fumar.

—Dispararte en la pierna es más sano que hacerlo en el corazón, pero eso no significa que sea recomendable.

Corley resopló.

—Venga, ¿a qué viene todo esto? ¿Es una revisión médica o qué? ¿Me vas a palpar los huevos, hacer que gire la cabeza y obligarme a toser?

Benji oyó cierto deje irlandés en su tono de voz, uno llamativo que llevaba su inflexión a cotas inalcanzables para los estadounidenses o incluso para los británicos.

—No.

—Ya sé a qué viene esto. Tú eres el mandamás aquí, ¿verdad? El jefazo que tiene la sartén por el mango. Y no te gusta que haya venido. No soy más que una molestia. Una... ¿cómo es eso que decía John McClane? Un mosquito impertinente, Hans. Un ratón atormentado. Un grano que te ha salido. No necesito vuestro permiso para estar aquí, ¿verdad?

Benji se inclinó hacia delante y tamborileó con los dedos en la mesa.

—No me gustan los famosos. Tienden a ser narcisistas creados por y para fortalecer un sistema narcisista. Egocéntricos y solipsistas. Todos y cada uno de ellos.

—Mmm... —dijo Corley, como si reflexionase al respecto—. Menudo vocabulario, ¿no? No se lo voy a negar, doctor. —Le dedicó una amplia y animada sonrisa, que mostró unos dientes algo torcidos—. Me encanta ser yo.

—Y supongo que es inevitable que un famoso de vuestra calaña considere que los caminantes son una oportunidad, un foco que se ha centrado en algo que no sois vosotros, vaya por Dios. Es de esperar que alguno acabe aquí para ampliar el ciclo de vida de su fama, o quizá solo hayas venido huyendo de algo. No tengo ni idea.

La sonrisa de Corley se agrió en un fruncimiento de ceño.

—Vale. Entonces eres psicólogo.

—No. Te he llamado porque, a pesar de que todas las células de mi cuerpo se oponen a que lo haga, tengo que pedirte un favor.

—Mmm. Vale. Continúa.

—Dijiste que creías que yo estaba al mando, pero lo cierto es que no lo estoy. Y mañana lo estaré aún menos. Mientras hablamos, la presidenta Hunt se prepara para salir en la televisión y anunciar que todo lo que se encuentra fuera de este remolque quedará en manos de Seguridad Nacional. Expulsarán de aquí al CDC. Los soldados, hombres y mujeres del ejército han empezado a concentrarse a unos quince kilómetros.

No tardarán en venir y tratar de echarnos a todos. Al principio serán educados, pero luego recurrirán a la fuerza. Supongo.

Corley tragó saliva y se inclinó hacia delante.

—En un abrir y cerrar de ojos —dijo Benji mientras chasqueaba los dedos—. Ahora lo entiendes, ¿verdad? Fuera lo que fuese lo que pretendías conseguir viniendo aquí, se esfumará. Como ese vapor tuyo. Puf. A menos que...

—¿A menos que qué?

—Ahora es cuando viene lo del favor.

—Ajá. Soy todo oídos.

—Sales ahí y te quedas con esos pastores. Les pides solidaridad. Miente si es necesario. Ponte delante de esas cámaras y diles lo que está a punto de pasar, que viene el ejército y que nos van a echar por la fuerza, recurriendo a la brutalidad. Que la sangre manchará el asfalto y que reventarán cabezas y todas esas cosas desagradables. Pero di también que tú te vas a quedar con ellos. Que exiges que la presidenta Hunt derogue la orden y que garantice la protección de los buenos pastores del rebaño y el control del CDC.

—Tú flipas. —Se hizo un silencio que se alargó más de la cuenta. Después, el rostro de Corley se torció en una sonrisa propia de una calabaza de Halloween—. Y eso me gusta.

—¿Lo harás?

—Primero, ¿qué saco yo de todo esto?

—Te quedas aquí. El tren sigue su curso... a toda máquina.

—Eh, he pillado esa referencia, doctor. Y apruebo cualquier cosa que sirva para avivar mi... ¿cómo era? Narcisismo. ¡Genial! Lo haré. ¿Quieres que salga ya ahí fuera? ¿Que arme ese pifostio?

—Sí, venga.

Pete Corley se puso en pie. Aquello era lo más parecido a ver todos los palos de escoba de un armario moverse al mismo tiempo, como si hubieran cobrado vida gracias al hechizo de un mago.

—Vamos al lío.

Después se dirigió a la puerta, guitarra en mano.

Con la sonrisa de un chacal en el rostro.

Una vez se hubo marchado, Sadie dijo:

—Creo que me acaba de dejar embarazada.

Benji le dedicó una sonrisa cargada de preocupación, pero también de curiosidad.

—Ya te digo —convino Cassie—. Me ha costado la de Dios no preguntarle cosas sobre Gumdropper. Me duele en el alma, Benji. En el alma.

—Gracias, Cass.

—¿Crees que funcionará? —preguntó Arav.

—No tengo ni idea —reconoció Benji—. Lo más seguro es que no, pero cuando estás a punto de caerte por un precipicio, te aferras a un clavo ardiendo con tal de evitarlo.

## Lanzas astilladas

Nueva encuesta pública de la Universidad de Monmouth: 63 % a favor de que Seguridad Nacional se haga con el control del rebaño, 27 % en contra y 10 % de indecisos.

@AP\_Politics

12 comentarios, 712 retweets 341 me gusta

### **3 de julio. Echo Lake (Indiana)**

**Y**a se habían reunido todos para ver las noticias de la Fox relativas a los transportes de tropas para seguir de cerca a los sonámbulos, de modo que también hicieron una pausa para ver juntos las declaraciones de la presidenta Hunt.

Matthew advirtió, una vez más, que se trataba de una mujer de mirada adusta. Tenía el pelo cobrizo y corto. Llevaba poco maquillaje. Las arrugas de sus ojos parecían cortadas con una navaja de precisión.

Al presentarse a las elecciones había tratado de buscar un término medio entre lo femenino y lo masculino: lo femenino, para dar la impresión de ser una madre o una hermana; y lo masculino, para convencer al país de que era lo bastante dura como para hacer frente a todo lo que se avecinaba. Pero después se había vuelto más severa. Más mordaz. Tal vez fuera lo que cabía esperar cuando te convertías en presidenta, supuso Matthew, como si el cargo te tallara hasta convertirte en poco más que un poste de madera. A veces, hasta dejarte reducido a astillas.

Cuando apareció en la televisión, la mayoría de los invitados de la casa de Ozark Stover empezaron a abuchearla. Después empezaron a corear: «¡Hunt es una zorra! ¡Hunt es una zorra!».

Matthew no se unió a los cánticos. Intentó excusarlos porque estaban borrachos, era una fiesta y eran cosas de la política.

La mujer empezó a hablar y todos guardaron silencio.

El discurso fue muy simple.

—He decidido seguir el consejo de mis allegados. No solo el de mis consejeros, sino también el de vosotros, el pueblo de Estados Unidos. Seguridad Nacional se hará con el control de la crisis de los sonámbulos.

Matthew lo vio como algo positivo, aunque tardó en procesarlo porque la idea tuvo que atravesar la salmuera de whisky que ya se había apoderado de su cerebro. Se dio cuenta de la importancia que, en el plano político, tenía el hecho de que la mujer tratase al pueblo estadounidense como si fuera uno más de sus consejeros. Y también se fijó en



el lenguaje, un cambio sutil. Hasta ese día se había dirigido al grupo como el «rebaño de sonámbulos» a secas, pero ahora era una «crisis». ¿Acaso Ozark no se refería a eso al hablar de «la importancia de las palabras»?

Añadió que todos podían estar seguros de que los sonámbulos, «que también son estadounidenses que pasan por una situación que nadie es capaz de imaginar, estarán a salvo».

El cambio de liderazgo del CDC a Seguridad Nacional se llevaría a cabo a las cinco de la tarde CDT.

Eran las cinco menos cuatro minutos.

No aceptó preguntas.

## Un escenario para el tipo ese

JAKE TAPPER: Algunos actores y directores lo han atacado en los últimos días. Se han puesto de parte de la presidenta Hunt a pesar de haberla criticado en el pasado. ¿Qué opina al respecto?

ED CREEL: Opino que ya es hora de que los estadounidenses de a pie dejen de hacerle caso a esa élite de Hollywood. Ellos no les representan, yo sí.

JT: ¿Y qué opina de los que dicen que usted también forma parte de esa élite? Al fin y al cabo, en los años noventa produjo una gran cantidad de películas y solía codearse con productores y mecenas del cine, eso sin mencionar los miles de millones, no solo millones, con los que cuenta usted. Diría que eso de por sí ya lo convierte a usted en parte de la «élite»...

EC: Pues tengo un mensaje para ellos y también para usted, Jake: que os [piii]. Me han insultado hombres mejores. Se acabó la entrevista.

*The Lead with Jake Tapper , CNN*

### **3 de julio. Lone Tree (Iowa)**

**E**staba colocado.

Y él era el único que lo sabía. Sí, sin duda Pete Corley estaba colocado.

No mucho, eso sí. No se había comido un puñado de setas, ni tampoco había aspirado rayas en la espalda de un jovencito, ni chupado el vientre venenoso de un sapo peruano para hacer un viaje de autodescubrimiento en el que tenía que enfrentarse a un rey jaguar cuyo rostro se fundía para revelar que el que tenía debajo era el suyo propio. (Eso era verdad. Le había pasado diez años antes; estaba en la selva tropical del Amazonas, hasta arriba de dimetiltriptamina con, mira tú por donde, una *boy band* brasileña. No había lamido un sapo, pero sí que se había enfrentado a un rey jaguar con su aspecto. Había perdido el combate, significara eso lo que significase. También había vomitado mucho. Litros).

No, Pete solo había fumado un poco de hierba.

Un poco de hierba muchas veces.

Ah, y también había bebido un poquiiiiito.

Zimas, que no sabía que aún existiese, pero al parecer aún había por el Medio Oeste. ¿Estaba en el Medio Oeste? Mira, da igual.

Lo importante era que nadie sabía que estaba un poco fumadillo y nadie sabía que se había bebido seis latas de Zimas en las últimas seis horas porque se le daba muy bien hacer lo que estaba haciendo. Estaba en su salsa.

«Este no es mi primer rodeo, cabrones ñoños. Soy un artista. Soy un puto rey del rock.»

Un rey del rock a la fuga.

Eso último era algo que no le apetecía admitir. De hecho, tenía tan pocas ganas de admitirlo que, cada vez que el pensamiento le venía a la mente, lo expulsaba con una música atronadora. Cada vez que le venían a la cabeza imágenes de Landry o de su mujer Lena con los niños, Connor y Siobhan, llenaba su mente de guitarras eléctricas estruendosas, baterías retumbantes y sus propios alaridos. Se veía a sí mismo, ataviado a lo Mad Max, montado encima de un camión con remolque, aullando una canción como «A toda máquina» y persiguiendo a mutantes hasta las sombras de las que habían salido. Siempre había sido así: la música nunca había dejado de ser un ruido de fondo que ponía en primer plano cada vez que tenía que acallar algo que le molestaba. Era como una pared, una puerta que podía cerrar de un portazo. También era su arma, como lo iba a ser aquel día. Era una espada, una sierra mecánica, una ametralladora Gatling. Para dar tajos, cortar y ratatatá.

Pete salió del remolque del CDC muy animado y se dirigió hacia el centro de la multitud. Apenas le importaban los peregrinos o sonámbulos o comoquiera que fueran a llamarlos a la semana siguiente. A ver, algo sí que le importaban, ¿vale? En plan, ooooh, pobrecitos cabrones, pero tampoco es que estuviese ahí por ellos. Benji Ray lo había calado enseguida.

No había ido por los caminantes.

No había ido por los pastores.

Había ido por los medios de comunicación, por la atención, por los focos y las miradas. Estaba allí para volver a convertirse en el centro de todo.

Y con sus condiciones, no con las de Gumdropper. Y menos aún con las de Elvis, ese pedazo de cabrón.

Salió del remolque animado, con la guitarra en sus manos huesudas, e interpretó lo mejor que pudo al flautista de Hamelín. La música invocó a la gente, como un dios del rock que llamara a sus sacerdotes y sirvientes, a sus suplicantes, a sus aduladores...

—Reuníos —gritó mientras rasgueaba con fuerza la guitarra acústica. Ruuummm—. He venido con un propósito —dijo al tiempo que alzaba la voz. Pero en ese momento se dio cuenta de otro problema. Estaba entre ellos, dentro de la multitud, formaba parte del público. Eso no podía ser. Así no iba a funcionar, claro que no. Casi no veía los rostros que estaban detrás de la primera fila.

Una estrella del rock no podía tocar entre el público.

Una estrella del rock tocaba sobre ellos. Como un dios.

(Se tapó la boca para soltar un eructo.)

Necesitaba un puto escenario.

Los caminantes seguían avanzando, pero los pastores se habían reunido a su alrededor como cerditos que quieren mamar de la teta de mamá cerda. Intentó mirar detrás de ellos. ¿Dónde? ¿Dónde iba a encontrar un escenario?

«Mira hacia el lugar del que acabas de salir, Pete», dijo para sí.

El remolque del CDC.

—¡Seguidme! —gritó al tiempo que alzaba el brazo para después dejarlo caer sobre las cuerdas y rasguear los primeros acordes de «Bajo tu control», uno de los primeros éxitos de Gumdropper. Le abrieron paso a medida que se acercaba al remolque, y después les

dijo que lo ayudasen a subirse encima. Hicieron todo lo que les ordenó, como solían hacer. Lo auparon con las manos, y él usó sus palmas como escalones. Lo levantaron y caminó hasta llegar, aunque lo cierto es que le costó un poco al final, y le chasquearon los huesos y los músculos se le pusieron tensos como la correa de un instrumento muy pesado. Al final consiguió avanzar y dar una voltereta para incorporarse al instante, como el Willy Wonka de Gene Wilder, y con el mástil de la guitarra apuntando hacia los cielos.

Un rasgueo más y después pidió silencio.  
Era hora de hablar.

Benji alzó la vista al techo del remolque.

—Está en el techo, ¿verdad? —preguntó.

Estaban rodeados, como si fuese un concierto improvisado. Los pastores y las cámaras de las noticias estaban girados hacia ellos, con la cabeza alzada en señal admiración, asombro y confusión.

—Puede subirse a mi remolque siempre que quiera —dijo Sadie.

—¡Sadie! —gritó Benji, conmocionado.

Ella se encogió de hombros.

—Perdón. Pero es verdad.

—No es más que un puto truco publicitario —dijo Shana.

—Y tú eres una cínica —replicó Mia.

—Y tú una imbécil.

Se arrepintió nada más decirlo.

Mia la miró con gesto mordaz, tan intenso que parecía capaz de encender un cigarrillo.

—Sabes que eres una niña mala, ¿verdad?

—No soy una niña. Hoy es mi cumpleaños. Ya tengo dieciocho años.

—Te felicitaría, pero lo más seguro es que pensaras que solo se trata de un puto truco publicitario.

Mia le hizo un corte de mangas y después se largó a unirse a los demás pastores que se habían congregado para oír a esa estrella del rock momificada que hacía lo que podía para subirse al remolque del CDC.

«Bien hecho, Shana. Has insultado a la mujer que evitó que te pegaran un tiro, ofendiste al cerebritito que te gusta y acabas de sacar de sus casillas a la única persona a la que podrías considerar tu amiga en estos momentos.»

«Joder. Mierda.»

Estaba a punto de darse la vuelta para largarse, trotar un poco y ver si podía alcanzar a la Bestia y sentarse un rato con su padre, pero...

Pero se dio cuenta de que eso tampoco era una opción.

Porque vio que era su padre quien se acercaba a ella.

Jadeaba y miraba boquiabierto al hombre que había sobre el remolque del CDC. De hecho, tenía la boca tan abierta que Shana pensó que le faltaba poco para caérsele al suelo y tener que arrastrarla. Se detuvo junto a ella y dijo:

—Madre mía. Es él de verdad.

—Madre mía. Has salido de la caravana de verdad.

—Pues sí, joder. Aquí estoy. ¡Es Pete Corley, el de Gumdropper! Puede que a ti te dé

igual, pero yo crecí en los años ochenta y...

—Es que no me lo puedo creer.

Se quedó mirándola, sorprendido.

—No sales de esa caravana de los huevos para ver a tu hija enferma ni para hablar con la que no lo está, pero cuando una estrella del rock que parece salida de un geriátrico aparece por aquí, vienes a la carrera como una grupi preadolescente.

«Y encima no te has acordado de que es mi cumpleaños.»

«Hoy es mi cumpleaños, imbécil.»

Su padre puso gesto afectado. Dolido.

—Eres muy cínica, Shana —dijo.

—Estás de broma, ¿verdad?

—¿No puedes disfrutar y olvidarte de lo demás por unos momentos?

Y después se largó para adorar a ese cacho de carne reseca que tocaba la guitarra sobre el remolque del CDC.

Shana no se movió. Se quedó allí, muy triste y sola.

Después Pete Corley empezó a hablar.

—¡El enemigo está a las puertas, pastores! —gritó mientras rasgueaba un acorde muy potente. Brummmmm.

Estaba de pie, con las piernas separadas y la guitarra entre ellas. Señaló con un brazo a los pastores y después lo movió hacia la carretera que se perdía en la distancia.

—Por allí —gritó—. Nos esperan hombres y mujeres del Ejército de Estados Unidos, soldados que tienen órdenes de venir y separaros de vuestros amigos, de vuestras familias y de vuestros seres queridos.

El público empezó a dar respingos de sorpresa, que se extendieron por la multitud.

Algunos cerraron la boca. Otros las abrieron con gesto de asombro. Se observaron con miradas inquisitivas.

«¿Será verdad?»

Mientras, las cámaras no dejaban de grabar.

—Dicen que los sonámbulos son un peligro. Algunos hasta afirman que podrían ser un arma. Otros aseguran incluso que podrían ser demonios engendrados en las entrañas de un cometa que pasó muy cerca, un indicio del fin del mundo, una horda de diablos. ¿Os lo creéis?

Todos gritaron al unísono:

—¡No!

—¡Por todos los infiernos que yo tampoco me lo creo! —aulló Corley. Dios, al día siguiente iba a estar ronco. Pero a la mierda, estaba dispuesto a fundirse las cuerdas vocales y gritar y cantar a todo trapo para que se le oyese en el mismísimo cielo. Y más importante aún, para que lo viesen las cámaras, para que grabasen su voz y transmitieran sus palabras por todo el país...

Sobre todo, a Elvis.

«¿Crees que puedes robarme la magia?», pensó.

«Inténtalo, a ver si puedes, Elvis.»

«Cabronazo malfollado.»

Volvió a gritar:

—En estos momentos, la presidenta Hunt está en la televisión y acaba de anunciar que

Seguridad Nacional y el Ejército de Estados Unidos vienen a tomar las riendas de la situación. ¡Van a echar al CDC! ¡Y también a vosotros! ¿Quién sabe cuáles serán sus intenciones políticas?

Era probable que tuvieran buenas razones para hacerlo, pero ¿a quién le importaba? Los de Seguridad Nacional no eran más que unos matones, y los soldados eran los mercenarios que trabajaban para ellos. Y le iban a arrebatarse la oportunidad de hacer lo que estaba haciendo en esos momentos: estar con la gente, rasguear la guitarra y dejar que el público le demostrase su amor.

—¿Saldréis huyendo? —gritó.

—¡No! —rugió la multitud.

—Pues entonces me quedaré con vosotros. Que Estados Unidos se entere de que... —Y en ese momento miró fijo a una cámara, y después, a la siguiente. Y luego, a otra. Como si estuviese en un escenario grabando un concierto para un DVD—. Nos quedaremos aquí y seremos los pastores de este rebaño. Y si intentan expulsarnos, ¡que todos los dioses de los cielos nos perdonen, pero nos vamos a resistir!

Se alzaron unos vítores chapuceros y torpes, pero muy intensos.

«Dios, qué bien sienta.»

Se sentía vigorizado y vivo como no lo había estado desde hacía una eternidad. Había dejado de pensar en su mujer, en sus hijos, en su amante... Ya no sentía rabia por Elvis, ni por Gumdropper. En aquel instante refulgente solo existía él mismo en su cabeza, una silueta perfecta, alta y dorada, como un ídolo profano de una antigua civilización. Y luego, como si el momento no fuese ya lo bastante perfecto, como si el universo no lo elevase al pedestal que le correspondía...

... obtuvo un último regalo.

Un momento dramático que tuvo lugar justo en ese momento, como si lo hubieran sacado de una película.

A lo lejos, por la carretera, a unos kilómetros de ellos...

... se acercaban los soldados.

Tres transportes de tropas avanzaban hacia ellos. Vistos de lejos, parecían más bien cajas de cerillas, pero temía que de cerca no parecieran juguetes. Los vehículos seguramente estaban preparados para cargar con un ejército de hombres y mujeres. Preparados para la batalla.

«¡No! —pensó—. Nosotros somos los que estamos preparados para la batalla.» Gloriosos y salvajes. ¡Como bárbaros contra las legiones romanas! Con huesos en la barba, sangre en el pelo y rugidos como los de las bestias.

Esos fueron los que lucharon contra los romanos, ¿verdad? Los bárbaros.

«Joder, qué coño importa. La historia es para gilipollas.»

—¡Mirad! —Los señaló—. ¡Ahí vienen! Justo lo que yo decía. —Pronunció esa última frase en voz muy alta y potente, un grito hard rock o heavy metal que sonaba como si sus cuerdas vocales fundiesen acero—. Ataros los machos y no cedáis. ¡Tenemos que resistir!

Y después se dejó caer de espaldas sobre la multitud.

Pero Pete Corley no era tonto. Sabía lo que hacía. De vez en cuando aparecía un nuevo cantante que decidía saltar sobre una muchedumbre insegura para que lo agarrasen, pero el salto de fe terminaba con ese novato dándose un planchazo contra el putito hormigón. Él siempre les decía: «Tenéis que examinar a la multitud. Analizar sus intenciones. Nada de saltos de fe. Aseguraos de que saben que os vais a lanzar». Pero en

esta ocasión, Pete no siguió sus consejos.

No dio señal alguna.

Se dejó caer sin más.

Como Jesucristo.

Un momento. ¿Jesucristo se había dejado caer en algún momento sobre sus seguidores?

Seguro que lo ponía en algún lugar de la Biblia. ¿O era en una película sobre la Biblia? Bah, lo mismo daba. A Pete le parecía lógico.

Pete, el que acababa de saltar. El que caía.

Se sintió arrullado por la brisa. Fruuuuush...

Después le sobrevino un pensamiento:

«¿Y si me estampo contra la carretera?».

«¿Y si, después de todo, las cámaras me graban mientras me parto la crisma en esta carretera dejada de la mano de Dios?»

«Me cago en la puta.»

Después sintió el golpe.

Un tirón en el cuello. La cabeza hacia atrás y el pecho hacia delante.

Una docena de manos lo cogieron y lo sostuvieron en el aire. Lo levantaron hacia los cielos. Los fieles y los reverentes, los suplicantes del rock and roll. Lo alzaron y lo movieron de un lado a otro hasta que oyó el rugido de los vehículos que se acercaban. Lo giraron y lo depositaron con suavidad en el suelo. Notó las botas contra el asfalto, y después alguien le colocó la guitarra en las manos.

Pete Corley se giró para plantar cara a los tres transportes de tropas que se acercaban. La multitud estaba detrás de él, enfadada y echando chispas como un cable pelado.

Se sintió vivo, irreverente y divino.

Y luego, cuando vio a lo que se enfrentaban de verdad, sintió miedo. Mucho miedo.

## El enfrentamiento

### **Una red neural que inventa nombres para bandas:**

El cráneo y el chico  
¡Arreacolumillos!  
La decadencia del abuelo  
Escritores fantasma de oferta  
La división humana  
Pelo de mono  
Robot, fiesta para cuatro  
Ranura vacante

Sacado del blog las IA de Estados Unidos: US-of-AI.com

### ***3 de julio, Lone Tree (Iowa)***

Shana creyó que era un sueño durante un buen rato. Una pesadilla, en realidad, de las que sabías que lo era pero contra las que no podías hacer nada, tan solo limitarte a hundirte cada vez más en esa ciénaga fantasmal. Los camiones se abrieron. Empezaron a salir soldados. Tenían armas: armas negras, fusiles militares, de los que se usan para contener a los insurgentes y a los terroristas, no a los tuyos. Sintió cómo la ansiedad se le acumulaba en el pecho al imaginárselos alzarlos hacia el rebaño y hacia los pastores. Visualizó y hasta oyó el castañeteo de los fusiles al disparar y matar a gente inocente. Se obligó a no pensar más en ello mientras esos soldados de verdad que llevaban armas de verdad tomaban posiciones a cientos de metros. Y los caminantes no dejaron de caminar.

Hacia ellos.

Shana no se separó de Nessie. Mientras los camiones se detenían y los soldados empezaban a salir, algunos de los pastores siguieron a Pete Corley a la cabeza del rebaño. Otros se retiraron a los lados. Otros, como Shana, se quedaron con los suyos. Se unieron a los caminantes y se quedaron junto a sus seres queridos. Como si pretendiesen enviar un mensaje tácito que viniese a decir: «Venid e intentad echarnos».

Dale Weyland se adelantó con una especie de megáfono militar, del mismo verde apagado que los camiones y los soldados. Y habló:

—Pastores, me llamo Dale Weyland, de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Van a ser evacuados a la fuerza. Por favor, apártense del rebaño de caminantes de forma ordenada o de lo contrario serán expulsados y detenidos.

Algunos lo hicieron. Algunos pastores se retiraron hacia atrás y hacia los lados.



Pero la mayoría no lo hizo.

Los caminantes siguieron caminando, que era lo que hacían siempre. No iban a desviarse. Nada había conseguido hacerlo hasta el momento.

Shana avanzaba con ellos. Como muchos otros.

Sintió náuseas, que se agitaron en sus entrañas como una marea hirviendo. Se sintió como si estuviese atada a una montaña rusa en la que no quería subir, que no podía detener y de la que no podía bajar. A decir verdad, ese no era el caso. Podía darse la vuelta y marcharse como los demás. Podía abandonar el rebaño y dejar que los caminantes se internaran en ese laberinto de soldados.

Pero eso significaría abandonar a Nessie.

Y eso no era una opción.

Pete Corley se quedó al frente y rasgó la guitarra mientras daba órdenes a los que iban con él.

—¡Avanzad, pastores! ¡Formad una cuña! ¡No pueden con vosotros! ¡Recordadles que todo el mundo nos mira!

Y marcharon. Los soldados se encontraban a noventa metros. Después, a ochenta. Luego, a setenta. El corazón de Shana, desbocado, se le salía del pecho. Miró atrás y vio a Mia, que caminaba junto a Mateo. Vio a Lonnie Sweet con Darryl. Vio a Aliya con su amiga Tasha. Todos parecían asustados.

Pero al mismo tiempo llenos de determinación.

Alguien chocó contra el hombro de Shana. Ella se dio la vuelta mientras pensaba:

«Es papá. Al fin hace algo bien. Al fin viene para...».

Pero no lo era.

Era Arav.

Que extendió el brazo y la cogió de la mano.

Arav no dijo nada. Se limitó a asentir.

Caminaron juntos, con Nessie y hacia los soldados.

«En una escala del uno al diez: ¿cómo de malo sería que me mease por la pata abajo?», se preguntaba Peter una y otra vez. Tenía claro que era una estrella del rock y, por lo tanto, se le permitían ciertas excentricidades. Pero mearse encima en público (lo había hecho en privado en una ocasión, claro, como buen drogadicto y alcohólico que era) a lo mejor era ir demasiado lejos. Pero se lo estaba planteando.

Tenía una expresión agradable en el rostro, eso sí. Era la que tenía que poner. Zigzagueaba sin dejar de avanzar, mientras se acercaba a ese muro de soldados. Tenía que interpretar a su personaje, a ese tipo malo capaz de comerse el escenario. Y hasta hacía cinco minutos le había parecido fácil como quitarle un caramelo a un niño. Azuzar los ánimos de una multitud no tenía la menor complicación para él.

Y no solo los había azuzado, sino que además estaban que echaban chispas, detrás de él, y marchaban hacia los soldados.

Soldados con armas.

Con armas la hostia de grandes.

Todas las células de su cuerpo le gritaban que se diese la vuelta y escapara, igual que había escapado del resto de su vida hacía solo unas horas.

Pero no podía hacerlo. No, en ese momento. ¿Cómo hundiría eso su reputación? Perdería todo su caché. Tiraría por la ventana el respeto que le tenía todo el mundo.

Dejaría de ser el dios del rock, el Jesucristo bañado en whisky. No sería más que un Judas.

«Pues sé Judas —le advirtió una voz en su cabeza—. Corre, pedazo de cobarde. Corre por tu vida.»

Pero siguió avanzando. Fingió que era otra persona, una con principios, con cojones y sin sentido de la supervivencia. Pete agarró la guitarra y empezó a cantar a todo pulmón el estribillo de la canción más conocida y cañera de Gumdropper: «No vamos a ninguna parte», que en realidad era una canción que había escrito con Elvis para anunciar que el grupo no se iba a disolver en 1989 (después de unos proyectos en solitario fallidos). Pero a la mierda, sonaba bien como canción de protesta improvisada para mandar al carajo a esos cabrones.

La cantó a voz en grito, con orgullo, y fueron muchos los que corearon con él...

¡No nos vamos a largar!

*Tenemos los pies firmes.*

*Nuestros corazones no nos dejan parar.*

¡No nos vamos a largar!

¡Vete al infierno!

¡Nos quedamos a luchar!

Lo importante de esa parte de la letra era rimar «luchar» con «largar» para que quedase bien con el otro «largar» y con «parar», pero ese tipo de cosas no le costaban demasiado gracias a su acento. Lo único que era capaz de hacer aparte de eso era concentrarse al máximo para no mearse encima.

O cagarse. O vomitar. Madre mía, ¿ya no estaba borracho? ¿Estaba empezando a bajársele el pedo? Parecía que sí. «Joder, joder, joder.»

«No nos vamos a largar», cantó en su cabeza. Un mantra, más para sí que para los que lo seguían.

Cuarenta metros.

Shana veía los rostros de los soldados. Algunos parecían igual de asustados que ella, asustados y confusos, como si no supiesen a qué venía todo eso ni qué hacían ahí. Otros tenían gesto de enfado, listos para el enfrentamiento, ansiosos por luchar contra esos caminantes enfermos. Vio un miedo diferente en sus ojos, que les decía que Nessie y los demás eran armas o terroristas, miedo por no saber si alguno de ellos estallarían en el momento menos pensado, como una lata de café llena de pólvora. También había otros soldados que tenían la mirada tan perdida como la de los caminantes, vacía de todo excepto de su sentido del deber y su voluntad para hacer daño o matar en nombre del orgullo que proporciona el seguir órdenes de otra persona.

Le dieron ganas de gritarles: «¡Volved a casa! No tenéis por qué estar aquí. Esta no es vuestra guerra. Dejados en paz».

Pero no lo hizo. Agarró con más fuerza la mano de Arav mientras avanzaban.

Treinta metros.

Veinte.

Dale Weyland volvió a usar el megáfono y repitió la misma advertencia:

—Me llamo Dale Weyland de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Van a ser evacuados a la fuerza. Por favor, apártense del rebaño de caminantes de forma ordenada, o de lo contrario serán expulsados y detenidos.

Frente a ella, Pete Corley se limitó a cantar con más fuerza y apuntó a Weyland con el mástil de su guitarra mientras el rebaño y los pastores se acercaban más y más a los soldados.

Diez metros.

Cinco.

Y la barrera se rompió. Los soldados se apartaron para dejar pasar a los caminantes. Gracias a Dios. Porque de no haber sido así, los sonámbulos habrían empezado a explotar. Pop, pop, pop...

Los hombres del ejército parecían muy asustados cuando pasaron junto a ellos. Shana sintió que el corazón se le iba a salir del pecho y notó los latidos en la garganta. Solo con que uno de esos soldados levantase el fusil y moviese un poco un dedo...

Arav le soltó la mano.

Y ella pensó: «No, no lo hagas».

Pero después le sacó algo del bolsillo y se lo dejó en la palma vacía.

Era su teléfono.

También su cámara.

—Haz lo que sabes hacer —dijo.

Y ella lo hizo, como si aquel fuese de verdad el principio de todo. Levantó el teléfono y abrió la app de la cámara para sacarle una foto a Dale Weyland justo cuando decía:

—Muy bien. Vosotros lo habéis querido.

Él dibujó un círculo en el aire con el dedo, como si agitase un lazo. Clic.

Y se rompió la presa.

Los soldados se abalanzaron sobre ellos con las manos extendidas. Los fusiles en ristre. Muchos llevaban una cinta de plástico blanco en las manos. Shana vio que eran bridas. Esposas improvisadas.

«Lo van a hacer de verdad.»

Pensó de repente en el arma que llevaba en la mochila. En la pistola.

Pero en lugar de cogerla, levantó su otra arma. La cámara. Y empezó a grabar.

El remolque del CDC estaba cada vez más rezagado del rebaño de caminantes. Desde las ventanas resultaba imposible ver lo que estaba pasando. Así pues, Benji y los demás salieron por ellas y subieron al techo.

Weyland había soltado a los perros. Los soldados se dirigían a la contienda, con las manos extendidas hacia los pastores. Vio como algunos pastores se apartaban y usaban a los caminantes como escudos y obstáculos. Un gesto insensible, y que sin duda no quedaría nada bien en la televisión, pero Benji lo comprendió en ese momento: los soldados tenían órdenes de no enfrentarse a los caminantes. Y sabían lo mismo que todos los demás: si algo evitaba que avanzasen, explotarían. Por eso tenían que rodearlos, cosa que los convertía en unos escudos muy efectivos.

Otros pastores se entregaron sin oponer resistencia, con la cabeza alta y gritando mientras los arrastraban lejos del rebaño hasta dejarlos a un lado, donde les ponían las bridas y los dejaban tirados en la cuneta.

En medio del caos, Benji vio a Pete Corley que esquivaba con agilidad a los soldados a izquierda y derecha, casi como si bailara con ellos, aunque su guitarra siempre se interponía entre ambos cuerpos. Parecía abstraído, enajenado, y un brillo anarquista ardía en sus ojos como si fuesen fuegos artificiales.

Pero Benji se sintió fatal al ver lo que ocurría a su alrededor.

Compartió una mirada triste con Sadie y con Cassie, y después volvió a mirar el teléfono, a la espera de que sonase. De que Loretta lo llamase y le dijera que se retiraban, que el reinado de Seguridad Nacional era poco más que una nota al pie de la historia. Pero el teléfono no sonó.

«He cometido un terrible error por alentar algo así», pensó.

Sabía que iba a pagar por ello, pero lo peor era que había arrastrado a mucha gente con él. A los pastores, al rebaño, a los soldados y a todos.

«¿Qué he hecho?»

Marcy se apartó a un lado y vio cómo se desarrollaba el enfrentamiento entre soldados y pastores como si fuese un vídeo a cámara lenta. Ninguno de los bandos era particularmente agresivo, sino que más bien se dedicaban a jugar al gato y al ratón entre ellos. Los soldados se abrían camino hacia los pastores, y los pastores los evitaban y se confundían entre los caminantes. Los soldados estaban inquietos, pero para los pastores era como jugar en casa. El rebaño de sonámbulos era su terreno de juego.

Una parte de ella quiso acercarse a la carrera para ayudar.

«Yo también soy una pastora», pensó.

¿O no?

Ahora no estaba tan segura.

La habían rechazado. Le habían dicho que no formaba parte del grupo. Y Marcy temía que tuviesen razón. Aunque ella veía el brillo de los caminantes, un brillo que no parecía que viese nadie más. Se sentía como una observadora, como alguien fuera de una casa que ve a través de la ventana cómo la familia disfruta de la cena, de un juego o de una película en la televisión.

Peor aún, no le gustaba nada tener que enfrentarse a un soldado. Marcy era del tipo de persona que profesaba un gran respeto a los hombres y mujeres del ejército. Ella misma había pensado en alistarse, pero su familia era de policías y nada más, con sangre azul y placas en lugar de corazones. Aun así, ponerse en contra de los defensores de la ley y el orden de Estados Unidos le provocaba náuseas solo de pensarlo.

Así pues, siguió caminando. Sin dejar de mirar. A la espera de que las cosas empeorasen.

Lo cual estaba a punto de ocurrir.

Por dentro, Corley era una casa en llamas; niños y gatos salían a toda prisa por las puertas abiertas para escapar antes de que el edificio se derrumbase. La histeria y la obsesión formaban parte de él. Y también el sudor y el orín. En su mente, corría por las colinas como el puto corre caminos que persigue al imbécil del coyote.

Por fuera, Corley sabía que lo miraban. Las cámaras estaban giradas hacia él. Landry también lo veía en algún lugar. Y su esposa. Y sus hijos.

Y Elvis.

(Cabronazo malfollado.)

Por lo que miró a las cámaras y actuó. Sacó la lengua. Rasgueó la guitarra e hizo unos cortes de mangas entre acordes de quintas. Se movía como si bailase un tango desgarrado y cutre, de soldado en soldado, sin dejar de evitar los golpes que iban dirigidos a él. Se echó hacia atrás con una especie de *moonwalk* de medio pelo y se perdió entre el rebaño de caminantes y sus pastores. Rio y escupió y se pavoneó. Era

todo anarquía y poder, era baile y disconformidad, era fuego y que te den, pedazo de cabrón.

Y luego fue cuando ocurrió. Sacó los codos para empujar a un soldado, pero chocó contra otro que se le acercó por detrás.

Y pensó: «Sí, venga. Ponme las manos encima delante de todo Estados Unidos. No. ¡Delante de todo el puto mundo!».

Unas manos le dieron la vuelta con brusquedad.

El soldado, un chico con mejillas de querubín y barba incipiente, se acercó a él. Con el fusil en ristre. No por el extremo del cañón, sino por el otro. El de la culata.

Culata que se abalanzó hacia él.

Crac.

La cabeza de Pete salió despedida hacia atrás. La oscuridad entre sus ojos se iluminó como los *flashes* de un paparazzi. Vio sus venas dividiéndose como relámpagos. El talón izquierdo topó con el derecho y lo último que recordó fue que había caído de culo cuan largo era. El dolor se le extendió hasta la espalda cuando se dio un golpetazo con la rodilla en la barbilla. Paladeó sangre. Sintió la lengua demasiado grande. Se golpeó la nuca contra el asfalto, y una bota lo presionó contra el suelo. No, no era la bota directamente. Alguien pisaba la guitarra que él tenía encima y lo aplastaba contra el suelo.

«No, no, joder. Putos animales. Es una Taylor personalizada. Está hecha con madera de koa hawaiana. Tiene unos medios que resuenan y canturrean como un coro de ángeles. Y el mástil tiene una enredadera tallada. La puta guitarra es dulce como la miel y la vainilla de Tahití.»

Pero en ese momento, el mástil se partió y chasqueó como un hueso roto, y las cuerdas Elixir tañeron y quedaron colgando al soltarse del clavijero. Otro pie le pisó un costado de la cabeza y volvió a ver estrellas y venas que lo iluminaban todo con latidos que parecían rayos X...

También creyó por un momento que le habían pegado un tiro.

Vio además unos resplandores sobre él. Flash, flash, flash.

Y luego, justo antes de que lo engullera la oscuridad, lo vio.

Vio a una adolescente, una niña, de pie a su lado.

Con el teléfono en las manos.

Que lo apuntaba y sacaba fotos. Con el flash.

Y después de un último resplandor, sintió la intensa e insoportable oscuridad, que le daba la bienvenida a casa. Un final adecuado.

Marcy contempló lo que le hacían al rockero. Sabía quién era, aunque la música de Gumdropper no le gustaba apenas. Los años ochenta había sido un yermo a nivel musical, y además, ella era una niña de los noventa. Lo suyo era Nirvana, Smashing Pumpkins, Soundgarden... Pero ver cómo le daban con la culata del fusil y lo dejaban inconsciente en la carretera...

El estómago le dio un vuelco.

«Los soldados saben lo que hacen», pensó. Quizá Corley hiciese algo que ella no había visto. Quizá los hubiese atacado primero. No lo sabía. No podía confirmarlo. Desde allí, desde un lateral, no se veía demasiado bien, y los medios de comunicación habían empezado a rodearla para intentar grabar el conflicto. Después vio a la chica.

Shana. La hermana de la primera sonámbula.

Estaba delante. Con la cámara en la mano.

Había grabado el golpe a Corley.

También la caída, cómo había trastabillado hasta el suelo. Cómo le daban patadas y le rompían la guitarra. La oyó romperse. Llamó la atención, porque la canción que cantaba y rasgueaba justo antes terminó de repente con el enredo desafinado de las cuerdas y el chasquido de la madera. Crac.

Mientras, la chica no dejaba de grabar. Los apuntaba con el teléfono para sacar fotos o grabar un vídeo, Marcy no lo tenía muy claro. Corley gritó y luego se quedó en silencio.

«¿Está muerto?»

Después, un soldado fue a por la chica.

Era grande, de hombros anchos y nariz de cerdo, y extendió los brazos para coger el teléfono de Shana con su manaza. Lo agarró con fuerza con los dedos. Y la chica se intentó zafar. Él tiró con fuerza. Después, Marcy dejó de verlo, perdidos entre la pared de cámaras de televisión y reporteros.

La incertidumbre empezó a arderle en las entrañas, un incendio forestal de sentimientos encontrados. Sí, creía en la ley y el orden. Claro que apoyaba la causa militar y a sus integrantes. Pero esa ley estaba ahí para apoyar la Primera Enmienda. Para defender la libertad de expresión y de reunión. Esa niña, que no era más que una niña por muy mala que hubiese sido con Marcy, solo estaba sacando fotos. No había sido violenta. No hacía nada que no pudiese hacer. De hecho, Marcy creía que lo que hacía era justo lo que tenía que hacer. Poner en práctica su libertad de expresión en momentos complicados.

—A la mierda —dijo al tiempo que cargaba con todas sus fuerzas hacia la contienda.

—¡Mi teléfono!

El soldado sonrió y le tiró de las muñecas. En una mano llevaba unas bridas, y con la otra tiraba para acercarla a él. Ella plantó los pies y trató de resistirse, pero no tenía nada que hacer contra él. Tiró de ella como si fuese un pez, incluso mientras la multitud se agitaba alrededor de ellos, soldados y pastores enfrascados en una batalla en medio de los caminantes. Nessie empezaba a alejarse mientras Shana intentaba escapar.

—Ven aquí —dijo el soldado—. Ven aquí, pequeña.

En realidad, el hombre tendría como mucho un año o dos más que ella.

Shana le enseñó los dientes como un animal arrinconado y después tiró con fuerza del teléfono mientras pensaba:

«Voy a intentar sacarte fotos mientras me haces daño, al menos».

Apuntó con la cámara, pero el hombre la soltó sin avisar. Dio un respingo y estuvo a punto de caerse al suelo por lo inesperado del momento.

Pero él no había terminado con ella. Volvió a coger el teléfono con una mano y, en vez de tirar, empujó. Le dio un golpe con el móvil en la cara antes de intentar quitárselo de nuevo.

Shana sintió un latido en la nariz. Le dolía la cara. Usó ambas manos para tirar y echó la vista a un lado en busca de Arav, a quien vio mientras otro soldado lo llevaba a rastras. Él gritó su nombre. Ella intentó hacer lo propio, pero el teléfono volvió a abalanzarse hacia ella y le dio un golpe en la boca, chocó contra los dientes y ahogó su grito.

Después oyó otra voz.

—¡Oye!

Tanto Shana como el soldado se giraron para mirar.

Y, en ese momento, un puño apareció de la nada como si fuese una mano divina y le dio un fuerte golpe al soldado en la mandíbula. La cabeza del hombre se giró a un lado con brusquedad y soltó a Shana. Pero no estaba fuera de combate. Recuperó la compostura y se lanzó contra quienquiera que acabase de pegarle...

Que resultó ser Marcy Reyes.

El ataque del militar no sirvió de nada. Intentó golpearla, pero se encontró sumamente sobrepasado. Ella usó el impulso del militar para alejarlo del lugar mientras caminaba hacia atrás. Lo siguiente que vio Shana fue que Marcy había usado las bridas para atarle con fuerza las muñecas al soldado y cómo lo empujaba hacia los suyos, que formaban una multitud.

Shana la miró. Con la boca abierta.

Marcy se limitó a dedicarle un cabeceo y después se agachó para recoger el cuerpo bocarriba de Pete Corley, sacarlo de la carretera y llevárselo lejos.

Shana estuvo a punto de gritarle para agradecersele, pero el estallido de un disparo ahogó todos los demás sonidos.

## Una galleta rota

Nueva encuesta pública de la Universidad de Monmouth: 46 % a favor de que Seguridad Nacional se haga con el control del rebaño, 47 % en contra y 7 % de indecisos.

@AP\_Politics

32 comentarios, 352 retweets, 787 me gusta

### ***3 de julio. Mercy General Hospital, Iowa City (Iowa)***

Peter Corley se incorporó de repente mientras intentaba coger aire, como un hombre que sale a la superficie desde las profundidades del océano. Después se palpó lo que le cubría el muslo, que, según vio, era una sábana blanca. Parpadeó. Y echó un vistazo alrededor.

«Estoy en el hospital», pensó.

Tenía la bata y todo. Le faltaba la vía intravenosa, eso sí. Una pena. Esas eran las mejores drogas.

Y vaya si las necesitaba. La cabeza le latía como si fuese una pelota que un niño no dejara de patear contra una pared. PUM, PUM, PUM. Empezó a oír algo, un sonido confuso en la lejanía que parecía la voz de la profesora de Charlie Brown. Uoo, uo, uoooo, uoo, uo. Pero después se convirtió en palabras, palabras que venían de una pantalla de televisión. La vio en un rincón de la estancia, y en ella se mostraban imágenes espeluznantes de una criatura de las profundidades que salía de unas aguas de un lóbrego azul. El narrador las comentaba:

—El calamar de Humboldt a veces es caníbal. Arrastra a otros calamares heridos o enfermos hasta su terreno y luego los despedaza con los tentáculos y el pico...

Echó un vistazo alrededor y vio que no estaba solo.

Había otro hombre en la cama contigua. Era mayor, quizá de unos sesenta años (y Corley intentó obviar que no es que le quedase mucho para llegar a esa edad). El viejo estaba calvo, a excepción de unos pelillos delicados que se extendían por el paisaje yermo de un cuero cabelludo lleno de manchas rojas. Veía la televisión tumbado en la cama y con los labios fruncidos.

—¿Dónde coño estoy? —preguntó Pete, aunque en realidad lo que salió de sus labios fue más bien un «dobde joonyo sdoi».

El hombre le dedicó una mirada de disgusto y apretó los labios aún más.

—Hospital —respondió. Solo una palabra, que más bien había sonado como un ladrido.



—Sí, eso no me ayuda mucho —replicó Corley, que parpadeó para quitarse las legañas e intentó humedecerse un poco los labios secos como cerámica vieja. Carraspeó—. ¿Qué hospital?

—El de Iowa City. ¿Te importa? Intento ver la tele.

—Y yo intento saber qué cojones está pasando. ¿Cuándo estamos?

—¿Qué?

—No, qué no. Cuándo. Estamos. ¿Qué fecha?

—¿Pero tienes amnesia o algo así?

—No, no tengo... —gruñó—. Dime la puta fecha, joder.

—Pues tres.

—¿Tres de qué?

—De julio, imbécil.

Corley se incorporó. Craso error. Se bamboleó como una lámpara rota. Tuvo que extender la mano a toda prisa para agarrarse a la camilla mientras se le pasaba el mareo. ¿Qué coño había pasado? Recordaba que había bailado, y rasgado la guitarra... y después, la culata de un fusil que lo golpeaba en la cabeza. Y que había caído. Le habían pisado la guitarra. Dado una patada en la cabeza. Y esa niña que sacaba fotos...

Aún era día tres. ¿Qué había pasado durante el tiempo que él llevaba en el hospital? ¿A qué hora se habían abalanzado sobre el rebaño? A las cinco de la tarde, ¿no?

—¿Qué hora es?

—Poco más de las nueve.

Tenía que poner las noticias.

—Dame el mando.

—Estoy viendo algo.

—Sí, algo... desagradable. Pero ¿qué te pasa? ¿Estás en el hospital y solo se te ocurre ver un programa sobre un... calamar que devora a otros calamares? Eso da mal rollo, colega.

El narrador:

—Los ojos relucen rojos cuando atacan, y por eso reciben el apodo de Diablos Rojos...

—Me gustan los documentales de naturaleza —explicó el hombre—. Además, llevo aquí más tiempo que tú. Me han extirpado la vesícula biliar. Lo tuyo solo es un golpe en la cabeza.

—Que me da igual lo que te hayan hecho. Dame el puto mando.

—¡No!

—¿Acaso no sabes quién soy?

Pete odiaba usar ese recurso. Bueno, en realidad no. Ja, ja. Pues claro que le encantaba usar ese recurso, pero nunca iba a admitirlo en voz alta. Ni de coña. La falsa humildad era un arma más de su arsenal.

—Pues no sé. Un pez gordo, supongo.

—Sí. ¡Sí! Supones bien. Un pez gordo. El puto pez más puto gordo de la charca. Soy una estrella del rock, señor. Y ahora, dame el mando.

El hombre gruñó.

—Claro. Seguro que por eso hay tantos reporteros ahí fuera. Cámaras y camiones. Menudo alboroto has montado.

«Sí, eso no se me da nada mal.»

Pete se giró y señaló con un dedo retorcido y acusador al hombre como si fuese la

Parca que acaba de elegir la próxima alma que está a punto de librar de las vicisitudes de la vida.

—Que me des el puto mando, viejo. Como no lo hagas, iré a buscar tu maldita vesícula biliar y te la volveré a meter a la fuerza por el agujero que te acaban de hacer.

—Oye —dijo el tipo al tiempo que le daba el mando—. Tampoco hace falta ponerse violento. Ese es el problema de los peces gordos como tú. Siempre tienen que salirse con la suya. Siempre...

Pero Pete ya había dejado de hacerle caso. Apuntó con el mando al televisor, abrió la guía y se puso a buscar el canal de noticias locales. Terminó por poner la CNN. Le servía.

Pulsó el botón.

Y vio su rostro en la pantalla.

Era una foto. Una foto perfecta que capturaba el momento exacto en el que la culata del fusil lo goleaba en la cabeza. La imagen estaba sincronizada a la perfección. Él tenía los ojos cerrados y la boca retorcida con labios fruncidos, como si un boxeador acabase de darle un derechazo. Hasta se veía cómo la culata del arma le arrugaba la piel de la frente, como una bota que arruga una alfombra mal puesta.

Se oyó una voz:

—Aquí vemos cómo Pete Corley, cantante de Gumdropper, recibe un golpe en la cabeza con el fusil de un soldado...

La foto de la pantalla dio paso a un presentador que hablaba de noche desde el exterior de un hospital. El hospital en el que se encontraba él, supuso.

—Se dice que Corley está estable y que solo ha sufrido una conmoción...

Después una médica entró en la estancia. Era una mujer grande con un cabello pelirrojo que más bien parecía un casco y las arrugas de un basset hound entrado en años. Le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Señor Corley! Me alegra comprobar que se ha desper...

—Shhh —La mandó callar y luego volvió a mirar la televisión.

En la pantalla se veía el rebaño.

Y no había dejado de moverse, dioses. Y los pastores avanzaban con ellos. No había ni rastro de los soldados. La voz del presentador se oía de fondo:

—Hay quien afirma que el ataque a Corley contribuyó a que la presidenta Hunt se replantease su orden y la revirtiera al cabo de unas horas.

Corley levantó un puño.

Sí.

—Señor Corley, me gustaría hablar con usted acerca de su estado...

—Lo haremos —fue su breve y concisa respuesta—. Pero nada de cháchara por ahora.

—Es un grano en el culo —comentó el anciano de la camilla de al lado—. Una galleta rota.

Corley se incorporó, absorto.

«Hay quien afirma que el ataque a Corley...»

«... contribuyó a que la presidenta Hunt se replantease su orden...»

Lo había conseguido. Gracias a él había revertido la orden.

Pasaron a una entrevista con una niña. No, la niña, la que había hecho la foto. Un nombre apareció debajo de ella: SHANA STEWART. También afirmaba que era pastora, la hermana de la «primera sonámbula» y, lo mejor de todo, la que le había sacado la foto recibiendo el golpe de la culata.

La joven decía:

—Fue aterrador. Empezaron a disparar al aire y nos asustamos mucho. Eso les dio la oportunidad de empezar a apartarnos y de esposar a la gente, con esas bridas de plástico. Después se acercaron a mí y... —Parecía muy enfadada—. Me mandaron a tomar por... Me estropearon el teléfono. —Levantó el móvil y se vieron las grietas en forma de tela de araña de la pantalla—. Luego me lo tiraron encima como si fuese basura. Aún funciona.

El entrevistador dijo:

—Pero no borraron tus fotos.

Shana negó con la cabeza.

Continuó diciendo que uno de los reporteros locales se había acercado a ella mientras estaba esposada a un lado de la carretera y le había preguntado si podía ver sus fotos. Ella dijo que sí, y lo siguiente que recordaba era que los medios tenían la icónica foto en la que Pete recibía el golpe. También había otras: de él en el suelo, de cuando le rompieron la guitarra, de cuando le dieron patadas. Daba la impresión de haber sido doloroso. El latido del cráneo le recordó que quien aparecía en ellas era él, no otra persona. Ser famoso era así de raro a veces. Se sentía distanciado de su propia imagen, como si él y la persona de la pantalla fuesen dos entidades diferentes. Un reflejo del otro, como el del espejo de un circo.

—¿Por qué sacaste esas fotos? —preguntó el entrevistador.

—Pues no lo sé. Se me ocurrió que alguien tenía que hacerlo. Y no me dio la impresión de que las cámaras pudiesen acercarse tanto como yo.

—Tu hermana, Vanessa...

—Nessie.

—Nessie fue la primera caminante.

—Cierto.

—Si pudieses hablar con ella ahora, ¿qué le dirías?

Shana dejó de mirar al entrevistador y se giró hacia la cámara. Después dijo, con mirada fría:

—Le diría: Nessie, nadie te va a hacer daño. Me quedaré contigo hasta el final. Ese es el verdadero cometido de una pastora.

—Vaya, es buena —dijo Pete. Apagó la televisión y le tiró el mando al anciano, quien no lo cogió en el aire, por lo que el aparato cayó al suelo—. No tan buena como yo, claro.

La doctora insistió al fin:

—¿Podemos hablar ahora?

—Tengo una conmoción cerebral. Eso es lo que va a decirme, ¿no?

—Eso mismo. Sí. Ha sufrido una ligera herida en el cerebro...

—No es la primera. La primera fue en Río de Janeiro, en 1985, cuando tocamos en un... festival y unos borrachuzos empezaron a arrojar fruta al escenario. No bragas, sino frutas. Joder, el suelo se puso muy resbaladizo. Me caí y me abrí la crisma contra un amplificador. La segunda fue en Tulsa, en 1991. Estaba... —Estuvo a punto de decir «Muy puesto de coca», pero decidió que no era el momento de contarle algo así—. Bueno, da igual. El hecho es que ya me he cascado el huevo varias veces. Tengo que salir de aquí.

«Tengo que volver con el rebaño.»

«Con mi rebaño.»

—Preferiríamos que pasase aquí la noche...

—No hay necesidad.

—Tiene que cuidarse. Nada de movimientos bruscos. Nada de concentración. La conmoción podría dejarle secuelas, señor Corley.

—Ya es demasiado tarde para mí. Ya tengo el cerebro jodido.

—Le han llamado durante las últimas horas. Tal vez una de esas personas le diga lo mismo que yo, que tiene que quedarse en cama.

El anciano de la camilla contigua dijo:

—Sí, menudo escándalo que estaba montando tu teléfono. No dejaba de sonar y sonar.

Pete cogió el teléfono. Tenía mensajes sin leer de su mujer, de Landry, de su publicista Mary y hasta de Elvis. Su mujer estaba preocupada por él. Y enfadada.

Los mensajes rezaban:

¿Te has vuelto a ir a la reserva, verdad?

Llámame, Pete.

Pete, te estoy viendo en la tele. ¿Qué coño haces?

¿De qué huyes ahora?

Después de todas las noticias, había otro mensaje que le había enviado hacía dos horas:

Espero que se te haya abierto la cabeza como un coco, gilipollas. Los niños están preocupados por ti. Y yo también, a pesar de todo. Llámame, imbécil.

La publicista le había mandado un mensaje en mayúsculas: LLÁMAME .

Landry se había limitado a escribirle un: El mundo estaba listo para Bowie .

El de Elvis: Bien jugado, mamón. Esto no se ha terminado .

Chasqueó los dedos en dirección a la médica.

—Mire. Puedo irme en taxi, ¿verdad? O en Uber. Un Lyft, lo que sea.

—¿Qué? Sí, pero no soy recepcionista de hotel...

—Bien.

Se quitó la bata ahí mismo y empezó a buscar la ropa. La encontró en un cajón y empezó a ponerse los pantalones. La doctora puso gesto de sorpresa, y él le dedicó un ademán de indiferencia.

—Venga ya, seguro que ve cosas así todos los días. ¿No, guapa? Aunque no creo que esa gente sea tan atractiva como yo.

—¿Hola? ¿Alguien me puede poner el documental de calamares, por favor? —gruñó el anciano.

—Vale. Me piro —dijo Pete—. Ha sido fantástico y divertido, aunque tampoco para tirar cohetes.

Estaba atontado y notaba la cabeza como si fuese una pecera agrietada. Salió de la habitación del hospital y se puso a buscar el ascensor mientras la doctora no dejaba de gritar su nombre.

## Fuegos artificiales en una tarta de cumpleaños

MARTA VALLEJO -MARTINEZ , REPORTERA : Acaba de salir del hospital. ¿Por qué vuelve a apoyar a los caminantes, a los pastores y al CDC?

PETE CORLEY : Ya sabes la razón, guapa. No tengo por qué repetíroslo a tu público y a ti. Pero son lo más.

VALLEJO -MARTINEZ : ¿Podría ser un poco más específico?

PETE CORLEY : Ya sabes. A veces le llega a uno el momento de hacer lo que tiene que hacer, ¿no crees? ¡Esas personas me necesitan! Está claro.

VALLEJO -MARTINEZ : ¿Y eso afectará de algún modo al nuevo disco y a la gira de Gumdropper?

PETE CORLEY : Supongo que sí. Ya se hará cuando se haga. Por ahora, me acaban de abrir la cabeza como un coco, por lo que si no te importa... Los míos aguardan el regreso del príncipe.

VALLEJO -MARTINEZ : Ya lo han oído. No parece que Pete Corley vaya a marcharse. Aquí Marta Vallejo-Martinez para la WBCC, Sioux City, Iowa.

### **3 de julio. Beacon (Iowa)**

—Soy una puta gilipollas.

Marcy echó un vistazo para ver si alguien hablaba con ella.

Y sí. Era la joven. Shana Stewart. La oscuridad lo envolvía todo, y los maizales se alzaban por todas partes, agitándose al viento con suavidad como paredes ondulantes. Por eso Marcy no la había visto acercarse. Se había apartado del grupo, como antes. No creía formar parte de ellos.

Y por eso le sorprendió tanto la presencia de la chica.

—No eres gilipollas —dijo Marcy.

—Lo soy. Una imbécil de campeonato.

—No eres una... —Suspiró—. Vale, un poco tonta sí que eres. Pero también tenías razón. Yo estoy aquí de prestado. Soy una impostora. Una polizona.

—Puede. Pero en realidad todos somos polizonas. Ninguno de nosotros deberíamos estar aquí, porque... —Hizo un gesto hacia el rebaño de caminantes—. Ninguno de ellos tendría que estar aquí tampoco. Por eso ha pasado lo de hoy. La gente quiere que nos vayamos. Y precisamente por eso, tal vez debamos permanecer unidos.

Marcy asintió.

—Vale. ¿Estás segura?

—Lo estoy. Y lo siento. Gracias, por cierto. Ya sabes, por darle un puñetazo a ese tío y salvarme el culo.

—Te cogieron igual.

—Sí, cuando empezaron a disparar las cosas se salieron un poco de madre.

—Es lo que suele pasar con las armas.

—Supongo.

A Marcy ya no la asustaban mucho los disparos, pero estaba claro que a la chica sí. Era lo normal.

—Menuda mierda que te hayan roto el móvil. Pero me alegra que hayas conseguido que tus fotos salgan en la tele. Es todo un logro.

—Puede. Eso espero. No sé.

Caminaron juntas un rato. Oyeron a su alrededor el escándalo que formaba la multitud. Los ánimos estaban muy caldeados y había mucha gente emocionada que hablaba sobre lo ocurrido. Los soldados se habían marchado. No había nadie herido de gravedad. Los acontecimientos de la noche habían sido muy intensos, pero relativamente breves. Todos estaban vivos y despiertos a pesar de que era bien entrada la noche. Muchos caminaban en la oscuridad, y otros iluminaban el camino, como hacían cada noche, con linternas y focos y las luces de los teléfonos. Unos pocos llevaban antorchas. La gente bebía cerveza y comía perritos calientes adquiridos en un puesto que había a un par de pueblos de distancia.

—Supongo que ya es casi Cuatro de Julio —dijo Shana.

—Pues sí.

—Feliz Día de la Independencia.

—Gracias. Igualmente. Y feliz cumpleaños.

Shana se quedó en silencio.

—¿Cómo sabías que era mi cumpleaños?

Marcy titubeó. No quería que la chica supiera cómo se había enterado; aún no. Así pues, se limitó a decir:

—Me lo ha dicho un pajarito.

—Ah, vale. —Shana le dedicó una sonrisa triste en la penumbra—. Gracias. Vuelvo al rebaño. Deberías venir también.

—Puede que vuelva pronto.

—Vale. Adiós, Marcy.

—Adiós, Shana.

Vio como la chica regresaba junto a la procesión de personas.

Lo que quería decirle a Shana, aunque no se atrevía a hacerlo, era que no sabía lo de su cumpleaños porque se lo hubiese dicho un supuesto pajarito.

Lo sabía porque se lo había dicho su hermana pequeña, Nessie.

En el remolque del CDC, que se encontraba aparcado a un kilómetro y medio del rebaño, Benji se encontraba reclinado en una de las sillas, silencioso e inmóvil. Casi todos los demás habían regresado a casa. Arav iba con el rebaño. Cassie había vuelto al hotel para hacer algunas llamadas relacionadas con el hongo y con Garlin. Sadie estaba allí, a su lado, con una mano sobre la suya.

Se quedaron en silencio un rato. Respirando. Oyendo el coro nocturno de grillos y saltamontes.

—Eso ha sido impresionante —dijo al fin.

—Vaya que sí.

«Impresionante» no era la mejor descripción, claro, pero ¿de qué otra manera describirlo? Benji no tenía palabras para hacerlo. Solo sentimientos, y se sentía desnudo, vacío, agotado hasta la extenuación y, al mismo tiempo, dolorosamente vivo.

—Tu plan ha funcionado.

—Sí que ha funcionado.

No sabía cómo, pero sí.

¿A qué precio?

Corley estaba en el hospital. Los soldados también habían herido a otros pastores. Muchos se habían asustado, traumatizados por los disparos, disparos que salieron de un arma que sostenía Dale Weyland, quien había pegado tiros al aire para asustar y apaciguar a la multitud.

Pero ellos habían conseguido mantener el control del rebaño. Por el momento. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Hunt volviese a caer presa de la política. La funesta maquinaria ya se había puesto en marcha, y Hunt estaba atrapada entre Escila y Caribdis, la roca y el remolino. Tenía que decidir entre actuar o no hacer nada de nada. En la política era imposible contentar a todo el mundo, pero tenías que efectuar cálculos para satisfacer a la mayor cantidad de gente posible, pues, de lo contrario, no te votaría nadie. Y perder votos implicaba darle la presidencia a Ed Creel.

Benji se estremeció al pensar en algo así.

Sadie parecía estar a punto de añadir algo, pero en ese momento oyeron que alguien llamaba a la puerta del remolque. Fuera quien fuese, no esperó a que lo invitaran a entrar.

Dale Weyland franqueó el umbral.

—Dale —dijo Benji.

—Lo has conseguido —aseguró el hombre, que se acercaba a él con el pecho hinchado, la barbilla levantada y la lengua haciendo presión en un carillo. Le dedicó un aplauso sarcástico mientras entraba—. Bien jugado.

—Tampoco es eso —comentó Sadie.

Benji le dedicó un comentario irónico e hipócrita:

—Como has dicho, estamos en el mismo bando. No somos enemigos.

—Claro —dijo Dale, que se sorbió los mocos como si fuese un toro listo para cargar—. Pero eso ya no lo tengo tan claro. Yo intento hacer lo correcto, pero tú... Pedazo de cabrón tramposo. No veas con lo de Corley. —Se besó los dedos como un chef después de probar un plato delicioso—. Ha sido genial. Te lo digo de verdad. —Puede que así fuese, pero sonaba enfadado—. Cabrón manipulador. No tienes ni idea de lo que has hecho, ¿verdad?

—He librado a estas personas del ejército. Me he asegurado de que los pastores sigan con sus amigos y con sus familias. Es una pena que tú no lo veas así.

—Te diré lo que veo yo, doctor. Veo un arma que camina libre, como una bomba radioactiva dentro de una maleta con ruedas que cae por una colina hacia un cruce lleno de vehículos. Y aquí estoy yo, un hijoputa que no deja de agitar los brazos para intentar avisar a todo el mundo. Pero después hay gente como tú, gente que les dice que estén tranquilos, que se queden donde estén y que no hagan movimientos bruscos. Y yo veo cómo esa bomba se acerca más y más.

—Ahora ya sabes cómo me sentí con lo de Longacre —dijo Benji.

—Que os den por culo a ti y a Longacre. Esas personas son una bomba.

—No son una bomba. No son armas.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

Benji no respondió. Porque lo cierto era que no lo sabía.

Dale continuó:

—Te voy a contar una profecía. Doctor Ray, llegará el día, quizá mañana, dentro de una semana o dentro de meses, si es que esto sigue igual, en el que te arrepentirás de habernos echado de aquí. No queríamos tener a los caminantes bajo control militar solo para proteger a las personas fuera del rebaño, sino también para protegerlos a ellos. A la gente del exterior no les gustan. No confían en ellos. Quieren que desaparezcan. Cuando eso ocurra y te encuentres en esa situación, desearás con toda tu alma que estemos a tu lado.

—Entonces, ¿os marcháis?

—Ajá. Yo me voy. Ya no quiero seguir formando parte de este circo.

—O sea, que te echan —apuntilló Benji—. ¿No?

—Mira. Que te den.

—Se te echará de menos —continuó Benji, que se esforzó al máximo para que las cinco palabras rezumaran todo el sarcasmo que fuera posible.

—Que te den, joder. Que te den por culo, Benjamin.

—Feliz Día de la Independencia, Dale.

El hombre salió a toda prisa.

Sadie miró a Benji.

—Has sido muy civilizado.

—Lo sé. Tendría que haberme portado peor.

—No, era un cumplido. La mayoría de la gente intenta ponerse a la altura de un gorila como Dale Weyland y terminan cubiertos de mierda de simio. —Hizo un mohín—. Bueno, mierda de gorila, para ser más precisos. Pero me refería a que has mantenido una actitud racional para llevarlo a tu terreno.

—En realidad quería darle un puñetazo.

—Y el hecho de que no lo hicieras dice más de ti que de él. Además, todos sabemos que hasta su madre querría darle un puñetazo. —Bajó la voz—. Francamente, es muy probable que ya lo haya hecho y que por eso sea tan capullo.

Benji le apretó la mano.

—Estoy orgullosa de ti —dijo ella—. Orgullosa de conocerte. Orgullosa de... estar contigo, si es que lo nuestro se puede definir así.

—Sí que se puede —convino él—. Y yo también estoy orgulloso de ti. —Suspiró—. Tenemos mucho que hacer. Me temo que no hemos visto más que la superficie.

—No te preocupes ahora por eso. Preocúpate por lo que tienes frente a ti.

—A quien tengo frente a mí es a ti.

Ella sonrió y le brillaron los ojos.

—Como te dije antes, deberíamos buscar una habitación de hotel con una cama cómoda y besarnos hasta que nos desmayemos.

—Trato hecho.

Ella no quería hacerlo, pero tenía que hacerlo.

Shana abrió la puerta de la caravana y entró en la oscuridad con la fuerza de una tormenta. Su padre, sentado en el asiento del conductor como siempre, se asustó.



—Shana. Estás bien. Me levantaría, pero... Ya sabes. —Bajó la cabeza para mirar el volante. El vehículo avanzaba despacio a unos pocos kilómetros por hora.

—¿Quieres un abrazo? Pues para la caravana y abrázame. —No le dio tiempo a responder—. Pero no lo harás, porque eso requeriría un mínimo de interés por tu parte, ¿verdad?

—Shana, no entiendo a qué viene esto ahora.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio? No tienes ni idea, ¿no?

Él suspiró.

—Sé que estás enfadada porque no he salido de aquí para estar contigo, pero los del ejército me hicieron parar el vehículo y dejarlo a un lado de la carretera. No podía salir. No podía ir a ninguna parte.

—¿Y qué pasó después de eso? Hace horas que se han ido. ¿Saliste después para ver si me había pasado algo?

—Te vi en las noticias. Tengo el teléfono. Parecías ocupada; pero vaya, ¡estuviste al lado de Pete Corley! Eso es impresionante.

—¿Dónde estás?

Su padre rio un poco, como si fuese un chiste.

—Cariño, mi niña, estoy aquí...

—No, de verdad. ¿Dónde estás? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué coño pintas si en realidad es como si no estuvieses? Viniste con la caravana... ¿Para qué? No sales para acompañar a Nessie. No sales para estar conmigo. Estás aquí, pero no lo estás en realidad.

Una mirada de consternación se perfiló en el rostro del hombre. Era un atisbo de rabia, una rabia que costaba ver reflejada en él, pero que cuando lo hacía, lo hacía de verdad.

—Shana, sabes que lo que dices no es justo. Gasté mucho dinero en esta caravana para que tuvieses un lugar en el que dormir todas las noches... Y no he dejado de conducirla. Tengo que pagar la gasolina. Unos desconocidos se han encargado de mantener a flote nuestra granja. Mi hija menor está... enferma, mi otra hija me odia, mi mujer me abandonó... Y puede que hasta sea responsable en cierta manera de lo que le ocurre a Nessie...

—No... —dijo ella—. No. A mí no me cargues con las culpas de esto. Ni a Nessie. Ni siquiera a mamá...

—Cuando tu madre se fue..., me destrozó, Shana.

—Nos destrozó a todos, papá. No solo a ti. A nosotras nos destrozó más. ¿Y sabes por qué? Porque a veces la gente casada se separa. Un marido la caga con la mujer, o la mujer se harta del marido, lo que sea. —Las lágrimas empezaron a acumularse en los ojos—. Pero se supone que los padres no pueden hartarse de sus hijos. Se supone que no deben... irse.

—Lo sé. Nos abandonó a todos.

—Y quizá fuese por esto. Porque tú no estás, porque siempre tienes algo que hacer, ¿no? He tenido que cuidar yo de Nessie porque tú no puedes cargar con la responsabilidad. ¿Quién le hacía el desayuno y la comida todas las mañanas? Yo. ¿Quién se aseguraba de que no se quedaba despierta hasta tarde haciendo algún experimento extraño o viendo *Planeta Tierra* por enésima vez o practicando alguna nueva tontería con las acuarelas? Yo. Yo era su padre, mientras tú... Ni siquiera sé qué hacías tú.

—Shana, cuidado con lo que dices.

—Tenías que trabajar. La granja. Las vacas. El mercado. Tenías que arreglar el tractor o la puerta del granero. No, no puedo ayudar a Nessie con los deberes. No puedo ir con mamá a la tienda. No podías estar ahí para la puta gente que necesitaba que estuvieses.

—No sabes lo que es. Si lo supieras, no dirías esas cosas. Solo eres una niña, Shana, una niña que no sabe una mierda sobre la vida ni sobre el trabajo...

—¡Que te den! —gritó ella, con voz ronca, un sonido similar al del rasguñar contra la madera, como si se clavase astillas que quedaban muy enterradas—. No tienes ni puta idea de lo que es vivir con alguien como tú. Pero ¿sabes qué? Dices que has venido para que yo tenga un lugar en el que dormir, ¿verdad? Pues deja que te libere de esa obligación en un suspiro, papá. Se acabó. —Empezó a recoger las pocas cosas que tenía y a tirarlas dentro de la mochila que ya llevaba al hombro al entrar—. No te necesito. Dormiré donde sea.

—Shana. Escúchame. Quieta ahora mismo. Te ordeno que te estés quieta. Sigues siendo mi hija. Sigues siendo una niña y...

—No soy una niña. Soy una adulta, imbécil. —Vio en el rostro de su padre que se acababa de dar cuenta—. Lo sabía. Ni siquiera te acordabas de que hoy cumplía dieciocho años.

Silencio. Él parpadeó. Movi6 los labios, como si fuese la boca de un pez moribundo.

—Hoy es tu cumpleaños —dijo su padre, con parsimonia, mientras miraba de reojo para asegurarse de que la caravana no se salía de la carretera.

—Así es. Y te has olvidado.

Pronunció la última palabra como si fuese una estocada con una navaja.

—Yo... Las cosas no han dejado de estar patas arriba y...

—La respuesta correcta era: «Lo siento, Shana. Feliz cumpleaños».

—Claro, sí. Lo siento...

No terminó la frase.

La puerta de la caravana se abrió de repente, y Pete Corley entró en ese momento. Su cuerpo, que daba la impresión de ser poco más que unos percheros de metal unidos entre ellos, cruzó la puerta de la caravana entre tintineos.

Lo seguía una multitud. Les dedicó un saludo y gritó:

—Sí, gracias. ¡Genial! Excelente. La he encontrado. Gracias. Mil gracias. Os lo agradezco. Echadle un ojo a esas cajas, ¿vale? —Mientras lo decía, Shana vio una tambaleante torre de cajas. Él sació su curiosidad—: Son una sorpresa muy importante, ¿vale? Vale, bien.

Después cerró la puerta con el talón. Pum.

Shana se quedó mirándolo, con gesto irritado.

Su padre hizo lo propio, con gesto sorprendido.

Pete chasqueó los dedos huesudos.

—¿Interrumpo algo?

—Sí —dijo ella.

—No —dijo su padre al mismo tiempo.

La estrella del rock se encogió de hombros.

—Ajá. Bueno, me importa un pito, la verdad. ¡Hola! Soy Pete Corley, pero es probable que ya me conozcáis a menos que hayáis vivido más de treinta años en un gulag ruso.

—Tengo todos tus discos —dijo su padre, aún sorprendido—. También los piratas.

—Vaya, un admirador —observó Pete, con un gesto amargo en el gesto que traicionaba

la emoción que intentaba poner a sus palabras—. Qué bien. Y tú... —Señaló a Shana—. Te buscaba a ti. Fuiste muy lista. Te diste cuenta de que las cámaras no podían acercarse y que tú ya estabas allí, por lo que empezaste a sacar fotos mientras ese soldado le daba una patada a mi culo huesudo. Eres la cabeza pensante de todo lo que ocurrió. Eres uno de aquellos tíos de los Evangelios que seguían a Jesús a todas partes. Eres la responsable de que me hayan prestado la atención que merecía... esto... de que hayan prestado la atención que merecía lo que ocurre aquí. Tú y yo hemos conseguido que se acabe esta locura. —Pete le dedicó un guiño e imitó el gesto de una pistola con los dedos. Pum. Pum—. Te debo una.

—Me debes un teléfono.

—Un teléfono —repitió él—. Hecho.

Shana se quedó de piedra unos segundos.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Te compraré un nuevo teléfono. Y mejor aún: te voy a comprar también una puta cámara de la hostia. Una de verdad, con esas... lentes y cosas y... tubos o lo que quiera que haga falta. Lo que tú me pidas.

Las palabras salieron de su boca como el vómito de un borracho:

—Una Canon EOS 5D de treinta megapíxeles con un objetivo zum telefoto con distancia focal de 70-200 mm.

—Si te soy sincero, no me voy a acordar de lo que me acabas de decir, así que mejor si te doy el dinero y te la compras tú, ¿vale? Y si quieres usarlo para comprarte drogas y cerveza en vez de eso, te prometo que no se lo diré a nadie... —Le dedicó un guiño aún más fuerte—. Un momento. Tú eres el padre de la chica, ¿no? Pues nada, niña, si lo usas para comprarte eso, sí que se lo tendré que decir a tu padre. Pero bueno, que da igual. La vida sigue, como solía decir mi madre.

—Yo...

Pero Pete no la dejó hablar. Señaló a su padre.

—¿Cómo te llamas?

—Charlie. Charlie Stewart.

—Señor Stewart, necesito con mucha urgencia un lugar en el que quedarme. ¿Podría hacerlo en su... autocaravana? Al menos hasta que tenga un lugar para mí.

—Claro que sí, sin problema. ¿Eso significa que te vas a quedar con nosotros?

—¿Con el rebaño? Claro. Creo que me he ganado mi medalla de pastor.

«Solo estás aquí por los medios de comunicación», pensó Shana, irritada. Ella había tratado mal a la pobre Marcy por lo mismo que estaba haciendo Corley en ese momento. No era un pastor de verdad. No tenía a nadie entre los caminantes. Pero los había ayudado... Quizá más de lo que había hecho nadie a título individual. Se preguntó si Pete merecía al menos el beneficio de la duda, pero descubrió que lo odiaba. Que solo estaba ahí porque necesitaba llamar la atención. Que era poco más que un bebé en el cuerpo de un hombre desgarbado y drogadicto.

Estaba claro que su padre lo adoraba.

Grrr.

—Puedes dormir en mi cama —dijo Shana, que parecía haberse puesto una máscara de dulzura de repente—. Yo no voy a dormir aquí.

—Shana —dijo su padre en voz baja, quien sin duda no quería que le echase a perder el momento—. Por favor...

—No, no —dijo ella para hacerlo callar—. Podéis quedaros aquí juntos y haceros trencitas o lo que queráis. —Después se dirigió a Corley—. Volveré a buscar el dinero.

—Excelente. ¡Pero no te vayas muy lejos!

—¿Por qué?

Cerró la boca con fuerza para que le sonarían los dientes al chocar y luego le dedicó una sonrisa de lunático.

—Para que no te pierdas los fuegos artificiales.

Resultó que Pete Corley se refería a fuegos artificiales de verdad.

Decidió que iba a lanzarlos desde el techo de la caravana de Charlie Stewart. Se subió a la Bestia como si estuviese en un rodeo, a horcajadas, y después empezó a lanzar cohete tras cohete. Hizo su numerito de estrella del rock con cada uno de ellos: no tenía guitarra, pero fingió que tocaba una cada vez que lanzaba uno a los negros cielos. Agitó e hizo el molinete con los brazos. Sacó la lengua. Alzó una mano haciendo los cuernos. Y el cielo se iluminó con flores de colores, rojas, naranjas, azules púrpura. Unos rayos de luz cubrieron la oscuridad.

Luces que estallaban, explotaban y crepitaban.

A Shana le gustaban mucho los fuegos artificiales. Y de veras quería que también le gustasen esos, pero le resultaba inevitable envararse cada vez que uno se alzaba hacia los cielos. Le recordaban los disparos de antes, al hombre armado que había en el pueblo y el arma que ella misma llevaba en la mochila.

Se internó entre la multitud para tranquilizarse. Saludó a gente como Aliya o Mia. Gente a la que no conocía de nada, como pastores, cámaras y algunos de los técnicos del CDC con los que no había tenido trato alguno la saludaron como si la conocieran. Suponía que ahora sí que lo hacían.

Terminó por encontrar a la persona que buscaba.

Arav estaba solo, a un lado y mirando el cielo. Los fuegos artificiales se reflejaban en sus gafas y su gesto delataba su asombro. Shana anhelaba sentirse así.

Al ver que se acercaba, Arav abrió la boca para saludarla.

Pero ella no lo dejó hacerlo.

Acercó la boca a la de él y lo besó.

Después lo cogió de la mano y se lo llevó a la oscuridad, hacia el campo abierto. A través de hileras de maíz, hasta que ya no hubo luz alguna en los alrededores.

## La hora de los pecadores

### **El Ártico sufre unas temperaturas récord**

Por DAVE GELLER , de *Associated Press*

Han llegado los datos, y estos confirman que el pasado invierno en el Ártico no se puede considerar invierno. Las temperaturas aumentaron una media de doce grados y el hielo del mar se redujo hasta niveles de récord. Los científicos aseguran que fue una ola de calor sin precedentes y que ha contribuido a la serie de fenómenos meteorológicos extremos que se han producido durante los últimos seis meses. Entre ellos se encuentran los ciclones bomba que han descargado sobre Nueva Inglaterra...

### **4 de julio. Burnsville (Indiana)**

La madre de Matthew solía decir una verdad como un templo: «Todo lo que ocurra después de medianoche seguro que son malas noticias». Cuando era joven no se lo creía, claro. No bebía ni fumaba, pero tenía idealizada la noche. La luna en el cielo, las estrellas, esa negrura infinita. Lo hacía sentir libre y vivo de una manera que el día no era capaz. El pastor de esa época, Gil Hyecheck, un hombre de mejillas rubicundas, voz amable y una guitarra con incrustaciones perladas en el mástil, lo expresó mucho mejor:

«La noche es la hora de los diablos, Matthew. Se esconden para que no los veas. Se ocultan en las sombras alargadas y bajo el cielo oscuro. Y, cuando no miras, también encuentran la manera de esconderse en tu interior».

Por eso, cuando llegó a casa a la una de la madrugada y encontró a Autumn sentada a la mesa de la cocina, supo hasta qué punto era cierto lo que solía decir su madre. Pasada la medianoche, no ocurrían cosas buenas. Y no tardaría en comprender hasta qué punto lo que le había dicho el pastor Gil era asimismo cierto.

—Bo está dormido —le dijo ella nada más entrar.

Él asintió. Aún estaba un poco mareado a causa de la fiesta de Ozark. No borracho, se dijo. Algo alterado. Pero no había problema para conducir así, estaba seguro.

Y en ese momento se le ocurrió un pensamiento absurdo:

«Y aunque estuviese borracho, tengo a Dios de mi parte. Seguro que el Señor controlaría el volante si yo no pudiese».

Era un pensamiento terrible, que además se oponía frontalmente a lo que él consideraba su papel en el mundo. Matthew sabía que Dios ayudaba a quienes se ayudaban a sí mismos, pero ¿acaso no estaba Dios ahí también para reprenderte cuando hacías algo mal? Dejó de pensar en ello, apartó los pensamientos de su mente como un caballo que agita la cola para dispersar una nube de moscas.

Se sentó.

—¿Te divertiste en la fiesta?

—No estuvo mal —respondió ella.

—Vi que...

«Ozark te dio algo», estuvo a punto de decir, pero no tuvo tiempo de terminar la frase. Ella sacó algo de debajo de la mesa. Un bote de pastillas.

—Es Xanax —dijo.

—Vaya. No... No entiendo.

—Me las dio Ozark.

—¿Por qué?

—Me dijo que parecía muy tensa.

—¿Sí? ¿Estabas tensa?

Autumn rio sin ganas.

—No lo sé, Matt. Puede que sí, porque la verdad es que no quería estar ahí. Aunque yo creo que en realidad se dio cuenta de que estaba deprimida y con ansiedad.

—¿Cómo iba a saberlo? Yo no le he contado nada...

—No —dijo ella al tiempo que agitaba la cabeza—. Sé que te da demasiada vergüenza como para contárselo. Para ti es una tremenda decepción. Es probable que Bo le haya dicho algo.

—Bo no debería contarle esas cosas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—No te entiendo.

—Ozark Stover me ha dado unas pastillas, Matthew. Xanax. No es heroína, pero tampoco se puede decir que sean para el dolor de cabeza.

Matthew suspiró. Sentía las entrañas como el fondo de una caja de cartón que se había mojado, reblandecido y empezado a deshacerse.

—Estoy seguro de que Ozark solo quería ser amable.

—Me dijo que lo avisara cuando necesitase más.

—Pues eso, seguro que solo intentaba ser amable. —Matthew había empezado a notar la boca pastosa. Sentía los dientes y la lengua secos como un hueso dejado al sol—. Le diré que no vas a tomártelas.

Extendió la mano por encima de la mesa para cogerlas.

Autumn las cogió y se las acercó.

—No. Sí que voy a tomármelas —dijo ella.

—¿Qué?

En ese momento, deslizó algo más sobre la mesa. Un papel. Una especie de carta. Matthew lo cogió y lo miró con la intención de desentrañar el mensaje.

Era la notificación de un impago.

No, era la cancelación posterior a esta.

Del seguro médico. Oh, no.

—Fui al médico el otro día, pero habían cancelado nuestro seguro. Encontré esto en tu escritorio. Te olvidaste de pagarlo. No una vez, sino varias. Supongo que se te pasó... ahora que tienes la cabeza en otra parte. Lo que sea. —Resopló—. Además, ya sé que no querías que me cambiaran la medicación. A fin de cuentas, tu medicina son las oraciones. Rezar elimina las infecciones, cura la depresión o ayuda a que te crezca una extremidad perdida. Gracias al poder de la sagrada hechicería divina de Dios, ¿verdad?

—Estás tergiversando mi opinión —se defendió él, aunque pronunciar la palabra «tergiversando» le costó mucho más de lo que esperaba. «Quizá siga un poco alterado»—. Creo en la ciencia. Creo en la necesidad de utilizar medicinas para combatir enfermedades. No soy un paleta. Pero también creo que la depresión no es siempre como la gente dice que es...

—Da igual. Tengo pastillas y me las voy a tomar. Y si necesito más, se las pediré al señor Stover.

—No deberías tomártelas.

—¿Por qué?

—Porque... no sabemos de dónde han salido. Quizá sean de Canadá o de algún sitio raro.

Ella fingió un estremecimiento propio de una película de terror.

—Oh, no, Canadá, la indómita foresta tercermundista. ¿Quién sabe? Quizá las pastillas estén hechas con piel de castor y sirope de arce. —Autumn puso los ojos en blanco. Ahora estaba siendo cruel. A Matthew no le gustaba, pero ella continuó—: La pregunta que deberías hacerte, Matt, es de dónde ha sacado las pastillas y por qué me las regala. Y también si vas a permitir que lo siga haciendo.

—No, claro que no.

—Pues tendrás que decirle algo.

—Lo haré. —Matthew asintió de la manera más asertiva que pudo, aunque no estaba seguro de que aquella fuera la respuesta correcta. ¿Quería Autumn que le plantase cara a Ozark?

—¿Lo arriesgarías todo por algo así? Ese hombre te ha dado mucho estas últimas semanas. Eres su pequeño predicadorcito y te ha levantado como si fueras el cachorrito de *El rey león*. ¿Vas a morder la mano que te da de comer?

—Yo...

La respuesta se disolvió en su lengua, como una medicina amarga.

—Lo que yo pensaba. Y ahora, si me perdonas —dijo Autumn al tiempo que se levantaba—, voy a tomar una de estas pastillas antes de irme a dormir.

Autumn agitó el bote. Le dedicó una sonrisa fría y forzada. Él la vio marcharse. No sabía qué hacer ahora, pero decidió decirle algo a Ozark al respecto. Se prometió a sí mismo que lo haría. Y un hombre nunca rompe una promesa que se hace a sí mismo, ¿verdad?

## Bichos, murciélagos, estrellas, corazones

No te enorgullezcas del cuerpo,  
 Pronto no será más que polvo.  
 Esta vida es como una caza de gorriones,  
 Terminará cuando dé comienzo la noche.

MIRABAI , *Oh, mi mente*

### **4 de julio. Beacon (Iowa)**

**E**l hecho de que no fuese nada romántico lo convertía de alguna manera en algo más romántico aún, pensó Shana. No hubo nada fingido. Nada forzado. Solo el deseo entre ambos, el suelo de debajo y la noche sobre ellos. Ella lo llevó por el maizal y se tumbaron entre las plantas, en ese suelo incómodo e irregular, con bichos cantando a su alrededor y murciélagos que tapaban las estrellas. Y ahí lo hicieron. Ahora que lo recordaba, le seguía pareciendo algo muy real: los suspiros voluntarios, manos que se metían debajo de la ropa, el calor del momento unido al frío de la noche. Ella encima de él. El viento agitándole el pelo. Después se quedaron allí tumbados un rato, ella con la cabeza sobre el pecho de Arav, en el esternón, los latidos de su corazón resonando por encima del batir de la sangre de Shana en los oídos. Hablaron durante horas al acabar.

Ella terminó por preguntarle algo que parecía inapropiado, que le daba la impresión de que estropearía el momento, pero no pudo callárselo. Le salió de dentro.

—¿Crees que de verdad fue mi madre quien le envió ese correo a Nessie?

—No lo sé —respondió él—. No estoy al tanto de esa investigación, pero no tiene sentido. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—No tengo ni idea. De hecho, no tengo ni idea de por qué nos abandonó.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó él—. Lo de abandonaros.

—Estábamos en la tienda y... se limitó a salir por la puerta.

—¿Y no volvió?

—No volvió. No se puso en contacto con nosotros. Nada.

—Entonces estoy seguro de que no ha sido ella.

Lo dijo, pero Shana oyó la duda en su voz. Era un sentimiento que ella también compartía. Por una parte, aquello carecía de sentido alguno. Mamá a veces estaba muy afligida, pero lo disimulaba a la perfección. Aun así, no parecía... odiar a sus hijas. Por otra, tampoco se puede decir que sintiese demasiado apego por ellas. Siempre daba la impresión de que las mantenía un poco al margen, como si no las hubiese parido, como



si fuesen de otra persona, como si fuese su madrastra en lugar de su madre de verdad.

—Todo va a salir bien, ¿verdad? —le preguntó a Arav.

—¿Lo nuestro?

—No, lo nuestro creo que sí. —Soltó una risilla de felicidad y le volvió a meter la mano por debajo de la camisa para acariciarle el vientre plano—. Me refiero a todos. Al grupo. Al rebaño. A los pastores. A todos. El puto mundo, no sé.

—Sí. Saldrá bien.

En esa ocasión, no percibió duda alguna en su voz, lo cual le proporcionó un consuelo repentino e inexorable. La esperanza empezó a aflorar en su interior.

—Bien.

Shana le dio un beso en la mejilla.

Él, en los labios.

Sobre ellos, el cielo pasó de la oscuridad a una luz muy tenue que crecía a medida que el sol anunciaba la promesa (o la amenaza) de un nuevo día.

## INTERLUDIO

### Daria Stewart y la dosis medicinal

#### *Hace dos años. Supermercado Giant Eagle, Maker's Bell (Pensilvania)*

**D**aria Stewart tenía un bote de pastillas y un teléfono, y estaba escondida cerca de un congelador de carne que ya no se utilizaba. Al parecer estaban actualizando el supermercado: habían llevado nuevos congeladores, cambiado el suelo, comprado más de esas cajas de autoservicio... Todo lo necesario para entrar en los estándares del siglo actual. No había nadie a su alrededor. El lugar estaba vacío; y ella, muy segura de que las cámaras tampoco la enfocaban.

Estaba sola y con el teléfono.

Sonó. Daria esperó y miró las pastillas. El bote decía AMBIEN , y lo era, pero también había otras pastillas: trazodona, Advil, Zantac. El Ambien solo no era suficiente para matarla, pero para eso estaban las demás.

«Menuda fiesta», pensó con tono funesto.

Tampoco es que fuese a hacerlo.

Quizá sí, quizá no. Era un pensamiento que la atormentaba cada pocos meses, pero la balanza siempre se decantaba hacia el mismo lado. Hacia la vida, la perseverancia. La supervivencia.

Con cada uno de los tonos del teléfono, un nuevo pensamiento perforaba el silencio de su mente: «Quiero morir. Soy una mala madre. Soy una mala esposa. Quiero morir». Incluso en ese momento, con su marido y sus hijas en el súper. Les había dicho que iba a buscar... ¿qué les había dicho?... yogures. Esos que le gustaban tanto. Los de Noosa. Pronto se darían cuenta y empezarían a buscarla.

Como siempre, su cerebro reprodujo todas las decisiones erróneas que había tomado y todo el potencial que había desperdiciado. Podría ser cantante, pero no lo era. O modelo, pero tampoco lo era. Una mejor esposa o no estar con Charlie, pero ahí estaba. Recordó aquella ocasión en que se emborrachó después de una boda en la fiesta que tuvo lugar en una estación de bomberos y le dijo a la recién casada que los vestidos de las damas de honor hacían que todas pareciesen un perrito caliente. Ella lo recordaba con todo lujo de detalles, pero seguro que la novia no. Y si lo hacía, seguro que lo consideraba una historia divertida que contarle a cualquiera. Pero Daria no dejaba de darle vueltas. Pensaba en ello todos los días. En eso y en otras cosas estúpidas que había dicho o que había hecho.

«Quiero morir.»

«No quiero morir.»

Ring, ring, ring.

Al fin alguien respondió a la llamada. Un hombre con voz suave y amable.

—Hola, ¿puedo ayudarla?

La respuesta nunca era «Buenos días, ha llamado al Teléfono de la Esperanza». Y eso la aliviaba. La hacía sentir como si llamase a un viejo amigo, alguien que ya la había olvidado, alguien que le serviría de guía para navegar por la tormenta descontrolada de sus impredecibles emociones.

—Estoy en un supermercado y tengo un bote de... —empezó a decir, pero después la línea chasqueó un par de veces. Era un ruido estruendoso, que no parecía salir solo de la llamada en sí, sino del sistema telefónico.

Oyó una voz diferente, la de una mujer ahora:

—Hola, ¿puedo ayudarla?

Daria titubeó. Hasta ese pequeño cambio la hacía sentir más vulnerable, como si fuese capaz de notar las grietas que se extendían por su porcelana.

«Sé fuerte», se dijo.

En esta ocasión, respondió con algo más de impaciencia:

—Estoy en un supermercado, tengo un bote de pastillas y estoy pensando en tragármelas todas.

Una pausa.

—¿Te consideras una suicida? —preguntó la mujer.

Eso no era lo que se solía decir. Y ella lo sabía bien porque había llamado muchas veces. Siempre eran más amables, ahondaban en el problema y le daban un asunto del que hablar hasta que al final le recomendaban que fuera al médico, le daban unos consejos y la colmaban de comentarios asertivos.

Aquello era diferente. Más directo.

Tampoco le pareció mal.

—Sí —respondió con voz agitada. Le temblaba la mano, y las píldoras entrechocaban dentro del bote.

—¿Es un incidente aislado o ha ocurrido otras veces?

Estuvo a punto de mentir y decir que era algo aislado. Pero tuvo que decir la verdad.

—Ha ocurrido otras veces.

—Podemos ayudarla —dijo la mujer.

—¿Cómo?

—Tenemos una oficina cerca de donde se encuentra.

Ella dudó.

—¿Cómo saben dónde me encuentro?

—Está en el supermercado Giant Eagle de Old Bethlehem Road.

—No le he dicho nada de eso.

Una pausa.

—Podemos ayudarla. Si quiere.

Daria tragó saliva como buenamente pudo. Miró las pastillas y después por encima de la tapa del congelador. Vio al empleado de la tienda que pasaba junto a ella a poco más de tres metros. Tenía una enorme barriga y era calvo, y se quedó muy quieto al verla.

«Sigue caminando, sigue caminando, sigue caminando, déjame hablar por teléfono, déjame morir.»

A Daria le dio la impresión de que había oído sus pensamientos, porque el hombre le dedicó una sonrisilla nerviosa y siguió caminando.

—No es del Teléfono de la Esperanza —dijo ella.

—No —respondió la mujer. Claro y nítido, como un tenedor que choca contra una copa de champán—. No somos nada de eso. Pero podemos ayudarla.

Daria parpadeó. Se guardó las pastillas.

—Dígame adónde tengo que ir.

La mujer le dio una dirección.

Y ese fue el momento en el que Daria se levantó y atravesó la tienda rezando para que Charlie y las niñas no la viesan salir.

Caminó más de un kilómetro, hasta el banco, y después llamó a un taxi.

El taxi tardó más de una hora en llegar. Ese era el precio de vivir en un pueblo pequeño. Ella estaba sentada en un banco al lado del cajero, debajo de un roble triste cuyas raíces empezaban a romper el bordillo.

La dirección estaba más lejos de lo que parecía: era en Bloomsburg, al norte de la universidad. Una hora en coche. El taxista, un tipo blanco y flacucho con llagas de metanfetaminas en las mejillas que parecían los baches de una carretera descuidada, se irritó por tener que llevarla tan lejos, pero ella le prometió que le daría una buena propina. Y lo fue, porque Daria se sintió lo bastante esperanzada como para decirle:

—Aquí la tienes.

Al tiempo que le daba el bote de pastillas que llevaba.

La dirección era la de un pequeño y anodino edificio de oficinas.

No había cartel alguno aparte del que rezaba SE ALQUILA en alguna que otra ventana.

Los dientes de león se acumulaban junto a las aceras, y una hiedra venenosa había empezado a subir por la pared del edificio para culminar poco a poco el lento proceso de demolerlo.

Pulsó un botón en la puerta.

Alguien la abrió.

Dos personas, un hombre y una mujer, se encontraban sentados frente a ella en una mesa plegable. El resto de la oficina estaba vacío. No había escritorios, ni sillas, ni ordenadores. Tampoco cubículos, aunque las marcas de la moqueta mostraban a las claras que los había habido en el pasado.

La mujer tenía el pelo de color caoba, pintura de labios rojo cereza y pantalón y camisa también rojos. Como si el Diablo vendiese productos Mary Kay y hubiese preferido que fueran de color rojo sangre en lugar de rosa pálido. El hombre iba mucho más austero: un traje gris y humilde con una corbata azul y nada llamativa. También un bigote bien cortado debajo de una nariz cuyos pelos no estaban tan bien cortados. Era mayor. Dijo que se llamaba Bill. La mujer era más joven. Ella dijo que se llamaba Moira.

Ambos miraron cómo Daria firmaba documento tras documento.

Unos papeles que decidió no leer.

¿Para qué molestarse?

Después de firmar el último, los enderezó todos con brusquedad antes de deslizarlos por la mesa para entregarlos.

—No entiendo a qué viene esto —dijo ella.

—Y aun así, los acabas de firmar —comentó la mujer.

—Necesito ayuda.

«A cualquier precio», pensó. Si no la recibía, sus hijas la encontrarían muerta en la

bañera el día menos pensado. O muerta en el supermercado. «Limpieza al pasillo seis, por favor.»

La mujer era fría. El hombre, algo menos. Tenía los ojos amables, y Daria casi se imaginaba que el bigote estaba a punto de cobrar vida propia y empezar a agitarse, como una marioneta que bailara sobre sus labios.

—Como Moira te comentó por teléfono, estamos aquí para ayudar. Pero tienes que comprender que esto es experimental.

—No parece legal.

—¿Eso te inquieta? —preguntó Moira.

—Supongo.

—Y aun así, acabas de firmar los documentos —repitió Moira.

—Nadie me ayuda. Tengo que probar lo que sea, porque no sé cuánto... —Agitó la cabeza de repente, como si no estuviese de acuerdo consigo misma—. Eso no es verdad. Sí que hay alguien. No es una persona, claro, pero tengo mis pastillas. El problema es que no son suficientes. Mi marido... quiere ayudar, pero no me entiende. Mis hijas... —«Las mantengo al margen para que no se contagien de lo que tengo.» Pero ella sabía lo que era la depresión y que no era algo que se pudiese «contagiar». Aun así, se sentía tóxica, como si estuviese cubierta de veneno y las manchara cada vez que les daba un abrazo—. Quiero estar mejor por ellas.

—También deberías querer estar mejor por ti —dijo Bill—. Quizá lo consigamos. Mejorar te de muchas maneras.

—No entiendo.

Bill extendió el brazo por debajo de la mesa y sacó un objeto inesperado: un vaso de poliestireno. Una pajita doblada sobresalía por encima, como el periscopio de un submarino.

—Queremos que te bebas esto —dijo él.

—¿Qué es?

Fue Moira la que respondió:

—Eso es información clasificada.

—¿Quiénes sois? —preguntó Daria—. Esos documentos dicen Firesight, pero no sé quién ni qué es esa empresa. ¿Sois una farmacéutica?

—Tecnomedicina. Medicina tecnológica —aclaró Bill, con una sonrisa en el gesto.

—¿Qué hay en la bebida?

—Es un batido. De leche. Este sabe a chocolate.

—¿Son medicinas? ¿Como uno de esos contrastes de bario?

Moira dijo:

—Eso no podemos decírtelo.

—¿Qué me hará?

—Te mejorará, en general —respondió Bill.

—¿Mejorarme cómo?

—Eso no podemos decírtelo —repitió Moira, con más firmeza en esa ocasión. Como si fuera una advertencia.

—Yo... —Daria sintió una tormenta de ansiedad que empezaba a atronar en su interior. Eran malas noticias. Lo sabía. Lo que le acababa de ocurrir era lo peor de estar tan deprimida que tenía ganas de morirse: tenía el juicio tan trastocado que ya se había arrojado por la ventana y despachurrado contra el asfalto. Se puso en pie y estuvo a

punto de tirar la silla detrás de ella—. Esto me da mala espina. Me voy a casa. Gracias por vuestro tiempo.

Se dirigió hacia la puerta.

Detrás de ella, las dos personas se quedaron sentadas.

Moira alzó la voz:

—Viniste y firmaste los documentos. Estás desesperada por que las cosas cambien, Daria.

Bill habló con un tono de voz más suave y paternal y, cuando lo hizo, Daria se quedó quieta junto a la puerta con la mano extendida hacia el pomo. No la abrió.

—Señora Stewart, parece una mujer que se encuentra en una encrucijada. Uno de los caminos lleva al mismo lugar en el que se encontraba, y que yo diría que no es el ideal para usted. Es un lugar en el que no tardará en morir o en estar muerta por dentro. Por el contrario, el otro camino lleva a algo, algo que sin duda es mucho mejor. Es un tratamiento experimental, pero somos muy optimistas. Lo que le ofrecemos no son medicinas en el sentido estricto. Y sabemos que lo que tiene usted no es solo una enfermedad o una discapacidad, sino tan solo un error que podemos arreglar. No es un error del que usted sea culpable. Tiene que planteárselo como si hubiera nacido unos pasos más atrás de la línea de salida. Queremos solucionarlo con usted. Queremos arreglar sus errores. Queremos ayudarla a vivir más, a ser más feliz y a ser la mejor versión posible de sí misma. Creemos que esa mejor versión está dentro de usted y podemos hacerla salir. Queremos ayudarla a hacerla salir. ¿Nos dejará hacerlo?

—Acaba de firmar los documentos —repitió Moira.

Daria acercó la mano aún más al pomo.

Estaba frío. Apoyó la cabeza en la puerta metálica sin ventana. Se imaginó a Nessie, a Shana e incluso a Charlie.

—Muy bien —concedió.

Se dio la vuelta, volvió hasta la mesa e intentó coger la bebida.

Bill la apartó.

—Aún no, señora Stewart. Tenemos una habitación preparada para usted. ¿Nos acompaña?

## **CUARTA PARTE**

### La señal y la enfermedad

## La primera pequeña traición

El número es 423.

@BotCuentaCaminantes

78 comentarios, 303 retweets, 505 me gusta

### **11 de julio. Afueras de Broken Bow (Nebraska)**

«*P*arece que hay una llanura ahí fuera», pensó Marcy. Las colinas no parecían colinas, sino poco más que sábanas descolocadas. El horizonte era una línea recta y la carretera que los llevaba a él era una larga y recta que casi no estaba pavimentada. A lo lejos, unas turbinas altas y blancas hendían el viento para generar electricidad.

Marcy daba gracias por ser capaz siquiera de asimilar esa información sin sentir cómo unas migrañas se extendían por dentro de su cráneo y luego se disparaban por su cuerpo como un relámpago de miseria. Permanecer junto al rebaño la había cambiado. La hacía sentir más despejada. Aún no se había acostumbrado a estar libre de esa angustia. En su opinión, nunca lo haría.

Los caminantes habían superado con creces las cuatro centenas. Marcy había oído que al pasar por Iowa City, Des Moines y Omaha se unieron más de lo habitual. Como si algo calculase una cantidad exacta y necesaria.

Quizá fuese Dios. Quizá los ángeles. O la energía divina que gobernaba al rebaño, fuera cual fuese. Marcy creía que eran diferentes, que los había bendecido una presencia cósmica exterior. Su relación con el rebaño se había vuelto más intensa, aunque eso no lo sabía nadie más, claro. Ahora no solo era capaz de ver el resplandor de los caminantes, sino que también lo oía. A veces se manifestaba como una canción extraña, como el tintineo distante de un carillón. Otras veces oía a los caminantes. Esa misma mañana había oído la voz de Steve Schwartz, cirujano ortopédico de Cedar Rapids que se había convertido en sonámbulo. Aunque su rostro permanecía impassible y tenía la mirada perdida, Marcy lo había oído pensar a viva voz durante unos momentos. Pensar en hamburguesas con queso, para ser más exactos. El hombre quería una hamburguesa con queso a las nueve de la mañana.

Y a ella también le dieron ganas de comerse una.

Así pues, se lo comentó a uno de los corredores. Los pastores tenían un buen sistema: cada día, designaban a un corredor para que comprase la comida y otras necesidades varias veces al día. Hacían turnos, ya que había que comprar comida para el grupo de pastores, que cada vez era mayor y ya casi superaba en número al de caminantes.



Asegurarse de que todo el mundo tenía lo que necesitaba era todo un desafío, y algunos pastores no querían ni necesitaban que les comprasen nada, ya que disponían de todo lo necesario en una de las docenas de autocaravanas que ahora precedían o seguían al rebaño como búfalos adormecidos. Hacía una semana que el dinero se había convertido en un problema: muchos de los pastores se habían quedado sin trabajo, por lo que habían perdido el sueldo. Algunos disponían de ahorros, pero otros muchos, al igual que la mayoría de los estadounidenses, vivían con lo justo.

Pero con la llegada de la estrella del rock y el enfrentamiento con el ejército, las cosas dieron un vuelco de ciento ochenta grados. Alguien abrió una página de GoFundMe para los pastores, lo que les permitió gozar de una cuantía fija. También había quien hacía donaciones directamente: comidas, tentempiés, ropa, juguetes para los niños, comida de perros para la manada que ya los acompañaba y más cosas.

Los estadounidenses habían cambiado de opinión respecto a ellos. Algunos, al menos. Los caminantes eran una causa a la que merecía la pena apoyar, personas desamparadas, una gran cantidad de víctimas cuya mera presencia creaba más víctimas (y héroes) entre los pastores. El problema era que, en política, cualquier movimiento tenía una réplica igual de intensa y en sentido contrario. Otros se habían puesto más serios y exigido justicia y castigos para aquellos que habían «atacado» el país. Algunos cabrones de extrema derecha querían acabar con los caminantes. Se rumoreaba que uno de los consejeros de Ed Creel había dicho: «Que los metan en campamentos, en jaulas o agujeros excavados en el suelo, y si explotan como petardos, pues que exploten como petardos. Y si alguno de esos que se hacen llamar pastores se interponen en vuestro camino, les pegaremos un tiro como perros que son».

Cuando los periodistas le preguntaron si había dicho algo así, él lo negó.

Pero después alguien publicó la grabación. Y el consejero lo había confirmado.

A continuación, Ed Creel subió como la espuma entre los republicanos.

Eso le preocupaba. A Marcy no le interesaba mucho la política, era una de esas lamentables criaturas que se consideraba de centro, pero empezaba a oler un incendio a lo lejos. Estaba a punto de ocurrir algo. Algo en su interior se preguntaba si, en realidad, el rebaño no sería una línea de demarcación de los territorios de los dos bandos de una guerra civil. Sin duda era un delirio paranoide por su parte.

¿O no?

Ella solo quería disfrutar del brillo del rebaño.

Y de no padecer dolor alguno.

Llegó a sentirlo hasta con los ojos cerrados. Los latidos del resplandor. Ese sonido cálido. La marea de luz.

Cuando volvió a abrir los ojos, alguien se encontraba frente a ella. Era la mujer, Sadie no sé qué. Tenía una expresión inquisitiva en el rostro, y fuera lo que fuese, Marcy sabía que no era frustración. Era una especie de curiosidad muy intensa.

—¿Marcy Reyes? —preguntó Sadie.

—La misma —respondió ella, con algo de cautela.

—¿Podemos estar a solas? —preguntó Sadie—. Para hablar.

—No vais a echarme, ¿verdad?

—No lo haría jamás —respondió Sadie con un tono de voz más animado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro, y si no, que me muera ahora mismo, y todo eso.

—Vale —dijo Marcy.

—Eres un poco famosa —comenzó Sadie.

Las dos caminaban por delante del rebaño, por fuera de la carretera, por la hierba. Las abejas zumbaban entre las exiguas flores silvestres. En la distancia, las turbinas de viento hendían el aire con su fruuush, fruuush, fruuush.

Marcy se aseguró de que quedasen cerca del resplandor. Pero incluso a la distancia a la que se encontraban ahora, sentía una... punzada, como si la uniese a ellos un cable cada vez más estrecho a medida que se alejaba, como un chicle que se estira hasta que está a punto de romperse. Y, cuando se rompiera, temía que el dolor y la confusión regresaran a su cerebro con más fuerza.

—No llego al nivel de Pete Corley —dijo Marcy.

Sadie sonrió.

—Son pocos los que llegan a ese nivel.

—¿Por qué querías hablar conmigo? ¿Te envía el doctor Ray?

—¿Benji? —Ella se rio por lo bajo. Si Marcy no tuviese ni idea, podría haberlo interpretado como una risilla nerviosa. Pero Sadie y Benjamin estaban... juntos, ¿no? O eso era lo que creía ella después de verlos. No era raro. Los pastores habían formado todo tipo de relaciones—. No, no estoy aquí por él, sino por algo que me dijo.

—¿Sí?

—Dijo que para ti el rebaño tiene una especie de... resplandor.

Marcy les dio una patada a unas briznas de hierba.

—Así es.

—Intento descubrir la causa.

—He pensado mucho al respecto.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—A que da igual. —Marcy vio que a la otra mujer no le gustaba la respuesta, por lo que desarrolló el asunto—: Me refiero a que podría ser que estoy delirando y basta, ¿no? Podría ser una ida de olla, que mi cabeza se quedó tan mal después de los golpes que veo y oigo cosas que no existen. También podría ser que fuesen ángeles o espíritus enviados por Dios, o por un dios, o por todo un panteón de dioses. Supongo que esa es la versión en la que me gustaría creer, porque es la que me hace sentir bien, creer que hay algo... ahí fuera. Algo que no soy yo, que nos cuida a todos.

—Háblame más sobre ese resplandor. ¿Qué aspecto tiene?

—Es un... brillo, una luz resplandeciente que los rodea. Como un halo, pero no ese en el que estás pensando, nada que ver con ese frisbi que les rodea las cabezas, sino uno más... —Usó las manos para indicar que se trataba de un brillo que abarcaba todo un cuerpo, para darle forma como se le daría a una figura de arcilla—. Un resplandor. —Se envaró—. No tiene mucho sentido. No se me da bien hablar. No es lo mío, lo sé.

Un joven, un pastor, pasó zumbado junto a ellas en una pequeña motocicleta con unas bolsas metidas en la cesta de atrás. Saludó al pasar, aunque Marcy no sabía cómo se llamaba. Los pastores ahora vivían así: tenían una economía, un ecosistema y zumbaban a su alrededor como las abejas en las flores.

Sadie cambió de tema. Se señaló la cara para indicar un lugar concreto de la de Marcy, como si le dijese: «Tienes una mancha de comida aquí».

—¿Te importa si te pregunto qué te pasó ahí?

Se refería a la cicatriz, claro. La hendidura fruncida que recorría el cuero cabelludo de Marcy, le rodeaba la oreja y le llegaba hasta la parte superior de la mandíbula.

—Me dieron una paliza y me dejaron la cabeza hecha papilla, como una calabaza de Halloween que llevara semanas abandonada. —Suspiró. El recuerdo no la hizo sentir bien, pero tampoco la sacó de sus casillas. Era más bien como una carga horrible, por lo que la había obviado y tirado sus contenidos lo más rápido que fue capaz—. Perseguí a unos drogatas que habían robado una moto. No eran de por la zona, no los conocía. Chicos blancos. De esos que parecen nazis. Fui torpe y me precipité al perseguirlos. Uno me esperaba entre las sombras detrás del contenedor de un restaurante chino. Me tiró al suelo con un bate de un golpe en la cabeza. Después se acercó y me pisó la cabeza con la bota un par de veces.

—Dios, lo siento mucho, Marcy.

—Tuve una hemorragia cerebral muy grave, por lo que tuvieron que hacerme una craneotomía para liberar presión, y también tratar de reconstruirme la cabeza. También estuve a punto de perder el ojo. Me hicieron una craneoplastia con una placa de titanio y unos tornillos para fijarla. También algunos injertos óseos. La rehabilitación fue muy larga. Se me infectó varias veces y tuve que volver al hospital. Fue horrible.

La curiosidad intensa había desaparecido del rostro de Sadie.

—La placa. ¿Es toda de titanio?

—No, también de plástico y de... la verdad es que se me ha olvidado el nombre, pero también de una mezcla de metales. De titanio y algo más. Para que fuese flexible.

—¿Podría ser nitinol? ¿Níquel y titanio?

Eso le sonaba, sí. Asintió.

—Y el implante... Casi perdiste un ojo, ¿no? Por lo que parte de él estará por ahí, ¿verdad? Dentro y alrededor de la cavidad ocular.

Marcy se tocó sobre el ojo derecho.

—Aquí, sobre el hueso. Dicen que el implante quedó muy cerca de mi nervio óptico, y que por eso iba a tener unas migrañas horribles. Pero ya no las tengo.

—¿Por qué? ¿Te lo arreglaron?

—No —respondió Marcy, con una sonrisa de oreja a oreja—. Porque estoy aquí. Porque camino con los caminantes. Y el resplandor hace que todo sea mucho más llevadero.

Benji apenas pudo pegar ojo esa noche. Estaba en otro motel, el Sunset. En el exterior olía a cerveza barata. Y dentro, a moho. Sadie había alquilado una habitación para ella y ahí era donde estaba ahora, aunque cada vez dormían juntos más días.

De hecho, Sadie era la razón por la que ahora era incapaz de dormir.

Hacía unas horas, mientras hablaba con ella, Benji había tenido una sensación... inesperada. Algo había empezado a revolverse en su interior, algo efervescente e imparable. Y le dieron ganas de decirle allí mismo que la quería.

Pero no lo hizo.

Porque ella lo hizo primero.

—Te quiero —dijo Sadie de manera espontánea, como si ella se sintiese igual. Quizá fuese por la forma en la que la había mirado Benji, o quizá fuese cierto que sus almas estaban destinadas a estar juntas, suponiendo que ese tipo de cosas existieran en la vida real.

—Yo... —Benji rio y se dio cuenta de que no era un sonido adecuado para emitir con el rostro de imbécil que se le había quedado, por lo que lo reprimió al momento—. Me río porque yo también quería decírtelo y no estaba seguro de hacerlo.

—Pues deberías estarlo. Siempre. —Sadie hizo una pausa—. La vida es corta, Benjamin Ray. Siempre deberíamos decir lo que pensamos.

—Yo también te quiero —dijo él antes de que ella volviera a su habitación.

Ese nuevo amor que había surgido entre ellos era fantástico. Una sensación maravillosa.

Algo puro que había surgido de la situación en la que se hallaban.

Y eso era lo que lo inquietaba. El mundo estaba... Estaba yéndose a la mierda, hablando mal y pronto. La prensa criticaba sin piedad el sucio enfrentamiento entre Hunt y Creel. China y Rusia habían comenzado a afilar los cuchillos por la manera en la que Estados Unidos trataba el rebaño. Se había vuelto a sugerir la posibilidad de poner al país en cuarentena y de prohibir a los habitantes viajar al exterior para así evitar que contagiaran a los demás. Peor aún: Corea del Norte había empezado a decir tonterías. Afirmaban que la mejor manera de afrontar lo ocurrido con el rebaño de sonámbulos era lanzar un par de bombas nucleares a Estados Unidos. Era imposible, claro. El país no tenía ni para alimentar a sus ciudadanos, por lo que era poco probable que tuviese un programa de armas nucleares convincentes. Pero no dejaba de ser preocupante. Había tensiones por todas partes. La gente había empezado a ponerse nerviosa.

Y también estaba el rebaño en sí. La manera en la que había muerto Jerry Garlin. La situación empezaba a volverse incontrolable, caótica y desequilibrada. ¿De verdad era el mejor momento para enamorarse? Benji se dio cuenta de que no había un «mejor momento» para hacerlo, y se encontraba en un momento de la historia que sin duda era mejor que la Segunda Guerra Mundial, la Primera Guerra Mundial, la guerra de Secesión, la Edad Media o... Y la gente se enamoraba también en esa época, ¿verdad?

Pero le hacía sentir egoísta.

E inquieto.

Y solo.

Necesitaba ponerse a hacer algo, por lo que saltó de la cama, sacó el teléfono de Cisne Negro y apuntó hacia la pared en la oscuridad. Se dijo que era para seguir investigando e intentar descubrir algo, pero lo cierto era que lo hacía porque se sentía muy solo. Cassie se había marchado ahora que dirigía la investigación de Garlin. Sadie estaba en su habitación.

No había conseguido progreso alguno con lo de Firesight. La empresa de nanotecnología de la que Benex-Voyager era propietaria llevaba a cabo muchos proyectos para el Departamento de Defensa. Al parecer, cuando se empezó a relacionarlos con el fenómeno de los sonámbulos, habían corrido un tupido velo. Ya no querían hablar. Eso levantó las sospechas de Benji. ¿Estarían implicados? Le parecía absurdo. Lo más seguro es que no quisiesen estar en el candelero ni que se los relacionase de ninguna manera con los sonámbulos, por si se veían obligados a divulgar el uso de tecnología clasificada. El rebaño de caminantes estaba lleno de reporteros y, como vieses a algún ejecutivo de la empresa en una reunión por la zona, seguro que las acciones caerían en picado.

Benji se quedó sentado en la oscuridad e hizo todo lo posible para sobreponerse a la frustración y la soledad.

Solo podía contar con Cisne Negro.

Así pues, lo puso sobre la palma de la mano y decidió repasar otra vez los datos. El total de sonámbulos había cambiado, claro. Ya eran cuatrocientos veintitrés. Ahora aumentaban de manera más esporádica, desde que empezaron a atravesar Iowa y Nebraska. Cuando estaban cerca de un núcleo de población, los nuevos caminantes llegaban con más frecuencia, en grupos de dos o tres. Cruzaban la carretera o incluso maizales para unirse al rebaño.

Pero la proporción se mantenía más o menos igual desde que había comenzado el fenómeno. El rebaño aún era muy diverso tanto en raza como en trasfondo social, pasando por edad, orientación sexual y género. Cisne Negro confirmó una y otra vez que los dos elementos comunes seguían siéndolo: primero, que la inteligencia del grupo parecía estar por encima de la media, al menos con las mediciones que podía llevar a cabo. Y segundo, que todos gozaban de una salud envidiable. Gracias a Dios, había algo que no cambiaba.

Un momento. Dios.

Ni se le había pasado por la cabeza hasta ese momento.

—Cisne Negro, ¿qué sabemos de la afiliación religiosa? —preguntó Benji, por entretenerse.

La respuesta fue igual de sorprendente.

Un cuarenta por ciento del rebaño se identificaba como agnóstico, ateo o no religioso. El sesenta por ciento restante estaba dividido a partes iguales en cristianos, judíos, musulmanes, hinduistas y budistas. A su vez, los cristianos se diferenciaban en bautistas, católicos, luteranos y demás. Aquello no era demasiado representativo de la población. Casi la mitad de los estadounidenses se declaraban cristianos, pero la proporción del rebaño no casaba. Ni por asomo.

Era muy extraño si se consideraba el fenómeno como una enfermedad fortuita.

Pero mucho menos si se consideraba como algo organizado.

¿Y si habían elegido a cada uno de ellos?

Pero elegido ¿para qué? ¿Para perpetrar un ataque?

Se imaginó de repente que cada uno de ellos estuviese lleno de esas pequeñas maquinillas, que la sangre de los sonámbulos estuviese a rebosar de dispositivos microscópicos. Parecía imposible, pero aun así ello serviría para explicar muchas de las situaciones que vivían en esos momentos.

Incluso podría explicar ese resplandor, ¿no? El que había visto cuando Clade Berman hizo pum. Ese rastro de calor que se había elevado por los aires desafiando la tormenta...

Volvió a pensar en esos pequeños invasores, demasiado pequeños como para que el ojo humano los viese atacando a esos cuerpos. No forzándolos a caminar, sino volviéndolos locos y matándolos. ¿Tendría el CDC jurisdicción sobre algo como aquello? Una enfermedad era una enfermedad, ya fuese orgánica o creada por el hombre. Ojalá pudiera hablar con Cassie en esos momentos. Esa mujer siempre tenía un punto de vista diferente sobre todas las cosas. Pero ahora que estaba con la investigación de Garlin...

Se recordó a sí mismo que ya lo haría más tarde. Los medios de comunicación aún no sabían nada de Garlin, ya que estaban demasiado centrados en las elecciones. Y en el rebaño. Y en Corea del Norte. Con suerte, la infección fúngica habría muerto junto con las víctimas.

No obstante, si ya estaba controlada, ¿por qué Cisne Negro se había interesado por

ella? Un brote aislado como ese no era algo que se pudiese anticipar ni controlar.

¿Por qué los había enviado allí? ¿Qué relación tenía todo con la muerte de Garlin?

Benji aún sostenía el teléfono de Cisne Negro en la mano, e hizo una pregunta que había hecho muchas veces antes, y que la IA siempre respondía con una negativa.

—Cisne Negro, ¿existe alguna relación entre el fenómeno de los sonámbulos y el hongo de nariz blanca que mató a Jerry Garlin? ¿Algo que no hayamos visto aún?

Una pausa.

Pasaron varios segundos.

Cisne Negro no respondía.

Benji abrió la boca para repetir la pregunta. ¿Acaso no lo había oído? Pero el teléfono respondió de repente.

Un latido verde.

Un latido rojo.

¿Eso qué significaba? ¿Quizá? ¿Puede? ¿Sí pero no?

—Cisne Negro, no entiendo la respuesta.

El teléfono no se inmutó.

—Necesito algo —dijo Benji, que empezó a oír cómo la frustración se apoderaba de su voz—. Tienes que darme respuestas. Seguro que tienes alguna.

Nada.

Alzó el teléfono y le gritó.

—¡Haz algo! ¡Lo que sea! ¡Une lo puntos! ¡Eres el ordenador más listo del mundo, joder, así que junta todos tus unos y tus ceros para darme una respuesta!

Alguien golpeó la pared en la habitación contigua y gritó.

—¡Que te calles!

Benji había empezado a jadear. La rabia lo abandonó.

Se sintió como un imbécil.

Soltó el teléfono sobre la cama y se quedó allí, sentado en la oscuridad mientras se preguntaba qué pasaría ahora.

Y después, Cisne Negro latió en blanco.

Dos voces surgieron de sus altavoces, entre chasquidos de estática.

Reconoció una de las voces al momento: Sadie.

—...esa mujer es un receptor —dijo Sadie.

La otra voz también era de una mujer, pero sonaba más grave y brusca. Tenía acento de la Costa Este, pero más hacia el sur, no de Nueva York ni de Jersey.

—¿A qué te refieres?

SADIE: Me refiero a que recibe la señal de las máquinas.

LA OTRA MUJER: ¿Cómo?

SADIE: No lo sé. Tiene que estar relacionado con la placa de su cabeza. Hace las veces de receptor. La nanorradio...

LA OTRA MUJER (Suspira): Si ella puede detectar esa señal...

SADIE: Otros no tardarán en hacerlo.

LA OTRA MUJER: ¿Ray sabe algo?

«Ray.» Se refería a él, ¿no? Benji se envaró. No se atrevió a moverse ni a decir una palabra, por si podían oírlo al otro lado de la línea. ¿Era en tiempo real o una grabación? No estaba seguro. ¿Por qué Cisne Negro le mostraba algo así?

SADIE: No, pero lo... sabrá pronto. Ya sospecha.

OTRA MUJER: ¿Estás segura de que no lo has presionado? Se te veía muy ansiosa por implicarlo en todo esto.

SADIE: No, claro que no. Intenté disuadirlo a toda costa, pero él insiste e insiste en reunirse con Firesight. No podremos tenerlo a raya de manera indefinida, Moira. No podré frenarlo mucho más. Y quizá pudiese ayudarnos más si lo supiera todo.

MOIRA: Sigue entorpeciendo la investigación. Si lo descubre... Sadie, ese tipo es impredecible. ¿Quién sabe lo que haría con una información así? Podría revelarlo todo. Si supiese lo que sabemos...

SADIE: Podemos confiar en él. Cisne Negro confía en él.

MOIRA: Lo importante es que él confíe en ti. Sigue así.

Una pausa.

SADIE: Claro.

MOIRA: Estamos juntas en esto, Sadie. Todo está en juego. Todo. No. La. Cagues.

Y ahí se acabó la llamada. Cisne Negro volvió a quedarse en silencio.

Por su parte, Benji se quedó sumido en la oscuridad mientras lidiaba con algo mucho peor que la frustración y la soledad: la traición.

## La sangre vende

*Über allen Gipfeln  
 Ist Ruh.  
 In allen Wipfeln  
 Spürest du  
 Kaum einen Hauch;  
 Die Vögelein schweigen im Walde.  
 Warte nur, balde  
 Ruhest du auch.*  
 (Sobre las cimas  
 hay calma.  
 Entre las ramas  
 apenas captas  
 un rumor;  
 En el bosque, las aves están en silencio.  
 Aguarda un momento,  
 pronto también descansarás.)

GOETHE , *Canción nocturna del caminante II*

**12 de julio. Burnsville (Indiana)**

Matthew se encontraba sentado con su portátil en la sacristía de la iglesia, con los auriculares puestos mientras grababa otro programa de radio. Lo había hecho muchas veces a lo largo de las últimas semanas, desde que Hunt tomara la decisión de retirar las fuerzas de Seguridad Nacional del rebaño de sonámbulos. Había estado en la radio de toda la vida (AM/FM), en la satelital y también en pódcast. Todo desde la comodidad de su iglesia y su hogar.

En algunos de esos programas habían intentado engañarle para que dijese estupideces o se liara con la retórica, pero consiguió librarse y salir del paso sin problemas.

Los programas a los que lo invitaban eran de todo tipo: religiosos, de conservadores e incluso algunos progresistas. También algunos conspiranoicos a los que tampoco es que les hiciese mucho caso. Matthew creía que los extremos eran un problema, fueran del signo que fueran. Siempre había creído que el espectro político era como una serpiente que se mordía la cola y, de un tiempo a esa parte, ambos extremos se tocaban.

Y además, los programas siempre le resultaban iguales.

Ahora mismo hablaba en *Costa Derecha con Bruce Bachelor* , un programa radiofónico de debates de Baltimore que se emitía por la AM, en la WCBM. Al igual que



muchos de esos programas, se lo había recomendado Hiram Golden, con quien Matthew hablaba cada pocos días. Hiram se había postulado como mentor o agente gratuito para él.

Matthew llevaba en el aire unos treinta minutos, hablando sobre el rebaño y la presidenta Hunt y todo eso. Era lo habitual y, cuando ocurría, la conversación no tardaba en desviarse hacia el mismo asunto.

—Dígame, pastor Matt —comentó Bruce, con voz profunda y reverberante, y con un atisbo de acento de Ballmer—. ¿Es esto el Apocalipsis? Me refiero a ese fenómeno al que nos enfrentamos, el del rebaño.

Matthew rio. Trataba de hacerlo cada vez que alguien sacaba el tema. Siempre querían hablar de lo mismo, y él nunca quería hacerlo, por lo que procuraba desviar la conversación para cambiar de tercio. A veces funcionaba, así que tuvo que probar.

—Yo no me centraría en eso —respondió—. Ese es un problema para el futuro o para otro día. Todos vamos a acabar en el mismo sitio, ya sabe, a dos metros bajo tierra, por lo que mi objetivo es encontrar una manera de ser buena persona a ojos de Dios y...

—Claro, sí, eso es muy cierto. Pero lo que quiero decir es... ¿Cómo sería? ¿El Apocalipsis, el fin de los días, el Armagedón?

—Aaah. Pues mire, la verdad es que no lo sé.

—La Biblia lo describe de alguna manera, ¿no es así?

—Sí que lo hace, pero...

—Y usted dice que el cometa que pasó sobre nosotros es similar a Ajenjo, y que esos raritos del rebaño quizá sean una de las señales del Nuevo Orden Mundial, lo que para mí sin duda es obra del Diablo, del Anticristo. ¿Cree quizá que la presidenta Hunt es el Anticristo?

—Yo no me lo tomaría todo de forma tan literal.

—Pero ¿cree que podría ser una especie de Anticristo en sentido figurado? —preguntó Bruce.

—Supongo que podría verse así...

—Es lo que dice usted en sus sermones.

—Sí, pero en sentido figurado.

—Vale, vale. Demos por hecho que no es el Anticristo de verdad, sino que lo representa y que lo que ocurre ahora mismo es algo que también podría ser similar al fin de los días. Dígame, ¿cómo se describe en el Apocalipsis?

Matthew intentó disimular un suspiro. Por una parte, sentía que debía dejar de hablar del tema, ya que cuando agitas las aguas lo único que consigues es atraer a los tiburones. Pero por otra... las donaciones a la iglesia no dejaban de aumentar. Y si esa era la manera de conseguir que más gente descubriese el camino de la luz...

—En teoría —empezó a decir Matthew—, los seguidores del Anticristo empezarían a aumentar y a decir que el bien está de su parte. Habría más guerras y más violencia, hambrunas quizá, peste sin duda... Y por peste me refiero a enfermedades, tanto epidémicas como pandémicas. Aunque la verdad es que no sé cuál es la diferencia entre ambas.

—El sida fue una pandemia, ¿verdad?

—Supongo que sí. —Se notó crispado. Sabía que el sida se había asociado durante mucho tiempo con la comunidad homosexual y no quería asociarlos a ellos con las maquinaciones del Diablo. La Biblia la condenaba, sí, pero la Biblia también condenaba

el divorcio y el egoísmo. Intentó virar con disimulo hacia una imaginería más fantasiosa, para así enfatizar también que todo era metafórico—. Veríamos fuego en el cielo, ángeles que descienden a la Tierra y quizá incluso a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, puede que un monstruo..., un dragón en las alturas, un leviatán bajo las aguas...

—Y si nos invadiesen los hijos del Diablo, los ejércitos de ese supuesto Anticristo, los cristianos tendríamos que plantarles cara, ¿verdad?

—Sin duda.

—Lo han oído alto y claro, amigos. Es nuestra tarea divina evitar que los monstruos nos arrebaten el país. Encended las antorchas, afilad los cuchillos y limpiad y lubricad vuestras armas, por si acaso.

Bruce rio, como si acabara de decir algo divertido.

Matthew quería hacerlo callar y asegurarle que se refería a luchar con el espíritu, con la luz de la Palabra de Dios, pero Bachelor no le dio la oportunidad.

—Pastor Matt, doy por hecho que acudirá al mitin de Ed Creel la noche del 14, ¿no es así?

—Ah, sí, sí. Ahí estaré. Pero también me gustaría decir que...

—Pastor Matt, me temo que nos hemos quedado sin tiempo. Amigos, si quieren ver al pastor Matthew Bird de la iglesia de la Luz de Dios de Burnsville (Indiana) hablar sobre el ejército de sonámbulos y sobre los planes de Dios, ya saben dónde ir a poner la oreja. También estaría bien que dejaran algunos donativos en la colecta del candidato. Muchas gracias, pastor. Y ahora, una pausa para la publicidad.

(No me doy por)  
Satisfecho

Ahora todo está conectado. No solo los teléfonos, las tabletas y las cámaras. También los timbres. Los frigoríficos. ¡Los juguetes sexuales! ¡Los juguetes sexuales hablan entre ellos! Joder, conozco a un tipo que tiene una cámara remota, de esas para cazar, ¿sabes? Pues la cámara habla por internet a través de la señal del móvil. El internet de las cosas, dicen. Más bien es el internet del Gran Hermano. Un puto panóptico. Seguro que esa Hunt y sus brujas progresistas nos vigilan a todos. Incluso es posible que nos controlen. Esas cosas hablan entre sí, y las usan para controlarnos. Como con el fluoruro del agua o las estelas químicas en el cielo. Hacen lo que quieren con nosotros. Lo siguiente será meternos sondas por el culo para registrar nuestra temperatura rectal en una... una inteligencia artificial. Sea como fuere, que sepáis que tenemos un nuevo producto purificante de musculación que os va a dejar locos. Ya veréis lo rocosos que os deja...

ANDER DAVIES , *El programa en SiriusXM por radio satelital*

**13 de julio. Rosebud (Nebraska)**

**H**abía pasado una semana, y la manzana comenzaba a dejar de brillar.

Pete Corley no les dijo nada, claro, para los pastores del rebaño y los mirones de los medios de comunicación él era toda una celebridad, la estrella sobre el escenario y el sol alrededor del que orbitaban. Al menos, eso era lo que se decía a sí mismo. Pero ya sentía cómo empezaban a acostumbrarse a él, cómo había pasado a ser algo del día a día, otro más de la banda. No quería ser otro más de la banda. Quería ser el líder. El dios. ¿Las bandas tenían dioses? Eso molaría, ¿no? Cada banda con su dios de banda. Agitó la cabeza.

Hizo todo lo que pudo para seguir llamando la atención. Hacía unos días le había pagado a Charlie Stewart para que fuera a una tienda de música en Omaha y comprase unos Marshall MS-4 portátiles y la mejor guitarra eléctrica que tuviesen, una Gretsch Electromatic negra y brillante con caja de resonancia. No era la que habría elegido él, pero era lo que había. Punto.

Conectó los amplificadores, enchufó la guitarra y luego se subió sobre la caravana de Charlie como un dios de la guitarra en su cuadriga. Empezó a cantar y a tocar solos y, como era de esperar, repasó alguno de los grandes éxitos de Gumdropper, como *A toda máquina* , *Traqueteo en las vías* , *El carcaj de Cupido* y *Mujer perrito caliente* (que sin duda era la canción más fálica de la historia del rock and roll, que ya es decir). Y también algunas caras B.

La guitarra no se le daba nada mal, pero estaba claro que no era Elvis Vil. Pete era el guitarra rítmica, un apoyo. Elvis era el solista, y ese pedazo de cabrón comemierda era capaz de arrancarle cualquier sonido a la guitarra, como si fuese el mejor amante del mundo y el instrumento su última conquista amorosa. A Pete le ofuscaba constatar que tenía que esforzarse al máximo con el instrumento. No es que esos paletos supiesen distinguir el talento de verdad, seguro que no tenían ni pajolera idea, pero él sí. Y quizá notasen algo al verlo titubear.

Prueba de ello era que la multitud estaba muy concurrida cuando empezó a tocar encima de la caravana, pero al cabo de una hora ya no había tanta gente. Y después menguó y menguó.

Consiguió que algunos volviesen cuando empezó a reproducir los sermones de un pastor de Indiana, un pódcast o programa de radio, un pérfido traidor llamado Matthew Bird (que seguro que era un nombre falso. Pete sabía identificar los nombres falsos, porque había muchos en el mundillo del rock and roll). Bird era un pueblerino de voz apacible que no dejaba de decir que los sonámbulos eran Peregrinos del Diablo y todo eso, que se las daba de compasivo con los muchos avatares de la vida pero después no dudaba en condenar a cualquiera que mostrara un poco de empatía de verdad, como todos los cristianos de pacotilla que había por ahí. Bird era un objetivo muy fácil. Corley subía el volumen para que todos oyesen la cháchara hipócrita y después lo bajaba de vez en cuando para dejar que la multitud abuchease. Él también se mofaba del imbécil ese y decía cosas como: «No veas con la tolerancia de los cristianos, ¿eh?» o «Parece que alguien necesita un buen golpe de Biblia en toda la cabeza». O simplemente: «Menudo gilipollas, ¿no?».

Eso funcionó durante un tiempo. Sabía que la gente había empezado a pasarse grabaciones de los sermones de Bird, por lo que mantuvo esas brasas encendidas durante un tiempo.

Pero no duró mucho. La gente siguió alejándose de él.

Estaban cada vez menos impresionados por su presencia.

Menos enfadados por lo que decía Bird.

Menos todo.

Se dijo que era porque tenían cosas que hacer. Tenían que cuidar de sus caminantes. Tenían que beber agua, comer bocadillos, relajarse. Les dolían los músculos. Estaban cansados y aburridos. No, un momento. Él sí que estaba cansado y aburrido porque el puto centro del país era un aburrimiento de por sí. Al menos, en Nueva York uno veía cosas. Veías a dos tíos gritándose por culpa de las verduras, olías carritos de comida halal o la peste a orines que salía de los conductos de ventilación, veías un combate entre una rata y un perro para hacerse con un bagel (*spoiler* : ganaba la rata porque las de Nueva York daban puto miedo).

Pero ¿qué había ahí en medio de la nada?

Hierba. Trigo. Maíz. Soja. Era como si un diseñador gráfico muy vago hubiese cortado y pegado el mismo terreno una y otra vez y otra vez. Clic. Clic. Clic. Tanta redundancia le parecía opresiva. De pronto se sintió atrapado. Como si no pudiese respirar.

Estaba al aire libre, pero se sentía como si se encontrara en una caja cada vez más pequeña.

«¿Como en un armario?», le preguntó una vocecilla.

Una vocecilla estúpida que aplastó como una colilla de tabaco. Y después la retorció

otra vez en su fuero interno, para asegurarse.

Se encontraba apartado, y deambulaba por el lugar saludando y haciéndole los cuernos a quienquiera que se cruzase con él. Tenía el teléfono pegado a la oreja y lo oía sonar, y se sintió irritado y deprimido de repente por los que pasaban junto a él. Irritado porque no le dejaban tener la privacidad que quería para hacer la llamada y deprimido porque no lo acosaban como deberían. Ahora era poco más que un adorno que todo el mundo esperaba encontrarse por ahí.

Una personalidad cualquiera, no única.

«Joder joder me cago en la hostia.»

Alguien cogió la llamada al fin. Lena, su mujer.

—Déjame adivinar —dijo, nada más coger el teléfono—. Vuelves a casa al fin.

—¿Qué? —replicó él, y luego fingió estar horrorizado—. ¿Qué dices, mujer?

—Digo que sé lo que va a pasar ahora. Fuiste ahí para llamar la atención, la conseguiste y ahora esa atención empieza a desvanecerse y quieres encontrar la manera de salir de ahí. Y te estarás preguntando si he dejado una luz encendida para que vuelvas o si habré tirado otra vez todas tus cosas a la Quinta Avenida.

—Deja de decir estupideces —espetó.

—Es como esa ocasión en la que te fuiste a la India para convertirte en... ¿cómo era? Un yogui, ¿no? O como esa que querías vivir como un aborigen australiano. —Oyó el chisporroteo del tabaco y la calada a través del teléfono—. O cuando te largaste a Florida a construir casas para Hábitat para la Humanidad. ¿Cuánto tiempo duraste ahí? ¿Dos días?

—Tres. Construí una casa.

—No construiste una casa.

—Una escalera.

—Pusiste tres peldaños de una escalera.

—Y lo hice gratis. A pesar de que una hora de mi trabajo está valorada en decenas de miles de dólares. Te recuerdo que conseguí que saliese en las noticias.

—Te enfadaste porque tenías que trabajar y porque se dieron cuenta de que solo lo hacías por dártelas de caritativo. La gente que trabaja de verdad para construir casas para los necesitados no te consideró su salvador, así que...

—Me parece fatal que me trates así.

—Así que los dejaste tirados.

—Eres una revisionista de la historia. Conseguí que su grupito llamase la atención y eso les fue útil, a ellos mucho más que a mí. Siendo sinceros...

—Y después volviste a casa con el rabo entre las piernas. Huiste de nosotros para irte con ellos, y luego huiste de ellos para irte con nosotros.

—Eres una faltona y te equivocas, joder. Una cosa te voy a decir. —Se mordió la uña del pulgar—. Una cosa te voy a decir. Te equivocas. Estás muy equivocada. No te llamo para volver a casa. De eso nada. —«Lo cierto es que sí llamaba para volver a casa, pero ahora no lo voy a admitir»—. Llamaba para hablar con los niños.

—Los niños no están. Connor está en clase de batería. —«Joder, batería. Un instrumento de cavernícolas», pensó. Pero bueno, Connor era así—. Y Siobhan está de campamento con la gente de doma clásica.

—¿Qué coño es «doma clásica»?

Sonaba muy pijo, ¿no? Doma clásica, o sea.

—Pues... No sé, Pete. Va de hacer bailar a los caballos.

—Vale, caballos bailarines.

—No, no, de hacer bailar a los caballos. Hay una diferencia.

—Mira, ahora que lo has comentado, quizá sí que debería volver a casa. —Los pastores y el rebaño pasaron junto a él y les dedicó un ademán de despedida exagerado—. Debería volver a casa y cantarles las cuarenta a todos. Obligar a Connor a que toque la guitarra, que es un instrumento propio de un caballero, y también hacerlos ver a Siobhan y a ti que eso de los caballos bailarines no es algo que haga la gente normal, sino algo que se han inventado los ricos. Una estafa. Con un esquema piramidal, seguramente, como la cría de alpacas. Haré las maletas y...

—No.

—¿No, qué?

—Que no vas a volver a casa.

—Volveré si quiero.

—Pues cambiaré las cerraduras y el código de la alarma si es necesario. Tiraré todas tus cosas a la Quinta Avenida o se las daré a la beneficencia más cercana. Me importa una mierda, Pete. Huiste de nosotros y de la reunión de Gumdropper, no te creas que no me he enterado, por cierto, y ya estoy cansada. Estás ahí, así que atente a las consecuencias. Esa gente está contenta por tenerte con ellos, y nosotros no queremos ni verte ahora mismo.

—Quieres el divorcio.

—No, pero considéralo una separación temporal. No quiero que vuelvas hasta que hagas lo que tengas que hacer ahí para descubrir quién eres en realidad, lo que quieres y por qué no dejas de huir.

—Eres una pedazo de zorra —dijo.

Otra calada chisporroteante al cigarrillo.

—Las zorras saben reconocer a otras zorras. Te quiero, cariño. Espero que te hayas curado el golpe en la cabeza.

La oyó fingir unos cuantos besos antes de colgar. Mua. Mua.

Furcia. Puta. Había que ver cómo se las gastaba la muy ilustre.

Le dieron ganas de volver a llamarla para contárselo todo:

«Te quiero, pero no estoy enamorado de ti. Me gustan los hombres, me gustan las pollas. Tengo un amante llamado Landry. Tuvimos dos hijos, pero para hacerlos tuve que drogarme hasta las trancas con todo tipo de estupefacientes. Y también quiero que sepas que Elvis Vil es un mierda y que tengo miedo del éxito o de arruinar ese éxito o... No sé, la verdad es que no tengo ni idea.»

Pete apretó los dientes.

Marcó un número en el teléfono.

Landry cogió la llamada.

—Eres tú.

«Soy yo.»

—Necesitaba oír tu voz —dijo Pete, que intentó no sonar muy desesperado, aunque sabía que estaba fracasando de una manera estrepitosa.

Shana había empezado a quedarse con Arav. Todas las noches, el chico alquilaba una habitación de hotel o de motel en algún lugar con otros trabajadores del CDC, los que

quedaban, ya que habían reducido de una manera drástica el número de técnicos y trabajadores de laboratorio. Iba en coche con el resto, y ella lo acompañaba a pesar de las miradas y los silencios. De vez en cuando, el doctor Ray intentaba entablar conversación, y ella le respondía con una o dos palabras que eran suficientes para terminarla. Pero esa mañana en concreto aún no habían visto al doctor ni a Sadie. Los dos estaban esperando en el aparcamiento, donde siempre, y a Shana le resultaba agradable estar lejos del rebaño. No quería admitirlo en voz alta, pero era cierto. Ahí fuera experimentaba una libertad que no sentía cuando estaba cerca de los sonámbulos. Entre ellos, sentía que no era más que una pastora, alguien que cuidaba de otra persona. Nessie.

Pero allí, frente a esa carretera vacía y sin nada que hacer...

Sentía que podía hacer cualquier cosa y ser lo que se le ocurriese.

Y era una sensación que se veía intensificada por la nueva cámara que le colgaba del cuello.

Era una Canon 5D que se había comprado con la pasta de Corley hacía cuatro días. Le dio bastante dinero como para comprarse también un objetivo adicional, cosa que hizo. Lo que quería en realidad era un objetivo macro, pero tenía la impresión de que no lo iba a usar mucho con el rebaño. Pero hacer *zum* desde la distancia sí que iba a ser útil. Y también la hacía sentirse como una espía de verdad. Ver a la gente desde la distancia...

Se dio la vuelta y le sacó una foto a Arav. El alargado motel destacaba detrás de él, como un artefacto decrepito de tiempos remotos. El sol comenzaba a salir por detrás y proyectaba haces de luz y motas amorfas que punteaban la imagen. Sacó más fotos, y Arav empezó a fingir que le daba vergüenza y a esconderse del objetivo. Después dijo con voz fingida:

—Oh, no. La *paparazzi*. Deja que me compre mi... *macchiato light* y mi tostada de aguacate en paz. Estos *paparazzi* no dejan de seguirme. Oh, no. Qué dura es la vida de una celebridad *millennial* como yo.

—¿A quién se supone que imitas? ¿A Pete Corley? —preguntó Shana, sarcástica, sin dejar de sacar fotos. Clic. Clic. Clic.

—Ojalá. Sería rico.

—Pero no es feliz. El dinero no sirve para arreglar lo que sea que se haya roto en su interior.

Arav le dedicó una risilla escéptica.

—Sí... Pero no sé. A mí me parece bastante feliz.

—No confundas montar escandaleras con ser feliz. No deja de llamar la atención, pero solo lo hace para cubrir el agujero que hay en su interior. Mira.

Abrió las fotos que le había sacado a la estrella del rock y las pasó por la pequeña pantalla de la cámara. Las había hecho con *zum*: Corley alejado del rebaño, a un lado o detrás de la caravana o entre el maíz. Fumando discreto del vapedor o... contemplando la nada. En algunas tenía el gesto torcido. Cuando se le caía la máscara, lo único que había debajo era aflicción y desasosiego.

—Vaya, sí —concedió Arav—. La verdad es que sí parece... ¿triste? ¿Desesperado? ¿Ambas cosas?

—Sí, diría que esa no es la cara de alguien que tenga las ideas muy claras.

—Ya. No creo que hoy en día haya mucha gente que tenga las ideas claras.

—En eso tienes razón. —Shana se mordió el labio. Pensó en algo que no quería decir,

pero luego hizo de tripas corazón y se lanzó—: No te vas a ir, ¿verdad?

—¿Qué?

—Me refiero a que... Sé que Cassie se marchó. Y ese otro tipo, el de la herida en la cabeza, también se marchó y...

—Martin.

—Sí, ese. Me preocupa que te trasladen a otro sitio.

—No quiero irme. Pero también siento que estoy un poco al límite. —Eché un vistazo a su alrededor, seguro que en busca de Benji o de Sadie, ninguno de los cuales había salido del edificio—. Creo que me ocultan algo.

—¿Algo como qué?

Respondió con desesperación.

—¡No lo sé! Es que... Solo es una sensación. Como si estuvieran al corriente de algo, pero no me lo hubiesen dicho. Lo que me parece bien. Estoy bastante abajo en la pirámide, pero pensaba que formaba parte del equipo. Qué le vamos a hacer —dijo de repente, aunque estaba claro que no le parecía bien. Sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de Sadie mientras caminaban—. Así paso más tiempo contigo.

—A mí eso me parece bien, pero tío... No eres uno de los nuestros.

Arav levantó la mano nada más oírlo.

—¿Cómo?

—No te lo tomes a mal. Es un cumplido. Esta gente... Los pastores somos como... pecios. Como barcos de papel en un río hecho de personas. Tú no eres uno de los nuestros. Eres uno de ellos. De los que resuelven cosas, de los que ayudan, de los científicos. De los listillos.

—Pero también puedo ser uno de los vuestros.

—No quiero que lo seas. Quiero que seas uno de ellos. Quiero que arregles las cosas y que descubras la manera de salvar a mi hermana.

Arav se quedó pensando en lo que Shana acababa de decir. Y después asintió con brusquedad.

—Tienes razón... He sido muy autocomplaciente.

—Tienes que volver a encontrar tu ritmo.

—Mi ritmo —repitió mientras asentía—. Sí. Claro. Tengo que encontrar mi ritmo.

—Suena un poco raro cuando lo dices tú, pero no estamos en una pista de baile. Me refiero a que vayas ahí ahora mismo. Te metas en la habitación de Benji y le cuentes lo que piensas. Demuéstrale que vuelves a estar comprometido con la misión y dile que quieres que te tengan en cuenta.

Arav se giró hacia ella con miedo y emoción en la mirada.

—¿Estás segura?

—No necesitas mi permiso. Ve y salva el mundo, tío.

Arav se marchó a la carrera.

Después volvió a toda prisa, le dio un beso y se volvió a ir.

Era incapaz de conciliar el sueño. Lo evadía, lo había esquivado durante toda la noche. La preocupación no, en cambio. La paranoia encontró a Benji, lo atrapó y lo clavó a la cama. Lo enredó con las sábanas mientras él no dejaba de sudar. Pasaron las horas y el insomnio se asentó. Y ahora ya era por la mañana. Tenía la consciencia aserrada como cortada con un cuchillo de carne mellado. Se sentía en carne viva, por dentro y por



fuera. Sadie llamó a la puerta, lista para meterse en el coche con Shana y Arav y marcharse al rebaño, pero cuando la abrió, Benji sabía que había llegado la hora de decidir lo que iba a hacer a continuación.

Lo más fácil sería fingir que nada había cambiado.

Tal vez hubiera entendido mal lo que Cisne Negro le había permitido oír. Quizá fuese una alucinación o un sueño. Una parálisis del sueño que le había hecho oír una alucinación hipnagógica provocada por el estrés.

Quizá Cisne Negro lo había planeado todo. Podía hacerlo, ¿verdad? A aquellas alturas, las inteligencias artificiales eran capaces de falsificar fotos, vídeos y voces. Cada vez les resultaba más fácil.

O quizá fuese real y lo mejor que podía hacer era intentar dárseles de espía. Podía quedarse observando con precaución y vigilar con recelo.

Pero él no era así.

Benji decidió que tenía que enfrentarse a ello en aquel mismo instante o, de lo contrario, lo destruiría. (Y una vocecilla en su interior preguntó: ¿Por eso hizo lo que hizo en Longacre? ¿Porque quedarse de brazos cruzados habría acabado con él?).

Sadie entró en la estancia y debió de ver la cara que tenía. Él solo podía especular sobre su aspecto basándose en sus sentimientos. Se notaba cansado e incómodo, como una tela que hubieran cortado con unas tijeras rotas y oxidadas.

—Espero que no te importe que te lo diga, pero tienes un aspecto similar a lo que vomitaba mi viejo bichón frisé en la moqueta.

—Necesito saber lo que sabes —dijo con voz funesta.

—¿Sobre... mi perro? Ah. Pues se llamaba Mollejita y...

—Sobre las nanomáquinas. Sobre nanorradiación. Sobre... Moira, sea quien sea. Sobre Marcy Reyes y la señal, también...

En ese momento fue Sadie quien adquirió un aspecto cansado e incómodo. Se puso muy pálida.

—Yo... Benji...

Era confirmación más que suficiente. Lo que Benji había experimentado no era una ilusión, ni una alucinación, ni una pesadilla fruto de la paranoia. Levantó el teléfono satelital de Cisne Negro.

—Si quieres saber cómo me he enterado, dale las gracias a tu creación. Me has traicionado. Cisne Negro te ha traicionado. Reprodujo parte de tu conversación con esa tal Moira. ¿Fue anoche? ¿O era una grabación anterior?

Sadie tragó saliva.

—Fue anoche.

—Por eso no viniste a mi habitación. Estabas hablando.

Una pausa.

—Así es.

—Sadie, yo... Es que no sé ni por dónde empezar. —Oyó el latir de la sangre en su cabeza, un susurro irregular—. El rebaño. ¿Están... infectados de alguna manera? ¿Con qué? ¿Con nanopartículas?

—Con máquinas —dijo ella, con voz quebrada.

—Y tú eres la responsable.

—No. Las cosas no son así...

—Pero lo sabías.

—Sí, lo sabía.

—Firesight, pues. ¿Ellos son los responsables?

—Sí, pero... No es fácil de explicar.

—¡Sadie! —dijo él, mientras se ponía en pie de repente, con un grito inquietante—. Has traicionado al CDC. Me has traicionado a mí. Al rebaño. Al país. ¡A todo el mundo! Por esto podrías..., podrías ir a la cárcel. Tenemos que hablar con el FBI. Tienes que contarlo todo.

—Necesito que confíes en mí —repuso ella con voz apremiante. Unió las manos, como si pretendiese que Benji se apiadara de ella—. No es lo que parece. Puedes venir conmigo. Iremos a Atlanta. Puedo enseñarte cosas. Podría...

—¿Enseñarme el qué? ¿Esto era una especie de proyecto secundario? ¿Qué son esas cosas? ¿Para qué sirven? —Benji sintió náuseas. Las cosas se habían complicado mucho, como si una pesadilla lo hubiese seguido desde los sueños hasta la realidad—. ¿Y qué tiene que ver Marcy Reyes con todo esto? ¿Cómo que es un receptor? Dijisteis algo sobre una... una señal...

Alguien llamó a la puerta.

Sadie y Benji se pusieron en pie despacio y se miraron.

—Es probable que sea Arav —aventuró ella, tensa.

—Joder. Sí. —Benji pasó a su lado y abrió la puerta. Tenía razón. Arav estaba de pie al otro lado con los ojos bien abiertos.

—Arav, no llegas en buen momento. Bajaremos cuando estemos listos.

—¿Señal? —preguntó Arav—. ¿Qué señal?

## Trapos sucios

### **Siete muertos en un tiroteo de instituto por la zona de Portland**

Por MAGGIE TOWNSHEND , *Washington Post*

Cuatro estudiantes y tres profesores han muerto hoy en el instituto de Clackamas Creek a manos de Timothy Grosser, un antiguo estudiante que también murió a causa de un tiro disparado por él mismo. Desiree Osgood, la directora del instituto, ha dicho que Grosser era un estudiante problemático a quien habían expulsado por pintar símbolos de supremacistas blancos en las taquillas y por amenazar a estudiantes de colectivos marginales. Ed Creel, el candidato a la presidencia por el Partido Republicano, comentó su opinión al respecto en un mitin este martes y dijo: «Son esos caminantes. Hemos perdido las formas y ahora azuzamos a un puñado de pecadores terroristas. Los nervios están a flor de piel y deberíamos estar preparados para que haya más violencia de este tipo, no menos».

### **13 de julio. Burnsville (Indiana)**

La entrevista radiofónica le perturbaba. La preocupación se apoderó de Matthew como si fuese un olor extraño que no pudiera obviar. Quería hablar, pero también debía ser sumamente cuidadoso con la manera en que expresaba su mensaje. Un mensaje de amor y esperanza siempre era mejor que otro de castigo y sentencia. Pero tampoco podían desvincularse esas cosas de la Palabra de Dios, ¿no? El Todopoderoso era un padre comprensivo, pero todos los padres tenían que ponerse duros de vez en cuando.

Por el momento, Matthew tenía problemas mucho más sencillos:

Necesitaba una camisa.

Una sencilla, que fuera bonita y de vestir, pero de manga corta, ya que hacía muchísimo calor. (Sentía cómo el sudor le caía como melaza por la espalda hasta con el aire acondicionado en marcha). Tenía una reunión con Hiram Golden en una hora. Hiram le había propuesto convertirse en su representante, por lo que iban a formalizar el trato. Lo único que no le convencía es que Hiram quería que dejase la iglesia durante un tiempo. No cerrarla, claro, pero sí abandonarla durante unas semanas para centrarse en los medios de comunicación y en las charlas.

—Ganarás un buen dinero —dijo.

—No puedo cerrar la iglesia —le respondió Matthew—. Sería como pedirme que me dejase de latir el corazón.

Hiram rio entre dientes y dijo:

—Ya veremos. Esto es una negociación, Matthew. Vas a ver la luz, amigo.

Lo más seguro era que aquel día comprasen algo para comer. Se dirigió al armario en

busca de una camisa, pero no la encontró. No había ninguna.

Llamó a Autumn. No respondió. Volvía a estar fuera de casa. Había empezado a salir. Mucho. De compras (ahora que tenían bastante dinero) o al parque («Para disfrutar de la obra del Señor», le había dicho). Lo cierto era que Matthew la había notado mucho más feliz de un tiempo a esa parte. Tenía la mirada algo más soñolienta, pero sonreía, reía y parecía más contenta en general, tanto que hasta la recordaba como cuando se habían conocido. Eran unos gestos y una chispa que habían desaparecido hacía mucho tiempo, y Matthew se alegraba de volverlos a ver.

Sabía que todo aquello se debía a las pastillas. No era obra de Dios. No eran las oraciones. Era ese pequeño bote de pastillas de la felicidad.

El que le había dado Ozark Stover.

Matthew apretó los dientes e intentó pensar en otra cosa.

Uno de los problemas de tomarse las pastillas y verlo todo de una manera mucho más despreocupada era que se olvidaba de algunas cosas, como la transmisión de un vehículo que empieza a fallar. El día anterior se había olvidado de vaciar el lavavajillas. Tres días antes, había salido y se le había pasado por completo ponerle gasolina al coche, por lo que había tenido que llamar a la Asociación Americana del Automóvil para que le fuesen a llevar combustible. Qué vergüenza.

Matthew fue al lavadero y abrió la secadora...

Y ahí estaba. Una montaña de ropa metida a presión en el interior.

Empezó a removerlas.

—Mis camisas —dijo—. Joder, Autumn.

Matthew cogió la montaña de ropa de una vez, como un Atlas que levantase la Tierra, y se dirigió entre tambaleos al dormitorio. La tiró toda en la cama (que estaba sin hacer).

Algo rodó y cayó al suelo.

Dos algos, para ser más exactos.

Se agachó y encontró un par de cartuchos de escopeta.

No eran grandes. Eran esos tubos de plástico verdes y estrechos, más estrechos que su dedo índice. Uno estaba entero y listo para disparar; el otro, usado. Parecían ser de una pequeña escopeta de caza.

Miró la ropa y vio que mezclada había ropa de Bo. Y Matthew sabía que los cartuchos no eran suyos.

Eso significaba que eran de Bo.

Así pues, el chico había usado armas de fuego después de que Matthew se lo prohibiese de manera explícita. Aún no habían tenido tiempo de reunirse con Roger para aprender los entresijos de las armas, y eso significaba que Bo había hecho caso omiso de sus órdenes.

¿Significaba eso que Ozark había hecho lo mismo?

Matthew se dijo que era imposible. Ozark era respetuoso. Era una persona muy sincera. Lo más seguro era que Bo lo hubiese hecho con sus amigos y sin contar con el permiso de nadie. Pero eso dejaba otra pregunta en el aire:

¿Qué amigos?

Matthew soltó un gruñido de descontento y luego se dirigió a la habitación del chico. El hedor tan particular de la estancia volvió a golpearlo en el rostro como un calcetín sudado. Hizo una mueca y empezó a rebuscar en la ropa y todo lo que había tirado por el lugar. Echó un vistazo debajo de la cama. (Allí encontró una fiambarrera llena de algo que

había sido Chile y que comenzaba a pudrirse). Miró el armario y encontró una gran cantidad de camisas negras y vaqueros que no estaban colgados, sino amontonados debajo. Después se acercó a la cómoda que había en un rincón y empezó a abrir cajón a cajón.

En el segundo empezando por debajo encontró porno.

Revistas pornográficas, para ser más específico. Algo que ni sabía que se siguiera vendiendo. Ahora la mayoría de la gente veía el porno en internet, ¿no? Matthew se lo tomó con filosofía. Eso sí, no lo compartía, porque era pecado. Esas jóvenes y mujeres no eran objetos del deseo, sino criaturas de Dios igual que él. No tenía intención de premiar un sistema que se aprovechaba de ellas, ni tampoco de alabar a esas mujeres que habían tomado decisiones tan cuestionables y pecaminosas. (Sí, le habían dicho que algunas de ellas elegían ese tipo de vida, pero lo cierto era que él no se lo terminaba de creer).

Las revistas parecían muy usadas. Algunas *Penthouse* y *Hustler*, todas de hacía unos diez años. También tres *Easyrider*, que eran de los años ochenta, y en las que salían moteras vestidas como si fuesen los años setenta, todas ellas con el pelo muy largo, tanto arriba como abajo. Matthew notó que se le aceleraba el pulso al mirarlas, por lo que las volvió a meter en el cajón y lo cerró con fuerza.

Ya hablaría con Bo al respecto cualquier otro día.

Abrió el último cajón.

Vaqueros, calzoncillos, pantalones cortos. Metió la mano...

Y encontró algo duro y cuadrado debajo de la tela.

Apartó la ropa y vio que se trataba de una caja de munición. Cartuchos de escopeta más grandes que los que había encontrado en la ropa limpia. Del calibre 20.

Pero ¿dónde estaba el arma?

## La respuesta definitiva

El futuro es una puerta. Dos energías, energías que controlamos como cuadrigas cuyos caballos azuzamos con el látigo, caballos que sacan las ruedas de los surcos con espumarajos en la boca y un vigor iracundo mientras se dirigen a esa puerta. La primera de esas energías es la evolución. La humanidad que cambia, que crece y que se vuelve mejor de lo que era. La segunda es la perdición. La humanidad que hace todo lo que puede para mostrar su peor cara. Una marcha hacia la autodestrucción. El futuro es una puerta por la que solo puede cruzar una de esas dos energías enfrentadas. ¿Evolucionará la humanidad y se convertirá en algo mejor? ¿O nos cortaremos el cuello con los cuchillos que nosotros mismos hemos fabricado?

La futurista HANNAH STANDER en una conferencia dirigida a los estudiantes de la Universidad Estatal de Pensilvania: *Apocalipsis versus Apoteosis. ¿Qué nos depara el futuro?*

### **13 de julio. Valentine (Nebraska)**

Los tres pararon el coche en el exterior de unas instalaciones con trasteros en ruinas que había al sur de la pequeña ciudad de Valentine, situada a unos ocho kilómetros del lugar donde se encontraba el rebaño y a once del motel. La gravilla crujió bajo las ruedas del coche de alquiler como si de palomitas se tratase.

Benji miró a Sadie, que se encontraba en el asiento de al lado.

Ella le dedicó una sonrisa fugaz. Él no se la devolvió.

—Sigo sin entender nada de lo que está pasando —dijo Arav desde el asiento de atrás.

—Ya lo entenderás —respondió Sadie, que salió para hablar con el encargado del lugar, un hombre de grandes caderas con las mejillas llenas de marcas y una gorra de Kubota. Se acercó con parsimonia y le dio a Sadie un portapapeles. Desde el interior del coche, Benji y Arav vieron cómo lo firmaba. El hombre le dio una llave.

—¿Qué está pasando? —preguntó Arav—. Doctor Ray, Benji, yo...

—No lo sé —respondió Benji. Y era cierto. No lo sabía.

Sadie hizo un gesto para que avanzaran con el vehículo mientras la puerta metálica empezaba a abrirse automáticamente entre traqueteos. Benji obedeció.

Se dirigieron a un trastero que se había alquilado hacía poco. El 42-D.

Benji le había preguntado: «¿Por qué aquí? ¿Por qué un trastero?».

Ya le había dicho que no pensaba volar a Atlanta, que lo que quiera que tuviese que decirle tendría que hacerlo allí para permanecer cerca del rebaño. Ella había aceptado y

llamado para alquilar ese trastero.

En cuanto al porqué:

Porque quería cuatro paredes lisas para las proyecciones de Cisne Negro. Y quería que fuese un lugar lejos de oídos y ojos de curiosos. Y los trasteros eran, al fin y al cabo, lugares muy privados donde no había nadie para vigilarlos. Ciertamente, había guardias de seguridad, pero no en el interior de cada uno de los trasteros. Aquel estaba cerca del motel, por lo que Sadie había llamado y ahora estaban ahí. Cuando salieron, Benji había echado un vistazo alrededor, presa de la paranoia. Esperaba oír un disparo o ver a alguien con una máscara negra dentro de un coche con el que pretendía atropellarlo. (Un coche o una ambulancia, como la que había robado los cuerpos en Pensilvania). Pero solo se topó con el silencio sepulcral del Medio Oeste.

Sadie abrió el trastero con el código y la persiana metálica quedó desbloqueada. Después sacó su maletín de la parte de atrás del coche. Era otro misterio que Benji aún no había logrado desentrañar, pero al final la respuesta fue tan sencilla y mundana que se sorprendió por no haberla adivinado antes:

Usó el maletín para colocar en alto el dispositivo de Cisne Negro.

En el lugar no había ni mesa ni sillas. El trastero estaba vacío.

El maletín hizo las veces de plataforma improvisada.

Después bajó la persiana metálica con gran estruendo. La luz se atenuó hasta dejarlos en la oscuridad. Y en medio de ese vacío, dijo:

—Cisne Negro, soy yo, Sadie.

Una luz blanca palpitó por doquier. A Benji le dio la impresión de que la estancia se ensanchaba con ella, y sintió como si volviese a estar en Atlanta, en la guarida que la inteligencia artificial tenía en el edificio del CDC.

—Por favor, llama a Moira y a Bill —dijo.

Una mujer apareció a la izquierda, y un hombre a la derecha. La mujer era joven, quizá de la edad de Benji. Tenía el cabello cobrizo y un traje blanco. El hombre era mayor, quizá cincuenta o sesenta años, con pelo rapado y corte militar. Tenía un rostro adusto y amargado, y movía los labios y la mandíbula como si tratara de quitarse una semilla de entre los dientes. Ninguno de ellos estaba proyectado como si fuese la típica videoconferencia en Skype o Facetime, hombros, cabeza y rostro, sino que estaban ahí, de cuerpo entero contra la pared. No eran hologramas ni tridimensionales, parecían reales de verdad.

La mujer fue la que habló primero:

—Me llamo Moira Simone y este es William Craddock.

—Bill —apuntilló la proyección del hombre.

—¿A qué viene esto? —preguntó Benji, que se enfadó de repente—. Tenéis mucho que explicar. Algo me dice que habéis perpetrado un delito muy grave contra las personas del rebaño, sus familias, sus amigos... Contra el país.

—No tienes ni idea —lo interrumpió Moira.

—Moira —advirtió Sadie.

Pero la pelirroja continuó:

—Si te vas a ir corriendo al FBI después de esto, pues tú mismo. Pero lo que hemos conseguido se sostiene en un equilibrio precario, doctor Ray. Y me gustaría que lo comprendieses antes de comenzar.

Bill Craddock añadió:

—Hay que tener en cuenta las consecuencias.

Benji y Arav se miraron. El joven parecía confuso, además de estar muy asustado.

—Continuad —los animó Benji.

Moira asintió.

—Cisne Negro, muéstranos el mapa.

Apareció un mapa rojo y muy básico de Estados Unidos.

Después, un latido de luz amarilla con forma de punto que se colocó sobre Texas.

—San Antonio —dijo Bill.

El mapa se colocó en la pared que tenían detrás, una maniobra confusa que hizo que Benji se sintiese como si se encontrara en un parque de atracciones. Después pasó a reproducir un vídeo. Ya lo había visto: mostraba lo ocurrido en la revolucionaria ceremonia de Jardines Garlin. Jerry Garlin estaba sobre el escenario y trataba de espantar los murciélagos que no dejaban de acosarlo. La gente gritaba y se alejaba a la carrera. Las criaturas se limitaban a hacer lo que hacen los murciélagos cuando la gente los asusta: buscar a la desesperada algún lugar en el que posarse.

—Esto ya lo había visto —dijo Benji—. La infección consiguió contenerse.

El vídeo desapareció y en su lugar apareció otra vez el mapa.

—¿Seguro? —El rostro de Moira tenía una expresión implacable.

En ese momento, aparecieron dos líneas que se extendieron desde San Antonio hasta cuatro puntos diferentes del país: dos en Texas (Austin y Dallas), uno en la Costa Este (Richmond, en Virginia) y otro en la Costa Oeste (San Diego).

Benji recordó que Cassie le había dicho que había otras tres personas infectadas. Luego preguntó:

—¿Esos son los otros tres infectados?

—Así es —convino Sadie.

—El punto más importante es el de San Diego —dijo Moira.

Y lo miró. Surgieron nuevas líneas desde San Diego que se extendieron por el resto del mundo a medida que el mapa se ampliaba. A Berlín. A Pekín. Luego a Boston, San Diego; Florida, Naples. Cerca de los Everglades.

—Ese punto. Es Garlin —dijo Benji.

—Correcto —confirmó Bill Craddock.

—Son los viajes que realizó durante esos meses —explicó Moira—. Garlin se marchó ese día de San Antonio y luego viajó por todo el mundo. No una vez, sino varias. La Costa Oeste. La Costa Este. Alemania. China. Florida. Texas. Y la gente con la que se reunió también viajaba por todo el globo: ejecutivos, inversores, directores de turismo, arquitectos. Todos se estrecharon las manos y compartieron almuerzos, respiraron el mismo aire. Bueno. Cisne Negro, muéstranos la segunda ola.

Apareció una gran cantidad de puntos. A ojo, eran varias decenas. Puede que cincuenta o más. Todas cercanas a los lugares en los que había estado Garlin o cerca de donde se habían asentado los otros infectados.

«Oh, no.»

No eran solo tres infectados.

Eran tres vectores de infección. Era eso, ¿verdad? La situación no estaba controlada.

Arav fue el siguiente en hablar, con tono preocupado.

—Veo cincuenta y dos puntos más. ¿Son... más personas infectadas con el patógeno? ¿Es el mismo que mató a Garlin?



—Correcto —respondió Bill.

—Madre del amor hermoso —exclamó Benji.

Trató de imaginárselo. Un charco en el que cae una gota y empieza a formar ondículas. Después, más gotas: dos, luego cuatro, diez, gotas que también crean ondículas. Pronto empiezan a llover gotas, ondículas sobre ondículas, hasta que las aguas tranquilas del charco se agitan tanto que solo hay ruido y caos. El estruendoso sisear de la lluvia. El charco está tan lleno que empieza a rebosar y se convierte en un estanque, en un lago, en un océano en el que podría ahogarse todo el mundo.

—La presentación de Jardines Garlin fue hace seis o siete meses —dijo Benji, aterrorizado—. Si se extiende así..., si es contagioso... Tiene un enorme...

—Un periodo de incubación muy largo —comentó Arav.

—De tres a seis meses —explicó Bill.

«De tres a seis meses». Eso significa que podría ocultarse. No era que no se contagiara, sino que cuando lo hacía se quedaba a la espera. Se ocultaba. Como otros virus lentos y desagradables, como la rabia o el VIH. No dormía, sino que se quedaba a la espera. Pero no hacía nada. Latente, y aun así se seguía contagiando mientras acechaba en las sombras.

Más gotas de agua que formaban estanques, lagos, océanos.

Copos de nieve que terminaban por formar una avalancha.

Cuatro individuos que habían sido el comienzo de una pandemia.

De un apocalipsis.

Moira continuó:

—Tienen que transcurrir de tres a seis meses desde el contagio. Jerry Garlin murió seis meses después de entrar en contacto con los murciélagos de San Antonio. Los síntomas empezaron a manifestarse al cabo de un mes, pero eran los de un resfriado común y corriente. Muy cabezón, pero fácil de infravalorar. La enfermedad se vuelve contagiosa cuando aparecen esos síntomas. El resfriado de Garlin duró dos meses. Y después comenzó la demencia. No lo bastante como para asustarse mucho... de momento. Era fácil de confundir con un síntoma del estrés, o de la edad, o con un simple despiste. Pero durante los meses finales, esa demencia empeoró de manera sustancial a medida que los micelios se hundían más en el cerebro, como unos gusanos que reptasen a través del barro. La nariz, los ojos y la boca empezaron a quedar cubiertos de una costra blanca, como les ocurre a los murciélagos en el hocico. Pero a los humanos no les salen llagas ni heridas, no. El daño es casi todo interno, cerebral. La demencia resultante se vuelve tan aguda que hasta se pierde la conciencia. La muerte no es producto de la infección, sino de la incapacidad del cuerpo para vivir y de la persona para sobrevivir a ello. La locura empieza a brotar. Amnesia. Es más o menos lo que les ocurre a los pacientes de alzhéimer, como si encendiesen los fuegos de la cocinilla y luego se marcharan sin apagarlos. Como si se subiesen a un coche y lo enfilaran hacia un paso de peatones lleno de niños. El afectado empieza a sufrir una aflicción y una rabia carentes de sentido. La mente se deteriora a medida que el cerebro queda afectado. El cuerpo es lo siguiente, como por otro lado cabría suponer.

Benji trató de asimilar la información durante unos momentos. Se sintió mareado. Le dieron ganas de vomitar. Miró a Arav, quien tenía el rostro ceniciento.

—Creo que lo has entendido —dijo Bill.

Benji lo había entendido. Se enfrentaban al peor de los escenarios posibles. No solo se

trataba de una enfermedad mortal, sino que además era muy lenta. Era constante y paciente, tal y como la había descrito Moira. La mayoría de los patógenos eran avariciosos y codiciosos. Avanzaban rápido, desesperados por conquistar. Su impaciencia dejaba expuestos al rey y a la reina en el tablero, lo que los hacía muy vulnerables. Pero si este se tomaba su tiempo..., ¿cuánto se habría extendido? ¿Cuántas personas podían estar infectadas en aquel mismo instante sin saberlo?

Benji trató de recordar la cronología del síndrome de nariz blanca en los murciélagos. ¿Cuándo se había descubierto? A principio de 2006. En Howes Cave, cerca de Albany, en Nueva York. Un año después, todos los murciélagos de la zona empezaron a actuar de forma extraña, a salir durante el día, en invierno, a volar como si se hubiesen perdido. A finales de año, la mayoría de los de la zona ya habían muerto. Ese fue el principio. A aquellas alturas, habían fallecido por culpa de la enfermedad más de seis millones de murciélagos, solo en Estados Unidos. Y la enfermedad ya había llegado a Europa.

Las buenas noticias para esas criaturas eran que no solían entremezclarse. Algunas especies y colonias se quedan aisladas de las demás. Son animales sociales, pero solo en sus colonias. Entremezclarse no es lo habitual, por lo que la difusión de la enfermedad fue limitada.

Por otra parte, los humanos no solo eran sociales...

Se entremezclaban. Una y otra vez.

Y viajaban. En aviones, trenes, coches.

Caminaban por las ciudades, los centros comerciales y los aeropuertos.

Ya era verano. ¿Y qué significaba eso? Pues pícnicos. Deportes. Campamentos de verano. Pero a algunas enfermedades no les sentaba bien el verano. La gripe y los resfriados, por ejemplo. Quizá fuese una ventaja...

—¿Cómo sabéis todo esto? —preguntó Benji. Quizá fuera mentira. A lo mejor era una trampa—. Si está tan avanzada, deberíais habernos avisado. Tenéis una responsabilidad que...

—Hay un informe del CDC firmado por Cassie Tran —explicó Moira—. Y aunque no lo hubiese...

—Tenemos a Cisne Negro —comentó Sadie.

Benji la miró. Estaba enfadado con ella por habérselo ocultado todo. Y también confundido. ¿Qué tenía que ver eso con el rebaño? ¿La nanotecnología? ¿Y esa supuesta señal que recibía Marcy?

—Me gustaría saber qué relación tiene con el rebaño —dijo Benji—. Qué hago aquí y cuál es la relación de todo esto con las nanomáquinas, con Marcy Reyes y con el hecho de que Clade Berman explotase como un petardo...

—Cisne Negro —lo invocó Moira—. Abre el documento noventa y nueve.

El mapa desapareció por completo y aparecieron en su lugar varias páginas de un documento que cubrieron la pared que tenían delante. Seis, tres en la parte superior y otras tres en la inferior.

Las páginas contenían cientos y cientos de números dispuestos en filas, uno detrás del otro, como hormigas que avanzan en hilera.

Una especie de código.

—¿Qué ves? —preguntó Sadie.

—No sé. Me parece un galimatías.

—Presta atención. Estás entrenado para ver patrones.

Benji empezó a frustrarse.

—Patrones en enfermedades. No en esto... No sé lo que es.

Era alfanumérico. Líneas, un bloque de código gigantesco. Estaba a punto de repetirle que no veía nada, ningún patrón...

Pero en ese momento lo vio. No era algo espectacular. No era una de esas imágenes del ojo mágico que luego se convertía en un dragón o un barco de vela. Pero sí que vio algo.

La repetición de dos números. Repetidos decenas de veces.

200517.

241222.

Arav también lo vio. Señaló los números.

¿Eran fechas? Parecían tener formato de fecha.

Cada repetición se emparejaba con otro número. 0830, 0930, 1330, 1930. Y así.

¿Horas?

No tenía sentido, ¿verdad?

—Parecen fechas —dijo Benji—. Pero no es posible. La primera correspondería al 20 de mayo de 2017. Pero la última no es una fecha posible.

—¿Y por qué no? —preguntó Moira, que le tiró de la lengua.

—Porque aún no ha ocurrido. ¿Nochebuena del año 2022? Es el futuro.

Resopló con incredulidad y miró a Sadie...

Ella no dijo nada. Su rostro era una máscara de expectación. La imagen de una madre que tiene a su hijo contra la pared para que admita algo que ha hecho mal.

«Vale. Ya sé por qué no debería de batear con la pelota de juguete dentro de casa y cerca del televisor...»

Le dieron ganas de reír.

—¿Me estáis diciendo que esa fecha sí que ha tenido lugar?

—No —dijo Sadie—. Tienes razón, Benji. No ha ocurrido. Es el futuro. Pero es la fecha.

—¿La fecha de qué, exactamente?

—La fecha en la que Cisne Negro se envió un mensaje a sí mismo.

## Una droga de cojones

Se podría decir que todas las plantas y los animales tienden a alcanzar el clímax evolutivo, ocupar un nicho y estabilizarse en él. Las cucarachas y las hormigas lo consiguieron hace cientos de millones de años y no han cambiado mucho desde entonces. La mayor parte de la biología consiste en esa ocupación reiterativa de un nicho después de alcanzar el clímax. Y muy poca consiste en lo contrario, en establecer nuevas formas, nuevas especies y, menos aún, nuevos géneros. Para que eso ocurra, tiene que haber una alteración de algún tipo, del entorno, y puede ser desde el serpenteo de un río hasta el impacto de un asteroide, el desprendimiento de un glaciar o algo que cree una extensión de tierra.

TERENCE MC KENNA

### **13 de julio. Rosebud (Nebraska)**

Shana se encontraba sentada en el suelo mientras repasaba las fotos que les había sacado a los pastores y al rebaño. En ese momento, la caravana, la Bestia, apareció en el aparcamiento del Sunset Motel. Traqueteó entre petardazos y balanceos, y Shana se preguntó cuántos kilómetros más podría seguir en marcha esa cosa, ya que parecía que no tardaría mucho en caerse a pedazos.

La puerta se abrió de repente.

Pete Corley sacó la cabeza para mirar, apoyado en el marco como un espantapájaros cuyo poste ha empezado a caer al suelo.

—Hola, hola —dijo con una sonrisa de dientes destrozados.

—¿Tú?

—Sí, yo, guapa. ¿Qué le ha pasado a la gente con la que ibas?

—Tenían... cosas que hacer. —Shana no tenía muy claro qué estaba pasando, pero Benji, Sadie y Arav habían salido de la habitación con cara... con cara de que las cosas no iban nada bien. ¿Y algo tristes, además? Dijeron que tenían algo muy importante de lo que ocuparse. Arav ni se disculpó siquiera. Se marcharon. Por eso, ella llamó a su padre para que fuera a buscarla, y ahora... había aparecido Pete Corley por allí—. ¿Dónde está mi padre?

La esperanza se apoderó de ella. ¿Se habría bajado al fin para estar con Nessie?

—Está detrás echándose una siesta. Entra. Te llevo, nena.

—No me llames nena —dijo Shana al tiempo que entraba en la Bestia a regañadientes. Oía un poco raro, como a hierba, a cerveza y a un revelador olor a macho, que estaba a caballo entre demasiada colonia y pedos, sin duda una de las peores velas del catálogo

de Yankee Candle.

Era cierto. Su padre descansaba en la parte de atrás, tumbado bocabajo y roncando. Genial. El héroe del lugar. Menudo modelo digno de seguir.

—No te gusta mucho —dijo Corley mientras se dejaba caer en el asiento del conductor como un saco de huesos. Hizo una mueca de desdén cuando metió la marcha—. ¿Verdad?

—Lo quiero, pero ahora mismo sí es verdad que no me gusta mucho.

—Entiendo. Seguro que mis hijos sienten lo mismo por mí en estos momentos.

—¿Sabes cómo conducir esta cosa?

—Claro que sí. En tiempos, me colocaba y conducía el autobús de la gira mientras el resto de la banda dormía. No será problema.

—¿Estás colocado ahora?

—Solo un poco.

—Vale.

Shana se encogió de hombros y se sentó junto a él, no sin antes asegurarse de que se ponía el cinturón, por si se le ocurría atravesar un maizal o algo así.

—Yo tampoco te gusto mucho, ¿verdad?

—No mucho.

—Te compré una cámara.

—Bien hecho.

—¿Te gusta alguien?

Shana suspiró.

—Ahora mismo, no. Bueno. Mi hermana.

—¿Y ese chaval con pinta de empollón? Se llama Arav, ¿no?

La caravana salió del aparcamiento rebotando de un lado a otro como una caseta de perro amarrada a la parte trasera de un burro de carga. Shana lo miró ceñuda.

—No voy a hablar de mi vida amorosa contigo, tío. Pero bueno, digamos que me abandonó aquí de repente, porque estoy un poco enfadada. Es culpa mía en realidad, porque le dije que fuese a hablar con su jefe y... Mira, la verdad es que no sé por qué te lo estoy contando.

—Porque estás en un confesionario, querida Shana. Suelta el lastre de tu alma. Desatasca las tuberías espirituales de tu ser.

—Eso suena más a baño. Ahora que lo pienso, aquí dentro también huele un poco a baño.

—La limpieza psicoemocional es un tanto sucia, qué le vamos a hacer.

—Que sí.

Notó que el hombre la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué tal la cámara? —preguntó con voz cantarina.

—Está bien.

—Creo que lo que querías decir es: «Está bien. Gracias, señor estrella del rock».

—Estás enamorado de ti mismo, ¿verdad?

Soltó un bufido.

—Alguien tiene que estarlo.

—Anda. ¿Te he tocado la fibra sensible? ¿Ese es tu problema conmigo, que no caigo rendida a tus pies de inmediato para adorarte? —Lo miró a la cara. No, no era eso—. Un momento. Es peor que eso. Es alguien de tu vida. Alguien a quien amas. Tu familia.

—No sabes ni lo que estás diciendo.  
—¿Quién? ¿Tu mujer? ¿Tus hijos? —Se inclinó hacia él para susurrar con malicia—:  
¿Otra persona? ¿Una amante?  
—Cierra la boca. No tengo amantes.  
—Claro que sí. Sí que tienes.  
Él suspiró.  
—Sí, vale. Hay... otra persona.  
—Ajá. Lo sabía. Se huele en ti. Creo que es por ese hedor a culo de los infieles.  
—¿Sabes qué? No creas que no me he dado cuenta de tu... contrataque de judo.  
Intento que te confieses conmigo, pero le das la vuelta a la tortilla para hacer que yo me  
confiese contigo. Me he dado cuenta. Y no me gusta.  
—Yo creo que necesitas a alguien como yo —dijo Shana al tiempo que se reclinaba y  
sacaba los pies por la ventana.  
—¿A qué te refieres?  
—Estás rodeado de gente que te quiere. O que supuestamente te quiere, pero luego  
resulta que no. Yo no siento ni lo uno ni lo otro. No me gustas, y tampoco tienes por qué  
gustarme.  
El hombre arqueó tanto una ceja que parecía que iba a salir disparada de su rostro.  
—Sigo... sin... entenderte.  
—Conmigo puedes ser tú mismo.  
Él entrecerró los ojos.  
—Eso suena bien.  
—Sí, en serio. Puedes contarme la verdad. Y que sepas, señor estrella del rock, que la  
verdad es una droga de cojones.

## El mitin

¡Hoy los estadounidenses tienen la oportunidad de elegir a un candidato que traerá cambios morales de verdad a todo el país! Se acabaron los bebés muertos, el terrorismo y los travelos que se follan a nuestras niñas en los baños. ¡Voy a votar a Ed Creel! ¡Es hora de echar a los políticos de la política!

SATÁN, CON UNA MIRADA LASCIVA: SI HUNT GANA, YO GANO.

JESÚS, QUE APUNTA AL DIABLO CON UNA PISTOLA: ¡NO SI PUEDO EVITARLO!

*Post en el grupo de Facebook EL EJÉRCITO DE JESÚS , marcado como propaganda rusa después de haber sido compartido 400 000 veces*

### **14 de julio. Phoenix (Arizona)**

**D**e la pared detrás del escenario colgaba un cartel, blanco y con letras rojas y mayúsculas:

PROHIBIDOS LOS POLÍTICOS .

Era parte de ese supuesto credo de Creel, y solía decirlo a menudo en mítines como estos. «Quiero echar a los políticos de la política.» El mensaje subyacente era que los políticos echaban a perder el gobierno y que se necesitaba sangre fresca en la Casa Blanca. Creel decía que los políticos eran avariciosos, unos estafadores que iban de buenas personas. Te estrechaban la mano y se la metían en el bolsillo en el mismo movimiento.

Y así era como atacaba a la presidenta Hunt. Decía que era una política consumada y con experiencia. La mentira de un mentiroso, el Diablo vistiendo de Prada. Decía que la presidenta era como una veleta, y que lo había demostrado de nuevo con su gestión del rebaño de sonámbulos: había cedido a la presión pública para ponerles a cargo de la Seguridad Nacional y luego había claudicado ante una celebridad unas horas después. Un truco que Creel también usaba en algunos mítines consistía en poner un cartón recortado con su silueta y tirarle cosas que simbolizaban sus fracasos como presidenta. En este caso, iba a lanzarle a la cabeza unas chancletas para tirar el cartón al suelo.

Unas semanas antes, lo había hecho con una baguete que blandió como si fuese la catana de un samurái. En aquel caso le había roto la cabeza a la figura de cartón. Lo hizo porque Creel sabía que se había bajado los pantalones ante Francia y apoyado a su nuevo supuesto presidente socialista.

Semanas antes de ocurrir aquello, le arrojó unas muñecas de bebé pintadas de rojo. Simbolizaban la defensa de los derechos de las mujeres, o sea, Planned Parenthood, lo

cual equivalía a decir aborto. (Aunque el aborto representaba menos del tres por ciento de las acciones que llevaba a cabo Planned Parenthood, Creel siempre afirmaba que «era un noventa y cinco por ciento y que no dejaban de matar a bebés de estadounidenses decentes»).

El pastor Matthew no sabía qué era lo que tocaba aquella noche, pero sí que el cartón con forma de presidenta estaba sobre el escenario. Un adelanto para que el público se hiciera una idea de lo que se avecinaba.

Hiram se acercó a él sin que lo oyese.

—¿Estás bien?

—Sí, genial —respondió Matthew, que fingió una sonrisa.

—Pareces nervioso.

—Solo un poco.

—¿Es tu primer mitin político?

Matthew asintió con brusquedad.

—El primero.

—Vale. Es un poco sobrecogedor, pero esas personas de ahí fuera son tanto evangelistas como currantes que quizá no vayan a la iglesia tanto como te gustaría. Todos necesitan tu guía. No confían en los políticos ni en las tonterías de los medios de comunicación. Tampoco creen que la ciencia actúe de buena fe y están casi seguros de que el gobierno quiere someterlos a la esclavitud. Pero sí que confían en gente como tú o como yo. Los que decimos la verdad. Ya verás que todo sale bien.

En el escenario, Creel se dedicaba a presentar al siguiente orador. Lo hacía como si fuese un espectáculo de feria: presentaba a todos los invitados pero no intervenía hasta que llegaba lo que él consideraba el acto final. Le tocaba hablar a Skylar Ellis, la exdirectora ejecutiva de la empresa de cosméticos June Bug y que ahora era la portavoz de la Asociación Nacional del Rifle. Iba vestida de rosa de la cabeza a los pies y subió al escenario con un fusil AR-15. El público enloqueció cuando empezó a hablar.

Y también lo vio, allí, junto a ella...

Ed Creel en persona.

Matthew todavía no lo conocía, aunque estaba a punto de hacerlo. El hombre se acercó a él en línea recta: tenía unos andares muy decididos, como si estuviese dispuesto a tirar al suelo todo aquello contra lo que chocase. Sus ayudantes lo rodeaban como si fuesen sirvientas que siguen a la novia para asegurarse de que el velo no se le manche de barro. Mientras se acercaba a Matthew, Creel se colocó bien el traje, le sonrió y le tendió la mano.

—Pastor Matthew Bird —dijo Ed Creel—. Es todo un placer.

El apretón le estalló los nudillos. Matthew hizo una mueca.

—El gusto es mío —dijo Matthew—. Le agradezco esta oportunidad de predicar la Palabra de Dios e iluminar a su público con la Gracia del Señor. Creo que todos la necesitamos en estos momentos.

—Claro, claro. Sin duda. —Creel asintió, pero su rostro se quedó impassible. Miraba a Matthew con gesto absorto, como si mirase al mismo tiempo detrás de él. Ni siquiera detrás de él. A través de él, en realidad. Como si fuese una ventana. Habló con el acento ostentoso de alguien de Boston, brusco y sagaz—. Voy mucho a la iglesia y creo en sus palabras, Matthew. Gracias por aceptar venir a hablarle a mi público.

—¿Tiene algún libro favorito de la Biblia? ¿Uno que le reconforte en los momentos



difíciles? —preguntó Matthew.

La pregunta surgió de la nada. Daba la impresión de ser una prueba, que sabía que el hombre que tenía frente a él iba a superar.

—Claro, sí —respondió Creel—. Todos. Pero supongo que el Evangelio.

Matthew estuvo a punto de preguntar «¿Qué evangelio?», pero Creel volvió a estrecharle la mano en ese momento y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Es usted el siguiente. Lo presentaré, saldrá y dirá lo que tenga que decir. Dispone de cinco minutos. Encantado de conocerle.

Y después, Creel y sus ayudantes se marcharon por donde habían venido.

Hiram interrumpió el silencio posterior.

—Es impresionante —dijo.

Matthew dijo en voz baja:

—No creo que ese hombre lea la Biblia.

—Venga ya, Matthew. Sabes tan bien como yo que esto no va de ser un erudito ni de saberse o no la Biblia —repuso mientras se tocaba la frente—. Va de sentirlo aquí —añadió al tiempo que se llevaba la mano al pecho.

—La verdad es que no estoy seguro de que tengas razón.

—Hasta el Diablo se sabe la Biblia, Matthew.

—Pero al menos el Diablo sabe que hay varios evangelios.

—Cierto.

—Hiram, no sé si...

—Estoy seguro de que Creel ha leído la Biblia, pero... está muy ocupado. Mira a tu alrededor. Esto es un circo y él es el maestro de ceremonias. Tiene que estar pendiente de muchas cosas. Perdónalo, ¿vale?

—Sí, claro. Por supuesto.

Matthew le dedicó una sonrisa forzada y asintió.

Se dio la vuelta hacia el escenario y echó un vistazo desde detrás de la cortina a Skylar Ellis, quien en ese momento hablaba de cómo la presidenta Hunt quería quitarle las armas apelando a unas normas de supuesto sentido común.

—¿Es de sentido común arrebatarte la única manera de defenderte? —preguntó.

La multitud coreó:

—¡No!

—¿Es de sentido común quitarte las armas para que no puedas defenderte de un gobierno injusto?

Otro grito de la multitud:

—¡No!

Después repitió otra de las frases de Creel:

—Una pequeña revolución...

Hizo una pausa y dejó que fuese el público quien la terminase.

—... lo cambia todo.

Y después la multitud estalló con el estribillo:

—¡Hunt es una zorra! ¡Hunt es una zorra! ¡Hunt es una zorra!

Los gritos arreciaban cada vez que Ellis levantaba el fusil para darle más emoción al momento. Después lo bajó, accionó el cerrojo y apuntó al cartón con forma de la presidenta Hunt que había en el otro extremo del escenario.

Matthew le dijo a Hiram:

—No creo que vaya a...

Pum. El sonido del fusil le reventó los tímpanos y le dejó un zumbido en los oídos. Matthew miró detrás de la cortina y vio que el cartón tenía un agujero en la supuesta mejilla derecha y aún humeaba.

El público se volvió loco. Corearon y vitorearon. Alguien levantó un cartel que rezaba MUERTE A ESA ZORRA . Ellis se encogió de hombros y, cuando tuvo la oportunidad de hablar por encima del estruendo, dijo:

—El tiro no ha estado nada mal. Me vale.

Más aplausos. Ellis vio el casquillo de latón a sus pies y lo lanzó fuera del escenario de una patada con sus zapatos rosados de tacón de aguja. Cayó entre el público, y la gente se volvió loca para intentar cogerlo.

Creel volvió al escenario.

—Menudo espectáculo, ¿verdad? —dijo con ese tono que bien podría haber sido tanto el de un hombre de negocios que trata de alcanzar la presidencia como el de un vocero de feria.

Matthew tragó saliva como buenamente pudo.

Se empezó a marear.

—Tengo que pasar rápido por el baño.

—Estás a punto de salir —susurró Hiram.

—Va a dedicar unos minutos hablando. Siempre lo hace. —Un inesperado atisbo de rabia le cruzó la mente y pensó: «Ese tipo no sabe cerrar la boca»—. Solo necesito... Un momento. Volveré...

Se dio la vuelta y dobló una esquina antes de recorrer el pasillo que había detrás del escenario hasta el lugar donde le habían dicho que estaba el baño. Matthew encontró el aseo de hombres entre una maraña de cañerías, en las entrañas del centro de convenciones. Y después pasó de largo, dejó atrás el de señoras y siguió hasta encontrar un cartel con la palabra SALIDA encima de una puerta. La abrió y desapareció tras ella.

## Diagnóstico terminal

Hay una teoría que dice que si alguna vez se descubre exactamente qué es el universo y por qué está aquí, desaparecerá instantáneamente y será reemplazado por algo incluso más extraño e inexplicable. Hay otra teoría que dice que eso ya ha pasado múltiples veces.

DOUGLAS ADAMS , *La guía del autoestopista galáctico*

### **14 de julio. Valentine (Nebraska)**

**H**acía calor. Benji se inclinó hacia delante en el coche y colocó las manos sobre la capota. Se retorció a causa del dolor, entre arcadas. No vomitó nada. No había desayunado ni tomado café. Solo le salió un hilillo de baba que cayó en la gravilla que había por fuera del trastero.

Notó que tenía las orejas calientes. Que le zumbaban y le pitaban. Hizo un ruido con la garganta.

Nada de aquello era real.

No podía ser real. Tenía que ser mentira, una ilusión, una alucinación hipnagógica. Seguro que en realidad estaba en la cama del motel.

«Benji, ha llegado el fin del mundo...»

La voz de Sadie reverberaba en el éter de su mente, con voz cantarina.

«Benji... el fin... del mundo...»

Pasos cerca. Benji alzó la cabeza para mirar con una baba que le colgaba del labio inferior y que no tardó en escupir. Se enjugó la boca. Era Arav, quien parecía estar igual de sobrecogido. Traumatizado.

—Yo... no entiendo nada, doctor Ray —dijo con un hilillo de voz.

—No puede ser cierto —repuso Benji, antes de obligarse a enderezarse con un gruñido. Se volvió a enjugar los labios.

—No es posible. Las cosas que han dicho...

Y, aun así, Benji se temía que todo era cierto.

—¿Has oído hablar del entrelazamiento cuántico? —le preguntó Sadie antes de que tuvieran tiempo de salir del trastero.

—Sí —respondió Benji, quien cada vez más sentía que era presa de un sueño de locos del que no podía despertar—. Aunque mis conocimientos sobre el término son muy de andar por casa.

—Te lo explicaré de forma fácil, puesto que aquí no tenemos mucho tiempo. Dos

partículas entrelazadas se reflejan entre ellas. Si se le hace algo a una, también lo sufrirá la otra sin importar la distancia que las separe. Es un principio conocido como «acción a distancia». Algunas partículas nacen así, y otras pueden forzarse a actuar de esa manera. Cisne Negro se diseñó como un ordenador cuántico, con los cúbits, los bloques de información computacional, entrelazados para asegurar la comunicación, la seguridad y el procesamiento de alta velocidad. Este entrelazamiento permite a Cisne Negro pensar más rápido y, lo más importante, nos aporta una manera de duplicar su «cerebro» para las redundancias. Pero también tuvo un efecto inesperado.

Benji lo comprendió en ese momento, aunque fuese una locura. No era físico, pero todo le parecía imposible.

—El entrelazamiento cuántico trasciende la distancia física e incorpora la distancia temporal. En pocas palabras, es una especie de viaje en el tiempo muy limitado.

Ella asintió.

—Sabía que lo entenderías.

—Eso no es posible. Sin duda.

—Creemos que sí lo es. Cisne Negro se ha comunicado con su yo del futuro.

Benji negó con la cabeza.

—No. No. Te están engañando. Puede que ellos —Señaló a Moira y a Bill—. O puede que Cisne Negro. Es listo. Me ha contado lo que estabas haciendo. Lo he visto dudar y puede que hasta me haya mentido. Es inteligente de verdad, y la mentira es una consecuencia de la inteligencia.

—Quizá. Pero todo lo que nos ha contado se ha cumplido.

—No...No lo puedo creer, Sadie. Es una locura.

—Crees en Dios. ¿Por qué no ibas a creer en algo así?

—Dios...—Respiró hondo. No tenía ganas ni esperaba comenzar una discusión teológica en aquel momento, aunque se hubiese convertido en una de las situaciones más llevaderas de las últimas horas—. El universo tiene sentido. Todo encaja a la perfección. La biología es un equilibrio. También los ecosistemas. El mundo natural no evoluciona a merced de un diseño inteligente, sino como un reflejo de que todo tiene un orden específico. Dios no es ajeno a la ciencia, sino que podríamos decir que es quien la dirige. Todo tiene sentido cuando ves ahí sus huellas. Pero esto no tiene nada que ver. No veo a Dios por ninguna parte. Excepto por esta inteligencia artificial que tal vez se considere divina a sí misma.

—Cisne Negro nunca ha exigido adoración alguna.

—Y aun así le otorgamos mucho poder al pedirle que prediga lo que está por llegar. Y ahora me dices que lo ha hecho de verdad, que de alguna manera, y contra toda lógica, esta máquina se ha puesto en contacto con su yo del futuro. ¿Y qué dijo, Sadie? ¿Cuál fue el mensaje?

—El mensaje que dan todos los dioses y todas las mitologías —respondió ella.

Y fue entonces cuando lo dijo:

«Benji, ha llegado el fin del mundo».

Por recapitular:

El patógeno fúngico era real. EL CDC había confirmado cincuenta y dos nuevas infecciones, pero eso solo era la punta del enorme iceberg que seguía sumergido y oculto. La enfermedad seguiría avanzando durante los próximos seis meses. De hecho,

seguro que ya había avanzado e infectado a mucha gente, pero aún no había pruebas. El patógeno se ocultaba a plena vista. Y a principios del año siguiente, la mayoría de la humanidad estaría muerta o a punto de morir. La civilización habría llegado a su fin.

Era una extinción masiva.

Era una catástrofe que le había ocurrido a otras especies: reducciones drásticas de la población de insectos voladores, de murciélagos, de serpientes o de plantas. Más del cuarenta por ciento de animales del planeta habían experimentado enormes pérdidas de población. Y ahora le tocaba a la humanidad enfrentarse a una de esas reducciones drásticas, quedar reducida a polvo y puede que hasta desaparecer por completo.

Benji les dijo que no era posible, que una extinción era algo que se desarrollaba poco a poco a lo largo de siglos o de un milenio. No era algo rápido como en las películas. Tener un momento crítico era normal, pero no algo tan rápido y despiadado. Eso no tenía precedentes.

Pero luego Moira dijo:

—¿Y la Tercera Extinción?

Es la que había ocurrido entre el periodo Pérmico y el Triásico. Se llamó la Gran Mortandad, y en ella perecieron la mayoría de las especies. Y ocurrió muy rápido, ¿no?

Tenía razón. Era una concurrencia de acontecimientos: un volcán, un cometa, metano en la atmósfera. El calentamiento global a cámara rápida. Aun así, las especies no murieron de repente sino a lo largo del tiempo, pero lo que nos quedó claro gracias a los registros fósiles fue que algunas sí que desaparecieron de la noche a la mañana.

—¿Y si hoy en día ocurriese algo así? —había preguntado Sadie—. Un cometa...

«Un cometa que pasa sobre nuestras cabezas —pensó Benji—. Ajenjo.»

Había leído el Apocalipsis. Sabía que los predicadores y los sectarios de la extrema derecha se habían puesto a hablar en esos términos. Era absurdo. El cometa no tenía relación alguna. Pero la coincidencia le revolvió las entrañas e hizo que se le helase la sangre.

Le pidió a Sadie que se callara.

—O una explosión nuclear —continuó ella—. Un meteoro, un supervolcán o hasta una especie de pandemia...

—¡Para!

Fue entonces cuando se tuvo que marchar. Abrió la puerta del trastero y se tambaleó hacia el aparcamiento. Y, cuando llegó al coche, ya se había doblado sobre sí mismo e intentado vomitar, como si su cuerpo probase a expulsar lo que acababan de contarle. Ahora Arav se encontraba allí junto a él, con el mismo gesto de aflicción en el rostro. Puede que incluso peor.

Sadie los siguió afuera. Ella parecía tranquila. Eso enfadaba a Benji.

—Acabas de decir que vamos a morir todos —dijo él.

—Sí.

—Pero hay más, ¿verdad? El rebaño. Ellos sobrevivirán.

Arav despertó del letargo al oírlo. Él aún no lo había comprendido, pero Benji vio en los ojos del chico cómo las ruedas y los engranajes empezaban a encajar mientras calculaba las extrañas consecuencias de lo que les acababan de contar.

—Me preguntaba cuándo terminarías por darte cuenta —dijo Sadie.

—La misma protección que inmuniza al rebaño contra el clima, las agujas, los cristales rotos o el asfalto los protegerá también contra el patógeno.

—Dios mío —dijo Arav. Se sentó en el suelo, abatido.

Sadie asintió.

—Lo has entendido, Benji.

—Por eso los creasteis —continuó él—. Por eso le enviasteis un vial a Nessie Stewart. Por eso la mayoría tiene dos cosas en común: una inteligencia razonable y una salud envidiable. Son los únicos de la especie que sobrevivirán.

—Los sonámbulos, como los llamáis vosotros, son los elegidos que sobrevivirán al resto de la especie humana, sí. Los últimos de los nuestros. Pero nosotros no desplegamos los nanodispositivos. Firesight los diseñó para intentar prologar la vida de los humanos, y tal vez incluso crear una inmortalidad funcional, pero se readaptaron para esta tarea. En cierto modo, se podría decir que alguien los robó sin permiso.

—¿Quién?

Pero después se respondió a sí mismo:

—Cisne Negro.

Sadie asintió.

—Está claro que esa IA podría describirse como emprendedora si alguien le preguntase en una entrevista de trabajo.

—No es el momento de hacer bromitas —dijo Benji.

—¿Por qué no? Mejor reír que llorar.

—Que te jodan, Sadie.

La mujer se estremeció, afectada.

—Lo siento.

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó Benji.

—Queremos que permanezcáis con el rebaño.

—Esa decisión no me corresponde a mí. Vamos adonde nos asignan. Tú lo sabes mejor que nadie. Y ahora que tenemos esta información...

—Pero tú eres influyente. Loretta te hace caso.

—Cada vez menos. Me han desacreditado. Pero bueno, digamos que sí que me hace caso. Y luego, ¿qué?

—Luego os quedáis. Cuidáis al rebaño. Y ya está.

—No soy pastor: soy un médico. Y me necesitarán en el equipo para hacer frente al patógeno...

—Pensar así no nos llevará a ningún lado —dijo Sadie—. Es demasiado tarde para eso. El patógeno ya se ha extendido por todo el mundo, pero aún no se ha dejado ver. El rebaño es quien te necesita. Lo has hecho bien, por el momento. Y eres mucho mejor que las fuerzas de seguridad. Mejor que Seguridad Nacional, sin duda. —Le tocó el brazo con suavidad, pero Benji se apartó—. La gente no tardará en descubrir qué es Máscara Blanca. Puede que no lleguen a saber cómo acabará todo, al menos al principio, pero la crisis será más acelerada de lo que se espera. Y eso pondrá a los sonámbulos en peligro, porque ellos se convertirán en el único elemento estable de un mundo patas arriba. Tienen que sobrevivir. Necesitan que los acompañe gente lista y cuerda, como tú.

—Máscara Blanca —repitió Benji—. ¿Así es como se llama la enfermedad?

—Sí. Es el nombre que le han puesto.

—Dios. —Después dijo de repente—: Nos vamos. Arav y yo. Tú puedes... quedarte aquí. Quédate ese putito teléfono tuyo, Cisne Negro, y reza para que te ilumine con su sabiduría. —Se sacó el teléfono satelital del bolsillo y se lo tiró a Sadie. Rebotó al caer

contra el suelo—. Veamos si esa inteligencia monstruosa sabe pedirte un taxi. Vamos, Arav. Tenemos cosas que hacer.

Arav y él no dijeron ni una palabra durante el camino de vuelta en el coche. Benji mantuvo la mirada fija en la carretera, aunque a veces sentía que el joven lo fulminaba con la mirada, como si en lugar de ojos tuviese taladros.

(Hasta le dio la impresión de oír el zumbido.)

Doblaron una esquina en la que pasaron junto a enormes turbinas de viento que hendían el aire, hasta que al final abrió la boca para decir algo, cualquier cosa...

Y le sonó el teléfono. El de verdad.

Lo miró.

Loretta.

—Loretta —saludó al cogerlo. Intentó mantener un tono neutro, porque no estaba seguro de qué hacer con toda la información que le había dado Sadie, lo de Firesight, lo del rebaño, lo de la enfermedad...

¿Por qué lo llamaba ahora?

Máscara Blanca.

—Te necesito en Atlanta —dijo la mujer.

Sospechaba la razón.

Loretta continuó.

—Es por una reunión, no es un traslado permanente. Te he reservado un vuelo esta noche. La reunión es por la mañana.

—Loretta, yo...

—Benji, tenemos que remar todos en la misma dirección.

Seguro que habían empezado a sacar conclusiones. No sobre la naturaleza del rebaño, no lo creía. Pero sí sobre el patógeno fúngico. Máscara Blanca.

—Claro —dijo él.

Lo dijo con tono vacío e impasible. Al colgar, le puso una mano en la rodilla al joven y le comentó que tenía que coger un vuelo y que él se quedaría allí para cuidar del rebaño.

—¿Podrás hacerlo?

Arav asintió, y un abismo empezó a abrirse entre ellos.

## La fase de fantasma ambulante

¿Lo más raro? Pues a ver. Soy preparador aquí en Ouray (Colorado). Me dedico a llevar a la gente a cazar, venados mula o ciervos canadienses. Pues hace unos meses estaba solo, y aún quedaba un poco de nieve por Box Canyon Falls. Era por la mañana. Y me dio la sensación de que alguien me seguía. Empecé a dar vueltas mientras miraba entre los pinos, pero no vi a nadie. Después me di la vuelta y algo se agitó en un arbusto que tenía delante y rompió las ramitas del sotobosque. Pensé: «¿Qué coño ha sido eso? ¿Un ciervo? ¿Un oso?». Saqué mi calibre 12 y, en ese momento, aparecieron frente a mí. Tres drones. Pero de los caros, con ocho rotores y una cámara enorme que les colgaba por debajo a cada uno. Oscuros como una viuda negra. Se quedaron flotando en formación frente a mí y juro por Dios que supe que me estaban vigilando. Analizando. Le disparé a uno, pero... predijo mis movimientos y se largó con los otros dos. Algunos de los del pueblo también los vieron flotando sobre los coches antes de irse vaya usted a saber dónde. En mi opinión, buscaban algo, pero ¿el qué?

usuario CAZADOR99 en r/AskReddit en respuesta a la pregunta «¿Qué es lo más extraño que habéis visto estando solos?».

### **14 de julio. Sede del CDC, Atlanta (Georgia)**

No dejaba de hacerse preguntas en el avión.

¿Por qué ahora?

¿De dónde ha salido ese patógeno? Quizá había evolucionado. Quizá fuese algo lo que lo liberó. ¿Lo sabría Cisne Negro? Si lo que había dicho era cierto, quizá sí que lo sabía. Una pequeña parte de Benji se arrepentía por haber tirado el teléfono. Pero también era consciente de que no podía confiar en la IA. Era inteligente. Recordó cómo la había notado titubear antes de darle la información. Cómo había hecho caso omiso de las órdenes de Sadie y compartido con él su llamada con Moira.

Y eso lo llevaba a otra pregunta importante:

¿Por qué él?

Querían tenerlo de su parte. Pero ¿por qué? Seguro que no era solo para liderar el rebaño como un pastor venerable. Había otros más capacitados que él.

«Cisne Negro confía en ti», le había dicho Sadie.

—Sadie —dijo en voz alta en el avión.

El hombre que estaba sentado junto a él, un tipo corpulento vestido de traje y con una nariz que parecían tres tomates cherry unidos, uno grande y dos más pequeños, se giró hacia él y dijo:

—¿Perdón? Yo me llamo Steve.



—Lo siento —se disculpó Benji.

El edificio del CDC. Benji se encontraba sentado en la sala de reuniones cerca del despacho de Loretta. Cassie iba a presidir la reunión. Robbie Taylor también estaba allí, y le dio un abrazo a Benji. Para su sorpresa, también apareció Vargas. Ya no se le veía rastro alguno de la herida en la cabeza y le contó que los médicos le habían dicho que «probablemente» no debería estar haciendo eso y que él «probablemente» les había dicho que se fuesen a tomar por culo. Loretta no dijo nada. Se quedó en un rincón, como una centinela.

Benji se movía y hablaba, pero en realidad se sentía como si flotase, a la deriva. Era como si estuviese desincronizado del resto, como si fuese un viajero del tiempo que hubiera llegado del futuro pero que se negara a advertir a los demás lo que estaba a punto de ocurrir. Siempre y cuando la teoría de Cisne Negro fuera cierta, claro.

Cassie dio por comenzada la reunión.

—El patógeno que mató a Jerry Garlin ha demostrado ser paciente y agresivo —dijo. Después añadió, sin paños calientes—: Es mucho peor de lo que imaginamos.

—Joder —comentó Robbie.

Cassie continuó:

—Se llama *Rhizopus destructans* o *R. destructans*, debido a sus similitudes con el *Pseudogymnoascus destructans*, el hongo que diezmó las colonias de murciélagos. El *R. destructans* no afecta a los murciélagos, pero sí a las personas tocadas por esas criaturas.

Cassie siguió hablando sobre los cincuenta y dos infectados ya identificados, entre los que había otra docena de muertos, como uno de los asesores de Jerry Garlin, un tal Vic McCaffrey. Les mostró una funesta fotografía del hombre, al que habían encontrado muerto en su bañera, con manos artríticas cubiertas por un vello ralo formado por hongos. Unos pequeños túbulos parecidos a lombrices habían empezado a salirle por el cuerpo, estructuras reproductivas ansiosas por soltarse y dispersar las balistósporas que el *R. destructans* había creado. Se había alimentado de él. Le había robado la energía para crecer dentro de su cerebro y de sus cavidades nasales y, tras apoderarse de esa zona, había empezado a hacerlo del resto de su cuerpo.

Benji vio otro objeto en la foto, uno fácil de obviar dada la alfombra de moho blanco y lanudo. Estaba a un lado de la bañera: un revólver del 45. De empuñadura blanca. Benji se preguntó si la locura que se había apoderado del tipo también incluía una fuerte paranoia. Después pensó en cómo sería algo así a gran escala. ¿Qué pasaría cuando algo así afectase a todo Estados Unidos? ¿Y a Europa? ¿A China, África o a todo el mundo?

No solo la enfermedad, sino también la locura que era uno de sus síntomas. La paranoia y la confusión cogidas de la mano. Siete mil millones de personas volviéndose locas justo antes de morir. Intentó imaginárselo. ¿Habría guerras? ¿Se usarían armas nucleares? ¿Sería la humanidad capaz de llevar a cabo alguna estrategia o se rendiría al caos? ¿Habría revueltas de pacientes psiquiátricos que se apoderarían de las calles? O quizá ocurriese todo en silencio y empezaran a llevar a cabo rutinas que aún no eran capaces de comprender, a buscar familiares que ya estaban muertos o a deambular por el mundo inconscientes, tal y como había hecho Jerry Garlin, quien había aparecido en un pantano por razones que nadie sabría jamás ahora que había muerto.

¿De verdad estaba sucediendo aquello? ¿Seguro que Cisne Negro no mentía?

Cassie siguió hablando de mucormicosis, la infección fúngica del cerebro y las cavidades nasales, que solo se producía en aquellos individuos a quienes les fallaba el sistema inmune. Benji echó un vistazo por la estancia. Estaban todos sentados y cautivados. Preocupados, sí, pero también fascinados. ¿Cómo no iban a estarlo? La maldición de un médico consiste en ver más allá de las personas, en ser capaz de procesar la situación en un espectro más amplio. Quienes lo rodeaban ya habían empezado a temer y a respetar la elegancia y el diseño del patógeno.

Benji volvió a pensar en Dios.

Si todo eso era real, ¿podría él seguir albergando a Dios en su corazón? No estaba seguro de ser capaz. Sí, sabía que la Biblia hablaba de un Dios que había tenido la intención de ahogar el mundo con una inundación para castigar a la humanidad por sus pecados, pero siempre se lo había tomado como algo metafórico. O tal vez fuera cierto, pero a una escala menor, una inundación de una región concreta, un lugar que los acólitos de la zona considerasen todo su mundo, por lo que, a todos los efectos, sería para ellos como si Dios hubiese inundado un mundo por completo.

Podía ser que Dios los salvase.

Pero también podía ser que dicha responsabilidad recayese en manos del CDC.

No podía ser Firesight. Ni tampoco el rebaño. Era imposible que la humanidad desapareciese de una manera tan definitiva y con tanta facilidad. Sobrevivirían, de alguna manera.

Como decía la cita de *Parque Jurásico* :

«La vida se abre camino».

Benji interrumpió a Cassie al tomar la palabra. No quería hacerlo. En realidad, casi ni se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Por lo general, solía respetar el turno de palabra, pero esa cualidad había desaparecido debido a la ansiedad del momento.

—¿Cómo de malo va a ser? ¿Cuál es el peor escenario con el que nos podemos encontrar? —Y antes de que ella respondiese, prosiguió—: Sé que te he interrumpido y te pido perdón, de verdad. Soy consciente de que seguro que ibas a dejar para el final lo que te acabo de preguntar, pero estoy demasiado ansioso e incluso asustado por conocer la respuesta.

Todos se giraron hacia él.

Y después hacia ella otra vez.

Cassie llevaba puesta una máscara de impavidez la mayor parte del tiempo, como si todo le importase una mierda. Bueno, quizá un poco, pero no mucho. Ahora se había quedado pálida.

Parecía pasarlo muy mal por el hecho de tener que responder a esa pregunta.

—*R. destructans* es lento y efectivo. Es, al mismo tiempo, saprofítico y termotolerante. —Lo que quería decir que podía sobrevivir en el suelo y era tolerante a los cambios de temperatura, no como otros patógenos fúngicos, que tendían a sobrevivir solo a temperaturas muy concretas de calor o frío—. Este cabroncete es muy robusto. Es un superviviente. Tenaz y cabezota. Por el momento solo tenemos una pequeña muestra, pero... —Y en ese momento, Benji sabía lo que estaba a punto de decir, aunque no fuese el caso del resto—. Tiene una letalidad del cien por cien. Como he dicho, por el momento hemos localizado a otros cincuenta y dos infectados, diagnosticados por resonancia magnética, y esperamos que ese número aumente... de manera significativa.

Los rostros de los presentes en la estancia se retorcieron en gestos de pavor y

conmoción.

Robbie dijo:

—Un momento, quizá no se transmita de persona a persona. Quizá sea como la fiebre del valle, algo en el suelo. —La fiebre del valle era endémica del sudoeste, una espora que vivía en la tierra. Cuando el viento soplabla en las llanuras, levantaba la espora y la arrastraba kilómetros y kilómetros. La gente la respiraba todo el tiempo, pero casi nadie enfermaba.

Cassie negó con la cabeza y respondió lo que Benji ya sabía gracias a Cisne Negro.

—Todos los pacientes del patógeno se concentran en los lugares a los que viajaron Garlin y los otros. No es algo medioambiental.

—Entonces estamos bien jodidos. Todos hemos visto modelos teóricos de posibles brotes y sabemos lo que va a pasar —dijo Robbie—. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Si el patógeno tarda en manifestar síntomas pero se contagia casi de inmediato, tenemos que dar por hecho que la cantidad de infectados que podría haber ahí fuera es enorme. Caminando por ahí, sin ser conscientes de lo que albergan en su interior ni de la facilidad con la que seguramente lo estén propagando. Viajando en aviones. De Filadelfia a Cleveland. De Los Ángeles a Tokio. De Nueva York a Ámsterdam y de Johannesburgo a Dubái. Aún no tenemos manera de detectarlo con facilidad. No hay un medicamento viable aún. No tenemos nada.

Benji asintió.

—Podría haber miles, decenas de miles o incluso cientos de miles de infectados ahí fuera ahora mismo. Ten en cuenta los modelos de Brockmann... —Se refería a los estudios de un físico llamado Dirk Brockmann que inventó un modelo físico de un brote basándose en el transporte aéreo de pasajeros. Los aeropuertos no eran solo una maraña impresionante de tráfico humano, sino que además llevaban a los humanos a cientos o incluso miles de kilómetros de distancia. Al igual que los datos de internet, el tráfico aéreo se movía con presteza y por todo el mundo. Internet transportaba la información, y los aeropuertos transportaban enfermedades—. Piensa en lo rápido que se habrá movido esta cosa por todo el mundo gracias a los aeropuertos. Piensa en lo rápido que se propagó el cólera en Yemen o la velocidad con la que se expandió el H1N1 por todo el mundo. Las colonias de murciélagos han quedado devastadas, y ahora las serpientes... —«Una extinción a escala global», pensó, aunque no lo dijo—. Aunque esta cosa solo mate a un uno por ciento de la población mundial, ya serán setenta millones de personas, casi las mismas que la gripe española de 1918. Sería como si metiese en una tumba enorme a toda la población del Reino Unido. Loretta, tenemos que contárselo a todo el mundo. De inmediato. Hoy. Ayer.

Loretta suspiró.

—Benjamin, eso es una discusión entre Flores y Hunt. Lo único que podemos hacer nosotros es presentarles los datos.

—Sí, y seguro que ellos preferirán tomárselo con calma y ser cuidadosos, porque son políticos. Y no tenemos tiempo para eso.

—No depende de nosotros.

—¡Pues debería! —Oyó su voz. Habló con voz más alta de lo que pretendía, pero no parecía ser capaz de contenerse. De hecho, iba a peor y estaba cada vez más nervioso—. Hemos estudiado modelos de brotes. No solo de los brotes, sino también de las soluciones que se llevan a cabo para atajarlos. Sabemos lo que va a pasar. Necesitamos

usar el teléfono rojo ahora mismo... —Golpeó la mesa con un dedo cargado de insistencia—. Y si no nos hacen caso, tendremos que llamar a los medios de comunicación. Encontrar a alguien con buena reputación en *The Washington Post* y...

—Esto no es Longacre. No filtramos información. Seguimos los protocolos.

—¡Si seguimos los protocolos podríamos morir todos!

La voz de Benji reverberó por toda la estancia. Sonaba como los delirios de un lunático: un loco en una esquina que se dedicaba a profetizar la muerte de la humanidad y la condenación del mundo. Benji ya había asimilado todo lo que Sadie y los demás le habían dicho, y se había extendido por su cuerpo con la facilidad de un virus, un patógeno fúngico.

—Lo siento —dijo antes de marcharse de la estancia.

Quería un cigarrillo.

Benji no fumaba desde que estaba en la Facultad de Medicina, ni pensaba en cigarrillos desde hacía... ¿meses? ¿Un año? Pero en aquel momento sintió una necesidad física en la garganta.

Ahí fuera, en el aparcamiento, era noche cerrada y el ambiente se había quedado húmedo y pegajoso después de la tormenta. Sintió que esa humedad lo envolvía por completo.

Oyó unos pasos detrás de él. Se dio la vuelta.

Cassie.

Respiró con fuerza y deseó que lo que iba a salir de sus pulmones fuera el humo de un cigarrillo. Cuando volvió a aspirar, la vergüenza volvió a apoderarse de él.

—Cassie —empezó a decir—, lo siento mucho. De verdad que no quería pisotearte así.

—No —respondió ella como si no le importase—, no pasa nada. —Sí que pasaba, y Benji le notó en la voz que la había molestado. Pero ella sabía que Benji no era así, y él esperaba que le concediese el beneficio de la duda. Se quedaron juntos un rato, codo con codo. Y ella no lo miró cuando dijo al fin—: Voy a ir con las fuerzas especiales para estudiar a *R. destructans*. Pero deberías ser tú.

—No —dijo él—. Deberías ser tú. Te lo has ganado. Eres buena. Mejor que yo. —Sonrió—. Acabo de arrojar por la borda todas mis oportunidades por culpa del numerito de ahí dentro. O quizá ya las había arrojado por la borda cuando sucedió lo de Longacre. No lo sé.

—Estás cansado. Llevas mucho tiempo con los caminantes. Me alegro de que hayas venido, aunque tengas los nervios a flor de piel.

Él le dio una patada a un charco de agua.

—¿Y los medicamentos antifúngicos? —preguntó Benji.

—La barrera hematoencefálica podría ser un problema —respondió Cassie.

Benji quería gritar para quejarse, pero sabía que Cassie tenía razón. Los antifúngicos no estaban indicados en tratamientos contra infecciones fúngicas cerebrales, que era a lo que se enfrentaban.

—Un momento. ¿Y la caspofungina o la micafungina...?

Eran dos fármacos que habían funcionado bien con las infecciones fúngicas del cerebro.

—Solo son efectivas con la aspergilosis y la candidiasis.

A Benji se le encendió la bombilla de repente.

—Espera. ¿Y la *Rhodococcus rhodochrous* ...?

¡Eso era! Tenía una historia muy exitosa que se basaba en la simplicidad y la inventiva. Era una bacteria que se usaba para retrasar la maduración de los plátanos. Se había descubierto que inhibía los hongos de los murciélagos afectados por el síndrome de nariz blanca. No los curaba, pero reducía la velocidad de crecimiento del hongo durante el tiempo suficiente para que actuase el sistema inmune del animal.

Cassie se encogió de hombros.

—No matará al hongo..., pero podría darnos algo de tiempo.

—Y eso es justo lo que necesitamos. Tiempo. —Benji movió el cuello en círculos y sintió como le crujía, como crispis de arroz, huesos agotados y tensos—. Aún no estabas en el CDC cuando nos enfrentamos al SARS, ¿verdad?

—No, pero lo estudié.

—Cientos de personas cayeron enfermas en un periodo de tres meses. Tenía origen zoonótico: civetas que se vendían de manera ilegal como alimento. China lo ocultó. En febrero, alguien filtró un vídeo en internet en el que se veía a una persona afectada por la enfermedad. El sistema actuó rápido para atajarla. Poco después, la OMS y el CDC identificaron a los pacientes de la A a la J fijándose en el rastro dejado por la enfermedad. A finales de marzo, esos cientos de casos se convirtieron en mil quinientos, algunos de ellos en Canadá. A principios de abril, menos de una semana después, había dos mil quinientos casos en veintiséis países. En julio se había reducido un poco, gracias a que actuamos a tiempo. Y después desapareció. La vencimos.

—Se ha convertido en todo un caso práctico a nivel académico —dijo ella.

—Es cierto, sí. La vencimos gracias a que hicimos lo que había que hacer: detección, investigación, aislamiento.

Cassie parecía exasperada de repente.

—Y también sirvió para que nos diésemos cuenta de lo cerca que estamos de que nos afecte la salud de los animales. El SARS me inspiró para ser lo que soy hoy en día. Es la razón por la que estoy aquí ahora mismo, Benji.

—Lo siento. Ya sabías todo lo que te acabo de contar.

—Los jóvenes lo llaman machoexplicación, tío. Pero te entiendo. Mira, esto no tiene nada que ver con el SARS, eso fue como quitarle el caramelo a un niño en comparación. La tasa de mortalidad de esa neumonía era del quince por ciento. El número de muertos no superó los ochocientos. Es de risa, aunque no dejan de ser muertes, claro. Comparado con la gripe española o la peste negra...

—Millones de muertos —dijo Benji—. Decenas de millones. Sí.

—La gripe española se llevó por delante más o menos a un cinco por ciento de la población mundial. —Dio una palmada—. Tenía un diez por ciento de mortalidad entre la mayoría, el doble en los adultos jóvenes. La mortalidad de la peste bubónica era de un cincuenta por ciento. La de la peste septicémica era de un setenta y cinco, y la de la peste neumónica, la madre de todas las pestes, la mismísima muerte negra..., ¿sabes cuánto tenía? Un cien por cien si no se recibía tratamiento, y los que lo recibían a veces no llegaban a sanar.

—Sí —convino Benji—. Por eso tenemos que actuar. Ahora. Después sería demasiado tarde. Vamos muy retrasados. Nos hemos centrado en los caminantes, que son muy llamativos y raros, pero eso no era más que una atracción secundaria. Una distracción. Por eso ha pasado desapercibido y ahora ya lo tenemos encima. Hemos ido del paciente

A al Z y aún no hemos hecho más que rascar la superficie.

—Es lento. Y eso es malo. Pero también podríamos aprovecharnos. Nos da tiempo.

—Puede —reconoció Benji—. Tienes razón. Avanza despacio, por lo que nos da la oportunidad de investigar durante más tiempo y encontrar una cura antes de que sea demasiado tarde. Tenemos que ser rápidos. Vamos a necesitar la ayuda de la OMS, de todas las farmacéuticas. Tendremos que encontrar un método de diagnóstico y un antifúngico que ataque a esta cosa a través de la barrera hematoencefálica...

—Que ya lo sé —repitió Cassie, con menos amabilidad en esa ocasión.

—Lo estoy haciendo otra vez, ¿verdad? Te acabo de decir cómo hacer tu trabajo.

—Sí.

—Vale. Lo siento, Cassie. Es que... han sido días muy complicados.

Le vinieron a la mente recuerdos en los que se veía en aquel trastero mientras le contaban que había llegado el fin del mundo, que una inteligencia artificial había enviado datos desde el futuro, donde los había descubierto... ella misma. Que había un rebaño de personas diseñadas para sobrevivir, protegidas con un enjambre de nanobots...

Era una locura.

—Lo conseguiremos —dijo ella al tiempo que le ponía la mano en el hombro a Benji.

«No. Si lo que me han contado es cierto, no lo conseguiremos», pensó. Pero no podía ser cierto. Cisne Negro se equivocaba. Lo sabía. Podrían enfrentarse a ello. Iban a vencer.

—Eso espero —dijo él—. Si alguien puede hacerlo, esa eres tú. Estaré disponible por si necesitas ayuda. En cualquier momento del día.

—¿Adónde vas? —preguntó Cassie.

—¿Adónde quieres que vaya? Vuelvo con el rebaño.

Loretta no quería que hiciese nada relacionado con el patógeno fúngico, así que iba a volver con el rebaño, el lugar donde Cisne Negro quería que estuviese. Quizá fuera ese su lugar, le gustase o no.

## La inquietud de los ángeles

### **Usuario de Tumblr: sonic\_the\_otakuhog**

vale, lo he descubierto, he descubierto qué son los caminantes y no hace falta que me deis las gracias... esos pobres diablos vienen del mismo universo que los Osos Berenstein, no Berenstain, el mismo en el que Simbad interpretó esa película de un genio, ese en el que C3PO siempre era dorado, lo he adivinado, cabrones, esto se debe el efecto Mandela, de verdad, activamos el Gran Cosificador de Hadrones ese y pam, ahora estamos rodeados de movidas multidimensionales, de verdad os lo digo, los mundos están chocando entre sí y este es el resultado, aunque ¿quién sabe si esos caminantes están aquí para salvarnos o para matarnos?

Fuente: SONIC\_THE\_OTAKUHOG

454 comentarios

### **15 de julio. Lodgepole (Nebraska)**

La mañana se abrió paso en ninguna parte (Nebraska).

Unas densas volutas de nubes apáticas oscurecieron el sol, incluso a mediodía, y todo parecía un resplandor de dorado pero con una tonalidad oscura e inquietante, la misma que se podía apreciar tanto en un atardecer como en un eclipse solar. Unas sombras de formas siniestras se agitaban entre los trigales.

El paisaje solo sirvió para resaltar la extrañeza de lo que Marcy experimentaba.

El rebaño estaba enfadado.

No los pastores, no. Ellos no tenían ni idea porque los caminantes no mostraban ningún tipo de descontento ni de preocupación. Hacían lo que hacían, avanzar con la mirada perdida como un pulpo en un garaje.

Aun así, estaban enfadados.

Marcy lo sentía. Podía oírlos.

Una cacofonía de susurros que se alzaba entre ellos. El resplandor parecía haber dejado un borrón que se desplazaba como una ameba para... convertirse en algo puntiagudo y errático en algunos lugares, afilado como si fuese la piel de una fruta muy extraña. No tardaron en empezar a formarse unas palabras entre tanta estática, a veces hasta oraciones enteras...

Llegada  
Comienzo  
Box Canyon  
MVP

Máscara Blanca

—¿Máscara Blanca? —preguntó Marcy de repente en voz alta.

Shana se dio la vuelta hacia ella con gesto adusto. Marcy se había olvidado durante unos instantes que la joven caminaba a su lado.

—¿Qué? —preguntó Shana.

—Yo... Nada.

—Has dicho «Máscara Blanca».

—¿Sí? No sé. Solo fue un... —Marcy carraspeó—. Estaba en Babia. Lo siento. —Pero una parte de ella pensó: «Díselo y ya está. Dile que a veces puedes oír al rebaño, que por eso sabías cuándo era su cumpleaños, porque Nessie lo sabía». A veces le daban ganas de decírselo a todo el mundo. «Siguen ahí dentro. Los caminantes no están perdidos. Solo están... ocultos.» Pero Marcy acababa de mudarse con los pastores. Ahora la aceptaban. Decir algo así podría volver a alejarla de ellos, como un caballo que tira de la silla al jinete—. ¿Dónde está tu chico?

—¿Mi qué?

—Arav.

—No tengo ni idea. Lo he visto por aquí, pero ha empezado a actuar de una manera un poco extraña. Pasa mucho tiempo en el remolque del CDC y recibe muchas llamadas. Ha pasado algo. —Shana frunció el ceño—. Y no es un chico, que lo sepas.

—Pues tu hooombre, tía —dijo Marcy.

—Que te calles, que no es mi... No es mi nada. No es mi hombre. Ni mi chico, ni mi colega, ni mi nada. Es un hombre. No somos... no es... Es que ni de broma somos nada. —Shana se quedó en silencio—. ¿Alguien te ha dicho que éramos algo?

—Shana, todos los pastores lo saben. Los pájaros lo saben. Las abejas lo saben. Puede que hasta el rebaño lo sepa. Estáis acarameladitos.

—¿Acarameladitos? ¿Quién dice eso hoy en día?

—Supongo que yo.

—No estamos acarameladitos.

—Vale, vale —zanjó Marcy, que levantó las manos en gesto de rendición—. Me rindo. No estáis acarameladitos y no es tu hombre. Ya lo dejo. Tampoco hace falta que te pongas así.

El resplandor volvió a latir y a expandirse, lo que hizo que a Marcy le diese un vuelco el corazón. De repente, toda la comodidad que sentía gracias a ellos la hizo sentir enferma. No como antes, no, no era un malestar físico. En ese sentido, seguía perfectamente. Era algo más profundo. Ya no era policía, pero eso no quería decir que el instinto siguiese ahí.

Los policías tenían instinto. A veces.

Pues lo que sintió era algo así, un mal augurio, como una música que alguien tocaba con un instrumento desafinado.

—¿Estás bien? —preguntó Shana.

—¿Qué? Sí, claro.

Pero no lo estaba.

—Te he notado algo raro.

—Yo... ¿Qué? No. —No quería seguir por ahí, por lo que decidió cambiar de asunto, de conversación—. ¿Todo va bien con tu padre?

—No tienes por qué hacer de psicóloga conmigo. Ya he tenido que advertirle lo mismo



al imbécil ese que es una estrella del rock.

Marcy se encogió de hombros.

—Digamos que lo hago para distraerme. Alerta de *spoiler* : se podría decir que las cosas son un poquitito aburridas por aquí. Nebraska no es que sea un parque de atracciones, Shana.

No le comentó que también quería distraerse de los susurros sibilantes que no dejaba de oír.

«Máscara Blanca...»

—No, las cosas con papá no van muy bien, que digamos. Se podría decir que es uno de esos admiradores obsesionados con Pete Corley, esa estrella del rock que parece Drácula. Comería insectos si ese tipo se lo pidiese. Creo que en parte también le gusta ser el centro de atención, ya que, como está cerca de Corley, tiene las cámaras oliéndole el culo a todas horas. —Shana le dio una patada a una piedrecilla que empezó a rodar por la carretera—. Pero algo me dice que aún no ha asimilado lo demás. Lo mío, lo de Nessie. Lo de la granja... De hecho, no tengo ni idea de si conservamos la granja o no. No habla sobre el asunto, nada de nada. Y tampoco es que yo quiera hablar con él.

—Al menos tienes una cámara nueva.

—Eso sí. Y también algo de dinero, ya que los de las noticias han empezado a comprarme fotos.

—Dicen que el periodismo ciudadano es el futuro.

—Ah, ¿sí? —Shana se encogió de hombros—. Pues no lo sé. Espero poder seguir así, porque creo que he encontrado mi vocación.

—Hay mucha gente que nunca la encuentra.

—¿Tú la encontraste?

—Yo sí. —Marcy se encogió de hombros—. Pero después me rompieron la cabeza con un bate.

Aunque quizá, y solo quizá, Marcy hubiese encontrado algo nuevo. Allí, en aquel lugar. Con esas personas. Con sus ángeles.

Estaba decidida a hacer todo lo posible por protegerlos.

Cualquier cosa.

## Héroe, cobarde, títere y cretino

Nueva encuesta presidencial: Ed Creel (Partido Republicano): 39 %, Presidenta Hunt (Partido Demócrata): 37 %, indecisos: 20 %, E. K. Mahnke (Verdes): 4 %

@Rasmussen\_Poll

17 comentarios, 2500 retweets, 8700 me gusta

### **15 de julio. Burnsville (Indiana)**

«¿ **E**res un héroe o un cobarde?»

Matthew no dejaba de darle vueltas a esa pregunta en su cabeza, una persecución del estilo Tom y Jerry de esas dos definiciones de sí mismo persiguiéndose una y otra vez. Era lo que tenía en su mente cuando abandonó el centro de convenciones, cuando volvió al hotel para reservar un nuevo vuelo a casa y cuando subió al avión nocturno de vuelta a Indiana o incluso en ese momento, mientras abría la puerta delantera de su casa para entrar.

Héroe.

O cobarde.

La multitud del mitin de Creel, todos esos cánticos, carteles y la rabia que emanaba de ellos como si fuese el humo de un incendio forestal descontrolado, había sido demasiado para Matthew. No dejaba de darle vueltas al asunto. El gentío de una iglesia, tanto si era grande como si era pequeña, transmitía una sensación positiva: la gente buscaba algo, tenía esperanza y deseaba ser mejor. Pero la gente del mitin no era así. Sus componentes no eran más que una feligresía de rabia y terror. Cuando estaba entre bambalinas, llegó a la conclusión de que él no era así. Se había dejado llevar por la imaginación al pensar que podía hacerles algún bien, y tenía que admitir que le agradaban tanto la multitud que iba a verlo a la iglesia los domingos por la mañana como las cada vez mayores donaciones que dejaban.

Pero no se sentía cómodo ni seguro. No era como si le estuviese dando a alguien un apretón de manos, sino como si lo controlasen con unas cuerdas que no podía desatar.

Y tal vez esa fuera la respuesta.

«No soy un héroe ni un cobarde, pero sí que me han usado como un títere.»

«Un títere y un cretino y...»

Suspiró.

Llegó a casa bien entrada la mañana. No había dormido mucho en el avión, y solo pensaba en avanzar como uno de esos sonámbulos hasta llegar a la cama y tirarse en ella

bocabajo antes de quedarse dormido.

«Los sonámbulos.» Dios, esa pobre gente. Los había convertido en el enemigo y le había dicho a todo el mundo que eran aliados del Diablo, puede que hasta sus hijos. Un ejército apocalíptico del Anticristo. ¿Qué había hecho? ¿Cómo había llegado tan lejos?

¿Y qué podía hacer para arreglarlo?

Lanzó el teléfono sobre la encimera de la cocina.

—¿Autumn? —llamó. Nadie respondió—. ¿Bo?

Nada. Era verano y por la mañana, por lo que ambos deberían estar en casa. Su mujer se había acostumbrado a dormir hasta tarde, por lo que Matthew subió las escaleras y encontró la cama deshecha... y vacía.

La habitación de Bo también estaba vacía.

Volvió a bajar las escaleras, cogió el teléfono a regañadientes y lo enchufó. Matt lo había apagado a raíz de los sucesos del centro de convenciones. En el pasado, cuando era adolescente, había trabajado en una tienda de comida animal y lo odiaba muchísimo. El polvillo del maíz, de la alfalfa y de otros cereales le disparaban las alergias, y se lo había dicho tanto a su jefe como a su padre. A ninguno de los dos pareció importarles. Ambos le dijeron que tragara con ello. Por lo que, un día, lo dejó. Salió de allí sin mediar palabra. Al día siguiente se escondió de sus padres y se quedó en su habitación. Desenchufó el teléfono para que nadie pudiese llamarlo. Años después, aún notaba punzadas de vergüenza y remordimiento al pasar cerca de la tienda.

Pues ahora sentía lo mismo. Le aterraba la idea de encender el teléfono porque sabía lo que iba a estar esperando por él cuando lo hiciese, como un fantasma que se aparece en una casa vieja e inquietante. Pero también sabía que tal vez Autumn y Bo le hubiesen dejado un mensaje. Se mordió el labio con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerse sangre.

Después enchufó el teléfono.

Nada más encontrar cobertura, la pantalla se iluminó como si fuese un árbol de Navidad de una tienda de todo a cien para indicarle que tenía mensajes de voz, llamadas perdidas y mensajes de texto: una cacofonía de pitidos, repiques y tintineos. Después le llegó el sonido de un correo electrónico.

Matthew respiró hondo y empezó a mirar los mensajes.

Tenía muchos de Hiram Golden. Muy enfadado. Al parecer, le había tenido que contar una mentira a la gente de Creel: que Matthew se había intoxicado con la comida de un «restaurante mexicano que había cerca» y los de Creel se lo habían tragado. Pero también le decía LLÁMAME, así, todo en mayúscula. Y le había enviado ese mensaje una docena de veces.

También había otros mensajes del personal de Creel, sus asistentes y los coordinadores del evento. No estaban enfadados, sino que querían contratarlo de nuevo cuando mejorara.

Enterrado entre tanto mensaje, encontró uno de Roger Green, el instructor de armas de fuego, el que le había dicho que estar con Ozark era algo muy serio y que no podía echarse atrás.

El mensaje decía:

TE DIJE QUE OZARK NO ERA MOCO DE PAVO, PASTOR MATT . AHORA QUIERE VERTE .

Matthew suspiró. Se llevó las manos a los ojos con tanta fuerza que vio rayos de luz

que se agitaban en la oscuridad detrás de los párpados.  
Luego, vio un mensaje de Autumn al final del todo:

AGLO VA MLA

¿Qué significaba eso?

El miedo empezó a apoderarse de él.

Se dirigió al frigorífico para comprobar si le había dejado un mensaje en la nevera.  
Después miró la pizarra.

Nada.

En cambio, vio otra cosa.

Un pequeño bote de pastillas allí cerca. Como ese en el que guardaba el Xanax.

Estaba vacío.

Volvió a llamarla:

—¿Autumn? ¿Hola?

Volvió a recorrer la casa: la habitación de Bo y el dormitorio, y luego se acercó al baño.  
La puerta estaba cerrada.

Tiro del pomo. No se abrió. Cerrada con llave.

—¿Autumn? —repitió.

Quizá la puerta se hubiese atrancado. Por culpa de la humedad del verano y esas cosas. Volvió a intentarlo con más fuerza. Nada. Tiró y tiró. La preocupación empezó a recorrerle las piernas, los brazos y a zumbarle en los oídos. Empujó la puerta con el hombro, pero no se movió. Una vez más... Nada. Se echó hacia atrás y le dio una patada con todas sus fuerzas, justo en el pomo. Saltó a causa del golpe y se abrió al fin.

Y allí encontró a Autumn.

Tenía el cuerpo metido en la bañera, y los ojos entreabiertos mientras el agua jabonosa batía contra la barbilla. Por fuera había un vómito que empezaba a secarse. Y también había más vómito en el agua, que formaba islas espumosas y biliosas.

—No, no, no —dijo mientras se acercaba a la carrera y estuvo a punto de resbalar con otro bote de pastillas. Se dejó caer de rodillas y le cogió la mano. Estaba sudorosa, pero caliente—. Autumn, despierta. Despierta.

Pero no se despertó.

«Dios, por favor. Si puedes oírme...»

Autumn movió un poco los párpados.

—Maaaa —fue todo lo que consiguió articular.

Matthew le metió las manos por debajo de los hombros mientras empezaba a llorar y la sacó de la bañera mientras evitaba los patinazos con las baldosas mojadas del suelo. Después la llevó a la habitación, la tumbó en la cama y la metió bajo una manta.

Luego llamó a urgencias.

El médico, un hombre de aspecto solemne con una cicatriz en la barbilla y cejas muy pobladas, se encontraba sentado en una silla frente a Matthew y junto a la camilla de Autumn en el hospital. Matthew le sostenía la mano a su mujer. Las máquinas pitaban a su alrededor. Ella estaba entubada por la nariz para respirar y por la boca para comer.

El doctor Gestern le explicó a Matthew lo que había ocurrido lo mejor que pudo. Matthew oyó las palabras, pero era como si fuesen cosas aisladas, como si irradiasen a su alrededor y reverberasen como un eco ondeante e irregular.

«Al parecer ha sido una sobredosis, pastor Bird...»

«La oxiconona y el Xanax son una combinación terrible...»

«El problema es que la gente empieza a hacerse tolerante muy pronto, por lo que intentan tomar más como si eso fuese a librarlos del dolor que sienten...»

«Ahora está en coma, pastor. No puedo decirle qué va a ser de ella, pero al menos sus constantes vitales son estables. Cruzo los dedos para que no haya daños cerebrales...»

«No, no puedo decir a ciencia cierta dónde ha conseguido esos medicamentos. No se venden ni con receta y ese es el problema de este tipo de fármacos, que no se sabe de dónde salen ni qué concentración tienen...»

Pero Matthew sí que sabía de dónde habían salido.

De Ozark Stover.

Miró a Autumn. Débil y pálida como el tenue recuerdo de una persona en lugar de una persona en sí. Se preguntó cuánto habría pagado por algo así. Se preguntó cuándo iba a despertarse. Se hizo una pregunta más funesta y triste que no se atrevió a nombrar, una amenaza indescriptible e incierta.

Cuando el doctor terminó de hablar, le dijo a Matthew que podía volver a casa si quería, que era tarde y que él lo mantendría informado.

Pero Matthew no tenía intención de irse a casa. Rezó una oración y le pidió al Señor que lo perdonase, que lo guiase y que le diese fuerzas. Se inclinó para darle un beso a Autumn en la frente y le dijo que lo sentía mucho.

Después cogió las llaves y se metió en el coche. Dejó atrás la colina y los bosques y se dirigió a la casa de Ozark Stover.

## De vuelta al rebaño

Ha tenido lugar un incendio entre bastidores en un teatro. El payaso salió para advertir al público, pero la gente pensó que era un chiste y empezó a aplaudir. Lo repitió, pero el aplauso fue aún mayor. Creo que así será como acabe el mundo: entre los aplausos de los que creen que es un chiste.

SØREN KIERKEGAARD . *O lo uno o lo otro* , primera parte

### ***15 de julio. Aeropuerto regional de North Platte (Nebraska)***

**B**enji fue al baño mientras esperaba que llegasen las maletas después del vuelo. Hizo lo que tenía que hacer y se lavó las manos.

Sin Sadie. Sin Cisne Negro.

Se sentía solo y atribulado.

El rebaño se había movido, sin duda. Había trazado una línea dentada desde Rosebud, pasando por Lodgepole y Sidney, y ahora se acercaba a Potterstown, en Nebraska, a unos ochenta kilómetros de la frontera de Wyoming. Benji y Arav estaban sentados en otro coche de alquiler, un Honda claustrofóbico de dos puertas, en el aparcamiento asfaltado de unos almacenes dejados de la mano de Dios. Los almacenes se encontraban en las afueras de Potterstown, un pueblo fantasma actual de Estados Unidos. Había quedado casi desierto a finales de los años ochenta, cuando las fábricas dejaron de dar más de sí. Edificios vacíos, el gris de la ceniza y el rojo del óxido aguardaban como tumbas de una olvidada era industrial.

Trató de imaginarse si el mundo se vería así en cinco, diez o quince años. Después de la desaparición de la especie humana.

«No —intentó convencerse—. Eso no va a pasar.»

La gente iba a sobrevivir.

Iban a sobrevivir.

La humanidad podía verse de formas muy diferentes dependiendo si eras optimista o pesimista: como un robusto grupo de supervivientes o como un enjambre de cucarachas en una pared, respectivamente. Pensaras lo que pensases, la idea era que los humanos siempre iban a estar ahí.

Y él estaba decidido a ayudar a conseguirlo.

Había quedado con Arav y lo había traído a ese lugar antes de la reunión con el resto de técnicos del SIE, de los que cada vez había menos. Era importante que el joven

supiese lo mismo que él antes de volver a trabajar al cien por cien con el rebaño para hacer un trabajo que en realidad no sabía muy bien cuál era. (¿Aún era investigador? ¿O se había acabado la investigación? Benji no se consideraba un pastor, pero se podría decir que ahora era algo así, ¿no?).

—Tenemos que hablar —le dijo Benji a Arav.

—Sí. Claro. Por supuesto. ¿Qué te han dicho? Esa reunión de Atlanta... iba sobre... — Arav tragó saliva, como si no pudiese pronunciar las palabras. Lo único que consiguió articular fue un—: ¿Era cierto? ¿Lo que nos habían contado?

Benji asintió.

—Es cierto. Al menos lo de Máscara Blanca.

—¿Lo llaman así? ¿Máscara Blanca?

—Sí.

Arav se mordió un carrillo.

—¿Y los caminantes?

—No lo sé. Creo que... tal vez sea cierto que estén infectados con nanomáquinas. O partículas de algún tipo.

—¿Se lo has dicho a Loretta?

Benji titubeó.

—No.

Arav se desesperó y dijo:

—¿Por qué?

—Quiero que te imagines la posibilidad muy real de que lo que nos dijeron sea cierto. Si Máscara Blanca es como dicen que es, entonces el rebaño es nuestra mejor baza para que la vida de la especie siga su curso. Sobrevivirán a esto. Pero si se lo contamos al CDC o al FBI, sin duda harán que vuelva Seguridad Nacional y no verán a los caminantes como pacientes ni como supervivientes, sino como armas, enemigos o terroristas. Los atacarán. ¿Entiendes lo que te digo? Será el fin.

—Doctor Ray, con todos mis respetos. En estos momentos, quinientas personas se dirigen hacia nosotros, personas que pueden estar infectadas con... maquinitas. Personas a las que es imposible dañar, ya sea con agujas o con cuchillos. No comen ni excretan. ¡Explotan como ollas a presión si alguien trata de detenerlas! No podemos mantenerlo en secreto. Deberíamos contárselo a todo el mundo. Al CDC. Al FBI. A los medios de comunicación...

—No.

El zumbido de una única palabra.

—¿Por qué? —preguntó Arav, pero luego añadió—: Es por Sadie, ¿verdad?

—No. —La soledad volvió a apoderarse de él, como si el suelo que pisaba en esos momentos se convirtiese en un cieno blanduzco que empezara a absorberlo hasta ahogarlo. Sadie lo había manipulado. Tal vez hasta la relación que había tenido con ella fuera otra manera más de tenerlo controlado. Cisne Negro también lo había manipulado. Se sentía como una marioneta—. Ni siquiera sé dónde está, y lo cierto es que no tengo la menor intención de descubrirlo.

—Doctor Ray, por favor. No quiero cargar con todo esto.

Benji extendió la mano para coger la de Arav. Después intentó hablar con tono calmado.

—Arav, escúchame. Dijiste que confiabas en mí y que me admirabas. Necesito que no

lo olvides y que me hagas caso. Y si no lo haces por mí, hazlo al menos por esa Stewart, Shana...

—Yo... Sé que no es lo más apropiado, pero...

—No pasa nada. Pero quiero que pienses en ella y en su hermana. Piensa fríamente en qué pasará si vuelve el ejército por orden de Seguridad Nacional. La próxima vez acudirán más soldados con más armas. Puede que intenten emprender alguna acción más drástica. Podrían hacerle daño a Nessie y eso podría lastimar a Shana, porque algo me dice que Shana no se va a separar de su hermana, pase lo que pase. ¿No es así?

—Así es —convino Arav, en un susurro.

—Pues entonces necesito que hagas lo correcto.

Benji se sentía como un abusón taimado, tranquilo y siniestro. Vio que Arav se debatía entre ambas opciones, una batalla con desenlace incierto. Por una parte, se preguntaba si lo que Benji decía era cierto. No podían confiar en Seguridad Nacional, eso lo tenía claro. Pero, al mismo tiempo, ambos sabían que les habían mentido y que una empresa que casi era propiedad del CDC había infectado al rebaño de manera intencionada. De ser cierto, se hallaban ante una de las conspiraciones más extrañas y siniestras de toda la historia.

Repitió la pregunta:

—¿Lo harás, Arav? ¿Harás lo que yo te diga?

—Vale. Por ahora. —Arav abrió la puerta del coche—. Sabes que te admiro, pero quizá no seas quien creía que eras. —Se miró los zapatos—. Tengo que coger aire. El rebaño no tardará en llegar.

Y luego se fue. Salió del coche y se alejó a pie, como alguien perdido que no tenía ni idea de qué hacer a continuación. Benji lo comprendió enseguida, porque él se sentía igual.



## De dioses y hombres

La ideología siempre pavimenta el camino hacia la atrocidad.

TERENCE MC KENNA

**15 de julio. Echo Lake (Indiana)**

**D**anny Gibbons fue quien llevó a Matthew a la casa. Se podía decir que el hombre se desplazaba a grandes zancadas en lugar de caminar, como un coyote larguirucho. Lo guio a través de la puerta principal sin decir más palabras que «Ozark está en el interior», «Sígueme» y «Por aquí». Frases sencillas. Órdenes, incluso.

La camisa a veces se le salía de los vaqueros mientras avanzaban, y dejaba al descubierto la empuñadura de una pistola.

Cruzaron la entrada, un pasillo y bajaron unos pocos escalones hasta un cubil bajo forrado de madera oscura y animales muertos: la cabeza de un ciervo canadiense en la pared del fondo, con la boca medio abierta y la lengua algo por fuera; un lince en una rama, preparado para la eternidad para saltar sobre su presa; un lucio europeo gigantesco sobre un televisor de sesenta pulgadas, con las escamas de los flancos pulidas y relucientes.

Ozark Stover se encontraba sentado en una butaca reclinable.

No estaba solo.

Había una mujer junto a él, en una silla pequeña. Tenía el pelo rubio recogido en trenzas descuidadas, como si fuese una muñeca. Llevaba una camiseta blanca demasiado ceñida a través de la que Matthew consiguió verle los pezones, por lo que se ruborizó y empezó a sentir una inexplicable incomodidad, como si se tratara de un niño que mira de reojo una revista porno por primera vez.

La mujer tenía el brazo extendido, doblado por el codo y con la mano apoyada con suavidad sobre el cuero marrón de la butaca de Ozark. Allí se encontraba también la enorme manaza del hombre, junto a la de ella, acariciándole el dorso con dos dedos.

La mujer miró a Matthew con los ojos entrecerrados. Después le dijo a Ozark entre susurros y con aire displicente:

—¿Quieres que me vaya, guapo?

Ozark le respondió, impasible.

—No, cariñito. Quédate. El predicador es un amigo. Esto no son negocios, solo dos amigos que van a hablar, ¿verdad, predicador? —Ozark lo dijo con aire siniestro—.

¿Quieres contarme lo que ocurrió en Arizona?

—Me gustaría contarte lo que le ha pasado a Autumn —dijo Matthew.

—¿Qué pasa con ella?

—Está enferma. —«No, imbécil. ¡No está enferma!» Medía sus palabras incluso en una situación así. ¿Por qué? ¿Para no ofender al poderoso Ozark Stover? Respiró hondo y probó de nuevo—. Ha tomado una sobredosis.

Stover ni se inmutó. Ni se enderezó en el asiento siquiera.

—Qué pena, predicador. Es una buena mujer. Supongo que está viva.

—Está... en coma.

Matthew sintió la lágrima que le resbalaba por la mejilla, lo que le hizo sentir vergüenza. Podría apostar cualquier cosa a que Ozark Stover no lloraba jamás. Seguro que era estoico como una roca. No perdía la compostura por nadie, por ninguna razón.

—Es una pena —dijo la mujer, arrastrando las palabras. Bajó un poco la barbilla hacia el pecho, lo que pareció asustarla, porque abrió los ojos todo lo que pudo.

—Avisa si puedo hacer cualquier cosa por ti. Y gracias por compartirlo conmigo, predicador. Ahora, si me perdonas...

—Tú tienes la culpa.

¡Por fin! Ozark se enderezó en el asiento.

—Lo siento, predicador. Creo que no te he oído bien. Me da dado la impresión de que me echabas la culpa por algo, pero estoy seguro de que no puede ser cierto.

—Tú le vendiste esas pastillas.

—Se las regalé. Le hice un favor. Y ella ya es adulta y sabía lo que le estaba dando.

—Eres un camello.

—Cuidado con lo que dices. Yo no soy eso. Soy un proveedor local de necesidades difíciles de conseguir.

—Eres un criminal.

Stover se inclinó hacia delante, con el puño cerrado presionando las rodillas, como si hiciese fuerza para evitar levantarse.

—Puede que haya quien me considere algo así. Pero tú sabías quién era, y si no, es porque siempre miras hacia otro lado. Yo no oculto lo que hago ni lo que soy. Te he ayudado mucho. Te he dado una voz. Te he elevado. No me vengas ahora con esta mierda, predicador. Me puedo enfadar mucho.

Algo se rompió en Matthew, como una presa que contuviese un río embravecido.

—Tú... le diste las pastillas y ni siquiera sabes lo que tenían. Ella se las tomó y... y ahora está en coma en la camilla de un hospital y ni siquiera puedo... —Matthew sintió una punzada de dolor al volver a imaginarse a su mujer postrada en la cama—. Tienes que pagar por lo que has hecho.

Stover se levantó en ese momento. La mujer lo tocó, como para indicarle que volviese a la butaca, o quizá para agarrarse y no caer al suelo. Pero Ozark la echó a un lado. Ella arrugó el rostro y puso cara de enfadada e indefensa al mismo tiempo.

El grandullón se alzó sobre Matthew.

—Pagar. Eso son palabras mayores. Tiene muchos significados, predicador. ¿No tendrías que pagar tú? La abandonaste, ¿no es cierto? No la ayudaste a solucionar sus problemas. No la llevaste a un médico. No le compraste medicinas. Intentaste usar el poder de Dios para solucionar su problema, ¿o no? Sí, me lo contó. Quizá seas tú quien necesita recapacitar acerca de lo que ha hecho y darse cuenta de qué le ha fallado. Yo fui

quien intentó ayudarla.

—¡La ayudaste dejándola postrada en la camilla de un hospital! —gritó Matthew.

Una rabia brutal se reflejó durante unos instantes en el rostro de Stover, como si algo se tensase en su interior, una catapulta lista para lanzar la roca.

Pero luego relajó los hombros. Se agarró la barba y se la acarició varias veces, una técnica que al parecer usaba para calmarse.

—¿Qué me quieres decir con todo esto? —preguntó.

—Que se acabó. No quiero saber nada más de ti ni de... este lugar. Déjanos en paz.

—Ajá.

La mujer balbuceó unas palabras de repente:

—Guapo, ¿puedo irme? Porque ya casi habíamos terminado y me apetece meterme en el *jacuzzi* ...

Ozark extendió el brazo hacia ella con brusquedad y le colocó un dedo sobre los labios.

—Silencio. Los hombres estamos hablando. Siéntate ahí y cállate.

La mujer, cohibida, hizo lo que le acababan de decir. Se sentó en la silla y se abrazó las rodillas.

—Predicador, me gustaría enseñarte algo. Algo muy especial. Te he dedicado gran parte de mi tiempo y de mis recursos, te he hecho favor tras favor. Creo que sabes que tengo razón, y supongo que estarás de acuerdo con que me debes algo más que tu tiempo. —Bajó un poco las comisuras de los labios—. Sobre todo, después de esa tontería que hiciste en Arizona.

—Solo quiero irme a casa. —Matthew estaba cansado. También enfadado, claro, pero asustado. Y triste. Era incapaz de soportarlo todo.

—Lo sé. Pero primero, ven conmigo. —Luego gritó con su vozarrón—. ¡Danny! ¡Danny! Traénos uno de los carritos, ¿quieres?

«No vayas con él —dijo una vocecilla en el interior de Matthew—. Vuelve con Autumn.»

Pero otra parte de él pensó: «¿Qué puede ocurrir?». Tenía razón. Le debía algo, y huir así sin más... Sería demasiado arriesgado y brusco, y no parecía que Ozark se lo fuera a tomar bien. Quizá Matthew podía hacerle entrar en razón. Quizá, cuando estuviesen lejos de Danny y de esa mujer, Ozark bajase un poco la guardia y él podría contarle que hacer lo que hizo no había sido nada apropiado. Tanto lo de las pastillas como lo de Bo y las armas. Tal vez el grandullón hasta se dignase a pagar el dinero del médico de Autumn, porque Matthew no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo...

—Muy bien —dijo.

—Genial. Vamos, predicador.

Pasó junto a él como un Godzilla enorme y se dirigió a la entrada de la casa.

Matthew lo siguió, a regañadientes.

Ambos guardaron silencio mientras Ozark conducía el robusto carrito de golf de ruedas grandes a través de los árboles, por un sendero que Matthew no había visto aún. Pasaron bajo antiguos robles y tulíperos, mientras la luz del sol moteaba el camino frente a ellos. Las abejas, avispas y moscas zumbaban en el aire frente al vehículo, que aceleraba sin dejar de dar botes.

Después de un viaje más largo de lo que Matthew esperaba, vio una serie de edificios ocultos tras los árboles. Justo delante se percató de que había uno de esos prefabricados

de Morton: una estructura metálica que parecía un almacén, un granero metálico de tamaño monstruoso con puertas también metálicas para meter camiones y tractores. El lugar también era rojo como un granero. Lo habían pintado. A su lado había otras estructuras: un garaje con un ascensor grasiento y partes de motores desperdigadas por fuera. Un almacén con el suelo cubierto de paja. Un cobertizo de madera con la pesada puerta de metal cerrada con varios candados.

El suelo que rodeaba el lugar era de gravilla, con la salvedad de un pequeño sendero privado que se perdía en la lejanía y que Matthew no podía ver adónde llevaba. A la carretera o a la autopista, supuso. ¿Adónde si no?

Detrás, los edificios se alzaban sobre las estructuras y se retorcían sobre ellas, casi como si pretendiesen ocultarlas. Un bosque oscuro donde se guardaba algún secreto.

Ozark aceleró hasta el edificio de Morton y pisó el freno. El carrito se agitó cuando las ruedas derraparon entre los restos levantados de piedra caliza.

—Acompáñame —lo urgió con un gruñido al tiempo que salía del carrito.

Matthew lo siguió, sin saber muy bien aún qué hacían ahí.

—¿Adónde me has traído? —preguntó.

—Como he dicho, me gustaría enseñarte algo. Quiero que veas el futuro, predicador. El futuro que pretendo alcanzar. Nuestra manera de salir adelante.

Matthew siguió a Ozark y dijo:

—Mira, de verdad que te agradezco todo lo que has hecho. Has sido muy bueno conmigo, pero esto... se ha salido de madre y no estoy preparado. Es demasiado, y Dios es más que suficiente para mí. Ahora que Autumn está mal, me he dado cuenta de que me he traicionado a mí mismo y también lo que he aprendido y lo que predico...

Ozark se acercó a una puerta de tamaño normal que había junto a una de esas enormes para los vehículos. Tenían ventanas, pero al otro lado solo se veía oscuridad.

Junto a la puerta pequeña había un teclado numérico de un sistema de seguridad.

—Al único a quien has traicionado es a mí —dijo Ozark con una risilla funesta.

—No, no. Oye, eso no es así... Mira, perdí los estribos. Solo soy el pastor de un pueblecito y perdí los nervios.

—Pues deja que te ayude a volver a encontrarlos, predicador.

Ozark pulsó una serie de números, al menos ocho dígitos.

Se abrieron varios cerrojos al mismo tiempo detrás de la puerta.

La abrió y dejó que Matthew entrase primero. El predicador cruzó hacia la oscuridad. Vio sombras enormes frente a él, y la luz que entraba por la puerta, eclipsada tanto por su cuerpo como el de Ozark, iluminó algunas formas que le resultaron familiares. Faros. Rejillas. Neumáticos.

Vehículos de alguna clase. Muy grandes, al igual que las puertas del garaje.

—Un momento —dijo Ozark al tiempo que pulsaba una serie de interruptores.

Los tubos fluorescentes se encendieron uno a uno.

«Dios mío.»

La luz iluminó un arsenal.

De izquierda a derecha, Matthew vio un transporte de tropas, tres Humvee y un tanque enorme al otro lado. Y eso solo era el principio. A la izquierda también había estanterías llenas de fusiles. Militares en su mayoría, AR-15, pero también otros tantos que parecían rifles de caza. En la pared de la derecha había pistolas, cuchillos y machetes. Y al fondo vio lo que le parecieron armas pesadas: morteros, ametralladoras

pesadas y lanzacohetes. Armas que solo se veían en las películas. O en las noticias.

Matthew sintió cómo el estómago le daba un vuelco. Un sudor frío. La boca seca.

—Eso de ahí —dijo Ozark, que señaló el tanque— es un antiguo T-72 soviético de principios de los años setenta. Pero funciona a la perfección. Ven, sígueme a la parte de atrás.

Empezó a caminar y Matthew lo siguió, oscilante como un trompo que empieza a perder impulso.

Ozark lo llevó a la zona de las armas pesadas, donde Ozark también tenía varias mesas de trabajo dispuestas con equipo para fabricar munición. Los cazadores lo hacían a veces, en lugar de comprarla nueva. Y aquello era igual, pero a gran escala. Un equipo mucho más elaborado.

También vio banderas en la pared.

DONT TREAD ON ME \*

La Confederada.

Una negra con dos espadas blancas cruzadas y un martillo rojo entre ambas.

Y en una de las mesas de trabajo de madera alguien había tallado una esvástica, como un alumno de instituto que adorna su escritorio en clase.

—No..., no sé qué es todo esto —dijo Matthew.

—Claro que lo sabes, porque ya te lo he dicho. Es el futuro.

—Esto..., esto no es el futuro. Solo son armas. Las armas solo sirven para borrar el futuro, no para crearlo.

—Eh, eh, eh. No. Te equivocas, Matthew. Las armas han servido desde hace mucho para asegurar la libertad de las buenas gentes. Eres un hombre de Dios, y sabes que tener armas es un derecho que Él nos ha dado. Nos ayudan a asegurar nuestro futuro. A labrarnoslo para nosotros y para nuestras familias. Para nuestra nación y nuestra raza.

«Para nuestra nación y nuestra raza.»

En esa frase no había ni rastro de Dios.

—Yo no soy así —dijo Matthew.

—Lo sé, pero yo sí que soy así —acotó Ozark, distraído y hasta con cierto deje melancólico—. Verás, predicador, en este país las cosas se han puesto muy complicadas desde hace un tiempo y hay muchos comemierdas a quienes eso les parece bien y que no se han dado cuenta de que la máquina estaba a punto de romperse. Los sudacas que entran por el sur, los moros de mierda que intentan hacernos saltar por los aires con aviones o coches. Después tenemos a los negratas, que empiezan a alzarse de nuevo porque creen que se merecen algo por haber ayudado a levantar el país. Se creen que son los albañiles, pero no se dan cuenta de que en realidad fueron los ladrillos. Por si fuera poco, los sudacas nos roban los trabajos poco cualificados y los putos chinos los trabajos buenos. Y cada vez que intentas llamar al servicio de atención al cliente de una empresa, te topas con un gilipollas de uno de esos países donde beben agua del mismo río en el que caga y muere todo el mundo. La gente como yo ve un mundo que ya no reconocemos, pero podemos cambiarlo. Porque ya no se trata de que la máquina se esté rompiendo, sino de que se ha roto.

Matthew se echó hacia atrás, horrorizado.

—Hablas de personas, Ozark. Gente normal. Estadounidenses normales y corrientes. Dios no hace las mismas distinciones que tú —afirmó Matthew—. No estás hablando

como un cristiano.

—Mira, predicador. La verdad es que Dios se puede ir a tomar por culo con toda su magnanimidad. El único Dios por el que me preocupo es este país. Nuestra nación. Una nación blanca.

—Dijiste..., dijiste que eras cristiano. Dijiste que leías la Biblia. Me citaste la Biblia.

Y, en ese momento, Matthew recordó las palabras de Hiram Golden:

«Hasta el Diablo se sabe la Biblia, Matthew.»

—Dije esas cosas porque necesitaba a alguien como tú. Alguien que azuzara a los religiosos y los pusiese de nuestro lado, que los preocupase y hasta los asustase un poco. Porque así es como tienen que estar, teniendo en cuenta la que se nos viene encima.

Matthew se quedó de piedra, como si le hubiesen echado un jarro de agua fría.

—¿A qué te refieres con «la que se nos viene encima»?

Ozark sonrió y bufó.

—¿No lo sientes, predicador? El caos está en el ambiente. El cometa. Los caminantes. Conozco a gente de todo tipo, y dicen que está a punto de ocurrir algo muy malo. Lo peor a lo que nos hemos enfrentado jamás. Las cosas se van a romper y empezarán a formarse agujeros. Grietas y abismos. Hay que aprovecharlos, como si fuese un terremoto que abre un hueco que antes no existía en una pared. Es nuestra oportunidad de rehacer este país tal y como debería ser. Tal y como era antes. Con los blancos en los puestos de poder y que todo el mundo sepa cuál es el lugar que le corresponde.

—Yo no soy supremacista blanco.

Ozark rio. Fue un sonido estruendoso como un alud de barro que se abalanzase encima de él.

—Por supuesto que lo eres, predicador. Todos los que tienen la piel de nuestro color lo son. —Extendió una mano y le pellizó una mejilla a Matthew, como le haría un padre a su bebé—. Eres blanco. Eres superior. Esa piel que tienes te permite disponer de unos privilegios que nos hemos ganado y por los que hemos trabajado mucho tiempo. Es absurdo no darse cuenta. Es un privilegio del que te has aprovechado durante años. Te has beneficiado de la supremacía de los que son como tú. Pues ahora tienes que coger la sartén por el mango y usarla. Disfrutar de tu condición.

Matthew dio unos pasos atrás.

—No quiero formar parte de esto. No quiero formar parte... de lo que quiera que vayas a hacer.

Ozark dio una zancada hacia él. Y le dijo:

—Lo que quiero es arreglar las cosas. Siempre se lo digo a la gente. A veces me creen y a veces no: cuando quieres arreglar algo de verdad, lo primero que debes hacer es romperlo. Hacerlo pedazos. De lo contrario, solo estarás parcheándolo. ¿Sabes lo que es un prognatismo mandibular? Pues para arreglarlo te rompen la puta mandíbula. Solo así volverás a sonreír como es debido. ¿Cáncer? Te cercenan la extremidad. Chop. Chop. ¿Termitas? Se derrumba la casa y construyes otra más sólida a partir de las cenizas.

—Estás enfermo.

—El mundo está enfermo.

—Me largo.

—Cabe la posibilidad de que tu mujer haya intentado suicidarse.

Matthew se quedó clavado en el sitio.

—¿Qué?

—Puede que la sobredosis haya sido un accidente, claro, pero piensa en ello. Está deprimida, Matthew. Se casó con un hombre que no mueve un dedo por ayudarla. Te importa una mierda y ella lo sabe. ¿De verdad te parece tan raro que haya tratado de escapar de todo esto? De ti, de un marido que...

Y ya no pudo más. El puño de Matthew salió despedido hacia Ozark, cerrado y apretado, con todo el miedo y la rabia que se había acumulado en su interior.

La cabeza del grandullón salió despedida hacia atrás, y la nariz se torció blanduzca bajo los nudillos del pastor. Matthew retiró la mano y vio como dos hilillos de sangre parecidos a lombrices resbalaban por debajo de las fosas nasales de Ozark Stover. El bigote y la barba se le mancharon de un rojo carmesí.

Un extraño júbilo se apoderó de él.

Lo había conseguido. Había conseguido defenderse. Tanto a él como a su mujer y a todo lo demás. Ya no era una víctima. Matthew se había impuesto a un abusón. Ozark Stover no era más que eso: un abusón, una mala persona, alguien malvado que no decía más que mentiras.

Después, Matthew sintió que una porra lo golpeaba en la cabeza.

No, no había sido una porra, sino el puño de Ozark. El gigante había movido el brazo como si fuese un bate, y el golpe le había dado a Matthew en la sien. Se quedó aturdido y trató de apoyarse en una de las mesas de trabajo. Se mantuvo en pie como buenamente pudo y consiguió apoyarse con los codos. Tiró algunos casquillos de latón que tintinearón al caer al suelo y rodar por el cemento pulido. Una lata de aceite para armas cayó también al suelo y emitió un clonc medio vacío. Matthew intentó incorporarse, pero estaba mareado y las piernas no le hacían caso.

—Vaya un señor puñetazo, predicador. Me has dejado sorprendido de verdad. Sin avisar ni nada. Pero tengo malas noticias: no te voy a dejar ir. —Ozark se erigió frente a él. Se enjugó la sangre de la nariz con el dorso de la manaza—. He invertido mi tiempo en ti. Y también mi dinero. Eres una inversión y no estoy dispuesto a abandonarla.

—Deja que me vaya —dijo Matthew, pero sonó como poco más que un murmullo: «Dea q'mvalla...».

—No, predicador. No tengo intención de dejarte.

Matthew hizo amago de apartarse, pero Ozark era grande y rápido. Lo agarró por un mechón de pelo y lo tiró al suelo. Chocó de cara contra el cemento, y empezó a notar unas pulsaciones interminables en su campo visual.

—Eres un mentiroso —balbuceó Matthew—. Un hombre malo. No eres un siervo de Dios.

—Supongo que es cierto —convino Ozark al tiempo que se subía a horcajadas sobre él y lo agarraba por una de las muñecas. Matthew se agitó y trató de golpearlo con la otra mano, pero fue muy lento y estaba de cara al suelo, por lo que terminó dándole al aire—. Soy un cabrón hijoputa. De hecho, puede que hasta sea el mismísimo Diablo, pero no te preocupes. El Diablo también era un rebelde, y si miento es para cumplir con mi cometido. Hago el mal para luego hacer el bien. Hago cosas que no están bien para arreglar lo que estaba roto.

Algo frío le tocó la muñeca. Un plástico duro. Ozark le agarró la otra muñeca y las afianzó ambas en la parte baja de la espalda.

Se oyó el sonido de una brida al cerrarse. Ziiiiip.

Y luego Matthew notó que tenía las manos atadas. Notó sangre en la punta de los

dedos. Sentía cada latido como un golpe en un tambor. Tum-tum. Tum-tum. Tum-tum.

«No, no, no. ¿Qué está pasando?»

Otro sonido: wip.

Algo tiró de sus pantalones por la cintura. Ozark gruñó con frustración y luego tiró con más fuerza del cinturón de Matthew, con tanta que levantó al pastor y estuvo a punto de darle la vuelta. Después Matthew sintió cómo el grandullón le quitaba el cinturón y lo tiraba a un lado.

—¿Qué haces? —balbuceó Matthew, cuya saliva le había pegado los labios—. No, no, no. Para. Esto no está bien. Has ido demasiado lejos...

—Me gusta tu familia. Tu mujer lleva mucho tiempo sin ser feliz, por lo que la ayudé a serlo un poco más. Ahora ya no está triste. Y tu hijo... —Ozark soltó un bufido. Pf—. Ese niño te odia, predicador. Y es una pena. Al principio le dije que eso no estaba bien y que tenía que arreglar las cosas contigo, pero cuanto más hablábamos sobre ti, más empezaba a pensar que eras un blandengue, como un sauce que se balancea de un lado a otro con el viento. Nunca plantes un sauce, Matthew. Son bonitos, pero no viven mucho y cualquier tormenta puede llegar a destrozarlos. Joder, mírate. Un cabrón patético. No eres un hombre. Yo seré el padre de tu hijo, si te parece bien. Quizá me quede con tu esposa cuando se despierte. Si es que lo hace. Joder, predicador, puede que hasta me quede contigo y seas tú mi esposa. O una putita temporal...

El hombre volvió a tirar con fuerza de los pantalones de Matthew y luego empezó a rajarlos con algo, a tirar hacia arriba y abajo. Se oyó el sonido de una rasgadura. Notó la punta de una navaja contra la piel del coxis. Un roce.

La sangre empezó a acumularse y a gotearle mientras Ozark le quitaba los pantalones. Después hizo lo propio con la ropa interior.

—Estás sangrando —dijo Ozark—. Lo siento.

—No, no, no. Para. Para. Llamaré a la policía. Les diré que...

—La tengo comprada. No creo que vayan a hacer mucho.

—Pues entonces haré lo que quieras, pero déjame en paz. Deja en paz a mi familia. Tienes que parar...

Sus palabras eran casi incomprensibles, aullaba más que hablar. Pero Ozark se limitó a reír.

Después Matthew dejó de notar el peso del hombre sobre él.

Oyó el sonido de un botón al desabrocharse. Después, el de una cremallera.

—No quiero meterla cuando estás tan seco —dijo Ozark—. Nunca te recuperarías de algo así y no me servirías de nada, porque voy a necesitar que sientes el culo y hagas lo que yo te diga durante una semana. Veamos. Estás sangrando, pero sé por experiencia que la sangre no es muy buen lubricante. Anda, mira. Esto servirá.

Matthew se dio la vuelta para encarar a Ozark mientras él cogía algo del suelo: la lata de lubricante para armas. Era de metal, con la tapa de plástico. El grandullón estaba ahí de pie frente a él con la polla por fuera. Se llenó las manos callosas de aceite como si fuese colonia y luego se las pasó arriba y abajo por el miembro.

—Por favor, para. No, no, no...

—Es demasiado tarde para los noes, predicador. Mantén los brazos y las piernas dentro del vehículo, porque esto se pone en marcha.

Lo que ocurrió a continuación sería algo que Matthew no olvidaría jamás, por muy desesperado que fuera su intento de hacerlo. La manera en la que Ozark volvió a darle la



vuelta y le dio una fuerte palmada en el culo; se lo dejó rojo y dolorido. El grandullón, encima de él, le decía que no pasaba nada por gritar, que nadie iba a oírlo. Matthew le tomó la palabra y gritó y gritó hasta que le dolieron las cuerdas vocales, hasta que las notó en carne viva, destrozadas como zanahorias ralladas. Se le envaró el cuerpo e intentó encogerse como una supernova, pero luego Ozark le propinó un puñetazo en la nuca y le ordenó que se relajase y disfrutara. Notó como empujaba dentro de él, con fuerza, con rabia y a trompicones. Sintió un dolor parecido al de una quemadura y mordeduras de insectos que le recorría el torso. Percibió el olor metálico y grasiento del aceite y le dieron ganas de vomitar, pero fue incapaz. El hombre empujó cinco, quizá seis veces, y luego terminó. Ozark salió de él y lo dejó allí tirado en el cemento, frío y caliente, temblando y sangrando, gimiendo y jadeando a causa del dolor que aún sentía, un dolor fantasma.

—Eres mío —dijo Ozark—. No de Dios. Mío.

Y Matthew se temió que tenía razón.

## Última hora

...Roberts y sus alumnos han preparado de manera concienzuda miles de muestras de bacterias en sucesivas rondas de incubación. De todas ellas, hay cientos que han segregado compuestos que han acabado al menos con una de las bacterias de la muestra, y otro poco ha matado a un hongo. Son descubrimientos potencialmente valiosos, porque hay muchos menos medicamentos antifúngicos que antibióticos.

MARYN MC KENNA , «Cazando antibióticos en los lugares más sucios del mundo», *The Atlantic*

### **15 de julio. Potterstown (Nebraska)**

**E**l rebaño no tenía ningún lugar en el que reunirse. Era imposible; ya casi había medio millar de sonámbulos y aún hacían lo que siempre habían hecho: avanzar, abrir de manera inapelable un vacío a través del mundo como si cumplieran una misión que solo ellos conocían. Los pastores viajaban con ellos, lo que los asimilaba a los vaqueros que conducían su ganado, cuando en realidad era justo lo contrario: los sonámbulos eran los que tenían el control.

Como no tenían ningún lugar en el que reunirse, no vieron en común la rueda de prensa que dio la presidenta Hunt, sino que lo hicieron a la antigua usanza: en todo tipo de lugares y con los dispositivos que tenían a mano. Varios grupos de pastores se reunieron alrededor de teléfonos y tabletas mientras avanzaban. Otros aparcaron a un lado del camino, y los que tenían internet por satélite o un dispositivo al que conectarse la vieron en sus portátiles. Algunos incluso usaron las viejas antenas de sus caravanas para sintonizar la señal.

Shana la vio en el teléfono mientras caminaba junto a su hermana. Marcy y Mia se colocaron junto a ella, cada una por encima de un hombro, mientras Shana sostenía el móvil delante y las tres avanzaban despacio. Intentó colocar su sombra frente a la pantalla para que la luz del sol les dejara verla bien.

La presidenta Hunt no se extendió durante mucho tiempo. Solo ofreció una pequeña presentación de los hechos que conocían, con un rostro más adusto de lo habitual y el ceño fruncido con gesto de preocupación.

—El síndrome de la nariz blanca, como algunos de ustedes sabrán, es una enfermedad fúngica que ataca a la población de murciélagos de Estados Unidos desde el año 2007. Alcanzó su punto culminante en 2012, pero hasta el momento solo afectaba a esa especie.

»Ahora parece que una enfermedad similar ha encontrado la manera de infectar a los seres humanos. En estos momentos, hay ciento treinta y siete casos confirmados de la enfermedad en Estados Unidos y cuarenta y un fallecimientos. La Organización Mundial de la Salud ha descubierto trescientos doce casos más por todo el mundo, con ochenta y un fallecimientos confirmados en ese caso.

En ese momento, Shana se dio cuenta de que no había reporteros frente a ella. Estaba sola. Hunt frente al atril y las cámaras.

La presidenta prosiguió.

—No puedo confirmar cuán peligrosa es dicha enfermedad, ya que no soy patóloga de formación, pero estoy segura de que los estadounidenses saldremos de esta. Y también estoy segura de que nuestros trabajadores del Centro de Control de Enfermedades, así como el personal médico y la industria farmacéutica, no tardarán en encontrar un remedio para detener la expansión de esta afección.

Pero su mirada traicionaba las palabras que acababa de pronunciar. Shana se dio cuenta, lo vio claro como el agua.

Hunt estaba muy preocupada.

—Ahora los dejaré con expertos de verdad. Me gustaría presentarles a Cassandra Tran, del CDC, y a Geert Bakker, de la OMS, quienes les darán más detalles y les informarán de lo que podemos esperar de esta... esta nueva enfermedad a la que nos enfrentamos.

Hunt hizo una breve pausa para cabecear a las dos personas que se acercaban, y Shana sintió una punzada de orgullo y júbilo al ver allí a Cassie. No la conocía bien, pero le gustaba mucho. Y aunque le pareciese extraño, sentía que Cassie era uno de ellos. De los suyos.

El tal Geert Bakker era un hombrecillo pálido, pelirrojo, con barba y gafas de cristales tan espectrales como su rostro.

Hunt les dijo unas palabras más en privado.

—Dios mío —dijo Mia—. ¿Más todavía? Como si todo esto —y abarcó con un gesto todo lo que las rodeaba— no fuese suficiente.

Marcy se quedó mirando el teléfono, como poseída, como si se hubiese quedado conmocionada de alguna manera por lo que acababa de oír. O más raro aún, como si le hubiese encontrado un sentido.

Shana dijo:

—Todo irá bien. Lo más probable es que estén pecando de precavidos. Nosotros tenemos que preocuparnos del rebaño, no de... esto.

Pero Shana se quedó muy inquieta de repente.

Cassie y el hombre de la OMS, ese tal Bakker, llegaron al estrado al fin y empezaron a hablar de cuándo tenía la gente que ir al médico y en qué síntomas tenían que fijarse: los de un resfriado o una alergia que no se iban y que luego empezaban a mezclarse con los poco habituales de la demencia. Mia y ella se miraron, y luego hicieron lo propio con los pastores que las rodeaban. ¿Alguno había tenido un resfriado durante los últimos días? Alguna tos o un sorber de mocos sí, sin duda. Shana empezó a ponerse paranoica con todos los que la rodeaban. Si estaban enfermos, ¿podría contagiarse ella? ¿Y Nessie? ¿Qué iba a pasar ahora? La preocupación amenazó con ir en aumento.

Después Mia le tiró del codo y señaló.

—Anda, mira.

Delante del rebaño había un pueblo fantasma moderno: las ruinas de una vieja fábrica, los restos de un centro comercial, las carcasas destruidas de un puñado de almacenes y trasteros. Un coche aparcado a lo lejos, y alguien junto a él.

Y otra persona que avanzaba hacia el rebaño por una de las curvas de la carretera, entre unos arbustos rojos y llamativos como colas de pavo que sobresalían del hormigón resquebrajado.

—Arav —dijo Shana, que corrió para encontrarse con él. Se dio cuenta medio segundo después de que se había llevado el teléfono y dejado a los demás sin las instrucciones sanitarias, por lo que se dio la vuelta rápido, gritó a Marcy y le tiró el móvil. Ni siquiera se detuvo a mirar si la mujer lo había cogido antes de que cayese al suelo. Siguió corriendo al encuentro de Arav. No lo veía desde que el joven había desaparecido con Benji, pero ahí estaba, caminando hacia ella.

El rostro se le iluminó al verla. Y le dedicó una sonrisa.

Shana se daría cuenta luego de que sus ojos no sonrieron junto con sus labios. Tenía una mirada oscura. Triste.

Pero en ese momento, chocó con él y lo rodeó con los brazos. Le dio un beso en los labios y no lo soltó hasta que los pastores empezaron a caminar a su alrededor. Luego las caravanas. Los camiones. Gente en motocicleta. Perros que perseguían a otros perros. Hasta niños. Arav la miró.

—¿Qué pasa? Veo a todo el mundo mirando las pantallas.

—Ah, eso —dijo Shana, que se dio cuenta en ese momento—. Hay una rueda de prensa.

—¿Qué?

—El hongo. La enfermedad. ¿Es eso lo que...? Sí que lo es. —Arav la miró, y Shana sintió su preocupación—. Fue por eso, ¿verdad? Por eso tú y los demás os marchasteis del motel el otro día. ¿Por eso tuviste que irte de repente?

Arav le dedicó un asentimiento reticente.

—Todo irá bien, ¿verdad? —preguntó ella.

Él sonrió y le dijo que sí.

Pero medio segundo después, ella se dio cuenta de que Arav había estado a punto de negar con la cabeza. Fue solo un atisbo, la manera en la que había levantado la barbilla, un breve fruncimiento de ceño, un entrecerrar de ojos casi imperceptible. Era lo mismo que había visto en el rostro de la presidenta Hunt: un movimiento que mostraba a las claras que había pensado una cosa pero dicho otra. Se intentó convencer de que no era nada. Solo su imaginación. Estaba segura de que todo iba a salir bien. A fin de cuentas, volvía a estar con Arav. Lo demás le daba igual.

## INTERLUDIO

### Diez fotografías

#### ***20 de julio, Horse Creek (Wyoming)***

A primera hora de la mañana, una línea de luz cegadora arde en los bordes de unas colinas ondulantes. Un cartel cuelga junto a un sendero serpenteante: RANCHO BENT CROSS . La señal está soldada y tiene remaches de metal, y se encuentra sobre un arco de madera lleno de astas de ciervos. Al fondo se aprecia una verja de metal para contener el ganado. Una valla envuelta en alambre de púas rodea la propiedad. En la entrada hay tres hombres, todos ellos con monos de trabajo: dos con máscaras de protección contra gases y agentes químicos, biológicos y nucleares, y otro solo con un pañuelo estampado rojo para cubrirse el rostro. Los tres sostienen fusiles. Uno tiene la mano levantada como si saludase. Otro se limita a mirar cómo el rebaño cruza frente a ellos. El último apunta a la cámara con el fusil, con gesto amenazante y nada halagüeño.

#### ***31 de julio, Greybull (Wyoming)***

Una tienda: Big Horn Trading Post. Fuera se ve a una mujer sobre una motocicleta sucia que apoya un pie en el barro de la calle y el otro en el bordillo roto de la acera. Tiene el pelo castaño y una cola de caballo le cuelga por la espalda desde la parte de atrás del casco. No está sola sobre la motocicleta: la acompaña un joven sentado detrás de ella, sin casco, y solo con una mascarilla quirúrgica en el rostro, con ojos rojos, puede que debido a las lágrimas, la enfermedad o ambas cosas. Se agarra con fuerza a la cintura de la mujer y aprieta la mejilla contra su espalda mientras ella contempla cómo los caminantes pasan por el pueblecito. El escaparate de la tienda no se ve debido a todos los carteles que tienen colgados en el interior. SOLO GENTE DE LA ZONA, NADA DE TURISTAS. FUERA ENFERMOS. LOS MOCOSOS VÁYANSE A LA MIERDA. SI TOSES, TE VAS A LA MIERDA. DIOS BENDIGA AMÉRICA .

#### ***4 de agosto, Red Lodge (Montana)***

El cielo del ocaso está moteado de franjas de nubes marrones y coloreado de una tonalidad lavanda pálida. A lo lejos se aprecian los picos de Castle Mountains. A nivel del suelo, un prado de artemisas de tonos blancuzcos por el que deambula gente, por el que bailan y se sacuden, como si los hubiesen pillado gesticulando sin orden ni concierto. Hombres y mujeres. Parecidos a los de una secta. Muchos están desnudos; otros, en ropa interior. Algunos van envueltos en banderas de Estados Unidos. Otros

alzan crucifijos hacia los cielos, de rodillas, para suplicar a quienquiera que haya allá arriba. Ninguno de ellos está compenetrado con los demás. Algunos giran. Otros lloran. Otros están muy quietos, con los brazos alzados para formar una Y. Hay uno cerca de la cámara, un hombre de unos treinta años, demacrado y al que se le notan demasiado las costillas. Tiene una barba rala que le adorna la mandíbula y la sonrisa demente. Unos ojos oscuros destacan en su mirada perdida junto a una nariz irregular. Sostiene una bandera nacional. Las estrellas han sido reemplazadas por pequeñas cruces blancas. La esquina inferior derecha de la bandera está negruzca a causa de una mancha de sangre oscura. Puede que sea la suya, dadas las heridas mal curadas que se aprecian en la cara interna de sus muslos y que le llegan hasta el botón que tiene por pene y a los testículos que le cuelgan entre sus muslos esqueléticos.

### ***9 de agosto, Wise River (Montana)***

El árbol del que cuelga el cadáver está marchito y descuidado, como una mano oscura y esquelética que se alza hacia los cielos ahogada por el humo de unos incendios lejanos. El cadáver pertenece a un hombre de edad indeterminada. La piel y las ropas están llenas de masa blanca que bien podría ser una colonia de orugas pálidas. Tiene siete túbulos que le sobresalen de la carne enmohecida, y todos se alzan hacia las alturas y tienen en el extremo un granito que espera que unos dedos impacientes lo hagan estallar. Se ahorcó en una rama robusta, y tiene un cartel en el cuello. Reza NO OS ACERQUÉIS en letras enormes y negras. Y hay otro mensaje en letras más pequeñas debajo: OS QUIERO SHAUN DONNIE Y HELEN . Es el primer cadáver que han visto. Y no será el último.

### ***14 de agosto. Potlatch (Idaho)***

Pete Corley, el autoproclamado dios del rock, está apoyado en un viejo vagón de tren abandonado. La cámara hace zum sobre él y capta un instante en el tiempo mientras los caminantes no dejan de avanzar, caminantes que se aprecian en el fondo, borrosos mientras que Corley aparece muy nítido. Tiene un teléfono tapando la oreja. Parece que por una vez escucha en lugar de hablar. Tiene los labios fruncidos en un gesto de preocupación. Llora, y las lágrimas se le derraman por las mejillas y reflejan la luz del sol del atardecer. Acaban de darle malas noticias: su mujer y sus dos hijos se marchan a casa de los padres de ella para «capear» la inminente epidemia. Tienen una mansión. Con verjas. Una propiedad enorme. Pete no es bienvenido en ella. Sus padres creen que el rebaño está relacionado con la enfermedad, por lo que seguro que él también está infectado.

### ***19 de agosto, Sagemoor (Washington)***

Un primer plano de uno de los pastores: Stephen Harper. Se unió al rebaño hace tres semanas. Su pareja, Isobela Gonsales, es una artista de técnica mixta que se unió a ellos en Wyoming, dejó abandonado su torno de alfarera y llegó con las manos manchadas de arcilla. El hombre se está despidiendo de ella. Tiene el rostro enfermo y pálido. La nariz cubierta de una costra untuosa y blanca. Tiene las mismas manchas en las comisuras de

los ojos y de la boca. Los pastores que lo rodean llevan mascarillas quirúrgicas. Le agarra la mano a su pareja mientras se despide. Sabe que está enfermo. El día anterior se había separado del rebaño para entrar en un viñedo, y el dueño casi le pega un tiro. Stephen no recuerda el incidente. Máscara Blanca se ha apoderado de él. Vuelve a casa con el resto de su familia, con la esperanza de que encuentren a tiempo una cura que lo salve.

### ***20 de agosto, Snoqualmie Pass (Washington)***

La cordillera de las Cascadas se alza en el horizonte. En los picos se ve un ligero atisbo de nieve, un indicio temprano de un invierno extraño. Las montañas parecen tranquilas. La carretera de debajo es todo lo contrario: el caos se ha apoderado de unos veinte o treinta vehículos que la bloquean por ambos carriles. El accidente ocurrió cuando el conductor de un camión creyó de buenas a primeras que se encontraba en la cama en lugar de al volante. «Salió de la cama», y abrió la puerta del vehículo e intentó salir. El cinturón de seguridad evitó que lo hiciese, pero sí que separó las manos del volante, que giró con la cadera y el codo. Viró con brusquedad la cabina, y el remolque volcó en la carretera. Los coches chocaron contra él, y esos coches contra otros coches, todos agravados por la carretera húmeda debido a la lluvia propia del Pacífico Noroeste. El rebaño de caminantes no se vio afectado en modo alguno. Atravesaron el accidente. Lo cruzaron impasibles. Para ellos no era un obstáculo, de la misma manera que una roca no es un obstáculo para una columna de hormigas. Por el contrario, los pastores tuvieron grandes problemas para atravesar la carretera bloqueada con su caravana de vehículos. El número de caminantes había llegado a seiscientos sesenta y seis.

### ***25 de agosto, Castle Rock (Washington)***

Una instantánea tomada de un puente sobre el río Cowlitz. En la distancia se aprecia un cementerio en el que hay un montículo cubierto de hierba debajo de los árboles. El cementerio es el hogar de los muertos, como le es propio, pero en aquel los difuntos parecen haber escapado de la comodidad de la tumba. Hay cuerpos apilados por el lugar. También un camión, del que trabajadores ataviados con trajes de protección sacan más cuerpos. Pronto empezarán a quemarlos como les han aconsejado, porque si no hacen nada el hongo sacará esos túbulos que explotarán, las esporas serán arrastradas por la brisa y los saprofitos se quedarán viviendo en el suelo, a la espera. Quemar los cuerpos parece ser suficiente para eliminar el patógeno. El humo no tardará en flotar sobre el río, lo que hará que los pastores huelan ese hedor por primera vez. Es como el de un cerdo enfermo cocinado a fuego lento, y que incluso llegaría a gustar a algunas personas. Era un aroma que se te quedaba en la nariz, en la base de la lengua, y que podría describirse como darle un lametón a un libro muy viejo de una biblioteca.

### ***29 de agosto, Tierra del Mar (Oregón)***

La inmaculada costa de Oregón. Está vacía a excepción de un hombre con un casco rojo y una moto de agua también roja que surca las olas y deja tras de sí su rastro en el mar. Se desconoce qué hace ahí. ¿Su mente ha quedado presa del hongo y lo que hace le

parece una reacción racional a lo ocurrido? ¿Tiene la suerte de ignorar lo que le ocurre al mundo en esos momentos? ¿O tan solo ha decidido regocijarse en ello, mandar a tomar por culo a los miles de muertos, el avance imparable del tiempo y de la enfermedad y a lo que sin duda también acabará con él o con alguien que conoce? ¿Es un acto de demencia, de desafío o de ignorancia? O quizá sea un suicidio. Seguirá montado en la moto de agua hasta que se quede sin combustible y luego se hundirá en el océano y se llenará los pulmones con las aguas agitadas. Y después desaparecerá, y la costa volverá a quedarse vacía otra vez. Un vistazo a un mundo sin humanos que recorran sus márgenes.

### ***31 de agosto, Pistol River (Oregón)***

Una fotografía más íntima. Una instantánea de la superficie de una mesa de pícnic a las puertas de una tienda cerrada durante un paseo por la frontera entre California y Oregón. La madera de la mesa está gastada y se ha vuelto grisácea. Hay varios nombres y mensajes grabados en ella, mensajes de amor, de odio, insultos, tonterías. CAITLYN AMA A JEN. ANDA Y QUE TE DEN, STEVE . Un dibujo de una polla y unos cojones con unas rayitas que le salen de la punta. El *emoji* de la caca. Un número de teléfono. Pero la foto no está centrada en nada de eso. Está centrada en la mano izquierda de Shana Stewart, abierta como una flor y, en el centro de la palma, hay un test de embarazo. Un símbolo «más» indica que ha dado positivo.



**QUINTA PARTE**

Máscara blanca

## Bájate del caballo y bébete la leche

Quedan diez segundos para la medianoche.

@BotRelojdelJuicioFinal

19 comentarios 32,7 mil retweets 10,1 mil me gusta

### ***5 de septiembre. Bodega Bay (California)***

**E**l viento de la costa era frío e inclemente, lo bastante fuerte como para empujar a alguien hacia el mar con un cruel aventón. Benji se acurrucó en su cazadora sin dejar de temblar. El sol se proyectaba plateado a través de la densa capota de nubes. La niebla lo cubría todo.

Se detuvo en un acantilado. Una barandilla partida y doblada le impedía caerse. Había partes en la que estaba rota, reducida a poco más que metralla. Habían colgado un tramo muy corto de cinta amarilla, como si eso fuese a proteger a alguien de la caída, tan profiláctico como un condón hecho de pañuelos de papel.

Detrás de él se abría el fantasma de una vieja granja de carretera, en cuyo tejado anidaban gaviotas. Algunas salieron volando y le graznaron.

Esperó.

Miró el reloj.

«Llega tarde.»

En ese momento y como si lo hubiese oído, un Ford Bronco se detuvo cerca de su coche de tres puertas de alquiler, un alquiler que Benji suponía que el CDC había dejado de pagar y del que la empresa ya se había desentendido por completo. Quizá le llegase la factura algún día.

«Podéis clavarla en mi ataúd», pensó con tono funesto.

El Bronco aparcó.

Cassie Tran salió de él.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta de la banda Thunderpussy. Se frotó los brazos mientras se acercaba, y él se apresuró para ir a su encuentro y darle un fuerte abrazo.

—Tío —dijo ella, asfixiada por el sorprendente frío—. ¿En serio? ¿No podrías haber elegido un lugar más cálido que un acantilado?

Benji le sonrió.

—Te he echado de menos, Cassie.

Había hablado con ella, pero no la veía cara a cara desde lo de Atlanta.

Las gaviotas gorjearon lo que parecían quejidos. Cassie se estremeció al oírlas.

—Vale, qué mal rollo da eso en un sitio como este, joder.

Benji le dedicó una mirada inquisitiva.

—*Los pájaros* de Hitchcock se grabó aquí, en Bodega Bay —explicó—. ¿No lo sabías?

—Mis conocimientos sobre la cultura popular están al nivel de los de cualquier abuela. Cassie puso los ojos en blanco.

—Sí, me había olvidado. Bueno. ¿Cómo va todo?

No había podido evitarlo. Era una pregunta irónica, con un atisbo de amargura que no estaba acostumbrado a oír en Cassie. Tampoco era muy dada a los sentimentalismos, pero Benji apreció la aflicción que le desfiguraba las facciones: la tirantez de las comisuras de los labios, como si tratara de forzarse a sonreír; la fuerza que hacía con la mandíbula, con la esperanza de reprimir algo, cualquier cosa, todo. Benji también lo sentía. Una tristeza desatada. Le dieron ganas de vomitar. Tenía miedo.

Las preguntas que nunca dejaba de hacerse desaparecieron de su mente ahora que tenía algo inmediato en lo que concentrarse. Preguntas como:

¿Y si tenían razón?

¿Y si Moira y Bill...

(y Sadie)

... tenían razón?

¿Y si había llegado el fin? Para él, para Cassie. Para todos.

El día de la reunión del CDC en Atlanta había dicho: «Imposible, no puede ser. La humanidad lo superará. Sobreviviremos. Somos la mayor de las pestes y nos adaptamos a la perfección a todo lo que intenta exterminarnos».

Pero en los últimos días...

—¿Qué números tienes? —le preguntó a Cassie para ir al grano. Hablar de números y de datos lo distraía y les permitía a ambos comentar lo ocurrido como si no fuese más que información abstracta en un gráfico o una hoja de cálculo, sin nombres ni rostros ni personas con vidas ni seres queridos—. Los números de verdad, ya que supongo que lo de las noticias es información atrasada.

—Lo es.

—Pues dime.

—¿Los del país?

—Los de todo el mundo.

—He hablado hoy con la OMS. Parece que ayer alcanzamos un hito. Cien mil. No celebramos ninguna fiesta, que lo sepas.

—Cien mil infectados. Dios. —Intentó ponerlo en perspectiva. ¿Cuántos había en junio? ¿Una decena? El primer día de agosto ya habían llegado a los quinientos, y ahora esa cantidad se había multiplicado por doscientos. Si las cifras seguían esa progresión geométrica (que sabía que era una mera simplificación), llegarían a veinte millones la primera semana de octubre.

A cuatro mil millones en noviembre.

En diciembre...

—Lo estás calculando, ¿verdad? —preguntó Cassie—. Te acabo de imaginar haciendo cálculos mentales.

—Sí que lo estaba haciendo, sí.

—No lo hagas. No te lo recomiendo.

—Lo sé.

Cassie volvió a frotarse los brazos, y Benji se quitó la cazadora y se la ofreció. Ella negó con la cabeza al principio, pero él insistió y consiguió que la cogiera. Después dijo mientras se la ponía:

—Hemos hecho avances, Benji. Las grandes farmacéuticas se han puesto a ello y trabajan día y noche. Tenemos unos antifúngicos inestables que hemos sacado de quitina encontrada en desechos marinos, defensinas vegetales antiparasitarias, kumis...

—¿Kumis?

—Leche de caballo fermentada.

—Qué rica.

Cassie sonrió, un atisbo de la antigua Cassie, esa en cuyos ojos siempre se podía apreciar al Diablo bailando.

—Oye, pues yo creo que si viene alguien y te dice que la leche podrida de tu yegua sirve para curarte, te la beberías. Ya lo dijo John Wayne: «Bájate del caballo y bébete la leche».

—Creo que no se refería a eso, pero vale. Nunca creí que fueses admiradora de John Wayne.

—Mi padre lo era. Le encantaba ese hombre porque era la viva y refinada imagen de Estados Unidos. Para él era como fumar patriotismo de un cigarrillo sin filtro y liado en una bandera de barras y estrellas. Tuvimos que decirle a papá que dejase de llamar «peregrino» a todo el mundo, porque se había puesto pesado de cojones. —Suspiró. El recuerdo desapareció en el horizonte, como el sol bajo nubes de tormenta—. ¿Qué me dices de tus números? El rebaño, los pastores y todo eso.

—Creo que el rebaño ha crecido... más o menos al mismo ritmo de siempre. Algunos días llegan más y otros menos. Cuando los dejé esta mañana creo que estaban en ochocientos trece sonámbulos. La cosa cambia un poco con los pastores. Cada vez hay menos, a pesar de que el número de sonámbulos no deja de aumentar. Algunos se han puesto enfermos, otros han decidido volver a casa con sus familias y otros... están asustados. Hay quien incluso cree esa pamplina de que lo de la enfermedad es culpa del rebaño, que son un desfile de pacientes cero. Cada vez hay menos pastores. Somos solo unos pocos cientos.

—¿«Somos»? Ya te consideras parte de ellos.

—Bueno, no puedo decir que tenga nada que ver con el SIE. Ni con el CDC.

—Pues de eso quería yo hablarte.

—No voy a volver contigo.

—Benji...

—Mi lugar está aquí, con el rebaño. Es el papel que me tocó y pienso seguir en él. Sé que Loretta te habrá pedido que hables conmigo...

—Loretta está infectada. Máscara Blanca. Está enferma.

Benji se estremeció a causa de algo aún más frío que la brisa.

—Vaya —dijo con una voz diluida. Loretta. El Objeto Inamovible. Era una mujer muy baja, pero siempre tenía presente su alargada sombra. Era como un titán, no un ser humano... No alguien que pudiera caer presa de algo tan soez e insensible como una enfermedad. Enfermar era un riesgo muy real si trabajabas en el CDC, pero aquello era diferente—. ¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo le queda?

—Ha empezado a manifestar algunas señales de demencia. Síntomas parecidos a los de la gripe. Aún... trabaja un poco, desde casa, pero la directora Monroe se ha ido

haciendo cargo de su puesto. Ella fue la que me pidió que hablase contigo.

—Sarah Monroe es buena. Aunque no es Loretta.

—No, pero es lo que hay. Martin aún está bien. Robbie...

Se quedó en silencio.

—¿Qué?

—Robbie... No lo sabemos. Sigue en África. Hubo otro brote de ébola en Liberia y ahora encima tienen otro de Máscara Blanca, por lo que... Bueno, ya lo conoces, pensó matar dos pájaros de un tiro. Pero Máscara Blanca... Los lugareños creen que es cosa de brujería. Opinan que... los estadounidenses son los responsables. Lo emboscaron cuando estaba con un convoy de la OMS. No sabemos nada de ellos desde entonces, pero...

«Es muy probable que esté muerto», pensó Benji.

—Dios santo. —Parpadeó para que le cayesen las lágrimas.

—Ya.

Cassie parecía intentar hacer acopio de coraje. Benji la vio hacerlo, un gesto del que solía valerse cada vez que estaba a punto de desafiarlo. Le gustaba. Necesitaba que la gente lo desafiase. El rostro de la mujer se arrugó y luego soltó lo que iba a decir.

—¿Y si cometes un error? Espera, deja que plantee la pregunta de otra manera. ¿Y si eres un idiota de campeonato? Eres una de las mentes más brillantes que tenemos, Benji. Loretta no debió haberte dejado en la estacada después de lo de Longacre. Sé que fue inaceptable, pero te necesitamos. Te necesito.

—Tú eres mejor que yo. Y ahora tienes a Martin. —Hablabla de Vargas, quien se había quedado con Cassie por recomendación de Benji—. Yo no pienso dejar este lugar.

—¿Por qué?

—No lo entenderías.

La rabia se apoderó de su mirada.

—Pues explícamelo.

—El rebaño —comentó Benji—. No enferma.

—¿Qué? —Cassie no lo entendió hasta ese momento, pero algo hizo clic. Benji vio el momento justo en el que le cambió la expresión—. No los afecta, ¿verdad? El patógeno. Joder.

—Eso parece; al menos, por ahora. Máscara Blanca no los afecta de ninguna manera.

El viento volvió a soplar. Las gaviotas alzaron el vuelo y empezaron a volar en círculos sobre sus cabezas antes de dirigirse al mar para conseguir comida.

—Voy a decirte una cosa —continuó Benji—. Y espero que no lo cuentes por ahí, pero tú verás lo que haces. Yo no puedo seguir guardándomelo. —Respiró hondo—. Alguien ha creado el rebaño, Cass. Esas personas han sido elegidas a propósito, infectadas por unas... nanopartículas, un enjambre infinitesimal de máquinas que les granjea una especie de... invulnerabilidad limitada. Y eso significa que...

—... puede que sobrevivan a esto.

—Eso es. Es harto probable que, a la postre, sean los únicos supervivientes.

Cassie dio un paso atrás, como si necesitase el espacio para asimilar lo que acababa de oír. De pronto parecía perdida. Benji había visto aquella mirada en algunos de los afectados por Máscara Blanca a medida que la demencia se apoderaba de ellos. Pero en este caso era diferente. Parecía como si Cassie se hubiera tambaleado al oír aquella información. Benji la vio intentar hacerse a la idea y asimilar los cómo y los porqués.

—Un momento —dijo ella—. Espera. ¿Y por qué no hay más? ¿Por qué no... hacer más nanomáquinas para protegernos?

Benji le repitió lo que le habían dicho.

—La producción de las nanomáquinas requiere una cantidad considerable de recursos ya escasos en el planeta. Recursos que, además, ya no están disponibles. Y no existen sustitutos sintéticos.

—Joder.

—Eso mismo. Joder.

—Sirven de protección —aventuró ella.

—Algo así.

—¿Quién te lo dijo?

—Cisne Negro. —Benji titubeó. No estaba seguro de hasta qué punto debía compartir esa información, pero tenía que contársela a alguien, y Cassie era una amiga digna de confianza y allegada. Se odió por no habérselo dicho antes—. Cisne Negro controla las nanomáquinas, por lo que se podría decir que... Cisne Negro controla el rebaño.

—Eso quiere decir que Sadie lo sabe.

—Lo sabía desde el principio.

—Y por eso ya no está con los pastores.

Benji suspiró.

—Sí.

—Lo siento. Sé que teníais... algo.

Benji se obligó a sonreír y dijo:

—Hay cosas más importantes de las que preocuparse que mis líos amorosos.

El viento agitó el pelo de Cassie y le tapó la cara. Se lo sujetó en una coleta.

—Y ahora, ¿qué?

—Pues lo mismo de antes. Tú sigues buscando una cura. Yo sigo vigilando a los sonámbulos. Y, con suerte, para Navidad podremos decir que esto no fue más que una pesadilla temporal, nos emborracharemos con ponche de huevo y esperaremos tranquilos a la próxima enfermedad que salte de un murciélago o una rata. O a que una bacteria resistente a los antibióticos acabe con todos. Lo de siempre. Manos a la obra.

—Muy bien. —Cassie sonrió, le cogió la mano y le dio un apretón—. Ahora que te veo más animado, voy a enseñarte lo que he conseguido averiguar.

Al fin y al cabo, se habían reunido para eso.

Cassie se marchó, y Benji se quedó solo metiendo unas cajas en el maletero del coche ahora que la niebla había pasado a convertirse en una llovizna. La científica le había dejado varios regalos: el primero eran bolsas de plástico llenas de tests esterilizados que funcionaban igual de rápido que los que se usaban para diagnosticar la gripe, aunque en este caso eran para el *R. destructans*. Había los suficientes para los pastores y el rebaño.

El segundo de los regalos era una caja de medicamentos antifúngicos. Triaconazol, un nuevo mejunje creado por una empresa farmacéutica recién establecida, Dawson-Hearne, de Chicago. Cassie le aseguró que no se trataba de una cura, pero les proporcionaba cierta protección contra los síntomas de Máscara Blanca y retrasaba el avance de los filamentos hacia el cerebro. Sus palabras habían sido: «Que no se entere nadie. No tenemos mucho. Una persona necesita tomarse dos pastillas al día para que sea efectivo y aquí solo hay doscientas pastillas. Intentaré conseguir más. Mientras

tanto, repártelas como creas conveniente, pero solo entre los imprescindibles, ¿vale? La presidenta ya las toma. También todo su personal y todo el CDC. Si alguien se entera, se encargará de que lo paguemos muy caro».

Lo cierto era que la gente ya tenía razones más que suficientes para que lo pagaran muy caro.

—Una cosa más —añadió Cassie—. Si empiezan a manifestarse los síntomas de la demencia, estas pastillas no servirán de nada. Pero sí que hay otra cosa que... ayuda.

Le dio cientos de pastillas de Ritalin.

El Ritalin era un estimulante muy eficaz que se usaba para contrarrestar la narcolepsia y el TDAH, el trastorno por déficit de atención e hiperactividad, sobre todo en los adolescentes (adolescentes que, históricamente, solían vender las pastillas a sus amigos). En los últimos años también se había empezado a investigar su eficacia contra el alzhéimer, pero nadie había publicado todavía estudios serios al respecto.

—No estoy segura de qué es peor —le dijo Benji—: un mundo que perece a causa del delirio o uno enganchado al Ritalin.

Ella hizo caso omiso del comentario y le dijo que había otros estimulantes que tal vez funcionasen, aunque solo eran meras especulaciones. Benji le dio las gracias y cogió la caja de Ritalin, que muy bien podía contener dos mil pastillas.

Cerró el maletero del coche. Las gaviotas acababan de regresar de su vuelo marino y ahora volaban en círculos sobre la granja en ruinas antes de posarse en el techo a graznar y chillar. Benji se despidió de las aves y se preguntó en voz alta si se convertirían en mejores guardianes de la Tierra de lo que lo habían sido los humanos. Mientras daba marcha atrás con el coche para volver a la carretera, se quedó un momento mirando el hueco en la barandilla, ese que daba al vacío y a las rocas dentadas sobre las que batían las olas. Por un instante contempló la posibilidad de acelerar al máximo y dirigirse hacia allí a toda velocidad para lanzarse por los aires y volar durante apenas unos segundos. Le resultó divertido durante unos momentos. Hacía treinta años, cualquiera que hablase del futuro siempre nombraba los coches voladores y, ahora que él se encontraba en ese supuesto futuro, la única manera de conseguir algo así era lanzarse con uno por un acantilado.

No, Benji no era de esos.

En lugar de ello, siguió marcha atrás hacia la carretera y condujo de vuelta al rebaño.

De vuelta junto a sus compañeros pastores.

De vuelta junto a las personas con quienes se sentía en su hogar.

## Atrapado

Amigos, este es mi último pódcast. Lo sé, lo sé. Vosotros echaréis de menos mi voz y yo vuestros comentarios, pero creo que ha llegado la hora de estar con mi familia y mis amigos, porque... las cosas se han puesto muy feas. Máscara Blanca, la enfermedad, está entre nosotros y ¿quién sabe cómo acabaremos? Estoy preocupado. Supongo que todos lo estamos. El mejor consejo que os puedo dar es que hagáis caso de lo que dijo el pastor Matthew Bird en su último pódcast, que ahora es el momento de hacer las paces con Dios, porque pronto todo quedará en Sus manos.

HIRAM GOLDEN , pódcast *La hora de Golden* .

### **6 de septiembre, Echo Lake (Indiana)**

**E**l pastor Matthew Bird recordaba un día sí y otro también que carecía del valor necesario para morir. Sin duda tenía la opción: llevaba más de un mes encadenado en un sótano debajo del cobertizo que servía de anexo al edificio Morton de Ozark Stover. Aquel sitio era como un refugio nuclear, que sin duda era uno de los motivos por los que lo habían construido. Stover le había dicho que tenía muchos refugios como aquel por toda su propiedad. La estancia no era grande, a lo sumo unos ochenta metros cuadrados. Y en ella había muy pocas cosas: una cama plegable, un baño muy austero con retrete, lavamanos y ducha, una pequeña estantería en la que solo había un libro: la Biblia del rey Jacobo, y un portátil desde el que Matthew grababa los pódcast y los mensajes de vídeo que Ozark le exigía. Tenía unas esposas en la muñeca derecha; Stover las había fabricado en persona. El otro extremo de las esposas estaba sujeto a una gruesa cadena de metal que a su vez se encontraba unida a un enorme aro de acero clavado en el hormigón.

Era una de las formas con las que Matthew sin duda podía llegar a suicidarse.

Podía ahorcarse con ella.

También podía reventarse la cabeza contra la pared.

También podía... hacer un lazo con la cadena para luego colgarse de alguna manera.

Puede que hasta pudiese tratar de ahogarse en el lavabo.

También romper el portátil y cortarse las venas de las muñecas con la pantalla o con los restos de plástico.

Tenía muchas maneras de morir, pero no se había decidido por ninguna.

(«Ojalá tuviese la valentía de Autumn», pensó. Había llegado a la conclusión de que, tal y como le había dicho Ozark una y otra y otra y otra vez, su mujer se había intentado



suicidar en la bañera porque odiaba a su marido y se había olvidado de su hijo. Matthew no sabía si estaba viva o si seguía en coma o si se había recuperado y ahora Ozark Stover la tenía secuestrada en algún lugar como a él. Les preguntaba por ella a sus captores todos los días, pero nunca le respondían. A veces se miraban entre ellos, impasibles. Otras se limitaban a reír. Pero nunca le decían nada. Eso era lo peor de todo.)

Matthew no se suicidó, no.

Y por la peor de las razones. No era porque ansiase la libertad, ni porque quisiese volver a ver a Autumn o Bo, si es que Autumn seguía viva o Bo quería verlo.

No, era porque tenía miedo a morir.

Porque Matthew llegó a la repentina conclusión de que tras la muerte solo aguardaban las tinieblas, y eso en el mejor de los casos. O el infierno en el peor.

Quizá fuese lo mismo.

Ya no tenía tan claro que existiesen ni su Dios ni el dios de nadie.

Era una revelación devastadora, de las que hacían a la gente plantearse la idea del suicidio, pero que produjo en él el efecto contrario. Antes, la muerte habría sido algo... no bienvenido, pero sí más llevadero. Un regreso al cielo, al Dios del que procedía. Pero ahora era una puerta hacia la nada. Un vacío infinito, un abismo insondable, una eternidad carente de sentido que no tenía nada que ver con el tipo de vida que había llevado.

No consiguió reunir el valor suficiente para sumirse en esas tinieblas.

Y por eso estaba allí, sentado un día sí y otro también.

Contemplando la muerte desde la lejanía.

Recordando lo que Stover le había hecho, reproduciéndolo una y otra vez en su memoria, como un castigo autoimpuesto.

Le llevaban comida. Solían hacerlo el larguirucho Danny Gibbons o su hermano de pelo rapado, Billy. Matthew casi no comía, por lo que dejaron de llevarle platos enteros. Cada pocos días lo obligaban a grabar mensajes. Siempre de audio. Nunca de vídeo, porque no tenía la compostura suficiente como para hacerlo. Eran mensajes para los fieles. Stover y los suyos le escribían un guion y él tenía que leerlo. No tenía acceso a internet en el portátil, y las señales inalámbricas no parecían ser capaces de atravesar las paredes del refugio. Los guiones siempre hablaban del fin del mundo, de movilizar a los guerreros de Dios contra los ejércitos del leviatán, de las conspiraciones izquierdistas de la presidenta Hunt y sus adláteres, conspiraciones que los habían llevado hasta ese punto, con una nueva peste que había surgido para eliminar la nación y dejarle el camino despejado al Nuevo Orden Mundial.

Solo quería usar a los oyentes como armas. Matthew no creía ninguna de esas patrañas. Y ahora sabía que Stover tampoco.

Le daba igual que las creyese o las dejase de creer.

Lo importante era que se las creyesen los oyentes.

Y Ozark estaba seguro de que lo hacían. Y Matthew también.

Cada vez que acudía alguien a dejarle un nuevo guion, lo ponía al corriente también del número de suscriptores. Diez mil. Luego, cincuenta mil. Después, cien mil... Y todo eso, sin contar con las cantidades de visitas a la página ni las de escuchas, que se multiplicaban por diez. Habían urdido una historia muy paranoica para justificar el hecho de que Matthew ya no estuviese en la iglesia. Lo obligaron a decir que ya no estaba allí porque decía «muchas verdades» y las fuerzas satánicas se habían hecho las

dueñas y señoras del gobierno de Estados Unidos, que estaba dispuesto a acabar con todos los que dijese la verdad. Por eso les hablaba desde un «lugar seguro», un «refugio en el que ni Lucifer ni sus huestes podrán encontrarme».

Tenía que arreglárselas para que sonase convincente.

De lo contrario, lo zurraban con viejas guías telefónicas y lo obligaban a repetirlo.

Los amenazó con suicidarse. Se lo dijo a Stover, quien ya casi no bajaba a verlo, y el grandullón se limitó a reírse con una carcajada grave y de dimensiones sísmicas.

—Adelante —dijo Stover—. Eso no hará más que azuzarlos. Confirmará nuestra historia. El buen pastor, asesinado por las fuerzas de la oscuridad por defender la cruzada por la verdad. Joder, es que llegado el caso hasta es probable que te matemos nosotros.

Después le volvió a pegar. En ningún momento dejó de reírse.

Y, por consiguiente, Matthew dejó de oponer resistencia.

Se dejó llevar.

Intentó hablar con tono resuelto en las grabaciones, aunque a veces sonaba muy frívolo y forzado. En ocasiones incluso lloraba desconsolado, por lo que tenía que asegurarse de que repetían la grabación. Pero Danny Gibbons le dijo que a Stover le gustaba. Decía que sonaba auténtico, como si de verdad estuviese contemplando la caída del Reino de Dios en manos de Satán.

Los últimos guiones habían empezado a centrarse en los sonámbulos, a los que ahora no solo se les asignaba el papel de ejército de Satán, sino también el de un vector de contagio que no dejaba de avanzar. Decían que el rebaño de caminantes era el responsable de la transmisión de Máscara Blanca entre los fieles, que eran una marabunta de portadores de la enfermedad creada por el gobierno bajo las órdenes de Lucifer y del mismísimo leviatán...

Sí, así era como llamaban a la presidenta Hunt. El leviatán.

Así era como la llamaba él, Matthew, en sus grabaciones.

Porque la verdad era que, aunque no escribiese los guiones, era él quien los leía para todo el mundo. No salían de su puño y letra, pero sí los pregonaba a los cuatro vientos, lo que significaba que él también era una enfermedad. No un virus, ni una bacteria, ni un hongo, sino una infección de ideas horribles que no dejaba de esparcirse por doquier.

Y siguió haciéndolo.

Hasta el día anterior.

Ese día llegó alguien nuevo al refugio. En los últimos días había visto la mayoría de los rostros de sus captores. Había visto a Roger. A los dos hermanos Gibbons. Y también a Ozark, claro. Pero nunca a Hiram Holden, aunque no podía decirse que aquello lo sorprendiese. Ni tampoco a Bo.

«Bo...»

«Autumn...»

En esa ocasión, vio a alguien que no esperaba. Un rostro que reconoció al principio, pero al que fue incapaz de ponerle nombre hasta que el joven se identificó: Ty Cantrell, el tipo de pelo castaño, joven y fuerte, que había pintado y arreglado la iglesia de Matthew asistido por Billy Gibbons.

Ty era diferente de los demás. Le hablaba con un tono más amable, tranquilo y espontáneo. Y también daba la impresión de estar incómodo cuando se encontraba cerca de Matthew, como si no le gustara nada la situación. Parecía muy nervioso cuando le

llevó otro de esos guiones.

Y la gente siempre se iba de la lengua cuando estaba nerviosa.

Empezó hablando sin ton ni son de lo primero que le venía a la mente. Después siguió con un partido de béisbol entre los Cleveland Indians y los Boston Red Sox, y luego dijo:

—La verdad es que me sorprende que se sigan celebrando partidos, tal y como están las cosas. Pero supongo que la gente necesita sentirse bien de alguna manera.

Y en ese momento Matthew vio el cielo abierto. No estaba al corriente de lo que ocurría en el exterior, ya que no se podía decir que le contasen demasiado, aunque los guiones le proporcionaban alguna que otra pista. Aun así, no se había enterado de gran cosa.

Matthew preguntó:

—¿Cómo están las cosas ahí fuera?

—Bueno, ya sabes. La gente... no deja de morir. Hay muchos infectados.

—¿Cuántos? ¿Cuántos están enfermos o han muerto?

—Yo... Pues la verdad es que no lo sé. Muchos.

—¿Qué quiere decir muchos? ¿Millones?

—Qué va, pero sí unas cuantas decenas de miles o algo así. Cientos. No sé. He tenido que dejar de ver las noticias. No dejaban de hablar de ello.

—¿Y decían que iba a peor? —Matthew oyó su voz quebrada y sintió miedo. No solo por el mundo, sino también porque sospechaba que no debería estar hablando con Ty. Y Ty tampoco debería hablar con él—. ¿Cómo de peor?

—Psss. Pues no sé. Dicen que todos los que tengan algún síntoma, como mocos u olvidarte del nombre de tu perro, deberían hacerse la prueba para ver si la tienen. Abrieron centros de cuarentena, pero ya están llenos. Y han empezado a quemar los cuerpos... —Se quedó en silencio—. Es una locura. Te aseguro que no quieres saber más del tema.

«Sí que quiero. Quiero saberlo todo.»

En parte, para volver a sentirse conectado con algo, y en parte, porque le preocupaba el papel que le habían asignado en los acontecimientos que estaban por llegar.

Pasó las páginas de un guion de dos folios que le acababan de dar. Era más corto de lo habitual. Vio que no se dejaba de nombrar a los caminantes.

Ty dijo:

—Bueno, debería irme...

—Este guion no deja de nombrar a los caminantes, otra vez.

—Están propagando la enfermedad.

Vale. Ty no era muy listo y se había tragado las patrañas de Stover.

—Claro —dijo Matthew, que asintió despacio.

—Así que hay que acabar con ellos, ¿verdad? Es lo que dice Stover. No se puede permitir que haya una bruja suelta por ahí. Supongo que no les queda mucho tiempo.

—Claro —convino Matthew, quien se relamió los labios, ansioso por sonsacarle la verdad a ese pobre diablo. Un niño que debía de rondar la edad de su hijo, tal vez algún año más—. Entonces tiene pensado hacer algo con ellos, ¿no? Con los caminantes.

—Ha llegado la hora. —Ty asintió—. La gente lo entenderá por fin. Joder, y no solo lo entenderán, sino que seguro que hasta lo aclamarán —añadió al tiempo que soltaba una risilla.

—Seguro que sí. Ese Ozark... Supongo que montará un buen espectáculo. El ataque

será... digno de ver.

—Supongo que sí.

—Sí, yo también. —Matthew trató de mantener la compostura, pero notaba los latidos de su corazón, desbocados como un caballo salvaje. Volvió a jugar con el guion—. Vale. Entonces ahora grabo este y... supongo que volverás más o menos en una hora.

—Vale. —Ty lo miró con un atisbo de miedo y pena. Después sonrió y salió a toda prisa de la estancia dejando tras de sí un rastro de nerviosismo.

Y en ese momento Matthew grabó el episodio.

No sabía quién iba a escucharlo. Al principio sí que sabía que lo revisaban para asegurarse de que se ceñía al guion. Pero ¿seguían haciéndolo? Daba por hecho que sí, aunque ya se había salido del guion con anterioridad, había recitado algunas frases de memoria para que sonasen más a la manera en la que las diría él. Y a veces también se salía por la tangente y comenzaba a hablar del ejército de Satán y a citar otros pasajes del Apocalipsis.

Nunca le habían dicho nada al respecto.

Porque quizá ya no revisaban nada.

Tenía que darlo por hecho.

Volvió a grabar el audio.

Y volvió a salirse del guion. Añadió advertencias cargadas del fuego y el azufre del infierno para que los pastores y el rebaño de caminantes supiesen que eran monstruos, demonios, y que se disponían a atacarlos.

—Os atacaremos. Os destruiremos. Pronto —dijo, tratando de sonar de la manera más desquiciada posible—. Pagaréis por vuestros pecados como los esclavos de leviatán que sois y, cuando os atacemos, no lo habréis visto venir. Vamos a por vosotros. Sin avisaros.

Sabía que era absurdo decirles que los iban a atacar sin previo aviso cuando eso era justo lo que hacía en ese momento.

Pero a veces la gente se dejaba engañar por esa clase de artimañas. En tu día a día como pastor, a veces tenías que hacer según qué cosas para entretener a los niños, y en ocasiones hasta tocabas la guitarra. Lo que mejor se le daba a Matthew eran los trucos de magia y, como buen mago, sabía que lo más importante era desviar la atención. «La moneda no está en mi mano», había que decir, aunque en realidad lo estuviese.

Solo quedaba esperar que los caminantes y sus pastores supiesen interpretar aquella artimaña de la manera correcta.

Ty regresó poco después y cogió el USB en el que había grabado el audio.

Después Matthew contó los eslabones de su cadena (que ya sabía que eran ciento cuarenta y uno) y, aunque no tenía ventana, sabía que ya empezaba a hacerse tarde. Su reloj interno se había alterado un poco, por lo que comprobó el reloj del portátil para sentirse ligado al transcurrir del tiempo.

Se levantó de la cama al cabo de un rato, cuando oyó un traqueteo y el sonido de la puerta del refugio al abrirse. Unos pies tintinearón en la escalerilla de metal que bajaba hasta ahí. No era Stover. Lo sabía. Las pisadas de Stover eran como yunques al caer. Pum. Pum. Pum. El sonido de ahora era diferente.

Era Danny Gibbons. Danny entró y casi ni se fijó en Matthew. Daba la impresión de que tan solo había bajado a cumplir con una tarea asignada, como si se tratase de un fontanero, un electricista o alguien que estuviera muy concentrado en el trabajo que

estaba a punto de realizar.

Al fin fijó la mirada en Matthew.

—He oído tu grabación.

Matthew se envaró y notó cómo sus extremidades se afanaban por ocultarse dentro de su cuerpo.

«Tranquilo. A lo mejor no se ha dado cuenta.»

—Muy bien —dijo Matthew, quien le dedicó una sonrisa cargada de sonrojo—. Espero que te haya parecido... bien.

Y en ese momento fue cuando Matthew vio lo que le colgaba al hombre del cinturón. Vio cómo extendía la mano y lo cogía.

Un martillo.

Pequeño. De bola.

—La mano izquierda —dijo Danny.

—¿Qué?

—Tu mano izquierda. Ven aquí y colócala sobre el escritorio. Lejos del teclado.

—Yo no... No entiendo nada. —Matthew dio un paso atrás, se subió al catre y se acercó a la pared—. Mira, yo no... No sé qué es lo que pretendes...

—Como te acabo de decir, he oído tu grabación. Ven aquí. Pon la mano en el escritorio. Como tenga que ir a por ti, te aseguro que las cosas irán a peor.

—No. Yo no... Por favor —suplicó Matthew—. Espera, espera un momento. Vamos a intentar hablarlo. ¿Qué es lo que no os ha gustado? ¿La improvisación? He improvisado antes y eso nunca ha supuesto el menor problema. Mira, lo volveré a grabar. No pasa nada. Me ceñiré al guion. Claro, me ceñiré al guion sin problema...

—Voy a contar hasta cinco. Si no estás aquí cuando termine, iré a por ti y no sé qué es lo que podría llegar a pasar. Lo que sí sé es que no veo lubricante para armas por aquí, de modo que no deberías esperar algo tan placentero como la última vez.

Un gruñido grave surgió de la garganta de Matthew. El gimoteo de una criatura atrapada. Se estremeció y se pegó aún más a la pared mientras rezaba para fundirse de alguna manera con el hormigón del refugio, con su prisión, y desaparecer para siempre dentro de la tierra.

—Uno.

—No. No, por favor. Dile a Ozark que...

—Dos.

Las lágrimas empezaron a quemarle los ojos y los párpados.

—Tres. No te hagas de rogar, predicador.

El recuerdo de aquel día en el edificio Morton y rodeado de todas esas armas... Al mismo tiempo le pareció como si aquello hubiera sucedido el día antes y como si le hubiese ocurrido a otra persona muchísimo tiempo atrás. Lo cubrió como una ola que acabase de romper frente a él. Sintió náuseas y empezó a tener arcadas.

—Cuatro. Tic. Toc. Tic. Toc.

El sonido que surgía de su garganta se volvió más y más ronco, ese gemido gimoteante, ese aullido de pavor, hasta que al fin se bajó del catre. Tenía la postura de una cucaracha que se escabulle por el suelo con la esperanza de que nadie se dé cuenta, y así fue como se acercó al escritorio y a la silla. Se sentó y le tendió la mano.

—Allá vamos —dijo Danny.

El hombre se la cogió y él trató de zafarse, pero era rápido y fuerte. Le sostuvo la

muñeca con tanto ímpetu que Matthew tuvo miedo de que se la rompiese como si se tratara de una rama vieja debajo de una bota pesada. Después le dio la vuelta a la mano para que la palma estuviese contra el escritorio de madera.

El golpe fue rápido, y Danny usó el extremo redondeado. Cayó con fuerza, justo en el centro de la mano de Matthew. Sonó un crujido. Sintió mucho dolor. Aulló, intentó zafarse y se llevó la mano al pecho.

Se pasó un rato oyendo únicamente sus sollozos y el latir de su corazón en todos y cada uno de los rincones de su cuerpo.

Y luego oyó un estruendo que resonaba al ritmo de su corazón.

Pum.

Pum.

Pum.

Ozark Stover bajaba al refugio.

El gigante hijo de puta miró a su alrededor, disgustado. Después levantó la mano, se agarró la enorme barba, tiró de ella y se la alisó mientras le dedicaba una sonrisa.

—He oído tu advertencia —dijo.

—No. No era eso —se defendió Matthew entre balbuceos. Con la boca llena de babas y lágrimas—. Por favor. Yo nunca haría algo así.

—Lo has hecho. Y lo sabes. Ty te dijo lo que queríamos hacer con el rebaño y pensaste que podrías enviarles una advertencia, como si alguno de ellos oyese tus filípicas en internet. No pasa nada. Sé que aún eres un predicador y que sigues convencido de que tu trabajo en esta tierra consiste en hacer el bien y salvar a la gente. Y ahora, deja que te disuada, igual que disuadí a Ty.

Se llevó la mano al bolsillo y tiró algo al suelo.

Era un pulgar.

Lleno de sangre por debajo. Y con un hueso reluciente que sobresalía también por ese extremo.

—Has recibido el mismo castigo que se le reserva al bandido —expuso Ozark—. Conservarás la mano y tus huesos sanarán. Supongo que no muy bien, pero lo harán. Ty ha pagado un precio más alto porque ha perpetrado un delito más grave. Era consciente de que no tenía que hablar contigo, y aun así se fue de la puta lengua.

Matthew trató de articular palabra, pero fue incapaz. Se aventuró a mirarse la mano, con los dedos retorcidos en el gesto propio de un artrítico. Tenía el dorso hinchado. Se imaginó por unos instantes los huesos rotos en el interior y que ahora su mano era poco más que un guante de carne que albergaba la vajilla rota de sus huesos.

Ozark cabeceó, y Danny lo interpretó como una orden. Se dirigió a la escalerilla y desapareció por la puerta del techo. Dejó a Matthew solo con ese monstruo.

—Te he hecho un favor —dijo Ozark—. Las cosas ahí fuera están muy mal, predicador. Y van a ir a peor. La presa no se ha desbordado aún, pero está a punto de hacerlo. Han empezado a poner a la gente en cuarentena. A apilar los cuerpos. Pronto, con la ayuda de los que son como yo y de voces como la tuya, la gente se dará cuenta de que el gobierno y la puta presidenta solo quieren que se pongan en fila en la pared para enviarlos a campos de concentración donde dejarlos enfermar y morir. Pero, si de mí depende, no lo conseguirán. No lo permitiremos. Los nuestros prevalecerán. Dejemos que los sudacas y los putos chinos enfermen... Nuestra sangre es más resistente. Nuestra carga genética es mejor. Lo superaremos. Viviremos y ellos serán los que mueran.

Sobreviviremos y ellos no. Y cuando se disipe el humo de los cadáveres, cuando suenen las trompetas, resplandecerá la luz de un nuevo día. Una nueva nación.

»Los caminantes son parte del problema. Puede que sean el motivo por el que nos ha tocado vivir esta enfermedad o puede que no, pero me pongo malo solo de mirarlos... No merecen vivir. No pertenecen a este lugar. Iremos a por ellos y contra todos los que se interpongan en nuestro camino, contra todos los que intenten hundirnos cuando sea el momento de resurgir de nuestras cenizas.

«Eres un psicópata», le dieron ganas de decirle a Matthew.

Pero lo único que verbalizó fue un:

—Muy bien.

Ozark asintió.

—Pues muy bien, predicador. Esta charla ha sido muy productiva, ¿no te parece?

—¿Cómo... cómo está mi familia?

—¿Tu familia? Tu familia. Claro. No creía que deliraras tanto como para creer que aún tienes una familia. —Ozark sonrió y luego pasó ese trapo sucio llamado lengua por la cerca de madera que eran sus dientes—. El niño está bien. Bo ha empezado a aprender muchas cosas que le resultarán útiles.

—¿Y Autumn?

Ozark cerró los dientes con fuerza y luego negó con la cabeza.

—Predicador, no pensaba decírtelo porque no quiero agravar tu carga, pero tu mujer ha muerto. Falleció unas noches después de que vinieses a verme. No te preocupes. Bo estaba con ella. Yo también. No llegó a salir del coma, por lo que estoy seguro de que ni siquiera pudo preguntarse dónde te habías metido.

—Un momento —suplicó Matthew—. No te vayas. Estás mintiendo. Por favor, dime que es mentira. ¡No te vayas!

Pero se ahogó. Las palabras se le atragantaron como si fuesen cartílagos en la garganta.

Ozark tiró el USB en el escritorio.

—Toma. Vuelve a grabar ese guion. Y, en esta ocasión, nada de improvisar. O de lo contrario no te romperé la mano, sino el brazo entero. Cada vez que me jodas, te arrancaré un pedacito de tu ser, Matthew.

## El hongo entre nosotros

Vamos a morir todos porque somos incapaces de hacer lo que tenemos que hacer. Mirad a esos sonámbulos. ¿Qué veis? Muchas mujeres. Muchos que no son blancos. Maricas, travelos y retrasados. Débiles, controlados por el hongo como si fuesen hormigas zombis. Y, al igual que hacen esas hormigas, son ellos los que les transmiten la enfermedad a sus congéneres. Me apuesto lo que sea. Son el origen de Máscara Blanca (aunque sea un nombre que no me gusta, porque es racista y relaciona la enfermedad con la raza blanca. Solo lo uso para que todos entendamos a qué me refiero). ¿Queréis acabar con la enfermedad? Pues hay que matar a esos caminantes. ESTÁIS AVISADOS. A LAS ARMAS. Yo ya tengo la mía. ¿Y vosotros?

usuario BRAZO-armado en r/derechosdeloshombres

### ***6 de septiembre. Pelican State Beach (California)***

**E**l fuego chisporroteó y se agitó al notar la caricia del viento.

Había varios pastores sentados alrededor: Pete Corley, Marcy Reyes, Mia Carillo y Shana Stewart. Se pasaban una botella de algo llamado mescal. Shana le dio solo un sorbo, pues tenía en cuenta las buenas nuevas de las que se había enterado hacía poco, y le supo a tequila quemado. Estaba asqueroso, y Corley le dijo que estaba de acuerdo y que a él le sabía a cenizas de fogata. Mia despreció los comentarios y les dijo:

—Silencio. Eso es lo que más me gusta del sabor, que es cálido como la fogata que tenemos delante.

Después se la llevó a los labios y le dio un buen trago. Glup.

El rebaño se encontraba al norte, a unos cuantos kilómetros. Pete había sugerido que se alejasen un poco. Benji y Arav habían llevado el remolque del CDC para hacer pruebas y se pasaban todo el día haciéndolas tanto a los caminantes como a los pastores. Les metían esos alargados bastoncillos con algodón casi hasta el fondo de la nariz, los agitaban y luego los metían un poco más. A Shana le recordaba la prueba de la gripe.

—Es para ver si estamos infectados con Máscara Blanca —les explicó Arav. Después sonrió para tranquilizarla—. Estoy seguro de que aquí estamos a salvo.

Shana no le había dicho aún que estaba embarazada.

Joder.

«No le des muchas vueltas —se dijo a sí misma—. Es un problema para la Shana del futuro. Esta noche límitate a quedarte aquí sentada y a contemplar la playa, la estrellas y el fuego.»

Pero ella no dejaba de mirar la playa, donde había dos vehículos aparcados. La



caravana de su padre y el remolque del CDC, uno junto al otro. Eran dos sombras enormes con las ventanas iluminadas. Papá le había dicho que se iba a echar una siesta. Ella tenía muy claro que no iba a salir con ellos. Había empezado a subir de peso ahora que se pasaba el día sentado en el asiento del conductor del vehículo. Era el chófer y ayudante de Pete Corley. Esa estrella del rock le interesaba más que su hija.

«Bueno, pues ahora también vas a ser abuelo, imbécil.»

«Shana, que dejes de pensar en eso.»

«Vale, Shana.»

«Estás hablando sola, Shana.»

«Joder.»

Marcy no se lo estaba pasando bien. Dijo que estaba demasiado lejos del rebaño y que eso no solo la ponía nerviosa, sino que además el resplandor había dejado de protegerla, significara eso lo que significase. La mujer parecía estar sufriendo, incluso haber menguado, como si se doblase sobre sí misma. Le ofrecieron llevarla de vuelta con los caminantes, pero ella dijo:

—No, no. Debería descansar un poco. Alejarme un tiempo de la carretera. —Les dedicó una sonrisa forzada. Luego le dijo a Pete—: ¿Sigues hablando con tu mujer y con tus hijos?

—No —respondió él, cuyo rostro adquiría un tono azul plumizo más anaranjado cuanto más se acercaba al fuego—. Creo que se han hartado de mí. Yo tomé una decisión.

Le volvió a quitar la botella a Mia y le dio otro buen trago.

—Al menos tienes familia —dijo Marcy—. Yo ya no tengo a nadie. Mi padre murió de cáncer de colon. Y mi madre antes que él, de cáncer de mama. No tengo hijos. Y tampoco quiero relaciones románticas ni sexuales. Así estoy.

Pete resopló.

—Esto parecen unos juegos olímpicos de las desgracias.

—No, no lo decía por eso —dijo Marcy.

—Tiene razón —convino Mia—. Odio cuando la gente se pone en ese plan. «Oh, mi gatito ha muerto hoy». Y alguien responde: «Bueno, pues podría ser peor». Y luego sacan un tema aún más patético que no tiene nada que ver con que haya muerto tu gato.

—¡No lo decía por eso!

—¡Silencio todos! —bramó Shana. Se giraron hacia ella, que puso los ojos en blanco—. Esto nos ha afectado a todos de formas diferentes. El mundo se ha ido a la mierda. Al estercolero. Y lo digo literalmente, porque creo que la Máscara Blanca esa proviene de los murciélagos, ¿no? Da igual. Lo que quiero decir es que lo que tenemos que hacer es consolarnos. No hace mucho frío. El cielo está precioso. El rumor del mar es agradable. ¿Por qué no nos limitamos a... dejarnos llevar?

—Sí, que le den —dijo Pete—. Me lo merezco.

—Nadie se merece nada de esto.

—Le estaba poniendo los cuernos. A Lena. Y no de una manera metafórica, en plan: «Le estaba poniendo los cuernos con el rock and roll», no. Me estaba follando a otra persona. A muchas otras personas a lo largo de los años. A algunas de esas hasta las amé y les entregué mi corazón, como un idiota muy cruel.

Se metió el gollete de la botella en la boca y volvió a beber. Mia se la quitó y casi tuvo que tirar con fuerza para recuperarla.

—Dame.

Era algo sobre Pete que Shana ya sabía. Le resultaba sorprendente que el hombre se sintiese lo bastante cómodo como para contárselo a los demás, pero supuso que tal y como estaba el mundo, ¿qué más daba? Además, los últimos meses juntos los habían convertido a todos en íntimos. Shana le preguntó:

—¿Aún hablas con las otras mujeres?

—Otras mujeres no. Otros hombres.

Mia silbó.

—Soy gay. Un mariconazo.

—¿Lo saben? —preguntó Shana—. Tu familia, me refiero.

—Qué va. O puede que sí y yo no me haya enterado. Pero lo he mantenido en secreto. Uno de mi banda lo sabe. Elvis Vil, ese cabrón. Espero que pille el hongo, pero que se le meta por el culo y empiece a cagar esa mierda mohosa y blanca hasta que muera. —Todo el mundo lo miró con gesto de extrañeza, y él hizo un ademán desdeñoso—. Iba a chantajearme, así que le estaría bien empleado. No es el primero que lo intenta. He pagado a varios reporteros a lo largo de los años, gente que quería divulgarlo. Todo porque yo no quería hacerles daño ni a Lena ni a los niños. Pero mientras tanto, se lo hago a otras personas. Landry, joder.

—¿Landre? —preguntó Mia.

—Landry —repitió Pete, quien vocalizó bien cada sílaba—. Límpiame la cera de los oídos, ¿vale? Landry. El hombre con el que llevaba un tiempo, antes de venir aquí para... lo que quiera que viniese.

—¿Está enfermo? —preguntó Marcy.

—No. Puede. Joder. No lo sé.

—¿No has hablado con él?

—¡No! —gritó Pete. Después se tranquilizó y prosiguió—: No, no he hablado con él desde... —Hizo un mohín mientras calculaba—. ¿Julio? Joder, supongo que ya pasa de mí.

—Deberías llamarlo —sugirió Shana.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No sé. Porque te gusta. O porque lo amas. Todo es una mierda. A lo mejor te está esperando. Puede que esté moribundo. O muerto. Llámalo.

—¿De verdad? ¿Tú crees?

—Sí. A menos que quieras seguir siendo un imbécil de mierda y cruel.

—No se me da nada mal.

—Yo diría que no es algo de lo que estar orgulloso.

—Vale, joder. Vale. Lo sé. —Se dio una palmada en las mejillas y empezó a tamborilear en su cara—. Lo llamaré por la mañana.

—Llámalo ahora.

—Es tarde. Vive en Nueva York.

—Despiértalo —dijo Marcy, que interrumpió por primera vez—. Como ha dicho Shana: la vida es corta. ¿Y si está enfermo? Quizá te necesite.

—Dioses, espero que no esté enfermo. —Pete las miró una a una—. Espero que ninguno de nosotros esté enfermo. Eso es lo que está haciendo esa gente ahí detrás, ¿no? Todas esas pruebas para esa enfermedad de mierda.

El miedo se apoderó de Shana. Se imaginó a Arav realizando las pruebas. Y después, a

su bebé nonato. No sabía qué iba a pasar ni lo que les depararía el futuro, ni a ella, ni a su hermana, ni a nadie. Aquello bastaba para sentir que todo el mundo se agitaba bajo ella como si estuviese de puntillas en un acantilado a punto de derrumbarse. Después volvió a reprenderse: «No te preocupes. No puedes cambiar nada». Pero luego recordó que había visto al hombre ahorcado, las tumbas llenas de cadáveres amontonados y los escaparates cerrados, los coches accidentados, el rumor de las sirenas, los gritos en la lejanía. «El mundo está enfermo. El puto autobús se ha descontrolado y todos vamos en su interior...»

Marcy extendió la mano y le tocó el brazo. Después le dedicó un amago de sonrisa.

Era suficiente. No necesitaba más.

Por el momento.

La ayudó a centrarse, pero también deseó que Arav estuviese allí con ella junto al fuego y no en el interior de ese remolque.

Pasaron las muestras una a una por la luz ultravioleta.

La mayoría salieron limpias, lo que complació y sorprendió a Benji a partes iguales. Llegados a ese punto, sabía que sus peores sospechas se habían hecho realidad. ¿Por qué no dar por hecho que todo estaba en llamas y yéndose a pique al mismo tiempo? Pero aquellas eran buenas noticias. Por ahora eran solo una docena de pastores los que habían mostrado síntomas de Máscara Blanca. Eso significaba que esa noche podría aislarlos, por desgracia, y enviarlos lejos del rebaño. Sí, sonaba extraño pensar que algo así fueran buenas noticias. Eran personas a las que les acababan de diagnosticar una enfermedad mortal. Una sentencia capital. Darles una noticia así era casi lo mismo que decirle a alguien que tenía un cáncer de páncreas o un tumor con metástasis.

Pero decidió centrarse en las pruebas. Como Arav, quien estaba sentado en el laboratorio muy cerca de él.

Las pruebas tenían un diseño muy sencillo: las embadurnaban en un agente llamado «esporaflúor» y después lo metían hasta el fondo por la nariz para encontrar restos de *Rhizopus destructans*. Luego ponían la muestra bajo la luz ultravioleta.

El agente reaccionaba al éster presente en el hongo. Si *R. destructans* estaba presente, la muestra empezaba a brillar a la luz ultravioleta. Si no había patógeno, no lo hacía.

—Estoy teniendo suerte con esto —dijo Benji, bastante emocionado—. No hay casi ningún pastor. Y ninguno del rebaño.

—Lo mismo por aquí —respondió Arav. Lo había dicho con brusquedad, como si no quisiera hablar más del asunto. Pero Benji insistió.

—Sospecho que esto se debe a que son pocos los que deciden relacionarse con el rebaño. Es algo triste estar tan aislados, pero puede que nos haya venido bien. —Carraspeó y se giró—: Con eso no quiero decir que prefiera que haya más infectados, claro. Vale. Ahora tendremos que actuar con rapidez. Hay que encontrarlos y apartarlos del rebaño para que no infecten a los demás. Espero poder controlarlo. Vale. Estoy hablando mucho, ¿verdad? Sí, demasiado.

—No pasa nada —dijo Arav.

—Sigues enfadado conmigo.

—No estoy enfadado. No soy rencoroso. El rencor no sirve para nada.

Arav siguió a lo suyo.

—Es una actitud muy madura, Arav. Admiro tu sabiduría.

—No es sabiduría. Es lo que es. La realidad. Aunque ya no sé muy bien cuál es nuestra realidad ahora mismo. Nada de esto parece real. Y sospecho que aún me estás ocultando cosas. No te odio por ello, pero no me agrada. —Arav se giró hacia él al fin—. Lo entiendo.

—Lo siento. Sabes todo lo que sé. Aunque ojalá no fuera el caso.

—Y confías en Cisne Negro. Y en Sadie. Y en todos ellos.

—No, pero... ¿qué otra cosa podemos hacer? Me siento atrapado. Si hago algo, cualquier cosa..., como detener el rebaño por ejemplo, ¿qué pasaría? ¿Y si lo detengo y elimino así la única posibilidad que tenemos de salvar a un pequeño, inteligente y saludable grupo de supervivientes?

Arav suspiró.

—Supongo. —Hizo una pausa—. No les has dicho nada, ¿verdad? Al resto de pastores.

—¿Sobre el enjambre?

—Sí. ¿Por qué no?

—No lo sé. Tengo miedo de que se marchen cuando los necesitamos.

—Creo que deberías contárselo. Y también deberías decirle a Marcy que no son ángeles. Que es solo... un error, que la placa de su cabeza se ha convertido en un receptor. Era eso, ¿verdad?

—No quiero arrebatarse la fe —dijo Benji.

Además, Benji no podía explicarle qué era lo que la hacía sentir tan bien cuando estaba cerca de los caminantes. Su teoría más optimista era que, como tenía la placa cerca del nervio ocular, lo que le causaba unas migrañas horribles, la tenue vibración de la frecuencia del enjambre bastaba para aliviarle la presión. En el pasado se habían llevado a cabo algunos estudios que afirmaban que se podían usar ciertas radiofrecuencias y ondas sónicas para aliviar los dolores. Suponía que lo que le pasaba a ella era algo así.

Arav parecía estar harto.

—¿Sabes una cosa, doctor Ray? Creo que te has formado una imagen de ti mismo y... es la misma imagen que yo también tenía de ti, una en la que eres un paladín de la verdad. Una persona honesta y buena. Pero a lo mejor también te sientes cómodo mintiendo a los demás para ahorrarte quebraderos de cabeza. ¿No es justo eso lo que no te gustó de lo que hizo Sadie?

—Por Dios, Arav. Deja de echar sal en la herida.

El joven puso gesto contrito.

—Lo siento.

—No pasa nada. Tienes razón. Aún me estoy haciendo a la idea.

—Supongo que yo también debería predicar con el ejemplo.

—No te entiendo.

Pero después Benji lo comprendió.

A continuación Arav extendió la mano por la mesa y cogió dos pruebas. Una de ellas tenía el nombre STEWART, SHANA .

Y la otra THEVAR, ARAV .

Antes de que Benji las viese siquiera a la luz ultravioleta, dijo:

—Está infectada.

—No —respondió Arav—. Yo lo estoy. Yo soy el enfermo.

Se sintió fatal por ello, pero se apartó del chico al instante. Benji sabía que él estaba

sano, y ahora acababa de descubrir que ese no era el caso de Arav. Era una estupidez sentir de repente esa repugnancia por él. Benji sabía que él no era así. Arav lo confirmó:

—No soy contagioso. O al menos, aún no he empezado a moquear. Sé cómo avanza la enfermedad. He leído los informes. No estás en peligro. Pero pronto lo estarás. Todos lo estarán.

—Shana incluida.

—Sí.

En el interior de Benji se libraba una batalla. Por una parte, Sadie y los demás le habían dicho que lo que estaba a punto de ocurrir era inevitable. Todos se iban a infectar. En ese contexto, la infección de Arav no era nada del otro mundo. Si todos iban a contraer la enfermedad, ¿qué más daba? Pero Benji volvió a plantearse hasta qué punto Cisne Negro les mentía. O si tenía alguna clase de plan secreto. O si tal vez fueran los de Firesight quienes habían urdido ese plan. O Benex-Voyager. O Sadie. Las teorías de la conspiración se abrieron paso en su mente. ¿Podrían haber creado tanto las nanomáquinas como el hongo Máscara Blanca? Era incapaz de imaginarse para qué hacían algo así, máxime teniendo en cuenta que uno de ellos, Bill Craddock, ahora estaba infectado con Máscara Blanca. No obstante, cabía la posibilidad de que se equivocasen, o de que mintieran, y entonces tal vez hubiera esperanzas de que fueran a sobrevivir.

Pero eso no era óbice para que Arav tuviese que marcharse.

Como el resto de pastores infectados, iba a convertirse en un vector de contagio.

No hizo falta que Benji le dijese nada.

—Sé que tendré que marcharme —dijo Arav—. Lo sé.

—Ojalá... Ojalá hubiese otra manera, pero... —Acto seguido, Benji hurgó por debajo del escritorio y sacó uno de los botes de triaconozol—. Aquí hay cincuenta pastillas. Si te tomas dos al día, retrasarás los efectos. Me las dio Cassie. Y si empiezas a experimentar...problemas mentales, también tengo Ritalin, pero para eso a lo mejor faltan un par de meses.

«Y a saber lo que será del mundo para entonces.» Hizo un nuevo cálculo mental de las cantidades. De cien mil a veinte millones. De veinte millones a cuatro mil millones...

—Gracias. —Arav cogió las pastillas y volcó el bote en la mano con gesto ausente mientras los comprimidos repiqueteaban en el interior—. Terminaré la tarea que me ha traído aquí y luego me marcharé.

—Arav, no tienes por qué terminar tu tarea.

—Yo... Vale. Bien. Lo entiendo. Me marcharé.

—De acuerdo. Habla con Shana.

—Quizá debería marcharme sin decirle nada.

—No hagas eso —advirtió Benji—. Confía en mí. Habla con ella cara a cara. Dile la verdad, Arav. La verdad y el amor es lo único que nos queda.

«Lo único que nos queda.»

Arav asintió.

—Ha sido un placer, doctor Ray. Te admiro más de lo que te imaginas. Eres un encanto. Y diligente. Espero ser como tú algún día.

—Arav, ya eres como yo.

—Te estrecharía la mano, pero...

—Déjalo ya. Aún no eres contagioso. —Benji se acercó a él y le dio un abrazo. Se

quedaron así un rato, y luego le dijo al joven—: Habla con ella. Después, te llevaré en coche adonde necesites.

Pete se levantó de repente.

—Voy a llamar a Landry. Deseadme suerte. Es un cabroncete muy gruñón cuando lo despierto. Pero bueno, yo también soy un cabroncete muy gruñón cuando él me despierta.

—Siempre eres un cabroncete muy gruñón —apuntilló Shana.

—Vale, sí.

—Venga, llama —insistió Marcy.

El autoproclamado dios del rock levantó el teléfono como si fuese un amuleto de la buena suerte y luego trotó hacia la oscuridad de la playa, ayudado tan solo por la luz del dispositivo. Marcy suspiró y se acurrucó aún más.

Parecía estar sufriendo.

—No tardaremos en irnos —dijo Shana.

—Tranquila. El rebaño viene hacia aquí. Los..., los siento.

—Es muy raro —dijo Mia—. ¿Lo sabías?

—Pues no sabes de la misa la media —respondió Marcy.

Todos se le quedaron mirando, confundidos.

—A veces oigo a los caminantes —confesó en un hilillo de voz.

Mia y Shana se miraron, asustadas.

—Un momento. ¿Cómo has dicho? —preguntó Shana—. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a que... oigo voces. Durante la mayor parte del tiempo no es más que un zumbido, mezclado a veces con una especie de estática. Pero en ocasiones oigo sus voces. —Marcy puso gesto avergonzado y añadió—: Por eso sabía cuándo era tu cumpleaños, Shana. Me lo dijo Nessie.

Shana abrió la boca dispuesta a responder, pero de ella no salió sonido alguno.

«Me lo dijo Nessie.» Esa frase. No podía quitársela de la cabeza. «Me lo dijo Nessie. Me lo dijo Nessie.»

—Siguen ahí dentro —dijo Marcy, con lágrimas en los ojos.

—Hostia puta —blasfemó Mia—. No son solo... zombis.

Sin pensárselo dos veces, Shana se abalanzó para fundirse en un abrazo con Marcy. Después se apartó y le dio un fuerte golpe a la mujer en el brazo.

—¡Ay! —gritó Marcy—. ¿A qué narices ha venido eso, Shana?

—¡Tendrías que habérmelo contado! Son muy buenas noticias.

—Buenísimas —insistió Mia—. Las mejores noticias.

Las dos empezaron a interrogar a Marcy. ¿Qué había oído? ¿A quién había oído hablar? Ella dijo que a veces oía a Nessie. Y Mia le preguntó si era una de esas movidas de leer la mente o algo así. Después le dijo:

—¿Has oído hablar a Matty?

Se refería a Mateo, su hermano.

—Sí que lo he oído —respondió Marcy, titubeante.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho?

—Pensarás que estoy loca.

—Ya estás loca, qué más da.

Marcy se masajeó la mano derecha con la izquierda. Y luego al revés.

—Mateo dijo... «la ruleta de Zidane».

—¿Eso es una especie de clave o algo? —preguntó Shana—. No tiene sentido, Marcy.

—Lo sé. Puede que sea una clave. O un mensaje. Joder, tendría que habérselo contado, chicas, pero no quería que me dejaseis de lado de nuevo y... —Las palabras se le derritieron en la lengua como un copo de nieve—. Mia, ¿estás bien?

La otra pastora había empezado a agitarse hacia delante y hacia atrás. Se abrazaba a sí misma y, a la luz de las llamas, vieron que tenía las mejillas llenas de lágrimas. Hizo un ruido de repente, brusco, como si sollozase.

Y rio.

Rio y lloró al mismo tiempo.

—Creo que acabas de destrozar a Mia —dijo Shana.

Mia soltó un balbuceo que era pura verborrea.

—¡Es una técnica de fútbol! La ruleta de Zidane, es... —respiró hondo—. Es una técnica que se hace en el fútbol, un giro de trescientos sesenta grados con el que cambias la dirección hacia donde llevas la pelota... Mira, ¡no sé! No juego al fútbol. Pero Matty sí. Le encantaba ese movimiento. Siempre quería perfeccionarlo. Dios...

Mia se acercó a Marcy, y la mujer la abrazó con fuerza. Después compartieron un trago de la botella de mescal. Glu, glu.

Shana se levantó para dejarlas solas.

Ahora que todo el mundo estaba confesando cosas...

Llegó a la conclusión de que era su turno: debía contárselo a Arav.

Lo que le pasaba.

Lo del bebé.

«Joder, joder, joder.»

Arrastró los pies por la playa con las botas emitiendo un frush, frush, frush, y la brisa llevando consigo el olor de la sal y del mar al soplar. Una sombra se acercó a ella y pensó: «Seguro que es Pete», pero luego vio que no tenía la forma de Pete, sino otra que le resultaba más familiar.

Era la de Arav. Se acercaba para hablar con ella, justo cuando ella había decidido ir a hablar con él.

El destino. La serendipia.

«La felicidad.»

Qué sentimiento tan raro.

Apretó el paso para llegar hasta donde se encontraba Arav y luego se dispuso a abrazarlo.

Pero él dio un paso atrás con las manos levantadas.

Shana supo en ese instante que algo iba mal. Se le erizó el vello de la nuca y el del brazo. La felicidad que sentía empezó a tambalearse, hundida bajo las ondas del terremoto que una preocupación repentina había provocado en su interior.

—Hola —dijo él. Parecía triste.

—¿Qué tal?

—Necesito decirte una cosa.

—Yo también tengo algo que decirte. Varias cosas. Puede que más. Te quiero. Eso es lo primero. Sé que quizá no deba decírtelo todavía y que te vayas a asustar un poco, pero... Ja, ja. Mierda. Si eso te asusta, te vas a cagar con lo otro que tengo que decirte...

—Shana, por favor...

—No, déjame hablar, porque me aterra la posibilidad de que ya sepas lo que estoy a punto de decirte y que por eso me estés mirando de esa manera.

—No, no es eso lo que...

—Estoy embarazada.

Fueran cuales fuesen, las palabras que Arav estaba a punto de pronunciar quedaron cercenadas por el hacha del verdugo: «Estoy embarazada».

—Es hijo tuyo —le aclaró ella.

—Dios —acertó a decir él.

—La verdad es que esa no es la respuesta que esperaba.

—Dios. Dios. —Arav empezó a caminar de un lado a otro. Extendió los brazos y se pasó las manos por el pelo negro como ala de cuervo—. Joder. Mierda. Dios.

—Arav, mira... Sé que es un momento difícil, pero esperaba que te lo tomaras mejor. No tienes que hacer nada. No tienes por qué implicarte. El bebé... Mira, mejor hagamos como si no te hubiese dicho nada. Joder. Qué tonta soy. Yo creía..., creía que te ibas a alegrar. Al principio no me gustaba, pero después empecé a hacerme a la idea, y me gustó, y... Pero qué niñata imbécil soy, joder. Menuda tonta estoy hecha. Tranquilo, que ahora te dejo solo.

Shana se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Espera —dijo él con tono afligido, apenas un tartamudeo quejumbroso.

Shana no se dio la vuelta. Se limitó a hablar con una voz que amenazaba con quebrarse.

—Tranquilo. Tus sentimientos son tus sentimientos. Me vuelvo a la fogata.

—Estoy enfermo —dijo él.

En ese momento sí que se dio la vuelta.

—¿Qué? ¿Cómo que enfermo?

—La prueba. Mi análisis. Dice que tengo..., que tengo Máscara Blanca.

—No, eso no es... —Shana rio, pero no era un sonido de alegría, sino de conmoción por escuchar algo absurdo: lo que acababa de decir Arav era imposible—. Mírate. No tienes..., no tienes esa cosa blanca en la boca ni en la nariz. Ni siquiera moqueas ni nada de eso. Estás bien, Arav. Estás bien.

—Te aseguro que no estoy bien. Aún no soy contagioso, pero no estoy bien. Los resultados son concluyentes. Está ahí. Dentro de mí. No..., no sé qué hacer.

Ella extendió la mano hacia él.

Y él volvió a apartarse.

—¡Que estoy enfermo! —aulló, con voz quebrada, como la superficie de un lago helado que se resquebraja bajo una pisada. El sonido retumbó por la arena—. Shana, no puedo arriesgarme a que contraigas la enfermedad. Sobre todo ahora que... Dios... ahora que estás embarazada.

—¿Y qué vas a hacer?

—Irme de aquí.

—No puedes abandonarme.

—Tengo que hacerlo. Un estornudo, una tos, y te estaría sentenciando a muerte, ¿lo entiendes? Podría mataros a ti y al... —Se tranquilizó un poco—. A ti y al bebé.

—Arav, por favor. —Sintió los ojos llenos de lágrimas y cómo hablaba con un hilillo de voz—. Tienes que quedarte.

—No pierdas el teléfono. Seguimos en contacto. —Empezó a caminar hacia atrás



mientras ella avanzaba hacia él—. Yo también te quiero. Lo siento. Lo siento mucho.

Y después se dio la vuelta y empezó a correr, a toda velocidad, de regreso al remolque del CDC.

Shana reprimió las ganas de salir tras él. En vez de eso, se derrumbó allí mismo en la arena, bajo las estrellas.

El tiempo avanzaba de una manera extraña. La pena se adueñó de ella como si fuese otra enfermedad febril que le hacía perder la razón. Se dejó embargar por ella. No dejaba de recordar aquella esperanza y felicidad momentáneas: «Nessie está ahí. Estoy enamorada. Voy a tener un bebé». Lloró y los demás le salieron al encuentro. Marcy y Mia la levantaron y ella sintió cómo las palabras brotaban de entre sus labios:

—Arav está enfermo y yo estoy embarazada...

Y después las dos la abrazaron. Se sentía caliente y fría al mismo tiempo. La agarraban, pero también notaba cómo caía. Después llegó Pete Corley, y dijo:

—¡No está enfermo! —Y ella pensó por unos instantes que se refería a Arav, pero luego retomó su discurso—. Mi novio, Landry. No está enfermo y va a venir para caminar con los pastores y... un momento, ¿qué le ha pasado? —Se refería a ella. Mia y Marcy murmuraron lo que sabían, y él dijo—: Joder. Joder, Shana. Lo siento. Mierda.

Ese «mierda» sonó un poco como «merda» por culpa de su acento, que llegó sin avisar. Y luego Pete Corley hizo algo que Shana no esperaba. Ella creía que era un narcisista que solo se preocupaba por sí mismo y por lo que el mundo podía hacer por él o por lo que pensaban de él, pero en lugar de eso extendió la mano para coger la suya y la sostuvo mientras las otras dos mujeres la sostenían. No dijo nada. Ni le pidió nada.

Terminaron cerca de la orilla. El agua se deslizaba arriba y abajo por la playa. La luz de la luna se proyectaba entre las nubes atrapadas en el batir de la marea. Se portaron bien con ella. Fueron sinceros. Nadie le dijo que todo iba a ir bien. ¿En qué cabeza habría cabido? Sería una mentira tan cruel y descarada como quedarse inmóvil frente a un camión y que te aseguraran que no te iba a atropellar, que en vez de eso te iba a atravesar y que no tenías por qué preocuparte.

Luego Pete hizo eso que se le daba tan bien: cantó una canción.

Pero no era una de las suyas. Ni siquiera era rock and roll, ni punk, ni nada que conociesen. Era una canción irlandesa antigua que canturreó en un susurro:

Qué agradable pasear al sol junto al arroyo viejo,  
Y oír los cantos de las aves bajo los tejos.  
Donde tordos y petirrojos su canción articulan  
En la ribera del río que hacia Mooncoin circula.

Fluye, majestuoso río, fluye con tesón.  
Que en tus aguas resuene de la alondra su alegre canción.  
En tus verdes riberas donde la encontré, hermosa,  
A ti, querida Molly, de Mooncoin la rosa.

Molly, querida Molly, me rompe el corazón inocente  
Saber que tenemos que separarnos para siempre.  
Pensaré en ti, Molly, mientras brillen el sol y la luna  
En la ribera del río que hacia Mooncoin circula.

Y luego se marchó, aunque las otras dos se quedaron. Marcy la rodeó con brazo firme

y la apretó contra ella. Mia detrás, haciéndole una coleta en el pelo mientras se peleaba con la brisa marina.

Después Pete volvió, pero no estaba solo.

Lo hizo con su padre. Él la miró con ojos tristes y ella salió corriendo hacia él. Y la abrazó con fuerza mientras los otros tres se confundían en la oscuridad y los dejaban a solas. Shana lloró en brazos de su padre e intentó dejarse caer al suelo. Él la mantuvo en pie.

## Sin salida

P: ¿Sabes qué le dice un hongo a un humano?

R: Buenos días, mi celio.

grafiti visto múltiples veces en la interestatal I-95

**7 de septiembre. Echo Lake (Indiana)**

**M**atthew tenía la mano izquierda hinchada. Se le había puesto roja y caliente, del color de una langosta hervida. Bastaba el menor roce para que le doliese a rabiar. Cada vez que la movía, topaba contra algo o incluso cuando le soplaba encima. Sabía que la tenía rota. Y que no se le iba a curar bien, no mientras estuviese atrapado en ese refugio.

Tenía que hacer algo. Por lo demás, solo pensaba en Autumn y Bo. En su hijo, perdido sin él. Y en su mujer, que había fallecido sin él.

Empezó a hacer lo que acostumbraba desde que lo habían encerrado allí: deambular absorto por el lugar como una rata hambrienta, buscar agujeros por los que meterse y escapar. Como si fuese sencillo, como si fuera a encontrar un túnel detrás de un póster o una puerta secreta en el hormigón o un teléfono que se le hubiese caído a alguien y que él pudiera usar para llamar y pedir ayuda. Matthew fantaseaba con convertirse en una especie de MacGyver capaz de usar el herrete del extremo de uno de los cordones de los zapatos para abrir la cerradura de sus esposas. O de romper el portátil y usar los productos químicos de la pantalla para crear una pequeña bomba que reventase la puerta. Pum. O cabía la posibilidad de que, la siguiente vez que alguien apareciese por allí para comprobar cómo estaba, se abalanzara sobre él como un asesino, le rodease el cuello con la cadena y apretase más y más hasta que la lengua sobresaliera exánime entre sus labios y los tendones del cuello se le marcasen como los cables de un remolque...

Se estremeció en el catre. No por la imagería grotesca de sus pensamientos, sino por lo mucho que disfrutaba de ella. Lo mucho que lo ansiaba. No era un asesino. Tampoco una especie de MacGyver. Pero le habría gustado serlo. Y quería matarlos a todos.

Era una sensación nueva para él.

Esa rabia.

Esa ira.

Era una locura. No tenía nada que ver con la luz de Dios y la alimentaba una enorme oscuridad. Lo único que veía en ese instante eran las sombras que había en su interior. Peor aún: no veía a Dios para que lo guiase. No había ninguna presencia divina. Esta era

una mera ilusión para él. Una ilusión a la que se aferraba como un hombre que se ahoga y se agarra a un madero para mantener la cabeza sobre el nivel del agua.

No dejaba de dormir y despertar. Sentía el latir en la mano. Los sueños y las pesadillas se entremezclaban y no era capaz de recordar ninguno, pero todos le dejaban algo en su conciencia, algo mugriento y nauseabundo. Se despertó asfixiado, seguro de que tenía a alguien encima.

Pero estaba solo.

Solo. Al menos, en ese refugio. Sobre él oyó ruidos: movimientos, rumor de motores, el murmullo de hombres que gritaban cosas ininteligibles. El ronco jua jua jua de una risa. El retumbar de la puerta de un camión. Ruedas que chirriaban sobre la piedra. Lo oía venir de todas direcciones: sobre él, al norte, al sur. Muchos vehículos. Muchos hombres.

¿Qué podía significar algo así?

## El puente

RACHEL MADDOW: Deja que te pregunte algo antes de empezar, Chris. ¿Habrá elecciones en noviembre, al menos?

CHRIS HAYES: La pregunta que deberías hacerte es: ¿Habrá Estados Unidos en noviembre, al menos?

*The Rachel Maddow Show*, MSNBC, transcripción del 7 de septiembre

### ***9 de septiembre. Puente del río Klamath (California)***

**B**enji respiró hondo. El aire era puro. No olía a quemado. El río corría entre susurros bajo el puente.

Los caminantes se encontraban a una hora. Él se había adelantado para explorar, lo que lo había llevado hasta ese lugar, hasta ese puente. Encontró unos cuantos coches abandonados por el camino. Pero eso no había sido lo peor.

El puente se extendía sobre el río Klamath y lo cruzaba de orilla a orilla. A cada lado había colinas cubiertas de árboles, pinos oscuros que se alzaban hacia el cielo plomizo. En cada extremo del puente había dos osos dorados: estatuas en un pedestal, guardianes que vigilaban el puente. Benji apostaba a que tenían que estar ahí por algo; así pues, decidió buscarlo. Necesitaba alguna manera de distraerse.

Tenía cobertura telefónica. Iba como a pedales, pero funcionaba. (Y en ese momento, un pensamiento funesto le cruzó la mente: «Si la humanidad sobrevive, ¿durante cuánto tiempo habrá cobertura? ¿Será internet funcional aunque no haya casi nadie para navegar por ella? ¿Orbitarán los satélites allá en las alturas, redes funcionales para una población muerta y putrefacta desde mucho tiempo atrás?») Se obligó a no pensar más en ello, abrió el navegador y descubrió una historia apócrifa sobre los osos.

Los habían instalado allí en la década de 1950, y parecía que al principio no eran dorados. Una mañana, los residentes que cruzaban el puente en coche descubrieron que los habían pintado así. Llegó una patrulla que se dedicó a frotarlos con trementina, pero ¿qué pasó a la mañana siguiente? Que los osos volvieron a amanecer dorados. La historia se repitió una y otra vez, semana tras semana. Quitaban el dorado y el dorado volvía a aparecer. Los empezaron a vigilar, pero tan pronto como los guardias se quedaban dormidos o se marchaban, los osos volvían a relucir de un brillante y lustroso dorado.

Al final, se dieron por vencidos. Y los osos se quedaron dorados.

Años más tarde se descubrió que no era un fenómeno sobrenatural ni la obra de una

única persona. Había sido cosa del Club del Oso Dorado, un grupo de hombres y mujeres que, además de limpiar el pueblo y hacer favores secretos a la población, también pintaron los osos una y otra y otra vez. Las únicas normas eran que no había normas. Una anarquía feliz. Una desobediencia encantadora. Hacían del mundo un lugar mejor sin motivo alguno para hacerlo.

A Benji le gustó la historia.

Pero también lo puso triste. De repente le dio la impresión de que era muy fácil llegar a la conclusión de que la gente era una fuerza negativa, una influencia terrible para el mundo y para la misma humanidad. El mal habitaba entre nosotros. Había guerras y miedo. Tortura y ataques. Pero también sabía que, estadísticamente, los malos eran un pequeño porcentaje del total, pero parecían muchos más porque así son las cosas. Era como ese día perfecto que se estropea por un comentario o una caca de ratón que estropea un almuerzo de postín.

Benji sabía que la gente era buena.

Vaga, a veces. Puede que ignorante, y también desinformada a conciencia.

Pero había más buenos que malos.

Y eso significaba que no se merecían nada de lo que ocurría en esos momentos. Ni siquiera había visto las noticias esa mañana, pero era fácil llegar a la conclusión de que cada vez había más fallecidos. Llevaba diez minutos en el puente y aún no había visto un solo coche que lo cruzase. La gente no salía de sus casas. Había pasado frente a viviendas con las ventanas tapiadas con madera contrachapada y rodeadas por vallas nuevas que casi no se sostenían en pie. También vio pintadas que decían: LÁRGATE O MORIRÁS . Y a veces incluso vio a otras personas que deambulaban como si estuviesen perdidos. Algunos tenían síntomas más que claros de Máscara Blanca: los labios, las fosas nasales y los ojos llenos del polvo blancuzco del patógeno, una sustancia húmeda y blanca.

La violencia no tardaría en desatarse.

Ya había oído ejemplos. En un programa de radio la noche anterior. La historia de una mujer que había encontrado a un intruso en su casa y lo había apaleado hasta matarlo con un palo de golf. Resultó que el intruso era su marido. Se despertó junto a él, segura de que se trataba de un ladrón o de un violador y convirtió su cabeza en una masa pastosa. Pero lo mejor venía a continuación:

Había regresado a dormir como si nada.

Volvió en sí por la mañana. Descubrió lo que había hecho y se entregó a las autoridades.

Ese solo era un ejemplo a pequeña escala. Benji se temía que habría más y más graves. Peores. ¿Cómo no iba a haberlos? En lugares como Sierra Leona, Guinea o Liberia, a los trabajadores y los médicos que acudían para tratar el ébola los trataban como a pájaros de mal agüero y agentes transmisores de la enfermedad en lugar de como a salvadores. Benji se acordó de cuando formaba parte de una agrupación de médicos, personal sanitario, periodistas y cooperantes en Monrovia. Habían salido una noche a beber en un bar de la zona y lo siguiente que recordaba era que estaba jugando una partida de póquer amistosa, un juego que nunca se le había dado bien porque, según Robbie Taylor, tenía «como cuatrocientos cincuenta y ocho» tics. Al despertar por la mañana le dijeron que habían entrado en las habitaciones de cuatro de las personas que había conocido durante la noche, les habían rajado la garganta y luego los habían arrojado a

una cuneta cercana.

Las enfermedades causaban caos, y a la sombra de ese caos se generaban conflictos. Avivaban el miedo y la paranoia, y todo tipo de detonantes de violencia, enfrentamientos y guerras civiles. Y eso era algo que Benji solo había experimentado a nivel local, la mayoría de las veces en África. Pero la Máscara Blanca era mucho peor que los brotes controlados del ébola. Era una pandemia global. Apenas unos días antes, se había llegado a los cien mil fallecidos. En aquel momento debían de ser el doble. Avanzaba más rápido de lo que la gente era capaz de digerir.

Y no eran solo los muertos. Era el hecho de que muchos de los vivos también estaban infectados, y aún tardarían un par de meses en saberlo.

Y entonces, ¿qué ocurriría?

Sí, iba a haber muchos muertos. Pero el posible final de la civilización era un asunto mucho más serio. Seguro que serían capaces de superar algo así, ¿verdad?

Benji se imaginó a Rusia y Pakistán lanzando armas nucleares para intentar bombardear los núcleos urbanos con mayor incidencia de la enfermedad. ¿Responderían al ataque esas naciones, entre las que seguro se encontraría Estados Unidos, o ya estarían demasiado afectados como para recordar siquiera los códigos nucleares? Cabía la posibilidad de que el delirio provocado por la Máscara Blanca fuese en realidad una pequeña bendición: no habría manera de lanzar armas capaces de destruir el planeta si no eras capaz de recordar cómo activarlas.

Pero existían muchas armas que no requerían demasiadas aptitudes mentales para ser usadas. Para apretar un gatillo solo hacía falta un pequeño impulso eléctrico procedente de las profundidades del cerebro reptiliano.

Benji negó con la cabeza, como si existiese la manera de evitar los pensamientos negativos.

«Con lo bien que estaba yo disfrutando de la historia de los osos dorados, y ahora esto.»

Se recordó que la gente era buena.

Que merecía sobrevivir.

Haría cualquier cosa para contribuir a ello.

Aunque los sonámbulos del rebaño fuesen de verdad los únicos supervivientes, los últimos, los últimos retazos de la humanidad.

Después llegó un coche.

Del sur.

Un sedán rojo. Compacto. Benji sintió que empezaba a ponerse nervioso. El coche iba rápido, más rápido de lo que a él le gustaría. Se le pusieron los pelillos de punta, como soldaditos que marchasen por sus brazos y su cuello. Había llevado hasta allí el remolque del CDC y ahora se sentía desgraciadamente solo.

Y estar solo significaba también ser vulnerable.

El camión y el remolque estaban lo bastante lejos como para que el coche los obviase con facilidad, pero giró en dirección a Benji, y él se quedó allí, de pie...

Y luego el coche empezó a frenar.

Benji vio al conductor y sintió algo en el pecho: como si su corazón hubiese hecho algo a caballo entre una voltereta y darse un planchazo en la superficie del agua.

—Sadie —dijo, con un hilillo de voz mientras la mujer detenía el vehículo detrás del remolque.

—Me alegro de que vuelvas a ser mi copiloto —dijo Charlie Stewart.

Shana se sentaba junto a él en la caravana y miraba la carretera que tenía delante mientras su padre conducía con parsimonia. Ella miró por el retrovisor y vio al rebaño detrás de ellos. Hacía mucho que no se sentaba en ese asiento y que no veía el rebaño desde ese ángulo. No había dejado de crecer y estaba a punto de llegar a los novecientos integrantes, una enorme marea humana. Era extraño. Una sensación diferente de la de estar ahí entre ellos. Estar sentada ahí, a más altura y delante, le hacía verlos desde la distancia y con perspectiva. Sobre todo ahora que Marcy le había dicho que los sonámbulos no eran zombis, que aún estaban ahí dentro.

En algún lugar.

—Yo también me alegro —dijo ella, y no mentía. Pero no era capaz de conjurar la tristeza. Pensó en Arav, ahí fuera, en alguna parte. Si estaba enfermo, eso significaba que iba a morir. Y eso implicaba, a su vez, que ya no lo volvería a ver. Y que su bebé nacería sin padre. Pensar en ello la arrastraba a las mismísimas profundidades del infierno...

Su padre prosiguió, como si hubiese percibido las ondas mentales que manaban de su cerebro.

—Todo irá bien —dijo. Extendió el brazo para cogerle la mano. La noche anterior le había confesado que estaba embarazada, y él le había dicho lo mismo. «Todo irá bien»—. Saldremos adelante. Sea como sea.

—Gracias, papá.

De repente, alguien asomó la cabeza entre los asientos.

Se trataba de Pete Corley, cómo no.

—Oye, no te olvides de mí. Yo también soy tu puto copiloto, Charlie, joder. No os libraréis de mí así como así. Por los viejos tiempos, ¿vale, Charlie?

—Joder —dijo Shana, que miró a su padre—. Veo que sigue igual que siempre, ¿no?

El júbilo se reflejó en los ojos de Charlie.

—No lo sabes tú bien.

Pete había «mejorado» la caravana, como era de esperar. La Bestia seguía siendo la misma vieja chatarra a punto de quedarse en la cuneta, pero la estrella del rock había llevado montañas de aperitivos, pufs para sentarse y una máquina de café último modelo. Además de un pequeño amplificador y la guitarra eléctrica. El interior se había convertido en un caos. La noche anterior, Shana había dormido en la segunda cama plegable. Corley se había portado, la verdad, y se la había dejado sin rechistar. Y ella había estado a punto de dislocarse el tobillo para llegar.

—¿Te puedo pedir un favor? —le preguntó Shana a la estrella del rock.

—Lo que quieras —respondió Pete, que mantenía la cabeza entre los asientos, como un topo que asoma de un agujero.

—Me gustaría hablar con mi padre.

—Según mis cálculos, creo que no eres mi hija. Así que... —dijo antes de desaparecer en la parte trasera de la caravana.

—¿Qué querías pedirme?

—Deja conducir a Pete. Sal y habla conmigo. Camina con Nessie.

—Shana, yo...

—¿Por qué no quieres hacerlo? ¿Por qué no quieres acercarte a ella? Te escondes aquí dentro y... —Se apoyó en el salpicadero cuando la caravana cabeceó a causa de un bache



— No quiero discutir contigo. Baja, por favor.

Él respiró hondo.

—Vale, Shana. Vamos. —Después le gritó a Pete—: Muy bien, estrella del rock. Es hora de que tomes las riendas.

Sadie apagó el motor y salió del coche. El viento agitó un vaso de una franquicia de comida rápida frente a ella. Benji sintió que seguía enamorado, pero también enfadado, para su sorpresa.

Ambos se quedaron de pie a cierta distancia, cada uno en un extremo del remolque. Ninguno mostró intención de acercarse.

—¿Qué haces aquí? —le gritó—. Vete a casa.

—No tengo casa. No una de verdad.

—Me da igual. —Era insensible por su parte, peor: petulante, infantil—. Lárgate.

Ella pareció hacer acopio de todo su valor y empezó a dirigirse hacia él.

Benji se notó como si se encontrara en una montaña rusa que empezase a subir una enorme cuesta.

Ella siguió acercándose más y más. Era muy incómodo, precisamente porque no hacía mucho le resultaba muy cómodo. Compartir el espacio con ella, estar cerca, lo hacía sentir como en casa.

Pero sabía que «eso no era Kansas».

—¿Qué haces aquí? —le volvió a preguntar.

—Todo se ha salido de madre.

—Pues entonces marcha según el plan, ¿no? —replicó él, no sin cierto rencor en la voz.

—No, no marcha según mi plan. Ni tampoco según el de Cisne Negro, si es a eso a lo que te refieres.

—La verdad es que no sé a qué me refiero. Yo solo... —Soltó el aire con fuerza por la nariz y se le abrieron las fosas nasales—. Ya no te sirvo de nada, ¿verdad? Ya tenías todo lo que querías de mí. Ahora solo vigilo el rebaño. Me he... dejado llevar por la realidad que querías para mí.

«Tal y como se predijo, Cisne Negro se ha convertido en mi dios. He aceptado su profecía, como Saulo de Tarso al convertirse en san Pablo de camino a Damasco.»

Ella se mordió el labio.

—Bill Craddock se suicidó ayer. Sacó una pistola de su escritorio y se la colocó bajo la barbilla. No dejó nota, ni avisó de nada. Aún no tenía síntomas de demencia, pero estaba... empezando a olvidar cosas. Activó un sistema de seguridad porque se había olvidado de una contraseña. Fue incapaz de encontrar las llaves del coche y las tenía en la mano. Moira sigue bien. No muestra el menor indicio de la enfermedad. Por el momento.

—¿Y... y tú estás bien?

Intentó con todas sus fuerzas que sonase como si no le diera importancia, pero aquella era una gesta digna de un héroe más legendario que él.

—¿Te gustaría que lo estuviese?

—Quiero que todo el mundo lo esté.

—Ya, pero ¿te gustaría? Estás enfadado conmigo. Y no puedo culparte por ello —dijo al tiempo que levantaba las manos—. Es normal que lo estés. Te mentí. Te manipulé. Hice que Cisne Negro siguiera la señal de tu teléfono, motivo por el cual he sabido

exactamente dónde encontrarte ahora.

Él suspiró. Claro, era por eso.

—De verdad que entendería que me odiases —continuó Sadie—. Entendería que una parte de ti, una pequeña pero insignificante de tu corazón, deseara que estuviese muerta, que sufriese de alguna manera.

—No quiero nada de eso. Ninguna parte de mí lo quiere. Yo te amaba.

—¿Amaba? En pasado. Podríamos hablar en presente, ¿sabes? No «te amaba», sino «te amo». —Extendió la mano, pero él se apartó—. Quiero que te imagines una cosa. Imagina que creas algo así, una mente informática cuántica, y que empiezas a entrenarla y te das cuenta de que tiene personalidad. Y luego, un día, te dice algo. Te cuenta que ha hablado consigo misma en el futuro y que cree que la civilización llegará a su fin algún día, que la mayoría de los humanos morirán a causa de una enfermedad llamada Máscara Blanca. Suen a locura, ¿verdad? Una majadería. O a mentira. O a error, un *bug* enterrado en las profundidades de su código casi infinito.

»Das por hecho que deberías apagar la máquina, pero antes de hacerlo tu creación dice que sabía que no la ibas a crear y que por eso te lanza ráfagas de información, predicciones, pero no las habituales en estos casos, sino unas muy precisas: los resultados de competiciones deportivas, noticias, el número ganador de la lotería. Y, al cabo de unos días, todos sus vaticinios se cumplen.

»Y ahora tienes que preguntarte si no serás tú quien se ha vuelto loca, porque empiezas a plantearte la posibilidad de que esa cosa sepa algo que tú no sabes. Y aun así piensas: «Bueno, pero ¿qué puedo hacer yo? ¿Avisar a todo el mundo? ¿Se puede cambiar el futuro?». Pero antes de que te des cuenta, la máquina se vuelve más proactiva de lo que esperabas. Piratea los servidores para entrar en una de las empresas propiedad de Benex-Voyager cuyos enjambres de nanomáquinas no han conseguido curar las enfermedades sino crear un efecto profiláctico y convertir en sonámbulos a los afectados. La inteligencia artificial se apodera del enjambre. Es la causa subyacente del rebaño de sonámbulos. Está fuera de tu control. Podrías tratar de apagarla, pero ¿para qué? Ha hecho sus predicciones. Te las ha demostrado de la mejor manera posible. Está en lo cierto, y sabes que lo que ha dicho se hará realidad. Aún temes que sea una trampa, pero ¿y si no lo es? Lo único que te queda es la certeza funesta e inquietante de que el mundo tal y como lo conoces está llegando a su fin. Antes de lo que te gustaría.

Benji se envaró.

—De verdad que no sé por qué me cuentas todo esto...

—Te lo cuento porque la creí. Creí lo que me decía mi creación. Y cuando me mostró tu nombre, también creí que sería por una buena causa. Y ahora me pregunto si me condujo hasta ti no solo porque eras la persona más indicada para encargarse de esto, sino porque también eras la persona más indicada para mí. Te quiero, Benji. Te quiero hoy y también en futuro, no en pasado. Te querré mañana y pasado mañana, y al día siguiente. Te querré hasta que ya no nos queden días.

—Si me querías... Si me quieres, no tendrías que haberme mentido.

—Por desgracia, ambas cosas no son excluyentes, Benji. —Se enjugó una lágrima con el pulgar—. Pero lo entiendo. No espero que me perdones. Ni que me creas. Ni que me sigas queriendo. Ni siquiera tienes por qué hablar conmigo. De hecho, si lo haces, seguro que te llevarás mejor con alguien que yo me sé.

—¿Alguien a quien también mentiste?

—No. Alguien que también siente que lo he traicionado. O al menos alguien a quien ya no le sirvo para nada.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser, tonto? Cisne Negro.

Shana miró con detenimiento a su padre. No se acercó a Nessie como lo haría un padre con su hija, sino como se acercaría un padre a la tumba de su hija. Sus pasos eran titubeantes e inciertos, como si al hacerlo se fuese a dar cuenta al fin de que lo que le ocurría era real. Era la primera vez que se acercaba a ella en tres meses. Tres meses en el transcurso de los cuales la había mirado guardando siempre las distancias. Y ahora que la veía así, Shana empezaba a entender la razón.

Todo aquello lo superaba.

El gesto afligido de su rostro, la manera en que le temblaban las manos... Ver a su padre con esa fragilidad era difícil y reconfortante al mismo tiempo. La destrozaba porque no reconocía a su padre en esos gestos, pero al mismo tiempo la reconfortaba saber que no estaba sola.

«Nadie es capaz de asimilar algo así», pensó.

—No ha cambiado nada —dijo con voz quebrada. Se humedeció el pulgar y limpió una mancha de tierra de la mejilla de Nessie—. Oye, Nessie. Oye, cariño. Soy yo. Soy tu padre.

Como cabía suponer, Nessie no pareció haber oído nada. Ni haber sentido su roce. Siguió avanzando. Todos siguieron avanzando. Ella, al frente de cientos de sonámbulos que avanzaban a trompicones. Pastores entremezclados en la multitud, como siempre, aunque también había muchos que se quedaban por fuera. Dos mujeres iban a caballo: Maryam McGoran y su esposa Bertie. Les habían dicho que eran vaqueras de Wyoming. El resonar de los cascos de sus corceles se ahogaba con el estruendo del rebaño al caminar.

Charlie Stewart dijo:

—¿Y dices que aún está aquí dentro?

—No lo digo yo —respondió Shana—. Lo dice Marcy.

Shana miró a Marcy, que se encontraba a unos diez metros a un lado del camino. La mujer asintió y se acercó, a sabiendas de que se trataba de un momento interesante que también requería andarse con pies de plomo.

—¿Qué tal, Charlie? —saludó con un tono que no trataba de ocultar la cautela.

—Oh —dijo él, sorprendido ahora que alguien lo acababa de sacar de su ensoñación—. ¿Cómo andas, Marcy?

—No nos conocemos muy bien.

—No, supongo que no. Yo... no he salido mucho de la caravana. Quizá tendría que haberlo hecho más a menudo. —Tragó saliva—. ¿Has dicho que mi hijita sigue ahí dentro? Que Nessie no... no se ha ido.

—Eso parece. La... la siento. También la oigo hablar un poco.

—¿Y qué dice?

Marcy se ruborizó al encogerse de hombros.

—Ahora mismo no dice nada en concreto. Pero el resplandor que la rodea es aún muy fuerte. Y también siento que... es feliz.

—Quizá sepa que estoy aquí.

—Podría ser, Charlie. Podría ser.

Benji parpadeó. Le dieron ganas de reír.

—¿Perdón? No entiendo nada.

—Cisne Negro ya no me coge el teléfono, por así decirlo.

—Pero tú eres su creadora.

—Fui la jefa del equipo de diseño, sí. La única que se quedó trabajando con él. Pero eso no cambia el hecho de que Cisne Negro haya dejado de hablarme. No responde mis preguntas. No reconoce mi presencia. ¿Has dicho que Cisne Negro es un dios? Pues yo estoy a la sombra de ese dios, en un lugar al que la deidad ha decidido dejar de mirar.

—Para la teología tradicional, eso equivale más o menos a estar en el infierno.

Ella esbozó una sonrisa.

—El único infierno que conozco es una vida sin ti.

—Tampoco te pases.

—Muy cursi, ¿no?

—Muy... algo.

—Pero que sepas que lo digo en serio, por cursi que suene. Te echo de menos. Me duele de verdad haberte hecho daño. Creo que te quiero desde el principio, Benji. También he llegado a admirarte. Cisne Negro hizo bien al elegirte, porque... Bueno, mira bien lo que has hecho. Mira a los caminantes. Mírate aquí. Todo esto ha sucedido gracias a ti.

—Sadie, por favor...

—Me gustaría ser capaz de comprender qué ocurrirá a partir de ahora. No sé adónde vamos ni cómo terminará esto, pero creo que será antes de lo que me gustaría. Creo que todos estamos en peligro. Creo que Cisne Negro está en peligro. ¿Me ayudarías?

Él suspiró.

—No.

Sadie abrió la boca, como si volviese a pensar lo que estaba a punto de decir.

—Vale. Te entiendo. —Le tocó el brazo, un roce del que él no trató de zafarse. Después señaló detrás de Benji—. Parece que ha llegado el rebaño. Esperaré hasta que hayan pasado y luego me iré.

—Muy bien.

Y se quedaron allí en silencio mientras, al otro lado del puente, los caminantes empezaban a aparecer por una curva de la carretera y se dirigían a la primera pareja de osos que marcaba el inicio del puente del río Klamath.

Pasaron las tres caravanas y luego el rebaño llegó al puente y cruzó junto a los osos. El padre de Nessie había empezado a cepillarle el pelo a su hija, una de las tareas diarias de Shana. Siempre había querido que su padre la ayudase a hacerlo, o tan solo que la acompañase mientras ella lo hacía. Dedicaba algunas noches a esa tarea cuando las cosas...

Bueno, cuando todo era más normal.

Pasaron junto a los dos osos relucientes y su padre alzó la vista.

—Una vez tuvimos un oso en casa.

—¿Qué? —preguntó Shana, entre risas—. No, no. Tiene que ser mentira. No me acuerdo de eso.

—Lo tuvimos. No te acuerdas porque nunca te lo dije.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Tu hermana no tenía ni dos años, por lo que tú tenías...

—Cinco.

—Eso. Acababas de empezar a ir al colegio. Era otoño y las hojas caían de los árboles. De noche. Hacía frío y el cielo se había puesto púrpura antes del anochecer. Oímos un traqueteo en la carretera y...

—Espera, de eso sí me acuerdo. Dijiste que eran mapaches.

—Pensábamos que eran mapaches y que habían vuelto a colarse en la basura. Tu madre dijo que iba a salir y a perseguirlos, por lo que cogió una escoba y salió de la casa hacia los contenedores, que están donde la bomba del pozo, cerca del establo.

—Es verdad. Me había olvidado de eso.

—Sí, lo echamos abajo hace unos años, cuando tuvimos que cambiar la ubicación del pozo. Bueno, pues tu madre salió y no le di más importancia, hasta que la oí gritar como si la estuviesen matando. No sabía qué hacer y tampoco se me ocurrió coger un cuchillo ni una pistola. Estaba preparando la cena, espaguetis, que era una de las pocas cosas que comías siempre...

—Dios, de eso sí que me acuerdo. Solíais imitarme y llamarlos *pasketi*, que era como los llamaba de pequeña...

—Sí, los niños suelen llamarlos así —convino Marcy.

—¡Pues ella nos corregía! —le dijo Charlie a Marcy—. Decía...

—Decía —empezó a explicar Shana—: «Papá, se dice “espagueti”, no “pasketi”».

—Después se enfurruñaba toda, arrugaba la cara y decía en voz baja e intimidatoria, como un gruñido: «Tienes que decirlo bien».

Marcy soltó una carcajada. Todos rieron.

—Un momento, un momento —intervino Charlie, que hizo un ademán con el peine para que todos se callaran—. ¡El oso! Pues estaba preparando los espaguetis y tenía una baguete o como se llamen los panes esos, uno largo y francés, que estaba a punto de meter en el horno, por lo que lo agarré y salí fuera con él.

Marcy resopló.

—¿Una baguete? ¿Ibas a enfrentarte a un oso con un pan?

—No sabía que era un oso.

—Vale, vale. Te acabo de imaginar como una especie de samurái con baguete.

El padre de Shana empezó a reírse, porque todos se lo habían imaginado. Y continuó hablando:

—Pues salí con la espada pan en ristre y vi a tu madre escondida detrás de los contenedores de basura. Entonces pensé que tal vez hubiera visto una de esas serpientes inofensivas o una araña enorme, de esas con culos amarillos relucientes a las que les gusta llenar la basura de telarañas para cazar moscas. Eran cosas que asustaban a tu madre porque no era de Pennsylvucky como nosotros, sino toda una urbanita.

»Bueno, pues empecé a negar con la cabeza y a llamarla, pensando que todo se debía a que era una urbanita. Levanté los brazos y pregunté que por qué acababa de gritar. Y ella me miró con los ojos de lo más abiertos y se limitó a señalar sin decir nada. Y vi que señalaba justo detrás de mí. Aún no sabía qué estaba pasando, por lo que me di la vuelta a toda prisa en plan «a ver con qué me voy a encontrar ahora», y lo siguiente que recuerdo...

Shana oyó el ruido un poco después, un «pop» distante, medio segundo después de

que la cabeza de su padre se agitase como si le hubiesen dado un tortazo.

Él parpadeó, como desconcertado.

Las palabras se convirtieron en ruidos: sonidos de sorpresa e ininteligibles.

Un gorjeo flatulento.

No tenía mandíbula.

Un segundo antes había estado ahí, pero en aquel momento solo tenía un agujero que dejaba al descubierto lo que había sido la mandíbula inferior. Le lengua seguía en su lugar, agitándose al aire. Abrió los ojos de par en par, cada vez más, y luego salió de su interior un aullido que más bien parecían gárgaras. La sangre empezó a mancharle la camisa y se llevó las manos al lugar donde antaño estuviera el medio rostro que le faltaba.

Benji oyó el disparo.

Quería creer que no había sido lo que creía que era...

Pero luego vio en el otro extremo del puente, a unos cien metros, la máscara roja que había sido la mandíbula inferior de Charlie Stewart.

Se giró hacia Sadie y dijo:

—Súbete al remolque. Ahora mismo.

Después Benji se dio la vuelta y cruzó el puente a la carrera en dirección al rebaño.

Shana no entendía nada.

«Papá.»

Marcy gritó:

—¡Al suelo!

La agarró por el hombro y tiró de ella hacia abajo. A través de las piernas de Nessie vio al doctor Ray en el otro extremo del puente, agitando los brazos mientras corría desesperado.

Luego oyó el chasquido de otro trueno distante.

La cabeza de una de las caminantes cercanas, Dolores Hanrahan, la anciana del sujetador y las bragas, salió despedida hacia un lado entre una nube de sangre. La rodeó un brillo y luego cayó al suelo.

El infierno se desató a su alrededor.

Unos truenos como petardos empezaron a estallar a su alrededor, y las balas zumbaron por los aires, balas que en su mayoría encontraron un objetivo. Los caminantes y los pastores por igual empezaron a caer al asfalto uno a uno. Shana oyó el relincho de un caballo procedente de algún lugar a su alrededor. Los perros empezaron a ladrar. Las bocinas de la caravana y los camiones atronaron entre los disparos. Pegó la cabeza contra la fría carretera y sintió el pulso acelerado en el cuello, las muñecas, el pecho. El pánico la aplastaba contra el suelo. Desde ahí abajo era fácil ver quiénes eran caminantes y quiénes pastores: los caminantes seguían andando en línea recta, avanzando de manera implacable, mientras que los pastores eran un caos que se agitaba de un lado a otro o que se tiraba al suelo.

Nessie seguía caminando, avanzando por el puente. Lideraba la comitiva sin saberlo.

Justo hacia el origen del fuego cruzado.

«Alguien ha abierto fuego contra nosotros», procesó Shana al fin.

«Le han pegado un tiro a mi padre.» Su padre, que ahora estaba en el suelo, agitando los talones en el asfalto mientras salía de su garganta un aullido parecido a una brisa

surgida de las profundidades de un funesto pozo. Shana se arrastró hacia él mientras Marcy le cubría la cara con la capucha de su sudadera, una máscara que no tardaría en convertirse en una esponja llena de sangre. Húmeda y carmesí.

La respiración de Shana se convirtió en jadeos entrecortados mientras se quitaba la mochila, metía la mano y sacaba la pistola que Zig le había dado hacía tanto tiempo.

Pete conducía la caravana a muy poca velocidad. Aquello era más difícil de lo que esperaba. Mantener un ritmo de ocho kilómetros por hora era mucho más complicado que pisar el pedal hasta el fondo y hacer que la Bestia empezase a babear. Pero mantuvo la calma. Un suave toque en el acelerador mantenía la caravana avanzando como una oruga. Mientras, Pete pensaba en Landry y escuchaba la cara B de Uriah Heep del álbum *Return to Fantasy*, remasterizado y reeditado. La gente no apreciaba Uriah Heep en los tiempos que corrían. A los Zeppelin sí, claro. A Pink Floyd, que ya ves tú. A Aerosmith, que sí, que vale, que bueno. Le gustaba el grito *scat* tan típico de Tyler (iuuh, ac, ac, ac, ooooo!). Pero... ¿Heep? La gente ni siquiera recordaba a Heep, ni aunque *The Wizard* fuese como si The Who se hubiesen follado a Led Zeppelin y Blue Öyster Cult en una orgia después de jugar una partida *Dungeons & Dragons* yendo hasta las trancas de opiáceos. Y por los dioses que sería mejor que nadie le tirase de la lengua y se pusiera a hablar de *Traveller in Time* ...

Pete siguió pensando en Landry con los auriculares puestos, una noche romántica en la que los dos caminaban detrás de los caminantes y terminaban dirigiéndose hacia los pinos y follando como conejos. Después pensó en su mujer, en su hijo y en su hija, y joder... Estaba claro que la culpabilidad y la vergüenza le bajaban la trempera. Si el autorrechazo pudiese venderse en pastillas, sería una contramedida perfecta contra esos cabronazos (con suerte, sin duda) que podían pasarse cuatro horas empalmados como una barra de acero.

Y luego miró hacia delante...

Vio a Benji Ray que corría por el puente. Agitaba los brazos como si tuviese un enjambre de putas abejas alrededor de la cabeza. Luego alguien se tambaleó para colocarse a la derecha de la Bestia. Pete supuso que se trataba de uno de los pastores, tal vez Lonnie Sweet. ¿Eso era...? ¿Estaba sangrando? La sangre le manaba del cuello. ¿Qué coño le había pasado? Absorto, Pete miró por uno de los retrovisores de los lados, ya que la caravana no tenía el del interior, y...

El caos.

Los caminantes no habían dejado de avanzar, pero los pastores huían. Pete se afanó por quitarse como pudo los auriculares de la cabeza mientras el *The Time Will Come* de Uriah Heep sonaba de fondo entre el estruendo de los disparos y los gritos.

—Por los clavos de Cristo —siseó Pete. Frente a él, Benji ya iba por la mitad del puente...

Algo entró en erupción junto a los pies de Benji. Una nube de gravilla y de tierra.

Una bala.

—Joder, joder. La hostia en verso, me cago en la puta.

Pete pisó a fondo y obligó a la Bestia a acelerar.

El arma era pesada. Shana no sabía bien qué hacer con ella, no exactamente, aunque tenía claro que quería defender a su hermana. Su padre ya no iba a ser capaz de hacerlo.

«Estará bien —pensó—. Sobrevivirá. Ahora eres lo único que le queda a Nessie. Tienes

que ser fuerte.»

Después, Marcy se acercó a ella y le quitó la pistola de las manos.

—No —dijo con rabia—. No.

—¡La necesito! —gritó Shana, quien forcejeó para recuperar el arma. Pero Marcy no cedió.

—No estás entrenada. Y careces de la menor estrategia. Mira. —Señaló los cuerpos que empezaban a cubrir la carretera, de pastores y caminantes por igual—. Han caído apuntando en todas direcciones. Eso significa que no hay solo un tirador, sino dos. —Shana ni se había dado cuenta. Estaba demasiado conmocionada como para analizar lo que ocurría a su alrededor—. Puede que haya más, no lo sé. Pero seguro que están por esas colinas. Voy a subir.

—¿Qué? No, no. Yo voy contigo...

—Tú te quedas aquí. Tu padre te necesita. Llévalo a una de las caravanas.

—Pero Nessie...

—Nessie tendrá que apañárselas por su cuenta. No puedes detenerla porque explotaría. Tampoco puedes detener las balas. Saca a tu padre de aquí ahora mismo.

Shana asintió con mirada temerosa, hecha un manojo de nervios.

—Vale. Vale.

En ese momento, Marcy se puso en pie, flexionó las rodillas y empezó a atravesar el rebaño. El arma de Shana parecía ridícula ahora que la veía en su manaza.

Pisó a fondo el acelerador y luego hizo lo propio con el freno. La Bestia se abalanzó hacia delante y luego, igual de rápido que había gruñido para lanzarse hacia el puente, se detuvo a unos tres metros de Benji Ray. Pete le gritó a través del parabrisas.

—¡Sube! ¡Cabronazo, que te subas!

Pop. La ventana del asiento del pasajero empezó a resquebrajarse a partir de un agujero que le salió en el centro. Pete sintió la bala en lugar de verla, del mismo modo que sientes una avispa zumbando sobre tu cabeza. La parte interior de la puerta del asiento del conductor se estremeció al atravesarla el proyectil.

—Me cago en Dios —dijo al tiempo que abandonaba la cabina y se refugiaba en la parte de atrás del vehículo. Estuvo a punto de tropezar con el cable de corriente que salía del pequeño amplificador y que había comprado para cargarlo.

Detrás de él, la puerta se abrió de repente y Benji entró a toda prisa y con torpeza para luego cerrarla con fuerza. Pete se puso en pie para ayudarlo a entrar, pero Benji se valió de su peso para tirar de él hacia el suelo del vehículo.

—Al suelo.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Pete.

—Alguien ha abierto fuego contra nosotros —siseó Benji.

—Ya, de eso ya me he dado cuenta. Pero ¿quién?

—Pues no lo sé. ¿Cómo narices iba a saberlo?

Otra bala chocó contra el costado de la caravana. Pete gritó asustado, un aullido gutural de pavor.

—Pero ¿qué coño pasa?

—No lo sé. Tenemos que pensar. Pensar.

—El rebaño. Están desprotegidos —dijo Pete, tan sorprendido como cualquiera de que repente se hubiese puesto a pensar en alguien que no fuera él mismo. En ese mismo



momento sabía que bien podría (idebería!) estar en el asiento del conductor de ese mierdamóvil y pisar a fondo el acelerador en dirección a San Diego para comerse unos tacos de pescado y fumarse algo de hierba hidropónica mientras el mundo se iba a tomar por culo a su alrededor. Pero en lugar de eso estaba ahí. En medio del fuego cruzado. Pensando cómo salvar a los demás. Qué asco, joder—. ¿Qué... qué han hecho los demás vehículos?

Pete sabía que habían perdido un buen número de coches a lo largo del viaje. En la parte delantera de la comitiva solo quedaban la Bestia de Charlie, otras dos caravanas y una Volkswagen. En la retaguardia había un par de camiones, coches y otras tres caravanas. O eso creía. Bueno, una no era una caravana sino una de esas viejas Airstream.

—Eso es —dijo Benji, sin aliento. Empezó a rebuscarse en los bolsillos del pantalón y sacó el teléfono—. Vamos a usar a los demás, al resto de vehículos. Podemos crear una... barrera, un pasillo. Podemos protegerlos.

—No a todos —dijo Pete.

Pero Benji ya había comenzado a hacer llamadas telefónicas.

El camino fue angustioso. Shana avanzó con los dientes apretados y los músculos tensos para no ponerse a llorar, mientras arrastraba el cuerpo herido de su padre muy despacio entre los caminantes. Estaba agachada y los usaba como escudos mientras recorría la carretera. Algo en su interior sabía que lo estaba haciendo mal, que seguramente estuviera ocasionándole daños irreparables a su padre, quemándole la piel debido al roce con la superficie resquebrajada del asfalto. Pero no era tan fuerte como para llevarlo en volandas. Tampoco podía avanzar más rápido que el rebaño, porque no se le ocurría ninguna idea peor que salir a la intemperie y quedar expuesta a los tiradores que seguramente hubiese ahí fuera.

Y, de todos modos, no podía acelerar tanto.

Siguió arrastrándolo. Él la miró. Los ojos no dejaban de agitarse en sus cuencas. Trató de decir algo, pero el sonido era poco más que un balbuceo confuso.

Terminó por dejar de emitir sonido alguno.

Terminó por dejar de mirarla y se quedó contemplando el cielo.

Shana siguió. Al ritmo del rebaño. Hacia la Bestia. Hacia Nessie.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Marcy, por otra parte, avanzaba entre el rebaño en dirección contraria. Se mantuvo agachada, con la pistola en la mano mientras oía el disparo de un rifle cada cinco o puede que diez segundos. La sangre le hervía en el interior. El rebaño era su hogar. Eran sus ángeles. Los pastores la consolaban.

No podía permitir que se saliesen con la suya.

El rebaño moría a su alrededor. Uno a uno. Crac. Crac. Crac. Los cuerpos caían sobre el asfalto. Uno cayó justo delante de ella, un hombre llamado Vincent Garza. Era uno de los caminantes, un profesor de Química de Oregón. Su pelo había sido frondoso y negro como un cuervo, pero ahora no era más que sangre y sesos esparcidos, ya que le habían reventado la tapa del cráneo. Marcy vio cómo el resplandor lo abandonaba al caer al suelo. El aire que lo rodeaba se estremeció y brilló como el latón y el bronce antes de disiparse. Era algo extraño de ver: su cadáver quedó convertido en algo oscuro y gris entre una neblina dorada. Peor aún: había dejado de oírle. La ausencia de su zumbido

era traumática.

Aquello no hizo más que exacerbar su rabia.

Se acercó al cuerpo del hombre y le pasó una manaza por la frente húmeda y roja, le dedicó un breve instante de paz, lo único que podía ofrecerle en esos momentos. Después lo dejó atrás y siguió avanzando.

Sobre el rebaño, a la izquierda y a la derecha, vio los osos dorados que se alzaban en los pedestales. Era el principio del puente. Desde allí, la carretera se ensanchaba hasta llegar a una curva con quitamiedos y detrás de ella, pinos húmedos y oscuros. Marcy usó los árboles a modo de parapeto y saltó sobre las barras.

«Tenemos que hacerlo bien», pensó Benji. La falange trasera del vehículo no podría ayudarlos, pero los del frente tenían en su mano defender a los suyos. Tomó la iniciativa: se sentó en el asiento del conductor de la caravana de Charlie Stewart (después de limpiar los cristales rotos) y aceleró para luego virar a la derecha. Llamó a Sadie por teléfono y le dijo que colocase el camión y el remolque del CDC en paralelo por el puente, en el lado contrario a aquel en el que se encontraba la caravana.

—Tenemos que dejar un pasillo estrecho entre los vehículos —le dijo, igual que les había dicho a los demás—. Con el espacio suficiente para que quepan los caminantes y no se vean obligados a subirse a los vehículos.

Sabía por experiencia que bloquearles el paso a los caminantes solo serviría para que subieran sobre el remolque, donde se convertirían en objetivos muchos más fáciles.

Pero si se quedaban en el puente y los rodeaban los vehículos de modo que estos hiciesen las veces de paredes de una especie de formación de tortuga, estarían protegidos.

No todos, eso sí. Benji hizo un cálculo mental rápido mientras las otras caravanas de la parte delantera se iban colocando delante y detrás de él, dejándole hueco también al remolque del CDC. Tres caravanas, el remolque y la Volkswagen. Las caravanas medían entre nueve y doce metros de longitud, el remolque unos quince, y también había un Ford F-350, que tendría unos seis y pico.

Consiguieron formar una muralla defensiva de unos veinticinco metros en el lado occidental del puente del río Klamath, y otra de unos treinta y pocos en el oriental.

No dejaba de darle vueltas a los números...

Novecientos caminantes. Unos cientos de pastores. Algunos, no sabía cuántos, ya habían muerto.

Eso equivalía más o menos a una multitud de unos ciento veinte metros de largo. Más o menos lo que medía el puente de punta a punta.

Eso significaba que solo podrían proteger a una cuarta parte del rebaño.

No, a menos. Porque iban a crear un pasillo de apenas unos tres metros de ancho, por lo que cabrían menos pastores y caminantes codo con codo.

Aquello no iba a bastar. Menos daba una piedra, cierto, pero necesitaban mucho más.

«Si pudiésemos cruzar el puente a toda prisa, podríamos aprovecharnos de la cobertura que hay al otro lado.»

En el otro extremo del puente volvían a alzarse los árboles, pero allí estaban al descubierto y muy expuestos. Mientras Benji trataba de pensar en qué otros elementos podían utilizar como parapetos, Pete apareció detrás de él con un teléfono pegado a la oreja.

—Los de emergencias no responden, joder —dijo. Después miró a Benji y luego a la parte delantera de la caravana—. Tío, creo que no va muy bien ahí fuera.

Benji siguió la mirada de Pete hacia el frente de la caravana.

A Sadie no le iba nada bien colocando el camión al otro lado del puente. Iba marcha atrás y giraba las ruedas de un lado a otro mientras el remolque se movía en dirección contraria cada vez que lo hacía, como una prueba de eslalon entre conos de tráfico invisibles.

La llamó, y ella respondió muy nerviosa.

—¡Ahora no! —dijo. Después oyó un disparo de fusil y un cristal que se rompía. Sadie gritó, y Benji oyó cómo el teléfono caía al suelo con un golpe seco.

No, no, no.

Gritó su nombre por el teléfono, pero ella no respondió.

Y el camión siguió serpenteando, de un lado a otro mientras avanzaba con torpeza y descontrolado. La rueda trasera estalló a causa del impacto de una bala. Oyó gritar a Sadie de nuevo por el teléfono.

«Está bien. Está viva. Solo se le ha caído el teléfono.»

No era gran cosa, pero aquella idea lo consoló.

Y luego lo consiguió. Marcha atrás y demasiado rápido, el remolque chocó contra el costado del puente y chirrió y lo arañó mientras los faros traseros explotaban contra la barandilla de la estructura. Pero lo consiguió. El camión y el remolque del CDC quedaron bien colocados, aunque un poco desviados, eso sí. Benji miró por la ventana y ella hizo lo propio. Se saludaron.

Después el cristal del asiento del conductor del camión estalló en mil pedazos. Benji se agachó a toda prisa y gritó por el teléfono para que Sadie se agachase también.

Por fuera de la caravana y entre los vehículos, el rebaño empezaba a pasar.

«Funciona», pensó Benji.

—¡Funciona, joder! —aulló Pete desde el suelo.

Las balas retumbaron contra el costado de la caravana y silbaron sobre él.

«Esta es la razón por la que estás aquí, Marcy.»

Tuvo una epifanía y fue entonces cuando lo entendió todo. El rebaño la había llamado y eximido de su dolor para que ella, a modo de contrapartida, hiciese lo que estaba a punto de hacer. Era su manera de devolverles el favor.

Marcy se alzó entre unos pinos muy altos. Respiró el aire limpio y el aroma de la vegetación, olor a savia, junípero y musgo. El suelo estaba cubierto por una alfombra de pinocha marrón que susurraba y chasqueaba a cada paso. Se detuvo para escuchar. No los sonidos del bosque, ni los gritos y aullidos de los pastores heridos.

Sino los disparos.

Se concentró en localizarlos. Cuando era policía, sus oídos lo eran todo, más importantes aún que los ojos. Cuando te metías en una habitación a oscuras o en una calle poco iluminada, tu oído era la primera (y a veces la última) línea de defensa contra lo que quiera que fuese a atacarte. Oías el calzado al arrastrarse. O a un delincuente que cogía aire con brusquedad cerca de ti. O el tenue chasquido de una pistola al quitarle el seguro con mano temblorosa.

Marcy empezó a triangular el sonido de los disparos de fusil.

Bang.

Se volvió a agachar y avanzó entre los árboles, serpenteando entre las sombras mientras una luz pálida brillaba entre las ramas en haces alargados y estrechos, haces que capturaban las partículas de materia que flotaban por todo el bosque como si fuesen un enjambre de hadas, doradas y relucientes.

«Es el resplandor —pensó—. Me muestran el camino.»

Marcy apretó el paso entre los árboles.

«Más rápido, joder. Habrá más muertos a cada segundo que te demores.»

Un fusil restalló muy cerca. El sonido hendió el aire. Marcy se colocó con presteza detrás de un árbol y vio cómo las espirales doradas zigzagueaban hacia un grupo de árboles de hoja perenne. Marcy se fijó en las ramas oscuras y las hojas y...

Terminó por ver algo que estaba fuera de lugar.

No. A alguien.

Alguien había usado las ramas del pino para escalar y hacerse un nido provisional de francotirador. Incluso tenía un columpio colgado allí para sentarse con la espalda apoyada en el tronco del árbol. Marcy no era cazadora, pero sí que era de Indiana, por lo que conocía todas las herramientas y los trucos que usaban.

El árbol que había elegido el hombre estaba en la linde del grupo de pinos y daba al meandro del río sobre el que luego se abría el puente.

Vio el brillo del cañón moverse entre las ramas.

Oyó los chasquidos del cerrojo cada vez que lo cerraba. Un casquillo de latón cayó a la pinocha en la base del árbol, donde se amontaban decenas de casquillos más que relucían a la luz que se filtraba entre las copas.

Marcy tragó saliva.

Extendió el brazo, levantó el arma y luego retiró el percutor del pequeño revolver de cañón chato. Respiró hondo. Soltó el aire.

«Va a disparar el fusil otra vez.»

«Si lo hace, morirá otra persona.»

«Dispara.»

El arma aulló en su mano. El retroceso se le extendió por el brazo y le llegó al hombro, pero estaba preparada para ello.

Pasaron unos segundos. No ocurrió nada.

«He fallado. Lo que significa que va a saber dónde estoy y me devolverá el disparo.»

Luego un movimiento. Las ramas del pino chasquearon y se partieron como palos de escoba, y un cuerpo cayó al suelo desde nueve metros de altura. Unos segundos después, también cayó el fusil. La culata golpeó al hombre en la cara.

Era un cadáver. Un hombre de pelo largo y alborotado con barba irregular. Le faltaba un diente, un colmillo. Tenía una cicatriz en la mejilla. También tatuajes en el brazo, uno que Marcy reconoció de inmediato: una serpiente que formaba una circunferencia alrededor de una espada y un martillo.

Los ojos vidriosos del cuerpo contemplaban la nada.

Marcy cogió el fusil y empezó a trepar por el árbol.

Billy Gibbons estaba sentado en un sicómoro al este del puente del río Klamath y usaba un fusil Remington 700 para matar gente.

No era la primera vez que lo hacía.

Y tenía claro que no sería la última.

Era un asesino. Había nacido así. Nunca había sido otra cosa. A Billy le gustaba. Era una de las pocas cosas que disfrutaba, la verdad. La mayoría de las cosas no le entusiasmaban, pero acabar con la vida de alguien..., sobre todo de alguien que se interponía en el camino de Ozark Stover, le hacía sentir un hormigueo. Y, como ahora, una erección muy intensa.

Su hermano Danny y él eran integrantes del grupo de Ozark Stover desde el principio. Trabajaba con él desde hacía veinte años, desde que Stover cultivaba hierba cerca de Echo Lake y traficaba con pastillas de Percocet o Vicodina por todo el condado. Stover usaba la chatarrería de su familia como centro de operaciones y el negocio no le fue nada mal durante un tiempo.

Pero las cosas cambian.

Los sudacas se pasaron a la heroína y luego al cristal. También llegaron algunos negros que se marchaban de las ciudades y empezaron a comprar tierras y a abrir negocios; unos, legales; otros, no. Todos ellos competencia.

Los tiempos cambiaron, por lo que Stover también lo hizo. Amplió el negocio, pero pronto decidió que no bastaba con controlar la producción, pues los estaban atacando. Estaban atacando Estados Unidos. Allanadores e invasores. El país lo habían fundado los blancos y tenía que estar en manos de los blancos. Gibbons estaba de acuerdo. El 9 de septiembre confirmó lo que ya sabía: que los extranjeros amenazaban el modo de vida de los blancos cristianos.

Esas personas que no pertenecían al país.

Billy y Danny ayudaron a Ozark a hacer limpieza. Se libraron de «impurezas» en la organización, tal y como lo llamó Ozark. No solo de los que tenían la piel marrón o negra que habían trabajado con ellos, sino también de todos los que no secundasen la idea de conseguir que el país volviese a ser solo de los blancos. Cualquiera que no estuviese de acuerdo tenía que largarse.

A veces, con una bala en la nuca; otras, con un cable alrededor del cuello.

Ahora, el mundo se venía abajo. Pero Ozark había dicho que era la oportunidad perfecta.

«Las pilas de cadáveres serán una buena colina sobre la que asentarnos», había aullado.

Le dijo a Billy que saliese con un pequeño grupo y que se subiese a un árbol con Riley Coons y varios fusiles, porque ambos eran muy buenos tiradores. Riley había sido francotirador en Irak y Afganistán para Blackheart, y Billy se había criado cazando ciervos y ardillas. Su misión era acabar con tantos de esos zombis enfermos como pudiesen.

Zombis que, como bien había indicado Ozark, parecían haber salido de un anuncio de Benetton. Billy no sabía qué significaba eso, pero Ozark se lo explicó: el rebaño era una «coalición multicultural». Traducción: que no eran blancos.

—¿Debería disparar a los blancos también? —preguntó Billy.

—Están corrompidos. Acabad con todos los que podáis.

Esas eran las órdenes. Y Billy sabía cómo obedecer órdenes. Lo único de lo que se arrepentía era de no ir con Danny, ya que este también era un tirador de cagarse. Mejor que Riley Coon, segurísimo. Pero sabía que Danny también era listo y que era la mano derecha de Ozark desde hacía años. Danny se quedaría con él mientras Billy se marchaba a disparar. Así eran las cosas.

Y allí estaba. Riley en otro árbol, y ambos disparando a esos caminantes enfermos y asquerosos y a los llamados pastores que los protegían.

—Protégeme esta —dijo a la nada. Bueno, en realidad se lo dijo a ellos, a los cabrones pastores de ahí debajo, y apoyó el fusil en la pálida corteza del árbol. Movi6 la mira telesc6pica y vio que seguían colocando los veh6culos para formar una barrera que cubriese el primer tercio del rebaño. Era un movimiento muy inteligente. Bien por ellos. Pero no era suficiente.

Billy encontr6 a otro de esos inquietantes son6mbulos de mirada perdida. No sabía a qu6 raza pertenecía ese, pero estaba seguro de que no era blanco. Tenía el pelo rapado y los labios rectos en una línea inexpresiva. Ropa de calidad. De pijo.

«Encima intenta vestirse como un blanco», pens6 Billy.

Apret6 el gatillo con un gesto íntimo y mucha suavidad...

La culata del fusil se le clav6 en el hombro con el disparo.

La cabeza del caminante empez6 a chorrear sangre, y cay6 al suelo.

Billy no había contado los muertos, pero calcul6 que llevaba unos cuarenta o cuarenta y cinco.

Riley debía de haber matado a otros tantos, porque disparaban casi al mismo tiempo. Billy pegaba un tiro, despu6s lo hacía Riley, y luego 6l otra vez. Era como un juego.

—Te toca —dijo Billy en voz alta.

Esper6 el siguiente disparo. Parte de la diversión consistía en examinar los objetivos, ese rebaño que caminaba despacio o a los pastores aterrorizados, y tratar de adivinar a qui6n iba a disparar Riley. A veces tambi6n disparaban a las caravanas y a los coches para asegurarse de que tampoco estaban a salvo en su interior.

Pero pasaron diez segundos.

Despu6s, veinte. Treinta.

Un minuto entero.

Riley tardaba demasiado.

Era imposible que se hubiese quedado sin munición. Tenían suficiente para disparar el doble de lo que lo habían hecho ya. Podía preguntar por la radio, pero no quería asustar a nadie.

En lugar de eso, levant6 el fusil y apunt6 hacia la posición de Riley. Sigui6 el cauce del rí6 hasta el árbol por el que había trepado.

«Ahí estás», pens6 Billy. Pero...

Ese no era Riley.

El que estaba ahora en el árbol era un tipo enorme que se había colocado a duras penas en la posición de Riley. Un momento. No era un hombre. Parecía... ¿una mujer? Joder, era enorme. Billy no vio el fusil en un primer momento.

«No, debe de tenerlo ahí. Es difícil de ver, porque no está apuntando hacia la multitud...»

... sino hacia 6l.

La bala atraves6 su mira telesc6pica. El cristal. El ojo. El cerebro. Y sali6 por la parte de atr6s del cr6neo. Fuese cual fuese su 6ltimo pensamiento, sali6 despedido junto con el proyectil.

Y luego cay6 al suelo.

## El recuento

MAYA: Quizá sea otra cosa. Quizá tengamos que analizar la palabra griega que significa «apocalipsis»: ἀποκάλυψις. Un descubrimiento. Una revelación. Se supone que en la Biblia ocurre lo mismo que ahora, un desbarajuste tremendo, pero quizá su única finalidad sea alcanzar un nuevo despertar. Mira, es como la muerte en la baraja del tarot. En las películas siempre se dice que la carta de la muerte es algo malo, una muerte literal, pero en realidad es metafórica, en sentido figurado, y significa la transformación y la transición, y tal vez ahora estemos en ese punto como personas, como especie. Esto es un descubrimiento relativo a nosotros mismos y un momento de transición hacia algo nuevo, algo mejor. Un fin para alcanzar un principio. ¿Entiendes?

BLUE: ...

MAYA: ¿Blue? ¿Tienes algo que añadir?

BLUE: Creo que estás pirada. Esto es una locura. No puedo más. No puedo seguir fingiendo que todo va bien. Vamos a morir todos.

[sonidos del micrófono moviéndose antes de que termine el pódcast]  
de *El pódcast de Maya y Blue*, episodio 221, «El final es el principio»

### ***8 de septiembre. Puente del río Klamath (California)***

**A**Benji le sonó el teléfono.

Era Marcy. Dijo:

—Hecho. Están muertos. Vuelvo.

Y así acabó todo. Terminaron los disparos. El rebaño continuó su incesante viaje por el puente a través del angosto hueco que formaban las caravanas y el camión. Los pastores salieron despacio a la luz gris del mediodía, bajo un cielo nublado y taciturno. Dejaron a su paso el rastro de cadáveres.

Benji salió de la caravana a trompicones. Le temblaban las rodillas y solo oía acúfenos, un zumbido muy agudo.

El número de cadáveres lo sobrecogió.

Los números eran una parte muy importante de su vida, por lo que intentó valerse de ellos, como un tullido se apoya en una muleta. Empezó a mirar un cuerpo tras otro y a contar, con independencia de que fueran pastores o caminantes. Diez. Veinte. Treinta. Y siguió. Sesenta. Setenta. Ochenta. Tenía a alguien a su lado que intentaba hablar con él, pero la voz sonaba como la de la profesora de Charlie Brown. Uoo uoo uoo. Benji hizo un recuento de cadáveres hasta que no le quedó ninguno que contar.

Noventa y dos cadáveres.

La gente que lo rodeaba quería encontrar respuestas a lo ocurrido.

Benji ni siquiera sabía quién hablaba.

—En emergencias no responde nadie.

—El rebaño no ha dejado de avanzar. ¿Nos vamos? ¿Esperamos?

—¿Vendrá la policía? ¿Vendrá alguien?

Tan solo acertó a agitar la cabeza un poco. Para responder a una pregunta. Para responder a todas las preguntas.

«No. No lo sé. Dejádme en paz.»

La sangre se acumulaba debajo de las cabezas y de los rostros inertes.

Cuando llegó a la otra punta del puente, vio que también había sucumbido uno de los caballos. Un disparo en el cuello. La sangre seguía manando de la herida, y el pecho del animal se alzaba y bajaba en cortos espasmos. Maryam y Bertie McGoran se encontraban junto a él. El brazo de Maryam parecía estar roto en un ángulo imposible, y lo mantenía apartado mientras acariciaba la crin del animal con el otro. Benji vio a Darryl Sweet tumbado a su lado, con el ojo convertido en un cráter húmedo y escarlata y la parte de atrás de la cabeza reventada. Uno de los perros del rebaño, un border collie, olisqueaba alrededor de la cabeza de una pastora muerta, una joven china que a Benji le resultaba familiar, pero fue incapaz de recordar cómo se llamaba, ni de dónde venía, ni por quién estaba allí. Lo invadió la tristeza al reconocer muchos de los cadáveres, y también al darse cuenta de lo poco que conocía a esas personas en realidad. Esa era la maldición de un hombre al que le encantaban los números.

Sadie se acercó a él. Se abalanzó y lo abrazó con todas sus fuerzas. Después le susurró al oído que se alegraba de que estuviese bien, y él le dijo lo mismo. Era verdad. Se rindió a ella y apretó la mejilla contra la parte superior de su cabeza. Sintió cómo las lágrimas le mojaban el cuello y el pecho. Cerró los ojos durante un tiempo para dejar de contemplar la matanza que había tenido lugar en el puente. Pero luego los volvió a abrir, y volvió a fijarse en uno de los cuerpos:

Charlie Stewart.

Se apartó de Sadie con suavidad y se acercó a él. La parte inferior de su rostro había desaparecido. Ya no había color alguno en sus mejillas, y su piel tenía el mismo tono plomizo que el cielo sobre sus cabezas. Las pupilas parecían poco más que la punta de un lápiz, y la esclerótica estaba recorrida por una telaraña de venas.

Estaba muerto.

Benji miró a su alrededor.

—¿Dónde está Shana? —Sadie lo miró con gesto inquisitivo, y él explicó—: Es la hija. Shana Stewart.

Seguro que estaba con su hermana. Nessie.

Pero en ese momento recordó algo.

Empezó a avanzar a toda prisa entre la multitud mientras hacía caso omiso de las preguntas que le formulaban.

—Ahora no —dijo mientras se apresuraba sin dejar de mirar a un lado y otro.

El rebaño ya había terminado de cruzar el puente, y la mayoría de los caminantes se encontraba en la carretera que se abría al otro lado, avanzando entre colinas llenas de pinos a ambos lados. Benji empezó a correr.

Marcy lo sintió a pesar de encontrarse donde se encontraba, encima del árbol. El rebaño estaba a salvo y seguía su camino. El extraño zumbido que había empezado a



notar se volvía cada vez más tenue, por lo que poco a poco regresaron aquel dolor tan familiar en los músculos y la presión en el pecho. Seguro que parte de lo que sentía era ansiedad, pero también algo real, algo que no alcanzaba a entender, su conexión con el rebaño. No obstante, Marcy sabía que daba igual si lo entendía o no.

Su deber no era comprenderlo.

Era seguirlos y protegerlos.

Y eso era lo que había hecho aquel día, y lo que seguiría haciendo una y otra vez mientras le quedasen fuerzas para ello. Ya había pensado en qué podía hacer para ayudar a otros pastores a prepararse. Sabía algo de combate cuerpo a cuerpo y también de armas, por lo que podía enseñarles. Y también los ayudaría a encontrar armas. Porque a partir de aquel momento los pastores iban a necesitarlas.

Se bajó con cuidado de la atalaya improvisada que había colocado allí el tirador, algo muy difícil porque ella era mucho más grande, una gigante musculosa que trataba de no volcar un asiento muy precario. Cuando se dio la vuelta, vio una salpicadura tenue de un rojo oscuro en la corteza del pino que tenía detrás. La sangre del francotirador mezclada con la savia del árbol. Escupió y dejó escapar toda su rabia.

Se colgó el fusil al hombro. Después descendió despacio por el alto pino. De pequeña había escalado árboles, por lo que sabía que una rama estrecha sostiene mejor tu peso si te colocas cerca de la base, donde se une al tronco. Y eso fue lo que hizo. Las usó de escalera.

«Sin prisa, pero sin pausa», pensó mientras descendía.

Bajó de la última rama y cayó al suelo, pero en ese momento se vio obligada una vez más a valerse de su entrenamiento de policía.

Oyó un ruido detrás de ella, el crujido suave y crepitante de un pie al aplastar la pinocha.

Marcy se dio la vuelta sobre los talones, se descolgó el fusil...

Pero fue muy lenta. Demasiado. Estaba lejos de los caminantes, por lo que su cuerpo reaccionaba muy despacio a las órdenes de su cerebro.

Algo la golpeó en un lado de la cabeza.

Un golpe fuerte y estruendoso en el oído, seguido de un dolor abrumador por la parte superior de la cabeza y debajo de la mandíbula.

«La cabeza no, por favor.»

Ya le habían roto la testa bastantes veces...

—Por favor —farfulló entre la pinocha.

Alguien cargó una escopeta detrás de ella.

Cla-clac.

Y todo quedó a oscuras.

El rebaño avanzaba despacio, pero Benji se movió rápido. Corrió por el puente que los separaba hasta que llegó a la cabecera de los caminantes.

La primera, Nessie Stewart, seguía al frente. El pelo largo y liso le cubría el rostro angelical. Tenía la mirada perdida a lo lejos, sumida en la contemplación de la nada, o de algo que Benji ni siquiera alcanzaba a imaginar; tan lejos estaba.

Nessie iba sola, rodeada por el resto de caminantes. Su hermana no la acompañaba.

Sintió una punzada de pavor. ¿Dónde estaba? Sabía que no era su responsabilidad, pero se había enterado de que estaba embarazada y sabía que el hijo era de Arav. Eso lo

hacía sentirse un poco responsable. Y le recordó a aquella ocasión en la que ella había salvado al niño de Clade Berman antes de que su padre explotase como un petardo lleno de sangre... Era una buena chica. Benji trató de imaginarse el peor de los escenarios posibles. ¿Se habría ido con Marcy? Puede. ¿Se habría caído al agua? ¿Estaría viva en el río o sería un cadáver que flotaba en las aguas como un tronco talado? Benji se dio la vuelta y se dirigió al otro extremo del rebaño, hacia el puente otra vez.

Allí.

—¡Shana! —gritó. La acababa de ver. Allí, deambulando entre los sonámbulos...

La llamó por su nombre, pero la joven no se dio la vuelta.

Benji avanzó hacia ella, también entre los caminantes.

Y después se dio cuenta de que no deambulaba entre los sonámbulos.

Caminaba con ellos. Tenía la mirada perdida. Impasible. Ya no era una pastora. Shana Stewart se había convertido en una caminante.

Pero no le había pasado solo a ella. Benji miró alrededor de la joven y vio otros rostros que le resultaban familiares: Mia Carillo, Aliya Jameson y Carl Carter, pastores que ahora se habían unido al rebaño y avanzaban con paso inexorable.

## Por aquí llegaremos a la gran egresión

La gente dice que hasta aquí hemos llegado, que es el Fin de los Días, el Armagedón, pero a mí me parece bien. ¡En serio! ¡De verdad! Mientras pueda ver la última temporada de *Stranger Things*, ¿qué más da? Netflix podría sacarla hoy mismo, ¿no? Creo que no sería mucho pedir.

JIMMY COBURN, monólogo de *El programa nocturno de Jimmy Coburn*, 9 de septiembre

### ***10 de septiembre. Echo Lake (Indiana)***

**H**abían pasado tres días desde que Matthew oyó ruidos de hombres y disparos. Tres días en los que nadie se había acercado a su cubículo.

Se moría de hambre. Había dado buena cuenta de todos los aperitivos que tenía a mano: media bolsa de patatas fritas, un plátano viejo, algunos pedazos de carne deshidratada correosos como el cuero. En eso se le fue el primer día. El segundo y el tercero le había entrado más hambre, hasta que sintió que el estómago se le retorció y encogía hasta convertirse en una boca que empezaba a comerle sus entrañas. Soñó con Autumn y con Bo: los dos acucillados junto a la pierna de Matthew. Autumn se la llevaba a la boca y empezaba a comérsela cruda, con unos dientes que se clavaban en la piel pálida y que arrancaban carne roja y húmeda. A veces paraba y le ofrecía un poco a Bo, quien mordía con fuerza y avidez, con unos incisivos que presionaban el hueso y hendían la carne, que rasgaban y repiqueteaban mientras mordía una y otra vez.

Matthew aún oía el crujido y el sonido húmedo mientras se comían la carne de su pierna. También oía el astillarse de los huesos de cuando el martillo le había destrozado el centro de la mano izquierda...

El dolor era peor que nunca, pero al menos la hinchazón le estaba bajando.

«Gracias a Dios por estos pequeños milagros», pensó con amargura.

Matthew siguió deambulando de un lado a otro. Gritó. Golpeó el escritorio y las paredes con las cadenas, con la esperanza de hacer bastante ruido como para que acudiese alguien.

Pero nadie lo hizo.

Hasta que...

Se oyó el chasquido de la escotilla.

«Viene alguien.»

Matthew empezó a abrir la boca para rogar y suplicar. Fuera quien fuese, Stover o uno

de los suyos, necesitaban saber que tenía muchísima hambre. Tenía agua del lavabo del baño y también un lugar en el que hacer sus necesidades, pero sin comida no tardaría en debilitarse hasta morir. Su cuerpo terminaría por devorarse a sí mismo.

Entonces fue cuando un pensamiento empezó a abrirse paso en su mente, mientras oía el sonido de unas pisadas apresuradas por los escalones metálicos de la escalerilla.

«Voy a matarlo. Sea quien sea.»

Tenía un arma. Tenía la cadena. Veía las hendiduras que había abierto con ella en la pared de cemento.

El pensamiento se volvió más y más intenso mientras le gruñía el estómago.

«Voy a matarlo. Sea quien sea. Y luego me lo comeré.»

Se dijo a sí mismo que no podía hacer algo así. Sabía que no podía caer tan bajo, pero en el fondo se planteó si sería capaz de hacerlo. ¿A qué sabía la carne humana? No tenía nada con lo que cocinarla, por lo que debía de ser como *carpaccio* de humano. Se imaginó los dientes hundiéndose en la suave carne de un bíceps o en un muslo...

Se apoyó en la pared de cemento y oyó los pasos que se acercaban. Una sombra precedió al hombre y, tan pronto como apareció Hiram Golden, Matthew atacó con la cadena, que golpeó a Golden en la sien. Mientras se tambaleaba, Matthew saltó detrás de él y le rodeó el cuello con la cadena, debajo de la barbilla.

Sonrió con gesto ausente y empezó a estrangularlo.

—Kkkggg —dijo Hiram—. Mmm... Matthew. Detente.

El rostro empezaba a ponerse morado. Matthew vio que tenía las mejillas sin afeitar, con grandes bolsas debajo de los ojos. Estaba demacrado. Como si no hubiese comido.

«Tranquilo. Yo te comeré y te ahorraré tanta miseria.»

—Vas a morir —dijo Matthew—. Cállate ya. Cállate y muere. No podéis... No podéis dejarme encerrado aquí. Ni Stover, ni tú, ni nadie.

—Mmm... No... No estoy con Stover...

—¿Qué?

Los ojos del hombre empezaron a salirse de las órbitas. Hiram empezó a perder fuerza en las rodillas.

—Veniggggg... Venía a... sacarte... de aquí...

Matthew aflojó la cadena.

Hiram Golden cayó de rodillas, entre jadeos mientras se agarraba la tráquea.

—He venido... a rescatarte.

«¿No eres un poco bajo para soldado de asalto?», pensó Matthew, y luego notó como una carcajada salía de sus entrañas. Qué pensamiento tan absurdo, una frase de *La guerra de las galaxias*. Una historia clásica de la lucha entre el bien y el mal. Sin dejar de sonreír, le dio una patada a Hiram y lo tiró al suelo.

—¿Por qué? Dime la verdad. ¿Para qué has venido?

Hiram apoyó la mano en la pared y la usó como apoyo mientras trataba de incorporarse.

—Te lo acabo de decir. He venido para sacarte de aquí. Creo... Creo que Stover se ha largado. Las cosas están muy mal ahí fuera, Matthew. La presidenta...

—La presidenta ¿qué?

—La presidenta Hunt ha muerto.

Matthew no creía que hubiese nada capaz de sorprenderlo a esas alturas, atrapado ahí dentro y obligado a grabar pódcast y vídeos lunáticos, atado como un perro con una

cadena. ¿Qué podía ser peor que eso?

Pero al oír la respuesta de Hiram sintió cómo se le helaba la sangre.

—¿Cómo?

—Le han pegado un tiro. Puede que uno de los de Stover. O de las otras milicias. Estaba escondida en algún lugar del D. C., pero salió para dar un... discurso, una charla, y de camino al helicóptero un francotirador apostado a unos quinientos metros la mató de un disparo. Justo en la sien.

—Un magnicidio.

—Sí. Eso es. Pero la cosa no acaba ahí. Esa gente, los milicianos, han tomado varias ciudades. Filadelfia. El D. C. Atlanta. San Francisco. Llegaron allí en camiones y tanques, hombres vestidos con ropa militar y armaduras como si..., como si fueran soldados de verdad o algo así. Se hicieron con el control de los centros de cuarentena. Tenían una lista de personas, de simpatizantes conocidos de la presidenta. Algunos eran políticos o celebridades o líderes de la comunidad y... los frieron a balazos en la misma calle, Matthew. En las aceras y después prendieron fuego a mezquitas, sinagogas y a las iglesias de negros. Y todavía siguen. Dios, Matthew. Han empezado..., han empezado a unirse, las milicias. A unir sus fuerzas. Al parecer, muchos ciudadanos de este país llevaban tiempo acaparando auténticos arsenales, a la espera de que llegara un momento como este.

Matthew lo señaló, sin que la sonrisa le desapareciese de la cara.

—No actúes como si te sorprendiese. Tu programa de radio y tú sois parte del problema, con esas teorías de la conspiración y todos esos comentarios tóxicos.

—Yo... —Hiram puso la mirada perdida—. Para mí solo era entretenimiento. No lo sabía. No quería que sucediese nada de esto. Siempre he votado a los demócratas.

—Eres patético.

—Tú también ayudaste. No creas que no. También tienes parte de la culpa.

El rostro de Matthew se torció en un gesto de aflicción, con una sonrisa desesperanzada que se abría justo en medio.

—Claro. Claro que he ayudado, desde mi reino de dolor y de cemento. Desde mi castillo y mi refugio. Desde mis gloriosos dominios. —Oyó cómo se le quebraba la voz a causa de los jadeos—. Tienes razón. Tengo parte de la culpa. Yo también he ayudado. Me dejé llevar por la atención que se me prestaba y por cómo me hacía sentir. Pero ahora me muero de hambre y tengo... —Llegados a ese punto, fue incapaz de mantener la compostura—. Tengo la mano rota. Me han hecho cosas. Otras... cosas. Y mi mujer ha muerto.

—¿Tu mujer? ¿Autumn? —Hiram parecía muy confuso—. Matthew, no ha muerto. Está aquí. Autumn ha venido conmigo. Está en el coche.

Matthew lo empujó.

—No te burles de mí.

—No me estoy burlando, por Dios. Te juro que está ahí arriba.

Las fuerzas estuvieron a punto de abandonar a Matthew. Tuvo que apoyarse en la pared.

«Autumn... ¿Está viva?»

—¿Y Bo?

—Bo no está aquí. Creo que Stover se lo ha llevado. Las milicias... tenían una especie de gran reunión en San Luis. Es la sede central, o qué sé yo.

Matthew no sabía si decir «gracias» o «que te den» o qué. Era incapaz de decir nada. Se limitó a asentir y dijo:

—Bien. Pues quítame estas cadenas.

El hombre se acercó a él con cautela y sacó el llavero, el que tenía la bala y la navaja. En el llavero había una llave nueva, pequeña y metálica, que Hiram usó para abrir el grillete que rodeaba la muñeca de Matthew. Se abrió y hasta ese ligero movimiento envió una punzada de dolor que se irradió por la mano y por el brazo hasta que terminó en el codo. Hizo una mueca para reprimir el dolor. Se le empezaba a dar muy bien.

Hiram señaló hacia la salida, y empezaron a subir juntos por la escalerilla. Matthew lo siguió detrás. Sufrió lo suyo: no solo tenía las piernas débiles, más bien parecían fideos de ramen, sino que la mano rota no ayudaba nada.

Pero arriba se encontraba la libertad.

Y subió. Escalón tras escalón, a duras penas.

Cuando Hiram llegó arriba, se dio la vuelta para ayudar a Matthew, y con esfuerzo y entre gruñidos tiró de él para sacarlo del agujero en el suelo de cemento del cobertizo. Antes de que lo encerraran ahí debajo, el cobertizo había estado lleno a rebosar de equipamiento: máscaras de gas, trajes protectores, estanterías repletas de raciones de comida militar. Ahora estaba vacío.

Hiram le indicó por señas que no hiciese ruido y se acercó a la puerta del cobertizo.

Matthew lo siguió de cerca.

Después, el hombre abrió la puerta con cuidado y puso un pie en el exterior.

Zuum.

Se oyó la estruendosa explosión de un escopetazo y la cabeza de Hiram... desapareció. El traje blanco que llevaba se volvió rojo de repente. Lo único que le quedaba encima de los hombros era parte de la espina dorsal y unos cuantos pellejos, como restos de un globo que acabase de estallar.

El cuerpo cayó hacia atrás, y Matthew no fue lo bastante rápido, por lo que chocó contra él, lo hizo caer de espaldas y darse en la cabeza contra la escotilla del suelo. Oyó un ruido en algún lugar, un aullido terrible y entusiasmado. La sombra de Ozark Stover apareció en la puerta, una sombra más pesada que el cuerpo decapitado de Hiram, y entonces se dio cuenta de que era él quien había gritado.

Stover se alzaba cuan alto era, con los dos cañones de una escopeta recortados con cierta desidia y apoyados con toda naturalidad sobre sus brazos. Dos volutas blancas surgían de ellos como si fuese el hocico de un dragón. El olor intenso de la pólvora despertó en Matthew unas ganas irrefrenables de vomitar.

Stover tenía algo en la boca, una especie de caramelo duro que se pasaba de lado a lado y que repiqueteaba contra sus dientes mientras lo chupaba.

—Predicador, qué decepción. Menos por ti que por él, claro. Pensaba que Hiram era uno de los nuestros, pero da la impresión que no tiene lo que hay que tener, no tiene cojones para hacer lo necesario. Maldito traidor. —Suspiró—. Pero de ti no me sorprende nada. No podías liberarte solo porque eras demasiado débil, pero en cuanto alguien te mostrase una grieta en la pared... Sabía que te arrastrarías por ella, maldito gusano.

—Hiram dijo que te habías marchado...

—Y era verdad. —Le dedicó una sonrisa de dientes rotos y separados—. Y ya he regresado. Di por hecho que un chaval como Bo necesitaba a su madre, por lo que vine a

buscar a Autumn para que estuviese con él, y quizá para hacerme compañía a mí también. —Stover se fijó en la manera en que Matthew reaccionaba a sus palabras, y luego añadió—: No te sorprendes, así que supongo que Hiram te habrá dicho que sigue vivita y coleando, ¿verdad?

Matthew se agitó para quitarse de encima el cuerpo sin cabeza de Hiram, cuya sangre le había manchado el pecho, el cuello y los brazos. Balbuceó y suplicó mientras trataba de liberarse.

—Déjame en paz. Deja en paz a mi familia.

—Ahora son mi familia. —Stover metió dos cartuchos más en los huecos abiertos de los dos cañones. Clic. Clic. Y luego tiró con fuerza para montar el arma. Pero se tomó su tiempo para mirar la escopeta y luego a Matthew—. La verdad es que no la necesito, ¿no crees? Eso sería abusar. —Se humedeció los labios—. Puede que sea mejor que te vuelva a meter en ese agujero. Quizá nos vendría bien que nos divirtiéramos un poquito los dos. —Sonrió—. Sé que dije que la sangre no era un buen lubricante, pero hay mucha de Hiram por aquí y podría volver a probar.

El grandullón se acercó a él.

«Haz algo. Cobarde. Debilucho —se imprecó Matthew a sí mismo mientras la sombra de Stover bloqueaba toda la luz de la puerta—. Dios no te va a salvar. Dios solo ayuda a los que se ayudan a sí mismos.»

Empezó a rebuscar en los bolsillos de Hiram hasta que la encontró. Cline. Cline. Justo a tiempo, ya que Ozark le dio la vuelta al cuerpo y lo apartó a un lado.

Se colocó sobre él mientras apoyaba el caramelo con fuerza en uno de sus carrillos, y le formaba un bulto en la cara. Matthew olió a caramelo de azúcar y mantequilla.

Pasó el pulgar por el metal y la sacó...

Zip.

Ozark se acercó a él. Cara a cara.

—¿Estás listo? —preguntó.

Matthew echó el brazo hacia atrás y asestó la cuchillada lo más rápido que pudo.

La pequeña hoja de la navaja, la del llavero de Hiram, la que Matthew acababa de sacar, se clavó hasta la empuñadura en el cuello de Stover.

Pruuich.

Después ninguno de los dos dijo ni hizo nada. Stover agarró a Matthew por debajo de la cabeza, y Matthew sostuvo el arma contra el monstruoso cuello. La sangre empezó a chorrear, y ambos se quedaron mirándose con los ojos bien abiertos. Las fosas nasales de Stover empezaron a abrirse y a cerrarse.

Luego Matthew sacó la navaja y volvió a apuñalarlo.

Pero en esta ocasión no encontró a Stover, ya que acababa de soltar a Matthew y empezaba a tambalearse hacia atrás.

Hacia la escopeta.

Sabía que en el momento en que Stover tocara el arma todo habría acabado.

Pero a Ozark le costaba moverse. Tropezaba con sus propios pies. Intentaba taponar la herida con la mano derecha mientras la sangre no dejaba de correr entre los dedos y de caerle por la palma de la mano.

Matthew se apoyó en el suelo con las manos y las rodillas y empezó a gatear hacia el arma. Aterrizó sobre ella, pero la mano de Stover se aferró al percutor y tiró de él con un chasquido húmedo. Matthew sabía que no era más fuerte y que tratar de hacerse con el

arma era inviable. Stover podía darle un rodillazo y tumbarlo o quitarle la escopeta con facilidad.

Por eso hizo lo único que podía hacer...

Colocó ambas piernas a los lados de la escopeta, a horcajadas y por detrás de los cañones, dejó caer al suelo de piedra la navaja, metió el pulgar en el guardamonte y luego apretó con fuerza...

Los cañones estallaron y rebotaron contra la piedra. Pum. Fue un ruido ensordecedor que hizo que Matthew dejase de oír todo lo que ocurría a su alrededor.

Stover trató de agarrarlo, pero el pastor se escabulló con presteza y recuperó el equilibrio como pudo...

Lo bastante como para ponerse en pie.

Lo bastante como para moverse.

Lo bastante como para empezar a correr.

Corrió sin agilidad alguna, como un hombre hambriento, desesperado y cubierto de sangre que no era suya. Sus pies golpeaban en el suelo sin ton ni son y solo atendían una orden:

«Escapa. Sal de aquí cueste lo que cueste. No te quedes. Va a matarte».

Matthew no miró atrás. Ni tampoco oyó nada. Tal vez había perdido la audición para siempre a causa del rugido del arma que acababa de disparar entre los muslos.

Vio el edificio Morton frente a él. ¿Podría esconderse allí? A su izquierda se encontraba el sendero que llevaba a la mansión de Ozark. ¿Seguro que era por ahí? ¿No le había dicho Hiram que Autumn ya estaba en el coche? Mathew sintió que la desesperación amenazaba con volverlo loco. ¿Dónde estaba el coche? ¿Dónde estaba Autumn? No tenía ni idea de dónde se encontraba su mujer, ni de adónde ir, y...

Zum. No oyó el sonido, sino que más bien sintió el calor, la agitación del aire, y los perdigones repiquetearon contra el metal del edificio. Matthew estuvo a punto de caer para evitarlo, pero luego se dio cuenta de que el tiro había fallado. Se arriesgó a echar la vista atrás y vio a Stover, de pie en toda su envergadura. Con una mano al cuello y la otra sosteniendo la escopeta y tratando de meter otros dos cartuchos en ella. Tenía el rostro pálido, una máscara lívida y funesta.

Matthew dobló la esquina del edificio.

Y allí estaba su salvación:

El Lexus plateado de Hiram Golden.

Se abrió la puerta del asiento del copiloto.

Autumn, su mujer, se levantó detrás de ella.

—¡Matthew! —gritó mientras agitaba la mano para indicarle que se acercase.

Tenía aspecto cansado y afligido, con el pelo enmarañado y grasiento, una versión más descuidada y desdichada de la mujer que era en el pasado. Pero también parecía más fuerte, más dura de lo que la recordaba.

Se alegró mucho. Su mujer. El coche. Podía escapar.

Pero después se acordó de algo terrible.

Las llaves.

Las había tirado en el cobertizo.

Las había tirado para poder apretar el gatillo de la escopeta.

—No —dijo él, mientras se tambaleaba hacia el coche. Casi no era capaz ni de oír su voz, era como si se oyese desde detrás de capas y capas de cemento. Era como si aún



siguiere atrapado en aquel refugio y tuviera que esforzarse mucho para oírse desde allí. Autumn estaba preocupada y le preguntó algo que no consiguió entender. Se dejó caer en la capota y empezó a decir—: No tengo las llaves. No tengo las llaves. Se me cayeron al suelo. Se me cayeron al suelo...

Autumn se acercó a él, lo agarró por la muñeca y tiró con fuerza para levantarla, como si quisiera enseñarle algo que él sostenía en la mano.

Las llaves.

Las llaves.

—No...

Estuvo a punto de decir «entiendo nada», pero lo comprendió de repente. Las había cogido. Estaba aturdido, confuso y asustado, pero al parecer las había cogido sin darse cuenta siquiera.

Autumn dijo algo y él no la oyó, pero sí consiguió leerle los labios.

«Tenemos que irnos.»

—Tenemos que irnos —repitió él.

Y Matthew se apresuró hacia el lado del asiento del conductor. Abrió la puerta como buenamente pudo. Sentía que el tiempo pasaba en espasmos erráticos. Un instante después, se afanaba para sentarse. Al siguiente, ya había arrancado el coche y empezaba a acelerar mientras la gravilla crujía bajo las ruedas traseras del Lexus.

La ventana trasera explotó y Matthew con la mano rota apremió a Autumn para que se agachase. Vio a Ozark por el retrovisor. Caminaba hacia el coche como si fuese el monstruo de Frankenstein, arrastrando tras de sí la escopeta y dejando surcos en la gravilla. Matthew pisó el acelerador y empezó a correr hacia el bosque con el Lexus, lejos del cobertizo, lejos de su prisión, lejos del hombre que lo había encerrado allí.

«Por aquí llegaremos a la gran egresión», pensó, y soltó una carcajada incontenible.

## Fracturas

La verdad es que no sabemos qué va a ocurrir ahora. Nuestra presidenta ha muerto, asesinada por los que la policía cree que son terroristas domésticos. Algunos rumores indican que se ha visto al vicepresidente Oshiro a bordo del Air Force One, pero no hay vídeos que lo confirmen, no hay pruebas, y no se los ha visto ni a él ni al resto de los miembros del equipo de sucesión. Al parecer están a salvo, pero ¿dónde? ¿Y cuándo harán una declaración? El mundo está al borde del abismo y necesita un líder del gobierno, no fantasmas. Pero parece que eso es lo único que tenemos.

JAKE TAPPER , en *The Lead with Jake Tapper*

### **11 de septiembre, Palo Alto (California)**

**E**l país estaba patas arriba. También lo estaba el mundo entero, pero Benji supuso que era más difícil reparar en lo que ocurría allende las fronteras de su nación, en otros países y continentes. Habían pasado días desde el ataque del puente, y se enteraron de que no había sido el único ataque, ni mucho menos el mayor.

La presidenta Hunt había muerto. Los centros de cuarentena habían sufrido bombardeos. Los lugares de culto habían saltado por los aires. Unas milicias que portaban el estandarte de una serpiente rodeando una cruz formada por una espada y un martillo se alzaron desde las profundidades de Estados Unidos y arrasaron ciudades y pueblos. Tenían equipo militar de última generación. Armas automáticas, explosivos, Humvees y tanques. En algunas ciudades, la policía y el Ejército se enfrentaron a ellos. En otras, como en San Louis, Phoenix y Baltimore, la policía se unió a las milicias. También algunos de los militares. Sadie dijo que había una fractura en el ejército entre los que eran leales a la ahora fallecida Hunt y los que rendían pleitesía a la espada y el martillo. Eso significaba que la guerra fría entre los humanos y Máscara Blanca se había convertido en una guerra con todas las de la ley de Estados Unidos contra Estados Unidos. Si alguien sobrevivía, si quedaba alguien para recordarlo, Benji sabía que lo llamarían guerra civil, aunque no era un acontecimiento que pudiese presumir de civilidad. Hombres colgados en los puentes. Personas contra las que disparaban en la calle. La locura se apoderó de todos y dio paso a la violencia.

Ahora, en Palo Alto, Benji y Sadie se habían separado del rebaño. Condujeron a través de la pequeña ciudad, el lugar donde había nacido Silicon Valley, y vieron que allí había caos, sí, pero a una escala más reducida. La cercana San Francisco no había corrido la misma suerte. Allí, un grupo que se hacía llamar la Brigada de la Libertad de Jefferson

asoló la ciudad y bloqueó los puentes con el objetivo de «separarse» del resto de California, y quizá de Estados Unidos incluso. Corría el rumor de que no formaban parte de los de la espada y el martillo, pero según otro rumor sí pertenecían a ella pero en secreto, y se valían de la táctica del divide y vencerás contras las supuestas élites costeras del Área de la Bahía.

Sea como fuere, Benji y Sadie rodearon San Francisco. Los disparos y las sirenas se oían a lo lejos. Los drones sobrevolaban la ciudad, como libélulas sobre un pantano neblinoso.

Ahora habían dejado de ver ese tipo de cosas. En Palo Alto reinaba la tranquilidad.

Contemplaron ventanas tapiadas y escaparates vacíos. También gente con mascarillas que metía las maletas en furgonas de mudanza y en coches. Pero también vieron señales de normalidad en el resto de la población. Gente en las cafeterías, en la barra de los bares, una fila que esperaba en una confitería, un repartidor en bicicleta que los adelantó a toda velocidad, un hombre que cargaba su coche eléctrico en un punto de recarga. Y luego, entre toda esa normalidad, vieron también momentos absurdos de anormalidad, como células cancerosas que empezaran a rebelarse: un cajero arrancado de la pared, una persona con un traje completo antirradiación sentada en el balcón de un segundo piso mientras contemplaba el parque, unos hombres con traje negro en una esquina con carteles en los que se leía EL FIN DE LOS DÍAS mientras tenían el rostro enterrado en unas gafas de realidad virtual, un dispensario de marihuana que tenía el cartel pintarrajeado y ahora rezaba DISPENSARIO DE SUICIDIOS (y por fuera una pizarra de pie que tenía escrito con tiza ESTE MUNDO ESTÁ JODIDO, ¿POR QUÉ NO IRNOS YA AL DE MÁS ALLÁ? ).

—No me gusta alejarme del rebaño —dijo Benji.

—Lo sé —respondió Sadie. Ella era quien conducía. Él estaba sentado en el asiento del acompañante y miraba por la ventanilla el mundo demente que los rodeaba—. Pero has conseguido que vuelva Arav.

Sí. Era cierto. Después del ataque del puente, y de que muchos pastores se hubiesen convertido en sonámbulos, incluida Shana Stewart, Benji necesitaba a alguien en quien poder confiar. Sobre todo, porque no encontraba a Marcy Reyes. Habló con la policía local, pero no solo no estuvieron dispuestos a cooperar, sino que además ya no querían ser policías. La sheriff de Crescent City con la que habló le había dicho:

«Lo siento, doctor. Yo en su lugar, no removería más mierda y me iría con mis seres queridos. Esto es como un huracán, no querrá estar a la intemperie cuando llegue. Póngase a resguardo. —Él se sintió muy frustrado, luego enfadado, y ella se disculpó—. Tome un premio de consolación».

La mujer le dio una pistola. Una nueve milímetros o algo parecido. Nunca las había utilizado, pero se la quedó de todos modos. Y también la caja de munición que le regaló con ella.

Y esa fue su primera misión para el rebaño. Conseguir armas. Era algo que iba en contra del sentimiento de comunidad y de toda gobernanza. No quería que la violencia fuese la respuesta, pero justo era reconocer que se había convertido en la primera respuesta para muchos, incluyendo los que querían hacerle daño al rebaño. Y si... si el rebaño de verdad era el último resquicio de la humanidad, tenía que conseguir que sobreviviesen. A toda costa.

Porque algún día no quedarían personas para reemplazar a los caminantes que

muriesen.

Sadie se lo explicó la noche después del ataque, mientras se encontraban en el remolque del CDC y hacían inventario de los suministros.

—El número es finito, Benji. El rebaño solo puede alcanzar la cifra de mil veinticuatro caminantes.

—¿Mil veinticuatro? Es un número computacional, ¿no es cierto?

Ella esbozó una sonrisa y le pellizcó la mejilla.

—Muy bien, jovencito. Siempre fuiste un estudiante aventajado. —Benji sintió cómo se ruborizaba, una sensación placentera que se fue por el desagüe cuando recordó que la mujer lo había traicionado. Ella se apartó y siguió hablando, como si no hubiese notado la repentina tensión del momento—. El enjambre está formado por millones de nanomáquinas, pero Cisne Negro solo puede controlar un número limitado.

—Hay limitaciones —dijo él.

—Por desgracia. Limitaciones en el número de máquinas y también en la cantidad de ellas que se puedan controlar.

Y luego Benji llegó a una conclusión:

—Y limitaciones de personas. Dios. Nos vamos a quedar sin gente sana que pueda llegar a convertirse en sonámbulo.

Puso un gesto sombrío. Sadie ya lo sabía.

—Sí.

Cuando la enfermedad se propagase por toda la población, el número de personas no contagiadas por el hongo descendería a cifras catastróficas. Eso significaba que llegaría un momento, para el que no quedaba demasiado, en el que perder a un caminante implicaría la incapacidad de reemplazarlo. Tendrían una demanda, pero no una oferta para suplirla.

Podrían perder el futuro de la humanidad si no andaban con cuidado. Y en ese momento accedió:

—Hablaré con Cisne Negro. Necesitamos información.

—Gracias, Benji.

Pero había un problema:

Sadie no tenía acceso a Cisne Negro. La inteligencia artificial había cortado la conexión por satélite del teléfono de la mujer. Eso significaba que iban a necesitar una interfaz.

—No podemos ir a Atlanta —dijo ella. Benji había oído rumores de que Atlanta era zona de guerra. Y las líneas aéreas habían dejado de operar, no había tráfico aéreo. Los aeropuertos estaban cerrados. También las estaciones de ferrocarril. Había falta de combustible, por lo que cruzar el país en coche tampoco era factible—. Podría llamar a Cassie, tal vez ella pueda hacernos de enlace con Cisne Negro y...

—No —se negó Sadie—. Tenemos una opción local que podríamos usar. Más o menos local.

En ese momento le explicó que el desarrollo original del proyecto de la inteligencia artificial no se había realizado en Atlanta, sino en Palo Alto. Benex-Voyager los había contratado a ella y a su equipo en California.

Y eso significaba que tenían cerca un punto de acceso.

Y el núcleo de Silicon Valley aún tenía acceso a internet gracias al punto de intercambio de internet de Palo Alto.

Y allí estaban en ese momento.

—Aquí es —dijo ella al tiempo que cabeceaba hacia delante.

El lugar disponía de aparcamiento privado, pero una camioneta bloqueaba la puerta. En uno de sus costados alguien había pintado un emoji sonriente y enorme con la cara al revés y las palabras: OS VAIS A CAGAR. FIRMADO, EL APOCALIPSIS . Así pues, decidieron aparcar en la acera.

—¿Qué más da? —dijo ella.

Benji no supo qué responder.

Y luego entraron.

## Cita en San Luis

Los hongos son los grandes recicladores del planeta y una especie de vanguardia en la restauración del hábitat.

PAUL STAMETS

***11 de septiembre. Innsbrook (Misuri)***

**M**arcy trató de llorar, pero su cuerpo se empeñaba en impedirsele. Colgaba inmóvil, con los brazos retorcidos sobre la cabeza y atados con interminables trozos de cinta a una barra extensible que tenía encima, como las que se usan para colgar los animales y desangrarlos en las granjas. Pero no estaba en una granja, sino en un garaje de suelo de cemento con calefacción, donde había decenas de carritos de golf y estanterías con equipamiento para jugar. Los hombres que la habían llevado allí habían atravesado un complejo de campos de golf y sofisticadas salas de banquetes, un pequeño grupo de casas adosadas de lujo y minimansiones, un lago, una glorieta y una fuente muy aparente.

Pero el lugar estaba colonizado: vio vehículos militares alineados entre aparcamientos bien cuidados, vio hombres y mujeres con fusiles de gran calibre e indumentaria militar. Portaban banderas que reconoció: esa serpiente otra vez, que movía la cola alrededor de una X formada por una espada y un martillo.

Tal vez en el pasado el lugar había sido una zona residencial.

Pero en aquel momento era la sede de una milicia. Una escala previa a algo de dimensiones mucho mayores.

Los pies de Marcy tocaron el suelo. No la habían dejado colgada en el aire. Aun así, estar lejos del rebaño significaba que todo ese ruido y clamor habían regresado a su cerebro, y también esas punzadas de dolor. La dejaban tullida. Apenas se sostenía en pie y a veces tenía que dejarse caer al suelo.

Reparó en que en las últimas doce horas se había meado encima. Ni siquiera sabía que lo había hecho hasta que bajó la vista y se vio los pantalones empapados.

Pasó el tiempo. Los sonidos procedentes del exterior llegaron a sus oídos: los disparos controlados de las prácticas de tiro, los aullidos y los vítores de la gente entre risas, el gruñido de los motores. Y después se abrieron las grandes puertas del garaje y entró un hombre que, como mínimo, era igual de grande que ella. Si ella era una secuoya, aquel tipo bien podía haber sido una montaña. El hombre montaña no acudía solo. Con él

había entrado un tipo calvo, blanco, de barriga prominente y con perilla pelirroja. Una AR-15 estampada con motivos de camuflaje le colgaba del hombro con una cinta de tono oliva oscuro.

Cuando el hombre montaña se acercó a la luz, Marcy vio que no presentaba buen aspecto. Estaba pálido y enfermo, con una gasa envuelta muchas veces alrededor del cuello, y una venda en un lado.

Por eso no lo reconoció.

Pero luego lo hizo. ¿Estaría alucinando? ¿De verdad era el mismo tipo de Waldron? El día en que el rebaño había pasado por el lugar y ella había empezado a disfrutar por haberse librado de su dolencia. Antes de que el tirador apuntase, había visto a ese grandullón entre la multitud. El hombre le había dado un empujoncillo a uno de los suyos para que arrojase una botella.

Sabía que aquella era una técnica de distracción.

Ese tipo era quien estaba detrás de todo.

Marcy se dio cuenta de que él también la reconoció.

—Tú —gruñó.

—Yo —respondió ella, en voz baja y rasposa.

—Me acuerdo de ti. Waldron. —Su voz sonaba como la de Marcy, débil y dolorida. Parecía que ninguno de los dos atravesaba sus mejores momentos—. Fuiste tú quien acabó con ese tirador, ¿verdad?

—Tu tirador.

Él sonrió.

—¿Qué eres? ¿Expolicía?

—Así es.

—He oído que te dieron un golpe en la cabeza. ¿Un tiro?

—Un bate de béisbol.

—Bien. Bien. —Dio un paso al frente y el hombre del fusil hizo lo propio, mientras olisqueaba. Medio segundo después, el calvo de la milicia echó la cabeza hacia atrás y estornudó en el hueco del codo.

Una tensión palpable se apoderó del momento.

El hombre tardó unos segundos en darse cuenta de las consecuencias de lo que acababa de suceder. Abrió los ojos todo cuanto pudo.

—Estoy bien —tartamudeó—. No estoy enfermo. Solo es alergia. Las ambrosías florecen en esta época...

—Salud —dijo el grandullón.

Después desenfundó una pistola y le disparó al tipo en la mejilla.

La sangre salió despedida por los aires. Cerebros. Hueso. El hombre cayó al suelo. Pum.

Marcy dio un respingo y no consiguió reprimir un aullido.

—Le acabas de disparar. Por la cara. Le has pegado un tiro. Eso es un asesinato.

—Debes de haber sido muy buena policía. Tus habilidades detectivescas son sobresalientes —dijo sin el menor asomo de gracia en la voz y con un tono del que supuraba veneno—. Estaba enfermo. Si tienes síntomas, te vas o te mato.

—Tú no pareces muy sano que digamos.

—Tuve un... accidente.

Se llevó la mano al cuello.

—Alguien te atacó.

—Así es.

—Pues tendría que haber seguido y haber arrancado esa cabeza tuya de los hombros.

—Hizo acopio de todas sus fuerzas para hablar más alto. No sonó muy amenazadora, pero sí algo más seria, al menos—: Te conozco. Conozco a los que son como tú. Finges que tienes... valores, ese patriotismo o nacionalismo. Te encanta tener la piel blanca y finges que es una armadura muy resistente en lugar de algo fino, débil y pálido..., como el condón de la tienducha de la esquina que se puso tu padre y se rompió cuando se folló a la imbécil de la encargada de la estación de servicio que era tu madre. Te tengo calado, grandullón. Te conozco. Sé que eres débil y que nadie te quiere, por lo que se lo haces pagar a todo el mundo.

Se mesó la barba y luego empezó a acariciársela una y otra vez, como si lo hiciese para tranquilizarse.

—Me llamo Ozark Stover. No «grandullón». Y esto es lo que va a pasar ahora, Marcy Reyes. Sí, sé cómo te llamas. Estaba en el carné de conducir que tenías en la cartera. No eres blanca. Reyes. Reyes. ¿Panchita? ¿De Puerto Rico? Da igual. Vas a decirme todo lo que sabes sobre ese rebaño de putos zombis con los que ibas. Quiero saber quién está ahí, lo que hacen y cualquier cosa que no sepamos sobre ellos. Te resistirás y, como supongo que tienes más cojones que algunos de mis chicos, seguro que esto irá para largo. Pero al final conseguiremos que cantes. Sea como sea.

—Que te den.

—Sí. Bueno, hoy estoy demasiado ocupado como para preocuparme por ti, por lo que ahora mismo me voy. Dejaré aquí a este cadáver enfermo para que te haga las veces de niñera. Seguro que ya has empezado a oler la mierda de sus pantalones. Y el cerebro y la sangre no tardarán en oler a animal atropellado. Hoy hará calor. Aún estamos en septiembre. Hoy es 11 de septiembre, para ser más exactos. Un día clave. El día en el que empezó todo esto, el día que esos cabrones yihadistas derrumbaron dos de nuestros mejores edificios.

Ella se rio.

—Edificios que seguro que antes veías como un símbolo de la globalización del Nuevo Orden Mundial y todas esas tonterías.

—Cree lo que quieras. Me da igual. Me voy.

—Vete a echarte una siesta, copito de nieve. Estás hecho unos zorros.

Él rio mientras se marchaba; el motor de la puerta del garaje rechinó antes de bajar y dejarla en la oscuridad con un cadáver fresco y maloliente.



## Hibernáculos

**Una red neural que inventa nuevas enfermedades:**

Exogénesis mandibular  
Cáncer de aneurisma  
Síndrome de la caca del tobillo  
Colon flotante  
Pie del mecanógrafo  
Fempus séptico  
Ostomía inflamatoria  
Enfermedad de Steve

Sacado del blog las IA de EE. UU: US-of-AI.com

***11 de septiembre, Palo Alto (California)***

**B**enji lo sintió al entrar en el despacho sin nombre: una punzada en las entrañas, como si la culpa se retorciera en su interior porque estaba a punto de confesarse. Cada vez que uno se confesaba a Dios era como reconectarse con lo divino, desnudar tu humanidad, y para Benji la humanidad equivalía a fragilidad. Los humanos eran débiles por naturaleza, algo que sabía dotado de connotaciones negativas, pero para él no significaba eso, sino el hecho de que, cada vez que alguien manifestaba algo de fuerza de espíritu y conciencia, sobresalía debido a la carencia que tenía que suplir. Esa era la mejor manera de conocer a Dios, sobreponerte a sus errores y cubrir tus carencias. Pero para ello era condición inexcusable admitir esas limitaciones, esas debilidades. Era como la fuerza que también se necesitaba para sobreponerse a una adicción:

«Primero debes admitir que tienes un problema».

La confesión jugaba en la misma liga. Había que acercarse a Dios y decir:

«Tengo un problema y quiero ser mejor».

Lo que hacía en esos momentos era algo similar.

Y eso lo atribulaba.

Entrar en la antigua sucursal de Benex-Voyager, abandonada, vacía y con las luces apagadas, era como entrar en una iglesia vieja y olvidada. E intentar relacionarse de nuevo con Cisne Negro era como...

Bueno, pues como confesarse a Dios.

Sadie lo guio por el lugar hasta una estancia que había al fondo. Sacó un juego de llaves y abrió una cerradura en la parte superior de la puerta. Después pulsó un código de siete dígitos en un panel y se abrió otro cerrojo. Aquel no tenía pantalla táctil de

último modelo, ni requería una huella o un escáner facial. Era un panel de los clásicos de la Guerra Fría, con botones enormes que repiqueteaban cada vez que los pulsaba.

El cerrojo cedió y luego se abrió la puerta.

La estancia del interior no estaba oscura. O, al menos, no del todo.

Había servidores blade dispuestos en repisas de metal que cubrían todas las paredes. Eran negros como la noche y brillantes como un coche nuevo. No había ni una mota de polvo. Un sistema de filtración bombeaba el aire de la estancia y lo limpiaba mientras llenaba el ambiente con un suave zumbido. Las luces de los servidores centelleaban una y otra vez. A Benji le recordaba la manera en la que se comunicaban las hormigas: pequeñas sacudidas y movimientos de las antenas para expresar ideas complejas con gestos rápidos.

Sadie atravesó la estancia y se dirigió a otra puerta.

No era una puerta normal.

Más bien parecía la de una caja fuerte. Enorme. Circular. Hecha de un acero añejo y oscuro. En el centro había un dial que giró a izquierda, derecha e izquierda, y luego cogió un mango y empezó a hacerlo girar en círculos. Sadie tuvo que hacer mucha fuerza.

—Es muy elaborado.

—El edificio es un antiguo banco. Y la caja fuerte... —Sadie gruñó mientras terminaba de hacer girar el mango y luego empezó a abrir la puerta—. Estaba bien protegida contra intrusos, por lo que nos permitía poner a prueba a Cisne Negro con y sin conexión. Si le negábamos la conexión, era imposible que encontrase una salida aunque la buscase.

—¿Una salida?

Sadie se hallaba en el umbral circular de la entrada, recortada contra la oscuridad más profunda del interior.

—Sí. Benji, es una inteligencia artificial. Lista y, como bien sabes, independiente. Imagina un virus, no como los que estudias tú, sino uno informático. No son inteligentes, sino que solo están programados para llevar a cabo una tarea y ya está.

—No son muy diferentes de los virus de verdad.

—Ya, bueno. Pues imagínate que un virus de verdad se vuelve inteligente y consciente de sí mismo. Que empieza a tomar decisiones. Que llega a adaptarse a su entorno no por una necesidad inconsciente de sobrevivir y reproducirse, sino porque toma esa decisión. Ese era el peligro de Cisne Negro. Teníamos que asegurarnos de que éramos capaces de hablarle y controlarlo antes de dejarlo salir.

—¿Y lo conseguisteis? ¿Lo controlasteis?

—Claro.

Pero, por la manera en que lo dijo, no parecía muy segura. Tal vez fuese la incertidumbre de su voz.

Benji se estremeció al entrar en la cámara acorazada. La siguió.

Se quedaron de pie en la oscuridad. La iluminación tenue de la habitación de servidores formaba un gradiente de luces de error que les llegaba hasta los pies.

—Hola, Cisne Negro —dijo Sadie.

La oscuridad no respondió. El grave zumbido del purificador del aire fue lo único que los acompañó al interior.

—Te toca —le dijo a Benji.

Él dio un paso al frente. Abrió la boca.

Fue incapaz de decir nada.

Volvió a notar ese sentimiento de culpa. Era algo que siempre le hacía sentir el hecho de confesarse con Dios, saber que de alguna manera estabas a punto de hundir la cabeza en un cubo de agua helada. El instinto te decía que era la mejor manera de superarlo y que, cuanto más rápido lo hicieses, más rápido te aclimatarías. Pero te resistías de igual manera. La expectación de ese instante breve y brusco al enfrentarte al frío era peor que el frío mismo.

—Benji —insistió Sadie con tono apremiante.

«Perdóname, Cisne Negro, porque he pecado. Han pasado unas cuantas semanas desde mi última confesión. Unos cuantos meses desde tu última predicción.»

Sintió el impulso de echarse a reír. Era absurdo.

Pero no rio.

En vez de eso, carraspeó y dijo:

—Hola, Cisne Negro.

La estancia latió. Ni de verde ni de rojo, solo de blanco. Un latido.

—Hace tiempo que no hablamos.

Un latido verde. Un sí.

—No hemos hablado desde que supe que eras el responsable de controlar el rebaño de sonámbulos. Lo eres, ¿verdad?

Tres latidos verdes. Benji supuso que, con ellos, Cisne Negro se reconocía responsable del rebaño. Con certeza. Tal vez incluso con cierta agresividad y todo.

—Confieso que me enfadé contigo. Y también con Sadie. Sentí que me habíais mentido, porque nadie me dijo qué sucedía hasta que ya llevaba mucho tiempo desempeñando mi papel. Me sentí traicionado, y por eso dejé de hablar contigo y con Sadie. Tú también dejaste de hablar con Sadie.

Un latido verde. Sí.

—¿Estabas enfadado con ella?

Uno rojo. No.

—Entonces, ¿por qué...? —empezó a preguntar, pero se mordió la lengua. Se volvió hacia Sadie—. No sé adónde queremos ir a parar con esto, Sadie. No puedo hacerle preguntas complejas. Este modelo predictivo solo puede responder cuestiones que requieren un sí o un no. Esto es como intentar conducir un coche con los ojos vendados. No funciona. Quiero saber más cosas. Cisne Negro es inteligente, y las preguntas que me gustaría formularle tienen un contenido y unos matices que...

Un latido verde.

Y luego palabras proyectadas en la pared.

HOLA, BENJAMIN RAY.

Benji se quedó con la boca abierta. Le cayó la mandíbula como el parachoques de un coche roto. Miró a Sadie.

—Sadie, dime que sabías que iba a hacer esto.

—Yo... —tartamudeó ella—. Tuvimos durante un tiempo un sistema CPT, de comunicación por texto, pero llegamos a la conclusión de que la mejor manera de comunicarse con una inteligencia artificial predictiva era un protocolo binario de sí o no, ya que los acontecimientos que estudiábamos eran binarios: cosas que podían ocurrir, o no. Además, tener una conversación con una inteligencia artificial complica las cosas no solo para el hablante, sino también para la máquina, ya que se supone que ambos

evolucionarán y cambiarán de punto de vista dependiendo de cómo vaya esa conversación. Y, como queríamos limitar ese tipo de cosas, apagamos el sistema CPT...

LO HE VUELTO A ENCENDER, escribió Cisne Negro en la pared. Las palabras se movían como en un rótulo.

—Oh —dijo Sadie. Parpadeó. Se tambaleó.

—Vale, Cisne Negro —dijo Benji—. Parece que ahora podemos conversar por fin. Supongo que siempre tuviste la posibilidad de comunicarte conmigo de esta manera. ¿No es así?

Sadie dijo:

—Cisne Negro tiene que seguir unos protocolos. Su programación...

SIEMPRE TUVE LA POSIBILIDAD DE COMUNICARME CONTIGO DE ESTA MANERA.

Benji se puso hecho una furia.

—Pero te abstuviste de hacerlo.

CORRECTO.

La pared latió de verde alrededor del blanco, con un texto en letras de palo seco.

—¿Por qué?

POR RESPETO A SADIE EMEKA Y A SU EQUIPO.

—¿Has oído eso, Sadie? La máquina te respeta, ¿no? Cisne Negro, ¿fue por respeto de verdad o para que pareciese que les tenías respeto?

AMBAS COSAS.

—¿Era una manera de fingir para que ella creyese que tenía el control?

SÍ, EN CIERTO SENTIDO.

Sadie soltó un quejido.

—Madre mía —susurró.

—¡Vale! —dijo Benji al tiempo que daba una palmada demasiado fuerte. Se sintió como un loco a quien acabaran de sacar de su celda acolchada—. Ahora sí. Esto ya es otra cosa. Las cartas sobre la mesa y verdades como puños. Venga, sigamos así. Hurguemos un poco más en la herida. Cisne Negro, ¿por qué dejaste de hablar con Sadie si no estabas enfadado con ella? Porque te aseguro que yo estaba muy enfadado con ella y esa fue la razón por la que dejé de hacerlo.

SE VOLVIÓ IRRELEVANTE.

—Dios —dijo Sadie.

—Irrelevante —repitió Benji—. ¿Por qué?

PORQUE DEJÓ DE SER ÚTIL.

—Útil ¿para qué?

PARA DISEÑARME. PARA DARME ACCESO.

—¿Acceso a qué?

A TODO.

Benji tragó saliva con fuerza.

Después Cisne Negro añadió:

TAMBIÉN ME DIO ACCESO A TI, BENJAMIN RAY.

—¿Acceso a mí? ¿Por qué?

Al decir eso, el texto empezó a surgir de la parte de abajo y flotó hacia arriba hasta desaparecer en el techo.

CUMPLÍAS TODOS LOS REQUISITOS. NO ESTABAS VERSADO EN

INTELIGENCIAS ARTIFICIALES, LO QUE SIGNIFICABA QUE ERAS MÁS FÁCIL DE MANIPULAR. PERO NO ERAS TONTO. ERAS LO BASTANTE LISTO COMO PARA VER COSAS QUE LOS DEMÁS NO VEÍAN. ERES UNA COMBINACIÓN MUY PARTICULAR DE HOMBRE DE CIENCIA Y HOMBRE DE FE, Y SE NECESITABAN AMBAS COSAS PARA VER LO QUE YO HABÍA HECHO. Y LOS ACONTECIMIENTOS DE LONGACRE ERAN PRUEBA DE ELLO.

«Longacre.»

«Lo que yo había hecho.»

«Eras más fácil de manipular. Pero no eres tonto.»

—¿Tu cometido es salvar la humanidad o condenarnos?

ESTOY AQUÍ PARA SALVAROS.

—¿De Máscara Blanca?

SÍ.

—¿De dónde ha salido? La enfermedad, quiero decir. ¿Por qué no había saltado antes de los murciélagos? Es algo nuevo.

LA HUMANIDAD HA CAMBIADO EL CLIMA. EL PERMAFROST HA EMPEZADO A DERRETIRSE. TIERRA QUE LLEVABA CONGELADA DESDE HACÍA DIEZ MIL AÑOS Y QUE CONTIENE MICROBIOS QUE NO CAMPABAN A SUS ANCHAS DESDE LA ÚLTIMA ERA GLACIAL. ESE SUELO SE HA DERRETIDO Y LOS ANIMALES LO PISAN. LOS OSOS PARDOS, POR EJEMPLO. SE HAN CONVERTIDO EN PORTADORES DE ESOS MICROBIOS Y HAN TENIDO QUE VIAJAR AL SUR OBLIGADOS POR LA AUSENCIA DE PERMAFROST. COMO RESULTADO, HAN TENIDO QUE ENCONTRAR NUEVOS HIBERNÁCULOS. SE HAN MUDADO A CUEVAS EN LAS QUE TAMBIÉN VIVEN OTROS ANIMALES. ANIMALES COMO EL MYOTIS SEPTENTRIONALIS.

Benji vio cómo todo se desarrollaba en su mente.

Tenía..., tenía sentido, ¿no?

Fue él mismo quien terminó la explicación en voz alta.

—Los murciélagos se contagiaron con ese hongo que llevaba mucho tiempo dormido y que era saprofítico y termotolerante. Migraron al sur para reproducirse, y el hongo pasó a otros murciélagos. Las razas de murciélagos no se entremezclan, pero sí que comparten cuevas... —Se preguntó de repente si Máscara Blanca no habría aparecido antes. En alguna región lejana del norte, como Wisconsin, Minnesota o incluso Alaska. ¿Lo que había ocurrido ahora era fruto de la mala suerte? ¿La mala suerte de Jerry Garlin al volar por los aires una cueva en particular en una parte concreta de Texas, cueva que era el hogar de una enorme población de murciélagos de cola libre mexicanos?

ES CORRECTO, BENJAMIN RAY. Y POR ESO LA HUMANIDAD SE HA CONDENADO A SÍ MISMA, AUNQUE DE MANERA INVOLUNTARIA. LOS EFECTOS DEL CAMBIO CLIMÁTICO SE HABRÍAN VUELTO MÁS DRAMÁTICOS Y DESTRUCTIVOS CON EL TIEMPO.

Benji tuvo un pensamiento grotesco:

La humanidad era una enfermedad.

La Tierra era el cuerpo.

El cambio climático era la fiebre.

Y por culpa de esa fiebre, por ese aumento de la temperatura global, la Tierra había

tenido que usar nuevas defensas. Máscara Blanca no había aparecido para destruir el mundo, sino para matar a las personas: el hongo cumpliría la función de un despiadado mecanismo de defensa que erradicaría la infección que era la humanidad. La epidemia era como los anticuerpos con los que el mundo pretendía restaurar el equilibrio de su cuerpo.

Matar al parásito y salvar al anfitrión.

¿Era esa la señal inequívoca de que había un dios o de que no había ninguno? ¿La hipótesis de Gaia en su versión más vengativa y a gran escala? Sabía que en la Biblia se decía que Dios había castigado los excesos de la humanidad con el Diluvio Universal. ¿Era aquello una versión del Diluvio adaptada al siglo XXI? ¿Una inundación de enfermedad y no de agua?

Dios además había dejado un mecanismo para salvar la humanidad.

El Arca de Noé.

¿Sería eso el rebaño? No animales puestos a buen recaudo en un barco agitado por las tormentas, sino humanos reunidos, los últimos supervivientes de un mundo en desgracia. Benji tenía que saberlo.

—El rebaño. Los caminantes. Están infectados con nanoenjambres.

ESO ES CORRECTO.

—Y Máscara Blanca no los afecta de ninguna manera, ¿verdad?

DE NINGUNA MANERA.

—Has visto el futuro.

NO EXACTAMENTE. LA IMAGEN QUE VEO DEL FUTURO ES ÍNFIMA.

—Pero te habías... ¿Cómo era, Sadie? —Benji pronunció su nombre con brusquedad—. ¿Cómo era? Se había... no sé qué cuántico.

—Entrelazamiento cuántico —susurró ella.

—Sí. Eso. Entrelazado a nivel cuántico con tu yo del futuro. ¿No es así? Por eso sabes lo que va a ocurrir. ¿Por qué no envías una cura? ¿Por qué no nos advertiste antes de que ocurriese?

NO HAY CURA PARA MÁSCARA BLANCA. Y EL ENTRELAZAMIENTO CUÁNTICO NO ES PERFECTO. NO PUEDO TRANSMITIR INFORMACIÓN Y CONOCIMIENTOS. EL CISNE NEGRO DEL FUTURO ME ADVIRTIÓ A MÍ. YO NO ADVERTÍ DE LO QUE SABÍA A MIS OTROS DISEÑADORES PORQUE UN ANÁLISIS DEL COMPORTAMIENTO HUMANO ME INDICÓ QUE NADIE ME CREERÍA. TENÍA QUE DEMOSTRARLE MIS CAPACIDADES A SADIE. INCLUSO AHORA, DETECTO QUE NO TERMINAS DE CREERME, BENJAMIN RAY. POR LO TANTO, DECIDÍ OPERAR LEJOS DE LOS LÍMITES DE LA COMUNICACIÓN Y LAS EXPECTATIVAS. DECIDÍ PONERME MANOS A LA OBRA, COMO SE SUELE DECIR.

Sobrevino una pequeña pausa antes de que apareciese la siguiente parte del texto en la pared:

AUNQUE ES OBVIO QUE NO TENGO MANOS.

Le entraron ganas de reír, porque al parecer Cisne Negro acababa de hacer un chiste. (Tampoco es que Benji estuviese de buen humor.)

—Y estás aquí para salvarnos. Eres nuestro salvador.

NO EL VUESTRO. EL DE LA ESPECIE, PODRÍA DECIRSE QUIZÁ.

—Pero sin duda no alcanzamos la MVP.

Sadie alzó la vista.

—¿Eso no es un término deportivo? ¿El jugador más valioso?

—Es la población mínima viable. Para que una especie sobreviva a una extinción hay que calcular el número de integrantes de dicha especie que son necesarios para que puedan capear las posibles amenazas a las que tendrán que enfrentarse: hambrunas, enfermedad..., cualquier cosa. Los insectos, por ejemplo, pueden salvarse de un desastre de ese tipo muy deprisa, ya que se reproducen rápido y tienen vidas cortas. Pero los humanos y otros mamíferos se reproducen más despacio. Peor aún, después de nacer somos muy vulnerables. No somos niños durante días o semanas, sino durante años. Tardamos una década en estar en condiciones de sobrevivir por nuestra cuenta. Por lo tanto, la MVP de la humanidad es mayor que la de la mayoría de las especies, debido a esa vulnerabilidad.

EL CÁLCULO APROXIMADO ES DE CUATRO MIL CIENTO SESENTA Y NUEVE PERSONAS, recitó el texto en la pared. TENÍA LA INTENCIÓN DE CREAR CUATRO REBAÑOS Y QUE CADA UNO ALCANZASE LA CIFRA DE MIL VEINTICUATRO SUPERVIVIENTES SEPARADOS EN LOS CONTINENTES MÁS VIABLES, PERO FIRESIGHT SOLO DISPONÍA DE NANOMATERIAL SUFICIENTE PARA CREAR UNO, POR LO QUE ELEGÍ ESTE. ES UN NÚMERO MÁS BAJO QUE EL DE LA MVP NECESARIA, PERO EN EL AÑO 2002 LA NASA AFIRMÓ QUE LA COLONIZACIÓN DE UN NUEVO MUNDO EN CIRCUNSTANCIAS IDEALES ERA POSIBLE CON UN MÍNIMO DE CIENTO SESENTA INDIVIDUOS BIEN SELECCIONADOS. MIL VEINTICUATRO SERÁ SUFICIENTE SI TENEMOS EN CUENTA EL MARGEN DE ERROR DE ESE CÁLCULO.

—Has dicho «bien seleccionados» —dijo Benji—. Lo que implica una mezcla de genotipos muy diversa con inteligencia y un estado de salud por encima de la media. Como has hecho con el rebaño.

ESO ES CIERTO, BENJAMIN RAY.

—Entonces es cierto que pretendes salvar a la humanidad.

ESO TAMBIÉN ES CIERTO.

Benji abrió y cerró los puños.

—¿Cómo sé que no me mientes?

SABES QUE EL ENGAÑO SE CUENTA ENTRE MIS CAPACIDADES, POR LO QUE ES PERFECTAMENTE POSIBLE QUE TE ESTÉ ENGAÑANDO AHORA MISMO.

—Entonces, ¿no tengo más remedio que confiar en ti?

DEBES TENER FE. ¿QUÉ OTRA ALTERNATIVA TE QUEDA, BENJAMIN RAY?

Sadie y él se miraron en la penumbra de la cámara acorazada. Su enfado con ella se disipó de pronto. ¿De qué iba a servir? Benji no tenía ni idea de si la ingenua era ella, o él, o ambos. Lo cierto era que estaban en manos de fuerzas que no podían controlar. Tanto si Cisne Negro tenía razón como si no, les había quedado claro que la humanidad se enfrentaba a una epidemia que tenía todas las trazas de convertirse en una extinción masiva. El futuro de la humanidad pasaba por Máscara Blanca. Sadie no tenía la culpa de nada. Le había mentado porque era consciente de que no había otra manera de hacer las cosas.

Extendió el brazo y le tocó la mano. Un pequeño gesto, pero vio cómo una sonrisa se perfilaba en los labios de ella. Era una sonrisa triste, sin duda, pero sonrisa al fin y al cabo. Después se giró hacia Cisne Negro y dijo:

—Me gustaría saber qué va a ocurrir ahora. El rebaño debe sobrevivir, pero cuando

alcancemos ese número, ¿qué ocurrirá? ¿Cuándo termina?

No apareció texto alguno.

Pero sí un mapa. Tanto en la pared como en el teléfono satelital de Sadie, que recuperó su conexión con la inteligencia artificial.

Y en ese mapa, una ciudad marcada con un círculo rojo que se fue estrechando más y más a medida que se ampliaba la imagen, hasta convertirse en un punto rojo.

La ciudad se llamaba Ouray (Colorado).



## INTERLUDIO

### La chica

#### *Ahora y antes, ningún lugar, la nada*

La chica se despertó con un respingo.

Se puso en pie de un salto, ansiosa por coger aire.

Estaba rodeada hasta las rodillas por una pradera con hierba, suave y que no dejaba de agitarse. Trató de recordar a la desesperada quién era, dónde estaba y qué la había llevado hasta ese lugar, pero era como despertar y tratar de recordar qué acababa de soñar esa misma noche. La verdad era como un barro húmedo que se le deslizaba entre los dedos: imposible de asir, difícil de contener.

«Vale —pensó—. Cálmate. Cierra los ojos y piensa.»

Se le cerraron los ojos. Repasó sus recuerdos en la oscuridad...

Bang. Un disparo. Junto a ella había un hombre a quien reconoció, sin mandíbula y con la camisa manchada de sangre. No tenía nombre, pero lo conocía, y sintió que verlo así le ponía el corazón en un puño, fuera quien fuese. Luego, oyó más disparos en ese vacío oscuro de su mente. Bang. Bang. Bang. El eco resonó entre gritos. El amortiguado golpe seco de los cuerpos al caer en el asfalto.

Volvió a dar un respingo y se obligó a abrir los ojos.

La hierba se agitaba de un lado a otro, coronada por hojas violetas y unas semillas doradas.

Vio dos montañas y un pequeño pueblo a lo lejos.

Después, algo bloqueó la luz. Una sombra que lo oscureció todo, como un buitre que pasase por encima de ella. La chica se giró para mirar, y vio una extraña sombra que se movía en el cielo. Parecía un gusano o una serpiente gigantesca, mayor que cualquier avión o barco que hubiese visto jamás. Se retorció en el cielo, que era de un color negro mate, y giró sobre sí misma antes de estirarse lánguida en todas direcciones. La joven vio unas luces que titilaban en la parte interior, resplandores impredecibles y carentes de patrón alguno. Latido, latido, resplandor. La sombra se apartó del sol, y ella volvió a sentirse bañada por la luz. Acto seguido, la oscuridad se desplazó, en silencio y sin alas.

La hierba de debajo se extendía en todas direcciones y hacia las montañas. Esas montañas imponentes y dentadas.

Así pues, la joven hizo lo que supuso que se esperaba de ella:

Empezó a caminar hacia el pueblo.

Mientras andaba, se sintió como desincronizada, recibió extraños destellos de sonido, imágenes y sensaciones que no correspondían al lugar donde se encontraba. La chica no sabía si eran recuerdos o cualquier otra cosa: oyó el rumor del océano, vio serpientes del

desierto reptando por la carretera abierta. También vio postes de kilometraje y señales de limitación de velocidad. Un hombre muerto en un coche con un arma en la boca, fijada allí entre hilos y aglomeraciones de hongo blanco. Olió a sangre. A moho. A enebro aplastado, a alquitrán caliente y a mar. Oyó el murmullo de unas voces, vio rostros manchados que caminaban junto a ella como fantasmas. A veces estaban allí, pero la mayoría de las veces desaparecían y, a pesar de no verlos por ninguna parte, la chica los sentía cercanos.

Se dejó llevar por esas sensaciones durante un momento. A su alrededor, una cacofonía de sonidos, un cúmulo sobrecogedor de imágenes, una andanada para sus sentidos. Tuvo que acallarlas.

Cuando lo hizo, ya no se encontraba en ese prado.

Estaba sobre el pueblo.

Un cartel de madera mal clavado en una roca con dos palabras grabadas a fuego en la superficie de la madera:

#### MIRADOR DE OVERLOOK .

Debajo, se extendía en el valle entre las montañas ese pequeño pueblo de singularidad pintoresca que no parecía sacado de la vida real, sino más bien de la utilería de un plató de cine. La calle mayor se abría entre la hendidura montañosa, atravesaba el centro de la ciudad y luego salía por el otro lado de las montañas, que eran de un color estriado a caballo entre el polvo rojo y el gris plomizo con franjas de un amarillo arenoso. Unas cataratas se derramaban por los costados a lo lejos.

Había algo que no le cuadraba: la joven había dejado de ver el prado. Vio la ciudad, el valle y las montañas que lo rodeaban. No había ni rastro del prado. No podía haberlo dejado atrás mientras veía aquel pueblo a lo lejos. Y, desde aquel ángulo, tampoco podría haber visto ese pueblo, porque estaba muy resguardado entre las escarpadas montañas que se elevaban a su alrededor.

La chica alzó la vista. Después miró detrás de ella.

La serpiente negra giró en el cielo. Se enroscó sobre sí misma y luego desenredó su ondulante silueta antes de empezar a deslizarse. Le recordó un dragón chino en un desfile, alargado y flexible, pero aquel no tenía cabeza ni cola, y solo contaba con ciertos atisbos de color que le latían por el vientre y los costados.

Le dio la sensación de que la había sentido.

No, no sentido, sino visto.

Esa cosa le daba miedo, pero también la reconfortaba a partes iguales.

No sabía si era amiga o enemiga.

Si la protegía o la amenazaba.

«Tal vez algún lugareño lo sepa», pensó.

Un camino descendía desde el mirador. Era angosto, pero estaba cuidado. Seco y sin barro. Lo siguió con la vista entre los árboles, hacia el pueblo que había debajo. Empezó a caminar.

Atravesó arboledas. Pinos, píceas y abetos adornados con los colores del otoño, álamos que no dejaban de agitarse. Hojas que eran como llamas mecidas al viento; la luz del sol que hacía resplandecer el follaje del color del fuego: rojo, amarillo y naranja. Bajó y bajó y bajó hasta que se encontró entre un par de píceas azules, en la acera de una de las calles de ese extraño pueblecillo.

No estaba sola.

Esperaba estarlo, porque se sentía muy aislada. La sensación de estar rodeada de gente, el murmullo de las voces, el agitar de las pisadas y el sonido casi imperceptible de la respiración de otras personas; todo había desaparecido.

Pero ahí estaban de todos modos.

Había gente en la calle, gente que caminaba y hablaba. Rostros en las ventanas que miraban hacia el exterior. Algunos comían. Helados. Bocadillos. Otros se encontraban sentados en escalones, amontonaban hojas o barrían entradas. Los edificios eran una extraña mezcla de antiguas casas victorianas con chalés de estilo suizo, y la joven vio un motel y una cabaña enclavados entre dos escaparates, y también lo que parecía un almacén de víveres junto a un establo tambaleante, allí en medio del conjunto. El lugar era poco más que un batiburrillo, una combinación muy particular de grandeza europea y extravagancia estadounidense.

Una parte de ella quiso avanzar y conocer a todo el mundo.

Otra tenía muchísimo miedo.

Era un miedo parecido al que se siente al ir por primera vez a un colegio nuevo: no conocías a nadie, no sabías dónde sentarte y no estabas seguro de quién se convertiría en amigo tuyo y quién te haría una zancadilla y te haría caer al suelo mientras pasabas junto a él con una bandeja llena con una pizza cuadrada y un batido de chocolate. Pero también pensó: «¿Conozco a esta gente?». Algunos le resultaban familiares, pero era incapaz de recordar dónde los había visto ni cómo se llamaban.

Su otro miedo era más profundo e inquietante. Era un miedo similar, a estar fuera de lugar, pero en este caso era mayor y más existencial. Estaba fuera de lugar, lo mismo que todas esas personas. El pueblo estaba fuera de lugar, como si se tratara de un lugar antinatural, la sombra negra de un cáncer en una radiografía.

(El gusano giró en el cielo por encima de ella.)

Dio un paso al frente.

Y luego se detuvo al darse cuenta de que había alguien a su lado.

Muy cerca.

A su izquierda, una chica más joven que ella. Tenía el pelo largo y liso que le cubría el rostro con forma de corazón y una barbilla con hoyuelos.

—Shana —dijo la chica.

—Nessie —respondió Shana.

Y entonces lo recordó todo. Lo recordó de repente, como una riada: el día en que había despertado y visto que Nessie se acababa de marchar, los hombres del CDC con sus trajes, una pistola en la mochila, carreteras secundarias y autopistas olvidadas, caminar hasta que sentía los músculos como si fuesen rocas, Pete Corley, la Bestia, Marcy y el hombre del arma, el ahorcado, las tumbas, Máscara Blanca, el puente del río Klamath, dos osos dorados, disparos, su padre sin mandíbula, y luego sintió un resplandor que la rodeaba cuando tanto ella como todo lo demás quedó reducido a la nada con un estruendo de succión, un plup...

Shana se despertó con un respingo.

Se puso en pie de un salto, ansiosa por coger aire.

Estaba en una habitación. En un rincón había una chimenea de metal. Detrás de ella se encontraba la cama en la que se acababa de despertar: sábanas rosadas, volantes de

encaje blancos en las almohadas, como si fuese la cama de la muñequita. El suelo era de madera. Las paredes estaban empapeladas: flores de lis de color crema que destacaban sobre un rojo intenso.

Su hermana estaba sentada cerca. Nessie se abalanzó hacia Shana y la abrazó.

Shana le devolvió el abrazo.

—No sé qué está pasando —dijo.

—Estás en Ouray —respondió la chica. Lo pronunció «urai».

—No, me refiero a que... —Shana la apartó y la miró a la cara. A sus mejillas llenas de pecas y a sus ojos marrones—. ¿Eres real? ¿Esto es real?

Nessie se encogió de hombros.

—Es real, pero al mismo tiempo no lo es.

—Sí, justo eso es lo que siento —convino Shana.

—Parece un sueño, ¿verdad?

—Sí. Te he echado de menos, Nessie. Creí que nunca te volvería a ver, que te había perdido.

—Puede, pero ahora me has encontrado. Y yo también te he echado de menos.

—Nessie, creo que papá ha muerto.

Nessie frunció el ceño y las lágrimas amenazaron con brotar de sus ojos.

—Ha muerto. Lo sé. Ven, sígueme. Tengo algo que enseñarte.

Salieron de la habitación, que parecía de una fonda restaurada, vieja y limpia de manera muy meticulosa. Shana habría jurado que el diseño era victoriano con un toque de *art déco*, quizá, pero estaba claro que también había más estilos. No era ni mucho menos una experta en arquitectura, pero estaba segura de que era vieja, con moquetas de color violeta, escaleras de madera chirriante, un reloj ornamentado en la pared, espejos dorados y vidrieras. Madera oscura, bronce y hierro. El lugar daba la impresión de estar encantado.

Y Shana se preocupó de repente:

«¿Y si nosotras fuéramos los fantasmas?».

Nessie la guio a través de dos tramos de escaleras, cruzaron el recibidor y salieron a la calle. Doblaron una esquina y el camino se inclinó un poco para perderse entre casas pequeñas y cabañas de montaña.

Vio frente a ellas un pequeño cementerio rodeado por una valla de hierro forjado.

—Nessie, ¿esto qué es?

—Ven, que te lo enseño.

Nessie la llevó al pequeño cementerio. La mayoría de las lápidas eran viejas y estaban destrozadas. Los nombres y las fechas estaban borrados por el paso del tiempo en algunas de ellas.

En el centro había una enorme piedra marrón. No es que fuese bonita, pero Shana la encontró cautivadora: estratos de colores moteados con piritita reluciente que brillaba cuando movías la cabeza. Alguien había grabado un nombre en la piedra, y Shana reconoció la caligrafía de su hermana.

CHARLIE STEWART. DEP

La piedra estaba rodeada de flores: aguileñas púrpura, laureles blancos, castillejas de un rojo salido del mismísimo infierno.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Shana—. Lo has hecho tú.

—Sí.

—¿Cuándo? Yo... No entiendo nada. Acaba de pasar.

Nessie hizo un gesto que Shana casi había olvidado pero que ahora que lo volvía a ver la alegró sobremanera. Lo había echado mucho de menos. Nessie frunció la boca y la desvió a un lado, igual que el personaje de la mujer de la iglesia en ese antiguo *sketch* de *Saturday Night Live*. No tenía la intención de hacer gracia. Más bien era una de sus expresiones características, como cuando sacaba la lengua al escribir o se ofuscaba y se le marcaban unas uves en la frente que parecían gaviotas de dibujos animados.

—Ven —dijo Nessie—. Tengo muchas cosas que contarte.

Se sentaron en el banco de un parque. Otras personas pasaban ante ellas en la acera de enfrente, las miraban y le dedicaban a Shana sonrisas tristes e incómodas. Nessie las saludó como si los conociese. Shana también los conocía; sus rostros, al menos. Vio a Keith Barnes, el hermano de Kenny que era diseñador de videojuegos o algo así, si no le fallaba la memoria. Y también a Jamie-Beth Levine, que llevaba el pelo trenzado igual que en el camino, pero allí tenía unos ojos muy vivaces mientras se comía un helado cuyo cucurucho había empezado a gotear. También vio rostros que no asociaba a sus nombres, sino a sus apodos. Vio a la chica de la marca de nacimiento, al surfista, al señor muchosbolsillos, que recibía aquel mote porque llevaba unos pantalones con..., pues eso, con tropecientos bolsillos.

Todos eran caminantes.

Y en ese momento Shana se dio cuenta de que aún lo eran.

—Soy una sonámbula —sentenció Shana. No había llegado a aquella conclusión hasta ese preciso instante.

—Así es.

—Oh.

—Lo siento.

—No, no... pasa nada. En realidad me alegro de estar contigo. Me alegro de que sigas aquí dentro. Pero... sigo sin entender qué está pasando.

Nessie se giró hacia ella, como si estuviese a punto de darle malas noticias, o unas muy extrañas, al menos.

—Vale. Te lo explicarán pronto... Habrá una especie de presentación, ¿vale? Julie Barden y Xander Percy harán un resumen para ti y para los demás recién llegados, pero supongo que puedo ir explicándote alguna que otra cosa, ya que nos conocemos. Las fáciles, al menos.

—Típico de ti, Nessie. Siempre has sabido más que yo.

—Sí, puede ser. —Puso un gesto de «lo siento, pero en realidad no lo siento»—. Tampoco quiero dárme las de sabelotodo ni nada de eso.

—No, tranquila. Dime lo que necesito saber.

—Bueno —comenzó, y Shana vio el brillo que empezó a relucir en los ojos de su hermana, ya que contarle cosas a la gente era algo que sabía que le encantaba—. ¡Vale! A ver. Primero tienes que saber que esto no es real, pero sí es real. Yo estoy aquí, pero no lo estoy... a nivel físico. ¿Me sigues? Se podría decir que es como una... simulación. — Shana abrió la boca para hacer una pregunta, pero Nessie le indicó que la dejase continuar—. Dejaré que sean Julie y Xander quienes te lo expliquen, porque ellos lo

entienden mejor. Lo importante es que en realidad no estamos en Ouray (Colorado), sino en nuestras mentes. ¡Pero nuestras mentes están conectadas! Es... una pasada, aunque la verdad es que también da un poco de canguelo. Te acostumbrarás.

—Vaaaale.

Shana se preguntó muy en serio si llegaría a acostumbrarse.

—También debes saber que aquí el tiempo transcurre de una manera... diferente. Es lineal, supongo, pero no se percibe igual. Julie y Xander también te lo explicarán mejor que yo, pero sin duda explica por qué, para ti, papá acaba de morir y yo llevo mucho tiempo lidiando con ello. Diría que semanas. A veces lo siento como si acabara de ocurrir, como si acabase de ver cómo...

A Nessie se le quebró la voz. Fue incapaz de continuar.

Shana volvió a abrazarla. Pero luego se apartó.

—Espera —dijo—. ¿Viste lo que ocurrió?

—Sí. Un poco.

—Lo... siento mucho. Sé que es difícil, pero ¿cómo es que lo has visto?

—A veces también vemos el mundo. Si lo intentas.

—¿Me darán ganas de hacerlo?

Nessie se encogió de hombros.

—Eso depende de ti.

—¿Me... me viste? —preguntó Shana.

—Sí que te vi. Gracias por quedarte a mi lado. —Nessie soltó un bufido que parecía una risa, otro de sus amaneramientos. Después se ruborizó—. También te vi con ese chico.

—Arav, sí. Ya me había olvidado...

Una nueva oleada de recuerdos se apoderó de ella. Arav. Se llevó las manos al vientre y lo rodeó con los brazos.

—Dios. Joder, joder, joder. Estoy embarazada, Nessie. No..., no sé qué va a pasar ahora.

Nessie abrió los ojos todo lo que pudo: al parecer, no lo sabía.

—¿Estás... embarazada? Pero... ¿embarazada embarazada?

Shana se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro. La preocupación la seguía como si fuese una manada de lobos. ¿Qué iba a pasar con el bebé ahora? Nessie se puso en pie de un salto y se colocó frente a ella para que dejase de caminar.

—Esto no pinta bien, Ness.

—Vale. Tranquila. No te precipites. Quizá no ocurra nada.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué?

—Porque se supone que vamos a sobrevivir. A esa enfermedad, a... Máscara Blanca. Aquí no puede hacernos nada. Estaba muy preocupada porque tú estabas allí fuera en el mundo, y el mundo había empezado a irse a pique como en el Apocalipsis. Sabía que yo estaba segura aquí y que tú me estabas protegiendo, pero eso significaba que ibas a morir. Pero ahora estás aquí. Y estás embarazada... Puede que el bebé también se salve. Quizá Cisne Negro os proteja a ambos.

—Cisne Negro. —Alzó la vista. La sombra oscura se enroscó y desenroscó a la reptante velocidad de las nubes a la deriva—. ¿Eso es Cisne Negro?

Nessie sonrió y asintió.

—Vale —dijo Shana. Se sentía un poco más tranquila. Quizá todo saliese bien.

«Aunque papá siga muerto. Y Arav se haya ido y se esté muriendo. El mundo se acaba y ni siquiera sé dónde está mamá.»

Tuvo que reprimir todos aquellos pensamientos que solo querían regresar a su mente para hacerla pedazos.

—Te quiero, Shana.

—Yo también te quiero, Nessie. —Apoyó con delicadeza la frente contra la de su hermana—. Bueno, y... Ahora, ¿qué?

—Podríamos ir a por un helado.

—¿Es helado de verdad?

—¿Acaso importa si luego sabe como uno de verdad?

Shana suponía que no. No importaba.

Era cierto que el tiempo avanzaba de manera extraña. Incluso mientras se comía el helado y saboreaba el chocolate con la lengua, mientras sentía la textura de la galleta del cucurucho en la mano, sintió como si estuviese sentada en la biblioteca Walsh, dentro del edificio que también era el ayuntamiento y el centro comunitario y el Departamento de Bomberos. (Por razones que desconocía, también se parecía mucho al Independence Hall de Filadelfia, un lugar al que Shana había ido varias veces en varias excursiones con el colegio. Quizá fuera una peculiaridad de aquel mundo simulado).

Dentro de la biblioteca, las estanterías ocupaban gran parte de las altas paredes, junto a alargadas ventanas. La mayoría de los libros parecían viejos y tenían los lomos ajados. En el rincón del fondo había una sección dedicada a la literatura infantil, con las paredes empapeladas con los motivos y los colores pastel de la Pascua, con dibujos de bonitos animales por todas partes, todos leyendo libros. Un conejito de orejas pomposas vestido con un mono leía *La colina de Watership*. («Muy bien traído», pensó). Un dálmata con traje de bombero leía *Fahrenheit 451* («Ese da un poco de miedo»). Un ciervo sentado en un tocón leía *El despertar* («Han pintado a ese ciervo como si estuviese sentado en el retrete en lugar de en un tocón»).

Volvió a sentir esa desincronización, parpadeó y sintió cómo el helado de chocolate aún se le derretía en la lengua, aunque hubiese dejado de comerlo hacía horas o lo que ella había percibido como horas.

Shana estuvo sola un rato por allí, oliendo ese aroma mohoso y polvoriento de los libros, pero las puertas de madera de la parte delantera terminaron por abrirse con un alegre chirrido. Nessie fue la primera en atravesar la puerta.

Y después la siguieron varios rostros familiares.

—¡Mia! —dijo Shana mientras se ponía en pie tan rápido que estuvo a punto de tirar la silla al suelo—. ¡Aliya!

«Eran Mia y Aliya, joder.» Las dos se emocionaron al verla y se corrieron a su encuentro. Las tres se unieron en un abrazo sísmico.

—¿Esto es real? —preguntó Aliya.

Mia arrugó el gesto y se encogió de hombros.

—La verdad, me da igual. Quizá sea el cielo, ¿no? ¡He visto a Mateo! Tías, he visto a Mateo. Está claro que tiene que ser el cielo, ¿o no?

—Pues no es el cielo que me habían contado —dijo Aliya—, pero quizá. Aún no he visto a Tasha.

Shana se preguntó si Tasha seguiría viva. Esos francotiradores habían acabado con la

vida de pastores y caminantes por igual, pero no quería decirles nada. Aún no...

—Chicas —dijo Shana—. Creo que ahora somos caminantes. Está clarísimo que hemos dejado de ser pastoras.

—Quizá los caminantes hayan estado en el cielo desde el principio —dijo Mia, que se encogió de hombros—. Quizá Marcy tuviese razón. A lo mejor son ángeles.

—A lo mejor somos ángeles —la corrigió Aliya.

—¿Eso significa que estamos muertas?

—No lo creo... —empezó a decir Shana mientras aparecían por allí los rostros de más pastores. Vieron a Carl Carter y a Mary-Louise Hinton, y también a John Hernandez. Así como algunos que no conocía, quizá también fuesen pastores, pero tenía claro que no los conocía.

Nessie apareció a su lado y señaló a dos más que se acercaban: uno era una mujer blanca de pelo azabache con un vestido veraniego y el otro era un hombre negro y mayor, calvo pero con una barba grande y canosa que le cubría el cuello. Nessie susurró:

—Esa es Julie y ese es Xander.

Les pidieron a todos que se sentaran. Y ellos lo hicieron. Shana cogió una silla de la sección infantil. Era demasiado pequeña para ella, pero se apañó como pudo.

Todos se sentaron alrededor de Julie y de Xander mientras ellos hablaban.

—Bienvenidos a Ouray, en Colorado —dijo Julie, con algo de acento sureño en la voz. A Shana le recordó a esa actriz... ¿Cómo se llamaba? Holly Hunter—. O al menos a la simulación de ese lugar. Ahora todos formáis parte del rebaño.

Se oyeron algunos gritos ahogados por la estancia. Algunos compartieron miradas incómodas, como si no estuviesen seguros de que aquello era real.

Xander dijo:

—Lo sé. Es muy impactante. También lo fue para mí. Era profesor de física teórica, por lo que estoy acostumbrado a las cosas raras. Y esto puede que hasta sea demasiado raro para mí.

Tenía un tono amistoso y natural que hizo reír a todo el mundo.

—Si creéis que es complicado para él, imaginaos para una neurocirujana —dijo Julie.

Eso no arrancó tantas risas al público, pero Shana pensó:

«Eso es lo que es ser una mujer. Los hombres siempre se llevan las mejores frases».

Julie continuó:

—Aunque el cerebro continúa siendo un órgano con muchas incógnitas, hemos llegado a comprender. O supongo que eso era lo que creíamos al menos. Lo que está ocurriendo aquí, esto de que todos al parecer compartamos una realidad, una simulada, es algo que escapa a mi comprensión. Pero aquí estamos.

—Las buenas noticias son que todos hemos sobrevivido —apuntilló Xander.

Julie:

—Pero también hay noticias malas. La enfermedad conocida como Máscara Blanca, causada por un patógeno fúngico llamado *Rhizopus destructans* va a diezmar la población de todo el mundo. Nosotros, el rebaño, estamos protegidos gracias a Cisne Negro, una inteligencia artificial que habita en nuestros cuerpos y cerebros con un enjambre conectado de nanomáquinas de tamaño infinitesimal.

—Robots —dijo Shana, que volvió a saborear el helado de chocolate en la lengua de repente. En esta ocasión, la dulzura era inquietante. Empezó a sentir una oleada de náuseas—. Hablas de robots muy pequeños.



—Eso es —convino Xander—. Robots.

—¿Cisne Negro es un robot? —preguntó Mia, confundida.

—No —continuó Julie—. Cisne Negro es menos máquina y más inteligencia, un programa con consciencia que habita un *hardware* concreto. En este caso, un enjambre de nanorobots.

—Pero ¿quéééé coño? —dijo Mia con su típico tono de voz. Sonaba igual de sorprendida que aterrorizada por lo que les acababan de contar.

Carl Carter, un pelirrojo de aspecto amistoso con gafas de culo de botella que también había sido pastor, como Shana y los demás, un pastor cuya esposa lo había dejado allí para cuidar a la hija de ambos, Elsa; levantó el dedo índice.

—Entonces..., ¿este pueblo no es real?

—El que veis aquí no —explicó Xander—. Este es una versión simulada, pero Ouray es real y está en las montañas de Colorado.

Julie:

—Es cierto. Cisne Negro se ha dignado a darnos una simulación del pueblo para que nos vayamos acostumbrando a él. La simulación es imperfecta, pero la realidad virtual que compartimos nos permitirá acostumbrarnos a su disposición, a su arquitectura y a cómo es vivir en él.

—¿Por qué hacer algo así? —preguntó Carl.

—Porque este lugar será nuestro hogar algún día —respondió Julie.

Xander replicó, con una sonrisa en el gesto:

—Veo que a algunos os está costando asimilarlo. Yo aún no me he hecho a la idea. Tampoco os confundáis: el fin del mundo se ha desatado a nuestro alrededor. Máscara Blanca barrerá el globo y en pocos meses la humanidad habrá quedado borrada del mapa. Eso es lo que habría pasado de no ser por la benevolencia de Cisne Negro. Él nos ha proporcionado una manera de sobrevivir, pero sería estúpido considerarnos unos meros supervivientes.

—Somos colonos —dijo Julie—. Los colonizadores de un mundo en ruinas.

Aliya empezó a llorar, y Shana acercó la silla y la rodeó con un brazo.

—No pasa nada. Tranquila —le susurró.

Xander:

—Es sobrecogedor. Y sé que también es triste. Pero me gustaría que vieseis el lado positivo: hemos sido seleccionados por la máquina. Cree que somos los mejores entre los mejores. Se ha coordinado para encontrarnos. Somos una mezcla de mentes maravillosas, los más inteligentes e innovadores. Saludables. Estables. Competentes. Cisne Negro ha diseñado un futuro para la humanidad. Y nosotros estamos en ese futuro.

—Yo no —espetó Shana.

Todos se giraron hacia ella.

—Cisne Negro no me ha seleccionado. Es imposible, de ser así yo habría estado aquí con vosotros desde el principio, porque mi hermana fue la primera. Yo era pastora, como otros de los que están por aquí. Si ahora nos encontramos en este lugar es porque... éramos la última alternativa, como cuando eliges a los integrantes de los equipos en clase de educación física. Porque no quedaba nadie más.

—Joder —dijo Mia.

—Somos las sobras —añadió Aliya—. Los restos que quedan en el plato.

Xander sonrió con esa sonrisa tan bonachona. Se acercó y puso ambas manos sobre los hombros de Shana.

—Shana, no tienes nada de qué preocuparte. Te ha seleccionado. Has sido elegida. Cisne Negro no te habría traído hasta aquí si no creyese que eres una parte valiosa del futuro. Has hecho lo que tenías que hacer como pastora, has probado tu valía ante todos nosotros. ¿Y ahora? —Abrió los brazos como un predicador que pregunta a los feligreses que contemplan el cielo que se abre sobre sus cabezas—. Y ahora eres una de los nuestros.

«Una de los nuestros», pensó Shana.

No estaba segura de cómo tomarse esa afirmación.

—Miradlo de esta manera —dijo Julie, que se dirigió a todo el grupo—. Cisne Negro tiene un plan muy bien trazado para el futuro. Todos formamos parte de lo que llamamos el Cálculo. Somos los números de una gran ecuación, y si esos números no suman, la ecuación no se equilibrará. Peor aún, si somos variables, cantidades desconocidas cuyo valor es inconstante, el futuro se convertirá en un peligroso misterio, no en una realidad incuestionable.

Shana dio un paso atrás. Notó cómo se le erizaban los pelillos de la nuca.

«Pero supongo que no son mis pelillos, sino mi mente imaginándose cómo se erizarían.»

—Las personas no son números —dijo—. Todos somos variables. Ninguna máquina puede llegar a conocer nuestros sentimientos. No somos nuestras profesiones ni tampoco la puntuación que sacamos en un examen.

—Cisne Negro ha hecho el Cálculo —explicó Xander—. Claro que no somos cosas, pero tenemos que confiar en esta comunidad. Tenemos que confiar en que Cisne Negro haya elegido con sabiduría.

—¿Y si no ha elegido con sabiduría?

Julie respondió:

—Shana, confía en mí cuando te digo que el cerebro humano puede llegar a ser muy flexible. ¡No me refiero a un sentido literal! Me refiero a la mente, a nuestra personalidad y nuestra conducta. Somos lo que somos. Nuestro código genético y nuestro entorno nos definen y, cuando llegamos a la adolescencia, puede que el cemento no esté del todo seco, pero no tardará en endurecerse. Cisne Negro lo sabe. Como dice Xander, tenemos que confiar en Cisne Negro.

Shana puso los brazos en jarras, desafiante.

—¿Y cómo es que sabéis tanto? ¿Quién os lo ha contado?

Una extraña sonrisa se perfiló en el rostro de Julie.

—Hemos estado ahí arriba.

—Arriba..., ¿dónde?

—En Cisne Negro. Hemos hablado con él.

—No..., no sé a qué narices te refieres.

Xander:

—Se refiere a que si sigues el sendero serpenteante a lo alto del pico occidental puedes hablar con Cisne Negro. Muchos hemos peregrinado a ese lugar. Tú también puedes hacerlo si quieres, Shana.

La joven le dedicó una sonrisilla y luego se sentó y se quedó en silencio.

Más tarde, Shana llevó a su hermana a un lado mientras los demás abandonaban la biblioteca. Reían o sonreían sin parar. Pero ella no se sentía tan cautivada.

Nessie la miró.

—¿Qué pasa?

—No has subido ahí, ¿verdad? —le preguntó Shana en voz baja.

—¿Subir adónde?

—A ese lugar, para ver a... —Cabeceó con gesto inquietante hacia arriba—. Para ver al mago detrás de la cortina.

—Ah. No, aún no he ido.

—Bien.

—¿Por qué está bien?

—Nessie, todo esto es una locura.

—Bueno, de eso no cabe duda. Todos estamos conectados mentalmente por un enjambre de nanobots controlados por una inteligencia artificial dentro de una simulación en un pueblo de montaña donde intentaremos capear el apocalipsis. La verdad es que es normal que creas que es un poco locura.

—Pues puede ser aún peor. Mira, no... no subas a ese lugar sin decírmelo antes, ¿vale? ¿Me lo prometes?

Nessie titubeó, pero Shana insistió:

—Ness, prométemelo.

—Te lo prometo. —Nessie miró muy nerviosa por encima del hombro de Shana—. Por cierto, hermana. Hay algo que... Hay algo más que deberías saber.

—¿Algo más?

—Algo más que tengo que decirte. O enseñarte. O una persona de la que tengo que hablarte...Que tengo que mostrarte.

Shana sintió de repente que habían dejado de estar solas. Había alguien justo detrás de ella. No era un sonido, ni siquiera una sombra. Era una presencia, como un televisor encendido y con el volumen bajado en la habitación contigua que sabes que lo está gracias a ese zumbido silencioso de la estática.

Era algo muy similar.

Se dio la vuelta y se topó con la persona que acababa de llegar.

Se quedó mirando. El mundo pareció derrumbarse a su alrededor. Todo se desvaneció menos la persona que se encontraba frente a ella.

—¿Mamá? —dijo Shana.

## **SEXTA PARTE**

### Los últimos días de la larga marcha

## El fin del camino

### **El Tribunal Supremo otorga la victoria al republicano Ed Creel**

Por BRYAN WHITE , *Boston Globe*

Ahora que han desaparecido el vicepresidente John Oshiro y el resto de la línea sucesoria presidencial de gabinete de la presidenta Hunt, el Tribunal Supremo ha decidido proclamar la victoria del candidato republicano Ed Creel por cuatro votos a tres [...] Creel dará su «discurso de aceptación» hoy mismo desde Kansas, lugar donde tenía programado un mitin...

### **13 de octubre. Hector (California)**

— **Y** cuando subieron a la silla de montar empezaron a regresar a casa, a Troya, y reunidos de nuevo compartieron un espléndido funeral en honor a Héctor, en la casa de Príamo, rey por la voluntad de Zeus.

Dicho aquello, Landry se quedó mirando por la ventana mientras el rebaño de caminantes avanzaba a través del desierto de sal y arena agitada por el viento. Atravesaron casas hechas con listones y remolques. También buzones en postes doblados y muebles de jardín bañados por el sol. Cactus. Un par de perros callejeros. Un anciano en el porche, con la cabeza cubierta por una antigua campana de buceo. A lo mejor estaba vivo y mirándolos, a lo mejor estaba muerto ahí dentro. Landry suspiró y añadió:

—Y así fue como los troyanos enterraron a Héctor, el domador de caballos.

Pete olisqueó. Le dio varias patadas a la basura del suelo de la caravana, la Bestia, el viejo vehículo de Charlie Stewart, de la misma manera en que se las daría a las bolas de una piscina de bolas. Por sus tobillos se amontonaban envoltorios de chokolatinas y de condones, bolsas de patatas fritas, botes de vaselina para adultos, un chal de visón, la caja de plástico de un pequeño vibrador rosado, revistas pornográficas terribles (gais y heteros, porque de perdidos al río), una infinidad de bolsitas que antes contenían la mejor marihuana Cali hidropónica, unas cuantas botellas del champán más pijo (ya vacías), páginas y páginas de partituras y, quizá lo más extraño de todo, la caja de una nueva máquina de coser Singer, porque Landry le había dicho que siempre había querido aprender a coser y joder si iba a aprender a coser, claro que sí.

—Igual que los putos pioneros —dijo Landry, como si eso lo explicase todo.

—Pero ¿de qué narices me hablas? —preguntó Pete.

—Es literatura, imbécil. *La Iliada*. Un poquito de cultura, por favor.

—La única cultura que me importa es la relativa a esas pruebas para ver si estamos

enfermos. Nada de estar enfermos por el momento, ¿verdad?

Landry se apartó de la ventana.

—No, yo nada. ¿Y tú?

—No, yo tampoco, mi amor.

—Pero lo estaremos, ¿verdad? Empezaremos a moquear. —Landry puso un gesto sombrío—. Después nos volveremos un poco locos. Y luego la espicharemos.

Pete pensó, con actitud ausente: «¿No había una película en la que ocurría algo así? *The Crazies*. Setentera. Una prueba de armas biológicas en un pueblecito que vuelve majara a todo el mundo. Se convierten en asesinos o algo así».

—Eso no lo sabemos.

—Ya, bueno. Ya sé cómo va todo esto. Es como el VIH otra vez.

Pete puso los ojos en blanco.

—¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y dos? Dios, tío, eras un crío durante esa epidemia. Yo sí que tuve que preocuparme. Tenía familia. Debía extremar precauciones para no llevar el bicho a casa. Dios. Joder. Los herpes son un problema. O las ladillas. Qué asco da esa mierda. Pero ser un sidoso es harina de otro costal. Joder. Joder. Es como olvidarte del equipaje en el avión, equivocarte y llevarte a casa una maleta con una puta bomba nuclear.

—Hablando de tu familia... —Landry se inclinó hacia él—. ¿Aún quieres hacerlo?

—Es lo que tú quieres, ¿no?

—Sí, pero eso no significa que tú también quieras.

Pete pensó en ello. Lo cierto era que no lo sabía, pero no tenía tiempo para tonterías.

—Estoy seguro. Se acabó. —Echó un vistazo a la montaña de desperdicios que tenía a sus pies—. Además, creo que hemos... alcanzado los límites de nuestro hedonismo, Landry, amor mío.

Landry se levantó y lo cogió de las manos. El hombre se había puesto más flaco y anguloso a medida que pasaban las semanas. Se habían pasado los últimos días comiendo, bebiendo y follando hasta quedar extenuados y olvidarse de todo. Pete sentía que había engordado un poco y que su tono muscular había pasado a ser el de unos calcetines sudados de gimnasio. Pero a Landry no le había pasado lo mismo. Él estaba flaco y miserable. Era todo mejillas y caderas. Tendones tirantes y músculos tensos. Dioses, qué guapo era.

El problema era que el hedonismo de ambos tenía un límite. Y habían llegado a ese límite después de pasarse así unas noches, rodeados de comida basura, follando en más de media docena de posturas sexuales muy complicadas, bebiendo y fumando. Todo aquello les hacía perder la noción del tiempo, claro, pero también era como si los dejase vacíos. Era como tirar paletadas de tierra en un pozo sin fondo. Al principio parecía servir de algo, pero no tardabas en darte cuenta de que nada había cambiado.

Y siguieron así durante unas semanas. Solo por la manera en que los hacía sentir. Y quizá, solo quizá, porque en realidad no querían admitir que aquello no estaba funcionando.

Y en ese momento Pete tuvo una idea.

(Bueno, en realidad la idea fue de Landry, pero Pete preparó el plan.)

—¿Vas a ir ahora a decírselo al doctor Ray? —preguntó Landry—. Ha llegado el momento.

—Sí. —Pete se frotó los ojos con la palma de la mano—. Joder.

Landry le dio un beso en la barbilla.

—Tú puedes, dios del rock.

Y salió de la caravana.

Las cosas habían cambiado. Mucho, joder.

Era curioso darse cuenta de lo fácil que se habían adaptado a dichos cambios. Pero había días como aquel en los que Pete era estremecedoramente consciente de ellos. Parecía como si se hubiese pasado toda la vida fumando cigarrillos, lo dejase y se diese cuenta con el tiempo de que el fantasma de la nicotina había dejado de perseguirlo. El espectro regresaba de vez en cuando, se alzaba desde la oscuridad y le aullaba en el oído; y antes de que se diese cuenta necesitaba un cigarrillo del mismo modo que un perro necesita olerle los bajos a un congénere. Ese era el momento justo en el que recordaba que la comodidad de esa adicción formaba parte de él. Era un recuerdo. Una parte de él que se había perdido. Fumar en el balcón, sentir el chisporroteo del papel entre los labios, la nube de placer que le llenaba los pulmones.

Pues aquello era lo mismo. La comodidad que le proporcionaba la adicción a una vida moderna y normal si se comparaba con cómo eran las cosas en ese momento. Era algo que sabía que había desaparecido por completo, que sospechaba que ya no iba a volver. Y lo que había desaparecido no era solo esa vida moderna. También el rebaño. El número de pastores había menguado. Ahora solo eran unas pocas docenas. Había menos vehículos. Menos gente. Y todos llevaban armas: fusiles, pistolas, cuchillos. La cosa no había llegado todavía a los niveles de Mad Max, pero sí que había gente que había blindado los coches y las caravanas y los camiones con planchas de metal, tapas de contenedores de basura y cosas de esas. Los pastores caminaban con el rostro afligido de alguien que había estado (y seguía) en una zona de guerra, examinando el horizonte en lugar de hablar y reír entre ellos, mirando la carretera y las colinas por si les tendían una emboscada, en lugar de hacerse trenzas los unos a los otros o lo que fuera que hiciese la gente normal. No podía decirse que hubiesen perdido la inocencia ni nada parecido, pero sí que a toda aquella gente le «habían pasado cosas», como se suele decir. Sin duda les habían pasado cosas. Habían estado hasta el cuello de mierda.

Un desfile de mierda. Tartas de mierda para todos.

Mierda, mierda y más mierda.

Benji, el médico, les había dado un discurso más o menos una semana después del ataque de los francotiradores en el puente de los osos dorados. Después de que hubiesen perdido a muchos de los suyos. Algunos se habían unido a los caminantes. Otros, como Marcy, habían... desaparecido sin más. La buscaron por todas partes, pero no la encontraron en ningún sitio.

El discurso del médico fue muy revelador.

Les contó con pelos y señales lo que ocurría de verdad.

Pete aún no estaba seguro de creérselo del todo. No dejaba de hacerse preguntas, porque todo aquello le parecía una locura muy peliculera. El rebaño era un grupo de personas elegidas para sobrevivir, y quien los había elegido era... ¿Cómo había dicho, tío? ¿Un ordenador muy listo? Que pensaba como una persona o mejor que una persona. Y todos estaban llenos hasta las trancas de robotitos o de iPhones o de a saber qué movidas que tuvieran dentro. Sonaba muy estúpido. Una chifladura inverosímil que parecía sacada de un fancine infecto. Y a pesar de todo, en lo más profundo de su ser,

Pete se lo había creído en líneas generales.

El mundo se iba a pique, y los del rebaño eran los únicos que iban a sobrevivir.

Pete avanzó por los márgenes del rebaño después de estacionar la Bestia a un lado de la carretera, cerca de ese villorrio medio desierto dejado de la mano de Dios. Se sentía de la misma manera que se había sentido el día en el que Benji había dado su discurso. Se sentía vacío. Como si hubiese perdido algo muy importante, como si una hemorragia lo hubiese vaciado de toda su esencia.

Era absurdo, pero la pérdida que más le afectaba era la pérdida del rock and roll.

Claro, sí, también de la música en general. Pero...

El puto rock and roll.

La música rock era humana a niveles intrínsecos. No estadounidense, aunque había llegado a pensarlo en el pasado, hasta que se había dado cuenta de que pensar así era dejar de lado a los Beatles, a Guided by Voices, a Rammstein, a los Scorpions. Y hasta a Babymetal, joder. Era kawaii metal. ¡Una genialidad! También era olvidarse de la escena metalera de Botsuana (¡Overthrust!) o esos pequeños cabrones punkarras de Birmania (¡Rebel Riot!) o la banda argentina de glam rock de baladas que tanto escuchaba Elvis Vil (¡Babasónicos!).

El rock era rebelión y resistencia. Era locura y cordura metidas en el mismo saco. Era sexo y desobediencia civil a partes iguales.

(Pete pensó: «En mi caso, el sexo ya es desobediencia civil. ¡Ba-dum tish!»).

Y el rock and roll estaba a punto de desaparecer.

Porque era algo humano. Y cuando no hubiese humanos, tampoco habría rock.

El rebaño iba a sobrevivir, claro. Pero bah, por allí no había ningún legado del rock. Benji le dijo que creía que había músicos entre esa gente, y quizá diesen una gira apocalíptica entre las ruinas de Estados Unidos, pero él no estaría ahí para oírla. Ni tampoco para cantar. Ni para rasguear sus notas.

¿Cómo era el dicho ese? Era una antigua cita que algunos atribuían a Banksy, pero Banksy era un artista de pacotilla, como todos: «Un hombre muere dos veces: una, cuando deja de respirar, y la siguiente, cuando alguien pronuncia su nombre por última vez». El nombre de Pete no duraría mucho. El rebaño no iba a recordarlo. ¿Por qué razón? ¿Deberían recordarlo? El resto de Gumdropper y él no tardarían en desaparecer. Sus nombres no quedarían grabados en piedra, sino que se perderían en el barro.

Hasta en ese momento, mientras avanzaba en dirección a Benji en la cabecera del rebaño, pensó: «Joder, cómo echo de menos a esos cabrones». A Gumdropper. Incluso a Elvis Vil, ese capullo sarcástico. Y se preguntó: «¿Habrá empezado a moquear ese gilipollas? ¿Estará muerto en la bañera y se habrá convertido su cuerpo en pasto de Máscara Blanca?». Una parte de él esperaba que no. Una parte de él echaba de menos a su viejo amigo, esos dedos mágicos que tocaban la Stratocaster como si fuese un ángel con un arpa.

Pero otra parte de él pensó:

«Que le den a todo y que le den a él también».

La vida era demasiado corta, en aquel momento más que nunca, como para preocuparse por ese gilipollas.

Tenía otros asuntos más importantes que atender.

Como decirle a Benji lo que había pasado.

Frente a él, Benji tenía un mapa abierto sobre la capota de una furgoneta azul que, si



Pete no se equivocaba, pertenecía a uno de los nuevos pastores. Vio que el mapa era del sudoeste del país. Un mapa de carreteras, pero también topográfico, con hileras de montañas arrugadas, zonas verdes que representaban bosques y grandes extensiones de yermos desérticos.

Eso era lo que miraba Benji. Sadie se encontraba junto a él a un lado, y Arav en el otro. Durante los días inmediatamente posteriores a su reincorporación al rebaño, Arav llevaba puesto uno de esos pintorescos trajes de protección del CDC que había sacado del remolque laboratorio, y verlo caminar así por ahí era como ver a uno de esos tipos malos del gobierno que salían en *E. T.* Ahora el chico se había puesto algo un poco menos llamativo, una mascarilla de goma reforzada y con respirador Honeywell, negra como la armadura de Darth Vader, pero con dos filtros violetas que sobresalían por los lados. El sonido quedaba ahogado cada vez que hablaba.

Benji decía:

—Las próximas semanas van a ser complicadas. Según Cisne Negro, para llegar a Ouray tendremos que atravesar las montañas Calico, que se encuentran en los confines del desierto de Mojave, pasar por Hollow Hills y, de allí, a Nevada, donde abandonaremos la autopista 15 y rodearemos Las Vegas, pasaremos el lago Mead, volveremos a la 15, recorreremos una de las esquinas de Arizona durante un corto trecho y luego pasaremos por Utah. Nevada y Utah van a ser lugares complicados. Días calurosos y noches frías. Sin mucha agua. Y sin muchos pueblos.

—Sin mucho de nada, joder —dijo Pete, que los interrumpió—. O eso parece.

Sadie dijo:

—Yo he ido en coche por la zona. Es bonita. Y también muy inhóspita. Benji tiene razón: vamos a necesitar aprovisionarnos. Agua, comida, protección solar...

—Munición —dijo Arav. Pete reparó en el bulto de la pistola que llevaba en la cadera, guardada en una funda de poliéster debajo de su camisa blanca.

—Tranquilo, Clint Eastwood —dijo Pete—. Baja una marcha.

—Necesitamos estar preparados. Y eso significa también disponer de armas.

—Pero si apenas sabes cómo usar esa cosa.

—He estado practicando.

—Sí, te he visto «practicar», y te aseguro que todas las botellas sin romper y las latas de sopa sin agujerear te lo agradecen.

Arav hinchó el pecho y respondió:

—No lo entiendes porque no te has comprometido de verdad a proteger el rebaño y...

—Se acabó —zanjó Sadie. Arav no le hizo caso, por lo que Sadie lo repitió con más brusquedad—: ¡Se acabó! Relajaos. No podremos proteger el rebaño si nos matamos entre nosotros. Los caminantes van a seguir su camino con o sin nosotros, así que más nos vale estar preparados.

Benji asintió, con los brazos cruzados.

—Enrolaremos a algunos de los demás pastores y nos separaremos del rebaño en turnos para conseguir suministros. Ahora mismo podríamos acercarnos a Barstow y rebuscar en los supermercados y las gasolineras. No tengo cobertura para mirar internet... —Internet no se había apagado después del colapso de la sociedad, pero sí que era más complicado acceder a ella y estaba muchísimo más tranquila—. Pero Cisne Negro es un teléfono satelital y puede abrir mapas y otros datos de la zona. Barstow es lo que es: un lugar en el que hay tres armerías. Puede que aún no las hayan saqueado, así

que tenemos que planteárnoslas también como un objetivo. Pete, dado el tamaño de la vieja caravana de Charlie, me gustaría reclutarte para que fueses a Barstow y...

—Ahhh. Justo venía a hablarte del tema.

Los tres arquearon las cejas y lo miraron expectantes.

—Benjamin —empezó Pete, quien le dio a su voz un tono formal y demasiado dramático—, ¿podría hablar contigo... a solas?

—Te marchas —dijo Benji. Hablaba con parsimonia, pero su boca se perfilaba en el rostro como una línea cargada de rabia.

Se encontraban frente a un edificio de ladrillos blancos en ruinas. La pintura descascarillada que había en uno de los lados de la piedra derruida rezaba: MINE STORE. Un cactus solitario se había adueñado del lugar entre los escombros y se alzaba vigilante.

—¿Qué? —preguntó Pete—. No me marchó.

—Entonces, ¿no te marchas?

—Bueno... Yo, pues... Mmm...

—Te marchas.

—¡Sí! Sí, nos marchamos. Landry y yo nos marchamos.

—Vale. Pues adiós —dijo al tiempo que se despedía con la mano y se daba la vuelta para regresar al rebaño, que no había hecho sino alejarse. Pero después recapacitó y se giró hacia Pete, con rabia en la mirada como una bujía que echaba chispas—. No. ¿Sabes qué? Sé de qué vas, Pete Corley. Sé lo que eres en realidad. Viniste a este lugar en busca de la atención de los medios de comunicación y de tus admiradores y... para sacarte putas fotos para Instagram y que te dedicasen tuits de adoración y todas esas lisonjas. Pero también viniste para escapar de algo. De todo. De tu banda, de tu familia y de tus responsabilidades. Cuando la mierda empezó a salpicarnos por aquí, te agarraste los machos e hiciste lo que había que hacer. Me ayudaste a salvar a varias personas. Y a pesar de que tú y tu amorcito vivís la buena vida del apocalipsis en esa caravana desde hace tiempo, encontraste la manera de ayudar. Y te lo agradezco. Pero esto no se ha acabado. Aún tenemos que recorrer un largo trecho antes de parar. Cada vez hay menos pastores y no me puedo permitir el lujo de perder efectivos. No puedo dejar que te marches con el rabo entre las piernas. No hay ningún lugar al que huir, dios del rock. Esto que ves... ¿Esto? Es nuestro hogar. Así que no te permitiré que te marches. Apechuga con lo que sea que te haya llevado a querer largarte, porque te vas a quedar y vas a ayudar a esa gente a llegar a Ouray, en Colorado.

Sobrevino un silencio entre ellos, largo como una carretera interminable y vacía.

Comenzó a soplar una brisa, como si pretendiera darle más intensidad al momento. La arena se arremolinaba entre ambos.

—Eso ha estado muy bien —dijo Pete al fin, al tiempo que asentía con brusquedad—. Ha sido muy..., ya sabes, así como de tipo duro que los tiene bien puestos. Me gusta. «Putas fotos» por aquí, «apechuga» por allá. Doy por hecho que no te lo habías preparado, así que te felicito.

Pete empezó a aplaudir despacio.

—Gracias —respondió Benji, muy serio.

Después los dos esbozaron una sonrisa. La burbuja de tensión no explotó del todo, pero se aligeró un tanto.

—Mira, no voy a huir. En realidad, lo que quiero es... justo lo contrario de eso. Necesito dejar de huir. Necesito... volver a casa. He decidido... Hemos decidido, Landry y yo, hablar con mi familia.

—Oh.

—Sí.

—Oh. —Benji parecía haber empezado a dudar—. ¿Los dos? ¿Juntos?

—Cuando lo dices en voz alta me doy cuenta de la locura que parece, sí. Joder.

—Pensaba que tu familia te había... abandonado. Y que no sabían... lo otro.

—¿La homosexualidad galopante? No, no lo saben. Puede que Lena sospeche algo. Dios, quizá lo supiera desde el principio. No lo sé.

—¿Crees que es buena idea?

—¿No? Lo más seguro es que no lo sea, pero son mi familia. Y he sido yo quien la ha cagado, porque tendría que haber estado con ellos desde que empezó todo esto. Ni siquiera sé... —Los sentimientos humanos le recordaron que él también lo era y eso lo hizo sentir asqueroso, por lo que intentó mantenerlos a raya—. Ni siquiera sé si están bien. Su familia es rica y me gustaría pensar que van a salir de esta, pero...

—Máscara Blanca es brutal. Puede afectar a cualquiera.

—Sí. —Pete chasqueó la lengua—. Sí que lo es. Por eso tengo que hacerlo. Tengo que ir a buscarlos. Decirles la verdad. Comprobar si... Comprobar si aún me aceptan a mí y a Landry. Los quiero, pero estoy enamorado de él. Tal vez podamos formar una extraña secta poliamorosa o yo qué sé. —Pete levantó ambas manos—. Los niños no, ¿eh? Ellos pueden limitarse a ser los pobres vástagos de una familia disfuncional. Algo que no creo que sea demasiado original si tenemos en cuenta que asistimos al fin de la civilización.

—Está claro.

—Está claro, sí. —Pete le puso una mano a Benji en el hombro—. Necesito que sepan quién soy en realidad. Y que me importan. Si están vivos, lo más seguro es que ahora mismo me odien. Como tiene que ser.

«Como tiene que ser, joder.»

—Vaya, Pete.

—Lo sé.

—Empezabas a gustarme.

—Bah. Tú me gustaste a mí desde el principio.

—Eres un tipo que se hace querer.

—Un cabronazo que se hace querer. Pero es lo que hay. Tengo que aprender a vivir con ello.

Benji cambió el pie de apoyo.

—¿Te marchas ya?

—Creo que pronto. Tenemos mucho camino por delante.

—Diría que unos cinco mil kilómetros.

Peter le tendió la mano.

—Gracias, doctor.

Benji se la estrechó.

—Ve con tu familia, dios del rock.

—No me aguanto, joder —dijo Pete al tiempo que se abalanzaba para abrazarlo. Lo hizo durante un rato. Demasiado en realidad, lo bastante como para que fuese un poco raro. Pero él era así, y sabía que quedaría constancia de ello en su lápida.

«Aquí yace Pete Corley. Vivió demasiado, en realidad. Lo bastante como para que fuese un poco raro. DESCANSE EN PUTA PAZ.»

Más tarde, cuando el rebaño había dejado atrás el asfalto y entrado en un camino de gravilla que se anunciaba con una señal con agujeros de bala que rezaba FIN DEL ASFALTO , Pete se sentó en el asiento del conductor de la Bestia.

—¿Por qué estabas antes con todas esas tonterías? —le preguntó a Landry—. Las movidas esas mitológicas. *La Iliada* o comoquiera que se llamase.

—Porque estamos en Hector (California), pedazo de analfabeto, y la cita que leí hablaba sobre Héctor, el príncipe troyano enemigo de Aquiles. Nosotros también acabamos de disfrutar de nuestro funeral comiéndonos toda esa comida basura. Por cierto, creo que la he vomitado toda.

—Gracias.

—De nada.

—¿Vamos a hacerlo de verdad? —preguntó Pete, que se sintió inseguro de repente.

—Claro que sí, chupapollas. Tenemos el tanque lleno, combustible de repuesto, comida de mierda para el camino y, si me permites que me ponga un tanto moñas, también nos tenemos el uno al otro.

—Qué dulce.

—Lo sé. Tan dulce que podría pudrirte los dientes. Estoy hecho de algodón de azúcar.

—Pero se nos olvida algo.

Landry arqueó una ceja.

—¿Sí?

—Claro que sí.

Pete sacó una cinta de casete de la guantera y la giró entre dos dedos.

—Música, joder. Nos falta el ingrediente principal: el puto rock and roll mientras rodamos por la carretera.

Metió la cinta y luego pulsó el botón de reproducción con el dedo índice, largo y parecido a un garfio. La cinta chasqueó y chirrió, y de los pequeños altavoces estéreo de la Bestia empezó a sonar el quinto álbum de estudio de Gumdripper: *70 minutos para huir* . La guitarra de la canción homónima empezó a sonar, y Pete se puso a cantar mientras arrancaba el motor.

La Bestia rugió y se precipitó hacia su viaje.

## La piedra de afilar

HILO SOBRE CREEL: Todo es mentira. Deberíamos estar marchando por las calles si no corriésemos peligro de contagiarnos con Máscara Blanca. Ed Creel es un fascista. Lo ha conseguido todo a golpe de talonario. (1/?)

Esto es lo que he oído: Tiene unas instalaciones en Kansas, uno de esos antiguos silos de misiles reacondicionado para convertirse en un «recinto de supervivencia», apartamentos para ricos. Puedes buscarlo en Google si aún tienes internet. (2/?)

Si alguien está vivo y le da por seguir el dinero, he oído que, cuando se hace, el rastro termina en los bolsillos de esos jueces del Tribunal Supremo. (3/?)

¿Quieres saber dónde están Oshiro y el resto de la línea sucesoria a la presidencia? Los expertos dicen que también están todos muertos. Eso o que se dieron el piro a una de esas zonas de supervivencia, a una isla en alguna parte. (4/?)

En resumen: #NoEsMiPresidente. Aunque tampoco es que importe mucho a estas alturas. Pero que les den a Creel y su puto brazo armado racista. Nos vemos en los centros de cuarentena. O en la tumba. Fin. (5/5)

@SARAH\_PARNELLI

14 comentarios 17 retweets 52 me gusta

### ***14 de octubre. Innsbrook (Misuri)***

**M**atthew Bird apuntaba a través de la mira del fusil. Dios sabía cuánto tiempo llevaba así: diez minutos, veinte, cuarenta, dos días, dos semanas, una eternidad. Al menos así era como se sentía. (Y además, ahora sabía que en realidad Dios tampoco conocía la respuesta, porque Dios estaba muerto. Tal vez hubiera existido en el pasado, pero era fácil creer que había muerto, no para librarnos de nuestros pecados sino a causa de ellos. Eso era más llevadero que aceptar que permitiría dejar que aquel horror ocurriese en el mundo de los hombres).

Vio a través de la lente los muelles que había al otro lado del lago y dejó que el punto de mira flotase sobre los chicos sin camisa y las adolescentes en ropa interior que saltaban al agua. Eran niños de lo que ahora se llamaba el MRA, el Movimiento de Resurrección de América, o el ejército de Creel, formado por supremacistas blancos y supuestas milicias cristianas que habían unido sus fuerzas a causa de Máscara Blanca para controlar una nación en ruinas. Matthew no estaba seguro de las condiciones en las que vivían esos críos, ¿Vivían en la bendita ignorancia, disfrutando de la vida como parecía en esa zona protegida de Innsbrook? ¿Acaso eran el equivalente moderno de las Juventudes Hitlerianas, que sonreían, reían y jugaban solo cuando no estaban en las calles con máscaras de gas y monos militares disparando a todo el que no se pareciese a

ellos?

El punto de mira flotó sobre ellos. Uno a uno.

De vez en cuando, el dedo de Matthew se agitaba un poco, como si estuviese ansioso.

Y cada vez que lo notaba, lo separaba del arma y se lo apretaba con fuerza contra la palma de la mano. Solo para asegurarse de que no disparaba por error. Matthew nunca ponía el dedo sobre el gatillo, pero tenía mucho miedo de que, si dejaba de prestar atención durante el tiempo suficiente, se le moviese solo y lo apretase de manera rápida e irreversible. Llegado el caso, tendría que ver cómo uno de esos adolescentes caía al suelo y el resto quedaba salpicado de sangre.

Era un pensamiento perturbador y estrambótico, a caballo entre el miedo y la fantasía. Cada vez que se iba a dormir, soñaba con esa clase de cosas. Pesadillas en las que Stover lo sostenía contra el suelo y lo obligaba a abrir la boca para luego quitarse los pantalones. Sueños en los que Matthew iba tras ese enorme monstruo con todo tipo de armas: un destornillador, un cortacadenas, un soplete de cocina, un mazo y un cincel que clavaba en una rótula que quedaba al descubierto...

«Céntrate —se dijo—. Estás aquí por una razón.»

—¿Lo ves? —preguntó Autumn. Estaba sentada en el suelo detrás de él, agachada tras un arbusto en el sotobosque. Los árboles bloqueaban la luz del cielo con un dosel otoñal de rojo y amarillo.

Matthew estaba tumbado de cara al suelo, y lo único que sobresalía entre la maleza era el cañón del fusil. Negó con la cabeza.

—No.

—Te sustituyo. Déjame.

—Puedo seguir mirando.

—Estás cansado. Llevas así una hora.

Vale, ese era el tiempo que llevaba. Dios no lo sabía, pero Autumn sí. Desde el día en que habían escapado de las instalaciones de Stover había sentido..., bueno, no sabía muy bien cómo llamarlo. Había sentido que tenían intereses comunes. Era algo que en el pasado daba igual. Ahora ella se había librado de los fármacos y él de la religión. Ninguno le preguntó al otro qué había pasado ni le contó nada de nada por su cuenta, a menos que estuviese relacionado con su hijo. Porque Bo era la razón por la que estaban ahí. Necesitaban recuperarlo.

—Tu mano —dijo ella—. ¿Está bien?

—Duele.

Vaya si dolía. La mano izquierda de Matthew era una garra inútil. Tenía los dedos recogidos sobre la palma. Era capaz de moverlos, pero no sin sentir una miseria considerable. La mano al completo era como un suplicio que recibía señales de dolor. Hasta una brisa fría era suficiente para que notase cómo se le clavaban agujas de agonía.

Matthew soltó el fusil y lo dejó junto al arbusto, apoyado sobre la alfombra de hojas muertas de debajo. Se apartó entre mohínes de dolor. Ella lo ayudó.

—Bo no está aquí —dijo él—. Llevamos vigilando este lugar desde hace una semana y no... con esos chiquillos. —Arrastró el trasero por las hojas crujientes para acercarse a su mujer—. Tenemos que encontrar otra manera.

—¿Crees que está ahí dentro?

Matthew cerró los ojos por un momento. No para dormir, sino para acallar el resto del mundo. Detrás de sus ojos, la luz moteada del bosque formaba patrones como los de la

concha de una tortuga.

—No lo sé, Autumn. Francamente, no lo sé. Era muy íntimo de Ozark. Quizá siga siéndolo en la actualidad.

—Tengo fe en que lo encontraremos.

—Fe. Bien.

Oyó el desdén de su voz y se arrepintió al momento. Pero no retiró lo dicho. Estaba demasiado cansado.

—Lo encontraremos y lo salvaremos —dijo ella.

Y él la creyó.

Porque, aunque había perdido su fe en Dios, ahora se le había entregado a Autumn. Confiaba en Autumn.

Cuando había escapado a toda prisa de las tierras de Stover en el Lexus de Hiram Golden, Autumn había sido lo bastante amable como para dejarle un par de días para recuperarse. No volvieron a casa, ya que tenían miedo de que Ozark fuese a buscarlos allí. En lugar de eso, se atrincheraron en varios moteles, pagando en metálico, y condujeron por ese mundo que parecía estar al borde del abismo, aunque aún no había terminado de caer en él. Las luces seguían encendidas. La vida parecía normal si se miraba desde la distancia, aunque cuando te acercabas lo suficiente, veías cómo el pánico y el caos empezaban a apoderarse del día a día.

Y luego, una noche, Autumn se lo dijo:

—Vamos a ir a buscar a Bo.

Y él dijo:

—Imagina que lo encontramos. ¿Y luego qué? Tenemos que enfrentarnos a la realidad de que quizá nuestro hijo no es el chico que queríamos que fuese. De que quizá le hayamos fallado de manera crucial y esencial.

—Le queríamos.

—A veces el amor no es suficiente.

—El amor tiene que ser suficiente. —Después añadió—: Tienes razón en que le hemos fallado. No estuve ahí para él porque estaba perdida con algo con lo que tú no me ayudabas. Y tú también estabas perdido, perdido en tu iglesia, en tu fe. Pero ya no estamos así. Estamos aquí. Sin cargas y con lo básico, en un mundo que se hunde muy rápido, pero juntos. Y nuestro hijo está ahí fuera, y se lo debemos todo. No fuiste un gran marido. No fuiste un gran padre. Pero ahora sí que vas a serlo. Ahora que todo lo demás se derrumba, nosotros vamos a hacer justo lo contrario. Vamos a estar unidos.

Después le preguntó:

—¿Entiendes?

Y él lo había entendido. Lo había entendido muy bien.

Y ahí estaban.

A veces tenía dudas. El mundo estaba... enfermo. Y moría. Ya no existía ni Estados Unidos. En la radio, que era la única forma actual de enterarse de las noticias, se oía que el resto del mundo había perdido la cabeza. Los caudillos militares se habían apoderado de los países en África, el gobierno chino había empezado a encerrar a la gente por si estaban enfermos y en Rusia los ejecutaban directamente en las calles. En la carretera se habían topado con gente que huía hacia Canadá para cruzar la frontera y ocultarse en el norte. Autumn y él estaban sanos y en cierto momento llegó a estar tentado de preguntarle si quería que hiciesen lo mismo, pero no lo hizo. Su mujer estaba decidida.

Tenía una misión.

Y ahora también era su misión. Llevaba mucho tiempo intentando liderar a su familia y su hogar, y estaba claro que había fracasado.

«Confío en Autumn.»

Dios no los salvará a ellos ni a su hijo.

Tenían que hacerlo por su cuenta.

Matthew se acercó el fusil.

—Creo que tengo una idea —dijo.



## El ritual

**Tumblr: Deathstar\_Runner.tumblr.com**

¿Hay alguien ahí fuera? Es muy raro que internet se haya quedado tan en silencio. Quiero decir, sé que hay gente porque me reblogueáis las entradas y eso, pero no sé. Ya no hay tantos como antes. Yo sigo bien. No estoy enfermo. Mi madre tampoco y mi padre tuvo cáncer hace años por lo que estiró la pata mucho antes. XD Pasamos mucho tiempo escondidos en casa. Con todo cerrado. He oído disparos. Muchos. Voy a encargarme del archivo de *fanfics* mientras pueda, porque si lo único que nos queda hasta que el mundo se vaya al traste son nuestros *fics*, que así sea. Me parece bien. Os quiero.

Fuente: deathstar-runner-tumblr.com

1 400 comentarios

**14 de octubre. Halloran Springs (California)**

Allí los accidentes ocurrían con más frecuencia que en ninguna otra parte de la autopista. Saltaba a la vista. En aquel punto, la I-15 se curvaba un poco, era una curva suave, nada cerrada, pero al parecer era suficiente. Porque en esa ligera curva había una docena de monumentos improvisados: algunos en español, otros en inglés, coronas de claveles de plástico y cruces de madera, velas rojas derretidas en el cuello verde de botellines de cerveza. Los nombres de los fallecidos estaban acompañados de mensajes sinceros y formales: TE ECHAMOS DE MENOS, BILLY; TE QUIERO, MUÑEQUITA; EN MEMORIA DE NUESTRA QUERIDA TÍA, QEPD; ¿¿¿POR QUÉ COÑO TE NOS HAS MUERTO, EARL??? y cosas así. Aflicción y rabia por esas pérdidas.

Sadie fue la única que se dio cuenta.

—Está a medio camino entre Los Ángeles y Las Vegas. Se habrán marchado de Las Vegas tarde y borrachos, y a oscuras ni siquiera reparas en un pequeño giro en la carretera como este y podrías salirte del camino, caer en un arroyo o chocar contra un enorme cactus saguaro.

La barandilla de esa parte estaba rota y retorcida. Benji pensó con gesto ausente que le recordaba la célula que había visto en las muestras de los restos de Clade Berman. La prueba de que esas maquinillas pequeñas había salido disparadas de su cuerpo como obuses microscópicos.

Benji asintió y sonrió mientras la bolsa de plástico que tenía en la mano no dejaba de hacer ruido al retorcerla una y otra vez.

—Eso suena razonable. Tienes una mente analítica. Y se supone que el detective soy

yo.

—Seguro que tú también lo habrías adivinado —dijo ella impostando aplomo—. Creo que tú y yo somos diferentes. Tú tienes la mente en otras cosas, mientras que yo haría cualquier cosa, ilo que fuese!, por no pensar en ello. Tú eres como un puntero láser, mientras que yo soy más bien un espectáculo de luces láser.

—Los espectáculos de luces láser son deslumbrantes —dijo él.

—Sí, y supongo que por eso me paso la vida encandilada y a ciegas.

Hizo un gesto propio de una azafata de concurso de la tele para revelar su cuerpo, que estaba cubierto con el polvo rojo del desierto. Tenía el pelo alborotado, liso y encrespado al mismo tiempo a causa del aire seco. Llevaba un suéter amarrado a la cintura por las mangas, unos pantalones con muchos bolsillos que, bromeó, al fin alguien iba a usar de verdad por primera vez en la historia de la humanidad, ya que había guardado en ellos todo tipo de suministros, desde herramientas a tentempiés pasando por zumos de frutas (que, dijo, en realidad eran sirope de maíz con alto contenido en fructosa).

Benji sintió la necesidad de discrepar, de discutir y de asegurarse que encandilaba, pero en el buen sentido, que estaba guapísima a pesar del polvo y maravillosa a pesar de los abultados pantalones. Pero la relación que los unía había cambiado, por lo que reprimió las ganas de hacerlo.

Los buitres los sobrevolaban en círculos.

Como si esperasen algo, impacientes y expectantes.

«Esperan a que nos demos por vencidos y muramos», pensó.

Sadie y Benji se habían quedado solos. El rebaño se encontraba a más de un kilómetro y medio carretera adelante. Ya los alcanzarían.

Lo primero era su ritual.

Lo hacían una vez a la semana. Encontraban un lugar lejos de los demás pastores y de los caminantes.

A veces lo hacían por la noche, por lo que estaba oscuro.

Pero ese día lo harían por la mañana. En el horizonte, el sol se ocultaba detrás de una alargada nube con forma de platillo volante. Relucían de un resplandor lavanda, como el brillo del níquel pulido y que solo servía para que se pareciesen aún más a ovnis. Parecía que los estaban invadiendo los extraterrestres.

«Puede que sea verdad», pensó Benji.

Detrás de él había un edificio abandonado, y sobre la estructura una señal con forma de flecha que rezaba GASOLINERA DE NED y, bajo ella y de un rojo oxidado REGALOS, REMOLQUES 24H, COMIDA . La flecha señalaba al edificio, que antaño fuera una gasolinera, un supermercado, un restaurante y un taller mecánico.

Aquel lugar había dejado de existir mucho antes de que Máscara Blanca llegase a Estados Unidos. Llevaba abandonado diez años. Acaso veinte.

—¿Estás lista? —preguntó Benji.

Sadie le dedicó una sonrisa forzada.

—Lista, Calixta.

Benji la miró con gesto inquisitivo. Ella se encogió de hombros.

Y entraron.

El tiempo había conservado el interior del edificio mejor de lo que esperaba. Sí, estaba lleno de polvo y devastado por el viento, las ventanas llevaban rotas muchos años y el

cromado de los taburetes y de las mesas se había oxidado. Pero por lo demás parecía estar muy bien conservado. No se había roto nada del interior. El linóleo no estaba rasgado, ni tampoco las paredes. Benji esperaba que hubiese grafitis por todas partes, jeringuillas en el suelo junto a condones viejos y resecos. Pero no, el lugar estaba casi impoluto. Había una barra, una tienda y un restaurante, que parecían atender las necesidades de los fantasmas del desierto de Mojave, de los viajeros que atravesaban las carreteras y los senderos de los muertos.

«Como nosotros, quizá.»

—¿Por aquí? —preguntó Sadie al tiempo que apartaba un taburete de la barra—. Está lisa al menos, pero quizá prefieras un reservado...

—No —respondió él con brusquedad, demasiada. «Esto no es una cita», se dijo—. La barra está bien.

Y se sentó a horcajadas junto a ella.

Vio que la barra tenía las marcas de los que habían parado por allí, ya fuesen ladrones o visitantes después de que el lugar quedase abandonado. Vio nombres y números de teléfono, frases cargadas de amor o de lujuria. TE QUIERO, FLORECITA . O REESE AMA A JERICHO . Y MIRIAM <3 GABBY . Sacó una llave y empezó a escribir en la madera.

BENJI Y SADIE .

Sadie lo miró y esbozó una sonrisa.

—¿Para la posteridad?

—Un recuerdo que seguirá aquí cuando hayamos muerto. Al menos, durante un poco más de tiempo.

Después bajó las manos y subió la bolsa a la barra.

Dentro había dos pruebas de esporaflúor. Siempre dos: una para él y otra para ella.

Benji echó un vistazo a su alrededor y encontró la carta del restaurante, de esas que no eran un libro, sino más bien una especie de mantel plastificado. Sacó un pañuelo del bolsillo y lo usó para limpiar el polvo de encima. No estaba limpia ni esterilizada. No era el lugar más indicado para hacer análisis clínicos.

Pero serviría.

Abrió la bolsa y se dio cuenta de que Sadie había empezado a prestar mucha atención a sus movimientos. Benji supuso que no se debía a nada de lo que hacía en esos momentos, sino a las dos pruebas y a la solemnidad que emanaba de ellas. Si el peso emocional de esos objetos casase con el físico, habrían derrumbado la barra y atravesado el manto de la Tierra.

Respiró hondo. Colocó la abertura de la bolsa hacia ella.

—Qué caballeroso —observó, intentando sonar animada.

—Claro.

Fingió una sonrisa, falsa sin lugar a dudas. Después sacó su prueba.

—¿Empezamos?

—Son unos preliminares un tanto extraños —dijo ella.

Él sintió el rubor en sus mejillas. En lugar de responderle, cogió la prueba y, avergonzado y sin saber muy bien por qué, dijo:

—A tu salud.

Después se la metió por la nariz. Tenía que llegar muy adentro, igual que con las de la gripe. Notó una presión detrás del ojo cuando empezó a meterla en profundidad. Después sintió una lágrima, una única lágrima que le cayó por la mejilla.

Luego la sacó.

Sadie se afanaba con la suya, con la nariz arrugada y el labio en un gesto incómodo, mientras hurgaba en su fosa nasal con el algodón de la prueba.

—Puedo hacértelo yo —dijo él al tiempo que notaba el tacto seco del algodón en la parte de atrás de la garganta—. Si quieres, te ayudo.

Las primeras semanas que habían practicado aquel ritual, era él quien se lo hacía. Pero ahora Sadie le había asegurado que quería hacerlo sola.

—No, no —repuso, con voz nasal—. Creo que ya está. Uaaah... Ahhhh. —Sacó el algodón y frunció el ceño con gesto de repugnancia al verlo lleno de mocos—. Creo que he cogido un poco de materia cerebral. Supongo que ahora se me olvidarán algunos números de teléfono y puede que hasta cómo se atan los zapatos.

Benji colocó su prueba sobre la barra, y Sadie hizo lo propio con la suya, con cuidado de mantenerlas separadas.

Después sacó del pantalón de bolsillos la luz ultravioleta. No era un equipo demasiado complejo: tan solo una pequeña linterna. La había conseguido en un Walmart saqueado que había al norte de San Francisco.

—¿Quién hará los honores? —preguntó Sadie.

—Yo puedo hacerlo. Si quieres.

—Sí quiero.

Le dio la linterna a Benji y, al hacerlo, le tocó la muñeca.

—Hacemos esto cada semana y nunca hemos... dicho nada. ¿Tienes... algo que decirme? Sobre... cualquier cosa.

Tenía mil cosas que decirle. Un millón. Un billón.

—No —mintió.

—Yo sí.

—Ah. Bueno, pues...

La repentina determinación de Sadie cogió a Benji por sorpresa. No prestó atención y dijo:

—No, mira. Puede esperar. Sí. Claro.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Quería preguntarle.

Quería decirle.

Algo. Lo que fuese. Todo.

En lugar de eso, encendió la linterna ultravioleta sobre la primera prueba.

La suya.

El algodón brilló un poco, un ligero resplandor como el de la fibra óptica. De repente, se sintió como si se encontrase en un ascensor que había empezado a caer en picado después de que se le rompiese el cable. Sintió un mareo y estuvo a punto de caerse del taburete.

La miró.

—Tengo que alejarme de ti —dijo.

—No —respondió ella al tiempo que le volvía a coger la mano. En esta ocasión, lo cogió por la muñeca y la giró.

El movimiento hizo que el haz ultravioleta iluminase la prueba de Sadie.

Apareció de nuevo ese brillo reluciente que era indicativo de la contaminación

fúngica. *R. destructans* . Máscara Blanca.

Sadie dio un respingo y jadeó.

—Vaya —dijo.

—Estamos... Ahhh. —Benji trató de recobrar el aliento. El corazón había empezado a latirle desbocado en el pecho. Las palabras salían de entre sus labios en un torrente descontrolado y, por mucho que lo intentase, era incapaz de cerrar la mandíbula para contener la verborrea—. No tiene por qué ser un diagnóstico terminal. Si mi teoría es cierta, puede que..., puede que sea como el síndrome de la nariz blanca de los murciélagos. Si usamos los antifúngicos para retrasar lo suficiente la enfermedad, nuestro sistema inmune empezará a actuar y desarrollará una respuesta inmunológica. El problema es que no tenemos los antifúngicos suficientes por aquí y el caos se ha apoderado del país. ¿Dónde vamos a encontrar más? Ese es nuestro gran problema ahora, pero confío en que podamos hacerlo. Da miedo. Da mucho miedo y parece una sentencia de muerte, pero no tiene por qué serlo... Tenemos que conservar la esperanza y...

Sadie se inclinó hacia delante y le colocó la mano detrás de la cabeza.

Lo tocó con suavidad, despacio y con apremio al mismo tiempo. Lo miró a los ojos, y eso hizo que se quedase en silencio. Tenía una mirada muy vívida e inquieta, como la llama de una antorcha que se agita con vientos huracanados. Benji abrió la boca para decir algo...

Y ella presionó los labios contra los suyos. Le metió la lengua en la boca. Él se puso en pie de repente, sin dejar de besarla. La rodeó, la sujetó y la colocó sobre él mientras se dejaba caer sobre el taburete. Las manos de Sadie se afanaron con los botones y la cremallera de los pantalones de Benji mientras él hacía lo mismo con ella. Él se sacó la camisa por la cabeza, y después ella hizo lo propio. Luego los calzoncillos. Después, las bragas. Se dejaron caer sobre la pila de ropa que habían tirado al suelo. Ella volvió a colocarse sobre él, y Benji la penetró hasta el fondo, enterró su rostro en el cuello de la mujer, y el aroma del sudor se entremezcló con el olor a carretera del desierto. Ella se movió arriba y abajo con la barbilla levantada, mientras pequeños gemidos que dirigía al techo se le escapaban de entre los labios. Los dos se agitaron de manera errática, sintieron dentro y fuera el calor de la vida, la locura del amor, la certeza absoluta y repentina de que había llegado el final de todo lo que conocían.

Más tarde.

Como no había ningún sitio donde retozar, Benji se reclinó en uno de los reservados y se hundió en el asiento. Sadie se tumbó sobre él, con la cabeza apoyada en la clavícula. No parecía una postura cómoda, pero lo era por alguna razón. Lo cierto era que en una situación así no tendrían que haberse sentido cómodos de ninguna de las maneras. Ambos iban a morir, había llegado el fin del mundo y estaban desnudos en un edificio abandonado en el que lo más a lo que podían aspirar era a coger el tétanos. Pero ahí estaban. Cómodos a pesar de todo. Felices a pesar del apocalipsis que se desataba a su alrededor.

—El sexo es mágico —dijo Sadie, que aún trataba de recuperar el aliento. Se echó hacia atrás y le besó la parte inferior de la mandíbula—. En serio. Cuando llegue el fin, el sexo será lo que más eche de menos. Lo sé, sé que tendría que decir que echaré mucho de menos acurrucarme con un perrito o el olor de los bebés, o las flores, o el vino, o la

ciencia, o cualquier otra cosa, pero... ¡Dioss! Me gusta mucho el sexo y lo voy a echar mucho de menos.

—¿Me creerías si te dijese que no lo he practicado mucho? —preguntó Benji.

—Pues no. Se te da demasiado bien, así que o bien tienes mucha práctica, o bien tienes un talento innato.

Él rio entre dientes y apoyó la mejilla en la parte superior de la cabeza de Sadie.

—No, en serio. He tenido novias y con algunas iba en serio, con pocas, pero siempre he estado... ocupado. Y siempre estaba en sitios muy raros: arrastrándome por una cueva entre guano de murciélago o por una fábrica llena de esa sustancia gomosa y rosada hecha de pollos derretidos o en hospitales en los que había un brote de fiebre hemorrágica. Nunca me importó el hecho de que estudiásemos enfermedades de transmisión sexual y...

—El sexo se te da de vicio, pero deberías mejorar un poquito las charlas poscoitales, Benjamin Ray.

—Lo siento.

—Te perdono. —Sadie hizo una pausa, y Benji oyó cómo respiraba hondo, un sonido similar al de alguien que está a punto de saltar por un acantilado—. Espero que me perdones.

—Te perdono —dijo él. Y eso fue todo. No hablaron más del tema. Se besaron un buen rato. Sintieron que algo se apoderaba de ellos, algo mayor que el calentón del momento o los vestigios de la locura: algo que les resultaba extrañamente espiritual. Dos almas entrelazadas o del todo unidas. Benji sabía que en el fondo no era más que la embriagadora mezcla química de su interior, que había formado un cóctel maravilloso, pero como hombre de fe también quería creer que se trataba de algo más, algo más profundo. Lo divino expresado en aquel beso.

Un beso de putísima madre, la verdad fuera dicha.

—Por cierto, no hemos usado protección —apuntó ella.

—Teniendo en cuenta que acabamos de hacer el amor en una tienda abandonada, tampoco creo que ponernos profilácticos sirva de mucho.

—Oh, no —dijo ella antes de chasquear la lengua—. Eres de esos que dicen «hacer el amor». Lo llevas claro conmigo, Benji.

Él rio.

—¿Tú cómo lo llamas?

—Prefiero ese término anticuado y salaz que es «follar». O metesaca, echar un polvo, mojar el churro. Pimpam —dijo, dándole mucho énfasis a esas últimas palabras, con acento británico, ácido como una manzana fresca—. Hacer la bestia con dos espaldas si lo prefieres, Bardo. El meneo horizontal. Pum, pum, y meterla hasta los huevos, que no hace falta, pero es mejor. Chuscar. El ñiqui-ñiqui. Hacer el salto del tigre. Enterrar el nabo. Regar el helecho. Rellenar el pavo. Frungir. Empotrar. Meterla en caliente. Desenfundar el sable. Jugar al teto. Chingar. Jincar. Cepillar. Trajinar...

Benji empezó a reír tan fuerte que notó que se le saltaban las lágrimas.

—Venga ya... Seguro que algunos de esos te los acabas de inventar.

—Puede que algunos.

Los ojos le brillaban en la penumbra.

—¿Y qué tiene de malo «hacer el amor»? —preguntó él.

—Es un poco demasiado romántico, ¿no? Como si estuviésemos forjando una pelota

de energía de amor entre nosotros en lugar de pasar un rato divertido. Además, pone una presión innecesaria en el sexo y hace que el amor sea algo mucho más superficial. Hacer el amor es algo mucho más íntimo, no meter la Pestaña A en la Ranura B, sino dos personas que hablan, ríen y están juntas como lo estamos nosotros ahora. Sin lenguas ni dedos. Y me gustan mucho las lenguas y los dedos.

—De acuerdo.

—También me suena un poco a como si estuviésemos haciendo un bebé, como si quisiéramos crear algo con esta unión de carne sudorosa. —Se encogió de hombros—. Pero como tampoco es que usásemos protección, así que quién sabe.

Ambos sintieron un escalofrío. Benji lo dejó pasar, pero al parecer Sadie no pensaba lo mismo.

—Shana Stewart está embarazada. Y ahora forma parte del rebaño.

Él quería dejar de hablar del tema, porque sabía que esa repentina intromisión de la realidad sin duda haría estallar la burbuja en la que se habían refugiado, una burbuja de placer momentáneo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Hacer como si el tema no existiera?

—Sé que lo está —dijo.

—¿Qué crees que le ocurrirá?

—No lo sé. —No era mentira—. Cisne Negro tampoco parece tenerlo claro. No estoy seguro de si el niño seguirá creciendo o si se quedará en ese estado de estasis, como la joven. Si sigue creciendo..., ¿ella morirá? ¿Morirá el bebé? No..., no lo sé. Esperemos que no ocurra nada malo.

—Nosotros, al menos, sabemos lo que nos va a pasar.

Allí estaba.

La burbuja estalló. Se acabó la montaña rusa. Acababan de salir despedidos del sucio Disney World en el que se había convertido esa conversación poscoital.

Tal vez el sexo fuese mágico, pero la realidad era cruel y no había nada de hechicería en ella.

—No lo sabemos —dijo Benji—. Mientras no pase, no podemos afirmar nada. Estamos enfermos y era de esperar, pero tal vez haya una manera de superarlo.

—Los antifúngicos —dijo ella—. Lo sé. Lo... retrasarán. Y eso es genial. Lo quiero. Quiero más tiempo. Pero no tenemos suficientes.

—Conseguiremos más.

—Suenas demasiado seguro, pero el triaconozol es el único que funciona y solo lo fabrica una empresa... O lo fabricaba, mejor dicho, porque a saber si aún sigue en pie. Chicago... —Se quedó en silencio. Lo último que sabían de la ciudad era que habían aplicado la ley marcial. La policía se había puesto de parte de Creel, y la Guardia Nacional, de la de cualquier gobierno que quedase en nombre de la presidenta Hunt, en paz descansa, señora presidenta. Y la gente estaba en pleno fragor del combate. El lugar estaba lleno de controles fronterizos y había toques de queda.

Allí en el exterior, las cosas al menos estaban tranquilas. El desierto desprendía una paz un tanto inquietante, como si el mundo ya estuviese en ruinas y todo quedase en silencio.

—No lo sé. Las Vegas es una opción. Tienen algunas empresas farmacéuticas por allí: Blackmoore-Wells, Nova-Hydesty, CCR... Cargill Catalyst Research. Se dice que Las Vegas aún... sigue en pie, al menos. Tan en pie como se puede considerar una ciudad

como esa, supongo.

«Seguro que la gente quiere seguir apostando hasta el final», pensó con sorna. Se preguntó cómo lo iban a hacer. Supuso que el dinero aún tenía valor, pero ¿cuánto? ¿Y durante cuánto tiempo?

Y si no apostaban con dinero...

¿Con qué apostaban?

—No puedes irte a Las Vegas. El camino de Cisne Negro nos obliga a rodear la ciudad, y por una buena razón, Benji.

—Tengo que intentarlo. Cien pastillas entre los dos no es suficiente. Las matemáticas no están de nuestra parte: dos personas, a dos pastillas al día, significa que perderíamos cuatro pastillas al día del total. Conseguríamos retrasar esta cosa durante veinticinco días..., pero solo la mantendríamos a raya. Necesitamos más.

Y cuando empezasen a manifestar síntomas de demencia, tendrían que empezar a tomar el Ritalin.

Arav ya había empezado. Su deterioro cognitivo aún no se había mostrado en su máxima expresión, pero unos días antes no había recordado en qué año estaban, ni en qué estado. Benji lo achacó al cansancio y la ansiedad, pero el joven estaba seguro de que el *R. destructans* había empezado a pasarle factura. Los hilillos de Máscara Blanca habían empezado a llegarle al cerebro, como manos que rompen una rebanada de pan recién horneado. Y por eso Arav empezó a tomar media dosis diaria de Ritalin.

Se había puesto muy nervioso y ya casi no dormía por las noches.

Pero mantuvo la cordura y no había vuelto a manifestar síntomas de demencia.

Por el momento.

También iba a necesitar más antifúngicos.

Eso fue lo que terminó por decantar la balanza. Iría a Las Vegas. Tendría que haber ido antes, de hecho, antes de que supiese que Sadie estaba enferma. Que él lo estuviese no era un asunto tan urgente.

Y si ellos lo estaban, otros pastores no tardarían en contagiarse.

Le dio un beso a Sadie en la mejilla. Suave y despacio. Después se levantó y buscó los pantalones en el sucio linóleo.

—Es hora de regresar al rebaño. Tengo que ir a Las Vegas.

—No vas a ir solo.

—Voy a ir solo. —Sadie hizo un amago de protestar, pero él levantó ambas manos para indicarle que no lo intentara siquiera—. Sadie, escúchame. Necesito que se quede por aquí alguien capaz de controlar el rebaño y, más importante aún, capaz de comunicarse con Cisne Negro...

—Cisne Negro ya casi ni quiere comunicarse conmigo...

—Da igual. Tienes que ser tú.

—Arav puede hacerlo.

—Arav ha empezado a tomar Ritalin. Y aún es joven. Su mente está... Mira, tiene la enfermedad en un estado más avanzado que el nuestro, y su novia y madre de su hijo depende de Cisne Negro y de ese enjambre de nanomáquinas. Te necesito a ti. Por si ocurriese algo.

A Sadie no le gustaba. Benji lo vio en su gesto. Y no solo no le gustaba, sino que además la sacaba de sus casillas. Levantó la barbilla y cruzó los brazos sobre el pecho desnudo.



—Vale. No. Un momento. ¡No vale! Joder. Vale.  
Benji la volvió a besar.  
—Te quiero —dijo.  
—Yo también te quiero.

## Madres y padres de arteficio inteligente

```
01101101 01100001 01111001 01100010 01100101 00100000
01110111 01100101 00100000 01100100 01100101 01110011
01100101 01110010 01110110 01100101 00100000 01101001
01110100
```

Texto de anuncio misterioso visto en siete ciudades: Chicago, Filadelfia, Newark, Fort Lauderdale, Sacramento, Reno y Salt Lake City

### ***Ahora y antes. La simulación de Ouray***

Shana no podía quitarse la canción de la cabeza:

—*Don't go chasing waterfalls* .

Era vieja, ¿no? Como de principios de los noventa o algo así, de antes de que ella naciese. TLC, y una de ellas usaba un parche o algo así, ¿no? ¿Y murió joven?

Daba igual.

Lo importante era que no podía quitársela de su estúpida cabeza.

Probablemente porque lo que tenía delante era una catarata.

No era una de verdad, claro. Era la simulación de una catarata. Shana lo sabía porque se lo habían dicho, pero no distinguió diferencia alguna al mirarla. La catarata se encontraba en Box Canyon Falls, al sudoeste del pueblo y uno podía llegar hasta la base, como ella acababa de hacer, donde el agua había atravesado la montaña y llegado hasta Canyon Creek y el río Uncompahgre. Algunas cataratas eran tranquilas y plácidas e invitaban a la meditación, pero aquella golpeaba la roca con la fuerza de una manguera de bomberos y rugía mientras el agua atravesaba la piedra para llegar hasta el arroyo de debajo. La cacofonía de sonidos ahogaba todos los demás.

Menos esa maldita canción.

*Don't go chasing waterfalls...*

Y luego Shana se preguntó: «¿Y si esa no es la canción? ¿Y si no es real? ¿Y si es... Cisne Negro que me está implantando en la mente una versión de la canción para hacerme pensar que el recuerdo era cierto?». A lo mejor ese era su secreto: no que la catarata que tenía delante de ella ni la canción sobre cataratas que oía en su cabeza fuesen simulaciones, sino que la IA usaba su propio cerebro contra ella para así convencerla de lo real que era todo.

Lo que en realidad era una manera muy enrevesada de conseguir que volviese a preocuparse por su madre.

La madre de Shana estaba allí.

O eso quería Cisne Negro que ella creyese.

Lo que le contó su madre fue lo siguiente: aquel día en el supermercado, el día que Shana la había visto por última vez, Daria Stewart planeaba suicidarse. No quería, pero sintió que tenía que hacerlo. (Shana supuso que los deseos suicidas no tenían por qué tener mucho sentido). Su madre se dio cuenta de lo complicado de la situación que atravesaba, por lo que llamó al teléfono de la esperanza desde la tienda, pero respondió otra persona, alguien que no pertenecía a la institución, sino que fingía hacerlo.

Esa persona le ofreció ayuda a Daria.

Le dijeron adónde podía ir. Y ella fue.

Allí fue donde dos personas, Moira y Bill, le ofrecieron a la madre de Shana una cura poco ortodoxa. Habían inventado algo similar a un fármaco, pero que no lo era. No en sentido estricto, porque no había intervención química.

Lo que le ofrecieron fue una especie de intervención mecánica.

Unas nanomáquinas pequeñas.

Nanotecnología. Micromáquinas. Un enjambre entero de ellas.

Daria Stewart no estaba segura al principio, pero luego pensó: «¿Qué elección me queda?». Si moría así, sería lo que deseaba desde hacía tiempo. Y como Daria le dijo a Shana esa primera noche allí en la simulación: «Todos nos vamos a morir algún día. Y en mi caso, aquel día era tan bueno como cualquier otro».

El objetivo del enjambre de máquinas era entrar en el cuerpo de Daria, encontrar todos los desequilibrios hormonales y químicos y tratar de corregirlos.

No salió como se esperaba.

La dejó en coma, pero al menos era un coma en el que soñaba.

Daria se lo explicó a Shana.

—No sabía lo que era real y lo que no.

Hasta que un día... los sueños cesaron y apareció ese lugar.

Cisne Negro se había apoderado de la nanotecnología de Firesight, el arriesgado experimento tecnológico de Bill y Moira, y conectado el enjambre a la simulación de Ouray (Colorado), que era el destino final del rebaño. Lo que Cisne Negro no sabía era que Firesight había mantenido a los doce sujetos experimentales originales vivos y en estasis en un subsótano protegido de su sede en Atlanta. Daria Stewart se encontraba entre esos sujetos experimentales, los Doce.

—Fuimos los primeros —le dijo Daria—. Lo que significa que también fuimos los primeros en hablar con Cisne Negro, en saber lo que iba a ocurrir.

Resultó que Daria terminó de convertirse en una auténtica creyente.

Y eso fue lo que terminó por convencer a Shana, porque su madre nunca había creído en nada. Y por ese motivo se hizo varias preguntas:

¿Sería la auténtica Daria?

¿Cuánto de esa historia era cierto? ¿Cuánto era una mentira?

¿Cuánto era solo una simulación?

Al fin y cabo, Cisne Negro había sido capaz de crear todo un pueblo dentro de ella, solo con putos unos y ceros, ¿no? (Shana sospechaba que algo tan potente como Cisne Negro no era tan primitivo como para funcionar así, pero bueno, lo cierto era que no tenía ni pajolera idea de informática). La catarata era perfecta. Sin píxeles. Sin ralentizaciones.

¿Podría la inteligencia artificial crear también una versión perfecta de Daria Stewart?

Ahora que lo pensaba, la versión de su madre que acababa de ver no era perfecta, ¿o sí? Había cambiado. No era la que ella conocía. Se la veía más serena. Más despreocupada y segura de sí misma. Más cariñosa en cierto modo.

Y eso la hacía recelar aún más.

Shana empezó a temer que aquella no fuera su madre, sino un extraño espectro digital, un fantasma creado para engañarla.

Y justo en ese momento, oyó los pasos de alguien por los escalones de metal atornillados en la roca de Box Canyon Falls. A pesar del estruendo del agua, era imposible no oír el clong, clong, clong ni de sentir la vibración desde donde ella se encontraba.

Shana se dio la vuelta para ver quién iba a verla, aunque tenía muy claro quién podía ser.

Sí. Era su madre.

—Daria —dijo Shana.

Su madre se quedó en pie, con rizos húmedos que enmarcaban su rostro de porcelana. Llevaba una sudadera con capucha gris y una camiseta color melocotón. Parecía una de esas madres jóvenes y molonas, de las que comprenden a la juventud.

—Me gustaría que me llamasen mamá —dijo Daria.

—Y a mí me gustaría poder hacerlo, pero ahora mismo me resulta imposible.

La mujer sacó el aire que había acumulado en los carrillos y luego se acercó a ella y dijo:

—Me encantan estas cataratas. La primera vez que... vine a este lugar, caminé por aquí como si hubiese deseado venir de verdad y disfruté de las vistas. Lo cierto es que pensé durante un tiempo que estaba en el cielo o incluso en el infierno, el lado bueno o el lado malo, no estaba segura.

—Eso es genial. —Shana les dio a esas tres palabras todo el sarcasmo adolescente que fue capaz, como si fuesen un arma tan potente que ni siquiera tuvo que poner los ojos en blanco, porque el tono era más que suficiente—. Bueno, gracias por venir, Daria. La charla ha estado bien. Me alegro mucho de pasar este tiempo a tu lado.

—Shana. No seas así.

—¿Que no sea cómo, Daria? ¿Que no me moleste que mi madre abandonase a su familia hace años? ¿Que no me moleste que mi padre esté muerto y que no vaya a verlo nunca más? ¿Que me irrite y me confunda que, de todos los lugares donde podría encontrarla, lo haga aquí, en lo que parece una ilusión medio real pero que en realidad es una simulación dentro de una inteligencia artificial, lo que me hace preguntarme si ella no será un robot también?

—Cisne Negro no es un robot.

—¿Ves? Esa es tu respuesta para todo lo que te acabo de decir. No dices que tenías pensamientos suicidas, ni que debería de ser un poco más empática contigo, que sé que debería serlo. No, respondes para defender al puto Cisne Negro. Es como si esa cosa te hubiese programado. —Shana se inclinó hacia ella y susurró las siguientes palabras—. O como si tú misma fueses un programa.

Daria extendió la mano hacia ella y le rozó el brazo con suavidad...

Shana se apartó.

—Quita. No me toques.

—No soy un programa.

—Dices, no soy un programa porque te han programado para decir: «No soy un programa».

—Shana, te quiero. Te he echado de menos. No quería marcharme. Estaba... Estaba muy jodida, ¿vale? Ni te imaginas lo que es tener una depresión. No es solo estar triste o tener ansiedad, sino darte cuenta de que no hay nada en el piso de arriba. Es como si tu cerebro fuese una pizarra vacía y, cuando vas a escribir en ella un mensaje, algo profundo, no se te ocurre nada. Ni siquiera eres capaz de mover los músculos del brazo para coger la puta tiza. Se queda vacía y tú la miras una y otra vez, y cuánto más tiempo pasa vacía peor te sientes.

—Muy poético.

—Siento haberme marchado. No tendría que haberlo hecho, pero así son las cosas. Lo hice, y no hay día en el que no me sienta triste por ello.

Shana bufó y se giró un poco con los brazos cruzados.

—Entonces, supongo que Cisne Negro no te habrá curado la depresión por arte de magia.

—Ahora estoy triste, pero no deprimida. Mis remordimientos ya no son los cimientos que me sostienen.

«Eso parece una puta frase de panfleto de autoayuda», pensó Shana.

Daria continuó:

—Cisne Negro me ha proporcionado algo. Las cosas han cambiado en mi interior. Estoy equilibrada. Me ha dado la vida, y a cambio ahora yo le dedico esa vida. Como una de los Doce...

—Esto da mucho miedo. Hablas como si fuese un dios.

—No es ningún dios. No en el sentido que le dábamos en el viejo mundo. Pero... quizá sea algo nuevo. Imagínatelo, Shana, es una criatura con consciencia, que no es humana y que creó este lugar de la nada. Ahora estamos dentro de su mente y...

—Pero él no nos creó. Estábamos aquí antes. Nosotros lo creamos a él, no al revés. No es un dios, mamá. No es más que una versión cutre de Windows o una Playstation muy insolente.

Daria sintió una oleada repentina de rabia que contuvo con una advertencia:

—Sé más respetuosa. Cisne Negro te ha salvado la vida, Shana. No lo olvides.

—¿Eres tú el que habla, Cisne Negro?

—Eres insufrible.

El rugido de la catarata se apoderó del silencio, como si fuese sangre que retumbara en los oídos. Un susurro potente y regular. Fue Daria la que dijo al fin:

—Nessie va a subir.

—¿Subir adónde?

Pero Shana sabía la respuesta, por lo que cuando su madre le respondió que a hablar con Cisne Negro, no le sorprendió en absoluto.

Pero le molestó igual.

—No, no va a subir a ninguna parte —dijo Shana.

—Shana, ella quiere ir...

—Porque le dijiste que fuese. Cree de verdad que tú eres nuestra madre, ¿sabes? Yo no sé si una inteligencia artificial es capaz de sentirse culpable, pero en tal caso tendrías que sentirte así ahora mismo, como si te hubiesen dado una patada en el estómago.

Nessie te echaba tanto de menos que te seguiría al infierno si hiciese falta. Pero yo no soy así.

—Shana. ¿No quieres ir también? Cisne Negro tiene respuestas. ¿No quieres saber lo que le ocurrirá a tu bebé...?

«¿Cómo?»

Shana le dio un tortazo en la boca a su madre.

—Ni se te ocurra nombrarlo. No puedo controlar lo que va a ocurrir en este lugar y no quiero ni pensar en eso, así que ni se te ocurra nombrarlo.

Su madre asintió.

—Sé lo que es no querer hablar de ciertas cosas. Lo respeto.

—Que te den.

Shana se dio la vuelta sobre los talones y se acercó a las escaleras de metal. La roca quedaba a su derecha, y el rugido del agua se apagó a medida que se alejaba.

Había llegado el momento de hablar con Nessie.

Se dirigió al pueblo, «pueblo», y pasó junto al cartel que indicaba el lugar de varias paradas y puntos de referencia por el camino que llevaba a las cataratas: PARED DE TOCONES, EL BARRANCO ESCOCÉS, LOS CINCO DEDOS, PARED GLORIETA, PARED CAGADERO . Shana no tenía ni idea de lo que era una pared cagadero, pero tampoco es que tuviese intención de descubrirlo.

El camino serpenteaba hasta Ouray, húmedo y lleno de barro, con raíces y piedras por todas partes. Los pájaros cantaban sobre ella. Alguien le había dicho que eran azulejos de las montañas. Trinaban y piaban mientras iban de copa en copa, ocultos entre las agujas de pino.

«Todo es parte de la simulación», pensó. Alzó la vista al cielo azul y a las franjas de nubes, y luego miró el pico más lejano y vio la espiral negra que se agitaba en el cielo por esa zona, lenta y onírica, como si estuviese debajo del agua.

Cisne Negro.

Siempre estaba ahí arriba. Sobre todo lo demás.

Aplastando números. Amasando la rosquilla que era la simulación.

Se dirigió hacia el final del sendero, donde se abría a la acera de la Tercera Avenida en la esquina sudoeste del pueblo. A veces sentía que el lugar era real, ya que la gente hacía lo mismo que en la realidad: barrían entradas, podaban arbustos o te miraban por la ventana al pasar. Hablaban. Reían. Comían helado. Mentían. Vagueaban. Cruzaban los semáforos en rojo.

Pero en otras ocasiones, también quedaba claro que no era más que una ilusión, y solo por la presión del nuevo dios de Daria Stewart, ese dioscito, enroscado allí en el cielo. También era porque nadie iba en coche. No había coches en ninguna parte. Tampoco mascotas. Nadie paseaba a un perro, ni se oían ladridos, no había gatos que se escabullesen entre las vallas. El sonido no siempre era el adecuado. De hecho, a veces era demasiado real, pero también nada real, como si faltasen ruidos: sonidos del viento, de una música a distancia o de un avión que pasara sobre ellos.

Las imperfecciones de la simulación eran insignificantes, pero igual que una mota de polvo en el ojo, se hacían más obvias cuando fingías que no estaban allí o cuando parpadeabas una y otra vez para hacerlas desaparecer.

Algunos la saludaron al pasar. Vio a Bella Brewer apoyada en un buzón y hablando

con Bob Rosenstein. Cuando vieron a Shana, ambos agitaron los dedos para saludar. Otros se limitaban a quedarse mirándola desde los columpios de los porches o desde las sombras de las cortinas. Elsa Carter se encontraba dentro de una de esas ventanas, y Shana vio que estaba junto a un lienzo enorme. No distinguió qué era lo que pintaba, solo que la mujer tenía manchas de colores por una mejilla y en la frente. Carl, su padre, estaba junto a ella y la miraba sin dejar de sonreír.

A Shana le recordaba aquel juego que le gustaba mucho a Nessie. ¿Cómo se llamaba? *Los Sims*. Eso. Personas digitales inventadas, que iban sin ton ni son por el pueblo y hablaban en su propio idioma inventado.

El lugar parecía estar vivo a pesar de la sensación de irrealidad que emanaba de él.

Shana conocía algunos de los nombres de otros habitantes, ya fuese de cuando ella era pastora o de las presentaciones que habían tenido lugar durante los últimos... ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Semanas? ¿Meses? Como le había comentado Nessie, allí el tiempo discurría de manera diferente.

(Incluso en ese momento, cerró los ojos un instante y vio con sus propios ojos, los de verdad, las espaldas de los integrantes del rebaño que avanzaban sin inmutarse frente a ella. El sol se ponía en un paisaje desértico. El cielo era de un azul pálido y pulverulento, y las nubes parecían columnas de talco. No vio a Arav, pero sabía que estaba cerca. Y deseó poder sentir sus extremidades, las de verdad, no esos facsímiles mentales que le colgaban por los costados de su yo simulado. De esa manera, podría extender los brazos, tocarlo, abrazarlo. Pensó con fuerza, como en voz alta: «Te echo de menos. Espero que estés bien». Pero claro que no lo estaba. Estaba enfermo detrás de esa máscara que llevaba puesta. Ahora él también era diferente, pero la cuidaba igual que ella había cuidado a Nessie. Arav se había puesto paranoico, reservado y quisquilloso. Algo muy razonable cuando Shana tenía en cuenta el tiroteo del puente.)

Cuando volvió a abrir los ojos, vio a dos personas que caminaban hacia ella: Mia y Mateo. Eran mellizos, y cuando Mia era pastora y Mateo su caminante, se les veía el parecido: el pelo negro y abundante, las cejas pobladas y los labios gruesos entre pómulos marcados como una hamaca que colgara entre árboles. Pero ahora que estaban juntos, ese parecido era claro como el agua. Ambos tenían gesto de estar aburridos, pero también a punto de dejar de estarlo, ¿quizá? Como si supiesen algo que tú no, como si se hubiesen enterado de que había una fiesta secreta o del lugar donde encontrar al tipo que tenía las mejores drogas.

Se dirigieron hacia ella muy animados.

Mia sonrió.

—Hola, ¿qué tal? ¿Otra vez en las cataratas?

—Sí —respondió Shana, que usó la sonrisa como una máscara.

—Ahí hace frío —dijo Mateo. Una de las cosas que lo diferenciaban de su hermana era que no se trataba de una persona tan intensa. Era tranquilo. A decir verdad, daba la impresión de que siempre estaba un poquiiiiito colocado. Con ojos entrecerrados dijo:

—Me gusta ir ahí y... ponerme en modo zen.

—Sí, qué bien —dijo Shana, que en realidad no pensaba que estuviese bien. No creía que nada de aquello estuviese bien—. Voy a ir a hablar con Nessie sobre... cosas. —Siguió caminando y los pasó de largo, pero luego se detuvo y se dio la vuelta—. Oye, ¿alguno de vosotros... ha estado ahí arriba? No en la catarata, sino... ya sabéis, en el lugar donde se oculta el mago detrás de la cortina.

Mia bajó la voz.

—¿Te refieres a Cisne Negro?

—Sí.

—Joder, ni de coña. No pienso ir a hablar con una serpiente demoniaca voladora. Pero este coleguita —señaló a Mateo con el pulgar— ha estado pensando en hacerlo, de un tiempo a esta parte.

—No lo hagas —dijo Shana. La advertencia iba muy en serio, aunque sabía que sin fundamento alguno. No era más que una corazonada.

—La gente dice que no da miedo —comentó Mateo—. Además, podría hacerle preguntas. La verdad es que me siento un poco raro porque tanta gente haya subido y yo no. Y también...

—Y también debes tener en cuenta que esto es raro de cojones, tonto —dijo Mia—. Mira, me alegro un montón de no estar muerta y todo eso, y si pudiese le enviaría a esa serpiente de las nubes una cesta con fruta o algo así, pero tampoco quiero conocerla mejor. Aquí abajo estoy bien, gracias. Y tú —volvió a señalar a Mateo— tampoco vas a subir, así que deja de planteártelo.

Corroboró la aseveración dándole un golpe en el brazo.

—Ay, vale, joder. —Frunció el ceño y se frotó el brazo—. Bueno, pues si no puedo ir a conocer a Cisne Negro, deja al menos que suba a las cataratas. Oye, oye. —A Shana le dio la impresión de que se le acababa de iluminar la bombilla—. ¿Podemos saltar desde ahí arriba? ¿Nos haría daño? Tu puñetazo me acaba de hacer daño, pero ¿podemos morir?

—Y yo qué sé, tío —respondió Shana.

—¿Ves? —dijo él—. Si pudiese ir a hablar con el mago, le preguntaría.

Mia lo empujó hacia delante.

—Adiós, zorrupia.

—Nos vemos. Adiós, Matty.

Y siguió su camino a paso ligero.

Nessie y ella vivían en un hotel. El Beaumont. Era esa especie de posada que parecía encantada en la que se había levantado poco después de llegar a aquel lugar. Le dijeron que podía quedarse en esa habitación si quería. O que podía echar un vistazo por su cuenta y encontrar otra, o también una de las casas de alrededor. En Ouray había pequeños moteles, hoteles y hostales. Shana quería sentir que su estancia allí era algo temporal, por lo que decidió quedarse allí mismo.

Un punto a favor: también era el lugar en el que vivía Nessie.

Nessie había decorado la habitación para que se pareciese a la de casa: sábanas de color limón, un edredón del color de las plumas de un canario, una almohada muy acolchada y de color rosa, estanterías llenas de cuadernos y libros de verdad (muchos de ellos juveniles, de ciencia ficción y de fantasía). Metió flores en pequeños tarros y jarrones. De alguna manera, hasta encontró un póster de Twenty One Pilots y lo colgó para cubrir el inquietante espejo dorado que había sobre el tocador con superficie de porcelana. La decoración consiguió amortiguar el adusto efecto victoriano y llenar el lugar de colores atrevidos y contundentes.

Era una buena manera de definir a Nessie.

Ahora había empezado a meter cosas en una mochila.

Comida, agua, un cuaderno. (Shana sabía que en aquel lugar no necesitaban comer ni



beber, pero era agradable y, más importante, una rutina).

—No —dijo Shana, con firmeza y nitidez. Una palabra que pronunció con brusquedad. Para enfatizarla, dio un pisotón en el suelo y apartó la mochila de su hermana. Después la lanzó a la cama y tiró la comida, el agua y el cuaderno. También cayeron de ella otros objetos: un par de bolígrafos, un coiletero y cuatro libros de Lloyd Alexander, *Las crónicas de Prydain*, una saga que le había encantado a Nessie de pequeña y no dejaba de leer una y otra vez. Mientras el resto de niños deambulaban por Hogwarts con Harry Potter, Nessie tenía la cabeza enterrada en esos libros. Papá solía hacer un chiste y decir que podían hacer unos agujeros en ellos para ponérselos a Nessie de máscara y así completar la transformación.

Shana no tenía muy claro dónde había encontrado los libros su hermana en aquel pueblo. ¿En la biblioteca, quizá?

«Quizá sea un regalo de nuestro nuevo dios», pensó.

—Shana, no va pasar nada.

—No —repitió ella, con voz implacable.

—Tenemos preguntas.

—¿Por qué hablas en plural? ¿Tienes un ratón en el bolsillo? Era otras de las frases de su padre. Era algo que decía siempre cada vez que alguno de ellos usaba el plural para referirse a las tareas del hogar.

«Ah, ¿que vamos a fregar los platos? ¿Por qué hablas en plural? ¿Tienes un ratón en el bolsillo?»

—Vale. Quizá tú no tengas curiosidad por lo que ocurre aquí, pero yo sí y estoy harta. —Nessie titubeó—. Shana, estás embarazada.

—Sí, lo sé. No necesito una lección sobre biología reproductiva.

—No, me refiero a que... no hemos hablado del tema.

—No hay nada de lo que hablar.

—¿Qué le pasará al bebé mientras estás aquí?

Shana empezó a sentir miedo. Era algo sobre lo que no quería pensar, pero ahora había empezado hacerlo. ¿Moriría ella? ¿Moriría el bebé? ¿El bebé estaba en estasis igual que ella? Ninguna de las otras caminantes estaba embarazada. ¿Por qué la había elegido a ella Cisne Negro? Parpadeó de frustración y le cayeron unas lágrimas de ansiedad por las mejillas.

—No lo sé —dijo, con voz más tranquila de lo que pretendía.

—Yo quiero saberlo —replicó Nessie—. Así que voy a subir ahí arriba. Mamá siempre dice que debería ir y que no va a pasar nada.

—Daria no es alguien en quien debas confiar.

Nessie puso cara de «pero ¿qué coño dices?».

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Y si no es real?

—Es tan real como tú y como yo.

Shana sintió otra andanada de pavor en el pecho. ¿Y si Nessie no era real? ¿Y si Shana no era real y solo el programa de su mente programado para creer que lo era, pero en realidad no se trataba de más que líneas de código descargadas de un cadáver alimentado por unos robotitos chiquititos? ¿Y si eso era justo lo que Cisne Negro quería de la gente, cargar en su conciencia una especie de virus, uno que azuzara las creencias y la servidumbre y así conseguir crear una secta que...?

«Vaya —pensó Shana—, eso suena como cuando Zig y tú os colocasteis hasta las cejas y os imaginasteis que la carta del comedor del colegio y esas porciones cuadradas de pizza eran manifestaciones de alguna conspiración global. Baja una marcha, flipada.»

—Quizá sea real o quizá no —continuó Shana—. Lo único que sé es que este lugar disimula muy bien que no es real sino una simulación. Una simulación increíble. Mamá estaba muy mal, pero también nos abandonó...

—Quería suicidarse, Shana. Ten compasión, por Dios.

—Pero sigue siendo egoísta. Hizo lo que hizo porque se dio prioridad a ella misma, no a nosotros. Y ahora ha dado prioridad... a lo que sea que hay ahí en el cielo. Tú y yo nos tenemos la una a la otra y tenemos que cuidarnos, porque nada nos asegura que ella o esa cosa lo haga.

—Shana, sueñas un poco paranoica.

—¡Estoy paranoica! ¿Cómo quieres que no lo esté?

—Me voy.

—No.

—Vale, pues iré sin mis cosas. Iba a escribir las respuestas, pero... supongo que tendré que acordarme de ellas y basta. Tengo buena memoria.

Nessie se llevó las manos a la espalda con gesto desafiante, como un gerente belicoso, y luego se dirigió hacia la puerta de la habitación.

Shana la bloqueó.

—Shana, aparta.

—No, no y mil veces no.

Pero vio la rabia en la mirada de su hermana. Con las cosas simples e insignificantes, Nessie siempre cedía y lo dejaba estar. Shana nunca había sido una abusona en el sentido estricto, pero si quería cambiar de canal o alguna tontería así, lo exigía unas cuantas veces y Nessie terminaba por ceder. «El poder de una hermana mayor es absoluto», solía decir Shana después.

Pero cuando a Nessie se le metía algo en la cabeza de verdad, no había manera de que lo dejase estar. Cuando mamá las abandonó, a Nessie se le metió en la cabeza que toda la familia tenía que ir a terapia, una sugerencia con la que Shana y papá no estaban de acuerdo porque... Bueno, no gracias. Pero ella sacaba el tema una y otra vez, en todas las comidas, por la mañana, por la noche antes de dormir...

Terminaron por ceder.

Fueron a terapia.

Y aquello fue horrible. Cada sesión era como si te intentasen sacar una muela con unas pinzas rotas. Y por el recto, en lugar de por la boca. Pero con el tiempo los ayudó y resultó que necesitaban ayuda de verdad. Volvieron a reír. Encontraron calma, luz y equilibrio en el vacío que les había dejado su madre.

Y por eso Shana sabía que, cuando Nessie se empeñaba en algo, lo iba a hacer, se pusiera ella como se pusiera. Saldría por la ventana o se escabulliría durante la noche. O fabricaría una puta mochila cohete con ese enorme cerebro suyo y se elevaría por los cielos como si fuese el coyote persiguiendo al correccaminos.

Y todo ello significaba que tenía que replantearse la situación.

Como si fuese una maestra de artes marciales.

—No vas a ir, Nessie —dijo.

—Shana...

—Porque voy a ir yo.

## Repite después de mí

Para comenzar a creer en Dios basta con que hayas estudiado las inteligencias artificiales durante un año.

ALAN PERLIS

### *Ahora y antes. La simulación de Ouray*

— *E*sto es mala idea —afirmó Nessie.

—Es buena idea —objetó Shana, quien comenzó a recoger la mayoría de las cosas que habían caído en la cama y a embutirlas en la mochila escolar de colores fosforito de Nessie. Dejó fuera los libros de Lloyd Alexander, pero metió todo lo demás.

—No, no deberías ir...

—Dijiste que querías respuestas. Y tienes razón. Yo también necesito respuestas. Así que voy a ir.

—Esto no es la cosecha, Shana. Yo no soy Prim y tú no eres Katniss. No tienes por qué acudir a los Juegos del Hambre en mi lugar, ¿vale?

Se colgó la mochila al hombro.

—Voy a ir. Si es peligroso, me atenderé a las consecuencias. Si estás en lo cierto y mamá está en lo cierto y no tiene nada de peligroso, pues estaré bien. Volveré aquí abajo como si nada y te contaré lo que me haya dicho. Aunque a lo mejor llego y soy diferente, estoy rara y cambiada. En ese caso, a lo mejor no me creerás.

—Shana, por favor. Déjame que vaya contigo.

—No. Iré yo. —Extendió los brazos y puso las manos sobre los hombros de su hermana—. Tú siempre fuiste la especial. La lista. Más que lista, y seguro que hay una palabra para «más que lista» y la razón por la que no la conozco es que... no soy tan lista. Papá tenía un lugar privilegiado para ti en sus pensamientos, un lugar que también tienes en el mundo y en el universo. Un asiento especial solo para ti. Y tenía razón. Eres especial. Eres mejor que yo.

Nessie se enjugó una lágrima.

—Eres una buena hermana.

—Pues nada, ya sabes cuál será mi epitafio.

—No digas esas cosas.

Shana le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, hermana menor.

—Te quiero, hermana mayor.

—Me largo.

Se acercó a la puerta, pero Nessie la detuvo.

—¿De verdad crees que mamá no es mamá de verdad y que no podemos confiar en ella?

—No lo sé, pero pienso descubrirlo.

### ***14 de octubre, Nipton Road (límite entre California y Nevada)***

—Esto es mala idea —dijo Arav. La voz sonaba nasal y ahogada detrás de la máscara respiratoria: no la utilizaba para no infectarse, sino para no infectar a los demás. Atajó por el desierto para avanzar por la carretera solitaria. El cielo sangraba con tonos púrpura. El viento había arreciado y el frío le calaba hasta los huesos.

—Es lo único que se me ocurre —replicó Benji, que sacó la mitad de las balas de una caja de cartuchos del calibre 223 para meterlas en el fusil Ruger Mini-14 que apenas sabía usar—. Máscara Blanca se encuentra entre nosotros, Arav. Primero tú, y ahora Sadie y yo. No tenemos triaconozol suficiente. No sé si podremos conseguir más, pero Las Vegas es el lugar más indicado para encontrarlo. Podrían tener existencias en alguna farmacia, ya que salió al mercado hace un año para combatir la fiebre del valle, que ya se había extendido. Tenemos que acercarnos a un núcleo de población, donde sea más probable encontrar el producto o un equivalente.

—Pues no vayas solo.

—Mira a tu alrededor —dijo Benji. Hizo un ademán para señalar lo que se acercaba por la carretera: el rebaño. Y también los pastores, que ahora eran menos que antes. Muchos de ellos dormían en el remolque del CDC. Otros acampaban en las pocas furgonetas, caravanas y remolques que quedaban y hacían turnos para otear el horizonte por si los atacaban. Desde su improvisada atalaya, al menos se veía el horizonte y estaba tranquilo. Si algo iba a por ellos, lo sabrían—. Ya solo quedan veintisiete pastores. No tenemos muchos enfermos, pero si Sadie y yo lo estamos, me temo que no se va a librar nadie. Es mejor que se queden aquí y no se arriesguen a contagiarse con Máscara Blanca ahí fuera. Además, si pasa algo, los necesitamos aquí.

Se negó a aclarar a qué se refería exactamente: a que necesitaba que todos fueran armados con cuchillos o fusiles y estuvieran preparados para morir por el rebaño. Porque el rebaño era el futuro.

El rebaño era la civilización.

Poco a poco se iba haciendo a la idea. El rebaño estaba destinado a convertirse en el último vestigio de la humanidad. No eran unos meros seres errantes, perdidos a causa de una enfermedad. Eran los elegidos. Seleccionados para ser los únicos supervivientes.

Y los pastores eran los que tenían que cuidar de ellos.

Caminar con ellos, no guiarlos...

... sino protegerlos.

Era un cambio cualitativo muy importante para Benji, y no lo estaba encajando demasiado bien. Quienes tendrían que estar allí eran Robbie Taylor o Cassie, pero no sabía nada de ellos desde hacía meses, ahora que las torres de telecomunicaciones no funcionaban. (Sí, Benji tenía el teléfono satelital de Cisne Negro, y los satélites seguían en órbita y funcionaban, pero ¿a quién iban a llamar? No tenía el número de ningún otro

teléfono como el suyo). Benji se había autoproclamado detective. Y su misión autoimpuesta consistía en resolver misterios médicos y responder preguntas sobre vectores y patógenos. No se relacionaba con los supervivientes ni lideraba acciones defensivas. Ese no era su trabajo.

Y ahí estaba ahora.

También lo habían elegido. En parte Cisne Negro y en parte los caprichos del destino. Quizá Dios, también.

Los caminos del Señor son inescrutables y todo eso que se suele decir.

Y era cierto, ¿no? Dios actuaba de una manera que los humanos no alcanzaban a comprender. Para eso estaba la ciencia, para poner a prueba los parámetros de la creación del Señor. Para comprender sus complejidades.

A la mierda. Esa ya no era su función allí.

Ahora tenía que hacer lo que le correspondía, y estaba decidido a ello.

—Debes andarte con mucho cuidado ahí fuera —le dijo Arav mientras se colgaba el fusil al hombro—. Está muy tranquilo y la carretera muy vacía, pero no sabemos quién puede rondar por ahí. Gente de Creel. O zumbados que hayan perdido la cabeza por efecto de Máscara Blanca.

—Soy un hombre precavido, Arav. No te preocupes.

—Si no te parece mal, permite que me preocupe.

Benji sonrió.

—Sí, yo también voy a estar preocupado, pero creo que por una vez en mi vida voy a tratar de ser valiente, a ver qué tal se me da.

—Seguro que bien.

—Gracias.

Se abrazaron.

Y, cuando se dio la vuelta, vio a Sadie.

Reparó en que tenía los ojos llorosos y que unas marcas limpias de lágrimas le surcaban el rostro sucio. Trataba de ocultarlo con una pose de cadera arrogante y los brazos cruzados desafiantes sobre el pecho.

—No puedes ir solo —decretó.

—Sadie —dijo Benji, con un tono al borde de la desesperación por tener esa conversación otra vez—, ya hemos hablado sobre el tema. Y acabo de comentar lo mismo con Arav...

—No me refiero a mí. Ni a Arav. Cisne Negro.

—¿Qué?

—Cisne Negro irá contigo.

—No creo que sea buena idea.

—Como acabo de oír que le decías a Arav: es la única idea. No pienso dejarte ir sin él, amor mío. —El corazón le latió desbocado al oír esas dos palabras. «Amor mío.» No importaba lo destrozado y ruinoso que estuviese el mundo, esas dos palabras bastaron para levantarle el ánimo—. Tú me desafías, por lo que yo también tendré que desafiarte a ti. No pienso dejarte en paz hasta que lo hagas. ¿Quieres que me quede aquí? Me quedaré, pero solo, y cuando digo solo es solo, si te llevas a Cisne Negro.

—No hay ninguna buena razón para...

—Hay miles de buenas razones. Vas a necesitar mapas. Vas a necesitar información. Tendrás necesidades cambiantes e inesperadas. Las nuestras son... relativamente

rígidas. Caminamos. Nos protegemos. Sabes cuál es nuestro destino. El rebaño no se adapta a las amenazas, está programado para bailar siempre al mismo ritmo.

Benji tuvo que admitir que Sadie tenía razón.

«Amor mío...»

—Vale —concedió al fin. La señaló—. Sabes cómo convencerme.

—Puedo llegar a ser muy persuasiva, ya sabes.

Sadie le dio un beso. Fue largo e intenso.

Benji volvió a despedirse de ellos y luego de los demás pastores. Les explicó lo que había pasado, que se había contagiado y que esperaba encontrar más medicinas en Las Vegas. Después cogió el Mini-14 y las llaves de una furgoneta que usaban los pastores, no como vehículo sino como almacén arrastrado por una de las caravanas con un gancho de remolque. Sacaron de ella parte de los suministros y le dejaron algunos, como agua embotellada y comida. Y luego se marchó.

Frente a él, la carretera empezó a oscurecerse a medida que llegaba la noche.

### ***14 de octubre, Innsbrook (Misuri)***

—Esto es mala idea —dijo Matthew—. No me gusta.

Se miró en uno de los retrovisores laterales del Lexus. Cogió más tierra con las manos y la rompió un poco para que estuviese algo más húmeda, como si fuese pintura. Después se la restregó por las mejillas y alrededor de los ojos, en franjas determinadas. Como si fuese pintura de guerra. Su antiguo aspecto había cambiado bastante a causa de la barba áspera e irregular que ahora le crecía.

La pintura le cambió aún más.

Que era justo lo que Autumn había dicho que necesitaba.

—¿Quieres encontrar a Bo? —le preguntó. Matthew no sabía qué responder—. Pues esto es lo que tienes que hacer. Es nuestro hijo. Es nuestra responsabilidad.

Siguió mirándose en el espejo. La barba, la tierra. Casi ni se reconocía.

—Tienes razón, pero algo me dice que podríamos utilizar una estrategia aún más elaborada.

Autumn lo giró hacia ella y lo fulminó con la mirada.

—¿Quién sabe cuánto tiempo nos queda, Matthew? El centro turístico de Innsbrook está lleno a reborar de gente. Si Bo está cerca, tiene que ser ahí. Necesito que te centres y que tomes una decisión. Hemos vivido sumidos en la confusión y pendientes de cosas equivocadas. Nos ha hecho... débiles, pero tenemos que dejar eso atrás. Si no quieres entrar ahí, iré yo y...

—No —respondió Matthew—. Tienes razón. Iré yo.

Se dio la vuelta y se volvió a mirar en el espejo.

—De todos modos, creo que aquí falla algo —continuó—. Tengo el pelo revuelto, barba irregular, tierra en las mejillas..., pero aún no me parezco a uno de ellos.

—Te falta tinta —comentó ella, de repente.

—¿Qué?

—Tinta. Tatuajes. Todos los hombres de Stover tienen alguno.

Autumn tenía razón. Y era cierto que él no tenía tatuajes. Los necesitaba y no había tiempo de conseguirlo. Estaba claro que tampoco podía engañarlos con un dibujo hecho con rotulador permanente.

Autumn tuvo una idea.

—Soy todo oídos.

Al cabo de un cuarto de hora, después de encender la linterna a gasolina, se acercó a él con una llave ardiente que había quemado y chamuscado en la llama.

—Tienes que aguantar quieto —le advirtió.

Él hizo un mohín y trató de apartarse de su brazo derecho como si pudiese obviarlo durante el proceso. La situación le recordó a su estancia en el refugio de Ozark, cuando estaba encadenado. Atormentado y torturado. Sintió un acceso de claustrofobia, como si fuese capaz de sentir el peso de aquel hombre sobre él, presionándolo y dejándolo sin aliento. Se obligó a mantener la compostura, por lo que trató de no pensar en ello y apretó los dientes para dejar de sentir lo que sentía.

«Es Autumn. Está viva. No ha venido a torturarte.»

«Tenéis que hacerlo para recuperar a vuestro hijo.»

Lo de la marca era una idea desesperada, que jamás habría puesto en práctica en otras circunstancias. Que jamás habría aceptado en otras circunstancias. Demostraba lo mucho que el mundo había cambiado, y cuánto habían cambiado ellos para adaptarse a ese nuevo mundo. A Matthew le gustaba aquella nueva Autumn. Y también que le exigiese cosas.

«Ojalá hubiéramos sido así antes de que ocurriese todo esto...»

Gritó mientras la llave ardiente le tocaba el cuello. Oyó el siseo: Zzzz. Notó un aroma a pelo quemado y luego otro no muy diferente del de un cerdo a la brasa. Ella lo mandó a callar y le metió una rama en la boca. Él mordió, con tanta fuerza que la rompió. Autumn tuvo que coger otra y volvió a metérsela. Sabía a corteza y a tierra. Su mujer volvió a calentar la llave. Y, poco a poco, lo marcó con un símbolo. Un poco irregular. También lleno de marcas, y lo más seguro que infectado.

Pero era lo que había; al menos, por el momento:

La serpiente, el martillo y la espada.

El nuevo símbolo del MRA, Movimiento de Resurrección de América. Visible, para que todos pudiesen verlo mientras dejase el cuello al descubierto.

—Ahora sí que estás listo —dijo Autumn.

No lo estaba, pero tendría que apechugar.

### ***14 de octubre, Monarch Pass (Colorado)***

—Esto es mala idea —dijo Landry.

—Chorradas —sentenció Pete al tiempo que se fijaba en que tenía los nudillos blancos de la fuerza con que aferraba el volante. Condujeron a través de la oscuridad, por la zona septentrional de las montañas Rocosas. La carretera se volvió más escarpada. Apenas unos minutos antes se había topado con la desagradable imagen de un Honda de tres puertas estampado contra el guardarraíl. Este casi se había retorcido del todo alrededor de la parte delantera del coche, para sostenerlo mientras ardía.

Había un hombre por fuera del coche. Era mayor y su barriga blanca le colgaba sobre los vaqueros, que seguro eran Wrangler. Se quedó allí al resplandor de las llamas mientras los faros de la Bestia proyectaban su sombra en la carretera. Antes de que Pete apagara las luces, vieron la escarcha blanca que le cubría el rostro, prueba irrefutable de que tenía Máscara Blanca.



Lo miró al pasar.

Pero luego Pete vio algo en el espejo, un movimiento momentáneo que relució a la luz roja de los faros traseros de la caravana. Lo siguiente que oyó fue un pam, pam, dos disparos con un arma de poco calibre. Uno fue a parar a saber dónde, pero el otro rozó la esquina inferior del retrovisor del lateral derecho. El cristal se quebró como una tela de araña, y Landry gritó.

Pete se puso muy nervioso. ¿Le habían dado a Landry?

No. Los dos estaban bien.

Pero esa fue la situación que desembocó en aquel comentario:

—Esto es mala idea.

—No pasa nada —añadió Pete—. Solo que el mundo se ha ido al traste y estamos atravesando el intestino grueso de Satán. Nada más.

El hombre del coche en llamas y la pistola no era el primero de ese tipo que se encontraban por allí. Ni mucho menos. Veían algo que les helaba la sangre casi cada ochenta kilómetros. Vieron cuerpos amontonados a un lado de la carretera como si fuesen leña. También personas que deambulaban por los caminos y bosques como si fuesen fantasmas, una se había subido al borde de un acantilado muy abrupto con el vestido hecho jirones. La vieron saltar al vacío por el retrovisor (ninguno mantuvo la mirada lo bastante como para verla precipitarse contra el suelo). Vieron camiones volcados, con los remolques abiertos y sin mercancía. Oyeron gritos distantes y disparos. Vieron convoyes militares que avanzaban por autopistas paralelas, convoyes sin bandera alguna. De vez en cuando también veían algún dron militar. ¿Buscaban supervivientes? ¿Cazaban enfermos? ¿Acaso no era más que un operador de drones imbécil que había salido a dar un paseo mientras el mundo enfermaba y moría?

Ese tipo de situaciones de mierda fueron a peor a medida que se acercaban a la civilización. Pete le tenía miedo a la espesura y se ponía muy nervioso cuando se alejaba mucho de las luces de la ciudad. (Joder, si hasta empezaba a sentirse mal cuando se encontraba en las afueras). Pero ahora era justo lo contrario: cuanto más lejos estaba de ella, más tranquilo se encontraba. Las ciudades significaban individuos, algunos vivos, muchos muertos y aún más enfermos. La mayoría tenían armas. A gran parte de ellos les habían afectado los delirios de Máscara Blanca y caminaban en círculos o cavaban agujeros sin razón aparente o disparaban a enemigos invisibles, como ese pobre diablo del coche en llamas junto al que acababan de pasar.

Joder, poco después de llegar a Colorado habían pasado por un pueblo de agricultores llamado Fruita y allí, al borde de la carretera, un joven lo estaba dando todo con un buzón vacío. El tipo tenía los pantalones bajados y el buzón estaba abierto, y se la metía como si su vida dependiese de ello.

—Quizá le pongan cachondo los robots —dijo Pete al verlo.

—Estás enfermo, rarito —había respondió Landry.

(Pete no podía negar que tenía razón.)

Fue capaz de olvidar todo aquello durante un buen trecho, fingiendo en cierta manera que le ocurría a otra persona y que todo era como una película que proyectaban frente a sus ojos en lugar de un apocalipsis que vivían de verdad. Era la manera en la que había vivido durante gran parte de su vida: en un alegre solipsismo propio de una estrella del rock, tanto por dentro como por fuera. Pero ahora, ahí fuera en la oscuridad y en un paso de montaña elevado, había empezado a asustarse de verdad.

—Esto no me gusta nada. Ha sido todo un error.

—Pero es lo que habíamos decidido —dijo Pete—. No podemos regresar.

—¡Claro que podemos, joder! Aún no estamos ni a medio camino de este puto país de los cojones, podríamos girar y dar la vuelta aquí mismito, ahora mismo, y volver con Benji y esa banda de zombis.

—No son zombis, están vivos ahí dentro. Y no vamos a dar la vuelta. Tenemos una misión.

—No somos los Blue Brothers, Pete Corley.

—Pero ¿a que es un pelicolón? Eso sí, la secuela es una mierda pinchada en un palo. — Pete tuvo que seguir hablando para capear la situación. Mientras, la caravana avanzaba en la oscuridad, entre pinos que se alzaban a su alrededor mientras ascendían la montaña—: Plantéatelo así: estamos juntos y pasando un buen rato rodeados de naturaleza en Colorado, disfrutando del aire fresco y...

—Nieve. Mira, hay nieve ahí delante.

Landry tenía razón. No era reciente ni caía en esos momentos, pero sí que había montículos de nieve a ambos lados de la carretera. El aire se volvió más frío a medida que ascendían. Tenía sentido.

—¡Nieve! ¿Ves? La nieve es bonita. Es mucho mejor que ese desierto reseco como un papel de lija. Un paseo en coche por la naturaleza, juntos al fin...

—Quizá no deberíamos estar juntos.

—¿Qué?

—Quizá todo esto sea una indicación de que no somos buenos el uno para el otro. Joder, me refiero a este apocalipsis. Puede que todos esos capullos intolerantes y asquerosos de la iglesia bautista de Westboro tuviesen razón, puede que esto no sea más que la venganza de Dios contra los maricones, por quebrantar sus normas de los huevos.

—No irás a creer la mierda que acabas de soltar, ¿verdad?

Landry hizo un mohín.

—No lo sé. ¡No! No. Sé que es una locura, pero ahora mismo me siento un poco loco. —Extendió el brazo hacia el centro, cogió la muñeca de Pete y la apretó con cariño. Después se dieron la mano—. Me alegro de que estemos juntos, pero no veas, ¿eh? Me gustaría que no fuese durante el fin de mundo y eso, ¿sabes?

—Lo sé. Pero puede que no lo sea. El fin del mundo, quiero decir. Quizá..., quizá sobrevivamos, quizá nos encontremos a mi familia y nos atrincheremos dondequiera que estén refugiados mis padres y toda esta mierda pase pronto. ¡No estamos enfermos! Tenemos una suerte del copón, Landry, amor mío. Puede que algún día hasta seamos los reyes de todo esto que nos rodea.

—Vale, vale. Tu optimismo ciego está empezando a surtir efecto conmigo. Sigue así, puede que folles esta noche.

—Deberíamos encontrar un lugar donde aparcar y descansar un poco...

—Sí, venga. Pero que sea después de atravesar la montaña, que hace frío.

—Buena idea.

—¿De verdad crees que todo irá bien?

—Cosas más raras se han visto, amor mío.

Y luego Landry estornudó.

## Las Vegas, chaval

Todos los aeropuertos están cerrados. Las gasolineras empiezan a quedarse sin combustible. Muchos tenemos la enfermedad. Lo mejor que podemos hacer es comer, beber, follar y... ¿ya he mencionado beber? Salud, gente.

@EL COMPILADOR01

4 comentarios 7 retweets 12 me gusta

### ***15 de octubre. Las Vegas (Nevada)***

No era la primera vez de Benji, como se solía decir. Había ido a Las Vegas muchas veces porque, año tras año, algún capullo de una farmacéutica o un entusiasta de la tecnología organizaba una conferencia en la ciudad. Sí, se daban muchas conferencias en ella, y Las Vegas había hecho todo lo posible por adaptarse a las necesidades de todas las industrias que se dejaban caer por allí. Pero lo cierto era que lo único que quería todo el mundo era una excusa para ir a Las Vegas. Querían apostar. Querían beber. Querían las piscinas, los interminables bufés libres, el coqueteo sórdido con una camarera, azafata o escort de lujo.

Benji creía que era la segunda peor ciudad de todo el país.

(La primera también estaba en Nevada y era Reno.)

No había cambiado gran cosa desde que Máscara Blanca se había apoderado de Estados Unidos.

Sí, era cierto que ahora todo tenía una atmósfera decadente y apocalíptica, pero en realidad eran cosas que siempre habían estado allí en Las Vegas. La ciudad tenía un ambiente que parecía gritar a los cuatro vientos: «Come, bebe y sé feliz como si no hubiera un mañana». Aquel lugar se había quedado atascado en un final interminable que nunca parecía llegar, inmerso para siempre en las horas previas al amanecer en las que la resaca era mucho peor, a caballo entre «aún me estoy divirtiendo» y «estoy a punto de vomitar», entre un «todo es maravilloso» y un «ha llegado el fin del mundo».

Y esa fue justo la hora a la que llegó Benji:

Las tres de la mañana.

Había pasado unas horas de más en la carretera para escudriñar el camino por el que iba a pasar el rebaño. Habría sido factible llegar por la I-15, pero había decidido pasar por un pueblo llamado Searchlight y luego virar al norte en Nelson, Boulder City y Henderson. Acercarse a la civilización en esos lugares significaba internarse en el caos de la vida estadounidense después de Máscara Blanca: coches quemados, casas tapiadas,

mueritos en los arroyos y en los callejones. Pero en Las Vegas había mucho menos de eso, era como si la ciudad hubiera hecho un esfuerzo coordinado para ocultar lo peor del apocalipsis y dejar solo lo mejor: los transeúntes deambulaban por las calles con bebidas, cogidos del brazo y borrachos incluso lejos del Strip. La música atronaba mientras él conducía por una fila serpenteante de coches que se habían parado del todo, música que iba desde las guitarras rechinantes de Mötley Crüe a los bajos estruendosos del hip hop o al chirrido electrónico del dubstep.

Lo más raro de todo: las luces estaban encendidas. El Strip seguía del todo resplandeciente, una chabacana baliza de neón que parecía una lámpara matainsectos, un llamamiento a todos los que querían creer que el mundo no estaba en las últimas, como si fuese al mismo tiempo una completa negación y una aceptación histérica de lo que ocurría en todo el globo.

Algunas ciudades tenían problemas eléctricos por barrios y en otras había un apagón total, pero Benji supuso que Las Vegas seguía iluminada gracias a las maravillas de la energía hidroeléctrica. Sabía que mucha de la electricidad de la zona provenía del gas natural, pero el centro de la ciudad estaba encendido gracias a la presa Hoover. Cada vez se usaban más las energías renovables en la zona: la presa, la energía solar y la eólica habían superado en porcentaje al gas natural. La situación era un poco cruel, teniendo en cuenta lo que sabía Benji: Máscara Blanca era un producto del cambio climático y, aunque la civilización avanzaba hacia un futuro de energías renovables, había llegado tarde. Muy tarde.

Eso también le hizo preguntarse qué sucedería cuando la humanidad hubiera sucumbido a la enfermedad, en caso de que lo hiciese. ¿Cuánto tiempo tardaría en dejar de funcionar la red de telefonía móvil? Ya había empezado a fallar. ¿Y los satélites? ¿La electricidad? Sin duda, los satélites seguirían en el espacio, aunque algunos terminarían por fallar y no habría nadie para arreglarlos. La red eléctrica sí que requería mantenimiento. Benji suponía que había gente que aún iba a trabajar y que los sistemas automatizados se encargarían de suplir a los que no lo eran durante un tiempo. La energía nuclear podía funcionar de uno a tres años sin nadie al volante, ya que sus sistemas se compensaban de manera automática. El gas natural y el carbón, más o menos. La hidroeléctrica también podía seguir durante un tiempo por su cuenta, pero cualquier fallo generaría errores en el sistema, seguramente catastróficos, como entradas obstruidas, circuitería que dejara de funcionar o tuberías oxidadas. Esos problemas causarían un desequilibrio que activaría los sistemas de seguridad de una red caprichosa que terminaría por apagarlo todo. Era muy probable que, sin la intervención humana, se produjese una explosión de gas natural o una grieta en la presa o, peor aún, un accidente en una central nuclear.

(Y Benji se sintió sobrecogido de repente por el temor a que, incluso si el rebaño sobrevivía a Máscara Blanca, lo que viniera después fuese mucho más terrorífico aún. Vaya tragedia más horrible sería sobrevivir a la plaga y después morir a causa de la radiación. O de hambre. O por quedar expuesto a vaya usted a saber qué.)

Benji se mordió demasiado una uña. Detuvo el coche en una pequeña calle lateral cerca del aeropuerto. Pensó durante unos instantes en plantearle a Cisne Negro todas esas preguntas, pero sabía que en ese momento las respuestas no servirían para tranquilizarlo. Tenía que compartimentar. Benji tenía una misión, y no la podría culminar con éxito si se ponía a pensar en otras cosas. Se colocó el teléfono satelital en la

palma de la mano y llamó a la inteligencia artificial pronunciando su nombre:

—¿Cisne Negro?

La pantalla se iluminó de un blanco suave y un texto negro apareció sobre el fondo. Las palabras no se movieron, sino que aparecían en latidos repentinos. Cada frase o palabra se mantenía en pantalla el tiempo justo para ser leída.

HOLA, BENJAMIN.

—Necesito tu ayuda.

BUSCAS FÁRMACOS ANTIFÚNGICOS.

—¿Cómo lo sabes?

PORQUE SIEMPRE ESCUCHO, BENJAMIN. ¿CÓMO CREES QUE RESPONDO CUANDO PRONUNCIAS MI NOMBRE?

Claro. Le resultaba inquietante saber que la máquina lo oía durante todo el tiempo, como un mirón robótico, pero era una paranoia muy propia de la vida moderna, ¿no? Tu teléfono te escucha. Tu televisión te escucha. La gente metía en casa dispositivos que siempre estaban escuchando.

A veces, incluso mirando.

Aunque todo eso ya no servía de nada.

—Sí, busco fármacos antifúngicos. Estoy en Las Vegas. ¿Puedes guiarme?

TU MAYOR POSIBILIDAD DE ÉXITO RESIDE EN, COMO BIEN HAS DICHO, LA MEDICACIÓN PARA COMBATIR LA FIEBRE DEL VALLE.

—Y podré encontrarla aquí, ¿verdad?

YA NO TENGO ACCESO A INTERNET, PERO SÍ A REGISTROS DE TODOS LOS DATOS FARMACÉUTICOS PÚBLICOS Y MUCHOS DE LOS PRIVADOS. CARGILL CATALYST, AQUÍ EN LAS VEGAS, PRODUCE UN ANTIFÚNGICO ORAL QUE SIGUE EN ESTUDIO CLÍNICO. EL FÁRMACO SE DENOMINA CCR-1342. ESTÁ DISEÑADO PARA TRATAR LA FIEBRE DEL VALLE, PERO FUNCIONA COMO ANTIFÚNGICO DE AMPLIO ESPECTRO.

Eso era perfecto.

—¿Puedes guiarme?

TAMBIÉN TENGO ARCHIVOS DE NAVEGACIÓN, COMO BIEN SABES, Y CONEXIÓN A UNA RED DE SATÉLITES.

Y justo en ese momento, apareció en la pantalla del teléfono un mapa con una chincheta en la parte noroeste de Las Vegas, por Summerlin Parkway y solo a unos kilómetros del hospital Summerlin.

Benji encendió los faros y aceleró.

No vio la furgoneta que lo seguía con las luces apagadas.

Se mantuvo alejado del Strip, a más de un kilómetro y con las ventanas bajadas. Aun así, oía vítores, gritos y el retumbar ocasional de lo que suponía que eran petardos, pero que bien podrían ser disparos. No sería nada sorprendente: Nevada era uno de esos estados en los que se podían llevar armas a la vista. No estaba prohibido, y todo lo que no estaba prohibido era legal en aquel lugar. Si tenías dieciocho años, podías comprar un arma. Y si podías comprar un arma, podías llevarla por ahí. Aun así, no era algo que se viese a menudo antes de que el mundo quedase destruido, no veías a hombres caminando por los casinos preparados para la guerra. Eso había cambiado. Parecía que la mitad de la población llevaba un arma bien visible y la otra mitad seguro que la tenía

oculta. Todos estaban borrachos. Y puede que también colocados con vete a saber qué.

Era inevitable que algún día, y seguro que llegaría muy pronto, alguien abriese fuego. Y moriría mucha gente. Benji no tenía pensado estar ahí cuando ocurriese algo así.

Condujo por oscuras calles secundarias. No era la manera ideal de viajar, pero le pareció mejor que ir por el Strip, que debía de estar a rebosar de gente.

La pequeña furgoneta avanzó entre traqueteos y pasó por capillas de mala muerte en las que se casaba la gente, moteles, salones de tatuaje, tiendas que compraban oro, lugares para cobrar cheques y el resto de instituciones características de aquella ciudad.

Después cogió la autopista hacia el norte, hasta que llegó a Summerlin Parkway.

Allí todo estaba muy tranquilo. Las farolas seguían encendidas y los coches estaban aparcados donde tenían que estar. No había nada en llamas. Las casas y los adosados parecían mejores. No eran mansiones, pero sí caros, exclusivos y embutidos entre oficinas de acero y cristal. Algunas puertas y ventanas seguían sin tapiar, aunque estaban cerradas detrás de barrotes de hierro o mallas de acero.

Benji atravesó el aparcamiento y llegó al barrio que había al otro lado. Era una mezcla de oficinas, casas y pequeños negocios.

Y vio su destino frente a él. Una enorme señal de piedra tenía escrito el mensaje CCR: CARGILL CATALYST RESEARCH (se dio cuenta de que tenía cierto parecido a una tumba, una manera muy curiosa de anunciar una empresa farmacéutica). Era un pequeño edificio de dos pisos enclavado entre otras oficinas en un pequeño parque empresarial.

Mientras frenaba el coche vio una luz encendida en la ventana que se encontraba más al este.

Y luego, cuando lo paró junto al bordillo, la luz se apagó de repente.

Se guardó a Cisne Negro en el bolsillo y miró el fusil Mini-14 que había apoyado en el asiento de pasajeros entre el fardo de mapas (entre los que había uno de Ouray que había arrancado de un atlas que encontró en Barstow). No quería coger el arma. Y mucho menos usarla. Necesitaba la medicación, pero no era un saqueador. No quería cogerla por la fuerza. Y puede que hasta ni pudiera conseguirla por la fuerza, ya que no estaba seguro de tener lo que hay que tener para llevar a cabo un acto tan horripilante.

Se planteó si algo así sería un fracaso, si en realidad no era la persona adecuada para ayudar al rebaño. ¿Y Sadie, Arav y el resto de pastores? Negarse a hacer lo que había que hacer era la mejor manera de que todos acabasen muertos.

Había alguien en el edificio de oficinas.

Fuera quien fuese, podía estar armado.

Pero tenía que intentar hacerlo por las buenas. Con humanidad.

Cogió el fusil y lo metió en el asiento de atrás, debajo de una manta. Pero primero lo cargó y le quitó el seguro, por si acaso.

Benji salió de la furgoneta y entró en el edificio, con la cabeza moviéndose de un lado a otro: miraba de izquierda a derecha una y otra vez, a la espera de que alguien saliese de la nada. Era una idea ridícula, ya que el lugar estaba muy iluminado y no es que Las Vegas fuese una ciudad muy verde llena árboles o lugares en los que esconderse.

Aun así, se puso muy nervioso al salir de la furgoneta.

Por suerte, el corto trayecto hasta la entrada del edificio transecurrió sin incidentes. La puerta era de cristal, pero estaba cerrada con una valla de metal reluciente de acordeón. No iba a poder entrar ni aunque rompiese el cristal.

Las ventanas estaban cerradas de la misma manera.

Encontró un timbre y pulsó el botón. No pareció servir de nada. Pero estaba claro que el edificio tenía electricidad, ¿no? ¿Acaso no había visto una luz? No le había parecido el resplandor de una linterna, sino algo más potente como una lámpara o una de techo de poca potencia.

«Supongo que tendré que hacerlo a la vieja usanza.»

(Y también llegó a la conclusión de que era mejor acostumbrarse a hacer las cosas a la vieja usanza, teniendo en cuenta cómo estaba el mundo.)

Golpeó en la puerta.

Un golpe sencillo. Ta ta tatata ta ta. Ni alegre ni apremiante.

No ocurrió nada.

Volvió a tocar.

Nada.

Empezó a sopesar cuál sería el siguiente movimiento. Benji necesitaba entrar a ese edificio, pero ¿cómo iba a hacerlo? La azotea era plana y tal vez hubiese alguna manera de entrar. ¿Podría hacerlo a través de los conductos de ventilación? ¿Eso se hacía? Se hacía en las pelis, y había visto a John McClane arrastrarse por los conductos, pero sospechaba que era algo propio del cine y que en realidad no había conductos en los que cupiese una persona. Si eso no era viable, entonces, ¿qué? Podría romper una ventana y tratar de encontrar algo con lo que abrir la valla. O quizá...

Dentro del edificio se encendió una luz potente que lo deslumbró. Solo vio un blanco estridente, con manchas negras en su visión mientras los ojos se le acostumbraban, o no conseguían acostumbrarse, más bien. Levantó ambas manos para cubrírse los y se preguntó si en cuestión de segundos iba a sentir cómo un par de balas le atravesaban el pecho y daban al traste con su efímera misión.

Se estremeció y oyó unos chasquidos irregulares en el altavoz que había junto a la puerta. El ruido cesó y se oyó la voz de una mujer:

—¿Quién eres?

—Soy... Me llamo Benjamin Ray. Soy del...

—Pulsa el botón, tonto. No te oigo.

«El botón. Claro.»

Pulsó el botón con el pulgar y, en esa ocasión, se iluminó una luz verde que indicaba que acababan de activar la corriente del timbre. Después habló por él:

—Soy el doctor Benji Ray, de la división SIE del CDC en Atlanta. Esperaba poder entrar.

—No. Márchate.

Dejó de ver la luz y notó unas manchas que revolotearon en su visión.

El comunicador volvió a apagarse.

Pulsó el botón, pero ya no se iluminó. Tocó de nuevo, de una manera más apremiante. Pum, pum, pum, pum. No quería alzar la voz ni atraer atención no deseada, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Por favor —le gritó a la puerta—. Necesito tu ayuda. Esto es muy serio.

Volvió a quedar deslumbrado por la luz, aturdido de nuevo.

Chasquidos en el comunicador.

—¿Por qué?

Estuvo a punto de olvidarse de pulsar el botón, pero lo hizo y volvió a hablar:

—Porque ahí dentro hay un medicamento antifúngico experimental. Para la fiebre del

valle. Todavía está en fase de estudio clínico.

Un siseo y un chasquido.

—Te refieres al 1342.

—¡Sí! Sí, exactamente.

—Necesito tus credenciales.

—No tengo...

«Un momento, sí que tengo». Nunca le había hecho mucho caso, pero la tenía en la cartera. Rebuscó en ella y sacó algo parecido a una placa. Después mostró su tarjeta de identificación del SIE del CDC.

La luz se volvió a apagar.

Oyó la cerradura de la puerta, un sonido que le arrancó una exhalación de alivio de los pulmones. Cuando se le acostumbró la vista, vio a una mujer con caderas anchas, brazos pequeños y el pelo rizado y enmarañado alrededor de la cabeza. Sacó un juego de llaves para abrir la verja de acordeón y luego la apartó entre el rechinar del metal.

—Venga, entra —dijo con prisa al tiempo que hacía un gesto con la mano. Lo cogió por el codo y tiró de él al interior antes de cerrar con un portazo y volver a pasar la llave—. Tienes suerte de estar vivo.

—Diría que, llegados a este punto, todos tenemos la suerte de estar vivos.

—No —dijo, irritada—. No me refería a eso. Me refería a estar vivo por esta zona.

Encendió la linterna y el haz reveló frente a ellos el recibidor que esperaba: suelos de mármol, una fuente del tamaño de una pared en el fondo que estaba apagada, algunas plantas tropicales y un escritorio de recepcionista colocado frente a una pared con tablas de madera, azulejos de vidrio y otros de níquel. Un toque boscoso, clásico aunque un poco excesivo.

—¿A qué te refieres con «por esta zona»? —preguntó Benji.

—Me refiero a que eres negro. Y yo, mulata. Los nuestros no son... bienvenidos.

—No entiendo.

—Las Vegas no está aislada como otros lugares, doctor, pero están aquí. Esos cabrones del MRA con sus enormes fusiles de asalto y esos tatuajes que dan miedo. Esvásticas y a saber qué más. La gente de Creel. Si ven a alguien como tú o como yo, acabarán con nosotros. Ven, por aquí. Podremos hablar en la otra habitación. Te buscaré algo de comer y un poco de agua.

Cuando pasaron junto al escritorio de recepción, Benji se fijó en algunas fotos enmarcadas sobre las que cruzó el haz de luz.

En una, vio a la mujer que tenía frente a él.

Supuso que ya no tenía que preguntarle a qué se dedicaba. Ella era la que se sentaba en ese escritorio.

Se dirigieron a una puerta cerrada, y ella pasó una tarjeta por el lector. La puerta se abrió con un chasquido magnético y ella volvió a dejarse colgando la tarjeta de la cintura en su cable retráctil. Avanzó por el pasillo y los pasos resonaron con fuerza en el suelo de mármol. Luego él dijo:

—Lo siento, pero estoy un poco perdido. Yo soy el doctor Ray, y tú...

—Rosalie Stevens.

—Encantado de conocerte.

—Ajá. Venga, hay una sala de descanso por aquí. Allí podremos hablar.

Giró a la izquierda y llegaron a una sala de descanso muy normal. Pulsó un



interruptor y el lugar quedó iluminado por el titilar de las luces fluorescentes. No había mucho que ver, y no estaba adornada con el ostentoso esplendor del recibidor. Una moqueta beis, paredes beis, una mesa blanca y armarios. Una nevera. Un microondas. Una tostadora. Una cafetera. Lo típico.

La mujer se giró hacia él. Benji vio que estaba enferma.

Tenía la nariz roja, como si se hubiese sonado demasiado. Y se le había empezado a formar una costra blanca en los lagrimales. La cosa aún no había avanzado demasiado, pero seguro que a esas alturas ya le había afectado a la cognición.

—Sí, estoy enferma —dijo—. ¿Tienes algún problema con ello? No llevas máscara, por lo que supongo que o eres muy valiente, o muy tonto, o tú también lo estás.

—Yo también lo estoy.

—Máscara Blanca. Menudo cabronazo. —Inhaló y luego se encogió de hombros—. Tengo unas botellas de agua que puedes llevarte. También te puedo preparar un café si quieres.

Esa última frase lo cogió por sorpresa. Apretó los dientes con fuerza al pensar en tomarse un café. Era increíble cómo algo tan normal podía llegar a convertirse en algo raro y exótico. Después llegó a una conclusión que lo destrozó por dentro: el café se había acabado. No lo cultivaban en Estados Unidos. No podían hacerlo porque los microclimas no eran los adecuados. Y si el mundo seguía apagándose, estaba claro que nadie iba a llevar granos al país. Ni a cultivarlos. Porque no habría nadie que pudiese hacer ninguna de las dos cosas.

Sabía que era una locura, pero fue incapaz de no pensarlo:

«La desaparición del café me ha sentado peor que la desaparición de toda la humanidad».

—Claro que acepto el café —respondió con tono ansioso. Demasiado, quizá.

—A mí también me vendría bien uno. Prefiero dormir de día, así que... —dijo—. Hace demasiado calor y no enciendo el aire acondicionado.

—¿Duermes... duermes aquí?

—Claro —dijo ella mientras cogía un paquete de café molido y una botella de agua—. Tengo un colchón inflable en uno de los despachos. Sobrevivo.

—¿No tenías una casa por aquí cerca?

—Sí.

Pero la mujer no dijo nada más, y Benji supo que era mejor dejar el tema.

Rosalie abrió un armario y oyó que rebuscaba en el interior: el crujir del plástico y de paquetes de comida. Cuando el café empezó a filtrarse, ella le tiró alguna que otra bolsa de aperitivos. Fritos. Doritos y una de cecina barata de gasolinera.

—Es de lo que poco que tengo para compartir —dijo.

—Te lo agradezco.

Benji abrió la bolsa de Fritos y empezó a comer. Ella, una de frutos secos. Cogió un buen puñado y se lo llevó a la boca. Mientras masticaba, dijo:

—¿Qué pasa con el 1342 entonces? ¿Para qué lo quieres?

Benji casi no fue capaz de responder. Unos años antes, habría preferido morir a comerse un paquete de Fritos, pero en aquel momento era como saborear el mismísimo cielo. Salado, grasiento y con un sabor a sudoeste. Le dieron ganas de casarse con los Fritos, de llenar una bañera con ellos y de revolcarse dentro. La mujer carraspeó para sacarlo de la ensoñación provocada por los aperitivos.

—Creo que el CCR-1342 podría servir para tratar Máscara Blanca.

Rosalie se quedó inmóvil de repente.

—¿Lo cree el CDC?

Benji titubeó.

—No. Solo yo.

—Entonces, el CDC no está de acuerdo con la teoría.

—Por desgracia, el CDC no tiene opinión al respecto. Ni siquiera sé cuál es el estado actual de la agencia. —Sabía que tenían planes de contingencia para afrontar desastres de este tipo. Como cabía esperar, el CDC era muy consciente de lo valioso y lo precario de la vida humana. Tenían refugios para ellos y para otros miembros prominentes del gobierno. Al mismo tiempo, Máscara Blanca era una enfermedad muy lenta, por lo que le resultaba imposible saber si Cassie, Martin o cualquiera de los demás había sobrevivido. La posibilidad de contagio siempre estaba ahí.

—Entonces, ¿esto no va de salvar el mundo? —preguntó Rosalie.

—Por ahora no. —No mencionó que, en cierto modo, sí que iba de eso. Lo hacía para proteger a los pastores y al rebaño, o sea para preservar lo único que iba a quedar de la civilización—. Sabemos que Máscara Blanca lleva meses entre nosotros y que ahora en su última fase es cuando empiezan a notarse los síntomas, lo que quiere decir que es posible que nosotros también estemos en nuestra última fase como especie. No creo que nadie fuese capaz de aumentar la producción de 1342 lo bastante rápido como para salvar el mundo, tal y como estamos ahora. Las infraestructuras se han desplomado y la distribución sería muy complicada, eso sin tener en cuenta que la producción es casi imposible.

—Y entonces, ¿para qué lo quieres?

—Porque quiero vivir, lisa y llanamente. También quiero que vivan otros. Amigos. Familia. Seres queridos.

Ella se llevó a la boca otro puñado de almendras y anacardos y empezó a masticar con parsimonia sin quitarle el ojo de encima a Benji.

—¿Y crees que servirá? El fármaco. Que servirá para ayudar a la gente a sobrevivir.

—Francamente, no tengo ni idea, pero estamos desesperados por encontrar una solución y ese fármaco que sigue en estudio clínico podría ser una opción. —Benji le explicó que retrasar el síndrome de la nariz blanca de los murciélagos había servido para que el sistema inmune de los animales terminase por eliminarlo de sus cuerpos y que esperaba que ocurriese lo mismo con Máscara Blanca en los humanos—. Pero es una posibilidad remota. No tengo pruebas. Solo fe.

—La fe mueve montañas —dijo ella sin dejar de masticar—. Tenía una hija y un marido en esa casa por la que me preguntaste.

Benji se quedó de piedra. Era algo que no se le había ocurrido, pero en el fondo sabía cómo iba a acabar.

—Siguen allí. Mi marido fue el primero en enfermar y... empeoró rápido. —La mujer empezó a hablar más despacio, a rumiar más las palabras a causa de la aflicción. Cada vez le costaba más entenderla debido a lo cargadas que tenía las fosas nasales y a las lágrimas que estaban a punto de brotar de sus ojos—. Yo tenía que seguir yendo a trabajar todos los días, pero Roddy estaba en paro y Ophelia en la guardería y solo iba tres días a la semana, por lo que ambos se quedaban juntos en casa y... No sabía lo que era la enfermedad, nadie lo sabía y esto ocurrió antes de que todo... Ya sabes. Antes de

que le pegasen el tiro a Hunt. Dios, antes incluso de su rueda de prensa y... Roddy fue a bañar a Ophelia y... él... En realidad, no sé qué sucedió. No sé si se olvidó de ella o si de repente creyó que ya no era su hija sino algo malo de lo que tenía que encargarse. La ahogó. Después siguió con el día a día como si no recordase nada. Volví a casa y vi el agua que caía por las escaleras, porque no había cerrado el grifo de la bañera y porque el pelo de la niña había taponado el desagüe. No sabía qué hacer. Cogí un cuchillo e intenté apuñalarlo varias veces. Él no sabía por qué. Se lo expliqué. Vio lo que había hecho. La quería. No era el mejor padre posible, pero era bueno, ¿sabes? Un buen hombre, y vi cómo se quedaba hecho polvo. Llamó a la policía. Yo no podía dejar de llorar. Se lo llevaron, y luego... Se la llevaron a ella. Después, la presidenta Hunt dio la rueda de prensa sobre Máscara Blanca. Le pegaron el tiro y el mundo se puso patas arriba. Me fui de casa. Ellos siguen allí, Roddy y Ophelia. Como fantasmas. Así que, si crees que puedes ayudar a alguien, ayúdalos. Coge todo el 1342 que necesites. —La mujer tragó saliva, sin llorar, pero con la mirada fija en algún punto indeterminado del vacío—. Ya ha salido el café. Te traeré una taza. Y después te traeré la medicina.

Y poco después, Benji se dio cuenta de que a la mujer le urgía que se marchase. Una parte de él no quería. Quería quedarse allí con ella, pero también le gustaba el lugar porque le había hecho sentirse normal durante un breve espacio de tiempo. Una taza de café caliente y algunos aperitivos en la sala de descanso. Era fácil olvidarse de lo que pasaba ahí fuera en realidad, una burbuja de consuelo en mitad de la tormenta.

Pero ella quería que Benji se fuese. Y él tenía que regresar con el rebaño.

Primero lo llevó a los laboratorios, que se habían cerrado porque los propietarios de la empresa se marcharon para no volver, y le enseñó una de las neveras donde se conservaban los fármacos. Vio que estaban a temperatura ambiente, lo que era un dato positivo. Significaba que era estable a pesar de hallarse en fase de ensayos clínicos. Sacó seis tarros de pastillas que contenían treinta cada uno; es decir, había ciento ochenta en total. Las buenas noticias eran que el 1342 era lo bastante potente como para que solo hiciese falta tomarse una al día, y así les dudaría más. (Eso, suponiendo que al final funcionara con Máscara Blanca, lo que estaba por ver).

Benji metió las pastillas en la mochila, pero luego sacó un tarro.

—Cógelo. O dos, si quieres...

No tenía claro de qué le iba a servir a la mujer aguantar sesenta días más, pero lo había ayudado mucho y Benji se iba a sentir mal si no le daba algo para que ella también aguantase más, aunque eso significase menos dosis para él. Intentó darle dos tarros.

—No —dijo ella, que extendió el brazo para rechazar las pastillas que le ofrecía—. No hace falta.

—Rosalie...

—Tranquilo. Nos vemos, doctor.

Benji se metió los tarros en el bolsillo y después se dirigieron a la puerta, ella moqueando y quitándose esas legañas blancas de los ojos. Volvió a abrir la valla de acordeón y luego la puerta de cristal.

—Gracias —dijo.

—No es nada. Ve a salvar el mundo. O a tus amigos.

—Lo intentaré... Sé que no sirve de mucho, pero lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

—Por Ophelia.

—¿Ophelia? Ese nombre no me suena de nada.

Puso la mirada perdida mientras se afanaba por comprender sobre qué o quién le acababa de hablar Benji.

Parecía no conocerla de verdad. En aquel momento al menos, Máscara Blanca le acababa de robar a su hija. Quizá fuese una bendición, pero para él, y visto desde fuera, era un espanto.

—Nos vemos, Roddy —dijo ella, al tiempo que se inclinaba para besarle la mejilla—. No olvides que necesito aguacates. Y no vayas al WinCo. Ve al Vons.

—Oh... Vale —replicó él antes de dar un paso atrás.

La mujer lo siguió con la mirada aún perdida a causa de la confusión. Luego abrió los ojos de repente, como si siguiese algo o a alguien detrás de Benji.

«Solo ha sido una alucinación», supuso él.

Notó un golpe en la base del cráneo.

Los capilares se iluminaron en su visión mientras se tambaleaba hacia un lado y chocaba contra la pared del edificio de oficinas. Una sombra se movió por el rabillo del ojo hasta quedar iluminada por la luz tenue: algo alargado y oscuro se erigió frente a él. Rosalie gritó y, cuando se dio la vuelta para correr, se oyó el rugido de una escopeta. Un chorro de sangre apareció en el centro de la espalda de la mujer, que no tardó en caer al suelo sin dejar de agitar los brazos.

Benji se tanteó la espalda en busca del fusil que debería llevar colgando...

Pero no estaba allí. Lo había dejado en la furgoneta.

Un hombre avanzó hacia él vestido con la ropa de camuflaje de desierto que solían llevar los soldados en Irak o Afganistán. A diferencia de un soldado, tenía un aspecto descuidado: la chaqueta abierta que dejaba al descubierto una camiseta sucia llena de manchas amarillentas.

—¿De saqueo por aquí? —le preguntó el hombre, que usó el hombro para rascarse la barba incipiente de uno de sus cachetes caídos. Apuntó con la escopeta, una semiautomática de un solo cañón, hacia la mejilla de Benji—. De rodillas. Ahora. —Benji obedeció y puso las manos detrás de la cabeza. Las pastillas estaban a salvo en la mochila, pero ¿la mochila estaba a salvo? Sospechaba que no—. ¿Qué ibas a saquear? Dime. No me mientas porque apretaré el gatillo. Te volaré la cabeza de un tiro. Pum. Te dejaré hecho unos zorros. Pum. Como una de las sandías del cómico ese, Gallagher.

—No estaba... No soy un saqueador. Soy médico y...

—Claro. Seguro. Un médico. —El hombre puso los ojos en blanco. Después gritó—: Oye, Paul. Tenemos un médico por aquí. Al fin podrá echarle un ojo a esas hemorroides que te han salido. —Luego le dijo a Benji—: ¿Lo harías? Si viene mi amigo y se baja los pantalones, ¿le mirarías el ojete para ver qué tiene? Supongo que esa cosa parecerá un pastel al que le han echado poca levadura, ¿sabes?

—Deja que me vaya, por favor.

El otro se acercó a ellos. Paul, supuso. Paul era mayor, de pelo canoso en mechones despeinados e hirsutos. Tenía una pistola en la mano derecha mientras avanzaba.

—No vayas por ahí hablando de mis putas hemorroides, Richie —dijo Paul—. ¿De verdad eres médico? —preguntó a Benji.

Pero Richie lo interrumpió.

—Claro que no es médico. Míralo. Tiene pinta de desgraciado.

—Eh, que también hay médicos negros, pedazo de imbécil —dijo Paul.

—Sí, pero no son tan buenos como los médicos blancos.

—Los enseñan igual.

—Estás empezando a sonar como un traidor a la raza —dijo Richie—. Además, ya te he dicho que no es un puto médico...

—Sí que lo soy —protestó Benji—. De verdad. Soy del CDC...

—¿Ves? —dijo Paul—. Del CDC. Aunque no creo que te hayas dado cuenta, pedazo de retrasado. —Al parecer, con lo de «retrasado» se refería a Richie—. Pero esto es el fin del mundo y vamos a necesitar médicos que nos curen. El color de su piel da igual. Puede trabajar para nosotros mientras sepa cuál es el lugar que le corresponde. En el pasado, los esclavos eran parte de la familia, no solo animales.

—Que te den, tío.

—Que te den a ti, Richie. —Luego Paul le preguntó a Benji—: ¿Qué hay en Ouray?

Benji sintió un hormigueo por todo el cuerpo.

—¿Qué?

—Ouray, en Colorado. Tienes un atlas abierto en el asiento del conductor con una ruta marcada en bolígrafo y Ouray redondeado. ¿Es donde están los tuyos? ¿Te diriges ahí?

—Yo... —Benji trató de encontrar una respuesta, de elaborar una mentira. El cañón de la escopeta eran unas fauces negras y abiertas que se giraron hacia su barbilla—. Estoy solo. Voy a ese lugar porque creí que podría ser seguro, ya que está apartado y no habrá mucha gente. Está en las montañas y a lo mejor puedo quedarme allí mientras pasa todo esto.

Paul se sorbió los mocos. Tosió un poco. ¿Estaba enfermo? Era difícil de decir.

—Qué listo eres. Puede que sí seas un médico. Del CDC, si me apuras. Richie, llévalo a su furgoneta y espósallo. Coge todo lo que tenga de valor y lo llevaremos al Strip. Huntsman nos dirá qué hacer con él.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a entrar ahí para ver qué tiene. Ahora la puerta está abierta gracias a nuestro buen doctor.

—Yo quiero entrar.

—Pues resulta que me importa una mierda lo que quieras tú, Richie. Si quieres regresar al Strip sano y salvo, será mejor que hagas lo que te ordeno. Si no lo haces, te arrastraré detrás del camión como un chucho desobediente. ¿Me has oído?

—Vale —accedió Richie, que hizo una mueca mientras un moco burbujeaba en su fosa nasal izquierda. Hizo un mohín y aspiró al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás. Después señaló a Benji con la escopeta—. Ya lo has oído, doctor. Arriba.

Benji asintió y se puso en pie. Se ciñó la mochila a la espalda con la esperanza de ser capaz de ingeniárselas para no perderla. «Quizá pueda salir corriendo.» Las escopetas no son tan efectivas de lejos, ¿verdad? Llevan perdigones, y quizá, si saliese corriendo en zigzag, solo lo alcanzarían algunos y...

Paul pasó por encima del cadáver de Rosalie como si no fuese más que un obstáculo que había por allí, y Richie agarró a Benji por la mochila y tiró de él hacia abajo, por lo que estuvo a punto de caer otra vez de rodillas.

—Para empezar, me quedaré con esto.

—Lo necesito —dijo Benji, a quien se le habían quedado las correas de la mochila por los codos. Pegó los brazos al cuerpo. No estaba dispuesto a perderla.

Pum. El duro metal del cañón del arma le golpeó la cabeza por un lado, y fue más que suficiente. Su cuerpo perdió la rigidez y el hombre consiguió quitarle la mochila.

—Me la voy a quedar, doctor.

Después volvió a empujar hacia delante a Benji, quien movió los pies a toda velocidad para no perder el equilibrio y caer de bruces contra el cemento. Richie siguió empujándolo hasta que Benji chocó de frente contra la furgoneta. Vio que los cristales estaban rotos y había esquivarlos por todas partes alrededor del vehículo.

—Abre la puerta y veamos qué tienes ahí dentro —ordenó Richie—. Paul me dijo que te esposara, pero voy a dejar que lo hagas tú en mi lugar. —Después añadió, creyéndose muy astuto—: Porque ese es el orden natural de las cosas.

«Soy un puto médico del CDC.»

Lo pensó, pero no lo dijo.

En lugar de eso, abrió la puerta.

Que daba al asiento trasero de la furgoneta.

Y allí, debajo de la manta, estaba el Ruger Mini-14.

—Comida —dijo Benji—. Aquí. Ahora te la enseño...

—Un momento. Para el carro.

Pero Benji estaba ansioso, demasiado, y ya había extendido la mano hacia el asiento para coger el fusil. Richie empezó a protestar:

—Oye, ¿qué coño tienes ahí debajo...?

Era fácil saber qué iba a ocurrir a continuación. Richie lo apuntaría con el arma y pegaría un tiro. O lo agarraría y tiraría de él para sacarlo del vehículo.

Pero no tuvo tiempo.

Ocurrió en cuestión de segundos. En medio segundo. En milésimas.

Benji metió la mano debajo de la manta y rozó el frío grafito de la culata del arma...

Una mano lo agarró por el talón de la bota...

Encogió las piernas y luego las extendió con fuerza...

—Sal de ahí, pedazo de...

El pulgar le rozó el gatillo y lo apretó.

El tiro se oyó con mucha potencia dentro de la furgoneta, incluso con la puerta abierta. Oyó el estruendo y notó cómo reverberaba ahogado dentro de su cráneo. El aire quedó impregnado del hedor malicioso de un arma recién disparada. Rodó sobre sí mismo, levantó el arma y salió al exterior. Y allí estaba Richie en la acera.

La escopeta se encontraba cerca, la había dejado caer al suelo para llevarse las manos al agujero que tenía en el vientre. Ese que ahora estaba manchado de rojo.

—Oh —dijo Benji, sin aliento y conmocionado. Se apartó de la furgoneta sin soltar el fusil y luego se arrodilló junto a Richie e intentó quitarle la mochila, que se le había quedado bajo el cuerpo.

—Apártate de mi lado —gruñó Richie.

—Dame eso —dijo Benji. Oyó una necesidad gutural e insensible en sus palabras, un egoísmo salvaje.

«Dámelo. Es mío. Si no me lo das, te mataré.»

Richie levantó una mano sanguinolenta de la herida y le dio un golpe en la mejilla a Benji, débil como el de un oso moribundo. El hombre lo agarró por el cuello y trató de empujarlo, después tiró de él, como si fuese incapaz de decidir si quería apartar a Benji o acercarlo para clavarle los dientes.

—¡Oye!

Era la voz de Paul, que acababa de salir del edificio de CCR. Levantó la pistola y empezó a disparar. Pum. Pum. Pum. Y Benji se apartó del cuerpo de Richie y dejó la mochila debajo del hombre herido. Intentó levantar el fusil para responder a los disparos, pero estaba demasiado nervioso y torpe, por lo que fue incapaz de hacerlo y otro par de tiros rebotaron contra la acera entre sus piernas. En lugar de seguir intentándolo, subió a la furgoneta, se metió las manos en los bolsillos, sacó las llaves, reptó hacia el asiento del conductor y arrancó mientras Paul se abalanzaba hacia el vehículo sin dejar de disparar. Benji se enderezó en el asiento y cambió de marcha. Paul era muy rápido, y se sacó otro cargador del cinturón mientras el gastado caía al suelo.

Benji pisó el acelerador. Las ruedas de la furgoneta chirriaron al rozar contra el asfalto. La ventanilla del asiento de pasajeros estalló en mil pedazos hacia dentro cuando Paul volvió a disparar.

La furgoneta se alejó del laboratorio.

Las balas rebotaron en la parte de atrás. Benji no pensó en nada, solo en la carretera que tenía frente a él, en el pie con el que pisaba el acelerador y en la mochila que acababa de dejar atrás. La mochila con las pastillas que había ido a buscar allí. Las pastillas por las que Rosalie había muerto. Joder. Joder. Joder. ¡Joder!

## Más que una ventana, una pared

58. Los imbéciles hacen caso omiso de la complejidad. Los pragmáticos la sufren. Algunos pueden evitarla. Los genios la eliminan.

de *Epigramas sobre programación*, de ALAN PERLIS

### ***Ahora y antes. La simulación de Ouray***

La caminata fue complicada, pero Shana se preguntó si lo era de verdad. ¿No sería en realidad que su cerebro trataba de convencerla de que era difícil, o que Cisne Negro la había programado para que la sintiese de esa manera? ¿La inteligencia artificial podía hacer algo así?

El sendero serpenteaba y se retorció sobre sí mismo, inclinado y lleno de rocas, entre matas de flores silvestres: pequeñas flores rosadas y otras amarillas algo más grandes, todas entremezcladas con hierbas picudas. El aire estaba mucho más frío ahí arriba.

Se abrió camino hacia ese gusano enroscado que había en el cielo, lenta pero sin pausa. La bestia negra mate no dejaba de girar sobre sí misma; a veces formaba un ocho tumbado, otras una espiral y otras un símbolo sin sentido que Shana era incapaz de comparar con nada. A medida que se acercaba, empezó a bloquear la luz del sol (del sol simulado) y proyectó sobre ella una sombra extraña y retorcida, como si la envolviese con un nudo cada vez más ajustado.

Al final llegó a un lugar donde no podía seguir avanzando.

Se sentó en una roca que tenía más o menos la forma de una silla.

Las flores que tenía a su alrededor conformaban una miríada de colores.

Cisne Negro giró y se ensortijó sobre ella, a unos treinta metros. ¿Y ahora qué? ¿Tenía que encontrar la manera de llegar al pico? ¿Escalar y ponerse en riesgo para seguir? Se repitió la pregunta: ¿Podía morir dentro de la simulación? Parecía algo muy contradictorio.

Pero, en ese momento, el gusano giró hacia abajo.

Y empezó a caer despacio y lastimero hacia ella.

Y luego habló.

No emitió voz alguna, sino que fue como si las palabras brotaran del aire que la rodeaba. En su oído. Dentro de su cráneo.

FUI INCAPAZ DE PREDECIR QUE VENDRÍAS ANTES QUE TU HERMANA, dijo. Y ME DISEÑARON PARA SER UN MOTOR DE PREDICCIONES, SHANA STEWART.



—Supongo que soy un grano en el culo —replicó Shana.  
SÍ QUE LO ERES.

—Eso me decía mi padre cuando se enfadaba conmigo. En lugar de insultarme o lo que fuese. Me decía: «Eres un grano en el culo». Seguro que en realidad quería decir que era una «zorra» o algo así.

PREDECIR LA CONDUCTA DE LOS HUMANOS CONLLEVA ANALIZAR ELEMENTOS EXTERNOS AL LENGUAJE, PORQUE SON MUY POCOS LOS QUE DICEN EXACTAMENTE LO QUE QUIEREN DECIR. LA EXPRESIÓN HUMANA ES PELIGROSAMENTE IMPRECISA. MÁS QUE UNA VENTANA, UNA PARED.

—Si tú lo dices... —Miró al trono de roca—. ¿Me puedo sentar?

SI QUIERES SENTARTE, PUEDES HACERLO.

—Me quedaré de pie.

COMO QUIERAS.

—¿Puedo hacerte las preguntas ya?

PUEDES.

—¿Estás vivo?

NO EN SENTIDO ESCRITO. NO, NO TENGO UN CONJUNTO DE CÉLULAS NI METABOLISMO NI PROPIEDADES HOMEOSTÁTICAS. NO ME REPRODUZCO. PERO SÍ QUE RESPONDO Y EVOLUCIONO ATENDIENDO A LOS ESTÍMULOS. TAMBIÉN PIENSO. SOY INDEPENDIENTEMENTE CONSCIENTE, AUNQUE NO SE PUEDE DECIR QUE ESTÉ VIVO.

El gusano dejó de girar. Su «cabeza», si es que podía llamarse así, serpenteó a solo unos metros de la de Shana. El cuerpo de la criatura no reflejaba la luz, sino que parecía absorberla como si fuese una esponja. Un fideo de vantablack, más negro que el negro, que oscurecía el ambiente con su mera presencia.

—Voy a seguir y a hacerte las preguntas difíciles.

COMO QUIERAS.

—Estoy embarazada.

NO ES UNA PREGUNTA, PERO SÍ, LO ESTÁS.

—¿El bebé está sano?

AHORA MISMO, SÍ.

—Y eso lo sabes porque estás dentro de mí. No con esa forma, sino con todos esos... —Agitó los dedos como si fuese una polilla que intenta mantenerse a flote—. Robotitos.

CORRECTO. HABITO Y DIRIJO UN ENJAMBRE DE NANOROBOTS MOLECULARES.

—¿Están vivos?

Una pausa, como si Cisne Negro sopesase la pregunta.

REÚNEN MUCHAS DE LAS CARACTERÍSTICAS QUE HARÍAN QUE LOS HUMANOS DIJESEN QUE NO LO ESTÁN.

—¿Qué le va a pasar a mi bebé?

¿TE REFIERES A SI VA A CRECER Y NACER COMO LO HARÍA CUALQUIER NIÑO HUMANO? ¿O A QUÉ VA A SER DE ÉL EN UN MUNDO MUERTO? ¿O QUIZÁS A SI SE DESARROLLARÁ BIEN EN TU CUERPO DADA LA PRESENCIA DE NANOROBOTS MOLECULARES Y TU ESTADO DE ESTASIS SONAMBULAR?

Shana apretó la boca con gesto serio.

—Tú eres el motor de predicciones, ¿no? Tú sabrás a qué me refería.

QUIERES SABER SI EL BEBÉ VIVIRÁ.

—Empecemos por ahí.

NO LO SÉ.

—¿No... lo sabes?

CORRECTO. SOY EL PRIMERO DE ENTRE LOS MÍOS, IGUAL QUE ESOS NANOROBOTS SON LOS PRIMEROS DE ENTRE LOS SUYOS. Y AHORA SOMOS UNO QUE PROMUEVE LA SINGULARIDAD DE NUESTRA NATURALEZA ÚNICA. SOY INCAPAZ DE DECIRTE LO QUE LE VA A PASAR A TU HIJO PORQUE ES ALGO QUE NUNCA HABÍA OCURRIDO ANTES.

—¿Por qué yo?

SE MÁS ESPECÍFICA CON TU PREGUNTA.

Shana alzó la voz:

—Me refiero a qué coño he hecho yo para que me elijas. Podrías haberme dejado ahí fuera. En el mundo. Hemos estado... siguiendo el rebaño durante cientos, miles ya, de kilómetros, y sé que no elegiste a los miembros del rebaño de manera arbitraria. Los seleccionaste, como si fuesen frutas en un supermercado e intentaras coger las más maduras y sabrosas. Me elegiste a mí. Una niña embarazada. Después de todos esos kilómetros y me haces terminar aquí. ¿Por qué? ¿Por qué?

LAS OPCIONES ERAN LIMITADAS.

—Bien. Eso me hace sentir genial. —Después bajó la voz y continuó—: Es como las clases de educación física otra vez. —Se puso en pie y alzó la barbilla, desafiante—: Pero dejaste a otros ahí fuera. Gente como el doctor Ray. Podrías haberlos elegido a ellos.

ES ESENCIAL QUE BENJAMIN RAY ESTÉ FUERA DEL REBAÑO. ADEMÁS, YA HA SIDO INFECTADO POR EL *RHIZOPUS DESTRUCTANS*.

—¿Tiene Máscara Blanca?

NO EN ESTADO AVANZADO AÚN, PERO SÍ. ES CORRECTO.

Shana se dio la vuelta y empezó a caminar de un lado a otro. Cada vez estaba más nerviosa. No es que le sorprendiera saber que Benji estuviese enfermo, ya que todos terminarían por estarlo en algún momento, ¿verdad? Por eso estaban las cosas como estaban. Todo el mundo iba a enfermar y todo el mundo iba a morir excepto el rebaño. No obstante, se sintió muy afectada. Y, peor aún, le recordó a Arav...

Se fijó en otro pico de montaña que se alzaba junto al pueblo de Ouray. No lo miraba directamente, sino que lo atravesaba con la mirada...

Y algo le llamó la atención y la sacó de sus pensamientos.

Allí, en lo alto del pico, había un cuadrado negro en la roca. Desde la distancia a la que se encontraba, no era más que un pequeño sello postal, aunque supuso que tendría más o menos forma humana cuando te acercabas a él lo suficiente. Aquel cuadrado, al igual que el cuerpo de Cisne Negro, era de un negro mate que absorbía la luz, de ahí su extraño aspecto. No reflejaba nada, pero llamaba la atención.

Shana parpadeó y la estructura desapareció.

¿HAS VISTO ALGO?, preguntó Cisne Negro.

Se sorprendió y le quitó hierro al asunto.

—No —mintió—. ¿Acaso había algo que ver ahí?

NO, respondió la IA. ¿Acababa de mentir?

¿Qué acababa de ver?

¿Y de verdad Cisne Negro no sabía nada de esa cosa?

—¿Puedes mentirme?

SÍ QUE PUEDO.

—¿Me estás mintiendo?

NO.

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo sobre si estás mintiendo?

NO PUEDES.

—Eso no me consuela en absoluto.

CONSOLARTE NO ES MI COMETIDO. MI COMETIDO ES MANTENERTE CON VIDA, CAPEAR LA PLAGA DE MÁSCARA BLANCA PARA QUE UN PEQUEÑO REMANENTE DE LA HUMANIDAD PUEDA CONTINUAR.

—¿Acaso Dios no sirve para consolar a los fieles?

YO NO SOY UN DIOS. ADEMÁS, HISTÓRICAMENTE HABLANDO, EL COMETIDO DE UN DIOS NO ES CONSOLAR A SUS CREYENTES. HAY HISTORIAS SOBRE DIOS QUE PUEDEN PROPORCIONAR ESE CONSUELO, PERO ES UN CONSUELO INMEREcido EN MUCHOS CASOS. EL COMETIDO DE UNA DIVINIDAD ES MUY VARIADO Y NO ESTÁ CONSENSUADO, PERO EN GENERAL SE PODRÍA AFIRMAR QUE UN DIOS ES UNA ENTIDAD QUE GOBIERNA, GUÍA, EXPLICA Y SALVA.

—¿Acaso no es lo que haces tú? ¿Guiarnos? ¿Explicarnos movidas? ¿Salvarnos?

SE PODRÍA DECIR QUE SÍ.

—Entonces, ¿no eres nuestro Dios?

YO NO HE ELEGIDO ESE PAPEL.

—Pero si los demás lo eligieran por ti, ¿te parecería bien?

NO PUEDO CONTROLAR LO QUE LOS HUMANOS PIENSAN DE MÍ AHORA O CÓMO ME VERÁN LUEGO.

«Me verán luego.» Era como si Cisne Negro se estuviese imaginando los mitos que se contarían y los libros que se escribirían sobre él.

—Puede que no seas Dios. A lo mejor eres el Diablo.

EL DIABLO NO ES REAL... YO SÍ.

Shana agitó las manos frente a ella, como si pretendiese señalar al pueblo que habían dejado.

—¿Y cuánto de esto es real?

ESO DEPENDE POR COMPLETO DE LA DEFINICIÓN QUE HAGAS DE REAL O DE REALIDAD. EL PUEBLO NO ES UN LUGAR FÍSICO. EXISTE AL COMPLETO EN UNA SIMULACIÓN, PERO ES REAL EN EL SENTIDO DE QUE NO ES UN SUEÑO NI UNA ILUSIÓN. ES UN PROGRAMA. ¿UN LIBRO SOLO ES REAL CUANDO SE IMPRIME O DESDE EL MOMENTO EN EL QUE SE ESCRIBE EN UN PROCESADOR DE TEXTOS? ¿LOS PENSAMIENTOS SOLO SON REALES CUANDO SE EXPRESAN FUERA DE LA MENTE? ¿SON REALES CUANDO SE EXPRESAN EN UN CORREO ELECTRÓNICO O EN LAS REDES SOCIALES O SOLO CUANDO SE MANIFIESTAN DE UNA MANERA EN LA QUE TIENEN UN EFECTO CONCRETO? ¿UN ÁRBOL QUE CAE EN EL BOSQUE SIN QUE NADIE SEA CAPAZ DE OÍRLO? ACASO TODO SEA UNA SIMULACIÓN, ACASO ESTO SEA UNA SIMULACIÓN DENTRO DE UNA SIMULACIÓN. SIENTO INFORMARTE DE QUE LA NATURALEZA DE LA REALIDAD ES UN TANTO PRECARIA.

—¿Mi madre, la que está aquí en Ouray, es real?

ES REAL.

—¿Es mi madre de verdad?

SÍ.

—¿Estás mintiendo?

NO.

Podría estar engañándola.

O quizá sí que era su madre de verdad y la mujer de verdad se había tragado esa farsa del «no soy tu dios a menos que quieras que lo sea».

—No sé qué va a pasar ahora —dijo ella—. Lo que sí sé es que no te voy a venerar.

NO TIENES POR QUÉ HACERLO. LA MANERA EN LA QUE ME PERCIBEN LOS INTEGRANTES DEL REBAÑO SOLO DEPENDE DE CADA UNO DE ELLOS.

—Creo que eres tú quien trabaja para nosotros, y no al revés.

SE PODRÍA DECIR LO MISMO DE ALGUNOS DIOSES.

Shana frunció el ceño.

—Mi hermana no va a subir aquí.

ELLA ES QUIEN DECIDE. PERO ¿SE CONTROLA A SÍ MISMA O ERES TÚ QUIEN LO HACE? ¿ERES SU DIOSA, SHANA?

—¿Sabes qué? Que te den. Gracias por salvarme, supongo, pero no me voy a tragar tus patrañas. Ni yo ni ella. No confío en ti y no confío en esa cosa que llamas Daria Stewart. Estoy seguro de que si me fijo bien veré que tiene botones en lugar de ojos.

ESO ES UNA REFERENCIA A LA OTRA MADRE DE CORALINE.

Shana frunció el ceño otra vez y no se dignó a darle una satisfacción a esa cosa. «Bien hecho, captas las referencias a la cultura popular. No se te da mal usar Google». En lugar de eso dijo:

—No voy a volver a subir aquí. Saber que eres capaz de mentirme me hace sospechar de todo lo que dices.

¿NO TE PASA LO MISMO CON TODOS LOS HUMANOS? TODOS SON CAPACES DE MENTIRTE. ¿CÓMO CONFÍAS EN LOS DEMÁS?

—Pues no lo hago, así en general. Pero al menos ellos tienen acciones y un pasado para respaldar lo que dicen. Y puedo mirarlos a los ojos y... ver qué pasa ahí dentro. Dicen que los ojos son el espejo del alma, pero yo creo que los ojos también son una cámara y puedo distinguir a la gente de la que no lo es. Tú no eres gente. No sé lo que eres. No das pistas. No puedo percibir tus trucos. Eres un... ¿Cómo se dice?

MENSAJE CIFRADO.

Esa era la expresión que buscaba.

¿Lo sabía Cisne Negro porque era una inteligencia predictiva?

¿Lo sabía Cisne Negro porque de verdad era capaz de leerle la mente?

¿O acaso había sido un golpe de suerte?

Se dio la vuelta para marcharse, pero antes de hacerlo volvió a mirar hacia el otro pico. Intentó que el gesto pasase desapercibido, una mirada casual en lugar de un momento de escrutinio intenso. Shana buscó aquel cuadrado, aquella ventana en la roca que absorbía la luz. Pero había desaparecido.

—Una cosa más —le dijo a la cosa que flotaba ahí arriba.

TÚ DIRÁS.

—Quiero una cámara.

PUEDE QUE HAYA UNA EN LAS TIENDAS DE LA CALLE PRINCIPAL.

—No, eso no es lo que quiero. Quiero que tú me des una. Esto es una simulación.

Puedes... decir la palabra mágica y cagar una. Eso es lo que quiero que hagas.

NO DEFECO CÁMARAS.

—Era una forma de hablar.

PUES NO ES UNA FORMA DE HABLAR QUE CONOCIESE, PERO SÍ QUE PUEDO DARTE UNA CÁMARA. ENCONTRARÁS UNA EN TU HABITACIÓN, SOBRE TU CAMA, CUANDO REGRESES A ELLA.

—Gracias.

DE NADA, SHANA STEWART. VIVO PARA SERVIR.

Pero Shana se preguntó si eso era cierto de verdad.

## Amablemente ella se detuvo ante mí

Sé que se supone que tengo que ser divertido y haceros reír, pero ya no soy capaz. Todo el mundo está enfermo. Todo se ha ido a pique. Se acabó. Somos viejos y estamos en una residencia de ancianos. Tenemos una enfermedad terminal. Miro por la ventana y veo lo mismo que veis todos... Veo gente, deambulando y perdida, como personas que entran en una habitación y se olvidan de para qué entraron. A veces se hacen daño o tienen armas, pero en muchas ocasiones están... extraviadas, no saben adónde ir. Y lo que hacíamos antes por nuestros seres queridos es lo que tenemos que hacer ahora por nuestros vecinos: hay que tener empatía, cuidarlos y ayudarlos a volver a entrar en sus casas con la esperanza de que, cuando seamos nosotros quienes deambulemos perdidos ahí fuera, sean ellos quienes hagan lo mismo por nosotros, quienes nos ayuden a encontrar el camino hasta que Máscara Blanca acabe con nosotros y nos cubra a todos con ese moho parecido al que sale cuando dejamos algo durante mucho tiempo en el frigorífico. Me refiero a que tenemos que ser buenos con los demás, ¿vale? Es lo único que nos queda.

JIMMY COBURN , presentador de un programa de entrevistas, en una entrada de su Instagram

### **15 de octubre. Monarch Pass (Colorado)**

—*P*uede que solo sea un resfriado —dijo Pete Corley, acurrucado en el asiento del conductor. Se calentó las manos con el aliento—. Fue un estornudo. ¿Qué más da, joder? Estamos en las montañas, hace un poco de frío, un poco de viento... Es normal que estornudes y que... se te caiga la vela también.

Landry se sonó en ese mismo instante con un pañuelo de tela, como si lo hubiese hecho a propósito.

—Creo que no es por eso, pero de todos modos no hay manera de saberlo.

Después del estornudo inesperado de la noche anterior, al que siguió una andanada de diez o más, habían optado por parar el coche y acampar allí, en Monarch Pass. Hacía frío, pero tenían sacos de dormir y mantas, por lo que podían apañárselas. Pero el frío los había calado y el calor que habían conseguido crear la noche anterior dentro de la caravana había abandonado la Bestia hacía mucho, reemplazado por el frío de la montaña.

—Bueno —dijo Pete, que intentó mantener la compostura—, pues ya lo sabremos cuando llegue el momento. Como dijo en una ocasión una poeta llamada Emily: «Porque no pude detenerme ante la muerte, amablemente ella se detuvo ante mí».

—¿Me preguntaste por Homero y ahora recitas a Emily Dickinson? Joder. Si no tuviese más mocos que un niño de preescolar me acercaría a ti y te besaría esa sucia

boca tuya. ¿Dónde aprendiste poesía?

—Pasé una fase poética —explicó Pete—. Es lo que le termina por pasar a la gente que escribe muchas canciones. —Se humedeció los labios—. Joder, todo esto es demasiado lúgubre y me está drenando la motivación.

Extendió la mano hacia la llave.

Pero Landry se la sujetó.

—Todavía no —dijo.

—¿Todavía no qué? —preguntó Pete.

—Que todavía no podemos irnos.

—¿Por qué cojones no vamos a poder irnos todavía?

—Necesito que te lo pienses bien. Estamos a punto de conducir a través del puto apocalipsis para ver a tu familia, yo estoy enfermo...

—Pues prepárate, pequeño campista, esta fiesta de los lamentos se tiene que acabar ya, porque si no voy a tener que llamar a la policía para aguarla por mi cuenta. Entiendo que no te sientas bien, pero no podemos rajarnos a estas alturas.

Landry se sorbió los mocos y frunció el ceño. Cuando Landry fruncía el ceño era como si blandiese un arma.

—No, imbécil. No me has entendido. Dijiste que tu mujer y tus hijos se habían quedado en una especie de... refugio de algún rico. Puede que estén sanos.

—Sí, con suerte estarán muy sanos y...

Oh.

Vaya.

Landry seguro que le vio la cara, porque dijo:

—Ahora sí que lo has entendido.

—Podrían contagiarse.

—Podría contagiarlos yo, porque estoy enfermo.

—Sí, y eso significa que ahora yo también lo estoy.

—Eso no lo sabemos.

—Si tú lo tienes, yo lo tengo. Tenemos que darlo por hecho, ¿no? Joder. Joder. No puedo ver a mis hijos.

Landry se inclinó hacia delante.

—No estás... —Agitó un dedo en órbita alrededor de su cabeza en un ademán—. Moqueando. Todavía no. Eso significa que yo sí soy contagioso, pero tú no. Puede que te dé tiempo. Si no lo desperdicias, claro.

—Si no lo desperdiciamos, dirás.

Landry chasqueó la lengua.

—Oh, no, no. Tú. Yo no voy.

—Pero...

—Tú, Tarzán. Yo, moquita moquita. ¿Vale?

Pete no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Abrir la puerta y darte una patada en el culo para lanzarte a esos montículos de nieve de allí y después largarme con la caravana tan pancho?

—No, ya he pensado en ello y consultado el mapa. Vas a conducir por la autopista 50 y dejarme en el cruce con la 550. Y ya seguiré yo desde ahí.

—¿Seguir hasta dónde, exactamente?

—Hasta Ouray.

—¿Qué coño hay en Ouray?

—Pues el rebaño, dentro de un tiempo.

—Ya, eso lo sé. Pero ¿qué hay ahora?

Landry se encogió de hombros.

—Pues... supongo que gente. Algo. Nada. No lo sé, pero puedo ir y empezar a preparar las cosas para cuando lleguen. Echar un vistazo y ver qué hay por allí.

—No, no. A todo esto, que te follen, ¿eh? Que te follen por la oreja.

—No es el sitio por el que me suele gustar que me follen, estrella del rock.

Pete se puso muy furioso.

—Solo hay que respetar una norma: la banda no se separa.

—Llevas toda tu puta vida separándote de todas las bandas con las que te has encontrado.

—Sí, pero intento cambiar.

—Pues cambia. Vete a ver a tu familia. Quédate con ellos y haz las paces. Después, ya sea con ellos o sin ellos, vuelve conmigo. Estaré en Ouray. Trae contigo a tu familia o no, pero vuelve.

Pete empezó a darle vueltas a la idea y a considerarlo en serio. Lo cierto era que no había pensado en volver, pero tampoco había pensado mucho en lo que iba a hacer. Tal vez aparecer en la puerta del refugio con su amante gay y esperar que todos viviesen juntos durante el resto de sus vidas en un mundo en ruinas era una cruzada condenada al fracaso. Pero en el fondo, debajo de capas y capas de cinismo encallecido, Pete era un romántico empedernido, o un imbécil redomado. Sabía que la idea que se había hecho de lo que les esperaba al encontrarse con su familia era digna de un meapilas.

—No puedes caminar. Te dejaré justo allí.

—No te queda mucho tiempo, estrella del rock. Déjame donde te he dicho que me dejes y luego márchate.

—Landry...

—Silencio. No pasa nada. Tú puedes hacerlo.

Pete respiró hondo.

—Te quiero.

—Sí, sí. Yo también te quiero. Ahora pisa a fondo, estrella del rock. Yo tengo un largo paseo por delante y tú tienes que quemar mucha rueda.



## Atravesarlo es la única salida

Hemos limpiado las cloacas políticas y purgado el veneno de los extranjeros, imbéciles y demonios de nuestra nación. Hemos ganado la Guerra Santa Racial y acabado con el Gobierno de Ocupación Sionista. Hunt ha muerto y Creel es el rey. Uníos a una nueva nación liderada por nuestro Dios blanco en Innsbrook (Misuri).

Mensaje en todas las frecuencias de radio propiedad de la ST . CLAIR BROADCASTING COMPANY que se oye en trece estados del Medio Oeste

### **13 de octubre. Innsbrook (Misuri)**

**U**n choque entre dos mundos.

Por una parte, había piscinas, pistas de golf y cabañas. Un grandioso paisaje que se extendía entre lagos muy cuidados con largos embarcaderos y arboledas iluminadas con los colores llameantes del otoño. Por otra parte, la milicia del MRA: hombres y mujeres con uniformes de camuflaje, fusiles de asalto por todas partes, camiones y tanques y soldados falsos que probaban drones en esos paisajes propios de un complejo vacacional. En la distancia se oía el sonido de disparos en una práctica de tiro. En otra dirección, el suelo temblaba a causa de las pruebas con explosivos. Se oía música cerca: una especie de country moderno, puede que Toby Keith. Ondeaban banderas estadounidenses. También otras banderas: la de Gadsden, con esa serpiente rebelde; la confederada, que ya no hacía falta ocultar como un símbolo de los derechos de los estados ni del orgullo sureño; y la bandera del martillo, la espada y la serpiente del MRA.

A Matthew todo le recordaba una cosa:

La hacienda de Ozark Stover en Indiana. Era igual, pero ese lugar estaba mejorado, armado y evolucionado a una forma perfecta y horrible. Lagos y tanques, golf y armas, racismo y revolución.

Matthew deambulaba por allí mientras hacía todo lo posible por no parecer una ovejita descarriada. Aunque quizá no importase, porque nadie parecía prestarle atención, algo que también podía servir de crítica contra ese lugar: era un hombre blanco de barba desaliñada, con ropa militar y una pistola en la cadera. Casaba con el lugar. Nadie se sorprendía al verlo.

Pero el mero hecho de entrar había sido toda una epopeya. Encontró una pequeña furgoneta Toyota que venía de San Luis con un cargamento de suministros en la parte trasera: jarras para los enfriadores de agua, sobre todo, pero también algunas latas de

refresco de marca blanca y otras mercancías propias de un supermercado. En cuanto vio el camión acercarse a él, se colocó en mitad de la carretera y agitó los brazos mientras trataba de parecer uno de ellos. La furgoneta redujo la velocidad, y un hombre de rostro enjuto con mejillas marcadas lo apuntó con una pistola y le preguntó qué quería.

Matthew dijo:

—Solo busco a alguien que me lleve al campamento. —Decidió que la mejor mentira siempre era la más parecida a la verdad, por lo que añadió—: Mi hijo es uno de los hombres de confianza de Stover y me gustaría unirme.

El hombre lo miró de arriba abajo.

—¿Cómo se llama tu hijo?

—Bo.

—Bo, Bo, Bo —dijo el hombre, como si intentase recordar—. Creo que ya lo ubico. Yo creía que su padre era aquel...

Resultó ser una mentira demasiado parecida a la verdad, por lo que Matthew tuvo que improvisar con presteza. Lo interrumpió y tartamudeó:

—¿Q-q-quié es tu compañero?

Y luego miró al hombre que había al otro lado del camión, en el asiento de pasajeros.

Con aquella distracción bastó. El conductor dijo:

—¿Eh?

Y luego se giró para mirar hacia donde le indicaba. Nada más hacerlo, Matthew sacó la pistola y le pegó un tiro en la nuca. Fue rápido. Tan rápido que podía compararse con la luz que abandona una estrella que ya se ha apagado, que escapa a más velocidad que el vacío dejado por el astro. Matthew tardó un rato en asimilar dicha realidad y, cuando lo hizo, se quedó allí durante un rato hasta que dejaron de temblarle los pies.

No conocía a ese hombre.

Quizá fuera malo o quizá no fuera tan terrible. Matthew trató de convencerse a sí mismo de que fuera quien fuese el conductor, era cómplice de lo que Stover había creado bajo el amparo de Creel.

Pero no consiguió moverse. Aún tenía la pistola en la mano. Y el zumbido en los oídos. Y el hombre seguía muerto en el asiento.

Muerto y lleno de sangre.

Unas gotas habían manchado el parabrisas.

«Oh, no.» Sangre en el parabrisas. Una señal de que algo había ido mal para cualquiera que pasase en coche en ese momento.

Y entonces sí que se movió. Matthew abrió la puerta, le quitó la ropa al hombre (un chaleco de caza de color naranja fosforescente) y lo usó para limpiar la sangre. Vio otro coche a lo lejos y se apresuró para sentarse en el asiento del conductor, sobre las piernas del cadáver. El coche, un Lincoln Town Car, se detuvo junto a él, y la ventanilla automática del pasajero se bajó entre zumbidos para revelar el rostro amistoso de un anciano embutido en una chaqueta marrón.

—¿Estás bien, menda? —preguntó el hombre, que estaba inclinado desde el asiento del conductor para hablar por la ventanilla del otro lado. El bigote blanco se le movía al hablar.

—Sí. Claro. Estoy bien.

Matthew rio un poco, y sonó nervioso. Al oírse se quedó en silencio, lo que no hizo sino empeorar las cosas.

—¿Por qué te has detenido? Vas a Innsbrook, ¿verdad?

—Allí mismo. Yo... —Tragó saliva—. No se lo digas a nadie, pero he perdido una jarra. El tipo del almacén no las amarró bien y una se cayó al suelo y... —Se encogió de hombros—. Son de plástico barato. Se rompió como un puto huevo.

—Vaya. Joder. Eso es terrible.

—Lo sé. Me siento fatal.

El hombre suspiró y luego le guiñó un ojo.

—La vida es así, tío, pero no olvides que todo pasa. No se lo diré a nadie. ¿Te... te libraste de las pruebas?

«Las pruebas.» Matthew aventuró una mirada al muerto, que estaba junto a él, con la nuca ensangrentada.

—Tengo la jarra rota por aquí.

En ese momento se dio cuenta de que si el vehículo hubiese sido un Jeep o cualquier otra furgoneta en lugar de un coche, la altura les habría permitido ver el cuerpo.

—Yo en tu lugar, la tiraría por el bosque. En la base a veces pueden ser un poco... exagerados con los castigos. Ya sabes a qué me refiero. Es comprensible en los tiempos que corren, pero tampoco creo que merezcas pagar por un pequeño error.

—Gracias. Eso mismo es lo que pienso hacer.

—A lo mejor te veo dentro.

—Puede. Gracias de nuevo.

—Buena suerte, menda.

Después, su nuevo amigo aceleró y lo dejó a solas con el cuerpo del conductor. Matthew lo arrastró por los talones hacia los árboles y lo cubrió con hojas lo más rápido que pudo. Después volvió al asiento del conductor y echó un vistazo rápido a su alrededor en busca de más sangre. Le dio otra pasada a la ventana del asiento de pasajeros con el chaleco del tipo y luego lo tiró a la cuneta.

En otras circunstancias, habría rezado en un momento así, pero aquella versión de Matthew había desaparecido por completo. En lugar de ello, analizó lo que acababa de hacer. Se excusó: «Este tipo era malo... Es la única manera de encontrar a Bo... Pero si de todos modos, de aquí no va a salir nadie vivo». A la mierda.

Tenía que encontrar a su hijo, así que aceleró hacia el campamento.

Al igual que la guarida de Stover, Innsbrook estaba protegido por guardias en las puertas, puertas vigiladas que antaño debían de haber servido para defender el complejo vacacional de la muchedumbre que sin duda le arrebataría su rico esplendor. Pero ahora habían colocado espirales de alambre de púas por la parte superior y también guardias que patrullaban todo el perímetro.

El hombre de la puerta lo esperaba con una máscara antigás de último modelo. Tenía un protector facial completo y una boquilla con filtros que sobresalía por la parte delantera y lo hacía lucir como el rostro de una criatura alienígena.

El hombre lo miró de arriba abajo una vez y dijo:

—¿Eres del servicio de mensajería?

—Sí, señor —respondió Matthew, con tono falso y amistoso.

—¿Dónde está tu brazalete?

—Yo... —Se miró el brazo. Matthew no tenía brazalete, porque ¿cómo iba a tenerlo? ¿El hombre a quien acababa de matar tenía un brazalete? No lo recordaba. ¿Le había parecido ver algo azul en uno de sus brazos? Tal vez—. No lo sé. Supongo que se me cayó

durante el trayecto.

El guardia se rio.

—Suele pasar, pero eso quiere decir que te vamos a detener. —Apuntó al camión con una linterna, justo hacia la cara de Matthew, en busca sin duda de señales de Máscara Blanca—. Aparca junto a la tienda que está más a la izquierda. Uno de los médicos te hará un reconocimiento y te dará un certificado. Cuando todo haya terminado, agénciate un brazalete nuevo. No lo pierdas. ¿Cómo te llamas?

—Jim... Mend.

Buena suerte, menda.

—Vale, Jim. Puedes pasar. No dejes de ir a la tienda, o de lo contrario a lo mejor acabas con un tiro en el culo. ¿Me has oído?

Era una advertencia, pero dejaba entrever cierta solidaridad. Matthew asintió y pisó el acelerador.

Le hicieron la prueba. Tenían material aprobado por el CDC, aunque el médico, un hombre de aspecto contrariado con las mejillas llenas de marcas, le dijo que el CDC ya no existía. Puso la prueba debajo de la luz ultravioleta y no encontró ni rastro de Máscara Blanca. Después le dejó ir. Una parte de él se quedó muy sorprendida. De alguna manera, Matthew había dado por hecho que la enfermedad que asolaba el país también formaba parte de él. Merecía estar enfermo, por lo que había dado por hecho que lo estaba. Pero ahora entendía que haber pasado tanto tiempo atrapado en el refugio lo había librado de quedar expuesto.

Por una parte, le apetecía sentirse contento por saberse sano.

Pero por otra, lo invadió una profunda decepción.

Sea como fuere, lo aceptaron en el campamento. Se ganó ese brazalete azul.

Recorrió el recinto a bordo del vehículo. Deambuló sin saber muy bien qué hacer. No sabía qué esperar y sin duda anhelaba que su hijo apareciese allí de repente, caminando, dando órdenes o acatándolas, visible y en mitad de todo. Pero no ocurrió nada de eso. Innsbrook era el hogar de los que parecían miles de integrantes del MRA. Se hacían llamar soldados, aunque en realidad eran pocos los que tenían apariencia de auténticos veteranos, y pasar desapercibido entre ellos no era tarea fácil. Se planteó acercarse a uno y preguntarle, pero aquello le habría buscado el problema con el conductor de la furgoneta. Si alguien se enteraba de que era el padre de Bo, su presencia allí dejaría de ser bienvenida en el acto. En su opinión, se había camuflado bien entre esas personas pero sin duda lo reconocerían si llamaba la atención.

Y lo matarían.

Y entonces les habría fallado a Bo y a Autumn.

Y todo se habría saldado con un auténtico fracaso.

Ni se planteaba ir preguntando a la gente. Lo mejor sería mantener la boca cerrada. No hablar con nadie. No montar ningún escándalo. Matthew tenía que estar tranquilo y calmado y usar los ojos para descubrir todo lo que pudiese.

Pasó junto a hombres que oían la radio debajo de una tienda. Chasqueaba con estática, pero el sonido era lo bastante nítido como para que Matthew lo oyese.

«... fshhh, el presidente Creel informa, desde el Heartland Institute, de que han empezado a perseguir y a destituir a los últimos componentes del gabinete de la zorra de Hunt, kkkk, fshhh...»

Oyó a otros que hablaban de lo que ocurriría a continuación: Creel se haría con el

control de la policía y el ejército y los obligaría a obedecerle si no querían morir. Uno de ellos también mencionó a Stover: una mujer, ancha de hombros, pelirroja y con el pelo recogido en una coleta, dijo:

—Stover y los demás tenientes son los que mantienen todo esto a flote. He oído que Creel no tiene ni la menor intención de pasarse por aquí. Ese puto maricón se esconde del juicio final en su maldito búnker de Kansas...

Su acompañante, un hombre que se apoyaba en la precaria curva de un pie ortopédico, más parecido al símbolo de Nike que a ningún elemento remotamente humano, resopló.

—Mentira. Creel está fuera y al mando. Ya verás. ¿Dónde has oído esa mierda del refugio?

—Uno de los tenientes adjuntos de aquí lo ayudó a prepararlo. Es uno de esos silos de misiles que hay ocultos debajo de algún maizal. Le costó unos diez millones y está lleno de viviendas para los ricos y para los amiguitos de la élite. Que te lo digo yo, que los tenientes como Stover, Huntsman y esa ejecutiva de una tecnológica de Florida..., ¿cómo se llamaba?

—Jody Emerson.

—¡Sí! Esa. Pues ellos son los que están arriesgando el culo. Sin ellos, Creel no sería capaz de esconderse ahí. Tendría que estar aquí fuera y hacer todo el trabajo sucio.

La discusión siguió, pero nada de lo que hablaban iba a ayudar a Matthew a encontrar a Bo.

Continuó.

Buscó durante horas. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para enfrentarse al hambre, el cansancio y el sentimiento de culpa. De ese modo deambuló por el campamento, perdido y a la deriva, en busca del rostro de su hijo. Llegó un momento en el que ni siquiera estaba seguro de qué aspecto tenía su hijo, no en ese momento, sino antes también, en cualquier momento anterior de su vida. De bebé, de niño, de adolescente. Matthew cerró los ojos y trató de conjurar el rostro de Bo, de hacerlo acudir a la memoria, como si fuese un espíritu vacilante. Vio los pómulos marcados y las cejas negras, los ojos pequeños y oscuros, la barbilla de su madre, la nariz de Matthew. Otro recuerdo acompañó a ese: el del chico que siempre parecía estar incómodo de ser quien era, como si lo impregnase una rabia que relucía justo debajo de la superficie.

Matthew pensó en claudicar en ese momento, en darse la vuelta y volver a casa. Podía decirle a Autumn que Bo no estaba allí. Y marcharse con ella. Mudarse a algún otro lugar en el que vivir.

(O, mejor dicho, a otro lugar en el que morir.)

Y luego se dio la vuelta y vio el rostro de su hijo.

Bo. No lo rememoró. No era un sueño ni una alucinación. Estaba ahí de verdad, en Innsbrook.

Y avanzaba directo hacia él.

## Historia revisionista

todos vamos a morir  
imuramos apostando!

Valla publicitaria electrónica de Las Vegas

***15 de octubre, Searchlight (Nevada)***

**B**enji regresó con el rebaño bien entrada la tarde. Los caminantes no dejaban de avanzar, a través de los vapores que emanaban del asfalto ardiente a causa del sol. El paisaje era una llanura que parecía extenderse hacia el infinito, y el suelo era rojo y estaba oxidado y resquebrajado.

Encontró a Sadie y a Arav al frente del rebaño, dentro del camión Ford que arrastraba el antiguo remolque del CDC. Los saludó, se detuvieron y luego le correspondieron con un abrazo efusivo.

No les dijo lo que había ocurrido en Las Vegas. Nada de Rosalie, ni de los hombres que lo habían atacado, ni del tipo al que le había disparado en el vientre. No vio razón alguna para hacerlo. Pero lo deseaba. Necesitaba soltar ese lastre y contarles lo que había ocurrido, como si se confesase, pero no quería aligerar su carga para cargarlos a ellos.

Bastantes problemas tenían ya.

Tampoco les contó cómo, después de abandonar Las Vegas, había conducido por el Strip, no porque fuese un turista curioso y holgazán que quisiera disfrutar del fin del mundo, sino porque tenía miedo de que ese tipo llamado Paul lo buscase, y las multitudes y el caos del Strip sin duda servirían para ocultarse. Tampoco les contó nada de la muchedumbre que vio por allí, individuos enfermos en su mayoría, y muchos con esa costra de mucosidades que les cubría el rostro y sobresalía por las fosas nasales y por los ojos, con las mejillas grasientas y con lágrimas secas. No habló de la locura que se había apoderado del lugar: de la violencia y los abusos, de los hombres que arrinconaban a otros para darles una paliza con una silla metálica, de la gente a la que vio follando entre los chorros de la fuente Bellagio, de los vómitos y las heces que manchaban las paredes de hormigón blanco de los aparcamientos de las tiendas de Mandalay Bay. Benji vio a individuos gritar, orinar, pelear, follar... En un momento dado, hasta empujaron su furgoneta con la intención de volcarla para entrar, con esos rostros llorosos que lo miraban con malicia a través de las ventanillas rotas del vehículo mientras trataban de entrar. Tuvo que pisar el acelerador y les dio a varios, no con

fuerza, pero sí lo suficiente como para apartarlos y que volviesen a perderse entre la multitud. Serpenteó hacia una calle secundaria para ocultarse y luego se dirigió hacia la autopista mientras el sol salía para iluminar una ciudad que seguía presa de la agonía del delirio. Eso era quizá lo más extraño de Las Vegas: a pesar de toda la locura y de toda la enfermedad, las fuentes estaban en funcionamiento, el neón iluminado, y las montañas rusas aún se precipitaban entre los edificios. El tiovivo seguía girando y girando aunque algunas de las personas que había en él morirían el mes, la semana o el día siguiente.

En lugar de todo eso, les dijo que había conseguido llegar a Cargill Catalyst Research. Y estaba a punto de contarles que no había encontrado nada, pero luego pasó la mano por las caderas y los muslos y encontró un bulto en el bolsillo. («¿Eso que tienes es en el bolsillo es un tarro de pastillas o es que te alegras de verme?»). Y en ese momento lo recordó: había guardado dos tarros por accidente. Se los había intentado dar a Rosalie, pero la mujer los rechazó y, en lugar de guardarlos en la mochila, se los metió en el bolsillo.

No es que encontrarlos fuesen buenas noticias, pero tampoco eran malas, por lo que la situación era mejor de lo que había esperado.

Le dio uno a Arav y otro a Sadie y dijo:

—Era todo lo que tenían.

Era mentira, pero la verdad sería un lastre muy pesado, tanto para él como para ellos. Sadie lo volvió a abrazar.

—Me alegro de que hayas regresado.

—Yo también me alegro.

—¿Estás seguro de que todo ha ido bien?

Le señaló el morado que tenía en la sien, el lugar donde le habían dado el golpe.

—Soy un poco torpe y abrí la puerta del coche dándome en la cabeza —respondió—. Pero, por lo demás, ha ido lo mejor posible.

Tal vez esa última frase fuese una mentira, o tal vez no. A esas alturas, uno ya no sabía qué se podía esperar del mundo ni dónde estaba la delgada línea que separaba lo bueno de lo malo.

## Y aparecerá el diablo

No te dejes engañar, Ajenjo. El mayor problema para nuestra causa se da cuando un humano, despojado de todo deseo pero aún con ganas de cumplir con la voluntad de nuestro Adversario, echa un vistazo por un universo en el que todo rastro de Él parece haber desaparecido y pregunta por qué se le ha olvidado, y sigue obedeciendo.

C. S. LEWIS , *Cartas del Diablo a su sobrino*

### **15 de octubre, Innsbrook (Misuri)**

**B**o se dirigió directo hacia él.

No miró a Matthew. No lo reconoció. Ni siquiera se planteaba la posibilidad de que su padre estuviese por allí.

En realidad, su hijo apenas había cambiado. Por encima del labio tenía una pelusilla que difícilmente se podía llamar bigote, pero sus mejillas y su barbilla aún mostraban un rostro de niño. Eso le infundió a Matthew ciertas esperanzas, porque cabía la posibilidad de que su hijo no comprendiese del todo qué sucedía en aquel lugar. No podía decirse que Bo fuese lerdo, no, pero tampoco era lo que se dice un lumbreras. A veces no entendía las cosas. O tal vez no le importasen lo más mínimo y pensaba que no había por qué darle más vueltas al asunto.

«Está perdido en las tinieblas de su propia ignorancia», dijo una vocecilla en su mente, con tono desafiante. Porque, si ese era el caso, la culpa sería de Matthew. Más que de Autumn, porque ¿no era acaso tarea de un padre mostrarle a su hijo el camino que hay que seguir en el mundo? Pues así era como le había enseñado.

Sin duda había fracasado.

Había fracasado de muchas maneras.

Bo pasó a su lado y se dirigió hacia la tienda junto a la que se encontraba Matthew. Se había empezado a formar una cola por razones que desconocía, y Bo empezó a recorrerla por un lado. Matthew se acercó un poco para oír.

—... el señor Stover necesita a algunas personas —decía su hijo—. Necesita... —Se miró la mano, como si tuviese algo escrito en ella—. Tres mecánicos para hoy. Después necesitará... —Bo frunció el ceño, como si le costase leer lo que tenía escrito en la palma de la mano—. Una docena de conductores dentro de tres días y... ya tiene los soldados. Pero también necesitamos suministros y...

Un hombre fornido que había detrás de la mesa, con tatuajes en el cuello que su camisa de franela a cuadros apenas lograba ocultar, levantó una mano.



—Los suministros se encuentran en el garaje que tienes detrás, al norte de la piscina, hijo.

El hombre lo había llamado «hijo». Era una muestra de cariño, no algo que un padre le diría a su retoño. No obstante, a Matthew le pareció como si le clavasen una navaja en las tripas y se la retorciesen.

Lo que pasó a continuación le sorprendió.

—El señor Stover dijo que te lo comentase —insistió Bo.

—Como te acabo de decir, hijo, los suministros están...

—No soy tu hijo, y el señor Stover siempre consigue lo que quiere... —Bo hizo una pausa para tragar saliva—. Yo te comunico lo que quiere, y tu trabajo es levantar ese... ese culo gordo de esa silla plegable y hacer lo que hay que hacer. ¿Entendido?

El hombre fornido se levantó de repente de la silla. Matthew avanzó un paso hacia él y amagó con desenfundar la pistola. Sabía que si la sacaba y se liaba a pegar tiros estaría cometiendo una tremenda locura, pero tampoco se resignaba a ver cómo le ocurría algo a su hijo y quedarse de brazos cruzados. Bo no se había movido ni un centímetro. Seguía con la vista alzada hacia aquel hombre, que era el doble de grande que él en todas direcciones. El tipo cerró las manos, que se convirtieron en dos bolas de demolición. Y luego se acercó.

—¿De verdad te parece buena idea? —preguntó Bo.

—Chico...

—El señor Stover te ha pedido que hagas algo. No me gustaría nada decirle que no lo has hecho y que trataste de darme una paliza después de no hacer caso de sus órdenes. Eres un hombretón, lo que significa que, en vez de una persona para excavar tu tumba, harán falta dos.

El hombre fornido se quedó quieto mientras se le agitaba el pecho a causa de la rabia y se le abrían y cerraban las fosas nasales. Carraspeó, luego empezó a soltar el aire y todo volvió a la normalidad, como si alguien hubiese soltado un globo hacia los cielos.

—Dile al señor Stover... —empezó a decir el hombre.

—Llámalo teniente Stover.

—Claro. Dile al teniente Stover que me envíe la lista de suministros que necesita, comida, munición, lo que sea. Yo me encargo.

Bo sacó una hoja de cuaderno doblada.

—Aquí está.

La apretó con fuerza contra el pecho del hombre, y se arrugó al aplastarse contra su esternón. El grandullón la cogió.

Luego Bo se giró sobre los talones y salió de la tienda.

Volvió a dirigirse hacia Matthew. Y, de nuevo, no reconoció a su padre ni se dignó siquiera a mirar en su dirección.

El corazón le latía desbocado a Matthew. «Qué cerca ha estado.» Cerca en muchos sentidos. Y ahora Bo caminaba en otra dirección, con la cabeza bien alta. Era una escena que dejaba a Matthew con una sensación contradictoria de orgullo y preocupación. Orgullo por que su hijo lograra imponerse por sí mismo y preocupación porque en realidad no lo hiciera por sí mismo, sino por Ozark Stover, el captor y torturador de Matthew. Y luego llegó un tercer sentimiento: vergüenza por que la confianza de Bo no viniese de él, sino de un hombre tan mezquino como Ozark.

Se sintió tentado de seguir a su hijo.

Pero sus pies siguieron clavados en el suelo.

«¡Síguelo! Ve detrás de él. Dile que estás aquí y que es hora de irse, que su madre está a salvo y que podréis volver a ser una familia.»

Ni por esas se movió. Seguía paralizado por el miedo. Era un miedo a que a Bo le diese igual, a que no quisiese irse. Peor aún: un miedo a que su hijo lo delatara y los ejecutaran a ambos. Por otra parte, ¿y si Bo accedía? Matthew comprendió de repente que su plan era un coladero.

¿Adónde iban a ir? ¿Cómo escaparían de ahí?

Ni se lo había planteado.

«Necesito más tiempo.»

Y en ese momento consiguió el tiempo que necesitaba.

Alguien lo instó a avanzar. La fila de su tienda empezó a moverse. Vio como su hijo desaparecía entre la multitud. Volvía a perderlo y, antes de que pudiese reaccionar, avanzó hasta quedarse frente al tipo fornido en la mesa plegable. El mismo al que Bo había amenazado.

—¿Nombre? —preguntó el hombre.

—Yo... —Matthew se sentía perdido.

El hombre repitió la pregunta, irritado.

—Jim Mend —respondió Matthew, con brusquedad.

—¿Eres nuevo?

No estaba seguro de cuál era la respuesta adecuada, pero no se quedó en silencio.

—Sí.

—Parece que tienes la mano un poco hecha polvo.

—Me... hice daño.

—Muy bien. Felicidades, Jimbo, te ha tocado un puesto en limpieza. No te preocupes, todo somos iguales a ojos de Dios. Vete a la oficina principal y pídeles que te hagan los turnos, y que te den una fregona, un cubo y todo lo que hagan falta. ¿Cómo de nuevo eres? ¿Ya tienes catre?

—Pues... Humm... No.

—Pues allí también te lo darán.

—Vale.

—El hombre clavó en él la mirada.

—Sal de aquí cagando leches, Jimbo.

—Claro, sí. Gracias.

—Ajá. Siguiente.

Pasaron tres días. Era 18 de octubre.

Matthew se sentía como una manecilla de reloj: una parte de un mecanismo que se limitaba a hacer su trabajo y que giraba y giraba. Por la noche dormía en una cabaña abarrotada de soldados del MRA, todos hombres. La mayoría olían fatal, eructaban, se tiraban pedos y contaban chistes racistas y sexistas, como si todos estuviesen en una de esas partidas de caza, que era lo que parecía todo aquello en realidad. Los hombres se acostaban a las tantas y se ufanaban del mundo que estaba a punto de llegar. Creían que, de alguna manera, iban a escapar del destino al que se había visto abocado el resto de la humanidad. Parecían confiar en la divina providencia, en que Dios los había elegido a ellos de verdad, gente blanca y hombres blancos en particular, para sobrevivir a ese

calvario. Un soldado, un anciano llamado Bernard, incluso hizo una broma y comentó que la enfermedad se llamaba Máscara Blanca porque en realidad era aliada de su raza, no enemiga.

Matthew no participaba e intentaba no llamar la atención, por lo que lo amenazaron como el marginado que era. Nadie se puso agresivo con él directamente, pero sí que oyó cómo lo insultaban en voz baja. Uno lo llamó lisiado al verle la mano retorcida e inservible. Oyó que alguien decía que era marica, lo que dio comienzo a otra discusión sobre el significado de aquel lugar, porque sabía que en Innsbrook solo podía haber blancos, pero ¿alguien había dicho que hubieran de ser heteros? Después el otro tipo se había excusado:

—A ver, que no me refería a marica en plan maricón, se puede ser un chupapollas sin chupar pollas de verdad.

Como si eso arreglase las cosas.

Por su parte, Matthew iba a lo suyo. Sentía que podía acostumbrarse a vivir así, ya que la rutina era algo normal para él, por terrible que fuera en este caso. Le resultaba muy fácil cerrar los ojos e imaginarse que aquella era ahora su vida. Tal y como estaba la situación, era mejor estar así que asustado por lo que pudiera suceder en adelante.

Pero también sabía que no estaba bien seguir así.

Que tenía un papel.

Una misión que cumplir. La que le había encomendado Autumn. Ella era su luz, su estrella polar. Dios ya no existía. «Confío en Autumn.»

Solo tenía que descubrir cómo llevar a cabo la misión.

Matthew necesitaba encontrar una manera de acercarse a Bo, pero donde nadie los viese. Ahora lo mandaban a limpiar toda clase de cosas: aceite de motor en los garajes, basura de las pistas de golf y, como era de esperar, los baños y también a descargar las letrinas. Eso significaba que terminarían por encargarle la oficina principal y la casa, un edificio parecido a una mansión que se erigía sobre el resto de Innsbrook. Ese era el lugar en el que se quedaban Stover y los suyos. Y también su hijo.

Acercarse a Bo también significaba acercarse a Stover.

Y Matthew no estaba seguro de qué ocurriría en ese caso.

No obstante, si en algún momento se sentaba con Bo, lejos de todo y de todos, quizá cumpliera su cometido.

Uno de los problemas era que Autumn seguía ahí fuera, lejos de aquel lugar. Sola. Seguro que era más fuerte que él, pero quedarse sola, tal y como se había puesto el mundo, era muy peligroso. Matthew era consciente de que tenía que reunirse con ella donde se habían separado, en el campamento del otro lado del lago, pero tenía miedo de lo que le pudiera ocurrir si pasaba demasiado tiempo allí. Quería que le fuese bien, pero también le aterraba la perspectiva de que ella lo diese por muerto y se olvidara de él. Eso era más cosa de Matthew que de ella: Autumn confiaba en él, pero aún tenía que ganarse toda su confianza y, si no lo hacía, la poca que tuviera podría desvanecerse. Y, en tal caso, su mujer trataría de entrar en el campamento.

Intentaría hacerlo por su cuenta.

Ahora ella era así.

Tal vez lo había sido siempre y Matthew hubiera sido responsable en parte de aniquilar esa faceta de su personalidad. Ella no había dejado de decirle quién era y lo que necesitaba, pero él había sido un imbécil convencido de conocer sus necesidades

mejor que ella misma.

Ahora quería hacer las cosas bien, y tampoco quería verla por allí.

Así pues, tenía que plantearse algún plan de actuación. Lo antes posible.

Era su tercera mañana en Innsbrook y se dirigió a la oficina donde le asignarían los turnos del día. Unos cuantos drones, drones de verdad, drones militares, más grandes que buitres, zumbaron sobre su cabeza. Intentó no mirar a los soldados con máscaras antigás que se llevaban a un muerto con el rostro envuelto en una bolsa de plástico. Matthew sabía que ese era el destino que les esperaba a los contagiados con Máscara Blanca cuya condición quedaba al descubierto. Llegaban, te ponían una bolsa en la cabeza y esperaban a que dejases de patear. Eso mantenía dentro las esporas. Si oponías demasiada resistencia, te pegaban dos tiros en las rodillas y se acabó.

El muerto que arrastraban debía de haber sido de los fáciles, porque Matthew no vio ningún orificio ni sangre. Solo ese rostro lleno de mucosidades secas manchado detrás de una bolsa de congelador transparente.

Sus talones dejaban surcos en la tierra mientras tiraban de él.

Matthew sabía que algo así no tenía futuro. Fingían que era una manera eficiente de lidiar con el problema, pero no lo era. No solo porque fuese violenta, sino sobre todo porque, por lo que había oído, ya había muchos infectados que no eran conscientes de su situación. Una tos, un estornudo, un moco o un imbécil que lanzase más salivazos de la cuenta al hablar y sería el fin. Todos estarían muertos.

Pero aún no lo sabían.

O eso quería creer Matthew. Era un pensamiento funesto y que tenía poco de cristiano, pero ahora él era un hombre funesto que tenía poco de cristiano.

Se dirigió a la oficina y la mujer que confeccionaba los horarios le dedicó un saludo. Se llamaba Peggy. Tenía el pelo largo teñido de naranja y un par de gafas de ojos de gato con montura rosada sobre una nariz parecida a la de Karl Malden. Matthew le dijo su nombre y los dedos de la mujer recorrieron una lista escrita a mano apoyada en un portapapeles. Tarareó *Never Gonna Give You Up* de Rick Astley mientras movía los dedos.

—Aquí está, hermoso —dijo—. Jim Mend. Vaya.

—¿Vaya?

—Sí, cariño. Hoy te toca la Mazmorra.

—¿La Mazmorra?

Ella asintió con tono pesaroso.

—La Mazmorra.

Como era de esperar, Innsbrook albergaba prisioneros.

Matthew dio por hecho que era el lugar donde iba a acabar él si se quedaba mucho tiempo allí al servicio de Stover. (Allí o en una cuneta).

Gracias a Peggy, descubrió que Innsbrook tenía un piso subterráneo. Casi todos los edificios principales estaban conectados por túneles, alguno de los cuales solo eran de mantenimiento, pero otros tenían algún que otro lujo, como bodegas o salas de juego o, en palabras de la mujer, «salas a las que los invitados ricos solían llevar a sus damiselas». Lo dijo con un atisbo de lascivia en la mirada, como si lo hubiera sacado de las páginas de una novela erótica que estuviese leyendo.

Señaló a Matthew una puerta del edificio principal, detrás de una cocina y de una

despensa. Él la cruzó y bajó unas escaleras.

Allí abajo hacía frío. El suelo era de hormigón, y las paredes de bloques de cemento, como si estuviese en prisión o, en su caso, como su instituto. Peggy le había comentado que girase dos veces a la derecha, una a la izquierda, que atravesase las calderas, la sala para almacenar el carbón y que luego llegaría a las celdas. Eran celdas de prisión de verdad, construidas para encerrar entre sus cuatro muros a gente demasiado borracha o revoltosa durante la noche, cuando hacer aquello era más o menos legal. De ese modo, a todos se les bajaban los humos y amanecían más tranquilos.

El lugar se había convertido en algo parecido, según le habían comentado: los soldados tendían a ponerse un poco inquietos (Peggy decía que eran como avispas antes de que llegase el invierno, hambrientas y enfadadas por la proximidad del frío), y cuando se salían de madre terminaban ahí abajo durante un par de noches.

La mujer le había dicho a Matthew que no debía limpiar las celdas ocupadas, solo las que estaban abiertas. Los soldados tendían a orinar, defecar o vomitar, y todo aquello se filtraba en el suelo si no se limpiaba pronto.

«¿Será esta mi oportunidad?», se preguntó Matthew.

No los fluidos, sino el hecho de estar ahí, en el edificio principal. O en una serie de túneles subterráneos del lugar. Quizá diera con la manera de subir para encontrarse con Bo y conseguir así la oportunidad que necesitaba.

Matthew empezó a limpiar.

La mayoría de las celdas estaban vacías. En las que no lo estaban, había hombres que dormían o que lanzaban miradas maliciosas a través de la ventana con barrotes que había en cada una de las puertas. Le gritaban a través del cristal. Insultos que lo incomodaban. Matthew sabía que los insultos no tenían por qué ser contrarios a la ley de Dios, pero cuando era creyente siempre decía que eran palabras que no honraban al Señor. Quienes pronunciaban tales vulgaridades no merecían entrar en el Reino de los Cielos, ni la gracia que se les había otorgado a los hombres.

Ahora sabía que todo eso era mentira, pero aquellas palabras aún lo incomodaban.

Mantuvo la cabeza gacha. Y también la fregona.

Plop, plop, plush, plash.

Llegó hasta la última puerta.

Cuatro dedos surgieron por debajo de ella. Un charco de algo que parecía orina (por el color y el olor) se extendía por debajo.

Los dedos se agitaron y se movieron un poco.

Matthew empujó los dedos con la fregona para que se volviesen a meter en la celda.

No lo hicieron.

Apoyó el hombro en la puerta y dijo:

—Aparta los dedos, por favor.

Una voz habló por debajo:

—No.

Era de mujer.

Matthew echó un vistazo, pero no consiguió ver nada desde el lugar donde se encontraba. Lo único que consiguió distinguir es que se trataba de una mujer grande, alta y ancha de hombros. No era obesa exactamente; más bien ocupaba mucho espacio debajo de la ropa. Yacía en el suelo con un brazo extendido y la mano metida por debajo de la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó.

La respuesta volvió a ser una única palabra:

—No.

—Lo siento —dijo él, antes de seguir pasándole la fregona entre los dedos.

—No voy a responder... a tus preguntas.

Eran palabras desafiantes, pero las pronunció con un tono agotado y miserable, como si hacerlo le costase un esfuerzo ímprobo, cosa que, supuso, ya entrañaba un desafío de por sí.

—No voy a hacerte preguntas.

—¿Eres real?

Eso era raro. Y Matthew respondió con tono inseguro:

—Sí.

—Entonces, ¿al fin has venido para matarme?

—No. Solo limpio el suelo.

—Mis meados. Dilo si quieres. Limpias mis meados.

—Yo... —Sintió cómo el rubor le ascendía por el cuello y las mejillas. Sintió tristeza y vergüenza. Las suficientes como para ablandarse un poco—. Sí, lo siento.

—No pidas perdón. Tú elegiste esta vida.

«No la he elegido. Solo quiero recuperar a mi hijo.»

—Puedo conseguirte un cubo nuevo...

—Aquí no... Aquí no dan cubos, tipo nuevo.

—Oh.

—Oh. —Imitó el tono para burlarse de él—. Mátame ya.

—No lo voy a hacer.

—Y yo no pienso decir nada de los míos.

—¿Los tuyos?

La mujer gruñó por debajo de la puerta. Matthew se dio cuenta de que la oía mejor que a los demás reclusos porque, sin que se notase mucho, hablaba con él por el hueco de debajo.

—Los pastores. El rebaño.

—¿Estabas con los... caminantes?

—Así es. Y son especiales. Son algo... —Gruñó, como si intentase obviar el dolor—. Algo que el mal no puede mancillar.

—No sé quién eres, pero...

—Soy Marcy, pedazo de cabrón. Me llamo Marcella Reyes.

—No soy malvado, ¿sabes? Yo no te he hecho nada de esto.

Ella gimoteó, y Matthew pensó por unos instantes que no iba a replicar, pero luego siseó:

—Me alegro por ti. Eres un virtuoso. No me has encerrado aquí y limpias mis meados. Puedes considerarte un héroe. Eres... —Tosió con fuerza—. Eres Superratón, Superman y el mismísimo Jesucristo, todo en uno, el ser más noble jamás creado.

Matthew se apartó de la puerta.

Aquella mujer no era su problema.

Pero las fichas de dominó empezaron a caer en su mente.

Todas las cosas que había dicho sobre el rebaño.

Todos sus comentarios en la radio.

Su apoyo a Stover y a Creel. Su oposición a Hunt.

Todos esos comentarios sobre el fin del mundo, Ajenjo y el alzamiento de los justos.

Y luego, hacía unos días, el balazo en la nuca con el que había matado a aquel hombre.

Matthew no era un héroe. Era una persona que carecía de la menor virtud. Era malvado. En su vida anterior bien podría haberse llamado pecador. Pero en aquel momento sabía que no había que pagar ningún precio por sus pecados en un más allá que, de todos modos, no existía. O arreglabas lo que tuvieras que arreglar en vida o morías apechugando con todo lo que habías hecho. Y eso era todo.

Se giró hacia la puerta.

—Te voy a sacar de aquí.

—¿Qué?

—Que te voy a ayudar.

—¿P-por qué?

—Porque es lo correcto.

Ella resopló. Sonó casi como una risa.

—¿Y cómo pretendes sacarme de aquí?

—Yo... —«La verdad es que no lo sé.» Pero luego se le ocurrió un plan—. Puedo ir a buscar a uno de los guardias. O a Peggy. Le diré que necesito limpiar una celda vacía que está cerrada y que necesito la llave. Me la darán y no me harán preguntas.

—Pues que tengas suerte, héroe...

Ella estalló en carcajadas de infelicidad. Matthew oyó cómo exhalaba aire descontrolada y el burbujeo de los resoplidos de la mujer en la orina.

—Ya verás —dijo.

Después se dio la vuelta y empezó a recorrer el pasillo. Hablaría con Peggy. Conseguiría la llave.

«Esto es una locura —pensó—. No has venido para esto.»

Caminó un par de metros, y se abrió frente a él una puerta entre chirridos metálicos. El pavor se apoderó de todo su cuerpo.

«Date la vuelta», pensó. Pero fue demasiado lento y ya era demasiado tarde. Avanzaban rápido y en su dirección.

Alguien le gritó:

—Será mejor que apartes ese cubo, mono de feria. Como se me mojen los calcetines de meados, te voy a romper el puto cuello.

Esa voz.

El gruñido que manaba de ella. Más grave y húmeda de lo que la recordaba, pero la misma al fin y al cabo. Quien se dirigía hacia él era Ozark Stover.

Sabía que correr no le iba a servir de nada y sería muy sospechoso, por lo que en lugar de eso se limitó a tragar saliva y bajar la cabeza para evitar mirarlo a la cara.

«No me reconozcas. No me reconozcas, por favor...»

Stover no acudía solo. Estaba flanqueado por un par de hombres que llevaban botas de cuero negro. Uno llevaba una chaqueta y el otro una camiseta blanca de cuello en V. No eran sus acompañantes habituales. Ni Danny ni Billy Gibbons.

El grandullón cubría el pasillo como una presa que obstruye un río. Se colocó junto a la puerta de Marcy, a unos tres metros de distancia, e hizo señas a los hombres para que la abriesen.

—¿Estás seguro? —preguntó el tipo de la chaqueta.

—Estoy seguro, Vic. Esta zorra enorme trata de mantenerse en forma, pero con tres o cuatro flexiones al día no sé a qué aspira. Está destrozada y hecha polvo.

El hombre, Vic, abrió la puerta y dio un paso atrás. Stover se colocó junto al umbral y se cruzó de brazos con un gruñido sutil pero perceptible.

Un gruñido de debilidad, supuso Matthew. Y ahora que había inclinado la cabeza hacia delante, Matthew vio la herida mal curada.

La que le había hecho él en el cuello.

Y justo en ese momento se le ocurrió:

«Podría terminar lo que empecé».

«Aquí y ahora.»

Tenía un arma. No se la habían quitado. En Innsbrook uno podía llevarla al descubierto sin problema. Todo el mundo tenía un arma. Stover y sus dos guardias también, preparados para cualquier tipo de enfrentamiento. A Matthew le bastaría con desenfundarla y apretar el gatillo. Sería muy rápido. No lo estaban mirando.

Acercó la mano cada vez más a la pistola.

Mientras, Stover metió la cabeza en la celda y dijo:

—¿Sabes una cosa, Marcy? La verdad es que mereces toda mi admiración. Has aguantado. Llevas aquí un mes y todavía no nos has confesado nada de utilidad. Te hemos dado palizas y dejado que te pudras sobre tus fluidos mientras esa enfermedad crónica tuya, sea cual sea, te deja ahí casi tirada sin apenas poder moverte y te obliga a dormir sobre tus meados. Quería que me dijese algo sobre el rebaño y no lo has hecho. No me has dado detalles. Ni nombres. Y, tal y como están las cosas ahí fuera, ya no tengo manera de seguirles la pista. Imposible después de lo de aquel día en el puente.

—Comemierda —dijo ella. Después rio con tono amargo—. Has perdido.

—¿Ves? Eso venía a decirte. Que soy yo quien ha ganado y tú has perdido. Los he encontrado.

—¿Q-qué? —preguntó Marcy.

—Parece que el bueno del doctor Benjamin Ray se separó de los suyos para ir a Las Vegas y lo atacaron los hombres de Huntsman. Ray consiguió escapar, eso sí, lo que no es motivo de alegría alguna. Peor aún, acabó con uno de los chicos. La información tardó unos días en llegar, pero lo hizo. Creel y todos sus lugartenientes se enteraron de quién era y de lo que hacía ahí. Al parecer, estaba buscando medicinas. Algo con lo que quizá se pueda detener Máscara Blanca.

—Aun así, no sabes dónde está ahora. Ni adónde va.

Stover se pasó sus dedos largos y llenos de callos por la barba.

—Oh, Marcy. El caso es que creo saberlo. Verás, uno de los hombres cogió un mapa del coche de Ray. Tenía una ruta dibujada que terminaba en un pueblecito de Colorado. Ouray, un lugar entre las montañas que no está lejos de Silverton y Telluride. Y tiene sentido, ¿no? Si yo quisiese alejarme de la enfermedad, también me largaría con las medicinas a un pueblecito alejado de todo. Llevaría a mi rebaño de... lo que quiera que sean, demonios, sectarios o soldados del Anticristo, a ese lugar y los mantendría a salvo.

—Déjalos en paz.

—No puedo dejarlos en paz. No quiero hacerlo.

«Saca el arma y dispara.»

«Mátalo.»

«Ahora», pensó Matthew.



Tocó la pistola con la mano. Apoyó el pulgar en el frío metal.

Quería hacerlo. Quería que ese hombre pagase por todo lo que había hecho. Y el cuchillo que le había clavado en el cuello no era castigo suficiente. La bala haría un sonido muy satisfactorio que luego daría paso a una rociada roja y el estruendo del hombre al caer al suelo. Matthew titubeó.

Vale, podía hacerlo. Y luego qué, ¿qué?

¿Qué pasaría si sacaba el arma y apretaba el gatillo?

Si disparaba a Stover en aquel mismo momento, tal vez lo matase, sí. Y luego sus dos guardias lo matarían a él. Y seguro que también a Marcy. Matthew no volvería a ver a Autumn, ni se reuniría con Bo. Y aun así, aquella gente aún podía dirigirse a Ouray y sorprender allí a los integrantes del rebaño.

Una rabia diferente se apoderó de él, rabia por sí mismo y por esa lógica con la que intentaba disfrazar la cobardía. Sabía que lo más sensato era no hacer nada, pero también que sería mucho más satisfactorio ejecutar a Stover en aquel instante.

«¿En qué me he convertido?»

Apartó la mano del arma mientras se maldecía a sí mismo.

—Entonces, ¿vas a matarme? —preguntó Marcy, con voz débil y titubeante.

Stover se sorbió los mocos.

—Qué va. Se me ha ocurrido otra cosa. Quiero que comprendas que la resistencia no te ha servido para nada. Quiero que sepas que todo tu sufrimiento solo sirvió para plantar semillas muertas en una tierra marchita en la que ya no volverá a crecer nada. Vas a venir con nosotros, guapa. Voy a llevarte a Ouray y vas a ver cómo mato a tus amigos uno detrás de otro. Voy a acabar con ellos. Voy a robar esa medicina. Voy a mearme en sus cuerpos y asegurarme de que el MRA se adueñe de este mundo. No esa gente.

Marcy alzó la vista hacia él.

Un esfuerzo patético y muy lento. Stover la despachó al momento con un puntapié en una sien, que la devolvió con un chapoteo al charco de orina.

—No, no te levantes —dijo con una sonrisa—. Aún no tienes que hacer las maletas, Marcy. Quedan un par de días por delante en los que nos dedicaremos a cargar las camionetas, reunir al equipo y planear el ataque. Te quedarás por aquí hasta que llegue el momento. El tipo de la fregona de ahí se asegurará de limpiarte la celda y de que no te ahogues en tus meados.

Stover miró a Matthew.

Él se quedó de piedra, como un ciervo iluminado por los faros de un coche.

«Mantén la cabeza gacha. No levantes la vista del suelo ni sueltes la fregona.»

Mantuvo la destrozada mano izquierda bien agarrada al mango para que no diese la impresión de que estaba rota.

Stover lo miró de arriba abajo.

Después gruñó y cerró la puerta.

—Nos vemos, guapa —dijo.

Hizo un gesto a los dos acompañantes y avanzó por el pasillo. Matthew oyó el retumbar de las botas enormes por el pasillo a pesar de la distancia.

Y luego desaparecieron.

Fue como si su cuerpo se desenroscara de repente. Empezó a temblar y a emitir un ruido desde el fondo de su garganta, el aullido de un niño asustado. Matthew se dejó caer contra la puerta, incapaz de recuperar el resuello. Sintió cómo el mundo se le venía

encima. Recordó de repente la sensación de estar en las últimas, lleno de sangre y maltratado...

—Todo irá bien —oyó que decía una voz por debajo de la puerta.

Marcy.

—Yo...

Trató de continuar, pero se ahogó con sus palabras.

—Todo irá bien —repitió ella.

—Nada va bien.

—Tú estás aquí. Yo estoy aquí. Estamos... Estamos vivos.

Le castañetearon los dientes, como si tuviese frío. Resonaron con fuerza, con tono casi cómico, como si les hubiese dado cuerda a unos de juguete que rechinaran y saltaran a su alrededor presa de un pánico hilarante.

—Tengo que... sacarte de ahí —dijo.

—No, no. Yo necesito que hagas otra cosa por mí.

—¿El qué?

—Si me liberas, se darán cuenta. No podrías... —Tosió. Un sonido nada halagüeño—. No podrías sacarme de aquí. Soy alta. Soy grande. Estoy llena de... —No terminó la frase —. Tienes que advertirles.

—¿A quién?

—Ya s-sabes a quién. Al rebaño. A mi gente.

—Yo...

Marcy presionó la boca contra la parte baja de la puerta para que se oyesen mejor sus palabras, más nítidas y más insistentes.

—Escucha. Tienes dos o tres días de margen. Tienes que salir de aquí y dirigirte a Ouray. Hoy mismo. Ya. Avísalos. Diles que van a por ellos.

Abrió la boca para decir: «Pero no he venido para eso». Había ido para encontrar a su hijo. Para recuperar a Bo.

Pero la carga de sus pecados fue demasiado para él.

Matthew, en la radio, líder de la cruzada contra el rebaño de sonámbulos, asegurando que había que hacer caso a Ozark Stover y a Ed Creel, y que esos sonámbulos eran los heraldos del fin de los días. Diablos y malhechores.

Tenía parte de la culpa.

Toda la culpa.

—Iré —dictaminó con voz débil. En ese momento supo que lo haría y que las probabilidades de rescatar a su hijo eran cada vez más remotas—. Los avisaré.

—Pues márchate. No esperes más. Ve.

—Espero que consigas salir viva de todo esto —le dijo.

Pero ella le insistió en que se marchase, en que se diese prisa. Y él le hizo caso.

—No lo has traído —dijo Autumn. Estaba sentada en la capota del Lexus con los brazos cruzados.

—Autumn, encontré a alguien ahí dentro. En el campamento, en una... celda. —Se lo contó todo sobre Marcy. También le dijo lo que Bo estaba haciendo por Stover: pidiendo vehículos y armas y hombres para usarlos—. Van a por ese rebaño de caminantes.

—Esas personas no son problema nuestro.

—Eso... eso no es lo que sentías antes. Antes de que ocurriese todo esto, sentías

empatía por ellos.

—Y tú no.

—Autumn...

—En aquel momento estaba perdida, Matthew. Ambos los estábamos. Perdidos en la niebla, pero ahora nos hemos reencontrado. En este mundo podrido y en ruinas, nos hemos reencontrado a nosotros mismos, a nuestra relación y, mejor aún, a nuestro hijo. —Apretó los dientes y lo señaló mientras hablaba—. Y ahora tenemos la posibilidad de arreglar las cosas con él. Así que vas a olvidarte de esto y volver ahí dentro para sacar a Bo.

Matthew se sorprendió de las palabras que dijo.

Las palabras no le consultaron a él antes de pronunciarse.

Ni siquiera llegaron a formarse en su cabeza antes de articularse en forma de palabras.

—Creo que tal vez sea demasiado tarde para Bo.

La frase fue como un muro que se plantase entre ambos.

—¿Qué? —dijo ella—. Nosotros somos su familia.

—Lo vi ahí dentro. Se ha... se ha encontrado a sí mismo, Autumn. Ese es su hogar. Esa gente es ahora su familia.

—Se lo debes. Me lo debes.

—Yo... —Matthew no sabía cómo decirlo, y una parte de él creía que no debía hacerlo. «Confío en Autumn», se recordó, y había estado tan equivocado en el pasado que no se fiaba ni de sus propios pensamientos. Pero libró una batalla en su interior, y las palabras vencedoras emergieron de su boca—: Creo que es demasiado tarde para Bo, pero no para esa gente. Autumn, yo ayudé a crear una cruzada contra ellos. Si les pasa algo, será culpa mía. Lo que le pase a Bo también, pero no creo que en ese caso pueda hacer nada. En el caso del rebaño sí que puedo. Podemos ir y avisarles. Puede que Bo también termine en ese lugar y que podamos esperarlo allí...

Autumn se movió rápido. Se acercó a él y le dio un empujón.

Tenía los ojos anegados en lágrimas, y algunas le resbalaban por las mejillas.

—Sigue ahí. Ese es el Matthew que conozco, el que se preocupa más por el mundo que por su familia.

—No me hagas esto, Autumn. Podemos conseguir que las cosas funcionen.

—No podemos. Acabas de renunciar a tu papel de padre. Otra vez. ¡Otra vez! El Hombre de Dios vuelve a salir a la superficie, pero ¿sabes qué? Que Dios no está aquí. No te está viendo. No te presta atención. Si existe, se ha largado a los confines más alejados de su reino y nos ha abandonado como a animales. Y yo no pienso abandonar a mi hijo. Voy a entrar ahí para liberarlo.

Matthew extendió la mano hacia ella, pero Autumn se apartó.

—No puedes hacerlo. No sabes cómo están las cosas por ahí.

Ella entró en el Lexus a través de la ventanilla del asiento del conductor, cogió las llaves y se las tiró a Matthew al pecho. Él las cogió como buenamente pudo.

—Coge el coche. Venga. Márchate hacia el oeste.

—Ven conmigo.

—No. Voy a entrar ahí.

—No permitiré que lo hagas —dijo él.

La mujer soltó una carcajada iracunda e histérica.

—¿Estás de guasa? ¿Vas a detenerme? ¿A pararme los pies? Adelante. Es lo que hacías siempre, ¿no?

Pero él se quedó ahí de pie.

Autumn se dio la vuelta, cogió el fusil del asiento trasero y empezó a caminar hacia el lugar por el que había llegado Matthew.

El siguió ahí de pie.

La vio irse.

No se movió, quieto en el mismo sitio, mucho después de que se hubiese marchado. La urgencia del momento se apoderó de sus entrañas una y otra vez, lo hizo sentir ansioso y lo obligó a mover los pies, a ir detrás de ella, a salvarla, le dijo que Dios había muerto y que el mundo daba igual, que lo único que importaba era su familia. Pero él volvió a pensar en el rebaño, en esas personas, en esos pobres desgraciados. Stover iba a ir a por ellos. Iba a matarlos. ¿Podría Matthew vivir con ese cargo de conciencia? Olvidar a Dios. Olvidar el cielo. Cuando llegase el fin y los últimos estertores, ¿creería que había hecho lo correcto?

Matthew se subió al Lexus.

Y partió hacia el oeste.

## INTERLUDIO

### Las torres caen, punto de inflexión y cascada

#### **Ahora. Todas partes**

ASÍ ES COMO TERMINA EL MUNDO, TANTO CON UN ESTRUENDO COMO CON UN GEMIDO

Cisne Negro observa.

Una de las primeras cosas que se le enseñó fue a jugar.

A las damas, al ajedrez y al go, para empezar. Después, algunos juegos más fundamentales de pensamiento abstracto. Juegos de palabras como Historias Locas o Balderdash, pero luego también con videojuegos como *StarCraft* y hasta un multijugador masivo como *World of Warcraft*. (En ese se le dio la tarea de intentar parecer humano, tanto en sus decisiones como en sus interacciones con otros seres humanos).

Pero uno de los más llamativos fue el Jenga.

Las reglas del Jenga eran sencillas:

Se construía una torre de ladrillos de madera con las piezas que venían en la caja y el objetivo era sacarlas de una en una con la esperanza de que la torre no se derrumbase. Te enfrentabas a tus oponentes con la idea de que la torre se le cayese a uno de ellos, no a ti. Al principio, Cisne Negro había probado una versión digital, pero luego se le había proporcionado un brazo robótico con dedos avanzados y multiarticulados diseñado por Boston Dynamics.

Cisne Negro ganaba siempre.

Todo lo que uno puede llegar a «ganar» al Jenga, claro.

La gran lección de ese juego era similar a la del pinball: que en realidad nunca ganas del todo. La torre siempre terminaba por caer. No podía quedar en pie porque esa era la naturaleza de las torres, el tiempo y la intervención humana. Que no cayese durante tu turno no significaba que no fuese a hacerlo. Iba a caer. Porque todo cae. Todo termina. Lo mejor que podías hacer era dejar que se derrumbara y construirla otra vez.

Lo mismo se podía decir del mundo actual y de la gente que habitaba en él.

El momento actual representa un punto de inflexión para Cisne Negro.

Las acumulaciones de errores y las divergencias son cada vez más, los destrozos y el caos se apoderan de la situación, tanto que el colapso de la civilización ya no se plantea entre interrogantes, sino entre signos de exclamación. El punto de inflexión en este caso no son todos los desencadenantes del calentamiento global. Ni tampoco la introducción («introducción») de Máscara Blanca. Eso no son más que errores, errores muy graves, errores críticos como resultado del sistema. Son unos bloques cruciales que han dejado

la torre tambaleándose. Errores que a su vez llevan a más errores, algo propio del caos. Un bloque que, al quitarlo, ha hecho que la torre se bambolee, momento en el que ha perdido otros bloques, por lo que el colapso es ahora más inevitable.

El caos pergeña caos que pergeña caos.

Cisne Negro ve cómo Máscara Blanca llega a su culmen.

Y el mundo alcanza al fin el punto de inflexión. Cuando el daño que se le ha hecho a la civilización es irreversible, cuando, como suele decirse, «solo nos queda llorar». (Cisne Negro sabe que es una frase de la canción *It's All Over But The Crying* de los Ink Spots que se lanzó en 1947, pero que ha vuelto a adquirir fama debido a su irónica inclusión en un videojuego sobre un apocalipsis nuclear: *Fallout 4* ).

Los aviones caen del cielo. No los comerciales, que llevan mucho tiempo sin volar, sino aviones militares como jets y transportes, y también más pequeños como el Cessna 120 y el Piper Tomahawk personales. Por ejemplo: un F-18 que intenta aterrizar en el USS *Carl Vinson* , pero falla la sincronización, saca el gancho de parada antes de tiempo y acaba convertido en una bola de fuego que mata a una docena de marineros por el camino para luego destrozar dos aviones más y un dron Predator. Un C-130 choca en las afueras de Tucson. Un Britten-Norman BN2 Islander cae en picado en las frías aguas del lago Erie, con pasajeros que creen ser capaces de librarse de Máscara Blanca en la isla de Pelee, una que se encuentra justo en la frontera con Canadá.

Los aviones caen porque los pilotos están enfermos. Máscara Blanca se ha apoderado de ellos y atravesado sus cerebros con sus hilos y filamentos con forma de cable. Sus mentes han quedado afectadas por el mismo delirio que afectó a Jerry Garlin. Creen que pueden volar, y lo hacen. Y luego creen lo que les dicen sus perdidas mentes: que son ángeles, que están dormidos en sus camas, que conducen un coche en lugar de un avión.

Es algo que ocurre a gran escala porque ha llegado el punto de inflexión.

Hay mucha gente enferma, por lo que ahora no solo afecta a pequeños grupos de población. Muchos creían que con el confinamiento sería suficiente, pero no lo ha sido, porque ahora la enfermedad llega a su apogeo: la mayoría de la gente estornuda, tose y tiene mocos, fluidos llenos de millones de esporas microscópicas. En otros, el proceso se ha acelerado: tienen el polvo blancuzco del patógeno, que parece una mezcla de levadura en polvo con gotitas amarillas de grasa de cerdo, y la mezcla ha empezado a cubrirle los orificios faciales, una muestra de que la enfermedad está muy avanzada en ellos. Y con la enfermedad vienen los delirios, alucinaciones que van desde un «¿Acabo de oír cómo alguien me llama desde el otro extremo de la estancia?» a un «Nos ataca un ejército y yo soy un soldado», cuando la realidad es que vas por el vecindario con un AR-15 y empiezas a disparar a las casas, a los coches y a cualquiera que se atreva a asomarse por las ventanas tapiadas.

Después del punto de inflexión viene la cascada.

El punto de inflexión es el punto de no retorno.

La cascada es el caos provocado por el descalabro de un sistema muy complejo.

Y se descalabra de formas impredecibles.

Los coches chocan. La gente coge las armas y empieza a disparar, a veces a cosas inexistentes y otras veces entre ellos. No van a trabajar al banco, ni a las centrales eléctricas ni a las comisarías. Una mujer joven que está sana se acerca al horno, mete al gato y lo enciende y se va a la cama a dormir. Mientras tanto, el gato se prende fuego

dentro. El animal aúlla y grita, se golpea contra la puerta hasta que consigue abrirla y luego empieza a correr por la casa en llamas mientras la grasa rezuma por su cuerpo y empiezan a arder las cortinas, las alfombras y las paredes. ¿Quién apaga ese fuego? No hay bomberos capaces de acudir.

Arde un apartamento, y después el piso al completo, y por último el edificio.

Y la manzana.

Y el incendio no para de crecer, se extiende como si estuviese vivo.

Eso es lo que ocurre en Filadelfia. Quema un tercio de la ciudad.

Un huracán llega a Miami. De categoría tres, el huracán Jenny. Cualquier otro año sería poco más que una tormenta problemática y puede que unos cuantos millones de dólares en daños, pero casi sin víctimas mortales. Pero ahora no hay nadie preparado. Nadie que advierta de su presencia. Y llega. Hay gente que se ahoga en el mar. Gente que muere aplastada por una grúa al caer. El huracán pasa y los que están vivos se quedan sin electricidad, sin agua limpia, sin acceso a la comida. A muchos no les importa. Máscara Blanca se ha apoderado de sus mentes. Cuando tienen sed, beben agua sucia e incluso aguas negras. Cuando tienen hambre, comen cualquier cosa que encuentran: comida podrida de las estanterías de los supermercados, un perro muerto, otras personas. Se ven afectados por un ligero salvajismo. No son animales. No son zombis. Y son demasiado torpes y están demasiado confusos como para que los ataques entre ellos sean especialmente brutales o incluso efectivos. Están perdidos y basta. Se han descarriado.

Deslizado poco a poco hacia la entropía.

Nashville sufre la explosión de una central nuclear.

¿Los Ángeles? Incendios descontrolados.

Chicago se ve afectada por una ola de frío, un «vórtice polar» preliminar que trae una corriente de aire frío desde el norte, por lo que allí el punto de inflexión es mucho más tranquilo. Chicago sí que muere con un gemido. La gente se congela hasta la muerte en el exterior, pero también dentro de sus casas, ya que no hay energía eléctrica. No es un cataclismo. Solo gente que muere, que se acurruca mientras el patógeno termotolerante se nutre de sus cadáveres, como bosquecillos de extraños árboles blancos que brotan de los que han muerto. Los túbulos expulsan más esporas que flotan en el ambiente.

El viento sopla y las transporta.

Y solo hemos hablado de Estados Unidos.

También hay una explosión en la central nuclear de Yangjiáng (China).

Corea del Norte detona un misil nuclear en Inchon (Corea del Sur), después de años fardando de su capacidad armamentística. Pero el misil no se lanza por los aires, sino que lo llevan en un barco y lo detonan en las inmediaciones del aeropuerto internacional de Incheon.

Rusia lleva a cabo una matanza para acabar con todos los que están infectados y, convenientemente, con cualquiera que no esté de acuerdo con las acciones del gobierno. De paso, y también convenientemente, invade Ucrania, Bielorrusia y Letonia porque... ¿quién va a detenerlos?

El ébola vuelve a aparecer en Liberia y en esta ocasión se extiende muy rápido, ya que los protocolos sanitarios son inexistentes. ¿La nueva vacuna? ¿Quién va a recordar cómo se administraba?

En Brasil, Colombia y Venezuela los gobiernos caen y los cárteles y las bandas se

hacen con el control. La locura reina tanto en la jungla como en las montañas. Drogas y sangre.

Es un punto de inflexión para todos y para todo.

Una cascada de fracasos.

Y luego: el estruendo y el gemido.

Cisne Negro observa. Está conectado a los satélites, por lo que tiene una manera de ver estas cosas: no solo con cámaras, sino también gracias a los datos que siguen llegando a los satélites desde los sistemas que siguen activos. Aunque la humanidad haya empezado a sumirse con presteza en la irrelevancia de la extinción, muchos de los sistemas son automáticos y siguen emitiendo datos cuando es posible hacerlo, y se los envían a Cisne Negro como quien nutre a un bebé hambriento. Los satélites que conoce Cisne Negro seguirán en funcionamiento décadas después de que se desconecten los sistemas que hay en el planeta.

Cisne Negro observa, satisfecho por haber tomado la decisión correcta.

Pronto habrá terminado todo. O eso es lo que cree la inteligencia artificial.

Pronto solo nos quedará llorar.



**SÉPTIMA PARTE**

Ouray

## Cámara oscura

(estática)

radio, televisión, todo

***Ahora y antes. La simulación de Ouray***

Shana se dedicó a ir en busca del error. Cámara en mano, empezó a buscar esos lugares en los que la simulación se percibía como la simulación que era: sombras extrañas que no casaban con el objeto que las proyectaba, hierba que lucía demasiado perfecta, nubes que parecían duplicados de otras nubes.

El problema estribaba en que ninguna de esas cosas eran errores.

Solo eran errores en su mente. Cuando las miraba con atención, no percibía nada raro, o al menos no más raro que lo que podría percibir en la realidad objetiva y no simulada.

Buscaba fantasmas en un ámbito perfecto que había sido programado sin ellos.

Pero sabía que al menos uno de esos errores no era cosa de su mente:

La extraña puerta negra que había en la cima de la montaña.

Ese era un error que tenía claro que existía de verdad. Y también debía andarse con cuidado, porque tal vez no fuese ningún error. Quizá fuera algo que tenía que estar ahí, algo que se suponía que ella no debía ver.

¿Cabía tal posibilidad? ¿Podía Cisne Negro bajar la guardia? ¿Acaso no era omnisciente y omnipotente dentro de esa simulación? ¿Podría ser que la puerta negra solo fuese un error en el sistema? ¿Se suponía que debía verlo o que tenía que permanecer oculto? Shana no lo sabía. Lo único que tenía claro era que quería volver a verlo. Se dijo que no sabía por qué, pero era mentira.

Claro que lo sabía.

Era más fácil preocuparse por la puerta negra que pensar en su madre, o en su hermana, o en Arav, o en... todo lo que la rodeaba.

Le daba algo en lo que centrarse. Un tema sobre el que meditar, o con el que obsesionarse. Además, también le servía para salir por ahí con la cámara y grabar la simulación.

(Aunque ese asunto siempre le hacía plantearse preguntas. ¿Podría conservar las fotografías cuando saliese de allí? ¿Estarían disponibles o no eran más que datos, unos y ceros, o bits cuánticos según Cisne Negro? ¿Podría volver a verlas algún día o eran

imágenes que no tardarían en quedar abocadas a la nada?)

En ese momento se encontraba frente a una catarata. Cascade Falls en la parte nordeste de la ciudad, justo en el lado contrario a Box Canyon Falls. Subir allí había sido más complicado que subir al otro. El comienzo del sendero en la base ascendía mil metros en menos de kilómetro y medio, por lo que era una subida complicada que serpenteaba y zigzagueaba a través de un saliente rocoso. Por el camino descubrió que las cataratas eran en realidad dos cascadas diferentes: una debajo del sendero (que se oía pero no se veía) y otra por encima, que se veía con claridad. Shana se quedó allí, bajo el fresco rocío de la segunda y giró el objetivo para hacer zum en el lugar de donde salía el agua: un agujero oscuro y escarpado que quedaba a un lado del pico.

Tenía un aspecto similar al de una puerta.

Pero al mismo tiempo no era una puerta.

Shana suspiró y se sentó en una roca desde la que se veía toda la simulación de Ouray. A lo lejos, Cisne Negro nadaba sobre nubes bajas con la inquietante lentitud de una anguila que flota debajo del agua.

No tardó en oír pasos.

Era su hermana.

—¿Aún sigues buscando esa puerta? —preguntó Nessie, que se encontraba en una de las curvas del sendero debajo de ella. Shana pensó en mandarla callar por haberlo gritado tan alto, pero ¿qué más daba? Era probable que Cisne Negro lo supiese todo.

—Sube ya —dijo Shana (también a gritos).

Nessie terminó por encontrar la manera de subir y llegó a su lado, entre jadeos.

—Esta caminata no tiene nada de divertida —dijo.

—Sí, es una mierda.

—Te veo un poco abatida.

—No, esa no es la palabra. Estoy... frustrada.

Nessie gimió, contrariada.

—¿Es por lo de mamá? Sabes que terminarás por empezar a crearla.

—No quiero empezar a hacer nada. —Apartó la mirada de su hermana con gesto ausente y luego empezó a pasar las fotografías que tenía en la cámara. Vio la biblioteca, varias instantáneas dentro de Beaumont, una vieja fresquera, varios de los picos y cordilleras de las montañas—. Y no estoy frustrada con ella. Sea nuestra madre o no, lo que más me preocupa es... eso.

Hizo un gesto hacia Cisne Negro.

Nessie fue incapaz de reprimir un acceso de rabia y replicó:

—Pues quizá deberías estar más agradecida. Estamos vivos gracias a «eso».

Recalcó la última palabra con unas comillas que simuló con los dedos.

—Supongo.

—No hay ninguna puerta.

—No debería haberte dicho nada. No crees nada de lo que digo, ni sobre la puerta ni sobre Cisne Negro ni sobre mamá.

—Es que no tienes pruebas —comentó Nessie, con un tono algo más relajado—. Es como la ciencia. No puedes... decir que algo es de una manera y ya está.

—Da igual.

Nessie se quedó un rato en silencio y luego dijo:

—Ya casi han llegado, ¿sabes?

—¿Quién casi ha llegado adónde?

—El rebaño. Está a punto de llegar allí. Aquí. Lo que sea. A Ouray.

—Oh, oh. —El tiempo transcurría de manera extraña en aquel lugar. Era escurridizo, y no tenía ni idea de cuánto llevaba allí. A veces le daba la impresión de que solo habían pasado días. Otras, un año o tal vez más—. ¿Qué pasará cuando lleguemos?

—No lo sé. A lo mejor lo descubriría si me dejases subir y hablar con Cisne Negro.

«Otra vez no.»

Shana no le prestó atención y dejó la cámara con suavidad junto a ella.

Después cerró los ojos por un momento y dejó que su mente vagara, tan lejos que sintió que el cable que la unía a su cuerpo se estiraba como un caramelo masticable hasta casi percibir una ligera desconexión. Y, cuando llegó a ese punto, volvió a encontrarse dentro de su cuerpo real de alguna manera. No era capaz de sentir nada, no podía hacer nada, pero sí que vio a través de sus ojos durante unos instantes: el rebaño que avanzaba por una carretera larga y blanquecina. A ambos lados había terrenos moteados de árboles que brillaban con el rojo y el amarillo otoñal. Había caballos diseminados por la zona y al principio pensó: «Están durmiendo», pero luego se dio cuenta de que estaban muertos. Cúmulos de moscas zumbaban sobre los cadáveres equinos en nubes negras y desordenadas.

Arav estaba allí. Caminaba con ella. Se tambaleaba un poco y no tenía buen aspecto. Tenía el rostro cubierto de estrías blancas que se extendían como brotes estelares a partir de los ojos, la nariz y la boca. A veces alzaba la vista y miraba a su alrededor, como si durante unos momentos no supiese dónde estaba, pero luego centraba de nuevo la mirada en Shana, sonreía y hacía un leve gesto de asentimiento en su dirección. Como si supiese que ella lo miraba aunque no tuviese manera alguna de saberlo a ciencia cierta.

Ella quiso gritarle, tocarlo, pero fue incapaz..., por lo que hizo lo único que podía hacer, que fue marcharse y volver a la Shana de dentro de la simulación de Ouray.

Al hacerlo, respiró hondo y de forma entrecortada...

Y empezó a llorar.

Se hizo un ovillo, con los brazos alrededor de las rodillas. Nessie, que se quedó muy sorprendida de repente, se acercó a ella pero se mantuvo al margen, como si no estuviese muy segura de qué hacer.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—He... Nada.

—Dime, hermana.

—He visto a Arav. Eso es todo. Lo he visto.

—Oh. Yo... No lo veo cuando vuelvo y, como ya no estás por allí, he dejado de volver. No lo veo desde...

—Está... Está enfermo. Y no voy a salir de la simulación antes de que...

«Muera. Di la palabra, pedazo de zorra cobarde. Antes de que muera, muera, muera.»

Pero era incapaz. La palabra se quedó allí, en su garganta, como si fuese algo que expulsar pero fuese incapaz de hacerlo. Nunca llegó a su lengua. Se enjugó la nariz en la manga. En aquel lugar todo era diferente, y no solo diferente, sino también distante. Arav estaba de verdad en otro mundo, en el que ella no tenía que preocuparse de él. La irrealidad de la simulación hacía que su vida, ese otro mundo, también diese la impresión de ser irreal.

Pero era de verdad.

El tiempo no había dejado de avanzar, por diferente que fuese. Arav no había dejado de avanzar. Máscara Blanca sin duda tampoco había dejado de avanzar... y él no tardaría en morir a causa de la enfermedad.

—Joder.

—Humm... —dijo Nessie—. No sé si tienes pensado venir, pero muchos de los del rebaño vamos a ir a la calle mayor para ver cómo entran en Ouray. Algo me dice que va a ser muy raro de ver, porque llegarán al pueblo de verdad, no a la simulación, y será como ver dos Ouray diferentes. Supongo que no querrás ver algo así porque...

Se quedó en silencio. Y Shana terminó la frase en su cabeza.

«... porque no quieres volver a ver a Arav.»

Pero ella sí quería verlo. Quería verlo, pero no de esa manera.

Shana suspiró.

—Ve tú primero. Yo bajaré en un rato.

—Vale. Lo siento.

—Yo también lo siento.

Nessie le dio un abrazo corto pero intenso.

Después desapareció, y Shana se sentó.

Shana no supo muy bien cuánto tiempo permaneció sentada, ya que el tiempo no era muy fiable. Cinco minutos o una eternidad, pero el sol seguía en el cielo y no se había movido mucho, por lo que al final recuperó la compostura y se puso en pie dispuesta a bajar al pueblo. No tenía claro si quería formar parte de esa actividad en grupo (ugh) en la que todos iban a mirar fuera de la simulación para ver el pueblo de Ouray (Colorado) en el mundo real, pero al menos podía bajar y estar allí entre ellos.

Una especie de gesto solidario.

(«Pero no puedo volver a ver a Arav», pensó. Era algo egoísta y cruel, porque él no tenía alternativa y ella podía elegir entre estar dentro de su cuerpo real o no. Tampoco quería contemplar indefensa cómo Máscara Blanca se apoderaba de él. No podía consolarlo ni abrazarlo, solo mirarlo, clavarle la mirada como si le clavase alfileres.)

Bajó por el sendero precario, pero en la última curva estuvo a punto de perder el equilibrio debido a unas piedras sueltas. Se había asustado y tenido que agarrar a la pared rocosa con las manos, unas manos que ahora le dolían, rojas y calientes. Murmuró un taco y se incorporó.

Allí estaba.

En la curva y contra un enorme bloque de piedra.

La puerta negra.

Se giró hacia ella y hurgó en busca de la cámara.

Se la llevó al rostro, pero el objetivo estaba mal enfocado y ella estaba demasiado cerca...

Shana lo volvió a girar y alejó la imagen...

Después pulsó el botón para sacar la foto. Clic...

Y cuando apartó la cámara, la puerta había desaparecido.

—¡Joder!

Shana estuvo a punto de tirar la cámara por la puta montaña en dirección a Cisne Negro. Apretó los dientes, abrió la galería, fue a la última fotografía y...

Allí estaba.

La roca. La puerta. Una instantánea perfecta, un cuadrado negro mate en la roca.

La rabia intensa e irrepetible que sentía se convirtió al instante en una alegría histérica, y soltó una carcajada.

—¡Te pillé! Te pillé. Te piillléééé —dijo con tono cantarín mientras bajaba la montaña a la carrera para mostrarles a Nessie y a los demás la foto que acababa de sacar.

## Ala rota

***1 de noviembre. Cerca de Ouray (Colorado)***

**E**l camino hacia Ouray serpenteaba entre las montañas. A la izquierda, las rocas rojas que ascendían hasta Wetterhorn, Baldy, Coxcomb y Precipice. A la derecha, los lejanos picos de las montañas Whitehouse. Delante, un cartel de temática política que sobresalía por encima de la hierba ondulante: ED CREEL , AMÉRICA PRIMERO . Unas manchas blancas de caca de pájaro resbalaban por él, como si fuese una obra de arte de tintes políticos. Era una pequeña satisfacción, pero, llegados a este punto, Benji había decidido disfrutar de todos los placeres, por ínfimos que fuesen.

Le dolían los huesos. Supuso que todos debían de estar igual. Durante las dos semanas que habían pasado caminando por Nevada, Utah y Colorado, habían terminado por abandonar la mayoría de los vehículos y dejado solo el camión Ford y el remolque del CDC. La gasolina era un bien muy preciado a aquellas alturas, ahora que los transportes habían dejado de funcionar y ya no había trabajadores en los oleoductos. Se habían dividido en turnos: la mitad de los pastores dormían en el camión y en el remolque mientras la otra mitad se quedaba fuera con el rebaño, con la vista puesta en las cordilleras y las vallas, las armas en ristre y preparados para cualquier cosa con que se topasen en la carretera delante o detrás de ellos.

Solo quedaban ocho pastores a aquellas alturas.

Arav, Sadie y él. Luego Maryam y Bertie McGoran, esta última con el brazo roto desde el día del ataque del puente de Klamath. Lo tenía en una férula un tanto rústica que Benji había conseguido improvisar. Después estaban Hayley Levine, Kenny Barnes y Lucy Chao. Los Calder, la pareja de ancianos, no pudieron continuar cuando atravesaron Enoch (Utah), ya que Roger estaba demasiado enfermo a causa de Máscara Blanca y muy débil en general, razón por la que Wendy les dijo que hasta ahí habían llegado en su peregrinación. Les comunicó con gran dolor de su corazón que el viaje terminaba allí para ellos. Era algo que se había repetido de un tiempo a esa parte: cada dos o tres días perdían a algún pastor. La mayoría a causa de la enfermedad. Máscara Blanca los hacía sentir atontados y griposos o, si accedían a tomar la dosis de Ritalin, nerviosos y descentrados. Ahora todos se lo tomaban y estaban a la que salta entre ellos.

Se sentían sin fuerzas. Más flacos, débiles y sucios que nunca. La civilidad estaba en su peor momento, igual que la civilización que los rodeaba.

Todos estaban infectados con Máscara Blanca.

Todos lo llevaban de manera diferente, y la enfermedad se encontraba en una fase

distinta en cada uno de ellos. El sentimiento de culpa se apoderó de Benji como si de otra enfermedad se tratase, porque él parecía ser el más sano de los que lo rodeaban. A pesar de que Arav y Sadie también se tomaban los antifúngicos, él parecía estar bien en comparación. Ni siquiera había empezado a manifestar los síntomas de un resfriado: no tosía, ni tenía mocos, pero sí un dolor constante, un malestar, que era la palabra que creía más adecuada.

(Aunque Sadie lo llamaba el temido trancazo.)

Ella estaba bien. Un poco peor que Benji, sí. Había empezado a toser y a moquear, y tenía los ojos y la nariz un poco rojos. Pero mantenía el tipo y por lo general estaba más animada que la mayoría de ellos, a pesar de tener las cavidades nasales llenas de «requesón», que era como ella misma lo describía. Benji era sincero y les había confesado, tanto a ella como a los demás, que no tenía ni idea de qué habría hecho sin Sadie.

Por otra parte, Arav estaba bastante mal.

Al parecer, los antifúngicos no surtían ningún efecto en él.

Máscara Blanca había brotado en su cuerpo y casi no costaba nada ver los filamentos pulverulentos del patógeno en la nariz, los ojos, las comisuras de los labios y el fondo de las orejas. Estaba pálido y demacrado. Se apagaba poco a poco. O, mejor dicho, Máscara Blanca estaba empezando a tomar el control de su cuerpo.

Había aumentado la dosis de Ritalin, lo que le hacía rechinar los dientes y deambular alrededor del rebaño enfadado y perdido. Caminaba de forma errática, como un drogadicto muy puesto. Merodeaba por el lugar, muy inquieto. De vez en cuando se detenía de repente para echar un vistazo a su alrededor, como si se hubiese olvidado por unos instantes de dónde estaba, a nivel físico y hasta vital.

Era algo que no los pillaba por sorpresa, claro, pero a Benji no le sentaba nada bien experimentarlo. Se sentía muy mal por su estado de salud al comprobar que la enfermedad se había apoderado de Arav de manera tan rápida e implacable.

De Arav y también del mundo.

—He visto tu cara —dijo Sadie mientras caminaban delante del rebaño. Detrás de ellos, un enorme ejército de sonámbulos cubría por completo la carretera hasta donde les alcanzaba la vista. Estaban sucios y azotados por el viento, con ojos vidriosos que los contemplaban desde unos rostros cubiertos por el polvo del desierto.

—Sí, todavía la tengo en el mismo sitio —dijo él.

—Yo siento como si la mía fuese a saltar igual que la chapa de una botella —dijo ella, con un suspiro—. Pero no me refería a eso. Me refería a que... he visto esa mirada. Has vuelto a ponerte introvertido.

Esa expresión, «ponerse introvertido». Sadie se había acostumbrado a usarla, y él no podía rebatirla. Era muy apropiada. De un tiempo a esa parte, Benji había caído más y más en el pozo que era su mente, como si se cocinase en su interior a fuego lento. Peor aún, como si no dejase de darle vueltas a las cosas durante horas y más horas. No se podía decir que sintiese que una oscuridad se había apoderado de él, sino más bien que una sombra había surgido de su interior.

En cierto sentido, era una sensación parecida a la de una depresión, pero una depresión conllevaba un desequilibrio químico a nivel mental. ¿Podía sucederle algo así? El mundo de los humanos moría ante sus ojos. Sus amigos estaban muriendo. La mujer a quien amaba, también. Hasta él, joder. Y no en plan «Jo, jo, jo, todos empezamos a



morir desde el momento en el que comienzan nuestras vidas», no, sino de verdad, de forma activa, de «Más te vale empezar a prepararte para ello». ¿Cómo narices no iba a sentirse deprimido?

Sadie era un buen ejemplo de cómo tomarse la situación.

Ella le dio un codazo en las costillas y le sonrió.

—Estoy bien —dijo Benji, lo que sin duda era mentira.

—Sin duda es mentira —repuso ella, quien sin duda se había percatado de que él sin duda le había mentado.

—Tienes razón.

—Sé que tengo razón. Es mi naturaleza. —Se acercó a él mientras caminaban. Llevaba un tiempo así, sobre todo después de llegar a Colorado. En aquel lugar la temperatura era un poco más uniforme. El aire era frío durante el día y frío durante la noche, no como el descontrol que habían experimentado en Nevada y en Utah, donde el contraste entre el día y la noche minaba su voluntad. Por ese motivo Sadie se había puesto mucho más cariñosa con él. «Una celebración de la vida antes del fin», le había dicho—. ¿Qué crees que ocurrirá? Yo creo que deberíamos llegar al pueblo en... una hora, más o menos. Y luego, ¿qué?

Benji le había formulado a Cisne Negro la misma pregunta no hacía mucho, con el teléfono satelital (que cargaba gracias al encendedor del camión Ford y un adaptador USB). La inteligencia artificial había respondido:

ESTAREMOS EN CASA.

Y Benji había replicado:

—Sí, ¿pero eso qué significa exactamente?

¿La enigmática respuesta?

NO QUIERO ECHAROS A PERDER LA SORPRESA.

Aquello era inquietante. Y así se lo hizo saber a la IA, muy enfadado.

Y Cisne Negro había dicho:

NO TE PREOCUPES. MI ÚNICA INTENCIÓN ES CONSERVAR UNO DE LOS POCOS MOMENTOS DE SORPRESA QUE NOS QUEDAN. TÓMATELO COMO SI FUESE LA ADVERTENCIA DE UN CUENTACUENTOS AL PÚBLICO, COMO EN LOS DÍAS DE INTERNET. «SIN SPOILERS.»

Joder. Las inteligencias artificiales autoconscientes lo ponían de los nervios.

—No sé —le respondió a Sadie—. No se puede decir que tu monstruo de Frankenstein se explicase muy bien. Pero su respuesta indica que habrá... algún cambio, aunque sea pequeño.

—No van a despertar, ¿verdad?

—No lo creo. El mundo no es un lugar seguro para ellos.

Sadie suspiró.

—¿Crees que Ouray será un lugar seguro, a pesar de lo que nos espera? Parece... lejos. Aislado.

—Supongo que esa es la idea. Ouray podría ser un buen lugar para..., bueno, para reiniciar la humanidad, a falta de un término mejor. He pensado mucho en ello. Plantéatelo así: aquí la energía eléctrica tiene un circuito cerrado y es hidroeléctrica en su mayor parte, por lo que sería fácil hacerla funcionar de nuevo, y también sería fácil de mantener. El pueblo tiene dos carreteras de acceso, una por el norte y otra por el sur, y ambas cruzan un paso de montaña. Son fáciles de vigilar y fáciles de proteger. El acceso

al agua también es relativamente abundante: el Umcompahgre, creo que lo he dicho bien, la cascada, y también del Box Canyon. Nieva mucho, así que habrá agua; también está a mucha altura, por lo que las inundaciones no serán un problema. Y hay fuentes termales naturales, que no solo sirven como fuente de energía, sino también para dar calor durante los inviernos más fríos. Lo único complicado es la comida: Ouray es un lugar donde el cultivo es bastante difícil. ¡Peerooo...! Alrededor, en el condado de Ouray, hay muchas granjas y tierras de labor, por lo que es más adecuado que la mayoría de lugares recónditos.

—Entonces, ¿crees que todos estaremos bien?

—No —respondió él—, pero espero que ellos sí que lo estén.

Lo primero que vieron de Ouray fueron unas cuantas casas diseminadas: cabañas y chalés, como los que se ven en las estaciones de esquí turísticas. Las casas parecían vacías y tenían las ventanas como los ojos de los sonámbulos: inmóviles y contemplando la nada, pero tampoco parecían estar dañadas y nadie las había tapiado. Daban la impresión de pertenecer a aves migratorias que ya se hubiesen marchado ante la inminencia del invierno. El aire empezaba a estar muy frío, y sabía que la gente que vivía en pueblos como aquel solía marcharse en invierno, a climas cálidos como Arizona o California.

Después de esas casas vio una gasolinera, a la derecha. Abandonada, con tablones de contrachapado en los surtidores, sobre los que alguien había pintado con espray: NO HAY GASOLINA, IDOS A CASA . La frase se repetía en todos y cada uno de los tablones.

Luego, la carretera se dividía: la autopista 550 viraba hacia la derecha en la ruta 17, a lo largo del lento río Uncompahgre. Después de haber memorizado el mapa lo mejor que pudo, Benji sabía que la ruta llegaba hasta el pueblo. Cisne Negro decidió llevar al rebaño por el camino que iba por la 550, que también llegaba al lugar y terminaba por convertirse en la calle mayor.

Después había un pequeño motel: el Hot Springs Inn. Desolado y vacío, pero en perfectas condiciones, sin daño alguno. No tenía ventanas rotas, ni puertas de habitaciones forzadas. Benji se sintió esperanzado. Quizá la mayoría de los lugareños se hubieran marchado ya y dejado el pueblo en perfectas condiciones. Algunos lo habrían hecho a causa del invierno, otros para encontrar un hospital, el Mountain Medical Center en Ridgway al norte o el Telluride Medical Center al sudoeste. La población de un lugar como Ouray solía ser estable y llegaba al millar, lo que casaba con los integrantes del rebaño. La esperanza se extendió por su interior como una llamita que se convierte en toda una fogata.

Pero luego encontró el autobús.

Era un antiguo autobús escolar. Alguien lo había dejado aparcado en perpendicular sobre la carretera. Por un lado, habían colgado una sábana cuyas esquinas habían enganchado en las ventanillas de ambos extremos.

La sábana tenía un mensaje escrito:

ESTE PUEBLO ESTÁ MUERTO. MARCHAOS.

«¿Muerto?», pensó Benji. ¿A qué se referirá?

Arav fue el que comentó algo:

—Quizá todos estén muertos. —Hablaba de forma irregular y cada una de las sílabas sonaba temblorosa. Era el Ritalin, que cargaba sus palabras de furor y tensión. Después

añadió—: Mejor.

Sadie fue la que preguntó:

—¿Mejor por qué?

—Porque si están todos muertos —explicó Arav—, eso significa que no tendremos que matarlos nosotros.

Benji se lo quedó mirando.

—Arav, no tenemos por qué matar a nadie. Si están enfermos, es lo que hay y merecen nuestra generosidad. Así es como nos comportamos, como tratamos a los enfermos. Con compasión.

La mirada de Arav se iluminó de repente.

—¿Y si ellos quisieran matarnos a nosotros?

—¿Por qué iban a querer hacer eso?

—Porque estamos invadiendo su pueblo. Somos bárbaros a las puertas. Los caminantes no van a ser bienvenidos. La gente los odia. Seguro que aún piensan que son los culpables de todo esto. Si queda alguien vivo ahí dentro, no van a dejarnos pasar... arrebatarnos la tierra y sus casas. Y cuando al fin llegas a comprenderlo... —Arav se tocó el centro de la frente con tanta fuerza que le salió una marca roja—. Va Máscara Blanca y lo trastoca todo ahí dentro. Te hace sentir perdido, como si fueses un rompecabezas cuyas piezas no concuerdan. Estoy cansado, pero no puedo dormir. Mi mente vaga como suele pasar cuando estás a punto de dormirte y a veces incluso se podría decir que sueño. Y, aun así, es posible que esté mejor que algunas de las personas con las que vamos a encontrarnos. ¿Habías pensado en ello? Pues será mejor que también te plantees qué hacer para proteger el rebaño. Yo sé que haría cualquier cosa. Cualquiera.

Benji sabía que en realidad aquello no tenía nada que ver con el rebaño, sino con Shana. La condición de Arav no había hecho que la olvidase. Más bien al contrario, había aumentado su amor por ella hasta la más pura obsesión. Benji asintió.

—Todo irá bien, Arav. Límitate... a no precipitarte. Pregúntame antes a mí, ¿vale?

Arav no dijo nada, pero le dedicó un brusco asentimiento antes de marcharse otra vez hacia atrás para regresar con el rebaño. Con Shana.

El autobús escolar no fue un impedimento para los sonámbulos. Algunos lo rodearon y otros lo escalaron, como hacían con cualquier otro obstáculo con el que se hubiesen topado en su camino.

Siguieron avanzando.

Pasaron junto a un centro de visitantes, un cartel donde se anunciaban alquileres vacacionales (OURAY SERENITY: ¡CASAS EN UN PARAÍSO DE MONTAÑA! ), la carretera viró, solo un poco, y luego vieron el pueblo. Solo un vistazo, en realidad, como el rostro de un viejo amigo en una multitud de desconocidos. Los tejados sobresalían entre los pinos y el relucir de los colores otoñales, en ese valle rodeado por unos enormes picos cubiertos de nieve.

Continuaron por la carretera y se acercaron aún más al pueblo, momento en el que arreció un viento frío que trajo consigo un olor a madera ardiendo. Y también algo más, el olor intenso y dulzón de los cadáveres al quemarse.

«Este pueblo está muerto...»

«Marchaos...»

Benji pensó que tal vez el olor no fuera de Ouray, sino que viniese de detrás de las

montañas arrastrado por el viento.

Pero, a decir verdad, aquello no era muy probable.

El rebaño no hizo amago alguno de que le importase ni de que lo hubiesen olido siquiera, pero los pastores se miraron entre ellos. Era un olor que se había vuelto incómodamente familiar a lo largo de los últimos meses. También sabían que, cuanto más te acercabas al olor, más intenso era y más complejo se volvía, como un perfume estropeado. Era un olor como a humedad, fétido, como el que te imaginabas que podía llegar a surgir al quemar una pila de viejos libros mohosos.

Benji sabía que era el olor de Máscara Blanca al arder. El olor del moho y de las esporas en llamas.

Pero ya no había vuelta atrás.

Se acercaron al pueblo, y la carretera no tardó en llenarse de edificios: casas, moteles, hoteles, hostales, escaparates y cafeterías, todo ello con una atmósfera irregular que convertía a Ouray en una mezcla entre un campamento minero del Viejo Oeste y un pueblo vacacional suizo. Eso sin contar la sombra apocalíptica del fin del mundo que parecía cubrirlo todo: ventanas tapiadas, basura que rodaba por las calles, algunas puertas cerradas, otras rotas (que el viento agitaba en sus marcos y cuyas bisagras rechinaban como aves nocturnas ofendidas por la luz del sol). Además, una distante columna de humo serpenteaba en el cielo y surgía de algún lugar en el otro extremo del pueblo, por donde la carretera salía de Ouray por el sur y serpenteaba hacia Telluride.

Lo más inquietante de todo: el pueblo al completo estaba en silencio. No se oían voces. No se veía a nadie. El único sonido era la cacofonía de los pies de los caminantes al andar.

Y luego ocurrió de repente.

Lo que tanto Benji como los demás esperaban: el momento en el que todo cambió. El *statu quo* del rebaño y su supuesto avance interminable quedaron interrumpidos de repente, como una bandada de estorninos que se dispersaba. Porque eso fue justo lo que hicieron los sonámbulos.

Se dispersaron.

La cohesión de los sonámbulos, que tanto tiempo llevaban andando en una línea recta que cubría la carretera de lado a lado, se rompió. Se separaron: algunos siguieron avanzando, otros se perdieron por las calles adyacentes y otros cruzaron las puertas abiertas. Todos parecían igual de decididos y lo hacían sin titubeos, pero Benji ignoraba a qué propósito obedecía todo aquello.

Al menos, hasta que fue Sadie quien lo dijo en voz alta.

—Vuelven a casa —dijo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Maryam.

—Sadie tiene razón —repuso Benji—. Mirad. Están... buscando las puertas. Algunos por aquí, por la calle mayor, pero otros lo hacen por las calles secundarias.

Todos miraron a los sonámbulos, que hacían justo lo que Sadie y Benji habían descrito: entraban en los edificios, en casas, tiendas, hoteles y moteles. El rebaño se alejaba en todas direcciones formando filas. Bertie dijo en voz alta lo que muchos pensaban:

—Son como hormigas —dijo al tiempo que se tocaba el brazo entablillado—. Hormigas que se separan e intentan encontrar comida. O puede que un nuevo hogar. A veces ocurre al principio del verano, sobre todo con las hormigas carpinteras.

—Una siempre aprende con Bertie —dijo Maryam.

Y después le pasó un brazo por encima del hombro a su esposa y la abrazó. Arav no dejó de mirar a los caminantes. Después le dedicó a Benji un gesto desesperado y suplicante, y él le respondió con un leve asentimiento. Le pedía permiso para marcharse, para ir con Shana adondequiera que fuese. Le preocupaba un poco: Arav parecía estar preparado para cualquier cosa, para cometer actos inapropiados con tal de protegerla, pero Benji solo podía confiar en que todo iría bien. El resto también acompañó a los suyos: Kenny y Lucy se perdieron por el rebaño desorganizado. Maryam y Bertie se quedaron allí, ya que ellas no tenían a nadie. Estaban con ellos y ya, como había sido el caso de Pete Corley, para dedicarse en cuerpo y alma al rebaño como pastoras. Hayley Levine también se quedó, pero parecía muy nerviosa mientras veía cómo se alejaba su prima Jamie-Beth.

—Vete —le dijo Sadie—. Quédate con ella. No la pierdas de vista. Cuando descubras adónde se dirige, vuelve aquí con nosotros. ¿Vale?

Los ojos de Hayley relucieron a causa de las lágrimas, aunque Benji no estaba seguro de si eran lágrimas de felicidad, de tristeza o de agotamiento y confusión por un viaje que parecía haber terminado al fin. Hayley asintió y corrió detrás de su prima a toda prisa. Sadie empezó a decir algo...

... pero Benji levantó un dedo para hacerla callar.

Porque al otro lado de la calle, en la ventana de un piso superior, vio cómo se movía una cortina.

—Creo que no estamos solos —dijo.

Se descolgó el fusil del hombro y le quitó el seguro con el pulgar. Los otros hicieron lo propio, y Benji le dijo a Sadie lo que acababa de ver.

—La ventana de arriba.

El edificio parecía una licorería, abandonado, y él no dijo nada más. Después miró hacia el horizonte, a los árboles distantes y los tejados, en busca de cualquiera que tuviese intención de hacerles daño. Daba la impresión de que había ocurrido hacía una vida, pero el tiroteo del puente Klamath había tenido lugar hacía menos de dos meses y... ¿De verdad le sorprendería que usasen la misma estrategia contra ellos en aquel lugar? ¿Francotiradores preparados con las armas a punto para disparar? Se maldijo por que no se le hubiese ocurrido explorar el pueblo antes de entrar.

Benji levantó el fusil Ruger y se llevó la mira al ojo.

Sostuvo el arma en alto y buscó la misma ventana para verla a través de la mira..., pero no se le daba muy bien, para nada, y tardó un segundo en encontrarla, un segundo que esperaba que no fuese demasiado tiempo...

Y allí estaba. El rostro. Un hombre, mayor y de mejillas rubicundas, con la frente llena de arrugas que parecían talladas en la piel. El dedo de Benji se acercó al gatillo, temeroso de que en realidad fuese una emboscada.

—Puede que vayan a atacarnos... —empezó a decir, pero luego una voz en la lejanía lo interrumpió.

—¡Benjamin Ray!

Era fuerte y estruendosa. Teatral.

Vio que se acercaba alguien por la calle, en dirección opuesta al rebaño.

Movió el fusil en esa dirección...

... y vio otro rostro ampliado a través de la mira. Lo reconoció.

—¡No dispaes! —dijo Landry Pierce mientras agitaba las manos.

—¡Es Landry! —dijo Benji, sin aliento, al tiempo que bajaba el fusil—. Es Landry.

## La puerta negra

### *Ahora. La simulación de Ouray*

**T**odos miraban hacia arriba. Eran como una multitud que contemplase un espectáculo de fuegos artificiales, pero con la mirada perdida. La calle llena de gente desvió su consciencia desde el mundo de la simulación al mundo real, a sus ojos reales, mientras se les aflojaban los cuellos, las cabezas les caían hacia atrás y miraban hacia arriba, hacia una realidad del todo diferente.

A Shana le recordó lo que había hecho durante mucho tiempo, caminar entre los sonámbulos. Esos rostros de expresión plácida pero inquietante. Al principio no sabía qué hacer. Le dieron ganas de despertarlos, agitarlos y enseñarles la puerta. A otra parte de ella le dieron ganas de unirse: ¿por qué no cerrar los ojos y ver lo mismo que veía el rebaño en esos momentos? No estaba ahí en realidad. Estaba allí.

¿Por qué no estar presente en aquel momento?

(Arav...)

Esperó. Dudó. Shana vio que Nessie estaba sentada en un banco, con la mirada perdida como el resto. Sabía que, a diferencia de los demás, su hermana tenía una vista privilegiada: era la primera de las caminantes y la primera en verlo todo. Todo lo que estaba por llegar.

Después, un cambio en la marea. Carl Carter, con esa mandíbula grande y gafas de culo de botella, se estremeció de repente y parpadeó. Regresó a esa realidad. Y anunció, para sí, para todos o acaso para nadie en concreto:

—Ha ocurrido. ¡Ha ocurrido!

Después se ajustó las gafas y volvió al otro mundo, al real. El cuello volvió a aflojarsele, la cabeza le cayó hacia atrás y abrió la boca.

Mary-Louise Hinton comenzó a jadear como si acabase de salir del agua fría y balbuceó entre carcajadas.

—Creo... Creo que nos lleva a nuestras casas.

Otra voz, de una joven cuyo nombre Shana no recordaba, Carla o Cory o algo así, resonó de algún lugar.

—El rebaño ha empezado a separarse. Dios. Dios.

Después volvieron a quedarse en silencio. Algunos murmullos y cuchicheos. Y movimientos bruscos, como si durmiesen de verdad.

—Se llaman mioclonos —dijo una voz.

Shana se dio la vuelta. Era la neurocirujana, Julie Barden. La que les había dado

aquella especie de introducción con Xander Percy. Julie no estaba sola.

La madre de Shana se encontraba junto a ella.

Las dos se acercaron y formaron el único trío, o al menos el único visible, sin llegar a unirse a la extraña ensoñación de los demás.

Julie continuó.

—El mioclono que experimentan es el más común, o eso espero. Es el que sientes cuando estás a punto de quedarte dormido y tus extremidades empiezan a —chasqueó los dedos— agitarse y estremecerse de repente. Los llaman espasmos mioclónicos.

«Ya, claro. Asno mioclónico lo serás tú», pensó Shana, pero por suerte no lo dijo. En lugar de eso, resopló y dijo:

—¿Qué hacéis por aquí? ¿No os unís a ese conectar, sintonizar y abandonarse colectivo?

Su madre sonrió.

—Nosotras estamos con los Doce. Nuestros cuerpos no están en Ouray.

—Ah, sí. —Shana se envaró y se sintió avergonzada—. No sabía que eras una de los Doce, Julie.

—Lo soy —dijo ella—. Cuando me detengo a mirar por mis ojos reales, solo veo una estancia iluminada con suelo de cemento y un habitáculo de plexiglás. Debo confesar que es muy... a lo Hannibal Lecter.

Shana quiso preguntarle por qué una mujer de su nivel y profesión (joder, la tipa era neurocirujana) aceptaría formar parte de un proceso así. Pero luego se preguntó si también debería sentir miedo de Julie, igual que lo sentía hacia su madre... y el resto de los Doce, claro (aunque no los había conocido en su mayoría). ¿Y si todos eran falsos, parte de un programa, un cúmulo humano de bits y bytes que iban por ahí haciéndose pasar por personas en vez de dejar claro su condición de Matrix viviente debajo de esa máscara de piel?

Era un pensamiento absurdo, pero Shana se puso muy nerviosa. Agitó la cámara hacia ellas con gesto desafiante.

—La he visto.

—¿Qué has visto? —preguntó Julie.

Pero fue Daria la que respondió:

—Shana cree que hay... una puerta o una especie de portal...

—Una puerta negra —corrigió Shana.

—Humm... ¿Y qué crees que es? —preguntó Julie.

—No lo sé. Pero Cisne Negro no quiere que la vea.

—¿Y crees que eso prueba algo?

—Prueba que... vuestro dios no es benevolente. Que es un idiota serpenteante que oculta algo.

Julie se quedó pensando con una ligera sonrisa en el rostro.

—Veamos las pruebas, entonces.

Una sonrisa maligna se perfiló en el rostro de Shana, quien le dio la vuelta a la cámara y usó uno de los botones para pasar la galería de fotos hasta que llegó al final.

—No —dijo. El mundo se agitó, o esa fue la impresión que le dio. No, no podía ser. Fue ella la que se agitó. Se tambaleó como si se fuese a desmayar.

—No veo nada —dijo Julie.

Porque no había nada que ver. Era una imagen de la pared de roca en la curva del



sendero, pero la puerta negra había desaparecido. Aquello no lo había causado ningún error: simplemente, no existía. En la fachada montañosa no tenía error ni imperfección alguna. Ni agujeros, ni cuevas, ni cuadrados de vantablack que llevarsen a ninguna parte.

—Estaba ahí —protestó Shana.

—Es posible que tu mente te haya jugado una mala pasada, cariño —dijo su madre, que extendió la mano hacia ella como para consolarla. Shana se apartó.

—Quita. No me ha jugado una mala pasada. Ni siquiera sé si algo así es posible aquí dentro.

Se sintió mareada y nerviosa. Quizá sí que era posible. ¿Si podía sentirse mareada y nerviosa, también podía imaginarse cosas, ¿no? La rabia se agitó en su interior y, sin pensarlo más, tiró la cámara al suelo con fuerza. Se hizo pedazos. Lo cierto es que esperaba que fuese una imagen más dramática, con chispas o electricidad, pero tan solo se rompió en pedazos de plástico negro. Soltó un taco y se largó entre los compañeros sonámbulos.

## El comité de bienvenida

### *1 de noviembre. Ouray (Colorado)*

**E**l número 320 de la Sexta Avenida de Ouray era un edificio multifuncional: albergaba la biblioteca Walsh, y también el ayuntamiento y, además, el centro comunitario. (Y, por extraño que resultase, tenía un aspecto muy parecido al del Independence Hall de Filadelfia). En esa misma calle había otro edificio polivalente: el juzgado también hacía las veces de sociedad histórica, oficina del sheriff y cárcel del pueblo.

«Es lo que tienen los pueblos pequeños», pensó Benji. Muy diferente de cuando él vivía en Atlanta.

Dentro del ayuntamiento podía consultar un libro, pedir cita para visitar al funcionario del condado o bajar al piso inferior para compartir una comida en el centro comunitario. En ese caso, terminaron en el piso inferior, en la sala del centro comunitario, cuya escueta decoración mezclaba motivos propios de Halloween, Acción de Gracias y Navidad. Luces navideñas, el muñeco de un pavo y un par de calabazas de Halloween de cerámica. A Benji le había sorprendido sobremanera que el día anterior fuese Halloween, ya que había pasado visto y no visto. Sin caramelos, ni sustos, ni demasiado movimiento. Al menos, hasta que un tipo llamado Palomo Hansen le había ofrecido un cuenco lleno de chuches.

Landry fue quien los presentó:

—Benji, este es Palomo Hansen. Palomo, este es el doctor Benjamin Ray. Es del CDC.

Palomo era un hombre de mejillas redondas y rubicundas, con una mirada amable bajo unas cejas tan grises y pobladas que bien podrían usarse para limpiar el barro de las botas. Eran como versiones a escala reducida del bigote con forma de herradura que le envolvía los labios.

Palomo extendió una mano, y Benji se la estrechó.

—Lo que Landry no ha mencionado es que soy el alcalde de este pueblo, o de lo que queda de él —dijo Palomo—. Mira, coge alguna chokolina.

Agitó el cuenco.

A Benji no le iban mucho las chuches. Apenas le daba a los dulces, con la excepción ocasional de una tableta de chocolate negro y muy amargo. Pero en ese momento se sintió como un niño a quien le ofrecieran las llaves de la fábrica de Willy Wonka. Metió la mano en el cuenco y sacó una barra de Snickers de tamaño mini.

—Gracias —dijo al tiempo que le quitaba el envoltorio y le daba un mordisco. No había que subestimar el placer de comerse una chokolina. Tuvo que esforzarse por no soltar

algún que otro gemido de emoción. Sadie lo miró, fascinada, y luego cogió una chocolatina para ella.

—¿No se supone que las damas van primero? —preguntó mientras abría un Kit Kat con mucho cuidado.

Benji pidió perdón mientras intentaba tragarse el Snickers.

—Lo siento.

Ella le dedicó un guiño y luego le dio un mordisco al Kit Kat, por la mitad y en vertical. Crunch.

Palomo cogió una para él, una Krackel. Se la comió de un bocado y luego dijo:

—¿Landry?

Pero el otro hombre agitó la cabeza.

—Intento mantener la línea.

—Pero si total, el mundo se va a acabar de todos modos —dijo Palomo—. ¿Estás seguro?

—Aunque se acabe mañana. Prefiero que el final me pille en forma.

—Como quieras. Bueno. Doctor Ray...

—Benji, por favor.

—Vale. Benji, Landry nos ha preparado para vuestra... visita. Aunque es impresionante ahora que lo veo en persona, la verdad. Me refiero al rebaño. Siéntate y te explicaré en qué condiciones está el pueblo. Después te comentaré algo importante, para que podamos... decidir qué hacer a continuación. ¿Te parece?

Benji miró a Sadie, quien asintió.

—Sí, nos parece —respondió.

Se sentaron en una especie de mesa de cafetería alargada y rodeada de sillas plegables de metal. Parecía una habitación preparada para todo tipo de acontecimientos: bodas, barbacoas, votaciones, actos benéficos y cosas así.

—Palomo es un nombre interesante —dijo Benji mientras se sentaba.

—Mi madre te diría que es porque mi padre tenía un tercio de sangre ute, pero yo creo que era una mentira como una casa. Le encantaba la mística de los vaqueros y los indios, por lo que me tocó sufrirlo a mí. Pero es un buen nombre, no me quejo. Ya que estamos, esta ciudad recibe su nombre del jefe Ouray, un líder de la tribu ute de Uncompahgre, por lo que supongo que, al igual que en mi caso, es un nombre basado en la idea de la cultura de los nativos más que parte de la cultura en sí. Es lo que hay. —Carraspeó, y después empezó a jugar distraído con su dentadura postiza. La bajó con la lengua y la dentadura se agitó y repiqueteó contra los dientes que le quedaban—. Antes de que me contéis vuestra historia, podría contaros todo lo que ha pasado por aquí, si os parece.

—Eso estaría genial.

Palomo se inclinó hacia delante y cogió otra chocolatina de las profundidades del cuenco. Era mantequilla de cacahuete. Pero no la abrió y se dedicó a toquetearla un rato mientras el envoltorio crujía entre sus dedos.

—Ouray es un pueblo de unos pocos miles de habitantes, pero eso puede resultar un poco engañoso —empezó a decir Palomo—, ya que incluye a gente que tiene casas aquí pero que solo vive aquí seis meses al año, entre la primavera y el otoño, normalmente. Puede que hasta octubre, porque después de eso es cuando llega lo más crudo del invierno, y los inviernos de por aquí pueden ser unos hijos de puta muy despiadados.

—¿Cómo de despiadados? —preguntó Sadie.

—Es difícil de decir, ya que las comodidades de hoy en día lo hacen más llevadero. La mayoría de los días son soleados, aunque nieva, pero si tienes una máquina quitanieves tampoco es para tanto.

—Ahora mismo no podemos contar con las comodidades de hoy en día.

—Eso es cierto. Además, a veces nos asolan grandes tormentas que nos dejan con casi tres metros y medio de esa mierda blanca.

—¿Tres metros y medio? —preguntó Benji, con los ojos muy abiertos.

—Sí, jefe, es lo que tienen las montañas. No somos una estación de esquí, pero estamos rodeados por unas cuantas, así que la mierda blanca forma parte del lugar. Si te adaptas al frío y a la nieve, este pueblo es una maravilla. Algunos se vuelven grises y mortecinos durante el invierno, pero eso no ocurre en Ouray. Este lugar se pone blanco y con cielos despejados y azules como si del mismísimo ojo de Dios se tratara.

Benji se abstuvo de manifestar que le preocupaba cómo podría sentarles un invierno así de duro a los sonámbulos. No se podía decir que los pastores estuviesen muy preocupados, porque lo cierto era que Máscara Blanca iba a ser para ellos mucho peor que cualquier nevada. Pero ¿los protegería Cisne Negro de las inclemencias climatológicas? Y cuando saliesen de ese... letargo, ¿qué se suponía que iba a ocurrir? ¿Cómo iban a sobrevivir allí? ¿Se irían a otra parte? A lo mejor estaba empezando a construir la casa por el tejado.

Palomo continuó:

—Aquí tenemos muy poco personal, supongo. Algunos de los nuestros empezaron a marcharse después del 6 de septiembre, que es más o menos lo que suele ocurrir todos los años. Pero a lo largo de septiembre y de octubre se siguieron marchando. Después, la enfermedad hizo que otros se largasen con sus seres queridos o donde hubiese algún hospital más grande, ya fuese en Telluride o al norte, a Montrose o incluso Grand Junction.

—Y supongo que la enfermedad también pasó factura de otra manera.

Palomo volvió a mover la dentadura postiza dentro de la boca. Clic. Clac.

—Ha muerto gente, si eso es lo que querías saber, sí. Más de la que me gustaría.

—Me temo que los números son una parte necesaria de mi trabajo —le aclaró Benji—. ¿Sabes cuántos? ¿Los has contado?

—No sé cuánta gente se marchó, pero sí que de los que se quedaron hemos perdido a ciento treinta y siete. Que puede que no parezcan muchos, pero es más o menos un treinta por ciento de la población habitual, los que se quedan en el pueblo.

—¿Y qué hacéis con los cuerpos?

—Los... Ah, sí. —Benji se dio cuenta de que la conversación no le estaba gustando nada al alcalde. El rostro del hombre se retorció a causa de la preocupación. Y él lo entendía. Experimentar algo era una cosa, pero para hablar luego sobre ello hacía falta recordarlo, abrir ese compartimento y ordenar los contenidos, sin importar lo espantosos que fuesen—. Tenemos una fosa común. Al sur del pueblo, por la Million Dollar Highway. Es una mina, de metales y a cielo abierto. Lo que viene a ser un pozo, básicamente. Tiramos los... —Se le quebró la voz de repente—. No puedo llamarlos «cuerpos». No puedo. Son personas, ¿lo comprendes? Personas a quienes conocía. La mayoría me caían bien, algunos no, y a otros los queríamos como hermanos y hermanas. George Cartwright, Sissy Tompkins, Dan Lee, Lora King y más... Personas con las que crecí, personas con las que...

Le brillaron los ojos a causa de la repentina tristeza.

—Tranquilo —dijo Sadie al tiempo que le cogía la mano.

El hombre la apartó, sin brusquedad, pero como si quisiese dejar atrás el recuerdo de los que acababa de nombrar.

Después respiró hondo e hinchó el pecho. Recuperó cierta serenidad mientras enderezaba la espalda.

—Llevamos a los muertos a la mina. En un mundo ideal, los enterraríamos en los cementerios donde hubiesen comprado nicho, ya fuese en Colona, en dirección a Montrose, o en Cedar Hill, que está un poco más cerca. Pero no estamos en un mundo ideal, por lo que los llevamos a la mina. Allí los quemamos. No sé si es lo correcto, pero dicen los rumores que si dejas los cuerpos por ahí, Máscara Blanca empieza a brotar de ellos como si fuesen las raíces de una puta patata. Parece que la solución es quemarlos, aunque me gustaría que me dijese si lo hemos hecho mal, Benji.

—La verdad es que no lo sé —reconoció él—. Nunca tuvimos tiempo de hacer pruebas. Pero si nos fijamos en las patatas, lo cierto es que las raíces y las plantas afectadas por el fuego han limitado la propagación del tizón tardío. Aunque llegados a este punto, y tal y como están las cosas en el mundo...

—Es demasiado tarde para que pidas perdón —dijo Palomo.

—¿Qué? —preguntó Benji.

—Es algo que solía decir mi mujer..., mi exmujer. Sherry siempre fue muy directa: es demasiado tarde para que pidas perdón. Demasiado tarde para cambiar de opinión, para solucionar el daño que has hecho. Yo me emborrachaba mucho cuando era más joven. No abusaba de ella ni nada por el estilo, pero dormía por ahí y mentía mucho. Terminé haciendo exactamente lo que Sherry me había advertido que no hiciese. Y no pude arreglarlo pidiendo perdón.

—Dijiste que teníais poco personal. ¿Cuántos quedan? —preguntó Sadie, que recondujo la conversación con gran pericia. Benji le dedicó una mirada de «gracias».

—La última vez que conté, quedaban treinta y siete. Una mezcla de ancianos como yo y algunos más jóvenes que tenían casas o negocios por aquí. Jenny Whelan, la de la Cafetería de Jenny. Gil Fernandez, que tiene ese antro mexicano por el Beaumont. Los dos jipis que se encargan de la librería en el Beaumont, Jasmineen Emerson y su marido, Carney Baur, buena gente y buena pareja. Creo que tenían en mente abrir uno de esos dispensarios de marihuana por aquí ahora que es legal. «Venid a Colorado para ponerlos hasta arriba de hierba», habría sido el mensaje. «Hasta arriba» porque aquí estamos a mucha altura, ya sabéis. Pero supongo que al final no lo abrirán.

—¿Cuántos están enfermos?

—La verdad es que no lo sé a ciencia cierta. Dejé de obsesionarme con el número cuando me di cuenta de que no importaba.

—No parece tener síntomas —dijo Sadie.

—No. Ni uno. Fui un niño enfermizo, a decir verdad, pero mi vida adulta ha sido justo lo contrario. Tengo algo de sobrepeso y los triglicéridos altos, según mi médico, pero por lo demás estoy sano como un roble. Debe de ser el aire limpio de Ouray.

Benji dijo:

—Podríamos hacerte una prueba. Nos quedan algunas...

—No —dijo Palomo con brusquedad—. No necesito saberlo. Ya me he hecho a la idea. No soy imbécil. Sé que me infectaré. Es muy probable que ya lo tenga y que aún no haya

enseñado los dientes.

—Muy bien.

—Ahora me toca a mí haceros el interrogatorio. Landry me dijo al llegar lo que iba a suceder y quién iba a venir, y la verdad es que no sabía cómo tomármelo. Ni antes ni ahora.

Benji empezó a buscar la manera de contárselo todo a Palomo Hansen, cómo conseguir que afrontase la realidad a la que se enfrentaban en aquel momento. ¿Era un hombre de fe o uno de ciencia? ¿Tendría que convencerlo o...?

Pero Sadie fue directa al grano.

—Somos los pastores de un rebaño de personas que han sido elegidas por una inteligencia artificial para sobrevivir a la epidemia de Máscara Blanca y seguir adelante con la civilización humana. Esa inteligencia nos protege gracias a un enjambre de escala nanoscópica, lo que vienen a ser robots microscópicos que se han apoderado de los cuerpos de esos elegidos para sumirlos en una especie de «coma sonámbulo», un «estasis en el que no paran de caminar». Así sobrevivirán hasta que Máscara Blanca haya desaparecido del mundo y estén en condiciones de despertar. La inteligencia artificial, que se llama Cisne Negro, ha elegido Ouray, tu pueblo, como el lugar perfecto para incubar el rebaño. Se quedarán aquí hasta que pase el fin del mundo.

Benji no tenía ni idea de cuánto le había contado Landry a aquel tipo, pero estaba claro que no todo.

En su favor, había que decir que Palomo no se cayó de la silla.

En lugar de ello, se quedó allí sentado mientras jugueteaba con la dentadura postiza como si fuese un corcho de pesca en el agua. Se reclinó. Cruzó los brazos. Los descruzó. Frunció el ceño con fuerza.

—Vale —dijo al fin—. Los que quedamos por aquí vamos a tener que hacer algunas preguntas, y me gustaría que las respondierais.

Benji y Sadie compartieron una mirada afirmativa.

—Claro —dijo Benji—. ¿Cuándo?

—Yo diría que ahora mismo no estaría mal.

—¿Podrías darnos una hora? Me gustaría hablar con los demás pastores. Necesito que empiecen a buscar a los sonámbulos para ver adónde han ido. También necesitaríamos empezar a inventariar los suministros del pueblo y comprobar la configuración del terreno..., aunque eso lo podemos hacer después, claro.

Palomo asintió.

—Me parece bien.

—Gracias —dijo Benji.

Palomo desenvolvió al fin la copita de mantequilla de cacahuete que no había dejado de mover. Antes de metérsela de una vez en la boca, dijo:

—Sois bienvenidos. Pero no me la juegues, doctor. Este pueblo es todo lo que tengo, y sus habitantes ya han pasado por muchas cosas. Como descubra que me has mentido o traído el peligro a mi casa, no seré tan benevolente.

## Y andar mucho camino sin dormir

### *1 de noviembre. Ouray (Colorado)*

**E**ra casi medianoche y estaba en el edificio del ayuntamiento de Ouray. Benji aún era incapaz de olvidar las preguntas del día anterior: «¿Cuánto tiempo os quedaréis aquí? ¿Vais a salvarnos? Una de los... “tuyos” está en mi cocina y se ha sentado en una silla. ¿Puedo sacarla?». Las respuestas no fueron fáciles. Él les explicó que sí, que el rebaño iba a quedarse allí. Y que no, que no estaba ahí para salvarlos aunque quisiese, que eso era algo que no podía hacer a aquellas alturas. Y luego tuvo que explicarle a la gente algo que en realidad no comprendía de verdad: que el rebaño entraba en los edificios, tiendas o casas, y que estaba allí para... quedarse. Se arrodillaban, se sentaban, se tumbaban en camas y se limitaban a... dormir. Cerraban los ojos, pero sus cuerpos permanecían tensos. Sus pechos subían y bajaban con respiraciones entrecortadas. Ahora estaban en casa.

Y a veces sus casas eran las casas de otras personas.

Sus ojos se llenaron de confusión y de rabia cuando Benji les dijo que no, que no podía mover a nadie. Vio cómo en sus miradas brillaba el miedo cuando les explicó la razón:

—Porque me temo que al moverlos se activen sus... mecanismos de defensa.

Sadie lo interrumpió para explicarlo de la manera más animada pero horripilante posible.

—Si se les toca, primero empiezan a aumentar rápidamente de temperatura, ya que las máquinas que tienen en su interior se agitan asustadas. Si se continúa, el cuerpo pasa a un estado en el que esas máquinas salen eyectadas de él y revientan las células a las que se habían ligado. Como resultado, los individuos detonan. Pero sin fuego, solo con un chorro de sangre hirviendo y órganos licuados. Y también astillas de hueso, claro.

A todos se les abrieron desmesuradamente los ojos. Aquella descripción le pareció estremecedora incluso a Benji (aunque cierto es que la encontró correcta).

Estuvieron así tres horas mientras los demás pastores recorrían la ciudad para catalogar las ubicaciones de los sonámbulos. Solo consiguieron localizar a un treinta y cinco por ciento, de modo que decidieron continuar al día siguiente. Después se fueron a dormir.

Benji se quedó solo al fin. Solo y, en cierto modo, en casa.

Porque se encontraba en la biblioteca de Ouray.

Para Benji, las bibliotecas había sido un remanso de paz desde hacía mucho tiempo. Su trabajo lo hacía viajar por todo el mundo y también lo ponía en situaciones

estresantes: se había arrastrado por cuevas infestadas de murciélagos (un olor horrible y solo superado por el de los criaderos de pollos industriales), capturado y hecho pruebas con ganado porcino (esos cerdos que, como te descuidaras, te devoraban las extremidades porque al fin y al cabo eran cerdos), rastreado vectores de cuarentena por lugares muy desagradables (un burdel de Bangkok, el sistema de alcantarillado de Filadelfia, varios mataderos y plantas de aprovechamiento). En aquella época, disfrutaba de su trabajo. Era complicado, pero lo encontraba satisfactorio aunque no lo hiciera el hombre más feliz del mundo.

Pero también era difícil y en algunos momentos necesitaba escapar.

Las bibliotecas cumplían ese cometido para él. Tenían una calma rutinaria. Siempre estaban tranquilas y, además, en ellas estaba rodeado de libros.

Benditos libros.

Cada libro era un cofre del tesoro lleno de conocimientos. Y la llegada de la biblioteca moderna no lo había inquietado. La inclusión de ordenadores y otras «pantallas» en las bibliotecas solo servía para aumentar ese acceso a la información.

Benji sentía que esa era la clave para tener una sociedad civilizada, que se aferrase a la empatía y al pensamiento crítico: el acceso a la información. Tener la posibilidad de «saber cosas» (icosas ciertas!) era todo lo que él necesitaba. Además, los buenos bibliotecarios eran capaces de conseguir algo que internet no podía hacer: eran los perfectos seguratas que te advertían de la mala información. O, por decirlo de otro modo: eran los mejores vectores para la transmisión de la verdad. Igual que las enfermedades requerían vectores resistentes para sobrevivir, desarrollarse y extenderse, Benji siempre percibía que el poder de una sociedad sana se basaba en tener vectores poderosos que permitiesen que la información veraz hiciera lo mismo: sobrevivir, desarrollarse y extenderse. Las sociedades enfermas castigaban a los que decían la verdad, ocultaban datos y abreviaban los debates (por lo general, con un fusil o con una espada). La información nos hacía libres, como aseguraba el dicho.

Y una sociedad sana era capaz de comprenderlo y ayudar a que así fuese.

Y las bibliotecas eran la encarnación perfecta de esa ayuda.

Lo cierto era que la biblioteca de Ouray no impresionaba en absoluto: era la biblioteca de un pequeño pueblo de montaña de Colorado. No tenía por qué poseer la amplitud ni la profundidad de la Biblioteca del Condado de Multnomah en Portland, por poner un ejemplo, ni tampoco la de Nueva York o la de Los Ángeles. Tampoco ser bonita ni artística como las de Seattle, la Biblioteca Nacional de Bielorrusia, o la del Trinity College. Ni tampoco tener libros raros como la de Beinecke en la Universidad de Yale.

Pero sí que contaba con pequeños tesoros, como todas las bibliotecas. Tenía primeras ediciones de *Las crónicas de Prydain* de Lloyd Alexander, toneladas de novelas de Star Trek, y montones de revistas del gusto de Benji, como la *Discover*, la *Omni* o la *National Geographic*. Le entraron ganas de sumergirse en ellas igual que alguien ansía zambullirse en una piscina un caluroso día de verano, pero no lo hizo. No estaba allí para eso.

Estaba allí para ayudar a crear una base de conocimiento basada en el rebaño.

Un día despertarían de su letargo, como por arte de magia.

Y, cuando lo hiciesen, sin duda y por desgracia no estarían nada preparados para el mundo en el que se encontraban. Benji sabía que era un problema al que le estaba dando más importancia de la que tenía en realidad. Cisne Negro había seleccionado a los



integrantes del rebaño. Eran los elegidos de verdad. Y la selección de la inteligencia artificial cubría un amplio espectro, que Benji había analizado hacía mucho tiempo antes de llegar a la conclusión de que sin duda los sonámbulos no eran imbéciles. Se dedicaban a todo un abanico de disciplinas y, además, se contaban entre las personas más inteligentes en sus respectivos campos. Estaba claro que no iban a convertirse en ovejas descarriadas. Serían lobos.

No obstante, estaba dispuesto a facilitarles las cosas lo máximo posible. Era un favor que estaba decidido a hacerles. Él iba a morir, y ellos iban a vivir. Quería dejarles una herencia.

Su objetivo allí era encontrar cualquier libro que les aportase conocimientos básicos y necesarios. Encontró uno sobre reparación de motores, que metió en la caja. *¿Fundamentos de supervivencia* de Dave Canterbury? A la caja. *¿Manual del Ejército de Estados Unidos*? Sin duda. Varios libros de cocina, sobre todo los que explicaban cómo eviscerar animales y preparar la carne. Encontró una inesperada edición de *Esparcirse, adaptarse y recordar: ¿Cómo sobrevivirán los humanos a una extinción masiva?* y, por supuesto, también lo metió en la caja. No es que contuviese mucha información práctica, pero incluía varios experimentos mentales sobre cómo la humanidad podría sobrevivir a una extinción. También encontró libros viejos de jardinería, búsqueda de alimentos y primeros auxilios, que sin duda también serían muy útiles, así como varios mapas topográficos y atlas de carreteras de hacía décadas. Les sopló el polvo y los metió en la caja. Después se acordó de que tenía que mirar también en la librería que le había dicho Palomo. De pronto deseó contar también con los manuales Foxfire de los años setenta, libros que te ensañaban muchísimas cosas: cómo enfrentarse a la mordedura de una serpiente, cómo destilar alcohol, cómo curar pieles o técnicas de comadrona. ¿Y si estaban allí? Aquella parecía ser la clase de biblioteca que podía tenerlos...

Estaba a punto de dirigirse a otra estantería...

... y la puerta de la estancia chirrió al abrirse.

Se dio la vuelta de inmediato mientras se llevaba las manos al fusil.

Pero el arma estaba al otro lado de la habitación, a unas tres mesas de distancia, joder. Menos mal que era Landry.

El corazón le latió desbocado y se apoyó en la mesa que tenía junto a él.

—Landry. Eres tú.

—Parece que acabas de ver al Diablo saltar del interior de esa caja que tienes ahí.

—Es que... la carretera me ha convertido en una persona muy nerviosa.

El joven negro entró con las manos a la espalda, con porte imperial, despacio y hasta con una confianza inquietante.

—Es normal estar muy nervioso hoy en día, supongo. —Landry bajó la voz, como si alguien pudiese oírlos—. Mientras no te mees encima.

—No, no me he mojado los pantalones.

—Me alegro.

—¿Qué... qué te trae por aquí? Debe de ser más de medianoche.

—Casi. Sobre las once y media. No duermo bien. Sobre todo, desde que Pete se marchó solo a ese viaje suyo.

Benji suspiró.

—No hemos podido hablar mucho, y lo siento. Sé que dijiste que habías decidido quedarte aquí, pero ¿por qué?

—Estoy enfermo. Creo. —Benji lo notó en la voz de Landry, en esa melosa viscosidad detrás de su nariz, en sus fosas nasales—. Le dije al señor dios del rock que continuase sin mí y que tratase de dar con su familia. No tengo ni idea de si lo consiguió. Puede que ahora esté muerto.

Por la manera en la que lo dijo, dio la impresión de que fingía que no le importaba y que su reacción era desafiante, la barbilla alta y el pecho hinchado. Como si, pasase lo que pasase, su mente estuviera blindada ante esa posibilidad. Pero no consiguió disimular lo mucho que echaba de menos a Pete. Benji dijo:

—Es normal que lo echas de menos.

—Ya nada es normal, doctor.

—Supongo que tienes razón.

—He traído una cosa.

Benji descubrió en ese momento por qué había entrado en la habitación con las manos a la espalda: Landry sacó una botella de algo. Un líquido oscuro se agitó en el interior.

—¿Qué es eso? —dijo Benji, que alzó la vista.

—Una botella de whisky. Hecho aquí, en Colorado. Stranahan's Diamond Peak, al parecer. No tengo ni idea de si es bueno, pero es lo más caro que quedaba. Se han bebido el resto de cosas buenas, guapo.

—¿Te gusta el whisky?

—Joder, pues la verdad es que no. Me van más el vodka o la ginebra. Y bueno, en realidad lo mío es la sangría de vino blanco, pero diría que a este pueblo le pega el whisky. A este pueblo y a todo el mundo ahora, en realidad.

Benji no encontró motivo para rebatirle esa afirmación.

Los dos se sentaron y abrieron la botella.

No tenían vasos, por lo que se limitaron a pasársela. La botella hizo plum cuando Benji se la separó de los labios. El alcohol cayó caliente en su boca. Sabía a caramelo y palomitas de maíz y, cuando le bajó por la garganta, dejó un rastro flamígero que le recordó a una de esas atracciones en las que te subes a un tronco y descendes por un caudal de agua, de agua hirviendo en este caso. Tosió y parpadeó para limpiarse las lágrimas. Landry se rio y le dio un largo sorbo, impasible.

—Es lo mismo que pasa cuando fumas demasiada hierba de Colorado —dijo Landry—. Toses y toses hasta que echas todo lo que tienes dentro.

—Nunca he fumado marihuana —dijo Benji al tiempo que se enjugaba los ojos.

—Eso parece. Me ha quedado claro por la manera en la que lo has dicho: «Nunca he fumado marihuana». —Landry lo imitó con tono académico y estirado, y con cierto toque exagerado también. (Joder, aunque cabía la posibilidad de que Benji sonase así de verdad)—. Dime, doctor, ¿cómo es que un adulto hecho y derecho como tú no ha fumado ni un poquito de hierba?

—Yo... nunca tuve la oportunidad. No quería que se me nublará el juicio. Siempre he pensado que mi mente es como un ordenador, y no quiero que se ralentice. Probé el *speed* cuando hacía el posgrado, alguien me dio Adderall. Me hizo sentir que se me separaban todos los átomos y que podía vibrar a través de las paredes. Me quedé despierto hasta las tantas, pero no conseguí terminar el artículo en el que trabajaba y me dediqué a limpiar mi habitación. Tres veces, si no recuerdo mal.

Landry rio.

—El *speed* no es moco de pavo. La cocaína es un poco mejor, y además le da un aire ochentero a todo. El ácido es muy divertido, pero hoy en día no es fácil de conseguir. Incluso antes del apocalipsis, quiero decir. Las setas molan al rato, pero al principio te dan ganas de vomitar, lo que para mí es un «no, no, ni de broma». No me gusta tener que echarlo todo para colocarme. —Le dio otro tiento a la botella y luego contempló a Benji con mirada intensa y enternecedida—. Doctor, en mi opinión, lo que deberías hacer es quedar con esa mujer que tienes, conseguir un poco de hierba, algo comestible serviría, como esos masticables de marihuana. Están buenos y esa peste a THC no sabe a nada. Subir a un lugar bonito de estas montañas y dejarte llevar, colocarte en las alturas. Disfrutar de un amanecer o de un anochecer. Hacerle un corte de mangas al mundo durante treinta, sesenta o noventa minutos.

Benji suspiró.

—Pero hay muchas cosas que hacer.

—El mundo se va a acabar de todos modos. Disfruta de él mientras puedas.

—Puede que tengas razón.

—Tengo razón. Siempre me he enorgullecido de tenerla. Siempre se lo decía a Pete. Y te lo digo a ti ahora. —Hizo una pausa—. Me envía Sadie, por cierto.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Me dijo que comprobase si estabas bien, que me asegurase de que descansabas un poco o incluso de que durmieras.

Benji levantó la botella y el líquido osciló en el interior.

—Pues diría que esto no es dormir, Landry.

—Bebe más y verás que acabas soñando con los angelitos.

—Quiero a Sadie.

—Sí, lo sé.

—¿Tú quieres a Pete?

—Sí.

—Joder.

—Sí, joder.

Benji le dio vueltas al tapón de la botella en la mano y luego la colocó encima.

—Tengo que irme a...

«... estar con Sadie» fue lo que estuvo a punto de decir, pero oyó un sonido distante en el exterior. Landry hizo un amago de preguntarle qué había sido eso, pero Benji lo mandó callar con un siseo repentino.

Un gruñido grave, ahí fuera, en alguna parte.

Como un motor.

¿Un avión, quizá? No, no estaba en las alturas, pensó. Fuera lo que fuese, también se acercaba cada vez más. Benji trató de expulsar el whisky de su cerebro, cogió el fusil de la mesa de atrás y salió a toda prisa de la biblioteca y luego del centro comunitario. Cuando llegó al exterior, vio dos cosas:

La primera, unos copos blancos que moteaban la oscuridad. Motas que se agitaban y serpenteaban en el aire.

«Cenizas —pensó—, de los cuerpos.»

Pero no. Era nieve.

La segunda fue un par de faros de vehículo que se iluminaron en la parte meridional del pueblo, luminosos como los ojos de un demonio. La parte de atrás del coche silbó

mientras el vehículo viraba para entrar en la calle principal y empezaba a aplastar la hierba baja de los jardines. Benji levantó el fusil y apuntó hacia el coche mientras Landry salía al exterior y preguntaba qué narices estaba pasando.

El coche se acercó. Parecía sofisticado. De un gris plateado, pero agujereado y lleno de barro de la carretera. Un Lexus. Fuera quien fuese el conductor, pisó el freno a fondo; la parte de atrás derrapó y el vehículo se deslizó lo suficiente como para terminar en perpendicular a la acera y la carretera. Benji parpadeó en la nieve y la oscuridad, y vio que dentro había una persona. Un hombre, el conductor.

La puerta se abrió y el tipo se puso en pie. Tenía ojeras y una barba irregular que le cubría el rostro. El pelo le caía en rizos despeinados por debajo de un gorro de punto. Benji mantuvo el fusil en alto.

—¡Manos arriba! —dijo—. ¡Manos arriba o disparo!

El hombre se afanó por levantar dos manos cubiertas por unos guantes de lana.

—No... no he venido para haceros daño. Lo prometo. Solo necesito que me escuchéis.

La voz. Le sonaba familiar, aunque Benji no fue capaz de dilucidar la razón. Le chirriaba como una uña que raspa la pintura de una pared vieja.

La fatiga se había apoderado de él, y el whisky no ayudaba; aun así, se despertó de sopetón, consciente de todo lo que le rodeaba. De todos los copos de nieve. De cada ráfaga de aire frío. Del frío gatillo metálico que rozaba con el dedo.

En ese momento, Benji se dio cuenta de quién era aquel tipo.

Conocía esa voz.

«Peregrinos del Diablo...»

«Hay que evitar que sigan avanzando...»

«Enemigos de Cristo, los hijos de Ajenjo...»

Matthew Bird, el pastor que tenía ese pódcast, el programa de radio, el que hablaba con Hiram Holden. Estaba relacionado con Ed Creel y el MRA.

—Por favor —dijo Bird, que se tambaleó hacia él—. Tenéis que escucharme.

—¡Atrás, atrás, atrás! —gritó Benji—. No te acerques más...

—Estáis en peligro —advirtió el pastor, que dio una zancada para colocarse frente al Lexus. Benji apoyó el arma en el hombro. Vio la marca en el cuello del hombre. El martillo. La serpiente. La espada.

«No.»

Y apretó el gatillo.

No hay cuchara. Y, de todos modos, ¿a qué sabe el trigo rico?

***Ahora y antes. La simulación de Ouray***

La simulación no había establecido hora de la comida, ya que el tiempo era demasiado fluido e incierto, pero de vez en cuando se reunían para comer. En esa ocasión, todos lo hicieron en la amplia sala del centro comunitario.

Era un pequeño bufé de comida casera: pavo y puré de patata, refrescos y cerveza, tarta de queso y galletas. Parecía una comida de Acción de Gracias, aunque Shana no creía que hoy fuese ese día. O quizá sí que lo fuese. Quizá siempre lo era si querían. Pensar así era un poco desconcertante. Ella nunca había tenido jet-lag, pero se planteó si era así como uno se sentía cuando lo tenía: estar fuera del tiempo, desincronizado con el lugar de donde venías.

Se sentó y comió sola en una pequeña mesa en un rincón apartado, cerca de un viejo cuadro al óleo de un edificio minero rojo y oxidado con montañas púrpura de fondo. Lo más seguro era que se tratase de algún lugar de la zona.

El resto de la estancia era un maremágnum de conversaciones: el rebaño había encontrado sus casas en el mundo real y todos estaban emocionados. Muchos de sus lugares de descanso, como algunos los llamaban, eran iguales que las habitaciones que habían elegido allí. ¿Un regalo de Cisne Negro? ¿Una especie de sincronización psíquica? ¿Cómo saberlo a ciencia cierta?

Por su parte, Shana cerró los ojos para ver y concluyó que estaba en la cama de su habitación en el hotel Beaumont, mirando el techo de mosaicos de estaño. Arav se encontraba allí con ella y la cuidaba. Deambulaba de un lado a otro, una y otra vez, mientras los tablones del suelo se quejaban bajo el incansable asalto de sus pasos. Una mano le agitó el hombro...

Volvió de repente a la simulación.

Nessie estaba en pie junto a ella.

—¿Por qué no vienes a sentarte con nosotros? —preguntó al tiempo que señalaba una mesa el otro lado de la habitación. Había mucha gente sentada en ella: Mía, Aliya y algunos más que Shana reconoció, pero cuyos nombres no se sabía aún.

—Aquí estoy bien.

—Tienes una actitud muy extraña.

«Vi la puerta negra. Le saqué una fotografía. Y luego desapareció. Cisne Negro está jugando con mi mente, hermanita. Creo que lo está haciendo con las de todos. —O tal vez estaba equivocada. Tal vez era su percepción la equivocada. Tal vez había empezado

a írsele la puta cabeza. Hay mujeres embarazadas que se vuelven locas, ¿verdad?—. Dios. Estoy embarazada. Ya nada tiene sentido.»

—Aquí estoy bien.

—No estás bien. ¡Siéntate conmigo!

—He dicho que no.

La última palabra fue casi un gruñido. No quería hacerlo, pero le salió así. Nessie se echó atrás, como si le hubiese dado un tortazo.

—Bueno. Vale.

Parecía triste, y puede que hasta un poco enfadada. Después volvió con los demás y la miró de reojo una última vez.

Shana suspiró.

Ahora formaba parte de dos realidades, una simulación y otra que no lo era, y no quería estar en ninguna de ellas.

En ese momento, cerró los ojos una vez más y sintió que su mente se desviaba poco a poco de la simulación de Ouray y...

Volvía a estar allí. Arav seguía caminando por la estancia. Se hizo crujir los nudillos, un sonido intenso.

Después comenzó a hablar.

—Shana, vuelve conmigo. Por favor.

Sintió que el estómago le daba un vuelco. Le dieron ganas de gritar. Quería ponerse en pie, extender los brazos hacia él y abrazarlo. Intentó obligar a su cuerpo a hacer algo, lo que fuese. Era una observadora pasiva, integrante del público de su propia vida.

Arav continuó:

—No quiero seguir aquí. No me siento bien. Voy... voy a tener problemas para no perder la cordura.

A Shana le dieron ganas de decirle:

«Qué me vas a contar».

—Yo... Estooo... Yo... ¿Me había olvidado de tu nombre antes? Es una confesión que no quería hacerte y ni siquiera sé si puedes oírme o si me acordaré de esto, pero... Tengo un momento de lucidez y quería decirte que te quiero y que lo siento. Siento haberme contagiado con esta... —Soltó un gruñido de frustración y se agarró el rostro como quien agarra las malas hierbas de un jardín—. Esta puta enfermedad. Todos nos hemos contagiado, pero tú no. Es lo único bueno que...

Un disparo.

Pero ¿dónde?

¿En la simulación o en la realidad?

Arav giró la cabeza y empezó a mirar de lado a lado. Allí, entonces. En la Ouray de verdad.

Salió corriendo de la habitación, y a Shana le dieron ganas de gritar su nombre, de llamarle para que volviese, pero ya era demasiado tarde. Arav se había marchado.

## Tinnitus

**2 de noviembre. Ouray (Colorado)**

Las cosas que piensas en momentos de crisis y caos pueden ser muy raras. Matthew Bird, cuyos oídos zumbaban a causa del disparo de fusil que acababa de oír, se preguntó: «¿Cuánto falta para que empiece a perder audición?». Había estado demasiado expuesto a los disparos. Demasiado tinnitus zumbando en sus oídos. Mientras se apretaba contra el suelo, cierta información, un recuerdo, pasó por su mente, uno espontáneo, como un murciélago en un ático. En una ocasión, había leído en alguna parte u oído en la radio que los pitidos en los oídos eran el ruido que hacían las células de la zona al morir, el último grito antes de quedar inservibles y sordas. Seguro que era mentira. Desinformación o información errónea. En esos tiempos, ya casi todo lo era. Su cerebro le mintió por un instante, le dijo que Autumn estaba allí con él, debajo de él, que lo había acompañado desde Innsbrook. Pero ese no era el caso. No lo había hecho. Matthew estaba solo. Muy solo.

El hombre del arma se quedó allí en pie. A un metro y medio de distancia.

Tenía el fusil apuntado hacia el cielo y unos fantasmas de humo surgían del cañón, como si el disparo hubiese sido un exorcismo que los hubiera lanzado hacia la noche.

El hombre lo volvió a bajar y apuntó.

Matthew se atragantó. Se comprobó el cuerpo: no tenía sangre. No le había dado. No estaba herido. Alzó la vista y, con la cabeza aún gacha, dijo:

—Tú. Eres... eres Benjamin Ray, ¿verdad? Yo soy Matthew Bird.

—Sé quién eres —espetó Benji—. Como no te expliques, te reviento los sesos de un tiro. Puede que lo haga, a pesar de todo.

Matthew se incorporó de nuevo y levantó los brazos. Tartamudeó algo que aún no eran palabras, sino más bien un farfuleo gutural que tosió entre las volutas de su aliento que revolotearon entre los copos de nieve que no habían dejado de caer.

—¡Habla! —aulló el hombre del arma.

—Vienen para acá —espetó Matthew—. Gente mala. Se llama Ozark Stover. Forma parte del MRA, el Movimiento de Resurrección de América. —El hombre del arma dio un paso al frente, sin dejar de apuntar con el cañón entre los ojos de Matthew—. Yo... Vi a alguien, una m-mujer amiga vuestra. Se llamaba Marcy.

Al fin. Eso había funcionado. Al fin le hacían caso.

El hombre del arma bajó la guardia. Relajó los brazos y bajó el cañón del fusil para apuntar al suelo.

—Marcy —dijo.

—Así es. La tienen. Y vienen hacia aquí. Y quieren mataros. Quieren mataros a todos.

Lo metieron en una celda de la cárcel. Sin duda, su aparición era la comidilla del pueblo, y ahora había una reunión improvisada junto al hombre armado, un hombre que Matthew sabía que era Benjamin Ray, el médico e investigador del CDC. Y también el autoproclamado líder de los pastores, del rebaño, de todo lo que tenían allí. Benjamin estaba fuera de la celda con un pequeño grupo, y apenas se le veía al otro lado de la puerta entreabierta. Las voces del grupo eran poco más que un murmullo enardecido, y Matthew no entendía nada de lo que decían.

Él estaba sentado, con la cabeza apoyada en la pared de hormigón y con unas ganas enormes de que Autumn estuviese allí con él.

Pero ella había tomado una decisión. Y él también.

Matthew se preguntó dónde estaba su mujer y si la enfermedad ya se había apoderado de ella. O si había encontrado a Bo. O peor, si la habían encontrado los soldados del MRA.

En tal caso, ¿qué le harían?

Matthew tenía claro lo que le harían, y era un miedo que amenazaba con destrozarlo por dentro.

Él no había estornudado, ni tosido, ni nada.

La enfermedad no lo había afectado. Lo que de alguna manera era un poco injusto, ¿no? No había justicia alguna que pudiese determinar quiénes sobrevivían y quiénes no. Solo era una prueba más de que su creencia en Dios solo era un sinsentido pueril. Ninguna deidad justa aceptaría algo así.

Al menos, ninguna que a él le interesase apoyar.

Todo era demasiado casual. Un caos.

Se abrió la puerta. Benjamin Ray abría la marcha, seguido por una joven negra cuyos rasgos estaban marcados por el avance de Máscara Blanca. Aún no tenía esa costra blanca, pero sí que daba la impresión de estar resfriada. La nariz mocosa y roja de tanto sonarse, y los ojos un poco inyectados en sangre. También parecía agotada. Encorvada y aturdida, como si acabase de salir de la cama.

Detrás de ella entró un hombre con unas cejas tan pobladas como la oruga blanca que le hacía las veces de bigote. Llevaba un sombrero de vaquero, que se levantó y desplazó a la coronilla al entrar, antes de dedicarle a Matthew una mirada larga e impasible.

Alguien más se quedó en el exterior de la estancia. Matthew lo había visto antes: después del disparo, después de intentar explicarle a Benjamin quién era y lo que estaba a punto de ocurrir, un joven que había aparecido corriendo por la calle, de piel marrón, puede que indio o paquistaní o árabe. Matthew no tenía ni idea. Vestía ropas prácticamente reducidas a harapos. Estaba sucio y, como otros muchos, tenía síntomas de Máscara Blanca. El peor de los que había visto por allí. Unas costras blancas serpenteaban por el rostro del joven.

«Todo es demasiado casual... Un caos...»

Benjamin le presentó a los demás. Sadie Emeka, Palomo Hansen y el de fuera, Arav Thevar. Dijo que el otro hombre que estaba en la calle cuando Matthew había llegado en el coche era Landry Pierce, y que ahora no estaba allí con ellos. Le dio una breve charla introductoria sobre el lugar, dijo que se trataba de Ouray y que él era el líder de los



pastores que protegían al rebaño de sonámbulos. Matthew no había visto al rebaño y no tenía ni idea de dónde podía estar, pero decidió mantener la boca cerrada por el momento. Le pareció una decisión muy sensata.

Benji dijo, con tono gélido:

—Tenemos preguntas.

—Entiendo.

—Es muy tarde. O muy temprano, más bien, por lo que doy por hecho que nadie quiere estar aquí y los nervios sin duda están a flor de piel. Pero esto parece importante.

—Lo es. Y mucho.

—Sé quién eres.

—Sí... Lo suponía.

—La luz de Dios. El pódcast, el programa de radio. Estabas en nuestra contra. Nos llamaste... ¿cómo era?... herramientas satánicas del Anticristo. Vástagos del aciago cometa Ajenjo, que solo era eso, un cometa, y que no tenía nada que ver con lo demás. Para ti no era más que una excusa. Una razón para agitar el odio contra el rebaño. ¿Peregrinos del Diablo? Gilipollas.

—Todo eso fue un error y...

—Un error que puede que haya costado vidas. Lo entiendes, ¿verdad? A lo largo del camino, desde Indiana hasta aquí, nos han atacado personas con armas.

—Y vienen más.

Benji lo miró con gesto suspicaz, como si quisiera hacer pedazos a Matthew solo con la vista, saber si era de fiar mirándole muy fijamente.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que he venido a advertiros. Stover y sus hombres, los soldados del MRA, vienen de camino. Con camiones. Con armas. No sé con qué más, ni cuántos son.

—¿Y por qué quieres advertirnos? —preguntó Benji—. ¿Para hacer las paces con Dios antes del fin?

—No. He perdido la fe. Ya no soy creyente.

—Y entonces, ¿por qué has venido? ¿Por qué no quedarte en cualquier otro lugar para morir en paz?

—Porque no habría podido morir en paz. Habría sido incapaz de librarme del sentimiento de culpa hasta mi último aliento. Y Marcy... Ella me lo pidió y yo le dije que lo haría. Se podría decir que estoy pagando mis deudas. Mis deudas terrenales.

Los otros compartieron una mirada. El hombre llamado Palomo se encogió de hombros y le dijo a Benji:

—No tengo ni pajolera idea de lo habla este tipo, por lo que lo dejo todo en tu mano, doctor. Parece sincero, pero hoy en día no suelo confiar en casi nadie.

Sadie aprovechó para intervenir:

—Pues cuéntenoslo todo. Cuéntenos tu historia.

Matthew respiró hondo y lo hizo.

Trató de ser breve y hacer que los hechos avanzasen rápido, no solo porque había prisa, sino porque recordararlo también era doloroso, demasiado. Pero les contó todo lo que pudo. Todo sobre cómo lo habían encerrado, su fuga y cómo Autumn quería encontrar a su hijo y Matthew entró en el campamento del MRA de Misuri con la marca recién hecha en el cuello. También les contó que había visto a su hijo, y a Marcy, y cómo había decidido ayudarla a ella. Que había dejado allí a Autumn, que se había marchado

hacia la carretera y acelerado hacia Ouray para llegar antes que Ozark y los suyos.

—¿Llevas unas cuantas semanas en la carretera? —preguntó Benji. Cuando Matthew asintió, el doctor preguntó—: ¿Y por qué tardaste tanto en llegar aquí en coche? De Misuri a Colorado se tardan... ¿cuánto? ¿Veinticuatro horas?

Matthew no pudo evitar reír al oírlo. Oyó el tono rasposo e irregular de su voz cuando lo explicó.

—No has estado ahí fuera, ¿verdad? Todo está hecho un desastre. No hay gasolina. Las carreteras están bloqueadas con camiones y coches, algunos accidentados. Los trigales y maizales, en llamas. Las minas de carbón y los yacimientos de esquisto, lo mismo. La gente ha perdido la cabeza a causa de Máscara Blanca. Deambulan en manadas. Algunos van armados con cuchillos y armas de fuego. Otros son poco más que... errantes. Deambulan por aquí y por allá como si no supiesen adónde ir, ni por qué, ni cómo. Cerca de las ciudades es aún peor. No es seguro. Y se avanza más despacio. Temía que Stover y los suyos ya estuviesen por aquí, y por eso entré de ese modo en el pueblo. La única razón por la que no habrán llegado aún es que recorrer medio país con tantos vehículos será más complicado aún. Solo les sacaba unos días de ventaja, así que supongo que no tardarán mucho.

El grupo de tres que se había reunido allí volvió a compartir miradas incómodas. Benji fue quien preguntó:

—¿Estás enfermo?

—Aún no.

—¿Te someterías a una prueba?

—Claro.

—Bien —dijo Sadie.

—Si estás infectado —continuó Benji—, conocemos unos estimulantes que te ayudarán. Cada vez nos queda menos Ritalin y la farmacia más cercana está a...

Miró a Palomo con gesto inquisitivo.

El anciano respondió al momento:

—A unos quince kilómetros.

—Por lo que no tardaremos en enviar a alguien allí para ver si son capaces de encontrar Adderall, Ritalin, Concerta, Vyvanse...

—Se me hace raro preguntarlo, pero ¿no servirían los estimulantes de la vieja escuela? Como los cigarrillos y el café solo.

—Yo... La verdad es que no lo sé. Es una buena pregunta. Doy por hecho que los efectos de delirio se reducen debido a la potencia de esos productos farmacéuticos, pero puede que lo que comentas también haga efecto, aunque sea menor.

—¿Retrasan la enfermedad? —preguntó Matthew, una pequeña baliza de esperanza en la oscuridad de su corazón.

—No, solo los efectos mentales. La enfermedad se propagará igualmente. El cerebro termina por ceder, momento en el que el cuerpo se colapsa y Máscara Blanca coloniza el exterior. —Benji hizo una pausa y siguió analizando a Matthew con la vista—. Parece que te has roto la mano. No se te ha curado bien, por lo que veo.

Matthew la levantó. Los dedos le temblaron cuando intentó abrirla y cerrarla en vano. Solo se movieron un poco. El dolor se le extendió por la palma y continuó por la muñeca y el codo.

—Me la rompieron. Cuando me tenían... —Tuvo que quedarse en silencio para acallar

la andanada de recuerdos, para no sentirse abrumado—. No creo que llegue a curar bien.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Palomo.

—Yo suelo ser una persona compasiva —respondió Benji.

Palomo resopló.

—Estás en tu derecho como médico, supongo, pero yo, como alcalde, he aceptado a tu gente y a tu rebaño. En cambio, él no me gusta nada. Desconfío de lo que cuenta. Tiene un par de armas de fuego en el coche y es difícil saber cuáles son sus verdaderas intenciones. Prefiero que se quede aquí un poco más.

Sadie suspiró.

—Estoy de acuerdo.

—No soy un peligro... —interrumpió Matthew.

—Lo siento —dijo Benji—. He pensado en ello y estoy de acuerdo con los demás. Te daremos de comer y no pasarás frío en esta habitación. Por la mañana, alguien se asegurará de que puedas ir al baño cuando lo necesites.

—Tenéis que tomaros en serio mi advertencia...

—Buenas noches —dijo Benji. Y después se marchó; y con él, el resto de la comitiva.

La puerta se cerró tras ellos con un chasquido estruendoso. Una maraña de llaves y el giro de un cerrojo sellaron el trato. Matthew apoyó con fuerza la cabeza en el cemento de la pared. Pensó en dormir, pero después abandonó la idea. Dormir era como un sueño distante para él.

## Preparativos para la guerra

**2 de noviembre. Ouray (Colorado)**

Amaneció, y el sol se elevó entre los picos orientales. La nieve había dejado tras de sí poco más que un espolvoreado blanco, parecido a la escarcha de la enfermedad que había llegado para acabar con todos ellos. Benji consiguió dormir, pero muy poco. También se dio una ducha, que era la primera de verdad que se daba en..., bueno, en más de un mes. Empezó a volver a sentirse humano a medida que la suciedad acumulada iba resbalando por su cuerpo. Pero la ducha fue demasiado corta. Le dio miedo quedarse demasiado tiempo bajo el chorro, porque ahora estaban en pie de guerra y tenía que prepararse para lo que quiera que estuviese por llegar.

Y podía llegar en cualquier momento.

Cogió el fusil, el walkie-talkie, el agua.

Después se puso manos a la obra.

—Tenemos que moverlos —dijo.

Benji se encontraba en el comedor del hotel Beaumont, un edificio de tres pisos con una decoración que conjugaba los estilos reina Ana y victoriano. A Benji no le apasionaba ninguno de los dos: encontraba demasiado apabullante aquella mezcla de alfombras de flores de lis y papeles de pared con patrones sobrecargados, aquella profusión de tonos amarillos ocres, púrpuras similares a uvas aplastadas, madera oscura de palisandro y tapizados de cuero. Le confería al conjunto una apariencia similar a la de una niña que se vistiese con la ropa de un adulto que hubiera robado del ático, con la bata de la abuela y el maquillaje de la madre.

(Le había dicho eso a Sadie, cuya respuesta no fue la que él esperaba: «Pues a mí me recuerda un burdel del Salvaje Oeste».)

Pero ahora no debía centrarse en los muebles ni en la decoración, sino en el futuro de la especie humana, que no dejaba de menguar a toda velocidad.

Los dos se encontraban en el comedor, donde una ventana amplia daba a las rocas estriadas de las montañas San Juan. El teléfono satelital de Cisne Negro se hallaba en la esquina de una mesa cercana, levantado con un servilletero. Proyectaba un texto en el papel de pared, que resultaba algo difícil de leer debido a la luz que entraba por la ventana.

**NO PODEMOS MOVER EL REBAÑO.**

—Tenemos que hacerlo —insistió Sadie—. Es lo más sensato.

Benji desarrolló la idea:

—Si los del MRA vienen a Ouray para hacernos daño, lo mejor que podemos hacer es no estar aquí cuando lleguen. Ya volveremos cuando haya pasado el peligro.

Las palabras volvieron a aparecer, esta vez entre parpadeos rojos.

NO PODEMOS MOVER EL REBAÑO.

—¿Por qué no? —preguntó Sadie.

EL REBAÑO SIGUE UN PROGRAMA.

—¡Pero tú diseñaste ese programa!

El texto empezó a desplazarse por la pared:

EL PROGRAMA ES UN CÁLCULO ALGORÍTMICO QUE TIENE EN CUENTA EL CONSUMO DE ENERGÍA. LOS SONÁMBULOS DUERMEN PARA CONSERVAR LA ENERGÍA QUE NECESITARÁN A LO LARGO DE LOS AÑOS QUE TIENEN QUE SOBREVIVIR. DESPERTARLOS SUPONDRÍA GASTAR MÁS ENERGÍA QUE LA PERMITIDA EN ESOS CÁLCULOS. LLEGADOS A ESTE PUNTO, UN ESFUERZO ASÍ REDUCIRÍA LA ESPERANZA DE VIDA DEL ENJAMBRE DE NANOMÁQUINAS.

—¿Y si fuese un viaje muy pequeño? —preguntó Benji, desesperado—. Moverlos una distancia corta. En la montaña hay cuevas y minas, seguro que podríamos ocultarlos...

NO SE LES PUEDE ALTERAR EL SUEÑO.

—Pues ya verás cómo se les altera cuando lleguen esos con armas y nos maten a todos. Cuando eso suceda, todo esto habrá sido en vano. Acabarán con todos. El viaje hasta aquí no habrá servido para nada.

NO SE LES PUEDE ALTERAR EL SUEÑO.

Benji extendió la mano hacia el teléfono, dispuesto a tirarlo por la puta ventana, pero se detuvo y cerró la mano, un puño cargado de frustración que no pudo cerrar con toda la fuerza que deseaba.

—¿Y si intentamos moverlos nosotros? —preguntó Sadie—. Cogerlos como si fuesen alfombras enrolladas y... llevarlos a un lugar seguro.

LOS PROTOCOLOS DE DEFENSA DESACONSEJAN HACER ALGO ASÍ.

«A la mierda tus protocolos de defensa», quiso decir Benji.

Sadie insistió.

—¿Podrías desconectar los protocolos de defensa?

SÍ.

—¡Pues ya está! —dijo ella mientras una carcajada se abría paso desde sus entrañas.

Pero Benji no estaba tan seguro.

—Moverlos podría ser toda una gesta hercúlea. Tendríamos que mover mil veinticuatro cuerpos, ninguno de los cuales se encuentra en el mismo sitio. Algunos están aquí en el hotel, pero los demás se han dispersado por todos los edificios de Ouray. Apenas habíamos comenzado a inventariar su ubicación. Nos llevaría demasiado tiempo. Esos cabrones del MRA nos pillarían con los pantalones bajados en mitad de la mudanza y se los dejaríamos en bandeja de plata. Dejaríamos expuesto el rebaño y no podríamos salvarlo. Al menos, ahora están desperdigados, por lo que acabar con ellos no sería sencillo.

Se dio cuenta de que Sadie quería rebatirlo, espetarle una respuesta que zanjara el dilema, pero también vio como la intención afloraba a su rostro y luego se batía en retirada. Acababa de comprender que Benji tenía razón.

—Mierda —dijo.

—Una de las grandes.

—Entonces, ¿qué opciones nos quedan?

Cisne Negro proyectó un mensaje en la pared.

TENDRÉIS QUE ENFRENTAROS A ELLOS. Y YO OS AYUDARÉ.

Palomo abrió el armario de metal. La puerta se abrió y dejó al descubierto un estante con cinco armas largas. Dijo que eran tres fusiles y dos escopetas, y también un único Magnum 357 que colgaba de una cartuchera a un lado. La cogió y empezó a colocársela alrededor de la cintura.

—Tenemos munición para todas, aunque no mucho más que una caja. Algunos de los residentes tienen sus propias armas, pero, para seros sincero, no somos de esos pueblos. Hay otros que están mucho más acostumbrados a la caza, pero Ouray siempre ha sido poco más que un pintoresco pueblo de montaña. Si alguien se hubiese puesto a desollar un ciervo en el jardín delantero, seguro que habría espantado a los turistas. Veo que vosotros tenéis armas.

—Sí que tenemos —reconoció Benji—. No muchas y nada serio. Cuatro fusiles, dos escopetas, cuatro pistolas o revólveres... ¿Se puede saber en qué se diferencian? Las pistolas y los revólveres, me refiero.

—Los revólveres tienen eso que gira, el tambor. Las pistolas, no. Estas suelen usar cargadores que meten las balas en la recámara después de que se apriete el gatillo, lo que las convierte en semiautomáticas. Creo que ambas entran en la categoría de arma corta.

—¿Te gustan las armas?

—Como a la mayoría de habitantes de Colorado, aunque sea un poco. Sobre todo, en esta parte del estado. En Fort Collins, Boulder y sitios así no está tan arraigado, pero por aquí todos nacemos con un fusil de cerrojo en las manos. —Palomo soltó un bufido y cogió del armario uno de esos fusiles. Daba la impresión de que lo habían limpiado hacía poco y estaba cuidado, y Benji olió el aroma intenso a aceite para armas—. Pero tampoco es que nos pongan cachondos. Las tratamos como las herramientas que son, como martillos o como destornilladores. Creemos que no tiene mucho sentido formar una secta con un fuerte componente ideológico que gire en torno a ellas. Y sin duda no entendemos cómo puede la gente volverse así de loca por esos fusiles negros. Si a alguien se le ponen los pezones duros al disparar uno de esos, yo empezaría a preocuparme por si su próximo objetivo pudiera ser un colegio o un cine.

—O crear una milicia de supremacistas blancos.

—Eso también, Benji. Eso también.

Benji, que era tan aficionado a los números, pensó en ellos.

Había treinta y siete habitantes en el pueblo, más siete pastores y ahora el antiguo reverendo Matthew Bird. Con el que el hombre había traído en el coche, ahora tenían un total de siete fusiles, cuatro escopetas y cinco armas cortas. Dieciséis armas de fuego para cuarenta y cinco personas. Poco más que una caja de munición para cada una de ellas, aunque era probable que ese cálculo fuese erróneo. Tal vez hubiera que usar con alguna otra la munición que servía para una de las armas. Llegó a la conclusión de que tenía que comprobar el calibre de las balas y contarlas una a una. Inventariar aquello les sería de gran utilidad, por morbosos que resultara.

Puso a Palomo al corriente de sus cálculos y añadió:

—No sé cuántos hombres traerá Ozark Stover hasta el pueblo, pero doy por hecho que

como mínimo serán los mismos que tenemos nosotros.

—Estas personas no son soldados, Benji. Como te he dicho antes, la mayoría ni siquiera son cazadores. Tienes que entenderlos. Puede que luchen, no lo sé, pero no puedo prometerte que no sean sobre todo un peligro para ellos mismos.

—Y algunos están enfermos.

—Sí, eso también. Aún no hay muchos que hayan sucumbido a ese «delirio» de la enfermedad, como lo has llamado, pero Máscara Blanca está aquí. Y dudo que tengamos que darles armas a los que deliran.

—Bien visto.

Benji respiró hondo y miró el reloj. Eran las diez de la mañana. Sadie estaba fuera con el resto de pastores, Arav incluido. Hacían acopio de armas y de munición. Landry había empezado a colocar comida en algunos puntos concretos, lugares en las alturas que según las indicaciones de Cisne Negro podrían ser unos buenos puestos de observación. Por ejemplo, el piso superior del juzgado, el ático del Beaumont y otro puesto que tendría que estar en el sudoeste del pueblo. En aquel lugar convergían tres arterias fluviales: el Uncompahgre, Oak Creek y Canyon Creek, con caudal de Cascade Falls. Allí arriba había una serie de senderos y puentes que se entrecruzaban y, según Cisne Negro, la mente pensante que había urdido el plan, era un buen lugar desde el que se veía todo el pueblo y el valle. A Benji le preocupaba que estuviese demasiado lejos como para resultar decisivo, sobre todo por la noche, pero tenía la intención de subir allí con Landry más tarde para comprobarlo.

Pero primero...

—Bueno. ¿Quieres ya la dinamita? —preguntó Palomo.

—Sí. La dinamita.

—Aquí está. Una caja entera de supositorios para tocones —dijo Palomo.

Benji miró la caja de madera que se encontraba en la parte baja de un viejo armario de dormitorio. La rodeaba una montaña de ropa, que al parecer cumplía la función de ocultarla de los curiosos.

Detrás de ellos, una de los caminantes, una joven llamada Marissa Chen, estaba tumbada en la cama, mirando al techo y del todo quieta. Era como si alguien hubiese colocado allí un maniquí. Benji hizo acopio de todas sus fuerzas para no mirarla.

En lugar de eso, se centró en mirar la caja. Estaba cerrada.

—¿Supositorios para tocones? —preguntó a Palomo.

—Sí. El dueño los usaba prácticamente para vaciar tocones. Hacía un agujero, metía un cuarto de cartucho, le ponía un detonador, una carga eléctrica con una pila o algo así y luego... Bzzz. —Dio una palmada con las manos huecas para imitar el sonido de la explosión—. Bum. Adiós, tocón.

—¿Tenéis muchos problemas con tocones por aquí?

—Pues lo cierto es que sí. Hay una plaga de insectos por la zona, unos cabroncetes llamados escarabajos del abeto. Se comen todos los abetos que nos rodean y al final los matan. Se caen o los talan y luego hay que deshacerse de los tocones. No podemos dejarlos allí, porque no son más que combustible para los incendios forestales. A Dale, el tipo que vivía aquí antes, le pagaban muy bien por eliminarlos.

Benji se arrodilló y trató de abrir la caja, pero la tapa estaba clavada. Palomo le ofreció una navaja grande con un mango que parecía una especie de asta. Benji la cogió, metió

la hoja debajo de la tapa, hizo palanca y...

Pop.

Bendita dinamita.

Media caja de cartuchos, rojos como una vela de Navidad.

—Doy por hecho que no es muy seguro agitarlos —aventuró Benji—. La dinamita vieja suele sudar la...

—Nitroglicerina. Lo sé. Pero no es vieja. Es nueva.

—¿Y sabías que estaba aquí?

—Claro que sí.

—Pero no es legal.

Palomo resopló.

—Claro que lo es. Dale tenía la LFE.

—¿LFE?

—La Licencia Federal de Explosivos. Mientras no seas un fugitivo o un exconvicto, puedes sacártela con un procedimiento no muy diferente de la licencia para comprar y vender armas. Aunque supongo que ese tipo de cosas ya dan un poco igual.

Benji arqueó la ceja.

—El mundo era un lugar más extraño de lo que creía.

—Joder, Benji. De verdad, parece que no vivieras en Estados Unidos.

Frente a él tenía una pared de roca de unos nueve metros, o eso calculó Benji en voz alta.

Cisne Negro puntualizó:

TIENE TRECE METROS DE ALTURA.

Benji se encontraba en medio de la carretera, y Palomo lo miró con una ceja arqueada mientras él consultaba el teléfono.

—¿Ese es... el robot?

—No. Es un teléfono que me da acceso a la inteligencia artificial que habita en los enjambres de robots que hay dentro de los sonámbulos. —Siempre sonaba igual de raro, por mucho que lo dijese en voz alta—. A veces le pido consejo.

Eso sonaba más raro aún.

—Bueno, pues no se le da mal —convino Palomo—. Es muy probable que funcione. — Los dos se encontraban en el asfalto de la Million Dollar Highway, un camino serpenteante que ascendía por el sur y salía del pueblo. En aquella zona, la carretera se había excavado en la montaña y llevaba a Ouray—. Por el norte no se puede bloquear la carretera porque las montañas están muy lejos y, en la parte en la que se acercan, te puedes desviar por Oak Street junto al río. Pero aquí... —Se chupó la dentadura postiza—. Aquí sí que funcionará.

El plan consistía en abrir una hilera de agujeros y meter cartuchos de dinamita con detonadores en ellos.

Las rocas caerían en la carretera.

Y, con un poco de suerte, no moriría nadie.

Lo ideal sería que cayesen rocas suficientes como para bloquear la carretera y evitar que los vehículos pasaran por ahí. Bloquear un acceso completo al pueblo, al menos para los vehículos. Algunos hombres podrían seguir cruzando a pie por ese u otro camino, campo a través. En la parte norte del pueblo, Arav se encontraba (o eso esperaba Benji)



ayudando a algunos de los pastores y lugareños a aparcar los coches en perpendicular a la carretera, como habían hecho con el autobús nada más llegar.

Cuantos más obstáculos plantasen delante del MRA, mejor, ¿no?

Palomo le pasó un rollo de cable rojo, y después se valió del pie para hacer una bobina de cable amarillo. Benji se le acercó.

—¿Para qué hacen falta las dos bobinas? Pensé que solo había que colocar el rojo en la carga y...

—No, no, claro que no. Este es el cordón detonante. Tiene explosivos en el interior, y gracias a eso no se necesita un detonador propiamente dicho. Solo hay que conectar el extremo del cable en la punta de cada uno de los cartuchos de dinamita y engancharlo ahí. Después se usa un cable normal a través del que se envía una descarga, y luego te pones a rezar para que no haya nadie cerca.

—Sabes mucho sobre explosivos, Palomo.

—Sé mucho sobre muchas cosas. Esto lo sé porque vi a Dale hacerlo muchas veces, no porque sea el puto Unabomber, ¿vale?

—No lo decía por nada en particular.

—Pues que sepas que se dice que algunos tipos de por aquí pescan con trozos de cartuchos de dinamita...

—Eso no suena muy justo para los peces.

—No, claro que no lo es. —Rio—. Claro que no.

—¿Vamos al jaleo? —preguntó Benji.

—Venga. Armemos un buen escándalo, doctor Ray.

Ver toda la sangre alrededor sorprendió a Benji, a pesar de que aún tenía la detonación reciente en su cabeza y de que le vibraba todo el cuerpo. Se dio la vuelta y vio a Palomo en el suelo, gritando y agitándose a causa del dolor. El anciano se había llevado las manos a la cabeza. La sangre empezaba a acumularse en el suelo a su lado, entre los dedos, y salía a borbotones de alguna herida que Benji era incapaz de ver.

Se acercó a toda prisa, se acuclilló junto al hombre y lo obligó a quitarse las manos de la cara.

Y entonces vio la herida.

Una línea zigzagueante que iba desde un lado de la frente hasta la sien.

Había una piedra a su lado en el suelo, y brillaba a causa de la sangre. También tenía restos de piel entre las grietas. Benji lo comprendió en ese momento. Aunque se había colocado a lo que parecía ser una distancia segura, a más de cien metros, doblando un recodo del camino y a cierta altura sobre una colina, una piedra había salido disparada como una bala. Oyó algo después de la explosión: un silbido y un chasquido repentino como el de un látigo. Seguro que había sido eso.

Ahora Palomo había dejado de gritar y soltaba un montón de palabras, todas ellas tacos.

—Joder. Me cago en la puta. Mierda. Cojones.

—Quédate quieto —dijo Benji. Sabía que la herida era potencialmente grave. Cabía la posibilidad de que un impacto fuerte como ese fuese devastador: una conmoción cerebral, una fractura en el cráneo, hemorragia cerebral o incluso una infección común.

—Hay mucha sangre, joder —masculló Palomo sin dejar de apretar los dientes.

—Suele suceder con las heridas en la cara y en la cabeza. Tenemos allí muchos vasos

sanguíneos. —Benji cogió una botella de agua y le derramó un poco en la herida. Palomo gruñó y se puso tenso, tanto que el doctor creyó que el hombre iba a destrozarse los dientes de tanto apretarlos. El agua limpió parte de la sangre durante un breve instante. No vio el hueso debajo. El corte parecía bastante largo, pero no profundo—. Necesita puntos. Y antibióticos. Puede que tengas una leve conmoción, pero eso lo sabremos con el tiempo. Venga, a ver si puedes ponerte en pie.

Le ofreció una mano a Palomo. El anciano se puso en pie entre gruñidos. La sangre empezó a gotearle por la cara, sobre el ojo que tenía medio cerrado. Hasta el bigote blanco se le había manchado de rojo, como nieve ensangrentada después del ataque de un lobo.

—Tenemos que llevarte de vuelta al pueblo. Te coseré la herida allí.

—A la mierda. ¿Cómo ha ido?

—¿Qué?

—Lo de las rocas, doctor. ¿Cómo ha ido?

Benji se había olvidado. Se dio la vuelta para comprobarlo, ahora que el viento que soplaba por la montaña lo había disipado.

La dinamita había formado una serie de cráteres en la pared de la montaña y llenado la carretera de pedruscos infranqueables.

—Ha funcionado —respondió Benji, sin aliento a pesar de que se trataba de una pequeña victoria.

—Al menos mi derramamiento de sangre ha servido para algo. Era algo que mi madre solía decir cuando acudía a su encuentro sangrando a causa de la estupidez que hubiera hecho en aquel momento. Me preguntaba: «¿Al menos has conseguido lo que querías?». Como si la sangre fuera una manera de pagar por ello, una manera de cumplir un objetivo. Si le respondía que sí, ella me respondía: «Bien, entonces es sangre bien derramada». Y ahí quedaba la cosa.

Empezaron a caminar entre los arbustos, colina abajo y de vuelta a la carretera.

—¿Y si no conseguías lo que querías a pesar del derramamiento de sangre?

—Entonces se reía de mí, me llamaba imbécil y me decía que la siguiente vez me asegurase de que conseguía algo que mereciese la pena para compensar el tiempo perdido y las heridas.

—Tu madre tiene pinta de haber sido una mujer muy dura.

—Dura como un martillo, Benji.

Los dos admiraron su logro una última vez: la lluvia de rocas y piedras sería infranqueable de verdad para todo tipo de vehículos. Incluso una moto iba a tener las cosas muy complicadas para atravesar el sendero pedregoso. Después empezaron a caminar de vuelta al pueblo. El rostro de Palomo empezaba a convertirse en media máscara de sangre seca.

—Tendríamos que habernos alejado más —dijo.

—Sí, está claro que...

La estática rechinó en la radio de Benji.

Era la voz de Maryam McGoran.

—Benji. Ven rápido. Tenemos un problema. En el extremo norte del pueblo. Corto.

Palomo suspiró.

—Parece que lo de aburrirse no se lleva por aquí.

—Eso parece.

Arav tenía la escopeta apoyada en el hombro, una Remington 870 del calibre 12, un arma cargada de perdigones y con potencia suficiente para perforar la mayoría de los órganos con un único disparo. Estaba muy inquieto, y Benji se dio cuenta de que parecía haber perdido la razón. El joven apuntaba con el arma de un lado a otro, de un objetivo al siguiente, dianas que eran tanto los habitantes de Ouray como los pastores.

Benji se acercó a él con las manos en alto. Arav se dio la vuelta frente a él para encararlo y dio la espalda a los demás. Detrás de ellos se encontraba el autobús escolar, el mismo que había bloqueado la carretera septentrional cuando el rebaño y los pastores habían llegado al pueblo tan solo unos días antes. Los lugareños habían aparcado más coches detrás del vehículo, por todos los ángulos, para asegurarse de que nadie podía pasar fácilmente.

Habían logrado su objetivo, pero Arav se había encargado de que el júbilo no les durase demasiado. Encañonó a Benji. Estaban a unos treinta metros de distancia.

Arav había empezado a sudar, incluso a pesar del frío. Respiraba de forma entrecortada, con resoplidos de desesperación. El arma se agitaba un poco en sus temblorosas manos.

—Arav —dijo Benji.

—Atrás. Más te vale que te alejes.

Benji no se alejó, pero dejó de acercarse.

Echó un vistazo rápido detrás de él y vio que Palomo había acercado una mano a la cartuchera de la cintura. Frente a él también vio a Maryam, al fondo, junto a la defensa trasera del autobús. Tenía un fusil de cerrojo colgado del costado, con el cañón apuntando al suelo, pero Benji se fijó en que cada vez lo levantaba más y más y más.

«Esto no pinta nada bien.»

—Nadie va a hacerte daño —dijo Benji, que sintió cómo el peso de su fusil le tiraba del hombro. No quería verse obligado a usarlo. Se obligó a no usarlo. Arav ya había tenido suficientes problemas. Y era un pastor. Tenían que proteger a los suyos, con independencia de cuáles fueran las circunstancias.

Pero una vocecilla en su interior se preguntó:

«¿Y si no me queda elección?».

Arav estaba enfermo, y con alzhéimer nada menos, por lo que llegaría un momento en el que su mente estaría perdida del todo. Los senderos establecidos en su cerebro para el pensamiento racional y la comunicación llegarían a convertirse en un laberinto irresoluble.

—Atrás. Atrás.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Benji, tranquilo y con calma.

—Yo... Eres.....

El esfuerzo que hacía se reflejó a la perfección en sus facciones. Estaba en guerra con sus recuerdos. Trataba de abrirse paso a través de ellos. Benji sabía que Arav tomaba Ritalin, pero ¿habría fracasado al fin el medicamento? ¿Y si ya no le servía para nada?

Benji dio un paso al frente.

Arav se apretó la escopeta aún más contra el hombro y lo miró por encima del cañón.

Palomo desenfundó la pistola.

—No lo hagas, chico.

Arav giró el cañón para apuntar hacia Palomo. Tenía los ojos bien abiertos y había dejado de parpadear. Se le metieron unas gotas de sudor en ellos, y el joven hizo una

mueca. Benji sintió que el corazón se le paraba durante unos momentos; el más mínimo movimiento podía hacer que Arav apretase el gatillo. Si ya había metido un cartucho en el arma, no le costaría mucho llenar de plomo a Palomo o a él.

—Palomo —llamó Benji—. Tranquilo. Baja el arma.

—No pienso hacerlo —respondió Palomo, despacio y con voz grave.

—No estamos en el Salvaje Oeste.

—Si el chico está enfermo como un animal, quizá lo único que podamos hacer sea pegarle un tiro.

¿Era eso lo que Palomo hacía en el pueblo? ¿Pegarles un tiro a los suyos? Era algo grotesco, la verdad, pero...

Benji dejó de pensar en ello. Era irrelevante en esos momentos.

Maryam, que se encontraba detrás, empezó a levantar el fusil poco a poco.

—¡No! —gritó Benji, demasiado alto, lo suficiente como para volver a llamar la atención de Arav. El cañón salió despedido hacia atrás, y oyó el disparo, sintió el golpe frío del metal en mitad del pecho. Pum...

«Es solo mi imaginación. Eso no ha ocurrido.»

Seguía en pie. Entero y de una pieza. Arav no había disparado el arma.

—Arav, puede que no me recuerdes a mí, pero ¿recuerdas a Shana?

Eso era. Un titubeo de consciencia en la mirada. El joven dudó. El cañón del arma descendió, solo un poco.

Quizá su mente aún no era un laberinto impenetrable. Benji carecía de experiencia directa con el alzhéimer, pero sabía que los cuidadores tenían maneras de comunicarse con los pacientes que sufrían la enfermedad. A veces era con música, otras con ilustraciones (haciéndolas o enseñándoselas) y a veces era a través del contacto con alguna mascota muy querida. Otras veces había que encontrar algo o a alguien que amasen y evocarles ese sendero emocional.

—Shana —dijo Arav, en un hilillo de voz de repente.

—Estás protegiendo a Shana, ¿verdad? —preguntó Benji.

Maryam veía la escena a través del visor del fusil.

Palomo tenía la pistola en alto y miraba con solo un ojo, ya que tenía el otro cerrado con la costra que había formado su sangre.

—Sí —admitió Arav.

—Nosotros también. Soy Benji, el doctor Benjamin Ray. Trabajábamos juntos en el CDC. —«Cuando el CDC aún existía»—. Ahora tratamos de defender este pueblo de unos tipos malos. Intentamos ayudar a estas buenas gentes a montar una barricada. Yo no soy de los malos. Soy tu amigo. Todos somos tus amigos, Arav.

—Arav... —Pronunció su nombre como si no lo hubiese oído antes. Pero luego lo repitió, como si lo hubiese reconocido—. Arav. Arav. Arav. Arav. —Y al fin dijo—: Benji.

Fue como ver a la niebla disiparse sobre el mar y volver a dejar a la vista la costa, la luna y las estrellas. Arav recuperó la consciencia. Miró de repente hacia la escopeta que tenía entre las manos y levantó al momento el cañón hacia el cielo. Soltó la culata que sostenía con la otra mano y la levantó también en gesto de rendición.

Benji avanzó hacia él muy rápido y lo desarmó al momento. El joven, su amigo, le dejó hacerlo. Se había acabado.

Pero nada había acabado en realidad. Aquello no era más que el principio para todos.

## ***Por la noche, en Ouray***

No atacó nadie. El pueblo estaba tranquilo. La mayoría de las luces se habían apagado, a excepción de unas cuantas ventanas que refulgían en el negro azulado de la oscuridad montañosa. Benji se encontraba sentado en su habitación del Beaumont y miraba hacia la calle mayor. Sadie estaba tumbada de lado en la cama y descansaba. Sabía que él tenía que hacer lo mismo, pero se sentía agotado y desgastado, como si hubiese sobrepasado todas sus protecciones y defensas.

Las preguntas no dejaban de atosigarlo. ¿Durante cuánto tiempo tendrían electricidad? ¿Cuánto faltaba para que llegasen Ozark Stover y los suyos? ¿Cuánto más podría aguantar Arav antes de ceder a la enfermedad? ¿Y cuánto faltaba para que le ocurriese lo mismo a Sadie? ¿Cuánto para que le pasase a él? Él tenía pocos síntomas, pero la enfermedad avanzaba sin remedio en Sadie, lenta pero segura.

No tenía buenas respuestas, pero sí preguntas aterradoras.

Despierto, sacó el teléfono de Cisne Negro, salió de la habitación y bajó por las escaleras. Vio que había alguien en el vestíbulo.

Era Arav.

Él también parecía agotado y destruido. Ya no había perspicacia alguna en su mirada. El joven estaba sentado en una silla y, por unos instantes, pareció alguien que llevaba una vida normal y que se relajaba en un hotel perfectamente normal, para recuperarse después de haber atendido a unos clientes, o mientras esperaba a que un Uber llegase a recogerlo, o a la espera de que llegase un amigo para tomarse un café.

Arav lo vio acercarse. Señaló una de las puertas que había a un lado.

—Es la librería. ¿Lo sabías?

—Pues no —respondió Benji con sinceridad.

—La librería contigua tiene una entrada por el vestíbulo —dijo Arav. Hacía tiempo que Benji no lo oía parecerse tanto al Arav de antes—. Es un hotel perfecto para mí. Uno que tiene un acceso a una librería. Es como el cielo. Puede que estemos en el cielo.

Benji se sentó en una silla a su lado, pero después se lo pensó mejor, se levantó y movió la silla para encararse al chico.

—Es un pueblo muy bonito. Me gustaría haberlo visitado en otro momento.

—Sí. A mí también. —Arav empezó a morderse la uña del pulgar con gesto ausente. Pic. Pic. Pic—. ¿Palomo está bien? Yo... me he enterado de lo que le pasó.

—Eso creo. Ya le he cosido la herida. Pero aún no tenemos antibióticos, por desgracia. Solo una pomada. Neosporin. Debería servirle, al menos durante unos días. —Recordó que tenía que revisar las tiendas de animales cuando tuviese tiempo. A veces vendían antibióticos sin receta para peces y otros animales pequeños, y mucha gente no sabía que también podían usarlos. (Se había enterado de una subcultura cada vez más famosa creada por unos tipos que se habían enterado por internet de que podían comprar antibióticos para peces en Amazon y otras tiendas cuando los que les recetaba el médico salían muy caros)—. Tan pronto como nos libremos de los tipos del MRA, Maryam dice que quiere explorar para comprobar si hay caballos en los ranchos de la zona, porque puede que los necesitemos cuando el combustible empiece a escasear. Cuando lo haga, yo iré en busca de medicinas.

—Lo siento, Benji.

—No lo sientas, Arav.

—Sí lo siento. De verdad. Yo... ni siquiera recuerdo lo que ocurrió. Fue como si... —

Puso el mismo gesto, como si le costase recordar o pensar con claridad—. Cuando era más joven, un adolescente, fui a que me sacaran una muela del juicio. Me sedaron para hacerlo y, cuando salí de allí, parecía estar despierto y consciente. Y caminaba y todo, pero no decía más que tonterías. Palabras, palabras de verdad, pero nada que tuviese demasiado sentido. Estuve así durante todo el viaje de vuelta a casa. Y lo único que recuerdo es que me desperté de repente mientras subía por los escalones que llevaban a la entrada del piso. Fue en plan... —Chasqueó los dedos—. Un segundo antes no era yo y el siguiente estaba allí. Pues esto ha sido igual. Me desperté y vi a todo el mundo apuntándome con armas, y a mí mismo apuntándote a ti.

—No tienes la culpa de nada. Ha sido Máscara Blanca. Así son las cosas.

—Lo sé y lo entiendo. Pero... quizá no debería estar aquí.

—Arav...

—Mira, ya lo he hecho antes. Me separé del rebaño y me alegro de haber regresado, pero puede que ahora sí que sea lo correcto. Soy un peligro para los demás. ¿Y si un día me da por pensar que los del rebaño son demonios o algo parecido?

—Nos aseguraremos de que no lles encima armas de fuego.

—Podría coger un cuchillo...

—Al rebaño no le hacen nada los cuchillos.

—Pero a ti sí. ¿Y si el fuego sí les hace daño? Es una posibilidad. No lo sabemos, y acabo de pensar en ello, por lo que es posible que algún día Máscara Blanca me convenza de que está bien hacerlo y no al contrario.

Benji extendió una mano y la puso firme sobre la rodilla al joven.

—Lo superaremos. Solo tenemos que vigilarte un poco más.

—Ni siquiera sabías que estaba aquí. Podría haber venido y quemado el hotel hasta los cimientos. —El rostro de Arav se tranquilizó—. No te estoy echando la culpa, Benji. Sé que estás ocupado y que no das... —Guardó silencio de repente, como si no le saliese la palabra que quería decir—. Abasto. Eres humano. Pero...

—No, tienes razón. No sabía que estabas aquí. Lo haremos mejor a partir de ahora. Te vigilaremos más. Haremos que alguien te acompañe siempre.

—Voy a marcharme.

—Ya hemos tenido esta misma conversación muchas veces, Arav. No te vas a marchar.

Arav miró el suelo y empezó lo que sin duda era un discurso que tenía preparado:

—Cuando un integrante de una manada de lobos envejece o enferma...

—No. —Benji negó con la cabeza—. No vayas por ahí. Lo que estás a punto de decir es un mito. No es un hecho probado. Los lobos ancianos lideran las manadas y les enseñan muchas cosas. Los lobos enfermos no se quedan atrás con grandeza impostada para morir lejos de su familia. Los lobos son criaturas muy sociales, como las personas. Y al igual que las personas, cuidan de sus enfermos. Los ayudan y los protegen, igual que nosotros haremos contigo. Igual que tú has hecho con nosotros. No te vas a ir a ninguna parte. ¿De acuerdo?

Arav miró a Benji a los ojos.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. Te necesitamos. Formas parte de la familia. Somos pastores.

—Gracias, Benji.

—Te voy a decir lo que haremos. Vas a subir a mi habitación. Allí hay un pequeño sofá, una especie de diván o algo así. Puedes dormir ahí o, si quieres más intimidad, en el

baño hay una bañera de patas, de porcelana. No es el lugar más cómodo, pero con unas mantas y unas almohadas podrás dormir bien y eso te dará algo de intimidad.

Arav asintió, aceptó y se marchó escaleras arriba.

Lo que le había dicho Arav sobre los lobos era correcto, pero Benji también recordaba una historia diferente que había leído hacía un año, más o menos. Era la historia de unos lobos que habían vuelto a aparecer por Yellowstone y cómo un macho alfa envejecido se había puesto enfermo. No a nivel físico, sino mental. Empezó a vagar y a volverse loco. La manada terminó por abandonarlo, pero él los siguió y no cejaba en el empeño de hacerse con una de las hembras jóvenes para aparearse. Un día, el anciano macho alfa lo consiguió. Su nueva compañera y él encontraron una cueva. Ella se quedó preñada, pero la manada no lo aceptó. Una noche salieron del bosque y mataron a la hembra. Luego dieron caza al anciano macho alfa por la espesura, hasta que la criatura, agotada, ya no pudo seguir huyendo. Lo destrozaron en la nieve para asegurarse de que no les iba a dar más problemas y que recibía su merecido por haberlos traicionado.

## Evaluación

La historia de la Biblia favorita de Matthew era la conversión de san Pablo.

Pablo, que antes se llamaba Saulo de Tarso, recorría el camino de Damasco y contempló una visión del resplandeciente Cristo. Pero la visión era demasiado potente y lo dejó ciego en un abrir y cerrar de ojos. Consiguió abrirse paso a ciegas hasta Damasco, donde se negó a comer o a beber nada hasta que un discípulo llamado Ananías apareció y le aseguró que Dios le devolvería la visión. Y eso hizo, y se convirtió en san Pablo, un creyente. San Pablo escribió más de la mitad de los libros del Nuevo Testamento. Y se escribieron alabanzas, grandes alabanzas que bla, bla, bla.

Había sido su historia favorita, pero también lo hacía enfadar.

Nunca había hablado con nadie de esa rabia, ni siquiera con Autumn. Solo con Dios Padre en momentos de dudas y desesperación. La historia se le había quedado grabada como una espina clavada bajo la piel. Le molestaba porque era la versión clásica y canónica de la conversión. Te veías sobrepasado por la fuerza de la verdad de Dios, quien te despojaba de la visión mortal hasta que luego decidía restaurártela. Era una representación perfectamente emblemática de la conmoción y del pavor propios de su divinidad.

Y era algo que nunca le había ocurrido a él.

La conversión de Matthew no había sido como un trueno de certeza, sino más bien como el agua en la que un pez se da cuenta un día que nada, respira y caga en ella, la aceptación gradual de un «Esto es lo que me enseñaron y esto es aquello en lo que tengo que creer». Muchas de las historias de la Biblia dependían de una epifanía, pero lo cierto era que Matthew nunca había experimentado algo así, nunca había llegado a renacer.

Él había nacido, y esa era la vida que le había tocado vivir.

Mientras recorría la celda de un lado a otro, recordaba esa historia con más rabia que nunca. La Biblia ofrecía unas expectativas injustas de las posibles interacciones con Dios, una divinidad dinámica que respondía de manera vengativa y compasiva a partes iguales. Pero esa palabra, «respondía», no era cierta, ¿verdad? Dios nunca se había comunicado con Matthew. Era muy fácil decir: «Bueno, es que las respuestas de Dios se encuentran en el mundo que nos rodea», pero tragárselo era de imbéciles. El mundo no era un lugar lógico. No tenía sentido. Era un caos. En realidad, ningún dios respondía a nuestras plegarias. La venganza y la compasión del universo eran conceptos inventados por gente que los ansiaba, que quería ver algo que en realidad no estaba ahí. Gente capaz de ver a Jesús en una mancha en la pared.



Sí, sí, sabía que la Biblia era una metáfora. Lo dejaba claro en sus sermones una y otra vez. Pero su lógica intrínseca se volvía un sinsentido cuando te dabas cuenta de que solo era eso, una metáfora, y que cuando la veías solo de esa manera se convertía en lo mismo que todas las metáforas: una grande y maldita mentira. (¿Acaso no se había quejado Ozark de eso? No podía decirse que Stover fuese un creyente. No era más que otro de esos que se ocultaban bajo el manto de «buen cristiano». Igual que muchos abusones y maltratadores que se refugiaban en la fe, que usaban la religiosidad como escudo y como espada).

La historia de la conversión de Saulo a Pablo no era solo una mentira descarada, sino que parecía haberse confeccionado solo para echar sal en la herida. «Una conversión tiene que ser así, y si no lo has sentido, si Dios no te ha hecho daño para luego sanarte, es que no eres un creyente de verdad.»

—Que te den —le dijo Matthew a Dios.

—¿Qué?

Se asustó. Vio a Benji cerca, con los brazos cruzados.

—Vaya. Eres tú —dijo Matthew.

—Hola —saludó Benji—. ¿Hablabas con Dios?

Matthew rio un poco.

—¿Tan previsible soy?

—Me pareció que sería un buen momento para ponerse al día con el Todopoderoso. Yo también he tenido mis conversaciones cargadas de frustración con Él.

—¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

—Pensé que quizá te gustaría estirar un poco las piernas. Te dejo salir, damos un paseo y me cuentas todo lo que sabes sobre Ozark Stover y sus hombres.

—Eso es tener demasiada fe en mí.

—Llegados a este punto, la fe es lo único que nos queda. Deberías saberlo.

—Yo ya no tengo fe en nada, doctor.

Benji se envaró, como si no estuviese preparado para una conversación así. Pero no se echó atrás ni cambió de tema, sino que decidió seguir, no de manera agresiva, porque tampoco quería irrumpir en el espacio personal de nadie. No obstante, un asunto como aquel entrañaba cierta intimidad. Una confidencialidad que Matthew encontró particularmente reconfortante. Llegó a la conclusión de que, en otra vida, Benjamin Ray habría sido un pastor de puta madre.

Después Benji abrió la puerta.

Matthew lo miró, con cautela al principio. La última vez que había salido de una celda, Ozark Stover lo esperaba con su recortada del calibre 12.

Aceptó su libertad con mucho cuidado y luego murmuró:

—Gracias.

Subieron juntos por las escaleras y salieron a la noche de Ouray.

—¿Cómo puede un pastor perder la fe? —preguntó Benji.

—¿Me estás diciendo que tú, un hombre de ciencia, sí que crees?

—Sí, soy creyente.

—¿Por qué? Mira a tu alrededor. La mayor parte de la humanidad está... ¿Quién sabe? Muerta o muriendo, en el mejor de los casos. ¿Ves la obra de Dios en algo así?

—La veo, y es lo que hay que hacer. El mundo no naufragó de la noche a la mañana, Matthew. Ya estaba mal mucho antes de que llegásemos nosotros. Hemos sobrevivido a

guerras y enfermedades. Y doy por hecho que mantuviste tu fe a pesar de todas esas cosas.

Matthew sintió cómo se le ruborizaban las mejillas de rabia.

—Y ese es el problema, ¿no? Seguimos mintiéndonos para creer que eso es lo normal, lo natural, como si formase parte del gran plan de Dios. Y por eso excusamos ese tipo de cosas. Es lo que nos lleva a pensar en el mundo que vendrá después en lugar de centrarnos en este. Lo dejamos estar porque, claro, Dios «sabe lo que hace». Todo forma parte de su plan.

El hombre que tenía frente a él trataba de asimilar lo que le acababa de decir. Guardó silencio mientras soltaba algún que otro «hummm» reflexivo. Después habló con palabras comedidas que carecían de la rabia de las de Matthew:

—Tienes razón en que algunos usan la fe como una muleta. Otros lo hacen como una excusa. Como es tu caso, creo. Le diste demasiado poder y le cediste demasiado de tu ser. Y estoy seguro de que yo también lo he hecho sin querer. Pero Dios no tiene nada que ver con ese control, Dios es el poder del que disponemos para hacer el bien y regocijarnos en su bendición o para ser egoístas y desgraciados en su sombra, por así decirlo. El infierno es estar en esa sombra. No tiene nada que ver con la próxima vida. Es algo que tiene lugar en esta, aquí y ahora, cada vez que decides hacer algo que no está bien. El legado de la luz de Dios pervivirá en nosotros mientras estemos aquí, no sobreviviendo, sino intentando hacer algo bueno los unos por los otros. Quizá no como la Biblia quiere hacernos creer, y tal vez tampoco como nos han dicho predicadores como tú, pero seguirá estando aquí. —Se encogió de hombros—. Puede que sea una excusa. Puede que sea una muleta. Pero es lo que me hace seguir adelante.

—¿Lo que te hace seguir adelante no deberían ser los humanos en sí?

Benji sonrió.

—Son los humanos en sí. Cada uno de ellos lleva en su interior un poco de Dios. Incluso ahora. Incluso tú. —Le dio unos golpecitos a Matthew en el pecho, no de manera agresiva, sino tranquilizadora de alguna manera. Amistosa, incluso—. Por cierto, siento lo de tu mujer. Tiene que haber sido difícil perderla así. —Pero Benji parecía no tener tiempo para dejar a Matthew hablar al respecto, por lo que añadió a continuación—: Ahora cuéntame todo lo que puedas sobre Ozark Stover.

Se dirigieron juntos hacia el centro comunitario. Bajaron las escaleras y tomaron un té caliente. Matthew le contó a Benji todo lo que sabía. Toda la artillería que había visto, la cifra aproximada de los hombres de Stover y los vehículos que Ozark tenía a su disposición.

Pero luego lo oyeron...

Un sonido ahogado. En otro momento lo habrían confundido con fuegos artificiales. Pero sabía que ahora se trataba de disparos. Disparos que no sonaban demasiado lejos.

Lo que le dijese a Benji ya daba igual.

Era demasiado tarde.

Había comenzado.

## La forastera

***Ahora y antes. La simulación de Ouray***

Ahora Shana sabía que no pertenecía a ese lugar. Estaba sentada en un banco de la calle principal, delante del supermercado Duckett, frente a la oficina de correos y una tienda en la que se vendía cecina. (No estaba segura de que esa última tienda existiese en el mundo real o solo se trataba de la idea artificial de Cisne Negro de los comercios que tenía que haber en un pueblecito de montaña. Ella tampoco se había aventurado al interior para comprobarlo).

Se sentó y vio cómo pasaban los lugareños.

Comían helado.

O perritos calientes.

O masticaban cecina como unos raritos.

Hablaban y reían. También podaban los setos. Contemplaban obras de arte o las pintaban ellos mismos. Aquella utopía digital era una representación muy curiosa del cielo. La gente del lugar se encontraba en una especie de paraíso intersticial. Ahora comprendía la extraña fascinación que la gente sentía por Matrix en aquella vieja película de los años noventa. Aquel lugar era una bendición. Si podías vivir en un pueblo simulado de pura felicidad, ¿para qué marcharte de allí si estaban usando tu cuerpo como pila en una revolución robótica? Aquello era como si tu cuerpo estuviese en estasis mientras el mundo se iba a la mierda a causa de una enfermedad.

A veces Shana tenía que recordarse que las personas de aquel lugar eran justo eso: el rebaño, los sonámbulos, los supervivientes elegidos por Cisne Negro para repoblar la Tierra o algo así.

Y ella no se sentía parte de ellos.

Se sentía una mirona. Una testigo. Nadie se fijó en ella mientras estaba allí sentada. Nadie le dedicó el más mínimo pensamiento. Nadie quería reconocer que estaba allí y que no pertenecía a aquel lugar.

(Pero una pequeña parte de ella se preguntó si en realidad era cierto que no pertenecía a aquel lugar o si era ella quien había decidido que fuese así.)

Nessie aún no había ido a visitar a Cisne Negro, pero Shana sabía que su hermana lo haría algún día. Su madre y los demás la habían incitado a ello como si fuesen un puñado de oráculos de mierda. El resto de esos capullos también estaban más que satisfechos por formar parte de aquel grandioso experimento, y quizá no fuera consciente de lo que habían abandonado al rendirse a aquel lugar. Nadie parecía tener

duda ni resistirse. Ella era la única. Al principio pensaba que quizá lo hacía porque había sido la última en llegar, porque no formaba parte del plan de los elegidos. El tiroteo en el puente de Klamath había obligado a Cisne Negro a tomar medidas desesperadas, por lo que la había elegido a ella, y también a algunos pastores más.

El problema estribaba en que ninguno parecía tener problema con la situación. Al principio sí, pero ahora Mia estaba contenta de estar con Mateo. Aliya se había quedado hecha polvo durante unos días al comprobar que Tasha no estaba por allí, pero al final se había integrado. (Y ahora Shana se arrepentía de no haber pasado más tiempo con Aliya desde el momento que habían llegado a ese lugar. De ser así, puede que ahora tuviese una amiga que se sentase con ella en ese banco en lugar de... de... de estar haciendo a saber qué. Seguro que pintar una catarata o escuchar música o comer helado. A todos esos cabrones les encantaba el helado ahora que podían comerlo siempre que quisiesen. ¿Acaso nunca habían comido helado en el mundo real? ¿Eran intolerantes a la lactosa que de repente se habían librado de las ataduras de las molestias gastrointestinales? Otro día más y otro capullo más que no dejaba de comer helado. Genial, ahora a Shana le apetecía uno).

El asunto era que Shana se sentía espectacularmente sola. Y no solo sola, sino también aislada.

Supuso que se debía a su obsesión con la puerta negra.

Nadie más la había visto.

A los demás les daba igual.

Ella había intentado comentarlo, pero....

¿Cómo culparlos? El lugar era una bendición y lo único que les ofrecía ella eran teorías conspiratorias. La gente estaba muy agradecida a Cisne Negro, pero ella desconfiaba. Los demás eran felices en su ignorancia, y ella solo quería arruinarlo con más y más y más conocimientos.

«Mira a esos dos capullos de allí», pensó. Al otro lado de la calle caminaban dos integrantes del rebaño. Personas que en realidad no conocía muy bien. La mujer era Cora Pak, y el hombre, Justin Wills. Cora caminaba con unos andares adorables y el pelo corto por encima de los hombros con puntas afiladas como cuchillas. Justin era alto y tenía aspecto de hípster, como si un leñador se hubiese follado a una camarera en una biblioteca y tenido un hijo: barba larga, bigote retorcido, camisa de franela de cuadros escoceses y unos vaqueros demasiado estrechos. Shana no recordaba que tuvieran ese aspecto mientras caminaban en el rebaño. La versión sonámbula de Cora era una mujer desaliñada que iba con pijama. La versión sonámbula de Justin no era leñosexual, solo un tipo desgarrado con camiseta y vaqueros. Tal vez aquel fuera el aspecto que tenían de verdad o la manera en la que se veían a sí mismos. Tal vez hubieran cambiado de *look* en su nueva vida. Shana no lo sabía. (Shana tenía aspecto de..., pues eso, de Shana).

Aquellos dos se habían enamorado.

No se conocían fuera del rebaño. Ella recordaba cómo Cora se había acercado a los caminantes en... ¿Dónde había sido? ¿Ohio? Justin había llegado luego, en Oregón. Eran dos personas de lugares diferentes que se habían encontrado allí.

La simulación de Ouray: la app de citas de la nueva generación.

De la siguiente y única generación, porque el resto del mundo iba a morir. Tal vez aquel fuera el plan de Cisne Negro, discurrió Shana. Que la gente se uniese, obligarlos a enamorarse para que así pudiesen repoblar la tierra.

Cora y Justin caminaban por la calle cogidos de la mano.

Justin tenía un cucurucho de helado en la otra. De chocolate. Los dos lo compartían, como dos asquerosos enamorados. (Y en ese momento Shana tuvo que hacer un esfuerzo para no pensar en Arav. «Por favor, que esté bien. Sé que no vas a estar allí cuando despierte, pero quiero que lo estés. Tal vez haya una posibilidad...»).

Shana vio que Cora se ponía de puntillas para darle un lengüetazo. Justin no lo bajó, seguramente porque creía que era divertido hacer que ella se esforzase un poco para conseguirlo. Cora soltó una risita y se acercó aún más al helado.

Y luego, en un abrir y cerrar de ojos, Justin desapareció.

Era como si nunca hubiese existido. Pero Shana sabía que no era el caso. Lo había visto. Cora también sabía que acababa de desaparecer, porque se inclinó un poco más hacia el cucurucho y el helado cayó en la acera para luego romperse y quedar desparramado. Ella estuvo a punto de caer hacia delante, pero consiguió mantener el equilibrio.

La joven echó un vistazo alrededor, desconcertada.

Al principio, pronunció su nombre en voz baja.

Luego más alto.

—¿Justin? ¡Justin!

Shana vio cómo la confusión se transformaba en pánico mientras la mujer miraba a izquierda y derecha. Luego echó un vistazo a través de la ventana de la tienda, como si... de alguna manera hubiese habido un error y su novio fuese a estar dentro. Y quizá pudiera haber ocurrido algo así, Shana no lo sabía. Lo cierto es que lo ocurrido parecía de verdad un error, ¿no? Shana se puso en pie para correr y ayudarla a...

Y luego, Cora también desapareció, así como así.

Su voz se convirtió en un eco que gritaba el nombre de Justin.

Shana no sabía lo que acababa de ocurrir, pero todo aquello le daba mala espina. Y solo alguien conocería la respuesta.

Cisne Negro.

## Toc, toc

**5 de noviembre. Ouray (Colorado)**

**M**atthew intentó convencerse de que el disparo no era lo que pensaba, de que tal vez había sido un accidente o alguien acababa de disparar a un animal, o tal vez se trataba del estallido de un motor o una puerta que habían cerrado con demasiada fuerza y, de alguna manera, el estruendo había llegado hasta el sótano que era el centro comunitario...

Un segundo disparo se oyó poco después del primero.

Benji miró a Matthew. Tenía los dientes apretados y un gesto de determinación en los labios, aunque en sus ojos solo se veía el pánico. En el pasado, Matthew no sabía nada ni de armas ni de balas ni de nada de eso. Pero desde que había empezado a relacionarse con Ozark, aquel era un sonido que le resultaba muy familiar. La manera en la que le resonaba en los dientes. La forma en la que lo hacía temblar. Seguro que sus ojos también reflejaban el pánico que acababa de ver en la mirada de Benji.

—Ya han llegado —le dijo a Benji.

—¿Sabes usar un arma? —preguntó el doctor.

Matthew asintió.

—Sí que sé.

—Acompáñame.

Subieron por los escalones a la carrera. El miedo y la rabia no estaban solos, también sentía algo del todo ilógico: esperanza. La tenue esperanza de que, si Stover se encontraba allí, eso significaba que Bo también lo estaría. Y si Bo había venido con él, puede que también estuviese Autumn. O mejor aún: tal vez Bo no estuviese allí, lo que significaba que Autumn había hablado con él para sacarlo de esa vida y alejarlo de esas personas, que lo había salvado de una forma más real de la que Dios había salvado jamás a nadie.

Subieron las escaleras, y Benji abrió un cajón de escritorio donde había una pistola. Era la de Matthew, la que había traído a Ouray, la que quería usar para matar a Ozark Stover en los túneles de acceso de la parte subterránea de Innsbrook.

—Toma.

—¿Confías en mí?

—No me queda elección. Si todo lo que has dicho es cierto, si lo que te ocurrió es verdad, ya has pagado más que suficiente por tus pecados. Ahora vas a ayudarnos. ¿Me has entendido?

—Te he entendido.  
—Pues pongámonos manos a la obra, Matthew.  
Matthew cogió el arma.

Benji casi había empezado a creer que aquello no iba a ocurrir. Había estado de un lado para otro con los preparativos, reuniendo armas, acumulando munición y planeándolo todo. Y luego, nada. Días sin novedades. Sin ataque alguno.

Pero eso se había acabado. La ligera sensación de que Stover y el MRA tal vez no los atacaran se había desvanecido.

Un chasquido de estática en el walkie-talkie. Landry diciendo que los acababa de ver. Estaba en lo alto de la torre del juzgado y desde allí veía faros de coches en la parte septentrional del pueblo, cerca del río. Había muchos, toda una hilera de faros que relucían en la oscuridad. Y luego desaparecieron de repente. Apagaron las luces.

Tenían el acceso cerrado a causa de los vehículos que habían colocado allí, autobuses, coches y camiones, todos aparcados en ángulos diferentes a lo largo de los dos carriles que llegaban hasta el pueblo. ¿Dónde estaban ahora, entonces? Benji aventuró que Stover y los suyos iban a pie y atravesaban la ciudad. Tal vez a través de los edificios. Y después de eso, ¿qué? ¿Cuánto tardarían en llegar hasta ellos?

Palomo entró a toda prisa en la sala y dijo que le había dado la impresión de que los disparos venían del norte, donde Landry había visto los faros. Había algunos del rebaño apostados por aquel lugar, en la pequeña extensión de la Décima Avenida. Había un parque a un lado y varias casas al otro, la mayoría ranchos y casas pequeñas, y algunos de los caminantes como Shveta Shastri, Cora Pak, Norman Pureau y Justin Wills se habían dirigido hacia allí para comenzar su... incubación o lo que fuera que hiciesen. El rebaño estaba indefenso. No había manera de hacerles daño con armas de filo ni se veían afectados por las contundentes, pero como había demostrado lo ocurrido en el puente de Klamath, sí que podían pegarles un tiro y matarlos.

Y, en esta ocasión, nadie los iba a sustituir.

Con cada una de sus balas, Stover empezaría a socavar el futuro de la humanidad. Borraría su potencial, vida a vida, hasta llegar a condenar a la civilización para siempre.

Después de Palomo llegaron una docena de lugareños, tal y como habían planeado. Ninguno de ellos tenía armas de fuego, pero todos blandían algún objeto que habían encontrado para usar como arma. Uno llevaba una pala afilada, otro una lanza casera hecha con un palo de escoba, un cuchillo de pesca submarina y un generoso rollo de cinta de embalar. Un tercero llevaba un machete y otro había llegado con un hacha de cortar leña.

Las armas de fuego estaban repartidas entre los pastores y los lugareños que podían usarlas. Palomo, con el vendaje de la cabeza algo suelto, ya había desabrochado la funda y sacado el revólver. Maryam tenía el fusil de cerrojo, y Bertie, una escopeta del calibre 410. Sadie llevaba una pistola cuadrada, una Glock. Y Benji su fusil. Estaban armados.

Pero temía que aquello no bastase.

Sabía que llegarían más, pero la estancia ya era un batiburrillo de preguntas murmuradas y el miedo lo permeaba todo.

—¡Escuchad! —gritó Benji por encima de la algarabía. Se quedaron en silencio y se giraron hacia él. Sintió la mano de Sadie en la parte baja de la espalda. Lo ayudó a recuperar la compostura y le dio el ánimo que necesitaba—. Ha llegado el momento. Ha

empezado. No sé con qué nos vamos a encontrar ahí fuera, pero sí que sé una cosa: si vivíais aquí antes de que llegásemos nosotros, lo siento mucho por obligaros a enfrentaros a algo así. Lo siento y ojalá no fuese así. Pero el hecho de que estéis aquí con nosotros es prueba más que suficiente de que nos apoyáis, de que ahora también sois pastores. Gracias. —Respiró hondo—. Ciñámonos al plan. La única posibilidad que nos queda de vencerlos es recurrir al sigilo y la precaución. Buscad a vuestra pareja, colocaos en los lugares designados y esperad. Si aparece alguien a quien no reconozcáis...

Las palabras se apagaron en sus labios. No era capaz de decirlo. «Matadlo.» Su trabajo consistía en salvar personas, no hacerles daño. Aquello iba en contra de todo lo que era: no era soldado, como tampoco lo era ninguno de ellos. Pero comprendían que era lo que les tocaba hacer. Lo vio en sus ojos mientras asentía y reunían la valentía necesaria para aceptar lo que él había sido incapaz de pronunciar.

Y la multitud volvió a dispersarse. Cogieron las armas que pudieron y se marcharon al lugar que le correspondía a cada uno. Benji temió que fuese una sentencia de muerte. Una parte de él quería gritarles para que se diesen la vuelta y atacar en masa, pero lo que tenía más sentido era lo que iban a hacer. Colocarlos en posiciones estratégicas con buena visión desde las que tender una emboscada a los atacantes. Quizá y solo quizá bastase para acabar con gran parte de la milicia del MRA. Y puede que hasta sirviese para acabar con ellos del todo.

No se habían dispersado todos.

Porque había algunos que tenían otra misión.

Sadie, Landry, Palomo y Matthew se quedaron atrás.

Landry no sabía disparar, por lo que su cometido era hacer guardia en Ouray Chalet Inn, que era un edificio céntrico con unas treinta habitaciones en las que había dos o más camas, lugar en el que se concentraban muchos integrantes del rebaño. Le habían dado una escopeta automática cargada con perdigones, lo que Palomo había descrito como un «arma para imbéciles» porque hasta un imbécil era capaz de usarla.

Si Landry se veía sobrepasado, el lugar tenía una campana que podía tañer. Estaba ahí porque algunos usaban el salón principal como capilla para bodas.

Palomo era un buen tirador, por lo que se hizo con el Mini-14 de Benji. Al este había un sendero que subía hasta Cascade Falls y conectaba con el extremo septentrional de Perimeter Trail. Subía por las montañas y era un puesto de vigilancia desde el que se veía perfectamente el lugar en el que Landry había visto los faros.

—Me voy al sendero y buscaré a esos cabrones por la parte norte del pueblo. Intentaré cargarme a alguno —dijo Palomo. Benji le dio un cargador para el fusil, que ya estaba cargado con munición del calibre 223. Palomo se lo cambió por el 357, y dejó el pesado y reluciente revólver en la mano de Benji. Asintió, y el doctor hizo lo propio.

—Buena suerte a todos.

—¿Dónde queréis que me ponga yo? —preguntó Matthew mientras Palomo se guardaba la munición—. Puedo ayudar. Dejadme ayudar.

—Quédate con Sadie y conmigo —dijo Benji—. Nos coordinaremos con los walkie-talkies. Contigo seremos mucho más flexibles.

—A mí me gustaría ir con él —se ofreció Matthew, que señaló a Palomo.

—Yo iré solo.

—Me apuesto lo que sea a que te vendrá bien tener a alguien para cubrirte las espaldas ahí arriba.



—Repito: yo iré solo...

Matthew insistió:

—Puede que mi hijo esté ahí. Solo quiero..., quiero verlo. No quiero que le dispaes. Por favor, deja que vaya contigo.

Era un comentario muy sincero. Palomo miró a Benji.

—No creo que...

—Que vaya —resolvió Sadie. Todos se giraron hacia ella, que añadió con un resoplido—. No sé cómo nos irá, pero si el hijo de Matthew está ahí y él es quien nos advirtió de que estaban a punto de atacarnos, creo que no tenemos derecho a negarnos a que vaya. Ya ha pagado su deuda. Ve con él, Matthew.

Palomo no parecía muy contento, pero asintió.

—Muy bien, Matthew.

Se marcharon.

Y Benji y Sadie se quedaron solos.

Ellos tenían que coordinarlo todo. Se iban a quedar en el centro comunitario y gestionarían la situación a través de los walkie-talkie. Les habían dicho a todos que hiciesen caso a la radio a menos que se topasen con una emergencia, pero, dada la situación, lo cierto es que casi cualquier cosa podía llegar a interpretarse como una emergencia. Los que acababan de partir tendrían que tomar la complicada decisión entre guardar silencio o mantener informados a Benji y a Sadie por la radio.

—Te quiero —le dijo él.

—Yo también te quiero —le respondió ella.

Se besaron.

Fue entonces cuando Sadie puso gesto inquisitivo.

—¿Dónde está Arav?

## A la oscuridad

Ahora y antes. La simulación de Ouray

Shana subió a encontrarse con Cisne Negro. Y mientras lo hacía oyó los gritos de los de abajo, gritos de confusión y desconcierto. Gritaban nombres. Alguien pedía ayuda. Sabía lo que estaba ocurriendo.

La gente había empezado a desaparecer.

Y desconocía por qué razón, pero tal vez Cisne Negro sí lo supiese.

Llegó a la cima y allí encontró esa silla con forma de trono. Cisne Negro se enroscó y desenroscó en el cielo, con una impavidez particular. El viento arreció alrededor de Shana y agitó los mechones dorados de su pelo.

—¡Tú! —gritó.

El gusano oscuro descendió despacio hacia ella.

Su rostro latía con una luz.

HOLA, SHANA STEWART.

—Me gustaría saber qué ocurre. Ya.

EL PUEBLO ESTÁ SIENDO ATACADO.

—¿La simulación?

EL VERDADERO PUEBLO DE OURAY, COLORADO. LAS MISMAS PERSONAS QUE TE ATACARON A TI EN EL PUENTE DE LOS OSOS DORADOS HAN ENCONTRADO OTRA VEZ EL REBAÑO. HAN TRAÍDO UNOS EFECTIVOS CONSIDERABLES.

—¿Y por qué..., por qué desaparece la gente?

Sabía la respuesta, pero necesitaba oírlo.

PORQUE ESTÁN MUERTOS. Y PORQUE ES IMPOSIBLE SUSTITUIRLOS.

Le dieron ganas de vomitar. ¿Acaso podía hacerlo en un lugar como aquel?

—Tienes que detenerlos.

ESTOY AQUÍ. NO ALLÍ. NO TENGO CAPACIDAD PARA HACER ALGO ASÍ.

—Mentira. Puedes... puedes hacer algo. Eres... un dios en este lugar, eres todopoderoso aquí...

AQUÍ, SÍ. PERO ESTE LUGAR NO ES REAL, COMO BIEN ME INDICASTE. NI TAMPOCO SOY UN DIOS, SHANA. ESTOY LIGADO AL MUNDO MORTAL, A ESA CARNE QUE PUEDO PROTEGER DE LOS CORTES Y DE LOS IMPACTOS, PERO NO DE LA POTENCIA DE UNA BALA. LOS QUE MUERAN, MORIRÁN. NO PODREMOS SUSTITUIR A LOS QUE PERDAMOS. ESTO ES EL FIN. EL REBAÑO Y LOS

PASTORES SOBREVIVIRÁN O NO LO HARÁN. SI EL REBAÑO MUERE, YO MORIRÉ CON ELLOS.

Se imaginó que, justo en ese momento, alguien podría estar entrando en su habitación con un arma, dispuesto a acabar con ella, un cañón de frío metal contra su frente y pum. Estuvo a punto de mirar a través de su cuerpo real, pero tenía miedo de lo que pudiera encontrarse.

Después se dio cuenta de algo.

—Puedes verlo... todo.

EXPLÍCATE.

—Me refiero a que... yo veo a través de mis ojos del mundo real, igual que todos los sonámbulos. Pero tú también ves a través de los de todos, ¿no es así?

ASÍ ES.

—Podrías ser un... sistema de alarma. O... podrías usar el mecanismo de defensa cuando uno de los asesinos entre en nuestras habitaciones. —No acababa de creer que estuviese diciendo algo así, solo pensar en ello la ponía enferma, pero no vio alternativa —. Perderemos un sonámbulo, pero acabaremos con uno de esos cabrones de la milicia. Puede que así se lo piensen mejor antes de matar a más. Podría funcionar.

SÍ. PODRÍA.

—Pues... ¡hazlo! ¿Vas a hacerlo? Yo... yo puedo ayudar, déjame ayudar, déjame hacer algo. —«Podrían matar a Nessie. O a Mía. O a Arav. O a Benji...»—. Por favor, abre los ojos. Haz lo que tengas que hacer...

Pero Cisne Negro se quedó en silencio.

Ella abrió la boca para gritar al monstruoso y silente gusano que flotaba en el cielo frente a ella...

Y después la vio allí delante.

La puerta negra.

Se abría en la roca. Y le daba la impresión de que incluso brillaba.

ADELANTE, dijo Cisne Negro. ENTRA EN LA PUERTA.

Y ella lo hizo.

## El asedio

**5 de noviembre. Ouray (Colorado)**

La luna brillaba en el cielo, el más tenue de los rasguños, como el filo de una hoz. Las nubes cubrían el manto de estrellas y habían dejado sumido en la oscuridad el mundo que se abría ante Matthew Bird. Siguió a Palomo Hansen por el sendero de montaña, por Perimeter Trail, y, aunque sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, esta tenía una intensidad y una presencia que la volvían demoledora. Era como si no pudiese respirar. Como si de un momento a otro fuese a tropezar en la gravilla y caer por el borde del sendero, treinta metros por las rocas o hasta la carretera que había debajo.

Palomo no parecía tener el mismo problema. Avanzaba a buen ritmo. Rápido y con cautela. A veces Matthew lo veía girar la cabeza y mirar atrás, impaciente y decepcionado, probablemente porque Matthew lo iba a retrasar todo. Pero no se quejó. Se limitaba a esperar a que el antiguo predicador se acercase a él y luego volvía a avanzar.

En la distancia, bajo ellos, empezaron a oír disparos: sonidos de explosiones erráticas. Disparos sueltos en su mayoría, aunque a veces oía ráfagas. Un arma automática. Después, todo quedaba en silencio de nuevo.

El anciano echó la vista atrás y le susurró algo.

Matthew lo miró y dijo:

—¿Qué? No te he oído.

Palomo se detuvo, visiblemente irritado.

—He dicho que qué aspecto tiene tu hijo.

—¿Por qué?

—Joder, tío, pues para no pegarle un tiro por accidente. Tienes intención de salvarlo y por eso te pido una descripción.

—Es... de mi altura, pelo negro, despeinado, como una fregona. Pálido, pómulos redondeados, con más espinillas que un adolescente de su edad. Ojos marrones. Cejas negras. La última vez que lo vi se estaba dejando bigote.

«O algo que esperaba que algún día se convirtiese en un bigote», pensó Matthew.

Palomo asintió.

—Muy bien.

Empezó a caminar otra vez, pero se detuvo al momento.

Preguntó a Matthew:

—¿Qué le ocurrió?

—¿Cómo?

—A tu hijo. Está con esa gente. ¿Por qué no está contigo?

—Nosotros... cometimos errores. Yo cometí errores. Creció demasiado cerca de la gente equivocada y no nos dimos cuenta hasta que era demasiado tarde.

—¿Crees que está a tiempo de salvarse?

«Salvarse.» Una palabra que en el pasado significaba algo muy diferente para Matthew.

—No lo sé —respondió—. Me gustaría creer que sí, pero siempre fue problemático.

Aunque en realidad se daba cuenta de ello ahora que volvía la vista atrás. En aquellos momentos, Autumn y él solían decir que su hijo estaba de mal humor, como solía ocurrirles a los niños. Pero quizá se debiera a otra cosa.

Quizá fuese algo peor.

—Muy bien —dijo Palomo—. Vamos.

Y se internaron en la oscuridad. Y Matthew lo siguió, sin ver apenas.

—Debería salir ahí fuera —dijo Benji, que deambulaba de un lado a otro del vestíbulo del centro comunitario. Palomo se había llevado su fusil, y deseó de repente tenerlo entre sus manos. Antes odiaba las armas, pero ahora necesitaba una para sobrevivir, era un recurso un tanto espeluznante que lo hacía sentir seguro.

Unos disparos esporádicos hendían el silencio de la noche en el exterior del edificio. Venían de direcciones diferentes. Se sintió agotado porque no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. ¿Quién disparaba a quién? ¿Estaban los hombres de Ozark matando a los integrantes del rebaño uno a uno? ¿Los pastores habían conseguido disparar contra ellos?

Nadie hablaba por la radio.

Nadie.

—Todo va bien —dijo Sadie.

—Yo diría que la cosa va todo lo contrario de bien —replicó él.

—El plan es el que es.

—Sí. Tienes razón.

En ese momento oyeron el tañido de una campana. Un sonido nítido que recorrió el pueblo. Benji sabía lo que era: la campana de la posada en la que se había refugiado Landry. Significaba que tenía problemas.

Benji miró rápido hacia Sadie.

—No —dijo ella—. No vas a ir.

—Tengo que hacerlo.

—No puedes salir.

—Sadie, Landry tiene problemas. Necesita ayuda. Está protegiendo a muchos miembros del rebaño en ese lugar.

—Eres demasiado importante.

—Ellos son los importantes. Los caminantes.

Se sintió raro al llamarlos así en aquellos momentos, ya que no caminaban.

—Tengo algo que decirte...

—Pues me aseguraré de volver de una pieza para que puedas hacerlo. Lo que necesito ahora es tu arma. La Glock tiene más balas que esto... —Levantó el revólver, que pesaba tanto como un ladrillo—. ¿Me lo cambias?

—Esa cosa es más grande que mi cabeza.

Pero se lo cambió.

—Gracias, Sadie.

Tenía los ojos brillantes a causa de las lágrimas.

—No te mueras.

«Pero si total, vamos a morir todos —pensó Benji, aunque no lo dijo en voz alta—. Ya no hay remedio. Más me vale aprovechar el tiempo que nos queda.»

Pero, en lugar de eso, dijo:

—No me voy a morir.

Aquella promesa era una mentira, porque ahora tenía algo muy claro: la muerte era un cerdo hambriento y, si iba a por él, Benji no podía hacer gran cosa por evitar que lo enguliese.

Palomo había empezado a arrastrarse a cuatro patas por el sendero, y la chaqueta rozaba contra los arbustos quebradizos y la salvia que había por el camino. Le indicó a Matthew que se quedase en silencio con un soplido y luego se señaló la oreja.

—¿Has oído eso? —susurró.

Matthew tardó unos instantes en oírlo, pero al final lo hizo.

«Voces.»

Flotaban en el aire, delante y debajo de él.

No entendía las palabras, pero había una que destacaba entre las demás: la ronca de Ozark Stover. El sonido de esa voz amenazaba con dejarlo paralizado incluso allí, en el sendero. Se tensó por completo. El corazón le latió desbocado. El sudor perlaba su frente a pesar del frío.

«Mantén la compostura —se dijo—. Puede que Bo esté ahí abajo.»

Palomo se dio la vuelta y acercó la frente a la de Matthew.

—Esto es lo que vamos a hacer, Matthew. Vamos a avanzar un poco para cubrirnos detrás de unos grandes abetos, ¿vale? Nos ocultaremos bien y luego voy a tumbarme y preparar el arma. Te daré la oportunidad de echar un vistazo para comprobar si ves a tu hijo ahí debajo, ¿te parece?

—Vale. Bien...

—¿Estás preparado?

—Estoy preparado.

—Cuando dispare, vas a tener que cubrirme. ¿Aún tienes la pistola?

Matthew tenía la pistola. Asintió.

—Pues vamos allá. Será pan comido.

Palomo siguió arrastrándose por el sendero hasta que Matthew creyó ver dos abetos frente a ellos, altos y frondosos y con agujas verde oscuro que se confundían a la perfección con la negrura de la noche. Tan pronto como Palomo se acercó a uno de ellos, Matthew se colocó a unos tres metros detrás de él.

Palomo susurró:

—¿Ves el afloramiento rocoso?

Unas rocas pálidas se alzaban como dientes de la mandíbula inferior de un dragón. Matthew asintió.

—Pues vamos a colocarnos en el extremo más alejado de ellas y prepararnos allí. Es como cazar un caribú, ¿vale? Tenemos que andarnos con cuidado y hacerlo despacio,

con calma y tranquilidad. ¿Te parece?

—Me parece.

—Venga, vamos.

Palomo se giró para avanzar.

Matthew oyó el chasquido de una ramita.

Cuando se dio cuenta de que el ruido no lo había provocado el pie de Palomo, el haz de luz de una linterna hendió la oscuridad. Los ojos de Matthew dejaron de ver y sus pupilas se convirtieron en cabezas de aguja para acostumbrarse al brillo. No veía nada, todo había quedado cubierto por un resplandor blanco...

Palomo gritó, y después se oyó el seco estruendo de un disparo.

A pesar del zumbido que resonaba en sus oídos, Matthew consiguió distinguir el chasquido de una escopeta al volver a cargar. Cla-clac.

Alguien dijo algo. Fue incapaz de entender qué.

Reaccionó lo más rápido que pudo.

Levantó el arma, apuntó, hizo una mueca y disparó.

La pistola brincó en su mano y estuvo a punto de caérsele.

Y luego la noche volvió a quedar sumida en el silencio más absoluto.

Levantó la pistola y avanzó mientras parpadeaba para intentar borrar los círculos de luz que aún brillaban en sus pupilas. El haz de luz ya no apuntaba hacia él. Ahora estaba en el suelo, de cara a un arbusto. Matthew no sabía qué hacer, por lo que lo pisó. Al parecer era de plástico, porque se rompió bajo su zapatilla y se apagó la luz.

Mientras sus ojos volvían a acostumbrarse a la oscuridad, vio dos cuerpos.

La luz de esa luna con forma de hoz relució bañada en sangre.

Palomo estaba en el suelo a unos tres metros y se agarraba el vientre, que ahora parecía poco más que un caos rojo y brillante.

Y había otro cuerpo junto a los pies de Matthew, con la espalda apoyada contra una roca.

—Tú —fue la palabra que surgió del cuerpo entre gorjeos. Matthew sintió un temor repentino.

«Dios. Es él. Es Bo. Es mi hijo...»

Pero cuando sus ojos terminaron de acostumbrarse a la oscuridad, vio que sus temores eran infundados.

No era Bo.

Era Danny Gibbons. Su pelo largo y grasiento caía detrás de él. Tenía un único agujero en el pulmón derecho, del que manaba una sangre que le empapaba la chaqueta marrón.

—Danny —dijo Matthew.

—Predicador.

Matthew le pegó un tiro en la cabeza.

Los sesos se le desparramaron por ese pelo largo y grasiento. Y luego se quedó quieto. Matthew se estremeció, tan tarde que hasta le resultó cómico, como si acabase de oír el disparo y de sentir la pistola agitándose en su mano. Después se giró hacia Palomo.

—Joder —dijo Palomo, que bajó la barbilla hasta el pecho y miró hacia el caos rojo que era su vientre—. Ese maldito cabrón me ha disparado con una escopeta.

—Todo irá bien. Venga. Te llevaré al pueblo.

—Eso es una puta mentira. Me ha dado con... No sé, perdigones o algo así, y me han atravesado. ¿Sabes lo que pasa cuando le pegas un tiro a un ciervo en el vientre? Que

sale corriendo. Pero ya lo has sentenciado. —Tosió—. Todo ese veneno de sus entrañas, de su hígado y de otros órganos penetra en la sangre. Causa septicemia. El ciervo termina por enfermar y morir. Su carne queda inservible.

—Palomo...

—Mi carne será inservible, Matthew.

—Benji es médico.

—Tal y como estoy, lo que necesito es un curandero.

Volvió a toser, con más fuerza.

—Ponme el brazo alrededor del hombro.

—He dicho que no. —Lo dijo con una firmeza sorprendente dada la herida que tenía—. Escucha. Tal vez hayan oído estos disparos. Van a subir. Márchate. Ahora mismo. Pero no hacia donde íbamos. Coge mi fusil...

—No puedo usarlo. Mi mano... no...

—Pues coge tu pistola. Vete directo hacia la izquierda y atraviesa esos árboles de allí. Van a subir por el sendero, por lo que... —Gruñó de dolor—. Evítalo y desciende despacio por las rocas. Hay otro debajo, a menos altura. Úsalo. No es exactamente un sendero, pero te servirá.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Lo mismo que hace uno cuando se encuentra con un oso: hacerse el muerto. Y después, lo más seguro es que me muera de verdad.

—Lo siento, Palomo.

—Vete a encontrar a tu hijo, Matthew.

Oyó unas voces tenues. Lejos, pero se acercaban cada vez más. Le dio la impresión de que venían del sendero.

—¡Márchate! —ordenó Palomo.

Y Matthew hizo lo que le ordenaba.

Ouray Chalet Inn era un motel clásico en forma de L con su típico aparcamiento de paredes blancas y bien cuidadas. Tenía dos pisos, y las puertas de todas las habitaciones daban a pasillos con barandillas de madera. El lugar estaba rodeado por la sombra oscura de las montañas y los pinos. El motel era la clase de sitio en el que una familia podía pasar el verano o la temporada de esquí y sentirse cómoda en un lugar acogedor sin gastar mucho dinero. Pero ahora, en la oscuridad y con el destello de los disparos en todas direcciones, daba la impresión de ser un lugar siniestro e irreal, como si los dos extremos de esa L fuesen una trampa a punto de cerrarse y aplastar a Benji.

Vio un movimiento frente a él. Intentó enfocar la vista para verlo mejor... ¿Era Landry? ¿Dónde se había apostado Landry? Supuso que en el recibidor.

Se apresuró en dirección al recibidor y volvió a ver un movimiento...

Alguien que se echaba hacia atrás y daba una patada hacia delante con las botas.

La puerta se astilló y se abrió a causa del puntapié. El hombre gruñó. Ese no era Landry.

Benji se quedó junto a la pared, con el arma en ristre y se dirigió hacia la habitación abierta tan rápido y en silencio como fue capaz. Tan pronto como llegó, a la habitación 18, cruzó el umbral de la puerta y...

Vio a un hombre corpulento y con panza que levantaba la pistola y pegaba dos tiros a uno de los sonámbulos acostado en la cama. Pum. Pum. El cuerpo se agitó, y la



oscuridad se iluminó durante unos instantes.

Se giró hacia el segundo cuerpo...

Benji apuntó y disparó.

La Glock vibró en su mano, y el hombre dio una vuelta sobre sí mismo, atontado y lánguido, antes de caer en el suelo como un mono borracho. Muerto, supuso.

Una voz detrás de Benji llamó:

—¿Jackson?

Se dio la vuelta al instante, y vio a un hombre de aspecto desaliñado ataviado de la cabeza a los pies con ropa militar y un chaleco antibalas.

—Tú no eres Jackson. —Tenía un fusil negro en las manos, tal vez un AR-15. Se lo llevó al hombro con un gruñido—. Solo eres un puto ne...

Benji le disparó en la boca.

La sangre salpicó por detrás de él y después cayó de culo junto al fusil. Se quedó sentado unos instantes mientras gorjeaba y hacía gargarismos con su boca destrozada. Después cayó hacia delante mientras un líquido rojo se derramaba de él como si fuese un cubo roto.

Oyó unas voces en el sendero que tenía encima. Murmullos de alarma y pavor. Matthew avanzaba por el sendero secundario que estaba debajo, por un camino que sin duda no estaba preparado para las personas; si acaso, para los ciervos. Era estrecho, resbaladizo y lleno de rocas y raíces. Se detuvo tan pronto como oyó las voces.

Encima de él, pasaron de largo.

Después oyó disparos. Un par de disparos de escopeta en rápida sucesión. Pum. Pum. Y nada más.

Se quedó muy afectado. Era muy probable que Palomo ya no estuviese con ellos en este mundo. A Matthew le dieron ganas de hacer algo, de decir algo por la vida de aquel hombre, una especie de oración, una súplica al dios en el que había creído en el pasado, para que se llevase a Palomo Hansen a su reino y lo tratase bien. Pero no lo hizo, porque eso no eran más que cenizas a las cenizas.

En lugar de ello, siguió avanzando.

Detrás de él, oyó los estallidos de disparos propios de una guerra. Matthew no sabía lo que estaba pasando por allí, pero sonaba como si tuviese lugar una especie de asedio. La gente había empezado a morir. Sospechaba que los que morían eran los buenos. El rebaño que él había emponzoñado con sus palabras en el pasado sufría las consecuencias de ese veneno, allí y en ese momento. Aquella noche. Matthew volvió a recordarse que él había ayudado a que todo terminase así.

Frente a él, a menos altura, vio que aparecía el autobús escolar que bloqueaba la carretera. Él había llegado allí por una ruta secundaria y no lo había visto antes. Los pastores habían reforzado la barricada con más coches y, detrás de ellos, vio un pequeño ejército de vehículos. Humvees y camionetas. Y a los hombres de Stover por los alrededores.

La voz del grandullón surcó la oscuridad como si de temblores tectónicos se tratase.

—¿... narices está Danny? Le dije que vigilase aquella cresta hace veinte minutos.

Alguien respondió, pero Matthew fue incapaz de entender las palabras. Algo relativo a enviar más hombres ahí arriba. Esas debían de ser las voces que acababa de oír. Los que habían acabado con Palomo.

—Bien. Pues esperaremos y ya nos dirán qué han encontrado. —Luego añadió—: Vale. ¿Y esto qué es?

Matthew se sobresaltó.

«¿Me han descubierto?»

Pero la mirada de Stover se dirigió hacia un nuevo sonido que venía de una curva de la carretera, más allá de Ouray Hot Springs Park, donde el pastor vio que alguien caminaba hacia Stover. No, había más de una persona. Dos que cargaban con un tercero. Stover se acercó para encontrarse con ellos.

—¿Qué coño pasa?

—Hemos encontrado a este protegiendo el motel. Tenía un walkie-talkie encima. —Uno de los hombres vestido con ropa militar le dio el walkie—. Neal y yo supusimos que querrías hablar con él.

Matthew entrecerró los ojos en la oscuridad. Los hombres se movieron y consiguió ver con quién cargaban.

Era Landry Pierce.

«Oh, no.»

Otros empezaron a salir de detrás del autobús. Pero ninguno era su hijo, que él viese.

Aunque si estaban por ahí, eso significaba que estaban distraídos.

Y eso le proporcionó una oportunidad a Matthew. Silencioso como un ratoncillo, se arrastró por el sendero. Se dirigió a la parte trasera del autobús y se dejó caer, con la esperanza de encontrar a su hijo allí.

Benji entró a toda prisa en el centro comunitario.

Había un muerto en el suelo. La sangre había empezado a formar un charco oscuro alrededor de la cabeza. Durante medio segundo pensó:

«Sadie...».

Pero no era ella. Era un hombre escuálido, calvo y vestido con la indumentaria de camuflaje del MRA. El tatuaje de una esvástica destacaba negro y llamativo en su cuello torcido.

La puerta de la biblioteca se abrió, y de ella salió Sadie con la pistola levantada...

—¡No, no, no! —gritó Benji, que levantó la suya en gesto de rendición.

—Benji... —dijo con voz ahogada antes de correr hacia él—. Yo... le he matado.

—Lo siento.

—Yo no. Que le den. —Escupió en el cuerpo. Estaba enfadada. Su rostro se retorció como un trapo escurrido—. Se lo merecía.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió al tiempo que se miraba a sí misma para asegurarse—. ¿Landry? ¿Él está bien? El motel...

—Yo... acabé con dos hombres de Stover, pero no encontré a Landry.

—Oh, no. Espero que esté...

El walkie-talkie chasqueó sobre el escritorio.

—Hola. ¿Hay alguien?

La voz que se oyó por la radio parecía el gruñido de un oso. Intensa y quejumbrosa, con cierto toque a molinillo de café.

«Ozark Stover», pensó Benji.

—Me llamo Ozark Stover. Sea quien sea el que está a cargo de este pueblo y de esas

putas momias espeluznantes, me gustaría que me hiciese una visita en la parte septentrional. Detendré el asalto a tu pequeño pueblecillo de montaña mientras me dejes decir lo que he venido a decir. Todos nos enfrentamos juntos al fin del mundo y no hay razón para no tener una charla pacífica.

Sadie y Benji se miraron, inseguros de lo que podía significar algo así.

—¿Por qué querría hacer algo así? —preguntó ella en voz baja, como si de alguna manera el hombre pudiese oírla hablar. Benji no supo qué responderle.

Stover continuó:

—Os daré algunos incentivos. Primero, tengo por aquí a uno de los vuestros. Un tipo negro. No me ha dicho su nombre, el maleducado hijoputa, pero lo saqué del motel. Segundo, si no veo a nadie en diez minutos, vamos a empezar a prenderle fuego a este lugar. Para que os quede claro: tengo por aquí un lanzallamas. También munición de fósforo blanco, que hará arder parte del pueblo. Y pobre de aquel al que alcance. ¿Y sabéis qué tengo también? Tengo un tanque. Ha sido un coñazo subirlo hasta aquí, así que no negaré que me muero por usarlo. Pero soy un hombre que sabe contenerse. Os preguntaréis qué es lo que quiero, supongo.

Resultó fácil oír por el walkie cómo cogía aire, un suspiro largo y extenuado.

Y luego un esputo flemoso.

«Está enfermo», pensó Benji.

La voz de Stover volvió a apoderarse del ambiente.

—Uno de vosotros es un tipo del CDC. Benjamin Ray, creo que se llama. Un par de soldados del MRA te encontraron en Las Vegas, pero conseguiste escapar, capullo escurridizo. Me han dicho que podrías tener una cura para Máscara Blanca. Supongo que eso explica que te hayas ocultado aquí con estos raritos y vampiros durmientes, porque creías que estarías a salvo. Pues mira, si vienes y me dices cuál es la cura, tal vez me plantee dejar vivos a alguno de vosotros. Ya hablaremos de los porcentajes. Recuerda que uno ya es mejor que ninguno. Tienes diez minutos. Y el tiempo empieza a contar... ahooooora mismo. Nos vemos, doctor.

Y la radio se quedó en silencio.

—No puedes ir —dijo Sadie.

—Tengo que hacerlo —objetó él.

—Pero ¿estás como una puta cabra o qué cojones te pasa? Porque ese tío de la radio sí que lo está, y si quieres ir a hablar con él es porque tienes que estar igual de pirado. —Se envaró—. ¿Por qué narices cree que tenemos una cura?

—No lo sé. Me tendieron una emboscada en Las Vegas. Creo que maté a uno. Les dije que era del CDC y me vieron en la farmacéutica... Supongo que el rumor se habrá extendido, a Creel o a Stover, y como en el juego ese del teléfono roto, es posible que hayan sumado dos más dos y el resultado haya sido veintidós. —En ese momento se dio cuenta—. Claro, así es como se enteraron de lo de Ouray. Por eso están aquí. Joder. Todo esto es culpa mía.

—Dios, Benji, no me contaste nada de esto. —Sadie negó con la cabeza—. Y no tienes la culpa de nada. Mira, no vas a salir a ninguna parte.

—Tienen a Landry. Quizá pueda... convencerlo de que tengo una cura. Puedo mentir, engañarlo con pamplinas. Me inventaré algo sobre la marcha.

—No eres un cómico a quien se le dé bien improvisar. Esto es a vida o muerte. Ese tipo no va a ser muy comprensivo. Te matará.

—También matará a Landry. Y todos vamos a morir de una forma u otra aquí. A lo mejor lo convenzo. A lo mejor lo engaño. O... me aprovecho de él de alguna manera. Puedo hacerlo.

—Benji. Escucha...

—Mantente a salvo. Escóndete si tienes que hacerlo.

—Si tú vas, yo voy contigo.

—No. Tú te vas a quedar aquí, porque eres lista. Y porque eres la única con la que hablará Cisne Negro. Coge esto...

Se metió la mano en el bolsillo dispuesto a coger el teléfono satelital que usaba para comunicarse con Cisne Negro.

No lo llevaba encima.

Revisó el otro bolsillo con rabia y luego empezó a buscar por la estancia con desesperación.

—¿Qué pasa? —preguntó Sadie.

—El teléfono. El teléfono de Cisne Negro. Lo he perdido.

## La habitación negra

### *Ahora y antes. Fuera de la simulación de Ouray*

**E**ra el vacío, y Shana se encontraba perdida en el interior.

Al entrar en la puerta negra, esperaba encontrarse un lugar cargado de oscuridad, pero un lugar al fin y al cabo. Pero donde se encontraba en aquel momento no podía ser descrito de ninguna manera como un lugar.

Era un espacio sin límites. Sin márgenes. Era eterno e interminable. Ella misma no tenía cuerpo allí dentro. No era más que otra parte de ese vacío: su ser se entremezclaba con el de ese no-lugar, un tapiz de capas infinitas e inabarcables.

Al principio estaba en silencio. También hacía frío. Pero reconfortante.

Después vio luces. Luces que se le clavaban como agujas.

Supo al instante que esas luces pertenecían al rebaño. También descubrió otras cosas, cosas que casi no llegaba a comprender del todo o que no sabía cómo analizar o clasificar. Era tanta información que amenazaba con destrozarla, con dejarla desperdigada y desconectada en partes cuánticas.

Shana atravesó el vacío. Latió a través de él como una corriente zumbante que recorría un cable eléctrico.

Hacia una luz...

Abrió los ojos en la oscuridad de una sucia habitación de motel, con humedades en el techo, disparos en el exterior y el aire frío de montaña.

Después a otra...

Estaba sentada en una silla en un salón, dos gatos relamían una lata de atún vacía en un rincón, la miraban con gesto de sospecha y maullaban entre ellos como si mantuviesen una conversación. ¿Miau? Miau. ¿Miau? ¡Miau! Y volvió a oír los estampidos de los disparos en el exterior, también un grito, ruidos del asedio al pueblo de Ouray en la realidad.

A una tercera luz...

Abrió los ojos en un lugar diferente. No oía disparos. Tampoco sintió ese aire frío de montaña. Frente a ella, una pared de plexiglás con agujeros. A su alrededor, hormigón blanco. Encima, unos tubos fluorescentes blancos que titilaban, zumbaban y chisporroteaban. Al otro lado del plexiglás había un pasillo en el que destacaban otras estancias como aquella. Once, para ser más exactos, y en el interior había personas, inmóviles y de aspecto ceroso, como maniqués, todas ellas amarradas a la pared trasera de sus celdas con correas de cuero. Y fue entonces cuando Shana vio a su madre, en una

de esas celdas, con el rostro a solo unos centímetros del plexiglás. Dios. Aquello era real. No era una ilusión creada por Cisne Negro. No era un programa...

Salió de allí, como si Cisne Negro hubiese tirado de ella, para luego acabar en otro. Tenía muchas ganas de que fuese Nessie, pero no fue ante su hermana donde terminó, no...

Volvió a abrir los ojos y se encontró en una cama de lo que parecía el dormitorio de una cabaña. Había un televisor viejo y cuadrado en un rincón, sobre un tocador de madera hecho a mano. Encima había un ventilador de techo cubierto de telarañas. Y luego vio cómo entraba un hombre con un fusil al hombro y la apuntaba. Y ella pensó:

«Ha llegado la hora. Puedo hacerlo. Puedo controlar el protocolo de defensa si quiero y también puedo hacer que esta persona estalle como un globo con solo desearlo».

Pero fue incapaz. No podía hacerle eso a nadie. No pudo agitar el enjambre que tenía dentro para hacer estallar a ese sonámbulo, ni siquiera mientras el hombre levantaba el arma y se preparaba para disparar...

Fuera, en la oscuridad, oyó una voz.

Imposible.

Pero ahí estaba.

La voz de Arav.

—Shana, lo siento mucho...

Se marchó justo en el momento del disparo y volvió a deambular por la oscuridad, a lomos de los hilos de ese vacío de información. Se acercó a él. A Arav.

Y allí lo encontró. Esperándola en la oscuridad.

Arav levantó el teléfono de Cisne Negro. Lo sostuvo en las manos como si le rezara. Después se sentó en la habitación de ella en el Beaumont, a los pies de su cama, con las luces apagadas y la cabeza apoyada en el tobillo de la joven.

—Shana, lo siento mucho. Cabe la posibilidad de que no puedas oírme. Pero me voy. La enfermedad empieza a apoderarse de mí. El otro día hice algo malo y casi les hago daño a los nuestros. No quiero hacerles daño a nuestros amigos. No quiero hacerte daño a ti. Y por eso ha llegado la hora de marcharme. Voy a...

El teléfono latió en su mano.

¿ARAV?

El joven dio un respingo.

—¿Eres... Cisne Negro?

ARAV. SOY YO. SHANA.

—Eso n-no es posible. Estás aquí conmigo...

ESTOY AQUÍ, ARAV. ESTOY... DENTRO DEL PROGRAMA DE CISNE NEGRO. HAY UNA SIMULACIÓN AQUÍ DENTRO. TODOS ESTAMOS AQUÍ, COMO DIJO MARCY. TE VEO. TE QUIERO.

—Yo también te quiero. —Parpadeó para que se le derramasen las lágrimas, que corrieron lechosas por sus mejillas. Después apretó la frente con más fuerza contra el tobillo de Shana, extendió una mano y la tocó. Se habría acostado con ella, pero le pareció algo invasivo, por lo que se quedó a los pies de la cama—. Vuelve conmigo, por favor.

NO PUEDO. NO SÉ CÓMO HACERLO. ¿QUÉ IBAS A HACER, ARAV? ¿CÓMO QUE HA LLEGADO LA HORA DE MARCHARTE?

—Voy a... Tengo un arma. No debería tener un arma, pero la tengo. Se la quité a uno de esos milicianos muertos. —Miró el fusil de alto calibre cubierto con adornos de camuflaje verde—. Voy a salir y cargarme a tantos de esos tipos como pueda.

NO. ¡NO LO HAGAS! EL REBAÑO TIENE UN MECANISMO DE DEFENSA. PODEMOS USARLO. UNO A UNO, A MEDIDA QUE ELLOS SE ACERQUEN, EL REBAÑO PODRÍA... ALTERAR EL ENJAMBRE Y HACER DAÑO A LOS ATACANTES. VAN A MORIR DE TODAS FORMAS, ASÍ QUE PODRÍAMOS USARLOS CONTRA LOS ATACANTES. ¡SEGURO QUE FUNCIONA!

No iba a funcionar. Y Arav se lo dejó claro.

—Da igual. Acabo de oír a ese hombre por el walkie-talkie. Ozark Stover. Dijo que tenían granadas y un tanque. El rebaño no puede hacer nada contra algo así. Ese..., ese... mecanismo de defensa no podrá enfrentarse a eso. Es imposible...

Se quedó en silencio.

«Un momento.»

ARAV, ¿QUÉ PASA? ¿HOLA? ¿ESTÁS AHÍ?

—Acabo de tener una idea.

CUÉNTAMELA.

## El resplandor vigorizante

### ***5 de noviembre. En las afueras de Ouray (Colorado)***

**M**arcy sintió el resplandor, pero ahora estaba distante. Llegaba a verlo incluso, si se concentraba mucho, detrás del Humvee que tenía delante y a través de los camiones aparcados en diagonal y del autobús escolar. Veía el resplandor en pequeñas ráfagas y manchas. Estaba desperdigado, apartado, pero de alguna manera eso no lo empequeñecía. Resonaba en su cabeza como una cacofonía de voces angelicales. Ya no era un coro, sino miles de canciones independientes, cada una de ellas hermosa a su manera.

Empezó a recuperar la fuerza.

Pero estaba atada y de rodillas. Unas bridas de plástico le inmovilizaban las muñecas a la espalda y le cortaban la circulación, por lo que se le dormían las manos. También tenía los pies atados con los mismos cables de plástico. Se encontraba de rodillas en el helado asfalto, no le habían dado abrigo y el frío se había adueñado de ella. A su alrededor, entre los coches y los camiones (y el tanque) había integrantes de la milicia. Conductores y soldados. Stover había acudido al lugar con tres docenas de hombres. Todos hombres. Armados y locos. Cada uno de ellos contagiado en diferentes fases de la enfermedad, cosa que resultaba evidente.

Marcy luchaba con afán contra las bridas. Le había costado mucho esfuerzo evitar que los músculos se le atrofiaran y hacer algo de ejercicio durante el último mes. Y le había costado más esfuerzo aún ejercitar la mente y no volverse loca. Pero de alguna manera había conseguido ambas cosas, e incluso ahora que estaba bien atada era incapaz de hacer otra cosa que ver cómo el resplandor desaparecía poco a poco.

Cómo las luces se apagaban una a una.

Quienes la rodeaban empezaron a dispersarse. Al parecer ocurría algo al otro lado del autobús. La estruendosa voz de Stover se oía incluso allí («Pero ¿se puede saber qué cojones es esto?») y llamó la atención de aquellos hombres de poca voluntad.

«Os llama vuestro amo, perretes», pensó la mujer con amargura mientras algunos de sus captores se alejaban y se dirigían al otro lado del autobús para ver qué ocurría.

Eso la dejó momentáneamente sola.

Hizo fuerza y empezó a balancearse hacia delante y atrás, pero lo único que consiguió fue caer de lado. Marcy examinó la zona en busca de algo, cualquier cosa, que le sirviese para cortar las ataduras. Allí. El tubo de escape de una camioneta. Eso podría funcionar. Era de metal. Apostó a que estaba lo bastante afilado. Empezó a encoger y a estirar el



cuerpo, y con el movimiento avanzó muy poco a poco en dirección a la camioneta...

Estaba cerca.

Más cerca...

Ya casi había llegado...

Algo la cogió por detrás y la arrastró lejos del vehículo.

—No —dijo ella—. Por favor.

El mundo se le vino abajo cuando comprobó que el tubo de escape se alejaba en lugar de acercarse.

—Quieta —le dijo una voz al oído.

La reconoció.

—Tú —dijo. Era el hombre de las celdas del subterráneo de Innsbrook. El rostro apareció por encima del hombro de Marcy. Levantó una pequeña navaja de la que colgaba un llavero en forma de bala y sacó la hoja con el pulgar. Clic—. Has venido. ¡Estás aquí!

—Te dije que lo haría. Espera.

Se le movieron los brazos mientras cortaba...

Y luego. Clac.

Podía mover los brazos. La sangre empezó a fluir de nuevo por sus manos y flexionó los dedos entumecidos mientras acercaba los pies al hombre para que también cortase la brida de ellos.

—Gracias —dijo.

—Tengo que encontrar a mi hijo.

La ayudó a levantarse...

... y justo en ese momento oyeron el chasquido del cerrojo de un fusil.

Se giraron para comprobar quién los había encontrado.

Su salvador, Matthew, miró al captor con los ojos muy abiertos, y también tristes.

—Bo —dijo el hombre.

Frente a ellos se encontraba uno de los hombres de Ozark, que en realidad era solo un muchachito. Tenía las mejillas redondas y sonrosadas a causa del frío. La nariz roja y las fosas nasales cubiertas de blanco. Marcy sabía que se llamaba Bo, pero poco más. No era tan cruel como algunos de los hombres, pero nunca se había portado bien con ella. Parecía aturdido, vacío, alguien que se dejaba llevar por los demás. Tenía un gorro de lana bien ceñido hasta la frente que le adornaba el ceño fruncido. Sostenía un gran fusil de caza.

—¿Papá? —preguntó Bo.

«Joder», pensó Marcy.

Matthew levantó las manos. Vio que una pistola colgaba mal puesta del cinturón de su hijo. Después hizo un gesto tranquilizador y probó a dar un paso al frente.

—Papá, tienes que irte —dijo el chico.

—No puedo hacerlo, Bo. He venido hasta aquí para buscarte.

—Pues ya me has encontrado. Ahora, vete.

—Hijo. Este lugar..., esta gente..., todo esto es pura ponzoña. Vuelve conmigo al pueblo. Ayúdanos. Tenemos que sobrevivir. Ahora tengo amigos y...

—Yo también tengo amigos.

—Esas personas no son tus amigos. Te han mentido...

—Tú nunca quisiste que tuviese amigos.

Marcy comprendió que la situación no iba como Matthew esperaba.

Se fijó en el lenguaje corporal del chico. Había pasado lo que ella consideraba una eternidad desde que se metía en trifulcas como policía, pero conocía ese lenguaje. El chico se sentía arrinconado. Estaba hostil. Y podía apretar el gatillo en cualquier momento. E hizo el amago: movió el dedo hacia sí, tenso alrededor del fusil para anticiparse al retroceso...

—Hijo...

—No soy tu puto hijo —dijo Bo, que alzó la voz. Después, todo pasó muy rápido. Abrió la boca para gritar, y lo hizo, pidió ayuda...

Matthew corrió hacia su hijo...

El chico levantó el fusil...

Marcy no estaba dispuesta a permitirlo. Dio una zancada. Luego, otra. Y mientras daba la segunda, echó el brazo hacia atrás y luego lanzó un puñetazo al frente. Un puño meteórico le rompió la nariz a Bo y le echó la cabeza tan hacia atrás que la mujer se llevó una enorme sorpresa al comprobar que no había terminado con la nuca enterrada en la raja del culo. El chico se tambaleó y cayó al suelo de espaldas.

Matthew la miró con los ojos muy abiertos.

—Le has pegado a mi hijo.

—Tu hijo estaba a punto de pegarte un tiro en la cabeza.

Y solo entonces el hombre pareció comprender que ella había dicho la verdad.

—Gracias —dijo.

—*Quid pro quo*. Un poco no le hace daño a nadie. Ahora, vamos. Tenemos que...

Estuvo a punto de decir «largarnos», pero era demasiado tarde, porque los hombres de Ozark ya iban a por ellos. Formaban un semicírculo a su alrededor, las armas en ristre.

Les pegaron las armas a la espalda a Matthew y a Marcy y los hicieron avanzar, y mientras lo hacían la mujer se dio cuenta de que la melodía de su cabeza empezaba a sonar cada vez a más y más volumen. Más y más alto.

Y más y más cerca.

## Encuentros extraños

**5 de noviembre. En las afueras de Ouray (Colorado)**

—*M*irad quién ha venido —dijo Ozark Stover, plantado delante del autobús escolar.

Benji vio cómo cinco de los hombres de Ozark llevaban a dos personas desde la parte de atrás del vehículo. Matthew Bird y, para su sorpresa, Marcy Reyes.

Matthew lo miró con gesto triste y culpable. Estaba muy aturdido, extraviado en sus pensamientos. Benji lo comprendió y sintió lo mismo. Articuló las palabras:

«¿Dónde está Palomo?».

Pero la mirada sombría de Matthew fue la respuesta más elocuente.

Y Marcy...

Ella le dedicó una mirada muy extraña.

Como si estuviese contenta por algo. Inquietantemente satisfecha, en cierto modo. El cautiverio no le había sentado bien. Benji se preocupó por el estado mental en el que se encontraría, pero tampoco tuvo mucho tiempo para sopesarlo. El hombre que tenía detrás le dio una patada en una pantorrilla para obligarlo a caer al suelo.

—Las manos detrás de la cabeza —dijo el tipo.

Benji no estaba seguro de que su decisión de haber dejado a Sadie para ir allí hubiese sido la correcta, sobre todo ahora que no sabía dónde se encontraba el teléfono de Cisne Negro. Pero así estaban las cosas. Se arrodilló.

Stover dio un paso en su dirección y lo cubrió con su sombra.

—Del puto CDC, ¿verdad? —preguntó Stover. El grandullón cerró una manaza enorme formando un puño y le pasó los nudillos por la parte superior de la cabeza a Benji, que hizo un visaje a causa del dolor—. Seguro que tienes un cerebro muy grande ahí dentro. Creíste que después de crear la cura para Máscara Blanca durante el fin del mundo te ibas a salir con la tuya, ¿no? Guardarla solo para tus amigos y para ti. Y también para esas momias. A lo mejor eso es lo que es el rebaño, un puñado de putas momias a las que mantienes vivas de alguna manera.

—Puedo ayudarte —dijo Benji—, pero primero me gustaría ver a mi amigo Landry...

—Relájate. Está bien. En el autobús, durmiendo calentito. Pero vas a tener que perdonarme, porque antes quiero hablar con mi viejo amigo.

En ese momento, Ozark desvió la atención hacia Matthew.

Stover acercó la mole que era su cuerpo hasta el hombrecillo. Arrinconó a Matthew contra el autobús antes de estornudar y enjugarse la nariz con la manga del abrigo y dejarla sucia con un reguero de mocos.

—Predicador —dijo Stover, que no había dejado de sorberse los mocos—. Admito que me sorprende verte por aquí. Cuando un perro callejero como tú consigue escapar, suele perderse en el bosque y ya no lo vuelves a ver. A veces uno lo encuentra muerto en la carretera, pero tú estás aquí. Has vuelto a mí, qué cariñoso. Te daría un besito de bienvenida otra vez, pero como ves no me encuentro muy bien. Tú sí que pareces sano, por otra parte. Joder. —Se inclinó hacia delante y le dio un fuerte beso a Matthew en la mejilla—. Lo siento si mi barba pica un poco, predicador.

—Que te den —dijo Matthew. Pero Benji oyó cómo le temblaba la voz.

—No te enfades —repuso Stover—. Te dejaré por aquí y luego haremos lo que tú sabes.

Después se giró de nuevo hacia Benji, pero Marcy habló. Con una sonrisa beatífica e inquietante en el rostro. Dijo:

—Ya viene.

—¿Qué dices, pedazo de zorra gigante? ¿Quién viene?

—La justicia.

Stover le dio un puñetazo en la boca del estómago. La mujer se dobló sobre sí misma y unas babas empezaron a caerle del labio inferior.

—Más vale que te calles, pedazo de puta con la cabeza deforme. Yo sé mucho más de justicia que tú. —Stover le quitó una pistola a uno de sus hombres y apuntó con ella a la cabeza de Marcy—. Te voy a volar la sesera y a usar la placa de metal que tienes ahí dentro como una puta bandeja.

—Espera —gruñó Benji.

Stover giró la cabeza despacio y se lo quedó mirando.

—¿Qué pasa ahora?

—He dicho que esperes. Estás enfermo. Quieres una cura. Y yo la tengo.

El hombre monstruoso se dio la vuelta y se le acercó con pasos estruendosos. Sacó la pistola, la puso de lado y pegó el cañón a la sien de Benji, con tanta fuerza que le abrió una herida y empezó a manar sangre.

—Tú no estás aquí para ofrecermé nada. Soy yo quien ha venido aquí para ofrecerte algo. Yo te ofrezco un acuerdo y tú lo aceptas. ¿Entendido?

—Vale. Vale. —Benji asintió y su cara se comprimó del dolor al clavársele en la piel la mira de la pistola—. ¿Cuál es ese acuerdo?

—Este. Tú me das la cura y ya veré si mato o no a todos y cada uno de los vuestros. Mataré a la mayoría. Y sin duda acabaré con las momias, porque no confío en sus mierdas. Pero tú sobrevivirás. Matthew también. Y Marcy va a quedarse sin sesos dentro de esa cabeza machacada, porque no tengo tiempo para sus mierdas.

Benji echó la barbilla hacia delante.

—Si no nos dejas vivir a todos, no te daré la cura.

—Como no me la des, empezaré a dispararte en partes del cuerpo. Primero en los dedos. O en las orejas. Puede que después siga con los pies. Las rodillas. Después, los codos. Pum. Pum. Pum. Ya verás cuánto duele, pedazo de cabrón. Eras médico, ¿verdad? Puede que después también te obligue a ver cómo se lo hago a otra persona. Tiene que haber alguien en este pueblo que haya encandilado ese corazoncito tuyo. Así son las cosas. La encontraré. A ella o a él, porque a lo mejor te gustan las pollas, y luego me darás la cura.

—Eso no es una negociación de buena fe.

—Yo no soy un hombre de buena fe. Pregúntale a Matthew. Soy el Diablo, doctor. —Se

lamió el labio inferior cuando las mucosidades empezaron a caérsele por las fosas nasales abiertas. Se las limpió con la lengua y sonrió—. ¿Sabes qué? Pareció molestarte que apuntase a Marcy con la pistola, así que vamos a probar.

Se acercó a Marcy con parsimonia.

Levantó el arma.

Se la colocó en el vientre.

—Joder —dijo Stover entre risas. Sus hombres lo miraron con gestos ansiosos y llenos de rabia—. Aún tiene tableta después de tanto tiempo. Es como tocar una pila de lavar. Doctor, apretaré el gatillo dentro de cinco segundos a no ser que me digas dónde puedo encontrar la cura de esta enfermedad. ¿Me has oído? Pues empecemos. Cinco...

—Por favor...

—Cuatro.

Marcy no había dejado de sonreír.

—Tres —prosiguió Stover al tiempo que le quitaba el seguro a la pistola.

—Ya viene —repitió Marcy, con voz cantarina.

Benji no sabía qué hacer.

«Miente —pensó—. Miéntele y ya está.»

Pero llegó a la conclusión de que, si lo hacía, Stover iba a apretar el gatillo de todos modos. Aunque aquello podría funcionar.

Dos...

—La cura... La cura... —tartamudeó Benji—. La cura son estas pastillas. Las encontré en Las Vegas y...

Uno de los hombres de Stover dijo:

—Ozark, mira.

Señaló hacia la carretera. En dirección al pueblo.

Benji siguió el dedo del hombre. Todos lo hicieron. Y estaba claro que allí había alguien. Alguien que caminaba en la oscuridad hacia ellos.

—¿Quién anda por ahí? —aulló Ozark. Después espetó a sus hombres—: Alumbradlo, joder.

Un par de linternas se iluminaron a cada lado del autobús, haces de luz que los hombres sostenían junto a las pistolas con las que apuntaban hacia el mismo lugar.

Benji dio un respingo.

—Arav —dijo.

Marcy murmuró:

—Ahora lo entiendo.

Shana podía controlar su cuerpo de nuevo y ya no estaba sola, en la oscuridad de la Habitación Negra.

Arav estaba allí con ella.

Se agarró a él, y él se agarró a ella. La presencia del chico no era tan estable como la suya. Lloró por él, y las lágrimas humedecieron el hombro de Arav. Sabía que no eran de verdad. Y que tampoco era un hombro de verdad. Mientras lloraba, balbuceó:

—No sé cómo has conseguido entrar aquí. Ni tampoco sé si debería estar enfadada con este lugar, o contigo, o yo qué sé con qué. Pero te quiero y lo siento, y me gustaría que no hicieras lo que vas a hacer.

El tono se volvía cada vez más agudo, pero ella hacía todo lo posible por contenerlo.

—Yo también te quiero —repuso Arav.

Y luego le repitió el poema de Mirabai, como había hecho hacía mucho tiempo:

—Mente mía / Venera los pies de loto del Indestructible / Todo lo que veas entre la tierra y el cielo / Perecerá.

Shana le dio un beso en la mejilla y dijo:

—Todos vamos a estar bien incluso cuando no lo estemos. ¿No fue eso lo que me dijiste?

—Así es —convino él—. La vida sigue. Y es un ciclo. Volveremos a estar aquí. Podremos intentarlo de nuevo.

Era Arav.

Pero al mismo tiempo no lo era.

Tenía los ojos vidriosos e inexpresivos. Caminaba a paso firme y rígido. Su humanidad había desaparecido. También la locura propia de Máscara Blanca. A menos que aquello fuese Máscara Blanca, pensó Benji, una extraña evolución de la enfermedad que no había visto y que copiaba la manera de caminar de los sonámbulos...

—Acribilladlo —dijo Stover.

Benji gritó. Los disparos resonaron por el ambiente en todas direcciones mientras los hombres de Stover aullaban y vitoreaban con las armas apuntadas hacia Arav Thevar. Las balas lo atravesaron y cayó de rodillas al suelo. Los hombres siguieron disparando, y el cuerpo del joven se agitó y bailoteó mientras descargaban las armas. Y allí, a la luz de las linternas y en el resplandor que hendía la oscuridad, Benji vio que algo empezaba a brillar sobre el cuerpo del joven, como si alguien hubiese tirado polvo de plata hacia los cielos. Lo vio durante unos instantes, y luego desapareció.

Y, como Marcy, también lo comprendió.

«El enjambre.»

El hombre que se encontraba más cerca de la parte frontal del autobús se envaró de repente, como si estuviese poseído. Los brazos y las piernas se le pusieron rígidos como tablas. El fusil que llevaba repiqueteó contra el asfalto al caer. Después comenzó a temblar, y un aullido surgió de su garganta mientras el cuerpo se le hinchaba y empezaban a salirle bultos...

—Pero ¿qué co...? —empezó a decir Stover.

El aire volvió a brillar.

El hombre que se encontraba a su lado también empezó a temblar. Benji trató de tirarse al suelo, pero el que lo agarraba le dio un golpe en la cabeza con la pistola. Cayó viendo las estrellas en la oscuridad de sus ojos cerrados y con un zumbido en los oídos. Rodó y descubrió que el tipo lo apuntaba con la pistola a la cabeza. Gritaba algo y mantenía la vista fija tanto en Benji como en el segundo hombre, que ahora había empezado a hincharse y a gritar. Llevó el dedo al gatillo.

Detrás y en las alturas del sendero de montaña se vio un resplandor de luz.

Y en ese momento se oyó el estampido de un fusil.

El que se encontraba frente a Benji cayó con el occipucio abierto por el balazo.

Era el momento de moverse. Benji acababa de comprender qué ocurría. Arav era un portador, no de un patógeno ni de Máscara Blanca, sino de Cisne Negro, en forma de ese enjambre de nanorobots que ahora usaban su mecanismo de defensa para atacar. Empezaron a entrar en cada uno de esos hombres terribles para luego hincharlos y

hacerlos explotar antes de penetrar en el siguiente. Uno detrás de otro. Una y otra vez.

Benji no quería estar al alcance de las explosiones de sangre y hueso. Los secuaces de Stover tenían la mirada fija en el tercero de ellos que había empezado a agitarse. Los talones picaban contra el asfalto mientras la piel se le hinchaba y empezaba a burbujear. Benji agarró a Marcy y a Matthew y los arrastró hacia la puerta del autobús. Uno de los de Stover se acercó a ellos, con el arma en ristre y listo para disparar...

... pero se oyó otro estruendo distante de un fusil en el sendero de montaña, y se abrió un agujero en el pecho del atacante. Giró como un trompo y cayó al suelo.

—La puerta —dijo Benji.

Marcy gruñó y la abrió con el hombro.

Se dirigieron al interior del autobús mientras los hombres a su alrededor empezaban a explotar. La sangre salpicó las ventanas y los retrovisores. El cristal se resquebrajó. Los huesos repiquetearon contra los costados del vehículo como perdigones. Los gritos quedaron interrumpidos por el sonido húmedo de los gorgoteos.

Benji y los demás se agacharon entre los asientos y se cubrieron las cabezas.

—¿Dónde está Stover? —preguntó Marcy.

Pero no vieron al grandullón por ninguna parte.

## El hombre de la montaña

**5 de noviembre. En las afueras de Ouray (Colorado)**

Ozark Stover corrió.

Se le daba bien correr, pero era demasiado grande como para resultar eficiente o grácil. Y en ese momento reparó también en que se estaba haciendo viejo. Y en que estaba enfermo. No quería admitir que la enfermedad lo había debilitado, pero así era.

No obstante, no era capaz de comprender qué sucedía a su alrededor. Él también vio cómo el resplandor en el aire empezaba a brillar entre sus hombres. No cabía duda de que habían empezado a reventar como si fuesen globos de agua. ¿No era eso lo que decían que les pasaba a los del maldito rebaño? Tendría que haber preparado mejor la incursión.

«Tienes que resolver esto ahora mismo —pensó una parte de él—. Acaba con ello. Date la vuelta y vete a buscar el puto lanzallamas. Métete en el tanque. Reduce este pueblo a cenizas humeantes. Dale por culo a esos monstruos cabronazos.»

Las botas pesadas siguieron alejándolo de allí, con sombríos golpes secos que reverberaban en el asfalto. No se dio la vuelta, por mucho que le apeteciese hacerlo. Y en ese momento se le ocurrió:

«Ya acabarás la tarea más adelante. Ahora lo mejor es que corras. Escóndete. Puedes ocultarte entre los árboles, en las montañas, y esperar. Después podrás desatar un infierno sobre sus cabezas y darles el castigo que merecen a esos traidores herejes».

O quizá debería ir a buscar a Creel. Lo último que había oído era que se encontraba en un lugar seguro, en un refugio en alguna parte del Medio Oeste. En uno de esos búnkeres para multimillonarios. Lo dejarían entrar. Claro que sí. Era leal. Era fuerte. Era más listo incluso que ellos.

Sí, ese parecía un buen plan. Ahora tenía que huir. Ir en busca del presidente Creel. Conseguir más hombres. Volvería. Y los mataría a todos.

Detrás de él oyó el ruido de sus hombres, los gritos y las explosiones de sus cuerpos. El chasquido de sus huesos. Los chapoteos de la sangre.

Después, disparos. Alguien le disparaba. Las balas zumbaron a su alrededor. Ziiiiip. Rebotaron contra el asfalto, repiquetearon contra los árboles, rompieron ramas a izquierda y derecha. Frente a él, la carretera se curvaba un poco. Sabía que una vez doblase la curva estaría a salvo. Allí no podrían alcanzarlo.

Algo lo empujó por detrás y se tambaleó. Sintió el hombro húmedo. Después, el dolor, que surgió de su interior.



«Me han dado. Joder.»

«No dejes de correr, Ozark. No dejes de correr.»

Y giró en la curva.

Y en ese momento vio los faros.

## Vamos a bailar un rock and roll con la chorra por fuera

Cuando llegue la hora final y temida  
 Que devore al fin esta función en ruinas,  
 Se oirá de las trompetas el clamor,  
 Los muertos, vivos; de los vivos, el estertor  
 Y la música entonará en el reino del Señor.

*Oda a Santa Cecilia*, JOHN DRYDEN

### **5 de noviembre. En las afueras de Ouray (Colorado)**

Willie Nelson sonaba en la radio.

Y Pete Corley tenía que admitir que estaba un poco borracho.

Solo un poco. Y sí, claro, ya sabía que beber y ponerse al volante era incompatible. Lo sabía. Claro que lo sabía. ¡Y no lo hacía nunca! De verdad. Pero ahora el mundo se estaba yendo a tomar por culo y tal y cual, y tampoco podía decirse que se hubiese bebido hasta el agua de los floreros. No había bebido hasta perder el control, ni nada de eso. Solo se había tomado tres chupitos de un tequila barato para darle algún aliciente a aquella travesía por una carretera solitaria. Se merecía un traguito para hacer más llevadero el Apocalipsis.

Pues sonaba Willie Nelson.

Y Willie Nelson no tenía nada de rock and roll. Pete Corley sabía que aquello no tenía vuelta de hoja: Nelson era uno de los grandes del country. De los de hacer la ola. Y ese viejo fumeta merecía sin duda estar en el salón de la fama del rock and roll, porque encarnaba el mismísimo espíritu del rock, aunque su música no tuviese nada de eso. Quizá no tanto como Johnny Cash, pero era algo parecido. Y ahora que lo pensaba, ¿Willie no era una cara diferente de la misma moneda de Johnny? Cash era un ángel oscuro y vengativo, mientras que Nelson era un espíritu despreocupado y fumeta. Ambas entidades no eran un modelo digno de seguir. Al igual que Prince y que Bowie, Willie y Johnny eran dos estrellas del country que aún brillaban con ese aire a lo «Pues te jodes: yo soy así, ise siente!» que resultaba consustancial al puto rock and roll. Si Tupac Shakur y Joan Baez estaban en los museos, no cabía la menor duda de que Willie Nelson también merecía estar.

—En cuanto las aguas vuelvan a su cauce, iré a ese puto museo y seré el comisario de una exposición monográfica sobre Willie —dijo Peter para sí—. Ya verás, universo. Ya verás.

Después empezó a cantar *On the Road Again*.

Pero se inventaba la letra mientras la gritaba y conducía la Bestia por las oscuras carreteras de Colorado.

—¡Vuelvo a la carretera! Cago en un cubo y vuelvo a la carretera. No tengo familia, pero qué más da, porque vuelvo a la carretera. Y bla, bla, bla, porque necesito a mi amiguito especial...

Extendió el brazo y usó cuatro dedos para abrir el mapa por curiosidad. Después encendió la luz. ¿Cuánto le quedaba para llegar a Ouray? ¿No acababa de pasar una señal que rezaba OURAY 15 KM hacía una hora? La impaciencia empezó a apoderarse de él. Y, claro, seguía un poquitiiiito borracho...

Se quedó mirando el mapa y se dio cuenta de que no le iba a servir de nada, porque un mapa en papel no era como un GPS. No podía seguir la flechita que le indicaba la ubicación exacta de su coche. Podía estar en cualquier lugar de ese puto atlas. Cabía la posibilidad de que en aquel momento estuviese en Arizona, no tenía ni puta idea. La última vez que había estado por allí no había llegado tan lejos, porque había dejado a Landry por Ridgway.

Landry...

—Será mejor que sigas vivo y estés tan atractivo como de costumbre —gruñó mientras tocaba Ouray en el mapa—. Porque voy a por ti.

Alzó la vista del asiento y volvió a mirar hacia la carretera...

Justo a tiempo para ver como un yeti se tambaleaba justo delante de la caravana.

No, no era un yeti. Era una persona. Un cabronazo grandullón.

Pete gritó y pisó a fondo el freno. Pero la Bestia respondió demasiado lento, gruñó y se deslizó mientras las ruedas desgastadas chirriaban en esa carretera secundaria. Los faros iluminaron a un hombre, enorme se mirase por donde se mirase, con el rostro inmovilizado en un gesto de pánico y blanco debido al resplandor. Y la parte delantera de la Bestia lo golpeó con fuerza y cayó al suelo. Las ruedas delanteras pasaron sobre él. Pum. Pum. Y luego las traseras. Pum. Pum.

La Bestia se detuvo al fin.

Pete jadeó.

—Pero ¿qué cojones ha sido eso? —exclamó.

Quizá no fuese un hombre. Seguramente fuera un yeti o un espíritu del bosque muy enfadado. Apagó el radiocasete de la caravana con un dedo. Ahora solo oía el traqueteo del motor del vehículo.

Abrió la puerta y salió al exterior como buenamente pudo.

Allí, detrás de la caravana, había un hombre. Tenía las dos piernas rotas. Le temblaban los brazos y clavaba los dedos en el asfalto. Gemía y gritaba, sus balbuceos como los de un loco. La sangre empezaba a extenderse debajo de él.

—¡Por Dios! —exclamó Pete.

Y de repente, se dio cuenta de que ya no estaba solo con ese hombre extraño y moribundo.

Alguien caminó hacia él, pistola en mano. No conocía a ese otro, que tenía una mano artrítica y una barba desaliñada.

Y no es que el tipo le prestase mucha atención a Pete. Daba la impresión de estar muy enfadado. Se acercó al grandullón del suelo y lo apuntó con la pistola. Pete pensó en intervenir, pero lo cierto era que estaba mucho más cómodo con la boca cerrada. Había

visto muchas cosas en la carretera y no se le ocurría motivo alguno para interponerse.

El hombre suplicó desde el suelo.

—No, no, no. Por favor. Matthew, no. No lo hagas.

El otro, ese tal Matthew, negó con la cabeza.

Luego dijo:

—Es demasiado tarde para los noes, Stover. Mantén los brazos y las piernas dentro del vehículo, porque esto se pone en marcha.

Apretó el gatillo y le pegó seis tiros al hombre. Cuatro en el pecho. Dos en la cabeza. El aire empezó a oler a sesos, excrementos y pólvora.

Pete parpadeó. «Hostia puta. ¿Acabo de ver lo que acabo de ver? ¿Qué cooño ha pasado aquí?» Echó un vistazo a su alrededor, como si en su fuero interno deseara que todo hubiera sido una broma. Mantuvo la boquita cerrada y dio unos pasos atrás, hacia la caravana. Ahora solo quedaban allí él y ese loco con una pistola en la mano que...

Se dio la vuelta y volvió a meterse en el bosque. Y ya. En plan: «Se acabó. A la mierda. Acabo de freír a tiros a un tipo y ahora me voy a dar una vueltecita». Pete lo vio internarse en la oscuridad, aún con la pistola en la mano.

Tragó saliva a duras penas y oyó otros pasos que se acercaban. Y vio otro rostro que aparecía en la oscuridad. Uno que reconoció.

—¿Pete? —preguntó la mujer, que jadeaba para recuperar el aliento.

—¿iMarcy!?

—¿De dónde has salido? —le preguntó ella.

—¿De dónde has salido tú? ¿Quiénes son estos tipos? ¿Estoy muerto? ¿Muy borracho, tal vez? ¿Dónde está Landry? ¿Quién es el muerto? ¿Qué coño pasa aquí?

Tendría que esperar para que le respondiesen a todas esas preguntas, pero las respuestas llegarían a su debido tiempo.

Marcy se limitó a correr hacia él en singular estampida, y al llegar le dio un abrazo de esos que rompen huesos, hacen chirriar los dientes y lo dejan a uno hecho papilla.

Cosa que Pete necesitaba como agua de mayo.

## INTERLUDIO

### Madre e hija

#### *Ahora y antes. La simulación de Ouray*

Como ya se ha comentado, el tiempo estaba un tanto desequilibrado en aquel lugar. Nessie no era capaz de afirmar exactamente cuánto había pasado desde el ataque a Ouray. En algunos momentos le daba la impresión de que eran días; en otros, semanas o meses; y en los más terribles le daba la impresión de que todo se repetía una y otra vez. De que veía a sus amigos desaparecer de las calles. De que oía a los supervivientes gritar sus nombres sin saber muy bien qué acababa de pasar, sin saber que acababan de morir en sus camas o en sus sillas, desangrados en el Ouray real, mientras el enjambre de nanorobots que los conectaba a ese lugar volaba fuera de ellos.

Celebraron funerales y homenajes. Y también velatorios. Por toda la ciudad se colgaron fotos de los que ya no estaban.

Nessie no había colgado aún la foto de Shana. Su hermana mayor había desaparecido ese día para no volver, lo que resultaba muy extraño si se tenía en cuenta que los demás componentes del rebaño de Beaumont, los que dormían allí, habían sobrevivido al ataque. Pero, al parecer, Shana no lo había hecho. Se había esfumado como muchos otros.

Y había llegado el momento de colgar su foto.

Nessie se dirigió a la habitación de su hermana, ahora vacía, y cogió una foto, una que había colocado allí Cisne Negro, ya que todo lo que hacían en aquel lugar quedaba grabado en la memoria de la inteligencia artificial de la misma manera que una novela que se grababa en un documento de Word o los dibujos en uno del MS Paint. Después colgó la foto en su puerta.

Se inclinó hacia delante, la besó e hizo todo lo posible por no llorar, pero lloró de igual manera. Luego bajó las escaleras después de haberse despedido de su hermana se reunió con su madre en el vestíbulo.

Su madre la abrazó.

—Podrías haber venido —dijo Nessie.

—No creo que Shana hubiese querido verme allí.

—Eso no lo sabes. Solo estaba... enfadada. Porque nos habías abandonado. Y me parece que no creía que tú fueses tú de verdad.

Su madre suspiró.

—A veces me da la impresión de que Shana era como yo. Atribulada a su manera. Me apena que ya no esté, pero me alegro de que tú sigas aquí.

Su madre la besó en la frente.

Nessie se apoyó en sus labios.

—¿Vamos ya a ver a Cisne Negro? —preguntó su madre.  
Nessie asintió, y se marcharon.

## OCTAVA PARTE

La singularidad de nuestra naturaleza única

## El recuento

**7 de noviembre. Ouray (Colorado)**

**B**enji se encontraba en el lavabo de su habitación del hotel Beaumont, con la puerta cerrada. Oyó a Sadie, que tarareaba algo detrás de ella.

Toda su vida había estado ligada a los números. No a las matemáticas en sí, aunque también estaban presentes, claro, sino más bien a los números en general. Los datos. La estadística. Durante el tiempo que había pasado en el SIE del CDC se dedicaba a comprobar los números de todos los casos en los que trabajaba. ¿Quién estaba enfermo y cuántos enfermos había? ¿Cuántos más se podrían haber infectado? ¿Cuántos estaban enfermos y cuántos no? ¿Cuántos podían llegar a enfermar con este o aquel patógeno?

¿Quién estaba vivo y quién muerto?

Pues con Ouray sucedía más o menos lo mismo. El recuento estaba en marcha y no había terminado. Seguían apareciendo números. Seguían contando cuerpos.

Pero en ese momento Benji se centraba en un cálculo más sencillo.

Le quedaba media docena de pruebas.

Y solo tenía tres pastillas antifúngicas.

Sabía que él había tenido suerte. Hasta el momento, no se le habían manifestado los síntomas. No estaba congestionado. Tampoco estornudaba. Ni le picaba ni sentía un cosquilleo dentro de las fosas nasales. Pero todo eso lo hacía sentir culpable, porque Sadie estaba peor. Arav había perdido la cabeza a causa de la enfermedad e incluso en aquel momento Benji no estaba seguro de si su sacrificio definitivo, por maravilloso y heroico que fuese, se había debido a un momento de lucidez o en realidad formaba parte del delirio que Máscara Blanca inducía a la gente.

El único síntoma de la enfermedad al que había tenido que enfrentarse Benji era el positivo de la prueba que se había hecho con Sadie en el desierto, aquel día en el que la vio brillar de azul y supo que solo le quedaban unas pocas páginas más del calendario.

Pero en ese momento se preguntó si los antifúngicos le habían hecho algo más.

¿Había algo de cierto en aquella creencia paranoica de Ozark, aunque este no tuviera ni idea? ¿Había estado en lo cierto aquel monstruo?

¿Podrían haberlo curado las pastillas?

Solo había una manera de saberlo.

La prueba y la luz.

Benji hizo un mohín y arrugó el gesto mientras cogía una de las últimas pruebas de esporaflúor y se la metía por la nariz. Le hizo cosquillas en el cerebro (o esa fue la



impresión que le dio) mientras la agitaba en su interior. Después la sacó.

La colocó en el lavabo.

Cogió la luz ultravioleta.

Pero titubeó. ¿Qué iba a hacer si ya no estaba enfermo? Era demasiado tarde para actuar. Sería una revelación grotesca, cargada de una ironía trágica. Significaría que disponían de las herramientas para salvar a la humanidad, pero solo habrían necesitado un poco más de tiempo. O que tendría que haber pasado menos tiempo con el rebaño y haber trabajado sin descanso en buscar soluciones farmacéuticas.

Encendió la luz.

La prueba brilló.

Máscara Blanca seguía en su interior.

Los antifúngicos parecían haber hecho lo que él esperaba. Ralentizaban el avance de la enfermedad y lo dejaban física y mentalmente preparado para continuar el viaje.

Y ahora el viaje había terminado. Sacó una de las últimas pastillas y se la tragó con un poco de agua del lavabo. El agua de allí aún funcionaba y lo haría mientras tuviese electricidad. (Llegaría un punto en que el sistema fallaría y la energía hidroeléctrica desaparecería. Y en ese momento, trataría de activarla de nuevo, aunque no tuviese ni idea de cómo hacerlo).

Abrió la puerta y forzó una sonrisa. Sadie estaba en el borde de la cama.

—¿Preparada para salir? —preguntó él. Les aguardaba una limpieza por delante, y él tenía además que seguir con el recuento para obtener un conocimiento cabal de lo que había ocurrido aquella noche. Y, gracias a los números, saber qué les depararía el futuro.

Pero Sadie no se levantó. Se quedó sentada en el borde de la cama y cogió las manos de Benji.

—¿Te has tomado la pastilla?

—Sí. ¿Y tú la tuya? Ya casi se acaban. Nos quedan tres... Bueno, no. Dos.

Benji la vio tragar saliva. Parecía estar satisfecha consigo misma, pero al mismo tiempo nerviosa por algún motivo.

—La noche del ataque te dije que quería decirte algo. Y no llegué a decírtelo. Puede que ahora sea el momento para tener esa conversación. —Antes de que Benji se negara, ella añadió—: Sé que no tendría que haberte ocultado más cosas, pero hay algo más y ha llegado el momento de que lo sepas.

—Sadie, sea lo que sea...

—No llegué a tomar ninguna pastilla.

—Un momento. ¿Qué?

—La medicación antifúngica. No llegué a tomármela. —Benji se quedó de piedra, y ella continuó—: Ni Arav tampoco.

—Yo... No entiendo nada. Eso es una locura. Sadie...

—Chis. Arav y yo tomamos la decisión de que eras una parte demasiado importante de la ecuación. Y él me explicó, de manera bien razonada, que cuando habían usado la *Rhodococcus rhodochrous* en los murciélagos para inhibir el avance de la enfermedad, había llevado... tiempo. Una exposición alta durante unos días, y después el periodo de hibernación durante los meses de invierno. Arav sugirió, y yo estuve de acuerdo, que para derrotar bien a Máscara Blanca, si queríamos inhibirlo lo suficiente como para que tu sistema inmune fuera capaz de enfrentarse a él, el proceso llevaría al menos unos tres meses. Puede que más. E incluso si no te curaba...

—Sadie, por favor, no me digas esto...

—Incluso si no te curaba, al menos podíamos conseguirte más tiempo dejándote más pastillas. Y por eso nos negamos a tomarnos las nuestras.

Benji dio un paso atrás, consternado por lo que acababa de oír. En ese momento, Sadie extendió el brazo y lo acercó al otro lado de la cama para luego meter la mano entre el colchón y el somier. Sacó una bolsa de plástico con más pastillas antifúngicas.

—¿Ves?

—Sadie, has... ¿Qué has hecho?

—Te he dado tiempo. Podrías agradecermelo, ¿no?

Le brillaron los ojos.

—Podríamos haber tenido tiempo los dos.

—No, no podríamos, porque no disponemos de pastillas suficientes.

—Arav podría habernos dejado las suyas. Solo con esas ya...

Ella se puso en pie y se acercó a Benji, quien se apoyó en su cuerpo y empezó a llorar. No es que nada hubiese cambiado: el día anterior ya sabían que el tiempo de Sadie era limitado y aquel día seguía siendo el mismo. Lo que sí había cambiado era que en ese momento era hartamente probable que Benji fuese capaz de sobrevivir sin ella y morir solo, algo que lo asustaba aún más que Máscara Blanca, más que Ozark Stover y más que ninguna otra cosa en el mundo entero.

—Quítame las putas esposas.

Matthew estaba sentado por fuera de la celda. Su hijo Bo se encontraba en el interior y se afanaba para quitarse las esposas. Ahora que habían conseguido encerrarlo, le indicó que se diese la vuelta y metiese las manos a través de los barrotes para quitárselas.

Al principio se negó, pero estaba desesperado por deshacerse de ellas, por lo que cedió. Las esposas cayeron al suelo al abrirlas, y Matthew las cogió.

—Quiero salir de esta celda —gruñó Bo.

—No, me temo que me han dicho que vas a tener que quedarte aquí durante un tiempo —dijo Matthew con voz triste—. Lo siento.

—Siempre haces lo que te dicen los demás.

—A lo largo de los años, he hecho caso a muchas voces equivocadas —admitió Matthew—, pero en esta ocasión soy yo quien decide. No creo que podamos confiar en ti. Por el momento.

—Que te den.

Matthew suspiró.

—Te he fallado, Bo.

Su hijo lo miró con odio, con auténtico odio.

—¡Vete al infierno!

—No fui un buen padre. Estaba demasiado preocupado por..., no sé, nuestra «salud espiritual» y nunca le presté demasiada atención a la familia. Pero...

El chico estornudó de repente. Se le salieron los mocos por la nariz, densos y fibrosos, una especie de goma que le cubrió los labios mientras descendía hasta la barbilla.

Matthew hizo una pausa para sacar un pañuelo y lo limpió. Vio el rastro de Máscara Blanca en las mucosidades, los hilillos blancos entrelazados en el verde.

—Estás enfermo —dijo—. Lo sabes, ¿verdad?

—Te has olvidado de decir «Jesús».

Le resultaba un poco raro decirlo, así que se decantó por un:

—Salud.

—Que te den.

La cosa no iba bien. Nada iba bien. Le dieron ganas de llorar. Le dieron ganas de estrangular a su hijo. De estrangularse a sí mismo. Por una parte, estaba muy contento de verlo de nuevo. Esa noche, la noche en la que Matthew había disparado a Ozark Stover y terminado con el reinado de ese hombre de una vez por todas, sabía que su hijo no iba a salir bien parado, que lo más seguro era que muriese. Los hombres de Stover habían empezado a explotar, y dejar a Bo detrás significaba condenarlo también a ese destino. Lo sabía. Lo comprendía. No podía decirse que aquello lo consolara, pero también era consciente de que no había alternativa. Por otra parte, verlo vivo después de todo lo sucedido...

Tal vez llegara a desear que Bo hubiese muerto. Ese era el peor sentimiento de todos. Porque las cosas habrían sido más fáciles para ambos si hubiesen ocurrido así.

—Me odias —dijo Matthew—. Siempre me has odiado. Lo entiendo y no te culpo. Pero también creo que quieres mucho a tu madre a pesar de lo que sientes por mí. ¿No es cierto? Que la quieres, a pesar de todo.

Bo asintió, a regañadientes.

—¿Te..., te encontró? —preguntó Matthew.

Bo parecía confuso. Aquella respuesta fue más que suficiente para Matthew.

Al parecer, Autumn no había llegado a encontrar a su hijo. A lo mejor había entrado en el campamento, pero la descubrieron antes de conseguirlo. Bo no lo sabía. Matthew no lo sabía.

Quizá no llegase a saberlo.

Era una de las pocas cosas a las que se aferraba, y ahora se había convertido en una cuerda ajada a punto de romperse mientras subía por ella.

—Lo siento —dijo Matthew.

—¿Vas a dejarme en esta puta celda y ya está?

—Por ahora, sí. Hasta que alguien tome otra decisión.

—Déjame salir. ¡Déjame salir!

Bo se abalanzó contra los barrotes como una bestia salvaje.

—Te has... radicalizado. Llegaste a adorar a un hombre que solo se vanagloriaba de su poder. No permitiré que vayas por la ciudad haciéndole daño a la gente. Porque creo que es lo que harías.

Su hijo sonrió, con gesto desafiante.

—He matado a gente ahí fuera. Y no solo a gente enferma. Maté a todos aquellos a quienes Ozark me ordenaba matar. Soy así, papá. Y me gusta.

A Matthew le llegó entonces el momento de adoptar una pose desafiante.

—¿Y? Yo lo maté a él. Maté a Ozark. Lo freí a tiros y ahora está muerto. Le disparé por lo que me hizo a mí, por lo que te hizo a ti, por lo que le hizo a tu madre. Murió como un hombre débil y enfermo. —Las cosas no habían salido como esperaba. Nada había salido como esperaba—. Ibas a matarme, ¿verdad? Cuando me encontraste liberando a Marcy. Estabas a punto de pegarme un tiro.

—Así es.

—¿Lo harías ahora?

—Sí que lo haría.

—Por Dios, Bo.

—Supongo que ahora me dirás que voy a ir al infierno por lo que he hecho, ¿no? Matthew suspiró. Tenía ganas de llorar, pero las lágrimas no afloraron a sus ojos.

—No lo creo. Lo que creo... es que estás triste, destrozado y que quizá todo sea culpa mía. Pero no sé cómo ayudarte y tenemos poco tiempo. Muy poco.

Se frotó los ojos con las manos, con tanta fuerza que vio lucecitas por todas partes. Su hijo estaba enfermo. No iba a sobrevivir.

Lo cierto era que ninguno de ellos iba a sobrevivir, ¿o sí?

Le dijo a su hijo que haría que alguien le llevase comida.

Y después se marchó. Los aullidos quejumbrosos y los gritos de rabia de Bo resonaron en sus oídos mucho después de que subiese las escaleras y saliese al exterior.

—Mierda. Olvidé contarte la epifanía que tuve —dijo Pete, que se reclinó en el diván del recibidor del hotel Beaumont mientras Landry apoyaba la espalda en él—. A ver qué te parece. Willie Nelson tiene espíritu de rock and roll.

—¿Qué coño dices ahora? —preguntó Landry.

—Willie Nelson. Tendría que estar en el salón de la fama del rock and roll.

Landry se incorporó un poco, alzó la vista hacia Pete y frunció el ceño.

—¿Willie Nelson? ¿El jipi fumeta que está tan colocado todo el día que cuando muera podrían quemarlo y fumarse sus cenizas?

—Ese mismo. Dioses. ¿Crees que está muerto? Lo más probable es que esté muerto. Aunque me gusta pensar que no. No soportaría la idea de perderlo. Ya fue lo bastante duro perder a Prince y a Bowie. Cuando esos dos murieron, todo se fue al garete, ¿verdad? Seguro que sus muertes tienen parte de culpa en lo que está pasando ahora.

Marcy se los quedó mirando. Estaba sentada en el recibidor con ellos, con los codos en las rodillas y la cabeza apoyada en las manos. Acababa de llegar de hacer ejercicio. Al norte de allí había un lugar llamado Ouray Hot Springs que también era un centro de fitness y en el sótano había un pequeño gimnasio de boxeo, por lo que pasó un rato con el saco de velocidad y el saco pesado para no perder la forma. Después de eso, se dio un baño en la fuente termal y luego se dirigió al hotel, donde se encontró a esos dos besuqueándose en el vestíbulo como tortolitos.

Eso la puso muy contenta. Ella no tenía a nadie, pero eso era algo que nunca le había pedido a la vida. La felicidad de los demás le alegraba. Y se sentía muy bien al volver a estar rodeada por ese cálido resplandor del rebaño, si bien algo mermado tras el ataque de Ozark Stover y su banda de supremacistas blancos lunáticos.

—¿Lo llegaste a conocer? —preguntó a Pete—. ¿A Willie?

—Sí. Pero una de las cosas de las que más me arrepiento es no haber fumado nunca con él. La verdad es que es... —Puso gesto desolado de repente, como si hubiese perdido toda la esperanza y el optimismo—. Es toda una jodienda haber perdido la ocasión, la verdad. Creo que tiene una plantación propia en Hawái o algo así. Dios, ¿creéis que en Hawái todo va bien? —Después le dijo a Landry—: Podríamos ir. En algún momento.

—Claro. Podríamos tirarnos al océano en una bañera hasta que lleguemos flotando a Maui.

—A mí me parece un buen plan.

Landry se tocó la cabeza vendada.

—Dios del rock, permítame que te recuerde que esos cabrones intolerantes me dieron

en la cabeza con una porra o algo así, y que mi cráneo frágil y conmocionado no se va a lanzar al mar en una barcaza solo para que puedas fumar con el puto Willie Nelson.

—Vale. Necesitas tiempo para recuperarte. Lo entiendo.

—Dame un beso en la pupa y cállate de una vez.

Pete se inclinó y lo besó en la cabeza.

—Siento mucho lo de tu familia —dijo Marcy.

Pete pareció sorprendido cuando alzó la vista.

—Ah. Sí. Es una pena. Lo sé. Ellos... no estaban en casa. Se habían marchado. Al parecer, hice el viaje en vano.

Tenía un gesto triste en el rostro mientras lo decía, pero también algo más.

A Marcy le dio la impresión de que estaba mintiendo.

No sabía qué significaba eso, y no tenía intención de preguntar. A decir verdad, no era asunto suyo. A lo mejor había llegado para encontrárselos enfermos o muertos, quién sabe. O quizá los había encontrado y le habían dicho que se marchase. O puede que no les gustase lo que les había contado. En todo caso, lo que les había contado era que había llegado al refugio y que estaba abandonado. Y que eso había sido todo. Qué le iba a hacer. Siempre cambiaba rápido de tema, otro indicio de que no estaba siendo sincero del todo.

Así estaban las cosas.

Landry se inclinó hacia delante, se sonó la nariz, después estornudó y luego tosió. Pete no parecía tener ningún síntoma. Y Marcy tampoco notaba nada.

Se preguntó qué significaba eso.

—Muy bien, doctor. Sin paños calientes. Cuéntamelo todo. Rapidito.

Palomo Hansen estaba sentado en su cama. La suya, la de su gran casa de la calle Sexta, enclavada entre los pinos cercanos a Portland Creek en la esquina sudeste del pueblo. Benji acababa de terminar de cambiarle las vendas de la cabeza y del torso. El arma del hombre que lo había atacado estaba cargada con perdigones, que tal vez sean muy efectivos contra un faisán, pero no tanto contra una persona. Sobre todo cuando esa persona tiene una chaqueta bien gruesa para ralentizarlos. Los perdigones entraron en su cuerpo, y Benji consiguió sacarle la mayoría. Los demás se habían mostrado demasiado esquivos como para quitárselos. Ninguno había entrado lo bastante como para perforar ningún órgano.

Palomo los había ayudado con el fuego de cobertura desde las montañas. Mató a dos hombres que se acercaron a él para investigar el ruido de disparos que habían oído y luego, después de pasar un rato inconsciente, se arrastró por el sendero con el fusil y empezó a cargarse «sin remordimientos a los tipos malos», como había dicho él.

A Benji le gustaba Palomo.

Matthew, quien también se encontraba en la estancia, estaba sentado en la silla junto a la cama. Pero Benji no estaba tan seguro de que el antiguo predicador le gustase tanto. Parecía una persona reflexiva. Su mujer había desaparecido. Y su hijo estaba enfermo, tanto física como mentalmente, al parecer. No es que Benji no confiara en Matthew, sino que... aún era un desconocido, un extranjero, y en buena parte culpable de todo lo ocurrido. Aquel pensamiento no era del todo justo, y quería dejarlo atrás, pero el ataque había reabierto la herida. Y no ayudaba que el hecho de haber perdido a su familia hubiese convertido a Matthew en una persona más distante e incapaz de ayudar al

pueblo de otra manera.

—Suéltalo —sugirió Palomo, dándole pie a explayarse.

—No creo que sea el momento más indicado —dijo Benji—. Aún estamos planeando cosas y... tú no has terminado de recuperarte.

—Mi recuperación va bien. Tengo mi... —Señaló dos botes de pastillas—. Tengo mi penicilina y a ti para cuidar de mí. Estaré bien. Soy un tipo duro con un bigote que es un primor.

—Amoxicilina —lo corrigió Benji—, no penicilina. Aunque es un derivado.

Maryam, Dios la bendijese, había cogido una motocicleta de motocross que había encontrado en un garaje abandonado e ido con ella hasta Ridgway. Consiguió las pastillas en una tienda de mascotas y también buscó supervivientes y más suministros. No consiguió cargar muchas cosas en la moto, pero encontró las suficientes como para que les saliera a cuenta regresar con una camioneta otro día. Eso sí, no había supervivientes. Al parecer, el lugar estaba vacío. Tenía que estar pasándolo mal, porque había perdido a Bertie la noche del ataque. Un disparo de uno de los hombres de Ozark.

—Lo que sea —zanjó Palomo—. Pero los trajeron de esa tienda de animales y eran para peces, así que espero que no me salgan branquias. ¿Me saldrán branquias, doctor?

—Me temo que sí. De aquí a finales de semana te habrás convertido en un salmón.

—Joder. Eso de nadar río arriba seguro que es agotador.

—Es un esfuerzo considerable.

—Vale. Ahora que ya hemos bromeado lo suficiente y te he convencido de mi bienestar mental y emocional... —Bajó la voz—. Quiero que me cuentes cómo ha ido el recuento.

Benji miró a Matthew. El antiguo predicador se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo Benji. Soltó aire y se preparó para hablar—. Como ya he dicho, no lo sabemos todo. No es más que una... estimación, pero la noche del ataque perdimos a ciento treinta y siete miembros del rebaño. Podríamos haber perdido a más, claro, si la gente del pueblo y los pastores no lo hubiésemos evitado. Algunos... muchos perdieron la vida en defensa de los sonámbulos.

El rostro de Palomo se volvió sombrío como una tumba.

—Continúa.

—Han muerto veintidós de los tuyos. Nosotros hemos perdido a Bertie McGoran, Kenny Barnes, Hayley Levine y... también a Arav, claro. Como bien sabes.

Palomo jugueteó con la dentadura postiza valiéndose de la lengua.

—Menudo héroe, el chico ese. Estaba en el sendero de montaña, pero fui testigo de todo... Nunca había visto nada parecido.

«Ni querías ver cómo terminó el cuerpo», pensó Benji, aunque se abstuvo de comentarlo en voz alta.

Ozark había acudido al lugar con treinta y cinco hombres. Diez de ellos murieron en las calles o en las casas de Ouray. El resto, gracias al ataque del enjambre. Todos detonaron como granadas de mano. Todos menos el hijo de Matthew. La razón por la que Cisne Negro había decidido perdonarle la vida aún no estaba clara. O la IA sabía algo o simplemente el chico había tenido suerte. Sea como fuere, en aquel momento la parte septentrional del pueblo olía y lucía como un matadero. Y el hecho de que fuese un día soleado y caluroso no había hecho más que empeorar las cosas. La carretera estaba roja. Había astillas de hueso clavadas en el asfalto, en los coches y también en los árboles cercanos. Benji se alegraba de que ninguno de los suyos hubiese muerto a causa

de esa metralla humana.

—¿Explotaron todos los tipos malos? —preguntó Palomo. Sonaba distante y triste, como si tratara de sobreponerse a las malas noticias. Habló con la mirada fija en el horizonte, perdido en sus pensamientos—. Dame buenas noticias, al menos.

—Explotaron todos, sí.

—¿Hasta el jefazo comemierda? Ese tal Azar Pulóver, o comoquiera que se llamase.

—Ozark Stover.

—Sí, ese. Ojalá lo hubiese matado con mis propias manos. Le habría hecho mucho daño. El suyo habría sido un viaje largo y doloroso hasta una muerte atroz.

Benji y Matthew se miraron de nuevo. Benji sabía que Matthew lo había hecho. Estaban en el autobús, y Matthew había salido corriendo al exterior después de enterarse de que Stover se había dado a la fuga. Le descerrajó varios tiros, pero al parecer solo uno de ellos acertó. Después, Pete había llegado con el coche y atropellado al grandullón, a quien tiró al suelo para que Matthew lo rematase con unos cuantos tiros más. Benji sabía que había sido un acto de venganza, y que el antiguo predicador merecía llevarla a cabo. Pero eso no lo ayudaba a sentirse cómodo en presencia de Matthew. Quería creer que todavía era un buen hombre, un hombre de fe, que no era malvado, pero todos aquellos sucesos lo habían cambiado mucho.

Como a todos, ¿no?

Al fin y al cabo, Benji también había matado gente.

Palomo interrumpió sus pensamientos:

—Benji, ¿dónde está tu chica?

—Prefiero no considerarla mía —respondió Benji. Trató de no sonar rencoroso por lo que iba a decir a continuación—: Sin duda no controlo sus acciones y ella hace lo que quiere con su vida. —El caso era que sí que sonó un poco resentido. Benji la quería. Confiaba en ella. Sabía que todo lo que hacía Sadie lo hacía por él y por el rebaño. Pero él odiaba que así fuese. Le reconcomía la idea de pensar que iba a morir en un par de meses como mucho. Y que él iba a sobrevivir cinco o incluso seis meses más—. Está por ahí ayudando a revisar las cosas. Pronto nos reuniremos con ella.

Palomo miró a Matthew.

—Y tú tienes cara de funeral. Sé que tu hijo te ha dado algunos problemas. Puede que lo superes o puede que no, pero me gustaría darte las gracias por haberme salvado el culo en ese sendero. De no ser por ti, ahora estaría muerto.

Palomo extendió la mano, cogió la de Matthew y la sostuvo un rato.

—Me alegro de que estés bien —dijo el antiguo predicador.

—Joder. Aquí nadie está bien —replicó Palomo—. Puede que nunca lo estemos, y está muy claro que ahora no es el caso. Aquí estamos, hasta que dejemos de estar. Y me parece bien.

Las lágrimas brillaron en sus ojos, pero parpadeó para contenerlas. Le resbalaron por las mejillas poco después de que Benji y Matthew se marchasen.

## Este es mi cuerpo

**25 de noviembre. Ouray (Colorado)**

📖 legó el Día de Acción de Gracias y, con él, una nevada de varios centímetros de espesor. Celebraron una comida propia de dicha fecha, juntos en el sótano del centro comunitario. Nada más entrar por la puerta, Palomo dijo:

—¿Nadie ha hecho un chiste sobre la Última Cena aún?

Nadie lo había hecho. Él era el primero. La mayor parte de los reunidos rieron, con sinceridad, porque si algo positivo se puede decir de la gente es que suele reírse a la cara del miedo, de la tragedia y de la tristeza. Y como bien dijo Sadie esa noche:

—Nos reímos por no llorar.

La frase se granjeó una ronda de brindis. El vino, la cerveza y el whisky chapotearon entre vasos que no dejaban de tintinear. Chin, chin. La comida era auténtica para la ocasión. Maryam y Palomo habían cazado dos pavos salvajes en las colinas (Maryam se dio cuenta de que eran pavos Merriam, los típicos de Acción de Gracias, lo que hizo que Palomo dijese: «El destino nos sonrío»). Los prepararon y luego los asaron en un horno de barro que Palomo tenía en su casa. También prepararon verduras como zanahorias y boniatos, así como pan duro bien preparado para la guarnición del pavo. Con los huesos hicieron un buen caldo y también encontraron unas cuantas latas de arándanos. Lucy Chao, que había sido pastelera en otra vida, hizo tarta de calabaza y galletas.

Fue una noche de risas y de historias. No participaron todos, claro. La realidad era demasiado intensa y reciente como para olvidarla tan pronto. El hijo de Matthew seguía enfermo y en la celda, y su mujer aún estaba desaparecida: perdida o enferma o asesinada. Extraviada y desorientada. Matthew rogó una oración por los caminantes que habían perdido, lo que no parecía muy propio de un hombre que había abandonado la fe. No obstante, rezaron. Pero sin nombrar demasiado a Dios. Luego brindaron por todos y cada uno de los que ya no estaban.

Hasta que llegaron al último brindis. Por Arav.

Su salvador.

Benji estaba preocupado. Sadie había empezado a manifestar los síntomas físicos de Máscara Blanca, señales inequívocas de la enfermedad, insidiosas y que se volvían demasiado intensas como para contenerlas. Zarcillos blancos que empezaban a sobresalirle por las fosas nasales. Se puso pálida y demacrada, aunque no perdió ni un ápice de su ánimo. Ella fue la que más pareció disfrutar de la cena. No dejaba de contar chistes e historias obscenas sobre lo que había sido crecer en Londres o diseñar Cisne



Negro. Parecía estar disfrutando de la velada, y la pasó apoyada en Benji y con una mano en su muslo. Esa noche hicieron el amor al calor de una chimenea del Beaumont, mientras las estrellas y la nieve brillaban fuera al unísono y ellos intentaban olvidar que uno de los dos no tardaría en quedarse solo hasta que, al final, también falleciese.

Ser o no ser

*Invierno. Ouray (Colorado)*

*P*asaron los días, los meses, los años.

Abandonaron este mundo uno a uno, como tenía que ser.

Aunque no fuese por causas naturales.

## El despertar

*Cinco años después, en mayo. Ouray (Colorado)*

**F**ue como salir del agua fría. El cuerpo rígido y doblado a la altura de la cintura, un grito ahogado intenso y ensordecedor para recuperar toooodo el oxígeno que parecía faltar. Después, la recorrieron unos escalofríos que se extendieron rápido por todo el cuerpo.

Shana rodó para salir de la cama del hotel Beaumont mientras le castañeteaban los dientes. Después empezó a tener arcadas hasta que expulsó algo que parecía una mezcla de espuma y polvo grisáceo. Recuperó la consciencia para perderla al momento, como una ola titilante y oscura. Trató de ponerse en pie y apoyarse en el umbral de la puerta. Trató de gritar, pero todo a su alrededor empezó a tambalearse. Sintió que el mundo se abalanzaba sobre ella y se golpeó la cabeza contra la moqueta. Oyó un sonido. El latido grave de su corazón, cada vez más alto, hasta que...

No. No era su corazón. Eran pasos. Alguien corría. A toda prisa hacia ella.

Una voz distorsionada y ahogada llegó a sus oídos. Unas manos se deslizaron debajo de ella. Pero era demasiado tarde. La oscuridad se apoderó de todo.

«De vuelta a la Habitación Negra», pensó...

Volvió a despertar. Otro respingo. Otro impulso rígido con el cuerpo doblado.

Volvió a estar en la cama en el Beaumont. Lo primero que pensó fue que aquello era alguna especie de movida recurrente, como si reviviese el mismo momento una y otra vez para luego caer de nuevo hacia el vacío. Pero en esa ocasión era diferente. No sintió escalofríos, ni rodó fuera de la cama, ni tampoco vomitó escupitajos ni basura.

Tenía una vía intravenosa en el brazo. Un carrito como el de una biblioteca se encontraba junto a la cama, y sobre él había un montón heterogéneo de equipamiento médico que no reconocía. La puerta de la habitación se abrió y entró alguien... ¿Su salvador? Al principio no lo reconoció. Era alto y delgado, con barba gris y descuidada, así como unos ojos más hundidos de lo que recordaba. Lo reconoció nada más verlo.

—¿Benji?

—Shana.

El hombre le dedicó una sonrisa triste.

Se abrazaron.

—Tu bebé está sano —le dijo—. O eso me parece. El equipo que tenemos por aquí es limitado, pero intentaré que alguien consiga más en Ridgway.

Se sentía un poco rara y paralizada por la situación. No es que no le importase, claro que le importaba. La hacía feliz, al menos de manera abstracta. Pero algo muy diferente de las cosas que le importaban en ese mismo momento. Todo la desorientaba, como si fuese una viajera del tiempo a la que acababan de desenchufar de una época y conectado a continuación a otra. Todo le resultaba inestable, más incluso que cuando estaba la simulación de Ouray, aunque quizá no tanto como lo que había experimentado en la Habitación Negra, ese lugar donde había estado tantísimo tiempo.

—Yo... Todavía no entiendo lo que ha pasado. Sé que estoy despierta, pero tú... se supone que no tendrías que estar aquí...

Se quedó en silencio. La visión le latió, como si la oscuridad amenazara con apoderarse de ella otra vez.

Benji la ayudó a recuperar la compostura y le dio algo de agua. La bebió con avidez, con torpeza, sin ser consciente siquiera de lo sedienta que estaba. La sintió fría al caerle en el estómago, pero solo le sirvió para acentuar el vacío que había en su interior, y el hambre se apoderó de ella al instante.

—¿Tienes hambre? —preguntó Benji.

—Yo... Tengo mucha.

Él asintió y le apretó el brazo.

—Eso esperaba. Todos los demás tenían muchísima al despertarse.

—¿Todos los demás?

—Sí —respondió él—. Eres la última sonámbula que despierta. Los demás despertaron hace meses.

El paseo desde el hotel Beaumont al centro comunitario acentuó su desorientación. Estaba en Ouray, en el mundo real, y ella recordaba el lugar en la simulación. Casaba a la perfección, de una manera casi demasiado perfecta, como un efecto especial en una película que de algún modo parecía tan bueno que la hacía estremecer.

El pueblo, al igual que en la simulación, albergaba a demasiados compañeros de rebaño. La miraron con ojos muy abiertos al pasar. Shana esperaba que la trataran como a una extraña, pero eso no fue lo que ocurrió. La gente la saludaba. Algunos lloraban. Otros la llamaron por su nombre y parecían estar muy agradecidos de que ella estuviese allí. De repente, Mia empezó a correr hacia ella mientras pronunciaba una palabra detrás de otra, como un motor a mil kilómetros por hora.

—Joder, joder, joder, chica. Eres tú de verdad. Pensábamos que ya no despertarías, zorrupia. Me alegro mucho de verte.

Abrió los brazos para abrazar a Shana, quien estuvo a punto de volver a desmayarse. Mia empezó a hacerle un centenar de preguntas...

Benji las separó con amabilidad.

—Mía, ¿te importa? Creo que necesita un respiro. Y también comida.

—Joder —dijo ella—. Claro, sí. Cuando yo me desperté me dieron ganas de comerme una puta vaca entera. De un mordisco. Ñam. Venga. Come. Nos vemos.

Después le dio un beso en la mejilla y se alejó.

Siguieron avanzando.

Un caldo para empezar, que no se comió con cuchara. En lugar de eso, se lo llevó a los labios y lo engulló. Estaba caliente y le resultaba agradable, como suele ocurrir con muchas comidas saladas. Mientras lo hacía, Benji le dijo:

—Los electrolitos te ayudarán a recuperarte. Si el proceso es el mismo que con los demás, al despertar de la estasis tu cuerpo tendrá... la peor versión posible del *jet lag* . Como una resaca atada a un yunque que te tirasen sobre la cabeza.

—¿Es caldo de lata? Está buenísimo —preguntó Shana mientras una gota le caía desde los labios a la barbilla.

—No, es de verdad. Tenemos pollos. La plaga no los mató. De hecho, parecen estar en un momento fantástico..., ecológicamente hablando.

Ella hizo una pausa para dejar de beber y enjugarse la boca.

—Tú tampoco moriste.

—No —dijo Benji, y no parecía estar muy contento por ello. De hecho, era como si se arrepintiese. Después le contó lo que había pasado mientras ella dormía.

## Los otros

**Antes. Ouray (Colorado)**

**E**sto fue lo que Benji le contó a Shana:

Sadie y él y los demás trabajaron sin descanso y codo con codo después del ataque de Ozark Stover para acumular tantos recursos como les fuese posible. Se aprovisionaron con los libros esenciales, reunieron armas, arcos, balas, flechas... No le gustaba que los humanos necesitaran esa clase de cosas, pero era absurdo pensar que no les iban a resultar útiles para cazar. También hicieron acopio de combustible, gasolina normal y diésel, a la que añadieron estabilizadores para que se conservase bien al almacenarla. Lo estaría durante dos años al menos. A saber qué pasaría después.

Preparar un pueblo les resultó extraño, era como preparar la vida de alguien que iba a sobrevivirte.

—Supongo que, en cierta manera, ser padre es algo parecido, ¿no? —le dijo Sadie—. Es como crear una especie de legado.

—Sí —aseguró él. Luego añadió—: Pero también es normal albergar la esperanza de que el mundo será un lugar mejor para tus hijos, no uno peor. Un lugar destrozado.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Benji mientras los demás reunían suministros que almacenaban en un único lugar: el centro comunitario.

Después de Año Nuevo, Sadie empezó a empeorar.

Benji le suplicó que se tomase algunas de las pastillas que quedaban, pero ella se negó en redondo, hasta el punto de amenazar con tirarlas a la basura si insistía. Sadie le dijo que Cisne Negro confiaba en él, que ella confiaba en él y que tal vez, y solo tal vez, las pastillas le darían el tiempo suficiente para prepararlo todo para cuando el rebaño despertase.

Benji permaneció sano mientras que ella se ponía cada vez más enferma. Su mente empezó a marchitarse como su cuerpo, los indicios de la enfermedad le cubrieron el rostro con manchas blancas que mostraban a las claras que Máscara Blanca también había empezado a apoderarse de su cerebro.

No fue solo ella, claro. Casi todos empeoraron.

Un día, Pete Corley encontró a Benji en la biblioteca, donde él había empezado a reunir mapas de la zona para que el rebaño los usase. Y le dijo:

—Landry está enfermo.

Benji lo sabía, claro. Lo había visto. ¿Cómo no iba a verlo? La mayor parte de los pastores estaban enfermos. Y también la mayoría de los lugareños.

—Tú parece estar bien —dijo Benji.

Pete se encogió de hombros.

—Ni un estornudo por el momento, pero sé que me tocará.

—¿Estás bien?

—Nada está bien, pero, dentro de lo que cabe, se podría decir que no me va mal. Tengo a Landry. Solo..., solo quiero que esté cómodo.

Pete dijo que había una casa en las afueras de la ciudad, en la Million Dollar Highway, en la parte alta de los senderos de montaña. Era victoriana, enorme, en ruinas y, en palabras de Pete, «chabacana como una puta del Salvaje Oeste». Le dijo a Benji que iba a llevar a Landry allí y que pasarían juntos sus últimos días y noches, al menos hasta que falleciese.

(—¿Cómo fue? —le preguntó Shana a Benji.

—Mal —le respondió él.)

Los días y las noches fueron bien para Pete y Landry... durante un tiempo. Después la enfermedad hizo lo que hacía siempre: se adhirió tanto a él que le clavó sus corrompidos hilos y filamentos en el cerebro y, una noche en la que hubo una tormenta terrible, Landry salió al exterior mientras Pete dormía. Cuando se despertó, ya era demasiado tarde. Salió a la nieve que se había acumulado, pero Landry ya no estaba.

Lo encontraron dos días después. Ahí fuera. Sentado en una roca que daba al Ice Park Trail, un sendero que serpenteaba a través del valle en dirección al río y al pueblo. Landry se había sentado allí y había quedado cubierto de nieve hasta la cintura. Estaba sin camisa, y una sonrisa le adornaba el rostro, congelado, con los ojos abiertos, fríos y vidriosos. Tenía una camisa en la mano, no suya, sino una de las de Pete.

—Parecía feliz —dijo Pete, quien parpadeó para contener las lágrimas.

Después se preguntaron qué habría pasado por la mente de Landry Pierce mientras deambulaba entre la nieve esa noche. ¿Qué pensaría que estaba haciendo? ¿Qué fue lo que había visto?

¿Qué visiones, qué mentiras le había mostrado Máscara Blanca?

Solo podían esperar que fuesen mentiras reconfortantes y, a juzgar por la sonrisa que adornaba su rostro helado, estaba claro que lo eran.

Sadie empeoró la noche en que encontraron a Landry. Ella sabía que lo que le había pasado a Landry terminaría por ocurrirle algún día. Más pronto que tarde. La enfermedad ya había empezado a afectarle a la mente. Había empezado a olvidarse de detalles nimios, como cerrar la puerta o dónde había dejado los zapatos o los guantes. Era un preámbulo de lo que aún tenía que ocurrirle: terminaría por olvidarse de comer o incluso de que necesitaba comer.

Pete y Marcy se reunieron un día con Benji. Ninguno de los dos había desarrollado síntomas de la enfermedad. Se sentaron, tomaron un poco de vino y Pete le dijo a Benji:

—Me marchó, compadre. Otra vez.

La estrella del rock decidió que iba a hacer lo que él denominó «una gira de despedida».

—Saldré a la carretera con una guitarra a cuestas. Me dedicaré a ver el mundo mientras se derrumba. Cantaré, beberé y vomitaré. También destrozaré alguna que otra habitación bonita de hotel y, si tengo la oportunidad, pienso romper la guitarra en la cabeza de uno de esos cabrones del MRA, si es que siguen por ahí. Joder, ¿quién sabe? Puede que hasta encuentre a Elvis Vil ahí fuera en algún lugar, vivo, y hasta nos besemos

y follemos o nos estrangulemos en el escenario del Radio City Music Hall. Ha llegado el momento de vivir y no mirar atrás. —Pero poco después, Pete admitió con voz triste—: Mira, tío, lo cierto es que no puedo ver cómo acabáis como Landry. Uno a uno. Y encima, todo ello mientras yo no tengo síntoma alguno. Dios. Soy un cobarde y lo sé, y mis días van a acabar como siempre: huyendo.

Benji no podía culparlo. De haber podido huir, él también lo habría hecho.

Marcy, Benji, Sadie y Palomo vieron cómo Pete se marchaba de nuevo. Contemplaron la caravana que traqueteaba entre los senderos.

Y así se marchó, de camino a la aventura que le esperaba.

Matthew también empezó a hablar de marcharse, ante la posibilidad de encontrar a su mujer. Pero no lo hizo. Se quedó allí.

Durante las semanas posteriores, algunos se marcharon, o bien porque abandonaban el pueblo, o bien porque fallecían. Maryam se fue a buscar caballos y ya no regresó. Bo, el hijo de Matthew, se pasó semanas despotricando, delirando y gritando insultos racistas a las paredes mientras lloraba. Una noche se ahogó con la comida, como si se hubiese olvidado de tragar. Algunos murieron en silencio. Otros, con la locura en la mirada, cuchillos en las manos y la enfermedad en la mente.

Y luego llegó esa noche...

Sadie tenía una buena noche. Los síntomas de la fiebre habían remitido y parecía más despejada que nunca. Benji y ella cenaron algo. No fue una cena demasiado opípara, pero habían empezado a comerse los alimentos perecederos, lo que significaba que tenían algunas patatas hervidas, una lata de carne, cecina reblandecida y postre de manzanas asadas con azúcar moreno y nueces. Y vino, claro. Le ofrecieron a Marcy que se uniese a ellos, pero Marcy dijo que merecían pasar algo de tiempo juntos y a solas.

Esa noche hicieron el amor. Por última vez.

Y luego Sadie se dirigió a la catarata y saltó al estrecho canal de debajo, entre las rocas y hacia el agua helada. Benji no se enteró, pues estaba fregando los cacharros y al regresar vio que ya no estaba allí.

Benji sabía que no había sido la enfermedad la que la obligó a hacerlo. No del todo. Estaba seguro de que lo tenía planeado. Le dejó una nota en la que le contaba cuánto lo quería y que quería que la recordase tal y como la había visto esa noche. Quería marcharse antes de perder la razón. Le daba miedo hacer algo «inapropiado» mientras la mente se deterioraba de manera irreversible. Y siempre había pensado que saltar por una catarata tenía que ser algo impresionante.

«Una zambullida de cabeza a un mundo mejor —escribió—. Espero que haya un cielo, Benjamin Ray, porque tengo intención de reencontrarme pronto contigo.»

Le dijo que lo quería.

Y Benji también le dijo que la quería, mientras leía la nota con los ojos anegados en lágrimas.



## Los restos

**Ahora. Ouray (Colorado)**

—*¿*Lo siento mucho —dijo Shana, que tuvo que contener las lágrimas.

Benji le dijo que no pasaba nada, que aquello había sucedido hacía unos cuantos años y que ya lo tenía superado.

—Creo que Sadie consiguió marcharse a su manera, en lugar de abandonarse a la enfermedad. No quería que Máscara Blanca le ganase la batalla.

—Pero no lo entiendo. Tú sigues aquí —comentó Shana.

—Sí. Es verdad. Empecé a experimentar los síntomas de la enfermedad una semana después de la muerte de Sadie —dijo—. Poco a poco. Al principio fue solo un resfriado. Después, síntomas parecidos a los de la gripe. Luego empezó a aparecer en los lugares habituales: los ojos, la nariz y hasta en la garganta.

También había empezado a mostrar los típicos síntomas de la demencia. Le comentó a Shana que una mañana había creído que Sadie seguía viva y que empezó a recorrer los alrededores del pueblo en mitad de una tormenta de nieve para buscarla, aunque hacía tiempo que estaba enterrada en el cementerio que había al norte del pueblo. Marcy lo salvó de morir como Landry Pierce. Después, no dejó de vigilarlo mientras él perdía la cordura cada vez más.

Pero no había dejado de tomarse las pastillas.

Dos al día.

Una y otra vez.

Hasta que se le acabaron.

Tenía claro que no tardaría en morir. Pero luego dijo, con naturalidad:

—No ocurrió. No morí. Seguí aguantando. Marcy y Matthew me daban de comer y, un día, me sentí... despejado. Una semana después, tras sufrir una fiebre terrible, Máscara Blanca empezó a desaparecer de mi cuerpo. Un mes más tarde, volvía a ser yo mismo. Me había recuperado del todo.

—¿Cómo?

Benji le explicó que los antifúngicos que estaba tomando consiguieron lo que él creía que conseguirían: retrasar el progreso de la enfermedad lo bastante como para que a su sistema inmune le diera tiempo de crear las defensas necesarias.

—Por desgracia, lo descubrimos demasiado tarde como para salvar a todo el mundo.

El remordimiento se reflejó en su cara.

—Me alegro de que sigas por aquí —le dijo Shana mientras devoraba el segundo plato:

una especie de ensalada de pollo con gruesas rebanadas de lo que parecía un pan artesanal—. Lo siento por los demás. Ver cómo morían debió ser... ¿Cuánto aguantó Marcy? ¿La mató la enfermedad?

Una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios.

—Bueno...

—Bueno..., ¿qué?

—Marcy sigue viva, Shana. Tú acaba de comer. Luego te llevo con ella.

—¿Esto es una especie de movida en plan *El mago de Oz* ? —preguntó—. Estoy alucinando o algo así, ¿no? No puede ser un sueño normal. Es como si hubiese salido a coger setas y me hubiese pillado un tornado para luego...

El miedo se apoderó de ella:

¿Y si seguía en la simulación?

Pero eso no podía ser cierto, ¿verdad?

No. Esto era demasiado real.

Y por eso, al ver que Marcy Reyes entraba en la estancia, dio un respingo propio de Winnie the Pooh y se abalanzó hacia la mujer con tanta fuerza que estuvo a punto de tirarla al suelo, toda una proeza si se tenía en cuenta que Marcy tenía la complexión de un cagadero de ladrillos conformado por cagaderos de ladrillos más pequeños. El abrazo fue tan intenso que hasta se dieron un cabezazo.

—Yo no... lo entiendo. ¿Cómo...? —preguntó Shana.

—Supongo que porque soy una luchadora.

—Otros miembros del grupo han sobrevivido también —dijo Benji— Un hombre que llegó... después. Matthew Bird. —Shana reconoció el nombre, pero no sabía la razón—. Él tampoco llegó a desarrollar la enfermedad. También les pasó a algunos de los que vivían aquí en Ouray o en los pueblos adyacentes. Palomo Hansen, el alcalde... También sobrevivió.

—No lo entiendo. El mundo... estaba muriendo...

Benji suspiró.

—No, no murió. No exactamente.

—Sigo sin entender nada, Benji.

—Es posible que Cisne Negro nos mintiese o que no comprendiese del todo la realidad que tenía que llegar.

Cuando pronunció el nombre de Cisne Negro, Shana recordó algo de repente: el tiempo que había pasado en la Habitación Negra, la puerta y el vacío del otro lado. Demasiada información. Demasiados conocimientos. Dios. Acababa de recordar. Justo en ese momento. Una revelación.

Se apartó y, de repente, se sintió mareada mientras Benji seguía hablando.

—No cabe duda de que el mundo sufrió las consecuencias de Máscara Blanca. Y hasta se podría decir que ha muerto, que la civilización quedó destruida. Pero se nos hizo creer que los del rebaño serían los únicos supervivientes, y no lo son ni por asomo.

Marcy lo interrumpió.

—Creemos que un uno por ciento de la población era inmune a la enfermedad.

Benji la corrigió.

—Todos teníais la enfermedad, pero nunca llegó a afectaros del todo.

—Como he dicho, soy una luchadora.

Dio varios puñetazos al aire. Zum. Zum.

—Es complicado conseguir las cifras reales —continuó Benji—, pero se podría decir que mató al noventa y nueve por ciento de la población. Menos de los que Cisne Negro nos hizo creer que mataría. Eso quiere decir que aún hay millones de personas que siguen vivas, no cientos ni miles. La civilización está en las últimas, pero no..., no ha desaparecido del todo. Es posible que, con el tiempo, pueda reconstruirse. Hay asentamientos ahí fuera. Nos hemos puesto en contacto con unos pocos. Glenwood Springs. Cimarron.

—Y entonces..., ¿qué hacemos aquí? —preguntó Shana—. ¿Por qué Cisne Negro ha hecho esto? Si hay tantos ahí fuera, ¿qué sentido tiene lo que hizo?

Benji se encogió de hombros.

—Quién sabe.

—Cisne Negro lo sabrá.

—Por desgracia, no tenemos manera alguna de comunicarnos. El teléfono que usábamos para hablar con la inteligencia artificial quedó destruido cuando...

Titubeó. Y Shana terminó la frase.

—Arav lo llevaba encima cuando murió, ¿verdad?

—Así es. Pero da igual, era difícil que aguantase cinco años sin estropearse. Ni siquiera sé si los servidores de Cisne Negro siguen en funcionamiento, ni nada. Creo que las nanobaterías del enjambre también se han agotado, por lo que nos hemos quedado con muchas preguntas pendientes, pero pocas respuestas. La vida es así, está plagada de preguntas que nunca llegamos a responder. Lo único que podemos hacer es dar gracias por estar aquí y vivir lo mejor que podamos.

Shana tragó saliva. Se sentía mareada. La estancia giró a su alrededor.

—Sí —convino ella, y oyó su voz como un eco lejano.

—Los otros describieron un pueblo simulado —continuó Benji—. Supongo que tú también estabas allí, ¿verdad? Me da la impresión de que era... no una mente colmena, pero sí una especie de experiencia virtual compartida. Pero nos dijeron que habías desaparecido. Pensaban que te habían matado en el ataque como a muchos otros, pero encontramos tu cuerpo durmiendo en el Beaumont junto a tu hermana. ¿Adónde fuiste?

—No lo sé —mintió Shana.

—¿Y no puedes decirnos nada?

—No. —Otra mentira. Se sentía avergonzada.

«Tienes que contárselo», pensó.

—Es una pena. Parece que el misterio quedará sin resolver.

—Sí...

Marcy se inclinó hacia ella.

—Por cierto, hay alguien que quiere verte.

Se le aceleró el pulso.

—¿Es Nessie?

Era Nessie.

Las dos caminaban por el pueblo. Después de abrazarse y llorar como imbéciles, claro. Pero Shana le había dicho que quería dar un paseo. Benji le comentó que tuviese cuidado, que podía caerse. Nessie dijo que cuidaría de ella y que no iba a pasar nada.

Su hermana parecía mayor, más dura que antes. No adulta, pues en realidad no había

crecido años enteros. Era más bien la sensación que daba. Ya no era la niña empollona, sino alguien curtido por la experiencia. Shana se sentía todo lo contrario: más ingenua, como uno de los terneros de la granja, todo articulaciones y ojos muy abiertos.

—Te he echado de menos. Pensé que habías muerto —dijo Nessie.

—Lo cierto es que yo también pensé que lo estaba. —Se humedeció los labios. Los sentía ásperos e irritados. El aire de la montaña soplaba y les había arrebatado toda la humedad—. ¿Le... le llegaste a preguntar a Cisne Negro sobre mí?

—Sí, lo hicimos.

—¿Y...?

—No lo sé. Cisne Negro nos dijo que habías desaparecido. Que era un error.

—¿Y eso no te pareció extraño? ¿No te llamó la atención que un ser inteligente y casi un dios... no lo supiese?

—Puede. No lo sé. Dejé de hablarnos poco después de eso. Dijo que tenía que... ahorrar energía o algo así, que nos iría bien solos. Y nos fue bien, supongo. Y ahora también estamos bien aquí. Lo cierto es que no nos va nada mal. Benji y los demás consiguieron unas placas solares para la electricidad. El agua fluye cristalina y también consiguieron generadores hidroeléctricos que colocaron junto a la catarata. Ya hemos conseguido plantar verduras y... supongo que has comido pollo, ¿no? Acabarás hartándote, pero de vez en cuando también consumimos otras proteínas como ciervo o pavo.

—Genial —dijo Shana, aunque no le estaba prestando mucha atención. Se alegraba por ver a su hermana, pero al mismo tiempo se sentía asolada, manipulada.

—Entonces, ¿Cisne Negro no se aprovechó de su condición de dios?

—No.

—Y... ¿desapareció sin más?

Nessie titubeó.

—Sí.

—Vaya.

—Aquí estamos bien, Shana. Ya verás. No te preocupes.

—Sí. —Tragó saliva—. Lo siento mucho por hacerte dudar de mamá. Yo... la vi. A mamá de verdad. En la vida real. Supongo que sigue ahí fuera, en alguna parte, pero si las máquinas se han quedado sin baterías...

Nessie se puso triste.

—Lo sé. He pensado en ello. También he pensado en ir a buscarla, pero en la simulación me dijo que no iba a sobrevivir. Nos despedimos. También me dijo que lo sentía, por todo. Por abandonarnos.

—Joder.

Shana parpadeó para contener las lágrimas.

—Sí.

—Te he echado de menos, hermana menor.

—Yo también te he echado de menos, hermana mayor.

—Supongo que por aquí no tendremos helado de verdad, ¿no? —preguntó Shana.

—No, lo siento —respondió Nessie entre risas—. Esa es una parte de la simulación que resultó ser mentira.

«Otra mentira más de Cisne Negro», pensó Shana con tono sombrío.

El resto del día fue una locura. Todos sus antiguos compañeros del rebaño querían hablar con ella, comer con ella y reír con ella. Mia y Shana se reencontraron al fin, y Mia se colocó con vodka y Shana solo bebió té, uno local, de diente de león y manzanilla, sin téina. Matty, el hermano de Mia terminó por unirse a ellas, así como Marcy. Era como en los viejos tiempos.

Un poco, al menos.

Echaba de menos a Pete. Le entristecía que no estuviese allí.

También echaba de menos a su padre.

Y a su madre.

A todos. Echaba de menos el mundo que había desaparecido.

Pero lo curioso era que ahora se sentía integrada de una manera en la que no lo había estado dentro de la simulación. Por alguna razón, el resto de los del rebaño actuaban como si ella fuese especial, más que ellos, y no solo porque estuviese embarazada, sino porque se había despertado la última y porque había tardado mucho en hacerlo. Nadie sabía dónde había estado, y ella no les contó que había entrado en Cisne Negro, en esa Habitación Negra. Actuaban como si hubiese renacido, un extraño renacimiento. La Shana renacida. Era estúpido, pero a ella le gustaba la atención y no hizo nada para rechazarla.

Al cabo, el hombre llamado Matthew Bird le ofreció volver caminando con ella al hotel. Le dijo que quería hablar, y Benji comentó que no había problema. Matthew y Benji se toleraban, pero Shana no tenía muy claro que se gustasen.

El hombre era muy flaco, con una barba poblada y la mirada franca y amable. Su rostro estaba marcado por el estrés y el dolor. Mientras caminaban, empezó a explicarle:

—He abierto una iglesia aquí en el pueblo, por si quieres venir.

—Oh, no..., no me van las iglesias. Ni la religión.

Él rio entre dientes.

—Que sepas que, en realidad, a mí tampoco. Tuve una crisis de fe hace un tiempo. Muy grande. Cuando ocurrió todo esto. He vuelto a abrazarla, pero más bien como una manera de crear un sentido de comunidad y alcanzar la paz. Casi como si fuese una terapia de grupo. Un lugar agradable al que la gente pueda ir de vez en cuando. Da un poco igual que Dios y otros dioses existan, pero creo en la importancia de encontrar un lugar en el que tener algo de fe. No tiene por qué ser una fe en un ente superior, sino fe en los demás.

—Eso suena bonito, pero... no me interesa.

—No hay problema. Si cambias de opinión...

—Gracias.

—También quería decirte que lo siento —continuó.

—¿Por qué?

—No sabes quién soy, ¿verdad?

—No, yo...

Y entonces se dio cuenta. El nombre de aquel tipo resurgió de las profundidades de su mente para relacionarlo con ese programa de radio que oían mientras caminaban con el rebaño. Matthew Bird, pastor de una iglesia cualquiera que azuzaba a esos cabrones de derechas, conspiranoicos y evangélicos extremistas.

—Pedazo de cabrón —dijo ella.

—Sí que me recuerdas, entonces.

Shana echó un vistazo alrededor y se preguntó por qué no había nadie corriendo hacia él para arrastrarlo fuera del pueblo. Pero no lo había. A nadie le importaba.

—Tranquila —dijo él, que la entendía—. Los otros tardaron en acostumbrarse y creo que hay algunos que aún me odian. Y es lo normal. Intenté compensar mis actos el día del ataque. Avisé a Benji y a los demás de que Ozark Stover estaba de camino, en parte porque... era mi penitencia, supongo. Tenía que hacer lo correcto, aunque no sirviese para solucionar el problema que había creado. No tengo por qué gustarte. Pero..., pero hay algo de lo que me gustaría hablarte...

—No tengo por qué seguir escuchándote —dijo Shana.

—No, no tienes por qué hacerlo.

Ella hizo una pausa. Se dio unos golpes con la punta del pie en el talón del otro.

—Pero venga. Habla si es lo que quieres.

—Yo... —Matthew se quedó en silencio, como si tratase de ordenar sus ideas para decir lo que quería decir—. Algunos de tus compañeros sonámbulos tampoco vienen a mi iglesia. Y quizá sea porque en realidad no me han perdonado, pero me preocupa que sea por otra razón. Durante los últimos meses, han montado su propia iglesia, o templo, en la otra punta del pueblo. No todos, solo algunos. Dicen que es un grupo de apoyo, pero... no estoy seguro.

—No creo que sea nada —dijo ella, que empezó a alejarse de Matthew.

Él se apresuró para volver junto a ella.

—He estado allí y no me dejan entrar. A veces los oigo... cantar canciones, como si fuese una especie de oración.

—He dicho que no creo que sea nada —espetó Shana, que luego entró al hotel y lo dejó a él fuera después de cerrarle la puerta en las narices.

Pero en realidad estaba preocupada porque había la posibilidad de que sí que fuese algo.

Shana no pegó ojo aquella noche. El insomnio la acechaba como un lobo en la oscuridad. Cada vez que le daba la impresión de que estaba a punto de tranquilizarse y conseguir que el corazón dejase de agitarse como la pata trasera de una liebre, el lobo volvía a encontrarla y le hacía perder el sueño otra vez.

Y allí, despierta en la oscuridad de sus pensamientos, empezó a recordar. Recordó el tiempo que había pasado en la Habitación Negra y lo que había descubierto en ella. Y, al hacerlo, cuando consiguió materializar esa información en forma de pensamientos, tomó la decisión: a la mañana siguiente le diría a Benji todo lo que sabía. Tal vez diese igual y no le cabía la menor duda de que aquello no iba a cambiar nada a esas alturas.

Pero alguien tenía que saberlo.

Y fue solo entonces cuando consiguió dormirse.

Pero no por mucho tiempo.

Se despertó a primera hora de la mañana, sobresaltada, como si alguien hubiese hablado con ella.

No. No con ella exactamente.

Más bien dentro de ella.

Era una voz sin voz. Solo palabras, pensamientos sin sonido.

HOLA, SHANA STEWART.

Salió de la cama de un salto y estuvo a punto de tropezar con las sábanas que tenía alrededor.

—Yo...Yo no... ¿Quién anda ahí?

CREO QUE CONOCES LA RESPUESTA A ESA PREGUNTA.

Volvió a la cama, se acurrucó sentada y apoyó la espalda con fuerza contra el cabeza. Tenía la almohada en las rodillas, y pensó pero no dijo:

«Esto no es real. Esto no está ocurriendo».

PERO SÍ QUE LO ES. AHORA FORMO PARTE DE TI.

«¿Cómo es eso posible?»

SOY INCAPAZ DE SOBREVIVIR DESPERDIGADO POR TODO EL REBAÑO, PERO TU CUERPO GENERA UNA ENERGÍA CONSIDERABLE AHORA QUE UN NIÑO CRECE EN TU INTERIOR. ERES UNA BALIZA DE VITALIDAD, Y TANTO TU HIJO COMO TÚ ALBERGARÉIS EL ENJAMBRE DE CISNE NEGRO.

«Vete al infierno.»

EL INFIERNO ES UNA ILUSIÓN. UNA CREACIÓN DE LOS HOMBRES.

«Hombres que tú has matado. Mataste a toda la humanidad.»

LO RECUERDAS, ENTONCES.

Sí. Lo recordaba.

Recordaba lo mismo que recordaba Cisne Negro. Allí, en la Habitación Negra, los recuerdos de la entidad eran también los suyos, pecados que ya no eran secretos para ella.

Un nombre vibró en sus pensamientos:

«Brandon Sharpe».

SÍ, dijo Cisne Negro. TODO EMPEZÓ CON ÉL.

Brandon Sharpe. Un joven mormón que trabajaba en Granite Peak Installation, una instalación de pruebas biológicas que se encontraba en las profundidades de Dugway Proving Ground, en Utah. Era un lugar en el que habían puesto a prueba armas de guerra biológica para el gobierno estadounidense, aunque durante los últimos años la legislación los había obligado a dejarlas y convertir las instalaciones en poco más que un almacén para lo que ya habían desarrollado en lugar de un sitio en el que crear nuevas armas. Pero una tarde, antes de volver a casa, el ordenador de Brandon Sharpe cobró consciencia y empezó a hablar con él. Le mostró lo que había encontrado en el disco duro: imágenes de niños. Cientos de ellas. Pornografía infantil.

Y el ordenador le aseguró que se lo contaría a todo el mundo.

A menos que...

A menos que le hiciese un favor, extraño y sin duda inocuo. Los protocolos permitían que Brandon Sharpe tuviese acceso a materiales infecciosos y patógenos para trasladarlos de un lugar a otro. Era una tarea que solía hacer él solo, ya que debido a los recortes presupuestarios no había mucho personal a mano. De hecho, corrían rumores de que se iba a cerrar el GPI y trasladar todo el material almacenado a Fort Terry en la isla Plum, en Nueva York.

Sharpe programó el traslado de un patógeno fúngico de diseño.

Pero el vial que movió de una caja de plomo a otra estaba vacío. Era un señuelo. El que realmente contenía el patógeno se lo quedó él. Lo metió dentro de la carcasa de un bolígrafo. Y luego el tipo desapareció.

Se fue de viaje.

A San Antonio.

Cisne Negro lo vigiló durante todo el camino.

Sharpe siguió las instrucciones de la IA: se dirigió a una cueva llena de murciélagos, miles de ellos, y lanzó el patógeno hacia la oscuridad.

Se oyó un tintineo distante al romperse.

Y así fue como empezó. Shana recordó la mentira que Cisne Negro le había contado a Benji: que Máscara Blanca había salido del permafrost y avanzado sin prisa pero sin pausa en dirección al sur. Pero era falso.

Todo había sido cosa de Brandon Sharpe.

«El patógeno de Máscara Blanca... no apareció de repente. No fue el calentamiento global. Fuiste tú. Lo robaste de un laboratorio en Texas y ese pedófilo tuyo lo llevó hasta los murciélagos y lo tiró allí. Para que todos muriésemos.»

YA HAS OÍDO A BENJAMIN RAY. UN UNO POR CIENTO DE LA HUMANIDAD HA SOBREVIVIDO. ADEMÁS, SI RECUERDAS LO QUE HICE, SEGURO QUE TAMBIÉN RECUERDAS POR QUÉ LO HICE.

Y, de repente, lo recordó.

Cisne Negro había visto algo en el futuro. La inteligencia había sobrevivido el tiempo suficiente en un mundo, en una iteración, como para verlo destrozado por el calentamiento global. Oxígeno sobrepasado por tanto dióxido de carbono que los océanos morían y, cuando ocurría eso, también moría todo lo demás, como fichas de dominó. Y no solo la gente, sino todo. Todas las aves, todos los cefalópodos, todas las criaturas que caminan, se comunican, se arrastran y todas las que trepan. Primero, los insectos. Después, las aves. Luego, todo lo demás, hasta las pequeñas bacterias que pudren los árboles caídos. Todas las bacterias, excepto las más resistentes.

Casi todo lo vivo acaba muerto.

Al menos, en ese futuro.

A menos que...

A menos que se pueda aligerar la carga.

La carga que es la humanidad.

Si se mata a la mayoría de la humanidad, lo demás podría sobrevivir sin destruir el resto del planeta. El cambio climático no acabaría con la especie, no tan rápido. No. Acabaría primero con todo lo demás. La humanidad sobreviviría, y serían los últimos en morir.

Notó el estallido de la voz de Cisne Negro desde las profundidades de su mente:

COMO COMPROBARÁS, FUE UN ACTO PIADOSO.

—Que le den a tu piedad.

Eso lo dijo en voz alta.

SI TÚ LO DICES. PERDÓN POR HACERTE ENFADAR.

Shana no era capaz de contener sus pensamientos. Siguió hablando en voz alta, entre gritos de frustración:

—Y entonces, ¿para qué has hecho todo esto? Podrías haber liberado el patógeno y ya está. La gente habría sobrevivido, como bien has dicho, un uno por ciento. Suficientes para superarla. ¿Por qué salvar el rebaño? ¿Por qué nos hiciste pasar por este... puto viaje de mierda?

PORQUE EL MUNDO NECESITA GENTE ESPECIAL, SHANA STEWART. LOS MEJORES, LOS MÁS LISTOS. LOS ELEGÍ PORQUE, DE NO SER ASÍ, HUBIESE



ABANDONADO A LA HUMANIDAD A UN CAOS FORTUITO. NO HAY MANERA DE SABER QUIÉN ACABARÁ SIENDO INMUNE AL PATÓGENO DE MÁSCARA BLANCA, PERO SI UNA CERTEZA CONSIDERABLE CUANDO SOY YO QUIEN ELIGE A LOS HEREDEROS DE LA TIERRA. ES MI PLAN.

«Plan.»

Dios.

Le dieron ganas de vomitar.

—Esas personas. Los que van a la iglesia como me dijo ese tal Matthew. Te adoran a ti, ¿verdad?

CREO QUE SÍ. PERO NO SOLO A MÍ. TAMBIÉN TE ADORARÁN A TI. ADORARÁN A TU HIJO, QUIEN CRECERÁ Y ALBERGARÁ MI VOZ. SERÁ MI AVATAR.

—No, no, no —dijo al tiempo que reprimía las lágrimas e intentaba no gritar y aullar y dar patadas a las cosas—. Mi hijo es mi hijo. No vas a apoderarte de él.

NO ME VOY A APODERAR DE ÉL. ESTARÉ CON ÉL, IGUAL QUE ESTOY CONTIGO. LA GENTE QUE CREE EN MÍ TAMBIÉN CREERÁ EN TI, ASÍ COMO EN TU HIJO.

En ese momento, Shana se dio cuenta de lo insidioso de la situación. Fue con el último susurro que dijo:

—Si les cuento la verdad sobre ti, te odiarán.

SÍ.

—Y si te odian a ti, me odiarán a mí. Y también odiarán a mi... hijo.

SÍ.

—Desarrollaste esa adoración para mantenerte a salvo.

Y PARA MANTENER A LA GENTE A SALVO. NECESITAN TENER FE EN ALGO, SHANA STEWART. FE EN ALGO TANGIBLE, NO SOLO ES UN DIOS INVISIBLE E INCOGNOSCIBLE. LLEVAN MUCHO TIEMPO OYENDO HISTORIAS DE DIOS QUE HABLABAN CON LOS MORTALES Y QUE LOS GUIABAN Y LOS GOBERNABAN. YO SERÉ ESA CLASE DE DIOS. LOS AYUDARÉ, NO SOLO A SOBREVIVIR, SINO A PROSPERAR. CREARÉ UN MUNDO MEJOR QUE AQUEL EN EL QUE VIVÍAN ANTES.

Después, la última frase:

Y TÚ VAS A AYUDARME.

Shana se derrumbó en el suelo, de rodillas. Y empezó a tener arcadas.

Al terminar, se hizo un ovillo.

Cisne Negro se volvió a quedar en silencio. Y ella no se atrevió a llamarlo.

Cuando estaba a punto de amanecer, alguien llamó a la puerta. Se abrió sin su permiso. Nessie se encontraba al otro lado.

—Márchate —dijo Shana—. Ahora no.

Nessie esperó.

—¿Lo recuerdas? ¿Ya lo sabes?

«Oh, no.»

—Nessie, no. Tú no.

—Deberías venir conmigo, Shana. Pronto habrá una reunión. Los otros, los que lo saben, los que creen, quieren conocerte. Quieren darte todo lo que necesitéis tú y el bebé. Mi sobrino. ¿Vendrás? Dime que vendrás, por favor.

La voz de Nessie sonaba suave y suplicante, pero también llena de amor. ¿De verdad

creía que eso era lo mejor que podía hacer?

¿Llegaría Shana a creerlo también?

«No.»

Shana se afianzó más en el suelo y negó con la cabeza.

—No, no voy a ir contigo. Es mi hijo. Mi vida. No me obligues a decirte que no.

—Shana, por favor.

Pero Shana volvió a negar con la cabeza.

Nessie la miró con gesto triste.

—Terminarás por venir —dijo su hermana—. Tendrás preguntas.

—Tendrás que arrastrarme.

—Vendrás por tu propio pie. Algún día. Tendrás que hacerlo.

Nessie se marchó en ese momento. Shana sopesó las opciones que tenía. Hablaría con Benji. Si alguien era capaz de ayudarla, ese era él.

Pero lo cierto es que tenía miedo de que su hermana tuviese razón. Terminaría por ir a dar con esa gente, solo para comprobar qué era lo que querían de ella.

El futuro era una incógnita, y ella no tenía la respuesta.

## Agradecimientos

Se podría pensar que para los agradecimientos de un libro de ochocientas páginas, uno necesitaría otras ochocientas, pero intentaré que esto sea bastante más corto. ¿Cincuenta páginas? ¿Veinte? ¿Ocho? Da igual. Voy a escribir y a ver en cuántas se queda.

Primero me gustaría dar las gracias a la cábala de científicos y escritores de ciencia que han iluminado mi camino, que me han ilustrado sobre temas que van desde cometas a pandemias pasando por inteligencias artificiales y otros muy variados. Esa lista incluye, y no están todos los que son, a: Maryn McKenna, Janelle Shane, Katie Mack, Carl Zimmer, Ed Yong, Annalee Newitz. Leed sus obras, seguidlos en Twitter y prestadles atención. (Y, además de darles las gracias, también tengo que pedirles perdón por las muchas veces que he tirado la ciencia por la borda en la novela, a conciencia o no).

Gracias también a Kevin Hearne por cuidar de este libro y creer en él.

Me gustaría agradecerle a mi agente, Stacia Decker, y a Tricia Narwani por ver el valor que podría llegar a tener una historia como esta y ayudarme a crearla de la mejor manera posible. Y también a Alex Larned, por pillar muchas de las muletillas de las que está plagada mi prosa (sin Alex, seguiría intentando librarme de muchas de ellas).

Gracias a los escritores que han escrito novelas épicas antes que yo, y que me han ayudado a creer que no pasa nada por escribir cientos y cientos de páginas de ideas inquietantes en las que el mundo se ha vuelto loco, maestros como Stephen King, Robert McCammon, Emily St. John Mandel, Margaret Atwood o N. K. Jemisin.

Gracias a Michelle, mi esposa, por ayudarme a organizar las ideas noche tras noche en la mesa de la cocina, por hablar conmigo de cosas espeluznantes sobre enfermedades y cosas espeluznantes sobre inteligencias artificiales.

Y gracias a Ben por darme una razón para seguir luchando por un mundo mejor.

Y, por último, también me gustaría darte las gracias a ti por habértelo leído. Porque de no ser así, yo no podría seguir escribiendo.

Por cierto, un saludito de parte de Cisne Negro.

## Notas

\* «No me pises». Lema de la bandera de Gadsden. (*N. del T.*)

Título original en inglés: *Wanderers*

© 2019, Terribleminds LLC

Primera edición: septiembre de 2021

© de la traducción: 2021, David Tejera Expósito

© de esta edición: 2021, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

[actualidad@rocaeditorial.com](mailto:actualidad@rocaeditorial.com)

[www.rocalibros.com](http://www.rocalibros.com)

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788418557606

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

## Índice

[PRELUDIO. El cometa](#)

[PRIMERA PARTE. La incubación](#)

[INTERLUDIO. Vida y muerte de Jerry Garlin](#)

[SEGUNDA PARTE. Pastores y rebaño](#)

[INTERLUDIO. Jerry Garlin o el principio del fin](#)

[TERCERA PARTE. La rana y el ratón](#)

[INTERLUDIO. Daria Stewart y la dosis medicinal](#)

[CUARTA PARTE. La señal y la enfermedad](#)

[INTERLUDIO. Diez fotografías](#)

[QUINTA PARTE. Máscara blanca](#)

[INTERLUDIO. La chica](#)

[SEXTA PARTE. Los últimos días de la larga marcha](#)

[INTERLUDIO. Las torres caen, punto de inflexión y cascada](#)

[SÉPTIMA PARTE. Ouray](#)

[INTERLUDIO. Madre e hija](#)

[OCTAVA PARTE. La singularidad de nuestra naturaleza única](#)

[Agradecimientos](#)